SE BUSCA NOVIA



ROXANA AGUIRRE

Se busca novia

Roxana Aguirre

Se busca novia
© Roxana Aguirre, Noviembre 2023

Diseño de la cubierta: Kath B Carlton
La maquetación ha sido diseñada usando imágenes de *Freepik*
ISBN: 9798865670544
Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas mis bellas lectoras que esperaron pacientemente el final de este libro.
A Cristina y a Wanda, muchas gracias.

Sinopsis

Luna Rodríguez es una aspirante a actriz que trabaja como locutora en uno de los programas de radio menos escuchados del país. Después de descubrir que su novio le fue infiel con su mejor amiga, su hermana la inscribe en una aplicación de citas donde se le ocurre poner la imagen de Darth Vader como foto de perfil para que nadie logre reconocerla.

Gabriel Mariani es un abogado de éxito que se encuentra entre la espada y la pared cuando descubre que la prometida de su hermano es su ex. En un intento de hacerles creer a todos que ya lo ha superado, su mejor amigo le crea un perfil en una aplicación de citas donde hace *match* con una mujer que tiene como foto de perfil una imagen de Darth Vader.

Tener una cita con alguien que conociste por internet no es buena idea, ¿verdad? Tampoco lo es llegar vestido del hombre araña, dejarla quedarse en tu apartamento, permitirle meter a un gato en tu casa y darte cuenta de que tal vez no es una asesina en serie, pero sí que guarda muchísimos secretos.

Tabla de Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Epílogo

Extra

Capítulo 1

Luna

Miro al sujeto vestido del hombre araña frente a mí, él ladea su cabeza y de inmediato tira de la silla y toma el lugar al otro lado, lo hace tan rápido que me toma por sorpresa y doy un salto en mi lugar con el corazón latiéndome a mil. Comienzo a hacer memoria y no me acuerdo si ya gasté mi gas pimienta, mierda. Estoy a punto de gritar, tomo mi bolso y lo sostengo con fuerza para salir corriendo, pero entonces escucho la voz del tipo:

—¿Tú eres Luna? —Él me mira expectante y yo nada más puedo asentir, después me arrepiento porque estoy brindando información mía a un tipo con una máscara. Hago un gesto rápido de negación y después vuelvo a decir que sí. —Genial... —Aunque duda por lo que acabo de hacer. —¿Sí eres Luna o no? —Vuelvo a hacer un gesto indicándole un sí. Él suelta un suspiro. Después se lleva el teléfono a la oreja y lo escucho decir: —Sí, es ella. —Me mira... o eso creo. Después parece observar el vaso con agua sobre la mesa y continúa: —Sí, es correcto. —Vuelve a levantar la cabeza y dice: —No, no tiene cara de loca, pero he conocido locas que no lo parecen.

Me indigno. Voy a protestar, pero entonces él suelta una carcajada que suena ahogada por esa bendita máscara. Me provoca arrancarle la cabeza... bueno... no a él... me refiero al traje... arrancarle la cabeza al traje para saber quién es o tal vez no es mala idea arrancársela a él, si a un caso pudiera...

«¡Diablos! ¡Luna deja de pensar tonterías y concéntrate!»

Pero no me cuesta mucho, porque es en ese instante que el sujeto se quita la máscara dejando frente a mí a un tipo con los ojos claros, mandíbulas resaltadas, labios perfectos y un atractivo mentón cubierto con una barba muy bien arreglada. Santo Cielo. Sigue hablando por teléfono, se está acomodando el cabello que es de color castaño, no un castaño tan oscuro como el mío, el cabello de él tiene unas tonalidades más claras que, con el reflejo de la luz, se ven casi rubias.

El tipo que tengo en frente no me mira a mí, está concentrado en el mantel blanco de la mesa, menciona algo parecido a un «ajá» y otros tres más seguidos de ese, se despide, deja el celular sobre la mesa y ahora sí levanta los ojos en mi dirección con una sonrisa.

Santo escarabajo.

Es que, a ver, hasta la sonrisa tiene perfecta.

—Genial, yo soy Gabriel.

Joder, ¿este es...?

De acuerdo, alto ahí, creí que el sujeto Gabriel era... no sé cómo describirlo... bueno, usaba un traje, uno al estilo *JigSaw* que lo hacía ver como un psicópata, lo recuerdo atractivo, pero debo admitir que el tipo con traje de mallas ajustado al cuerpo que tengo en frente está mucho mejor, con todo ese cabello desordenado y esa sonrisa encantadora.

Oh por Dios, esto va a ser difícil.

—¿Tú eres Gabriel? —Las palabras apenas logran salir de mi boca y él esboza de nuevo una sonrisa. Me aclaro la garganta cuando me doy cuenta de que me he quedado viéndolo más tiempo del necesario y me acomodo mejor dejando libre mi bolso que contiene las poquísimas pertenencias de maquillaje que todavía poseo. Todo mi maquillaje TODO se lo había quedado la

perra que solía ser mejor amiga; pero ese es otro tema aparte que no pienso tocar ahora porque terminaré convirtiéndome en Hulk.

Me remuevo en mi sitio un tanto incómoda y pregunto una vez más:

—¿El mismo Gabriel del sitio de citas? —De acuerdo, sí, ya había entendido que es el mismo sujeto que conocí a través de ese dichoso sitio de citas, también ya me quedaba en claro que el tipo está bien bueno y que, además, no tiene cara de lunático —*y esos son los peores*— solo quiero estar segura, eso no está mal ¿no?

—Sí, el mismo. —Tomo una calada de aire. Miro el vaso con agua frente a mí, y lo primero que hago es tomármela de golpe... que hasta ha provocado que el líquido se me vaya directo a los pulmones, *si es que eso es posible*. Comienzo a toser, aunque lo hago de una manera disimulada igual ha provocado que él arrugue su entrecejo con preocupación. —¿Estás bien?

Ahora yo estoy tosiendo más fuerte, Gabriel se pone de pie y rodea la mesa para darme golpecitos en la espalda, pero yo no me controlo, genial, «¡qué forma de conocer por primera vez a un sujeto, Luna!»

—¿La señorita está bien? —Escucho una voz reconocida y logro visualizar al mesero. Intento tomar una calada de aire y pensar sin preocupación. Hace un momento, antes de que Gabriel se apareciera, el jovencísimo muchacho se acercó para tomar mi pedido, le dije que esperaba a alguien y, además, tuve que agregarle que lo había conocido por internet y que si en algún momento observaba que el tipo me estaba arrastrando inconsciente que llamara a la policía.

Así tal cual.

Entonces creo que ese es el motivo por el cual está aquí y también la razón por la que mira a Gabriel de esa forma. Está tomando su teléfono y me hace una sutil seña que no interpreto. Rayos. El celular de Gabriel suena, entonces aprovechando el momento que el tipo se ha alejado de mí, el mesero sutilmente me susurra:

—¿Llamo a la policía? —Lo dice tan rápido mientras finge que recoge el lápiz que a propósito tiró al piso. Le toma unos segundos a mi asombrado cerebro lograr captar qué ha dicho, es hasta que vuelve a repetirlo con algunas mímicas que comprendo y deja de hacerlas en el momento que Gabriel se da media vuelta hacia nosotros, así que me apresuro a decir:

—No no, yo... —más tos. —Estoy bien. —Más tos. —No es nada. —Sonrío intentando restarle importancia. Más tos. Qué vergüenza.

Me doy palmaditas en el pecho. Toso una vez más para despejarme la garganta. Aunque Gabriel y el mesero me están viendo con intriga —*aunque el mesero está más concentrado en los movimientos de Gabriel* —me las arreglo para decir:

—Creo que sí, sí estoy bien. No pasa nada. Estoy respirando que es lo más importante. —Lo digo en voz alta, pero después me dirijo solamente al camarero con un susurro: —No, no es necesario. Gracias.

—Diría que te traigan un vaso con agua —Habla Gabriel, dejo de poner atención al mesero para concentrarme en él cuando lo escucho hablar —pero dado que, al parecer, casi te ahogas mejor un trago ¿no?

—No, yo no tomo gracias. —Claro que tomo, lo hago todos los fines de semana y algunos días como los martes porque los miércoles entro a trabajar una hora más tarde; aunque tenga que aguantarme el rasacón al día siguiente y el reproche de mi jefa, pero bueno ya me desvié otra vez, el punto es que mi hermana me advirtió sobre aceptar bebidas alcohólicas o cualquier bebida de un extraño, así que acomodándome el cabello detrás de las orejas, digo: —

Una bebida sin alcohol, por favor.

¿Yo? Diciendo «una bebida sin alcohol» ¡Ja! Que me escuchara mi abuela Margarita que en paz descanse.

El mesero lo anota, aunque no me despega los ojos de encima con interrogante, le doy una mirada tranquilizadora y él un tanto preocupado se retira. Los ojos del tipo que ahora sé que se llama Gabriel están puestos en mí cuando toma el lugar que le corresponde y en el momento que lo observo lo único que se le ocurre decir es:

—¡Vaya! Veo que te he causado una buena primera impresión. —Obviamente está burlándose. Lo miro a los ojos y entonces a mí también se me ocurre contestar con ironía:

—Así es, pero tienes que entenderme, no pensaba citarme con el hombre araña. —Él esboza una media sonrisa y eleva una ceja en un gesto que me resulta bastante... atractivo. Me aclaro la garganta de nuevo e intento desviar la plática —*y mi mirada de lo bien que se le ajusta ese traje en el torso*— con la pregunta que me está saltando la mente desde que llegó aquí: —A fin de cuentas ¿Por qué estás disfrazado así?

—Quería impresionarte.

—¿Vestido del hombre araña?

—La verdad es que no es a diario que conoces a una persona por internet. Si vas a matarme debes saber que rastrearme será fácil, soy el único vestido del hombre araña aquí y todos darán una descripción de la persona que estaba conmigo, si lo notas... —da un vistazo alrededor y yo hago lo mismo: —Todos nos están mirando, me están poniendo atención a mí por llevar este traje en un restaurante cinco estrellas y también a la persona que me acompaña... se preguntan: ¿Por qué esa chica tan guapa está saliendo con un tipo vestido del hombre araña? Entonces, te recordarán, dirán tu descripción a la policía y te encontrarán.

Sabía que era una mala idea conocer a alguien por internet.

Me quedo viendo al sujeto de nombre Gabriel, aunque ahora ya no de la forma que lo miraba cuando recién se quitó la máscara, miro hacia una pared detrás de él y después le doy mi atención de nuevo. Voy a decir algo, pero maldita sea que me he quedado sin palabras y eso es algo nuevo, porque yo siempre tengo algo que decir. Aprieto los labios y pienso que definitivamente esto no va a ser para nada lo que yo esperaba.

—Bueno, en todo caso, si a mí me pasa algo también serás muy fácil de rastrear por estar vestido de esa forma. Mi hermana es policía y puede mandar a registrar todas las cámaras de seguridad de este sitio, incluyendo las del parqueo, de la calle. El mesero también está de testigo, te ha puesto bastante atención así que dar contigo será muy fácil. Mi hermana no va a descansar hasta verte muerto ¿ya mencioné que es policía?

Sueno tan segura, pero la realidad es que me tiemblan las piernas y ya me visualizo a mí misma muerta, deambulando como alma en pena por haber aceptado hacer esta tontería.

—¿Y qué te hace pensar que justo después de matarte no cambiaré de *look* para que nadie pueda reconocerme? ¿Has visto Discovery Channel? ¿Asesinatos casi perfectos? ¿Casos que todavía están sin resolver? Mi disfraz quedará enterrado junto a tu cuerpo, nadie volverá a verme vestido así, cambiaré de nombre, de nacionalidad. No lo sé, ya se me ocurrirá algo. Me sé esos programas de memoria. Sé también… —hace una pausa —en qué han fallado y cómo hacerlo mejor.

Suelto un jadeo. El sujeto ladea su cabeza otra vez, sin esa máscara del hombre araña y la expresión de un niñito ansioso suelta una carcajada que me causa escalofríos, pero no porque sea del tipo tenebrosa, para nada, sino porque se escucha... *adorable* y, según leí en internet antes de

venir aquí, este es el tipo de persona del que no tienes que fiarte... nunca.

—Ya veo por qué no tienes novia.

Tal vez sonó algo rudo pero ¡Vamos! Un tipo así de guapo que esté cuerdo no estaría soltero. Incluso me atrevo a pensar que si yo lo hubiese conocido en otras circunstancias —*unas menos tenebrosas*— me hubiese ligado a este sujeto sin pensarla demasiado, pero ahora con ese discurso sobre enterrar mi cuerpo, ya se me esfumó cualquier cachondeo.

Mi comentario parece no importarle, porque suelta otra risita y habla otra vez:

—En realidad, vengo de la fiesta de disfraces de mi sobrino. —Excelente manera de desviar el tema, cosa que no voy a creer, por supuesto, pero igual tal vez sea buena idea seguirle la corriente e inventarme algo de paso:

—¿La fiesta de tu sobrino? Yo tengo tres. —No, por supuesto que yo no tengo sobrinos. Solo somos mi hermana y yo, ella ya dejó claro que no piensa reproducirse y a estas alturas creo que yo tampoco lo haré. —Dos sobrinas y un sobrino. Me adoran. —Pero es mejor que crea que sí existen tres niños y están esperando que llegue a casa sana y salva si a un caso todavía piensa matarme. —Ya sabes... no sé qué harían si yo muero... me extrañarán, qué triste.

Me llevo la mano al pecho con fingida preocupación en el rostro, como si en realidad aquella imagen es algo muy perturbador de pensar: No volver a ver a mis inexistentes sobrinos.

Gabriel no ha dicho una palabra, cuando levanto la mirada y mis ojos hacen contacto con los suyos me obligo a no apartar la vista para no hacerle creer que él es el del carácter dominante. Me doy cuenta que tiene los ojos de un color miel bastante claro, pestañas largas y cejas pobladas. Qué envidia, maldita sea.

—Genial ¿Y cómo se llaman? —No aparta la mirada, entonces me mantengo firme, aunque ya tengo ganas de salir corriendo.

—Amm... Hermione... Harry y Ron... —De acuerdo, tal vez no debí de ver Harry Potter y la piedra filosofal antes de llegar aquí, porque nada mejor se me vino a la mente.

—Pero dijiste que eran dos niñas.

—Oh si... La otra niña es Ron... de... ammm... de... Ronsa.

—¿Ronsa?

—Ajá. Oye —Lo único inteligente que se ocurre es cambiar la conversación antes que comiencen las preguntas sobre mi supuesta sobrina Ronsa. Espero que nada más olvide lo de mis tres sobrinos y ya está. —¿Por qué no fuiste a tu casa y te cambiaste?

—No tuve tiempo, era venir así o llegar casi una hora tarde. Tengo que atravesar la ciudad para ir hasta mi casa, no pensé que las cosas se pusieran tan buenas en una fiesta de niños y cuando me percaté ya casi era el momento de encontrarte aquí. —Hace una pausa y finge indignación de una manera muy dramática, de esa forma que me hace acordarme de mi maestro de actuación cada que algo no salía como él esperaba. —¿Tan mal estoy? Porque fui la sensación entre todos los invitados de cinco años.

—Santo cielo, gracias a Dios no es sobrina, no me quiero imaginar lo que sería una cita con Elsa de Frozen.

Gabriel suelta una carcajada, una de esas que se escuchan con ganas e incluso te contagian de una felicidad extraña. Mal asunto. Él se deja caer sobre el espaldar de su silla, cruzando sus brazos sobre su pecho y me dice:

—Ya fui Úrsula una vez.

—Por supuesto que sé que estás bromeando.

Pero claro que no estaba bromeando, cuando saca su teléfono celular y deja frente a mí a

ese sujeto pintado de azul con un peinado similar a la mismísima Úrsula de la película de la sirenita, no puedo evitar soltar una carcajada que controlo de inmediato, porque no es posible que solo hayan pasado unos minutos y ya me esté cayendo bien. Ese puede ser su plan, ganarse mi confianza y después llevarme a su apartamento para matarme con tranquilidad porque, a decir verdad, si este sujeto me lo pide, yo sí terminaría en su apartamento.

Maldita sea, Luna ¡Concéntrate!

—Así que eres actriz. —Lo escucho decir. Me había desconcentrado un momento por culpa de esa sonrisa y también me fijé —*de nuevo*— en lo bien que se le ajusta ese traje en sus hombros y cintura. Me queda claro que se ejercita, no del tipo que se mata en el gym, pero sí de los atléticos que corren maratones, comen saludable y practican algún deporte. —No había conocido a una actriz.

—Sí... bueno, no. —Gabriel me mira con atención cuando yo me estoy rascando la cabeza pensando qué decir, esto se mira mal, así que dejo de hacerlo y continúo: —Bueno, quiero decir, se supone que sí lo soy, pero todavía no he tenido un trabajo... ¿estable?

Eso es casi verdad, no he tenido trabajos estables, ni siquiera he tenido algo que se pueda considerar «trabajo». Mi currículum incluye un comercial de jabón donde ni siquiera estoy reconocible por la cantidad de maquillaje que me pusieron encima y mi segundo empleo memorable fue una escena en un programa de investigación policíaca donde me encontraba un cuerpo. Está demás mencionar que el episodio jamás salió al aire. Además de eso, solo he hecho comerciales para algunas marcas, pero eso no voy a mencionarlo… con nadie.

—¿Qué trabajos has hecho? —Relamo mis labios intentando inventarme algo sumamente interesante para decir, pero nada, no se me ocurre nada. Mi perfil en el sitio de citas lo creó mi hermana y tuvo que, precisamente, mencionar que soy actriz y no especificó que al menos es lo que he intentado sin éxito.

—Bueno... yo... todavía… eh, me estoy preparando. Bueno, he hecho teatro y algunos comerciales. —Carajo, dije que no mencionaría lo de los comerciales. El mesero nos interrumpe en ese momento. Agradezco con toda el alma que en cada momento correcto este joven haga su aparición. Le dejaré una buena propina.

—Aquí tiene, señorita. —Me dice, dejando una bebida frente a mí. Sirve el vaso de Gabriel y me mira para decir: —La casa invita.

Le doy las gracias y le agrego una sonrisa, por supuesto que no pienso aceptarlo, aunque le dé una mirada de agradecimiento. Él se dirige ahora al sujeto vestido del hombre araña y le pregunta si pedirá algo más después de yo expresar abiertamente que no quiero nada, no porque no tenga hambre, si no, porque odio comer frente a alguien que apenas estoy conociendo, es incómodo intentar llevarte cucharadas a la boca de forma educada, cuando solo quieres devorarte el plato que tienes en frente.

—Yo... creo que... —Comienza Gabriel. —Si la señorita no pide nada, yo tampoco.

—Oh no no. —Me adelanto de inmediato. —No lo hagas por mí, vamos, pide lo que quieras.

—No lo haré... eso no es... ¿educado?

—La educación no tiene nada que ver si tienes hambre.

—Olvídalo, si tú no comes yo tampoco.

El pobre mesero solo mira del uno al otro. Tomo una calada de aire y después un sorbo a mi bebida. Lo medito unos segundos, entonces digo:

—Bien, una hamburguesa. —Los dos me miran, sí, sé que es un restaurante de lujo, pero

¡vamos! De seguro que tienen hamburguesas, no es algo del otro mundo. —¿Sí tienen hamburguesas, verdad? —El camarero asiente un tanto desconcertado y hace lo mismo con Gabriel cuando exclama:

—Bien, entonces creo que yo pediré lo mismo.

—No, puedes pedir otra cosa si gustas.

—Estoy bien con mi hamburguesa. Gracias. —Responde. El mesero anota y después vuelve a ambos:

—Está bien ¿Algo más? —Niego con mi cabeza, cuando mira a Gabriel él hace lo mismo y entonces me da un último vistazo y un asentimiento para alejarse. Me concentro en Gabriel quién se ha quedado viendo al mesero por más tiempo del necesario y frunzo el espacio entre mis cejas cuando lo escucho decir:

—Ese mesero está algo interesado en ti ¿No crees? —Estoy tomando de mi bebida cuando se le ocurre decir precisamente esas palabras y me atraganto. Este tipo hará que me muera antes de matarme él mismo. En el momento que hacemos un contacto visual cruza sus dedos con las manos sobre la mesa, su ceño está levemente fruncido y mira de nuevo en dirección a la puerta donde se ha perdido el joven.

Quiero decirle que no, que en realidad solo está preocupado porque piensa que me estoy citando con un psicópata que quiere matarme y bueno, él no ayuda mucho vestido de esa forma. Aunque no es lo que pienso decirle claro está, pero tampoco le estoy mintiendo cuando digo:

—Creo que lo único que le llama la atención es tu *outfit*. Puedo apostar que no es común atender al hombre araña en este restaurante. —El tipo vuelve a reírse de esa manera toda espectacular que suena enternecedora. Entonces, agrega:

—¿Sabes? Aparte de divertida, eres mucho más atractiva en persona que en tu foto de perfil.

—Gracias, supongo que no te gusta Darth Vader. —Mi foto de perfil en el sitio de citas era ese personaje de StarWars. Bueno, soy yo, disfrazada de un personaje de Star Wars. No pensé que alguien me enviaría una solicitud, pero qué confundida que estaba con Gabriel.

—Me alegra no tener una cita con un personaje de la guerra de las galaxias.

—¿Te lo imaginas? ¿El hombre araña y Darth Vader juntos en una cita?

—No, no quiero imaginármelo. —Pero sé que sí lo está imaginando. Cuando sus ojos vuelven a los míos de inmediato bajan a mi barbilla y lo siguiente que hace me toma por sorpresa:

Alarga su brazo y con su dedo pulgar limpia algo sobre mi piel, el contacto me causa escalofríos, no sé si por el miedo, las energías negativas, la maldad que puede emerger de él o nada más me ha atontado ese toque suyo. Mal vamos.

—¿Te importa si atiendo mi teléfono? —Reacciono hasta que ya ha quitado sus dedos de mi cara y ahora su mano está sobre el aparato electrónico. —Temo que pueda ser una emergencia. —Algo sospechosa su elección de palabras y que se esté levantando para alejarse y hablar con más privacidad, pero para evitar provocarme más ansiedad elijo lo más fácil: Creerle.

—¡Genial! —Contesto. —Yo también necesito hablar con mi hermana... la policía. —Recalco.

Aunque Gabriel se ríe, yo no estoy haciendo ninguna broma. En el momento que se está alejando me da tiempo de analizarlo, el traje del hombre araña está perfectamente adherido a todos los rincones de su cuerpo. TODOS. Saco cualquier pensamiento de mi cabeza que haga querer imaginármelo de la cintura para abajo sin nada porque este no es el mejor momento, este

tipo podría estar vendiendo mis órganos por teléfono ahora mismo y yo aquí pensando cómo se vería sin ropa.

Gracias al cielo le pedí a mi hermana que me esperara en el bar de la esquina. Sé que ella todavía está ahí porque acaba de llegarme un texto suyo y cuando saco mi celular me doy cuenta de que no es el único, estaba tan absorta en la impresión que me llevé con Gabriel que incluso había olvidado que antes estaba hablando con Luisa.

De: Luisa

¿Todo bien Luna lunera?

De: Luisa

No sé nada de ti desde hace un rato.

De: Luisa

¿No te han matado, cierto?

De: Luisa

Me tienes de los nervios, Luna. Maldita sea, dime algo.

De: Luisa

¡Dios! Aunque sea una frase sarcástica, cualquier cosa que me haga saber que estás viva.

De: Luisa

Sí estás viva

¿Verdad?

De: Luisa

Luna, esto no es divertido.

De: Luisa

Qué tonta fui dejarte ir sin mí. ¡Te lo dije! Te dije que esto era mala idea.

«¿Disculpa...? Fui yo quién te dijo que era mala idea, Luisa» pienso en mi cabeza.

De: Luisa

Por favor, sé fuerte. Donde sea que estés, resiste.

De: Luisa

¿Luna? ¿Pido refuerzos?

De: Luisa

Luna, por Dios. Hasta estoy escuchando gritos, dime que no eres tú.

Así es Luisa.

Más me vale contestarle rápido o de otra forma en unos minutos entrará aquí tirando la puerta. Ya mencioné que es policía y, además, tiene un instinto maternal y sobreprotector desarrollado, aunque no tiene hijos y tampoco quiere tenerlos, tal vez sea la diferencia de diez años de edad o porque crecimos con padres que viajan mucho.

Estoy tecleando a toda prisa cuando otro mensaje de Luisa llega y dice:

De: Luisa

Por fin estás escribiendo.

Solo dime que estás bien y que el tipo no es un psicópata.

Dime que no tiene garras de metal y que tampoco es un muñeco Chucky.

Detengo el tecleo en mi celular cuando levanto la mirada y le doy un recorrido a Gabriel por todo el cuerpo ¡Santísimos dioses griegos! Borro todo lo que había escrito y comienzo de nuevo:

Para: Luisa

Ni garras ni muñeco diabólico, es el maldito hombre araña mejor que Tobey Maguire, Andrew Garfield y Tom Holland ¡Juntos!

El mensaje de mi hermana no tarda en llegar:

De: Luisa

¿Qué? ¿Existe alguien mejor que esos tres hombres juntos?

Le digo que sí y dejo mi celular sobre la mesa mientras observo a Gabriel una vez más, sigue hablando por teléfono, en ese momento es que el mesero llega y viendo de Gabriel a mí, me dice:

—¿Todo bien? ¿Llamo a la policía, señorita? ¿Cómo va su cita hasta ahora? —Lo miro, parece bastante preocupado, aunque no más que Luisa, claro.

—No, está bien.

—Cualquier cosa no dude en avisarme. —Trae consigo las hamburguesas y las deja en su respectivo lugar ahora con un semblante tenso, pero un poco más relajado. Tal vez no debí contarle nada, creo que se ha tomado todo bastante personal y ahora tengo miedo de que sea él quién me siga hasta el parking. Digo, he visto películas de terror y siempre el chico humilde menos pensado es el asesino en serie. —El postre lo invita la casa.

Oh no, agradezco la buena atención, pero tampoco me invento teorías de que mi cita quiera matarme para conseguir todo gratis, aunque pensándola bien, tal vez debería hacerlo más a menudo.

—No te preocupes, está bien.

—No, usted no se preocupe, señorita. Cualquier cosa que necesite ayuda, si ve que las cosas no van bien, solo acérquese a aquella puerta de allá. —Señala la misma de donde él entra y sale. —Y pide una hamburguesa con queso, lo entenderemos de inmediato como una llamada de auxilio.

Arrugo el entrecejo y le digo que sí un tanto confundida, ¿acaso dijo «la entenderemos»? Oh Dios, ya todo el personal de este sitio sabe que me cité con un desconocido, probablemente psicópata, que está vestido del hombre araña y eso no me hace lucir inteligente. De todas formas, le digo que agradezco mucho su intención, habla algo sobre que la seguridad es algo primordial en el restaurante y después se va a atender otra mesa.

Cuando dejo de concentrarme en él y busco a Gabriel, me doy cuenta de que lo he perdido de vista. Doy un rápido recorrido con los ojos al salón y no lo observo por ningún lado, solo espero que no me haya dejado plantada ahora creyendo que la psicópata soy yo, o ya esté esperándome afuera para sacarme los órganos.

Madre mía, tengo que dejar de ver esas malditas películas de asesinos.

Inhalo aire y exhalo en un intento vago de relajación cuando el sonido de mi celular me hace estremecer y dar un brinco en mi sitio. El sonido se corta y entonces me veo obligada a regresarle la llamada a Luisa, todavía estoy intentando visualizar a Gabriel cuando marco el número de mi hermana y lo llevo a mi oído, casi al instante un grito de ella me sobresalta y me hace llevarme una mano al pecho de la impresión.

—¡Luisa! Maldita sea ¿Estás loca? —Casi estoy hiperventilando. Respiro profundo para relajarme cuando la escucho hablar:

—Tú maldita seas, Luna. ¿Cómo es posible que me hayas dejado tanto tiempo sin saber nada de ti? ¿Sabes cuantas veces estuve a punto de pedir refuerzos? ¿Estás demente? —Solo escucho a Luisa parlotear y cierro los ojos un momento.

—Luisa...

—Pero qué bueno escuchar tu voz de nuevo —Suelta el aire de sus pulmones de golpe. —Aunque seas un grano en el culo a veces, pero ¡La madre que te parió! ¿Por qué no me habías dicho que estabas bien, al menos?

—Oh por Dios, Luisa basta...

—¿Entonces sí es él? —Me interrumpe de inmediato —¿Es el sujeto del sitio de citas?

—Exactamente el mismo, pero sin el traje triste de corbata gris. Luisa, este tipo está vestido del hombre araña ¿No te parece sospechoso? Dice que tiene un sobrino y viene de su fiesta de disfraces.

—¡Awww! Qué tierno.

—¿Tierno? Todavía intento averiguar si no es un psicópata, un asesino, o cualquier tipo tóxico al que ya pidió una orden de restricción la ex. Algún defecto debe tener para estar buscando una cita por internet porque este sujeto está de diez ¿Cómo es posible que no tenga una novia?

—Oye...

—¿Qué?

—Si lleva un traje de mallas... ¿Al menos ya viste cómo está esa zona?

—¿Qué zona?

—Ya sabes... donde apunta la V.

—¿La V? ¿Cuál V?

—Oh vamos, Luna. ¡No te hagas! Ya sabes a lo que me refiero, mirábamos fútbol solo para verles esa zona a los jugadores. —Casi visualizo a Luisa con ambas manos en la cintura, intentando hacerme entender qué es la zona V de la que está hablando, aunque ya caí en cuenta a lo que se refiere.

—¡No soy una pervertida, Luisa! No sé si este sujeto está loco ¿Te imaginas que me observe mirándole el pito? —Tal vez debí bajar la voz para decir eso, porque ahora las personas en las mesas alrededor de mí me están viendo. Genial, la loca seré yo.

—Al menos está guapo ¿No? —Siempre me pregunté si Luisa no tiene algún tipo de trastorno mental. —Pero vamos, no te preocupes, no está loco. Esos sitios de cita son cien por ciento fiables.

«¡Claro!» pienso en mi mente con ironía. Ella es del tipo de personas que no teme conocer a alguien por internet, pero por supuesto ella es policía, sabe artes marciales y maneja un arma. Luisa sigue hablando, las ganas de liberar líquidos me ganan y aprovechando que todavía no está Gabriel, me pongo de pie y corro hacia lo que creo son los baños. Estoy abriendo la puerta cuando escucho a mi hermana de nuevo:

—¿Sabes? Me llamó él. —Me detengo frente al espejo y me arreglo el poco de rímel que se me ha corrido debajo de los ojos.

—¿Quién es él?

—Voldermort.

—¿Voldermort?

—Sí, el innombrable... ya sabes, tu ex. —Cierro los ojos un momento. Respiro profundo y después abro la llave del lavamanos para dejar caer agua sobre él. Humedezco mis dedos y escucho de nuevo a Luisa: —¿Sigues ahí?

—Sí.

—Ya sé que no debería haberlo mencionado.

—Está bien. —Intento distraerme acercándome a la ventana, busco a Gabriel por algún

lugar del jardín del sitio, pero no hay nada. Intento divisar también hacia el parking, pero está tan solo y oscuro que me da escalofríos. —Dime qué te dijo.

—No quieres saberlo, Luna.

—¿Entonces por qué lo mencionas? Ahora dime qué carajos quiere ese bastardo.

—Bueno, fue algo así como: «Dile que ni piense que volverá a ver a Pantuflas». —Incluso simula la voz de él. La voz de Luisa no es ni parecida al del tipejo ese, es aguda, casi chillona y una vez alertó al edificio donde vive de un incendio solo con sus gritos. En cambio, yo, bueno, soy todo lo contrario. —Pero creo que solamente se molestó porque le dije que estabas en una cita.

—¿Qué? ¡Maldita sea! No se puede robar mi gato. Es tu culpa, Luisa. Te dije que lo tuvieras en tu casa. ¿Y por qué le dijiste que estaba en una cita?

—¡Porque él me dijo que se iba a ver con… ya sabes… la otra Voldermort! —¿La otra Voldermort? Malditos sean ese par. —Entonces le dije: Genial, porque ella está en una cita, con un tipo apuesto, abogado, rico, por supuesto que me refería a rico en el aspecto físico y se lo dejé claro ¡Y yo no puedo tener a Pantuflas en mi casa, Luna! Panquecito le tiene miedo. Este gato es una fiera.

—¡Panquecito es un Husky Siberiano que pesa diez veces más que Pantuflas y se llama Panquecito!

—¡Tu gato se llama Pantuflas! Y da igual, ese gato en su vida anterior fue un asesino en serie. Eso es seguro. —Prefiero dejar la conversación así. Balanceo mi teléfono entre la oreja y mi hombro mientras me lavo las manos. Tomo una toalla de papel y solo escucho a Luisa hablar, pero no estoy prestándole atención en lo absoluto, no quiero indagar más sobre la conversación que tuvo con el idiota de mi ex. Ni siquiera pienso preguntarle porqué la llamó a ella específicamente sabiendo que Luisa lo odia y está esperando el momento exacto para ponerle una bala en la frente. Oh sí, ella misma se lo había dicho, pero por supuesto que él se lo tomó como una broma.

La interrumpo cuando menciona al innombrable y cambio la conversación a una más importante:

—¿Puedes irle a quitar a Pantuflas? —Sé que usa su estado de policía cuando quiere lograr algo sí o sí. Lo hizo para quitarle unos zapatos míos a mi antigua mejor amiga, según ella, porque no podía permitir que alguien tomara mis cosas, pero en realidad es porque a ella le gustaban. —Sé que puedes hacerlo, puedes hacerlo por tu hermana ¡Es mi gato!

—Lo siento mucho Luna, pero en este caso no puedo, él fue quién adoptó a Pantuflas, legalmente es de él.

—¡Le pedí que lo adoptara él porque en mi apartamento no tengo permitido tener mascotas! ¡Iba a mudarme pronto! Maldita sea ¡No era su gato!

—¿Pronto? ¡Dijiste eso desde hace seis meses!

—¡Y yo qué iba a saber que no encontraría otro maldito trabajo tan rápido!

—Oh Dios, olvídalo, Luna. —Hace una pausa sospechosa. —Y lo demás no querrás saberlo.

—Oh por Dios. Solo dímelo de una vez.

—Ehmmm... ¿estás segura?

—Sí, solo dímelo.

—Me dijo que te dijera que Ana era mejor que tú... ya sabes… en la cama...

—¡Por supuesto que es mejor! Se ha acostado con medio mundo. Y si nos ponemos a eso,

dile a Andrés que él ni siquiera es bueno, es como tener un robot encima.

—No no no... —me interrumpe Luisa. —Prefiero que no me cuentes, después no podré ver a Andrés sin imaginármelo como un robot en la cama, bueno... aunque eso debiste imaginártelo, porque camina como un robot… estreñido.

Y suelto una risita.

—Bueno, sí.

Creo que mejor cambio de tema, pero es que vamos... ni siquiera sé por qué perdí mi tiempo con Andrés, bueno... sí sé, aunque no creo que haya tenido el efecto deseado, digo… mis padres ni siquiera se enteraron de que estuve con él y si se enteraron nos les importó, porque seguro ya se imaginaban que ese «noviazgo» no iba a durar mucho.

—Bueno, lo que hizo tu amiguita Ana fue hacerte un favor, gracias a ella ahí tienes al hombre araña, ahora haz de Mary Jane y cógetelo, ya está, tú eres actriz ¿no?

—Estás loca.

—Si el tipo no es un secuestrador, llévatelo a la cama. —Vaya consejos los de mi hermana. —Aunque sea un secuestrador. Yo estaré vigilando que no te mate.

—Gracias, qué considerada.

Me dice que acaba de recibir de su jefe, le pido que no se aleje, pero de todas formas termina colgando la llamada con urgencia. Genial, ahora siento que me he quedado sola con un tipo al que no conozco del todo, aunque eso pasa a segundo plano cuando cometo el error de mirar la notificación que me llega al teléfono, es una foto de Andrés junto a la persona que solía ser mi mejor amiga y mi gato ¡Mi gato!

Hijo de su p… madre.

Me miro en el espejo, me acomodo el vestido, tomo una bocanada de aire y la suelto de golpe para decirme a mí misma bastante contundente y con una seguridad que hasta hoy desconocía:

—De acuerdo, Luna. —Le apunto al reflejo de mí misma con el dedo índice. —Viniste a este mundo a divertirte no a llorar por alguien, si ese sujeto Gabriel no resulta un psicópata pues tienes sexo con él y ya está ¿Entendido? y como dice la abuela Margarita: hay que pensar menos con el cerebro y más con la vagina.

En ese momento escucho un ruido detrás de mí, por un momento había olvidado que estaba en un baño público y cuando veo a la persona que aparece a mis espaldas cierro los ojos con fuerza esperando que solo sea producto de mi imaginación y en realidad no está ahí, aprieto los labios, como si eso me hará desaparecer cuando me doy cuenta de que no es mi imaginación y que, efectivamente, él escuchó todo lo que dije.

—¿Sabes? Así me gustan las mujeres, determinadas, que saben lo que quieren. —Me habla con un tono socarrón. El tipo vestido del hombre araña camina en mi dirección con una sonrisa divertida en los labios. Me esquiva para tomar el lavabo a la par del mío y cuando nuestros ojos hacen contacto a través del espejo y una sonrisa ladeada se le dibuja en el rostro me doy cuenta de que, definitivamente, estoy destinada a cagarla siempre.

—¿Qué haces en el baño de mujeres? —Cambio de tema fingiendo que esto no es vergonzoso y quiero desviar su atención a algo mucho más importante como su presencia en un lugar exclusivo para damas. —Solo dime que no tienes una vagina.

Gabriel suelta una risotada, se lava las manos y toma una toalla de papel cuando su mirada vuelve a conectarse con la mía. Esboza una amplia sonrisa al mismo tiempo que se agarra su parte íntima y asegura:

—No, creo que no tengo una vagina. —Lo menciona con tanta determinación que me intimida, pero no puedo evitar ver esa zona específica, aunque no me da tiempo de disfrutar el paisaje porque me veo obligada a quitar mis ojos de ahí cuando lo escucho decir: —Y este no es el baño de mujeres, en realidad, es el baño de los hombres. —Extiende su brazo y señala hacia un punto detrás de mí, cuando miro en esa dirección me doy cuenta de que hay urinarios y que, definitivamente, es el baño de hombres y dos señores junto a un chico más joven me están viendo.

Mierda.

Capítulo 2

Gabriel

Treinta y seis horas antes

¿Consideras que vives estresado?

No, por supuesto que no.

Observo el papel que tengo frente a mí, parpadeo un par de veces para concentrarme y me relajo en el espaldar de mi silla giratoria intentando buscar comodidad. Le doy un vistazo a mi reloj y muerdo la parte superior de mi lapicero al mismo tiempo que leo, de nuevo, la primera pregunta para darle una respuesta.

Yo no vivo estresado.

Digo, lo normal nada más. Tengo un cargo de responsabilidad, por supuesto que a veces estoy tenso, pero eso es todo. Cuando la punta de mi lápiz toca el papel para escribir otra respuesta, me quedo meditándolo un poco. Sí, he dicho algunas veces… tal vez varias veces… que estoy estresado, pero no es que realmente lo esté. Entonces me decido por dejar una contundente negación:

No.

Cambio un poco de parecer:

~~*No*~~

Un poco nada más.

Tacho mi respuesta anterior y escribo:

Solo algunas veces.

Vuelvo a lo primero que había escrito:

No.

Lo dejo así, no es como que alguien vaya a leer esto tampoco y no es como que vengan a preguntarme ¿Sí estás estresado o no?¡Vamos! Siguiente pregunta:

¿Cuántas horas al día duermes?

Ocho horas, por supuesto.

Saco mi teléfono celular de mi bolsillo y me voy a la aplicación que asegura «registrar mi sueño» toda la noche. Me muerdo el labio inferior cuando leo la cantidad de horas que supuestamente dormí: 4 horas y media.

Eso no es verdad, algo debe estar mal con este aparato. Bueno, recuerdo haberme acostado a las diez, ah claro, pero después recibí una llamada y tuve que revisar un documento de un cliente con urgencia. Admito que ni siquiera miré el reloj cuando me quedé dormido, pero es trabajo y hay cosas más importantes que dormir.

~~*Ocho horas.*~~

Nadie va a leer lo que escribí:

Cuatro horas y media.

Pero por si acaso, tacho la anterior y escribo:

Seis horas.

Eso está bien.

—¿Cómo vas? —Escucho una voz a mis espaldas. No me giro, me quedo viendo la hoja

de nuevo y escucho de nuevo a Juan, mi amigo, decir: —Si contestamos que sí a todo ¿Crees que nos enviarán de vacaciones al Caribe?

—Yo ni siquiera tengo tiempo para vacaciones en el caribe —digo en pausas, sin querer rasgo la hoja con la punta de mi lápiz específicamente donde se lee la tercera pregunta: *¿Pasa mucho tiempo en su trabajo?* ¡Claro que paso mucho tiempo en mi trabajo! ¡Soy abogado, de uno de los bufets más importantes del país! —No tengo tiempo ni siquiera para esto, de verdad.

Juan, suelta un bufido, me golpea el hombro para tomar lugar en un banco frente a mí. Conocí a Juan desde que inicié mi primer día en la facultad de derecho. Él era el voluntario como guía turístico de estudiantes de nuevo ingreso en la universidad cuando yo ingresé. Nos volvimos amigos desde entonces y después comenzamos a trabajar en el mismo buffet. Solo es un año mayor que yo, es un poco más alto, usa gafas y tiene el cabello negro. Además, posee un coeficiente intelectual bastante elevado, ganó campeonatos de matemáticas en su adolescencia y fue el mejor alumno de su generación en la facultad, es voluntario en varias causas benéficas y tiene un reconocimiento como el mejor abogado del despacho, en eso se resume la vida de él.

Ignorando a Juan, quién también tiene en manos el mismo papel que nos dieron desde que pusimos un pie en este sitio, continúo con esta tontería:

¿Fumas?

No.

¿Tomas alcohol?

~~No.~~

~~De vez en cuando.~~

N

—Oye Juan —Llamo su atención, él va contestando de una manera más rápida y sin manchones. Algo me dice que está poniendo mentiras. —¿Qué le escribiste donde dice si tomas alcohol?

—Que no. Solo me tomo una copa de vez en cuando, tal vez semanas, o cada tres días, así que no. —Lo mismo. Entonces, termino de escribir:

No.

Siguiente pregunta:

¿Tienes pareja?

Medito un poco la pregunta y sin saber en sí qué responder me burlo:

—¿Para qué quieren saber si tengo pareja? ¿Acaso me van a conseguir una aquí?

—Tal vez nos consigan un par de bailarinas nudistas.

—Solo espero que Karen no se dé cuenta de eso que acabas de decir. —Él suelta una carcajada, pero de inmediato se disipa cuando su esposa está entrando al lugar. Aprieto los labios cuando él se aclara la garganta y se acomoda la bata que lo está cubriendo.

—Bomboncito… —Le dice. Juan se pone rojo de inmediato y mira a Karen de mala gana. —¿Qué? Si tienes el cuerpo de un bombón. Ya sabes, la cabeza muy grande y el cuerpo muy delgado.

Suelto una carcajada. Juan se gira completamente hacia ella quitándose las gafas y la mira, ella solo tiene una sonrisa de diversión y entonces Karen le dice con serenidad:

—Pero aun así te amo.

Primero que nada, solo ellos dos son los que debieron estar aquí. Había recibido un regalo de mi madre en mi último cumpleaños, era un día de spa para dos personas. Le dije que se las daría a Juan como un regalo de bodas porque yo estaba muy ocupado y él es el que acaba de

casarse. Ella no dudó entonces en hacerme llegar otro, aunque le dije que ni siquiera tenía con quién usar la otra invitación, pero me dejó una nota en el sobre que dejaba claro que tenía que buscarme una compañía. Entonces aquí estoy, en horas laborales, contestando unas tontas preguntas cuando tengo una pila de trabajo por hacer… y solo, porque ni siquiera tengo tiempo para conocer personas.

Saco mi teléfono celular cuando controlo mis risas y me abrumo por la cantidad de emails que tengo sin leer, sabía que debía leerlos antes de llegar a este lugar. Juan está riñendo a Karen quién nada más se mira las uñas de las manos con un gesto despreocupado, es que él ni siquiera molesto se ve intimidante. Juan tiene un rostro muy amable y hace gestos que resultan graciosos cuando está enojado. Él sale de la sala gesticulando exageradamente, detrás de él Karen quién me avisa que irán al sauna. Las actividades para parejas son distintas y antes de dejar la sala escucho a su chica decir:

—Si tuvieras una novia, sería mucho más divertido. —Le doy un vistazo con desaprobación, pero ella ya se ha retirado. Tomo una calada de aire para volver la vista a mi teléfono y encuentro ahí un correo *SPAM* entre los prioritarios: *«¿Estás buscando novia?»* Voy a eliminarlo, pero entonces sin querer termino abriendo el mensaje dejando un anuncio en grande con letras rojas que dice:

«*¿Estás buscando novia? Entra a www.sebuscanovia.com Con nuestro filtro puedes encontrar a tu chica perfecta para una cita esta noche ¡Ya no necesitarás vaselina, deja que alguien más lo haga por ti!»*

¿Qué diablos?

—¿Tú eres Gabriel? —Escucho detrás de mí. Me giro en dirección a la señora que me ha llamado. Cuando veo que me está pidiendo la hoja de cuestionario, no sé si decirle que necesito un poco más de tiempo. De todas formas, ella me la quita de las manos y mira la cantidad de borrones, manchones, respuestas sin contestar y después de darme un vistazo debajo de sus gafas, lo único que me dice es: —Veo que estás muy estresado.

—No. —Digo despreocupado. —Solo he tenido mucho trabajo estos días. —Eso es verdad, en ese momento un mensaje de texto interrumpe la conversación seguido de una llamada telefónica del despacho que cuando estoy a punto de contestar la mujer me arrebata de las manos. Mi teléfono ¡Es mi teléfono y ella no tiene derecho a hacer eso! —Ese es mi teléfono, devuélvalo por favor.

—Oblígame. —La mujer deja caer el aparato electrónico en su busto. Cierro los ojos un momento intentando no entrar en pánico. Esa puede ser una llamada de emergencia, algún cliente buscándome o algún asunto importante que necesito arreglar ahora mismo. —Cero tecnología en este sitio. Leíste el anuncio en la entrada, ¿no?

Sí, lo había leído, pero creí que eso era una broma ¡Vamos! ¿Quién en pleno siglo XXI no usa un teléfono celular? Cuando la mujer da media vuelta leyendo mis respuestas de la hoja de papel, me apresuro a alcanzar la ropa que está arriba de una mesa agradecido que la chica de recepción se ha ido. Rápidamente busco entre la ropa de Juan su teléfono y me lo guardo en mi ropa interior a tiempo, la mujer se da media vuelta y yo me apresuro a alcanzarla cuando me dice:

—Ven por aquí. —Quiero pedirle mi celular de regreso, pero el de Juan es suficiente para enviar un correo a mi asistente y preguntar el motivo de esa llamada. La mujer abre una puerta y me pide que pase, aunque yo prefiero que ella lo haga primero para darme tiempo de redactar un email. No me lo permite, así que me veo obligado a avanzar y cuando estamos en un pequeño

cuarto me dice que me recueste en una camilla. —Yo nada más comenzaré con un relajante masaje en los pies. Después vendrá un fisioterapeuta especializado, estás muy tensionado y él te ayudará a aliviar la presión en tus hombros. Por ahora relájate, no pienses en nada, deja tu mente en blanco y siente como va mermando la preocupación. Después entras a buscar novia a ese sitio.

—Yo no… —Mi celular no me deja terminar la frase sobre el porqué yo nunca buscaría novia por internet, el aparato comienza a vibrar cuando la mujer lo deja sobre la mesita donde están unos aceites. Tomo una respiración profunda procurando relajación y mejor obedezco para que esto se termine cuanto antes. —Está bien, acabemos con esto. —Me recuesto como me indica y miro al techo.

—Ahora cierra los ojos. Solo relájate.

Lo hago, pero al poco tiempo abro uno de ellos para cerciorarme que ella no me está viendo. Cuando me doy cuenta de que tiene los ojos cerrados meto mi mano por debajo de la bata aprovechando que la mujer está concentrada, intento palpar el celular de Juan dentro de mi ropa interior y disimuladamente lo saco para comenzar a escribir todavía oculto debajo de la prenda. Su contraseña es fácil, es su aniversario con Karen y justo fue hace unos días. Cuando entro al correo suyo lo primero que hago es buscar el de mi hermana quién, para mi mala suerte, es mi asistente.

Tecleo rápido, pero mi parte perfeccionista se niega a enviar un correo donde he escrito mal unas palabras entonces comienzo a borrarlo para poder redactar correctamente.

—¿Qué es eso? —Escucho a la mujer de cabello gris. No me había percatado que había dejado de masajearme los pies y ahora está atenta a lo que estoy haciendo yo cuando se da cuenta que estoy concentrado en algo debajo de mi bata. —¿Qué estás haciendo?

De acuerdo, no entremos en pánico. La mujer mira en dirección donde mis manos están estáticas y entonces me doy cuenta de que la escena es bastante… ¿comprometedora? Digo, mis manos están sobre mi parte íntima y el celular sobresale con un bulto bastante prominente debajo de la tela. Oh, rayos.

—Oh, no… no… no… no es lo que cree. —Se tapa el rostro y entonces me pongo de pie de un salto para explicarle que eso no es nada de lo que ella piensa, pero entonces, justo en el momento que me da un vistazo, la bata se me abre dejándome en ropa interior… frente a ella. Maldita sea.

Me cubro rápido. Lamentablemente había decidido ponerme los boxers que me quedan más ajustados al cuerpo, porque… bueno, mi ex regresa hoy de Inglaterra y estoy seguro de que vendrá a verme, aunque eso lo omito, claro. Voy a preguntarle si acaso ella nunca ha visto un hombre en ropa interior pero entonces la escucho gritar:

—¡Seguridad! —Abre la puerta. —¡Seguridad! —Se lleva la mano a la frente de manera muy dramática. —Esta es una de las peores cosas que me han pasado.

—¡Escúcheme! —Elevo la voz también. Me debato entre decirle sobre el teléfono celular, pero al verla bastante pálida creo que es la mejor opción. —Era un teléfono celular ¡Era este teléfono celular! —Repito. —Estaba enviando un correo. —Pongo el aparato electrónico en alto frente a sus ojos. La mujer entonces se cruza de brazos, aprieta los labios y cierra los ojos un momento solo para gritar, otra vez:

—¿Tenías un celular escondido ahí abajo? —Me mira como si he hecho algo muy malo y me merezco el infierno. Parece que incluso es peor que tenga un teléfono escondido a que me haya estado tocando frente a ella. —Es que no puedo creerlo.

—Puede ser importante, mi trabajo puede estar en juego.

—Ustedes los jóvenes de ahora ¡Son unos adictos a la tecnología! —Yo no soy adicto. Soy abogado, que es muy distinto. —Antes eran las drogas, ahora son teléfonos, trabajo, internet. Necesitas tiempo para ti, estás tenso y tienes el pulso acelerado, ya tu madre me lo había advertido, pero no pensé que fuera tan grave.

—¡Tengo trabajo que hacer! —Mi teléfono vuelve a vibrar y entonces corro a alcanzarlo. —Lo siento, pero no puedo simplemente ignorarlo, después estaré más tenso y con el pulso más acelerado si pierdo clientes ¿No lo entiende?

—Gabriel. —Escucho del otro lado cuando descuelgo la llamada. Reconozco fácilmente esa voz y miro de soslayo a la señora del cabello gris quién tiene una mano en la frente con decepción. Mi hermana continúa diciendo: —Alguien te está buscando. De hecho, ha venido varias veces.

La manera cautelosa con la cual dice esas palabras no me pasa inadvertida.

—¿Alguien? ¿Quién? —Parece estar comiendo, al menos escucho rasgar un paquete de galletas, pero eso no me sorprende, casi todo el tiempo está así. Trabaja en el despacho mientras decide qué carrera estudiar a sus veinte. Aunque es un grano en el culo, no he podido echarla porque mi madre me pidió que al menos la soportara unos meses y que era capaz de pagarme a mí si lograba conseguirle un empleo. Así tal cual. Por supuesto que no permitiría que mi madre me dé dinero y su petición llegó al mismo tiempo que carta de renuncia de mi asistente, así que Catalina ahí está, dándome más trabajo que sirviendo de ayuda en sí.

Estoy dejando atrás el cuarto de masajes y voy caminando con el teléfono en la oreja cuando escucho a la mujer del cabello gris detrás de mí:

—¡Gabriel! Tu madre va a…

—Solamente dígale que sí vine. —Porque lo hice ¿no? No estaría mintiendo. Estoy tomando mi ropa de la mesa de recepción y de mi cartera extraigo un billete: —Tome cincuenta dólares y dígale si es posible que tomé una siesta rodeado de aceites relajantes o no sé qué cosa.

La señora cierra los ojos un momento con la mano sobre la frente, no toma el dinero así que lo dejo en la mesa a su lado cuando a toda prisa desaparezco de ahí con mi ropa en manos. Incluso había olvidado a mi hermana y es hasta el momento que la escucho otra vez que me percato que estaba hablando con ella:

—Ahora tendrás que darme cincuenta dólares a mí porque escuché todo.

—A ti te conseguí trabajo, Cata. Deberías estar agradecida. —Menciona un «ja, ja, ja» con socarronería y me viene a la mente de lo que estábamos hablando. —¿Quién me está buscando? ¿Es alguien importante? Porque si no lo es tengo un contrato que llevarle a un cliente…

—Pues, depende. —Me interrumpe. —¿Es Cristal todavía importante para ti o ya no?

—¿Cristal? —Me detengo en seco antes de entrar al cuarto para cambiarme. —¿Ya regresó?

—Sí y ha venido unas… tres veces a buscarte. Le dije que te habías ido a un spa, entonces me pidió tu número telefónico. Me dijiste que no podía dar tu número de teléfono sin preguntarte antes entonces es lo que estoy haciendo. Yo opino que deberías ignorarla, así como te ignoró ella todo este tiempo que estuvo Inglaterra.

—Catalina, no hables si no…

—Revisé tus correos antiguos. —Me interrumpe y yo solo tengo ganas de tomarla del cuello. —Ya sabes, para ver si había algo importante con lo cual ponerme al día. ¿Enviarle correos, Gabriel? ¿Hasta dónde llegan los abogados? ¿Por qué no solo enviarle un Whatsapp

como las personas normales?

—¡Catalina! Deja de husmear en mis cosas personales por favor y limítate a hacer tu trabajo… bien.

—¡Ah sí! Porque te apuesto que ni siquiera te dio su número extranjero tampoco. —Necesito mucho autocontrol con Catalina. —¿Entonces le doy el tuyo? Creo que sonaba bastante interesada en hablar contigo. Aunque… ¿por qué borraría tu número? Ya lo ves.

Sabía que Cristal lo primero que haría al regresar de Inglaterra sería buscarme, incluso pensé que era una locura eso de darnos un tiempo, pero respetaría su decisión si aquello implicaba su crecimiento profesional. Ella también es abogada y se iba cuatro meses a Inglaterra a hacer una especialización. No sé nada de ella desde ese día que acordamos tiempo de manera cordial, después de todo, los dos teníamos agendas muy complicadas y fueron cuatro años juntos.

—Dile que llego en un momento.

Cuando estoy en el despacho, a la primera persona que me encuentro cuando salgo del elevador es a Catalina, mi hermana, riéndose a carcajadas con los pies arriba del escritorio y el teléfono pegado en la oreja. Está trabajando en un bufete de abogados no en un cabaret y se lo he dejado claro varias veces.

—Catalina… —Le hablo. Da un respingo en su lugar, tal vez sea por el tono de mi voz, mi gesto o porque, finalmente, entiende que no puede comportarse de esa forma. Deja el teléfono celular sobre la mesa de vidrio, se sacude unas migajas de galleta que tiene en la ropa y acomodándose de la forma que se supone debe atender a las personas que llegan al sitio, se arregla el cabello y me dice:

—Buenos días, bienvenido a *Waldo's* y asociados. ¿En qué puedo ayudarle? —Me detengo en seco frente a ella, dejo caer los hombros en señal de derrota porque esto ya de por sí es difícil. —Por lo visto el spa no te ayudó en nada. Tal vez no debiste pagar cincuenta dólares y solo te hubiese dejado manosear y ya está.

Prefiero ignorarla.

—¿Dónde está Cristal?

—Dijo que no podía esperarte porque tenía mucho trabajo que hacer. No me dijiste si le podía dar tu número y lo interpreté como un no, así que le dije que no sonabas interesado. —Santo cielo, a veces me dan ganas de tirar a mi hermana por la ventana. —Ah y como si le estaba preguntando me contó que había obtenido un ascenso. Le dije que no me importaba y entonces te dejó esto. —Me entrega un papel púrpura, es un número con la firma de Cristal. —Dijo que había cambiado de número, pero como te dije, yo en tu lugar la ignoro. Fueron cuatro meses en Inglaterra y en ese tiempo pudo salir, hacer amigos, tomarse fotos y publicarlas en Instagram, pero no contestarte un miserable correo.

—Catalina, te dije que te preocupes por tus propios asuntos. —Saco mi teléfono celular al mismo tiempo que camino en dirección al elevador. Marco el número que está en el papel y de inmediato escucho la voz de Cristal, me disculpo por no llegar a tiempo y por lo que sea que le haya dicho Catalina, ella menciona que en realidad mi hermana fue muy amable, pero sé que solo está siendo modesta. Me dice que me verá en el café que está a unas cuadras y estoy presionando el botoncillo del elevador cuando escucho a Catalina a mis espaldas: —Oye ¿Puedo salir más temprano?

—No.

—Gabriel… ¡Vamos!

Solo me giro un poco para dejarlo claro:

—Ya te lo dije, no.

Cuelgo la llamada después de confirmarle a Cristal que estaré ahí en unos minutos. Justo en el momento que las puertas de metal se abren doy un paso al frente. Catalina está tomando sus cosas del escritorio cuando está diciendo:

—¿Puedo acompañarte? Prometo que me quedaré afuera y no voy a estorbarte. Ni siquiera te darás cuenta de que yo ando por ahí. Puedes dejarme en el parque que está por aquí cerca. —Ya sé qué es lo que está intentando, verse con alguna de sus amigas y después no regresar el resto de la tarde. El elevador se está cerrando en el momento que comienza a correr hacia mí, comienza a marcar un número y después se lo lleva a la oreja. —Detén el elevador, Gabriel.

Por supuesto que no lo hago y antes de que las puertas metálicas se cierren frente a los dos, para mala suerte mía, la escucho:

—Está bien, iré por las escaleras.

La cafetería en la que Cristal me dijo me estaría esperando está abarrotada de personas como es lo usual. Es la única, la más moderna y la que sirve el mejor café de toda esta cuadra. Casi no logro dar con ella, tengo que ver a las personas a la cara y cuando estoy a punto de darme por vencido la diviso en una de las mesas del rincón, con su laptop de frente y dándole un vistazo al reloj de su muñeca. Es de inmediato, como si estuviésemos conectados, que mira hacia mí y nuestros ojos se conectan, esboza una sonrisa y se pone de pie arreglándose la chaqueta.

Cristal está igual desde la última vez que la vi. Sé que solo han pasado cuatro meses, pero muchas cosas pueden acontecer en esa cantidad de tiempo, a medida que avanzo hacia ella la única diferencia que logro notar es que ahora lleva el cabello más corto, incluso el maquillaje es el mismo y esa manera de saludar rodeándome con sus brazos para darme un beso en la mejilla.

—¿Cómo has estado? —Pregunta. Por un momento no sé cómo actuar así que correspondo el abrazo con una sonrisa. Sí, ya estaba preparado para este encuentro e incluso venía preparando un discurso en todo el camino a verla, pero hay algo en su lenguaje corporal que me indica que no está del todo cómoda en este momento.

Bueno, puede ser culpa de Catalina. Nunca… jamás, le ha caído bien Cristal.

—Bastante bien, gracias. —Respondo con naturalidad. Tomo el lugar que ella me indica, quedamos frente a frente cuando toma la silla en la que estaba. Mira una vez más su reloj y pregunto intentando sonar comprensivo: —¿Poco tiempo? —Se encoge de hombros y me sonríe, voy a admitir que ese gesto me hace recordar qué fue lo que me enamoró de ella.

—Algo así, ya sabes cómo es esto. —Toma una taza de café que tiene en frente y le da un sorbo. Hay algo en la forma de actuar de Cristal que me hace saber que no está del todo relajada, puede ser solamente el viaje, o el *jet lag* tal vez. Puedo notar que el líquido dentro del envase tiembla un poco cuando está entre sus manos. Me da un rápido vistazo y me pregunta: —¿Vas a pedir algo? Yo invito.

—No no, estoy bien. —Niego de manera sutil con mi cabeza. Además, había tomado más café esta mañana que todo lo que he bebido en toda mi vida entera. Quedamos en silencio un momento, creo que esta escena no es para nada como me la venía imaginando en mi cabeza. Incluso, se ha vuelto un tanto incómodo. Cristal está concentrada en la bebida y tamborilea las yemas de sus dedos sobre la taza que está sobre la mesa. —Oye… —digo de manera cautelosa. —¿Todo está bien? ¿Pasó algo? ¿Qué hizo Catalina?

—No… —Contesta de inmediato, riéndose un poco. —Catalina no tiene nada que ver. Todo está bien, no te preocupes. —Se arregla el cabello hacia atrás, algo que hacía a menudo

cuando estaba nerviosa. Mejor me decido pedir un café porque esto se está poniendo algo extraño. La camarera llega después de mi señal y pido una bebida sencilla, agrego a mi pedido unos panecillos de arroz para mí y para Cristal. —No, no te preocupes, no tengo mucho tiempo en realidad.

Pero la camarera ya se ha ido, entonces menciono con picardía que tendrá que quedarse más tiempo para no desperdiciar su panecillo favorito, aunque yo sonrío, ella nada más hace una mueca con los labios y nos vemos a los ojos. Los ojos de Cristal son azules y hacen una combinación estupenda con el rojo natural de su cabello. Alargo mi mano para tomar la suya, pero entonces la escucho decir:

—Estoy saliendo con alguien.

Por un momento su confesión me toma por sorpresa. Es en ese momento que Cristal deshace el contacto visual cuando la camarera me está dejando la taza de café al frente. Además, pone los panecillos en medio de los dos y después de preguntar si queremos algo más Cristal le dice que no y se retira. Yo no he dejado de verla a ella, ahora estoy más confundido sobre el porqué estoy aquí y me molesto.

—Eso… Eso es genial. —Toso un poco para aclararme la garganta. Hay un silencio incómodo después y Cristal no me está viendo a mí. —¿Entonces el motivo por el que me invitaste a un café es para decirme que estás saliendo con alguien?

—Te lo estoy diciendo porque no quiero que te des cuenta de otra forma, siempre dijimos que seríamos honestos el uno con el otro. Entonces aquí estoy, siendo honesta contigo. Quiero que seas feliz, Gabriel. Yo quiero ser feliz también y he encontrado eso en otra persona.

Relamo mis labios todavía sin comprender de qué se trata todo esto. Digo, si vas a salir con alguien no vas y se lo dices a tu ex justo después de regresar de Inglaterra. Además, habíamos acordado darnos tiempo nada más.

—Está bien, gracias por decirme. Pero… —Voy a decirle que fue ella quien pidió tomarnos un tiempo, ni siquiera fui yo, yo nunca hubiese hecho tal cosa, aunque me hubiese ido al Polo Norte ¿Cómo vas por ahí pidiéndole tiempo a una persona porque «quieres concentrarte en tu carrera» y cuatro meses después regresas enamorada de alguien? Pero en un momento de lucidez, me doy cuenta que eso no suena lo más acorde para decir en este momento. —Está bien, te deseo lo mejor Cris ¿Me puedo ir? Porque en serio —Miro mi reloj. —Tengo mucho trabajo.

—Sí, te entiendo, solo quería decírtelo yo misma… es solo que, la verdad, me preocupaba tu reacción. —Mi reacción, claro. Mi reacción era lo que más le preocupaba. —Estuvimos juntos mucho tiempo, lo sé, pero a veces es necesario… ya sabes…

—Está bien. —La interrumpo. Estoy molesto, pero no porque salga con alguien más, sino porque se suponía que se estaba tomando un tiempo para tu carrera profesional. Ya da igual. —De acuerdo, sé feliz entonces, pero ¿no era que querías concentrarte en tu carrera?

—Sí… pero… en realidad… cuando llega esa persona indicada… —Oh, genial. Ella suelta un suspiro. Se tapa la cara con las dos manos y respira profundo para decir: —Yo… en serio, quiero casarme con esta persona… —Hace una pausa sospechosa, ¿Cómo es posible que ya quieras casarte con alguien solo cuatro meses después de acabar una relación de cuatro años? ¿¡Cómo!? Quisiera preguntárselo, pero no me salen las palabras siquiera. No puedo ni acomodar una correcta oración dentro de mi cabeza ahora mismo. —En serio te aprecio, Gabriel. Por eso quiero que lo sepas por mí y no porque alguien te lo diga. A mí me pondría feliz que me dijeras que sales con alguien. Lo que menos queremos… quiero —Rectifica y eso me confunde más — es herirte.

—A ver ¿Cómo puedes querer casarte con alguien cuatro meses después de terminar una relación de cuatro años? ¿Alguna vez siquiera pensaste en casarte conmigo?

Igual ya sé cuál es la respuesta y la verdad es que no me importa mucho, porque… bueno, yo tampoco me imagino casado con Cristal.

—Gabriel, tú me decías que ni siquiera piensas casarte. —Eso sí es verdad. —Además ¿Has leído eso sobre las personas y el tiempo? A veces no es el tiempo que pasas con alguien, es la persona. Lo comprenderás algún día.

—Okey, me estás diciendo que… —La sangre me hierve, sí… pero prefiero callarme. No pides tiempo a alguien si lo que simplemente querías era rehacer tu vida con otra persona ¿no? Respiro profundo y en lugar de lo que pensaba decir, suelto: —Qué bien por ti, en serio. ¿Eso era todo? —Le doy un sorbo a mi café para no dejarlo intacto. Me saco la cartera para pagar la cuenta y la escucho:

—No, yo pago, en serio. Me ascendieron en el despacho y…

—Felicidades, pero no te preocupes. —Le agrego una sonrisa en el momento que le doy un vistazo y observo el movimiento de su garganta cuando traga saliva. —Entonces ¿a ti no te importaría en lo más mínimo si yo salgo con alguien?

—En lo absoluto. —Me contesta de inmediato. —Me pondría feliz saber que eres feliz. Compartimos cuatro años juntos, Gabriel. Solo puedo desearte lo mejor.

En ese momento escucho la campana que anuncia la llegada de un nuevo cliente a la cafetería y observo que su vista se ha perdido a alguien detrás de mí, no tengo que voltear a ver porque de inmediato escucho una voz que me resulta bastante conocida:

—¿Gabriel? —Es mi hermano, Roberto. La última vez que lo vi fue hace varios meses porque después se fue al extranjero a estudiar una maestría… que no terminó. No tenía idea que ya había vuelto y tampoco mi madre porque ya se lo hubiera dicho a todos. Tal vez lo saludara con mayor entusiasmo si el momento fuera otro, pero cuando me extiende la mano y no puedo corresponderle el efusivo saludo, se vuelve a Cristal preguntando: —¿Ya le dijiste?

Ella niega con su cabeza, se relame los labios y yo solo me puedo poner a pensar en: ¿Desde cuándo estos dos se hablan con esa familiaridad y confianza? Cristal se vuelve a acomodar el cabello para atrás con ambas manos y entonces, Roberto, mira de ella a mí.

—Ah, de acuerdo. —Exclama, yo solo los miro a los dos. Ambos parecen estar en una situación incómoda y eso me resulta bastante sospechoso. Primero que nada, porque ellos precisamente no eran amigos cuando yo estaba con Cristal. —No me contestabas las llamadas, no me dijiste que estarías aquí. —Me da un vistazo. —Gabriel, me da gusto verte. Estaba esperando que…

—¿Qué está pasando? —Lo interrumpo. Se miran entre ellos y Cristal toma el antebrazo de Roberto haciendo una sutil negación que no me pasa desapercibida. Mi hermano toma lugar al lado de Cristal, cruza sus dedos con las manos sobre la mesa y lo escucho con atención:

—Escucha Gabriel…

—No, Roberto… —Exclama Cristal. Tengo algo así como un sexto sentido, algo muy en el fondo que me indica cuando algo está mal… muy mal. —Déjame a mí hacerlo.

—Díganmelo de una vez. —Sueno sereno, tomo un sorbo más de café intentando no pensar en lo que se me está ocurriendo en la mente ahora mismo. Me concentro en los dos para no verme cohibido y entonces, es ahí cuando lo suelta, sin tapujos, sin vacilación:

—Gabriel… —Traga saliva y continúa: —Cristal y yo nos encontramos en Inglaterra. Comenzamos a charlar, después a salir… con amigos, claro… y entonces nos dimos cuenta de

que tenemos muchas cosas en común y que nos llevábamos bastante bien, que teníamos las mismas aspiraciones, que compartíamos la misma pasión por el jazz y la música clásica… —¿a Roberto le gusta el Jazz y la música clásica? A Cristal sí, pero de Roberto jamás escuché eso —…ya sabes cómo es esto, comenzamos a vernos más seguido, a disfrutar de las cosas que a ambos nos gustaban, descubrimos que… bueno… somos el uno para el otro y…—Roberto hace una pausa, siento que se me ha cortado la respiración y en ese momento que hacemos un corto contacto visual lo deshace de inmediato para tomar una calada de aire y agarra la mano de Cristal. La mira y dice:

—Quiero casarme con ella.

Capítulo 3

Luna

Treinta y seis horas antes

Perspectiva... de acuerdo... pongamos las cosas en perspectiva.

No es como que haya desatado un virus mortal o haya lanzado una bomba atónica, tampoco es como que extravié la fórmula de la cura contra el cáncer, vamos... es un anillo... solo un anillo... de acuerdo... okey, okey, voy a calmarme.

Respiro profundo y comienzo a hacer memoria donde dejé ese maldito anillo. Camino de un lado a otro al mismo tiempo que me sostengo la frente y pienso... Debería estar en la mesa... sí, la que tengo en frente... ya busqué todo, no estaba por ningún lado. Okey, no fui al baño... de todas formas ya había revisado cada sanitario, papeleras, alfombras, lavabos... dos veces. Nada, no había nada. Mi apartamento... a ver... no, antes de ir a mi apartamento me di cuenta de que ya no llevaba el anillo. Ahora me estoy comiendo las uñas dando vueltas por el lugar, miro todo el desastre a mi alrededor y pienso que en algún lugar de esta catástrofe debería estar. Ese anillo cuesta más de tres veces mi salario de un año. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

Tomo una calada de aire intentando calmarme, hago un ejercicio de relajación que me enseñaron en las clases de yoga. No lo consigo. Ahora estoy a punto de entrar en pánico. Me tiro sobre la alfombra y comienzo a barrer con mis manos la cantidad de confeti buscando esa maldita sortija ¿Qué tal si alguien más la encontró? Madre mía, esto no puede estarme pasando a mí.

—Luna. —Escucho detrás de mí, doy un salto en mi lugar y mi cabeza choca con la mesa que tengo encima. Eso dolió y bastante. —¿Dónde está mi anillo?

—Yo... he... —Me pongo de pie sobándome la cabeza, a ver... que ella es la persona más *cool* del mundo... tranquila, carismática... tal vez solo debería decírselo «Oye, perdí tu anillo de compromiso» «Sí, ese mismo de oro blanco» «El que tiene un rubí enorme en el centro» «El que ayer bromeando te dije que podría ayudarme a pagar todos los meses de renta de mi apartamento...» Oh no, ahora que estoy sobria eso se escuchó muy mal, con mucha más razón tengo que encontrarlo. —Escúchame, Lisseth...

Mi jefa tiene una mirada que intimida. Sus ojos son oscuros, muy oscuros, tanto como una noche de tormenta, sí, eso es un adjetivo que la califica... tormenta. Se ha quitado las gafas de sol y me mira con intriga, solo trago saliva y me quito con las manos unos pedazos de confeti que se quedaron pegados en el vestido.

—¿Qué? —Replica, lleva los labios pintados de rojo carmesí. Se guarda las gafas en su carísimo bolso de edición limitada de Channel y me mira de pies a cabeza con una mirada que se mezcla entre lo atónito y la vergüenza. —A ver... ¿Por qué parece que pasaste una noche de rumba, vomitaste sobre ti misma y ni siquiera te has tomado una ducha?

A ver... sí pasé una noche de rumba... por ella y su novio específicamente... pero no vomité así que eso me ofende, es verdad que no me he tomado una ducha, pero también es culpa suya porque me había pasado la madrugada entera en vela, buscando su carísimo anillo de compromiso ¿Quién me da a mí a guardar algo? Digo, tienes que conocerme lo suficiente como para saber que ni siquiera me puedo cuidar yo misma. Pero bueno, ayer, entre todos los tragos y

la euforia, me dije «Okey, yo puedo con esto» y se me ocurrió decirle: —Está bien, yo lo cuido. Vete a bailar tranquila.

Menuda mierda.

Me acomodo el pelo lo mejor que puedo; tengo cabello rebelde, de ese tipo de liso que jamás se acomodaría donde lo dejes. Ayer tenía ondas, pero tuve que correr bajo la lluvia desde el coche de mi novio hasta el edificio para buscar esa estúpida sortija.

—¿Y qué haces aquí tan temprano? —Grita de pronto, causándome un sobresalto. Suelta un suspiro y me rodea para ir directo a su oficina. Ayer, su novio nos había pedido ayuda para prepararle una enorme sorpresa para proponerle matrimonio. Aunque nada salió como esperábamos ahora que miro mi alrededor me doy cuenta de que vamos a ganarnos una demanda por el personal de limpieza. —¿Y por qué estás tan nerviosa? No me digas que despertaste con alguien que no era Andrés, bueno... siempre y cuando no haya sido mi prometido está bien... No fue mi prometido, ¿verdad?

—¡No!

—¿Mi hermano?

—Tu hermano es gay.

—Gracias al cielo. —Susurra. —Es que… mi hermano y tú... no. —Niega con su cabeza. —No me hago la idea.

Sabía que era mala idea hablar con el hermano de mi jefa, pero tuve que acercarme cuando un amigo me dijo que le pidiera su número, por supuesto que Lisseth no se lo tomó nada bien y me envió un correo explicándome las razones por las cuales su hermano y yo no éramos compatibles. Además, mencionó unas diez veces que era gay, resaltado en negrita, como si ya no era lo suficientemente notorio.

—No... no dormí con nadie... —Aclaro. Aunque eso sería mucho menos trágico que haber perdido su anillo de oro blanco de dieciocho quilates. Santo escarabajo. —Escúchame... lo que te voy a decir es...

Lisseth abre la puerta de su despacho y una cantidad de confeti de colores le cae encima. En la pared logro divisar los globos en forma de letras donde se lee ¿Te quieres casar conmigo? ese era el plan de Mauricio, su prometido, pero ella se enteró en el parking porque su mejor amiga no pudo cerrarse la boca y ahí mismo él tuvo que pedirle matrimonio.

—Awww, es tan romántico. —Dice, mirando alrededor. —Mauricio es un amor en todos los aspectos. —Se queda admirando el trabajo que nos tomó toda la tarde de ayer y después se vuelve a mí: —Si un hombre no hace todo esto por ti, nunca te cases con él. —Sé que indirectamente me está diciendo que nunca me case con Andrés, mi supuesto novio, quién ayer se había esmerado en coquetear con una amiga de mi jefa en mis propias narices alegando que no, que solo le estaba preguntando si la conocía de algún lado. Mentiras. —¿Y dónde está el personal de limpieza?

—Tú misma les dijiste que podían tomarse el día libre porque estábamos celebrando tu compromiso.

—¿Yo qué? —Me encojo de hombros cuando se da media vuelta y me mira. —Oh diablos, no debiste dejarme tomar demás, Luna. —Ni siquiera yo pude cumplir esa promesa, acabé tomándome los tragos que ella misma había dejado en la mesa después de entregarme su anillo para «no perderlo». —¿Y dónde está mi anillo? Este próximo fin de semana iremos a casa de mis suegros, necesito llevarlo conmigo. Hoy cuando me desperté y no lo tenía casi me da un ictus, pero después recordé que te lo había entregado a ti y con lo responsable que eres sabía que

estaba en buenas manos.

No sé si eso es sarcasmo, pero ahora que los efectos del alcohol ya se han ido me doy cuenta de que no debí tomar tremenda responsabilidad con mi jefa.

—Es de lo que quería hablarte... —Me rasco la cabeza un tanto nerviosa, es algo así como mi tic de la mentira. Lisseth en ese momento arruga su entrecejo con interrogante y dejo de hacerlo porque en mi estado no se ve nada agradable. —Verás... yo... yo... lo... —hago una pausa al mismo tiempo que cierro los ojos con fuerza para sincerarme, pero en lugar de eso lo único que me sale es: —Lo dejé en casa.

—¿En tu casa? —Abro los ojos y ahora sí está completamente girada hacia mí con sus brazos cruzados sobre el pecho. De acuerdo, no me quiero imaginar su reacción si le hubiese dicho la verdad. —¿Cómo que lo dejaste en tu casa, Luna? ¿Sabes lo importante que es ese anillo para mí?

—Sí, lo sé. Verás... —Me limpio el sudor de las manos en mi falda y ella está viendo con intriga esa acción. Ya lo sospecha, maldición. —Pues... yo... salí muy temprano porque necesito hacer una investigación... la universidad... ya sabes....

—¿Volviste a la universidad?

—Sí... —No, no es verdad. No he vuelto a la universidad desde que... bueno, desde que me di cuenta que la universidad me iba del asco. Mis padres me dijeron que era muy mala idea, pero aquí estoy, haciéndome la fuerte e independiente para no dar mi brazo a torcer, aunque a veces solo quiera volver a mi casa. —Estuve estudiando, aprovechando cuando todos se fueron, por eso me ves así, vine aquí a terminar las tareas... porque... me quedé sin internet... y...

—Oh vaya. —Exclama pensativa. Mi jefa cree que vengo de una familia muy pobre y que a duras penas hago dos comidas al día, cree que ese es el motivo de mi delgadez y le dice a sus amigas que ese es mi secreto para ser flaca. Por supuesto que no es verdad, no hago dos comidas al día, tampoco tengo la culpa de ser flaca y mi familia no tiene nada que ver con la poca suerte que tengo para encontrar un buen empleo. —¿Sabes qué? Vete a casa, puedes tomarte el día. Descansa y come algo, la cafetería de la esquina tiene una cuenta a mi nombre, pide lo que quieras y di que es para mí.

—Oh no no... en serio lo agradezco, pero...

—Y cuando necesites... —levanta más la voz para callarme —internet, ve a mi casa si gustas, estarás más cómoda. —Como dije, ella es una persona simpática, de esas que emanan ternura y te caen bien desde el primer día. Aunque eso no desaparece el hecho que he perdido su anillo de compromiso y que vaya a matarme si se entera. —Pasaré por mi sortija cuando termine por aquí. Veré a Mauricio después y no creo que le haga ninguna gracia decirle que lo tienes tú cuando es una herencia familiar y viene de generación en generación ¿Puedes creerlo? Lo usó su bisabuela y aquí está... conmigo. —Mira su dedo, pero recuerda que no lo lleva. —Bueno, en tu casa, pero ya me entiendes.

—Sí.

Maldita sea, tengo menos de doce horas para encontrar ese maldito anillo, es una herencia familiar ¡Familiar! ¡Y tengo menos de doce horas! Okey, okey... buscaré el vuelo más barato a China, no... a ver... que no cunda el pánico, voy a encontrarlo... No pasa nada.

—¿Estás bien? De pronto te pusiste pálida. —Escucho a Lisseth, reacciono ante su voz y le sonrío, aunque eso fue más una mueca que un gesto amable en sí. Al menos no me está poniendo atención, está manipulando su laptop y se sienta frente a su escritorio de vidrio. —Ve a descansar y ya sabes, pasas por la cafetería y pide lo que sea a mi nombre. —Me está viendo con

advertencia. Como si yo fuera a desperdiciar comida gratis. —Hoy puedes tomarte el día libre.

—Está bien. Muchas gracias.

Salgo de ahí a toda prisa pensando en qué haré ahora con mi vida si he perdido el bendito anillo de compromiso de Lisseth. Estoy a punto de entrar en un colapso nervioso, ni siquiera me emocionaron las palabras «día libre» porque para mí solo se traduce en horas buscando la sortija de Lisset. No me puedo quedar a esperar el ascensor y comienzo a correr escaleras abajo llamando a Andrés, él es la única opción que me queda. Recuerdo que estaba dándole vueltas a la sortija en mi dedo anular en su auto... o fue antes... maldita sea... ya no lo recuerdo.

Dos, tres tonos y nada, maldito Andrés. Resoplo con fuerza a medida que avanzo con prisa por recepción y vuelvo a marcarle. Madre mía, yo no puedo pagar esa sortija ni con un año de trabajo en este programa de radio, ni siquiera logro juntar dinero para los tres meses de renta que debo. Además, Lisseth si no me mata, me despide. Mínimo acabaré en la cárcel.

—¿Luna? —Preguntan del otro lado de la línea. Exhalo todo el aire que mis pulmones estaban reteniendo inconscientemente cuando por fin escucho la voz de Andrés... adormilado... —¿Luna? ¿Qué carajo? ¿Sabes qué hora es? Maldita sea.

—Buenos días, mi amor. Estoy bien y tú.

—¿Qué diablos quieres? Saliste corriendo como loca ayer ¿Sabes cuánto tiempo me tomó preparar lo que había hecho para ti?

—¿Preparar qué cosa? Comprar preservativos no cuenta.

—También había... —hace una pausa, escucho algo parecido a una voz femenina pero no estoy segura, me detengo para escuchar mejor pero entonces él continúa: —había... —se detiene otra vez y hay un silencio rotundo después.

—¿Andrés?

—Nena... tengo que colgar... Mi padre me está llamando y ya sabes cómo... —Otra pausa. —es...

—¡No! Andrés... espera... escúchame... necesito que revises tu auto, tengo que encontrar el anillo de compromiso de Lisseth, tú lo viste ayer... ya sabes... tiene un rubí y...

—¿Sigues con lo mismo? —Suelta un bufido, susurra algo, pero no alcanzo a escuchar y después parece acercarse a la ventana. Lo sé por el ruido de los autos y también el sonido de la madera abriéndose, me conozco todos los rincones del departamento de Andrés de memoria. —Escúchame bien, Luna. Estoy hasta la madre de que me estés hablando de ese maldito anillo, ya te dije que no soy del tipo de hombre que cree en el matrimonio y esas cosas. Por más que lo menciones y por mucho que hables sobre lo bien que te queda el oro blanco... no... no va a pasar. No pienso casarme contigo.

Me detengo a mitad de la calle al escuchar a Andrés. ¡Por supuesto que yo no planeo casarme con él! pero eso fue algo... ¿rudo? Incluso para mí que ni de broma tengo pensada una relación para toda la vida con él... digo, solo hay que verlo para darte cuenta de que no es, ni por cerca, un príncipe azul.

Y no es como que yo busque un príncipe azul tampoco, pero Andrés, madre mía, lo de Andrés fue una tontería que comenzó un día que discutí con mis padres y lo conocí en un bar, yo le pedí su número y comencé a salir con él porque sabía que era el típico hombre sin futuro que molestaría a mis padres.

Pero ahora la arrepentida soy yo y a ellos ni siquiera les importa.

—¡Genial! Porque yo tampoco pienso casarme contigo Andrés, solo necesito que revises tu auto porque perdí el anillo de mi jefa y va a matarme.

—Si estás insinuando que yo lo tengo...

—¡Qué no, Andrés! ¡Qué no, maldita sea! No estoy insinuando nada, creí que lo llevaba cuando íbamos camino a tu apartamento, es todo... —No es común que yo le hable de esa forma a Andrés, bueno… a nadie en realidad, pero hoy tengo la paciencia muy corta.

—Bueno, pero ese no es mi problema. Si vas a estar hablándome de esa forma, mejor no me llames.

—¡Maldición, Andrés!... Solo quiero que busques...

—¡No! A mí no me vas a hablar así. Estoy harto de tu carácter, Luna ¿Sabes qué? Mejor hay que dejar las cosas así, esto me está cansando de verdad. No quiero odiarte, estás muy paranoica últimamente.

¿Paranoica? ¿Yo paranoica? ¿Qué m...?

—¿Estás terminando conmigo?

¡Por fin! Que yo no me atrevía.

Pero el anillo de Lisseth, madre mía. Necesito ver su maldito auto.

—Tómalo como quieras, pero no me llames. Necesito tiempo para pensar mejor las cosas y ver en qué dirección quiero que vaya mi vida... pero sin ti. Necesito estar en paz para componer música y tú solo me estás agobiando. —¿Qué diablos? Pero antes de que yo pueda replicar, cuelga. Maldito Andrés.

Estoy a punto de gritar como loca a mitad de la calle. Me doy cuenta de que ni siquiera tengo dinero y no puedo pagarme un taxi hasta el apartamento de Andrés, ni siquiera tengo ganas de aparecer en su apartamento. Se me ocurre la grandiosa idea de mandarlo a la mierda a través de un mensaje de texto, no va a importarle en lo absoluto, pero quiero dejarle en claro que estoy bastante cabreada y no porque haya querido por fin terminar esta supuesta relación, sino por el bendito anillo de Lisseth.

Tecleo a toda prisa escribiendo un sin número de palabras que ni siquiera pienso, me detengo cuando agrego «rata inmunda» y antes de presionar enviar mi celular es arrebatado de mis manos.

Levanto la mirada confundida y veo a un sujeto con una chamarra negra que se está alejando a toda prisa en una bicicleta.

—Maldita sea. —Siseo, mirando de mi mano vacía al sujeto malandro que se acaba de llevar mi celular. —Devuélveme ese maldito teléfono.

Comienzo a gritar como loca y me echo a correr tras él con una rapidez que hasta hoy desconocía. No sé cómo había aprendido a andar tan veloz con unos tacones de infierno y con el pelo enmarañado pegándoseme en la cara, pero aquí voy, detrás de un tipo que al verme correr tras él pedalea más rápido.

—Deténganlo, por favor. Mi hermana es policía... —Le grito. —Mi hermana va a encontrarte pedazo de m... —Y el tacón de mi zapato se quiebra, haciéndome caer de bruces sobre el pavimento.

Vaya pedazo de día.

La gente me está rodeando, me están preguntando si estoy bien y lo único que puedo decir de manera grosera es que si acaso no vieron que el tipo se me robó el celular, que vengo gritando como loca que lo detengan, pero nadie lo hizo ¿Ahora quieren preocuparse por mí? Ojalá les roben el teléfono a ellos también, para yo no hacer nada por ellos.

—Estoy bien, gracias. —Parezco indigente, ya sé. —No se preocupen, llamaré a mi hermana, es policía. Ella va a venir por mí. —Comienzo a buscarme el celular en los bolsillos de

la chamarra, entonces caigo en cuenta que ya no tengo celular y que no hay forma de que pueda comprarme otro.

Maldición.

En fin, acepté que me trajeran a la comisaría porque no llevaba dinero, ni teléfono celular para llamar a Luisa, así que aquí estoy sentada en la sala de espera, aunque todos mencionaban que debería visitar a un doctor antes por el golpe en mi rodilla y porque aseguran haber visto que mi pie se dobló en un ángulo extraño. Estoy sucia, sin un zapato, con los pelos al aire y el maquillaje regado por toda la cara, una señora se acerca a mí y me dice que hay apoyo psicológico para las víctimas de abuso.

—Es mi hermana. —Escucho a Luisa de pronto. Se aparece toda elegante con su uniforme al cien, un maquillaje intacto y unas gafas de sol. La verdad es que mi hermana fue la más favorecida en los genes; es voluptuosa, ojos claros, labios carnosos, tiene el cabello, tupido, con volumen y sedoso. Además, con mejor suerte que yo y ahora tiene el trabajo de sus sueños: Golpear gente. —No es abuso. —Añade con picardía. —Solo tiene mala suerte. Vaya noche de rumba ¿eh?

—Me robaron el celular, perdí el anillo de compromiso de mi jefa, se me rompió el tacón del único par de zapatos caros que tengo, me caí en público y me raspé la rodilla. No es algo para burlarse, Luisa.

—¿Ese es mi vestido, Luna? —Tal vez debí ir a cambiarme antes de llegar aquí, pero no había forma que les pidiera a las personas que me trajeron que me llevaran a casa primero para cambiarme el vestido de mi hermana.

—Am... sí...

—¡Luna! ¿Cuántas veces te he dicho que no uses mi ropa? —Me comienza a gritar... a media sala de espera... con todos viéndonos. Le hago una seña sobre guardar silencio, pero no lo hace, continúa: —Desde que tenías como cinco años te lo estoy repitiendo, no te pongas mi ropa sin permiso, incluso te hice escribirlo mil veces. —Eso es verdad. —Y mírate aquí, casi dos décadas después, con mi vestido ¡Mi vestido!

—Luisa...

—¡Ah! ¿Y qué hay de aquella vez que usaste mis zapatos nuevos? ¡Nuevos! ¡Ni siquiera yo los había estrenado!

—¡Tú los dejaste en mi apartamento!

—¡Pero eso no significa que podías tomarlos!

—Dejé una vez un bizcocho en tu refrigerador ¿Y qué hiciste? ¡Te lo comiste!

—Oh no, no vas a comparar zapatos con bizcochos. ¡Tú mataste a Nemo!

—¡Yo no maté a Nemo! —Nemo era el pez dorado de mi hermana, fue mi primer empleo, cuidar a Nemo mientras mi hermana iba a la escuela. Está demás decir que murió. —¡Eso fue hace como veinte años, Luisa! Supéralo.

—¡Oh! Miren que bonitos pájaros. —Dice la señora compañera de trabajo de Luisa que hasta ahora estaba presenciando la ridícula escena. Se va fingiendo que mira algo por la ventana, pero en realidad se pierde rápido tras un pasillo. Me vuelvo a Luisa que está gritándome espantada sobre el porqué no debí sobre alimentar a Nemo, o que a las peceras se les cambia el agua cada cierto tiempo ¡Veinte años! Veinte años y sigue hablando como si fue ayer. Cierro los ojos un momento para intentar relajarme porque ella no me está ayudando en lo absoluto.

—¡No fue hace veinte años! Fue hace quince años, cincuenta y dos días, dieciocho horas, treinta minutos...

—¡Oh! ¡Ya basta, Luisa! ¿Es que no lo entiendes? —Levanto la voz lo suficiente para dejarle claro que yo no vine a discutir. —Un sujeto me robó el celular, mi jefa va a matarme porque perdí su anillo de compromiso, me raspé las rodillas cayéndome de bruces en la calle más transitada. Necesito tu ayuda y tú estás aquí reclamándome por un vestido ¿Vas a ayudarme o no? Porque si tu respuesta es no, estoy perdiendo mi tiempo.

Me pongo de pie y comienzo a caminar hacia la puerta cuando escucho la carcajada de Luisa. Sé a qué se debe, así que tomo una calada de aire para controlarme y muy digna, con la cabeza en alto, me quito el otro zapato y me echo a andar descalza por la comisaría.

—Espera... —se continúa riendo. Me detengo y me doy media vuelta después de soltar un bufido. Luisa se acerca a mí y tira de algo que está colgando de la falda de mi vestido... bueno... su vestido. Cuando veo su mano y observo lo que está sosteniendo me dan ganas de morirme hoy mismo. Vamos, que todo el mundo me vio correr despavorida detrás de un sujeto al que le gritaba que me devolviera mi teléfono mientras llevaba una cola de papel higiénico pegada en el culo.

Menudo día de mierda.

—Luna ¿Has considerado hacerte una limpieza contra espíritus burlones? A ti parece que te han pegado mal de ojo, mujer. —Se está burlando de mí, carcajeándose a mi costa y ahora dos de sus compañeros de trabajo se le han sumado.

Maldita Luisa.

Llego a mi apartamento cansada, aturdida y exhausta. Sé que me veo terrible cuando un niño suelta un grito y la mujer que lo acompaña se persigna al abrirse el elevador. Sí, ya sé que está oscuro y es de noche, pero no es para tanto. El piso donde está mi apartamento no tiene lugar por donde entre la luz del día y se queda sin energía eléctrica en los pasillos, está demás decir que fue el más barato que encontré y, aun así, no he logrado pagar los meses completos, algo que procuro no mencionárselo a nadie... ni siquiera a Luisa porque va a volverse loca.

—No sé cómo puedes vivir aquí. —La escucho decir, pero no tengo ganas de hablar siquiera. Va adelante mío mirando alrededor, sacándose la pistola por cada ruido que escucha. Bastante paranoica en realidad. —Esto es horrible.

—No es tan malo. —Sí lo es, el sitio es espantoso; pero a pesar de todo, es un lugar bastante seguro y sano. Además, no podría mudarme a otro lugar, porque le he ofrecido un espacio a mi mejor amiga para mientras consigue un empleo. Una vez que lo haga, acordamos buscar un sitio más apropiado para vivir juntas. —En algún momento cuando consiga otro trabajo.

—¿Y qué tal si mandas a buscar un trabajo de verdad a la tetas de elefante? —Me interrumpe, así le llama a Ana, mi mejor amiga. —Digo, no creo que cada teta le pese tanto como para que no pueda mover el culo a buscarse un empleo.

—¡Luisa! —riño. —Basta. Se llama Ana, Ana... —Repito.

—Okey, dile a ese palo con tetas «Ana» —dice con énfasis— que mueva su perezoso trasero. Esos senos enormes deben de servirle para algo. Digo, puede ir a un burdel y ganar dinero. Tú puedes ser su proxeneta.

Me detengo y me quedo viendo a Luisa, aunque ella no hace lo mismo y continúa andando, viendo hacia todos lados. Cuando se da cuenta que no la estoy siguiendo se gira hacia mí y enarca una ceja.

—¿Qué? Estás manteniendo a esa floja ¡Qué casualidad que todavía no haya conseguido empleo! No seas tonta, Luna. —El sonido de una puerta abriéndose de golpe hace sobresaltar a

Luisa y apuntarle a una anciana. Ella suelta un grito de horror llevándose las manos al pecho. —Lo siento. —Le dice mi hermana. —Lo siento de verdad, soy policía.

—Lo siento. —Le agrego yo también mirando a la pobre mujer. Cuando ya hemos avanzado bastante me vuelvo a ella: —Luisa ¿Puedes relajarte de una maldita vez? Me estás poniendo nerviosa.

—Este lugar es el que debería ponerte nerviosa. No me sorprendería que aquí hayas extraviado el anillo de tu jefa.

—¡Ni siquiera vine aquí! No sé cómo diablos pudo esa maldita sortija desaparecerse de mi dedo. —Me comienza el tic nervioso en mi ojo derecho de nuevo. A este punto ya ni siquiera tengo uñas que morderme. —No recuerdo nada tampoco.

—Consigue el permiso de tu jefa para revisar las cámaras del sitio. Es lo único que puedo hacer por ti, aunque eso tomará tiempo y no sé qué cuento vas a decirle a tu jefa mientras tanto.

—¡Claro! Con lo bien que se me dan las mentiras.

Me detengo frente a mi puerta y tomo la llave que está sobre el cuadro en la pared, miro la nota que cae al suelo. Aprovechando que Luisa va más allá sobre el pasillo medio oscuro, le doy un rápido vistazo al papel y es un aviso de desalojo en dos semanas.

Tengo que leer dos veces, incluso para cerciorarme que lo que acabo de leer es real y es cierto que nos piensan echar si no nos hemos retirado en dos semanas, leo por una tercera vez hasta que escucho a Luisa:

—¡Luna! —Me sobresalto, arrugo el papel en mi mano y me vuelvo a Luisa. —Cúbrete.

—Luisa, es un sillón. —Hablo, mirando el bulto blanco al que le está apuntando. —Solo está cubierto con una sábana. Relájate, maldita sea.

—¿Por qué estás segura?

—Porque vivo aquí, tal vez.

Ella tira de la sábana... sí, es un sillón como le dije. Creo que mi hermana es la personificación de la paranoia. Baja el arma, comienza a quejarse sobre el porqué dejan muebles en medio pasillo y regresa a mí entregándome su pistola:

—Sostén esto. Estas botas me están matando. —Cuando tomo el objeto, me lanza con advertencia: —Ten cuidado.

Le recuerdo que no es la primera vez que sostengo un arma, ella misma me llevó a practicar tiro al blanco porque no quería ir sola cuando aspiraba a ser policía. Cuando abro la puerta y Luisa no va detrás de mí, aprovecho para encerrarme en el baño y leer de nuevo el papel que estaba pegado en mi puerta.

Dos semanas, maldita sea. Dejo ir el papel por el retrete, pensativa me quedo viéndolo perderse en el conducto. Cuando el pliego ha desaparecido por completo, salgo de ahí a toda prisa y desde la sala escucho un teléfono celular sonar con alguna canción de reguetón de *Daddy Yankee*. Yo no tengo teléfono y Luisa todavía no ha entrado, así que busco de donde viene el sonido y me encuentro con el celular rosado que le pertenece a Ana, pero no es lo que me llama la atención, si no, la camiseta negra de Slipknot a su lado que se me hace bastante conocida.

Me basta con recordar a Andrés para que, claramente, mi mente reproduzca esa risita peculiar suya e incluso puedo apostar que escucho ese tono áspero de su voz, pero poco tiempo después me doy cuenta de que no es mi imaginación y que, efectivamente, lo que escucho es un sonido dentro de mi recámara que se me hace escalofriantemente familiar ¿Es posible que Andrés haya venido? *¡Nah!* Andrés no busca hablar después de una discusión.

A ver, ahora escucho una risita mezclada con un gemido suave y femenino. Me voy

directo a mi habitación. Abro la puerta de golpe y me encuentro a Ana ahí, de espaldas a mí, sobre un sujeto a quién parece tener ganas de arrancarle el pito sobre mi cama ¡Mi cama! Y cuando ella se detiene y me mira, el sujeto que levanta la cabeza es él.

Andrés.

Andrés, mi novio.

Bueno, mi ex.

Pero hasta hace un rato seguía siendo mi novio.

Está bien, pongámonos serios un momento ¿Qué se hace cuando encuentras follando a tu mejor amiga y tu novio, o exnovio, en tu propia cama? ¡Es mi cama, hijos de la... ¡Dios! ¡No se me ocurre ninguna frase ofensiva-decente! Solo recuerdo que traigo el arma de Luisa conmigo y los apunto a los dos.

—Ay, no. Dijiste que ella se quedaría con su hermana. —Dice Andrés tan sínico. Se calla y se dirige a mí: —Cariño, no es lo que tú crees. —Está pálido, no es como que tenga bastante color tampoco, pero sí puedo darme cuenta de que está en shock. No puede moverse y a mí me tiembla el pulso… de rabia. —Mi amor... escúchame.

—¿Mi amor? ¿Ahora sí soy tu amor? —Ni siquiera reconozco el tono perverso que está adoptando mi voz en estos instantes. Ni siquiera reconozco a estas dos personas que tengo en frente... se suponía que ella era mi mejor amiga y él hasta hace unas horas era mi novio. —Oh, qué tonta, ahora entiendo por qué yo te estaba agobiando.

—Luna, baja el arma. No es lo que tú te estás imaginando.

—¿No es lo que yo me estoy imaginando? ¿Entonces qué es? ¿Vas a decirme que fue un accidente? ¿Ella cayó desnuda sobre tu pito y comenzó a rebotar?

—Amiga... escúchame...

—¡Amiga una mierda! —La apunto a ella y comienza a llorar bajándose de Andrés, vamos, que no es necesario ser muy listo para darse cuenta que estos dos estaban cogiéndose desde mucho antes. Ana se envuelve en la sábana, dejando descubierto a Andrés y no puedo evitar fijarme en el pene erecto, cubierto con un preservativo —*al menos*— del sujeto con quién compartí tres meses de mi vida y mi salario. Le apunto ahí y los dos sueltan un chillido de la impresión.

—Nena, escúchame. —Me habla, levantándose de un salto, pero sin quitarme la vista de encima... del arma precisamente. Está buscando una toalla de mi cajón y después de encontrarla se la amarra de la cintura. —Es un malentendido, yo venía a hablar contigo… porque me arrepentí por lo que te dije. Sé que vamos a arreglarlo porque yo te quiero y tú a mí.

—Oh vamos, que esto no es Barney y yo sí voy a dejarte sin pito. —Disparo y los dos presentes sueltan un grito de horror, pero no le he dado a él, he apuntado cerca de mi mesa de noche, ahora estoy intentando calcular mejor la puntería. —Esa era solo la prueba.

—¡Luna! —Escucho a Luisa lanzarse a mí despavorida. —¿Qué... ¿Qué estás haciendo? Por Dios. Dame eso.

—¡No!

—¡Luna! Dame el arma ahora.

—Por favor, Luisa. Quítale esa arma. —Le dice Andrés. Mi hermana al escuchar la voz de él se gira completamente y contempla la escena que no le toma mucho entender. Se queda en shock y entonces, me arrebata el arma y grita:

—Déjame a mí desbaratarles los sesos. —Apunta a Andrés. —Te lo advertí, idiota. Te dije que si le rompías el corazón a mi hermana iba a ponerte una bala en la frente.

Ana está llorando en una esquina y nunca había visto a Andrés tan pálido desde la vez que creyó que tenía herpes...

Oh por Dios...

Debí imaginármelo.

La que me contó en secreto que tenía herpes fue Ana...

¡Ah, caray! Hijos de la chingada.

—¡Mátalos! —Le grito, pero sé que de igual manera Luisa no va a hacerlo, está su trabajo en juego, pero yo no tengo nada que perder así que intento quitarle el arma y entre forcejeos lanza otra bala contra la lámpara de mi habitación. Ana suelta un chillido y Andrés está subiéndose a la ventana contemplando la idea de lanzarse y yo grito: —Los quiero a los dos fuera de mi apartamento ¡Ahora mismo!

—¡Ahora! —Espeta Luisa, apuntándolos. Ni siquiera les da tiempo de recoger todo, porque al vernos ir tras ellos prefieren salir en toalla.

No les toma mucho dejar libre mi piso y aprovecho ese momento para tomar las cosas de Ana y lanzárselas por la ventana. Sus vestidos carísimos, los tacones de diseñador, su iPhone incluso... pero eso no me hace sentir para nada mejor. Tal vez debí quedarme el iPhone ya que no tengo celular.

—¡Qué hijos de perra! —Dice Luisa, lanzando también los vans azules de Andrés. —Son unos hijos de perra, engendros del demonio, familiares de lucifer, parásitos de la sociedad, ratas de alcantarilla. Y perdón a Lucifer por decirle que son familia.

Mi hermana sigue gritando desde la ventana, lanzando cosas. Los mencionados están pasando justo por donde la ropa está cayendo en el andén. Luisa también lanza un portarretratos que contenía una fotografía de Ana y yo, los dos corren despavoridos cuando el objeto choca con el suelo haciéndose añicos y apenas lograron recoger solo algunas cosas.

—¡Te lo dije! —Continúa mi hermana. —Te dije que esa tipa era una falsa, te lo vengo diciendo desde siempre y ese Andrés un grandísimo idiota. Por algo nunca me cayeron bien los dos, te advertí que tenía un sexto sentido. Esos dos se están cogiendo desde hace mucho.

—¿Sabes? Conseguí este novio solo para molestar a mis padres y todavía se da el lujo de ponerme el cuerno. —Me vuelvo a Luisa seria. —¿Crees que mi problema es no tener pechos enormes como los de Ana?

—¿Qué? Por supuesto que no. Tus pechos están bien y, además, las mujeres no somos solo pechos.

Me dejo caer derrotada sobre el sillón de mi sala. Resumiendo mi día: Perdí el anillo de compromiso de mi jefa, me robaron mi celular, hice el ridículo cayéndome frente a un grupo de personas, me golpeé la frente, me raspé las rodillas, corrí con un pedazo de papel higiénico pegado en la cola, me van a echar de mi apartamento y me encontré a mi ex follando con mi mejor amiga.

No, no voy a llorar por eso. Vamos Luna, que tú eres fuerte, ellos no te merecen. Eres exitosa e independiente. Va, ninguna de las dos, pero al menos así intento darme ánimos.

—No se te ocurra llorar. Ni siquiera querías a ese tal Andrés.

—Me vale una mierda Andrés, pero Ana es mi mejor amiga, la única, de hecho. Bueno, era.

—Ana nunca fue tu amiga y te lo dije. Le interesaba lo que podía conseguir contigo nada más. Siempre tuve razón ¿Lo ves? Para la próxima hazme caso, que cuando tú nacías yo ya corría, Luna, literalmente. Aunque creo que te acaba de hacer un favor sacando a ese palo de

fósforo inservible de tu vida ya que tú no te atrevías a terminarlo. Préstame tu computadora.

—¿Para qué?

—Te crearé una cuenta, en un sitio de citas. —Pero no espera a que le de mi autorización. Se va directo a mi mesa de noche y de un compartimento saca mi laptop.

—¿Qué vas a hacer qué?

—Es un sitio de citas, nunca lo he probado, vas a hacerlo tú.

—¿Estás de mente? ¿En serio crees que quiero agregarle a mi vida de mierda un secuestro? ¿Te parece que estoy en condiciones de morir cuando tengo que arreglar muchas cosas en esta vida? No quiero vagar como alma en pena buscando venganza.

—Vagarás como alma en pena de todas formas porque jamás te he perdonado por matarme a Nemo.

—¡Qué yo no lo maté! —Suelto un bufido y rodeo la cama para buscar algo de ropa en mi armario, entonces me percato que acabo de pisar un preservativo usado ¡Qué asco! —De acuerdo. Consígueme una cita en ese lugar. Que lo que no te mata, te hace más fuerte.

—Y si te mata no te preocupes, procuraré que el caso se investigue a fondo para que tu muerte no quede impune.

—¡Ah! Pues mira, qué afortunada soy.

—Sabes que solo es una bromita. —Solo escucho el *tac tac tac* del teclado y su risa diabólica. —Está bien, comencemos.

Capítulo 4

Gabriel

Veinticuatro horas antes

Doy un paso dentro de la casa de mi madre cuando me encuentro a todos los miembros de mi familia ahí, excepto uno: Roberto. Todos dejan de hablar al verme entrar y ahora me están viendo en silencio. En la sala están mi madre y su esposo, Víctor; mi hermana mayor, Jessie y su esposo, Ian; Catalina y su —por ahora— novio, Ethan. Estos últimos en sillones individuales a la izquierda, mientras que el resto ha tomado lugar en el lugar más grande excepto el esposo de Jessie, que está junto a mi hermano menor quién tiene puesto unos audífonos enormes en las orejas y es el único que actúa normal ante mi presencia.

—Buenas noches. —Saludo. Nadie me responde. Mi madre está sosteniendo una copa de vino a la que ni siquiera le ha dado un trago. Víctor está sosteniendo un pedazo de pastel de chocolate al que acaba de darle un bocado. Catalina, quién es la más charlatana de todos, ha quitado la mirada de mí y finge estar concentrada en sus zapatos, su novio se traga la bebida de golpe y mi hermana mayor, Jessie, es la primera en esbozar una sonrisa y responder:

—Buenas noches, Gabriel. —Entonces todos dicen lo mismo en coro, como robots; excepto Elías quién todavía está tecleando en su laptop sin percatarse de su alrededor. Él siempre es así, lo sospechoso es la actitud de todos los demás.

—Buenas noches. —Entra Juan, mi amigo. Se había quedado afuera mientras hablaba por teléfono, ahora está junto a mí y también se da cuenta del ambiente extraño y tenso que hay en la sala cuando todos también le contestan lo mismo en coro. —Qué gusto estar aquí… —Esta bien podría ser una escena donde canten grillos y toda la cosa. Al ver que nadie está dispuesto a responder. Se vuelve a mí sacándose el teléfono celular del bolsillo y dice: —Tengo que atender esta otra llamada. Permiso.

Y se va, genial.

Bien, sabía de antemano que no tenía que venir a esta «reunión», yo no me creo las «cenas en familia» de mi madre, incluso se lo había dicho a Juan todo el camino, pero él insistía que no era probable que mi familia ya lo supiera todo. Lo que no sé, es que tanto sabía mi madre antes que yo.

—Está bien, hagamos esto rápido porque tengo que trabajar y tengo hambre. —Intento sonar relajado. Camino en dirección a mi madre que, por primera vez, esboza una sonrisa cuando le beso la mejilla. Saludo a Víctor y a los demás, le doy un abrazo a Jessica y entonces, de nuevo, ese silencio perturbador que está comenzando a darme escalofríos. —¿Dónde está Ian? —Es mi sobrino, quién también se llama igual que su papá. Tomo lugar en el espacio vacío al lado de mi madre. Mi hermana mayor me responde rápido, pero no lo hace de la forma que suele hacerlo.

—Se durmió. —Se pone de pie. —Por cierto, iré a ver cómo está.

—Yo iré con ella —Ahora es su esposo. Se va detrás de ella y ahora el único sonido que se escucha son los pasos de los dos hacia el segundo piso.

—Bien, yo también tengo hambre. —Ahora Catalina. —Mamá, ¿podemos cenar ya por favor? Tengo que salir, luego te molesta que vuelva después de las doce.

Hasta el tono de Catalina me resulta extraño. No es demandante y prepotente como suele

hacerlo, más bien parece algo actuado. Mi madre ni siquiera le riñe, lo único que hace es volverse a Víctor y preguntar:

—Cariño, ve con Elías a ver qué le pasa a mi computadora, creo que se averió.

—Tu computadora está bien. —Habla mi hermano entonces. Ella le lanza una mirada asesina y Elías, después de soltar un suspiro, se pone de pie tomando sus cosas y dice: —Vamos papá, tenemos que «arreglar» esa computadora. —Incluso hace comillas con las manos y mi madre aprieta los labios con fuerza.

—Ethan, ven conmigo. —Le habla Catalina a su novio del momento. El chico, obediente, se pone de pie y se aleja tras ella hasta el patio.

Ahora solo somos mi madre y yo, lo que es todavía más perturbador.

—Está bien… —Hablo, poniéndome de pie. —¿Qué hay de comer? Espero no te moleste que haya traído a Juan conmigo. —Camino en dirección a la cocina, hay un banquete, no es común que mi madre cree un banquete. De acuerdo, el asunto está peor de lo que pensaba… —Guau. —Exclamo, sin entusiasmo. —¿Qué estamos celebrando?

—Gabriel… —No me giro cuando escucho a mi madre mis espaldas. Estoy analizando cada rincón de aquí. Me doy cuenta de que hasta han decorado los cubiertos y las cortinas combinan con la casa. —Tal vez deberías sentarte un rato, quiero saber cómo estás.

—¿Por qué quieres saber cómo estoy?

—Porque soy tu madre, tal vez. —Responde con indignación. Hasta ella sabe que no es de las personas que te preguntan cómo estás así de la nada. —Estás bastante… calmo… sí fuiste al spa, ¿verdad?

Me doy media vuelta y le respondo con sinceridad:

—Así es… —No estoy mintiendo, sí fui al spa. Mi madre me mira cuando tomo una copa con postre de las que están sobre la encimera y un grito suyo me sobresalta:

—¡No! —Casi se me cae. —Vamos a comer todos juntos. Solo estamos esperando a… —Hace una pausa sospechosa y se aclara la garganta —a Roberto.

Debí imaginármelo, tantas atenciones solo debían ser para él.

—Está bien.

Toma la copa y la deja en el mismo lugar. Algo que me llama la atención es que hay suficiente como para que todos comamos dos veces. Mi mamá se aclara la garganta de nuevo, toma una calada de aire y se vuelve a mí:

—Con… Cristal…

Otro silencio incómodo, de esos que fácilmente podría delatar el sonido vergonzoso de mi organismo reclamándome comida. Mi madre me mira a mí y yo la miro a ella, espabilo de inmediato y me encojo de hombros para arreglármelas y decir:

—Okey... —Finjo restarle importancia. Me doy media vuelta para buscar algo en el refrigerador y mi madre continúa:

—Gabriel… Los dos son mis hijos, a ambos los amo, por favor, no me pongas entre la espada y la pared decidiéndome que todavía no superas…

—Mamá… —la interrumpo. Sabía que ella ya estaba enterada de todo esto desde el inicio, posiblemente hasta antes que yo. Me indigna, pero nunca… jamás… le haría pensar a alguien, ni siquiera a mi madre, mucho peor a Cristal o a Roberto que esto es algo que en realidad me molesta. —Lo que sea que pasó entre Cristal y yo, se acabó hace mucho.

—¡Uf! Es bueno saberlo. —Mamá respira con alivio. —Es lo que me dijo ella, pero estaba casi segura que fue hace poco que la vi en tu apartamento, ya ni siquiera lo recuerdo.

—Genial, hasta ya habló con Cristal. Al parecer, yo fui el último en darme cuenta. —No sabes el alivio que siento que no estés molesto… pensé que esto iba a ser peor.

Esto pudiera ser peor, porque sí estoy molesto ¿Quién no lo estaría? Digo, ¿Cómo te sacas de la cabeza la idea de que tu hermano se acuesta con tu ex? ¿Que incluso mi propia madre parece estar de acuerdo? ¿Y, además, que le haya dicho que no estamos juntos desde hace mucho?

—Como ella te dijo… ya pasó mucho… —Lo digo con ironía, pero mi madre al parecer no lo comprende y se lleva la mano al pecho después de un suspiro.

—Estaba preocupada, muy preocupada… pero qué bueno que tú ya no…

—Te lo dije, Gabriel… —entra Catalina, de pronto interrumpiendo a mi madre. —Te dije que esa era una mujerzuela. ¿Cómo se le ocurre hacer eso? Después de…

—¡Catalina! —Le advierte mi madre.

—¡Es la verdad, mamá! —Mi madre tiene esa mirada asesina ahora sobre ella, pero Catalina sigue hablando. —De acuerdo… se coge a mi hermano y después se va del país a cogerse a mi otro hermano ¿Qué mierda?

—¡Catalina! —Grita mi madre histérica.

—Cata… —le hablo también con riña. Vaya, que esto se va a salir de control. Catalina es así, una persona explosiva. Temo por cualquier cosa que le pueda decir a Cristal ahora que está con Roberto, aunque… no me importaría a estas alturas.

—¡Esa mosca muerta! —Espeta, haciendo caso omiso a los dos. —Si me prestas tu auto Gabriel, yo me ofrezco a arrollarla. No tengo una carrera importante, todavía no sé qué quiero hacer con mi vida así que puedo estar en la cárcel un tiempo.

—Catalina… —De nuevo, mi madre. —Basta de tonterías. Dije que nadie interrumpiera mientras yo hablaba con Gabriel.

—Mamá ¿Qué clase de persona se mete con el hermano de su ex? ¿En serio te crees que el amor es tan ciego como para meterte con tu cuñado? ¿Y cómo es posible que Roberto pueda follarse a la ex de su hermano?

—Catalina… vuelves a mencionar la palabra follar y estás castigada.

—Oh vamos mamá, que tengo veinte años… sé perfectamente lo que es «follar».

Mi madre se lleva la mano a la frente de una forma dramática, suspira y después mira a mi hermana.

—Vete de aquí, Catalina, no fuiste tú la que salió con Cristal.

—Oh, gracias a Dios. —Replica mi hermana soltando un bufido. —Aunque a este paso, no dudo que también quiera follarnos a Jessie y a mí.

—¡Catalina!

—Yo no le veo fallas a su lógica. —Interviene ahora mi hermano menor riéndose. Mi madre lo mira a él y el chico nada más se encoge de hombros para afirmar lo que ha dicho: —Es verdad, ya lo hizo con Roberto ¿Qué te hace pensar que no lo hará con Jessie y Catalina también?

—Bueno… —Catalina otra vez. —Tal vez el siguiente en su lista es Elías.

—Oh no, las pelirrojas no son mi tipo. —Replica él de inmediato. —No puedo evitar imaginarme a Ed Sheeran cuando miro a Cristal. ¿Te imaginas despertar todos los días y ver a Ed Sheeran en tu cama?

—¡Ya! —Interviene mi madre después de la risa de Cata. —Lárguense de aquí los dos, por favor.

—Gabriel ¿Qué se siente besar a Ed Sheeran?

—Elías, estás arreglando mi computadora, ¿no? —Grita mi madre. —La quiero lista para mañana.

—Tu computadora está bien, ya te lo dije.

—Elías…

—¿Saben qué? Creo que mejor me voy a mi casa. —Hablo, interrumpiendo a los dos. Esto ha sido peor de lo que esperaba. —Tengo mucho trabajo que hacer. No me importa Cristal o Roberto, o lo que sea que estén por hacer, haciendo o hayan hecho ¿de acuerdo?

—¿Entonces no te importa saber que se miraban desde antes de terminar contigo, no? —Elías, replica. Estaba a punto de salir, pero ahora me he girado hacia mi hermano quién está tomando jugo de naranja directo del envase. —Revisé su correo. No hay nada sospechoso, pero ir juntos a un restaurante después del trabajo cuando tú estabas de viaje puede considerarse adulterio ¿no?

—¿Lo ves? —Grita, Catalina. —Te lo dije. Se los dije a todos ¡Esa mosca muerta! ¡Déjame patearle el culo!

—También, el día de su cumpleaños….

—Elías ¡Basta! —Mi madre, de nuevo. —Que Gabriel y Cristal ni siquiera están juntos desde hace más de un año, dejen de actuar como locos ustedes dos, a Gabriel ni siquiera le importa.

Mis dos hermanos me miran, ambos saben que lo que ha dicho mi madre no es verdad, principalmente Catalina que estuvo en mi apartamento un tiempo antes del viaje de Cristal a Inglaterra y la miraba ahí a todas horas.

—Hablando del rey de Roma… —habla Catalina con un tono sarcástico mirando por la ventana. —Creo que yo me voy, no soporto estar respirando el mismo aire que esa z… zopenca.

Miro por la ventana y me doy cuenta de que el auto de Roberto es el que está llegando al jardín. Ruego a algún ser altísimo que Cristal no venga con él, pero cuando veo una melena rojiza bajarse del lado del copiloto me doy cuenta de que, de ahora en adelante, las cosas van a ser así de incómodas con mi familia.

—Yo me voy a mi habitación, por la misma razón que Catalina. —Habla mi hermano dando media vuelta. —Buenas noches.

Mi madre comienza a reñirles, ni siquiera les presto atención porque es en ese momento que la puerta principal se abre y puedo intuir quienes son las personas que van a aparecerse a continuación. No me equivoco, Roberto y Cristal. Ambos entran al mismo tiempo y al verme se sueltan de las manos y hacen una mueca similar a una sonrisa.

—Gabriel, no te esperaba. —Me dice Roberto. —No pensé que… —Estrecha su mano como saludo y yo le correspondo de la manera más natural que puedo. —Bueno, que… que bueno que estás aquí, es un día especial y quería que toda mi familia estuviera junta. ¿Mamá? —Busca a mi madre, quién ha dejado de reñirle a Cata y a Elías y ahora observa la escena con atención.

Roberto y Cristal no son los únicos que han llegado, detrás de ellos dos se aparece el padre de Cristal, la hermana de ella también junto a su esposo y, por supuesto, la mejor amiga de mi ex. Ahora entiendo las cosas mejor, ahora comprendo el banquete, la necesidad de mi madre por hablar conmigo antes y el por qué me estaba apresurando por llegar temprano.

—Gabriel… —Exclama el señor Pinel. No he tenido mucho contacto con el padre de Cristal en los últimos años, así que intuyo que también cree que su hija y yo no estamos juntos

desde hace mucho tiempo, incluso creo que no sabe qué tipo de relación tuvimos ella y yo. La que sí estaba al tanto de nosotros hasta hace cuatro meses es su hermana; también su mejor amiga, quién incluso me escribió poniéndome al día sobre la llegada de Cristal, pero ahora aquí están las dos, junto a ellos.

—Hola Gabriel. —Me saludan las dos incómodas. Contesto de la misma forma esbozando una sonrisa para nada sincera. Esto de actuar no es lo mío en realidad, pero no tengo que hacerlo por mucho tiempo, porque de inmediato Juan aparece detrás de ellas y encuentro la excusa perfecta para alejarme.

Ni siquiera he llegado al sitio donde está Juan cuando él exclama:

—Menuda mierda ¿No? —Me encojo de hombros y sin pretenderlo miro en dirección donde mi madre parece discutir con Roberto. Es en ese momento que él mira hacia dónde estoy y al hacer contacto visual conmigo, recompone su postura y deja a mi madre hablando sola para tomar una botella de champagne.

—Sí, menuda mierda. —Le contesto. Me tiende una copa de vino y me quedo a su lado pensando la forma que saldré de aquí. Voy a fingir una emergencia. Después de todo, mi madre está acostumbrada a que me marche de sus cenas por cuestiones de trabajo casi siempre. —Necesito una novia.

Juan frunce su entrecejo y se vuelve a mí intrigado. Enarca una ceja, le da un sorbo a su vino y contesta:

—Pero tú dices que no quieres tener novia, aunque bueno... eso fue antes de... —hace un círculo con su copa simulando que señala alrededor... —esto ¿Sigues pensando lo mismo ahora?

Me quedo meditándolo un momento.

—No quiero salir con nadie, no quiero citas, no quiero dramas. Ojalá pudiera encontrarme a alguien que quisiera fingir ser mi novia en eventos así para que nadie me mire de la forma que estas personas me están viendo porque me pone incómodo.

—¿Y por qué simplemente no sales con alguien y ya? Hay varias chicas en el despacho que se mueren por ti… Maritza, Clarita… Olga también y mira que ninguna de ellas está nada mal.

—No. —Le interrumpo soltando una risita irónica. —Yo no podría salir con alguien de mí mismo lugar de trabajo, eso es ridículo.

—Bueno, puedes salir a conocer chicas después del trabajo, en cualquier bar. Cualquiera se moriría por un abogado que sale en las noticias y conduce un auto del año.

—¿Sabes qué me dijo mi abuelo? Los mejores lugares para conocer mujeres son una biblioteca, un gimnasio o una iglesia. No sé a quién habrá conocido en esos lugares porque obviamente a mi abuela no fue, pero mi punto es que yo a duras penas tengo tiempo para respirar ¿En serio crees que me quedan ganas de irme a meter a un bar para conocer chicas?

—¿Y qué tal un sitio de citas por internet? —Me río, me vuelvo a Juan y me doy cuenta de que él está hablando en serio.

—No estás hablando en serio ¿O sí? —Él asiente. —¿Un sitio de citas, Juan? Estás demente.

—Tu abuelo nunca mencionó nada sobre los sitios de citas.

—Porque en sus tiempos nadie estaba lo suficientemente loco como para tener una cita con un desconocido a través de una red social.

—En sus tiempos los obligaban a casarse con desconocidos ¿Eso acaso no es peor? —Me quedo en silencio, así que continúa: —Es lo de hoy, conseguir pareja por internet. —Me río de

nuevo, pero esta es una risita irónica en realidad. —¿No te da curiosidad saber si es verdad que un sitio web es capaz de buscar entre todos sus usuarios a las chicas con las que tú tengas más cosas en común? Hay un sitio fantástico que dice buscarte pareja en menos de veinticuatro horas, se llama Se Busca Novia. Eliges por filtros incluso, rubias, morenas… —hace una pausa— pelirrojas, si es que son lo tuyo. Yo lo probaría, pero ya me casé, tú estás soltero. Vamos, no tienes nada que perder.

—¿Mi vida tal vez? Tengo una vida estupenda como para ser asesinado por una psicópata que conocí a través de un sitio de internet.

—Qué sabes tú si encuentras tu media naranja en una psicópata. —Juan se ríe ante mi mirada apática sobre él. Saca su teléfono celular y me muestra el sitio del que tanto habla, baja perfil por perfil y continúa: —¿Lo ves? No son psicópatas, hay contadoras, gerentes de empresas, también universitarias… una actriz. —Juan arruga su entrecejo— pero justo ahora acaba de cambiar su imagen del perfil por una de DarthVader.

—Genial, salir con DarthVader… —Me burlo. Una carcajada de Juan me interrumpe y dice:

—Escucha esto, su descripción dice: «Si te gustan las chicas con personalidad, estás en el perfil correcto, yo tengo como cincuenta» —Juan se vuelve a reír. —Vale, que tal vez esta no sea el mejor ejemplo, pero me cayó bien. Ahora acaba de cambiar la foto de nuevo, sí es una mujer ¿Lo ves? —La imagen que pone frente a mis ojos es la de una chica que parece sacada de una revista, las facciones dulces, simétricas, nariz fina, labios deseables, pómulos resaltados.

—Eso no puede ser verdad ¿Por qué una chica como esa estaría en un sitio así? ¿En serio crees que yo voy a creerme todas estas mentiras de esas webs de citas?

—Ya borró la descripción también. —Me ignora. —Me agrada esta chica, haría una bonita pareja contigo.

—Juan… —Repito. —No lo haré, ya te lo dije. No voy a discutir más.

En ese momento es que el padre de Cristal reclama la atención de todos los presentes golpeando una cucharita contra una copa de vidrio. Toma la botella de Champagne que hace unos minutos el mismo Roberto cargaba y la descorcha haciendo que todo el líquido salpique en el piso.

—¡Por los novios! —grita, a lo que le sigue un coro que no se escucha para nada tan entusiasmado como él mismo. Le hace una mueca a Cristal y esta hace un leve gesto de negación alisándose el pelo hacia atrás. Nerviosa. —Vamos, solo díganlo. Estoy muriendo de hambre y quiero que todos nos vayamos a la mesa con regocijo.

—Bueno, falta mi padre. —Habla Roberto.

—Tu padre me dijo que no va a venir. —Ahora mi madre.

Cristal mira a Roberto, Roberto la mira a ella. El padre de la pelirroja los mira a los dos y los anima a proseguir cuando todos los presentes tienen la atención en ambos. Incluso yo. Roberto toma de la mano a Cristal titubeante y entonces, dicen al unísono:

—Nos casaremos el mes que viene.

Nadie aplaude, nadie se mueve, nadie los mira a ellos. Todos me están viendo a mí.

—¿Sabes qué? —Siseo a Juan. —Hazme una cita en esa aplicación.

Capítulo 5

Luna

Doce horas antes

Secretos, por supuesto que todo el mundo tiene secretos.

Digo, no es como que andes por ahí diciéndoles a todas las personas lo que te pasó, lo que dijiste o lo que pensaste o que llegaste a tocarte pensando en Harry Styles. Todos esos son secretos, que no puedes contarle a nadie, por supuesto.

Yo también tengo secretos, no es que sean de gran magnitud, son normales y sencillos; como por ejemplo, que perdí el anillo de compromiso de mi jefa, que ya no tengo novio, ni mejor amiga, que quiero tener un auto, que a veces fantaseo con que Nick Jonas deja a Priyanka Chopra y me declara su amor, que ser adulta es una mierda, que odié el final de Harry Potter, que tengo un perfil en un sitio de citas, que estoy usando la ropa interior nueva de mi hermana que compró ayer en Victoria Seacret, que no vuelvo a usarla porque no es nada cómoda, es que mi hermana es otra talla, no sé por qué se me ocurrió usarla.

En conclusión, son secretos... como los de todo el mundo.

—Oye... —Le hablo a la chica a mi lado. Ella entonces deja su atención en la revista de moda que sostiene y me mira a mí. La chica lleva un gorro rosado en la cabeza, guantes a juego y tiene una expresión angelical que da ternura. Es como una versión joven de Liv Tyler con los ojos oscuros. —¿Tú tienes secretos?

Mi mejor amiga Ana y yo no nos guardábamos secretos. Al menos eso es lo que creí. Lo habíamos jurado hace años debajo de un cerezo en el kínder, pero ella había olvidado la promesa al parecer y se cogió a Andrés, mi ex. Menudo secreto ¿Eh? Maldita Vulpécula (me había investigado todos los sinónimos de zorra que existen y ese fue el único que encontré).

En fin, la vida fuera más fácil si te avisara con una música de miedo cuando estás a punto de hacer una pendejada ¿No? Como meter en tu casa a tu supuesta «mejor amiga» desempleada o pagar todas las cenas a las que te «invita» tu novio infiel, quién ni siquiera te daba un regalo de cumpleaños. Y ni siquiera logré lo que quería, así que maldito tiempo perdido.

—Sí. —Escucho entonces a la chica a la que le había hablado hace un momento. Cierra la revista para mirarme y contesta: —Mi ropa interior me está dando comezón. —Enarco una ceja, ella se encoge de hombros y continúa la lectura de su revista. No era a lo que me refería, pero vaya secreto para comentar en el transporte público. —¿Tú tienes secretos?

Suelto un bufido y me dan ganas de echarme a reír. Parece estar concentrada en el artículo que está leyendo, pero al mismo tiempo parece prestarme atención.

—Tengo miles.

—¿Miles?

—Si... como que mi hermana va a matarme si se entera que me puse su ropa interior nueva de Victoria Seacret. —Señalo a mi hermana de manera disimulada, está sentada al otro costado mío gritándole a un tal Eliezer que se comió sus donas glaseadas en el break. —Todavía no me perdona que usé su vestido favorito para ir a su competencia de Yudo cuando yo tenía como cinco años.

Mira de Luisa a mí:

—¿Te quedaba?

—No, ella tenía quince años, pero mis padres ni siquiera lo notaron hasta que llegamos al lugar de la función y Luisa soltó un grito... era un vestido corto y a mí me llegaba abajo de la rodilla tal vez... no sé, casi no lo recuerdo. —La chica suelta una risotada y agrega su propia anécdota:

—Una vez me puse la ropa interior de mi hermano para saber qué se sentía ser hombre y mear de pie. Y sí que era cómodo, aunque no pude mear de pie y regresé a casa a decirle a mi madre que tenía pis encima. Con la ropa interior de mi hermano puesta. —Me hace soltar una carcajada, la chica suelta una risa y va a agregar algo pero entonces mi hermana me toma del antebrazo y tira de mí.

—Vamos, apresúrate que vamos a llegar tarde. —No me deja despedirme siquiera, cuando el autobús se detiene y la puerta se abre, Luisa me empuja para sacarme del transporte público haciéndome tropezar contra el desnivel del pavimento. Está tecleando en su teléfono a toda prisa, ni siquiera se interesa por saber si estoy bien, aunque esté tendida en el suelo. —¿Disculpa? Pude quebrarme un pie.

Pero no se detiene, entonces tengo que ponerme de pie para correr tras ella porque también es capaz de dejarme abandonada y ni siquiera le importaría.

—Te han pasado cosas peores y no te quebraste el pie. Relájate. —Vaya, qué buena excusa, por supuesto eso es sarcasmo. Suelto un bufido porque también tengo que apresurarme para poder ir al mismo paso suyo. Ya estoy jadeando y estos malditos zapatos me están matando. —¿Puedes apresurarte por el amor de Dios?

—¡Lo estoy intentando! —Le grito, pero ella continúa tecleando sin prestarme la más mínima atención. —Tus zapatos no son nada cómodos.

—¡Oh! ¿Y yo te los presté?

—Sí, tú me los prestaste. —Bueno, me dijo que eligiera un par y fui yo quien se decidió por unos bonitos de color verde que ella ni usa, ahora entiendo por qué. —¡Auch! —Chillo, cuando me he doblado el pie pero Luisa continúa a su ritmo así que tengo que salir cojeando a toda prisa detrás de ella. —¿Puedes detenerte?

—Tengo que ir a trabajar en menos de una hora, Luna. ¡No puedo detenerme! —Solo en ese momento me da un vistazo. —Oh Dios, tienes unas ojeras del demonio.

—¡Por supuesto que tengo ojeras del demonio! No dormí por pensar en ese maldito anillo de Lisseth. —Hago una pausa. —Y también en que muy probablemente mi mejor amiga estuvo follándose a mi ex toda la noche.

—Pues te miras fatal.

—¡Oh! ¡Gracias! —Suelto sarcástica. Tomo una calada de aire cuando el problema más importante se me viene a la mente: —Oye ¿Estás segura que ese sujeto puede recrear exactamente igual el anillo de mi jefa?

—Sí, nada barato, por cierto; pero es tu culpa por tomar demás y perder ese bendito anillo. Sabes que no eres muy buena tomadora, se te olvida todo y aun así ahí vas a beberte hasta el agua de los floreros.

—Eres una exagerada, Luisa. Y lo del anillo fue culpa de Lisseth. Ella fue la que me retó a que no podía tomar más que ella sin emborracharme. —Hago una pausa y le digo, orgullosa: —Gané.

—Genial ¡Felicitaciones! Fuiste el orgullo de todos los ebrios a nivel mundial ¡Pero qué buen reconocimiento! —Me grita en tono burlón. Inhalo aire lo suficiente y prefiero seguir

andando callada, hasta que escucho: —¿Sí traes el dinero, cierto?

Arrugo la cara solo de pensarlo. Lo poco que había podido recoger para pagar los tres meses de renta que debo ahora tendré que dejárselos a un desconocido para un anillo de compromiso falso que ni siquiera yo usaré.

—S... sí... —digo, titubeante. Es dinero que pude utilizar para otros fines si tan solo me hubiese negado a cuidar esa sortija de Lisseth. —¿Pero sí estás segura que ni siquiera lo notaría? Porque no quiero gastar tal cantidad si...

—Por supuesto que no lo notaría, Luna. —Me interrumpe. —He visto cómo trabaja ese chico. —Mi hermana sigue distraída en el celular. Yo suelto un bufido porque nunca había tenido que recorrer a tanto para tapar una mentira. Tal vez hubiese sido más fácil decirle la verdad... aunque... pensándolo bien... mejor no. Es preferible quedarme sin dinero que sin trabajo... o en la cárcel. —¿Trajiste la foto?

—Sí. —La fotografía es una donde está mi jefa sentada junto a una botella de champagne mostrando su anillo. Por suerte había tomado esa foto, ella misma me pidió hacerlo desde su teléfono para subirla a sus redes sociales. Solo me había tocado descargarla y aquí está. —Debo tener ese anillo para mañana temprano, al menos ahora tengo una excusa... me asaltaron... y le agregaré que acabé en el hospital por eso no pude comunicarme con ella, es lo que tú dirás también ¿De acuerdo? —Saco la hoja de mi bolso y se la tiendo a Luisa. Ni siquiera me está poniendo atención. —¡Luisa!

—¿Qué? —Me grita, causándome un sobresalto a mitad de la calle. —Luna ¡Estoy ocupada! Hablo con un chico, bueno en realidad habla contigo porque es desde tu perfil en Se busca novia.

—¿Qué? —Me detengo, pero Luisa continúa andando con prisa. No sé cómo hacer para esquivar a la gente tan fácil pero qué don el que tiene, yo solo logro que me peguen empujones, codazos y hasta tirones de pelo. —Ni siquiera lo has hablado conmigo, eso es usurpación.

—Ni siquiera sabes lo que significa «usurpación». —Me indigno.

—¿Disculpa? No pasé un semestre de la carrera de Leyes por nada, Luisa. ¿Tú estudiaste Leyes? No, cierto.

—¡Claro! ¡Un semestre! Guau. —Se burla. Aunque no lo admita, Luisa sí se tomó muy mal el hecho de que yo dejara la universidad. Según ella, me apoya en mis decisiones, pero desde entonces hace comentarios sarcásticos cada vez que puede: —El tipo se llama Gabriel, treinta años, es abogado. Bastante guapo. —Pone entonces el teléfono en mi cara pero yo no puedo ver nada por la claridad dándole en la pantalla. —¿Te mencioné que es abogado? Tu estudiaste un semestre de Leyes... es el destino. Y vas a conocerlo hoy.

—¿Hoy? ¿Qué? No, no puede ser. Yo tengo mucho qué hacer, cómo... como conseguir ese anillo de compromiso falso para mi jefa y... —hago una pausa— y... —Dios mío, no tengo nada más qué hacer hoy.

—Bueno, ya estamos hablando sobre el lugar que se verían. Así que ve cancelando tus planes.

—¡No! ¿Y tiene que ser hoy?... ¡Oh Dios mío!... ¡Oh Dios mío!... —Me agarro la cabeza con ambas manos. —Al menos déjame hacer todas las cosas que quiero hacer antes de morir.

—Luna, deja de ser tan paranoica.

—Yo no soy paranoica. —Tal vez no debería levantar mucho la voz en público, pero es que a veces me dan ganas de tomar por el cuello a Luisa y sacudirla. —Ese es un desconocido ¿No ves Discovery Channel? ¿Sabes al menos el porcentaje de mujeres asesinadas por parejas

que conocieron por internet?

—Esas mujeres no tenían una hermana policía.

—¡Oh Dios! Tener una hermana policía ¡Qué reconfortante! —Exclamo con ironía. Yo odio las citas, detesto pretender que me la estoy pasando genial, que soy una persona madura o que no como al estilo del hombre disfrazado de chica en la película *¿Y dónde están las rubias?* Además, este es un hombre que no conozco de nada. —Ni siquiera tengo un celular para llamarte si estoy en problemas. —Recuerdo mi desgracia. —¡No tengo un celular! Oh, Dios mío.

—Pues te consigo uno y ya está. Hay muchos en las pertenencias de sujetos que están detenidos.

—Oh vaya... sí... por supuesto que quiero tomar un teléfono de un tipo que está en la cárcel... —Le digo con burla. Me percato que Luisa se ha detenido frente a un edificio bastante viejo y yo tengo que regresar unos pasos cuando está empujando la puerta que suena bastante... ¿tétrica?

—Es aquí. —Me dice. Miro alrededor, le pregunto si está segura y me dice que sí, que es el sitio que apunta *Google Maps*. Oh genial, ni siquiera conoce el sitio en persona. El lugar está un poco oscuro, pero observo perfectamente que no es un lugar completamente abandonado, hay personas aquí viendo los anillos que están en exhibición y vitrinas con todo tipo de joyas que parecen muy costosas. —¿Lo ves? Ni siquiera parecen copias. Se ven completamente originales. Tu jefa ni siquiera va a notarlo.

El celular de Luisa suena, lo saca de inmediato, lee el mensaje y me pregunta:

—¿Te parece hoy a las siete?

—¡Por supuesto que no me parece!

Entonces comienza a teclear en voz alta y en pausas: Me pa re ce ge ni al

Suelto un bufido, mi hermana se guarda el teléfono y yo solo me quedo viéndola inexpresiva. Se encoge de hombros y con un tono entusiasmado, me dice:

—Te prestaré mi vestido negro, te verás como una bomba sensual. También estoy pensando en regalarte mi ropa interior nueva de Victoria Seacret.

Oh Dios, eso es bueno saberlo porque no tendré que decirle que ya la estoy usando.

—¿Quién de ustedes es Luisa? —Nos interrumpe un chico, bastante joven, simpático y con muchos tatuajes en los brazos. Mi hermana levanta el brazo y me arrastra a mí hasta él. El chico saca un papel y continúa: —¿Trajeron lo que pedí?

—Sí... —le contesta ella. Me arrebata la fotografía de las manos y se la da al sujeto que de inmediato no duda en analizarla. Arruga su entrecejo y hace un gesto agregándole un chiflido.

—Es una réplica bastante costosa...

—Ya lo sabíamos... —Contesto de inmediato. Mi hermana me da un golpe en el brazo con su codo y yo nada más puedo llevarme la mano ahí en un intento de sobarme.

—Además, es una pieza bastante compleja... —Se pone unas gafas y yo solo puedo pensar en que no podrá hacerla. No sé qué hacer o quién más recurrir si este tipo no puede replicar el anillo de compromiso de Lisseth. Me tiemblan las manos y tengo ganas de vomitar. —Sí... sí puedo hacerla.

Suelto el aire que inconscientemente mis pulmones estaban reteniendo, pero vuelvo a contenerlo cuando escucho:

—Pero por supuesto que va a costar más...

—¿Cuánto más? —Me atrevo a preguntar. El sujeto comienza a escribir algo en el papel que hace un par de minutos había tomado y me lo entrega al mismo tiempo que dice:

—Bastante...

De inmediato miro la cifra y creo voy a desmayarme, de pronto me falta el aire y comienzo a hiperventilar ¡Dios mío! me estoy mareando. Es más de la mitad de los tres meses de renta que debo ¿Y voy a gastarme todo en un anillo de compromiso? ¿Uno que ni siquiera es mío?

—¡Es una copia! —Reclamo de inmediato cuando he recuperado el aliento. —¡No estás haciendo el anillo original! ¿Por qué esa cifra?

—Oh no... eso no es ni la cuarta parte de lo que ese anillo en realidad vale. Como te mencioné es una réplica antigua de mucho... vuelvo a repetir... mucho valor. Tengo que conseguir algo muy parecido a ese material y eso no es nada sencillo. Ven acá, te explico cómo está hecha esta sortija... —Comienza a hablar sobre cada una de sus partes, materiales, costos, fabricación. Cuando ha finalizado me siento la cabeza hecha un nudo, ni siquiera puedo pensar correctamente. Miro a Luisa a mi lado, pero ella no está. Mierda. —¿Entonces hacemos trato o no?

—Eh... —Miro alrededor buscándola. —Necesito hablarlo primero con mi hermana. —El chico asiente y me devuelve el papel de la fotografía de Lisseth. Vuelvo a dar un vistazo al sitio de nuevo y finalmente miro a Luisa a una buena distancia de mí... parece estar coqueteando con un hombre... eso estuviera bien si el sujeto al menos fuera de su edad, pero es alguien mayor... bastante mayor... tal vez casado o divorciado. —Discúlpame un momento.

Me voy en dirección a Luisa, cuando estoy bastante cerca el hombre es el primero en verme porque ella está de espaldas a mí, la tomo del codo y tiro de ella hasta hacerla quedar de frente, me hace un gesto con los ojos, entonces me acerco y le digo:

—Él está muy viejo, Luisa. No se te ocurra. —Tal vez debí bajar más la voz porque el hombre ahora está atento a nosotras, aunque eso está bien para que recuerde su edad y que es muy probable que en una noche de pasión con una mujer joven le dé un ataque cardíaco. Muy digna tomo la mano de mi hermana para llevármela de ahí, pero casi se me paraliza el corazón cuando escucho de parte de Luisa:

—Luna ¿Qué estás haciendo? Este es el comisionado, el jefe de jefes de todos los jefes del lugar donde trabajo.

Ay, mierda. Mierda y mil veces mierda.

Tal vez debería dejar de decir tanto la palabra «mierda» pero es la única que se me ocurre para estos casos. Quizás debería buscar sinónimos para mierda también.

En fin ¿Cómo iba a saber yo que el hombre iba a ser el comisionado, el jefe de jefes de todos los jefes del lugar de trabajo de Luisa? ¿No debería haberse retirado ya? Digo, es un cargo muy fuerte ¿Cómo puede alguien de su edad cargar con tanto estrés?

—Yo ni siquiera lo conocía. Ni siquiera sé qué edad debería tener un comisionado.

—Cierra la boca.

Luisa se da media vuelta y queda de nuevo frente a él, me toma del brazo y me ubica a su lado tirando de mí como un trapo. Es seguro que este anciano escuchó que lo llamé viejo, porque yo me lo propuse pensando que quería cogerse a Luisa, solo espero que no lea el pensamiento también porque se va a dar cuenta que aparte le he dicho anciano.

—Comisionado, ella es mi hermana, Luna.

A ver... que no cunda el pánico. Tal vez no escuchó... sí, no creo que tenga su capacidad auditiva al cien por ciento; digo, su edad. No tengo idea si debo hacer una reverencia o un saludo estilo militar, si decir Buenos días u Hola, así que... como siempre... mi cerebro estúpido mezcla

las dos palabras y haciendo una reverencia, digo:

—Bolas.

Mierda.

Luisa me mira y con un gesto que no puedo descifrar... sí, sí puedo descifrarlo, es el mismo que pone cuando tiene ganas de matar a alguien. El señor ha arrugado su entrecejo y me aclaro la garganta para corregir:

—Buelas... digo, muelas... ¡Mierda!... —Ay caray, eso era para mi mente nada más. —Buenos días, quise decir. Hola, señor comisionado. —Luisa ha cerrado los ojos y tiene la mano en la frente. Yo la miro a ella esperando qué me diga qué debo decir ahora que un silencio se ha apoderado de los tres. Así que intento cortar el ambiente tenso con un: —Guau, nunca he hablado con un comisionado ¿Todos son de su edad?

Okey... no... no era como quería que fuera esta conversación.

—Bien... —Interrumpe Luisa de pronto. —Qué gusto fue verlo. Le enviaré el archivo en cuando llegue a mi oficina. —Me toma del brazo y comienza a tirar de mí en la dirección opuesta. —Que tenga buen viaje.

El señor ni siquiera se despide porque Luisa ya está corriendo, llevándome casi a arrastres en dirección al chico que nos atendía antes. Se detiene y se gira hacia mí provocando que choquemos la frente.

—¡Auch! —Exclamo, llevándome la mano a la zona adolorida. —Genial, ahora iré a una cita con un moretón en la frente.

—¿Bolas, Luna? ¿Bolas?

—Me puse nerviosa ¿De acuerdo? Le había llamado viejo al jefe de jefes de todos los jefes.

—Eres una imprudente. Acabas de echar a perder tu oportunidad de tener un empleo.

—¿Empleo? Oh ¿Y trabajar contigo? ¿Y en una comisaría? Olvídalo, si eso fue una entrevista de trabajo me alegro de haberla cagado.

—¡No! Pero él conoce muchas personas que te pueden conseguir un buen empleo, Luna.

—¡Ese es el menor de mis problemas, Luisa! ¿Sabes el precio del anillo de compromiso falso? —Le entrego la hoja que tiene la cifra a pagar por la sortija. —¡Es más de la mitad de los tres meses de renta que debo!

—Oh genial... —Exclama, sin mirar el papel siquiera. —Así te piensas muy bien la próxima vez que pierdas un objeto tan valioso como ese anillo de Lisseth.

—¿Y bien...? —Nos interrumpe el chico de los tatuajes. —Tengo mucho trabajo, si no cerramos el trato ahora no podré tener ese anillo para mañana temprano.

Yo miro a Luisa y Luisa me mira a mí. Tomo mi bolsillo y me despido del poco dinero que he logrado recoger. Con los ojos cerrados y un nudo en la garganta, le digo:

—Está bien... Es un trato.

Capítulo 6

Gabriel

Seis horas antes

La vida se divide en cosas buenas, cosas malas y cosas peores.

No sé qué cosas buenas me ha pasado últimamente pero sí puedo mencionar las malas y categorizarlas en pésimas, terribles e indignantes. Como el hecho de que tu hermano vaya a casarse con tu ex y de paso te pregunten si no te importaría que te hicieran llegar una invitación para la boda.

Por supuesto que no voy a decirles: «Sí, sí me importa ¡Carajo!», así que nada más me puse mi máscara de «me importa una mierda» —que hasta ahora me ha funcionado bastante bien— y lo único que pude sacar de mi boca, fue:

—No, no hay ningún problema.

Por supuesto que hay problema y muchos, hasta pudiera enumerarlos. Como, por ejemplo, llegar a la boda de mi hermano y mi ex para escucharlos decir que son el amor de sus vidas debería considerarse una abominación. Pero creo que es más brutal el rumor que se ha regado después, cuando Cristal y Roberto lo anunciaron en sus redes sociales con fotos oficiales y toda la cursilería. Comenzaron las especulaciones, los señalamientos y las preguntas. Incluso sus amistades me etiquetaron en las fotografías. Cristal terminó borrando las imágenes y después llegó a mis oídos algo que ni siquiera yo sabía: Que me encontré a Cristal y a mi hermano en la cama... durante su viaje a Inglaterra.

Yo ni siquiera he ido a Inglaterra.

En fin, a la gente le gusta hablar cosas, si no saben algo pues se lo inventan. Si no hay drama pues se lo buscan. Y es que tal vez mi aspecto no ayude mucho tampoco, estoy consciente de que me miro terrible porque había estado despierto toda la noche, pero no precisamente por lo que todo mundo cree. Había estado trabajando, como todas las personas... bueno, tal vez sí tomé unas copas... pero fueron un par nada más... o tal vez unos tres pares, pero qué importa.

Desperté con la cabeza sobre el escritorio, un terrible dolor de espalda y una cantidad insospechable de emails, unas llamadas perdidas de mi madre y un mensaje de Jessie, mi hermana mayor, preguntándome si iba a estar en el cumpleaños de mi sobrino.

Todo esto provocó que llegara tarde al despacho, con una horrible jaqueca, unas gafas de sol y un café en manos del tamaño más grande que había encontrado. Me peiné con los dedos en el camino y aunque esto suele pasarme a menudo, por ser específicamente hoy (el día después del anuncio de la boda de mi hermano y mi ex) todos están preocupados. Incluso Catalina, quién al verme lo primero que me dijo, sin tacto, fue:

—Te ves horrible.

Apenas había tomado una ducha porque necesitaba estar en el despacho desde temprano. Ni siquiera había podido contestar las llamadas de mi madre (aunque no es que quisiera tampoco) y no me había dado tiempo de contestar los emails que había recibido, pero bueno... Qué podía responder a mensajes como:

«Estoy contigo, Gabriel»

«A un amigo le pasó lo mismo»

«Fuerzas»

Y, por supuesto, Juan no ha ayudado mucho, hace una hora envió un email a todo el equipo para una reunión importante al que le agregó un *hashtag*: #todossomosGabriel

Así tal cual.

Después de eso he recibido emails de mis compañeras de trabajo, colegas a las que no había visto desde hace un tiempo o amistades (con quienes no he tenido nada de acercamiento últimamente) solicitándome mi opinión sobre documentos que tenían en su poder. Ojalá eso hubiera sido todo, si no que al final de cada correo le agregaban algo como:

Deberíamos salir a tomar una copa para charlar sobre esto, tu opinión es muy valiosa. No lo sé, ¿te parece a las seis? ¿a las siete? ¿o mañana? Me enteré de que hoy es el cumpleaños de tu sobrino.

Juan tiene acceso a mi correo también, no debería, pero de todas formas la mayoría del tiempo compartimos computadora o teléfono celular, en ocasiones cuando uno de los dos tiene mucho trabajo, el otro se encarga de responder los emails, después de todo trabajamos en lo mismo y ya conocemos cómo funciona todo.

Así que no me sorprende cuando encuentro una respuesta bastante cortante a todos los mensajes:

Buenos días,

Hoy tengo una cita.

Saludos,

Gabriel.

Al menos no ha intentado hacerme quedar con una de nuestras compañeras del despacho, eso es algo bueno...

O malo.

Más vale preguntar:

—Oye, pero no tengo una cita ¿Verdad? —Lo cierto es que ya no sé si yo tengo total poder de mi tiempo cuando le he dado luz verde a conseguirme una cita. Aunque ya cuando estaba en casa y ya había entrado en razón me di cuenta de que eso de conocer gente por internet es una completa insensatez. —¿Verdad? —Repito. Él se encoge de hombros, pero no hace nada más así que suelto un bufido y agrego: —¿Quién es?

—Se llama Luna. —Escucho a Juan en el momento que otro email me llega al teléfono celular, es de la última chica a la que Juan le respondió el correo. —Luna Rodríguez. Es actriz. —Hace una pausa. —Tiene veintidós años.

Estoy leyendo el correo y me detengo por lo último que dijo.

Juan está sacando unos papeles de su maletín y los pone sobre el escritorio donde están los documentos que estamos por revisar.

—Veintidós años. —Repito.

—Ajá.

Me entrega los folios, comienza a pasar cada una de las hojas donde hay información y fotos de ella. Luna. La chica no está mal, tiene la piel canela, los ojos ovalados, la nariz respingada y el cabello corto y liso hasta la altura de los hombros, pero hay un problema:

—Tiene veintidós años. —Repito. Juan se encoge de hombros, como si eso no fuera un asunto de importancia y lo confirmo cuando dice:

—Ajá, ¿Y eso qué?

—¡Que soy ocho años mayor!

—Casi ocho. —Contradice de inmediato levantando su dedo índice. —En unos meses cumple veintitrés.

—¿Cuántos meses?

—Once meses.

—Oh vaya, claro... eso es muy reconfortante. Principalmente porque dentro de seis meses yo voy a tener treinta y uno, pero ella seguirá teniendo veintidós. —Juan toma de regreso las páginas y continúa:

—No es como que tengas cuarenta, Gabriel. Relájate. Ahora déjame continuar. —Se acomoda mejor en su silla y lee lo que está en un papel que tiene en frente. —Estuvo en la escuela de leyes que después dejó, pero eso no es lo importante. La encontré en redes sociales y tiene bastantes seguidores en Instagram. Significa que sí, sí existe y sí se llama Luna.

—¿No me hiciste perfiles falsos a mí para seguirla, verdad?

—No... —Hace una pausa. Recuesta su espalda en la silla, pensativo y agrega: —Pero ya me diste una idea.

—Ni se te ocurra. —Advierto. Vuelvo a tomar el documento y miro otra vez las fotografías. —¿Qué más hay sobre ella?

—Ha estado en la cárcel... —Oh Genial. Miro a Juan y él nada más se encoge de hombros para continuar: —La arrestaron por liderar una protesta para proteger los huevos de tortuga.

—¿Qué?

—Toda una líder al parecer. ¿Lo ves? Y... además... —Juan saca otro papel, una donde ha impreso una foto de ella junto a una mía y agrega: —Hace pareja contigo.

—Lo consideraría. —Le devuelvo los papeles a Juan. —Si al menos tuviera mi edad. Acepto dos o tres años menos ¿Pero ocho? ¡Vamos!

—Gabriel, tú necesitas compañía para la boda de Roberto y tiene que ser una chica más joven, más bonita y que luzca mejor a tu lado que Cristal.

—¿Hay alguien de mi edad al menos? —Juan me mira pensativo, entonces saca su teléfono celular y lo pone frente a mí.

—Bueno... hay una stripper... —Comienza a pasar los perfiles de cada una. —Una que dice que no muerde... solo cuando es necesario... otra con disfraz de caperucita y está buscando un lobo. Otra que...

—Oh no... basta.

—Y, sinceramente, ninguna de ellas haría mejor pareja contigo que la chica de veintidós años que se llama Luna. Además, tú no quieres tener hijos ahora y alguien de tu edad es muy probable que ya esté buscando formar una familia, digo muy probable no que esté cien por ciento seguro, pero mejor una persona que no creo que esté pensando en esas cosas.

—He conocido personas de veinte años pensando en formar una familia con cinco hijos. Y una de esas es Catalina.

—Pero Catalina no es Luna ¿Te parece si le preguntamos?

—Ni en sueños.

—¿Entonces sí te hago la cita?

Mi celular suena de nuevo, es un email que se muestra en la pantalla. Cristal. No le pongo mucha atención a lo que dice Juan, de todas formas, detiene su discurso después de mirar mi pantalla, me dice que la ignore, pero no puedo hacerlo cuando leo:

Buenos días, Gabriel:

Roberto llegará por mis cosas que están en tu apartamento. Espero no te importe.

Saludos,

Sin pensarlo comienzo a mover mis dedos sobre la pantalla y termino escribiendo:

Buenos días, Cristal:

Te las enviaré con Catalina.

Saludos,

—Catalina va a quemarle sus cosas. —Menciona Juan soltando una risa.

—Lo sé. —Le agrego. Casi en el momento que le he dado enviar, otro mensaje suyo está en mi bandeja de entrada, uno que dice:

Buenos días:

Roberto me invitó al cumpleaños de Ian ¿Te importa si voy?

Saludos,

—Ni siquiera cuando estaba conmigo asistía a los cumpleaños de Ian.

—¿Ahora entiendes por qué, verdad? Estaba contigo, pero le gustaba Roberto y no podía estar ahí dividiendo su corazón entre los dos. —Responde Juan con un tono irónico. Lo miro sin expresión alguna y entonces, comienza a teclear en su computadora mientras me dice: —Voy a conseguirte esa compañía urgente. Hoy a las siete, no hagas planes.

—Hoy es el cumpleaños de mi sobrino.

—No importa. —Me interrumpe. —Hoy a las siete. Si tienes que irte disfrazado del hombre araña pues te vas disfrazado del hombre araña.

Y sí que Juan hablaba en serio.

A mí ya se me había olvidado la supuesta cita y cuando me dieron mi pedazo de pastel me salí un rato afuera y Juan se apareció de pronto dándome un tremendo susto de muerte, andaba disfrazado de *Pennywise* y me gritó en el oído:

—Tu cita, Gabriel. Son casi las siete. —Me sacó a empujones de la casa de mi hermana. El pedazo de pastel que había logrado conseguir lo tomó de mis manos y lo tiró a la basura. Me puso la máscara y dijo: —Te miras bien.

Todavía seguía en shock por mi pedazo de pastel en la basura. Así que me quité la máscara y señalé el pastel:

—¿No podía comerme al menos el pastel?

—Estás tarde.

—A ver que tampoco pienso ir vestido así a esa cita. Tengo que ir a mi casa y cambiarme, perfectamente hubiera podido comer pastel.

—Pues te cambias en el parking del restaurante. —Abrió mi auto, me tiró dentro y me encerró. A ver, que esa era una escena de película de miedo si tomamos en cuenta que Juan está disfrazado de un payaso asesino. —Te veo después... —Gritó. Golpeó la ventanilla y agregó: —Te espero vivo.

—¡Oh! ¡Qué gracioso!

—Tienes ropa en tu asiento trasero.

Sinceramente no pensaba ir vestido así a la cita, tampoco cambiarme en mi auto en un parking donde tengo una cita con una desconocida, además ni siquiera estaba seguro de que ella estaría ahí. Así que mientras conducía en dirección a mi apartamento, pensé mejor las cosas y preferí irme al restaurante vestido del hombre araña, nadie podría reconocerme... ni ella. Poniéndolo más claro: Si un grupo de delincuentes planeaba secuestrarme, no había forma que alguien supiera que este soy yo.

Así que aquí estoy en el parking de un sitio desconocido viendo detenidamente el lugar frente a mí. Me pongo la máscara y bajo del auto mirando alrededor por cualquier actividad sospechosa. Hasta ahora todo se ve tranquilo. Atravieso el parqueo a toda prisa en la zona con más luz hasta que una voz a mis espaldas:

—Oiga, disculpe. —Cuando me giro me doy cuenta de que es el guarda de seguridad y suelto el aire de mis pulmones. O al menos creo que él es. Me mantengo a una distancia considerable por si acaso y me atrevo a preguntar:

—¿Sí? ¿Se le ofrece algo?

—¿Puedo ver su identificación?

—¿Por qué?

—Porque es normativa. Muéstreme su identificación.

—Muéstreme la suya. —El hombre se calla y me mira. Anota algo en una libreta y después la placa de mi auto. —¿Por qué está tomando notas de mi auto?

—Tengo que hacerlo. Ahora, por favor, muéstreme su identificación.

—No voy a... —Escribe otra cosa. Suelto un bufido y le muestro mi licencia de conducir porque es lo único que traigo conmigo. Él le da un vistazo, anota otra cosa y me pregunta:

—Señor Mariani, ¿Puede quitarse la máscara?

—¿Para qué?

—Porque aquí no sale con una máscara del hombre araña, tal vez.

—Va, de acuerdo. —Lo hago, me acomodo el cabello y le demuestro que el de la fotografía sí soy yo.

—¿Por qué está usando una máscara?

—Porque tengo una cita... —El guarda de seguridad me mira sin comprender. —Y no la conozco de nada, no sé quién es, si sea una loca que va a perseguirme de por vida. ¿Usted ha tenido citas por internet?

—No.

—¿Si está de acuerdo que es una insensatez, verdad?

—Sí.

Me devuelve mi identificación.

—Buena suerte. —Anota otra cosa más y se da media vuelta. Continúa: —Si necesita ayuda solo vaya a aquella caseta. —Señala el lugar de donde proviene. —No haré nada, pero al menos pediré que revisen las cámaras por si mañana usted no aparece. Buenas noches, señor Mariani.

—Buenas... noches... creo. —Me quedo pensativo viendo hacia el lugar donde el hombre se está yendo y después me doy media vuelta para ver la entrada mientras me pongo la máscara otra vez...

De acuerdo, aquí voy.

Mi celular comienza a sonar dándome un susto de muerte. Tal vez sea por el lugar, por lo que acaba de pasar o porque estoy tenso. Es Juan.

—Dime. —Hablo, justo al descolgar.

—¿No has muerto, verdad?

—Oh sí. —Respondo irónico. —Justo estoy regresando desde el más allá para contestarte el teléfono, Juan ¿Cómo estás? —Juan suelta una carcajada, aunque a mí no me hace nada de gracia y abro la puerta del lugar para echar un vistazo adentro.

—Bien... de acuerdo... entiendo... —Escucho a Juan parlotear. —¿Ya la conociste? ¿Sí es

la chica de las fotografías?

—Todavía no lo sé, estoy entrando.

—¿Por qué tardas tanto?

—Disfruto de mis posibles últimos minutos de vida.

—No seas paranoico, Gabriel.

Doy un paso dentro del sitio. Estoy consciente que todos me están viendo, pero no es lo que más me preocupe aquí, si no... el hecho de que solo hay ancianos y ahora tengo temor que Juan me haya citado con una persona de la tercera edad que se hacía pasar por una chica bonita de veintidós años.

—Juan... —Le hablo, él hace un sonido en respuesta. —¿Sí estabas seguro que era una chica, verdad?

—Pues, por supuesto.

—Aquí no hay ninguna chica. —Pero justo cuando estoy diciendo eso. Una figura en la última mesa llama mi atención. Continúo avanzando por el lugar donde está una persona de espaldas, con el cabello lacio hasta la altura de los hombros. Me acerco a ella y pregunto:

—¿Tú eres Luna? —La persona que se gira hacia mí definitivamente no es Luna... es un hombre. Carajo. —Lo siento, creí que eras una... —Decirle que creía que era una chica no se escucha nada bien, así que mejor lo dejo así... —Buenas noches.

De acuerdo, no... no está aquí.

—Juan, no está... —pero justo en el momento que estoy diciéndole esto, a cierta distancia diviso a alguien muy parecida a la chica de las fotografías. Está sola y tecleando en su teléfono celular. Al menos esta sí parece una mujer, quiero decir sus facciones de perfil lo parecen. Me acerco a ella para cerciorarme que sí, es la Luna que estoy buscando y cuando estoy lo suficientemente cerca, se gira hacia mí y sí, sí parece ser ella.

—¿Tú eres Luna? —Pregunto. Ella asiente, primero dice que no y después que sí. Ahora estoy confundido. —Genial... —Alto ¿Sí es o no es? —¿Sí eres Luna o no? —Vuelve a decir que sí. Suelto un suspiro y me llevo el teléfono (que ya casi había olvidado que tenía aquí) a la oreja. —Sí, es ella. —Le digo a Juan del otro lado.

—¿Estás seguro? —Replica de inmediato. Bueno, sí lo parece y me dijo que sí, así que supongo que sí estoy seguro.

—Sí, es correcto.

—¿No tiene cara de loca, verdad?

—No, no tiene cara de loca, pero he conocido locas que no lo parecen.

La chica me mira expectante y ahora la mirada de confusión se ha convertido en una atónita y nada amable. Genial, bien comenzamos. Me quito la máscara, aunque sigo escuchando a Juan del otro lado:

—Escúchame, si pasa algo extraño no dudes en marcarme, si necesitas que vaya por ti solo me lo pides y ya. Escucha con atención, Gabriel, no aceptes llevarla a ningún sitio, no aceptes bebidas de parte de ella. No se te ocurra emborracharte.

Juan incluso parece preocupado, pero fue él quien me metió en esto. Si muero hoy, sería su culpa y lo cargará en su peso de conciencia.

—Okey, adiós. —Cuelgo. La miro a ella cuando estoy dejando mi celular sobre la mesa, entonces me presento: —Genial, yo soy Gabriel.

La chica que sé que lleva el nombre de Luna me está analizando. No puedo evitar fijarme que tiene unos ojos bonitos; son grandes, de color café tiene cejas oscuras y perfectas, pómulos

resaltados, hoyuelos en las mejillas. La nariz es respingada y los labios los tiene pintados de un color sutil que le va perfecto al tono de su piel. También tiene un tatuaje en el antebrazo, unas flores según logro notar en el rápido vistazo que le doy.

Tengo que repetirme: «Tiene veintidós años, Gabriel»

Oh Dios, esto va a ser difícil.

—¿Tú eres Gabriel? —También la voz es suave, delicada, dulce... ahora estoy pensando cómo se escucharía esa voz en... maldita sea, Gabriel concéntrate. —¿El mismo Gabriel del sitio de citas?

—Sí, el mismo. —Se toma el vaso con agua que está entre los dos de golpe. Comienza a toser y aunque al inicio no es muy notorio después comienza a hacerlo con más fuerza. —¿Estás bien?

Okey... creo que debería preocuparme. Si algo le pasa cualquiera pensaría que yo lo provoqué. Me estoy poniendo de pie cuando un mesero se acerca a los dos:

—¿La señorita está bien? —Luna le dice que sí con un gesto. En ese momento me llega un mensaje al celular y lo cojo de la mesa, pero sin despegar mi vista de Luna hasta que me percato que sí está bien. El mensaje es de Cristal, no es un correo... es un texto a mi teléfono que dice:

«Catalina se ha vuelto loca. Acaba de rayarme el auto y me entregó mi ropa de diseñador ¡rota!»

Ni siquiera me da tiempo de responder. De inmediato hay otro par:

«Voy a ponerle una demanda. ¡Dile que me pague mis cosas!»

«Gabriel... ¿dónde estás?»

No tarda mucho en llegar otro:

«Acaba de echarme de la fiesta de Ian»

Y otro más:

«Gabriel ¿Dónde carajos estás?»

No pienso decirle que estoy en una cita y tampoco voy a preocuparme por lo que hizo Catalina. Es su problema, no mío. En estos momentos estoy demasiado tenso como para también preocuparme por mi hermana y Cristal.

Me vuelvo a Luna después de ignorar los mensajes de mi ex y me aclaro la garganta para centrar la atención de nuevo:

—¡Vaya! Veo que te he causado una buena primera impresión. —Suelto con picardía. Tomo el lugar frente a ella y esboza una media sonrisa para contestar:

—Así es, pero tienes que entenderme, no pensaba citarme con el hombre araña. —Enarco una ceja y se me escapa una pequeña risa. Va, que esto puede que no sea tan malo después de todo. —A fin de cuentas ¿Por qué estás disfrazado así?

—Quería impresionarte. —De acuerdo, no. Simplemente no puedo decirle «Tenía miedo de que tú fueras una loca psicópata que pensaba matarme en el parking». Así que agrego: —No es a diario que conoces a una persona por internet, si vas a matarme debes saber que rastrearme será fácil, soy el único vestido del hombre araña aquí y todos darán una descripción de la persona que estaba conmigo, si lo notas... —doy un vistazo alrededor— Todos nos están mirando, me están poniendo atención a mí por llevar este traje en un restaurante cinco estrellas y también a la persona que me acompaña... se preguntan: ¿Por qué esa chica tan guapa está saliendo con un tipo vestido del hombre araña? Entonces, te recordarán, dirán tu descripción a la policía y te encontrarán.

Luna me mira expectante, creo que el gesto de ironía se le ha borrado de la cara y ahora no me quita la mirada, pensativa. Se recompone de inmediato y levantando la barbilla, replica:

—Bueno, en todo caso, si a mí me pasa algo también serás muy fácil de rastrear por estar vestido de esa forma. Mi hermana es policía y puede mandar a registrar todas las cámaras de seguridad de este sitio, incluyendo las del parking, de la calle. El mesero también está de testigo, te ha puesto bastante atención así que dar contigo será muy fácil. Mi hermana no va a descansar hasta verte muerto ¿Ya mencioné que es policía?

—¿Y qué te hace pensar que justo después de matarte no cambiaré de look para que nadie pueda reconocerme? ¿Has visto Discovery Channel? ¿Asesinatos casi perfectos? ¿Casos que todavía están sin resolver? Mi disfraz quedará enterrado junto a tu cuerpo, nadie volverá a verme vestido así, cambiaré de nombre, de nacionalidad. No lo sé, ya se me ocurrirá algo. Me sé esos programas de memoria. Sé también en qué han fallado y cómo hacerlo mejor.

No, por supuesto que yo no miro tales programas. Ni siquiera tengo tiempo para mirar televisión, pero es una frase que me aprendí de un sujeto al que hace un tiempo tuve que defender en la corte. No gané el caso, quién iba a hacerlo cuando el tipo dijo en público: Si logro salir de esta, en la próxima lo haré mejor.

—Ya veo por qué no tienes novia.

Suelto una risa sin poder evitarlo, ahora la expresión consternada de Luna es una de completa diversión. Creo que me está cayendo bien y eso es malo, bastante malo.

—En realidad, vengo de la fiesta de disfraces de mi sobrino.

—¿La fiesta de tu sobrino? —Le digo que sí con un gesto. —Yo tengo tres. Dos sobrinas y un sobrino. Me adoran. Ya sabes... no sé qué harían si yo muero... me extrañarán, qué triste.

Se lleva la mano al pecho con dramatismo. Mis ojos hacen contacto con los suyos cuando levanta la mirada y me encuentro con esos ojos oscuros que me miran tan... desafiante. Vaya, qué mirada la de esta chica.

De acuerdo, tengo que repetirme que tiene veintidós años.

—Genial —Cambio de tema, aunque no deshago el contacto visual. Creo que es lo que ella quiere. —¿Y cómo se llaman?

—Amm... Hermione... Harry y Ron...

—Pero dijiste que eran dos niñas.

—Oh si... La otra niña es Ron... de... ammm... de... Ronsa.

Definitivamente me está tomando del pelo. ¿Habrá alguna cámara escondida? ¿Es este un show de bromas? ¿Está haciéndome una prueba para saber si soy tan ingenuo y me creo que todo? ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Juan?

—¿Ronsa?

—Ajá. Oye. —Cambia ágilmente de tema. —¿Por qué no fuiste a tu casa y te cambiaste?

—No tuve tiempo, era venir así o llegar casi una hora tarde. Tengo que atravesar la ciudad para ir hasta mi casa, no pensé que las cosas se pusieran tan buenas en una fiesta de niños y cuando me percaté ya casi era el momento de encontrarte aquí. —Por supuesto que es una mentira a medias, pero suena mejor que la verdad. Y suena mejor que «Ronsa». —¿Tan mal estoy? Porque fui la sensación entre todos los invitados de cinco años.

—Santo cielo, gracias a Dios no es sobrina, no me quiero imaginar lo que sería una cita con Elsa de Frozen.

Suelto una carcajada, de nuevo, creo que en varios días no había salido de mi interior una risa genuina y ahora lo está haciendo una chica... una que no conozco de nada y que, además,

tiene veintidós años. Mal asunto. Cruzando mis brazos sobre el pecho, me recuesto sobre el respaldar y confieso:

—Ya fui Úrsula una vez.

—Por supuesto que sé que estás bromeando.

Lamentablemente no lo estoy. Fue el cumpleaños número cuatro de Ian, mientras él era el príncipe Erick y Catalina la sirenita, yo fui Úrsula. Aunque creo que es mejor que haber sido la sirenita. Le muestro mi teléfono celular a Luna, específicamente una fotografía de ese día, creo que nadie se le borró de la cabeza esa imagen... ni a mí. La chica suelta una carcajada, una que me contagia a mí también y mejor me detengo porque no hay forma que la esté pasando bien con una chica de veinte años.

—Así que eres actriz. —Cambio sutilmente de tema. Ahora que estoy un poco más relajado puedo darle un vistazo más detallado a Luna. Cuando sonríe se le forman dos atractivos hoyuelos en ambas mejillas y además tiene una sonrisa bastante atractiva, voy a admitir. Una sonrisa muy joven. —No había conocido a una actriz.

— Bueno, quiero decir, se supone que sí lo soy, pero todavía no he tenido un trabajo... ¿estable?

—Y... ¿Qué trabajos has hecho?

—Bueno... yo... todavía… eh, me estoy preparando. Bueno, he hecho teatro y algunos comerciales. —El mesero nos interrumpe. El mismo que se había aparecido hace algún momento ahora está sirviéndonos bebidas a los dos.

—Aquí tiene, señorita. La casa invita. —Le dice. Toma el pedido de los dos después de discutir un poco sobre qué comer y terminamos ordenando dos hamburguesas. Antes de alejarse puedo apreciar una leve sonrisa de parte de él a Luna y después se pierde tras una puerta. Me vuelvo a ella:

—Ese mesero está algo interesado en ti ¿No crees?

—¡No! —Estaba tomando un trago de su bebida y ahora casi lo ha escupido sobre la mesa. Toma una servilleta y continúa: —Creo que lo único que le llama la atención es tu *outfit.* Puedo apostar que no es común atender al hombre araña en este restaurante. —Y me río de nuevo. Ya, esta es la última vez, lo prometo.

—¿Sabes? Aparte de divertida, eres mucho más atractiva en persona que en tu foto de perfil.

—Gracias, supongo que no te gusta Darth Vader.

—Me alegra no tener una cita con un personaje de la guerra de las galaxias.

—¿Te lo imaginas? ¿El hombre araña y Darth Vader juntos en una cita?

—No, no quiero imaginármelo. —Aprieto mis labios para no reír porque dije que esa era la última vez que lo haría. Luna toma de su bebida y observo una pequeña gota del líquido que se resbala por su mejilla cuando se ríe. Alargo mi brazo para limpiar un poco su piel y la sonrisa que tenía en los labios se le esfuma cuando hacemos contacto visual de nuevo.

Se me eriza la piel y agradezco cuando el teléfono celular suena porque me obliga a quitar la mirada de esos ojos de veintidós años.

Cuando miro la pantalla de mi teléfono, frunzo el entrecejo. Es Cristal.

—¿Te importa si atiendo mi teléfono? —Le hablo a la chica frente a mí. —Temo que pueda ser una emergencia.

Algo en lo que Catalina está en medio, siempre es considerado una emergencia.

—Está bien. —Le sonrío en respuesta y me alejo un poco para contestarle a Cristal. Casi

de inmediato su voz inunda mis oídos. Está molesta.

—¡Gabriel! ¿Dónde diablos estás? ¡Estoy caminando porque tu hermana ponchó un neumático de mi auto! ¿Qué es lo que le pasa a esa chica? Necesito que hables con ella.

—A ver ¿Qué soy yo? ¿Su padre?

—Eres la única persona a la que escucha. Ni siquiera a su padre. Es que no lo entiendo ¿Qué le has metido en la cabeza?

—¿Qué le he metido yo en la cabeza?

—Catalina no me odiaba de esta forma, éramos amigas.

—¿Amigas? —Me rio. Todavía recuerdo las conversaciones que tenía con Catalina para que le agradara Cristal, aunque sea un poco. —Por supuesto.

—Escúchame, Gabriel. Haz algo. Quiero estar tranquila con tu familia, quiero ir a una cena, a los cumpleaños, a cualquier reunión con ellos sin ningún tipo de drama. No quiero ninguna tontería de parte de tu hermanita... en mi boda. Sabes que puedo hacer perfectamente que vaya a la cárcel.

—Cristal... eso tienes que hablarlo con Roberto, es su hermana también. Ahora, si me disculpas estoy con alguien, así que no puedo atenderte. Que tengas buenas noches.

Cuelgo. Creo que es mejor acabar las relaciones de esa forma tan tóxica donde ninguno de los dos se vuelve a hablar. Es más sencillo. Le dejo un mensaje rápido a Catalina que se lee: *«¿Qué hiciste ahora?»* y leo uno de Juan que pregunta: *«¿Sigues vivo?»*

Estoy tecleando rápido al mismo tiempo que miro en dirección a Luna y ella está concentrada en su teléfono. Casi de inmediato otro texto de Juan me interrumpe y tengo que borrar todo lo que había escrito para contestar su siguiente mensaje:

«Cuéntame ¿Cómo es ella?»

Con toda sinceridad tecleo mi respuesta:

«Muy de veintidós años»

Juan está escribiendo y en solo un momento recibo:

«Gabriel, ya sé que tiene veinte años, no tienes que repetírmelo»

«Me lo estoy repitiendo a mí mismo» —Contesto.

El *gif* que me envía Juan es uno que simula una cachetada. Me hace esbozarle una sonrisa a la pantalla y me voy en dirección a los baños aprovechando que Luna está distraída después que recibo un mensaje de Juan que dice: *«Envíame una foto»*

A cierta distancia, detrás de la puerta de los baños, tomo la fotografía. La distancia es bastante considerable, por lo cual, la imagen de Luna no se aprecia bien. De inmediato, Juan me está llamando y me encierro en uno de los cubículos para contestar.

—Me refería a una selfie, Gabriel. —Lo escucho, sin un saludo siquiera. —Ve ahí, pídele una selfie y ya está.

—No voy a pedirle una selfie, Juan.

—Es un recuerdo. Si las cosas funcionan, tendrás la foto de la primera cita.

—No va a funcionar, tiene...

—Repites veinte años y te juro que... —Escucho la puerta del baño abrirse, seguido de una voz que me resulta bastante familiar... Juan está hablando, pero no presto atención a lo que dice porque intento deducir porqué Luna está aquí. Es el baño de hombres, o eso creo.

—Juan, Luna está aquí. —Siseo. Intento hablar lo menos perceptible posible, aunque al principio a Juan le cuenta entender. —Aquí, está aquí, en el baño de hombres.

—¿Qué? —También habla en un susurro. —¿Qué está haciendo en el baño de hombres?

—No lo sé, solo está hablando por teléfono.

—¿Ahí? ¿En el baño de hombres? —Hace una pausa sospechosa. Después regresa con una voz más fuerte. —Gabriel ¿Tienes una salida cerca?

—No... ¿Por qué?

—Porque creo que te está buscando a ti. Gabriel huye de ahí ¡Por Dios! ¡Corre, Gabriel! ¡Corre por tu vida!

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—He visto esas películas. Te estás buscando a ti. Te arrancará el corazón y te sacará las vísceras.

—¿Qué? ¿Estás demente? —El corazón me está latiendo fuerte por los exagerados gritos de Juan, pero entorpecido comienzo a buscar una salida por sobre mi cabeza, hasta que escucho a Juan soltar una carcajada y entonces dice:

—¡Naah! Siempre quise decir eso.

—¡Eres una mierda!

Juan se está riendo fuerte y yo solo siento la necesidad de respirar profundo para calmarme y evitar conducir hasta el apartamento de Juan a sacarle las vísceras a él.

—Bueno... —Lo escucho hablar entre risas que me ponen nervioso. —Me cuentas si... —Ni siquiera lo dejo terminar la frase. Cuelgo.

Sigo escuchando la voz de Luna. No sé si quedarme en el lugar que estoy o salir para decirle que está en el baño de hombres, al menos que sí necesite urinarios. Me armo de valor y abro la puerta.

—De acuerdo, Luna. —Está señalando el reflejo de sí misma en el espejo. —Viniste a este mundo a divertirte no a llorar por alguien, si ese sujeto Gabriel no resulta un psicópata pues tienes sexo con él y ya está ¿Entendido? y como dice la abuela Margarita: hay que pensar menos con el cerebro y más con la vagina.

Al menos ahora sé que sí tiene vagina.

La puerta del cubículo se cierra de golpe haciéndome quedar al descubierto. Tal vez solo debí aguardar ahí y esperar que ella se enterara que estaba en el lugar equivocado por sí misma, pero cuando se gira y nos encontramos frente a frente, me atrevo a exclamar con tono socarrón:

—¿Sabes? Así me gustan las mujeres, determinadas, que saben lo que quieren.

Luna no dice una palabra, tiene una expresión que me causa gracia, pero tampoco me atrevo a reírme. Camino hacia ella y solo la esquivo para tomar el lavamanos que está a la par, todo esto bajo su atenta mirada de vergüenza. Aunque se sabe recomponer, creo que por algo es actriz. Levanta la barbilla con orgullo y cuestiona con determinación:

—¿Qué haces en el baño de mujeres? ¡Oh, Dios! Solo dime que no tienes una vagina.

Suelto la risa que me estaba guardando desde hace un momento. Estoy lavándome las manos y tomo una toalla de papel para, acto seguido, agarrarme la entrepierna y decir:

—No, creo que no tengo una vagina. Y este no es el baño de mujeres, en realidad, es el baño de los hombres. —Extiendo mi brazo para señalar que sí, se trata del baño de hombres y, además, hay dos tipos y un chico más joven nos están viendo.

Capítulo 7

Luna

Esto debe de ser el karma.

Debí de ser extremadamente mala en mi vida anterior. Tal vez incendié un orfanato, contagié de lepra a alguien a propósito, perseguí judíos en Alemania, tal vez fui hombre y me acosté con la mejor amiga de mi mujer cuando ella se quedaba en casa cuidando los niños, o lo sé, pero nada más se me ocurre para encontrarle una explicación a toda mi mala suerte.

—Lo... siento... —Digo, con una sonrisa a los hombres que me están observando con intriga. —No se preocupen... —Me aclaro la garganta. —Mi padre siempre decía cuando era pequeña que lo más seguro es que yo en mi otra vida fui un niño. Me gustaban las patinetas, jugar baloncesto, odiaba los vestidos y las barbies, incluso les arranqué la cabeza a un par, pero bueno... esa es otra historia, hasta incluso me gustaba Marissa, la niñita rubia de mi grado.

Eso no es verdad, por supuesto. Yo siempre he sido muy femenina y siempre me gustaron las barbies, nunca jugué baloncesto, ni anduve en patineta, tampoco hubo una niñita rubia en mi clase que se llamara Marissa.

Los hombres y el chico más joven no me quitan la mirada de encima, ahora con el entrecejo fruncido se miran entre sí, no dicen una palabra. Mierda, solo de pensar que estos tipos escucharon todo lo que dije y peor aún... Gabriel.

Carajo.

Gabriel también escuchó todo lo que dije.

Mierda, mierda.

—Bien… yo… —Me vuelvo al tipo vestido del hombre araña, de tantas cosas que han pasado hoy que ni siquiera sé cuál es el motivo exacto por el cual me mira con ganas de soltar una carcajada. —Creo… que… tengo que irme. No a mi casa… digo, allá a la mesa que estábamos… —Tal vez no sea mala idea irme a mi casa. —Ya sirvieron las hamburguesas. Te… espero allá…

Gabriel asiente y después de dejar la toalla de papel en la papelera, me dice:

—Me parece bien, tengo curiosidad por cómo acabará la noche…

—Espero que vivos. —Respondo sin pensar. Gabriel suelta una pequeña carcajada y yo miro de regreso a los sujetos que todavía no me han quitado la mirada de encima. —Bueno… me voy… fue un gusto conocerlos… —Camino en dirección a la puerta bastante rápido porque ya quiero irme de aquí. —buen provecho… provecho no… digo… buena meada… —¿Meada? ¿En serio, Luna? ¿En serio? —Okey no, ustedes entienden.

Abro la puerta y la cierro a mis espaldas, suelto un suspiro cuando ya estoy afuera y ya ninguno de ellos, ni Gabriel, pueden verme. Estoy sudando y ni siquiera está haciendo calor, me abanico con las manos mientras pienso que esta es la peor noche de toda mi vida. Espero que después de este día no tenga que volver a ver a Gabriel… nunca.

De acuerdo, tal vez solo estoy portándome paranoica. A lo mejor Gabriel ni siquiera me escuchó… o quizás sí… creo que mejor me voy a casa.

Tomo una calada de aire y no se me ocurre nada más que desaparecer de este sitio como si nunca hubiese venido. A toda prisa me dirijo hacia la puerta que anteriormente el camarero me había indicado que podía pedir ayuda y comienzo a gritar mientras toco:

—Una hamburguesa con queso ¡Una hamburguesa con queso! —La puerta se abre y se asoma el joven camarero junto a otro más pequeño que él de estatura, al verme dejan todo lo que estaban haciendo y salen de ahí con un teléfono en mano.

—Señorita, ¿Está todo bien? ¿Llamo a la policía? —Miro en dirección hacia donde está la mesa que compartía con Gabriel, parezco muy asustada y en realidad lo estoy, pero no por el motivo que ellos creen, solo quiero salir de aquí porque no soportaría mirar a Gabriel a la cara después de todo lo que acaba de pasar allá adentro. —No se preocupe, lo tenemos todo controlado.

—No no… —Lo interrumpo, al ver que está marcando un número. —Todo está bien, solo necesito que alguien me acompañe afuera mientras espero que mi hermana venga por mí. —Hablando de Luisa, saco el teléfono que ella misma me había dado de algún tipo en la cárcel y marco su número.

—¿Pero está todo bien? —Le digo que sí con un gesto, temerosa miro en dirección a la mesa y Gabriel ya está ahí, tomando su lugar, mirando a todos lados, parece confundido, está hablando por teléfono. Santo cielo.

—Cúbreme, cúbreme… —Le digo al chico, tiro de su brazo y me escondo detrás de él. Es bastante delgado, no creo que logre cubrirme tanto entonces tomo al otro chico y también lo ubico en frente para que Gabriel no pueda verme. —Quédate ahí, por favor.

—¿Está segura que no quiere que llamemos a la policía?

—Mi hermana es policía, no necesito más policías. —Sigo escuchando los tonos del celular de Luisa y nada, no contesta. Maldita sea. —¿Puedes contestar de una buena vez el teléfono, Luisa? —Le grito al celular provocándoles un sobresalto a ambos chicos. —Lo siento.

Miro entre medio de ellos a Gabriel quién ahora parece estar discutiendo por teléfono. Quizás mi paranoia no es del todo absurda y está molesto porque sí estaba esperando sacarme los órganos después.

Luisa no contesta. De acuerdo, tu hermana está en una cita con un desconocido que tú misma buscaste por una aplicación de internet y desapareces así de la nada ¡Hija de tu…!

—¿Alguno de ustedes ha tenido citas por internet? —Le susurro a los chicos, viendo alternadamente hacia la mesa donde está Gabriel. —Digo, ¿cuántas probabilidades hay de que acabes en un cuarto frío y te saquen los órganos?

Ambos me miran, fruncen el ceño y el más pequeño pregunta:

—¿Está segura de que no quiere que llamemos a la policía? ¿O un taxi al menos?

—Prefiero esperar a mi hermana, pero díganme ¿Ustedes han tenido citas con alguien que conocieron por internet?

—No. —Contestan al mismo tiempo.

—¿Qué tan raro es que la primera cita con esa persona que conociste por internet ya sepa hasta que sueltas gases…? —Mejor me callo. Los dos tipos me miran con intriga y entonces, me apresuro a decir: —Le pasó a una prima.

Gracias al cielo una llamada de mi hermana me interrumpe. Me da alivio saber que al menos sí podrá venir por mí antes que Gabriel me mate. Aunque a estas alturas, con tantas tonterías que he soltado, tal vez las ganas de matarme ya se le quitaron.

—¡Código rojo, Luisa! ¡Código rojo!

—¿Código rojo? —Esa era la palabra secreta, bueno, dos palabras secretas si las cosas en la cita no iban como yo esperaba y… bueno… no van como yo esperaba. —Luna, quédate dónde estás. Si ves que se acerca…

—¡Escuchó todo lo que dije en el baño! Que Andrés parece un robot, que se robó mi gato, que dice que suelto gases, que se folló a mi mejor amiga y que yo me lo quiero coger a él. Necesito que me saques de aquí urgente.

Silencio de parte de su parte.

—¿Luisa? —Creo que ha cortado la llamada, cuando me alejo el teléfono celular de la oreja para ver la pantalla y verificar que no se ha ido, mi hermana estalla en carcajadas.

—¡Santo cielo! —Luisa se está riendo fuerte… de mí y eso no me hace ninguna maldita gracia. —¿Es en serio? —Más carcajadas. —¿Ni siquiera te invitó a su apartamento después de escuchar todo eso?

—¡Luisa! No puedo ni siquiera verlo a la cara nunca más. Sácame de aquí ahora, a estas alturas que me mate ya es lo de menos.

Mi hermana sigue riéndose, suspiro y suelto un bufido cuando me doy cuenta que no está dispuesta a parar.

—¡Vete a la mierda! Tomaré un taxi.

—¿Sabes? Tienes tanta mala suerte que si compras un enano, te crece.

Cuelgo. La verdad es que estoy bastante cabreada.

Miro de nuevo a la mesa de Gabriel y continúa distraído en su celular, esa es una buena señal. Puedo desaparecer sin que me note.

Tomo una calada de aire y ahora tres chicos más se están asomando por la puerta. No sé a estas alturas qué es peor, perder el anillo de mi jefa, que me hayan robado el celular, darme el zapotazo de mi vida en público, encontrar a Andrés cogiéndose a mi mejor amiga, que se haya robado a mi gato, decir cosas personales un baño de hombres frente a Gabriel, decir que me lo follaría frente a un grupo de hombres o que ahora más desconocidos estén al tanto de mi desgracia.

—Necesito pedir un taxi. —Les digo. No me percato que los chicos que había dejado frente a mí se han movido un poco y ya no están bloqueando mi vista de Gabriel. Él sigue hablando por teléfono, pero esta vez buscando alrededor sus ojos sí se conectan con los míos, mierda.

De acuerdo, no sé qué voy a inventarme ahora. No es que pueda decirle: «Oye hombre araña, me voy porque siento vergüenza, ya sabes cosas que no deberías saber». Ahora entiendo por qué hay gente que mata en la primera cita.

Okey, que no cunda el pánico. Solo tengo que decir algo creíble y ya, irme sin mirar atrás y no volver a encontrármelo, no permitir que Luisa me haga citas por internet y continuar con mi simple vida donde solo tengo que preocuparme porque la sortija de compromiso falso sí se parezca a la verdadera de Lisseth.

Aunque si el hombre araña me mata, ya no tendría que preocuparme por esa sortija.

Tomo aire hasta que mis pulmones duelen y dejo un gesto de verdadera agonía plasmada en el rostro cuando me acerco a él a toda prisa, dice algo al teléfono y en seguida cuelga.

—Lo siento, no me siento bien, fui a pedir un vaso con agua. —Gabriel es bastante alto, yo llevo unos tacones de infierno y aun así tengo que inclinar la cabeza para verlo cuando se ha puesto de pie. Él rodea la mesa y tira de la silla que me corresponde a mí invitándome a sentarme.

Vaya, un bonito gesto para un tipo probablemente loco.

—Gracias. —Incluso ya me había olvidado de lo que venía a decirle.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —Se sienta de nuevo en el lugar frente a mí.

¿Llevarme a mi casa? Oh no, por supuesto que no amigo, eso ni pensarlo. No le daré mi dirección a un sujeto desconocido probablemente asesino en serie o ve tú a saber qué cosas más. Ni hablar.

—No te preocupes, ya me siento mejor.

—¿Estás segura?

—Sí, no te preocupes, puedo tomar un taxi. —Entonces entra una llamada de Luisa. No pienso contestarle, pero justo en el momento se me ocurre una idea asombrosa, una que por supuesto no me tomo el tiempo de meditar y me disculpo con Gabriel pero sin moverme de la mesa descuelgo.

—Lunera… estoy camino al…

—Oh por Dios —exclamo con fingido asombro— ¿Qué un ladrón te disparó en la pierna? ¿Estás bien? ¿Qué te estás desangrando? Oh Dios mío. —Incluso me llevo la mano a la boca y después al pecho.

—¿Qué…? Luna ¿Qué carajo? —Miro a Gabriel quién ahora parece interesado en la conversación y yo finjo que estoy realmente preocupada, con la mano en la frente y el gesto descojonado pretendo escuchar atentamente horrorizada.

—Santo cielo ¡Por favor no te mueras!

—Luna ¿Qué tontería estás haciendo?

—Por supuesto, ya voy en camino. No te preocupes, te veo en el hospital.

Me estoy poniendo de pie dejando un billete que la misma Luisa me había dado. Hablo de manera agitada, como si es verdad que mi hermana está a punto de morir desangrada.

—Mi hermana se está muriendo. —De acuerdo, eso no salió como esperaba, si Gabriel fuera experto en actuación se daría cuenta que lo estoy haciendo terrible. Sin embargo, parece no caer en cuenta en lo absoluto. —Un sujeto le disparó en el pie, tengo que ir con ella.

—¿Pero está bien?

—Dice que no cree lograrlo. —Okey, demasiado drama, pero está bien porque es una persona que no pienso volver a ver en toda mi vida. —Fue un gusto conocerte, Gabriel. —Estoy alejándome a toda prisa mientras digo esas palabras. —Espero que algún día volvamos a vernos. —De verdad yo espero que no. —Adiosito.

Salgo de ahí lo más rápido que puedo, mirando hacia atrás por si en algún momento al hombre araña se le ocurre venir detrás de mí. He avanzado una buena distancia, pero no se aparece por ningún lado… eso me relaja un poco. Ahora está comenzando a llover y tengo los pies resbaladizos lo que me dificulta andar más rápido. Madre mía, qué frío.

Me detengo bajo un árbol cuando he avanzado unos cuántos metros y sé que ya no es posible que Gabriel esté detrás de mí. Hasta ese momento me percato que no he llamado ningún taxi y tampoco Luisa dijo que vendría por mí. Decido marcarle de regreso cuando escucho a mis espaldas:

—Hola guapa. —Santo escarabajo. Retengo el aire en mis pulmones cuando disimuladamente miro hacia el lugar de donde provienen esas palabras. Dos tipos están recostados sobre una pared y me están viendo mientras se fuman un cigarrillo. —¿Te acompañamos?

—No gracias… —Me echo a andar entonces debajo de la lluvia. Sabía que tenía que vestirme de Darth Vader. —Mi hermana ya viene por mí. Es policía.

—¿Está así de guapa cómo tú, muñeca? —Mierda. Están detrás de mí, doy un rápido vistazo y sí que me están siguiendo. Se están riendo a carcajadas a medida que avanzan más

rápido y yo hago mi mejor intento por correr. Sabía que no tenía que traer sandalias tan incómodas. Miro la pantalla del teléfono, pero se está mojando y no puedo manipularlo con mis dedos fríos. Debí tragarme las burlas de Luisa y pedirle que viniera por mí.

—Déjenme en paz. Sé… sé… sé artes marciales. —Me doy media vuelta para tomar una posición que he visto en las películas de Jackie Chan. No, creo que no me salió nada bien. —Ah y no querrán saber qué más sé.

—Estamos tentados por averiguarlo. ¿Eres así de agresiva siempre?

Mejor sigo corriendo.

—¡Déjenme en paz! —Intento ir más de prisa, pero me doblo el pie, me tropiezo con una piedra y casi me caigo a bruces. No me detengo, mucho peor cuando un auto va mermando su velocidad a mi lado. Oh Dios, esto es peor que haber sido estrangulada por el hombre araña.

El auto va a mi lado así que se me ocurre quitarme el calzado para echarme a correr más rápido, como dicen por ahí «es mejor decir por aquí corrió que por aquí cayó» o algo así. La ventana se abre y escucho:

—Luna… —Es una voz conocida, pero por supuesto que de mi hermana no es. Cuando miro hacia el vehículo para cerciorarme que sí es él y no estoy loca, una piedra se me entierra en el pie y me hace soltar una maldición a toda la generación de todos los presentes. —Luna… sube al auto.

—No… no… estoy bien… —Ahora voy cojeando, pero entonces miro a los dos tipos detrás de mí. Estoy empapada, tengo una herida en el dedo y me estoy congelando. Cuando veo que Gabriel abre la puerta de su auto, no lo pienso mucho, me subo de prisa y…

Esto no es muy inteligente de mi parte.

Ya había cerrado la puerta, pero vuelvo a abrirla, aunque él está conduciendo más rápido, baja la velocidad pensando que voy a lanzarme tal vez… pero vamos, que no estoy loca… no tanto.

—¿Me das tu licencia de conducir? —Le pregunto. Mantengo la puerta así en caso de que quiera poner el seguro. Le doy un rápido vistazo al interior del auto y de paso chequeo la guantera por si las moscas. —Muéstrame tu licencia, por favor.

—¿Por qué?

—Solo quiero ver tu licencia de conducir.

No pensé que accedería así de fácil, pero lo hace sin siquiera protestar. Aparca el auto y me entrega el carnet. Estoy mojando su vehículo y aun así aquí estoy revisando su carnet de conducir y sí, se llama Gabriel Mariani… al menos dijo la verdad. Estoy temblando, aunque la calefacción me está dando en lleno. Gabriel se inclina para atrás buscando algo en el asiento trasero y yo actúo rápido: Le tomo una fotografía a su licencia y lo siguiente que hago es mandársela a Luisa.

—En caso de que yo no aparezca mañana, mi hermana va a buscarte y te encontrará. Tendrás que matarla a ella también y créeme que eso está muy difícil, sabe tres tipos de artes marciales, maneja un arma e incluso escopetas. También puede despedazarte si así lo desea, así… que… mucho… cuidado.

Cierro la puerta. Gabriel ahora me está viendo sin palabras, esboza una sonrisa y suelta:

—¿Y qué garantía tengo yo de que no vas a ser tú quién va a matarme ahora?

—Amigo, si yo tuviera instinto asesino no me hubiese corrido de esos hombres que me estaban siguiendo.

Me doy cuenta de que lo que ha tomado del asiento trasero es una chaqueta, una de esas

muy al estilo de jugador de baloncesto y Gabriel se ve del tipo de hombre que fue muy popular en la universidad y secundaria. Se desabrocha el cinturón de seguridad y se acerca a mí, por instinto me impulso hacia atrás y choco con la puerta del vehículo.

—Relájate, después de esa pose muy de cinta negra que hiciste frente a esos tipos me da pánico averiguar de qué forma la puedes utilizar. —Suelta una carcajada que me hace apretar los labios por vergüenza. Va, que al parecer esto sí se puede poner peor.

—Sólo llévame… —Pongo énfasis en lo siguiente: —En silencio.

Me deja su chaqueta sobre los hombros y yo termino de acomodármela cuando lo escucho decir:

—¿Vas al hospital, cierto?

Oh Dios… el hospital… ya casi lo había olvidado. Okey, me acabo de inventar que a mi hermana le dispararon en el pie y yo aquí tan tranquila dentro del auto de un hombre casi desconocido. Ahora que lo pienso mejor, tal vez no debí armar esa escena, pero tampoco podría darle la dirección de mi casa. Le digo que sí, menciono el hospital que está más lejos y saco el teléfono celular al mismo tiempo que Gabriel pone en marcha el auto. Hay varios mensajes de Luisa, todos fueron enviados con solo segundos de diferencia:

De: Luisa

Uhhh ¿quién es ese guapo?

De: Luisa

Luna… espera ¿no estás en su auto? ¿o sí?

De: Luisa

Luna, estoy camino al restaurante

De: Luisa

Luna, contesta maldita sea.

De: Luisa

Luna… estoy aquí. Me estás asustando.

De: Luisa

Luna, he revisado el restaurante

No me digas que te has ido con el hombre araña.

De: Luisa

Luna ¿Estás loca?

El último mensaje es:

De: Luisa

¿Dónde estás? ¡Carajo!

Comienzo a teclearle mi respuesta, aunque en ese momento una llamada suya me llega al teléfono celular y prefiero colgar porque no hay forma que hable con ella frente a Gabriel sobre lo siguiente que le voy a pedir. Ni siquiera tiene sentido en mi cabeza, mucho peor cuando lo comienzo a plasmar en un texto.

Para: Luisa

Estoy camino al hospital

Necesito pensar algo urgente

¿Recuerdas que te dispararon en el pie?

Casi de inmediato mi hermana está escribiendo, en segundos me entra un mensaje detrás de otro:

De: Luisa

¿Qué? ¡Santo escarabajo!

¿Y qué quieres que haga yo?

¿Qué me tire en una camilla del hospital para cubrir tu mentira?

Para: Luisa

Puedes dispararte en el pie, tal vez.

De: Luisa

¡Por supuesto que no voy a dispararme en el pie!

Para: Luisa

¿Puedes pedirle a alguien que te dispare en el pie?

De: Luisa

¡NO! ¡NO VOY A PEDIRLE A NADIE QUE ME DISPARE EN EL PIE!

Casi de inmediato, mi hermana envía otro mensaje:

De: Luisa

¿Qué hospital es supuestamente? Te espero ahí.

Una vez que le digo el nombre, guardo el teléfono. El resto del viaje con Gabriel es bastante silencioso, pero no del tipo incómodo, más bien es de ese silencio relajante y reconfortante que solo es interrumpido por música de *RadioHead*. La única interacción que tuvimos fue cuando sonó la canción de *Creep* y le dije:

—Me gusta esa canción.

A lo que él contestó:

—A mí también.

Estamos llegando ya al bendito hospital y sí, ahí está mi hermana en la entrada, con un par de muletas. Por un momento pienso que la estaba confundiendo, pero cuando ya estoy en frente y me bajo del vehículo constato que sí es ella e incluso se ha vendado el pie.

Ella se acerca a la ventanilla de Gabriel, aunque yo ya casi estoy completamente afuera, golpea el vidrio y le dice.

—Baja del auto. —Yo miro a Luisa y Gabriel me mira a mí. Todavía no he cerrado el carro y el gesto que le hago a Luisa parece no importarle en lo absoluto. —Vamos, baja del auto. —Le muestra su placa. —Soy policía.

A ver… haciendo una recopilación de los hechos: Luisa está en el hospital, tiene un par de muletas, un pie vendado y también, de paso, está una enfermera a unos metros con una silla de rueda. Aun así le está pidiendo a Gabriel que se baje del auto y él obedece sin protestar. Miro a Luisa, de nuevo, pero ella está muy concentrada en ver al hombre araña salir del vehículo.

—Luisa. —Le advierto, porque no tengo idea qué cosa se le ocurra hacer. Hago un gesto de negación con la cabeza, pero ella continúa:

—Déjame ver todos tus documentos. —De nuevo, el hombre araña accede. Después de entregarle lo que le pide y le da un vistazo a la documentación, le grita:

—De espaldas, por favor. Recuéstate en el auto.

—¿Qué? —Decimos Gabriel y yo al unísono.

—De espaldas hacia mí, con las manos en la cabeza y recostado en el auto. —Le habla muy seria. Yo miro a Luisa y cuando Gabriel hace lo que le pide. Entonces, ella se vuelve a él, le mira el trasero y con una enorme sonrisa levanta su dedo pulgar en mi dirección. Santo cielo.

¿Es en serio?

—Ahora de frente. —¡Dios! Que no sea lo que pienso, que no sea lo que pienso. —Luna, sostenme esto. —Me da las muletas y sosteniéndose sobre un pie comienza a tocar a Gabriel por

los costados. —No tiene armas. —Me guiña un ojo y yo me arrepiento de inmediato haber venido con él. —Puede irse. —Mira su licencia de conducir. —señor Mariani.

Le devuelve los papeles. De acuerdo, ahora tengo más motivos para no volver a hablar con Gabriel, aunque a estas alturas es él quién puedo asegurar que no volvería a hablarme. Lo único positivo de esto es que lo que pasó en los baños del restaurante ha quedado en segundo plano. Gabriel se vuelve a mí entonces y después a mi hermana a quién le dice:

—Gracias.

—Gracias a ti por traer a mi hermana… con vida.

—Gracias a ti por dejarme con vida. —Replica él. Entonces mi hermana asiente con un saludo policial. —Espero que te mejores. —Entonces las dos nos quedamos calladas y yo aprieto los labios mirando a Luisa.

—No es nada. Descansa hombre araña.

Le doy las maletas y se da media vuelta para dejarnos a solas a Gabriel y a mí, él la está viendo a ella, tal vez sea porque anda horrible en muletas.

—Tu hermana es…

—Intensa…

—Iba a decir… agradable.

No sé si ese agradable es por sarcasmo; pero si no, es porque todavía no la conoce bien. El hombre araña se despide, me da las buenas noches y yo le contesto de la misma forma mientras me aparto para dejarlo ir. Le doy un último adiós con la mano antes de que su auto se pierda de vista y suelto un bufido cuando escucho la voz de mi hermana causándome un susto de muerte.

—De un tipo así yo me dejo hacer lo que sea ¡Uf! —Comienza a soplarse con las manos mirando también por el mismo sitio que Gabriel se ha perdido. La miro de pies a cabeza y ya no lleva muletas ni venda en el pie. Tiene sus botas y está caminando normal. —Vaya cita ¡Eh!

—¿Qué fue todo eso?

—Tú me diste un papel, yo lo tomé. Le hablé a Claudia. —Señala el lugar donde estaba la enfermera. —Me consiguió las muletas, la venda y la silla de ruedas. Aparte se quedó aquí para hacer más real este escenario. Tal vez yo debí ser actriz y tú policía.

—¡No! Me refiero a que le viste el culo.

—¿Tú no?

—¡No! Bueno… —Tal vez una vez… pero qué importa. —¿Puedes llevarme a mi casa, por favor? Necesito eliminar todos mis perfiles de internet. Espero no tener que encontrármelo nunca.

—¿Entonces cómo piensas devolverle su chaqueta? —Oh, maldita sea. Miro entonces la prenda azul con amarillo que llevo puesta. Genial. Me la quito y se la entrego a Luisa.

—Pues tú verás la forma de hacérsela llegar. —Mi hermana no dice nada, me mira los pies y es hasta ese momento que caigo en cuenta de algo:

—¡Luna! ¿Dónde están mis zapatos?

Me miro los pies. Oh, Dios mío. También dejé los zapatos en el auto de Gabriel.

Santa mier… coles.

Capítulo 8

Gabriel

Despierto de golpe con el corazón latiéndome a toda velocidad, incorporado en la cama, buscando un lápiz a tiendas, diciendo en voz alta:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Caigo en cuenta que estoy en mi habitación, sobre mi lecho y ni siquiera ha sonado la alarma. Suelto un gruñido, me dejo caer de espaldas sobre el colchón y me quedo ahí un rato más con los ojos cerrados.

Esto es culpa de Juan, todo es culpa de Juan.

Abro un ojo, recuerdo que corrí las cortinas anoche justo antes de acostarme entonces no tendría por qué la claridad estarme dando en lleno. Abro los dos para dar un vistazo minucioso a mi habitación, lento y detallado, de pronto mi celular suena provocándome un horrible susto.

—Mierda. —Exclamo. Extiendo mi mano para tomar el celular y lo primero que mis ojos ven es un mensaje de Cristal. Respiro profundo cuando leo «¿Tienes tiempo a la hora del almuerzo? Tenemos que hablar» Ni siquiera cuando terminó conmigo utilizó esas palabras. Algo me dice que está bastante cabreada.

Y no me interesa.

Cierro la ventana del chat de Cristal y lo que me aparece en la pantalla ahora es la fotografía que le había tomado a Luna en el restaurante antes de mandársela a Juan.

Luna…

Borraré mi perfil de Se Busca Novia.

—Buenos días. —Escucho de pronto, de la impresión me caigo de la cama dándome un terrible golpe en la espalda. Me quedo ahí, viendo hacia el techo, conteniendo las ganas de levantarme solo para ir a darle un golpe a Juan. —Vaya, estás despertando y ya tienes un mal día.

—¿Qué diablos haces aquí? —Digo en pausas, él se está acercando. Tal vez debería cerrar la puerta cuando duermo, pero de eso se trata vivir solo ¿no? Poder dormir cómo quieras, sin que nadie interrumpa en tu privacidad. Me quedo en el mismo lugar, pero con un gesto de furia. El me da un vistazo con una ceja enarcada y una taza de café en manos ¡Mi taza de café en sus manos! —Juan… —Miro mi reloj. —¿Qué carajo?

—¿Qué? Fuiste tú quién me dijo donde guardabas la llave de repuesto.

—¡Sí! ¡Para emergencias! —Recalco. —¡No para que entres cuando se te dé la gana! ¿Qué tal si estuviera desnudo? —A Juan le importa poco. Solo mira su reloj, se aparta el saco para ponerse la mano en la cintura, se recuesta de costado sobre el pilar de mi ventana, toma un sorbo del café y me dice:

—No tienes nada que me impresione, Gabriel. Ahora, ponte de pie inmediatamente porque sí es una emergencia… Es más, de las siete y tú ni siquiera te has levantado.

—No es… —Me detengo, porque la claridad que está entrando por mi ventana es bastante más potente que los otros días que me despierto para ir al trabajo. Además, en lo último que pensé ayer fue en la bendita alarma y, además… a ver… no… yo no puedo estar tarde. —¡Mierda!

Me pongo de pie de un salto cuando veo la hora en la pantalla de mi teléfono celular y

constato que, definitivamente, estoy tarde. Lo primero que hago es meterme al baño, intentar asearme, vestirme, arreglarme y salir de mi casa con un aspecto presentable en tiempo récord mientras Juan aguarda en la puerta de mi coche con la intención de llevarse mi taza de café y si hace eso sé que no va a regresar a mi estante.

—Mi auto se averió. —Me dice. Le quito mi taza de las manos, boto el café en el pavimento y la guardo en el asiento trasero. —¿Es en serio?

—Te conozco lo suficiente como para saber que esa taza no va a regresar a mi casa, así como las corbatas, los platos, mis calcetines, etcétera.

—Estás bastante delicado hoy.

—Estoy comenzando a arrepentirme vivir en el mismo edificio que tú, Juan.

—Si algún día enfermas ¿Quién crees que bajará cinco pisos a cuidarte? —Me subo a mi auto y en seguida Juan lo hace del lado del copiloto. —¿Quién crees que va a correr a media noche llevándote al médico si sufres de una apendicitis? ¿Quién crees que va a avisarles a los demás si mueres? Pues yo, ¿sabes por qué? Porque no quieres salir con una chica…

—De veintidós años.

—¡Uh! Disculpe, señor fósil, dinosaurio extinguido, hijo de *tutancamón*, momia de… —Mejor pongo en marcha el auto. Juan detiene su monólogo cuando mira hacia el asiento trasero y pregunta: —¿Dónde está mi chaqueta?

—¿Cuál… —La chaqueta ¡Oh, mierda!

Suelto al aire de mis pulmones de golpe, cierro los ojos un momento y me vuelvo a Juan:

—Lo olvidé por completo.

—¿La olvidaste dónde?

—Se la di a la chica de veintidós años. Es una larga historia, pero fue lo primero que me encontré aquí. Olvidé pedírsela de regreso y ella olvidó dármela. Ya está, te compraré otra.

—¿Le diste mi chaqueta a tu chica?

—No es mi chica, Juan. —Digo bastante claro. —Tiene veintidós años.

—Karen me la trajo desde Francia como regalo de nuestro primer aniversario de bodas ¡Va a matarme, Gabriel! ¡Va a matarme! —Juan saca su teléfono celular y comienza a teclear algo en él. Es en ese momento que mi celular suena anunciándome un mensaje de texto, a estas alturas ya no sé qué esperarme. Me detengo en el semáforo en rojo y miro el mensaje de Roberto al mismo tiempo que escucho a Juan decir: —Vas a ir por mi chaqueta hoy mismo.

—Hoy tengo mucho trabajo.

El mensaje de Roberto dice casi lo mismo que el de Cristal:

«¿Tienes tiempo? Necesito hablar contigo»

No contesto, no porque no quiera si no porque tengo que seguir conduciendo cuando el semáforo cambia de color. Además, me llama la atención Juan, está viendo algo en sus pies y quito la mirada de la carretera solo un momento cuando pregunta:

—¿Qué es esto?

—¿Qué cosa?—Levanta algo en sus manos y cuando presto atención me doy cuenta que es un zapato. Uno que no sé cómo llegó ahí, pero que sí estoy seguro a quién pertenece. Digo, ninguna otra mujer se ha subido a este auto en meses. —¿Un zapato?

—Así es… un zapato de mujer. —Juan suelta una risotada y agrega: —A ver, qué pasó que no quieras contarme. No me digas que llevas una doble vida, abogado de día, la tigresa Gabriela de noche.

—Muy gracioso, Juan. —Exclamo sin ningún gesto. —Muy gracioso.

Él suelta una carcajada, deja el zapato en el lugar que estaba y suelto un bufido pensando ahora en que también tengo un zapato de Luna. Tal vez debería dárselo a Juan y qué él busque la forma de devolvérselo, después de todo fue el quién me metió en esto.

—Ahora tendremos que salir por la ciudad a buscar a la damisela a quién le calce ese zapato. —Lo escucho decir, le doy un vistazo sin ningún tipo de expresión y él nada más se ríe de nuevo. —Quieras o no ahora tendrás que verla. No te quedarás con su zapato. Al menos que ella tenga un pie, pero creo que no ¿o sí?

Prefiero quedarme callado y conducir en silencio, pero con Juan al lado es imposible.

Cuando finalmente estoy entrando al parking del edificio donde trabajo escuchando a Juan parlotear sobre los motivos por los cuales debería ver a Luna otra vez, un auto en particular me llama la atención cuando estoy buscando donde aparcar. Bueno, hoy en día hay tantos coches similares.

—Escúchame bien. —Interrumpo a Juan cuando ya he encontrado un sitio. Aparco, me quito el cinturón y abro la puerta de mi vehículo. —Voy a contactarla ¿de acuerdo? pero tú irás por esa bendita chaqueta y le entregarás su zapato ¿Entendido? —Me bajo, cierro la puerta y espero que Juan haga lo mismo, pero no es a Juan a quién le doy mi atención, en seguida mis ojos se van a la figura detrás de Juan: Cristal.

Sí tenía razón en que ese auto me parecía conocido, pero había un porcentaje nulo de que Roberto estuviera aquí, aunque no es él en realidad, sino su novia, mi ex.

Juan mira donde mis ojos están puestos y que, además, Cristal está caminando hacia mí. Juan me mira y yo lo miro a él, gesticula algo, pero no logro comprender del todo. Entonces, rodea el auto y llega hacia mí.

—Buena suerte.

—Gabriel… —Nos interrumpe la pelirroja. Juan se da media vuelta en dirección a la puerta de entrada de las oficinas después de saludarla con un leve asentimiento y yo me vuelvo a Cristal. —¿Cómo estás? —Pregunta. Pretende esbozar una sonrisa, digo que pretende porque la conozco bastante bien como para saber cuándo está fingiendo algo.

—Cristal… ¡Hola! —Exclamo sin entusiasmo. —¿Tienes una reunión por acá?

—Sí. —Tener una exnovia que se mueva en el mismo campo que tú es algo perturbador, ahora no quiero imaginarme lo que sería trabajar en el mismo sitio. Por ese motivo, nunca… jamás… saldría, ni me enrollaría, ni follaría o lo que sea… con alguien del despacho. —Pero antes quiero hablar contigo. —Le doy un asentimiento leve. —No contestaste mi mensaje.

—Desperté tarde. —Nunca pensé que las cosas entre Cristal y yo se pondrían bastante incómodas. Nos llevábamos bastante bien. Siempre me dije que nunca acabaría una relación en malos términos con nadie y hasta ahora había funcionado bien, porque nadie antes se había querido ligar a mi hermano… creo. —¿En mi oficina?

—No, aquí. —De acuerdo. Miro mi reloj y me doy cuenta de que solo tengo cinco minutos. Cualquier cosa podemos abordarlo rápido y nada más lo hago por ser cortés. Además, ya sé a quién se debe esta plática. —Dentro de tu auto, por favor. Ya sabes, hay muchos conocidos aquí y no quiero rumores de ningún tipo.

Si tan solo supiera cual es el rumor que se ha regado en todo el edificio.

Entra al auto del lado del copiloto sin permiso, pero qué más da. Hago lo mismo de mi lado, miro mi reloj de nuevo y le digo:

—Tengo cuatro minutos.

—Está bien, porque esto será rápido. —Una notificación me llega a mi teléfono celular,

le doy un vistazo mientras Cristal continúa hablando y me doy cuenta de que es de mi perfil de Se Busca Novia. —Necesito que le digas a tu hermana que deje de meterse en mi relación con Roberto.

—¿Por qué Roberto no se lo dice y ya está? —Cristal suelta un bufido y se ríe después.

—Como te dije, Catalina no escucha a nadie más. Incluso se molestó con Roberto cuando intentó hablar con ella. Está arruinando todo, Gabriel. Estoy sin auto por su culpa, aunque tu madre haya insistido en hacerse cargo del fiasco ¿Sabes qué? Creo que ese es el problema de ella, que siempre hay personas dispuestas a arreglar todos los problemas que crea…

Reviso mi buzón de mensajes en el perfil de citas y me doy cuenta que el texto proviene de Luna. De inmediato le doy click en leer sin prestar atención a lo que sea que dice Cristal:

De: Luna Rodríguez

Hola. Espero que estés bien.

Soy muy mala para los mensajes de texto.

Ni siquiera sé cómo decirte que sin querer me quedé con tu chaqueta.

Bueno, creo que ya te lo dije así.

Además, creo que mis zapatos están en tu coche.

Los necesito de vuelta.

Digo… ¿por favor?

—Gabriel… —Cristal llama mi atención. Solo le doy un rápido vistazo, se quita los lentes y se los lleva sobre la cabeza. Suspira, mira al frente y después a mí. Estoy contestándole a Luna, así que pretendo estarle prestando atención a Cristal también mientras escribo:

Para: Luna Rodríguez.

¡Vaya! Demasiadas palabras para alguien que dice no ser buena para los mensajes de texto.

—Sé que fueron cuatro años… —Continúa. —Es mucho tiempo y hace apenas cuatro meses… —Hace una pausa. —Si tienes algo que ver con la actitud de Catalina…

—Espera… —Ahora sí me he girado completamente hacia Cristal. —¿Qué estás pretendiendo decir? ¿Qué yo envío a Catalina a hacer lo que sea que está haciendo?

—Gabriel… sólo déjalo ir. Lo que sea que traigas entre manos es inservible, si tengo que ir a la luna a casarme con Roberto, entonces me voy a la luna a casarme con Roberto, así es.

De acuerdo… me doy cuenta de que nunca más escuchar la palabra «Luna» volverá a ser igual.

Me rio, no sé si por eso en realidad o por la ironía del asunto.

—Por Dios. —Exclamo. —Qué egocéntrica eres.

—¿Egocéntrica? —Responde indignada. Ni siquiera sé qué más dice porque prefiero poner atención a lo que está en mi pantalla y no a Cristal.

De: Luna Rodríguez

Ese es el motivo por el cual soy muy mala para los textos.

Además, los odio, se malinterpretan.

Como el que te envié, por ejemplo.

Si leo otra vez mi primer mensaje me doy cuenta de que sonó muy mal.

«Quiero mis zapatos de vuelta»

Da a entender que te has robado mis zapatos.

No sé por qué un hombre se robaría mis zapatos.

Digo, al menos que tenga una vida nocturna privada

Tú no, ¿verdad?

No puedo evitar reírme viendo la pantalla de mi celular. Caigo en cuenta que Cristal está aquí cuando chaquea sus dedos en mi cara.

—¿Gabriel? ¿Al menos estás poniendo atención?

—Mira Cristal, tengo que irme. Sigue pensando lo que quieras, pero quiero que te quede claro que no me importa con quién estés. En serio… ya sea mi hermano… mi padre o quién quieras. —Vale, tal vez no es así, pero al menos soné seguro y ese es un punto a mi favor—.

Otro mensaje de texto aparece en mi pantalla:

De: Luna Rodríguez

Además, esos ni te quedarían.

Te enviaré mi dirección para que los envíes.

O mejor la de mi hermana.

Ya sabes que si intentas entrar a su apartamento por la ventana te va a ir

MUY MAL.

Se me escapa otra risa y escucho a Cristal reñirme:

—¡Ya madura, Gabriel! —Abre la puerta de mi auto, pero antes de hacerlo algo se enreda en sus pies haciendo que Cristal casi caiga al pavimento. Toma el zapato de Luna y lo mira. Su gesto cambia, frunce el ceño de manera leve y exclama: —Es un zapato de chica. —Se recompone y dice: —¿Es de Catalina? Porque ella acaba de echarme a perder…

—No es de Catalina… —La interrumpo. Pido con amabilidad: —¿Puedes dejarlo dónde estaba?

—¿Estás saliendo con alguien?

No pienso dos veces cuando respondo:

—Sí. —Por supuesto que no salgo con nadie, pero bueno… ya que estamos aquí. Estiro la mano para que me entregue el zapato y cuando lo hace, lo dejo en el asiento trasero bajo la atenta mirada de Cristal que me incomoda. Estoy saliendo de mi auto cuando la escucho de nuevo:

—¿Desde cuándo? —No sé si eso es una pregunta o un reclamo, pero ha sonado más a lo segundo y no tendría por qué. —Digo, ¿fue cuando me fui a Inglaterra?

—¿Por qué eso importa? Tú sales con alguien, yo también, dijiste que eso querías, ¿no? —Okey, no es mi intención sonar rudo con Cristal, pero de tanto que he escuchado en los últimos minutos ya hasta se me olvida quién es… o fue… intento preguntar con amabilidad: —Realmente estoy apurado, ibas a una reunión ¿verdad?

—Sí. —Se acomoda el bolso y después de cerrar la puerta del vehículo lo rodea para ir en dirección a la puerta de entrada, pero en lugar de seguir caminando se queda frente a mí. —A ver… ¿Sí salías con alguien mientras yo estaba en Inglaterra? ¿O es algo de ahora por despecho?

Me río con ironía.

—Si la conocieras te dieras cuenta de que no es algo solo por despecho. —Le guiño un ojo. Activo la alarma de mi auto y tiendo mi mano en dirección a la puerta para invitarla a avanzar. —Te veo por ahí, supongo.

Ella asiente y se da media vuelta. Cuando queda de espaldas a mí cambio el gesto a uno bastante cansado, aturdido y cabreado. Camino tras ella mientras pienso que debería haber aguardado en mi auto porque, por supuesto, las miradas de todas las personas que trabajan en este edificio están sobre nosotros.

—Genial. —Exclamo en silencio. Mejor finjo que esto no es para nada incómodo mirando mi teléfono celular mientras avanzo y me doy cuenta de que hay otro mensaje de Luna que se lee:

De: Luna Rodríguez

Tal vez deberías darme tu dirección para enviarte la chaqueta.

Cuando estoy frente al elevador me debato entre tomarlo o ir por las escaleras, hay una cantidad de personas esperando junto a nosotros —Cristal y yo— y, por supuesto, eso no va a ser nada cómodo. Creo que haré un poco de cardio y me iré por las escaleras después de todo. Aunque cuando ya estoy a la mitad me doy cuenta de que ha sido una terrible idea.

Me detengo en un escalón y le envío una respuesta a Luna:

Para: Luna Rodríguez.

No pienso darle mi dirección a una desconocida.

Su mensaje no se hace esperar. De inmediato tengo sus palabras en mi pantalla:

De: Luna Rodríguez.

Técnicamente, no somos desconocidos. Ya escuchaste mis secretos más vergonzosos, somos como familia así que no te preocupes.

Para: Luna Rodríguez.

Gracias por recordarme lo mejor de esa noche.

De: Luna Rodríguez

¡Ja! Muy gracioso.

Necesito mis zapatos, Gabriel. Luisa va a matarme.

Para: Luna Rodríguez

Estás hablando en plural. En mi auto solo hay uno.

Aparece que está escribiendo, después deja de hacerlo y vuelve a comenzar a escribir otra vez y así está todo el tiempo mientras continúo mi camino. Ya estoy entrando al despacho cuando finalmente tengo una respuesta:

De: Luna Rodríguez

A ver… ¿sí es broma verdad?

Para: Luna Rodríguez.

No lo es

De: Luna Rodríguez

Oh por Dios

Oh por Dios

Oh por Dios

Definitivamente, mi hermana va a matarme.

¡Va a matarme, Gabriel!

Ve a revisar bien tu auto.

Hazlo ahora mismo.

Para: Luna Rodríguez

Yo tengo que trabajar.

De: Luna Rodríguez

Luisa va a volverse loca.

Eran sus mejores zapatos. Me los prestó por la ocasión.

Okey, no debí decirte eso y no se puede borrar así que olvida que lo dije.

Lo siguiente que envía es una imagen de la película de los hombres de negro.

Específicamente una donde Will Smith está usando el neuralizador para borrar la memoria.

Sí, va a funcionarme bastante.

Me rio al mismo tiempo que comienzo a teclear:

Para: Luna Rodríguez

De acuerdo, ¿sabes qué? Ya se me olvidó.

No me acuerdo de nada que tenga que ver contigo y los zapatos de tu hermana.

Cuando estoy llegando a mi oficina lo primero que me encuentro es a Juan junto a un grupo de colegas quienes se me quedan viendo sospechosamente en silencio, sin siquiera murmurar entre sí. Me acerco lento a ellos porque no sé qué esperarme de este grupo.

—Cristal está aquí. —Dice uno de ellos. Los miro a todos levantando una ceja. Uno de ellos se me acerca y me habla de manera pausada, gesticulando de una manera exagerada: —¿Cómo te sientes?

—¿Cómo se supone que me debo sentir?

—Ya les dije. —Exclama Juan finalmente. —Gabriel está saliendo con una chica.

—A ver… salí una vez con una chica.

—Se llama Luna y tiene veintidós años. —Continúa. Genial. Era mejor haberme quedado en mi auto, total ya estoy llegando tarde. —Está un poco traumado porque es ocho años mayor que ella. Casi nueve.

Entonces, comienzan a burlarse:

—¡Aww! ¿Le gusta My Little Ponny?

—Creo que de luna de miel tendrás que llevarla a Disneylandia.

—El nuevo himno de Gabriel será aquella canción que dice «A mí me gustan mayores, de esos que se llaman señores…»

—Ya… basta… —Interrumpe Juan finalmente, pero a carcajadas. Miro a los otros tres presentes sin ningún tipo de gesto entonces sueltan una risotada en coro que se unen a las de Juan. Javier, el que hizo el primer comentario exclama:

—Ya sabes que solo estamos bromeando, Gabriel. Exageras, en serio. —Continúa riéndose, pasa a mi lado dándome unas palmaditas en el hombro: —Desde hace cuatro años es legal que es lo más importante.

—Santo cielo. —Exclamo, entrando a mi oficina. —Déjenme tranquilo.

Cierro la puerta. Ni siquiera vi si Catalina llegó a trabajar, pero si no lo hizo va a estar en serios problemas. Le echo un vistazo al último mensaje que Luna envió para contestarle cuando escucho a otro de los chicos:

—Te vemos en la reunión de las once, sugardaddy.

Nunca había deseado tanto que me envíen a otro departamento.

De: Luna Rodríguez

Es necesario que revises tu auto, Gabriel.

¡Urgente!

¡URGENTE!

¿Sabes qué? Lo revisaré yo misma ¿Dónde estás?

Para: Luna Rodríguez

Ahora mismo en el trabajo.

De: Luna Rodríguez

Oh Dios.

Ocho horas de tortura.

Sí son ocho horas, ¿verdad?

Para: Luna Rodríguez.

A veces diez o doce.

De: Luna Rodríguez

¡Santo escarabajo!

Gabriel ¿Qué clase de esclavitud es esa?

Y sí fueron diez horas, creo que más si contamos que no tuve hora de almuerzo porque la reunión de las once se extendió hasta las cuatro y después una segunda para tomar una decisión se llevó a cabo por dos horas más.

Estoy aturdido, exhausto y hambriento, conduciendo hasta el lugar que Luna me dijo que estaría. Casi al otro lado de la ciudad. No sé si es su lugar de trabajo, o alguna universidad. No sé si trabaja o estudia. No hablamos nada de eso. Tal vez debería preguntárselo o mejor no, no es como que vaya a volver a verla después.

Cuando estoy frente al lugar exacto donde ella me compartió su ubicación, me doy cuenta que el lugar es algún tipo de escuela, el letrero dice «Academia de la danza». Hay muchas personas jóvenes afuera y no puedo distinguir cual de todas es ella. Cuando estoy a punto de enviarle un mensaje, logro divisar la chaqueta de Juan así que intuyo esa es Luna.

No recuerdo mucho de Luna; digo, la vi con luz artificial y en la oscuridad prácticamente. Con claridad natural puede ser distinto. La chica que estoy viendo tiene las piernas largas, lleva unos shorts negros, medias caladas y unas botas hasta la rodilla, además de un suéter oscuro de cuello alto, tiene las manos envueltas en la chaqueta de Juan y un abrigo beige, no puedo evitar fijarme en que lleva el cabello casi gris.

No sé si bajarme del auto o solo la ventanilla, así que cuando he llegado hasta ella hago lo segundo. Ni siquiera he hablado cuando de inmediato se quita las gafas oscuras, rodea mi auto a toda prisa y se sube.

Sí, sí es ella.

Comienza a buscar, se encuentra el zapato que está en el asiento trasero y después busca cada rincón de mi vehículo, incluso en la guantera. Cuando decide buscar atrás lo hace con las rodillas enterradas en el asiento del copiloto y se inclina haciendo que el short se le suba un poco.

Solo es un poco pero igual aparto la mirada viendo al frente mientras me pregunto a mí mismo porqué estoy aquí. Suelta un bufido y se baja del auto para después entrar a los asientos traseros y comenzar a buscar. Se ha puesto las gafas otra vez, pero se las quita cuando me escucha hablar:

—Hola. Sí, yo estoy bien, gracias. —Hacemos contacto visual a través del espejo retrovisor y me contesta:

—Sé que estás bien, Gabriel.

—¡Ah! De acuerdo, entonces olvidemos la cortesía porque asumimos que estamos bien.

—¿Tienes herpes?

—No.

—¿La próstata inflamada?

—¿Qué? —Y suelto una risita también.

—¿Ladillas?

—No.

—Entonces estás bien.

Me rio de nuevo, pero esta vez una risa genuina que me hace olvidarme un momento de lo estresado que me encuentro hoy. Me quedo en silencio, observando que se baja del auto, cierra la puerta y lo rodea para llegar a mi lado. Me pide que me baje y lo hago sin protestar. Comienza a buscar ahora inclinada en mi asiento, en una posición bastante… bueno, sensual. Con una pierna dentro del auto y la otra extendida hacia afuera. A ver, creo que mejor me alejo.

—¡No está! —Grita de pronto causándome un sobresalto. Justo había recostado mis caderas sobre el capó mientras la esperaba. Ahora, la estoy viendo. —No puede ser. No puede ser. ¿Qué voy a hacer solo con un zapato?

—Bueno… a tu hermana le dispararon en el pie, entonces solo necesita uno. —Se queda pensativa, chasquea la lengua y me dice:

—Pero cuando se cure sí va a necesitar el otro zapato. —Ahora está sentada frente al volante, incluso buscando en la guantera ¿por qué metería un zapato en la guantera? —¿Crees que deba cortarle el pie?

—No es mala idea. —Me mira desde adentro del auto. Los vidrios son polarizados así que alcanzo a verla solo un poco. No sé si me está viendo a mí o está concentrada en el vacío. Solo espero que no esté pensando en dejar sin pie a la hermana. —Ahora dime por qué tienes el cabello así.

Se da un vistazo en el espejo retrovisor y después se baja para sacudirse el pelo. El polvo blanco cae sobre su suéter negro y se limpia al mismo tiempo que me responde:

—Estaba en una obra.

—¿En serio? —También está sosteniendo el zapato que estaba en mi auto. La chaqueta de Juan la deja en el asiento trasero y le pregunto: —¿Cómo te fue?

—Mal… terrible, me esmeré en esa actuación y no recibí ni aplausos ¿Crees en serio que no puedo parecer una abuelita de ochenta? Escúchame bien. —Comienza a hacer una imitación de una abuelita de ochenta años y no sé si es la forma que habla o por cómo lo hace específicamente, pero suelto una carcajada y ella se detiene al escucharme reír. —¿Lo ves?

—Es que seguro estaban confundidos ¿Una abuelita de ochenta que se mire así de bien? —Se mira a sí misma sonriendo. No soy del tipo de hombre superficial, pero reconozco que Luna es una chica atractiva. Verla así, a la luz del día, confirmo que tiene todas las facciones de una jovencita en sus veinte, con un rostro bonito y una sonrisa seductora, también es casi de la edad de mi hermana menor. Hasta podría verse menor que mi hermana menor, carajo. —No creo que las abuelitas de ochenta años luzcan así.

—¡Oh! Eso es porque no conociste a mi abuela Margarita. —Se inclina de nuevo para tomar su bolso que había dejado en el asiento del copiloto. —Esta escuela de baile organiza obras de teatro para recoger fondos, con lo que recogen ayudan a personas necesitadas, así que acepté ser la abuelita puta. No creas que te estoy diciendo que mi abuela Margarita era una puta, bueno… se casó cinco veces, pero nada más.

Y yo me quedo procesando todo lo que acaba de decir.

—¿Una abuelita qué?

—Prostituta. —Se baja del auto, cierra la puerta y se cuelga su bolso al hombro. —Yo ni siquiera iba a ser parte, pero mi ex mejor amiga iba a hacer este papel y créeme que a ella sí le queda, ni siquiera sería un papel, es su vida real; pero bueno, no se apareció y la obra quedó sin la abuelita prostituta. No me quiero jactar, pero yo nunca hago papeles secundarios, pero aquí estoy siendo yo la prostituta por su culpa.

Me quedo en silencio un momento pensando en cómo hace para hablar así de rápido.

—Eso suena bastante complicado.

—Oye ¿Alguna vez tuviste un mejor amigo que se acostara con tu novia?

Bueno, cómo le digo que mi hermano se acuesta con mi ex y ni siquiera sé si lo hacía cuando ella era mi novia y eso es mucho peor que cualquier mejor amigo que se folle a tu ex. Digo, a tu mejor amigo puedes decidir no volver a verlo, pero con tu familia eso no es posible.

—¿Cuenta que mi hermano vaya a casarse con mi exnovia cuando hace casi cinco meses todavía salía conmigo? —Entonces se queda pensativa, enarca una ceja y… bueno, tal vez no debí contar esto, apenas la conozco y ya va a sentir pena por mí, aunque creo que ella también tiene una historia interesante. —Pero eso no es lo peor, si no… que ahora tengo que verla en cada cena, almuerzo o cualquier actividad familiar, porque a mi madre parece no importarle.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

—Cuatro años.

Ahora sí me ve con intriga.

—¿Cuatro años? ¿Y va a casarse con tu hermano después de casi cinco meses? —Suelta una risita y agrega: —De seguro le gusta tu apellido y dijo en esta familia me quedo porque sí. Esta historia está más jodida. Tú ganas.

—¿Cuál es esa historia tuya con tu mejor amiga?

—La encontré con mi ex, en mi propia cama, dentro del mismo apartamento que yo pago.

—Creo que estamos empate.

Me mira con una sonrisa, se pone su abrigo y me dice:

—Bueno, me tengo que ir…

—¿Qué le dirás a tu hermana sobre los zapatos?

—¡Nada! —Exclama de inmediato. —Le compraré unos iguales. No tiene por qué notarlo. —Me señala con la punta del zapato que lleva en manos a medida que se aleja. —Y tú no sabes nada.

—No te preocupes, no sé nada.

—¿Sabes? —Se vuelve a mí, aunque ya haya avanzado cierta distancia. —Me gusta más el disfraz del hombre araña que ese traje aburrido.

—¿Gracias…? —Me dedica una sonrisa y un adiós con la otra mano. —Tal vez en la próxima. —No, yo espero que no haya próxima. Aunque para ser la última vez que espero volver a verla tal vez debería ser cortés. Así que la llamo una vez más y cuando se gira pregunto: —¿Quieres que te lleve a algún lado?

—Oh no, gracias. Suficiente con que hayas venido hasta aquí. Y espero que la próxima vez que nos veamos sea en otra vida donde no recuerdes todo lo que dije en el baño ayer. —Suelto una pequeña risa y me abstengo de contestarle que en esa próxima vida espero no ser ocho años mayor.

—Yo también lo espero…

—Adiós hombre araña…

—Adiós Lu.

Me estoy riendo cuando se gira y sigue caminando. Reacciono un momento después cuando me doy cuenta de que me he quedado viéndola alejarse más tiempo del que debería. Me encierro en mi auto y doy un suspiro. Okey, es todo.

Ahora nada de pensar en Luna.

Capítulo 9

Luna

Camino a toda prisa hasta la parada de autobuses con el corazón latiéndome a mil, diciéndome a mí misma que no debo volver a ver atrás porque no voy a caer en tentaciones ¡No!... Gabriel… carajo… ¿Por qué no lo conocí en otras circunstancias? ¿Unas donde no haya escuchado mis secretos vergonzosos? ¿O dónde no haya un sitio web de citas de por medio? ¿Dónde Luisa no estuviera formando parte? ¿Sin un traje del hombre araña? Okey, el traje del hombre araña sí me gusta, ese sí podría usarlo en cualquier fantasía que tuviese con él.

Y no, no es que haya tenido fantasías sexuales con él ¡Para nada! Digo, tal vez me lo imaginé un poco, pero nada fuera de lo común. He llegado más lejos con Harry Styles y eso es mucho que decir. A ver… otro secreto para anexar a mi lista.

Antes de abordar el autobús la tentación me vence, digo… veré por última vez de lo que me voy a perder. Gabriel ya no está en el mismo lugar, no sé si sentir tristeza o alivio. Cuando las puertas frente a mí se abren me subo a toda prisa, me dejo caer en el primer lugar libre que encuentro y suelto un bufido.

Santo escarabajo.

Tal vez es hora de eliminar mi perfil en Se busca novia.

Saco el teléfono celular y lo primero que me aparece en mi pantalla es la cara de Gabriel. Minutos antes que él se apareciera yo estaba intentando memorizar su foto, mi ansiedad me decía que tenía que hacerlo o de otra forma terminaría subiendo al auto de otro tipo. Eso es aterrador.

De inmediato cierro la pestaña donde se está mostrando su fotografía porque me está haciendo palpitar algo que no es el corazón. Madre mía. ¡Demonios de la fornicación salgan de mí!

—¿Disculpe? —Escucho una voz a mi lado. —¿Ese lugar está disponible? —Pero el hombre bastante alto y fortachón no espera que yo le dé una respuesta. Solo se deja caer en la pobre silla que no sé cómo ha hecho para soportar todo ese volumen. De paso, me aplasta a mí contra el lateral del bus y tengo que sacar la cabeza por la ventana para buscar algo de aire.

¡Caray! Que alguien no conoce el desodorante.

Estoy aspirando todo el aire que puedo de afuera, aunque lleve humo, polvo e insectos. El transporte se detiene detrás de una cola de vehículos esperando que el semáforo cambie de color, en ese momento un auto elegante se para justo en el carril a la par ¡Maldita sea, es Gabriel! ¡Oh, Dios mío! De inmediato meto la cabeza a la unidad de transporte y le doy un golpe en la frente al señor que está a mi lado.

Auch, eso dolió.

—Lo siento… —Le digo, sobándome la cabeza. El hombre me mira con furia tocándose la frente. Le doy una sonrisa de arrepentimiento, pero a él le vale un pepino, se pone de pie rabioso, me llama tonta y yo me indigno.

—Genial… —Le hablo cuando él va buscando otro lugar para sentarse. —Ya puedo respirar, gracias.

No me quedo a ver su reacción. Lo primero que hago es mirar por la ventana solo para cerciorarme que el auto de Gabriel ya no está ahí, está avanzando y suspiro cuando está buscando la calle contraria. Okey, ahora sí voy a borrar ese perfil.

Estoy en ese proceso intrigada en el teléfono celular cuando algo que suena en la radio me resulta bastante familiar. De pronto, una voz toda cursi, chillona, aguda y horrible me taladra los oídos, pero ojalá que hubiese sido en cualquier radio, sino que es la radio de Lisseth y ese estoy segura de que es el programa que me corresponde a mí. Alguien ha tomado mi espacio y sé a quién pertenece esa voz.

Santo escarabajo ¡Qué me convierto en Hulk!

—Señor, señor… —Le hablo al conductor, poniéndome de pie y agarrándome de todo lo que encuentro. Hasta del moño de una señora. —Disculpe. —Le digo y continúo: —Señor conductor, disculpe aquí me quedo. Necesito bajar con urgencia.

—Tiene que esperar hasta la próxima parada.

—¡Que necesito bajarme ahora! —Levanto la voz, lo suficiente como para que ahora todos los pasajeros de la unidad me estén poniendo atención. —No he ido a trabajar porque perdí el anillo de compromiso de mi jefa y alguien se ha tomado mi puesto en mi programa de radio ¿Escucha esa voz? ¿Sí la escucha? —Señalo el lugar donde está la radio y todos los presentes miran ahí. En ese momento específico se escucha la frase ¡Mi frase! «La frente en alto y el perreo hasta el suelo» —¡Esa es mi frase! —Le grito al pobre hombre que no tiene la culpa de la existencia de esa vulpécula. —Esa es mi ex mejor amiga, la que hace dos días encontré cogiéndose a mi novio en mi propia cama. Solo le estoy solicitando que me deje salir de este autobús para ir a romperle la mandarina en gajos; tiene a mi novio, a mi gato y ahora mi empleo.

Todos me observan en silencio, el conductor incluso pensativo mira la carretera y después me da un rápido vistazo a mí. Ya estoy contemplando la opción de tirarme desde aquí ¿Dolerá mucho? ¿Vale la pena con tal de ver a Ana sin dientes?

—¿Sabes? —Dice el señor busero amablemente. —Me detendré aquí porque me pasó algo igual. Mi mejor amigo se quedó a mi esposa, mi casa y mi perro. Así que… chica… —Se detiene y abre las puertas del autobús. —Buena suerte.

—Gracias, gracias. —Le doy una galleta que traía en el bolso y me lanzo del autobús con una tremenda agilidad que hasta hoy desconocía.

Cojo un taxi y me voy directo a Secretos y canciones. Un nombre bastante ridículo que siempre me he avergonzado de mencionar, pero bueno yo no se lo puse.

—Aquí tiene, gracias. —Le digo al taxista. Ni siquiera sé cuánto le doy. De inmediato me tiro del vehículo todavía en movimiento, pero no me importa. Corro hacia las oficinas de la radio y al ver que el ascensor se tarda demasiado corro por las escaleras.

¡Malditas botas! Me van a sacar ampollas.

—¿Luna? —Oigo a mis espaldas. Es Jayden, mi colega de la radio, es por su culpa mi jefa cree que estoy interesada en su hermano. Yo no me detengo porque esa voz en la radio se repite una y otra vez dentro de mi cabeza. Jayden comienza a correr detrás de mí y empieza a hablarme: —¿Qué te ha pasado? No contestas las llamadas, Lisseth dijo que estabas en el hospital, pero todos hemos intentado comunicarnos con los hospitales y no saben nada de ti ¡Dios! ¿En qué lío te has metido, Luna!

—¿Quién ha tomado mi puesto en el programa? —Él se queda en silencio, pero continúa detrás de mí con prisa. —¡Jayden! ¿Quién?

—Nadie sabía nada de ti, Luna ¿De acuerdo? —Oh Dios, algo va mal aquí. Muy mal. —Si tan solo me hubieras enviado un mensaje, pero ni siquiera a Lisseth… Luna, no entres ahora, es mejor que la jefa no te mire, está bastante cabreada.

Pero yo lo hago, no pienso en nada cuando le doy vuelta a la manecilla de la puerta y lo

primero que mis ojos ven es la cabina con la persona que menos me esperé ver aquí. Bueno, sí lo esperaba, pero la verdad que venía convenciéndome a mí misma que no. Ana. Maldita Ana. Ella misma me decía que esta radio era el peor sitio en el que podía trabajar, que yo podía conseguir algo mejor que esto y *bla bla bla*… ahora ella está ahí, en mi silla… en el lugar que me pertenece a mí ¡A mí!

—¡Hija de su puta madre! —Exclamo. Aunque ella no puede oírme sí levanta la mirada y hacemos un pequeño, tenso y significativo contacto visual hasta que ella esboza una sonrisa que me da rabia ¡Maldita! ¡Mil veces maldita! Pero Jayden no me deja dar un paso adelante, se interpone y me dice:

—Luna… como tú no aparecías pensé que tu amiga podía hacer…

—¡Ella no es mi amiga! Se cogió a Andrés y…

—Luna… —Una voz nos interrumpe. Dios, es Lisseth ¡Lisseth! Y yo no traje el anillo de compromiso conmigo. Iba a venir mañana temprano con una grandísima historia sobre cómo me atropellaron y sobreviví, pero además que había guardado muy bien su anillo ¡Ay, madre! Solo espero que no me pregunte por eso. —¿Podemos hablar en mi oficina, por favor?

Le digo que sí con un gesto y respiro profundo, tal vez debí pensar mejor antes de llegar aquí porque yo no tengo ni idea sobre lo que Luisa ha hablado con ella. Fue mi hermana la que se encargó de mentirle a mi jefa todo este tiempo, solo sé que me atropellaron, pero nunca me dijo que tan grave fue.

—Te veo estupendamente bien… —Abre la puerta de su oficina y me invita a entrar con una sonrisa. —Pensé que tus heridas eran más serias. Tu hermana me llamó alarmada diciendo que estabas inconsciente. Te quise ir a visitar, pero no me dio más información.

—Sí. —Trago saliva y me aclaro la garganta. —Tal vez no fue tan malo como Luisa te lo dijo, pero ya sabes las hermanas son muuuy exageradas. Un vagabundo se me robó el celular y cuando corrí tras él para recuperar mi teléfono ¡bum! Un auto me pasó encima ¿Puedes creerlo? —No sé quién se puede creer esto, pero obviamente yo no.

Lisseth rodea su escritorio, toma su silla, cruza sus brazos sobre la mesa de vidrio y con su barbilla señala el lugar que está en frente:

—Toma asiento, por favor. —Creo entonces que esto es serio.

—Gracias.

—¿Dónde está mi anillo de compromiso? —Guardo silencio y sin ser capaz de decirle la verdad pretendo que lo estoy buscando en mi bolso. No sé qué inventarme ahora. Diosito yo nunca te pido nada así que, por favor, haz que Lisseth se crea cualquier cosa que se me ocurra.

—Verás… quedó en mi…

—Mira esto. —La escucho. Levanto la mirada y ella está señalando su anillo de compromiso en su dedo anular. El que puedo intuir es el verdadero, por lo claro, brillante y bonito que está ¡Ay, madre! —¿Te parece conocido?

—¿Dónde…? —No alcanzo a terminar la frase. Estoy sin habla, siento la garganta seca y la sangre me golpea con fuerza detrás de las orejas. Me aclaro la garganta y vuelvo a preguntar: —¿Dónde lo encontraste?

—¿Por qué lo habías tirado a la basura?

—¿Qué? ¿Estaba en la basura? —Oh Dios mío, yo no recuerdo nada ¿Cómo es posible que haya aparecido en la basura? Soy despistada pero no tanto. —Yo… yo no… yo… debe haber una explicación…

—Luna… —Saca un sobre de papel de uno de los compartimentos de su escritorio.

—Esta es tu liquidación. Ya no trabajas aquí.

—¿Qué? ¡Lisseth! ¡No! Por Dios, ¿es en serio?

—¡Me mentiste, Luna! Querías sabotear mi compromiso solo porque tu novio jamás te daría algo así, porque nunca sería ni la mitad de lo que es Mauricio conmigo, porque…

La interrumpo:

—¿Qué es lo estás diciendo, Lisseth?

—¿Sabes? Eres tan buena actriz que no pude verlo antes. ¡Me engañaste! Yo te quería a ti como una amiga, como la hermanita que nunca tuve. Si Ana no me abre los ojos…

A ver… a ver… vayamos por pasos.

—¿Ana? ¿Ana hizo qué?

—No te hagas, Luna. —Se levanta de su escritorio de golpe. Sé que está cabreada por la forma en que tira unos folios sobre su mesa, pero yo también lo estoy ¿Ana? Dios, debí imaginármelo. —¡Ella vio cuando tiraste el anillo a la basura! Ella me contó todo lo que le dijiste. Me tienes tanta envidia porque nunca tendrás un novio como Mau.

Madre mía, que no sé ni de qué habla y yo estoy segura de que no tiré ese anillo a la basura y tampoco he hablado nada sobre Lisseth con la vulpécula.

—A ver… que yo estoy en las nubes. —También me pongo de pie incapaz de creer todo lo que estoy escuchando. —¿Ana? ¿La misma Ana que está allá afuera? ¿En mi lugar? —Suelto una carcajada. —Vaya hermanita que era yo para ti ¿Eh? Porque mi hermana jamás se creería tantas estupideces de una víbora como esa. —Tomo el sobre del escritorio de Lisseth, lo parto en dos y se lo tiro. —Puedes quedártelo, yo no necesito tu dinero Lisseth.

Salgo de su oficina, nunca antes me había sentido tan cabreada y cada paso que doy es decidido a lo que quiero hacer desde hace un tiempo, algo que debí hacer antes… mucho antes y ahora que estoy aquí no voy a desperdiciar la oportunidad.

Entro a la sala de grabación de la radio, aunque Jayden intenta detenerme no lo logra y llego hasta Ana quién me está viendo con atención. Lo primero que hago es lanzármele encima cayendo al piso junto con ella, ni siquiera me ha importado el golpe que me di en la cadera o que me esté enterrando las uñas en la cintura, porque ahora tengo los pelos de Ana entre mis dedos y cuando intentan quitarme de encima tiro más de su cabeza y eso es satisfactorio.

Dios, en qué desquiciada que me he convertido.

—Luna ¿Te has vuelto loca? —Escucho a Lisseth entrar al lugar a gritos. Ana está llorando, inmovilizada debajo de mí, intentando zafarse de mi agarre porque le he hecho una llave cuando sus uñas comenzaron a dolerme. Mi tío Pepe me había enseñado esto y me dijo que lo usara cuando más lo necesitara… bueno, ese día es hoy. —Luna, déjala o llamo a la policía.

—Luna, déjala… —Me habla Jayden ahora.

La suelto, no porque me estén diciendo que lo haga sino porque desfigurarle la cara me provocará un tiempo en la cárcel y mi hermana va a volverse loca. Mis padres van a venir a buscarme desde donde estén e incluso mi abuela Margarita es capaz de regresar de la muerte para decirme que le hubiera dado más fuerte.

—Está bien, pero no lo hago por ti Lisseth, ni por ti —señalo a Jayden—, ni por la policía. —Digo, mi hermana es policía. Me pongo de pie. Ana sigue llorando en el suelo y mi jefa corre a socorrerla. Definitivamente, la vulpécula es mucho mejor actriz que yo. —Por cierto, Lisseth. Cuidado se coge a tu prometido. Adiosito.

Salgo de ese edificio a toda velocidad, rabiosa y avergonzada, comiéndome las uñas y repitiéndome lo idiota que fui por confiar en Ana, pero… en mi defensa… Ana no era así, somos

amigas desde los cinco años ¡Cinco! Prácticamente era como otra hermana para mí, una que Luisa no aceptaba, por supuesto. Ahora, viéndolo de esta manera, debí hacerle caso.

No sé cómo una persona puede sobrevivir a tanto caos en tan pocos días. Recapitulando: Mi mejor amiga se quedó con mi novio, mi gato, mi jefa y mi empleo. Me gasté mis ahorros en un bendito anillo de compromiso que no sirvió de nada y ¡claro! Ana también tuvo que ver en todo eso.

No sé qué karma estoy pagando, pero está cabrón. Miro al cielo y extendiendo las manos de par en par, grito:

—¿Es en serio, Dios? ¿No te bastaba con que se haya cogido a Andrés nada más?

Un rayo que me estremece es la respuesta. Creo que mejor sigo andando. Comienza a llover y suspiro deteniéndome a mitad de la calle sintiendo las gotas de lluvia empaparme. Busco el celular para llamar a Luisa, pero lo que recibo en su lugar es un mensaje con quince llamadas perdidas de un número desconocido. No le doy importancia, hasta que vuelve a vibrar en mi mano y me atrevo a atender:

—¿Luna? ¿Luna Rodríguez? —Parece la voz del dueño del edificio donde vivo. Un sujeto hindú que no es difícil reconocer por el acento. Finjo que es un número equivocado, pero entonces lo escucho decir: —El apartamento se está inundando ¿Dónde está la maldita llave de repuesto?

—¿Qué?

—¡Qué tu apartamento se está inundando!

Oh Dios mío, Oh Dios mío.

Corro como desquiciada, porque ya ni siquiera traigo dinero para un taxi y ahora que lo pienso mejor, sí debí coger el dinero de Lisseth, aunque… no, la dignidad primero. El hombre sigue preguntando por la llave de repuesto, pero no puedo decirle que es la que traigo yo porque la mía la perdí. Mierda, mejor cuelgo.

Llego completamente aturdida, empapada y completamente exhausta. Lo primero que observo son unas cuantas personas enfrente de mi apartamento y al dueño del edificio totalmente paranoico gritando y caminando de un lado a otro.

—¡Luna! —Me dice bastante cabreado. Trago saliva cuando miro un charco de agua extenderse por el piso frente a mi puerta ¡Madre mía! —¡Abre ya mismo la puerta! Que si la tiro abajo te la cobraré a ti y mira que ni siquiera puedes pagarme los meses de renta.

Qué indiscreto.

Lo hago y cuando empujo la puerta el agua nos empapa los pies. El dueño del apartamento entra a toda prisa y suelta un chillido llevándose las manos a la cabeza, yo más cautelosa doy un vistazo alrededor y me doy cuenta de que todo está empapado ¡Todo! Ay, madre.

Observo al hindú en silencio mientras él se dirige a la cocina. Saca del horno una bandeja y ahora que lo recuerdo… todo se amontona en mi mente con un gif: Yo dejando la bandeja con panecillos en el horno, yo llamando a Luisa para preguntarle si podía ir por el anillo de Lisseth, ella reclamándome por los zapatos que dejé en el auto de Gabriel, yo escribiéndole a Gabriel, yo dándome cuenta de que ya iba tarde y ¡Santo escarabajo! Dejé los panecillos en el horno.

—Lo… lo lamento… —Digo, con la voz temblorosa. Me aclaro la garganta e intento acercarme buscando una excusa creíble sobre el porqué los panecillos se quedaron ahí. Tal vez podría decirle que le dispararon en el pie a mi hermana y tuve que salir corriendo a emergencias. Hasta ahora eso ha funcionado bastante bien. —Es que mi hermana…

—¡Largo de aquí! —Me grita, causándome un sobresalto. —Esta es la última vez que te veo en este edificio ¡La última! Si no es por ese sistema en caso de incendios ¡Quemas todo el edificio!

—¿Pero por qué inundar el edificio? Digo, con unas gotitas bastaban en caso de que se provocase un incendio ¿no?

Me mira y me hace encogerme en mi sitio:

—¡Largo!

—No… —Pasa a mi lado, incluso me golpea con su hombro, pero le importa poco. —¡Ya casi consigo los tres meses de renta!

—Dije ¡Largo!

Y entonces aquí estoy, esperando a Luisa en la entrada del edificio al que ya no puedo volver más. Ni siquiera pude cambiarme porque toda mi ropa está empapada y no me quedó nada seco para usar. Lo bueno de todo esto es que el hindú me perdonó los tres meses de renta, o eso creo, porque antes de abandonar el edificio me dijo:

—¡No me importa tu dinero, no te quiero volver a ver nunca! ¿Entendiste?

Menudo vulpéculo. No sé si esa palabra existe en masculino, pero yo ya la había inventado.

Miro el coche de Luisa acercarse y lo primero que dice al verme es:

—Te ves horrible.

Me pongo de pie y arrastro a duras penas las dos enormes maletas conmigo. Luisa ni siquiera me ayuda, cuando lo solicito lo único que me dice es:

—Solo espero que no intentes quemar mi apartamento también, Luna, porque yo si te mato.

—¡Gracias! —Suelto con ironía.

El apartamento de Luisa pudiese imaginarse como un lugar tétrico, con armas y cuerpos colgando, pero en realidad es un sitio muy claro, lleno de colores y plantas. El sitio tiene tres cuartos, dos baños, una sala grande y una cocina. El único problema es que vive con dos chicas, también policías, a quienes no les agrado yo y no es algo personal, simplemente no les agrada nadie. Así es Luisa de todas formas, así que ya estoy acostumbrada. Al dar un paso dentro de su apartamento las dos me miran, aunque intento ser amable las dos sueltan un gruñido y se dirigen a Luisa en coro:

—¿Cuándo se va? —El único que me recibe contento es Panquecito, el Husky de mi hermana a quién yo le digo Thor, porque, digo, qué vergüenza llamarte Panquecito. Le acaricio la cabeza y comienza a lanzarse sobre mí. Escucho a mi hermana hablarles a las otras dos chicas y después volverse al perro:

—Panquecito ¡Ya basta! A ver… sentado. —Él lo hace, pero sigue moviéndome la cola. —Ve a cambiarte Luna, pero nada de usar mi ropa nueva ¿Entendido?

Le digo que sí, lo único que no está nuevo de la ropa de mi hermana y que me deja usar son los suéteres tejidos que le regaló la abuela Margarita antes de morir. La escucho discutir desde la sala con las otras dos chicas, pero no les doy mi atención porque toda la ha acaparado un vestido de Luisa. Blanco con encajes, de tiros finos, entallado en la cintura y suelto en la parte de la falda. Combinaría perfecto con los zapatos bajos que estoy viendo junto a su cama y no está nuevo así que ¡bingo!

Me desvisto. Mi hermana es un poquito más pequeña, más voluptuosa, con unas preciosas caderas y pantorrillas. Aunque el vestido me queda corto y un poquitín flojo de la

cintura, me gusta.

—Luna… —Me estremezco cuando ya me estoy calzando y de inmediato tomo una chaqueta de cuero blanco que cuelga del armario cuando la escucho. A tiempo me he tapado porque ella ya estás asomando la cabeza por la puerta. —¿Sacas a pasear a Panquecito?

—¿Pero… no es muy tarde?

—Saca a pasear a Panquecito. —Me dice. Ya sé qué significa eso. Quiere decirme que necesita discutir con sus compañeras de apartamento sin mi presencia. —Solo llévalo frente al edificio. No vayas más allá. Sostén bien la correa, haz resistencia si quiere irse a otro lugar. —Todo esto lo dice mientras camina de un lado a otro alistando al perro. —Escúchame bien, no vayas a ningún otro lado.

—Okey.

Cuando tomo la correa y abro la puerta, el perro sale disparado tirando de mí y solo escucho a Luisa decirme:

—Sostén bien esa correa por el amor de Dios.

Afuera está frío… bastante y aunque intento hacer resistencia como dijo mi hermana, Panquecito está tirando de mí, persiguiendo gatos, motocicleta y hasta las mismas personas. Okey, okey, intento detenerlo, pero me es imposible. Aunque le grite, le ruegue y suplique que se detenga, no lo hace. Maldición.

Entro en desesperación cuando me doy cuenta de que nos hemos alejado bastante. Se detiene finalmente en una pequeña playa que está cerca del edificio de mi hermana, no tan cerca si tomamos en cuenta que Luisa me dijo que no fuera más allá. Al menos en este lugar hay personas y no se me ocurre pensar qué paranoico estaría en este lugar a estas horas y con esta temperatura. Ahora el perro comienza a tirar de mí en dirección a las olas. Ya estoy cansada, aturdida y mareada.

—No no no… —Digo, jadeante. Definitivamente, ya entiendo por qué Luisa está en forma. —A ver… a ver… Thor, sentado ¡Sentado! —No me hace caso. —Panquecito ¡Sentado!

Ahí sí lo hace ¡Uf! ¡Vaya nombre! Me dejo caer a su lado cogiendo aire y riñéndole por haberme hecho correr esa distancia hasta aquí solo para sentarse a ver el agua. Suelto un bufido y en ese momento, el celular me suena en la mano haciéndome dar un respingo.

Por supuesto, es Luisa:

—Luna ¿Qué te pusiste? —Ni siquiera me he puesto el teléfono en la oreja cuando ya estoy escuchando sus gritos. —¡Luna!

—Algo que no está nuevo.

—Luna Elena, ¿Te pusiste mi chaqueta nueva? —Y miro la chaqueta ¡Dios! Ni siquiera me percaté. —¡Está nueva, por el amor de Dios! ¡Te lo dije, Luna! Te dije que no usaras nada nuevo ¿Por qué a veces siento que hablo con una piedra? Hasta Panquecito entiende que no es no ¡No es no!

—¡Yo ni siquiera sabía que era nueva!

—¡Y estás usando mi vestido blanco también!

—Pero este sí no está nuevo. Lo usaste en fin de año.

—Pero está casi nuevo entra en la categoría de nuevo ¡Nuevo! ¿Entendiste? ¡Ya sabes cuáles son las cosas que sí puedes usar! Mis vestidos no ¡No! Regresa aquí ya mismo antes que le prendas fuego también.

—¡Eres una exagerada! No reaccionaste así cuando me puse tu camiseta «casi nueva» de Linking Park.

—¡Porque era la camiseta más fea que tenía!

Santo escarabajo… que los gritos de Luisa me ponen histérica y no puedo perder el control en público. Me alejo el celular de la oreja y cuando levanto la mirada, mis ojos se topan con la última persona que me esperaría encontrar aquí. Joder. Me pongo de pie extremadamente rápido que choco la frente con la rama de un arbusto del que no me percaté ¡Auch! En ese momento es que él hace contacto visual conmigo, por un momento quita la mirada de mi persona y de inmediato la vuelve a poner en mí.

Dios, de tantos lugares a los que Panquecito pudo llevarme ¿Por qué aquí?

—Luna ¡Te estoy hablando! —Escucho entonces del otro lado. Hasta ese momento recuerdo que estaba hablando con Luisa. Gabriel después de salir del asombro mismo en el que yo estoy sumergida ahorita, esboza una media sonrisa que yo intento corresponder pero me sale una mueca… bastante fea… —¡Luna!

—¡Gabriel está aquí! —Siseo, dándome media vuelta para quedar de espaldas a él. —¡Gabriel el del sitio de citas!

—¿Gabriel está frente a mi edificio? —¡Ay, carajo! Cómo le digo que… bueno, no hace falta cuando me dice: —¡Luna! ¿Dónde carajos estás? —Me quedo callada, intento largarme, pero Panquecito no coopera. Le pido que nos vayamos con un susurro, pero él no quiere mover ni un pelo. —¡Luna!

—Estamos dando un paseo ¿De acuerdo? Y…—Intento tirar de la correa del perro, pero él nada… absolutamente nada. —Y… ¡Panquecito no quiere moverse!

—¿Dónde, Luna?

—¡En la playa! ¡Pero fue él que me arrastró hasta aquí! —Doy un vistazo rápido en dirección a Gabriel, él también hace lo mismo. Entonces, de nuevo, otro contacto visual incómodo. —¡Carajo! Necesito irme de aquí.

Por fin deja de gritarme por el perro y se concentra en lo que dije:

—¿Estás segura que es él?

—Por supuesto que es él.

—Okey, sí andas mi vestido blanco ¿verdad? —Ahora se escucha agitada. —Okey, okey, entonces debes verte bien. No tienes por qué preocuparte, aunque cuando regreses te mato, ese está mejor que esa camiseta de Linking Park. ¿Te está viendo? Dime que te está viendo.

—No sé si me está viendo.

—Quítate la chaqueta, el vestido tiene un escote bonito.

—¡¿Qué?! ¡No! Está helando ¿Y qué hace Gabriel con un grupo de personas en una playa a esta hora? ¿Es cosa de psicópatas?

—Solo da un vistazo, algo rápido.

—No, Luisa ¡No! Mejor dime la forma de mover a tu perro que no sea cargándolo. —En ese momento siento un tirón bastante fuerte en mi brazo. Cuando logro reaccionar me doy cuenta de que la correa ya no está en mi mano y el perro tampoco está, miro hacia todos lados cuando diviso al can correr a toda velocidad hacia el agua, pero entonces está viniendo una ola y Panquecito está muy cerca de la orilla. —¡No! No no no… Panquecito, vuelve aquí.

—¿Panquecito? ¿Qué le pasa a Panquecito?

—¡No! No… no no no… oh por Dios… —De pronto el perro está siendo arrastrado por la corriente. Corro a la velocidad de Flash escuchando los gritos de mi hermana en el teléfono, pero no le contesto, tiro el aparato en la arena y entonces me lanzo al agua.

El perro está a una buena distancia y yo solo estoy intentando llegar a él a toda la

velocidad que puedo. Me caigo y ni siquiera me importa que la arena con agua se me haya metido en la boca. Busco a Paquencito y lo veo luchar por intentar salir cuando una ola me cae encima y me hace dar vueltas dentro del agua.

Intento salir, pero entonces ahora estoy siendo arrastrada por una corriente y ni siquiera puedo pensar en que no sé nadar. Lo único que me viene a la mente es ese perro y que mi hermana va a matarme si el bendito can se muere. Logro sacar la cabeza del agua. Tomo una calada de aire y una ola vuelve a sumergirme. Maldita sea, donde está ese perro. Logro sacar la cara de nuevo y logro articular:

—Panqueci… —Vuelvo a sumergirme y además trago un montón de agua. —¿Dónde m…? —Vuelvo a tragar un puñado de agua al mismo tiempo que intento salir. Con esta cantidad que me tomé ahorita creo ya cumplí el reto de los tres litros diarios.

Es en ese momento que siento una mano en mi antebrazo y alguien tira de mí, aunque yo hago resistencia porque tengo que encontrar al perro. Luisa va a matarme ¡Va a matarme!

—¡No! ¡Necesito a Panquecito! ¿Dónde está Panquecito? —Comienzo a gritar cuando siento la arena debajo de mí y que ya no hay ni una sola gota de agua a mi alrededor. —Mi hermana va a matarme. —Me limpio los ojos y comienzo a buscar por todos lados al jodido perro. Me pongo de pie, pero entonces una mano me detiene y cuando lo miro me doy cuenta que es Gabriel… maldita sea. ¿Por qué Gabriel aparece en los momentos más vergonzosos? —Escúchame, tengo que ir por ese perro. Mi hermana va a matarme si Panquecito se muere porque va a ser mi culpa ¿Y sabes de qué es capaz aparte de matarme? De irme a buscar más allá de la muerte para matarme otra vez y no sé si eso sea posible, pero es Luisa y Luisa es capaz de todo ¡De todo!

—Cálmate…

—¿Y sabes qué es lo peor? Que mi alma deambulará por toda la ciudad, porque no estaré descansando en paz y…

—Luna… —Gabriel suelta una risita interrumpiéndome, pero agrega de inmediato: —Juan trae al perro, no te preocupes. —Señala en dirección donde viene un tipo quién asumo es su amigo Juan del que habla. Trae a Panquecito en brazos, está todo mojado y mi hermana va a matarme porque el perro casi se ahoga.

—Maldito seas, panquecito. —Le grito cuando el sujeto lo deja sobre la arena. —¿Querías suicidarte? ¿Es eso? ¿Es porque te llamas Panquecito? —Él solo mueve la cola con una cara de satisfacción cómo si estar a punto de morir es algo muy divertido. Tomo la toalla que Gabriel tiene en el hombro y comienzo a secarlo. —Lo siento. —Le digo a Gabriel, a medida que masajeo al husky esperando que mágicamente se seque para poder volver tranquilos. —Te la pagaré.

Okey ¿Con qué dinero? No lo sé.

Escucho la sirena de una patrulla y por inercia me pongo de pie buscando a Luisa. Efectivamente es ella. Se baja del vehículo y corre hacia nosotros mientras yo me apresuro a secar al maldito Panquecito.

—Oh por Dios. —La escucho, con esa voz suya que suena más que la maldita sirena de la patrulla. Está corriendo hacia mí y eso no puede ser nada bueno. —¿Qué le hiciste a Panquecito, Luna?

—¿Yo? —Me indigno al mismo tiempo que le doy un vistazo. Ella se detiene cuando mira a Gabriel y comienza a cojear hasta llegar a nosotros después de saludar…Genial. Darle un papel a Luisa, es esto. —Él se tiró al agua, yo corrí a buscarlo. ¡Pude morir por su culpa!

—Oh Dios, mi niño. —Me arrebata la toalla. El perro está con una inmensa sonrisa de felicidad que si lo suelto es capaz de tirarse a las olas dos veces. Oh Dios, pudo haberse muerto y no sé qué fuera de mí ahora. —Solo tenías que hacer una cosa, Luna ¡Una cosa! Sacar a pasear a Panquecito.

—¡Tú no me dijiste que podía escaparse!…

—¡Te lo dije! Te dije que sostuvieras bien esa correa. ¡Casi quemas tu apartamento, te robaste mi chaqueta nueva ¡Y mi vestido! Y casi matas a Panquecito.

—¡Fue un accidente!

—Sí, tantos accidentes seguidos ¿Cómo te dicen a ti? ¿El valle de la muerte? —Toma la correa del perro, carga a Panquecito en brazos. Se aleja de mí cojeando bastante raro, a toda prisa, con el perro al hombro. —¡No te quiero ver, Luna! ¿Entendido? ¡No te quiero ver en… no sé… un buen tiempo! ¡Esto es demasiado!

—¡Genial!

Mierda, ¿dónde voy a ir ahora?

Todos nos quedamos viéndola irse, subir a Panquecito al asiento trasero, ubicarse ella frente al volante, sacarme el dedo medio y yo responderle de la misma forma.

—Ella es Luna. —Le dice Gabriel al otro chico. Entonces recuerdo que los dos están aquí. Me giro de inmediato hacia ellos y el otro sujeto con una sonrisa de oreja a oreja me extiende su mano y me dice que se llama Juan. Cuando tomo su saludo automáticamente la voz de una chica lo llama y él agrega:

—Cielo, ella es Luna, la chica con la que Gabriel tuvo una cita ayer.

Gabriel cierra los ojos, se masajea el entrecejo y después mira a Juan.

—¿Tus amigos saben…?

—Juan me creó el perfil en el sitio de citas.

No solo están ellos, también hay dos chicos que también tienen pareja. Gabriel es el único solitario, al parecer.

—¡Oh! ¿Ella es Luna? —Ahora se acerca otro. Ah, caramba. —Hemos escuchado mucho sobre ti.

—Bastante. —Replica el otro. También se acerca y me da la mano. —Cómo que tienes veintidós años, por ejemplo.

—Okey, ya basta. —Los interrumpe Gabriel. El sujeto que ahora sé que se llama Juan contiene una carcajada e intenta alejar a los otros chicos, pero uno de ellos hace resistencia y me tiende una toalla:

—Tal vez deberías quedarte con nosotros y acompañar a Gabriel ¿Qué te parece?

—A ver… yo me encargo. —De nuevo interrumpe el hombre araña. Le arrebata la toalla y se la lleva al hombro. Me toma del antebrazo y me lleva con él a unos cuántos metros lejos de los otros tipos a quiénes todavía los escucho murmurar y le pregunto a Gabriel:

—¿Qué fue eso? —Recoge algo de la arena y me doy cuenta de que es el bendito teléfono ¡Santo escarabajo! Hasta lo había olvidado por culpa de Luisa. Gabriel va a contestarme, pero entonces, se calla y me mira la frente. Arruga su entrecejo y exclama:

—¿Qué te pasó? —Hasta ahora que lo menciona, siento el ardor. Me llevo la mano a esa zona y puedo sentir el bulto que me está saliendo en frente. ¡Rayos! Voy a necesitar todo maquillaje que no tengo. —¿Te golpeaste con una piedra o algo?

—No… fue en el árbol…

Se aleja un momento y no puedo evitar fijarme en él, lleva puesta una camiseta, pero es

de esas que se le ajustan a todos los rincones del cuerpo y no ayuda mucho a mi mente pecadora que esté tan húmeda… digo, la camiseta. Casi de inmediato está de regreso y me pone una lata en la frente presionando un poco sobre la zona mientras me sostiene la cabeza causándome un escalofrío.

Tal vez debería fingir un desmayo solo para sostenerme de él y poder tocarlo.

Oh no ¡Ni se te ocurra! Deja de pensar tonterías, Luna.

—¿Qué hacen aquí? No está haciendo buen clima para estar en la playa.

—Juan me arrastró aquí, se supone que solo íbamos a tomarnos unas cervezas frente a la playa, pero ahora estoy empapado y me estoy muriendo de frío.

—¿Lo… siento?

—No, no te preocupes, tengo la excusa perfecta para irme ya me estaba aburriendo ¿Te llevo a tu casa? —Me aclaro la garganta cuando él me habla al oído pasándome la toalla sobre los hombros: —Solo di que sí, necesito una buena excusa para irme, porque no me suelta así de fácil.

—Okey —le contesto en el mismo tono.

Bien, caigo en cuenta que: Yo no tengo casa.

Pensativa, camino a su lado mientras me invento algo para decirle «¿Sabes qué? déjame en el parque». O, debería dar la dirección de Luisa y deambular por el pasillo como alma en pena buscando donde dormir. O solo debería pedirle que me atropelle para poder ir a dormir en un hospital tranquila.

Esa última idea no está mal.

En automático entro a su auto cuando él me abre la puerta, me pongo el cinturón, me doy cuenta cuando se ubica frente al volante, pero yo estoy concentrada viendo al frente pensando qué hacer a continuación. No creo que quiera atropellarme y tampoco quiero regresar con Luisa. Tal vez debería ir a la policía, decir que robé un banco y que me encierren en una celda. Mañana digo que es mentira y ya está.

Esa es de las ideas más estúpidas que he tenido.

—¿Estás bien? —Lo escucho. Le digo que sí restándole importancia y después pone en marcha el auto. Su celular suena y prefiere cortar la llamada. No pienso preguntarle por qué, aunque alcancé a ver la foto de una chica. —¿Cuál es tu dirección?

—Puedes dejarme en el parque.

—No te voy a dejar en un parque, Luna.

Está bien, creo que no se va a poder.

—Me estaba quedando con mi hermana, pero ya ves que me odia y no tengo otro lugar donde ir. Me echaron de mi apartamento, me quedé sin empleo, no tengo amigos. Mi ex mejor amiga, Ana, ya te conté sobre ella, bueno, no solo se quedó a mi ex, sino también a mi empleo y a mi gato. —Gabriel me mira pensativo y se ríe: —Pero creo que eso ya lo escuchaste en el baño el otro día.

—No recuerdo nada de eso y tampoco voy a repetir lo único que logré escuchar. —Ahora que lo recuerdo, creo que eso de que está hablando fue específicamente cuando yo me estaba hablando a mí misma en el espejo y me dan ganas de darme un golpe en la frente. Guardamos silencio un momento, pero entonces Gabriel dice: —Yo tengo una habitación libre en mi apartamento, digo… siempre y cuando te comprometas a no ahorcarme por la noche.

Y me rio, porque… evidentemente, no puedo ni controlar a un perro y ahora se me va a ocurrir ahorcar a un hombre de algún metro con ochenta centímetros. Por supuesto que eso no se

lo digo, así que en su lugar lo que suelto es:

—No te preocupes, con tremendo revolcón que me dieron esas olas, me quedé sin energías.

Escucho que suelta una risita y hacemos contacto visual solo instante para, de inmediato, mirar a otra dirección al mismo tiempo. Pensando bien lo que me acaba de proponer… a ver… no, definitivamente no. Digo, lo conocí apenas… no sé… ¿ayer? Aunque es eso o deambular por la carretera y además esto es culpa de Luisa ¡Todo es culpa de Luisa! Sé que no va a gustarle nada que me quede en casa de un tipo que apenas conozco.

—Muchas gracias, en serio, pero…

—Pero nada… ni pienses que voy a dejarte por ahí y ya…

—Bueno, puedo quedarme en tu auto.

—Tampoco vas a quedarte en mi auto.

Mierda. Ser indigente te hace hacer cosas que normalmente no harías, por ejemplo, aceptar quedarte a dormir en el apartamento de un tipo a quién apenas conociste. Así que siento que no me reconozco cuando le contesto un «Está bien, acepto la habitación en tu apartamento». Mi hermana va a matarme, aunque si algo me pasa va a cargarlo en su consciencia por dejarme abandonada en una playa.

—¿Tienes un segundo nombre? —Le pregunto a Gabriel cuando hemos llegado a un lujoso edificio y estamos caminando por un pasillo largo, alfombrado, iluminado y que no se parece ni un poco al horrible lugar donde vivía yo con la vulpécula. —Bueno, sé que tienes segundo nombre, lo vi en tu licencia de conducir, pero no lo recuerdo.

—Alejandro. —Dice de inmediato. Gabriel Alejandro, suena bastante bien. Se detiene frente a una puerta donde ingresa una llave y asumo este es su piso. —¿Cuál es el tuyo?

—Elena.

—Luna Elena. —Repite con gracia y, lo peor de todo, es que me gusta cómo suena desde su boca. Abre la puerta y tiende su mano para invitarme a pasar. —Bienvenida.

Pero lo que me recibe es todo lo contrario, una alfombra que dice «No eres bienvenido».

—Gracias. —Digo con picardía.

La verdad que no sabía qué esperarme en un lugar en el que viviera Gabriel. Tal vez un sitio desordenado y apestoso como el apartamento de Andrés, pero Gabriel es todo lo contrario. El sitio es grande, elegante, iluminado, con ventanales enormes de vidrio alrededor del piso, todo increíblemente ordenado, pulcro y espacioso. De color blanco, negro y gris.

Observo a Gabriel perderse tras una puerta al mismo tiempo que dice:

—Esa me la regaló mi hermana menor. —Refiriéndose a la alfombra.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Dos.

Me detengo frente al estante donde hay unas fotografías. Hay unos cinco retratos y en todos hay distintas personas, parece provenir de una familia bastante grande. En una de las fotos hay dos chicas, asumo que esas son las hermanas que mencionó. Le pongo más atención a la imagen a la par, una donde está Gabriel sin camisa junto a su amigo que sacó a Panquecito del agua. Parecen estar en la cúspide de una montaña.

—¿Y tienes hermanos?

La pregunta es por otra fotografía que me encuentro donde hay cinco personas, incluidas las chicas que estaba en el retrato anterior y Gabriel está en medio.

—También dos.

—¿Eres el mayor o el menor?

—El de en medio, bueno… al menos por parte de mi madre. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cuatro años y mi mamá volvió a casarse, de su nuevo matrimonio nacieron Catalina y Elías. Mi papá también se casó de nuevo, pero él no tiene más hijos, así que para él soy el menor.

—Bueno, ya tenemos algo en común, lo de ser el menor y es un asco.

Continúo en silencio observando cada imagen y me llama la atención un cuadro que está al fondo de un Gabriel más joven junto a una chica pelirroja. La dejo donde estaba cuando escucho sus pasos a mi espalda y le digo:

—¿Sabes? No me imaginaba este lugar tan… grande.

—¿No te gustan grandes?

—La verdad es que el tamaño no me importa.

—¡Uh! Mujer conformista.

A ver… ¿de qué estábamos hablando?

Me contengo una risa. Me detengo frente a un espejo y ahogo un grito cuando miro lo fatal que me veo. Gabriel se ha ido a una habitación y busco la forma de arreglarme el pelo con los dedos, pero es imposible. Busco en los compartimentos que hay cerca del espejo y, para suerte mía, hay un peine. En el primer intento por mejorar el desastre el objeto se queda atorado y se parte en dos. Lo escondo detrás de mí cuando escucho a Gabriel decirme:

—¿Quieres algo de comer, tomar? —Tampoco trae camisa. Me cuesta un momento concentrarme en su cara y para que desaparezca rápido le digo que sí, que jugo de naranja para mí está bien. —Okey, ya regreso.

—Gracias.

Cuando se ha dado media vuelta busco donde esconder el bendito peine… aunque ahora sean dos. El mejor sitio que se me ocurre es debajo del almohadón del sofá, ya me voy a deshacer de él mañana. Me voy directo a un estante de discos y tomo uno bastante cursi que se titula «Media Luna», lo escucho acercarse detrás de mí y me da un vaso con jugo de naranja al mismo tiempo que me habla al oído.

—Prométeme que no vas a matarme mientras duermo.

—Con esta música que escuchas… —levanto el CD que ya me sé de memoria —sí que dan ganas de matarte, Gabriel.

Capítulo 10

Gabriel

Cuando despierto por la mañana se me olvida que hay una chica viviendo en mi casa.

Me levanto de manera automática, en ropa interior, despeinado y medio dormido. No me doy cuenta si me vio en paños menores y no es que me importe, pero acabo de conocerla desde hace unos… no sé ¿dos días? y eso es bastante incómodo, pero no más que el momento que ella entra al baño y yo estoy saliendo de tomarme una ducha, de la impresión me resbalo intentando agarrar una toalla y termino cayéndome de espaldas al suelo soltando un gruñido… al menos estoy tapado.

—Lo siento, lo siento, lo siento. —La escucho decir. Cierra la puerta, pero ella sigue adentro, después intenta salir estrellando la cara contra la madera. Suelta una maldición y me riñe: —¿Por qué no cierras la puerta?

—Porque estoy acostumbrado a vivir solo. —Quiero ponerme de pie, pero el piso está resbaladizo y no quiero caerme de nuevo. Carajo. Creo que mejor voy a quedarme aquí hasta que ella se vaya. —Tal vez tú deberías andar con los ojos cerrados de ahora en adelante. —Suelto con picardía.

—¡Ja, ja! —Exclama irónica. La observo caminar hacia el espejo del baño, después inclinar la cabeza hacia atrás y decir: —¡Mierda! —Ahora sí me pongo de pie, lo hago con sumo cuidado aprovechando que ella no me está viendo y me acomodo la toalla.

Se sienta sobre el retrete y me doy cuenta de que está sangrando por la nariz, alcanzo el botiquín que está justo encima de ella y busco ahí algo que pueda ser de ayuda. Le sostengo la cara después de inclinarme frente a ella y limpiarle con una toalla húmeda, me rio.

—¿Cerraste y después intentaste salir? ¿Quién te crees? ¿Gasparín? —Luna aprieta los labios y después suelta una carcajada. Me pongo de pie otra vez y alcanzo de nuevo el botiquín para sacar una caja y la escucho:

—¿Qué harías tú cuando estás a punto de verle el paquete a alguien?

—¿El paquete? —Me rio otra vez. Odio cuando hago contacto visual con Luna, no sé por qué. Creo que es por esa mirada tan fuerte, intimidante y… *atractiva*. Además, me pone nervioso… o tensionado, no lo sé, pero eso es malo. Muy malo. —Toma, esto va a ayudarte.

—¿Un tampón? —Sostiene lo que le estoy dando mientras yo ubico la caja nuevamente en su sitio. —Esto no es precisamente para la nariz, Gabriel.

—¿Ah no? —Pregunto con fingida inocencia. Hace una forma con sus dedos. Algo similar a la entrada de la parte intima femenina y después simula ingresar el tampón. —Si sé para qué son, Lu; pero tampoco dice que no puede usarse para otra cosa.

Me pongo de pie, me doy media vuelta y tomo otra toalla para secarme el cabello. Cuando me giro hacia ella me doy cuenta de que sí se ha puesto el tampón en la nariz.

—¿Qué harás hoy? —Pregunto, cuando estoy pasándome la toalla por sobre los hombros. —Yo trabajo hasta tarde, así que no hay ningún problema con que te quedes aquí. Solo no vayas a robarme, todo lo que tengo me ha costado.

—Bueno, los ladrones no dejan de robarte solo porque les digas que tus cosas te han costado ¿No? —Medio lógico, sí. —Pero a duras penas puedo conmigo misma ¿qué te hace pensar que voy a mover tus cosas por todo un edificio? Y bueno, tengo que ir a mis clases de

baile, pero no tengo ropa y apagué el teléfono porque no quiero saber nada de Luisa, todas mis cosas están con ella. Todas.

Me muerdo el labio inferior, Catalina me mataría si escucha lo siguiente que estoy por decir:

—Mi hermana tiene algo de ropa aquí. Es de tu misma talla, misma altura, aunque no estoy seguro si es tu estilo. Es del tipo que todo el tiempo se viste como que va a una fiesta.

—Tu hermana va a matarme si me mira con su ropa. Digo, una cosa es ponerme la ropa de Luisa porque prácticamente fuimos expulsadas por la misma vagina, pero tu hermana…

—No tiene por qué darse cuenta… —Hago una pausa reproduciendo en mi cabeza lo que Luna acaba de decir y aprieto los labios para evitar reírme.

—Gabriel, las mujeres nos damos cuenta de todo ¡Todo! Claro, excepto cuando tu novio se coge a tu mejor amiga, tu mejor amiga se coge tu trabajo y también a tu jefa, pero claro no de esa forma que se cogió a mi ex, hablo del otro coger ¿Me entiendes?

—Sí… —hago una pausa. —Sí te entiendo. —Creo. En fin. —En el armario que está en la habitación que usaste está la ropa de mi hermana. No va a enterarse porque tiene prohibido venir a mi apartamento y hay muy pocas probabilidades que te la encuentres en la calle y si eso pasa no creo que se imagine que es su ropa.

Cuando estoy en el pasillo el aroma a café me invade las fosas nasales.

—¿Puedo preguntarte por qué tu hermana tiene prohibido venir aquí? Ni siquiera Luisa ha llegado a tantos extremos.

—Estoy seguro de que tú no hiciste una fiesta de universitarios en el apartamento de tu hermana mientras ella estaba fuera de la ciudad ¿O sí?

—Todavía no se me ha ocurrido.

—No lo hagas, en serio. —Cuando estoy llegando a la puerta de mi habitación me giro hacia ella y está recostada sobre el marco de la puerta del baño, al menos no me está viendo a mí. —Y puedes tomar cualquier cosa del armario, no te preocupes.

—Está bien.

Esta vez sí me cercioro de cerrar la puerta de mi cuarto. Me siento en el borde de la cama intentando procesar todo lo que acaba de pasar y suelto un bufido cuando mi teléfono celular comienza a sonar y me percato que es Cristal. Por supuesto, quién más va a llamarme a esta hora.

Dejo el celular sobre el colchón de mi cama ignorando la llamada, me pongo de pie y comienzo a vestirme cuando me doy cuenta que me he quedado ahí sentado más tiempo del necesario. Mi celular suena otra vez, no contesto de nuevo y después un mensaje suyo aparece en mi pantalla cuando estoy terminando de ponerme la camisa, le doy un vistazo rápido y es nada más:

«Contesta el teléfono»

Ruedo los ojos. Ni siquiera cuando estaba con ella insistía en que le contestara las llamadas, bueno… tal vez sí era un poco intensa, pero últimamente había cambiado para bien… al menos yo creo que fue para bien pero ahora que lo pienso mejor lo más seguro es que ya estaba viéndose con mi hermano. Termino de arreglarme y estoy saliendo de mi habitación, acomodándome la corbata cuando el celular suena otra vez. Entonces sí atiendo:

—Buenos días.

—Gabriel ¿Qué carajo sucede contigo? No te toma más de un minuto atender. A veces te comportas como un adolescente.

—¿Y ser adolescente es algo malo?

—A tu edad sí.

—Okey, Cristal ¿Qué quieres?

En ese momento escucho a Luna hablar detrás de mí, me giro y ni siquiera presto atención a lo que me dice Cristal cuando la veo. Sí, me imaginé que sería de la talla de mi hermana, pero no pensé que se le viera mucho mejor. Luna es delgada, pero curvilínea y alta, así que la ropa de Catalina le queda unos centímetros más corta. O tal vez es porque Catalina es mi hermana y nunca la podría ver de otra forma.

Okey, no no… no es que esté viendo a Luna de otra forma tampoco.

—¿Tomas café? —La escucho. El vestido que lleva puesto es uno de esos que se ajustan al cuerpo, que tienen las mangas con blonda, recogido de las muñecas, pareciera una prenda gótica, pero con un rostro angelical como el de Lu. —¿O quieres algo más?

—No, no… —Me aclaro la garganta. —El café está bien.

Entonces, recuerdo que Cristal está en la línea cuando pregunta:

—¿Estás en tu apartamento?

—Oye… —digo, ignorándola. Camino hacia el mueble cerca del espejo. —¿Puedes enviarme un correo con eso que estás mencionando? —A ver… ni siquiera sé qué está mencionando.

—No necesito enviarte un correo para decirte que Roberto llegará por mis cosas, Gabriel. —Cristal ha levantado la voz y eso ha llamado la atención de Luna. Me mira de reojo, pero después se concentra en lo que estás haciendo. —Solo quiero que guardes todo lo que sea mío en una caja para que mi prometido… —Se detiene cuando menciona esa palabra y baja la voz para continuar: —Roberto… —Se aclara la garganta. —Roberto pase por ella. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Es todo?

—Sí.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

—Bien.

—Bien.

Diablos, qué tontería. Cuelgo.

Miro a Luna quién en ese momento pone una taza de café frente a mí. Parece que se tomó una ducha porque lleva el cabello húmedo, la cara recién lavada y voy a admitir que se ve bastante bien así, tiene la piel perfecta y suave, a excepción por el golpe de ayer que me hace esbozar una sonrisa al mirarle la frente.

—Esto se oculta con una buena base. —Me dice, señalando el lugar donde estoy mirando. Le digo que no tengo dudas y tiro de una banqueta frente al desayunador. Ella se sienta del otro lado y nos quedamos así en silencio por un buen rato, pero no es un silencio incómodo, es de esos que se sienten bien y acogedores. Deja un croissant en un platito y la escucho:

—Preparé esto… La verdad no sé tus gustos… ¿Qué acostumbras a desayunar?

—Cualquier cosa que no contenga harina.

Mira entonces el platito y después me mira a mí.

—Madre mía… hice como diez de estos ¿Por qué no me lo dijiste antes, Gabriel? Tampoco creas que tienen algo que vaya a matarte.

—Estoy seguro de que no quieres matarme, cerraste la puerta e intentaste salir después. Tú eres quién quiere matarse a sí misma. —Luna suelta una carcajada, pero abochornada más bien. Me gusta la forma en que sus labios se curvan y la sonrisa le llega hasta los ojos.

Okey, tal vez debería ayudarle a buscar apartamento lo antes posible.

—¿Entonces por qué pediste una hamburguesa en nuestra cita?

—Pedí una hamburguesa porque tú pediste una.

—No te creo.

—Iba a sacrificarme por ti, Luna.

—¿Entonces si yo me tiro de un puente en una próxima cita tú también lo haces? —Se ríe, se pone de pie retira entonces el croissant y yo solo puedo pensar en su elección de palabras «próxima cita».

Me hace esbozar una sonrisa, tomo un sorbo del café y respondo:

—Solo espero que en esa próxima cita no te encierres en el baño de hombres y ojalá no le disparen a tu hermana en la otra pierna.

Se muerde el labio inferior, aprieta los labios y hace un gesto gracioso conteniendo las ganas reírse. En ese momento miro la pantalla de mi teléfono y es otra llamada de Cristal. Santo cielo.

—¿Hoy trabajas hasta tarde? —Escucho a Luna. Dejo el teléfono a un lado, ignorando a Cristal. Aunque Luna mira la foto en mi pantalla no pregunta nada, se sienta del otro lado y yo contesto que sí.

—Todos los días trabajo hasta tarde, Luna. —Hace una mueca que me resulta graciosa. Tomo un sorbo de café y agrego: —¿Qué tienes que hacer tú?

—Te lo dije, tengo clases de baile.

Sí lo mencionó, pero en ese momento estaba pensando en la situación en la que nos encontrábamos y no puse mucha atención.

—¿Así que tomas clases de baile?

—¿Quieres venir? —Enarco una ceja dándole un vistazo. Observo como revuelve su café con una cucharita, le da un sorbo y me sonríe: —¿Qué?

—¿Parezco alguien que tome clases de baile?

—Tampoco pareces alguien que se pondría un traje de *Spiderman*.

El timbre de mi apartamento suena interrumpiéndonos. A estas horas el único que puede presentarse aquí es Juan, por supuesto. Antes de ponerme de pie, Luna se dirige a la entrada y muy tarde se me ocurre pedirle que no abra la puerta, digo… es Juan y ella está aquí… en mi apartamento, a estas horas y se nota que recién ha tomado una ducha. Al abrir él la mira con impresión, después me busca con la mirada a mí, se vuelve a ella otra vez y exclama:

—Tú no eres Gabriel.

—¡Qué observador!

—¡Vaya! Primera vez que tocas la puerta. —Interrumpo antes que se le ocurra decir alguna tontería, pero no me contesta. Entra a mi apartamento viendo de Luna hacia mí. Él me mira con interrogante. Se sienta a mi lado y murmura:

—¿Ya se te pasó el trauma con los veintidós años?

—No, está aquí temporalmente. —Juan aprieta los labios con un gesto gracioso, levanta las manos al aire y agrega:

—Okey, no voy a decir nada.

No sigo el tema porque escucho los pasos de la chica hacia nosotros. Juan toma mi taza de café y le da un sorbo, sin pedirme permiso, como siempre. Entonces, Luna habla:

—¿Juan, verdad?

—Así es. —Contesta él solemnemente.

—Así se llamaba mi puerco.

Suelto una risa ante la expresión de Juan. Él estaba tomando otro sorbo de café y lo ha escupido de regreso. Se limpia los labios y yo pregunto irónico:

—¿Y qué pasó con el cerdo Juan?

—Murió… al menos dedicó la mayor parte de su vida a lo que le apasionaba: Coger. Todos los días, con la cerda vecina y otras del rancho.

—Parece que ese cerdo tuvo más parejas sexuales que tú Juan. —Lo veo tomar una taza de café que le ha extendido Luna. Él esboza una sonrisa sínica, revuelve el café con una cucharita y toma un sorbo.

—Pero sí tengo más vida sexual que tú, Gabriel. —Se defiende. Me devuelve mi café que se había tomado y continúa: —Eso es seguro.

—Eso no lo sabes.

—La mano no cuenta.

—Juan…

Solo escucho su risa, que se mezcla con la de Luna quién intenta disimular preguntándole a Juan si él sí come harina. Él pregunta algo a lo que la chica me señala a mí y Juan rueda los ojos después de darme un vistazo, pero yo estoy más concentrado en mi celular que está sonando otra vez… Santo cielo. Suspiro, Juan se vuelve a mí mirando la pantalla y lo toma:

—Luna ¿Contestarías esta llamada, por favor?

—¿Qué estás haciendo? —Bueno, ya sé qué es lo que está haciendo, pero no está demás confirmarlo. —Juan… en serio.

—Hago que a Cristal se le bajen los humos. —Luna de manera titubeante le dice que sí cuando él vuelve a hacerle la misma pregunta, aunque me está viendo a mí esperando una respuesta de mi parte. Juan le pone el teléfono en la oreja después de descolgar y, entonces Luna saluda. La llamada se corta en un par de segundos y Juan se ríe devolviéndome el aparato. —Que en paz descanse.

Luna nos mira a los dos, pero no pregunta nada. Se aleja y yo miro a Juan carcajearse diciendo que daba lo que fuera por ver la cara de Cristal. Se encoje de hombros ante mi mirada y después miro a Luna alejarse hasta la habitación que ocupó ayer.

—¿Sabes? —Me dice, mirando donde están puestos mis ojos. —Ya que tú aseguras no querer nada con Luna. —Incluso hace comillas con sus manos en estas últimas palabras. —Deberías presentársela a Roberto, te apuesto que a él no le importaría ser cincuenta años mayor. Así provocas que rompa con Cristal y no te condenas a una vida donde te sientas incómodo para siempre.

Me quedo pensativo y arrugo la nariz.

—No, ni de coña. —Juan suelta una carcajada en el momento que me pongo de pie. —Digo, su personalidad y la de ella juntos… ¡Vamos!

Sé que Juan tiene razón, a Roberto no le importaría en lo más mínimo. Además, a él le gustan las universitarias, que se ven específicamente así… como Luna. No me sorprendería en lo absoluto si más adelante conoce a Luna y quiere algo con ella también.

—Claro, sus personalidades. —Juan se carcajea de nuevo y se calla cuando Luna aparece otra vez. Se lleva un croissant a la boca, se acomoda el saco y me sigue. Le digo a ella que hay una tarjeta con mi número pegado en el refrigerador en caso de emergencia y además me atrevo a preguntar:

—¿Quieres que te lleve a algún lado? —Ella me dice que no, que tiene que ir a la tal

academia más tarde entonces me ofrezco a llevarla a la hora que sea necesario. También se niega, aunque yo le digo que no hay problema ella insiste en que puede tomar el autobús. —De acuerdo. Te veo más tarde, Luna.

—Que tengas buen día, Gabriel.

Por suerte la distancia entre el despacho y mi apartamento la recorrimos completamente en silencio gracias a una llamada que recibió Juan que le tomó todo el recorrido resolver. Después, mientras subimos por el ascensor lo único que me dice es:

—Estás demente si no quieres nada con Luna solo porque es ocho años menor que tú.

—Casi nueve.

Me da su celular para mostrarme en Instagram una fotografía de ella en traje de baño. Sí, sé que la chica es guapa pero no, definitivamente no; y ahora no voy a poder sacarme esta imagen de la mente.

Voy a reñirle a Juan, pero cuando las puertas del ascensor se abren visualizo a mi hermana en su escritorio, con una revista en manos y unos auriculares en las orejas. Suspiro, cierro los ojos un momento y camino hacia ella después de entregarle su celular a Juan. Él continúa su camino cuando yo me detengo frente a mi hermana quién solo recompone su postura y me sonríe.

—Más te vale que tengas una buena excusa por la cual no has venido a trabajar por dos días. —Ella se pone de pie cuando yo sigo mi camino hasta mi oficina y nada más la escucho detrás de mí:

—Sí, yo estoy bien ¿Y tú? —Replica irónica. Ni siquiera le doy un vistazo, abro la puerta y ella entra conmigo. —Estaba molesta. ¿De acuerdo?

—Okey, yo estoy molesto ahora mismo ¿Entonces debería simplemente no aparecer por aquí?

—Lo haces porque tú quieres. —Suelto un gruñido, la verdad que Catalina me agota la paciencia… y bastante.

—No sabes nada de responsabilidad ¿Verdad? Agradécele a mamá que todavía estás aquí.

—¿Disculpa? Gabriel, soy la única persona que te defiende con las uñas si es posible ¿Y es así como me pagas? ¿Crees que vas a encontrarte otra persona como yo? ¿Qué discuta con su propia madre por defender a una mujerzuela antes que a ti? Sí, ya sabes a quién me refiero. Merecía esos dos días de vacaciones en la playa.

—¿La playa?

—La próxima vez deberías venir, tal vez te consigues una hermosa novia bronceada…

—Catalina, —la interrumpo— por favor, hay muchas personas necesitando un empleo y tú te comportas como una niña.

—Okey, disculpa —Dice con sorna. Me dejo caer en mi silla y ella continúa: —En serio lamento no haberte avisado, pero es que estoy segura que mamá era capaz de venir hasta aquí a buscarme. ¿Por cierto, puedo quedarme en tu casa?

—Ya sabes que no. —Se queda en silencio finalmente, pero casi de inmediato continúa:

—¿Quieres saber el motivo de todo esto? ¿Mamá te lo contó?

—No y no quiero saberlo de todas formas.

—Cristal dijo que ella prefería a Roberto. Que si tuviera la oportunidad de volver en el tiempo a ti solo te hubiese usado de trampolín para llegar a él. Que estaba enamorada de él desde que lo conoció y bla bla bla… Elías encontró cosas muy comprometedoras entre ellos dos

¿Quieres verlas?

—No, Catalina no quiero. La verdad es que no quiero escuchar más de Cristal, o de Roberto… así que… por favor. Y no me importa si prefiriera a Roberto.

—Dijo también que se arrepentía de estar contigo. Su amiga, esa chica rubia que la acompañaba intentó defenderte, pero entonces ella le dijo que te mirara, tú vestido del hombre araña jugando con los niños y Roberto como el hombre que es, charlando con los adultos sin usar un disfraz. ¿Y sabes qué es lo peor? ¡Que Roberto sabe lo importante que son los disfraces para Ian en sus fiestas de cumpleaños! Pero él no… a él le vale una mierda.

Me quedo pensativo un momento, pero entonces Catalina continúa:

—Por eso arruinamos los neumáticos de su auto, pero eso no se lo digas a mamá, ella cree que yo lo hice sola, pero es que Elías ya tenía un castigo encima por decir en frente de Cristal que ella no necesitaba un disfraz porque ya parecía Ed Sheeran.

En ese momento, mi celular comienza a sonar. Por un instante se me pasa por la cabeza que es Cristal así que no lo saco de mi bolsillo, estoy bastante cabreado y sé que no voy a decir palabras buenas. Me muerdo el labio inferior cuando la llamada es insistente y cuando miro que en realidad no es Cristal, descuelgo:

—Hola.

—¿Gabriel? ¿Es muy importante para ti el tigre que está… o estaba… sobre la mesa?

Por supuesto que es Luna.

—¿Qué pasó?

—Por accidente… reitero… por accidente… se cayó.

Hay un silencio después de eso. Yo intento recordar cuál es ese tigre del que está hablando y no, no sé qué es, ni siquiera conozco todo lo que hay en mi casa.

—¡Oh! Creo que te refieres al tigre de vidrio. Es de Juan, lo trajo de Dubai, cuesta millones.

—¿Dubai? ¿¡Millones!? ¿Qué? ¡Carajo! —Suelta un gruñido que se me hace gracioso. —Maldita sea. Ni vendiendo mi cuerpo entero a los traficantes de órganos podría pagar ese maldito tigre. ¡Ni siquiera vendiéndole mi alma al diablo sin órganos!

Me da risa, tal vez debí contenérmela porque Catalina está aquí y estoy casi seguro de que está pendiente a la conversación. Tomo aire y confieso:

—No… no es verdad. No sé ni siquiera de qué tigre me estás hablando.

—¿¡Qué!? ¡Eres un maldito, Gabriel! Casi me da un infarto ¡Ya estaba a punto de meterme en la Deep web a venderme hasta los dedos de los pies! Ya hasta sentía que me estorbaba un riñón.

Me estoy riendo, a lo que ella de inmediato comienza a reír también… ¡Vaya! Que esta chica es una comedia andante.

—¿Quién es ella? —Pregunta Catalina. Ya hasta que me había olvidado de que estaba aquí. Sí, me imaginé que se quedaría escuchando todo lo que yo hablaba por teléfono… porque bueno… es Catalina. —¿Gabriel?

—Catalina, tienes demasiado trabajo que hacer por haberte ido de vacaciones sin permiso. Así que… por favor… —Extiendo mi mano hacia la puerta y ella no mueve ni un pelo.

—¿Quién es Catalina? —Pregunta Luna del otro lado.

—Mi… —Pero antes de poder decir algo, Catalina me arrebata en celular. Intento quitárselo, pero entre forcejos activa el altavoz y escucho la voz de Luna.

—¿Estás en problemas? —Y después Catalina responde:

—¿Hola? —Entonces Luna, de inmediato, cambia la voz a una similar a las operadoras de celular y dice:

—Estamos llamando del centro telefónico para recordarle que su factura actual es de 0 dólares, además se le fue acreditado un paquete de internet totalmente gratis, señor Mariani. Telefónica premiando siempre su fidelidad. Que tenga buen día.

Cuelga, mi hermana y yo nos quedamos viendo el teléfono en silencio, por un rato, hasta que Catalina finalmente lo suelta y exclama:

—Esa operadora fue bastante generosa contigo.

—Lo dijo, soy un cliente fiel. —No sé ni qué carajos estoy hablando. Catalina arruga su entrecejo, me mira apretando los labios y yo me encojo de hombros. —Cata, no estoy jugando, termina ese trabajo hoy mismo si no mañana no te aparezcas por aquí.

Para mi sorpresa, lo hace sin protestar. Se retira y cierra la puerta a sus espaldas.

Miro de nuevo la pantalla de mi teléfono celular y me rio, le escribo un texto a Luna y envío:

Gracias por el paquete de internet. No lo necesito.

Capítulo 11

Luna

Si existe una persona más salada que calzón de pescador, esa soy yo.

Y creo que eso es poco decir todavía.

Miro la pantalla de mi teléfono y después el tigre de mármol quebrado en el piso. Mucho mejor si Gabriel no recuerda qué es porque se mira caro hasta la mierda.

De acuerdo, no voy a entrar en pánico. No era nada importante, es lo más seguro…

¿Qué tal si era de la hermana?

Me da pánico solo de pensarlo. El tigre tiene… o tenía… alguna especie de polvo adentro y ahora está esparcida sobre la alfombra entre añicos de vidrio, no… carajo, tal vez es solo arena nada más. Me acerco para apreciarlo mejor, lo tomo entre mis dedos para intentar descifrar qué diablos es esto cuando una ráfaga de viento entra por la ventana haciendo que todo el polvo se meta en mis ojos y se me pegue en la cara, hasta se me ha introducido en los huecos de la nariz y en la boca. Santo escarabajo. Escupo intentando sacarme la tierra de los labios y al mismo tiempo me comienzo a limpiar los ojos.

—Vaya día.

Suelto el aire de mis pulmones de golpe y me dejo caer de espaldas sobre la alfombra. Mierda, creo que mejor me voy a encerrar a una cueva hasta que pase la mala racha, porque sí tiene que pasar ¿Verdad?

A ver… solo estoy paranóica… no existe tal cosa de mala suerte, mala racha o mal karma… o maldiciones de mi abuela Margarita… digo, días antes de morir me dijo: «Pagarás Luna, pagarás…» pero ¿por qué estoy pagando esto ahora si la araña que puse debajo de su almohada fue hace mil años? Ok, exagero con los mil años, pero me refiero a que fue hace muchísimo tiempo y fue porque ella se había comido a Juan, mi puerco.

—Abuela Margarita, espero que estés muy satisfecha allá abajo —grito—, porque allá arriba no creo que estés.

Mi celular suena provocándome un susto de muerte, me llevo la mano al pecho y cojo el teléfono, miro dos mensajes en la pantalla, uno es de las veces que me ha intentado llamar Luisa y otro un mensaje que proviene del número de Gabriel y dice:

De: Gabriel

Gracias por el paquete de internet. No lo necesito.

Me muerdo el labio mirando la pantalla de mi teléfono.

Para: Gabriel

Muy gracioso. Tal vez era tu ligue ¿Qué tal si iba a arruinarlo?

Definitivamente, tengo que volver a las clases de improvisación.

De: Gabriel

Era mi hermana. Ahora cree que tengo un romance con una agente del servicio al cliente de una compañía que ni siquiera existe.

¿La hermana? Okey, mal comenzamos.

Me dejo caer en el sillón, miro el teléfono y comienzo a teclear, pero antes de que pueda enviar algo tengo otro mensaje suyo:

De: Gabriel

Ahora muéstrame el tigre del que me hablas.

Chasqueo la lengua. Me pongo de pie y me tomo una selfie junto al tigre despedazado. Tengo polvo en las pestañas y sí se nota, pero qué importa. Me dejo caer de nuevo sobre el sillón esperando su respuesta al mismo tiempo que enciendo la tv frente a mí, está una película, una que recuerdo con el nombre de «Devuélveme mi suerte» o algo así. La escena que se está proyectando es exactamente la parte donde los protagonistas se besan en una fiesta mientras usan un antifaz y, de inmediato, toda la mala suerte de él, la obtiene ella.

Ok, alto ahí.

Retrocedo la película para volver a ver específicamente esa parte. Creo que tengo la solución a todos mis problemas… digo… eso es ficción, pero quién sabe si de verdad las cosas funcionan así. A ver… pero me iría al infierno si hago todo esto a propósito ¿No?

Me quedo viendo una fotografía de Gabriel que está sobre el estante y… joder… si es que pasarle toda mi mala suerte no sería una tortura. Y con un gustazo me estaría librando de tanto lío que me pasa. Si me voy a ir al infierno… pues que sea bien gozado ¿No? El celular suena otra vez. Es Gabriel, pero esta vez es una llamada suya que no tardo en contestar:

—Hola.

—Carajo. —Me quedo unos segundos escuchando algo más, pero eso es lo único que obtengo. Además, parece que estoy en altavoz.

—¿Carajo? ¿A qué te refieres con «carajo»?

—El tigre… Ese tigre es de mi ex… o era.

—A ver… —Ok, no hay que entrar en pánico. Tal vez era de su ex gato. —¿Qué tipo de ex?

—Mi exnovia. —Suelta un gruñido, uno que se me hace bastante sexy y no puedo evitar imaginármelo en otra situación que… ¡diablos, no! ¡Este no es el momento correcto para pensar esas cosas, Luna! —Esas son las cenizas de su abuelo.

De acuerdo, otra vez… ¿qué?

Me toma un segundo comprender lo que ha dicho y es que las palabras van y vienen dentro de mi cráneo. No es porque sea lenta, si no, porque me ha costado volver a la realidad después de escuchar ese gruñido suyo y haya mencionado las palabras «exnovia» o tal vez es solo porque ha dicho «cenizas» «abuelo» «ex». Mierda.

—¿Qué? —Eso me sale casi en un susurro porque ni siquiera puedo hablar. Me aclaro la garganta, tomo aire y lo exhalo al mismo tiempo que miro, de nuevo, las cenizas regadas sobre la alfombra. —¿Me estás diciendo que me tragué las cenizas del abuelo muerto de tu ex?

—¿Qué?

—¿Eso sería canibalismo? ¿No? ¡Santo Escarabajo! —Me dan arcadas solo de pensar que me acabo de comer un muerto. Corro a la cocina y tomo una botella de agua para enjugarme la boca. —¡Acabo de tragarme al abuelo de tu ex!

Incluso comienzo a hacer gárgaras.

—¿Por qué… ¿Qué…? ¿De qué estás hablando? —Escucho voces al otro lado. Es en ese momento que al parecer dejo de estar en altavoz y ahora escucho su voz más clara, más grave… más… ¡Ah! Joder. —¿Qué fue lo que pasó?

—Abrí la ventana, una ráfaga de viento me pegó las cenizas en la cara. Ahora tengo las cenizas de ese señor entre los dientes, Gabriel.

—No… —hace una pausa— me refiero a qué… cómo pasó… cómo ese tigre acabó en el piso. Cristal va a volverse loca. Escúchame, tienes que deshacerte de eso antes que Roberto

llegue…

—¿Quién es Roberto?

—Mi hermano. —Replica de inmediato. —Llegará por las cosas de ella y no sé qué vamos a inventar si… —Escucho más voces, después la voz de Gabriel hablando algo que no logro entender. Después me doy cuenta de que es italiano… ¡uf! —Luna ¿Sigues ahí?

—Sí… eh… yo… —A ver Luna… concéntrate. —¿Tienes una aspiradora?

—Está en la bodega. —No tiene que terminar de decirlo cuando yo ya estoy corriendo a la bodega. —Después de la última puerta que es el baño, pero ten cuidado que… —No ha terminado de decirme cuando yo ya me estoy cayendo a bruces, soltando un chillido y maldiciendo a todas mis generaciones. Gabriel se entera, entonces se calla y dice más pausado: —No vayas a caerte.

—¿Quién deja la aspiradora cruzada en la puerta? —Gabriel se ríe un poco, después dice algo más, pero no a mí, habla con otras personas… en italiano… Espero un momento hasta que vuelvo a escucharlo y pregunto: —Así que hablas italiano ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no me preguntaste tal vez y sí, hablo italiano. Tengo un cliente italiano y acaba de llegar.

—Guao y bueno, yo no voy por ahí preguntándole a las personas: ¡Hola! ¿Sabes italiano? —Escucho una leve risita… algo mínimo… bastante mínimo. Un silencio después y continúo: —¿Me enseñarías?

—¿Italiano?

—¿Qué más? —Entonces sonrío cuando escucho esa risita suya. Se me pasan por la cabeza tantas cosas, pero sé que no debería decirlas de todas formas. —No hay nada más que tú puedas enseñarme, Gabriel.

—¿Estás segura? —Lo escucho susurrar, en un tono sensual, juguetón y… ¡mierda! A ver… tengo que buscar un sinónimo para la palabra mierda, pero ¡Mierda! Con Gabriel y esa voz. —Como a nadar, por ejemplo. Casi te ahogas salvando al perro, Luna. —Recupera el tono. Me quedo en silencio un momento, respiro hondo y suelto con picardía:

—Es que es Panquecito y si se muere a mi cuidado, mi hermana me mata después, así que equivale a lo mismo.

—Panquecito… —Replica riéndose. Sí sí, ya sé que es un nombre culero y se lo dije a mi hermana, pero no, ella prefirió que su perro sea la burla de la cuadra. —¿Solo Panquecito te hace meterte en tantos líos?

—No, ese es mi día a día. —Suelto con picardía. —Dentro de poco tú estarás metido en líos… conmigo. Es algo contagioso.

Se ríe de nuevo. Escucho un bullicio de fondo suyo. Después a alguien murmurar algo que no alcanzo a escuchar, él también dice algo, cambia el tono y me dice:

—Escucha si Roberto llega a mi apartamento, no le digas nada, no le hables de ti, ni siquiera le digas tu nombre.

—¿Qué pasa si me lo pregunta?

—Di que te golpeaste la cabeza y no lo recuerdas.

Y me río irónica:

—¡Por supuesto! Si eso es lo único que me falta, que me golpee la cabeza y termine en un hospital psiquiátrico. En dos días ya me quedé sin apartamento, sin empleo, sin novio, sin gato, me golpeé la nariz y me tragué al abuelo de tu ex. —Gabriel se carcajea… después hay una pausa, suspira y agrega:

—De acuerdo… solo… —Murmura otra cosa, se ríe y continúa: —Lo siento, Juan está molestado. Te veo cuando llegue a casa. Haz algo con las cenizas antes que llegue Roberto.

—Sí… está bien. —Cuelga. Suspiro y dejo caer mi espalda contra la pared. Miro la aspiradora y también tomo una pala y una escoba. Comienzo a quitar los pedazos de vidrio con mis manos y los dejo en la pala, aspiro las cenizas y cuando ya he acabado, miro el objeto y después le escribo un mensaje a Gabriel.

Para: Gabriel

¿Ahora qué hago? Es el abuelo de tu ex, no puedo solo tirarlo a la basura.

Me dejo caer de nuevo en el sillón mirando el aspirador. A ver… solo espero que este señor no quiera aparecerme por las noches. Digo, prácticamente derrumbé su casa, se me metió en la boca —ok, eso sonó bastante mal— pero el punto es que ahora está ahí… en un aspirador.

—Lo siento. —Le digo a la bolsa de la aspiradora. Tomo una respiración profunda, miro la pantalla de mi teléfono y al ver que no hay respuesta de Gabriel, tomo al abuelito y salgo a toda prisa del apartamento.

Las puertas del elevador se abren al mismo tiempo que le digo a la bolsa:

—Voy a dejarlo libre. Solo le pido que no vaya a tirarme de los pies a medianoche. ¿De acuerdo? —Un par de personas dentro me miran. Les sonrío y agrego: —Le hablo a él. —Señalo la bolsa que llevo conmigo. —Aquí llevo a un señor muerto conmigo. —Se miran entre sí. —Le daré una sepultura digna.

Se bajan antes de que las puertas se cierren. Tal vez no debí decir nada de eso. Cuando se están alejando me están viendo a mí y después comienzan a correr. Genial. Ruedo los ojos y entro al elevador en completo silencio, sola… junto a una bolsa de cenizas, de una persona muerta... se me acelera el corazón y comienzo a ver alrededor nerviosa. Okey, no... no es nada. Trago saliva y me comienzo a mover impaciente, parece una eternidad.

El primer piso... por fin.

Salgo de prisa, el sitio parece abandonado y eso no es nada agradable en mi situación. Estoy caminando más rápido cuando una voz bastante conocida me hace detenerme. Buscando de donde proviene el ruido me encuentro a Mauricio, el prometido de mi exjefa, riéndose con una chica a la cual le tiene una mano sobre la cintura y otra sobre el trasero, por supuesto que esa no es Lisseth.

Él me mira, sé que lo hace porque de inmediato abre la puerta del apartamento que tiene en frente y le indica a la chica que pase. Antes de cerrar me da un vistazo rápido, casi puedo oler el pánico, aunque a estas alturas estoy segura de que ya sabe que su «prometida» me odia.

No puedo evitar recordar las palabras exactas de Lisseth el día que me despidió y me contengo una carcajada. Qué ironía. Mauricio cierra la puerta de golpe una vez que la chica está dentro.

Bueno, tengo cosas más importantes por las cuales preocuparme y una de esas es que se me está pasando el autobús. Salgo a toda prisa gritándole despavorida al chofer corriendo detrás del vehículo hasta que se detiene y subo digna, acomodándome el cabello, con el abuelito de la ex de Gabriel en manos. Tomo un sitio cerca del conductor y después de varios minutos, le pregunto:

—Si usted estuviera hecho cenizas ¿Dónde le gustaría que lo arrojaran? —Él me mira con el entrecejo fruncido. Pensativo mira al frente y después de nuevo a mí pero sin despegar su atención de la carretera.

—En el mar… supongo… —Ok, supongo que al supuesto abuelo de la ex de Gabriel

también le gustaría eso. —¿Por qué? ¿Conoce a mi esposa? ¿Qué está tramando ahora?

—¿Qué? No…

—Porque la última vez que alguien me preguntó algo similar…

—No… no… —me apresuro a contestar —yo no conozco a su esposa. Espere… ¿Qué pasó la última vez que alguien preguntó algo similar?

—¿Ella quiere saber dónde prefiero yo que me lancen? ¿Está planeando cremarme para borrar las evidencias?

—No… no… pero ahora no puedo quedarme con la duda ¿qué pasó la última vez que alguien preguntó algo similar? —El sujeto comienza a hiperventilar. Entonces, inhala y exhala, inhala y exhala. Carajo… a ver… no… no puedo quedarme con la duda, pero entonces la cuestión parece más intensa cuando casi choca con otro autobús. Mierda. —Yo… eh… tengo las cenizas de un señor aquí conmigo… Solo necesito liberar a este señor en algún lugar.

—¿Su esposa lo mató?

—No… no… no sé… ya lo conocí así… —A ver… mejor voy a bajarme de aquí… —Siguiente parada. —Grito. —Me quedo por aquí… —Me estoy poniendo de pie nerviosa cuando él me está viendo a los ojos a través del espejo retrovisor. —Fue… fue un gusto conocerlo.

—Espera… dime para quién trabajas…

—Yo ni siquiera tengo trabajo. —Le grito. Mejor me bajo.

—¡Yo te pagaré más!

Me lanzo del autobús aun cuando todavía está en marcha. Santo escarabajo. A ver… tal vez hubiera hecho negocio con el chofer y me hubiera inventado una historia genial para ganarme ese dinero, maldita sea ¿por qué no se me ocurrió a tiempo? Me detengo a mitad de la calle con las cenizas del anciano en mis manos, estoy hiperventilando, con el viento golpeándome la cara y la ropa bastante incómoda que no me deja mover las piernas, no sé cómo la hermana de Gabriel puede sobrevivir usando algo así. Exhausta logro llegar a un lugar que me parece perfecto, es apartado y silencioso, me paro sobre una piedra y observo el bonito riachuelo que se extiende desde una montaña verde.

No sé qué lugar es este, pero vaya qué está *cool*. Mucho mejor que ese tigre en el que estaba. Tomo una calada de aire y me acerco al agua, digo una oración que me aprendí gracias a la abuela Margarita al mismo tiempo que abro la bolsa:

—Que en paz descanse. —Le digo. Suelto el contenido, pero en el intento el viento hace que todas las cenizas se me pegan a mí. Resoplo y comienzo por limpiarme, definitivamente, este señor y yo vamos a ser una sola persona a este paso.

Me quedo viendo las cenizas pegadas en el vestido, en mis brazos y mis piernas. Suelto un bufido y comienzo a sacudirme. En ese momento, mi celular me anuncia un mensaje de texto y lo saco del bolsillo:

De: Gabriel.

Déjalo ahí, ya después vemos qué hacemos.

Genial. Genial.

—Genial. —Digo más fuerte.

Para: Gabriel

Demasiado tarde.

Camino de regreso buscando un autobús que me lleve otra vez hacia el apartamento del hombre araña. No sé en qué momento llegué hasta aquí pero el camino de regreso es bastante

tedioso y más aún con esta ropa incómoda. Llego a una parada de buses, para suerte mía no es el chofer anterior y cuando paso mi tarjeta, emite el sonido… ese que nunca quieres escuchar cuando estás en apuros.

Mier… coles.

—Lo siento. —Le digo al chofer. La vuelvo a pasar y no, nada. Entran más personas y me empujan. Aprovechando que el chofer no me está viendo, me acomodo en el primer lugar que me encuentro… pero entonces… me mira.

—¡Hey, tú! —Ay, carajo, eso es a mí. —Paga primero.

—Yo… —me aclaro la garganta. Me pongo de pie y camino hacia él con cautela. —Vea… esto es una emergencia, no tengo dinero y no hay forma que camine hasta mi casa, bueno… no a mi casa… a la del hombre araña. Okey, no es el hombre araña ese de Marvel, es Gabriel, un chico que conocí por una app de internet. Se busca novia ¿La conoce?

—No.

—¿No? Ok, puedo ayudarle a hacer una cuenta. Tal vez consigue una novia ¿Eh? —Le golpeo el hombro con mi codo. Entonces, me grita:

—Baje… ¡ahora!

Hijo de la fruta.

Si este señor pudiera lanzarme desde el autobús con una mirada, perfectamente lo haría. Intento protestar, pero creo que mejor salgo de aquí… la dignidad primero. Estoy poniendo el pie en el pavimento cuando el sujeto arranca provocando que casi caiga de bruces al suelo.

—¡Hijo de su… —Me callo cuando un papel me pega en la cara. Cierro los ojos con fuerza y suelto un bufido cuando me despego el pliego del rostro. Creo que hoy no es un buen día. Aunque intento tirarlo al suelo está pegado de mi mano y cuando me lo quiero despegar me doy cuenta de que es un anuncio, uno que dice «Madame Azzhar» y una serie de preguntas: «¿Has sentido que nada te sale bien últimamente?»

—Sí. —Contesto.

«¿Crees que puedes ser víctima de un mal karma?»

—Sí, por supuesto.

«¿Crees que alguien más pueda estarlo causando?»

—Mi abuela Margarita.

«Entonces, este en el lugar correcto. Visítame»

Tentador.

Miro la dirección del sitio y me doy cuenta de que no estoy lejos de aquí, solo hay un problema: El precio. Miro el reloj que llevo en la muñeca y después el anuncio ahí. Sí, creo que esto lo vale; además, es una emergencia. Me muerdo la uña del dedo pulgar, miro hacia la carretera y después otra vez el papel. Definitivamente, voy a hacerlo.

El camino no me toma más de diez minutos, aunque me esté muriendo de calor y ya me duelan los pies. Cuando estoy frente a una pequeña casa de madera, color negro y un lazo oscuro en la puerta, toco una vez y me dan ganas de salir corriendo; pero ya es muy tarde, ya están abriendo la bendita puerta.

Maldita sea. Ok, me quedo.

Tomo una calada de aire y miro la pantalla de mi teléfono que acaba de anunciarme un texto. Es Gabriel y dice: «¿Dónde estás, Luna?». Estoy a punto de contestarle, pero entonces… una señora de mediana edad, con el cabello rubio y alborotado, me saluda con una sonrisa y después me dice:

—Ya sé por qué estás aquí. —Caray. ¿También lee el pensamiento? Porque de ser así, más me vale no recordar al hombre araña saliendo de la ducha esta mañana. —Pasa. —Ella me sonríe. Me mira de pies a cabeza y se aparta para dejarme entrar.

Doy un paso dentro del sitio al mismo tiempo que me estoy quitando el reloj, el lugar es tétrico, sombrío y… ¿espeluznante? No sé quién puede vivir aquí toda una vida. Inspecciono la calavera que hay sobre una mesa y a la par un libro con unas letras a mano.

—Tu aura está muy… gris. Estás apagada, descolorida… lánguida. —Arrugo el espacio entre mis cejas. —¿Sabes? Hay mucha envidia sobre ti.

—¿Envidia? —Ella asiente: —¡Uf! De seguro proviene de Ana. Se quedó con mi novio, mi trabajo y mi gato. —Le digo. Me saco el reloj y se lo muestro: —No tengo dinero, pero esto tal vez puede servirle.

Mi padre va a matarme si sabe que estoy haciendo esto.

—Con esto te pagas unas veinte sesiones, muchacha. Todas las que quieras, de hecho.

—¿Puede sacarme la envidia de Ana encima en una sola sesión? —Ella se da media vuelta cuando toma el reloj. Después lo deja sobre una mesa. Toma mis manos, las mira y hace una mueca:

—¡Uuuh! —Intento ver lo que sea que está viendo en mis palmas. —Esto no pinta nada bien.

—¿Qué? ¿Dónde dice eso?

—En esta línea. —Con su dedo índice señala una de las líneas de mi mano y yo con el entrecejo fruncido intento descifrarlo. —Quédate ahí.

Tira de mí hasta el centro. Me dice que no me mueva y toma dos ramas de árbol con hojas para después pedirme que levante las manos. Hago lo que me pide y entonces, comienza a hacer una oración en algún lenguaje extraño que no logro reconocer… a gritos. Santo escarabajo. La mujer comienza a darme con las ramas. Grita una vez más y yo también lo hago de la impresión. Entonces, enciende algo que comienza a ahumar el sitio y camina alrededor de mí.

—¡Auch! —Exclamo, cuando me da con la rama en la cara. Me pide callar y continúa azotándome el cuerpo. —¿Puede ser un poco más amable?

—¡Oh! La persona que te odia no puede ser más amable. ¿Cómo te llamas? —Grita. Ahora sí tengo ganas de salir corriendo.

—¿Qui… Quién…? —Balbuceo. —¿Yo?

—No, la persona que crees que te está haciendo esto. —Se detiene y con los ojos cerrados espera mi respuesta:

—No sé, mi abuela Margarita que en paz descanse o tal vez Ana que se cogió a mi exnovio Andrés o el mismo Andrés, aunque no creo que tenga neuronas suficientes como para envidiar. ¡Ah! Pero mi exjefa sí o el prometido de mi exjefa a quién encontré hoy con las manos en el culo de una chica.

—¡Uh! —Otra vez me da con las ramas en la espalda ¡Auch! —No, no miro nada bueno en ti.

—¿Qué? —Me hace callar de nuevo, intento respirar profundo, pero todo el aire de ese olor se me pega en la garganta. Comienzo a toser y entonces me dice:

—Esa es la envidia saliendo de ti.

—¿Qué? —Se aleja un poco y toma un polvo de un frasco y lo sopla frente a mi cara. —Okey, okey… ya estoy bien ya no hay nada… Estoy bien.

Grita unas palabras en otro idioma. Se tira al suelo y comienza a poner los ojos en blanco.

Ay, maldita sea, ya fue suficiente.

—Lo siento… ya no siento esa envidia de la que hablaba. Me voy. —La mujer se está sacudiendo en el piso. Me toma del tobillo cuando intento irme y yo me zarandeo para soltarme de su agarre. La puerta está cerrada con llave. No, no, no… busco mi celular, pero antes de que lo haga se pone de pie y con el pelo en la cara camina hacia mí.

Ay santísimo escarabajo.

A ver… Diosito… yo nunca te pido nada, pero por favor no dejes que alguien tome mi alma aquí.

—¡Nah! Solo quería asustarte. —Me dice la mujer cuando estoy a punto de fingir que estoy muerta. Suelta una carcajada, la miro incrédula y nada más se acomoda el pelo. —Te hubieras visto, parecía que habías visto un fantasma.

Estoy en shock, contra la puerta, respirando rápido y casi que tengo lágrimas en los ojos.

—Hija de tu… —Ella se ríe fuerte. Entonces sale un tipo desde un cuarto sosteniendo una cámara y me dice:

—Toma, te ganaste cien dólares.

No puedo moverme, ni siquiera cuando extiende el billete frente a mí, no sé si estoy respirando ¿Qué carajo? ¡¿Qué carajo?!

—¡¿Qué carajo?! —Grito. El tipo con la cámara suelta una carcajada y me pone el billete en la mano cuando yo no muevo ni un pelo. Yo los sigo viendo a los dos intentando controlar mi respiración.

—Si quieres una segunda sesión no dudes en venir. —Me habla la mujer. Abriendo la puerta de golpe.

Hijos de su p…

—Si publican ese video con mi cara ¡Los demando! —Le digo a ambos al mismo tiempo que voy saliendo de la casa. Me regreso a tomar mi reloj y después a toda prisa atravieso la puerta. —Conozco un abogado y muy bueno ¿escucharon? ¡Los demando! —Les saco el dedo medio y salgo corriendo despavorida. Me detengo a cierta distancia cuando finalmente la sangre me está regresando al cerebro y miro los cien dólares que tengo aquí.

Al menos tengo cómo volver al apartamento de Gabriel.

Mi celular comienza a sonar dándome un susto. A este paso me temo que moriré joven. Lo saco con cautela mientras hago señas a los taxis que pasan al frente, pero nada… ni siquiera uno se detiene.

—Gabriel —digo al descolgar —¿Me representarías en caso de que demande a una persona que ponga mi cara en la televisión sin mi consentimiento?

A Gabriel le toma unos segundos contestar:

—Luna ¿de qué estás hablando?

—¡Que acabo de ser víctima de una… broma! Que es probable que salga en la televisión haciendo el ridículo, mencioné a Ana, a Andrés, a Lisseth y a su novio que estaba tocándole el culo a otra. Vaya historia ¿eh? Yo solo quería que me curaran el mal de ojo. —Hago una pausa tomando una calada de aire. —Pero al menos tengo como regresar a tu casa porque me gané cien dólares. —Caigo en cuenta que al menos la vergüenza me sirvió para algo y repito más animada: —Tengo cien dólares.

—A ver ¿Dónde estás?

Sostengo el billete en mis manos, cuando entonces una ráfaga de viento me lo arrebata.

Qué mier…

—No… ¡No! no, no, no… —Comienzo a correr detrás del billete. —No, maldita sea. —Se está yendo en dirección a la poza donde lancé al abuelito de la ex de Gabriel. Se ha ido al agua ¡No! —¡Puta mierda! —Okey, quería que eso fuera solo en mi mente, pero las risas de Gabriel me hacen enterarme de que en realidad sí lo he dicho en voz alta. Me detengo cuando ya es imposible alcanzarlo y suelto un bufido mirando la horrorosa escena. Mier… —Ok, tenía un billete de cien dólares.

Casi puedo imaginarme esa expresión burlesca y divertida en el rostro de Gabriel, aunque intenta contenerse haciendo una pausa, se aclara la garganta y me dice:

—No te preocupes, yo voy por ti.

Ni siquiera puedo resistirme, de alguna forma tengo que salir de este lugar y sin dinero, ni hermana, ni novio… él es la única opción que me queda.

—Ok, te paso mi ubicación en un mensaje.

Capítulo 12

Gabriel

Conduzco sobre la calle que Luna me compartió como su ubicación desde hace varios minutos y no logro verla, doy un vistazo al mensaje de texto una vez más y después observo el lugar frente a mí a través del parabrisas. El lugar no es muy transitado, hay vegetación por todas partes, estoy seguro de que ni siquiera a un alma en pena se le ocurriría vagar por aquí.

Carajo ¿Dónde está Luna?

Marco su número, no contesta. Casi entro en pánico, así que estaciono mi vehículo y me bajo para buscarla. Vuelvo a marcar su número cuando he visto con detenimiento mi alrededor y no está por ningún lado. Unas voces detrás de mí me llaman la atención, seguido del *ringtone* de un celular que se parece mucho al de Luna… por supuesto que es ella y un sujeto la acompaña. Cuelgo la llamada en el momento que ella me mira, suelta un suspiro y me señala:

—Es él. —Le dice al sujeto que esta con ella. —Es mi abogado y si mi cara aparece en su canal de YouTube, los demando. —El sujeto detrás de ella aprieta los labios, me mira a mí y después a ella.

—No podíamos darte cien dólares más y asustarte otra vez. Sería engañar a mis seguidores. —Además, agrega: —Tu reacción real fue genial. Sé que vamos a lograr muchos *likes*.

Luna señala al chico con el dedo índice y le dice elocuente:

—No.

No voy a mentir, me hace gracia, pero no me río. Le abro la puerta del lado del copiloto al momento que comienza a caminar hacia mí. Un mensaje me llega al celular y al sacarlo de mi bolsillo me doy cuenta de que tengo una llamada perdida de mi padre y un texto de Roberto, uno que dice que necesita hablar conmigo, solo espero que Catalina no esté de por medio.

Voy a contestarle a él cuando una segunda llamada de mi padre me interrumpe. Me debato entre contestarle o no, en el momento que cierro la puerta de mi vehículo después que Luna ha subido a él, la llamada se corta, pero casi de inmediato vuelve a sonar y me atrevo a contestar:

—Papá. —Un gruñido de su parte es lo que recibo y me hace fruncir el ceño. Comienzo a rodear mi auto esperando su respuesta. —¿Estás bien?

—Sí, estoy jugando golf ¿Tú como estas?

—Bien, ¿cómo estaría? —De acuerdo que mi padre me esté llamando y me pregunte cómo estoy es algo por lo cual preocuparse. No es que tenga una mala relación con él, de hecho, nos llevamos bastante bien, pero este tipo de formalismo de parte suya es sospechoso.

—Hablé con tu madre. —Okey, ahí está. —Y con Roberto.

Peor, mucho peor.

—Okey… —Hago una pausa prudente. —¿Y el motivo de tu llamada es…?

—Mi cumpleaños.

—Ah. —Hago memoria. No, su cumpleaños no es hoy. Además, aunque lo olvide, nunca me llama para eso. —No es tu cumpleaños, papá.

—No, pero ya pronto lo es y necesito saber algo. —Abro la puerta de mi coche, me dejo caer frente al volante y cierro. Le doy el espacio para que hable, pero no lo hace, hasta que le

pregunto si sigue ahí y me dice: —Tu madre me contó sobre… Okey… creo que ya lo sabes, Cristal… ¿es la misma Cristal tuya?

—A ver… que mía tampoco era.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Sí es la misma Cristal? ¿La pelirroja? ¿Abogada?

De todas las personas en el mundo a las que Cristal pudo follarse en Inglaterra, tuvo que ser específicamente a mi hermano, no porque sea Roberto específicamente, si no… porque ahora yo estoy envuelto en esta situación tan incómoda.

Me debato entre afirmarlo o no, pero da igual, de todas formas, ya sabe que sí es ella. Pongo la llave y digo cortante:

—Sí, es ella.

—¿Y cómo te sientes? —Replica de inmediato.

Me sintiera mejor si todos dejaran de preguntarme cómo me siento.

—Bien. Okey ¿Qué tiene que ver tu cumpleaños con todo esto?

—Que tu madre me dijo que no te tomas muy bien el hecho de estar en el mismo lugar con ellos y Roberto me dijo que quiere venir a mi cumpleaños… —hace una pausa —con ella.

Mi padre sigue hablando, pero yo me alejo el celular de la oreja porque no tengo ganas de seguir escuchando esto. En ese momento, Luna baja la ventana del auto justo cuando una señora se aparece junto al tipo de la cámara, saca la cabeza para gritarle algo a la mujer quién suelta una carcajada, Luna cierra el vidrio otra vez y yo me rio un poco cuando me mira, niego con la cabeza y vuelvo a ponerme el celular en la oreja justo para escuchar a mi progenitor:

—Roberto dice que no asistirá si no puede estar aquí con Cristal y tu madre dice que tú no asistirías si están ellos dos, no pueden ponerme entre la espada y la pared, ¿de todas las personas en el mundo con las que esa chica pudo andar porqué Roberto precisamente?

Sí, la misma pregunta que me hago yo todos los días, pero mejor no se lo digo.

Tomo una bebida que había traído para Luna y se la extiendo.

—Te llamo después ¿ok? Tengo que conducir.

—¿Sí vas a venir?

—Tengo trabajo…

—¡Lo sabía! Tu madre me lo advirtió…

Maldición.

—Pero no es por eso. —Aclaro. No me percato que Luna todavía no sostiene la bebida en el momento que yo quito mi mano y en un intento fallido de parte de los dos por evitar el desastre en mi vehículo, la reacción de ambos hace que la bebida se derrame sobre mí… sobre mi entrepierna… precisamente… y yo solo me quedo viendo esa zona y Luna también.

Para suerte mía, no es una bebida caliente.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —La escucho susurrar. Abro la puerta de mi auto para salir, pero antes de hacerlo Luna comienza a limpiarme con algo que tomó del asiento trasero de mi vehículo, algo que debe pertenecerle a Juan.

Me quedo en silencio y solo escucho a mi padre parlotear del otro lado de la línea mientras yo observo como Luna intenta secarme la entrepierna y lo que se ha escurrido a mi asiento entre mis piernas. Pongo el teléfono en *mute* y le digo:

—Okey… okey... —Suelto una risita leve. Tomo su mano para apartarla de mi parte íntima y agrego: —¿Sabes? De la forma en que me estás frotando la entrepierna, no es un genio el que se va a despertar ahí, Luna.

Entonces… aprieta los labios y me da una mirada de esas que ya sé que es una ironía la

que viene a continuación, pero antes de que pueda decirlo escucho desde mi celular:

—¿Quién es ella? —Mi padre. Es mi padre. Y me percato que en lugar de ponerlo en *mute* lo he puesto en alta voz. Santa mierda. Miro a Luna y ella me mira a mí, intento no entrar en pánico así que respondo cortante.

—Es una persona.

—¡Guao! ¿En serio? —Exclama con ironía. —Y yo que creí que era el motor de una lancha.

Me muerdo el labio para evitar contestarle una tontería porque Luna está aquí. Ella contiene una carcajada y yo respiro hondo para decirle:

—Te llamo después.

—¿Sabes qué? —Lo escucho antes de poder colgar. —La verdad que yo sí creo que ya no te importe Cristal. Te espero en mi cumpleaños, puedes traer a Aladino si quieres. Ahora te dejo sacar al genio tranquilo.

Cuelga, apagándose la risotada que ha soltado.

Ni Luna, ni yo decimos nada. Nos damos un vistazo al mismo tiempo y suelta una risa a la que no me resisto, termino contagiándome de ella. Oh Dios, esto va a ser tema de conversación entre él y mi madre más tarde.

—¿Quién….

—Mi padre. —La risa se le disipa.

—Carajo...

Es suficiente para que no hablemos nada todo el camino a mi casa. Al menos los minutos que nos toma llegar a mi apartamento, porque al momento de abordar el elevador la pantalla de mi celular se ilumina y es la foto de Cristal la que parpadea en grande. Llevo el teléfono en manos, así que cuando le doy un vistazo Luna también lo hace, aunque no pregunta nada cuando decido ignorarla.

—Es mi ex. —No sé por qué sentí el impulso de aclarar. Me encuentro con su mirada en el reflejo del ascensor y agrego: —Es la que se va a casar con mi hermano… en un mes.

—¿Al menos tu hermano está tan bueno como tú? —No puedo evitar que una risita se me escape y la miro.

—Tú no tienes pelos en la lengua ¿Verdad?

Entonces cuando las puertas se abren diviso a Roberto, recostando su espalda sobre la puerta de mi apartamento y al momento de verme a mí, de inmediato su vista viaja hacia la chica a mi lado.

Suelto un bufido que solo Luna pueda escuchar. Ella también busca con la mirada hacia el lugar donde mis ojos están puestos. Hasta había olvidado que Roberto tenía que venir. Mi hermano recompone la postura mientras avanzo hacia él, se arregla la manga de la camisa y esboza una sonrisa.

—Estaba a punto de llamarte. ¿Viste mi mensaje?

—Sí, pero papá llamó y después olvidé contestar. —Otra vez le da un vistazo a Luna y de inmediato vuelve a concentrarse en mí. Eso me da un tanto de gracia o tal vez no, pero sonrío y es algo que él pilla de inmediato.

—Ella es Luna. Luna, este es mi hermano, Roberto.

Ahora ya se conocen, algo que no quería que pasara. Él le da un asentimiento como saludo y extiende su mano hacia ella, a lo que Luna contesta de la misma forma con una sonrisa. El saludo de Luna es rápido y después se vuelve a mí para enunciarme que va a tomarse una

ducha. Le digo que sí, toma la llave de mi mano, abre y entra. Entonces le extiendo el brazo a Roberto indicándole que también puede pasar si gusta.

—Eso es todo. —Le hablo, señalándole las cajas amontonadas en una esquina. Había guardado todo sin ninguna delicadeza, todavía siento que he hecho demasiado. —Tres cajas, no había muchas cosas.

—¿No falta algo? —Pregunta. Luna y yo compartimos una mirada.

—No. —Contestamos al unísono.

Ella continúa su camino. Roberto mira las cajas indeciso e intenta levantar las tres de un solo. Las deja caer de regreso, así que le dejo claro que si algo se dañó ahí no es mi culpa, Roberto se ríe cuando le digo que tiene que ejercitarse y le agrego con la esperanza de obtener una negación de su parte:

—¿Te ayudo a llevarlas?

—Sí, está bien. —Maldición.

Mi hermano y yo no nos parecemos en nada y lo digo en todos los sentidos, él es más como mi madre y yo físicamente me parezco más como mi papá. Roberto tiene el cabello más claro y los ojos oscuros, podría decirse que se parece más a Jessie, mi hermana mayor. Somos casi de la misma estatura y complexión física, solo que yo he practicado deportes y a él nunca le ha gustado ejercitarse.

—Oye… —Lo escucho decir. —Sé que entre tú y yo las cosas ya no van a ser las mismas… —Hace una pausa. —Sabes que se acerca el cumpleaños de papá y… —Otra vez se detiene. —y… ya sabes lo importante que es para él que todos estemos ahí y sabes con quién iré.

—Okey… —Replico, restándole importancia.

Me saco el celular del bolsillo cuando suena interrumpiéndonos. Roberto parece alcanzar a mirar lo que hay en la pantalla de mi teléfono y de inmediato pregunta:

—¿Podrá Catalina esperar un momento? —Se rasca la nuca y mira de mi celular a mi rostro.

—No lo sé, puede ser importante. —Él rueda los ojos. Creo que no conoce a Catalina, así como puede ser algo sin importancia también puede que esté en problemas, aunque eso es algo que Roberto nunca podría saber, porque si necesita ayuda a quién busca antes que, a nadie, es a mí. —Digo, es Catalina.

—Ese es el problema con Catalina. —Lo escucho decir cuando ya me he girado en dirección a la cocina. —Que nunca va a madurar porque tú estás salvándola todo el tiempo de sus tonterías. A la niña la detienen por conducir ebria… ahí está Gabriel, si se quedó sin dinero ahí está Gabriel… si intento hacerla entrar en razón dice que estoy atacándola y… ¡ah! ahí también está Gabriel ¡Hace solo tonterías! ¿Por qué no aprovechas la llamada y le dices que aprenda de una buena vez a comportarse como una adulta?

Mira quién habla.

—¿Desde cuándo tú me dices qué hacer? —Suelto, mirando mi celular; porque me importa poco lo que salga de la boca de él. Roberto suelta un bufido. —¿Sabes? Tal vez tú también deberías comportarte como su hermano de vez en cuando y te darás cuenta de que Catalina no es la persona que tú crees. Ah y tal vez te escuchara también. —Deslizo el ícono verde en mi pantalla y me llevo el celular a la oreja al mismo tiempo que me giro y hablo: —¿Qué sucede?

Roberto se queda callado a medida que avanzo hacia la cocina. Escucho un bullicio del otro lado de la línea y después de unos segundos, la voz de Catalina llega hasta mi oído:

—Quiero mostrarte algo que Elías y yo encontramos en el celular de Roberto. —En el fondo escucho a mi hermano menor peleándose con alguien, Elías nunca se pelea con nadie. Cata hace una pausa, después parece alejarse del celular y volver: —Elías le ha dicho a mamá y está que explota, pero no por lo que pensamos que explotaría, si no... porque entramos al celular de Roberto y según ella no está criando delincuentes. —Se ríe burlesca. —¿Puedes creerlo? Le importa más que estemos revisando el celular de Roberto. ¿Esa es la madre que tenemos?

—Cata, realmente estoy ocupado. —Estar con Roberto no es estar ocupado precisamente, pero quiero que se vaya ya. Por un momento me quedo pensando lo que Catalina me acaba de decir. —¿Podrías llamarme más tarde?

—Te lo enviaré en un texto. —Cuelga.

Arrugo el entrecejo y suspiro, me vuelvo a mi hermano quién está dándole un vistazo a mis fotografías. Una donde específicamente estoy con Cristal. La deja de nuevo en su sitio cuando me acerco hacia él y lo escucho:

—¿Catalina está detenida otra vez? —No se gira al hablarme.

—No. —Finalmente se vuelve mí. Le señalo la fotografía que hace un rato estaba en sus manos y le digo: —Esa también es suya, puedes llevársela si quieres.

Y lo hace, deja caer la fotografía dentro de una de las cajas sin delicadeza. Parece que quisiera decirme algo, pero entonces Luna se aparece en la sala y es suficiente distracción para Roberto. Ella lleva el cabello húmedo, un vestido negro y corto, además está descalza, tan cómoda como si no fue justo ayer que llegó aquí. Roberto, aunque intenta disimular, se ha quedado perdido en ella y nos mira a los dos cuando Luna se me acerca, extiende su mano a mi costado y toma su teléfono que estaba detrás de mí.

—Oye, tengo mucho que hacer. —Le hablo a él, al mismo tiempo que me suena el teléfono y me doy cuenta de que es un mensaje de Catalina. —¿Eso era todo, no?

—Creo que sí. —Me responde él. Debería no prestarle atención al mensaje de mi hermana, pero sin querer presiono la tecla para abrirlo y el cabello rojo de Cristal me llama la atención. Es un video y mi hermana le agrega que lo ha sacado del celular de Roberto. Además, asegura que se dio antes de la partida de mi ex a Inglaterra. —Solamente…

—Dame un segundo. —Lo interrumpo. No sé por qué sigue aquí todavía. Regreso a la cocina cuando el video comienza a reproducirse. Sí, por supuesto que es Cristal, cuando pongo atención al audio me doy cuenta de que Roberto es quién se escucha detrás del teléfono.

El video proyectándose en mi pantalla, muestra a una Cristal acostada cubierta solo con la sábana hasta arriba de los pechos, tiene el cabello despeinado y una sonrisa en el rostro al mismo tiempo que intenta bloquear la imagen del aparato con su mano.

—Rob, basta. —La escucho decir entre risas. —¿Por qué haces esto?

—Me gusta cómo te ves cuando estás despertando. Tengo todos los videos de cuando hemos amanecido juntos. —Se oye la voz ronca y profunda de mi hermano. Aunque él no puede verse, Cristal sí y ahora se está tapando el rostro con la sábana. —¿Entonces…? ¿Qué crees que diría tu novio si mira este video?

—No harías eso…

—¿Crees que no lo haría?

—No lo harías… es tu hermano. —Las imágenes se bloquean, tal parece que el celular ha caído sobre el colchón y ahora lo único que se oyen son risas, besos y gemidos, pero no queda ahí, Cristal continúa hablando: —No puede enterarse, se va a morir. No creo que vaya a superarme en un buen tiempo, digo… fueron cuatro años, no es fácil. Hasta me estoy

comenzando a sentir mal.

—No te sientes mal cuando estamos haciendo el amor. —Se escuchan más carcajadas y yo solo tengo ganas de vomitar. —Por supuesto que no va a superarte ¿Quién podría superarte a ti, preciosa? —Otra risa de Cristal a lo que Roberto agrega: —Pero vamos que no puedes estar en una relación solo por lástima o porque creas que va a acabar ebrio en un bar o en la autolesión. Cuatro meses deben de serle suficiente para asumir que ya no quieres estar con él.

—¿Crees que debería pedirle tiempo y después solo decirle que ya no deberíamos estar juntos?

—Yo digo que le pidas un tiempo, dile que necesitas concentrarte en tu carrera y cuando regreses hablamos con él, le decimos que nos encontramos en Inglaterra y comenzamos a salir, bla bla bla... qué se yo, algo se nos tiene que ocurrir —Él toma el teléfono de nuevo y el video se corta, pero no sin antes escuchar: —Los dos sabemos que Gabriel es tan iluso que se cree todo lo que tú le digas.

Ahora la pantalla está en negro y solo mi reflejo, rabioso y preocupante, es el que visualizo. Siento que el corazón se me va a salir por la garganta, cierro los ojos un momento ¡Qué hijos de puta!

—¿Estás bien? —Escucho a Luna, entonces recompongo el gesto para verla, está sacando algo del refrigerador. Me guardo el teléfono después de aclararme la garganta y le digo que sí, que estoy bien. —¿Estás seguro?

—Sí. —Diviso a mi hermano en la sala y observo la sonrisa que se le forma en el rostro mientras habla por teléfono. Nunca me había sentido tan estúpido. —La verdad no, quiero sacar a Roberto de mi casa ¿Se te ocurre algo para decirle que no sea tan directo?

—Sí… —O eso creo que escuché. Cuando me giro observo que está sosteniendo una manzana con la boca. Se acerca a mí y agrega: —Vete de aquí, idiota. —Me río un poco al mismo tiempo que le quito la manzana de los labios. Ahora más claro me dice: —La verdad es que ni siquiera merece estar aquí. Digo, se está follando a tu ex y… no quiero abrumarte, pero lo más seguro es que estaban cogiendo desde mucho antes.

Me quedo callado, es mejor ni siquiera contar lo del video, es vergonzoso.

—¿Qué harías tú en este caso?

—Yo te conté que me encontré a Ana y a mi ex en la cama. Lo primero que se me ocurrió fue dispararles con el arma de Luisa. Tú podrías hacer lo mismo, pero con más éxito que yo, yo te ayudo a esconder los cuerpos. —Me carcajeo un momento cuando ella me guiña un ojo. Se aleja hacia el refrigerador y después regresa, diciéndome: —Oye, prueba esto.

Me pone en los labios un pastelillo. Tiene una decoración de mariposa azul. Con el entrecejo fruncido le pregunto por el bizcocho cuando me dice que le dé un bocado primero.

—Es harina de coco… —Agrega. —Estoy respetando el hecho de que quieras mantener tu figura.

—No es por mantener mi figura. Soy intolerante al gluten, podrías matarme con eso incluso y… tal vez no debí decirte eso…

Luna se ríe y después me mira con sorpresa, me dice que no se le hubiera ocurrido y que tengo que admitir que su suposición es lógica porque, físicamente hablando, me miro bastante bien. No sé cómo responder a eso. Así que me apresuro a darle un bocado al postre y para mi sorpresa sabe delicioso. Yo no soy un fanático del dulce, pero voy a admitir que esto está bueno.

—¿Dónde lo compraste? —Luna me sonríe y agrega con orgullo:

—Yo lo hice, tenías harina de coco aquí. —Lo más seguro es que esa también era de

Cristal. No acostumbro a hornear cosas. Luna le da un mordisco también al panecillo, pasándose la lengua por los labios cuando el bizcocho se le ha quedado en la boca. —¿Y bien?

—Me gusta, de verdad; pero ¿estás segura de que no estaba caducada? Lo más seguro es que esa harina era de Cristal.

Se queda pensativa un momento.

—Esperemos que no. —Me toma por sorpresa cuando alarga su mano hasta mí y me limpia la comisura de los labios con sus dedos, me sonríe y me muestra su dedo pulgar de color azul. —Pero bueno, entonces sí valió la pena meterme a una clase de repostería para no ir a la universidad.

—¿Qué?

—Larga historia.

—Creo que tengo que irme. —Escucho a Roberto. Me mira a mí, pero le da un vistazo rápido a Luna. Hasta ya se me había olvidado el bendito video. —Cualquier cosa te envío un mensaje. —Le digo que sí, entonces se vuelve a Luna: —Buenas noches.

—Igual. —Le contesta ella cortante, limpiándose las manos con una toalla de papel. Cuando escucho que la puerta se cierra, me vuelvo a Luna quien está dejándome el panecillo en las manos. —Por cierto… —Me dice, alejándose. Se gira hacia mí al llegar a la puerta y agrega: —Tonta esa tal Cristal, Roberto no está tan bueno como tú.

Y me hace reír.

Maldición.

Me repito:

«Tiene veintidós años, Gabriel».

Capítulo 13

Luna

Despierto de golpe, sentada en la cama, con la respiración rápida, palpando la cama donde estoy. Tomo una calada de aire y me dejo caer de regreso sobre el colchón. Joder, qué pesadilla.

Cierro los ojos un momento, con las manos sobre la cara, tomando otra respiración fuerte hasta que los pulmones me arden. Dejo caer los brazos extendidos sobre la mullida sábana y me quedo viendo el techo. Mi vista va del cielo blanco, a la lámpara colgando y después al reloj sobre la pared.

Son las seis en punto.

Menuda hora para despertar.

Intento volver a dormirme, pero es imposible cuando las escenas rondan en mi cabeza otra vez. Suspiro y me pongo de pie de un salto. Voy hasta las cortinas y al momento de correrlas ahogo un grito cuando me encuentro con un hombre colgando desde afuera limpiando el ventanal. Él continúa haciendo su trabajo, sin verme. Carajo. Mejor cierro las cortinas de nuevo.

Antes de salir de la habitación, doy un vistazo hacia el pasillo por si Gabriel se encuentra ahí, miro el sitio despejado y me voy directo al baño para lavarme la cara, los dientes y de paso pellizcarme las mejillas porque maquillaje no voy a ponerme tan temprano. Cuando me miro medianamente decente, salgo de ahí y un olor a comida me envuelve entera, ahora me ruge el estómago y cuando llego a la cocina, lo siguiente que veo es algo para lo que no estaba preparada.

Digo, nunca en mi vida había despertado y me había encontrado con un hombre sin camisa, cocinando y tarareando por lo bajo alguna canción que no logro reconocer, pero supongo que es la que está escuchando porque lleva audífonos; pero no es todo, tiene una toalla en el cuello y el cabello ligeramente húmedo parece que acaba de ejercitarse.

¡Carajo! Que tener un orgasmo visual tan de mañana debería ser un delito.

—Buenos días, Luna. —Escucho a mis espaldas. Ahogo un grito que hace a Gabriel voltear a ver con impresión. El sirope se le ha caído y me ha salpicado. —¿Estabas muy intrigada, no? —Pregunta Juan, el amigo de Gabriel, con picardía. Maldita sea.

Con la mano en el pecho intento recuperar la respiración, al parecer, hoy es un buen día para morir del susto.

—Ahora tú vas a recoger eso. —Le dice Gabriel a su amigo señalando el caos que hay en el piso. Juan lleva ropa deportiva, así que lo más seguro es que sí andaban ejercitándose. Toma una botella de agua del refrigerador y se vuelve a Gabriel:

—No, yo… —dice, viendo su reloj. —ya me voy. Es tarde. —Todo esto lo dice mientras camina hacia Gabriel, le dice algo al oído, toma un plato, unas tostadas francesas y antes de salir por la puerta, se vuelve a mí: —Fue un gusto verte, Luna. Puedes seguir admirando el paisaje. —Señala el ventanal, pero en el recorrido de su dedo señala a Gabriel. Carajo.

—Me devuelves mi plat… —Juan cierra la puerta. —Maldición.

Me vuelvo a Gabriel quién también se ha quedado viendo el lugar por el cual Juan desapareció, después su vista cae en mí, especialmente cuando se me ocurre saborear la gota de sirope que me ha caído en el brazo. Suelta una risita, pero no dice nada y antes que suelte

cualquier cosa, pregunto:

—¿Qué haces despierto tan temprano?

—Ejercitarme. —Además le agrega que va a por el trapeador. Me ofrezco yo a ir por el objeto pero Gabriel no me deja, me hace sentarme sobre una butaca frente al desayunador y me pregunta: —¿Qué haces tú despierta tan temprano?

—Tuve una pesadilla. —Lo veo alejarse por el pasillo y hasta que regresa, continúo: —Soñaba que el señor de la avena Quaker me estaba siguiendo. —Gabriel enarca una ceja y se detiene frente a mí. —¿Crees que se parezca al abuelo de tu ex?

—¿El señor de la avena Quaker?

—Sí, ya sabes… que en realidad el que yo creía que era el señor de la avena Quaker sea el abuelo de tu ex… digo ¿por qué me estaría siguiendo el señor de la avena Quaker?

—¿Por qué te estaría siguiendo el abuelo de mi ex?

—Tal vez porque no está en el lugar que él quería estar. —Gabriel se muerde el labio inferior en un gesto divertido y suelta una risita bastante…*atractiva*. Comienza a trapear y se detiene para decirme:

—Vamos a evitar comentar sobre eso frente a cualquier persona ¿de acuerdo?

—¿Comentar sobre mi pesadilla con el señor de la avena Quaker?

—No, comentar sobre el hecho de que lanzaste al abuelo de Cristal a un rio. —Va, que así se escucha mal, bastante mal. —Pero no te preocupes, que en cualquier lugar está mejor que con Cristal. Vivió aquí conmigo por los últimos dos años, Cristal ni siquiera debe acordarse de él.

Hago silencio un momento, ahora siento pena por el pobre anciano. Va, que estuvimos juntos solo un par de horas y ya siento hasta empatía por él. La risa de Gabriel me trae de vuelta a la escena y enarco una ceja cuando se postra frente a mí con una sonrisa divertida.

—Lo siento, es que… no sé ¿has pensado en ser comediante?

—No… —Respondo de inmediato negando con la cabeza… —Nooo… digo, a los comediantes ni siquiera los toman en serio. —Con una sonrisa Gabriel se aleja mientras deja la fregona a un lado. —¿Tú conociste al abuelo de tu ex?

—No, murió hace más de diez años. —Nunca pensé que el que mantuviera este lugar tan pulcro fuera el mismo Gabriel. Me doy cuenta cuando pulveriza un líquido aromatizante sobre la superficie donde estoy y con un pañuelo comienza a limpiarlo. —Solo sé que era un abogado importante en su época.

—¿Tienes fotos? Digo, me comí casi la mitad de ese señor, al menos quiero conocerlo. —Gabriel me mira con una expresión de completa diversión. Estaba a la altura del desayunador observando si el lugar estaba lo suficientemente limpio, pero ahora me está viendo a mí.

—No, no tengo fotos. —Agrega con una risita corta. Se aleja a la cocina y pongo atención a lo que está haciendo ahí cuando toma un cucharón. —Había una en la casa de la familia de Cristal, pero no le puse mucha atención ¿Quieres desayunar?

—¿Tú cocinas? —Me pongo de pie para ir hacia donde está él, aunque no se gira en mi dirección, me contesta:

—He vivido más de diez años solo, Luna. ¿Cómo crees que no puedo cocinar? —Esbozo una sonrisa en respuesta. —Aunque aquí parece que hay comida para unas cinco personas. Es que Juan Pablo siempre se queda y come unas tres veces. No creas que es flaco porque se ejercita, en realidad necesita toda esa comida para no desaparecer.

—Entonces Juan Pablo y yo tenemos algo en común.

Lo siguiente que hace es algo que no me lo hubiese esperado nunca… el plato que ha tomado, lo llena de comida… bastante comida… y lo pone a mi lado sobre la encimera, con el tenedor toma algo y me lo lleva a la boca… a mí.

—Toma, no quiero que te desaparezcas.

Intento no reírme tomando el bocado que él me ofrece y después deja el tenedor de regreso al plato, nos vemos a los ojos un momento, hasta que él se aleja y se va en dirección al refrigerador.

—Oye, esto está bueno. —Hablo de la comida, pero también de él. No puedo evitar darle un vistazo a su espalda, fuerte, definida y casi me atraganto cuando rápidamente tengo que ver hacia otro sitio por él se ha girado hacia mí.

—Eso no es nada. Si sobrevives hasta el fin de semana prepararé algo mejor. —Me río, aunque no sé cómo tomarme ese «si sobrevives hasta el fin de semana» ¿eso significa que hay posibilidades que no sobreviva hasta el fin de semana? Joder. Gabriel me sonríe, me da un vaso y lo rellena de jugo de naranja. —Voy a bañarme.

Todavía no estoy en la confianza para decirle que lo acompaño.

—¿Necesitas que te lleve a algún lado antes de irme a trabajar?

Niego con la cabeza, pero entonces lo recuerdo: No tengo dinero. Maldita sea.

—Bueno… tengo que ir a la academia…

—Bien, yo te llevo… —Es todo lo que dice y ya, se va sin dejarme replicar siquiera. Okey.

Suspiro. Tomo un sorbo del jugo de naranja y lo dejo sobre la encimera junto al plato de comida al cual le doy otro bocado. Voy a buscar mi teléfono celular, pero a mitad del pasillo me detengo, la puerta del baño está entreabierta y el baño es de vidrio corrugado… digo, puedo ver la silueta de Gabriel detrás. No tan clara como me hubiese gustado, pero me inclino un poco más para ver si alcanzo a ojear un poco, pero nada, mi vista queda bloqueada por el marco de la puerta. Intento abrir lo suficiente, de puntitas intento empujar la madera y no me percato de la humedad que hay debajo de mí. Mi pie se resbala y caigo de espaldas al suelo.

Mentiría si digo que no me dolió ¡Miér… coles! pero no es todo, el florero sobre la mesa a mi lado se tambalea, hago malabares para sostenerlo y que el bendito objeto no se haga añicos, pero no sirven de nada. Se cae haciendo un sonido estruendoso y de paso me salpica de agua. Maldición.

De inmediato dejo de escuchar el agua de la ducha y un momento después Gabriel está de pie junto a mí, tal vez debería fingir un desmayo… que perdí la consciencia… o morí, yo qué sé, pero cualquier cosa es mejor que esto… Va, que ya no me da tiempo de hacer nada ¡Qué vergüenza, Dios!

—¿Estás bien? —Del pelo le caen gotas de agua y le deslizan por la cara, el torso y llegan hasta el borde de la toalla que lleva amarrada en la cintura. Mira el florero hecho basura. Me intento poner de pie, pero me resbalo de nuevo. —¿Qué pasó?

—Me atacó. —Replico de inmediato. Gabriel se ríe y después se acuclilla a mi lado. Me tiende la mano para ayudarme a poner de pie. —Lo lamento… prometo que voy a pagártelo. En serio, lo prometo.

—A este paso, solo vas a trabajar para pagarme todas las cosas de este apartamento.

—Lo siento… —Gabriel se pasa las manos por la cara, tiene una sonrisa y un rayo de luz que proviene de la ventana le pega directamente en los ojos. Con la claridad dándole en lleno, sus ojos adoptan un tono Olivo… Me quedo viendo la mirada de Gabriel y me tiende la mano

otra vez, pero esta vez con éxito me ayuda a ponerme de pie.

—¿Podrás terminar de alistarte sin que rompas otra cosa?

—No puedo prometerlo. —Es mejor que crea que soy torpe a que se imagine que provoqué esto por estarle viendo en la ducha. Me giro para ir directo a mi habitación, bueno… no es mía, es suya… pero ¡bah! Que se entiende. Cierro la puerta a mis espaldas y finalmente siento que puedo respirar cuando me dejo caer contra la misma soltando un bufido.

¡Carajo, qué día!

Voy hasta mi celular que está sobre la mesa de noche, pero recuerdo que ya no hablo con Luisa; por tal motivo, no tengo a quien contarle esto. Maldita Luisa. Suspiro y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. Miro el cielo falso de color blanco y las imágenes de mi pesadilla se me regresan a la mente. Me pongo de pie de un salto y me voy directo al guardarropa.

—Puedes usar el baño. —Escucho después de un suave golpe en la puerta. —Solo tenemos treinta minutos.

Treinta minutos para mí son suficientes. Al menos hoy, porque hago todo tan deprisa con el motivo de evitar encontrarme con Gabriel después de lo que pasó. No es tan difícil, porque después de terminar de arreglarse, se sienta sobre el desayunador frente a su laptop y de ahí no se levanta hasta el momento que le digo que estoy lista.

Gabriel es el sujeto más caballeroso que alguna vez haya conocido; es atento, atractivo, inteligente y generoso… de esto último me enteré en el momento que íbamos en su auto y en un semáforo en rojo un anciano se acercó a la ventanilla de su lado. El señor vendía rosas, antes había observado como todos habían ignorado al pobre tipo y no esperaba que Gabriel fuese el primero en bajar la ventana y hablar con él.

—¿Una rosa para su novia? —Le dice justo en el momento que se acerca. El hombre araña se ríe un poco y se saca la billetera. El hombre lleva ropas remendadas, pero está limpio y arreglado. —A mi esposa le encantaban, sé que a ella también.

—¿Cuántas quieres, Luna? —Pregunta viéndome al mismo. Todavía estoy pensando qué contestar cuando un par de niños se acercan al señor, ellos también llevan rosas. Gabriel los mira a los tres y después le dice: —¿Vende todas las rosas diario?

—No, no diario… —Contesta el hombre con un ligero cambio en su gesto. —Con suerte vendo la mitad en un día.

—Bueno… yo las quiero todas. —Son como treinta rosas o más. No lo sé. Lo único de lo que soy consciente es que es un ramo de rosas enorme que los niños me entregan cuando Gabriel baja la ventanilla de mi lado. Además, le dice al hombre que se quede el cambio antes de poner el auto en marcha.

Es que Gabriel es como sacado de un cuento de hadas. No puedo evitar pensar que debe tener un defecto bastante cabrón; porque, digo, quién en su sano juicio dejaría a un tipo como él por ese tal Roberto.

—Si necesitas algo no dudes en enviarme un mensaje. —Me dice, antes de bajarme del vehículo. No puedo llevar todas las rosas conmigo, así que solo tomo una y el resto se quedan en el asiento.

—Está bien.

—Cualquier cosa que necesites, Luna.

—Sí, entendí. —Le sonrío y él hace lo mismo. Ni siquiera sé cómo despedirme de él, va… que Gabriel me pone nerviosa. Así que solo me bajo del auto después de agradecerle y le dedico un adiós moviendo mis dedos mientras él se aleja. Cuando el auto del hombre araña ya no

es visible suelto todo el aire de mis pulmones y camino hacia el interior de la academia inhalando el aroma de la rosa en mis manos.

Algo en la puerta de entrada me llama la atención, tomo el papel que está pegado y miro con más detenimiento, es un anuncio, uno que se lee en letras grandes «Desaparecida» y ahí estoy yo, es mi cara y la foto más fea que tengo en Facebook, están mis características físicas, mi estatura, mi edad y cuando fui vista por última vez, también dice: Responde al nombre de Luna.

Como si está buscando a un perro.

Luisa, por supuesto que esta solo puede ser Luisa.

Miro alrededor porque sé que me está viendo y si no me está viendo ella, lo está haciendo alguien más. Mi izquierda, mi derecha, la calle por donde llegué con Gabriel, sí ahí está… en una camioneta gris, una que ya reconozco y cuando me acerco rápido, el sujeto dentro del vehículo intenta arrancar, pero yo alcanzo a colgarme de la ventana. Me caigo cuando el frena de golpe ¡Santo escarabajo! Que eso sí dolió.

—¿Estás bien? —Grita el tipo desde la ventana de la camioneta. El sujeto rubio, con el cabello algo alborotado y algunas pecas se acerca a mí corriendo. El compañero de trabajo de Luisa se compone las gafas y me tiende la mano para ayudar a levantarme. —Vas a matarte ¿Y sabes qué va a pasar después? Tu hermana va a matarme a mí. Y tú ya la conoces, te imaginas que eso va a ser lento y doloroso ¿Estás loca?

—¿Dónde carajo está Luisa?

—En la comisaría.

—¡Pues entonces llévame a la comisaría! —Él duda, como si yo no supiera que es Luisa quién lo ha mandado a vigilarme. Sí, no es la primera vez. —¡Que me lleves con ella! —Me voy al vehículo y me ubico en el asiento del copiloto antes que él. Se acerca del lado del volante, pero no entra, solo abre la puerta y le digo: —Ahora.

Él traga saliva, me hace un gesto con su mano que interpreto como que tengo que esperarme. Yo no quiero esperar nada.

—Está bien… está bien… Solo… solo prométeme que no vas a decirle que me viste ¿Es un trato?

Lo bueno es que no prometí nada, porque cuando llego y observo a Luisa a la distancia, sosteniendo unos papeles y un vaso de cartón repleto de café. Lo primero que le digo al acercarme a ella es:

—Fede siguiéndome ¿Es en serio, Luisa? —Ella suelta un suspiro, deja el café sobre la mesa que tiene a un lado, también los papeles y se lanza hacia mí provocando que casi caigamos de espaldas:

—Hija de tu puta madre, Luna ¡maldita sea! ¿Dónde carajos estabas? ¿Cómo se te ocurre desaparecerte así de la nada? ¿Qué coño? —Me comienza a besar la cara también y tengo que apartarla porque estoy encabronada. —¿Querías matarme? Eso es, ¿verdad?

—¿Qué es esto? —Le muestro el letrero con mi foto. —¿Por qué parece que estás buscando a un perro? ¿Estás de mente? ¿Y la foto más horrible de Facebook?

—Tú eres la que está de mente ¡Te fuiste a la casa de un desconocido! ¿Qué carajo, Luna? —Lo sabía, sabía que Luisa iba a hacer algo así el día que yo no apareciera. Digo, es Luisa y no es la primera vez que lo hace. Siempre sabe dónde estoy exactamente ¡Siempre!

—¡Tú fuiste quién me dejó tirada en una playa con un desconocido! ¡Me dijiste que no querías volver a verme!

—¡Pero tú nunca escuchas, Luna! Pensé que volverías ¡Cómo siempre lo haces! Que te

tirarías en mi cama como si nada hubiera pasado ¡Es lo que has hecho toda tu vida, por el amor de Dios! ¿Desde cuándo tú pones atención lo que yo te digo? Regresé a buscarte cuando vi que no aparecías y no estabas por ningún lado. ¿Y te fuiste con una persona que apenas conoces? ¿Quieres que te maten?

—Oh, te recuerdo que eso no te importaba cuando me hiciste una cita con un desconocido en esa bendita aplicación de internet.

—¡Porque no pensé que te irías a su casa! ¿Estás loca? ¿Y qué hacías fuera de la ciudad ayer? ¿Qué es eso que estabas tirando al río? —Lo siguiente me lo dice en un susurro, pero con la voz firme e intimidante: —Solo dime que no era droga.

—¿Qué? —Oh Dios, aunque hasta eso suena mejor que decirle que estaba dejando ahí a un hombre muerto. —Por supuesto que no era droga, Luisa ¿Por qué mandas a alguien a seguirme?

—¿Todavía preguntas por qué? Tú me obligaste, no contestabas el maldito teléfono. —Voy a protestar, pero entonces antes de decir algo escucho a mis espaldas:

—Señorita bolas. —Es el jefe de Luisa. El jefe de jefe de todos los jefes del lugar de trabajo de mi hermana. —Qué gusto verla por aquí. Su hermana me comentó que estaba desaparecida.

Genial, genial.

—Señor comisionado. —Digo, ocultando mi nerviosismo. Mirando a Luisa con rabia, me giro hacia él con una sonrisa: —Qué gusto saber que no le truenan todos los huesos todavía.

Mi hermana me golpea las costillas con su codo ¡Auch! El comisionado suelto una pequeña risa, fue tan rápida que no sé si fue producto de mi imaginación nada más.

—Espero que no se vuelva a desaparecer mucho tiempo. —Le entrega un documento a Luisa y ella lo sostiene asintiendo con la cabeza. —Que tenga buen día, Rodríguez.

—Tome mucho calcio. —Le digo, cuando se está alejando. El anciano se detiene, se gira hacia mí y dice que va a seguir mis consejos. Me vuelvo a Luisa y entonces, me da un golpe en la frente. —¡Auch! ¿Qué carajos te pasa, Luisa?

—Eso es por haberte desaparecido. —Me da otro golpe. —Ese por hacerme gastar dinero en Federico para que te siguiera. —Otro golpe más, hija de... —Y este por irte a vivir con un tipo al que apenas conoces. ¡Ah! Y este —Otro… ¡Carajo! —Es por llamarle anciano a mi jefe. Te regresas a mi apartamento hoy mismo.

—¡No voy a regresar a tu apartamento!

—¡Oh, Dios! Solo dime que no te estás acostando con él, Luna.

—¡Ja! Deseara estarme acostando con él. —Caray, debí haber bajado la voz. Luisa suspira, se lleva la mano a la frente y toma una calada de aire. —¡Pero no! —Bajo la voz para lo siguiente que voy a decir: —¿Sabes que le conté? Que soñé que el señor de la avena Quaker me estaba siguiendo. A estas alturas debe creer que estoy loca.

—Y sí estás loca, Luna. No le dices al hombre con el que te quieres acostar que soñaste que el señor de avena Quaker te seguía. —Se burla entre risas y yo solo me muerdo el labio inferior mirando a mi hermana. Lleva una bufanda que hasta este momento se me comienza a hacer sospechosa. —Tienes suerte si todavía te habla. —No le presto mucha atención. A ver… yo llevo jeans, un top y la chaqueta en manos, así que puedo asegurar que aquí no está frío. Cuando ella se gira viendo el documento que el señor comisionado le entregó, aprovecho para quitarle la prenda que no pega ni con cola con su uniforme. —¿Qué… Qué te pasa?

Lleva un chupetazo en el cuello, se lo intenta tapar con la mano y yo llevo mi vista de su

cuello a sus ojos. Me arrebata la bufanda de las manos y vuelve a ponérsela.

—¿Con quién te estás acostando ahora?

—Con nadie. Lo que yo no entiendo es por qué todavía no te has ido a meter a la cama del hombre araña a medianoche…

—¡¿Qué?! Hasta hace un momento me estabas diciendo que no… —Hago una pausa, intenta distraerme ¡Ja! La señalo con mi dedo. —¡No vamos a cambiar de tema, Luisa! —Entonces en ese momento aparece Federico con una bolsa de comida en cada mano. No me había fijado en que él lleva una bufanda también. Se detiene cuando me mira y se da media vuelta de inmediato para regresar. Me vuelvo a Luisa lentamente:

—¿Federico? ¿Es Federico? —Mi hermana se muerde el labio inferior. Federico es algo así como el aprendiz de Luisa. El más nuevo de toda la comisaría y el más joven. Mi hermana se encoge de hombros y se acomoda la bufanda. —Luisa. ¡El tipo es como diez años menor que tú!

—¡Siete años! Tiene veinticinco. Bueno, va a tener veinticinco. —Dice tan fresca, alejándose hacia un mural de noticias y despega algo de ahí para llevarlo a los folios que lleva consigo. —Sé que se ve más joven, pero qué importa, él es… es bastante bueno... si sabes a lo que me refiero —Enarca una ceja. Le hago una seña con mi mano indicándole que no quiero escuchar más, entonces me dice: —¿Le digo a Federico que te lleve de regreso a la academia?

—No… gracias… —Me doy media vuelta para irme de ahí, pero entonces recuerdo que no tengo dinero, ni como volver a la academia y, por supuesto, que no pienso llamar a Gabriel para esto. Maldita sea. Me giro hacia ella y contesto: —Está bien ¿Y puedes mandarme mis cosas, aunque sea con él, por favor? No quiero usar la ropa de la hermana de Gabriel.

Capítulo 14

Gabriel

Miro a Luna y ella me mira a mí.

Digo, hipotéticamente hablando.

No es que me esté viendo literalmente, si no que su fotografía es la que parece mirarme fijo. Es una imagen suya que me apareció de repente en la publicidad de Facebook, cuando le eché un vistazo al perfil de Cristal.

Fue algo así como un tirón de cabello por hacer algo que no debía, como revisar el perfil de mi ex, por ejemplo.

Pero vamos que fue curiosidad nada más cuando la pelirroja le dio me gusta a una fotografía de mi perfil, sí… una imagen en la que estábamos ella y yo juntos, pero es una foto de hace más de dos años aproximadamente. Entonces, me llamó la atención su fotografía de perfil, era una tomada en el lugar donde ella y yo nos conocimos, pero esta vez Roberto estaba ahí. Siempre Cristal habló de lo importante que era ese sitio para ella, porque le recordaba a mí y no sé qué más mierdas. En fin, en el momento que le di click a la imagen de Cristal junto a mi hermano mostrando la sortija en su dedo anular, apareció Luna…ahí… viéndome fijo.

—Entonces, abogados… a facturar. —Habla mi jefa y cierro la laptop de golpe cuando Juan me da un vistazo rápido para hacer alguna pregunta que no logra articular porque mi jefa se dirige a mí: —Gabriel, sorpréndenos, como siempre.

Entonces todos se ponen de pie, los demás se despiden con un sutil movimiento de cabeza y después de yo asentir en respuesta, mi jefa me da una sonrisa y se retira. Juan entonces se vuelve a mí, después de dejar los papeles sobre el escritorio, me dice:

—Cómo que Matilde está muy contenta contigo… —Toma el folio de él y le da una hojeada. Levanta la mirada y con una ceja enarcada, me pregunta: —¿No crees?

—¿Celoso? —Suelto con picardía, riéndome un poco. Abro la laptop de nuevo, pero al mismo tiempo mirando a Juan quién con un gesto cínico, responde:

—¿No estarás consiguiendo los mejores casos de otra forma, verdad? —Y arquea las dos cejas otra vez. Le da un vistazo al lugar donde Matilde se fue y se vuelve a mí. —Porque dices que no te gustan tan jóvenes, pero nunca has mencionado si te gustan las mayores.

—No es por jactarme, pero no necesito recurrir a esas técnicas. —Chasqueo la lengua. Tomo mi celular que hasta el momento descansaba sobre el escritorio y miro el mensaje de Luna. Hace unos instantes le pregunté si había alguna posibilidad que ella estuviera en alguna campaña publicitaria porque acababa de verla.

De: Luna.

¿Secretos y canciones?

Es todo lo que dice el texto. Arrugo el entrecejo, mis dedos se posan sobre la pantalla y miro, de nuevo, la imagen de Luna. Es todo colorido, incluso la paleta que tiene en manos. Sí, en la parte alta de la fotografía dice *«Secretos y Canciones»*

—¿Por qué estás viendo la foto de Cristal y tu hermano? —Escucho a mi colega, Javier, detrás de mí. Carajo. Entonces Juan toma mi laptop y lo mira él. —Eso no es sano. Cada copa que nos tomemos hoy será un peso de dignidad para Gabriel. ¿Te apuntas, Juan?

—¡Nah! Está viendo a Luna. —Exclama él de inmediato, sin despegar la vista de mi

computadora, se vuelve a mí: —¿Sí es Luna, verdad?

—¿La *sugarbaby* de Gabriel? —Pregunta Javier rápido. Entonces, los dos se miran y sueltan una carcajada. Santo escarabajo.

Ni siquiera sé cómo es que esa frase salió de mí.

Javier toma entonces mi laptop y mira el *ad* en el que aparece Luna. Me mira a mí y después la imagen, otra vez. Niego con la cabeza al mismo tiempo que respondo el mensaje de Luna y le digo que sí, sí es «Secretos y canciones».

—Bueno, esta chica está mucho mejor que Cristal… —Asegura Javier.

—Mucho. —Afirma Juan.

—Ni siquiera parece de veinte años… si te consuela.

—Tiene veintidós. —Corrijo.

—Veintidós… como sea, pero Cristal se le queda corta y no lo digo solo porque no me agrade Cristal. —Continúa Javier devolviéndome la computadora. La imagen de mi hermano junto a mi ex mostrando su anillo de compromiso queda de nuevo frente a mí. —Qué bien se siente poder decir que no me agrada Cristal finalmente.

—Es como una versión malvada de Ron Weasley. —Agrega Juan, burlesco. A él jamás le ha agradado Cristal tampoco, a nadie en realidad. Nunca lo comprendí, hasta ahora. Aunque no es algo que parecía molestarle a mi ex siquiera.

—Es como si la señora Molly Weasley y Lord Voldermort hubieran tenido sexo. —Continúa Javier sentándome frente a mí. —Y de esa ocasión nació Cristal ¿Cómo la soportabas Gabriel?

—Lo mismo me pregunté siempre. —Dice Juan soltando una risita. Los dos me miran esperando mi respuesta. Mejor me concentro en mi celular cuando este suena otra vez. Miro de nuevo el mensaje en mi pantalla para responderle a Luna después que me dice:

De: Luna

Es la radio para la que trabajaba.

Para: Luna

¿Tienen autorización para usar tu imagen?

—Gabriel… —Escucho a Catalina llamarme desde que entra al salón. Trae unos folios consigo y un gesto que me hace preocuparme con solo verla. Entonces se inclina para hablarme al oído y susurra: —Mamá está aquí.

—¿Qué? —Toma una calada de aire, se endereza y suelta un bufido.

—Que mamá está aquí y dice que quiere hablar contigo. —Arrugo el entrecejo y después cierro los ojos un momento para intentar no entrar en pánico. Maldita sea.

—Dile que estoy trabajando.

—Eso le dije, pero insiste. Dice que si no la atiendes ahora irá a tu casa todas las veces que sea necesario. —Eso es suficiente para que yo me ponga de pie. Digo, la conozco y es capaz de hacerlo incluso porque no le conteste una sola llamada. Y por el momento, es obvio, que no puede llegar a mi apartamento.

—Está bien.

—Y… Gabriel —Me detiene mi hermana antes. —Si me menciona en algún momento de la conversación, no le hagas caso. —La miro serio, se muerde el labio inferior y mira hacia la pared de al lado para no verme a los ojos. Carajo.

—A ver… ¿Qué hiciste…? —Creo que ni siquiera vale la pena preguntarle, de todas formas, mi madre va a decirlo y entre más rápido acabe esta reunión con ella, mejor. —Solo

espero que no la hayas cagado, Catalina. En serio.

—Lo siento.

Cuando llego a mi oficina, mi madre está ahí. Puedo verla a través del vidrio, con una pierna cruzada sobre la otra en el sillón frente a mi escritorio. Está dándole un vistazo a una fotografía. Una fotografía de mi padre y yo.

Le resto importancia a su presencia cuando entro y miro el mensaje que tengo de Luna en mi celular:

«Creo que sí, no lo sé. Pensé que se acababa cuando Lisseth me despidió»

Tecleo una respuesta al mismo tiempo que observo de reojo a mi madre darme un vistazo rápido.

«*Entonces dile que ya no use tu imagen, o que de lo contrario tomarás acciones legales*»

—Ya veo por quién tienes más favoritismo. —La escucho. Ni siquiera me mira cuando habla. Deja el retrato donde estaba y, finalmente, se vuelve a mí.

—¿Todavía te atreves a decir eso? —Pregunto irónico dejando el teléfono sobre el escritorio. Mi madre suspira, se pone de pie arreglándose el vestido y después se lleva la mano al moño que lleva recogido sobre la cabeza.

—Tanto así que le dijiste que tienes novia y no me lo habías dicho a mí. —Estoy sentándome en ese momento y casi me voy de espaldas.

—¿Qué? —A ver… a ver… a ver… ¿qué? —Pues yo no recuerdo haberle dicho eso a mi padre.

—Entonces ¿quién era la chica frotándote la entrepierna? —Oh diablos, sabía que mi padre haría esto. Es uno de los aspectos negativos de tener padres divorciados y que todavía mantengan una amistad entre los dos.

—A ver, mamá. Esa es mi vida privada, yo no te pregunto sobre tus cosas personales. —Abro la computadora y, otra vez, la imagen de Cristal y Roberto está ahí.

—¿Entonces sí sales con alguien? ¿Es esa chica agente de servicio al cliente de la que habló Catalina? —Y miro a mi hermana, ella agacha la cabeza y abre la puerta para segundos después salir de ahí. Me froto la cara con ambas manos y miro a mi madre.

—A ver, ¿desde cuándo te importa si salgo con alguien?

—Gabriel… no me hables así que soy tu madre. ¿Estás molesto conmigo? Es eso ¿verdad? ¿Quieres que comience a maldecir a Roberto y a Cristal? ¿Qué se alejen de nosotros y tenga nietos a los que no vaya a conocer solo por una tontería? Todas las personas comenten errores, Gabriel. Si no… A ver, ¿qué hiciste tú si tu relación con Cristal no estaba funcionando?

—Ah, va, entonces es mi culpa ¿no? ¡Claro! Se folla a mi hermano y todavía tengo que culparme yo… —Me río, es que no puedo evitarlo. —Entonces, si Víctor te pone el cuerno, sería tu culpa ¿no? —Víctor es el esposo actual de mi madre. El padre de mis dos hermanos menores.

—¡No es a lo que me refería, Gabriel! —¿Entonces a qué? Pero no le pregunto, me vuelvo a reír, aunque solo un poco por lo irónico del asunto. Mi madre suspira y busca algo dentro de su bolso. Saca un papel de ahí, ni siquiera titubea cuando me lo extiende. Miro el papel enrollado como un pergamino y un listón dorado sosteniéndolo. Lo tomo en mis manos y después de desplegarlo me doy cuenta de que es la invitación a la boda de Roberto y Cristal… una invitación para mí.

—Tú sabes que yo no estoy contenta con Roberto, pero también tengo que ser imparcial, Gabriel. Los dos son mis hijos, a los dos los quiero ver felices y no puedes estarme poniendo en una situación incómoda. —Oh, claro. Es ella la que está en una situación incómoda. —Si él es

feliz, si Cristal también es feliz con él… —Hace una pausa. —Roberto ya escuchó de mi parte…

—Sí, escuchó de su parte mientras le servía su plato favorito. —Entra Catalina otra vez. —Y fue solo un... no quiero estar en ningún bando, él dijo que no tenía que estarlo y ella suspiró. Eso fue todo. —Agrega mi hermana, acercándose a mí con una sonrisa cargada de ironía para Caterine, mi madre. —Sí, un montón le dijiste, mamá ¡Hasta le dieron ganas de irse de la casa! Obvio eso es sarcasmo, porque todos sabemos que prefiere estar en tu casa con tal de no pagar su propia comida o sus propios servicios básicos. ¡Aww! Tu enorme bebé va a casarse…

—Catalina ¡Basta!

—Okey… okey —Interrumpo a mi madre. Esta conversación me tiene con dolor de cabeza. Dejo el papel al lado de mi laptop y continúo: —Mamá, tengo que trabajar ¿Hay algo más por lo cual has venido?

—Bueno… —Toma su bolso del lugar donde estaba —puedo pasarme por tu apartamento después para que charlemos tranquilos... —hace énfasis en las siguientes palabras: —y solos.

—No puedo…

—Entonces, este fin de semana.

—Mamá, ya hablaste con él… —Explota Catalina, de nuevo. —Puedes irte, todas las puertas están abiertas. —Catalina es ruda con mamá cuando se le antoja y a veces tiene razón. La verdad es que sí es una buena asistente, porque tiene la capacidad de sacar a cualquiera con quién yo ya no quiera hablar, sea quien sea y cualquier cargo que tenga. —No es como que te importara tampoco. Digo, invitaste a Roberto y a Cristal a comer para hablar sobre los detalles de la boda y dijiste que ibas a procurar que Gabriel no cometiera una tontería…

—Catalina, no. —Advierto. A ver ¿qué?

—Es que ni siquiera le importa que esas dos moscas muertas te hayan estado viendo la cara todo el tiempo. Miró el video y nada más dijo…

—¡Catalina! —Mi madre, de nuevo.

—¡Oh! ¿Ahora temes que le diga algo? ¿En serio? Te molesta que repita tus palabras «Que Gabriel no se entere de esto», disfrazadas con un «Solo me preocupo por él, esto no va a sentarle nada bien» Por cierto, Caterine, cuéntale que harás este viernes.

—¡Oh, no! No voy a seguir tu juego Catalina. —Exclama mi madre después de un bufido. Se acomoda el bolso y sale de ahí resonando sus tacones por todo el piso. —Te llamo después, Gabriel.

Se va, por fin. Mi hermana se vuelve a mí suspirando y me entrega una pluma.

—¿Qué hará el viernes? —Pregunto, tomando el lápiz que me extiende.

—Acompañará a Cristal a buscar su vestido de novia. —No me sorprende. Leo el papel que Catalina me entrega, entonces me susurra: —Lo peor de todo es que la mosca muerta cree que tú sigues llorando por ella, que te emborracharás y cometerás una locura el día de su estupenda boda de no sé cuántos miles de dólares. Escuché que se lo decía a su amiga el día del cumpleaños de Ian.

—¿Qué? —Me río irónico. Dejo la pluma sobre el escritorio y me dejo caer en el respaldar de mi silla. —A ver… ¿Y qué es eso de mi novia agente de servicio al cliente?

—Tenía que decir algo para que Cristal detenga esa tontería de que estás muriéndote por ella ¿Quieres mi consejo?

—No.

—Igual te lo voy a dar porque esa perra te envió la invitación más barata que consiguió

¡Por Dios! Están dando invitaciones con acabados de vidrio a todos, con una botella de vino también, una caja personalizada que diseñaron exclusivamente para ellos dos, ¿Y a ti te envía esto? —Mi hermana toma el papel con desprecio y lo deja caer de regreso. —Es un «Te invito por lástima, pero de todas formas por favor no llegues» —Incluso hace comillas con sus manos. Miro de Catalina al pliego que se cae al suelo. Mi hermana se para encima y se limpia los pies en él como una alfombra.

—Pues genial. —Digo, viendo la invitación debajo de sus zapatos. —Porque no pienso ir de todas formas.

—¡Oh! ¡Claro que irás! ¿Y sabes qué más harás también, Gabriel? —Me señala con su dedo índice. —Irás con la chica más guapa que hayas conocido. No sé si es la chica agente del servicio al cliente o quién, pero vas a hacerlo de todas formas.

Mi celular nos interrumpe, la fotografía de Luna interrumpe mi pantalla y, por supuesto, no está lejos de los ojos de mi hermana. Ella enarca una ceja cuando yo pongo mi mano sobre el aparato y lo alejo de su vista. Tapo también el lugar donde se muestra su nombre. Restándole importancia tomo el celular y lo dejo en mi bolsillo, la llamada se corta. Juan y Javier entran a mi oficina, pero el segundo se detiene al ver a mi hermana. Firmo el documento para que se vaya porque no hay forma de seguir esta plática frente a estos dos y sí lo hace. Al pasar a la par de Javier, este le dice:

—Bonitos labios.

—Son para decirte que no.

Le cierra la puerta en las narices. Juan se ríe y yo me vuelvo a Javier quién después de quedarse estático en la dirección a la que mi hermana se ha ido, se gira hacia mí.

—Cada copa que nos tomemos hoy será un peso de dignidad para ti Javier. —Suelto con picardía repitiendo lo que él me dijo hace unos minutos. Me pongo de pie al mismo tiempo que me señala con el dedo y agrega:

—¿Esto significa que sí te unes hoy?

—Eso significa que dejes a mi hermana en paz. —Javier suelta un bufido exagerado y nervioso. —Lo digo por tu bien, Catalina puede sacarte las vísceras si se le da la gana.

—Es verdad. —Afirma Juan, dándole una palmadita con fingida preocupación en la espalda.

—¡Vamos! Que fue solo una bromita… —Habla balbuceando. Me da unos papeles y continúa: —Por el color… ya sabes… rojo. —Se señala los labios. Se da media vuelta y dice antes de perderse por la puerta: —Los veo después.

Juan y yo nos quedamos viendo en la dirección donde él se ha ido. Suelto una pequeña risa y vuelvo mi vista a mi celular. Juan camina hacia mi escritorio y mientras tecleo un mensaje para Luna no me percato de lo que está haciendo hasta que lo escucho:

—Tu hermana tal vez tenga razón... —Levanto la mirada y lo que él tiene en manos es la supuesta invitación la boda de Roberto y Cristal… —Digo, no está tan mal la idea de ir a esa boda con la chica más guapa que hayas conocido.

—¿Estabas escuchando la conversación?

—Vine a buscarte y no quise interrumpir. —No me mira, su vista sigue pegada en el papel, pero continúa hablando: —Es prácticamente lo que te vengo diciendo todo este tiempo, escucharlo de otra persona me hace creer que no es tan descabellado después de todo. —Se acerca a mí, me mira a los ojos y agrega: —Y tú tienes a una en tu casa… Solo digo. Por cierto, ¿quién es la agente de servicio al cliente?

—Es Luna… —Antes que nada, le dejo claro que no pienso contarle esto. —Larga historia.

Juan no dice nada porque está leyendo la invitación de la boda de mi ex. Dejo de teclear un momento para dirigirme a él cuando me dice:

—¿Recuerdas cuando me dijiste que querías encontrar a alguien que estuviera de acuerdo con ser tu novia solo en los eventos familiares? Bueno… Luna es actriz ¿no?

—¿Me estás diciendo que le pida a Luna que finja ser mi novia para la boda de mi ex?

—Lo que te estoy diciendo es que no desperdicies esta oportunidad que te está dando la vida. —Hace una pausa. Se acerca a mí y con la mano sobre mi hombro, agrega: —Sí, te estoy diciendo que le pidas a Luna que finja ser tu novia en la boda de tu ex.

Me río, solo imaginarme la escena en mi cabeza me siento ridículo.

—No, definitivamente no. —Me río de nuevo, aunque… no voy a mentir… lo vuelvo a pensar mejor un momento.

—Seamos sinceros, Gabriel. Luna es de ese tipo de mujer que pone a temblar a cualquiera. Y te puedo asegurar que hasta a Cristal… —Parte en dos la supuesta invitación y después de hacerla una bola de papel lo tira al cesto de basura como si está jugando baloncesto. —Yo en tu lugar, tomo a Luna de la mano, llego a la boda de Cristal, la beso frente a todo el público y…

—¿No tienes trabajo que hacer? —Interrumpo a Juan cambiando de tema. Me pongo de pie para recoger la basura que Juan no logró depositar en la papelera y me vuelvo a él dejando la bola de papel en su lugar. —No voy a seguir hablando sobre esto, Juan.

—Bueno, me voy. —Dice finalmente subiendo las manos al aire. —Pero… solo míralo de esta forma: Cristal cree que estás llorando mientras ella se coge a tu hermano, hay que bajarle el ego un poquito. Piénsalo. Aunque, si tú quieres hacer la relación algo real, eso estaría mucho mejor todavía. —Se detiene antes de cruzar la puerta y dice: —Y… guao, una plática en la que no escucho que Luna tiene veintidós años ¡Felicidades!

Cierra soltando una risa. Ruedo los ojos y lo observo alejarse a través del vidrio de la puerta y mi vista baja a la pantalla de mi celular donde le estaba escribiendo el mensaje a Luna. Me quedo viendo la foto que tiene de perfil y constato que, definitivamente, Luna sí es del tipo de mujer que lleva una banderita de peligro en la frente, una cinta de precaución o una señal de calavera que indica un riesgo inminente, exactamente del tipo que le gusta a Roberto, justo del tipo que odia Cristal.

Y no me queda ninguna duda cuando veo la actualización de su estado, es un video de ella bailando la canción *Body Language* de *Queen* con una sensualidad y picardía que… ¡Vamos! Que no sé por qué a ese sujeto Andrés se le ocurriría dejar a una mujer como Luna.

¡Genial! Ahora no voy a poder sacarme el bendito video de la cabeza.

Un mensaje de un número desconocido es el que me hace volver a la realidad y dejar de ver a Luna. Arrugo el entrecejo, pero de inmediato sé de quién se trata. Por supuesto, es Cristal. Digo, quién más me escribiría:

«Espero hayas recibido la invitación. Sé que todavía falta un mes, pero si decides ir, solo te pido que no hagas ninguna tontería. Tengo una amiga psicóloga que puede ayudarte».

¡Santo cielo! Me río con ironía, lo leo otra vez por si me perdí algún detalle que diga que solo es una broma, pero no. Sí da por hecho que estoy llorando por ella y, además, que necesito un psicólogo. Otro mensaje de su número me aparece en mi celular, pero lo elimino sin leerlo siquiera. La imagen de Luna queda de nuevo frente a mí, regreso al mensaje en borrador que

estaba por enviarle, pero antes de hacerlo, me vuelve a llamar y esta vez no dudo en contestarle:

—Lo siento, Lu, estaba ocupado...

—No puedo hacerlo. —Me interrumpe, guardo silencio en el momento que prosigue: —¿Sabes? He evitado tener que comunicarme con mi jefa desde que me despidió… bueno… ya no es mi jefa, pero se entiende. El punto es que ni siquiera he ido por mis cosas que se quedaron en su oficina. No quiero tener que dirigirle la palabra, ni siquiera en un mensaje de texto.

—Entiendo. ¿Quieres que lo haga yo por ti? —Pregunto, rodeando mi escritorio y tomando mi lugar. —Puedo enviarle un correo electrónico con mi email de la empresa… para que sea más serio… ya sabes, es ilegal que esté usando tu imagen.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí, no te preocupes. —La escucho suspirar aliviada. Estoy buscando la radio en google y no me toma mucho encontrarme con su correo electrónico. —¿Le escribo que se vaya a la mierda de tu parte?

—Por favor. —Los dos soltamos una risa al mismo tiempo y después nos quedamos en silencio. Balanceo mi celular entre mi hombro y la oreja para escribir el correo que solo me toma unos segundos redactar. Escucho unas voces del otro lado de la línea y después alguien que llama a Luna a lo que ella responde con un: —Claro, voy. —Se dirige a mí entonces y agrega: —Oye, hoy con unas compañeras de la academia vamos a celebrar el cumpleaños de la maestra… —Hace una pausa, me quedo esperando la continuación al mismo tiempo que le doy enviar al correo, me detengo cuando la escucho decir: —¿Quieres venir?

—¿Al cumpleaños?

—Sí… es que todas tienen compañía… soy la única sin pareja, sin amigas y sin hermana, aunque pudiera invitar a Luisa, pero traerá a su follamigo y terminaré sola viéndola besuquearse con ese tipo. —Hace un sonido de una arcada y me río con solo escucharla.

—Está bien… iré…pero solo porque siento lástima por ti. —Bromeo.

—¿Qué? —Suelta, con fingida indignación que se mezcla con una carcajada que no logra disimular. Una de esas que no sé por qué me contagian. Escucho que mencionan su nombre de nuevo y entonces me dice: —Me tengo que ir. Te comparto la ubicación en un momento ¿Okey?

—Por favor.

Cuelga, suelto una risita leve al mismo tiempo que dejo mi celular sobre el escritorio. Miro de nuevo la laptop frente a mí y todavía la imagen de Cristal y Roberto está ahí. Cierro la red social y en el buscador escribo el nombre de Luna… Luna Rodríguez. No tarda en aparecerme una serie de imágenes suyas, así como también su perfil de Instagram con tropecientos mil seguidores.

Nunca había revisado el perfil de Luna, digo… lo había visto de paso nada más pero nunca me detuve a ver qué publicaba ella, porqué era popular en esta red social o qué tipo de contenido es el que comparte. No tardo en enterarme que además de lo fotogénica que es, el baile es lo suyo. Comienzo con un video y no sé cómo es que malgasto treinta minutos de mi tiempo viendo todas sus historias guardadas.

Aunque esto no lo siento como malgastar el tiempo, a decir verdad.

—Necesito que revises esto. —Cierro mi laptop de golpe cuando Juan entra sin tocar y me extiende unos papeles. —Aquí hay algo que no me cuadra con la declaración de la empresa. Necesito tu opinión. —Toma mi laptop y al momento de abrirla, me mira. Suelta una risita y agrega: —No preguntaré nada. —Toma los papeles de regreso. —Volveré después. *Ciao*.

Capítulo 15

Luna

Me acomodo la manga de mi blusa en el reflejo de un auto que está en el parqueo donde espero a Gabriel. Me llevo el cabello detrás del hombro para despejar mi otro hombro descubierto y lo vuelvo a poner en frente para ver si se mira mejor así. Creo que atrás será. Sí… ahí está bien, o mejor adelante. Adelante será. Saco un labial de mi cartera y cuando estoy a punto de retocarme los labios, escucho:

—¿Te pones así de nerviosa para cualquier cita? —Miro a mi costado con furia. Tal vez si me lo preguntara en privado no me molestara tanto, o si me lo preguntara otra persona… pero ¿él? ¿En serio? ¿En serio va a seguirme todo el tiempo? Sigue dentro de la camioneta y me está gritando desde la ventana: —Estás viviendo en su casa, te apuesto que te ha visto en peores condiciones ¿no es así?

Suelto un bufido y ruedo los ojos. Me vuelvo otra vez al tipo y cuando inicio a caminar hacia él, el sujeto intenta cerrar la ventana del auto, pero antes de que lo haga comienzo a correr y hago que se detenga antes. Me logra prensar los dedos, no lo suficiente como para que me duela a mí, pero sí lo suficiente como para que él chille y comience a bajarla otra vez.

—¿¡Qué estás loca acaso!?

—¿En serio, Fede? ¿En serio? ¿Te parece que un polvo de mi hermana vale más que tu libertad? —Retiro lo que dije, sí me están comenzando a doler los dedos, eso me encabrona todavía más. —Luisa va a aburrirse de ti en dos semanas ¡Dos-semanas! No seas tonto.

—Somos cuñados, Luna. Te voy a pedir que me tengas un poco más de respeto.

—¡Ni siquiera tienes respeto por ti mismo! —Hay personas pasando frente a nosotros y los dos miran en nuestra dirección y siguen su camino. Ok, mejor voy a bajar la voz. —¿Puedes irte y dejarme tranquila?

Mi celular interrumpe. Lo saco de mi bolso y miro un texto de Gabriel, uno que dice que va a estar aquí en un momento. Además, agrega una disculpa, la cuarta desde que me dijo que iba a estar un poco retrasado. Otra cosa que me doy cuenta del hombre araña es que no le gusta hacerse esperar, todo lo contrario a Andrés y no es que los esté comparando, porque obvio Andrés no le llega ni a los talones.

—¿Tu novio puede casar a dos personas? —Escucho al sujeto frente a mí. Suspiro y levanto la mirada solo para verlo intrigado en mi celular. Tapo la pantalla y lo llevo de regreso a mi bolso.

—Ni modo que case a tres ¿no? —Él me mira serio, suelta un elocuente «¡Ja, ja!» y vuelve a verme molesto. Se acomoda las gafas y se vuelve a mí:

—¿Entonces sí es tu novio?

—¡Qué no es mi novio! —Suelto un bufido. En serio que esto de tener una hermana mayor es una cagada, puedo soportarla a ella siguiéndome todo el tiempo ¿pero a este tipo? Federico suelta una risita y toma el volante. Solo espero que por fin se vaya a su casa. —Puedes… —le muestro la calle con mi mano. —Irte.

—¡No! Quiero preguntarle a tu novio sobre la tarifa de un matrimonio.

—¡Qué no es mi… —Entonces me detengo y analizo lo que dijo. Tal vez debería grabarlo y mostrárselo a Luisa… lo peor que puede pasar es que lo mate. Entonces suelto una

carcajada. —¿Te has acostado con ella una sola vez y ya estás pensando en casarte? Qué Luisa no escuche eso, amigo.

—¿Ahora somos amigos?

¡Maldición! Qué este sujeto me saca de quicio. Saco el celular de mi bolso cuando lo escucho otra vez, pero ahora no es de Gabriel… es Luisa. Luisa preguntándome como me estoy portando con Fede, a lo que yo ignorando su mensaje, le escribo:

Para: Luisa

¿De dónde sacaste a esta nueva versión de Peter la Anguila?

Mi hermana no tarda en contestar:

De: Luisa

Tú no has visto SU anguila.

Además, agrega un emoticón de una berenjena. Ahora tengo que sacarme esa imagen de la cabeza. Voy a fingir que no leí esto. Me guardo el celular de regreso cuando escucho en la radio el programa que no quería volver a escuchar jamás. Federico está cambiando las emisoras, pero… como si me leyera la mente, se queda ahí. La voz de Ana se escucha como una serie de martilleos dentro de mi cabeza, como si alguien intentara clavarme una tachuela en el cerebro, como si alguien tomara un serrucho y quisiera abrirme los sesos. Ya, creo que con eso se entiende.

—Maldita Ana. —Siseo. Federico escucha y cuando va a cambiar la estación le digo que no lo haga, no porque quiera seguir escuchando a Ana, sino porque además intenta copiar lo que yo hacía en el programa.

En Secretos y Canciones yo tenía un espacio en los que cantaba estrofas de las canciones que pedían y es lo que Ana trata ahora, con lo que puedo asumir es mi guitarra ¡Mi guitarra! Otra cosa que también se intenta quedar de mí.

Y, además, Ana canta horrible. Aunque jamás se lo dije así, solo mencioné «con Autotune te escucharías increíble», aun así, se ofendió.

—Tienes que ir a por mí guitarra. —Le digo a Fede histérica. Él me mira con el entrecejo fruncido entonces lo tomo de la camisa de su uniforme cuando, claramente, escucho que una cuerda se le reventó al instrumento. Puede quedarse al tonto de Andrés, pero mi guitarra ni en sueños. —Tienes que ir a esa radio y traer mi guitarra ¡Qué mi padre va a matarme si se entera que dejé esa bendita guitarra en mi antiguo empleo! ¡Él ni siquiera sabía que tenía ese empleo!

—¿Por qué no vas tú?

—¿Qué? ¡No puedo volver a ese lugar, Fede! —Ya estoy comenzando a sonar como una desquiciada, además que lo tengo agarrado del uniforme y mi cabeza está adentro del vehículo. En una pose bastante incómoda, porque intento no inclinarme mucho, porque llevo una falda corta. —Me despidieron de ese maldito empleo por una acusación falsa ¡Una que esa tipa que está hablando inventó para quedarse en mi lugar!

—¡Vaya! Toda una pérdida. —Habla con ironía. Cuando se da cuenta que el asunto es serio, vuelve a hablar: —A ver ¿Si tú no lo hiciste por qué no se lo dices a tu jefa y ya? —Me rio, es que este tipo no entiende nada. Luisa va a jugar con él. Lo suelto por compasión y en ese justo momento una llamada entra en el programa de radio y cuando la vulpécula atiende, el sujeto de otro lado dice: «Este programa es una basura ¿Dónde está la otra chica que lo conducía antes?» Ana no responde, así que él continúa: «Es la última vez que sintonizo esta mierda».

Ana se ríe abochornada, pero intenta disimularlo bastante. Dice que va a poner la canción de la siguiente persona que llame y lo hace otro chico que también grita: «Es verdad, la otra

chica hacía este programa interesante. Ahora es una completa basura. Acaban de arruinarlo por completo» Cuelga. Ana se queda en silencio y, entonces, cuando otro radioescucha llama a la estación y dice «Mejor traigan a la chica de vuelta...» Ana cuelga y de la nada comienza a sonar la canción *«Yo perreo sola»*.

—Guao. —Exclama Fede, los dos estamos viendo la radio como si podríamos ver algo a través de ahí… eso sería interesante, me encantaría poder ver la cara de Ana en estos momentos. —Nunca oí tanto odio al aire.

—¡Tienes que ir por esa bendita guitarra! Eres policía, sabrás qué hacer. Romper las puertas, allanar el sitio, qué se yo.

—Necesitaría una orden para eso.

—¡Te coges a la persona que puede conseguir esa orden!

—No le llames coger.

—Okey, hacer el sin respeto ¿Eso está mejor para ti?

—¡No! No está mejor para mí. ¡Ah! Además, tú no me dices qué hacer. —Lo miro con rabia. Entonces, él traga saliva y se aleja un poco más de mí, pero está dentro del vehículo, no hay mucho que puede hacer en ese espacio. —¡Está bien! —Dice, levantando las manos. —Iré por la bendita guitarra, pero… tú me dirás qué cosas le gustan a Luisa.

—¿Qué?

—Sí, sus gustos, qué cosas la vuelven loca, qué no… dónde prefiere ir, qué prefiere comer… su platillo favorito… su color favorito. Qué tipo de hombre le gusta…

—Te puedo decir que, principalmente, no le gusta el tipo de hombre que planea estas cosas… —Él se calla. Suspira y me pide que me aparte un poco. Abre la puerta de la camioneta para salir. Fede es altísimo, más alto que Gabriel y esto que el hombre araña es bastante más grande que yo. Luisa es la más baja de las dos, así que creo que tal vez a Fede le roza el hombro. Se lleva las manos a los bolsillos y me dice:

—Escúchame, yo no quiero ser el tipo con el que folle y ya está. Me gusta Luisa. Me gusta más que para ser un acostón y ya. Quiero saber qué es lo que necesito hacer para invitarla a salir, para que me mire como un potencial novio no solo como a un pene andante.

Después del último mensaje de Luisa, me da risa lo que dice.

—Tendrías que nacer de nuevo… y enamorarte de otra persona.

Fede suspira, se lleva las manos a la cintura y después mira al cielo soltando un suspiro. Yo también miro lo que sea que está viendo allá arriba, el cielo está estrellado, una bonita luna cuarto menguante adorna el centro.

—Entonces no hay trato. Ve tú misma por tu guitarra. —Se sube a la camioneta y cierra de golpe.

—¿Qué? Maldita sea ¡Está bien! Bien… voy a decirte todo sobre Luisa, pero si no funciona no es mi culpa, porque créeme que puede no funcionar. —El tipo arruga su entrecejo, okey tal vez no debí decir eso. Cuando veo su intención de irse, por fin, me adelanto: —Pero puede que sí. —Se rasca la mejilla y me mira. —Digo, nunca sabrías si no lo intentas. —Toma una calada de aire, mira al frente y de nuevo a mí. Me extiende su mano simulando cerrar un trato… la tomo y pregunto: —¿Entonces sí vas por la guitarra?

—Sí, pero te la voy a entregar hasta que me digas todo lo que necesito sobre Luisa. —Ruedo los ojos y suspiro. Nunca… jamás… me habían chantajeado así. —Tu novio ya está aquí. —Señala un punto sobre mi hombro. Me giro para ver que, efectivamente, el que está llegando es Gabriel. Me miro en el espejo lateral de la camioneta de Fede para retocarme el

labial y me vuelvo a él para preguntar:

—¿Cómo me miro?

—Te faltan cachetes.

Solo espero que a este sujeto sí se le pase el capricho con Luisa. Miro en dirección a Gabriel y él ya está fuera del auto manipulando su celular. Justo en el momento que el aparato en mi bolso suena él me alcanza a ver, levanto la mano como saludo y él hace lo mismo desde donde está.

—La próxima vez que nos veamos que sea porque tienes lo que necesito. —Me giro rodando los ojos y cuando me estoy alejando, agrega: —Y más vale que no hagas trampa. Ya tu hermana me advirtió sobre ti.

Giro sobre mis talones entonces el tipo comienza a clicar al botón que cierra la ventanilla como si eso lograra que cierre más rápido; pero no me regreso, solo porque sé que el hombre araña nos está viendo. Con toda la fuerza de voluntad que no sé de dónde he sacado regreso a mi camino ignorando a Fede y observo que Gabriel está caminando hacia mí.

No sé cómo saludar a Gabriel, no tengo idea si darle la mano, o una sonrisa o un golpe en el hombro ¿le extiendo mi puño? ¿O chocamos pecho con pecho? Creo que eso último mejor no. Mira hacia donde está Federico y me pregunta:

—¿Todo bien? —Solo le doy un vistazo al sujeto dentro de la camioneta, quién toca el claxon y saca la mano por la ventana sacudiéndola como una despedida. ¿No podía irse y ya?

—Es el tipo al que se coge mi hermana. —Hablo, restándole importancia. Miro a Fede otra vez y sí ¡Por fin! se está alejando. Ya estaba a punto de volverme histérica. Suelto el aire que mis pulmones inconscientemente estaban reteniendo y me vuelvo a Gabriel quién se va de regreso al auto. —Pensé que no llegarías… digo, tal vez tenías algo más importante que hacer.

—Yo siempre cumplo mi palabra, Luna. —Lo escucho decir, camino hacia él cuando observo que saca algo del asiento del copiloto. Es una bolsa de regalo la cual tomo con el entrecejo fruncido. —Es un cumpleaños, no podía llegar con las manos vacías.

Miro lo que hay adentro, bueno… no es para mí, pero la curiosidad me come por dentro. Es un bolso, de la misma marca que el mío, solo que yo no podría comprármelo, este me lo regaló mi tía.

—No estoy seguro de que es. Mi hermana fue la que lo eligió. —Se apresura a decir. Gabriel se acerca más a mí para observar también que hay dentro de la bolsa y lo escucho: —¿Te gusta?

—Estoy a punto de celebrar mi cumpleaños mañana mismo para que tu hermana me elija un regalo. —Se ríe. Gabriel me da su brazo en un gesto caballeroso con el propósito de entrar al sitio. Lo miro un momento y acepto su intención solo por el hecho de entrar de la mano de un hombre trajeado, guapo, formal e inteligente como Gabriel. —Por cierto, lo del regalo no tenías que hacerlo.

—Es descortés ir a un cumpleaños sin un presente. —Creo que me acaba de llamar descortés.

En fin, justo al entrar todos nos miran. Tal vez sea porque todas estaban acostumbradas a verme con Andrés, una combinación extraña de rockero-hippie que no le asentaba, o también puede ser porque el hombre araña es de ese tipo de hombre que te sientes en la necesidad de volver a ver cuando entra a un sitio.

—Feliz cumpleaños. —Le digo a Liana, la maestra. Ella me da las gracias, un abrazo y le entrego el regalo de Gabriel, aunque no le digo esto último. No es que quiera quedarme con el

mérito, pero el mismo Gabriel me lo había pedido cuando entrábamos aquí. Liana mira el interior de la bolsa y chilla volviéndome a lanzar sobre mí. Me rio y hablo con sorna: —Qué bueno que te guste.

Le doy un vistazo a Gabriel quién observa la escena, divertido. Solo quita la mirada un momento para ver su celular y vuelve su mirada a nosotras cuando los presento con mi profesora.

—Pueden sentarse y tomar lo que quieran ¿Está bien? —Le digo que sí, vuelve a abrazarme con entusiasmo y yo me río otra vez. Alguien la llama, entonces antes de alejarse nos repite que tomemos lo que sea. —Por cierto, qué guapa estás.

Me río burlesca en el momento que Liana se gira y la observo alejarse. Vuelvo a Gabriel quién está tecleando en su teléfono celular, le pido que me siga y entonces lo escucho decir:

—Es verdad. —Un camarero pasa a la par nuestra y tomo dos cervezas, lo miro con el entrecejo fruncido cuando le entrego la suya y pregunto:

—¿Qué cosa?

—Que estás guapa. —Su comentario me toma por sorpresa, pero él no me está viendo. Cuando levanta la mirada para tomar la bebida esboza una media sonrisa que ahora se me va a quedar grabada para siempre. Maldito seas, Gabriel.

—Tú también lo estás. —Reacciono, dándole un sorbo a la bebida que me hace arrugar la cara, pero intento que eso no se note. —Aunque… todavía prefiero el traje del hombre araña. —Gabriel suelta una risotada. Me dirijo hacia una mesa vacía que diviso cerca de la pared, él se sienta frente a mí y deja un momento el teléfono sobre la mesa. El celular vuelve a sonar unos segundos más tarde y cuando lo toma, pregunto:

—¿Tienes mucho trabajo? —Sé que Gabriel es uno de esos tipos ocupados y la verdad es que ni siquiera esperaba que pudiera llegar.

—No… —Responde de inmediato. —Es Juan. Íbamos a salir con unos compañeros de trabajo, pero dije que no.

—¿En serio? Podemos irnos temprano, así puedes estar con ellos…

—No… —Me interrumpe. Contesta el mensaje que le había llegado y vuelve a dejar el celular de regreso sobre la mesa. —Le dije que estoy contigo. En otro momento será.

—Va a odiarme. —Gabriel me mira de esa forma como si quisiera decirme algo, pero prefiere callarse. Vuelve a tomar el celular cuando le anuncia otro mensaje y se ríe. —¿Qué?

—Dice que quiere ver una fotografía para creerme. —Pone su celular frente a mí y pregunta: —¿Te importa? —Niego con la cabeza, sonrío para la foto y después que la toma se queda viéndola un momento. —¿Te das cuenta lo fotogénica que eres?

—¿Es que no te has visto tú? Dan ganas de comerte… —Gabriel levanta la mirada y enarca una ceja. Me río y me apresuro a corregir: —En el buen sentido, como a un pastel.

Gabriel suelta una carcajada. Se queda viéndome y dice:

—No sé si ofenderme.

—¿A quién no le gusta el pastel?

—¿A ti te gusta el pastel?

—A mí me encanta el pastel. —Gabriel sonríe y me sigue con la mirada cuando me pongo de pie y me siento junto a él, cabemos completos aquí. Tomo su celular y lo extiendo para una selfie, de los dos. Descanso mi barbilla en su hombro y él se deja fotografiar sin negarse siquiera. Le entrego su teléfono y regreso a mi sitio cuando él se queda observando la imagen.

—Definitivamente, esta no le enviaré a Juan. —Escucho.

Una sonrisa es mi respuesta, aunque no me mira, aprovechando que está en su celular le

doy un vistazo a él, la luz de la pantalla de su celular se refleja en sus ojos dándole una luminosidad increíble. Todavía me sigo preguntando qué mierda tiene la ex en la cabeza para haber dejado a un sujeto como Gabriel. No lo digo solo por el físico, es que este hombre tiene tantas cualidades que me da curiosidad por saber qué tiene entonces el tal Roberto.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me mira, deja el celular a un lado y entrelaza sus dedos sobre la mesa viéndome fijo. Me dice que sí, entonces continúo: —¿Cómo es la tal Cristal? Asumo que es un monumento de mujer si también volvió loco a tu hermano.

—Cristal es guapa, sí; pero Roberto se vuelve loco por todas.

—Así que es un mujeriego ¿Entonces qué diablos le vio tu ex?

—Es que no lo sé. —Gabriel se ríe un poco, ni siquiera parece incómodo con las preguntas. Toma un sorbo de la cerveza y me doy cuenta que la mía ya está hasta la mitad.

—¿Crees que le haya hecho algún amarre?

—¿Un amarre?

—Sí… qué se yo… un muñeco vudú de Cristal al que puso a hervir dentro de su ropa interior. —Gabriel suelta una carcajada, provocando incluso que el líquido que tenía en la boca se le resbale por la comisura de los labios. Toma una servilleta y se limpia sin dejar de reír.

—¿De dónde sacas esas cosas?

—Es que nunca se sabe. —Le doy un sorbo a mi botella y me río un poco al ver el gesto divertido de Gabriel. Me encojo de hombros y agrego: —¿Todavía sientes algo por ella?

—¿Por Cristal? Lo único que no supero es que crea que yo estoy llorando por ella y que llegaré a impedir su boda. —Suelto una carcajada. Vaya, qué mujer. Me doy cuenta de que a Gabriel le importa poco por el tono divertido y burlón que utiliza para referirse a eso. Le da otro trago a la bebida y me pregunta a mí: —¿No te pasa lo mismo con tu ex?

—¿Andrés? Andrés ni siquiera debe acordarse de mi nombre.

—¿Tan malo fue?

—En todos los sentidos. Incluso en la intimidad, era como si se te subiera el muerto encima… no tu galán. —Suelta una carcajada de nuevo, una que me contagia a mí también. Me gusta la forma en que Gabriel se ríe, es como si quisiera carcajearse a todo pulmón, pero al mismo tiempo quiere mantener ese porte serio y formal suyo. —¿Sabes qué haría yo en tu lugar? Me presentaría ante tu familia con la mujer más guapa que conozca.

Gabriel había tomado su teléfono hace un momento, está tecleando, pero cuando me escucha deja de hacerlo y me mira levantando ambas cejas. Deja el celular a un lado y vuelve a su pose con los antebrazos sobre la mesa y los dedos entrelazados entre sí.

—¿En serio tú harías eso?

—Sí lo haría.

—Suenas muy Juan ¿Sabes?

—¿Él también te dice que el color negro te queda de maravilla? —Gabriel se ríe, de nuevo. Creo que voy a tener que dejar de hablar por un rato.

—No, por supuesto que no y espero que no me lo diga nunca.

Su celular suena, esta vez es una llamada que él decide colgar por algún motivo. Se queda un momento viendo el celular y yo a él, sus ojos específicamente y lo perfecta que es su piel. Me quedaría toda la noche viéndolo como una maniática si es posible o al menos hasta que él se dé cuenta, como ahora, así que cuando él levanta la mirada reacciono de inmediato y me obligo a ver hacia otro lugar… y ese otro lugar es Lisseth.

Lisseth… mi exjefa.

Maldita sea. Nunca debí haberla presentado con Liana.

Pero no es todo, detrás de ella aparece Ana, la vulpécula. Me levanto como un resorte de mi lugar cuando veo que están caminando en esta dirección y me siento a la par de Gabriel, pero no del lado que ellas me miren, sino que paso por sobre sus piernas y me voy al rincón para esconderme detrás de su cuerpo.

Todo eso implicó sentarme sobre la entrepierna de Gabriel, dejarme caer a su lado en un minúsculo espacio contra la pared y dejar una de mis piernas sobre la suya. El hombre araña se queda quieto un momento y entonces me mira cuando le digo:

—Es Lisseth, mi exjefa. Está aquí con la vulpécula. —Estoy hecha un ovillo intentando esconderme de esas dos, solo miro por sobre su hombro y vuelvo a mi escondite cuando observo el vestido con flores de Lisseth pasarnos cerca.

—¿La qué?

—La vulpécula, Ana… mi ex mejor amiga que ahora disfruta de que se le suba el muerto. —Gabriel no se puede contener, se ríe aunque esta vez yo no puedo acompañarlo porque estoy más preocupada con la presencia de esas dos aquí. Ese lugar que ocupa Ana ahora era el mío. —¿Siguen ahí?

—Ni siquiera sé quiénes son.

—La barbie de pelo negro con ropa de burdel y la rubia alta con vestido floral, estaban casi enfrente ¿No hay nadie ya ahí? —Creo que las busca con la mirada, pero yo sigo escondida sin sacar la frente siquiera. Espero la respuesta de Gabriel, entonces me relajo cuando dice:

—Ya se fueron. —Suspiro y dejo caer mi cabeza contra el respaldar del pequeño sillón viendo hacia el techo. Necesitaré otra bebida más fuerte que esa. Voy a hablar, pero entonces escucho una voz conocida detrás de mí. Es Lisseth, por supuesto que es Lisseth, su voz no se me borraría de la cabeza ni con terapia hipnótica. Se está sentando en la mesa detrás de nosotros, también escucho la risa de Ana y la voz áspera de Mauricio, el prometido infiel de Lisseth.

—Están detrás de nosotros. —Le digo a Gabriel. Hasta ha sonado como guion de película de miedo, pero es que casi es así… hasta comienza a sonar *Thriller* de *Michael Jackson*. —¿Podemos irnos?

—Pero… —No dejo que termine la frase. Se calla cuando mi trasero está sobre sus piernas de nuevo en el intento por salir de aquí. Él se ríe cuando me quedo atascada entre la mesa y él, con esfuerzo logro zafarme y entre risas me dice: —Pudiste decirme que me quitara y ya.

—Pues ya salí que es lo más importante. —Tiro de él procurando que las innombrables no se percaten de mi presencia. Corro hasta la entrada del lugar, pero antes de salir le digo a Gabriel que me espere un momento. Regreso hasta la torre de pastelitos bañados de chocolate para tomar uno. Sé que el hombre araña no come estas cosas, pero ahora que lo pienso mejor hubiera tomado ambos para mí.

En fin, no sé en qué momento estoy en el parqueo intentando recuperar aire y mi estabilidad mental. Le doy un mordisco al pastelito y siento como poco a poco me va activando las terminaciones nerviosas del cuerpo. Hasta suspiro de alivio. Gabriel se ríe y me señala la cara.

—Tienes… —Se acerca a mí y me pasa el dedo pulgar por la punta de la nariz. —¿Me invitas a un lugar solo por media hora para después salir corriendo?

—Lo siento. —Me rio. —No puedo estar respirando el mismo aire que esas dos personas. —Lo miro un momento a los ojos y después de tomar con mi dedo un poco del bizcocho que llevo en las manos, se lo paso por la mejilla.

—¡Luna! —Me riñe. Me carcajeo al mismo tiempo que comienzo a correr para alejarme de él. Ni siquiera me importa que lleve zapatos altos. Intento colarme entre los autos, pero no llego muy lejos porque de inmediato me alcanza y por detrás me envuelve con sus brazos, me inmoviliza, siento su respiración en mi cuello y a carcajadas ni siquiera puedo defenderme.

—¡No! —Me quejo entre risas. Toma el chocolate y me lo pasa por la cara. Además, con su dedo me deja un punto sobre la nariz. También escucho su risita a medida que me suelta y se aleja de mí. Lleva la mano embarrada de chocolate y también una sonrisa de victoria cuando me mira a mí. —Estropeaste mi pastel.

—Vamos, te compro otro.

Vale, que tampoco voy a negarme. Camino hacia él sin despegarle la mirada de encima, con los restos que quedaron del bizcocho. Me abre la puerta de su auto, pero entonces escucho un elocuente:

—No. —Me carcajeo. No traía nada en mente, lo juro. Ahogo un grito entre carcajadas cuando se lanza a mí forcejeando por el pedazo de bizcocho que termina embarrándose en las manos de los dos. Además, que estoy entre su auto y su cuerpo. Muy cerca de su rostro, cabe mencionar. Él intenta untármelo en la cara y yo a él. Va, que nunca me había reído tanto. —Ya basta, Lu. En serio.

Lu… me gusta ¿Por qué nadie nunca me ha llamado Lu?

—Pero es que yo… —Va, que ni siquiera puedo defenderme porque las risas me traicionan. El teléfono de él suena de nuevo, está en su bolsillo así que intenta sacarlo de ahí sin mancharse el traje. Saco una toalla húmeda de mi bolso y se la extiendo cuando él ya tiene el aparato en manos. Cuelga otra vez y se limpia lo dedos cuando otra llamada interrumpe.

—Es mi madre. —Me habla. Toma la toalla que tengo entre las manos y comienza a limpiarme el rostro a mí. Le pregunto si no va a contestarle y me dice que no, que por el momento va a dejarlo así. —¿Entonces deseas pastel, helado, dulces o…

—¿Puedo pedir las tres cosas? —Se ríe un poco, me mira a los ojos un momento y entonces me dice que sí, que iremos por las tres cosas.

No pensé que hablara en serio.

Es hasta que voy en el auto con pastel, helado y dulces que me doy cuenta que no debo bromear así con Gabriel. El camino hacia el apartamento del hombre araña es silencioso, pero agradable —más que todo por las cosas que me estoy comiendo—. Con música clásica de fondo, tarareando una que otra canción y riéndonos de las metidas de pata con las letras. En el camino hacia su piso le cuento un par de mis anécdotas y no estoy segura cómo es que termino en su espalda en el elevador, creo que fue después de quejarme de lo mucho que me dolían los pies y echarles la culpa a los zapatos. Entonces, me dijo que me cargaría y esa es una oferta que yo no iba a rechazar.

Todo es risa y carcajadas hasta que, a mitad del pasillo hacia su apartamento, Gabriel se detiene y cuando levanto la mirada es una señora la que está ahí. Frente a la puerta del apartamento de Gabriel está una mujer que sostiene un teléfono contra su oreja y nos mira a los dos. Una persona elegante, vestida con un traje blanco y el cabello rubio hecho una moña perfecta arriba de su cabeza.

Me bajo de la espalda de Gabriel y en el momento que mis pies tocan el suelo, lo escucho decir:

—Mamá ¿qué diablos haces aquí? —¡Madre mía! ¡Qué es la madre de Gabriel! ¡La-madre-de-Gabriel! Santo escarabajo.

La señora no dice nada. Sus ojos van de su hijo hasta mí, puedo darme cuenta que el color de ojos de Gabriel lo ha heredado de ella, aunque ella lleva rímel en las pestañas y el tono se ve más claro. Está demás decir que es una mujer bastante guapa, con la piel perfecta y maquillaje intacto.

—Bueno… te estoy llamando desde hace mucho tiempo. —Dice. Me mira otra vez y yo, estoy a punto de un colapso. Hasta siento que no falta mucho para que me comience el tic nervioso del perreo ocular que me da en el ojo izquierdo. —¿Así que ella es la agente de servicio al cliente?

Todo lo que estaba en mi mente se me va de pronto para concentrarme en lo que dijo. Con el entrecejo fruncido me vuelvo a Gabriel y le pregunto:

—¿Quién es la agente de servicio al cliente?

—¿Qué? —Exclama su madre, ya se ha guardado el celular dentro del bolso y continúa: —¿Es que hay otra?

—No. —Gabriel responde de inmediato. Suspira, con su mano detiene el monólogo que su madre estaba a punto de soltar y se vuelve a mí: —Catalina cree que eres agente de servicio al cliente por la llamada en la que me ofreciste un paquete de internet.

Oh, rayos. Y yo que creí que las cosas habían quedado ahí. Santo escarabajo ¿Qué tanto sabe esta gente de mí?

—¿Entonces sí es ella?

—¿Luna, puedes entrar, por favor?

—¡No! —Exclama su madre. Incluso de la impresión se me caen las llaves que me da Gabriel y… yo… yo no sé qué hacer. Diosito, ilumíname. Entonces, la escucho: —Soy Caterine. —Me extiende la mano y miro los dedos suaves, delgados, las uñas perfectamente pintadas en rojo.

—¿Caterine? ¡Vaya! Mi madre se llama igual. —La señora me sonríe, tomo su mano de la manera más solemne, sus dedos están un poco fríos, pero son suaves y agradables voy a admitir. Me presento con la misma formalidad suya: —Yo soy Luna… Luna Rodríguez.

—Luna… —Repite. —Qué bonito nombre.

—Gracias… no querrá saber la historia detrás. —Me río, ella también. El único que parece no pasarla bien es Gabriel.

—Tal vez un día podamos tomarnos…

—No… olvídalo. —La interrumpe Gabriel. Recoge las llaves y abre el apartamento para decirme: —Luna, pasa por favor.

Lo hago, por el gesto de urgencia que tiene en el rostro. Me despido de la señora Caterine con otro apretón de manos y, además, le digo que me gustan sus ojos. Ella sabe —Y Gabriel sabe también— que tienen los ojos iguales. Tiene una sonrisa en el rostro cuando cierro la puerta y me recuesto sobre la misma soltando un suspiro.

Joder, qué estrés.

Intento escuchar lo que sea que estén hablando, poniendo mi oreja sobre la puerta, sé que no debería hacerlo, pero va, que la curiosidad puede más. Casi no escucho nada, son solo murmullos y entonces logro escuchar algo como «si no necesitas nada más…». Justo en ese momento escucho que giran el pomo, pero no me da tiempo de reaccionar porque casi de inmediato siento el golpe en la cara. Santa mierda.

Gabriel me mira y camina rápido hacia mí. Me estoy sobando la frente y se acerca tomándome el rostro para verme el golpe, disculpándose. No sé cómo tomarme esas disculpas si

se está riendo de mí y, además, me pregunta qué hacía detrás de la puerta entre risas.

—Me estaba asegurando que tu madre no te matara. —Se ríe una vez más y se va, solo unos segundos después trae un poco de hielo envuelto en un pañuelo. Yo ya me he dejado caer sobre el sillón de la sala y él me presiona el hielo contra el golpe, se sienta a mi lado y se queda ahí un rato, con su otro brazo rodeándome los hombros, hasta puedo usarlo de almohada. —Oye, te pareces a tu madre.

—¡¿Qué?! Eso es casi una ofensa para los dos, Luna. Y para mi padre también. —Me río un poco. Me pide que sostenga el hielo y lo hago para verlo quitarse el saco de su traje y la corbata. Además, lo escucho: —¿Entonces tu madre se llama Caterine? ¿O es otra mentira como tus sobrinos Harry, Hermione y Ronsa?

Me salta el corazón con solo escuchar eso, me carcajeo, no puedo evitarlo. Maldición, ya ni lo recordaba. Miro a Gabriel quién tiene uno de esos gestos burlones suyos y, joder… porque no solo lo olvidó y ya está.

—Sí… bueno, ella sería como mi madre biológica y sí se llama Catherine, con th. —Siento el calor envolverme toda la cara, a pesar del hielo que tengo en el rostro. Ahora sí deseara poder devolver el tiempo y regresar a ese día solo para darme un golpe en la frente justo en el momento que le digo eso.

—¿Tu madre biológica?

—Sí. Larga historia. Yo tengo una familia de todo, menos convencional.

—¿Y tú crees que mi familia es convencional? Tengo que ponerte al día sobre todo lo que es mi familia, Luna. —Aun así, creo que todavía no está preparado para la mía. Como mi familia no hay dos, al menos no dentro de las personas normales que he conocido (y anormales también) y se lo digo, pero en ese momento su celular suena de nuevo y esta vez sí descuelga, pero no sin antes decirme: —Es mi padre. Discúlpame ¿Sí?

—No hay problema.

Lo observo alejarse y reírse a mitad del pasillo, no hay que poner mucha atención para intuir que tiene una mejor relación con su padre que con su mamá. Se detiene antes de entrar a su habitación y me mira, me doy cuenta que me he quedado viéndolo más tiempo del que debería y cuando reacciono, esboza una sonrisa.

—Buenas noches. —Gesticula desde donde está. Le sonrío en respuesta y agrego con su mismo tono:

—Buenas noches.

Capítulo 16

Gabriel

Había cometido un error.

Uno bastante grande.

Vamos, que ni siquiera pensé en la magnitud que aquello podría ocasionar hasta que vi mi red social esta mañana. Ni siquiera fue en el momento que desperté porque ni siquiera soy muy activo en mis redes sociales, fue hasta que estaba en el elevador, camino a mi oficina que lo miré.

Pero bueno, tampoco me lo habría podido imaginar; digo, no todos los días envías algo por error y al siguiente día está en tu perfil de Facebook, así que ni siquiera le presté atención porque, además, habían otras razones más importantes por las cuales preocuparme, como por ejemplo, tener una llamada perdida de la oficina de Cristal o un mensaje de mi madre invitándome a cenar o más bien a Luna porque sé que a mí no me invitaría solo para verme o que Juan ni siquiera me llamó para ir al gimnasio como habíamos acordado así que me estaba levantando tarde.

Tuve que hacer todo en tiempo récord al mismo tiempo que le envié varios mensajes que no contestó, tarde comprendí por qué. Antes, cuando estaba a punto de venirme al trabajo, miré una notificación de Cristal en mi red social, una que desapareció en un momento y a punto de darle un vistazo Luna me interrumpió para que le tomara una fotografía.

—¿Una fotografía? —Pregunté, cuando me estaba dando su teléfono celular y caminaba hacia mi balcón. Por su vestimenta, asumí que hoy no tenía planes de ir a ninguna parte.

—Sí. Necesito contenido para mis redes sociales. —Contestó, acomodándose el cabello y el cárdigan de felpa. —La vulpécula casi se quedó con mi vida, no se va a quedar con mis seguidores también. —Se ubicó en la esquina. Dejó caer el cárdigan solo de un lado dejando a la vista su hombro descubierto. —¿Así está bien?

Hizo una pose, viendo hacia un lado. Además de llevar un top con brillos que dejaba a la vista su abdomen perfecto y un short que hacía ver sus piernas más largas, también tenía una taza de café en manos… una con forma de letrina.

—Cómo sea te vas a ver bien de todas formas. —Me miró y sonrió, en ese momento tomé otra foto que me gustó más que la anterior todavía. Le di un vistazo cuando Luna se acercó a mí y le dije: —Tienes un buen número de seguidores Lu, no puedes darles malas fotografías, tú te ves preciosa en todas, pero la cámara de este teléfono es horrible… sin ofender.

—Sí me ofendes. —Respondió de inmediato. —Pero tampoco podía pedir tanto, este me lo consiguió Luisa en la comisaría. Pertenecía a algún sujeto que se lo compró en un dólar a otro que lo robó de una gasolinera ¿Te conté que me robaron mi teléfono? ¿A plena luz del día, con muchas personas y perseguí al sujeto hasta que terminé rodando por el pavimento?

—No, creo que eso lo habías omitido.

—Pues sí pasó.

Me quedé callado, pensativo, meditando un poco en lo que acababa de decir y me causó gracia. Me reí, después me disculpé. Terminamos hablando sobre eso y sobre la taza con forma de letrina mientras nos tomábamos un café aun cuando sabía que ya era tarde y que tendría que conducir al estilo Vin Diesel, aunque me costara otra infracción de tránsito.

En fin, aunque lo de la infracción no sucedió, detenerme a mirar mis redes sociales sí. Fue justamente en el momento que recibí una notificación de mi madre, una que me avisaba que le había dado me gusta a una fotografía reciente. A ver, que yo no había publicado nada recientemente. Entonces, cuando fui directo a la supuesta publicación me di cuenta de todo, me enteré porqué tanto movimiento en mis redes, el motivo por el cual había un comentario de Juan.

—Hijo de su… —Por supuesto que esto era obra de él. Digo, ¿Quién más escribiría: «Ya cásense y tengan muchos hijos»?

Solo había enviado la fotografía por error. Quería enviarle una que le tomé a un contrato en el que trabajaba antes de irme a dormir, pero me percaté de la equivocación minutos más tarde, así que le agregué un «borra eso» y a continuación envié la imagen correcta.

Nota mental: No confiar en Juan… nunca.

—Catalina… —Le hablo a mi hermana cuando estoy cerca de su escritorio. Ella levanta la mirada de la revista que tiene en manos, no paso por alto el hecho de que está aquí antes que yo, no voy a felicitarla por eso, digo, así es como debería ser todos los días. —¿Juan ya está aquí?

—¿Cuándo pensabas presentármela? —Me interrumpe. Arrugo mi entrecejo y la miro. Deja la revista a un lado, se pone de pie con una ceja enarcada y me mira de esa forma tan inquisidora suya. —¿Tengo que darme cuenta a través de redes sociales?

—¿De qué diablos estás hablando?

—¡De la chica, Gabriel! —Toma el celular del escritorio y en su pantalla aparece la foto de Luna y yo. Oh, genial. —¿Se la presentaste a mamá? ¿A la persona a la que le importas una mierda? ¡Yo te he defendido todo este tiempo, Gabriel! Y a mí me ocultas todo ¿Cuándo me ibas a decir que salías con Luna?

Eso sí llama mi atención.

—¿Conoces a Luna?

—¡La sigo en Instagram! Baila increíble. La vi en un transporte público una vez y fue hasta después que me di cuenta de que era ella. Le conté sobre la vez que usé tus calzoncillos para saber qué se sentía mear de pie ¿Cómo la conociste? ¿Y cómo es que sale contigo y yo ni enterada?

—A ver… primero que nada ¿qué?

—¡Lo sé! ¡Qué vergüenza! Solo espero que no se acuerde de mí. No le digas esto que te dije, por favor. Es más, ni me menciones. Yo no soy tu hermana ni nada por el estilo.

Estoy intentando procesar lo que dice cuando miro a Juan al final del pasillo. Está saliendo de su oficina, con una taza de café y unos papeles en manos. Levanta la mirada y, al verme, regresa a su oficina y cierra.

Maldito seas.

Me voy directo a su despacho dejando a Catalina hablando a mis espaldas. Sin tocar abro la puerta y Juan está ahí, en su computadora, fingiendo que no puso a arder mi Facebook tan temprano.

—¿Es en serio, Juan?

—¿Qué cosa? —Me dan ganas de tomarlo por los hombros y sacudirlo algunas veces. Le enseño la pantalla de mi celular donde está mi fotografía con Luna y leo en voz alta el pie de la foto:

—A veces el amor de tu vida llega después de un GRAN error. —Hago énfasis en esa palabra porque hasta la escribió en mayúsculas. Lo miro, frunce sus labios intentando

desaparecer su gesto de diversión y continúo: —¿Qué mierda?

Suelta una sonora carcajada, deja caer su espalda en su silla al mismo tiempo que toma su taza de café para darle un sorbo y decir:

—Lo sé. Me mamé.

—¿Te mamaste? —Juan es una cosa seria algunas veces. Todavía tengo extendido el celular frente a él y continúo: —¿Eso es todo lo que tienes por decir?

—¿Qué es lo que esperas? ¿Qué Cristal publique en un periódico que tú estás a punto de suicidarte por ella? —Suelta un bufido. —¡Es lo que le ha dicho a todo el mundo, Gabriel!

—Tienes acceso a mi computadora por trabajo… —Esto lo digo en pausas para que logre captarlo y no vuelva a suceder. —No es para que publiques mis fotografías en mis redes sociales. Una fotografía que te pedí borrar.

—¿Sabes a quién me encontré esta mañana? —Me ignora, como siempre. —A Melissa. —Melissa es la mejor amiga de Cristal. —Bueno… me preguntó por ti.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—¡Qué cree que tú te estás muriendo por Cristal! Que estás tomando licor todos los días para olvidarla y todas esas tonterías que creen las mujeres cuando ven muchas películas románticas ¿Y sabes por qué hace eso? Porque tu ex se ha encargado de decirle a todos que te lo has tomado muy mal, que teme por tu vida y está muy preocupada por ti… Escucha bien… está muy preocupada por ti.

—¿Qué diablos?

—¡Exacto! —Juan suelta una carcajada irónica y se pone de pie. —¿Es verdad que te recomendó un psicólogo? —Suelto un bufido. Juan se vuelve a reír otra vez y rodea el escritorio para quedar frente a mí. —Bueno, tal vez sí necesites el psicólogo. Digo, necesitas a alguien que te ayude a entender por qué no quieres salir con una mujer que es solo ocho años menor que tú, casi nueve, pero todavía ocho.

—Sí, ocho. —Aclaro.

—A ver… ¿Cuántos años es mayor tu padre que su esposa? ¿Diez? Tú le llevas ocho años a Luna, no es nada.

—Bueno, ella estaba naciendo cuando yo ya iba a la primaria, ya sabía leer, sumar y multiplicar. —Juan suelta un bufido, volviendo a su pregunta anterior, contesto: —Mi padre y su esposa son otro asunto. Ellos dos se conocieron ya mayores. Luna se mira como una chica muy en sus veinte y eso lo sabes.

—¿Y tú crees que te ves de cincuenta? ¿En serio? —Extiende su mano y la pone debajo de mi barbilla. —¡Cuidado! Se te cae la dentadura.

Se vuelve a reír de nuevo y, como si me estuviera leyendo la mente, me dice que no se me ocurra borrar la fotografía, bueno… es justo lo que estaba pensando. Tal vez no la foto… porque va… voy a admitir que es una buena foto, pero sí tengo ganas de borrar la descripción, qué va a pensar Luna si llega a ver esto, o tal vez ya lo vio, porque en ese momento un mensaje de ella me llega al celular, tengo que respirar profundo antes de verlo. Maldito Juan.

De: Luna

¿Tienes un par de minutos? Necesito hablar contigo.

—Es ella. —Le hablo a Juan. Él está tan tranquilo porque no es su vida la que está poniendo de cabeza. —¿Qué le voy a decir si me pregunta algo? Sí, fue Juan… él lo publicó en mis redes sociales para demostrarle a Cristal que no estoy a punto de suicidarme por ella ¿Escuchas lo ridículo que suena eso?

—Ni siquiera la tienes de amiga en Facebook, no va a enterarse —dice Juan, restándole importancia. Pasa a la par mía con su laptop y unos papeles al mismo tiempo que dice: —En la reunión va a estar Ron Weasley malvado, no llegues tarde.

En fin, mejor le contesto a Lu:

Para: Luna

Sí, tengo un par de minutos.

Salgo detrás de Juan, de inmediato entra la llamada de Luna y me detengo a mitad del pasillo para contestar. Ni siquiera he pensado en una buena excusa para lo que Juan hizo, así que para lo que sea que tenga por decir, voy a tener que improvisar.

—Fue Juan. —Le digo justo al descolgar. Luna guarda silencio un momento y continúo: —Envié la fotografía por error, era un documento que estaba redactando el que iba a enviarle… —Me detengo cuando la escucho decir:

—¿De qué estás hablando?

Hago una pausa.

—¿De qué quieres hablar tú?

—De Mónica, la archienemiga de Lisseth, mi exjefa. Es la dueña de la radio que es la principal contrincante de Secretos y Canciones. ¿Entiendes eso? Tengo un mensaje de la mujer que ha hecho llorar a Lisseth varias veces. —Okey, nada que ver con Juan y la foto, puedo respirar. —¿De qué fotografía estabas hablando?

Carajo.

—La fotografía nuestra, la que tomaste ayer. Juan la publicó en mi red social, pero no importa. —Cambio rápido de tema: —Okey, ¿qué quiere exactamente la tal Mónica?

Miro a mi hermana desde su escritorio observarme con detenimiento, pero de inmediato vuelve su vista a la laptop en la que finge trabajar. Mejor me voy a la sala de juntas. Camino por el largo pasillo mientras escucho a Luna y observo a Juan entrar al salón quién, de inmediato, me da un vistazo y hace una mueca. Sé a quién se ha encontrado ahí.

—Dice que quiere trabajar conmigo, que si podemos reunirnos hoy. Quería hablarlo contigo primero porque necesito escuchar un comentario sensato. Mi parte egoísta y malvada quiere tener ese almuerzo con Mónica, pero mi parte tonta, que sigue creyendo que le debo fidelidad a Lisseth, a pesar de que me reemplazó por la vulpécula, no quiere hacerlo.

—Lo dijiste bien… te reemplazó por la… como sea esa palabra. No le debes fidelidad a nadie, Lu. Reúnete con esa mujer, escucha su oferta, anota todo lo que tenga por decir y no… escúchame bien… no firmes nada ¿De acuerdo? —Me detengo antes de entrar a la sala. —Cualquier cosa me lo comentas a mí, si tienes una duda me preguntas, si necesitas que revise algo por ti sólo dímelo ¿Okey?

—Me gusta como hablas ¿sabes? ¿Podrías repetirlo todo otra vez de la misma forma? —Me río, abro la puerta de la sala de juntas y sí, a la primera persona que te encuentras ahí es a Cristal. Hay más personas, pero ella es la única con ese color de cabello que es difícil pasar desapercibido.

—No, no te voy a repetir todo de nuevo. —Escucho su risa y en ese momento Cristal me mira, asiente de forma leve a lo que yo contesto igual restándole importancia, tomando mi lugar al otro extremo de la mesa, junto a Juan, mientras sigo hablando con Luna. —Tengo una reunión justo ahora, cualquier cosa no dudes en enviarme un mensaje. Voy a estar pendiente.

—Sí, está bien.

Tengo que colgar porque la reunión está por iniciar y mi jefa está entrando al salón. En el

momento que levanto la mirada Cristal está viéndome, aparta la mirada de inmediato para concentrarse en Matilde quién se acerca a saludarla. Va, que esto se va a hacer eterno.

—Cristal debe estarte buscando las heridas de autolesión. —Me habla Juan, burlesco. —Digo, es lo único que se me ocurre porque desde que entraste no te ha dejado de mirar ¿No se aburrió de verte por cuatro años?

No respondo, aunque quiero preguntarle a él si no se ha aburrido de ponerme todo patas arriba en los más de diez años que tengo de conocerlo. Al poco tiempo de iniciar la junta, el celular me anuncia un mensaje de texto. Lo tomo del escritorio porque la primera que se me viene a la cabeza es Luna, pero no es ella… es mi hermano, Elías.

De: Elías.

Necesitas ver esto. Procura estar sentado.

Qué carajo estará por enviarme ahora. Doy por hecho que tiene que ver con Roberto y Cristal. Digo, es en lo que parecen estar concentrados todos últimamente. Voy a dejarlo para más tarde, pero entonces la imagen me llama la atención, es una captura de pantalla desde el WhatsApp de Roberto, una fotografía mía editada donde se me dibujó algo similar a dos cuernos.

De: Elías

Y hay más, hermano.

Ignoro el mensaje de Elías porque sigo enfocado en la captura de pantalla anterior, viendo la respuesta de Cristal precisamente, son varios íconos de risa y la fecha corresponde al tiempo que estuvimos juntos, antes de su viaje a Inglaterra. Así que les parecía divertido. Qué hijos de puta.

Para: Elías

En serio… no quiero saber nada más de esos dos, pero los mensajes están peores.

Mi mensaje ni siquiera se ha enviado cuando otro texto suyo aparece en mi teléfono celular, me arrepiento de inmediato ver lo que hay ahí, aunque la imagen está censurada, ya sé qué fotografía es porque también me la envió a mí. Es una *nude* de Cristal, una que yo sí tuve la decencia de borrar pero, al parecer, Roberto no.

De: Elías

¡Qué asco! Ahora siento que vi desnudo a Ed Sheeran.

Espera, voy a vomitar.

Cierro los ojos un momento, intentando sacar esas dos últimas imágenes de mi cabeza porque me dan rabia. No precisamente por el contenido en sí, si no, por todo el tiempo que fui tan estúpido. Maldita sea.

De: Elías

Hay otra cosa en la computadora de Roberto.

Para: Elías

Oye, no es correcto que entres a todos sus dispositivos así.

De: Elías

Tampoco es correcto acostarte con la novia de tu hermano.

¿Entonces no quieres saber?

Pienso mi respuesta, pero él no la espera.

De: Elías

En el buscador ha ingresado «Luna Rodríguez» tres veces. Además, que comenzó a seguirla en Instagram y después de eso tuvo una discusión con Cristal.

Vuelvo a releer el mensaje. No me sorprende en lo absoluto. Digo, Roberto es de ese tipo

de hombre que se volvería loco por una mujer como Luna… no como Cristal, por ese motivo nunca… jamás… me los hubiese imaginado juntos.

De: Elías

¿Te envío la conversación?

Para: Elías

No.

¿Cómo es que sabes de Luna?

Mi hermano no tarda mucho en contestar:

De: Elías

Se la presentaste a mamá. Hasta la abuela Susana, que está en la tumba, ya debe saberlo.

Para iniciar, yo no se la presenté a mi madre.

—¿Qué pasa? —Escucho a Juan susurrar. Está viendo mi teléfono, no debería mostrarle lo que hay aquí porque, bueno, ya ha hecho suficientes tonterías en mi vida. De todas formas, toma mi celular sin permiso y comienza a leer toda la conversación sin preguntarme ¡Bah! Qué más da, lo único que me queda es relajarme y escuchar como los maldice a los dos. —¡¿Qué mierda?! —Exclama en lo bajo, para mi sorpresa suelta una risa y agrega: —Ya no volveré a ver a Ed Sheeran de la misma forma.

Le quito el celular y lo dejo dentro de mi bolsillo. La bendita junta se extiende toda la mañana y un par de veces me encuentro a Cristal mirándome, tal vez Juan tiene razón y esté buscándome heridas de autolesión para hacer más grande su ego. Siento que puedo respirar cuando todo se termina y estoy tomando mis cosas en el momento que un mensaje suena en mi celular, esta vez sí es Luna:

De: Luna

Me dio el borrador de un contrato. Me dijo que lo leyera.

Para: Luna

Envíame fotografías.

—¿Almuerzas con nosotros? —Escucho a Juan. Con «nosotros» se refiere a Javier y Alejandro, con quienes tengo una plática pendiente también por dejar comentarios en mi fotografía con Luna. Uno escribió «Todo un poeta» y el otro «¡Hurra! ya no eres el único soltero en el grupo, cabrón». —Prometo buscar un restaurante que se adapte a tus necesidades de adulto mayor.

—Qué gracioso. —Juan suelta una carcajada, lo miro sin ningún tipo de gesto y él intenta controlarse acomodándose la corbata. —Los alcanzo, dame cinco minutos.

Me dice que sí, solo porque logra ver que los mensajes son de Luna y agrega el lugar en el que van a esperarme. Miro las imágenes que ella me mandó y aunque no alcanzo a leer correctamente hay un dato que me llama la atención:

Para: Luna

¿En serio vas a trabajar por esa cantidad de dinero?

De: Luna

Bueno… es más de lo que me pagaba Lisseth.

Para: Luna

Primero están las personas que se dejan explotar y después estás tú, Lu.

No puedes aceptar esto…

De: Luna

Pero necesito el empleo, Gabriel.

Para: Luna

Es ella la que está interesada en ti. Vamos a negociarlo entonces.

De: Luna

¿Negociarlo? ¿Qué tal si se arrepiente y dice que no?

¡Seguiré viviendo contigo… para siempre!

Para: Luna

No va a decir que no, Luna.

¿Cuántos años crees que llevo trabajando en esto?

Me ofendes ¿sabes?

De: Luna.

¡Uy, perdón!

Casi puedo oler el sarcasmo de esa frase desde aquí, más por un emoji divertido que le ha agregado que no me puedo tomar en serio. Cierro mi laptop y me pongo de pie escribiéndole un siguiente mensaje a Luna. Miro mi reloj y borro lo que había tecleado para redactar otro texto en el que le pregunto si tiene tiempo ahora mismo. Estoy por darle enviar cuando escucho:

—¿Qué es lo que estás haciendo, Gabriel? —Por supuesto que sé a quién pertenece esa voz. Hasta el momento no había reparado en quienes quedaban todavía en la sala. Suspiro y pongo mi mejor cara antes de mirarla y decir:

—Pues… hablo contigo.

—Qué gracioso. —Toma una calada de aire y deja su bolso sobre el escritorio para cruzar sus brazos sobre su pecho. —Se me olvidaba que eres don comedia.

—¿Qué quieres Cristal?

—Saber qué es lo que estás haciendo. —Doy un vistazo a la sala y me doy cuenta de que solo quedamos los dos. —¿Es en serio? ¿Tontear con una niña de veinte años?

—Veintidós. —Cristal se ríe. Le resto importancia a su presencia hasta que habla otra vez y en esta ocasión sí levanto la mirada cuando dice:

—Gabriel, te conozco lo suficiente como para saber que no eres de ese tipo de hombre que se dejaría embobar por una modelito influencer de veintidós años. Tú eres de otro tipo de mujer, de esas exitosas con carreras importantes. Es como te visualizo a ti, construyendo un futuro brillante con una mujer a tu altura, no del tipo de cabeza hueca que lo único que hacen es mostrar sus cuerpos perfectos en Instagram.

—Vaya, pero qué rápida eres para sacar conclusiones.

—Me preocupa que esa chica te esté usando, Gabriel. Claro, eres apuesto, con un buen empleo, un apartamento bonito y un auto del año. Eres el partido perfecto para una jovencita de veinte. —Me río, no puedo evitarlo. Cristal arruga su entrecejo y termino de recoger mis cosas para salir de este sitio.

—Tus charlas maternales no las necesito, Cristal. Y creo que ya no es por mí por quien tienes que preocuparte ¿No es así? —En ese momento recibo la respuesta de Luna en mi celular, su mensaje dice exactamente *«Para ti tengo todo el tiempo del mundo, guapo»* con un guiño. No puedo evitar que se me escape una sonrisa, entonces cuando miro a Cristal observándome fijo, me dirijo a ella:

—Tengo que ver a alguien ahora mismo. Con permiso.

Capítulo 17

Luna

Creo que voy a vomitar.

No es un vómito verbal como los que yo acostumbro cuando estoy nerviosa. Es un vómito real, de esos que tienes que apretar el estómago para evitar que algo salga de tu boca. Digo, nadie vomita cuando negocia un contrato ¿o sí? Y ni siquiera soy yo que lo está haciendo. Tal vez es eso, que necesitaba hacerlo yo.

¡Bah! ¿A quién engaño? Yo hubiese aceptado el empleo con el salario de porquería. En mi defensa, Lisseth me pagaba mucho menos, e incluso, si Mónica me hubiese conocido mejor se hubiera inventado un problema familiar en el que, prácticamente, quedaba casi en bancarrota para pagarme mucho menos y yo hubiera aceptado. Sí, así como lo hizo Lisseth y que, por supuesto, me indigna.

Digo, era yo la que estaba a cargo del bendito programa, además le daba publicidad gratuita a su radio en mis redes sociales, me quedaba más tiempo del necesario si ella me lo pedía y, de paso, era su asistente personal. Aunque eso no se le dije a Gabriel, ya estoy lo suficientemente cabreada después de que me di cuenta de que le está pagando mucho mejor a la vulpécula y estoy segura de que ella no tiene que encargarse de Lisseth cuando se emborracha.

Me tomo otro sorbo de mi bebida porque me está comenzando a doler la cabeza, de pronto como que está haciendo calor ¡Uf! Madre mía. Tal vez solo debí tomarme el trago de whisky y no pedir el café moca con extra de espresso. Tal vez no debí tomar whisky en lo absoluto, pero aquí estoy, media borracha y llena de cafeína —menuda combinación— con la cara de perra empoderada como me dijo Gabriel. Obvio que no dijo esas palabras exactamente, pero lo estoy traduciendo a idioma sencillo.

—Esas son nuestras condiciones, si no… no hay trato. —Me quedo sin respiración cuando lo escucho, de pronto hasta el top que llevo siento que me está apretando y cortándome el flujo de aire correcto a los pulmones. Miro a Gabriel de reojo al mismo tiempo que pongo mi mano sobre su pierna como un llamado de atención, porque eso no era lo que habíamos hablado ayer.

El hombre araña pone su mano encima de la mía y le da un suave apretón, además entrelaza delicadamente sus dedos con los míos de una forma cariñosa y cortés, de esas que te provocan un escalofrío sobre la columna vertebral, pero tengo que mantener la cordura porque Mónica está aquí y mira los papeles para después darme un vistazo a mí.

Tomo otro sorbo de mi café cuando ella le habla a su abogado. Le dice algo al oído que, aunque intento, no logro escuchar absolutamente nada. Y, que conste, que me estoy portando como la desinteresada aquí. Su abogado le está dando un vistazo a los papeles que Gabriel le había entregado y entonces le responde al oído a Mónica. La mujer, quien tiene sus dedos entrelazados a la altura de su barbilla, asiente y me mira a mí otra vez.

—Acepto. —Dice. Mónica es una mujer elegante, distinguida, *chic*. Con el cabello negro y trenzado, de tez morena y preciosa; una mujer que, según *google*, también es activista, escritora y… Un momento… ¿Acaso dijo que acepta? ¿Dijo que acepta? Su abogado le tiende una pluma y comienza a firmar donde le corresponde. Le doy un vistazo a Gabriel quién mantiene el porte solemne y después a mi mano debajo de la suya… que… maldita sea, tengo

que quitarla porque ahora me toca firmar a mí. Quisiera disfrutar esto más tiempo, porque sé que es muy probable que no vuelva a repetirse… carajo… —Bueno, para mí es todo un placer trabajar juntas, Luna.

Se pone de pie y me extiende su mano. Me siento como una perra traidora cuando tomo sus dedos largos, finos y bien cuidados, pero Lisseth no pensó en mí cuando me echó dejándole mi espacio a la vulpécula. Le sonrío a Mónica cuando esta se despide de ambos y su abogado le da un apretón de manos a Gabriel. Los observo alejarse, subirse al coche y después desaparecer de mi vista cuando me vuelvo a Gabriel:

—¿Todos ustedes los abogados se conocen? —Él acomoda la silla en la que estaba junto a mí y la ubica al lado derecho de la mesa, se sienta cuando yo estoy volviendo a mi sitio. Ya el café no es necesario, pero ahora siento la necesidad de acabármelo.

—No… pero es muy probable que todos los abogados me conozcan a mí. —Intenta explicarse: —He llevado casos bastante… —Hace una pausa. —Complicados… pero nada que no hubiese podido resolver otra persona tampoco.

—Me gusta tu modestia. —El hombre araña esboza una media sonrisa cuando agrego: —Te *googleé* bastante, eh. Ahí no hablaban de casos que podía resolver cualquiera.

—Así que me has estado acosando…

—¿Yo? —Respondo con indignación fingida. —¿Y tú qué? Miras todas mis historias en Instagram y ni siquiera me sigues. Ni siquiera un comentario… un corazón tal vez. —Suelta una risita después de darle un sorbo a su café con vainilla y responde:

—Ahora ya te sigo… —En ese momento me llega una notificación de Instagram, al celular. Solo le doy un vistazo, es un mensaje, pero no le pongo mucha atención porque escucho a Gabriel decir: —Y dejaré un corazón en tus comentarios… —Saca su celular. La verdad es que no esperé que lo hiciera, digo… es Gabriel y no me lo imagino comentando corazoncitos en las fotos, pero cuando llega la notificación a mi teléfono y observo que proviene de él, me carcajeo y habla otra vez: —¡Oh, mira! Mi comentario se perdió entre los miles que hay ahí.

—No son tantos. —Sí hay muchos comentarios, pero a ninguno le he puesto tanta atención como para darle un corazoncito como al de Gabriel. Además, también le comento con un corazón.

—Por cierto… —Cambia de tema, al mismo tiempo que está viendo su celular y le da Me gusta al comentario que yo hice. —Te dije que Mónica iba a aceptar. No podías conformarte con ese pago absurdo.

—Ahora que lo pienso mejor, tal vez sí debí acabar el pregrado de leyes. —Me tomo un trago de mi café y me abanico con las manos, estamos en un sitio al aire libre, bastante bonito y elegante. Aun así, tengo calor y tengo ganas de quitarme el saco de vestir. —¿Hace calor, no crees?

—¿Qué es lo que estás tomando, Lu? —Gabriel toma mi café y le da un vistazo. Además… toma un sorbo y arruga el entrecejo. —¿Qué diablos?

—Es un moca con extra de espresso. Es mi favorito, sin el extra de espresso obvio, pero es que lo necesitaba. No todos los días haces un trato con la archienemiga de tu exjefa que puede costarte tu salud mental porque vas a despertarte todos los días pensando lo perra que eres cuando habías jurado a los cinco años ser una buena persona. —Gabriel me mira atento y se carcajea. Me devuelve mi café y le pregunto: —¿Quieres más?

—No, gracias. Yo tengo que regresar a trabajar y no puedo hacerlo con esa sobre carga de euforia. Por cierto, me gusta cómo estás vestida.

—Gracias. —Me doy un vistazo a mí misma. Me había puesto un saco de color negro, pantalones a la cintura y un crop top del mismo color con detalles de encaje. —Bueno, tenía un contrato que firmar. Necesitaba combinar contigo.

—Me hubieses avisado antes, hubiese traído el abdomen descubierto también.

Suelto una carcajada, una que interrumpe el sorbo de mi café que me estaba tomando y hace que casi se me salga por la nariz. Maldita sea. Él se ríe conmigo, pero deja claro que lo que le hace reír es mi risa... mi risa, vaya. Tomo una servilleta, entonces, le digo:

—Me encantas ¿sabes? —Ante su media sonrisa malévola suya, corrijo de inmediato: —En el buen sentido, claro.

—¿Es que hay un mal sentido entonces? Porque yo también te diría que me encantas, pero no sé si te lo tomarías por ese mal sentido del que hablas.

—Bueno… —Pestañeo con coquetería. —Puedo tomármelo por el mal sentido… si quieres.

Él me sonríe y niega con su cabeza al mismo tiempo que mira su celular porque tiene una llamada entrante. Se disculpa y yo le digo que no hay ningún problema, que ahora tengo ganas de aprender sobre leyes y él podría ser mi mentor, me sonríe otra vez y contesta, sé que habla con algún cliente por el vocabulario y los términos que utiliza.

No le presto mucha atención a su conversación, me voy directo a mi última historia en Instagram, específicamente a la parte donde aparecen las personas que vieron mi publicación, me llama la atención que entre ellos esté Ana, la vulpécula, pero ella pasa a segundo plano cuando justo después veo: Cristal Pinel. Miro a Gabriel, pero él sigue ocupado y ahora está anotando algo en una agenda.

Me voy directo al perfil de la tal Cristal, pero no hay nada, está privado. Lo único que se ve en miniatura es su foto de perfil, es pelirroja y es la misma que vi en la fotografía que Gabriel tenía en su estante. Miro a Gabriel otra vez y ahora, su mano, la que sostiene una pluma, está extendida sobre la mesa hacia mí. Está escuchando atentamente a su teléfono y entonces, le digo que quiero ver su reloj. Por supuesto que no quiero ver su reloj, solo es la excusa para tomar su mano; así que, cuando él asiente y suelta la pluma sobre la mesa, aprovecho su estado de concentración para tomar su mano y preparar la cámara de mi teléfono. Tomo la fotografía, su mano junto a la mía y la publico.

Va, es una foto bonita, hasta romántica si la miras así. Con un filtro otoñal que la hace ver como esas imágenes de parejas en *Pinterest*. Gabriel ni enterado. Sigue en lo suyo, toma su pluma y continúa anotando algo que la otra persona en el teléfono comienza a dictar. Se pone de pie y me dice que solo irá a traer algo a su vehículo. El auto de Gabriel está aparcado a escasos metros, así que cuando le digo que sí, lo observo alejarse hasta que mi teléfono comienza a sonar y me doy cuenta de que es Luisa… Luisa llamándome en sus horarios laborales solo significa una cosa: Emergencia.

—¿Quién murió? —Le digo al descolgar. Además, que ella ni siquiera tiene tacto para decir las cosas, así que hay que estar preparado para lo que sea.

—¡Pues tú, Luna! Acabas de subir una foto con el reloj de papá tomando de la mano a un hombre que está usando ese reloj específicamente. ¡Papá va a volverse loco!

—Exageras, Luisa. Además, papá está bloqueado de todas mis redes sociales.

—Aun así ¿Qué es esa foto? ¿Y los corazones en tu fotografía? ¿Qué me estás ocultando, fornicaria?

—¡Nada! Y no es mi novio, Luisa. Hice esa foto porque su ex está al tanto de mi perfil.

Mis tres últimas historias han sido vistas por ella y ni siquiera me sigue, así que no las ha visto por casualidad, eh.

—¿La ex de Gabriel? ¿La que se tiró a su hermano?

—La que va a casarse con su hermano.

—¡Hija de puta! —Por la forma que lo ha dicho… más bien… gritado, creo que todos los presentes aquí la han escuchado. Las personas me miran, les sonrío y les digo que no es a mí a quién ha llamado así. —¿Lo deja y todavía le preocupa que si está con alguien más? Cógetelo, hermana y después lo publicas en todas tus redes sociales.

—¡Oh! Como si Gabriel fuera así de fácil, ni un beso puedo robarle a este hombre. Estoy segura de que me va a *friendzonear* en cualquier momento. —Entonces, Gabriel se está acercando. Tengo que bajar la voz y en un susurro le digo: —No puedo hablar ahora, Gabriel está aquí. Te llamo después. —Cuelgo.

Gabriel todavía sostiene su teléfono y ahora trae su laptop consigo. Se sienta en el mismo lugar que estaba y comienza a teclear balanceando su celular entre su hombro y su mejilla. Mi teléfono me anuncia otra notificación de Instagram, otro mensaje para ser más específica y me encuentro ahí con un nombre que nunca esperé encontrarme en mis redes sociales.

De: Roberto Mariani.

Hola, Luna.

Él es quién me había enviado un mensaje hace un momento y decidí ignorar. Ahora tengo un segundo texto que dice:

De: Roberto Mariani

¿Te acuerdas de mí?

Levanto la mirada para ver a Gabriel, él continúa concentrado en la llamada y entonces le dejo mi respuesta a Roberto, pero no porque quiera hablar con él, sino por simple curiosidad nada más ¿Para qué Roberto me escribiría a mí? ¿Estará intentando comunicarse con Gabriel? ¿Acaso no le contesta sus mensajes? Gabriel no es así, en lo absoluto.

No le digo que sí me acuerdo de él, no pienso darle tanta importancia. Aunque pensándolo mejor sí debí haber puesto algo como: Sí, eres el malnacido que se acostó con la ex novia de su hermano. En su lugar, envío:

Para: Roberto Mariani

No… no estoy segura

No le toma ni diez segundos contestar. Estoy apenas dejando el celular sobre la mesa cuando de inmediato tengo otro mensaje suyo:

De: Roberto Mariani

Soy Roberto.

¡Genio! Como si su nombre no estuviera en el encabezado del chat.

Intuyendo que es muy probable que lo vaya a dejar en visto, agrega:

De: Roberto Mariani

Soy el hermano de Gabriel.

Entonces me envía una selfie. Aunque a Roberto lo conocí sin lentes, en esta fotografía lleva unas gafas de pasta de color café. Además, parece estar en un salón de clases a juzgar por la pizarra al fondo de la imagen. Me doy cuenta que tiene una sonrisa similar a la de Gabriel y sé que en ambos es herencia de su madre, aunque por supuesto que en el hombre araña se ve mucho más atractiva.

Para: Roberto Mariani

Ah, sí. No me acordaba de ti.

No sé si este hombre no tendrá mucho que hacer, pero casi de inmediato tengo su texto en mi pantalla:

De: Roberto Mariani

Te encontré por casualidad aquí en Instagram.

Vaya, que no pensé que eras toda una sensación en redes sociales.

Dejo de contestarle, porque además Gabriel ha dejado de hablar por teléfono y me dice que tiene que volver a la oficina. Habla algo sobre enviar un correo electrónico primero y comienza a teclear al mismo tiempo que me pregunta si tengo algo que hacer ahora, le digo que por el momento no, pero puede dejarme en la comisaría porque tengo ganas de arruinarle el día a Luisa. Él deja de teclear y levanta la mirada para sonreírme en respuesta, aquí confirmo que sí, que esa sonrisa se ve mejor en su cara. Regresa la vista a su computadora y, de nuevo, un texto de su hermano aparece en mi celular:

De: Roberto Mariani

Bueno, tampoco me sorprende porque eres guapísima.

Y el siguiente mensaje es un comentario a mi historia más reciente:

De: Roberto Mariani

Gabriel es un maldito suertudo.

Levanto la mirada para ver a Gabriel, otra vez. Él sigue concentrado en el correo que está redactando, pero finaliza de inmediato y no me permite seguir apreciándolo con calma. Digo, a Gabriel podrías quedártele viendo todo el día. Cierra su laptop y antes de que se ponga de pie le muestro mi teléfono celular, específicamente la conversación que tuve con su hermano.

—Mira esto. —Con el entrecejo fruncido toma mi teléfono y comienza a leer cada uno de los mensajes en silencio, completamente intrigado y con alguna expresión que no logro descifrar hasta el momento después que suelta una risa. Me da un vistazo y habla:

—Te encontró por casualidad, dice. —Se vuelve a reír otra vez. —Te ha buscado varias veces, de hecho. Asumo que lo hizo desde el día que te conoció, o fue por la foto que subió Juan a mi perfil, no lo sé.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Mi hermano menor, Elías. Entra al celular de Roberto... a su pc, a su tablet… es un milagro que no entre a su apartamento también. Y, bueno… él me lo dijo. —Mira el teléfono otra vez, se ríe de nuevo y me lo entrega. —Por supuesto que soy un maldito suertudo ¿Por qué hay una fotografía de mi mano en tu Instagram?

—Larga historia.

—Agradece que no tengo tiempo para escucharla.

Se pone de pie después de entregarme mi teléfono y me extiende su mano para ayudarme a ponerme de pie también. Camino a su lado en dirección a su vehículo y entonces, reviso mi última historia, específicamente las personas que la han visto y sí, ahí está, Cristal Pinel. Es como si estuviera a cada hora al tanto de lo que pasa en mi perfil. Santo cielo.

Me detengo, haciendo que Gabriel lo haga conmigo. Entonces, le pregunto:

—¿Te importa si nos tomamos una foto para mis historias de Instagram?

—En lo absoluto.

Pero algo sale mal, muy mal.

Justo en el momento que pongo la cámara de mi teléfono frente a nosotros y Gabriel se aproxima a mí para tomarnos la selfie, yo acerco mis labios a su mejilla, pero vamos que aquí

hay que hacer una pausa, porque existía una probabilidad casi nula, un porcentaje menor a cero de que algo así pasara, que justo en el momento que yo me acercara a besar la mejilla de Gabriel, él se girara hacia mí y terminara plantándole un beso en la boca.

Así tal cual.

Se me corta la respiración, se me eleva la presión sanguínea, se me sube el azúcar, los triglicéridos, el colesterol, la bilirrubina, en fin, todo ¡Todo! Me quedo quieta, petrificada, en shock… no sé si desmayarme o salir corriendo… o salir corriendo y desmayarme, o desmayarme y salir corriendo después ¡Carajo, Carajo! Miro a Gabriel y él me mira a mí. Nos quedamos en silencio mirándonos por un rato, un largo rato o es así como se siente porque hasta me olvidé de respirar. Hasta que él se comienza a reír y yo termino carcajeándome con él. Santo escarabajo con patas.

—¡Cielos, Lu! Si querías besarme solo me lo hubieras dicho. Me hubiese preparado mejor, con un beso apasionado y música romántica de fondo. Y decirte: Ninguno de esos necios ha sabido besarte así jamás.

—Buena referencia de «Lo que el viento se llevó» pero yo lo prefiero así: Tú con tu traje de El hombre araña, colgado del techo, bajo la lluvia, mientras me dices: Qué insistencia de meterte en problemas. —Gabriel suelta una carcajada, entonces desactiva la alarma del auto y me abre la puerta al mismo tiempo que repite:

—Qué insistencia de meterte en problemas. —Además, añade: —Me la estoy memorizando para cuando aprenda a colgarme del techo.

Suelto una risita y le doy una de esas miradas coquetas que a él le hacen sonreír y, antes de ingresar al vehículo, me vuelvo a él y le digo:

—¿Pero sabes qué? No me arrepiento.

Capítulo 18

Gabriel

Siempre hay que sacar lo mejor de las situaciones.

Si algún día te quedas sin gasolina en medio de la nada tú decides si maldecir o sentirte agradecido por tener la oportunidad de moverte en un coche. Siempre, sin darle vueltas al asunto, saco el lado positivo de todas las situaciones. Todas.

Incluyendo lo que acaba de pasar.

Digo, no es a diario que alguien te besa de pronto —la última vez me pasó cuando estaba en el kínder— y, aunque por un momento me quedo en blanco, intento sacarle lo mejor a la situación, pero termino riéndome, carcajeándome con Luna, porque… vamos, no es algo que te esperas ocurra un día normal, en una posición que ni siquiera pudiera considerarse una cita, hasta se podría decir que esto es trabajo… porque lo es… casi.

—¡Cielos, Lu! —Exclamo con tono sarcástico. —Si querías besarme solo me lo hubieras dicho. Me hubiese preparado mejor, con un beso apasionado y música romántica de fondo. Y decirte: Ninguno de esos necios ha sabido besarte así jamás.

No voy a negar que siempre lanzo este tipo de comentarios para escuchar la respuesta de Luna, porque sé que ella siempre tiene algo ocurrente para decir. Y no me equivoco, suelto una risa cuando me contesta:

—Buena referencia de «Lo que el viento se llevó» pero yo lo prefiero así: Tú con tu traje de El hombre araña, colgado del techo, bajo la lluvia, mientras me dices: Qué insistencia de meterte en problemas.

La escena de El hombre araña se reproduce en mi cabeza y no puedo evitar imaginármelo así, suelto una corta risa al mismo tiempo que abro la puerta de mi auto y extiende mi brazo para que ella entre.

—Qué insistencia de meterte en problemas —Repito. Da unos pasos hacia mí para entrar al vehículo y añado: —Me la estoy memorizando para cuando aprenda a colgarme del techo.

Eso provoca una carcajada en Luna, pero no queda ahí, antes de entrar al vehículo, con esa cara coqueta suya, me dice:

—¿Pero sabes qué? No me arrepiento.

Podría decirle que yo no me arrepiento tampoco, pero eso no está al nivel de la conversación. Así que en su lugar, suelto:

—Bueno, pudo ser peor.

La escucho reírse antes de cerrarle la puerta y todavía tiene una enorme sonrisa cuando me ubico frente al volante. Tiene sus ojos puestos en mí y me dice:

—Eres tan romántico como una langosta.

—¿Y a ti te gusta la langosta?

—A mí me encanta la langosta.

Entonces la miro y aprieto mis labios para evitar decir las siguientes palabras que van a salir de mi boca, pero no tengo necesidad de hablar porque ella suelta una risotada viendo su teléfono y me extiende lo que hay en su pantalla.

La fotografía.

El hecho había quedado registrado y, aunque solo se me ve la mitad de la cara, de la nariz

hacia abajo, cualquiera que me conoce podría saber que soy yo. Se ríe de nuevo y me dice:

—Voy a publicarla en mis historias.

—Hazlo.

Pero, vamos, que no creí que aquello fuera verdad, no me imaginé ni en mis sueños más locos que a Luna se le ocurriría subir esa foto a su red social, una que no solo miran cincuenta personas, sino miles; pero cuando estoy llegando a la oficina y una notificación me llega al teléfono, me doy cuenta de que sí, sí lo hizo y de paso me etiquetó a mí.

Pero no solo queda ahí, sino que me comienzan a llegar una cantidad exuberante de solicitudes de seguimientos a mi cuenta. Por eso precisamente mi perfil es privado, para evitar a extraños husmeando entre mis fotos y no es que tenga tantas publicaciones tampoco, son solo trece las que hay ahí y al menos cinco son de paisajes. Creo que voy a darme de baja en redes sociales.

—Lo siento, estaba atendiendo un asunto importante con otro cliente. —Le digo a las personas que me están esperando en la sala de conferencias. Por supuesto que no menciono que ese otro cliente me había besado y, de paso, había armado un caos en redes sociales subiendo la fotografía frente a miles de personas. —Por cierto, señor Ricci… Su hermano no puede venir, pero conseguí su firma. —Pongo el contrato frente a él y agrego: —Accedió a cederle la empresa uno, dos y cinco; lo que le otorgará a usted ganancias de cincuenta y dos por ciento.

Mi jefa sonríe y asiente, él sorprendido mira el documento que le extiendo y exclama:

—¡Vaya! Excelente. Me imaginé peleando esto por más tiempo ¿Qué lo hizo cambiar de opinión así? —Me siento frente a él, a mi lado está Juan quién también revisa una copia del papel que le entrego. —Hasta ayer todavía me dijo que no iba a permitirlo.

—Pues… tal vez… debería llamarle. —Le extiendo un bolígrafo y él ni siquiera titubea en dejar su firma sobre el papel. —Me dijo que quería hacer las paces con usted.

Él se pone de pie pensativo, pero después con una sonrisa en la cara y con un apretón de manos se despide de los dos. Se vuelve a mi jefa quién le dice que va a acompañarlo a la entrada. Cuando ambos desaparecen de la sala, espero una pregunta de parte de Juan sobre cómo conseguí la firma pero lo único que obtengo es:

—¿Y ese otro cliente te besa en los labios? —Lo miro, él suelta una carcajada viendo su teléfono, así que no tengo ni siquiera necesidad de preguntarle sobre a qué se refiere porque ya lo sé. Él levanta la mirada esperando una respuesta, pero ¿qué se supone que debería contestar a eso? —A ver qué pasó aquí, porque no creo que así de pronto hayas dejado a un lado el trauma por los veintidós años.

—Larga historia. Resumida: Fue un accidente… —Hago una pausa: —Creo.

—Accidente o no, esto es mejor de lo que tenía en mente. —Comienza a teclear en su teléfono, ni siquiera le pregunto lo que hace porque me lo dice de inmediato: —Le acabo de enviar esta historia a la amiga de Cristal con un «No me parece que Gabriel tenga ganas de llorar por Cristal».

—Santo cielo.

—A ver… ¿cómo conseguiste la firma del otro Ricci?

—Le conté la historia con mi hermano y mi ex, le dije que lo que sea que haya pasado entre su hermano y él no se comparaba en lo absoluto con lo que yo acababa de contarle. —Me río, ya esa historia incluso comienza a sonar ridícula dentro de mi cabeza —Creo que sintió lástima por mí.

—Yo también siento lástima por ti, pero porque tienes una mujer guapa viviendo en tu

casa que dices no estar interesado solo porque tiene veintidós años.

—No es solo por los veintidós años, apenas conozco a Luna y fue a través de una aplicación de citas. A estas alturas podría estar muerto.

—Pero no lo estás y en su lugar estás besándote con una chica guapa en Instagram. De nada, Gabriel.

Juan detiene su discurso, mira al frente y después se gira completamente hacia mí, más bien su cabeza es la que se gira completamente hacia mi persona, incluso parece la niña de El exorcista.

—Espera… ¿Acabas de decir que no es solo por los veintidós años, Gabriel? ¿No es solo por los veintidós años? Eso significa que… que podría haber una posibilidad de… ¡Carajo! Y esto que fue solo un beso…

—Joder contigo, Juan. —Me pongo de pie. —Mejor voy por un café.

Mi celular suena otra vez estoy dejando la sala de conferencias y a un Juan carcajeándose a mis espaldas. No tengo ganas de coger el teléfono de mi bolsillo porque, por supuesto, ya sé de dónde provienen todas esas notificaciones. Cuando suena de nuevo decido tomarlo y sí, no me equivoqué, la primera es una notificación de Instagram, la segunda es un mensaje de mi hermano, Elías, que dice:

De: Elías

Esoooo cabrón

Arrugo mi entrecejo, le escribo una respuesta antes de llegar a la cafetería:

Para: Elías

¿Qué diablos…?

Me envía una captura de pantalla, de la historia de Luna… donde estoy yo. Podría negarme, decir que ese no soy yo, pero por supuesto que eso no va a convencer a nadie.

Para: Elías

¿Así que tú también estás al tanto de su perfil?

De: Elías

No, Roberto es el que está al tanto de su perfil

Yo solo miro lo que él ve.

Y justo ahora está viendo esa foto.

Aunque puede que yo también la espíe un poco, digo… la conociste a través de una aplicación, Gabriel. Podría venir a casa y matarnos a todos.

Por favor, dile que primero mate a Cristal.

Estoy sirviéndome café cuando leo sus últimos mensajes, esto hace que el líquido rebalse la taza y termine derramándose sobre la encimera. Carajo. Antes de tomar unas toallas de papel para limpiar el café derramado, le dejo una respuesta a mi hermano:

Para: Elías

Espero que nadie más sepa sobre la aplicación.

Su siguiente respuesta es un emoticón de un guiño y, además, agrega:

De: Elías

Tu secreto es mi secreto.

Aunque nos mate a todos.

Para: Elías

Si la conocieras te dieras cuenta de que no es capaz de matar ni a una mosca.

De: Elías

Lo mismo decías de Ed Sheeran y ella sí es capaz de matarnos a todos. Eso sin mencionar que se acostó con tu hermano y te robó un cliente.

Para: Elías

Cristal es otro asunto.

Para: Elías

¿Cómo sabes lo del cliente?

De: Elías

Porque vi tu correo, Gabriel… tu contraseña es contraseña ¡Duh!

Qué chistosas son las relaciones entre abogados. Terminan y se roban los clientes.

Ah y se cogen a tu hermano.

Lo que no es mi secreto es que Roberto le esté escribiendo a «tu chica».

Me envía las capturas de pantalla de la conversación de ellos dos, la que yo ya había visto, pero esta vez al final de todos los mensajes está una respuesta de Roberto a su última historia, la foto del beso y dice: *«Vuelvo a repetirlo, Gabriel es un maldito suertudo»*. A lo que Lu contestó: *La suertuda soy yo* junto a un emoji de corazón.

Para: Elías

Ya había visto esta plática.

Bueno, tal vez eso último no.

De: Elías

¿Sabes? Esto es satisfactorio.

Roberto y Cristal están discutiendo por ti.

Roberto le preguntó a Cristal si el motivo de su mal genio hoy se debe a que tú estés saliendo con alguien.

Me siento como si estoy viendo un dorama en forma de chat y en vivo.

Uno protagonizado por Ed Sheeran y Britney Spears.

Para: Elías.

Con esas comparaciones no puedo tomarte en serio, Elías.

De: Elías

¿Sabes que sería más satisfactorio?

Si ese beso fuera de esos apasionados, con lengua y todo.

Para: Elías

¿Qué sabes tú de besos de lengua?

Ni siquiera has tenido novia.

De: Elías

¡¿Disculpa?! He tenido hasta más novias que tú.

Para: Elías

No cuentan tus novias virtuales de Los Sims.

De: Elías.

Si no tengo es tu culpa.

Todavía recuerdo lo que me dijiste sobre el beso negro.

Gracias a ti parecí un idiota

Me dijiste que era cuando ambos se pintaban los labios de negro

Te dije ¿así como los metaleros?

Y tú, bien pendejo, respondiste: Así exactamente.

Suelto una carcajada leyendo su mensaje, tomo un sorbo de mi café y lo dejo de nuevo

sobre la encimera. Estoy escribiéndole una respuesta cuando me llega una solicitud de seguimiento de la hermana de Luna. Definitivamente, me voy a dar de baja en redes sociales.

Para: Elías

¿Qué querías que te dijera? ¡Tenías once años!

Me estoy riendo, también me reí cuando se lo dije y todas las veces que lo recordé después.

De: Elías

Claro, entonces preferiste que pensara eso por el resto de mi vida.

Por tu culpa me acerqué a la niña más bonita de mi clase con los labios pintados de negro y le dije: Oye, quiero darte un beso negro

WTF

Me carcajeo otra vez, aunque no debería, es verdad que todo eso sucedió y le costó una suspensión en la escuela, pero ¿cómo podría haberme imaginado yo que iba a hacer tal cosa? Al menos nunca le dijo a mamá que fui yo quién se lo dijo.

Para: Elías

Lo bueno es que ahora ya sabes que no se trata de pintarse los labios de negro.

De: Elías

No gracias a ti, pendejo.

Me estoy riendo con el teléfono en manos cuando escucho que alguien entrar a la cafetería a mis espaldas, primero no presto mucha atención porque estoy dejándole un mensaje a Elías muerto de risa y antes de enviarlo escucho que los pasos se detienen justo detrás de mí. Me giro y me encuentro ahí a la última persona que me gustaría ver ahora mismo: Cristal. No voy a mentir, espero que el caso que llevan su buffet y este se acabe pronto.

—Escuché por ahí que conseguiste la firma de uno de los clientes más difíciles. —Habla con desdén. Le doy un trago a mi café cuando habla de nuevo: —¿Qué le dijiste para convencerlo?

—No querrás saberlo. —De verdad, no querrá saberlo.

—Tienes razón. —Se va en dirección al refrigerador y agrega: —Después de todo necesitas facturar mucho para cubrir los gustos de tu novia ¿no es así? ¿Un reloj Belrose, Gabriel? ¿Es en serio?

—¿De qué diablos estás hablando, Cristal?

—Obsequiarle un reloj que puede costar más de mil dólares a una niña con la que estás comenzando a salir no es muy inteligente de tu parte. —Intento procesar todo lo que me está diciendo, principalmente porque no recuerdo haberle regalado un reloj a nadie. —Es que no ves lo que esa muchachita está haciendo contigo.

—Lo que no veo es por qué eso te molestaría. A ver, que yo sepa tú y yo no compartimos cuenta bancaria y mi dinero no es tuyo ¿O sí? —Me río un poco y tomo mi taza de café para salir del lugar, pero antes de hacerlo me detengo cuando la escucho:

—Es que eres tan ingenuo, Gabriel. Estoy intentando abrirte los ojos. La verdad es que te creía más listo y menos superficial. No pensé que eras ese tipo de hombre que se deja embobar por una niña bonita que solo quiere sacarte el dinero.

—A ver… ¿Es que tú también me ibas a elegir la siguiente persona con la que yo iba a salir? Porque eso tal vez no me lo dejaste claro. —Le doy un trago a mi café y me dirijo a la salida, pero antes me vuelvo a ella y le digo: —Envíame tu lista de las mujeres que crees que serían correctas para mí por correo, tal vez algún día las tome en cuenta, aunque no ahora,

porque… —Tal vez exagero un poco mi gesto y tono de voz cuando le digo: —Es que Luna me encanta. Que tengas buen día.

Luna estaría orgullosa por mi brillante actuación frente a Cristal ahora mismo, aunque por dentro me hierva la sangre y no crea poder mantener la máscara de la indiferencia por mucho tiempo. Juan me mira, después su vista va a alguien detrás de mí así que me imagino por qué no pregunta nada. Yo me encierro en mi oficina y Cristal sigue su camino a otro lugar donde espero no tenga que encontrármela. No mucho tiempo después Juan entra a mi despacho, yo apenas me estoy acomodando en mi silla cuando habla:

—¿Qué diablos fue eso?

—Cristal reclamándome por un reloj que dice le compré a Luna.

—¿Le compraste un reloj a Luna?

—No. —Juan se ríe. Entonces, me muestra su celular, en él está la respuesta de la amiga de Cristal a la que le envió la historia de Lu, esperaba que estuviera bromeando cuando me dijo que iba a enviársela. —¿Qué estoy haciendo qué para molestarla?

La respuesta de Melissa, la amiga de Cristal, es exactamente: ¿Esa es la chica con la que Cristal dice que Gabriel está revolcándose para molestarla?

—Que estás revolcándote con Luna para molestarla. —Juan se ríe otra vez y teclea alguna respuesta que prefiero no saber porque sé que no va a gustarme y él siempre va a enviarla de todas formas. —Yo solo digo que deberías concederle ese deseo a Cristal. —No despega su mirada de la pantalla de su teléfono y agrega: —¿Quieres saber qué estoy contestándole a Melissa?

—La verdad no.

El teléfono de Juan comienza a sonar, así que detiene su tecleo impulsivo para atender. Sé cuándo Juan habla con un cliente porque es como si se convirtiera en una persona completamente diferente, desde el tono que usa hasta la pose que toma con la mano dentro del bolsillo. Lo miro alejarse, cerrar la puerta y dirigirse a su oficina. Tomo mi teléfono que hasta hace un momento estaba sobre mi escritorio para ver la notificación que anuncia mi celular, es un aviso de un video que recién posteó Luna, uno que justo acaba de subir a su red social. No voy a negar que sí me da curiosidad y lo primero que hago es ir a ver el dichoso video que ya comienza a acumular cientos de likes, incluyendo uno de mi hermano, Roberto.

Y esto que solo han pasado dos minutos.

Pero es que no puedo culparlo, una vez que reproduzco la grabación me quedo tan absorbido que ni siquiera sé en qué momento se acaba y yo me quedo viendo la pantalla del celular reproduciendo el video otra vez. Es que si hay una persona capaz de convertir una canción tan *creepy* como lo es *Sweet Dreams* de Marilyn Manson en una pieza de baile sensual, esa es Luna.

Me quedo replanteándome mi existencia cuando el video se acaba por tercera vez. Hasta me impulsa a dejar un comentario y yo no soy de comentar en Instagram, pero justo en el momento que estoy comenzando a teclear, como si de alguna forma estuviésemos conectados, una llamada de Luna me interrumpe:

—¿Sabes? —Hablo, al momento de descolgar. —Acabas de interrumpir el comentario de corazón que estaba a punto de dejarte en tu último video.

Escucho su risa, hay música de fondo, pero aun así puedo escucharla perfectamente. Parece estar en el estudio de baile, a menos que Luisa tenga una canción que dice «rakatakataka» en su oficina.

—¡Rayos! Y yo que esperaba no estar interrumpiendo algo importante.

—Espero que lo que tengas por decirme sea más importante que eso entonces.

—Lo es. —Replica de inmediato, con un entusiasmo que no sé si debería aterrarme. —Mónica acaba de invitarme a una fiesta esta noche, dice que quiere presentarme al equipo. Me dijo que podía llevar a mi novio… y bueno… cree que mi novio eres tú.

—Luna, subiste una foto besándonos. A este punto, tus miles de seguidores deben creerlo.

—Solo quería que tu ex lo creyera. —Suelta una carcajada, de esas que se escuchan tan satisfactorias. —Lo siento, es que está al pendiente de todas mis historias que me dio curiosidad saber su reacción si me viera besándote.

—Pues creo que sí se lo creyó porque parece bastante cabreada. —Luna se carcajea otra vez y esto que todavía no le cuento todo lo que Cristal opina. —Esta noche voy a contarte todo lo que piensa de ti.

—¿Eso es un sí vienes?

—Ese es un por ti iría hasta el fin de mundo, Lu. Envíame la ubicación.

Me río después de escuchar esa risa contagiosa suya y agrega que va a enviarme la dirección en un texto. Además, me dice que debería dejar algo más que un corazón en sus comentarios. Una vez que cuelga, su video es que el que queda frente a mí una vez más. Borro el corazón que estaba a punto de enviarle y escribo algo de lo que podría arrepentirme más tarde: *¡Uff! Qué guapa mi amor,* además de agregarle un corazón flechado y un emoticón de fuego.

No me sorprende que el primero en darle Me gusta sea Roberto, por supuesto…sabía que sería un fanático de Luna una vez que la llegara a conocer porque así es él. De inmediato a mi comentario le siguen una serie de *likes* de desconocidos que provocan que mi teléfono esté a punto de colapsarse.

El texto de Lu con la ubicación del sitio llega entre medio de todo el caos, después de ver el lugar y calcular el tiempo estimado que me tomaría estar allá una vez que salga de la oficina, le envío un mensaje con mi posible hora de llegada. Pero con un trabajo como el mío nada sale como se espera, estoy apareciéndome en la discoteca casi una hora más tarde porque tuve que quedarme más tiempo por una junta improvisada que a último minuto se le ocurrió a mi jefa.

No me toma mucho tiempo encontrar a Lu una vez que estoy dentro, la visualizo riéndose entre un grupo de personas y a la par de ella está Mónica, su nueva jefa. Mira el celular y después levanta la mirada buscándome a mí. La sonrisa de Luna al verme hace que me olvide de lo molesto que estoy por un momento y me concentre en ella. Se pone de pie y camina hacia mí con un trago en cada mano, me extiende uno y después me lo quita.

—No, espera… Este también lo necesito. —Y se lo pasa entre espalda y pecho. —Solo van a pasar algunas horas para que Lisseth se entere de todo esto, hay fotos mías en todas las redes sociales de esta radio.

—Y más vale que cuando se entere estés sobria. —Tengo que acercarme a su oído para hablarle porque el encargado de la música en este lugar tiene la intención de reventar tímpanos. —Fue ella quién te despidió y eso es considerado un despido injustificado, pudiste denunciarla incluso y sacarle miles si así hubieses querido.

—No quiero los miles de Lisseth, quiero unos seis más de estos shots. —Me toma de la mano y me arrastra con ella a la barra mientras me dice que puedo tomar lo que quiera. —Dime la verdad ¿Crees que esté haciendo mal? Lisseth odia a Mónica a muerte y ahora básicamente me dejé llevar por el enemigo. —Antes de yo responder le habla al barman que le está poniendo

unos tragos a otras personas. —Oye, quiero seis de esos.

—Lo que estás haciendo mal es no publicarlo tú también en tus redes sociales. —Tiro de una banqueta a la par suya y tomo el lugar al mismo tiempo que digo: —Y no vas a tomarte seis de estos, no llevaré a una ebria a mi casa.

—Puedes dejarme frente a la puerta del apartamento de Luisa.

—No voy a dejarte frente a la puerta del apartamento de Luisa. Y mucho menos ebria, presiento que tu hermana me mataría.

—Sí. —Habla sin dudar. —Sí te mataría.

Miro el reloj del que tanto habla Cristal en el momento que ella toma una de las seis bebidas que deja el sujeto al otro lado de la barra. Pensé que no hablaba en serio sobre tomárselos todos, pero cuando empieza por el primero, tengo que retirar cuatro al menos.

—Cristal asegura que yo te compré ese reloj. No sé en qué momento pasó porque yo no recuerdo habértelo regalado. —Luna me mira y se ríe.

—Mi padre la mataría si escucha eso. —Además, está viendo su celular. Suelta una carcajada y me muestra un mensaje que hay en su pantalla: —Con lo que me acabas de decir ¿Crees que sea tu ex? Es un perfil falso, sin foto, que me dice: Deberías buscarte un trabajo de verdad, un hombre no va a mantenerte para siempre.

—Podría decir que Cristal no se prestaría para eso, pero me estoy comenzando a dar cuenta que no conozco a Cristal en lo absoluto.

Entonces comienza a teclear, con tanto ímpetu que solo me recuerda a Juan cuando está haciendo algo malicioso que pueda meterme en problemas. Cuando le pregunto qué hace, me doy cuenta de que no me equivoco cuando dice:

—Le estoy preguntando si con trabajo de verdad se refiere a acostarte con dos hermanos al mismo tiempo.

—No, no vas a enviarle eso. —Le arrebato el celular y se abalanza hacia mí para forcejear por el bendito teléfono. No sé en qué momento, cuando estoy entre la barra y su cuerpo, el aparato se me resbala de las manos y termina cayéndose, provocando que dos de las copas de alcohol que habían servido le caiga encima, empapándolo de licor. Los dos nos quedamos viéndolo y el bendito móvil se apaga. Madre mía. —Por Dios, qué delicado para ser un vejestorio.

—Ahora tendrás que darme el tuyo, Gabriel.

Capítulo 19

Luna

Mierda.

Podría comenzar esto con una frase filosófica, de esas que hablan sobre situaciones trágicas de la vida que te hacen reconsiderar todo lo que has hecho —y lo que no— de tu existencia. Podría ponerme dramática y comenzar a ver las cosas en perspectiva, iniciaría sacando las cosas buenas, como que tengo trabajo —por ejemplo—, las malas: que me siento como una perra traicionera y las peores: que me acabo de quedar sin un celular, pero en lugar de eso, lo único que se me ocurre es: Mierda.

Retrocedo a lo anterior ¡Vaya! Pude mencionar una cosa buena de mi vida.

—Por Dios, qué delicado para ser un vejestorio. —Escucho a Gabriel, al mismo tiempo que miro el aparato apagado entre todo el licor. Vejestorio o lo que sea, pero tenía un teléfono y ya no.

—Pues ahora tendrás que darme el tuyo, Gabriel. —Estoy muy cerca de Gabriel, tanto así que siento su aliento rozar mi mejilla cuando suelta una risita. Viéndolo bien, esta es una escena para fantasear a lo loco, pero no puedo porque estoy pensando en el bendito teléfono, en que Luisa va a volverse loca si no le contesto en media hora y en que estaba a punto de enviar un mensaje muy importante. Ya me harté de la palabra «mierda» pero es que no hay nada que describa mejor este momento. —Oye ¿Conoces un sinónimo para la palabra «mierda»?

—Heces fecales. —Contesta de inmediato.

—Heces fecales —exclamo, limpiándole el licor al teléfono. Me río, Gabriel se carcajea conmigo y ya a este punto solo puedo rezar porque el teléfono encienda más tarde. —No, eso no suena nada bien.

—No, mejor vamos a buscar otro sinónimo para esa palabra.

—Si lo sumerges en arroz funciona. —Interrumpe el barman. Los dos lo vemos a él, el tipo está viendo también mi celular, ha dejado de limpiar la barra para mirar intrigado el aparato que gotea licor y después nos mira a los dos. —A mí me ha servido.

—¿Ya escuchaste, Lu? —Dice Gabriel, burlesco. Toma un sorbo de una de las copas que están servidas y agrega: —Sumérgelo en arroz.

—Más te vale que tengas arroz en tu casa, Gabriel.

—Para ti consigo todo el arroz del supermercado, Luna. —Me río, pero suena más a una risa de esas histéricas porque ahora mismo estoy limpiando el aparato con una servilleta que el joven detrás de la barra me ha entregado. El mismo suelta un chiflido y agrega:

—Yo tuve uno igual, pero me lo robaron en una gasolinera. —Gabriel y yo nos miramos. El hombre araña aprieta los labios para no reír y le da otro sorbo a la bebida. Yo solo espero no haya sido la misma gasolinera de la que sustrajeron este, la verdad. —Pero sí tienes razón, muy delicado para ser un vejestorio. El que me lo robó me hizo un favor.

—¿Lo ves? —Habla Gabriel, señalando al ya no tan agradable sujeto que sirve los tragos. —Yo también te acabo de hacer un favor.

—Gracias —suelto con ironía. Si en realidad no lo hubiese sacado de una comisaría me ofendiera. Mantengo el porte serio porque se supone que esto es algo que amerita un minuto de silencio —pero en serio necesito tu teléfono, tengo que llamar a Luisa, porque si no le he escrito

en media hora va a volverse loca y es muy probable que llegue a tu casa y tire la puerta.

Eso es suficiente para que me extienda su celular, cuando tomo el teléfono me pide un patrón, uno que Gabriel no duda en darme, lo hace él primero, después bloquea el móvil de nuevo y me pide que yo lo haga. Lo miro, hago lo que me pide y sí, entro a su celular sin problemas.

—Si soportas las llamadas de mis clientes cada media hora, es todo tuyo.

—No soportaba ni las llamadas de mis padres, Gabriel, pero puedo bloquear a tus clientes también. —Es abrumante la cantidad de emails que me reciben cuando entro a su teléfono y también me entero de que le están llegando cientos de solicitudes de seguimiento de Instagram, puedo asegurar que eso se debe a mí. —Tienes como un millón de notificaciones en Instagram.

—Sí, eso es gracias a ti.

—Aunque la cantidad de correos electrónicos es mucho más agobiante. —Toma el teléfono y los mira, me dice además que solo se asegura que no haya nada que amerite una contestación rápida y me lo entrega otra vez. —¿Sabes? No me arrepiento de haber dejado el pregrado de Leyes.

—¿Y por qué dejaste el pregrado de Leyes? —Estoy marcando el número de Luisa cuando lo escucho hacer esa pregunta. Respiro profundo y me pienso muy bien lo siguiente que voy a decir:

—Porque soy una terrible estudiante. —Tal vez debí decirlo con otras palabras que me hicieran sonar como una intelectual sofisticada que no está interesada en Leyes o solo quedarme con la frase confiable «no era lo mío», pero en su lugar continúo: —Tenía las peores notas de la universidad en los últimos… no sé… cuatrocientos años.

Gabriel se echa a reír.

—Exageras. —Quisiera decirle que repetí la preparatoria dos veces, pero eso mejor me lo guardo para mí. No podría hablar sobre eso con un hombre que se graduó de la universidad con honores, que tiene especialización, maestría y un currículum impresionante. —Tal vez no era lo tuyo. —Ahí está, esa frase debí usar. —Sé que te gusta actuar, bailar y sé que eres buena en ambas cosas.

—Quiero estudiar cine. —Es la primera vez que le digo esto a alguien que no sea mis padres, o Luisa o tal vez a Ana se lo mencioné una vez. Gabriel esboza una sonrisa y dirige toda su atención a mí cuando continúo: —Me gustaría dirigir, producir y actuar mis propias películas.

—Eso suena genial.

—Pero no tengo el dinero. —Me doy cuenta de que Luisa no contesta, así que decido marcarle otra vez. —¿Sabes por qué no he tenido un papel todavía? Porque mi agente dijo que, si no estaba dispuesta a hacer desnudos, entonces no seguiría trabajando conmigo y yo no quiero ser ese tipo de actriz. No quiero ser recordada por la película en la que me desnudé. Sé que hay muchas actrices que lo hacen y está bien, pero no es lo que yo quiero para mí.

Luisa sigue sin contestar, así que decido llamarla a su oficina. Ella misma me obligó a aprenderme ambos en caso de emergencia y, bueno, para Luisa esto es una emergencia, ni siquiera voy a mencionar el método que utilizó para que los memorizara, pero al menos funcionó. Contesta justo en el momento que Gabriel me dice que es hora de buscar otro agente, no respondo a eso porque escucho la voz de Luisa, aunque no de forma clara por el bullicio del sitio.

—Oficina de Luisa Rodríguez ¿En qué puedo ayudarle? —Le digo a Gabriel que voy a buscar un lugar más tranquilo para hablar, que solo será unos minutos. Tengo el teléfono en la

oreja y sé que ya se ha enterado que soy yo porque dice: —¿Luna?

—Luisa, me quedé sin teléfono… —Casi tengo que gritarle, camino hacia afuera del local y cerca de la puerta el ruido es menor así que me quedo aquí observando el grupo en el que se encuentra Mónica, hablando de ella… todavía no le he dicho a Luisa que ya tengo un empleo y es con la archienemiga de Lisseth. Va a morirse, pero de la emoción. —Si no contesto no es porque morí o me secuestraron ¿Entendido?

—¿Qué? —Exclama de inmediato. —¿Ya te asaltaron otra vez? ¿Y por qué me estás llamando a la oficina?

—Porque no contestabas tu teléfono. —La escucho soltar un suspiro y después alejarse. Escucho su voz a cierta distancia cuando me dice que su teléfono lo dejó en la camioneta de Fede. Además, me pregunta qué pasó con el celular que consiguió para mí. —Le cayó licor encima y, bueno, no funciona. Sólo quería hacértelo saber.

—Pues no te conseguiré otro ¿Cómo le tiraste licor y dónde carajos estás, Luna? Apenas te escucho. ¿Y de quién es este número?

—De Gabriel.

—¡Oh! Debí imaginarme que estabas con él, dile que acepte mi solicitud de seguimiento en Instagram, necesito vigilarlo más de cerca.

—No le diré eso, tonta.

—Y más te vale que me llames mañana temprano o llegaré a tirar su puerta. —Por suerte lo advertí. La escucho mover unos estantes, así que el ruido de la música de este sitio más el que proviene de su lado no me deja escucharla claro. Se lo hago saber, pero no le importa en lo absoluto, sigue hablando y solo la escucho cuando dice: —No te emborraches, la última vez que lo hiciste perdiste un anillo de compromiso.

—Bueno, ahora no tengo nada más que perder que mi dignidad.

—Pero es que ya ni eso tienes, Luna. —Me indigno; pero entonces, escucho una voz de fondo y de inmediato, la escucho más cerca del teléfono para susurrarme: —Mi jefe está llegando. Estás en altavoz, no digas una pendejada.

—Está bien… voy a colgar, solo quería hacerte saber lo del teléfono…

—Señorita bolas… —Escucho entonces, joder. Me quedo en silencio, bueno… no en tan silencio porque hay una música que dice «mueve ese culo» de fondo. —Escucho que se la está pasando bien.

—Señor comisionado… —Exclamo conteniendo la respiración porque solo tengo ganas de dejar el teléfono ahí y salir corriendo. —¿Todavía se acuerda de mí? Me alegra saber que aún no le falla la memoria.

—Le sorprendería saber que hay muchas cosas que no me fallan aún gracias a su último consejo sobre el Ensure Advance ¿Qué me recomienda esta vez, Rodríguez?

—Paracetamol… para el dolor de espalda. Recuerde descansar con las piernas en alto para evitar problemas en las rodillas. —Ahora comienza a sonar una canción que dice «perreo intenso» como unas diez veces. —Le recetaría otra cosa, pero no sé si usted tiene algún jardín donde plantar su semilla.

El señor comisionado suelta una carcajada, la primera que le escucho desde que lo conozco, ni siquiera puedo hacerme una imagen en la mente porque jamás lo he visto reírse, pero ahí está… carcajeándose y no sé cómo tomarme eso.

—¿Ya tiene trabajo, Rodríguez? Porque si no es así, puedo ofrecerle un puesto vigilando las celdas de máxima seguridad, apuesto que su buen humor va a mejorar la actitud de los

reclusos.

—Si me ofrece un mejor salario que la radio para la que trabajo, me lo pensaría.

El señor comisionado no contesta porque mi hermana está entrando al lugar y gritándome que me advirtió sobre guardar silencio. No ayuda en nada que el comisionado esté carcajeándose y le dice a mi hermana que es agradable hablar conmigo, además le cuenta que me ofreció empleo y que es muy probable que yo acepte.

Creo que mejor voy a colgar.

Me quedo quieta en mi lugar, viendo la llamada terminarse y un momento después el número de la oficina de Luisa aparece en la pantalla, no voy a contestarle, por supuesto. Mejor ni me aparezco por su despacho por un buen rato.

Camino de regreso hacia Gabriel quién esboza una sonrisa al verme y le digo que voy a guardarle los números de mi hermana para que no conteste, él me dice que le parece una buena idea, además le menciono que acepte la solicitud de seguimiento de Luisa para que no llegue a botarnos la puerta de su apartamento. Gabriel se ríe y me dice que es un riesgo que está dispuesto a tomar. Además, agrega:

—Por cierto, tengo algo para ti… —Estoy saliendo de su perfil de Instagram para entrar al mío cuando lo observo sacarse algo del bolsillo de su pantalón. Arrugo mi entrecejo cuando tintinea unas llaves frente a mi rostro y dice: —Es una copia de las llaves de mi apartamento.

—¿Qué? No… ya tengo trabajo, dentro de poco me mudaré y… —No me deja terminar, toma mi bolso, deja las llaves dentro y me dice que no va a escucharme, aun así, continúo hablando, diciéndole todos los motivos por los cuales no debería darme unas y termino con un: —Voy a perderlas de todas formas.

—Eso sí lo creo.

No termino de escuchar su burla hacia mí porque un mensaje me aparece en la pantalla justo en el momento que mi perfil aparece frente a mis ojos. Es un mensaje de Roberto —que ya ni me asombra voy a admitir—, el texto dice:

¿Qué tan bien te la pasas con Gabriel? Porque sé que él no es de las personas que le dediquen mucho tiempo a su relación y tú eres de esas mujeres que se merecen el mundo entero.

Y a mí me da risa.

—Tu hermano. —Le hablo a Gabriel y le extiendo su celular. El hombre araña toma el móvil y arruga el entrecejo para leer las palabras de su hermano, después suelta una risita y, por primera vez, lo escucho decir:

—Qué hijo de puta. —Pero su gesto es diversión completa, incluso burlesco. Me entrega el teléfono celular al mismo tiempo que dice: —Dentro de poco te estará declarando su amor y diciéndote que tú eres la única mujer a la que ha amado. Te propondrá matrimonio también, eso es seguro.

—Pues yo lo enviaría directo a las heces fecales, Gabriel ¿Qué le pasa a este tipo? —Él se ríe y le hablo al bartender, de momento el chico está mirando su celular y levanta la mirada cuando me escucha decir: —Oye… ¿Nos tomas una foto?

Él dice que sí cuando le extiendo el teléfono, sale un momento de la barra para enfocarnos a los dos y me siento sobre las piernas de Gabriel. Tal vez el hombre araña no se esperaba esto, porque ha provocado que derrame la bebida sobre la barra y el barman lo mire con furia.

—Solo actúa como si te diviertes conmigo.

—Pero es que sí me divierto contigo, Lu.

Bueno, no es al «divertir» que me refería.

Le sonrío viéndolo a los ojos, una mirada que él mantiene y me sonríe también. Me vuelvo al joven y levanto mi dedo pulgar para avisarle que puede tomar la foto, pero entonces tomo el rostro de Gabriel con mi mano para plantarle un besote de esos que estoy segura Roberto no querrá volver a preguntar sobre cómo me la paso con Gabriel después. Él se queda quieto un momento y, voy a admitirlo, no esperaba que lo correspondiera, lo juro, pero sí que lo hace… y ¡vaya forma de corresponder! que incluso mis brazos se van alrededor de su cuello…

¡Santo escarabajo!

Me siento como la primera vez que probé la bendita tarta Vianner, o el tiramisú con extra de chocolate o el crème brûlée que no tenía ganas de dejar de comer después. Y no es que esté comparando a Gabriel con un postre… bueno… sí, es que él es como un postre, dulce en todos los sentidos, hasta en su forma de besar; delicado, dulce, deleitable y… sensual ¡Carajo! Me toma unos segundos acomodar mis pensamientos cuerdos otra vez dentro de mi cabeza y recordar que esto solo era una foto para el hermano de Gabriel. Caigo en cuenta que el pobre bartender nos está viendo cuando dice:

—¿Era una foto? ¿O un video?

Me levanto de las piernas de Gabriel para tomar el teléfono como si no se me erizaron todos los vellos de la piel. Ni siquiera lo miro, porque… ¡diablos! Como miras a los ojos a un hombre con el que te acabas de calentar solo para una foto de Instagram. Eso habla muy mal de mis habilidades como actriz.

En fin, agarro una de las bebidas que estaban servidas y me la tomo sin respirar, me vuelvo a Gabriel con el mejor gesto de indiferencia que pudiera sacar en este momento de insensatez mientras envío la fotografía junto a un texto que tecleo en voz alta «Así-de-bien». Ahora solo me queda esperar su respuesta. Le sonrío al hombre araña al mismo tiempo que le devuelvo el teléfono y cuando mira la pantalla me dice con sorna:

—¡Guao! Voy a tener que pedirle a Roberto que te envíe más mensajes así. —Suelto una risita al mismo tiempo que tomo la banqueta a su lado y me vuelvo a él quién todavía tiene puesta su vista en el teléfono. También con tono burlesco, contesto:

—Pero es que tú puedes besarme cuando quieras.

Eso hace que él se vuelva a mí, además me entrega el celular y me doy cuenta de que Roberto ya ha visto el mensaje. Está escribiendo. Entonces, Gabriel se acerca a mi oído solo para decir:

—El día que yo te bese, Lu, será uno de esos que no vas a olvidar nunca.

¡Madre mía! Me aclaro la garganta porque, digo, ni una sola pizca de debilidad ante este hombre ¡Ni una! Exagero un poquito la expresión de asombro en mi rostro solo para fingir que me he tomado aquello como una burla y no estoy esperando que sí pase de verdad, pero no contesto, porque en ese instante, justo en el momento que miro el celular solo para saber si Roberto ya ha contestado, una imagen aparece en mi feed y es una publicación del pendejo de Andrés. Ni siquiera me acordaba que lo seguía en redes sociales, pero ahora agradezco no haberlo eliminado antes porque su post es una foto de mi gato ¡Mi gato! Con la descripción: ¿Alguien quiere a este gato?

Pero eso no es todo, además agrega «Mi exnovia lo abandonó en mi casa. Yo no puedo tenerlo» ¿Yo lo abandoné en su casa? ¡¿Se atreve a decir que yo lo abandoné en su casa?!

Qué hijo de p…

—Gabriel, necesito que me lleves al apartamento de Andrés.

—¿Qué Andrés? ¿El muerto?

—Sí, ese mismo.

Ni siquiera lo dejo responder y no le explico tampoco, tomo su mano y tiro de él para salir del lugar, aunque no pone ni un poco de resistencia. Incluso me abre la puerta de su vehículo, entro rápido en él, Gabriel sube unos segundos más tarde y es hasta que vamos en camino que le muestro la fotografía y le explico todo el rollo entre ese gato y mi ex.

Yo adopté a Pantuflas en un refugio donde lo pondrían a dormir si no conseguían unos adoptantes en menos de veinticuatro horas, bueno… en realidad persuadí a Andrés a hacerlo porque desgraciadamente en mi antiguo apartamento no me permitían tener mascotas, Luisa tampoco podía quedarse con él y la única opción era Andrés. En ese momento creí que él sería un buen candidato porque siempre mencionó lo mucho que le gustaban los animales.

Me cabreo aún más cuando continúa en los comentarios diciendo «Ella lo dejó aquí por irse a revolcar con otro tipo y yo no puedo tenerlo más tiempo. Trabajo todo el día. Pobrecillo que esté solo.» ¡¿Qué carajo?! ¡Hijo de…! Gabriel suelta una carcajada cuando leo las palabras del pendejo de Andrés, pero a mí no me da ni una pizca de gracia.

—Lu… —Me habla, antes de bajarme de su auto una vez que estamos en el mugriento edificio que vive Andrés. —No vayas a matarlo, por favor.

Con la seriedad que lo dice pareciera que habla en serio, pero solo se está aguantando la carcajada nada más.

—Voy a procurar no hacerlo, pero que de todas formas si lo asesino cuento contigo para que me ayudes a esconder el cuerpo ¿Verdad? O a sacarme de la cárcel.

Me dice que está preocupado, pero que sin duda alguna haría cualquier cosa por mí.

—Aunque ayudarte a esconder el cuerpo creo que sería más fácil. —Bromea. —Yo podría tomarlo por los hombros y tú por los pies.

No puedo evitar reírme, aunque estoy molesta y exhausta, porque el bendito elevador no sirve y el idiota vive en el piso seis, apartamento sesenta y seis. Él mismo eligió este lugar por esos números específicamente, ah sí, pero le teme a la oscuridad y a las arañas. En fin, la ironía.

—¡Ah! Aquí es. —Le digo a Gabriel, señalando la tontería que ha pegado en la puerta, una calavera de esas que ponen como señal de peligro. Golpeo con fuerza, unas dos, tres o cinco veces, tal vez debí traer a Luisa para que la tirara la puerta abajo. Estoy a punto de comenzar a pegarle con los pies cuando un Andrés, desorientado y adormilado, es el que abre. No lleva camiseta, pero ahora que he visto a Gabriel con el torso desnudo me doy cuenta del costal de huesos que es Andrés, aunque presuma tener el abdomen marcado.

—¿Luna? ¿Qué carajo haces aquí?

—¿Dónde está mi gato? —Doy un paso adentro sin esperar que él me invite. Lo que me recibe es un apartamento desastroso. Hay ropa sobre el único sillón de la sala, un pantalón colgado en la tv, una montaña de zapatos arrinconados. Incluso apesta a popó. Al parecer, este sitio era algo presentable gracias a mí. —Andrés, te hice una pregunta.

—Luna, vete de mi apartamento.

—¿Dónde está mi gato? —Repito más fuerte. En ese momento la que se aparece frente a mí es ella, Ana. Genial, lo que me faltaba. Está vestida con ropa que sí parece de burdel, con encajes, medias y estoy segura de que eso no lo está utilizando para dormir. Ella mira de mí, a Andrés y de Andrés a la persona que me acompaña. —Quítate.

La empujo, pero ni siquiera pone resistencia. Andrés no dice otra palabra más, comienzo

a buscar a Pantuflas cuando escucho al pendejo dirigirse al hombre araña:

—¿Quién diablos eres tú?

—Su novio. —Contesta Gabriel. Me vuelvo a él cuando lo escucho y le está extendiendo la mano a Andrés como saludo, aunque Gabriel está más concentrado en la mugre que está en la pared, ni siquiera repara en Ana semi desnuda, él está perturbado por una mancha de moho sobre la pared de al lado. Cuando mi ex le da la mano, él cortésmente le dice: —Mucho gusto.

Ninguno dice una palabra más, Gabriel continúa dándole un repaso al sitio con el gesto intranquilo, con las manos en la cintura apartándose el saco. Su gesto dice todas las palabras que ni yo me atrevo a decir al ver este lugar. Es hasta que yo suelto un grito que los tres se sobresaltan y me miran, es que cuando el pobre Pantuflas sale de su escondite detrás de un montón de cajas con basura —música de Andrés— me sorprende el esqueleto de gato con el que me encuentro.

Este no es el Pantuflas que vi la última vez.

—¿Es que acaso no podías alimentarlo, idiota?¿Para eso querías quedarte con él? ¿Para matarlo de hambre? —Hay heces del gato en la esquina, unas que parecen llevar un tiempo ahí ¡Dios! No puedo creer como viven estos dos.

El gato al reconocerme corre hacia mí y comienza a acariciárseme en los pies. Lo recojo del suelo y me vuelvo a Andrés con toda la rabia que he podido recoger cuando me dice:

—¿Qué estás haciendo? —Además está caminando hacia mí y continúa: —No pienses que vas a llevarte a mi gato.

—¡Oh! ¿Tu gato? ¿El mismo que estabas regalando hace un momento en redes sociales? Genial, pues yo me lo llevo ¿Dónde está el transportador? —Lo diviso en un rincón, lleno de papeles que parecen ser partituras de alguna canción mierda de las que escribe. —¡Oh! Ahí está… con más heces.

—A ver… antes que nada… yo no te he dado autorización de…

—Tu autorización te la puedes meter por el culo, Andrés. —Vacío el transportador y dejo el gato dentro. El pobrecillo ni siquiera hace resistencia, entra al bolso y lo cierro cuando escucho de nuevo:

—Luna, tú sales con ese gato por mi puerta y te juro que voy a ponerte una demanda.

Gabriel se ríe, ni siquiera tengo que preguntarle porqué, solo de imaginarme que tiene que ver con lo que ha dicho yo también me carcajearía si no estuviera tan cabreada ahora mismo, paso al lado de Andrés cuando él se ha quedado viendo a Gabriel y éste, tan fresco, le dice:

—Amigo, soy abogado, puedes ponerle las demandas que quieras. —Además, le extiende la mano al mismo tiempo que se despide y añade: —Solo vas a perder dinero y tiempo, tómalo como un consejo. Buenas noches.

Capítulo 20

Gabriel

No es el fin del mundo.

No es como que un día despertaras con un tercer ojo, o un ano en la frente. Por supuesto que esas son palabras de Luna, no mías. Lo dice justo en el momento que sumerge el horrible teléfono en arroz, entonces exclama viendo el aparato dentro del recipiente:

—Bueno… no es tan malo, no es como que de pronto despertaras con un tercer ojo o un ano en la frente. —Me quedo analizando un momento lo que acababa de decir. Después de cerciorarse que el celular está completamente cubierto, se vuelve a mí y agrega: —Te perdono.

—¡Ah! ¡Qué alivio! No hubiese podido dormir si no me perdonabas. —Ironizo. —No lo dices solo porque estés metiendo un gato en mi apartamento ¿verdad?

Cuando llegamos a mi apartamento, hace un rato ya, había sacado al gato del transportador y el pobre animal corrió a esconderse detrás del sillón de mi sala. Aún está ahí… creo. Así que mira ese lugar cerciorándose que sigue vivo al mismo tiempo que me dice:

—Sí, ya estamos a mano. —Estamos los dos sentados a la par en unas banquetas frente al desayunador. Luna se pone de pie y la observo alejarse hasta el sillón donde el gato está escondido, pero regresa para decir: —¿Puedo usar tu teléfono otra vez? Tengo que dejarle un mensaje a mi hermana, una vez que le muestre en qué estado me encontré a Pantuflas estoy segura de que me prestará su arma para volarle los sesos a Andrés.

Me saco el celular del bolsillo y se lo entrego.

—Lo de ayudarte a esconder el cuerpo no iba en serio ¿okey? —Su grito me hace sobresaltar justo en el momento que voy a tomar un sorbo de una botella de agua que tenía en manos desde hace rato. Me giro hacia ella al mismo tiempo que exclamo: —¿Qué diablos?

—¿Ahora te echas para atrás, Gabriel? ¡Tenía el plan perfecto! Ya hasta nos visualizaba en un episodio de «Parejas asesinas» en *Investigation Discovery*.

—Si teníamos que aparecer en «Parejas asesinas» entonces no era un plan tan perfecto después de todo, Lu.

Entonces se ríe al mismo tiempo que regresa a la sala, la miro inclinarse, buscar al gato detrás del sillón, disparar la fotografía y después teclear mientras se queda sentada sobre la alfombra en el piso. Me pongo de pie cuando ella me pide que le alcance una de las latas de comida para gato y cuando estoy cerca me doy cuenta que el gato había salido, pero de inmediato se vuelve a esconder.

—No le agradas —Me dice Luna y toma la lata que le extiendo. La miro a ella y después al lugar donde se metió el felino.

—Pues tendré que agradarle quiera él o no… ahora está viviendo en mi casa.

Lu me da una sonrisa y palmea el lugar sobre la alfombra a la par de ella. Enarco una ceja cuando me dice que me siente a su lado, aunque le digo que no, igual termino cediendo y cuando hago lo que me pide, agrega:

—Eres prácticamente un desconocido para él, así que solo necesita olerte. —Me toma el brazo y veo su intención de acercar mi mano al felino que sigue escondido detrás del mueble. —¡Vamos! Solo necesita acostumbrarse a tu olor, tal vez deberías frotártelo contra tu cuerpo… no lo sé.

—Ni de coña.

—O yo debería frotarme contra tu cuerpo, tal vez. —No me mira cuando dice eso, es hasta que añade: —Digo, su olor está impregnado en mí.

—No, gracias. —Me río y finjo pensarla: —Aunque esa idea está mucho mejor. —Luna suelta una risita. Vuelve a tomarme la mano y me tengo que negar otra vez: —No voy a hacerlo.

—¿Es que tú nunca has tenido un gato?

—Nunca he tenido una mascota en lo absoluto.

—¿Qué? —Exclama sorprendida. Vuelve a repetir: —¡¿Qué?! ¿Ni siquiera un pez? Eso es lo más triste que he escuchado ¿Nunca has tenido una mascota en tu vida?

—¿Mi hermano menor cuenta cómo mascota?

—¡No!

—Entonces no. —Cuando vuelve a tomarme la mano. Me acomodo las mangas de mi camisa hasta los codos y entonces hago lo que Luna me pide, con cautela meto mi mano detrás del sillón intentando tocar al gato, pero entonces siento sus colmillos enterrándose en mi piel.

—¡Carajo! —Suelto, sacando mi brazo de golpe.

—¿Qué?

—Me mordió.

—¿Qué? —Luna se ríe otra vez viéndome la mano. Ahí están, la forma de sus colmillos aunque no alcanzó a clavármelos con fuerza así que no llegó a lastimarme, pero vamos que esto es agresión. —Ibas a dejarlo olerte, no a tocarlo ¿Qué carajo?

—Y yo que iba a saber que tiene tan mal genio. —Entonces, me pongo de pie. Miro detrás del sillón y alcanzo a ver los ojos de la bola de pelo viéndome. —Luna, dime un sinónimo para hijo de puta.

—Hijo de perra.

—Hijo de p… —Me detengo. —No, eso está peor.

La escucho carcajearse, de una forma que a mí me provoca diversión también. Tomo mi saco de la mesa del centro donde lo había dejado y voy camino a mi habitación cuando la escucho:

—Terminarán siendo mejores amigos, ya verás.

Suelto un bufido con mofa y me rio en respuesta. Tomo mi laptop y en mi habitación me dejo caer sobre mi cama encendiendo la computadora. De inmediato, los correos no se hacen esperar y entre los primordiales están uno de Juan, otro de Cristal y uno que proviene de Elías, mi hermano. Por orden de prioridad debería ir primero al de Juan, o al de Cristal —si es que este email tiene información sobre al caso que llevamos común en el despacho; digo, debería, no tengo nada más qué hablar con Cristal—. Pero, por error, termino presionando el de Elías, solo para encontrarme con un archivo que tengo que descargar en mi portátil.

No, ni madres.

Comienzo a redactarle mi respuesta, con la misma formalidad que usó:

Buenas noches,

Ni de coña me descargo tus archivos, mocoso.

Saludos,

Ahora sí me voy al correo enviado por Juan, en él hay un documento y en el que mandó Cristal también, sí, es la información que necesitaba sobre el caso, si algo bueno hay que reconocer de Cristal es que es muy profesional en sus asuntos.

Me retracto.

Debajo de todo el cuerpo del email hay una nota que dice: «Espero tengas tiempo para revisar estas anotaciones, esto es más importante que revolcarte con esa niña». Me río, no puedo evitarlo. Es que todo esto ya es un mal chiste dentro de mi cabeza y me estoy comenzando a cansar. Ni siquiera dudo en dar click en responder, así que cuando la ventana del nuevo correo aparece en mi pantalla, tecleo:

Buenas noches,

Cuando termine de revolcarme con esa niña, le doy un vistazo a tu documento.

Saludos,

Tal vez es hora de cambiar mi contraseña para que Elías no mire esto.

Demasiado tarde. De inmediato tengo un mensaje suyo en Messenger, ya no sé si se refiere al último correo que le envié, o al que acabo de hacerle llegar a Cristal ahora mismo. El texto de Elías dice:

De: Elías Santander

Hey… no estás tan pendejo como pensé ¿eh? Punto para ti, huevón.

Para: Elías Santander

Vete al demonio.

Oye ¿no se pasó tu hora de dormir ya?

De: Elías Santander

Ya no tengo diez años, Gabriel.

Ya hasta sé qué es hacer una rusa.

No gracias a ti, claro está.

Para: Elías Santander.

No sé qué decir en estos casos…

Felicidades (?

¿Para qué quieres entrar a mi laptop si tienes todas mis contraseñas?

De: Elías Santander

¿Todas tus contraseñas? Tu contraseña es la misma para todo.

Y no quiero entrar a tu computadora, pendejo.

¿Puedo llamarte?

Para: Elías Santander

Ahora mismo no.

Luna está usando mi teléfono.

Entonces me hace una video llamada, frunzo el entrecejo cuando contesto porque parece estar cerrando la puerta de su habitación y, además, encerrándose en el armario. Cuando le pregunto qué está haciendo solo me hace una señal de silencio con sus dedos y ahora queda la pantalla totalmente oscura.

—¿Por qué te estás encerrando dentro del armario?

—Porque mamá no puede escuchar lo que te voy a decir. —Parece abrir un poco la puerta entonces un tanto de luz le pega en la mitad de la cara. —Oye, necesito dinero. Escucha el audio, si te interesa seguir escuchando, te lo vendo en treinta dólares.

—¿Qué diablos? —Me río y continúo: —¿Qué te hace pensar que voy a perder mi tiempo escuchando un audio?

—Porque te gusta el chisme como a todos.

—Ah, carajo. —Suelto un bufido. —Te doy los treinta dólares si me haces un resumen.

—Sabía que ibas a decir eso. —Suelta una risita que calla de inmediato y se aclara la

garganta para hablar con un tono profesional: —De acuerdo ¿Quieres el resumen largo o el corto?

—Me da igual. ¿Es importante sí o no? No quiero pender mi tiempo en tonterías.

—Pues… depende. A ver… —Se acerca más a la pantalla. Comienza a susurrar, pero todavía lo escucho perfectamente: —¿Consideras importante que Cristal le diga a mamá que está preocupada por ti porque tu «nueva chica» —Incluso hace comillas con su mano— solo está contigo para exprimirte dinero? O sea, como si eres una naranja a la que puedan exprimir, solo que en lugar de jugo sacaras billetes o algo así. Así lo dijo. Además, la llamó superficial y materialista. Mencionó algo sobre un reloj que le compraste.

—¿Qué carajo…? —Suelto una risa irónica. —Bueno, el lado bueno de todo esto es que ya no está diciéndole a todos que me estoy muriendo por ella. —Hago una pausa, rebobinando todo lo que me dijo. —¿Cómo y dónde conseguiste ese audio?

—Quedó grabado en el micrófono que instalé en la cocina. —Se rasca la parte de atrás de la cabeza y agrega: —No le digas a mamá que hay un micrófono instalado en la cocina, por favor.

—¿Instalaste un micrófono en la cocina?

—La directora le dijo a mamá que necesitaba hablar con ella. Entonces, instalé un micrófono para escuchar la conversación y prepararme para cualquier cosa. Gabriel, si mamá se entera que mis compañeros me pagan para alterar sus notas en el sistema va a matarme. O peor aún, si le dicen que boté todo el sistema de la escuela por accidente se volvería loca. Por suerte no fue por ninguna de esas dos cosas.

—¡Oh por Dios! Estás haciendo fraude y me acabas de hacer cómplice. ¿Cómo diablos botas el sistema de toda una escuela por accidente?

—Exactamente por eso, por accidente. Ahora es nuestro secreto y si le dices algo a mamá voy a contarle que conociste a tu novia a través de una aplicación en internet. Eso es más peligroso que hacerle creer que solo quiere «exprimirte» —también hace las comillas— dinero.

—No sé qué es más irrespetuoso, que me estés sobornando o que insinúes que soy un soplón.

Por fin sale de su escondite y se va directo a su escritorio donde deja su teléfono. Ahora solo estoy viendo el techo de su habitación, pero lo escucho perfectamente:

—¿Vas a darme los treinta dólares? Mi negocio está a punto de fracasar si descubren que soy yo detrás de la caída de la web del colegio. Necesito dinero ¿Investigo si Luna quiere exprimirte dinero o si sus intenciones son quemar la casa con nosotros dentro?

—Ni una, ni la otra. Gracias.

—¿Sabes qué? Creo que deberías traerla a una cena en casa, ya sabes, toda la familia, Ed Sheeran…

—Sabes que no la llevaría con toda esa familia de locos, Elías.

Mi hermano suelta una carcajada. Salgo un momento para asegurarme que Luna no está cerca y pueda escuchar esta tontería de conversación. La observo en el mismo lugar que estaba cuando me vine a mi habitación, pero ahora está hablando por teléfono, por sus gestos parece molesta y menciona la palabra «hijo de perra» unas tres veces así que asumo que está hablando con su hermana. En ese momento abre la lata de comida haciendo que salga disparada y le caiga encima.

No puedo evitar reírme.

Mejor vuelvo con Elías.

—¿Sabes? Yo también pertenezco a esta familia Gabriel así que me ofendes. —No le estaba poniendo atención en lo absoluto así que cuando me pregunta si entendí le digo que sí aunque no sé ni de qué coña estaba hablando. —Ed es tan rara. Te deja por tu propio hermano y después comienza a portarse como una paranóica, incluso Roberto comienza a sospechar, digo ¿Por qué le importaría si alguien se acerca a ti por interés? Eres abogado, todos se acercan a ti por interés.

—Oh, gracias. —Ironizo.

—Hablando del rey de Roma… —Menciona tecleando en su computadora con tanta vehemencia que hasta aquí escucho ese pobre teclado trabajar. —Me envió un mensaje, dice que le ayude a subir unas notas de sus alumnos a la página de la universidad ¡Ja! Se quedará esperándome entonces. Por cierto, acaba de enviarle un mensaje a tu chica… —Hace una pausa y después agrega: —Oyeee, qué es ese besazo, de eso es lo que hablaba, cabrón.

—Oh, Dios… voy a colgar. Vete a dormir, Elías.

—¡Guao! Algo me dice que estás disfrutando esto bastante ¿eh?

—Adiós. Hasta mañana. —Sigue hablando, pero prefiero no escuchar. Antes de terminar su videollamada, anexo: —Y no mires porno.

—Yo no miro porno, pendejo.

Finalmente desaparece de mi pantalla, suelto un bufido y me doy cuenta que tengo notificaciones de mi red social, bueno últimamente esto es usual. Me voy directo a una solicitud de seguimiento que llama mi atención «Ana González» es la amiga de Luna… o ex amiga de Luna más bien.

No, de ninguna manera.

Dejo a un lado la solicitud de seguimiento de la chica cuando una imagen de Luna aparece en mi *feed*, me doy cuenta que también cambió su fotografía de perfil. Ahora está el gato malhumorado, aunque la imagen parece ser de hace algún tiempo. Me voy a su perfil y le dejo un mensaje:

Para: Luna Rodríguez.

No puedo creer que un gato me haya robado mi espacio como tu foto de perfil.

De: Luna Rodríguez

Ese gato llegó primero. Fórmate en la fila.

Suelto una risita y entonces escribo:

Para: Luna Rodríguez.

¿Qué tiene él que no tenga yo, Lu?

¿Tengo que ser negro y estar peludo?

Porque lo segundo puedo lograrlo.

Escucho la risa de Luna desde la sala, una que me provoca reír a mí también y cierro la laptop para ir hacia ella, todavía se está riendo cuando me mira y, aunque no quiero arruinarle el gesto divertido, sí que lo hago cuando le menciono que Ana, su amiga, me ha enviado una solicitud de seguimiento en Instagram.

—¿No estás pensando aceptarla, verdad?

—Ni siquiera acepto a tu hermana, Lu. Estoy bien con mis cuarenta seguidores en Instagram. —Me río un poco cuando observo la mancha de alimento para gato que está sobre su vestido porque la escena vuelve a repetirse dentro de mi cabeza. —¿Por qué hueles a pescado?

Sí sé por qué huele a pescado, aunque no lo voy a mencionar. Ella se mira a sí misma y contesta:

—La lata de comida para gato explotó. —No sé si es la forma que lo dice o la seriedad con la que habla cuando suelta un disparate, pero es que Luna es un mate de risa la verdad. —Tu hermano contestó.

Me devuelve el celular. Se detiene a mi lado cuando estoy leyendo las palabras de él, la verdad es que no me sorprende en lo absoluto; digo, una vez que tu hermano se acuesta con tu —*para ese entonces*— novia, ya no queda nada que pueda asombrarte. El mensaje es claro: «Pero igual puedo asegurarte de que podrías salir con otro chico y él ni siquiera se daría cuenta ¿Quieres intentarlo? ¿Qué dices? ¿Vamos por un café?»

Me provoca una risa, tal vez no debería porque… digo… ahora quiere ligarse a la mujer que cree es mi novia ¡Vaya! Escucho a Luna preguntarme sobre qué le había hecho a Roberto para odiarme tanto y es que ni siquiera yo lo sé. No entiendo aún en qué momento la relación con mi hermano se convirtió en esto. Antes de todo este asunto con Cristal, hasta nos llevábamos bien… creo. Lu me quita el teléfono y comienza a teclear mientras me dice:

—¿Sabes? Inicié esto porque tu ex estaba al tanto de mis redes sociales, pero creo que estoy logrando otro objetivo. Tu hermano parece estar más pendiente de nuestra relación falsa que la misma Cristal. Esto me suena a que van a tener muchos problemas. —Soltó una risita que me sonó diabólica en realidad. —¿Crees que su interés repentino sea porque cree que tengo una relación contigo?

—No, en realidad sí creo que esté interesado en ti. Lu… tú eres de ese tipo de mujer que volvería loco a cualquier hombre.

—¿Hasta a ti? —Me interrumpe. Sí, hasta a mí; pero, por supuesto, no voy a decírselo, no estoy lo suficientemente borracho para hacerlo.

—No, yo no soy cualquier hombre. Conmigo vas a necesitar más que tu bonito rostro. Tal vez una botella de vino Sassicaia y si me cantas «Qué bonito amor» de Vicente Fernández. —Luna suelta una carcajada, una de esas que siempre me contagian no sé de qué pero que me hacen sentir feliz. La observo alejarse, entrar a la habitación que ocupa y después regresar con el estuche de una guitarra en manos.

Una guitarra.

Luna tiene una guitarra.

—¿Tocas la guitarra? —Pregunto, cuando veo que saca el instrumento de su funda. —De hecho, la mejor pregunta sería ¿Tienes una guitarra dentro de mi apartamento de la que ni siquiera me daba cuenta?

—Podría esconder un cuerpo en tu closet y no te darías cuenta Gabriel.

—Siempre y cuando no sea el mío, todo bien.

Me mira con una sonrisa y toma el lugar del sillón donde se esconde el gato diabólico, se acomoda la guitarra y me mira preguntándome si estoy seguro sobre la canción que mencioné. Le digo que sí con una sonrisa, entonces… comienza…sí, sí es la canción y me hace soltar una carcajada, carajo.

—¿Es en serio, Lu? —A ver… ni siquiera me imaginaba que Lu pudiera tocar la guitarra así o que se supiera de memoria esa canción que le mencioné… o que cantara… y que lo hiciera tan bien como lo está haciendo ahora mismo. ¿Qué carajo? ¡¿Qué carajo?!

Madre mía.

Qué diablos…

No sé qué gesto debo tener ahora mismo… shock, estupefacción, admiración, sorpresa… una mezcla ridícula de todos tal vez, un cruce de todos los colores en mi cara. ¿Qué diablos? No

lo dije pensando que Luna podía hacerlo. Caray. El asombro me hace soltar una risa y ella se detiene para carcajearse conmigo. No puedo creerme esto.

—Ahí tienes… —Habla poniéndose de pie. No, ni siquiera puedo salir de la conmoción todavía. La observo dejar el instrumento dentro del estuche, llevárselo al hombro y volverse a mí. —Ya solo me falta conseguir la botella de ese vino como se llame ¿Verdad?

—¿Qué diablos fue eso? —Ni siquiera me sale la pregunta tan fluida como pensé.

—Qué bonito amor, de Vicente Fernández.

—Sí sé que fue «Qué bonito amor» de Vicente Fernández. —Luna toma mi teléfono de la mesa donde lo había dejado hace unos momentos y comienza a teclear al mismo tiempo que le pregunto: —¿Cuándo pensabas decirme que también cantabas?

—Nunca me preguntaste.

—Claro, porque no voy por ahí preguntándole a todas las personas que conozco si saben cantar… Digo, ni siquiera conozco gente que pueda cantar. —Luna me devuelve el celular después de decirme que le dejó una respectiva contestación a Roberto. Miro el mensaje y dice: «No, gracias. Tengo cosas más deliciosas que hacer con Gabriel» Santo escarabajo. —Bueno, todavía te falta la botella de vino.

—Gabriel, de aquí a que consiga esa bendita botella de vino tú ya estarás rendido a mis pies. Anótalo

Capítulo 21

Luna

He escuchado por ahí que siempre los sueños significan algo.

Entonces, cuando despierto de golpe en mi cama… bueno, no mi cama… la cama de Gabriel, la cama extra de Gabriel más bien, ya desearía yo amanecer en su cama ¡Ja! Digo, se ve bastante cómoda. En fin… ese no era el punto, volviendo al tema inicial… estoy sudando, el corazón me late a mil y estoy incorporada sobre el colchón, mirando alrededor, con la mano en el pecho e hiperventilando.

¡Santas heces fecales! Si los sueños en realidad tienen un significado, entonces necesito saber qué diablos significa un caballo persiguiéndome… en tacones.

Necesito *googlearlo*… busco mi teléfono entre las sábanas y entonces recuerdo que ya no tengo teléfono.

Maldición, el teléfono.

Me pongo de pie de un salto y me doy cuenta de que le causo tremendo susto a Pantuflas haciendo que el pobre animal pegue un brinco también. Me mira asustado en una esquina y cuando me disculpo —¡Claro! Como puede entenderte, Luna (sarcasmo, por supuesto) —comienzo a hablarle y él más relajado camina hacia mí y se acaricia en mis pies. Lo tomo en brazos cuando una imagen llega a mí, entonces… lo comprendo todo.

¡Claro! Caballo + tacones = Cristal.

Caramba, no debí revisar su perfil de Instagram anoche.

Vamos, que fue curiosidad nada más. Su perfil está privado para el resto de personas que no la siguen, pero desde la cuenta de Gabriel pude ver cada una de sus fotos y justo en el momento que me salí de mi perfil y Gabriel ingresó al suyo preguntándome: «—¿Cómo me doy de baja en redes sociales?» Tomé su teléfono y lo primero que apareció en su *feed* fue una foto de la vulpécula roja —alias Cristal—, junto a su «prometido» el mismo tipo que hace unas horas me estaba invitando a un café y la descripción que apareció con él fue: «Eres el amor de mi vida y si esta vida se acaba te buscaría en la siguiente. Eres lo mejor que me ha pasado. Te amo»

Casi me rio, pero después recordé que el karma es bien cabrón… o cabrona.

«¿El karma es femenino o masculino?» Otra cosa para *googlear* más tarde.

Volviendo al tema otra vez, entré al perfil de Cristal, todo esto fue a espaldas de Gabriel, por supuesto… cómo iba a decirle: Oye… estoy revisando el perfil de tu ex para ver si todavía tiene fotos contigo. Así que miré todas sus publicaciones cuando él se fue a su habitación. No me tomó mucho tiempo darle una repasada a su cuenta porque ella tampoco es activa en redes sociales. Llegué a una fotografía de hace más de tres años, navidad parecía por el árbol que estaba de fondo, ella estaba abrazando por la cintura a Gabriel, pero también los acompañaba Caterine y, por supuesto, Roberto.

Esa era la única que compartía con el hombre araña, después de eso todas sus fotografías son de ella sola, una con una amiga y desde hace poco todas son con Roberto. En fin, ahora entiendo el porqué del cabello rojo del animal de mis sueños. Definitivamente, no volveré a ver el perfil de la vulpécula roja antes de irme a dormir.

Lo que no entendí es porqué era la única foto que existía de ellos dos en su cuenta, digo, fueron cuatro años de relación; o quizás ella ya había borrado el resto, porque sí tiene muchas

con el hermano del hombre al que dejó por una calentura. Vaya, mujer ¿Quién deja un banquete por comerse un vómito? Y no es que Roberto esté mal, si no me cayera pésimo hasta podría decir que está guapo, pero yo no lo compararía con Gabriel, en ningún sentido.

Quizás es que todavía no he encontrado el defecto bien cabrón de Gabriel o la verdad es que la tipa estaba tan fumada que lo más seguro es que va a querer volver más tarde.

No señor.

—Oye… —Le hablé al hombre araña cuando llegué a su cuarto después de revisar también su perfil y darme cuenta de que no había una solo foto con Cristal. Él estaba sin camisa, solo con un pantalón de pijamas y cuando se giró hacia mí le tuve que dar un repaso a su habitación para evitar que mis ojos se clavaran en zonas prohibidas. —¿Tú nunca subiste fotos con la tal Cristal en tus redes sociales?

—¿Estás revisando mi perfil para saber si tengo publicaciones con Cristal?

—No.

Se rio, me mordí los labios para evitar soltar un gemido pecaminoso cuando volví mi vista a él y miré no precisamente sus ojos. Me dijo que Cristal le dijo que no le gustaban las demostraciones de afecto en público y eso incluía las redes sociales, además añadió:

—Pero ahora camina mostrando su relación por todas partes. Solo le falta colgar unas pancartas en mi oficina mientras dice que me estoy muriendo por ella. —Eso me hizo gracia. El hombre araña me miró con humor y preguntó: —¡Por qué de pronto estás interesada en Cristal? No pretenderás bajarle al novio, ¿verdad?

Al único que me interesaría bajarle es al ex.

—Si ese novio fuera al menos la mitad de lo que tú eres… lo pensaría, pero yo no me conformo con tan poco, Gabriel.

—¿No te conformas con poco? ¿Entonces por qué carajos ese tipo Andrés?

—Porque quería molestar a mis padres. No lo logré.

—¿No lo lograste?

—Se imaginaron que eso no iba a durar mucho.

Pasé al lado suyo mientras se reía y continué mi repaso en su habitación. Bastante espaciosa, elegante y pulcra. Con una vista maravillosa de toda la ciudad desde los ventanales. Una cama enorme y también un escritorio de vidrio con una laptop, una lámpara y una silla.

—Contestando a tu pregunta… no, yo odio las redes sociales. —Lo escuché cuando estaba frente al ventanal intentando adivinar qué lugares divisaba desde ahí. Me giré cuando lo escuché decir: —Reactivé Instagram por ti. —Hizo una pausa y continuó: —Digo, necesitaba vigilarte de cerca, qué tal si se te ocurría enterrarme un cuchillo a medianoche.

—¡Claro! —Resoplé con sorna. —Porque ese es mi pasatiempo favorito, enterrarles cuchillos a las personas y publicarlo en todas mis redes sociales. —El hombre araña se rio de nuevo. Lo observé ponerse una camiseta en el torso y entonces le dije: —Si Cristal te está restregando esa relación en la cara, entonces hazlo tú también. Vamos, tírate a la cama.

—¿Qué? —Gabriel se volvió a mí, enarcó una ceja y se aclaró la garganta para exclamar con un tono serio y al mismo tiempo lleno de picardía: —Lu, yo para entregarme tengo que pensarlo mucho. Todo al principio es ilusión y novedad, después se aburren y lo dejan a uno abandonado y lleno de hijos.

Solté una carcajada, no sé por cuánto tiempo me reí y Gabriel me acompañó dejando a un lado su seriedad de mentira.

—Esa es la película favorita de mi padre, no sé cuántas veces la vio desde que tengo

memoria.

—¿De verdad? También es la de mis papás. Presiento que van a llevarse muy bien.

Voy a admitir que no me esperaba que un hombre como Gabriel fuera así, es que este hombre es perfecto en todos los sentidos. Al menos para mí. Él hizo lo que le pedí al principio y se dejó caer en la cama junto a mí quedando frente a frente. Le pedí que me diera un beso en la frente, ni siquiera dudó un momento, disparé la fotografía, la subí a su perfil y después de devolverle su teléfono, le dije:

—Más te vale que mi teléfono funcione mañana.

Yo sí espero que funcione la verdad, aunque él se rio en ese momento porque, por supuesto, no es suyo. Me dijo que podía sorprenderme, pero a la que tendré que sorprender es a Luisa para que me de otro celular de algún rufián nuevo. Cuando llego a la cocina el recipiente sigue sobre el desayunador, aunque recuerdo que era otro envase más pequeño. En fin, no le pongo tanta atención a eso porque mi ansiedad puede más e introduzco mi mano para sacar el bendito celular.

No, no hay nada.

Me doy cuenta de que en su lugar hay una caja y la extraigo del recipiente solo para enterarme que lo que hay aquí es otro celular que, por supuesto, no es el mío. No puede ser. Tal vez es una broma de Gabriel y dejó mi «horrible» teléfono dentro de la caja de un iPhone. Tonto. O eso es lo que espero en realidad, porque vacilante saco el móvil que hay aquí y, además, cae una nota.

Santo escarabajo.

«Buenos días, Lu. Tuve que irme temprano porque tengo una audiencia a las ocho. Disfruta tu nuevo celular. Pd: El otro era horrible»

¿Las ocho? Miro el reloj y es más de las diez de la mañana.

Santo escarabajo.

Miro de nuevo el teléfono en mis manos y…

No.

Y ese «no» no es porque acaba de llamarle «teléfono horrible» al anterior, a eso ya estoy acostumbrada, es un «no» de: ¿Qué diablos estaba pensando Gabriel? ¡Carajo! Aunque… él fue quién me dejó sin celular, así que… bueno, yo he dañado más cosas aquí y no he entregado ni un centavo.

Santo escarabajo.

Enciendo el bendito aparato con temor, mordiéndome las uñas. Tiro de una banqueta y tomo el lugar solo para enterarme que todo está activo. Incluso Instagram. Me levanto y tomo la tarjeta con el número de Gabriel que está en el refrigerador y marco.

No contesta.

Genial.

Aunque dijo que iba a una audiencia, así que asumo no va a contestarme de todos modos. Camino de un lado a otro revisando el celular, la cámara más específicamente. Entro a todas mis redes sociales y lo primero que me encuentro justo al entrar a Instagram es la foto de ayer. Hay dos comentarios que me llaman la atención, uno parece ser Juan quién ha escrito: «¡Vivan los novios!» y otro de Caterine, la mamá de Gabriel… santo escarabajo… la mamá de Gabriel.

Caterine ha dejado un corazón nada más, al menos en el comentario, porque casi de inmediato me doy cuenta de que tengo un mensaje privado suyo. El texto dice «Hola, soy Caterine, la mamá de Gabriel ¿Me recuerdas?»

No puede ser.

Ni siquiera voy a abrirlo.

Le escribo un mensaje a Luisa: «Gabriel acaba de regalarme un iPhone. Y su madre me dejó un mensaje en Instagram» El texto aparece como recibido, pero aún no lo mira. Escribo un segundo que dice: «¿Solo la ignoro? ¿O debería portarme como la nuera perfecta?»

Lo lee, pero no contesta. Entonces, decido marcarle:

—¿Hola? —Esa no es la voz de Luisa. Incluso me cercioro de que no he marcado mal porque es la voz de un hombre, muy profunda. No, no me he equivocado, es el número de ella y ese solo puede ser una persona: Fede.

—¿Dónde está mi hermana?

—¿Quién habla?

—¿Es en serio, Fede? ¿Tiene acaso alguna otra hermana? Pásame a Luisa de una buena vez… no tengo tiempo.

—Está ocupada, Luna. Dijo que nadie la molestara a menos que sea una emergencia, incluyéndote. Llama más tarde.

—¡Esto es una emergencia!

—Sí, también dijo que dirías eso. —Suspiro intentando controlarme, no puedo creerme esto. Estoy yendo a mi habitación para tomar un baño e ir directo a la comisaría cuando escucho el ruido de unos papeles y después a él: —Voy a hacerte unas preguntas ¿Estás desangrándote en el hospital?

—¿Qué? No.

—¿Tienes un hueso roto? ¿Necesitas una cirugía para remover toda la extremidad?

—¡Pásame a Luisa ahora!

—¿Tienes un cuchillo atravesado en la sien?

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no!

—Entonces no es una emergencia. Adiós, Luna.

—¡Maldito seas! Pásame a Lui…

Cuelga.

Lo mato.

Iba a ir al estudio de danza hoy para dejar algunas cosas arregladas ahí antes de iniciar mi empleo en la radio de Mónica, pero acabo de cambiar de planes. Eso puede esperar. Me iré directo a la comisaría. Le dejo mensajes de odio a Federico mientras me alisto en tiempo récord y después continúo cuando estoy camino a la parada de buses.

Estoy dándole enviar al último texto y dejándome el celular dentro del bolsillo de mi chaqueta cuando miro una camioneta blindada parquearse a un lado de mí. Ni siquiera me da tiempo de reaccionar cuando escucho unos pasos y un sujeto me pone la mano en la boca. No joder, que esto solo lo había visto en las películas.

Qué diablos, qué diablos.

Comienzo a patear como me dijo Luisa que hiciera en estos casos e intento, lo más que puedo, gritar aún con su mano en mi boca, muerdo al sujeto y logro quedar libre un momento, pero de inmediato otro hombre me pasa su antebrazo sobre el cuello… ¿Qué carajo? ¿Qué carajo? Llevan pasamontañas, ahora se han bajado otros dos y mientras uno me tapa los labios con un pañuelo, los otros están metiéndome dentro de la camioneta. No, esto no me puede estar pasando a mí. Carajo.

Intento sostenerme de los bordes de la camioneta, pero los tipos tienen más fuerza que yo

y de un tirón me llevan dentro, uno de ellos me tapa los ojos con una venda mientras otro me lleva las manos a la espalda y me pone unas esposas.

—Mi hermana es policía… los va a ajagha—No logro decir las palabras que quiero porque ahora me han puesto una mordaza en la boca. La camioneta arranca haciendo que por poco me vaya de boca, pero una mano me detiene para que no caiga de bruces y me sienta con brusquedad de nuevo. Intento hablar otra vez, pero no me sale ni una palabra entendible.

A ver, a ver… que no cunda el pánico, no me vi todas las películas de *Liam Neeson* por nada, puedo con esto. La camioneta gira hacia un lado… es el lado derecho, lo sé, okey esto está fácil. Ahora, lado derecho de nuevo… de pronto izquierdo… o creo que es el izquierdo. Carajo, yo no me sé estas calles, por supuesto que no sabría decir en qué cuadra dobló porque hay muchas derechas aquí… o izquierdas. Recuerdo que el personaje comenzó a contar, así que lo hago yo cuando siento que la camioneta gira de nuevo. Me pierdo porque la baba se me está saliendo y ya me dio asco. Puta madre, ya me morí.

El teléfono… me busco el celular en el bolsillo intentando disimular, aunque tengo las manos atadas a la espalda, no miro nada ¿Cómo voy a saber si estos tipos no están analizando cada uno de los movimientos que estoy haciendo? ¡Por supuesto que lo están haciendo, Luna! ¡Miraste tantas películas de acción y no te sirvieron de nada! —por supuesto que eso me lo estoy diciendo a mí misma, pero en la mente porque no puedo articular ni una sola palabra—. Uno de los tipos me saca el celular ¡No! Ese móvil está nuevo, déjenme disfrutarlo más tiempo al menos.

—¡Gooog! Ejjjjejeeejuuugar….

—¿Qué está diciendo? —Le dice uno al otro en un susurro cuando comienzo a espetar palabras inentendibles porque este maldito trapo en la boca no me deja. Entonces, uno de ellos me quita la mordaza y suelto:

—¡Que yo misma voy a matarlos! Ese teléfono es… —Vuelve a ponerme la mordaza en la boca. — jueejjooooeguengalo.

Mierda.

Esperaba una muerte feliz, menos trágica. Así como en las películas. Yo anciana, junto a mi ser amado, mirando a nuestros bisnietos felices correr en el patio de mi mansión. No me puedo creer esto. La camioneta se detiene de pronto haciendo que me vaya de frente otra vez, pero ahora sí me estrello contra el suelo ¡Santas heces fecales!

—Jesús bendito. —Dice uno de los tipos ¿Jesús bendito? Me toma del brazo y me pone de pie de un salto. Caramba, este tipo me puso de pie de un solo tirón. Madre mía. ¿Qué me espera entonces? —Lo siento.

¡Ah! Lo siente dice. Ahora estoy bajando de la camioneta o eso creo. El «Jesús bendito» más otro tipo, tomándome cada uno de cada brazo me bajan del vehículo, pero mis pies ni siquiera tocan el suelo. Están levantándome y ahora parezco Criss Angel levitando en el aire. Me quitan la mordaza finalmente cuando mis pies tocan el piso y lo primero que digo es:

—Mis padres no les darán ni un centavo por esto ¿Entienden? ¡Ni uno solo!

Caray, debí escuchar a Luisa cuando me hablaba sobre las clases de Yudo. Oigo puertas de madera abrirse, además ruido de más personas que entran, no me puedo creer esto ¿Seré el sacrificio de alguna secta? Entonces comienzo a gritar como desquiciada mientras me sacudo y uno de los sujetos me sienta en una silla de golpe.

—Yo no les serviré para su sacrificio, eh. ¿Han visto esa película «Diabólica tentación»? —Espero una respuesta, pero no obtengo ninguna, entonces continúo: —Un demonio tomó posesión del cuerpo de Jennifer porque ella no era virgen ¡Oh! Y créanme que si me convierto en

uno a los primeros que me comeré será a ustedes.

Escucho risas, carcajadas más bien… después se aclaran la garganta y me quitan las esposas para ahora sujetar mis manos a cada lado del lugar donde estoy. Escucho a uno de ellos susurrar a otro que lo mordí bien feo y este le contesta «ya sabes cómo es» ¿cómo soy? ¡Dios! Entonces vuelvo a sacudirme cuando escucho pasos entrando por una puerta detrás de mí, esto provoca que me vaya de espaldas… con todo y silla.

Santo cielo.

Eso dolió.

Lo que continúa es una serie de sonidos simulando lo doloroso que ha sido esto, pero prefiero morir así a que me maten un montón de cabrones.

—Luna siendo Luna. —Escucho detrás de mí.

—¿Qué dices ya no la sacrificamos, Max?

—Yo digo que no, dice que nos comerá a todos.

Alto ahí, yo conozco esas voces. Todos se carcajean otra vez y dos de ellos me están recogiendo… ¿Max? ¡¿Max?!¿Qué? ¿Qué diablos? ¡¿Qué diablos?!

Esto no puede ser verdad.

—¿Papás? —Entonces, me quitan la venda de los ojos y cuando logro enfocar a las dos personas frente a mí y después les doy un vistazo a cada uno de los hombres presentes. Me indigno. —¿Es en serio?

Ahora entiendo por qué Luisa estaba evitándome.

—Nos ofende que digas que no daríamos ni un centavo por ti, Luna.

—¿Es en serio? —Digo, más fuerte. Mi padre está sentado en el comedor, a unas cuantas sillas de distancia de mí. Paso de él a mi otro padre quién está riéndose y cuando lo miro se calla y le da un mordisco a una manzana. —¡¿Es en serio?! ¡Por todos los dioses! ¡Van a matarme de un susto! ¿Qué les pasa?

—¿De otra forma hubieras venido, Luna? Yo creo que no. —Mi padre se pone de pie y continúa: —¿Ves que sí eres un blanco fácil para secuestros? —Me mira la mano. —¿Y dónde está el reloj?

—Me lo quité, está llamando mucho la atención últimamente. —No digo de quienes sí, eso es obvio. —A ver, si esto no es para hablar sobre mi fideicomiso ¿Entonces qué hago aquí?

—Ya te dijimos que verás ese fideicomiso cuando cumplas veinticinco y ya sepas qué hacer con tu vida. —Habla entonces Max, dejando la manzana a medio comer de regreso en la frutera. —Porque hasta ahora… ¿Qué has hecho? Vivir en un cuchitril…

—¿Qué diablos es cuchitril?

—Una pocilga. —Habla mi otro padre, sirviéndose un trago de whisky. —Un chiribitil, un tabuco, una cochiquera ¿Quieres más sinónimos?

—No, me has dejado muy clara. —Obvio que eso fue sarcasmo.

—Dejas la universidad… —Continúa mi padre, Max. —Te vas a vivir a ese lugar de mala muerte con Ana, quién se acuesta con el renacuajo ese que tenías por novio, trabajabas por una guarrada de salario en una radio de mierda ¿En serio, Luna? ¿Hacer todo eso solo para molestarnos? ¿Y ese mequetrefe? ¿De qué refugio animal sacaste a este? Eres Luna, por Dios ¿Por qué una mujer como tú va a estar con un zascandil como ese?

—¿Qué diablos es zascandil?

—No importa qué sea «zascandil», el punto aquí es que hasta para fastidiarnos debes tener niveles… no juntándote con ese tipo que parece una especie de gorila en peligro de

extinción…

Definitivamente, no les agradó Andrés.

Y eso era justo lo que quería, pero no de esta forma.

—Pues, qué desactualizados están…

—¿Qué más hay, Pepe? —Habla mi padre. ¡Ah! ¡Claro! Ese «Jesús bendito» solo podría pertenecerle a una persona: Mi tío Pepe ¡Madre mía! Ahora estoy molesta conmigo misma por no reconocerlo antes, me hubiera ahorrado tantos paros cardíacos en menos de una hora. Vuelve a disculparse conmigo cuando lo miro con los ojos entrecerrados y él le entrega unos papeles a mis papás.

—Te hiciste otro tatuaje. —Interrumpo a Max. Él quita su atención de los folios para verme cuando digo: —Ya pareces un periódico.

—Oh sí. Debería tatuarme la noticia de última hora. —Se señala el antebrazo, en un espacio donde, para mi sorpresa, no hay un tatuaje aún. —Mi hija me bloquea de todas sus redes sociales.

—Eso no es noticia de última hora, Max.

—Lo sé, pero es noticia de última hora cada que me acuerdo, Luna. —Deja caer los papeles sobre la mesa y toma el lugar al otro extremo de donde estoy yo. —Qué suerte que no seas adivina y también bloquees mis cuentas falsas.

—¿Qué?

—¿En serio crees que existe una persona real con un perfil en Instagram que lleve el nombre de *sexychocokrispis?*

Caramba, debí imaginármelo, pero ¿quién en su sano juicio se imaginaría que su padre se haría una cuenta falsa con el nombre de *sexychocokrispis* para acosarte por Instagram? Suelto un bufido al mismo tiempo que él vuelve a tomar los papeles y se dirige a mi otro padre esta vez:

—Te dije que el renacuajo ese no iba a durar mucho, François. Como todos. Yo gané. —Mi padre extiende la mano y mi otro papá le da un billete. Vuelve su vista a los papeles y agrega: —¿Ahora estás viendo a este abogado para lo del fideicomiso, verdad? Más vale que sea bueno, porque la respuesta sigue siendo no. Cada mes cambias de planes, de novio, hasta de corte de pelo. Me sorprende no encontrarte rapada aún.

—Ese es mi novio. —Suelto de pronto, así como si un ser de otra dimensión me ha poseído y me obligó a decir que tengo una relación formal con el hombre que ya se ganó el cielo haciendo una obra de caridad conmigo. —Vivimos juntos y tenemos un gato.

Me iré al infierno. Los dos me miran, no sé desde cuando sexychocokrispis me sigue en Instagram, pero esto significa que todavía no han visto mis publicaciones con Gabriel. O tal vez sí las vieron, pero no las tomaron en serio. Mis padres miran al tío Pepe y él asiente mientras dice que me han visto saliendo del apartamento de «el abogado». Así tal cual.

—Pobre gato. —Dice mi padre de pronto. Me indigno. Toma un lápiz y comienza a escribir algo en un papel. —¿Cuánto le damos a este nuevo novio, Max? ¿Qué apostamos esta vez?

—Yo digo que deberíamos apostar el fideicomiso de Luna.

—Legalmente ese dinero es mío. Además, era para mi universidad también ¿no? y lo estoy necesitando para la escuela de cine.

—Sí, pero te recordamos que parte de ese dinero ya no existe porque te pagamos dos universidades que después dejaste… —De nuevo Max y mi otro padre agrega:

—Y sin mencionar que a una de esas ni siquiera fuiste.

Me quedo callada un momento, apretando los labios para evitar decir una guarrada y yo ni siquiera sé que significa «guarrada». Max, otra vez:

—¡Ah! ¿Y qué pasó la última vez que tuviste mucho dinero, Luna? Te compraste un cerdo.

—¡Tenía ocho años! Y creí que me había comprado una mascota ¡Pero no! en realidad les compré un cerdo a ustedes para que se hicieran un banquete.

—Eso no es verdad…

—¿En serio? —Interrumpo a mi padre: —Porque todavía me acuerdo cuando decías: ¡Oh! Qué ricos chicharrones.

—Yo… —Mi padre se pone de pie y me señala: —En mi defensa, yo no sabía que esos chicharrones eran Juan.

—*Goodafternoon, everyone!* —Mi tía Elena hace su acto de aparición sobresaltándonos a todos. Se detiene al verme, se quita las gafas de sol y, como si fuera poco, suelta un chillido. —¿Luna? ¡Ah! ¡Sí eres tú y sí estás aquí! —Se acerca, me abraza, pero yo no puedo corresponderle porque estoy atada. —¿Qué te pasó?

—Mis padres.

—¡Ah! —Suelta en un tono cansado. —No podía esperarse menos de estos dos. —Entonces ella los mira, mi padre le ordena al tío Pepe soltarme y él lo hace volviéndose a disculpar conmigo. —Pero qué bueno que estás aquí porque te traje algo. —Saca un bolso pequeño de su enorme bolso y me lo entrega. Beige, finísimo y dice «Luna» en el interior. —No quería tener que irte a buscar a espaldas de tus padres.

—¿Qué? —Exclaman ellos dos al unísono.

—Es exclusivo para ti, tiene tu nombre. —Los ignora. Me quedo viendo lo que me ha entregado y en ese momento mi tío Pepe deja el iPhone frente a mí. Mis padres lo miran y yo de inmediato lo tapo con mi mano y lo dejo caer dentro de la bolsa. —Solo voy a cambiarme y nos ponemos al día. —Su tono es picarón, caramba, olvidé bloquearla a ella de mis redes sociales.

—¿Qué nos trajiste a nosotros, Elena?

—Un cuñado nuevo.

—Oh Dios. —Cuando ella finalmente desaparece del salón, mis padres vuelven su vista a mí, al bolso más bien, aunque sé que no es al bolso, es al teléfono que guardé dentro de él. Me aclaro la garganta y le pregunto a sexychocokrispis si puedo irme.

—¿Qué es lo que quieres Luna? —Me contesta, tomándose un trago de whisky que hace un momento mi otro padre le había servido. —Sabes que nosotros apoyamos cualquier cosa que ustedes dos quieran hacer. —Camina hacia mí y se sienta en el lugar a la derecha. —Luisa quiso ser policía, es policía. Tú dijiste que querías estudiar Leyes, te dimos la oportunidad de estudiar Leyes y ¿Qué hiciste? lo dejaste. Después pensaste que era buena idea estudiar Administración de Empresas y ni siquiera fuiste a una sola clase ¡Oh! Y te recuerdo cuando querías ser repostera ¡Sorpresa! También lo dejaste. Sabes que siempre vamos a apoyarte en lo que sea Luna, incluso si quieres irte a Japón a sembrar sandías cuadradas…

—¿Por qué me iría a Japón a sembrar sandías cuadradas?

—¡Porque a ti se te ocurre cada cosa, Luna! El punto es… —Mi padre interrumpe de nuevo. Pone el vaso de whisky, se recarga con las dos manos sobre la mesa y continúa: —Deja a un lado esta guerra con nosotros, eres muy buena actriz, también eres excelente cantante, solo déjanos mover unos contactos…

—No. Es que eso es lo que no entienden. —Lo interrumpo y me pongo de pie. —No

quiero ser alguien por los contactos de ustedes, quiero ganarme algo porque en realidad soy buena en eso, no por ser «la hija de». Ya hicieron suficiente chantajeando a mis maestros para pasarme las asignaturas y eso fue indignante…

—¡Queríamos ayudarte!

—¡No de esa forma! Creí que era buena y ¡oh, sorpresa! Eran ustedes pagando por calificaciones decentes…

—¡Es que si no hacemos eso tú siguieras en la preparatoria!

—Max… —Lo interrumpe mi otro padre. Creo que esto ya fue suficiente. Los miro a los dos, me doy la vuelta para salir y suelto:

—Me largo. —Solo he dado unos pasos y me doy cuenta que esta es otra sala que antes no existía, me detengo y me vuelvo a los dos: —¿Por dónde rayos salgo de aquí?

Capítulo 22

Gabriel

No sé qué es peor.

Si tener que ver todo el día a Cristal en la corte, si recibir un mensaje de Roberto sobre un asunto importante que dice tiene que ver conmigo, o si tener a mi madre pidiéndome unos minutos de mi tiempo para charlar sobre una cosa sumamente crucial.

Así tal cual.

La verdad es que, con una familia como esta, hay que estar preparado para todo. Mucho peor si tomamos en cuenta ese asunto «sumamente crucial» del que habla mi madre; aunque, por experiencia propia, para mi madre cualquier cosa puede ser un asunto sumamente crucial así que puedo respirar tranquilo. Por si acaso le pregunté a Elías ya que es él quien maneja todos los secretos de esa casa, pero su respuesta nada más fue:

De: Elías

¡Coño! Son las seis de la mañana, Gabriel.

Despiértame a las once al menos.

Para: Elías

Te dije que no te quedaras viendo porno, pendejo.

De: Elías

Yo NO miro porno.

Oye ¿sabes qué es la coprofilia?

Incluso busqué el significado de la palabra y después me arrepentí.

Maldito Elías.

En fin, volviendo al tema, vayamos por partes: Conocí a Cristal mucho tiempo antes de comenzar una relación con ella, en mis tiempos de universidad, después de incluso tomar una especialización juntos y siempre, desde el primer día que la vi por primera vez, yo la había guardado en mi mente como una persona profesional, cien por ciento entregada a sus objetivos e incapaz de decir frente a un juez:

—Si el abogado también se acuesta con una menor, por supuesto que va a defender el adulterio que cometió su cliente. —Cualquier persona en aquel salón hubiera notado que aquello era algo personal, ni siquiera el caso tenía relación alguna y estábamos aquí trabajando, no discutiendo mi vida sexual en la corte. —No, mi cliente no va a abandonar este caso, Gabriel.

—Pues yo espero que no lo abandone. —Aceptar el trato que ofrecí al principio era lo más fácil, pero ella prefirió llevarlo hasta ahí. Es más, ahora prefiero que continúe, porque será algo placentero ganarle esa demanda. —El padre de tu cliente tenía prohibido tomar alcohol después de su cirugía y adivina qué fue lo primero que hizo.

—Eso no puedes probarlo.

—¿Estás segura? —Saqué de mis documentos una fotografía de su cliente con el hombre fallecido y se la mostré. Ni siquiera voy a describir el gesto de Cristal, pero miró a su cliente, después a la fotografía y me la devolvió alegando que la foto pudo ser manipulada. —Pues está en el perfil de Facebook de tu cliente, es increíble lo que uno se encuentra en redes sociales. Por cierto, mira la fecha nada más.

También le agregué que tenía más pruebas por si acaso ella desaparecía la foto de su

perfil de Facebook. Algunas veces Elías puede ser de suma importancia en mi vida, aunque eso no lo mencioné, claro está. Ni se lo dije a él tampoco.

—Pues, pudo ser un sorbo nada más, eso no está contraindicado.

—Eso tú no puedes probarlo. Esto es negligencia contributaria. Sabes que tu camino más fácil era ese trato, pero acabamos de retirarlo y sabes qué es lo que va a pasar una vez que esto acabe. Tu único argumento es que yo defiendo a mi cliente porque me acuesto con una mujer más joven, que ya es legal, por si acaso. —Mejor aclarar ¿no? Va, ya me sentía en un juicio simulado de los que hacíamos en primer año.

Cabe destacar que mi cliente sí se acostaba con el tipo y él le llevaba unos cuarenta años de diferencia, pero la persona que Cristal asume se acuesta conmigo solo es ocho años menor.

Me di cuenta también que pensé: «Solo» es ocho años menor.

Aunque no me había percatado de mis palabras por mí mismo, es hasta que cometo el error de conversarlo con Juan una vez que estamos saliendo de la corte y uso esas mismas palabras que pensé cuando tenía a Cristal en frente. Entonces, él gira toda su cabeza hacia mí como siempre lo hace cuando algo llama su atención de mi parte y me dice:

—¿Acaso dijiste «solo» es ocho años menor? ¿¡Solo!? —Entonces, hasta ahí caigo en cuenta de mi elección de palabras. Juan suelta una carcajada que me da vergüenza, no por la carcajada en sí; bueno, sí es por la carcajada y porque estamos saliendo de una corte donde hay muchas personas y Juan parece la llorona buscando a sus hijos. —Casi escucho el coro de los ángeles cantando Aleluya, con arpas, túnicas, paredes de algodón y toda la cosa.

—¿Qué serie te has visto últimamente?

—Una estupenda donde un abogado de treinta años se niega a dejarse seducir por una mujer que lo trae loco solo porque ella tiene veinte años y él se cree una revista de consultorio.

—Veintidós. —Aclaro y voy a protestar por lo que dijo, pero entonces mi mente reproduce lo último que salió de su boca: —¿Revista de consultorio?

—Sí, viejo y arrugado. —Juan se pone unas gafas de sol y me mira con una sonrisa cínica cuando mi mirada hacia él es la menos afable que he podido usar este día y tomando en cuenta que hoy he utilizado muchas expresiones para nada amables todo el tiempo. —Vaya vaya… —Se detiene a la par donde su auto está aparcado, le doy un vistazo cuando suelta una carcajada y dice: —No te quejaste sobre mi afirmación de que Luna te trae loco.

—El que me trae loco eres tú.

—¡Pero qué honor! Aunque yo paso de los espadazos, gracias. —Se ríe otra vez y antes de encerrarse dentro de su vehículo se dirige a mí con burla: —Que no se te olviden tus pastillas para el reumatismo.

—Qué gracioso.

Camino hacia mi auto que está aparcado a unos cuantos metros, justo detrás del vehículo de Juan Pablo quién, después de tocar el claxon, sale disparado del sitio siendo de inmediato tomado por otro auto. Estoy desactivando la alarma de mi coche cuando reviso mi celular y me doy cuenta de que Luna no ha subido historias el día de hoy. Algo raro en Luna.

Abro la puerta, me encierro dentro de mi vehículo y le dejo un mensaje:

Para: Luna

¿Cero historias nuevas en Instagram? Solo dime que no has perdido el teléfono nuevo.

Me doy cuenta de que tengo una llamada perdida suya de esta mañana, aunque estaba ocupado no hubiese contestado, ya sé de qué iba a ir la conversación de todas formas, lo confirmo cuando miro un mensaje que me dejó hace rato y hasta ahora lo alcanzo a leer: «¿Un

teléfono? ¿En serio, Gabriel? La mayoría seduce con flores y chocolates ¿Qué te pasa?»

Estoy escribiendo una respuesta para ese texto en específico cuando recibo una notificación de una nueva solicitud de seguimiento, tengo muchas desde que comencé a aparecer en el perfil de Luna, pero esta llama mi atención porque el usuario es *sexychocokrispis,* con la foto de elefante del cereal.

De: Luna

Así que sí estás atento a mis historias ¿eh?

La respuesta de Luna a mi pregunta anterior me interrumpe.

Para: Luna

¿Cómo no voy a estarlo? Me has enviado a cientos de maniáticos a mi perfil.

Hasta a un elefante con el nombre de «sexychocokrispis».

El mensaje aparece como entregado y de inmediato un mensaje de Roberto aparece en la pantalla de mi celular. Vuelve a preguntarme si tengo tiempo para charlar con él porque es un asunto sumamente importante, algo legal menciona —que bueno que lo aclara—. Voy a admitir que me sorprende un tanto que Roberto todavía me hable después de todo, yo ni siquiera puedo ver a la cara a Juan después que me como los donuts azucarados de arroz que le prepara su mujer.

Para: Roberto

Hoy no, tengo trabajo y otras cosas qué hacer.

Además, tiene a quién recurrir para asuntos legales.

Para: Elías*.*

¿Qué asunto legal quiere hablar Roberto conmigo que no pueda hacerlo con Cristal?

Me estoy acomodando el cinturón cuando escucho un nuevo mensaje en mi celular, seguido de otra notificación más y me doy cuenta de que tengo otro mensaje de Roberto y la respuesta de Lu, a quién por supuesto le doy prioridad, su texto nada más dice:

De: Luna

¡¿Qué?! ¡¿Qué?!

¡No lo aceptes!

Para: Luna

¿Por qué no?

Por curiosidad me voy al perfil de esa persona y me doy cuenta de que no tiene una sola publicación, además solo sigue a Luna.

De: Luna

Ese es mi padre.

Tengo que leer el mensaje suyo unas tres veces para entender qué es lo que me ha dicho; digo, sí entendí lo que me ha dicho, pero estoy esperando el momento que me diga que es broma por varios motivos: 1. Porque le he llamado maniático, 2. Porque quién diablos tiene una cuenta en Instagram con el nombre de «sexychocokrispis» y 3. ¿Su padre? Ha dicho su padre ¿Su padre? ¿Quién tiene una cuenta en Instagram con el usuario de sexychocokrispis, para seguirme a mí?

Para: Luna

¿Tu padre? Me dijiste que bloqueaste a tus padres en tus redes sociales.

De: Luna

Sí y por eso existe esa cuenta.

Ya sabes… padres.

No puede ser.

A ver, eso significa una cosa, que su padre está al tanto de sus redes, por ende, ha visto sus publicaciones conmigo y ahora también quiere estar pendiente de mí. Carajo. Mi celular suena de nuevo y es otro mensaje de ella:

De: Luna

¿Acaso acabas de llamarle maniático a tu suegro falso?

Para: Luna

Pues ese suegro falso tiene una cuenta en Instagram con el nombre de sexychocokrispis. ¿Qué sigue después? ¿Tu abuelo con una cuenta «calientezucaritas»?

Me rio cuando recibo en su respuesta una serie de emojis de risa y, además, asegura que sus abuelos hubiesen sido capaces si ambos no estuviesen dos metros bajo tierra. Al menos no tengo que buscar la forma de arreglar el hecho de que lo llamé maniático. Voy de regreso a Instagram y lo acepto, acepto que sexychocokrispis me siga en Instagram.

Tal vez me arrepienta de esto más tarde.

Casi de inmediato me llega la notificación que mi nuevo seguidor le ha dado Me gusta a la foto que compartí ayer con Luna.

Santo cielo, debí haberla borrado primero.

Para: Luna

¡Buenas noticias! Sexychocokrispis ya me sigue en Instagram.

Y acaba de darle Me gusta a nuestra foto.

Dejo el celular sobre el asiento del copiloto y estoy saliendo del parqueo cuando una llamada suya entra a mi celular, contesto con el auricular en mi oreja y de inmediato la escucho:

—¡Gabriel! ¿Qué acabas de hacer? ¡Bloquéalo, de inmediato! —Su voz histérica me da gracia, aunque se ríe un poco también.

—¿Qué? ¿Por qué? —Pregunto irónico. —¿A quién no le va a caer bien un suegro falso con un perfil de Instagram llamado sexychocokrispis?

—Él cree que eres mi novio.

—Pues es lo que toda mi familia cree también gracias a alguien que está publicando mis fotos en su perfil. —Hago énfasis en esas dos últimas palabras. —Así que estamos a mano.

—Pero tu familia no cree que vivimos juntos y que tenemos un gato.

—¿Qué tenemos qué…?

—¡Un gato! —Sí, si escuché bien lo del gato, pero ese «tenemos» me llama la atención. Hace una pausa sospechosa y añade: —Tal vez se lo mencioné así, fue un… impulso. Lo siento.

—Otra vez: ¿Qué? —Rayos, pensándolo bien tal vez no debí aceptar a sexychocokrispis. —Bueno acepto todo, excepto a Chancletas.

—¿Chancle…? ¿¡Qué!? —Luna suelta una carcajada, una bastante profunda y alegre que a mí me hace gracia también. Me detengo en un semáforo en rojo en el momento que la escucho decirle algo a otra persona, parece estar peleando en realidad, por lo que logro entender es Fede, el *no sé qué* de Luisa. —Te veo en un rato. Tengo un asunto que arreglar con mi hermana ahora mismo. Si sexychocokrispis te envía algún mensaje, NO contestes ¿Okey?

Cuelga antes de pueda darle mi palabra, así que dejo la posibilidad abierta sobre contestar porque, bueno, no prometí nada. Cuando se termina la llamada con Luna, me doy cuenta de que finalmente Elías se ha dignado a contestar y aprovecho para leer su texto antes de poner mi auto en marcha:

De: Elías

Si hubieras escuchado el audio que te envié ya lo supieras, pero quisiste el resumen y el resumen no incluía eso.

Para: Elías

Me estafaste.

Bueno, ya valí madres si el audio contiene un virus porque cuando llego a mi apartamento lo primero que hago es descargar el bendito archivo. No hay nada aquí que Elías pudiera utilizar en mi contra de todas formas, ya tiene la contraseña de mi correo y eso es lo único importante que tengo. Dejo mi saco sobre uno de los sillones y tomo lugar en uno individual al mismo tiempo que conecto los auriculares a la laptop para escucharlo. Antes de que se reproduzca, levanto la mirada y observo al gato examinándome desde el pasillo, solo alcanzo a ver la mitad de su cara detrás de la pared.

Ahora hasta en mi casa estoy vigilado.

Vuelvo la mirada a la pantalla de mi laptop cuando la voz de mi madre se escucha preguntándole a Cristal si quiere un té a lo que ella le responde que le encantaría, pero en realidad no tiene mucho tiempo, además agrega que agua está bien. Sin tapujos, Cristal va al grano y le dice a mamá:

—Estoy algo preocupada por Gabriel. Está saliendo con una muchachita de algunos veinte años, de ese tipo de niña sin carrera universitaria que se la pasa en redes sociales y se cuelgan de hombres que les puedan dar la vida que ellas quieren.

—¿Luna? —Le contesta mi madre, suena tan familiar que hasta pareciera que son amigas de hace mucho tiempo.

—Sí… —Titubea Cristal. Continúo escuchando el audio, miro al gato salir de su escondite y ahora me mira desde atrás del sillón que está al otro extremo. —¿La conoces?

—La conocí una vez que fui al apartamento de Gabriel, me pareció adorable. —Cristal se ríe, no es una risa de diversión, hasta parece histérica y repite lo que dijo mi madre sobre parecerle adorable, más bien sonó como pregunta. —Sí. Bueno, Gabriel es un hombre sensato, no creo que esté con alguien sabiendo que solo le está viendo la billetera.

—¿Estás segura? —Continúa Cristal. —Gabriel es bastante ingenuo ¿Quién le compra un reloj Belrose a una chica a quién está comenzando a ver? ¿Sabes lo que cuesta algo de esa marca?

—Pues no creo que sea alguien a quién está comenzando a ver, el día que los vi no paraban de hablar y reírse entre ellos, antes de que Gabriel me viera obviamente. —Cristal se queda callada, no contesta a eso, hasta que mi madre le pregunta: —¿Por qué dices que él le compró ese reloj? Pudo habérselo costeado ella misma.

—¿De dónde sacaría un reloj así una chiquilla que trabaja en una radio? Al menos que tenga otro patrocinador, obviamente. —Mi mamá guarda silencio esta vez. A lo que Cristal continúa: —Sólo mira sus redes sociales, la típica niña superficial y materialista que lo único que le importa es cómo se ve en Instagram.

Entonces ahí se escucha la voz de Roberto, le dice algo a mi madre y ella asegura que va a buscarlo, agrega que ya regresa y es entonces, cuando asumo que mamá se ha ido, que Cristal le pregunta a él si ya redactó su carta de renuncia.

—Ya te dije que no voy a renunciar a mi trabajo, Cristal. —Intentan hablar en voz baja. —Tengo un contrato, no voy a irme nada más porque tú lo digas. Yo no te pido que dejes tu trabajo.

—Porque yo no tengo que lidiar con adolescentes calenturientas todo el tiempo.

—Son mis alumnas, Cristal, por supuesto que van a escribirme, eso no significa que yo folle con ellas ¿Te he dado algún motivo para que desconfíes de mí? —Cristal se ríe irónica, pero no dice nada. Roberto va a hablar, pero entonces la voz de mi madre aparece y los dos se callan. Ella pregunta si van a quedarse a almorzar a lo que Roberto contesta: —Yo no, tengo cosas que hacer.

Detengo el audio y me saco el teléfono del bolsillo para dejarle otro mensaje a mi hermano intentando comprender de qué va todo esto; más bien, qué tiene que ver conmigo.

Para: Elías.

¿Y qué supone Roberto qué debo hacer yo?

El mensaje de Elías llega en el momento que tocan a mi puerta, arrugo el espacio entre mis cejas y me pongo de pie dejando mi laptop sobre la mesa que tengo en frente. El gato sigue ahí, viéndome, pero ahora ha salido un poco más y está a un lado del sillón.

De: Elías

Piensa que le ayudarás a negociar un contrato mejor, quiere ganar más, pero no contratar a otro abogado porque tendría que pagarle.

Y tampoco quiere que Ed se dé cuenta.

Me río, pero por lo ridículo que suena. Ahora tengo que recordarme ignorar todas las llamadas que me haga Roberto el resto del día, o los siguientes. Abro la puerta y la que encuentro ahí es a mi madre. Mi madre. No esperaba que se apareciera en mi apartamento en lo absoluto. Oh, genial.

—Mamá ¿Qué haces aquí? —Mi tono de voz es cansado, la sonrisa que esbozó cuando abrí la puerta se vuelve un gesto más crudo y creo saber por qué, así que con ironía, exclamo: —Lo siento ¿Cómo estás, madre?

—Bien, gracias, cariño. —También contesta con picardía. Le abro la puerta para que entre porque de todas formas sé que va a hacerlo, aunque le diga que no. Suelta un chillido que me sobresalta y se vuelve a mí señalando hacia el pasillo. —¿Qué es eso?

Asumo que se está refiriendo al gato porque ya no está en el lugar de antes.

—¿Un gato? Creo.

—¿Desde cuándo tienes un gato? ¿Tienes tiempo para tener mascotas siquiera?

—¿Por qué estás aquí, mamá?—Me doy cuenta que dejé la laptop abierta sobre la mesa con el audio de frente y cuando mi madre camina en esa dirección me adelanto para cerrar la computadora. —Aún tengo cosas por terminar. Estoy trabajando.

—¿Trabajando? ¿Todavía?

—Sí. —Respondo cortante. Ella toma el lugar donde yo estaba antes y da un vistazo alrededor preguntándome qué hay de nuevo en este lugar. No hay nada nuevo, pero asumo que quiere encontrar algo para hablar. —¿Te ofrezco algo de tomar?

—¿Tienes algo de tomar que no sea agua?

—Bueno, tengo Jinro, una bebida alcohólica que un cliente me trajo de Corea del Sur. —Ella me mira con seriedad, tomo mi laptop sentándome frente a ella y agrego: —¿Quieres probarla?

—No, gracias. Estoy bien sobria. —Mi madre busca algo dentro de su bolso y saca su celular al mismo tiempo que continúa hablando: —Solo vine por el evento para caridad que tu tía y yo hacemos todos los años ¿Vas a venir?

—Eso podrías habérmelo preguntado a través de un mensaje de texto.

—Que no hubieras contestado ¿Verdad? —Tal vez sí debí contestar el de esta mañana,

quizás ella no estuviese aquí. Voy a contestar su pregunta, pero entonces una voz resuena por todo mi apartamento. Es Luna llegando y lo que escucho es:

—¿Dónde está el amor de mi vida? —Por el objeto que trae en manos sé a quién le está hablando y, por supuesto, no es a mí, al menos que el ratón de juguete sea un regalo para mi persona. Mi madre se gira en dirección a ella y cuando Lu nos mira a los dos, se detiene y esboza una gran sonrisa para saludar a mi madre:

—Caterine ¡Hola! —Mi mamá se pone de pie y mira las llaves que Luna trae en manos. Le sonríe también y se acerca a ella para saludarla con un abrazo. Uno que mi madre también corresponde con el mismo entusiasmo. Es que esa forma de ser de Luna es contagiosa. —Qué gusto verla. No esperaba encontrarla por aquí.

—Un gusto verte también, Luna.

—¡Vaya! Todavía no pierdes las llaves. —Suelto con sarcasmo. Luna se vuelve a mí y me sonríe. Se acerca para darme un beso sonoro en la mejilla al mismo tiempo que tintinea las llaves y asegura que todavía no, además agrega:

—Ni el celular, aún.

Ese aún me da desconfianza. Mi madre nos está viendo desde su lugar mientras Luna se sienta a mi lado, es un sillón individual, pero busca como acomodarse. no es como que ocupe mucho espacio tampoco.

—Me gusta tu bolso. —Le habla mi madre cuando se ha sentado otra vez en el mismo sitio ¿Por qué todos se fijan en todo lo que lleva Luna y yo no? Observo entonces de lo que habla mamá cuando Luna levanta la cartera que cuelga de su hombro y le agradece. —¿Es un regalo de Gabriel?

Santo cielo.

Luna se ríe un poco y le dice que no, que es un regalo de su tía, entonces mi madre continúa:

—Es mi marca de bolsas favorita. —Ahora se dirige a mí sonriendo: —Toma nota, Gabriel.

Creo que todavía sigue pensando que fue un regalo mío. Mal asunto.

Mi celular comienza a sonar, tengo que disculparme un momento para atender porque esto sí es importante. Me pongo de pie y me voy al balcón, desde aquí puedo observarlas por si a un caso mi madre menciona algo que incomode a Luna. pero de incomodarla nada, eh, porque desde aquí observo como Luna habla sin parar y mi madre está riéndose. Bueno, Luna siendo Luna.

Cuando termino la llamada y me acerco a ellas, mi madre se pone de pie y dice:

—Bueno, entonces yo me voy. —Se cuelga su bolso del hombro, camina hacia mí, pero se vuelve a Luna cuando exclama: —Entonces sí vendrás, Luna ¿Cierto?

—Por supuesto.

A ver… a ver… a ver… ¿Qué está pasando aquí?

Mi madre sonriente me mira, me besa la mejilla y agrega:

—¿Ya ves? No vas a dejarla ir sola ¿Verdad? —Miro a Luna y ella me mira a mí. Se pone de pie para despedirse de mi madre cuando ella se acerca y después de dar las buenas noches, se vuelve a mí: —Te espero.

Los dos la observamos caminar hacia la puerta, salir y cerrarla a sus espaldas. Suspiro y me dirijo a Luna, pero sin verla:

—¿Qué hiciste, Lu?

—Tú aceptaste a sexychocokrispis en Instagram. Estamos a mano.

Capítulo 23

Luna

Esta mañana había pasado tres cosas:

Uno: Me encontré a Pantuflas durmiendo sobre la cama de Gabriel.

Dos: Había pecado.

Tres: Sexychocokrispis salió de su escondite y comenzó a comentar mis fotos.

Pero… a ver, vayamos por partes:

Lo del gato no sucedió con Gabriel presente —obvio— él estaba en el baño, tomando una ducha, cuando pasé frente a la puerta de su habitación que, por supuesto, estaba abierta y yo solo di un vistazo —por curiosidad, aclaro— mal asunto o bueno si lo miramos desde este punto: Pantuflas estaba ahí, sobre las sábanas de Gabriel, panza arriba, durmiendo ¡Durmiendo! ¡En la cama del hombre araña! ¡Carajo! Que ni siquiera yo me he atrevido a tanto.

Entré en pánico, ingresé a hurtadillas para sacar al gato de ahí antes que Gabriel se asomara por la puerta. Tomé a Pantuflas y se pegó de las sábanas —con todo y uña, eh— ¡No! Ahí si me recé todos los Ave María que le prometí a la abuela Margarita hace mucho tiempo.

—No, Pantuflas ¡Suéltate! ¡Ahora mismo!

Me *googlearía* incluso cómo despegar a un gato de unas sábanas, pero ni siquiera me hubiese dado tiempo de hacerlo —y ni siquiera traía el celular conmigo— porque en ese momento escuché que se cerró la ducha, así que busqué como zafarlo yo misma y me gruñó, después comenzó a zarandearse cuando lo tomé en mis manos para sacarlo del cuarto de Gabriel y tuve que dejarlo en el suelo solo para que volviera a subirse a la cama de nuevo ¡No! ¡No, no, no!

—Pantuflas, esta zona está prohibida ¿Entiendes? —Volví a tomarlo en brazos y el gato se pegó tanto que levantó la sabana y tal vez algún hilo, pero nada que no se arreglara con una tijera… o eso espero. Logré sacar a Pantuflas, regresé corriendo a arreglar la cama y cuando me estaba cerciorando de que todas las hebras estuvieran en su lugar sentí un mordisco en mi talón ¡Por todos los seres escarabajos que existen! —Tú eres el que necesita rezar unos diez Ave Marías.

—¿Quién? —Escuché a mis espaldas. No puede ser. Me giré hacia el hombre araña quién estaba entrando a la habitación en ese momento —*SU habitación*— y el gato le pasó a un lado a toda velocidad provocando que casi se caiga cuando intentó esquivarlo. Se volvió a mí, entrecerrando los ojos y agregó: —¿Qué estás buscando aquí, Lu? Mis calzones están en aquel cajón. —Señaló un lugar en su armario. —En caso de que quieras hacerme un amarre.

Me reí, pero de inmediato adopté un gesto serio y sensual sentándome sobre la cama de Gabriel, pero con la intención de tapar el lugar que pantuflas había deshilado. Me crucé de piernas y le dije:

—Yo no necesito hacerte un amarre, mi amor. —Con la palma de mi mano tapé el hilo sobresalido. El hombre araña sonrió y después se dio media vuelta quedando de espaldas a mí. No voy a negar que miré esa espalda de una forma que no debía, solo llevaba una toalla alrededor de la cintura ¡Madre mía! —Oye, deberías cambiar las sábanas. —Cambié de conversación. —Te ayudo si quieres.

—¿Por qué? —Inquirió, todavía sin verme. —Mis sábanas están bien.

Estaban.

—Solo es que están un poco… sucias.

Gabriel en ese momento sí se giró hacia mí, examinó las sábanas y yo tapé con mis dedos la parte con el hilo deshecho.

—Las cambié ayer, después de tomar una ducha. —Entonces, con esa mirada picarona suya, agregó: —¿Insinúas que necesito ayuda para bañarme?

—Conozco a alguien que se arriesgaría.

Gabriel soltó una risita que interrumpió el sonido de su teléfono y se acercó para tomarlo de su mesa de noche. Aproveché para intentar arreglar la zona con mis dos manos mientras él estaba concentrado en su teléfono. Entonces, ahí fue cuando levanté la mirada y sucedió el segundo acontecimiento importante de este día: Pequé.

¡Dios! Juré que no iba a hacer esas cosas con Gabriel, pero… madre mía… ¿quién no cae en la tentación si la serpiente te está invitando a pecar? ¡Carajo! Que eso hasta fue literal —*ya saben, Adan y Eva, la biblia*—. Mi mirada se clavó en ese sitio específico y… ¡No! Definitivamente, soy yo la que necesita esos diez Ave María y algo de agua bendita tal vez.

Santo escarabajo.

Tuve que comenzar a… no sé, contar ovejitas, es que no se me ocurrió nada más.

—Mira esto. —Me dijo sacándome de mis pensamientos. Yo por suerte ya estaba viendo hacia otro lugar intentando frenar mi mente pecaminosa. —Cristal está muy molesta contigo ¿Qué le hiciste?

Bastó con escuchar ese nombre para que se fuera al carajo cualquier cachondeo.

—Me le robé al ex. —Exclamé con picardía. Miré las palabras de la tal Cristal y también le di un vistazo a su fotografía de WhatsApp, llevaba los labios color cereza y saqué esa imagen de mi cabeza porque no quería en mis sueños ningún caballo siguiéndome con la boca pintada de rojo.

De: Cristal

¿En serio vas a llevar a esa niña a conocer a tu familia? Te creía más listo que eso, Gabriel ¡Por Dios! Tienes que aprender a diferenciar entre lo que es solo un polvo a lo que en verdad es una persona que valga la pena.

¿Pero qué le pasaba a esa? ¡Eh! Alguien tiene que recordarle que dejó a Gabriel por el hermano, pendeja.

—¿Quién se cree esta? ¿Tu madre? —Me reí y él se sentó a mi lado. Creo que ni su madre haría tal cosa. Tomó el celular y comenzó a teclear, me dejó ver lo que estaba escribiendo y solté una carcajada cuando le dio enviar a aquel mensaje:

Para: Cristal

«Bueno, hay polvos que valen la pena ¿Eso cuenta?»

A la pelirroja le va a dar un infarto en muy poco tiempo.

—¿Ya viste el comentario de sexychocokrispis en tu última foto? —Escuché a Gabriel decir sacándome de mis pensamientos. En ese momento fue cuando sucedió el tercer momento importante de este día: Sexychocokrispis, mi padre.

Max no sólo se había encargado de darle Me gusta a todas mis fotografías, sino que también había dejado su comentario venenoso en mi última publicación ¡Dios! ¿¡Qué!? ¿¡QUÉ!? Yo ni siquiera traía mi teléfono conmigo, así que Gabriel me lo mostró y en ese momento salí disparada a mi habitación a buscar el bendito celular solo para mirar bien que había escrito:

Sexychocokrispis: *Heyyy… ¿Dónde estás sentada? ¿Acaso no hay sillas en ese lugar?*

Escuché a Gabriel soltar una carcajada desde su habitación y es que él había contestado. Miré sus palabras aparecerse en mi pantalla y ¡no! No sabía a cuál de los dos lanzar por la ventana, el texto de Gabriel era: *«Sí, pero Luna está más cómoda sobre mí»*.

No puede ser.

La foto en cuestión era una que publiqué hoy más temprano. En la fotografía yo estaba sentada a horcajadas sobre Gabriel en el sillón de su sala, la posición fue para la fotografía nada más —aunque sí me quedé a disfrutarlo un poco, no voy a mentir—. En fin, el hombre araña ni siquiera había protestado, incluso envolvió sus brazos alrededor de mi cintura. Por supuesto que yo la publiqué con la intención de molestar a ciertas personas que se encargan de revisar mi perfil todos los días —y sí que había funcionado, eh— pero había olvidado una cosa: A sexychocokrispis.

Lo primero que hice al tener el celular en manos fue dejarle un mensaje:

Para: Sexychocokrispis

Max ¿Puedes dejar de arruinar mis fotos?

Cualquiera que mire esto pensará que este usuario es un loco acosador, no mi padre. Digo ¿Qué padre usa una cuenta falsa con el usuario de *sexychocokrispis* para comentar tus fotos en Instagram? La respuesta de Max llegó de inmediato:

De: Sexychocokrispis

¿Te regalo una silla?

Madre mía.

Pero no quedó ahí… no… cuando yo estaba dejándole mi respuesta otra notificación apareció en mi pantalla, era una respuesta de mi padre para el comentario que hizo Gabriel anteriormente. Escuché la risa del hombre araña desde el pasillo y no dudé ni un segundo en darle click.

@Sexychocokrispis: *@GabrielMariani Voy a fingir que no leí eso.*

Y justo después, agregó un segundo:

@Sexychocokrispis: *@GabrielMariani Oye, ¿Conoces una AK-47?*

Por todos los dioses escarabajos.

En fin, había tenido que borrar todos los comentarios para evitar que siguieran comentándose entre sí, porque: 1. Era mi foto en mi perfil… público. 2. ¡Era mi padre, carajo! ¡Mi padre con una cuenta de sexychocokrispis! y 3. Casi toda la familia de Gabriel me está siguiendo en Instagram y la ex ¿Cómo va a explicar el hombre araña que su «suegro» utiliza ese usuario para fastidiarme —ahora fastidiarnos— en redes? Ya ni siquiera podía bloquear a Max de nuevo, porque le perdería el rastro y es mejor saber dónde está metido.

Me retoco el labial una vez más frente al tocador cuando me llega un mensaje de texto:

De: Tía Elena.

El vestido ya está ahí.

Entonces oigo el timbre de la puerta. Me miro en el espejo una vez más para asegurarme que el maquillaje está perfecto y me pongo de pie. Saliendo de la habitación escucho a Gabriel intercambiando algunas palabras con el sujeto, solo un instante después me habla:

—Lu, es para ti. —El hombre araña ya está trajeado, bien peinado y perfumado, lo sé porque hasta aquí siento ese ahora delicioso que me dan ganas de pegarme a su cuello y aspirarlo. Está sosteniendo su laptop con una mano y con la otra teclea al mismo tiempo que camina hacia el sofá. Habilidades de Gabriel. Le digo que me gusta su colonia y él dice algo que prefiero mejor hubiese respondido en silencio: —Gracias, me la regaló Cristal.

—¡Uh! hay que botarla, entonces.

Escucho su risita a medida que avanzo hasta la puerta. Sé que está bromeando… o eso espero en realidad, porque de ser real entonces lo de botarla sí iba en serio; ya voy a averiguarlo, pero tendrá que ser más tarde porque la sonrisa se borra de mi boca cuando miro a la persona al otro lado de la puerta, con un traje de oficinas de correo que estoy segura ni siquiera existe. Él me observa y dice:

—Lu… —Aprieta sus labios para evitar reírse y me entrega la caja. Miro a Gabriel a mis espaldas, pero él está concentrado en su computador, ya está sentado en el sofá, tecleando algo con mucha prisa. —¿Cómo estás, «Lu»? —Repite con picardía.

—¡Carajo! —Siseo molesta. —Tío Pepe ¿Qué haces aquí?

—Entrego pedidos. —Me muestra una identificación falsa y sonríe, así como sale en la foto. Esto ni siquiera existe, lo peor de todo es que la identificación parece real y sí es él. Está observando todo a su alrededor y agrega: —Elena me consiguió esto para «pasar desapercibido» —Incluso hace comillas—. Está bastante bueno ¿Verdad?

—Pareces un hombre obeso.

—Por supuesto, el traje tenía que quedarme grande ¿Cuántos hombres de correos conoces que tengan músculos y la cara de su exesposa tatuada en su brazo? —Continúa viendo alrededor y sigue hablando. —Me gusta este lugar, debería mudarme aquí, seríamos vecinos, eso les encantaría a tus padres. —Se vuelve a mí y continúa: —«Lu».

Oh por Dios. Solo espero que no esté hablando en serio.

—Adiós Pepe. —Tomo la puerta con la intención de cerrarla, pero antes de hacerlo me vuelvo a él, no sin antes cerciorarme que Gabriel sigue en lo suyo y le digo: —No se te ocurra mencionarle esto a mis padres. —Cierro, pero vuelvo a abrir. —Y bórrate ese tatuaje de tu exesposa, ella hasta ya se casó con otro.

En el momento que cierro la puerta Gabriel me mira, está en su teléfono así que asumo tampoco puso tanta atención. Le muestro la caja que trae mi vestido con fingido entusiasmo, pero, antes de retirarme, pregunto:

—¿Qué te dijo ese hombre de los correos? —Intento sonar relajada mientras saco el vestido de la caja y paso mi mano por el decorado de piedras elegantes en el top. Es blanco y ya que no hablo con Luisa, la tía Elena era la segunda opción. Aunque de ahora en adelante voy a tomarla en cuenta más seguido porque acaba de lucirse con esta prenda. —Escuché que estaban hablando.

—Me preguntó si el apartamento de en frente está ocupado

—¿Y sí lo está? —Ahora sí miro a Gabriel, aunque él tiene su vista pegada en la computadora. Lo peor de todo es que sí creo al tío Pepe capaz de mudarse a ese bendito apartamento si estuviese vacío. —Solo es curiosidad.

—Sí está ocupado, aunque el dueño aparece una vez al mes. —Oh Dios, puedo respirar tranquila. Camino hacia mi habitación para cambiarme cuando lo escucho decir: —¿Por qué? ¿Quieres comprarlo tú?

Oh, esa idea no está tan mal, eh. Tener de vecino al hombre araña es… alucinante y tentador. Me imagino despertar todos los días y fingir que es casualidad encontrarnos diario en el pasillo a las seis de la mañana, pero hay un problemita:

—Ni siquiera tengo dinero suficiente para rentar un espacio en el pasillo de este edificio, Gabriel. —Escucho su risa y de inmediato agrega:

—Cuando seas famosa prométeme que es lo primero que vas a comprarte si el

apartamento está en venta.

Le digo que sí con sarcasmo, al mismo tiempo que me deshago de la blusa y los shorts. Me pruebo el vestido y me miro en el espejo todavía sin usar el cierre. La prenda tiene corte corazón, con unos tirantes formados con plumas finísimas, es ajustado hasta la cintura y después cae la falda corta, recogida y elegante que combina con los zapatos altos que vienen en una caja más chica. Ah y otro bolso, no me esperaba menos de Elena.

—¿Puedes? —Le pregunto a Gabriel cuando ya he salido de la habitación y él levanta la mirada dos veces al verme. Le señalo el cierre del vestido ya que no alcanzo a cerrarlo completo. Se pone de pie y cuando la prenda se me ha ajustado al cuerpo, me miro una vez más en el espejo y me cuelgo el pequeño bolso del hombro. Me arreglo el cabello y le pregunto: —¿Cómo me veo?

—Pareces Olaf, de Frozen. —Me vuelvo a él con fingido asombro, pero termino soltando una risa. Ahora entiendo por qué un hombre como Gabriel no tiene novia. Caray.

Creo que ya sé cuál es su defecto.

—¡¿Qué?! Otra vez: ¡¿Qué?! —El también suelta una carcajada y cierra su laptop para después tender su mano en dirección a la puerta. Toma su teléfono de la mesa y cuando llego a la entrada, me doy cuenta de que está detrás de mí porque escucho cerca de mi oído:

—Pero a mí me gusta el personaje de Olaf, eh.

—Entonces, vuelve a repetírmelo. —Escucho una pequeña carcajada y después veo la sonrisa en su rostro cuando me abre la puerta.

El hombre araña es así: Pasa después de ti en cualquier sitio, te da la mano en los escalones, se adelanta para abrirte la puerta, saluda a todo mundo, bromea con el conserje y se disculpa todo el camino si por accidente te pisa en el ascensor. Es atento, inteligente, atractivo, caballeroso y, como si fuera poco, a eso hay que agregarle buen sentido del humor.

¿Existirán los des-amarres? Porque creo que el hombre araña me hizo un conjuro bastante cabrón.

—Todavía no puedo creer que esté haciendo esto. —Lo escucho quejarse cuando nos detenemos en un semáforo en rojo. Lo miro, él está viendo al frente y suelto una risita. —Esto es lo que mi madre quería ¿sabes? Te invita a ti, porque no hay forma que le digas que no y así vas a arrastrarme contigo.

—Bastante astuta tu madre.

—¡Sí! Le pusiste las cosas fáciles, porque de esta forma no tiene que dar raras explicaciones sobre el porqué mi hermano está con mi ex. No me sorprendería que también diga que estoy contigo desde antes para que lo de Cristal y Roberto no suene tan mal después de todo.

—¿Entonces sí van a estar ahí… ellos dos… juntos?

—Espero que no.

Yo espero que sí.

Es que hay que ser caradura para estar en un evento con el hermano de tu ex al que muy probablemente te estabas follando desde el evento anterior mientras asistías tomada de la mano del primer hermano al que te cogiste. Nada aburrida la vida de la tal Cristal, eh.

Tal vez a la señora Caterine se le escapó algo de información cuando mencionó que la familia de la vulpécula roja se unía todos los años desde que conoció a Gabriel, pero de inmediato rectificó lo dicho agregando:

—Cristal es la novia de mi hijo… Roberto ¿Lo conoces? —Ni siquiera contesté porque ella continuó: —Bueno, su padre conoce muchas personas importantes y nos ayuda a conseguir

buenos patrocinios. —Hizo una pausa. —Me agradaría que tú nos acompañes.

—¿Necesita que arrastre a Gabriel hasta ese lugar si es posible, verdad? —Pregunté con picardía, ella se rio y después de una pausa asintió y me dijo:

—Sí.

Pero bueno, con solo lo primero que mencionó a mí ya me había convencido.

Gabriel me avisa que ya llegamos justo en el momento que estamos atravesando un precioso jardín y a través del parabrisas observo la enorme casa que tenemos en frente. También agrega que es la casa de su madre y todos los años preparan el evento en el jardín. Hay bastantes autos y personas. Aparca en un espacio entre dos coches y toma su teléfono celular justo en el momento que apaga el vehículo.

—¿Ahora quién es *Candentenutella*? —Pregunta, viendo la pantalla y después a mí ¿Qué diablos? El hombre araña me entrega su teléfono con una risita y agrega: —Nunca me habían seguido cereales y chocolates en menos de veinticuatro horas.

Esto no puede ser verdad, miro el aparato y me doy cuenta de que sí, sí hay una nueva cuenta que se llama: *Candentenutella* con una solicitud de seguimiento para Gabriel en Instagram. Saco mi teléfono de mi bolso solo para cerciorarme que sí, que *candentenutella* también me sigue a mí, además le dio Me gusta a unas treinta de mis fotografías.

Santo escarabajo.

Para: Sexychocokrispis

¿Candentenutella? ¿Es en serio, Max?

No contesta, aparece en visto, pero ni siquiera aparece que está escribiendo. Gabriel se baja del auto y entonces un hombre mayor lo intercepta y se saludan con un apretón de manos. Voy a bajar del auto y cuando ya estoy a punto de cometer el error de llamar a mi padre, sí responde:

De: Sexychocokrispis

Esa cuenta no es mía.

Es de François.

Sí, voy a llamarlo.

Aprovechando que Gabriel todavía habla con el sujeto, me quedo dentro del coche para marcarle a mi padre. Su número también me lo sé de memoria así que no necesito tenerlo agendado siquiera. Él no tarda mucho en contestar, quizás no se esperaba que fuera yo o tal vez sí porque cuando hablo, no parece sorprendido en lo absoluto:

—¡Papá! ¿Es en serio? ¿*Candentenutella*? ¿Qué te pasa? —Escucho risas de fondo, de Max por supuesto. Se calla finalmente cuando François también deja de reírse y se aclara la garganta:

—Sí, me dejé influenciar por Max y por tu tío Pepe, él es *oreosensual.*

Oh por Dios.

—¿Qué? ¿¡Qué!? —El hombre araña parece estarse despidiendo ya del hombre con el que estaba hablando, así que más me vale terminar esto rápido. —¿Cómo crees que voy a explicarle a Gabriel que toda mi familia tenga nombres de cereales, chocolates y galletas en Instagram?

—Dile que tenemos una confitería. Que si quiere un pedido nos llame. —Santo cielo ¡Por supuesto que voy a decirle eso! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Se lo digo así con sarcasmo, pero él me ignora y lo escucho llamar a la tía Elena para preguntar: —Elena ¿te hacemos una cuenta *fake* en Instagram también?

A lo que ella contesta o logro escuchar:

—Pero nada de dulces, a mí háganme una del licor más fuerte que conozcan.

François se ríe, Max también y parece que está llegando Pepe. El hombre araña le da un apretón de manos al señor con el que hablaba y ahora está caminando hacia mí. Tengo que colgar.

—A ver… ¿Qué quieres? —Escucho a François entre risas. —¿Qué lo siga desde mi cuenta verificada? Te recuerdo que eres tú quién quiere vivir en el anonimato y eso no ayudaría a tu nueva vida como indigente.

—Me tengo que ir. —Lo interrumpo cuando Gabriel me abre la puerta. A este punto creará que estaba esperando a que hiciera esto cuando en realidad yo solo estoy peleando en privado con *candentenutella*. Qué horror. —No hagas nada tonto, papá.

—Eso te lo diría yo a ti. —Le entrego el celular de él al hombre araña al mismo tiempo que escucho a François: —Dile que acepte mi solicitud de seguimiento y lo invitamos a nuestra confitería.

—¿Quién crees que eres? ¿Willy Wonka? Olvídalo.

Escucho su risa justo en el momento que la llamada se corta y miro a Gabriel quién tiene un gesto divertido en el rostro. Le digo que hablaba con mi padre, entonces añade: «—¿Sí debo aceptar a *candentenutella* también?» le digo que no, pero eso para Gabriel es un «Tengo que hacerlo de todas formas». Bastante terco. Lo hace, pero me lo dice hasta después cuando me tiende la mano y casi de inmediato —para cambiar la conversación— me pregunta si estoy lista.

—Definitivamente, ya no te vuelvo a decir que no hagas algo. —Guardo mi teléfono y me pongo las gafas de sol con una sonrisa. —Y… yo nací lista, mi amor.

Tomo la mano de Gabriel y salgo del auto. Es en ese momento que me percato de la cantidad de personas que hay en este lugar. Cada uno parece estar en lo suyo, pero de pronto, como si alguien los llamase todos me vuelven a ver a mí. Caramba, sí que debo parecer Olaf para llamar la atención así. No tardo mucho en reconocer quién es la tal Cristal, con ella está Roberto y un chico también pelirrojo quien asumo es algún pariente de ella. Ambos me están viendo a mí, así que en el momento que se percata que ninguno de los dos le está poniendo atención, se gira y su mirada se clava en mí.

Genial, que comience el juego.

Capítulo 24

Gabriel

Qué suerte que Cristal no tenga dos armas en los ojos, porque de otra forma ya le hubiese volado la cabeza a Lu.

Y no es cómo que a Luna le importe tampoco.

Es que ella es así, no baja la cabeza, no se doblega, no se deja intimidar; es más, hasta levanta la barbilla y sonríe al mismo tiempo que entrelaza sus dedos con los míos. Se acerca a mi oído para susurrar entre dientes:

—Sólo finge que soy el amor de tu vida y la mujer que te va a tener diez hijos ¿va? —Estoy concentrado en el porte formal, serio y sereno que muestro siempre frente a las personas, pero de pronto Luna me hace soltar una carcajada y… bueno, al carajo todo. Es que Luna es la compañía perfecta si no quieres pasar desapercibido; además, que se roba las miradas de todo el mundo.

Incluyendo la de Roberto, por supuesto.

—¿Cómo carajos voy a mantener diez hijos? —Finjo preocupación. Luna suelta una risotada, justo en el momento que nos estamos riendo los dos Cristal me mira. Ella se da media vuelta para seguir en la conversación que estaba antes, pero ninguno de sus dos acompañantes le presta atención. Su hermano incluso levanta su mano para saludarme y yo le correspondo al mismo tiempo que escucho a Luna, decir:

—Oh por Dios ¿Ahora cómo me borro de la cabeza los zapatos brillantes de tu ex? Tengo pesadillas desde que vi aquella foto en su perfil. —Por instinto miro los pies de Cristal, sí lleva zapatos brillantes, pero Luna no me alcanza a explicar la relación entre las pesadillas y los zapatos, porque mi madre junto a mi tía Irene se están acercando. Caterine me abraza, tomándome por sorpresa y dice:

—Me encanta ¡Me encanta! —Arrugo mi entrecejo y Luna le sonríe en respuesta cuando la abraza igualmente. Mi tía Irene me estruja entre sus brazos también, aunque a ella sí le correspondo mientras escucho a mi madre continuar: —Es el mejor regalo que me has dado. Gracias Gabriel, te luciste, de verdad.

—¿De qué me estás hablando?

—El bolso. —Dice Luna sonriente y cuando entrelaza su brazo al mío me da un suave apretón. Oh, Dios. —Qué honor que le haya gustado, Caterine.

—¿Gustarme? ¡Me fascina! Y a todos aquí. —Miro a Luna y después al bolso que mi madre tiene colgado en su antebrazo. Tiene el mismo logo del que trae Luna, el modelo es diferente, pero es la misma marca, así que asumo Luna tiene demasiado que ver. —Irene, ella es Luna.

—¡Hola! He escuchado mucho sobre ti. —Oh, vaya. —Y eres mucho más guapa en persona. —También la abraza a ella, con el mismo entusiasmo Luna le corresponde; además que le elogia el cabello y los zapatos. La miro hablar con ellas como si son amigas desde hace mucho tiempo y sonrío por lo gracioso que es el hecho de que Luna tenga esa personalidad tan contagiosa, porque ni mi madre, ni Irene son así y ahí están dejándose absorber por Luna. —Me encanta tu vestido.

Luna me mira después del comentario de mi tía y me sonríe con suficiencia. Bueno, yo

no dije que no me gustara el vestido y se lo digo cuando mi madre y mi tía Irene se retiran, además le agrego que nada le quedaría mal a ella —y es verdad—. Además, aprovecho para preguntarle:

—¿De qué bolso habla mi madre, Lu?

—El que le regalamos. —No vacila en contestar. Todavía mantiene la sonrisa en el rostro, se quita las gafas de sol y me dice: —Tú solo finge que sabes de qué está hablando y no digas nada. —Me mira y me da un beso en la comisura de los labios. —Por cierto, tu hermano nos está viendo.

—¿LE regalamos? —Hasta ignoro lo último que me dijo. Sin embargo, disimuladamente observo en dirección dónde había visto a Roberto. Cristal está entrando a la casa y cuando hago contacto visual con Roberto, él saluda con un asentimiento y después se retira también. —El adelanto que negociamos en tu contrato con la radio de Mónica no era para que le compres cosas a mi madre y Roberto no nos mira a los dos, te mira a ti.

—Bueno, tu mamá cree que se lo compraste tú, no yo. —Y sé que eso tiene que ver con lo que dijo Cristal. —Nunca le regalas nada, además. —Escucho una notificación que proviene de mi celular y lo saco de mi bolsillo para darme cuenta de que es otra solicitud de Instagram —Oye, ¿y sí puedo besarte frente a Roberto si se me da la gana?

—Siempre haces lo que quieres cuando se te da la gana, Lu. —Escucho su risa al mismo tiempo que miro la nueva cuenta que me envió una solicitud de seguimiento en Instagram: *ConfiteríaLosRodríguez*. —Y yo le he regalado muchas cosas a mi madre.

—Bueno, no se lo compré. —Me susurra, además cambia rápido la conversación y me dice: —Oye, me gusta este ambiente. Esperaba algo más clásico, como personas tocando el violín y el chelo ¿Hay alcohol?

—¿Y quién toca el violín y el chelo en estos tiempos? —Me rio un poco cuando miro la descripción de la nueva cuenta: Dulces y licores. Okey, creo que esto tiene que ver con todos los cereales y chocolates siguiéndome. ¡Ah! Ahora hay que agregar a: *whiskycachondo.*

No puedo evitar soltar una carcajada y le extiendo el celular a Lu.

—Pues yo. —Me dice antes de mirar la pantalla de mi teléfono. Hago silencio un momento y aunque sé que he escuchado bien, vuelvo a preguntar solo para cerciorarme:

—¿Tocas el violín y el chelo? —Pero no me contesta, porque justo en ese momento me arrebata el móvil de las manos. Puedo ver en su expresión que no es una confitería que sí exista y me rio de nuevo cuando la escucho:

—Mier… —Suelta un bufido. Mi madre se acerca solo para decirnos que podemos tomar la mesa donde están Elías y Cata. Busco con la mirada a los dos y los diviso a cierta distancia, Elías concentrado en su teléfono celular, sosteniendo un pan en la boca y Catalina está viendo a Lu. Me tomo muy en serio la decisión de compartir mesa con ellos dos, pero bueno… no puede ser tan malo, o eso espero. Tomo del brazo a Luna para llevarla en la dirección a ellos. Está tecleando con bastante ímpetu en su celular y la escucho decir al mismo tiempo que me devuelve el mío: —Sólo no sigas aceptando más solicitudes.

—¿Y sí existe la confitería Los Rodríguez?

—¡Por supuesto que no! —Hace una pausa y pensativa me dice: —O espero que no exista.

Cuando Cata mira que estamos cerca de ella, se traga de golpe toda la bebida que tiene en manos y parece que tiene ganas de salir corriendo —aunque Catalina siempre tiene ganas de salir corriendo, a decir verdad—, pero no lo hace, se queda congelada y nos mira a los dos.

—Esta es mi hermana, la que regó el rumor de que eras agente de servicio al cliente. —Le hablo a Lu, cuando ya estamos en la mesa que nos habló mi madre. Luna mira a Catalina y mi hermana a ella. Ni siquiera le importa lo que acabo de decir. —Y éste es Elías.

Mi hermano levanta la mirada en ese momento y el pan que sostiene entre los dientes se le cae de la boca. Todos miramos el pedazo de panecillo caer sobre la mesa, excepto mi hermana quién todavía mira a Lu y para mi sorpresa, se pone de pie, rodea la mesa y la abraza.

Catalina nunca abraza a nadie.

—Yo te sigo en Instagram. —Le dice, con un entusiasmo que me aterra y Luna hasta le responde con la misma efusividad. —Desde mucho antes de saber que eras la chica de servicio al cliente. —Tal vez debió dejarlo hasta ahí, pero no… ella continúa: —¿Sí te gustó el celular? Me dejé guiar por tus publicaciones anteriores y pensé que un *Rose Gold* sería perfecto.

—Le pedí su opinión. —Agrego, antes de cualquier cosa. Me vuelvo a Catalina, diciéndole con énfasis: —Era un secreto.

—Le estás pidiendo a Catalina que guarde un secreto, Gabriel. —Interrumpe mi hermano menor. —Es cómo haberle pedido a Eva que no se comiera la manzana que le estaba ofreciendo la serpiente. Iba a hacerlo de todas formas. —Se dirige a Luna y le pregunta: —¿Oye, juegas Guitar Hero?

—No vas a distraerla para entrar a su teléfono, Elías.

—¿Para qué quieres entrar a mi teléfono? —Replica Luna de inmediato.

—Conociste a Gabriel a través de una aplicación. —Le responde mi hermano, guardándose su móvil en el bolsillo. Todavía está sentado en la mesa y recoge el panecillo otra vez. —¿Sabes el porcentaje de personas que resultan ser totales psicópatas en esos sitios de citas? Necesito saber si no tienes la intención de volarnos la cabeza a todos.

—La única cabeza que apuesto quiere volarse es la de Gabriel y no la cabeza que tiene sobre los hombros… —Oh por Dios. Sabía que esto de compartir mesa con estos dos era una muy mala idea. Lo peor de todo, es que creo que toda mi familia va a sentarse aquí. Luna suelta una carcajada, que se intensifica cuándo Elías arruga su entrecejo y dice:

—¿De qué rayos hablas? Gabriel no tiene dos cabezas. —Catalina lo mira a él, pero antes de que se preste a explicarle los interrumpo a los dos preguntando por mi otra hermana, Jessie. Catalina me dice que todavía no ha llegado. Entonces, Elías, como si finalmente captó el doble sentido del comentario de Cata, exclama: —¡Ahhh! ¡Dios! —Se pone de pie y se dirige a ella: —¡Eres una pervertida! Mejor me voy a encerrar a mi habitación. Además, tenemos que compartir mesa con Ed Sheeran y Britney Spears y yo ya estoy harto de esos dos. —Se vuelve a Luna. —A ellos sí puedes volarles la cabeza, bueno… la cabeza de verdad, no de la que habla Catalina.

Mira a mi hermana con molestia y después se va. Lu se vuelve a mí preguntando:

—¿Quiénes son Ed Sheeran y Britney Spears?

—Cristal y Roberto.

Suelta una carcajada, creo que cualquiera lo haría en realidad. Además, agrega que ya no podrá ver a Ed Sheeran y Britney Spears de la misma forma, ni yo a decir verdad, añade que, viendo más de cerca a Roberto, sí puedes notar cierto aire con Britney Spears.

Ahora no voy a evitar imaginarme a Roberto en el cuerpo de Britney Spears. Carajo.

Me siento en el lugar al lado del que ha tomado Luna y mi hermana se decide por el que está al otro lado de ella también. Las dos hablan con una familiaridad que me da terror, no voy a negarlo. Me sorprende que a Catalina le agrade alguien… aunque puede ser que su

comportamiento con Luna también se deba a la presencia de Cristal.

Mi celular suena de nuevo, solo espero que no sea algo de Sexychocokrispis, o Candentenutella o de la supuesta confitería Los Rodríguez. Bueno, hay algo de *Whiskycachondo* en mi última foto con Lu, que dice: *Espero seas un pervertido detallista con alto nivel intelectual, romántico y de mente sucia.*

Justo segundos después hay una réplica de Sexychocokripis que dice: ¡Elena!

No puedo evitar reírme, siento que me voy a divertir bastante con esta familia.

La descripción del perfil de *Whiskycachondo* es: *Es bueno dejar la bebida, lo malo es no acordarse dónde.* No voy a mencionarle este mensaje a Lu, al menos no ahora. Cuando se me ocurren las palabras correctas para ese comentario de *Whiskycachondo* un mensaje de mi hermano interrumpe en mi Whatsapp.

De: Elías

Apenas estoy llegando a mi habitación y ya están agarrándose a madrazos en el dorama Ed Sheeran y Britney Spears.

Por instinto, los busco a ambos con la mirada y logro divisarlos a cierta distancia de nosotros, hablando con otras personas, así que vuelvo al mensaje de Elías y pregunto:

Para: Elías

¿Qué carajo?

No tarda en hacerme llegar su respuesta y dice:

De: Elías

Tengo una conversación interesante grabada en el micrófono de la cocina.

Para: Elías

¿Todavía tienes el bendito micrófono instalado en la cocina?

Para: Elías

¡Por supuesto!

A ver, ¿quieres el episodio completo o el resumen?

De: Elías

¿Hay resumen del resumen?

De: Elías

Es que no tendría sentido. Es mejor que lo escuches tú mismo, ahí te va.

Es un link de un archivo. No voy a mentir que este tipo de mensaje de Elías me dan pánico, así que mientras me debato entre descargarlo o no, sin querer presiono el archivo. Okey, ya valí madres. Bajo el volumen de mi celular de forma que solo yo puedo escucharlo con el teléfono pegado al oído aprovechando que nadie está cerca. Una vez que lo reproduzco, comienzo a escuchar la voz de Roberto decir:

—¿Es en serio? A ver, según tú… yo no puedo seguir a ninguna mujer en Instagram solo porque a ti te parece que está mal ¿No? —Escucho una risa irónica y después agrega: —Estás demente, Cristal.

—¿Es que cuál es el punto de seguirla y estar pendiente de sus publicaciones? ¿Por qué la sigues? ¿Te gusta acaso? Creí que eras menos superficial que eso, Roberto.

—¡Claro! Porque seguir a alguien en Instagram significa que te gusta. —La risa burlesca y molesta de Roberto, otra vez. —En serio te estás portando como una histérica últimamente y yo me estoy comenzando a hartar de toda esta mierda. Tal vez deberíamos pensar mejor… lo siguiente que vamos a hacer.

—¿Lo siguiente que vamos a hacer? ¿Casarnos? —Se ríe también y entonces continúa:

—«Lo siguiente que vamos a hacer» —Repite. —Si ya no quieres hacerlo, adelante… solo dímelo y ya. Quieres tú también encontrarte a una modelito influencer que solo te mire como una máquina de hacer dinero, ¿verdad? Todos los hombres están bien idiotas.

—Tu dolor es que Gabriel esté con esa chica ¿verdad? —Ahora Roberto sí suena molesto. Incluso ha levantado la voz. Cristal reacciona a la defensiva diciéndole que no le hable de esa manera, pero él continúa: —A ver… si tanto te duele ¿Entonces por qué no vas con él y le dices? Así evitas desquitarte conmigo, yo no me merezco esto.

—¿Por qué en todo tienes que meter a Gabriel? ¿Cuál es tu obsesión?

—¿Cuál es la tuya? ¿Crees que soy tonto? Todo era amor, paz y tranquilidad, besos, abrazos, cuando Gabriel estaba solo. Mencionabas lo mucho que te preocupaba, que esperabas consiguiera a alguien más pronto y *blablabla*. Ahora que está con ese «alguien más», te molestas y vienes a querer desquitarte conmigo.

—Estás demente ¡Por Dios! Lo único que veo es cómo tú babeabas por esa niña cuando entró, también resulta que no te pierdes una publicación suya sin darle Me gusta, le comentas, le escribes…

—¿Babeaba por quién? —La interrumpe Roberto. —Estás loca, Cristal. No por tu histeria voy a dejar de seguirla en Instagram. Que esto te quede claro ¿Okey? Yo le doy likes a quién se me dé la gana y sigo a quién se me dé la regalada gana, si querías un muñeco de trapo a quién manipular a tu antojo entonces no soy yo con quién deberías estar ¿Por qué no regresas con Gabriel de una buena vez si tanto te molesta que esté con alguien? Ah no. —Cambia su tono a uno más irónico y cruel: —Con una mujer como esa a su lado ya no creo que quiera volver a verte.

—Y yo no creo que alguien como ella te haga caso a ti si no ganas en un mes ni la mitad del dinero que Gabriel hace en una semana.

Carajo.

Los dos se quedan en silencio y yo en shock, porque… madre mía, definitivamente, ya no voy a poder volver a vivir tranquilo. Aunque ninguno de los dos dice algo, sí se oye a alguien entrar a la cocina, alguien que parece ser el hermano de Cristal quién, para rematar las cosas, lo que dice es:

—¡Uh! ¿Quién es esa chica guapa que está con Gabriel? —También se escucha un ruido, algo como si se está sirviendo hielo en una copa. —¿Es la nueva novia de la que todos están hablando? ¿Tendrá una hermana que me presente?

No hay respuesta de parte de ninguno de los dos, también silencio de parte del hermano de Cristal. Seguido a eso, nada más se oyen los pasos de ella salir y los de Roberto después. Creo que eso es todo. Los miro de nuevo, porque no entiendo cómo después de comentarios así siguen tomándose de las manos y hablando como si nada pasó entre ellos en frente de las personas. De inmediato, tengo un mensaje de Elías que dice:

De: Elías

¿Sabes? Tal vez al que Luna debió conocer a través de esa aplicación es a Roberto. No me importaría que en un arranque de locura le volara la cabeza a él.

De inmediato hace llegar otro:

Pero hablo de la cabeza, cabeza, no la otra cabeza ¿Okey?

Para: Elías

Luna no es capaz de volarle la cabeza a nadie.

Bueno… la cabeza, cabeza.

De: Elías

Tampoco creías a Cristal capaz de volarle la otra cabeza a tu hermano ¿verdad?

Y mira…

Oh por Dios. Definitivamente, no sé qué es peor: Si todo lo que acabo de escuchar en el audio que me envió Elías, esta plática que estoy teniendo con él o sí el mensaje que me muestra Luna. El texto es uno que Roberto le envió hace unos segundos y dice:

De: Roberto Mariani.

Hoy estás más guapa que nunca.

No sabes cuántas cosas te diría en el oído ahora mismo si estuvieras junto a mí.

Roberto incluso tiene el celular en sus manos todavía cuando le doy un vistazo y ahora se lo lleva al bolsillo cuando mira que no hay respuesta de Lu. Ella toma el celular y comienza a contestarle, lo sé por el ímpetu con el que teclea cuando está escribiendo algo bastante cabrón. Lo envía y solo miro como Roberto vuelve a sacarse el celular del bolsillo.

—Oye… —Escucho detrás de mí. Me giro en dirección a esa voz que reconozco perfectamente para encontrármelo a él ahí con las manos en la cintura, despejándose el saco de su traje con ambas manos. —Escuché rumores que vendrías con Aladdín… ya sabes, las malas lenguas. Tengo entendido que por aquí la conocen como la chica de servicio al cliente. —Carajo. Detiene su monólogo y susurra, aparentemente serio: —¿Sí es la misma, verdad?

Me pongo de pie y miro a mi padre.

—¡Oh! Sí estás aquí. Pensé que no vendrías. —Me da un abrazo, después se quita los lentes y comienza a limpiarlos con un pañuelo que saca de su bolsillo. —Bueno, me dijiste explícitamente que no vendrías.

—Eso fue antes de la nueva noticia.

Ah, caramba. Él sigue en su labor limpiando sus gafas, entonces me vuelvo a Luna quién ahora está tomando un sorbo de una de las bebidas que están sirviendo. Me acerco a ella y le digo que mi padre quiere conocerla. Sin pensarla dos veces se pone de pie, tal como si estuviese esperando este momento. Le da un sorbo al vaso y después se gira hacia mi papá justo en el momento que él levanta la mirada.

Y deja de limpiar los lentes.

Y Luna tira el trago de la bebida que se había tomado.

—¿Él es tu padre?

Capítulo 25

Luna

—Señorita bolas.

A ver, ¿cuántas probabilidades existen de que la persona con quién hayas metido la pata sea tu suegro… en este caso, suegro de mentira… o futuro suegro si nos ponemos optimistas? Creo que incluso es más probable morir aplastado por un meteorito o ganarte el premio gordo de la lotería o que te parta un rayo en dos y ni siquiera sé si es eso posible.

Bueno, no es como que yo sea la reina de las probabilidades. Digo ¿a cuántas personas en el mundo les toca tener dos padres? ¿Y a cuántas les toca que esos dos padres se creen cuentas falsas de *sexychocokrispis* y *candentenutella* y, además, una confitería que no existe? (o eso es espero)

Es que yo sí necesito una limpia.

Ahora mismo en lo único que pienso es en lo mucho que quiero que aparezca aquel hombre de la cámara y la señora lunática diciéndome: «Es una broma… toma otros cien dólares».

Pero eso no pasa. Es más, el hombre araña recalca:

—Sí, es mi padre ¿Lo conoces?

¡Dios! ¿Por qué a mí? ¿Qué es lo que te he hecho?

—Señor comisionado… —Exclamo, viendo al jefe de jefes de todos los jefes del trabajo de Luisa ¡No! ¡No! Ya no sé ni qué hacer, si fingir un desmayo, o mi muerte o salir corriendo. —Qué gusto saber que… —¿Qué aún camina? No, es el padre de Gabriel, no puedo decirle eso ¡Carajo! ¡Carajo! —Está vivo.

Eso está peor.

El señor comisionado sonríe, se pone las gafas y entonces Gabriel me mira a mí cuando su ahora padre, exclama:

—¡Pero qué pequeño es el mundo! —Ahora el hombre araña lo mira a él ¿Todavía tengo tiempo para cavar un hoyo y meterme ahí hasta que los alienígenas hayan invadido la tierra? —Rodríguez, nunca me esperé que usted fuera Aladdin, o la agente de servicio al cliente ¿No tiene más sorpresas que darme, verdad? Mire que me puede fallar el corazón y será su culpa.

—Entonces ya se conocen. —No sé si eso era pregunta o afirmación, pero ¡Sí, Gabriel! ¡Sí! Si tan solo hubieras mencionado que tu padre era el jefe de jefes de todos los jefes de la comisaría, yo me hubiese evitado este vergonzoso encuentro. Madre mía.

—¡Por supuesto! —Exclama el comisionado de inmediato. Cabe mencionar que yo ni siquiera puedo articular una palabra coherente. —Bolas me hace bullying cada que se aparece por la comisaría, dice que estoy muy viejo para mi puesto.

Gabriel me mira, no sé si su interrogante es por el «bolas» o por el «bullying» que el señor comisionado menciona o porque le esté contando que yo digo que lo considero muy viejo. Pues, eso es verdad, pero ¡Santísimo escarabajo! Tantas personas en el mundo ¡Tantas! Y él tiene que ser el padre de Gabriel.

—No es verdad. —Me río nerviosa en un vago intento por defenderme. —Me preocupo por su salud es todo, tanto estrés que… bueno, qué puede pasarle ¡Y mire que ni siquiera sabía que casi éramos familia! Instinto, comisionado.

Ay, mejor me callo.

—Nadie nunca se había preocupado tanto por mí.

—Sabes que mi hermana es policía. —Le siseo a Gabriel. —Tal vez me lo hubieses mencionado. —Finjo su voz y digo «finjo» porque es obvio que no me sale. Digo, la voz del hombre araña es fuerte, grave, varonil. Sí, igual a la del señor comisionado. Carajo. —Oye Lu, mi padre es el comisionado.

No, esto no es para reírse, aunque parece que a Gabriel sí le hace gracia y al señor comisionado también. Gabriel me dice que él no habla así y, además, agrega que cómo iba a saber que yo le hacía bullying a su padre. Por supuesto que lo dice con un tono socarrón, pero igual eso no es bullying… voy a protestar, pero entonces su padre nos interrumpe:

—Por cierto… —Habla, cuando una mujer se acerca a nosotros y lo rodea con su brazo por la cintura. —Este es el jardín dónde siembro mi semilla.

No puede ser.

La señora me mira y esboza una sonrisa para darme un abrazo que ni siquiera puedo corresponder, pero lo intento. Todo esto sucede ante la mirada atenta de Gabriel quién ahora está frente a mí al lado de su padre, hasta este momento me doy cuenta de que tienen bastante similitud ¿Cómo no pude darme cuenta antes? Los dos son del mismo tamaño, tienen el mismo porte y una sonrisa escalofriantemente igual. Mierda.

Sigo pensando que esto es una mala broma.

—Soy Elísabet. —Me habla la mujer. No me sale una palabra y yo soy de las que siempre tienen algo por decir. Mal, muy mal. Aunque no tengo que presentarme, ella sabe mi nombre cuando el señor comisionado le dice:

—Es la hermana de Luisa, la que me dijo que necesitaba Ensure Advance para no perder musculatura y que mis rodillas no se quebraran tan fácil, también mencionó que podía recetar algo más, pero no sabía si yo tenía…

—Ya… —Lo interrumpo, antes que mencione cualquier cosa frente a Gabriel. Digo, he hablado tantas boberías frente a él… —Ya todos entendimos que su poste todavía tiene energía eléctrica.

Y el señor comisionado se carcajea otra vez.

Carajo.

—Definitivamente, esta noche no voy a aburrirme. —Exclama. —Tomaré el lugar a su lado, señorita bolas. —Y tira del lugar donde Gabriel estaba. Él también saluda a Catalina y le pregunto si ella también es hija del comisionado. Me dice que no, que Elías y ella son hijos del otro matrimonio de su madre.

Ya qué, sí voy a sentarme a la par del señor comisionado.

Para: Luisa

¿Cómo dices que se llama el jefe de jefes de todos los jefes del lugar en el que trabajas?

Le doy enviar al mensaje de Luisa en el momento que la hermana de Gabriel me dice que ya regresa, de una forma entusiasta me pide no moverme de donde estoy… no es como que tenga donde ir tampoco. Además, agrega, que cualquier cosa solo se lo pida.

¿Eso incluye *nudes* de Gabriel?

Por supuesto que no voy a pedirle eso, además Gabriel no parece del tipo que se toma nudes… o quién sabe.

De: Luisa

¿Qué? ¿Quién?

Carajo.

Para: Luisa

¡El señor comisionado! ¿Quién más?

Debí haber preguntado esto antes.

En ese momento la señora Caterine sube a una tarina improvisada sobre las gradas que dirigen a la puerta de entrada. Gabriel se está sentando junto a mí, en el lugar que Catalina estaba. Tengo la respuesta de Luisa, pero no puedo verla porque el hombre araña no puede saber lo que estamos hablando. Le doy un sorbo a la bebida y pongo atención a lo que Caterine dice en el micrófono.

—Este año hemos conseguido buenos patrocinadores y tenemos cosas increíbles para subastar. —Hace una pausa. Se acomoda el cabello y continúa: —Lamentablemente, no pudimos conseguir el *Meet&Greet* con el artista más votado por todos ustedes, Max. —Eso hace que me atragante con la bebida que justo estaba pasando por mi garganta. Maldita sea. Comienzo a toser y me paso toda la bebida entre espalda y pecho sin respirar. —Ofrecemos disculpas, pero creí que íbamos a lograrlo para este año.

—¿Qué? —Escucho ahora al comisionado hablar. En ese momento Gabriel está poniendo su mano sobre mi espalda y me pregunta si estoy bien. —Yo estoy aquí precisamente para ese *Meet&Greet* con Max. —Continúa el comisionado. —Hasta me compré el único disco que me faltaba. —Se vuelve a mí o a Gabriel, no sé a quién de los dos. Bueno, a mí creo que no. —¿Qué pasó?

—Cristal dijo que iba a conseguirlo por los contactos de su padre, pero de ninguna forma lograron llegar a él. —Creo que necesito tomar aire. Le digo a Gabriel que tengo que usar el baño y él responde que me acompaña. Contradigo asegurándole que no es necesario ya que logro ver a Catalina a cierta distancia de los dos. —¿Estás segura?

—No hay problema.

Finjo que voy en dirección a Catalina, pero cuando el hombre araña ni el comisionado están viéndome, me desvío al patio trasero revisando la respuesta de mi hermana. Además, tengo una notificación de Roberto, el hermano de Gabriel, a quién hace rato le envié como respuesta:

Para: Roberto Mariani

Yo tengo quién me diga todas esas cosas al oído y en momentos más íntimos. No, gracias. Buen día.

La respuesta suya es un Me gusta a mi mensaje nada más. Espero no continúe, porque está comenzando a cansarme. Cuando miro el mensaje de mi hermana que dice: «Santiago Mariani» comienzo a contestar, pero creo que es mejor una llamada, borro todo lo que había escrito y le marco:

—Luna, estás interrumpiendo algo importante. —La escucho, el teléfono ni siquiera había repicado una vez. Aparte su forma de hablar parece acompañada de un gemido. Santo cielo. —¿No es que no ibas a hablarme por haber sido cómplice de tu «secuestro»?

—¿El apellido del señor comisionado es Mariani? —Ni siquiera le presto atención a lo que me dijo o me está diciendo. Mejor voy directo al grano: —¿Por qué no me lo habías dicho? Tú lo sabías, ¿verdad?

—¿Saber qué cosa? ¿Y por qué iba a decirte eso? Nunca me preguntaste.

—¡Porque es el padre de Gabriel, tal vez!

—Espera… —Hace una pausa. —¿Qué? —Ahora sí parece ponerme atención. Escucho la voz de Fede riñendo algo de fondo. No es que me importe si Fede está molesto o no, esto es

más importante. Vuelvo a repetirle si ella lo sabía y me dice que no, además, agrega: —Hay miles de Rodríguez en esta ciudad Luna y no son familia nuestra ¿Cómo iba yo a saberlo?

—Pero en esta ciudad te encuentras un Rodríguez en cada esquina ¡Pero un Mariani! ¡Por Dios! ¿Cómo no se te ocurrió?

—¡Yo que iba a imaginarme que ese abogado del que habla todo el tiempo era el mismo Gabriel! Oh por Dios ¿Sí es ese mismo Gabriel entonces? —Luisa suelta una carcajada. Dios, necesito paciencia. Me escondo detrás de una pared y solo me asomo un poco para ver en dirección al hombre araña. Él ahora está cargando a un niño, asumo que ese es su sobrino y la persona que saluda al señor comisionado es su otra hermana. —¿Es en serio? ¿Me estás diciendo que tu suegro es la persona a la que le llamas viejo? ¡Te dije que no hablaras tonterías frente a él! Ves lo que pasa cuando no me haces caso.

Me gusta la forma que Gabriel habla con su sobrino y el niño parece divertirse con él. Después la hermana le da un abrazo y se sienta en el lugar donde yo estaba. Gabriel mira para todos lados, caray, debe estar buscándome.

—Por cierto, me acabo de enterar que tu jefe es fanático de Max, que la ex de Gabriel quiso conseguir un *Meet&Greet* con papá para subastarlo esta noche y que al señor comisionado todavía le prende la chimenea y no parece, eh.

—¿Qué? ¡Luna! Por Dios. —Pero se ríe, aunque sé que va a reñirme más tarde. También escucho la carcajada de Fede, hasta ahora caigo en cuenta que mencioné a Max; claro, por eso Luisa no hace ni un solo comentario al respecto. Aunque, sé que Fede miró la firma de Max en mi guitarra, porque justo cuando me la entregó, me dijo: «Con esta guitarra puedes pagarte hasta un año de renta en un buen apartamento si quieres, te ayudo a subastarla», le dije que no y me preguntó cómo la había conseguido, entonces fingí una llamada de Gabriel que, por supuesto, no era cierto y fue solo para no contestarle. —No hagas esos comentarios frente a él, es tu suegro y vas a costarme mi ascenso.

—Pues te acuestas con tu aprendiz, si eso no te ha costado tu ascenso, mis comentarios no van a hacerlo.

No pongo atención a las cosas que me responde mi hermana, porque me concentro en las voces que parecen estar al otro lado de la pared, acercándose a mí. Alcanzo a ver a Roberto junto a otro sujeto y escucho mi nombre. Hay una puerta a mi lado y está abierta, no dudo ni un segundo en encerrarme ahí.

Le digo a Luisa que tengo que irme y cuelgo. Me quedo escuchando la conversación del hermano de Gabriel detrás de la puerta. No debería, vamos, pero acabo de escuchar mi nombre, así que acaban de perder cualquier privacidad que se merecían.

—Sí, se llama Luna y sí, tienes razón, está súper guapa. —Esa es la voz de Roberto. —Maldito Gabriel. Creo que mejor debí pensar en ser abogado.

—¿Abogado? ¿Tú? Dijiste que esa era una carrera de mierda y que ni loco te complicabas la vida así. —Exclama con sorna el otro tipo que lo acompaña. Solo observo sus siluetas a través del vidrio y continúa cuando Roberto le contesta que eso es lo de menos con tal de tener una mujer como yo ¡Yo! ¿Yo? —Solo espero que Cristal no te escuche decir eso. Nos cuelga a los dos.

—Cristal no tiene por qué darse cuenta. Ni Gabriel. Digo, lo hice bastante bien todo este tiempo acostándome con Cristal sin que él se enterara, puedo hacerlo de nuevo. —Qué hijo de puta. —Hasta era más interesante cuando sabía que estaba haciendo algo malo y, además, Cristal no me ahogaba como ahora ¿Puedes creerlo? Se molesta porque siga a Luna o porque le dé Me

gusta a sus publicaciones, de verdad sí me gustan sus publicaciones, tal vez Cristal debería subir contenido así si quiere que solo me fije en ella.

—¿Pero estás seguro de lo que quieres hacer? Digo, esa chica no parece nada interesada en ti, Roberto. Recuerdo que a Cristal le temblaban las piernas con solo verte… pero a ella, Luna, vamos, solo date cuenta como mira a Gabriel.

Ay, caray ¿Cómo miro a Gabriel? ¿¡Cómo es que miro a Gabriel!? ¿Tan obvia soy?

Para: Luisa

Oye, honestamente ¿Cómo miro a Gabriel?

—Solo es cuestión de tiempo, vamos. —Continúo escuchando justo en el momento que le doy enviar al mensaje para Luisa. —A Gabriel solo le importa su trabajo y sabemos que a las mujeres les gustan los hombres que les pongan atención. —Ya he tenido demasiada atención de dos hombres toda mi vida que ni siquiera necesito la de un simio como este. —Así que ya verás como la tendré comiendo de la palma de mi mano en unos días. A las mujeres solo es cuestión de trabajarlas, hablarles bonito y hacerlas sentir mujer.

¡Coño! Yo me sentía un pony. Caramba.

Eso es sarcasmo obviamente.

De: Luisa

¿Recuerdas aquella foto de tu cumpleaños #4? La que odias que papá tenga en su despacho.

Pues, así como mirabas ese pastel.

Otra vez: caramba.

—Pero ¿Y Cristal? Vas a casarte con ella en unas semanas. —Vuelvo mi atención a los sujetos hablando—. ¿Por qué le propusiste matrimonio a alguien si te gusta otra persona solo porque está más guapa?

—Cristal no va a enterarse, ella se cree cualquier cosa que le diga. Y ya sabes por qué le propuse matrimonio. Si ella quiere dejarme, que lo haga, no me importaría porque tendrá que darme la mitad de lo que tiene y eso para mí es suficiente.

Qué hijo de puta. Vuelto a repetirlo: Qué hijo de puta. Y lo repetiría otra vez si tuviera la oportunidad de hacerlo.

—Pero es abogada, lo más seguro es que habrá acuerdos prenupciales.

—Voy a asegurarme que no. Y con Lunita quiero llenarme de buenos momentos, ya sabes, es bailarina y juzgando por eso, apuesto que es muy buena en la cama.

¿Lunita? ¿Y qué mierda acabo de escuchar?

Uno de los dos pone la mano sobre la perilla de la puerta y la gira, pero de inmediato parece que alguien los llama y se alejan los dos. Yo ni de coña salgo por esa puerta, porque ver a la cara a Roberto después de esto que escuché lo único que provocaría es que le arranque los pelos y no me arrepienta. Sigo el camino por un pasillo largo y llego a parar a la cocina donde me encuentro a Caterine, la mamá de Gabriel, su hermana Irene y ¡Vaya! También está Cristal. Santa Mierda.

—¡Luna! —Dice la madre de Gabriel primero. Se hace un silencio en el lugar y le digo que solo estaba buscando el baño. Tienen pastelillos sobre una mesa y parecen estarlos decorando mientras un par de jóvenes se llevan los que ya están terminados. La única que parece estar ahí solo viendo, es la vulpécula roja. —¿Y lo encontraste? ¿Quieres que te acompañe?

—No, estoy bien. Gracias. —Cristal me está viendo, analizándome más bien. Me muevo con familiaridad hacia las dos mujeres mientras digo: —Qué linda casa, por cierto.

Caterine me sonríe en respuesta, agradece también y, fingiendo estar concentrada en los *cupcakes*, sin verme a mí o a la pelirroja que tiene casi en frente, la escucho decir:

—¿Conoces a Cristal? —Sé que la chica se incomoda, por la forma en que tensa los hombros y le cambia el gesto. Bueno, ¿Qué puedo decir de la tal Cristal? Es guapa, con un porte elegante y se viste como si está lista para ir a la corte saliendo de este sitio. —Ella es la novia de mi otro hijo, Roberto. —Además, me presenta mí también: —Ella es Luna.

Sé que ella me conoce perfectamente, porque se ha encargado de ver cada una de mis historias desde que inicié mi no relación con Gabriel. De hecho, antes de llegar aquí le dio una repasada a mis nuevas publicaciones.

—Mucho gusto. —Le digo con una sonrisa, no es un gusto en realidad. Finjo que no me sé toda la historia de su putería, porque… bueno, no voy a hacer relevante a esta tipa. Alguien llama a la señora Caterine y ella sale de la cocina junto a dos chicas que se están encargando de servirlos allá afuera. Me vuelvo a Irene, la tía de Gabriel y me ofrezco a ayudarle, a lo que ella no duda en decir:

—Sí, por favor.

En la cocina solo estamos la tía Irene, Cristal y yo. Irene me dice cómo voy a decorarlos y yo le digo que estuve en un curso de repostería así que puedo manejarlo, asiente con una sonrisa y después comenzamos a hablar de betún, texturas, cocción y muchas cosas que, al parecer, dejan a Cristal completamente fuera. También me cuenta sobre su repostería, además me dice que si dejo el trabajo de la radio, no dudaría en contratarme a mí. Vaya. No sé cómo pasé de estar sin un centavo a tener varias propuestas en unos días. Por supuesto que la que nunca aceptaría es la del señor comisionado y no por el tipo de trabajo, si no por el hecho de tener que encontrármelo a él todos los días.

La tía Irene me dice que tiene que ir por algo rápido, que regresa en un momento y agrega que la subasta no tarda en comenzar. Cristal se pone de pie, pero no se va, se queda ahí viendo a Irene irse. Estoy decorando los últimos tres pastelitos que me quedan cuando la escucho hablarme a mí ¡A mí!

—¿Ese es tu plan? —Cristal tiene un tono de voz fuerte, prepotente, para nada dulce como erróneamente se ve su cara. Yo sigo concentrada en los pasteles porque, como dije, nada de darle ni un poco de protagonismo a esta mujer. —¿Ser ama de casa y hornear pastelitos?

—¿Cómo es que te llamas?

—Tú sabes quién soy. —No sé a qué se refiere con su «Tú sabes quién soy», ¿Se refiere a que sé su nombre? ¿Sé el puesto que tiene? ¿A qué se dedica? ¿Es famosa? ¿Reconocida? Yo qué voy a saber de abogados. —¿Verdad?

—La novia de Roberto ¿no?

—Y la exnovia de Gabriel. —No sé si está bien que me haya reído, pero es que su comentario me hizo algo de gracia, porque ¡vamos! pudo mencionar muchas cosas mejores sobre ella, pero… prefirió quedarse en la casilla «ex de Gabriel». Ridícula.

—¡Vaya! Parece que portas el título con orgullo. —Ahora sí la miro, porque terminé mis pasteles y tomo un poco del betún que sobró en la manga. —¿Te sientes realizada? ¿Fue un logro? ¿Un objetivo alcanzado? —Hago una pausa y recalco: —Que dejaste ir…

—¿Vas a la universidad, al menos? —Cambia de tema, es lo que le conviene, claro está. Cristal tiene los ojos claros, bonitos, que resaltan con el tono de sombra que eligió. Ya mencioné que es guapa, sí, hasta que la escuchas hablar: —Yo a tu edad ya estaba estudiando un máster.

—¿Y qué hay de malo si una mujer decide ser ama de casa? Porque es cuestión de

elección ¿no?

—Niña, te voy a dar un consejo. Estás con Gabriel, uno de los abogados más exitosos de esta ciudad. Sabes que solo eres un pasatiempo ¿verdad? conozco a Gabriel lo suficiente como para saber que no es del tipo superficial y no se va a dejar embobar tan fácil por alguien como tú. Se va a aburrir. Él no quiere una ama de casa, él quiere una mujer interesante, culta, exitosa, no una chiquilla superficial que le importe más cómo se ve en instagram, porque la belleza se acaba querida y cuando eso pase tú ya no tendrás nada más que ofrecerle.

De pronto me dieron ganas de abofetear gente y eso no es un pensamiento que se me pase por la cabeza muy a menudo. Tomo uno de los pastelitos y pruebo el betún sin quitarle los ojos de encima a la bestia.

—Solo veo lo duro que intentas describirte como la mujer perfecta para Gabriel. Lo irónico de todo esto es que… tú preferiste al hermano superficial, el que no dudaría en ponerte el cuerno con una mujer que considere más guapa. Sabes que solo le importa tu físico y no le interesa la mujer culta e interesante que eres ¿Y sabes qué? Tu belleza va a acabarse también y entonces tú ya no tendrás nada que ofrecerle.

Le doy un bocado al pastelito que había tomado hace un momento y me limpio la comisura de los labios sin quitarle la mirada de encima a Cristal. No dice nada, tampoco mira hacia otro sitio, ya no tiene la cara de perra que hace unos momentos intentaba mostrarme. Cortamos el contacto visual en el momento que Caterine entra a la cocina y nos dice que podemos regresar al evento.

De: Gabriel

Lu ¿dónde estás?

Tomo mi celular que hasta hace un momento había dejado sobre la mesa y miro el mensaje de Gabriel. Salgo de la sala después de despedirme de Caterine y de reojo observo que la pelirroja camina detrás de mí. Tecleo una respuesta rápida para el hombre araña cuando logro divisarlo frente a Roberto y el otro sujeto que lo acompañaba, par de idiotas.

Para: Gabriel.

Te explico después, ahora solo sígueme la corriente.

Con lengua y todo, ¿va?

Aprovechando que el señor comisionado no está cerca.

Miro a Gabriel disimuladamente reírse viendo su celular, además comienza a buscarme, pero no ve hacia atrás que es por dónde yo me dirijo hacia él. Su respuesta es solamente: «*Va*», pero eso es suficiente para que yo me siente sobre sus piernas y, además, le tome la barbilla para plantarle un besote de esos que solo se ven en las películas o en los videos musicales, o en cualquier lugar que no sea la vida real. Uno que hace a Roberto y su amigo llevar su mirada a cualquier otro sitio que no sea nosotros dos. Y el hombre araña sí me corresponde y justo como se lo pedí, con lengua y todo ¡Joder! Va, que yo no hablaba en serio… pero… ¡Madre mía! ¡Madre mía! No me arrepiento en lo absoluto.

Guao.

Guao.

Guao.

Me encanta.

Caray, mal asunto. Mal asunto.

Me quedo en blanco, es que… ¡Dios! se supone que ya tengo que apartarme de él, pero yo me pasaría así toda la noche si eso es posible. Santo escarabajo. Yo no tengo que fingir

siquiera que este hombre me calienta ¿verdad? Porque creo que hasta él ya se dio cuenta y no es como que le importe en lo absoluto. Es que los labios de Gabriel son tan exquisitos y tiene una forma de besar que… ¡Santa madre!

Santa madre.

Yo…

Carajo.

Con la poca fuerza de voluntad que todavía me queda me separo de él y compartimos una mirada un momento, una que me provoca cosquillas en el estómago cuando el hombre araña me sonríe y, además, me deja un último beso en los labios. Me siento a la par de él cuando Roberto se pone de pie y se disculpa para retirarse, su amigo lo sigue y me doy cuenta de que ya ni la sombra de Cristal está cerca.

—¡Guao! —Escucho a Gabriel decir: —Esto está comenzando a gustarme.

Capítulo 26

Gabriel

Tres cosas habían pasado después de ese beso con Luna:

Uno: Le había confesado que estaba comenzando a gustarme… este asunto… no ella, bueno… ella también, pero eso no se lo dije obvio y tampoco es el punto aquí. En fin, número dos:

Roberto y Cristal anunciaron que se retirarían temprano del evento de mi madre por «cosas que todavía tienen que arreglar para la boda» que, por cierto, ya queda menos de un mes y yo solo puedo pensar en el audio de ellos dos en la cocina.

Y tres: Me di un calentón que costó se me pasara por un buen rato.

Eso último no lo mencionaría nunca, por supuesto.

Mucho peor a Luna, quién después de mi comentario toma mi copa, se la lleva a los labios y antes de darle un sorbo, sin despegarme los ojos de encima y una ceja enarcada también, me dice:

—Eres tú el que no aprovecha la oportunidad, eh. —No puedo evitar esbozar una sonrisa. Sin cortar el contacto visual con ella, me acerco a su oído y le susurro:

—Es que, si la aprovecho, después no vas a querer que pare. —Puedo sentir que se estremece porque mi mano está sobre la suya intentando quitarle la copa, pero entonces aparece mi padre y grita «señorita bolas» haciendo que se nos derrame la bebida sobre los dos.

Mierda.

Y no lo digo por la bebida.

—Señor comisionado ¿Su hígado todavía le permite tomar alcohol? —La escucho hablarle, cambiando completamente el gesto. Mi padre se sienta, mira la copa que lleva en manos y después a Luna cuando ella continúa: —No puede morirse aún, mire que recién me entero que casi somos familia.

Me rio, va… que mi padre se encontró a la horma de su zapato.

—La edad es solo un número, Rodríguez. Además —se acerca más a ella susurrando: —No puedo morirme aún, quiero ver en qué termina ese matrimonio de Roberto, con esa tal… Cristal. —La forma despectiva con la que lo dice hace reír a Luna. A mi padre nunca le agradó Cristal, nunca.

Lu le extiende su copa y él la choca contra la suya riéndose por algo que dice ella, pero no alcanzo a escuchar porque un mensaje de Elías interrumpe mi celular. Lo que aparece en mi pantalla es:

De: Elías

El dorama Ed Sheeran & Britney Spears se pone mejor JAJAJAJA

Además, agrega un meme de *Chumlee* con la palabra «Caracoles». A ver, que así no puedo tomármelo en serio. También agrega emoticones de risa y cuando voy a escribirle mi respuesta, tengo un segundo mensaje suyo que dice:

De: Elías

Esto de instalar un micrófono en la cocina es lo mejor que pude haber hecho.

Ahora sí comienzo a escribir:

Para: Elías

Me sorprende que mamá aún no sepa.

De: Elías

Si Catalina no lo sabe, nadie más va a saberlo.

Si mamá se entera, sé que fuiste tú.

Para: Elías

Eso es una falta de respeto.

De: Elías

Pero tú estás medio pendejo, sé que no vas a hacerlo.

Esto es peor que una falta de respeto. Estoy contestándole, pero ni siquiera me deja terminar porque de inmediato aparece un link. Uno que dice que tengo que escuchar. No lo descargo de inmediato, porque al dar click en retroceder aparece mi perfil de Instagram y lo que miro es una publicación de la nueva cuenta que sigo en Instagram «*whiskycachondo*». —Yo solo espero que ninguno de mis socios revise las cuentas a las que sigo, porque no hay forma de explicar el porqué de estos perfiles—. El post dice:

«Si después de besarla tienes que acomodártela, felicidades, encontraste a la indicada».

Justo debajo, entre los comentarios, hay uno de *candentenutella* que dice: *Alguien quítele el celular a Elena.*

—¿Quién es Elena? —Le pregunto a Luna, aprovechando que una persona está hablando con mi padre y con Elísabet que está a la par de él. Luna me da un vistazo con el entrecejo fruncido y le muestro la publicación.

—¡Santa mier…! —Saca su celular y comienza a teclear con ímpetu mientras me dice: —Es mi tía Elena. Pensé que la cuenta del alcohol no iba en serio ¡Dios! —Y esto que me he reservado el comentario que dejó en mis fotos. Suelto una risita cuando observo la respuesta de *sexychocokrispis* que dice: *Es Elena ¿Qué esperaban? ¿El Padre nuestro?*

—¿Y quién es *candentenutella*?

—Mi padre. —Se guarda el celular y me mira para decir: —Oreosensual es mi tío Pepe, solo en caso de que lo mires comentando por ahí… o comente tus fotos, o te pregunte cosas. —Hace una pausa. —Solo no contestes, es en serio.

Sé que no ayuda en nada que me ría, digo… sabe que igual voy a contestarle. Es que me da curiosidad la familia de Lu. Mucho más cuando veo el comentario de *oreosensual* que dice: «*Necesitas a Jesús en tu corazón, Elena*»

—¿Por qué ellos… —Sé que sabe cuál es mi pregunta, porque no termino de hacerla cuando ya me está contestando:

—Porque fue una mala idea bloquearlos de redes sociales… ahora no sé si de verdad exista la confitería Los Rodríguez. Qué vergüenza…. El nombre suena a un bar de mala muerte…—Se ríe. —La Confitería. O a una banda que toca en un bar de mala muerte.

—Pues… el nombre no está mal, para un bar de mala muerte o una banda que toque en un bar de mala muerte.

—Solo espero que no se les ocurra… ninguna de las dos cosas.

Pensativa, se ríe de nuevo. Mi hermana mayor, Jessie, nos interrumpe, con ella también está Catalina quién sin siquiera verme a mí —Ignorándome, más específicamente — le presenta a Luna. Ella se pone de pie, se saludan. Miro de nuevo mi celular cuando suena en mi mano y me doy cuenta de que es otra notificación de Elías, una que dice:

De: Elías

Después del audio, reproduce esto:

Hay otro link.

Aprovechando que mis hermanas hablan con Lu y que están tan concentradas en lo que sea que están diciendo, me descargo ambos archivos. En el orden que me dijo y entonces, con el sonido al mínimo, me lo llevo a la oreja para escucharlo. Parece ser mi madre hablando con Cristal, digo… reconozco esas voces. Además, la plática es sobre los dos, Luna y yo. Genial.

—Me preocupa Gabriel. —Escucho, Cristal por supuesto. —Creí que era más listo que eso. Comprarle marcas, darle lujos ¿Qué sigue? Que le compre un auto. No tiene una novia, tiene una hija ¿Es que dónde están los padres de esa chica? Todas esas pueblerinas que llegan a la ciudad buscando una mejor vida lo único que quieren es un marido con dinero. No pensé que Gabriel sería una presa fácil para las desubicadas.

—Bueno, trabaja en una radio. Catalina dice que también es bailarina y actriz.

—¿Actriz? Tal vez alguien debería decirle que actuar en obras escolares no la hacen actriz. —Se ríe y continúa: —Y trabajar en una radio no debe proveerle ni para un mes de renta, ahora entiendo por qué corrió a los brazos de Gabriel tan rápido.

Cristal está comenzando a cansarme.

—Bueno… intentaré acercarme más a ella… —Responde mi madre. —Voy a conocerla mejor y ver sus intenciones, pero hasta ahora se me hace una persona bastante dulce y Gabriel se mira muy feliz con ella que es lo más importante.

—¿Cómo Gabriel no va a estar feliz con ella? —Mi tía Irene interrumpe. —Solo mírala, es tan linda, encantadora y educada. ¿Y… qué si es pueblerina, Cristal? Caterine y yo no somos de la ciudad específicamente, pero no llegamos aquí buscando un marido rico.

—No… —Cristal se aclara la garganta. —No es a lo que me refería. Hablo de estas niñas que…

—Bueno… —La interrumpe Irene. —dijiste… y lo voy a citar textualmente si mi memoria no me falla: «Todas esas pueblerinas que llegan a la ciudad buscando una mejor vida lo único que quieren es un marido con dinero».

—Irene… —Interviene mi madre cambiando de tema. —Los pasteles por favor, ya vamos a iniciar.

—Claro. —Mi tía Irene de nuevo con su sarcasmo. —Solo quería dejarle claro a la abogada que se puede ahorrar sus comentarios clasistas, algo que, estoy segura, esta chica Luna no diría. ¿Ahora entiendes por qué él está más feliz con ella que contigo? Porque yo sí. Ah, eso sin mencionar que te co…

—Irene… —Vuelve a hablar mi mamá, con advertencia esta vez. Además, suspira y agrega: —Vamos, tenemos bastante qué hacer todavía.

Madre mía. Hay un silencio después de eso. Estoy por dejar el audio e ir al siguiente archivo, pero entonces escucho el nombre de Lu, de boca de mi madre. Va, ella está ahí. Le dice que estaba buscando el baño y Caterine se ofrece a llevarla si así lo desea. Le dice que no, que está bien y después hay otro silencio, hasta que mi madre las presenta a las dos, a Luna y a Cristal.

El audio se corta y vuelve a comenzar cuando la tía Irene dice que ya regresa y después solo se escucha el sonido de sus tacones alejándose del sitio. Entonces, luego de un rato, escucho a Cristal hablar:

—¿Ese es tu plan? ¿Ser ama de casa y hornear pastelitos? —Asumo que no hay nadie

más que ella y Lu porque, de otra forma, Cristal no estaría mostrando esta faceta frente a nadie. Aunque, le tengo más miedo a lo que vaya a contestarle Luna que a lo que tenga por decir Cristal.

—¿Cómo es que te llamas? —La indiferencia de Lu, me gusta. No voy a negarlo.

—Tú sabes quién soy. ¿Verdad?

—La novia de Roberto ¿no?

—Y la exnovia de Gabriel. —Ah, santa madre.

—¡Vaya! —Luna con ironía, agrega: —Parece que portas el título con orgullo. ¿Te sientes realizada? ¿Fue un logro? ¿Un objetivo alcanzado? Que dejaste ir.

Hay un silencio después de esto, uno que me hace imaginarme la cara de burla de Luna y el gesto de fastidio que debe tener Cristal, porque ella es así, le gusta decir de todo pero que nadie hable lo contrario.

—¿Vas a la universidad, al menos? —Suelta de pronto. —Yo a tu edad ya estaba estudiando un máster.

—¿Y qué hay de malo si una mujer decide ser ama de casa? Porque es cuestión de elección ¿no?

—Niña, te voy a dar un consejo. Estás con Gabriel, uno de los abogados más exitosos de esta ciudad. Sabes que solo eres un pasatiempo ¿verdad? conozco a Gabriel lo suficiente como para saber que no es del tipo superficial y no se va a dejar embobar tan fácil por alguien como tú. Se va a aburrir. Él no quiere a una ama de casa, él quiere una mujer interesante, culta, exitosa, no una chiquilla superficial que le importe más cómo se ve en Instagram, porque la belleza se acaba querida y cuando eso pase tú ya no tendrás nada más que ofrecerle.

—Solo veo lo duro que intentas describirte como la mujer perfecta para Gabriel. Lo irónico de todo esto es que… tú preferiste al hermano superficial, el que no dudaría en ponerte el cuerno con una mujer que considere más guapa. Sabes que solo le importa tu físico y no le interesa la mujer culta e interesante que eres ¿Y sabes qué? Tú belleza va a acabarse también y entonces tú ya no tendrás nada que ofrecerle.

Ahí se acaba el audio y casi en seguida se reproduce un video de Elías, es una foto de Luna con la canción «*Turndownforwhat*» y, además, le ha agregado un efecto con gafas de sol y me río, no sé si por eso o la cerrada de boca magistral que le dieron a Cristal.

—Ahora sí nos vamos. —Escucho a mis espaldas. La voz proviene de Roberto por supuesto y cuando nos rodea para acercarse a mi padre, Cristal está junto con él. Los dos miran de Luna a mí y de inmediato se vuelven a mi padre quién se pone de pie y le pregunta a mi hermano si ya no se había ido. Sí, así de crudo. —Estábamos despidiéndonos del resto. Tenemos mucho que hacer, pero te llamo para ponernos de acuerdo si comemos juntos un día.

Otro mensaje de Elías, esta vez dice:

De: Elías

Y hay más chingadazos entre Ed Sheeran y Britney Spears.

¿Quieres escuchar?

Para: Elías

No. La verdad no.

Estoy aburrido de ese par, ni siquiera me interesa si esos dos se matan.

—Bueno, fue un gusto verte. —Mi padre contesta. Mira a Cristal, quién mantiene serenidad por el momento y finge estar ocupada en su celular. Mi padre ni siquiera le dirige alguna palabra a ella, pero eso no es nuevo, como dije, a él nunca le agradó mucho Cristal,

aunque antes al menos intentaba ser cortés. De inmediato se vuelve a Luna y pregunta: —Rodríguez ¿Está usted invitada a la boda de mi hijo? —Ah, por Dios. Ni siquiera espera a que Luna conteste, Roberto de inmediato le dice a mi padre:

—Bueno, Gabriel está invitado, asumo que Luna será su compañía… —duda un momento y la pregunta va dirigida a mí: —¿Verdad?

—Por supuesto. —Y le doy un vistazo a Luna quién después de compartir una mirada conmigo dice que sí. Igual no es como que piense ir y no es como que vaya a avisar tampoco, tengo otras cosas y mejores que hacer, sé que mi padre igual, pero él si está obligado a ir de todas formas.

—¡Genial! —Exclama papá. —Porque de otra forma yo no iría, odio esos eventos, las bodas no me van… bueno, esta específicamente. —Se sienta otra vez. —No es como que a mí me estés tomando en cuenta, digo, te di mi consejo y no quisiste escucharme. Así que… quiero a Rodríguez en mi misma mesa y, bueno, a Gabriel. —De pronto siento que me hicieron a un lado por Luna. Me lo voy a tomar con humor. Entonces Cristal le dice a Roberto que es hora de irse y se retira antes que Roberto siquiera mencione algo.

Bueno, esa tendencia exagerada de mandar es típico en Cristal.

—Bueno… ya me voy. —Habla mi hermano. Se despide de todos con un asentimiento y mi padre… bueno… creo que todos en realidad, los miramos alejarse… solo para ver cómo alcanza a Cristal y parecen detenerse a discutir. Mi padre arruga el gesto y entonces vuelve a nosotros cuando Cata se pone de pie —a *regañadientes*— porque mi madre la está llamando.

Mi padre nos mira a Luna y a mí. Tomo la copa que Catalina me entrega antes de irse y estoy dándole un sorbo cuando lo escucho decir:

—¿Sabe, señorita bolas? Nunca me lo hubiese imaginado, usted y mi hijo, pero me gustan ustedes dos, la forma en que se ven el uno al otro es justo como todas las parejas enamoradas deberían verse.

Y yo me atraganto con la bebida y Luna se ríe nerviosa. La miro de reojo y ella a mí.

Por suerte el resto del evento transcurre sin ningún comentario incómodo de parte de mi padre… o de alguien más. Todo se acaba temprano. Mi padre nos pregunta si tenemos tiempo para salir a comer con ellos —Elízabeth y él— cualquiera de estos días, le digo que sí y le dice a Luna que es la encargada de hacerme cumplir mi palabra.

—Es un hecho. —Le contesta. Mi padre se despide y antes que él suba a su vehículo, le pregunta a Lu qué recomendación tiene para él está vez, a lo que ella responde: —Evite los excesos, comisionado. Ya sabe, aunque el fósforo todavía eche chispas todo con moderación.

Mi padre se carcajea y yo me río en silencio mientras lo observo subirse a su auto y después pasar frente a nosotros tocando el claxon. Me río de nuevo al mismo tiempo que desactivo la alarma del auto y le abro la puerta a Luna. Mi celular me anuncia un nuevo mensaje y aunque lo miro en el momento y me doy cuenta de que es de Elías no lo leo ahí, es hasta que estoy casi llegando a mi apartamento, en un semáforo en rojo que me acuerdo de él. Me saco el teléfono del bolsillo y leo:

De: Elías

Oye, ¿cuál es el nombre completo de Luna?

Para: Elías

¿Para qué quieres el nombre completo de Luna?

De: Elías

Porque no hay nada bajo el nombre de Luna Rodríguez.

Tómale una foto a su identificación y envíamela.

Para: Elías

No voy a tomarle una foto a su identificación y enviártela.

Luna está concentrada en la ventana de su lado y caigo en cuenta que está cantando la canción que está en la radio, es la canción *Put your head on my shoulder* de Paul Anka. Esbozo una sonrisa y bajo el volumen de radio para escucharla mejor, pero entonces se detiene y me mira.

—Continúa —Le hablo. Pongo en marcha el auto cuando el semáforo cambia de color. Se ríe y sí, sí lo hace, continúa la canción. Y, además, me pasa sus dedos por el rostro mientras canta:

♬Put your lips next to mine, dear
Won't you kiss me once, baby?
Just a kiss goodnight, maybe
You and I will fall in love♬

—Eso último es una advertencia ¿Ok? —Le doy un vistazo rápido y con una sonrisa, le contesto:

—Y en un perfecto inglés… me estás convenciendo.

—Todas mis clases fueron en inglés, creo que por eso no entendía una mierda.

—Eres una artista, Lu. No tienes porqué entender esas mierdas. —Tomo una botella de agua que traigo conmigo y se la extiendo para decir: —¿Puedes firmarme esta botella? Así cuando seas famosa tendré algo que presumir.

Luna se ríe otra vez, me pide un marcador y le pido que busque uno en la guantera. Cuando lo encuentra, lo hace, dibuja su firma y me la entrega. Cuando aparco en el estacionamiento de mi edificio, tomo mi teléfono celular antes de salir del auto y busco mi perfil de Instagram para hacer una historia. En el momento que ella baja del coche, la enfoco y digo:

—Lu, cántame algo. —Mira a la cámara y me sonríe. Entonces se detiene, con una ceja enarcada y esa mirada suya picarona, se acerca y me contesta:

—¿A cambio de qué?

—De lo que tú quieras. —Eso sí la hace sonreír amplio. Se aleja un poco y se aclara la garganta. Entonces, comienza a cantar. No tardo mucho en darme cuenta de que es Chandelier de Sia.

Chandelier de Sia, así tal cual.

Guao.

Guao.

Luna se ríe, tal vez es por mi cara de asombro, o porque me he quedado estático sin decir una palabra. O porque lo único que sale de mí es un suspiro. Me está viendo con una sonrisa y sigue la canción, mucho más alto, mientras camina rumbo al ascensor.

♬I'm gonna fly like a bird through the night, feel my tears as they dry
I'm gonna swing from the chandelier, from the chandelier♬

¿Qué carajo?

—Oh por Dios. —No me muevo, estoy sin palabras, anonadado, asombrado también y eso todavía es poco. Definitivamente voy a publicar esto. Ella entra al elevador y yo ni siquiera he dado un paso al frente. Es hasta que me dice si subiré o no que reacciono. Me rio entonces, pero sin salir de mi asombro camino en su dirección. —¿Te das cuenta que eres una artista completa?

Toca el botón del piso de mi apartamento. Se vuelve a mí y me recuerda:

—Bueno, hicimos un trato, ahora tu parte. —Me muestra una imagen. Es una fotografía de una pareja en un ascensor y él de pie sostiene a la chica a horcajadas de frente mientras ella toma la foto y mira hacia el reflejo del ascensor. —Es una foto que siempre he querido tomarme… contigo.

—Vaya, qué honor. —Respondo con ironía. Le digo que sí y solo extiendo mis brazos esperándola. Entre risas la cargo a horcajadas sobre mis caderas y le beso la mejilla justo en el momento que dispara la fotografía. Sonríe al ver la imagen y toma una segunda con su cabeza recostada sobre mi hombro. Finjo que pierdo el equilibrio haciendo que suelte un chillido y se aferre a mi cuello.

La escucho quejarse en el momento que suelto una risa que se mezcla con una pequeña carcajada suya. Su nariz se roza con la mía justo en el momento que se vuelve a mí, nuestros rostros están tan cerca que siento su respiración en mi cara. Mira mis labios y no duda ni un segundo en darme un beso, uno corto, suave, delicado y tranquilo, uno que me hace sonreírle en los labios y, cuando se separa de mí, le hablo con sorna:

—Eso no era parte de la foto.

Luna suelta una risita, una que se disipa justo en el momento que se abren las puertas del elevador y una voz grave, fuerte y profunda, dice:

—Si tus padres miran esto, también te enviarán un par de piernas.

Se baja de inmediato, se gira al sujeto de las oficinas de correo y él nos está viendo a los dos. Deja el objeto que carga a un lado y se lleva las manos a la cintura. Me mira a mí otra vez y entonces me vuelvo a Luna preguntándole si lo conoce, no tiene necesidad de contestarme, porque de inmediato la escucho:

—¡Tío Pepe! ¿Qué diablos haces aquí otra vez?

—¿Él es *oreosensual*?

—Sí… —Dice él, con una sonrisa enorme y da un paso dentro del elevador para extenderme su mano. El tío Pepe de Luna o, más bien, *oreosensual* porque ya no me hago la idea de otro nombre, es un sujeto altísimo, robusto y cuando me sacude el brazo parece que me va a dejar sin él. —Ya sé, Gabriel Mariani.

Me vuelvo a Luna cuando él sale un momento a traer el objeto grande que antes cargaba.

—¿Tu tío trabaja en la oficina de correos?

—No… —Contestan los dos. Él se ubica entre los dos y las puertas del elevador se cierran. Por suerte el ascensor es lo suficientemente grande. —Solo le entrego cosas a Luna. Por cierto, te envían algo a ti… —Me entrega una nota. —Es un mensaje de parte de los padres de Lu.

Eso es suficiente para que Luna se acerque a mí rápido, con el entrecejo fruncido y mire el trozo de papel amarillo que tiene mi nombre encima. No dudo ni un solo segundo en abrirlo y no puedo evitar reírme cuando leo lo que está escrito y firmado:

Querido, Gabriel:

Te enviamos una silla para que Luna tenga donde sentarse.

Att:

Sexychocokrispis y Candentenutella

Lo que carga Pepe es la silla que mencionan. Me río otra vez cuando quito el papel que envuelve el asiento y miro a Lu, después de compartir una mirada con ella me vuelvo al tío Pepe y le pregunto:

—¿Podría tomarnos una foto?

Capítulo 27

Luna

«Nadie nunca me había tratado de esta forma»

Ese fue el comentario de *sexychocokrispis*, mi padre, justo en el momento que Gabriel subió la foto a su perfil. Aunque lo estoy viendo hasta hoy —el día siguiente— con un dolor de cabeza que se siente como el mismísimo infierno, no es como que ya haya estado en el infierno… bueno, al menos que trabajar con Lisseth, tener un novio como Andrés y una «mejor amiga» como Ana, cuente como «infierno». Ok, me desvié. El punto es que: Mis padres sí habían comentado y lo habían hecho los dos, desde sus cuentas separadas y también juntos desde la cuenta de la «confitería Los Rodríguez». En fin, padres.

Cierro los ojos un momento y dejo caer el celular a mi lado, suelto un suspiro y abro los ojos de golpe en el momento que caigo en cuenta que esta no es mi cama, no es mi habitación y por supuesto, no son mis sábanas, bueno, tampoco son mis sábanas, ni mi cama, ni mi habitación, pero… bueno, se entiende…

El punto es que… hasta el olor es distinto, huelen bastante a Gabriel.

¡Mierda!

Estoy en la cama de Gabriel.

En.la.cama.de.Gabriel.

Carajo, carajo.

Y sé que la cosa está bien complicada cuando veo a Pantuflas enrollado en mis pies, reitero: Sobre la cama de Gabriel y el gato está ahí, acurrucado, sobre el colchón del hombre araña. Mierda. Levanto las sábanas poco a poco, cerrando ambos ojos y abro uno solamente para cerciorarme que mi ropa sí está en mi cuerpo ¡Sí, sí lo está!

Santo escarabajo.

Suelto un suspiro sonoro, cargado de alivio o tal vez decepción, ya ni sé —digo, si a un caso se me dio la oportunidad, la desaproveché— todavía llevo el vestido de ayer y no sé cómo sobreviví a una noche completa en algo que me está apretando todo por dentro. Caray, ahora entiendo por qué soñaba que un caballo en tacones brillantes me había caído encima.

Maldita sea Cristal y sus zapatos feos.

Mi celular comienza a sonar causándome un susto de muerte, me masajeo las sienes en un intento vago de relajación y cuando tomo el aparato me doy cuenta de que es mi padre.

Mi padre, sexychocokrispis.

Y me está llamando.

No es una llamada normal, es una video llamada más específicamente, significa que su cara aparecerá en mi pantalla y la mía, media dormida y con resaca, aparecerá en la suya. Caramba. Me pongo de pie de un salto y siento como si me han dado un par de martillazos en la cabeza y no es como que ya me hayan dado martillazos en la cabeza, pero otra vez… ese no es el punto, la cuestión es que me siento como la mierda.

Y tengo que dejar de decir mierda.

Tomo una calada de aire cuando la llamada se corta y miro a Pantuflas muy a gustito, calientito y satisfecho sobre el colchón de Gabriel, sin resaca ¿Y cómo diablos es que yo tengo resaca? Recuerdo haberme tomado tal vez un trago de Jinro, o dos o tres… o… no me acuerdo,

mier… coles. Tal vez debí hacer caso a Google y tomar un sorbo nada más.

No hay ni rastros de Gabriel, aprovechando esto tomo el gato en brazos y ahogo un grito cuando el condenado me muerde el dedo ¡Hijo de su… de su fruta madre!

—¡Hijo de tu… —pienso una palabra rápido. No se me ocurre nada. Vuelve a cerrar los ojos y se pone panza arriba, ahí frente a mí.

Solo espero que Gabriel no aparezca ahora mismo.

Miro mi reloj y me doy cuenta de que es bastante tarde, carajo. Salgo de la habitación esperando no encontrarme a Gabriel con estas fachas que seguro parezco un mapache drogado, aunque a estas horas asumo que ya no está. Al verme en el espejo del baño me percato que me miro peor de lo que pensaba. Me lanzo toda el agua que alcanzo a recoger con mis manos y sigo pareciendo el mapache drogado, pero esta vez más presentable.

Otra llamada, caramba. Mi celular se ilumina otra vez y ya no es una llamada de *sexychocokrispis*, es de la cuenta de la supuesta confitería. No la pienso mucho y cuelgo, lo que queda en mi pantalla es —de nuevo— la foto de la discordia, la silla prohibida, la tentación —tentación para mí, eh— ahí estoy yo, sobre Gabriel, a horcajadas y con la descripción: «Muchas gracias por el regalo, señores Rodríguez. Les prometo que tendrá un buen uso».

Y los había etiquetado a los dos.

Ah, caray.

Pero no está en mi perfil, está en el de Gabriel.

Santa mier… coles.

Y no lo digo porque haya etiquetado a mis padres, o por la foto, o por la descripción; lo digo por la familia de Gabriel, porque comenzarán a preguntarse sobre estas cuentas. Digo… ¿Cómo explicar a un grupo de personas normales que tus padres usan esas cuentas porque los bloqueaste de todas tus redes sociales? Hasta hay un Me gusta de la mamá de Gabriel al comentario de *Candentenutella:*

«A mí no me importa ir a la cárcel»

Santo cielo.

Escucho un ronquido y hace que me detenga a mitad del pasillo mirando hacia la sala, armándome con un zapato que me encuentro… bueno, es mi propio zapato y está tirado a mitad del pasadizo. Genial. Hay un brazo colgado del sofá, un brazo que tiene un rostro tatuado y ya sé de quién es. Otro ronquido. Pepe.

No puede ser.

El tío Pepe está tirado sobre el sofá, con los pies estirados sobre la silla maldita, cuando me acerco a verlo tiene una botella de Jinro abrazada a su pecho. Eso me trae un recuerdo de la noche anterior, después de tomarnos la fotografía, cuando le entregó el celular al hombre araña y nos señaló a los dos, dijo:

—Si alguien pregunta, yo no tuve nada que ver con esta foto. Yo solo entregué la silla, me marché y no volvieron a saber de mí ¿Está claro, verdad? —Recuerdo vagamente que le había dicho que sí y después de decirle que podía marcharse, el hombre araña lo detuvo y le preguntó:

—¿Le ofrezco algo de tomar? Tengo una botella de Jinro…

—¿Jinro? Me encan… —La sonrisa de amplia de Pepe se desvaneció cuando yo, detrás del hombre araña, hice un gesto, uno que sé que él interpretó porque se acomodó la chaqueta del servicio de correo que no existe y le contestó: —Yo no… yo no tomo, pero gracias. Aunque sea uno de los mejores licores que haya probado…

—Tío Pepe —Lo interrumpí—, tienes que trabajar mañana, no vas a emborracharte ahora. —Él me dio un vistazo de confusión y agregó:

—Yo no tengo que trabajar mañana. —¡Caramba! Aunque mantuve el gesto sereno porque el hombre araña estaba frente a mí y se había girado a verme, se dirigió a Pepe cuando este le dijo: —La botella de Jinro mejor guárdala para los padres de Luna, porque después de esto… —Lo señaló con su dedo… bueno, nos señaló a los dos alternadamente —Van a necesitarla.

Me miró a mí y lo miró a él, entonces el hombre araña se rio y yo me reí también, lo peor de todo es que lo que dijo Pepe podía ser verdad, él se carcajeó también y entonces abriéndose paso hacia el sillón e ignorando mis protestas, Pepe exclamó:

—¡Nah! Trae esa botella de Jinro.

Maldición.

Otra videollamada de la confitería y esta vez sin querer presiono el botón de contestar, maldigo a todas las generaciones de las personas que crearon las videollamadas. Maldita sea. Ahora sí… ¡Mierda! ¡Mil veces mierda! Sí, ahí está Max y me está viendo fijamente, su cara está completa en la pantalla y yo intento alejarme lo más que puedo o ponerme contra la luz para que no me mire.

—Bonita cruda te andas encima, Luna.

—¿Estás orgulloso? Poniendo el apellido de los Rodríguez en alto, eh. —Bromeo, no se lo toma como creí. Sigue serio viéndome a través de la pantalla. Ah, caray.

—¿Dónde está Pepe?

—Yo… ah… —Titubeo. Miro al tío Pepe todavía dormido en el sofá y después me aclaro la garganta para ver a mi padre. —No sé ¿Por qué yo tendría que saberlo? Solo dejó tu silla y se fue… —Va, estoy diciendo lo que él mismo me dijo que dijera ¿no?

—¿En serio? ¿Entonces porque está en todas tus historias de Instagram? —¿Mis historias? ¿Dijo «mis historias»? ¿Qué diablos hay en mis historias? ¿Qué fue lo que publiqué que ni siquiera me acuerdo? Miércoles. Soy una borracha horrible. —Con una botella de Jinro, diciendo que nos ama a todos y enviándole saludos a la ex.

No puede ser.

Tengo que ver esas historias.

—Te llamo después. —Por supuesto que no lo haré.

—Por cierto… —Habla, antes de dejarme colgar la llamada. Lo siguiente que dice hace que me detenga y lo mire fijo. —¿Te gusta? —Lo que pone frente a la cámara es una muñeca de trapo o eso es lo que parece. —Es tu muñeco vudú.

—¿Mi qué? —Miro la figura que está poniendo en el lente. Tiene el pelo de lana, de color castaño, los ojos cafés y dice «Luna». Voy a protestar, pero entonces escucho la voz de mi otro padre cuando dice:

—También tenemos el de «el abogadito» —Hace énfasis en esas últimas palabras. —Envíale saludos de nuestra parte. —Y muestra un muñeco de trapo que me hace soltar una risa. Está cubierto de alfileres y sí, dice «el abogadito».

—¿Ahora la confitería es una secta? —Me mofo. Espero Gabriel no mire esto. Aunque después de la descripción de la foto… y, bueno, la foto en sí, no creo que vaya a importarle.

—La confitería es todo lo que quiera ser. —Responde Max de inmediato. —Por cierto, tus cuentas están abiertas de nuevo, en caso de que NECESITES —Enfatiza la última palabra— irte de ese apartamento. —Ni siquiera alcanzo a decirle que no lo necesito, porque antes de que

llegue a protestar, añade: —Sígueme en tiktok, mismo usuario, *sexychocokrispis*.

—No voy a seguirte en tiktok.

Y cuelgo cuando escucho un gruñido del tío Pepe. Lo observo levantarse, sostenerse la cabeza, arrugar los ojos y después buscar alrededor hasta verme a mí. De inmediato mira otra vez todos los rincones de este apartamento, mira su reloj y se pone de pie de un salto.

—¡Es casi medio día! —Habla, sosteniéndose la cabeza. Ahora mismo toma uno de sus zapatos y comienza a ponérselo mirando el reloj otra vez. —Tus padres van a matarme ¡Ja! Déjame contarles donde pasé la noche.

—Pues ya se dieron cuenta, al parecer hay historias en Instagram. —Él me mira otra vez, cierra los ojos un momento y después soltando un bufido se saca el celular. Un mensaje acaba de llegarme al teléfono, es de Luisa preguntándome qué fue lo que hice. No entiendo a qué se refiere ¿Habla de mis historias? ¿Dije algo en público que no debería? ¿Les mencioné a Max o a François a mis seguidores? —Oye, no dije nada que no debería frente a Gabriel, ¿verdad?

—Pues depende a qué le llames «hablar demás», porque le dijiste que un día soñaste que te bloqueaban de Facebook por pelearte con una señora en un grupo y te ibas a la casa de Mark Zuckenberg a reclamarle con una pancarta que decía «Libertad de expresión».

No puede ser.

—¿Qué? —Qué vergüenza, madre mía. Hablando del hombre araña, no hay rastro de él, por si acaso reviso el balcón, mi habitación —*que no es mía, pero se entiende*— y la cocina. Lo único que me encuentro es una nota pegada en el refrigerador, que dice:

«Amor, tuve que ir a trabajar y no quise despertarte, ni a Pepe. Envíame un texto cuando veas esto»

Oh por Dios, voy a quedarme este papel y voy a enmarcarlo. Aunque en la parte de atrás diga: *Lo escribí así en caso de que Pepe lo mirara primero, digo… según él somos novios y tenemos un gato ¿No?*

Bueno, voy a borrar la parte de atrás y sí voy a enmarcarlo. Cuando voy a dejarle un texto, otro mensaje de mi hermana aparece en mi celular. Al mismo tiempo que lo leo, escucho a Pepe intercambiando palabras con alguien que hace un momento había tocado el timbre.

De: Luisa

Por cierto, Gabriel no me acepta en Instagram, pero sí a sexychocokrispis, candentenutella, whiskycachondo y oreosensual.

No se diga más, soy el<u>bombonasesino</u> ¡Sígueme en Instagram!

Ah, carajo.

Estoy contestándole y caminando en dirección a Pepe quién me llama y dice que al parecer llegó algo para mí ¿Algo para mí? ¿Al apartamento de Gabriel? ¿Y que no es él entregándomelo? Es una cajita con un moño rojo en el centro y con el entrecejo arrugado lo tomo y me doy cuenta de que lo que hay ahí es un par de aretes, de la misma marca que mi reloj y dice «Me di cuenta de que te gusta mucho esta marca»

Por supuesto esto no es de mis padres.

Para: Gabriel

Muchas gracias por el regalo «amor» —Hasta énfasis en esa palabra también, porque voy a usarla seguido— *no tenías que hacerlo (también por la nota en el refrigerador).*

El mensaje que me llega no es la respuesta del hombre araña, es un mensaje de Luisa y dice:

De: Luisa

Tu suegro acaba de pedirme tu número.

Dice que escuchó el podcast que estrenó la radio hoy.

No puede ser. Hoy es el día que lanzarían el podcast como debut del programa y lo olvidé por completo. Ahora mismo debería estar reposteando para darle publicidad —y aprovechando que Lisseth ya no está entre mis seguidores— aunque a este punto tal vez hasta ya se enteró.

Para: Luisa

¡No se te ocurra darle mi número!

Marco el número de Luisa porque no me contesta, esperando que descuelgue me doy cuenta de que Pepe está viendo mis historias por la forma en que se está pasando la mano por la cara y me dice: «Tienes que borrar esto, Luna». Finalmente, mi hermana atiende y lo primero que me dice es:

—Pues ya lo hice. —Ah, carajo. La escucho reírse también y agregar: —Estaba encantado. Dijo que se iba a crear redes sociales solo para compartirlo.

—¿Qué? ¿Sabes lo que dije en ese podcast? Alguien me preguntó cómo le decía a su mejor amigo que le hizo sexo oral a su novia y yo le contesté: «Hermano, dile que perdiste tu lengua y la encontraste sobre el clítoris de su novia».

Luisa suelta una carcajada. Una que se interrumpe por dos mensajes que me llegaron al celular. Cuando miro la pantalla me doy cuenta de que uno es de Gabriel y el otro es de Caterine. Gabriel me envía un signo de interrogación y después me pregunta sobre qué regalo estoy hablando, creo que hablaré sobre esto con él más tarde, porque su madre me acaba de enviar una invitación para almorzar con ella.

—La madre de Gabriel me está invitando a comer. —Le hablo a mi hermana, quién todavía se está riendo por mi podcast. —Aunque lo más seguro es que quiera que Gabriel esté presente. Soy algo así como la carnada, pero me gusta.

—¿Y qué esperas para decirle que sí? Carnada o no, lo más seguro es que estén el hermano y la ex.

—Y lo más importante: Puedo besarlo cuando se me dé la gana con la excusa del hermano y la ex. No se diga más, hoy almuerzo con la suegra. Te llamo después.

Escucho su risa apagarse cuando cuelgo y de inmediato le dejo una respuesta afirmativa a la madre de Gabriel ¡Oh! También me ha dejado un audio. Me dice que va a estar su familia y también Cristal. Qué bueno que lo menciona y qué bueno que no la incluya como miembro de su familia. Ahora mismo voy a buscar el mejor *outfit* que tenga, pero antes de preguntarle a Pepe si puede llevarme, me cercioro:

—¿Qué auto trajiste?

—La camioneta que pega con mi salario de mensajero.

Creo que eso funciona para mí, aunque no sé qué significa.

—Solo voy a tomar una ducha. —Camino hacia el baño, pero a mitad del pasillo me detengo y me vuelvo a él: —Tal vez tú también deberías tomar una. Sin ofender, pero apestas.

—Gracias. —Responde con ironía.

La camioneta de la que hablaba Pepe, bueno… es que no sé ni qué decir. Es café, antigua y parece sacada de la chatarra. Estoy segura que hasta una persona que entrega correos tiene algo mejor que esto. Está chocada, hay que darle un golpe duro en la puerta y tarda unos tres intentos en ponerse en marcha.

—¿De dónde sacaste esta basura?

—La compré ayer. —Dice sonriente y me da un vistazo cuando se sube al vehículo.

Definitivamente, él no pega ni con cola. Ni con su trabajo ficticio de personal repartidor de correos. —¿Está genial, no? Unos cuantos arreglos y queda como nueva.

—¿Cuántos arreglos exactamente?

—Era esto o traer mi Cadillac Escalade o mi Mercedez Benz, pero no conozco repartidores que conduzcan ese tipo de vehículo. Así que te pregunto a ti ¿Qué hubieras preferido tú? —Pues ninguna de las opciones. —Ah y abre la ventana, no tiene aire acondicionado.

Creo que he tenido viajes mejores en autobús. En el momento que estamos frente a la casa de la madre de Gabriel, ella está ahí afuera junto a su hermana, Irene, la tía de Gabriel. La ventana está abierta así que de inmediato los ojos de las dos van a mi tío Pepe y… bueno… al menos la camioneta no es la que les llama la atención.

—Disculpen el retraso. —Hablo sonriendo. No les digo que el retraso fue este auto del año en el que nos movíamos (sarcasmo, por supuesto) así que menciono el tráfico. Cuando intento abrir la puerta para salir, no puedo hacerlo, genial, la puerta no se abre desde adentro. Pepe tiene que salir, darle un golpe fuerte, tirar duro de la manecilla y después abrir ¡Dios! Qué vergüenza. Por suerte no es lo que les importa, las dos están más concentradas en la espalda de Pepe y de sus tatuajes en ambos brazos. —Él es mi tío Pepe. —Les hablo a las dos, cerrando la puerta que tampoco se cierra hasta que Pepe la azota haciéndonos dar un brinco. —Pepe, ella es Caterine, la mamá de Gabriel y ella es Irene.

—¿Caterine? ¡Qué coincidencia! Tenemos una amiga que se llama igual. —Solo espero que no hable demás. Por suerte las saluda en silencio y agradezco no poder leer mentes, porque no quiero saber qué están pensando las dos cuando Pepe les está dando un beso en la mejilla. Mi celular suena anunciándome un mensaje de texto que no dudo en ver. Es de Gabriel y dice:

De: Gabriel

¿Dónde estás, Lu?

Si el hombre araña me está haciendo esa pregunta, es porque ya sabe dónde estoy y no está de acuerdo.

Para: Gabriel

En casa de tu madre.

No me equivoco, de inmediato tengo su mensaje:

De: Gabriel

Oh Dios, no. Voy para allá.

—Nos complace conocer a un familiar de Luna —Escucho a Caterine decir, entonces dejo de contestarle a Gabriel para verlos a ellos. —¿Se queda a almorzar con nosotros? —Santo cielo, no. Aunque decirle a Pepe que no, es invitarlo a quedarse, como ayer. Aun así, le hago un gesto de negación sutil, que esta vez sí toma en cuenta.

—Me encantaría, pero tengo que trabajar. —Bien, puedo respirar tranquila. Creo. —Muchas gracias por la invitación de todas formas, fue un gusto conocerlas. —Se vuelve a mí. —Cualquier cosa me llamas, Lu. —Se dirige a ellas después que le digo que sí y agrega: —Buenas tardes.

Solo observo como las dos señoras se quedan viéndolo alejarse, subirse a la camioneta y después intentar unas cuatro veces ponerla en marcha. Cuando finalmente se ha ido, la primera en reaccionar es la señora Caterine cuando le agradezco por la invitación y ella, sonriéndome, me dice:

—Si te parece bien, un día podemos hacer una comida para invitar a tu familia, Luna.

No, santo escarabajo, no.

—Suena genial. —Mentira. —Aunque mis padres están ocupados todo el tiempo… —Camino a su lado en dirección a la puerta y continúo: —Pero podría preguntarles. —Otra mentira.

—¿Y a qué se dedican? —Ah, mierda. Nunca creí decir esto, pero agradezco que Cristal abra la puerta y nos encontremos frente a frente, porque entonces la mamá de Gabriel olvida nuestra conversación para dirigirse a ella y decir: —Invité a Luna, espero no te importe.

No soy muy lista tal vez, pero sí que puedo sentir lo incómoda que está Cristal en este momento.

Y me encanta.

—Es un gusto verte. —Le hablo, con beso en la mejilla y todo, eh. Porque si Judas pudo, yo también. Paso a su lado y no puedo evitar fijarme en los aretes que lleva en cada oreja, son exactamente igual a los que recibí. —Lindos aretes.

—Gracias, mi prometido me los regaló.

Entonces miro los aretes otra vez.

El susodicho está bajando las escaleras ahora mismo. Al verme esboza una sonrisa, una que se me hace tan sínica y descarada. Intento corresponder, pero lo que me sale es más una mueca que una expresión amable en realidad. Ruedo los ojos cuando me giro y me encuentro de frente al otro hermano de Gabriel, Elías, comiendo cereal, recostado sobre la pared que va a la cocina y me dice:

—No respondiste mi mensaje. —Aprovechando que Roberto y Cristal están presentes y que su madre está hablando con Irene mientras se pierden tras la puerta de la cocina, le respondo:

—¿Para qué necesito *nudes* de Gabriel si puedo verlo en vivo cuando quiera?

El mensaje de Elías era un link con un texto: «¿Quieres ver *nudes* de Gabriel?» y es que yo sí lo hubiese abierto, digo… ¿quién no? Pero el hombre araña me dijo que ni de coña abriera links que provenían de la cuenta de su hermano o de cualquier otra cuenta.

Sí, me quedé con las ganas.

—Guárdate los detalles sucios. —Me habla con un gesto divertido de repulsión. Me extiende el tazón que sostiene y me dice: —¿Quieres cereal?

—¡Claro! ¿Por qué no? Con baba y todo. —Respondo irónica. Él me da el tazón en manos y después se va, así nada más. Al menos no son chocokrispis, digo… no podría parar de imaginarme que me estoy comiendo a mi padre o algo así. Estoy a punto de soltar una risa cuando escucho:

—Lo siento. —Es Roberto, por supuesto. —Mi hermano siempre hace eso con las visitas para no lavar los platos. Qué pena. Permíteme, por favor. —Esboza una sonrisa y en el momento de quitarme el bowl de las manos roza sus dedos con los míos de una forma bastante intencional. Lo peor de todo es que su prometida está aquí, a escasos metros, aunque está más concentrada en la ventana y peleando con su teléfono celular.

—El evento de ayer fue todo un éxito. —Escucho a Caterine en el momento que sale de la cocina. Está hablando con Irene y en ese momento Cristal cuelga y se une a la conversación. —A pesar de que habíamos prometido a Max. Según Cristal, el mánager le avisó a última hora que tendría que salir del país para atender asuntos en el extranjero.

—¿Qué? —Me permito reírme un momento, tal vez no debí frente a Cristal ya que ella me está observando con bastante curiosidad en el rostro, pero a este punto ya me da igual; así que le agrego con sarcasmo: —¿Estás segura que estás moviendo los «contactos» —hasta hago énfasis en esa palabra— correctos?

—¿Disculpa? —Responde irónica, hasta una risita mordaz le agrega la condenada. —¿Entonces por qué en el próximo evento no intentas conseguirlo tú? Digo… tal vez entre tus miles de seguidores hay alguien con un padre importante que tenga los «contactos» correctos.

—¿Y si lo hago qué me das?

—Te daría mi apartamento en el centro de la ciudad.

—¿Es un trato?

—Por supuesto.

—Chicas… —Interrumpe Caterine. Yo estoy viendo a Cristal y ella me está viendo a mí. La mamá de Gabriel se ríe para eliminar la tensión, pero es hasta que veo el auto de Gabriel aparcándose frente a la casa, que corto el contacto visual con la pelirroja.

—Ahí está mi novio. —Menciono con énfasis y agregándole una sonrisa, le digo: —Permiso.

Capítulo 28

Gabriel

Unos minutos antes

De: Elías

Tal vez deberías venir antes que se armen los chingadazos.

Arrugo el entrecejo cuando miro el mensaje de mi hermano menor. Voy a contestarle, pero me detengo cuando observo que está escribiendo, solo unos segundos después deja de hacerlo y me quedo ahí esperando el texto que no llega.

Genial, ahora tengo la duda sobre qué diablos estaba escribiendo.

—¿Quiénes son todos estos? —Escucho a Juan de pronto justo en el momento que estoy dejando dos signos de interrogación a Elías. Estamos dentro del elevador del edificio y aunque él sigue concentrado en su teléfono celular suelta una carcajada y agrega: —¿Sexychocokrispis? ¿Candentenutella? ¿Oreosensual? ¿Whiskycachondo? ¿La confitería Los Rodríguez? ¿Qué es todo esto? ¿Estás montando una pulpería de la que no me doy cuenta?

—Ojalá. —Exclamo con ironía, viendo mi teléfono. No sé en qué momento se me había ocurrido subir esa foto, se suponía que solo la iba a enviar nada más, pero un sorbo de la botella de Jinro llevó a una cosa y luego a otra y después solo escuché a Luna decir: «Deberías subirla a tu perfil» y bueno… ahí estaba… con todos ellos etiquetados y ya no hay vuelta atrás. —Esa es la familia de Luna. Creo que… tal vez tomé un poco ayer y etiqueté a toda la familia en una foto que solo iba a enviarle a su padre.

—¿Qué diablos? —Replica Juan de inmediato. —¿Qué diablos? —Repite. —¿O sea ya conoces a tu suegro? ¿Se dan bromitas y toda la cosa? ¿De qué me he perdido en tan pocos días?

—No lo conozco. —No le voy a agregar que se ha perdido de mucho estos días. —Y tampoco espero conocerlo, al menos no ahora… solo mira esa última publicación. A este punto debe tener ganas de matarme.

Juan me mira y suelta una carcajada.

—¡Vaya! —Se gira completamente hacia mí y agrega con una gran sonrisa de regocijo: —No te negaste cuando te dije que era tu suegro ¡Guao!

De tantos comentarios que pudieron haber salido de mi última frase, él solo se fija en eso. Maldita sea, ahora este va a ser el tema de conversación el resto del día.

Agradezco cuando mi teléfono nos interrumpe, antes siquiera que mire la pantalla deja de sonar, me doy cuenta de inmediato que era una llamada de Cristal que por suerte colgó, pero me deja un Whatsapp, no hay texto, solo es una imagen y de inmediato Elías acapara la pantalla de mi celular para decir;

De: Elías

Creo que la boda Sheeran-Spears va a posponerse.

Agrega un meme de dos caricaturas con las letras *«Uhhhhh»*

—¡Oh, Dios! Mira esto. —Escucho a Juan y después suelta una carcajada. Me enseña la pantalla de su teléfono y lo que me muestra es una imagen que me han etiquetado a mí desde la cuenta de la confitería, es un muñeco con alfileres que dice «Gabriel». Además, la descripción

es: «Imágenes que no necesitan un pie de foto»

Santo cielo.

Me voy a buscar la imagen desde mi perfil. No dudo en dejar un comentario y escribo mi respuesta etiquetando a *sexychocokrispis* también:

«@sexychocokrispis ¿De casualidad tiene el de Luna que me preste, por favor? Necesito hacerle un amarre»

Me iré al infierno. Madre mía.

Él no tarda nada en contestar. Es como si ya estaba esperando mi comentario, me pregunto a qué se dedicará si tiene mucho tiempo para las redes sociales, yo a duras penas me paso unos minutos por esta red social y esto que sucedió hasta después de Luna, antes ni siquiera recordaba que tenía redes sociales. La respuesta del señor *sexychocokrispis* me hace soltar una carcajada, ahí frente a Juan quién de inmediato me mira y después a la pantalla de mi celular:

@GabrielMariani Envíame un calzoncillo tuyo, yo mismo voy a sumergirlo en el agua de tu calzón.

También me han contestado desde la cuenta de la confitería:

@GabrielMariani Y esperamos que después no te eches para atrás, porque no aceptamos devoluciones.

Juan se carcajea y me pregunta si estoy seguro de que es el padre de Luna porque no se imagina a un señor con una cuenta con el nombre *sexychocokrispis*, pues ni yo la verdad, pero ahí está y con no sé cuántas cuentas más.

—La verdad es que tu suegro parece un sujeto bastante *cool*, eh. Tiene hasta un tatuaje en el dedo índice, bueno… a menos que no sea él sosteniendo a Gabriel de trapo. ¿Quién es este sujeto?

Miro la imagen junto a Juan y lo que se alcanza a ver en su dedo es una media Luna, creo que entiendo esa referencia.

—Pues, no sé y ya te dije, no quiero saberlo… al menos no ahora.

—¿Te imaginas que sea uno de tus clientes? —Y me río, Juan también y los dos nos callamos de pronto. No, espero que no sea ninguno de mis clientes. Hago memoria y no, a ver… no podría ser, ya lo supiera.

—No tengo ningún Rodríguez entre mis clientes. —Ahora sí puedo respirar mejor. En todo caso voy a preguntarle a Luna por si las moscas, pero antes de dejarle un mensaje escucho la carcajada de Juan, me pone de frente la pantalla de su teléfono con la imagen ampliada y dice:

—Mira esto, hasta te quemó la pierna con un cigarro. —Sí, sí hay una marca grande en la pierna del muñeco y, además, de fondo se mira la imagen de un cigarrillo borroso por el efecto de la fotografía. —O está siendo sarcástico o de verdad te odia.

Las puertas del elevador se abren en mi piso y mientras salgo del elevador, le respondo:

—Creo que las dos.

Escucho a Juan caminando detrás de mí hasta que llego a la puerta de mi apartamento. Estoy ingresando la llave cuando el video que grabé de Luna el día de ayer comienza a reproducirse, Juan se queda de pie escuchando a pesar de que yo ya estoy entrando y desde la sala lo escucho:

—¿Es en serio esto que estoy escuchando? —No se mueve de donde está, solo levanta la mirada y me ve a mí. De paso, doy un vistazo a mi apartamento, todo pulcro y ordenado, pero ni rastro de Lu. —¿De verdad es la voz de Luna? ¿Tu Luna?

—Así es. Te digo que es una artista completa; canta, baila, actúa ¡Ah! Y toca la guitarra,

según mencionó también el violín y el chelo ¿De dónde salió esta chica, por el amor de Dios? —Juan se ríe de nuevo y esta vez sí me vuelvo a él.

—No dijiste que no es tu Luna. —Exclama suspirando. Finalmente entra, camina hacia mí y después de poner su mano en mi hombro, agrega: —Y nada de los veinte años tampoco. Estoy orgulloso, Gabriel.

—Veintidós… —Aclaro. Le quito su mano de mi hombro y miro el celular cuando otro mensaje de Elías interrumpe mi pantalla. —Y no es mi Luna. ¿Eso es lo que querías escuchar? —No leo el texto que me envió mi hermano en el momento porque escucho a Juan preguntar:

—¿Oye, quién es él? —Juan se deja caer en mi sillón, según lo que escucho reconozco que es la voz de Pepe cantando «Amor Eterno» con la guitarra de Lu. Ayer, después de escucharlo pregunté en broma si la confitería era una banda. Los dos se rieron y Pepe me dijo:

—No, el canto no es lo mío. —Hasta hoy todavía tengo la incógnita sobre cómo sería entonces si el canto fuera lo de él. Cuando me dijo que esa era la canción favorita de su ex, yo inocentemente le pregunté si ella había muerto y me dijo: —Hubiera preferido eso, pero no. Ella se casó con otro, pero para mí es como que esté muerta… bueno, no tanto, porque con la cara de tu ex en el brazo es muy difícil olvidarte de ella. Nunca te tatúes la cara de Luna, por favor.

Yo me reí, ahí me di cuenta de que tal vez le había ofrecido mucho Jinro. Luna le quitó la guitarra y le dijo:

—¡Qué suerte que te dedicaste a otra cosa! No me quiero imaginar las canciones de despecho que le hubieses lanzado a tu ex.

—¿Siempre ha sido mensajero? —Cuestioné. Él se rio y respondió:

—No.

Dejo mi maletín sobre la mesa frente a Juan mientras él continúa concentrado en su celular, en la historia de Pepe más bien. Le respondo que es el tío de Luna y miro que está poniendo sus pies sobre mi mueble. Lo miro sin una pizca de amabilidad, pero… o me está ignorando o le está valiendo madre, solo lo escucho decir:

—Es que siento que lo conozco de algún lado.

—Te ha entregado algún paquete, tal vez.

—Puede ser. —Juan pensativo mira la historia una vez más. Entonces suelta otra carcajada… de nuevo. Me muestra la pantalla de su teléfono celular al mismo tiempo que me dice: —Oye… yo creo que ya se te olvidaron los casi nueve años de diferencia, eh.

Y miro la historia que me pone en frente, está desde mi perfil y yo estoy enfocando a Lu, ella está sentada sobre el sillón tocando la guitarra mientras habla con Pepe, su tío, quién está en el mueble individual a un lado. Otra cosa que me di cuenta es que Luna no solo toca simples acordes, también es excelente guitarrista. Recuerdo que en ese momento estaba tocando una melodía y cuando le pregunté de quién era, me dijo:

—Acabo de crearla.

Entonces, ahí comencé a grabarla. En el momento que puse la cámara frente a ella, me miró y sonrió. Lo que recuerdo es que me gustó esa sonrisa suya y pues… me acerqué a ella y la besé, fue un beso rápido, suave y tierno. Aunque eso no se ve en la historia porque dejé caer el celular sobre el sillón y solo se escucha la risita de Lu.

Tan así de alcoholizado estaba.

—Bueno, todos creen que es mi novia, tiene que parecer como tal ¿No? —No miro a Juan a los ojos cuando le digo eso, parezco concentrado en mi teléfono, aunque no sé qué estoy buscando. Cambio la conversación y menciono: —Por cierto, mi padre ya conocía a Luna y se

nota que le cae bastante bien, hasta se dan bromas, se ponen apodos y toda la cosa.

—¿Tu padre? Pero si tu padre parece odiar a todo el mundo.

—Lo sé. —Me rio y me encojo de hombros. —Cristal jamás terminó de agradarle y ella siempre se esmeró en caerle bien; pero es que Luna tiene una forma de ser bastante agradable y espontánea, hasta a mi tía Irene y a mi madre parece gustarles, aunque más creo que a mi mamá lo único que le importa es que salga con alguien para que la boda entre mi hermano y mi ex no sea algo incómodo de mencionar, aunque lo sigue siendo porque ahora Roberto parece más interesado en Luna que en la propia Cristal.

—Te dije que solo era cuestión de que Roberto la viera. —Juan manipula su teléfono al mismo tiempo que me dice y me muestra el celular: —Aunque no solo Roberto, también el hermano de Cristal. Mira en los comentarios del video que Luna subió hace una hora ¿Y por qué estoy siguiendo a este tipo? Des-seguir ahora mismo y a Cristal también.

Entonces busco en mi teléfono el último video de Luna en su perfil de Instagram. Es una coreografía. Antes de ir a los comentarios reproduzco el video, no creo que haya sido tomado hoy, pero sí es el balcón de mi apartamento, le doy Me gusta antes de terminarlo de ver y se suma a los de Adán, el hermano de Cristal, y Roberto. El comentario de Adán es: «Perfecta» más una cara con dos corazones al que Roberto le dio un like.

De: Elías

Tienes que escuchar eso JAJAJA

Miro el mensaje de mi hermano y además le ha agregado un link. Dejo a un lado el video para ver lo que Elías me ha enviado. Aprovechando que Juan está atendiendo una llamada, me pongo el auricular y escucho lo que sea que ahora han grabado los micrófonos de Elías. Mi ex, por supuesto y la otra voz parece ser su mejor amiga, Mel.

—¿Pero qué es lo que todos le ven a esa niña? —Escucho a Cristal primero, ya intuyo de quién están hablando. —Es una chiquilla común y corriente. Cualquier mujer con poses sexys, atuendos de marca y mostrando las piernas triunfaría en Instagram. Definitivamente, los hombres están más pendejos cada día ¿Qué les pasa?

—Pues tal vez deberías hacerle esa pregunta a tu hermano, hoy lo encontré revisando el perfil de esa chica, Luna.

—A Adán le gustan todas, pero creía que Gabriel era un hombre más sensato ¿Sabes? Que pensaba con la cabeza, pero definitivamente es igual a todos. Una cara bonita y ya, no le importa estarse gastando el dinero en una muchachita trepadora, que es obvio que en el momento que encuentre a alguien con mucho más dinero, se irá. Eso es lo que buscan todas esas niñas bonitas sin una carrera universitaria.

—Cristal… —La interrumpe Melissa. —¿A todo esto qué es lo que te molesta más? ¿Qué tu prometido ni siquiera oculte que le gusta esa niña de la que hablas? ¿O que sea la novia de Gabriel? Porque hasta hace un momento hablábamos de Roberto, no sé por qué empezaste con lo de Gabriel ¿Por qué te molesta tanto con quién él decida acostarse?

—¿De qué hablas, por Dios, Melissa? —Cristal se ríe irónica y además sube la voz sonando hasta histérica. —Solo estoy mencionando lo mucho que me preocupa Gabriel, es todo. Porque qué jodido es mantener los gustos caros de una niña solo… ¿Solo por qué? ¿Por sexo?

—Bueno, tal vez es tan buena en la cama. No sabemos.

La puerta se abre y las dos se callan de pronto. Se escuchan unos pasos, no tardo mucho en enterarme que es Roberto entrando a la cocina, al menos creo que es la cocina porque es el único lugar donde hay micrófonos… espero. Entonces, él exclama:

—¿Estás comiendo, Cristal? Por Dios, sabes que has subido de peso últimamente. —Melissa suelta un bufido, o al menos me imagino que es ella porque se pone de pie y dice con un tono cansado:

—Me voy. Solo iré a recoger unas cosas y regreso ¿Va?

Ni siquiera se despide de Roberto, ella sale del lugar y ahora solo quedan ellos dos. Roberto parece no quedarse contento con lo que dijo, porque, además, le agrega:

—Ya sabes lo que opino sobre las mujeres gorditas, a este paso te mirarás bastante mal en el vestido de novia que quieres.

—A ver… que no es como que tú estés de la mejor forma. Pide gustos cuando tengas un cuerpo como el de William Levy.

Ahí los dos se detienen, porque ahora parece que mi madre entra a la cocina. Está hablando con Irene, así que lo que continúa es una plática sobre repostería y el audio se corta en el momento que Caterine dice que su invitada está en camino. Otro mensaje de Elías aparece en mi teléfono, hay otro link que descargo y después leo el texto que me dejó:

De: Elías

Tendré que desinstalar los micrófonos.

Anoche se grabó un audio de mamá y papá.

¿Quién carajos hace sus cochinadas en una cocina?

Detengo el audio, porque lo que se reproduce es exactamente eso que dijo ¡Dios! De inmediato comienzo a dejarle mi respuesta… porque… ¡Carajo! Maldito Elías ¿Cómo va a mandarme estas cosas de mi madre? Ni siquiera le he dado enviar a mi texto cuando escucho un chillido de Juan, miro de inmediato hacia él y Pantuflas, el gato, se le ha subido en las piernas.

—¿Qué es esto? —Exclama, viendo al gato. Pantuflas o como se llame, comienza a masajearle las piernas, pero sin verlo, solo se le está acomodando porque sí.

—Un gato… creo. —Respondo con ironía. Juan levanta la mirada y achica los ojos para verme a mí mientras me dice:

—¡Por supuesto sé que es un gato! ¿Pero qué hace un gato en tu apartamento?

—Es de Luna. —Hago una pausa y agrego: —Larga historia, no preguntes.

—Entonces tienes aquí a la chica y a su gato. —Él se ríe, cuando va a tocarlo le advierto que no lo haga y él hace caso omiso, además agrega: —Si eso no es amor, entonces no sé qué es.

Y grita, el felino lo mordió y ahora el gato se baja del sofá, corre a toda prisa por el pasillo y se mete a mi habitación ¡Mi habitación! Juan mirando donde se ha perdido el animal, se agarra la mano y hasta después revisa donde le enterró los colmillos, no debería reírme, así que prensando los labios me voy a contestarle a Elías, la pantalla de mi celular queda justo en los comentarios del último video de Luna y cuando voy a dejarle uno desde mi perfil, aparece el comentario de *sexychocokrispis* que dice:

«@lunarodriguez Me aprendí tu coreografía. Mira mi último video»

Me voy a su perfil y sí, ahí está, es el único video y también ha etiquetado a Lu. Lo reproduzco, la verdad es que no me imaginaba con qué podría encontrarme, pero tampoco estaba preparado para lo que estoy viendo:

La coreografía del video de Lu, hecha por un tipo de traje y corbata con la cabeza de un unicornio ¡Santa madre! Suelto una carcajada que llama la atención de Juan y le muestro mi teléfono celular para enterarme que las risas no solo me las ha provocado a mí. Juan también se descojona y vuelve a reproducirlo ¡Dios mío! Lo peor de todo es que sí, el señor sí baila y ahora entiendo que ese es un talento de los dos, pero el disfraz es algo que nunca voy a superar.

—No se diga más, voy a seguir a tu suegro en Instagram. —Dice Juan carcajeándose. Tomo mi teléfono celular de regreso y veo el video una vez más. Santo escarabajo. Definitivamente, voy a dejarle un comentario:

@sexychocokrispis ¡Guao! Esos movimientos no los tienen ni las placas tectónicas.

Y me rio otra vez hasta que otro mensaje de Cristal me interrumpe, pero esta vez sí agrega un texto algo que dice: «Con qué clase de delincuentes te estás relacionando ¡Por Dios! Solo espero que ese tipo tatuado no sea tu suegro» entonces sí le doy click a su mensaje. La imagen que me envió era una fotografía tomada desde la ventana de la casa de mi madre y ahí se observa a Lu, también están el tío Pepe, mi madre y mi tía Irene, pero no queda ahí, además agrega: «Con solo verlo siento que ya perdí mi cartera»

Solo espero que no se le ocurra mencionar eso frente a Lu.

Los prejuicios de Cristal me dan risa y decido contestarle… alguien tiene que recordarle que su padre fue acusado por malversación de caudales públicos sin llevar un solo tatuaje encima, cuando le doy enviar al Whatsapp para Cristal caigo en cuenta que, si esa foto es reciente, significa que Lu está en casa de mi madre**.**

Santo cielo.

Le dejo un mensaje a ella:

Para: Luna

¿Dónde estás, Lu?

No tarda nada en contestarme. Sí, me confirma lo que estaba temiendo. No puede ser.

Para: Luna

Oh Dios, no. Voy para allá.

Le digo a Juan Pablo que tengo que ir a casa de mi madre al mismo tiempo que tomo la llave de mi auto que había dejado sobre la mesa. Él camina detrás de mí, no le pregunto si quiere acompañarme porque Luna está ahí y después no soportaré los comentarios de Juan todo el día. El trayecto de mi apartamento hasta la casa de mi madre es corto, o al menos así lo sentí por la llamada que tuve de parte de mi padre y me dijo:

—Te envié la ubicación de dónde iremos para mi cumpleaños ¿la recibiste? —Ni siquiera había visto los mensajes que me había enviado, pero igual le dije que sí. Él continuó diciendo: —Bolas está invitada ¿Okey? Yo mismo voy a llamarle, no dirá que no y si se niega sé que tú tuviste algo que ver y eso no me pondrá feliz, Gabriel.

«Bolas» Por Dios.

—A ver ¿Por qué yo le diría algo, papá? Tal vez ella no quiere ir, digo… le llamas «bolas» —Me reí cuando escuché su carcajada y se detuvo solo para decirme:

—¿Por qué? Si estamos a mano. —Escuché que alguien lo llamó y él dijo que llegaba en un momento. Se volvió a mí y continuó: —Voy a llamarla en un rato, ahora mismo estoy en una reunión y sé que si hablo con ella voy a reírme. —Y yo me reí por su comentario. Mi padre también agrega que tiene que invitar a Roberto y él se niega a aparecerse sin la «tal Cristal esa» —así es como le llama él—, le digo que no me importa, entonces él agrega: —Con una acompañante como bolas, por supuesto que no va a importarte. Te llamo después, hijo.

Y colgó.

«Bolas». definitivamente algo que no voy a poder sacarme de la cabeza cada que mire a Lu.

Lo confirmo en el momento que estoy aparcando frente a la casa de mi madre y ella es la primera en salir. Me gusta la sonrisa que se forma en su rostro al verme, es como una mezcla de

alegría y emoción que me agrada. Luna es bastante atractiva y además viste con un estilo que la hace ver guapísima; sencilla, pero elegante. Le correspondo al momento de bajar de mi vehículo, miro que teclea algo en su celular y de inmediato tengo un mensaje suyo:

De: Luna

Tu ex nos está viendo, sólo no me dejes caer ¿Va?

Oh, Dios. Me río cuando veo el texto y me preparo para lo que sea que se le ocurra hacer. Estoy caminando hacia ella y justo en el momento que baja los escalones, observo su intención así que cuando llega a mí la cargo a horcajadas, sus piernas se aferran a cada lado de mi torso, suelto una risita cuando la sostengo y la beso, de esa forma sensual, provocativa y seductora que ella corresponde mientras sigo mi camino con pasos cortos, pero me detengo. Es que Luna tiene una forma de besar exquisita. Carajo.

Los dos nos reímos deteniendo el beso, ella se baja finalmente y una vez que sus pies tocan el suelo le doy un beso en la frente. Ella pasa sus manos alrededor de mi torso y apartando mi saco me abraza, mis brazos se acomodan alrededor de su cuello y sigo mi camino así con ella a pesar de sus risas y protestas, besándole la mejilla y riéndome con ella.

Voy a admitir que Luna me encanta.

Capítulo 29

Luna

De: Sexychocokrispis

No.

Miro la pantalla de mi celular y le doy un vistazo a su respuesta otra vez. No puede ser. Tomo una calada de aire, disimulada… eh, porque aquí, respirando el mismo aire que la vulpécula roja, ni una pizca de frustración ¿Va? Comienzo a teclear y le contesto:

Para: Sexychocokrispis

¿No? ¡¿NO?! ¿ES EN SERIO?

¿ES EN SERIO?

Como ni siquiera me contesta y, de remate, me clava el visto, le dejo otro:

Para: Sexychocokrispis

¡PAPÁ!

¡NO PUEDES HACE...

Mejor voy a llamarlo.

Me acomodo el cabello y tomo un sorbo de la bebida que hace un momento me había dado la mamá de Gabriel. El hombre araña está hablando con su padrastro, el esposo de su madre, Víctor. Aunque estoy muy cómoda sobre el sofá con el brazo de Gabriel sobre mis hombros y mi mano en su pierna (es que hay que aprovechar, vamos), tengo que ponerme de pie, porque Max continúa:

De: Sexychocokrispis

Ya te di mi respuesta: No.

Santa mierda.

Ahora tengo que hablar con él y no hay forma que vaya hasta su casa. Digo, ¿cómo le digo al hombre araña: «Lo siento, tengo que irme a hacer razonar a mi padre, tengo un apartamento en juego y mi reputación, por cierto él es Max»?

En su lugar menciono:

—Voy a dejar el vaso a la cocina. —No me da tiempo ni de dar un paso siquiera, porque Caterine me dice que no es necesario, que ella lo llevará por mí. Cristal está a cierta distancia de nosotros viéndonos a las dos, a la par de ella está su amiga que justo llegó después de Gabriel, las dos están hablándose entre sí, no tengo que ser un genio para darme cuenta que el tema de conversación entre ellas todos este tiempo he sido yo. Entonces, le hablo a Caterine: —No es necesario, en serio.

Quise decir: Devuélvame el vaso, por favor. Solo necesito escaparme un rato, porque tengo una llamada importante qué hacer y todos ustedes no pueden enterarse.

—No es nada. Tú eres mi invitada hoy, siéntete cómoda. —Mierda. No mierda por ser la invitada de la suegra, mierda por el otro mensaje de mi padre. Miro mi celular y lo que se lee de parte de «*sexychocokrispis*» es:

Dejas la universidad, te vas de la casa sin avisarnos, nos bloqueas de redes sociales ¿y vienes a exigirme una aparición en un evento de caridad por un apartamento?

No.

Mierda.

Y tengo que dejar de decir mierda.

Para: Sexychocokrispis

Es mi reputación en juego ¡Mi reputación!

Me vale una mierda el apartamento.

De: Sexychocokrispis

Ehhhh… ¿Qué es esa palabrota, Luna?

Ahora le importa mi palabrota.

Estoy tecleando con bastante vehemencia un mensaje para mi padre, mi otro padre. Entonces cuando ya he dejado el texto para *Candentenutella* —vaya nombre— escucho a la mamá de Gabriel hablarme:

—No sabía que cantabas, Luna. —Voy a tener que dejar esta conversación con mis padres para más tarde. Le sonrío a ella en respuesta cuando me dice: —Me encanta tu voz.

Había olvidado ese video que Gabriel había subido a sus historias. Tal vez incluso, entre trago y trago, lo había *reposteado* yo.

Creo que voy a tener que sentarme de nuevo, porque me están dando ganas de caminar por todas partes pensando qué decirle a Max para convencerlo. Bueno, falta bastante tiempo aún... creo ¿Cada cuánto hacen estos eventos de caridad? Voy a agradecerle a la señora Caterine y después hacerle esa pregunta, pero entonces mis pensamientos son interrumpidos cuando escucho a Gabriel decirle:

—También toca el violín, la guitarra y el cello… —Se vuelve a mí y me dice: —Mi madre siempre quiso aprender a tocar el violín. —Caterine sonríe y me mira entonces, con una mirada de asombro y alegría al mismo tiempo.

—¿En serio? Guao. —Más que atónita, parece interesada ahora. Está dejando una bandeja con bocadillos sobre la mesita de té y se dirige a mí: —Y sí, es cierto, me encantaba el violín, aunque nunca tuve la oportunidad de aprenderlo, pero sí tomé algunas clases de piano.

—¿Sí? Yo también toco el piano. —Entonces, los dos me miran, también el esposo de Caterine y la tía Irene. Tal vez yo debería callarme. —Bueno, digamos que a mis padres les gustaba mantenernos ocupadas a mi hermana y a mí, pero Luisa es la intelectual, la de los idiomas, las artes marciales. Lo mío fue el ballet, el teatro y la música.

Todos me están viendo interesados ahora, ah caray, a ver... esos bocadillos se ven perfectos para cerrar la boca.

—¿También practicaste ballet? —La señora Caterine otra vez, ahora estoy tomando uno de los aperitivos. Le agrega que ella también lo hizo cuando era pequeña y, también, menciona que le agrada que tuviéramos muchas cosas en común. Algo que al parecer no le ha agradado nada a Cristal, porque se está yendo y su amiga la sigue justo en el momento que la señora Caterine dice: —Ahora entiendo por qué tienes ese porte tan elegante.

—Gracias. —Le doy una sonrisa. Además, le pregunto a qué se dedica y me responde que fue una maestra de Yoga ¡Vaya! Aunque ya está retirada, ahora entiendo por qué la señora se ve así de bien a su edad y con cinco hijos. Todo va bien con la conversación hasta que pregunta:

—¿Y quiénes son las personas con esos nombres que etiquetas en tus fotos, Gabriel?

Ah, santo escarabajo.

Sabía que en algún momento llegaría esta conversación, digo… la señora Caterine incluso le había dado Me gusta a un comentario de «*candentenutella*» en esa foto ¿Quiénes tienen un padre con una red social «candentenutella»? Carajo. Gabriel suelta una risita y me mira a mí, tal vez pidiendo permiso de mi parte para comentarle a su madre a quiénes pertenecen esos

perfiles.

No espera mi respuesta.

—Es la familia de Luna. —Lo escucho. Me rasco el cuello pensando en algo brillante qué decir para darle una razón lógica al porqué de sus nombres, pero no la hay, no existe. Caterine arruga su entrecejo y me mira preguntando: ¿Por qué? —Es que Luna los bloqueó de redes sociales.

—Mis padres son un poquito… —A ver, qué sustantivo puedo agregarle ¿intensos? ¿pesados? ¿fastidiosos?

—Hablábamos con Luna sobre organizar una cena para conocer a su familia…

Ah, caramba.

—Mamá… —La interrumpe el hombre araña con advertencia, pero no hay más conversación porque el teléfono de la casa suena y Caterine se va a atenderlo. Gabriel me mira y entrelaza sus dedos con los míos, además en mi oído, agrega: —Oye, primero tengo que conocerlos yo.

—No sabes lo que estás pidiendo.

Gabriel se ríe un poco, más no sabe que yo sí estoy hablando en serio. También hablo en serio cuando digo que esos labios suyos tan cerca son tan tentadores e iba a decírselo, pero entonces miro en mi pantalla:

De: Candentenutella.

No.

Mier… coles.

Para: Candentenutella

¡PAPÁ!

De: Candentenutella

¿Quién fue la que me gritó que jamás pediría mi ayuda? ¿Eh?

Carajo.

¡Carajo!

Bueno, sí fue verdad, pero esto no cuenta.

Me pongo de pie aprovechando que Gabriel volvió a su plática con el señor Víctor quién se había retirado un momento, Caterine está al teléfono e Irene parece concentrada en su celular. Le digo que voy por agua —esto se lo menciono al oído para que nadie interfiera—. Al momento de llegar a la cocina, saco mi teléfono celular, pero me detengo porque me encuentro a Cristal y también a su amiga quienes al verme se callan de pronto y me miran a mí.

—Permiso. —Les hablo a las dos, con una sonrisota y todo, no pensaba entrar aquí, pero ya que están ellas dos tal vez sí debería tomar la botella de agua que dije y después salir. Aquí hay una puerta que da al patio, mucho mejor.

—Luna dice que consigue a Max para el próximo evento de caridad. —Escucho a la vulpécula roja contarle a su amiga, es casi como si yo no estuviera aquí. Me doy cuenta que no va a olvidarlo. Sin girarme a ellas, abro el refrigerador y digo:

—Así es. —La roja suelta una risita pequeña, pero irónica. Lo peor de todo es que hasta yo me reiría de mí misma porque ni siquiera yo sé si puedo conseguir a Max. Suponiendo que, el evento sea anual, entonces eso me da bastante tiempo para negociar. Así que agrego: —Aunque, falta un año todavía.

Eso lo dije a propósito, porque bueno: También estaba asegurándome un año más con el hombre araña frente a Cristal.

—Si lo consigues antes, podríamos hablar con Caterine y que sea cuando tú decidas.

—Bonito reloj. —Interrumpe su amiga, mirando mi muñeca. Al menos no tengo que dar una respuesta a la vulpécula roja, porque la atención de esta última se va a su amiga. Aunque agradezco que la conversación haya cambiado de rumbo, voy a tener que dejar este reloj en casa de ahora en adelante, o tal vez no, cuando la escucho decir: —Voy a admitir que Gabriel tiene buenos gustos.

Aquí vamos otra vez…

Si tan solo mis padres escucharan esto...

—Sí ¿verdad? —Le respondo, poniendo mi muñeca en frente y mirando también mi reloj. —Es personalizado, tiene una media luna… cubierta de cristales Belrose.

Ahora las dos están interesadas en mi reloj, aunque Cristal lo disimule y baje la mirada a su teléfono.

—Debió costar mucho dinero. —Continúa la amiga, justo en el momento que me llega una llamada al celular. Por supuesto que ellas también miran mi teléfono, pero este sí puedo presumirlo como un regalo de Gabriel.

—Seguro que sí. —Le contesto a la chica. Me disculpo al mismo tiempo que atiendo el móvil y, antes siquiera de ponérmelo en la oreja, escucho:

—¡Señorita bolas!

Ah, caramba.

Tantas personas que podían llamarme hoy, en este mismo instante y que me hubieran salvado de este ridículo momento, tenía que ser el señor comisionado.

Todavía estoy frente a Cristal y a su amiga, ambas están calladas, pero concentradas en mí. Así que sonriendo, tomo la manecilla de la puerta y exclamo:

—¡Señor comisionado! —Ahora sí, salgo, cierro la puerta a mis espaldas y suelto un suspiro medio disimulado con la espalda pegada en ella. Escucho un bullicio del lado del señor comisionado y después un crujido, entonces bromeo: —¿Esos son sus huesos, comisionado? ¿Se olvidó de tomar su vitamina D?

Escucho una risa de parte del señor Mariani —madre mía, no puedo siquiera decirle «señor Mariani» sin que suene raro dentro de mi cabeza— mientras busco un lugar para hablar en el jardín. El señor le dice algo a alguna persona que asumo está con él y después me responde a mí:

—Así es, bolas. —Bolas, santo escarabajo. Que cualquier apodo es mejor. —Ahora mismo estoy caminando por el cementerio eligiendo mi tumba, ¿qué cree que deba hacer a continuación?

—¿Ya escribió su testamento? No querrá deambular como alma en pena por no arreglar las cosas a tiempo.

El comisionado se carcajea otra vez, ahora escucho que abre una puerta, dice algo y me doy cuenta que la voz que responde es la de Luisa, le comenta que está hablando conmigo y mi hermana se calla, después se va —o eso es lo que interpreto por lo que menciona el comisionado— y segundos después mi celular me anuncia un texto. Sí, era ella.

—Por cierto, bolas, quiero invitarla a mi cumpleaños este próximo fin de semana y no acepto un no por respuesta. —Ah, carajo. ¿Qué? ¿Qué? —Le enviaré el lugar que visitaremos, espero le gusten las alturas.

Santo escarabajo. Lo escucho hablar, mi mente se queda trabada en la palabra «puente» y «bungee jumping», el resto es como si no lo he comprendido ¿Qué diablos? ¿Bungee jumping?

¿Un puente? Cuando ha terminado, me pregunta: —¿Qué opina, Rodríguez?

—Eh… yo… bueno… —No sé ni qué dijo, ¿debería decirle que primero tendría que hablarlo con Gabriel? ¿O que nunca he practicado Bungee jumping? ¿o que no me gustan las alturas? O tal vez debería bromear y decirle que temo por su vida. —¿Qué está planeando, comisionado? ¿Qué se le paralice el corazón y todos lo veamos morir?

—Ya tengo listas mis aspirinas, bolas. No se preocupe.

Ahora habla con otra persona, me dice que va a una reunión y después agrega que nos vemos el sábado. Cuelga. Ni siquiera pude decir sí o no, o tal vez, o quién sabe…Santa madre… por si no tenía nada qué hacer este fin de semana, ya estoy comprometida con el comisionado.

De: Bombonasesino

¿El comisionado está invitándote a su cumpleaños?

Para: Bombonasesino

Pues… creo que más bien fue una orden.

Y creo que planea suicidarse.

¿Ahora cómo le digo a Gabriel que tenemos planes para el próximo fin de semana?

De: Sexychocokrispis

Aceptas cantar conmigo y yo acepto el evento ¿qué dices?

Miro el mensaje de mi padre una vez más y de inmediato le escribo mi respuesta:

Para: Sexychocokrispis

¡Por supuesto que no!

Su réplica tarda solo unos segundos:

De: Sexychocokrispis

Entonces no.

Santo cielo. Me masajeo las sienes y me quedo a medio jardín pensando qué hacer ahora. Miro alrededor y como no hay nadie viéndome —o eso espero— le marco a mi padre. Estoy frente a un arbusto de flores, fingiendo analizarlas atentamente mientras espero que al «señor ocupado» sí se le ocurra contestar.

Y sí, sí lo hace. O al menos creo que es él.

—¿Papá? —Lo que aparece en mi pantalla es la cabeza de un unicornio. Oh Dios mío. Se quita finalmente la bendita máscara y sí, sí es él, se está acomodando el cabello tan campante. Ahora recuerdo porque nunca le hago videollamadas. —¿Qué diablos…?

—Tenía que asegurarme que estuvieras sola primero. Eres tú la que se molesta si me aparezco como soy… ¿ya viste mi video como *sexychocokrispis*?

—Me molesto si apareces en mis clases volviendo locas a todas las maestras... y maestros también ¡Ah! Y al decano, al portero, al personal de limpieza… —Sin inmutarse, toma una taza de cereal, chocokrispis, claro. Entonces me detengo en lo último que dijo: —¿Qué video?

—Hice tu coreografía…

—¡Santo escarabajo! ¡Max!

—Para que veas que yo sí estoy agradecido con lo que tú me das. —Toma otro teléfono, porque sí, él debe tener uno diferente para cada uno de las cuentas, eso es seguro. —Mira, *sexychocokrispis* tiene cinco mil seguidores más, gracias a ti.

Santos caracoles, no puede ser.

Suspiro, cerrando un momento los ojos y los abro de golpe cuando escucho a Max soltar una carcajada, una que suena desde el fondo de su garganta y casi balbucea cuando llama a mi otro padre, François. Le está mostrando el teléfono, entonces mi padre también suelta una

risotada fuerte. ¿Qué diablos?

—¿Qué carajo? —Escucho a Max hablar. Hasta yo tengo ganas de mirar lo que sea que están viendo. «Sexychocokrispis» deja de reírse, se aclara la garganta y suelta, con una seriedad bastante fingida: —¿Qué es esta falta de respeto?

Pero se carcajea otra vez, hasta se deja caer hacia atrás chocando su espalda contra la silla sin intentar contener las risas.

—¿Qué cosa? —Le pregunto a los dos. Max toma el teléfono de regreso y ahora veo a los dos atentos a la pantalla de celular. «Candentenutella» incluso tira de una silla para sentarse al lado de mi otro padre y se carcajean los dos cuando Max comienza a teclear. Los escucho hablar, pero no logro entender qué dicen hasta que mencionan a Gabriel.

A Gabriel…

Alto ahí…

¿Qué?

¡¿Qué?!

Me voy directo a mi perfil de Instagram todavía manteniéndolos a los dos en la video llamada y miro el video del que habla mi padre, me etiquetó desde la cuenta de *sexychocokrispis*. Es mi coreografía, mientras él lleva el mismo traje gris con corbata rosa que está usando ahora, el protagonista es la cabeza de unicornio que lleva puesta.

No puede ser.

Y hablando del comentario de Gabriel, no tengo que buscarlo siquiera. Ahí está: «@sexychocokrispis ¡Guao! Esos movimientos no los tienen ni las placas tectónicas»

Oh por Dios.

No sé si reírme o ponerme a llorar, o las dos cosas al mismo tiempo.

El video de *sexychocokrispis* vestido de unicornio tiene miles de reproducciones, likes y cientos de comentarios. Santa madre.

—¿Qué dices? —Escucho primero al *chocounicornio* hablar. No quiero imaginarme qué van a contestarle, porque cuando deja de teclear y le muestra la pantalla a mi otro papá, ambos se carcajean al mismo tiempo y este exclama:

—Sí, definitivamente.

Ni siquiera voy a preguntarles qué diablos están haciendo.

En ese momento, sin querer, miro hacia una de las ventanas de la casa de la madre de Gabriel. Por un momento me asusta la figura que me observa desde el segundo piso, pero de inmediato logro reconocer que es el hermano menor de Gabriel, Elías, justo en el momento que hacemos contacto visual, el chico cierra la ventana y también la cortina.

He visto películas de miedo y esto nunca termina bien.

—Me voy un par de semanas y encuentro una confitería, perfiles de sexychocokrispis, candentenutella, oreosensual, whiskycachondo… ¿Qué es todo esto? ¿Un festival de azúcar del que no me doy cuenta?

Esa, por supuesto, es la voz de mi tía Lucía. Ella está entrando, no logro verla pero le sigue hablando a mis padres quienes ni siquiera le están poniendo un poco de atención, hasta que Max de pronto suelta:

—¿Quieres ser *ArdienteChipsAhoy*, Lucía?

—¡Por supuesto que no quiero ser «ArdienteChipsAhoy»! Suficiente vergüenza tengo que pasar con llevar el apellido de mi exesposo en todos mis documentos. Si me caso otra vez, por favor, no permitan que me ponga el apellido de nadie.

—Al menos no te tatuaste su cara.

—Tengo un hijo que parece su clon, eso es peor.

De: Elías Santander

¿Por qué estás hablándole al teléfono, en el patio, frente a un arbusto?

Miro el mensaje de Elías al mismo tiempo que mi tía Lucía se detiene detrás de mis papás y suspira fuerte, dramático y exagerado, incluso finge llevarse la mano a la frente y mira la pantalla, me mira a mí, entonces se acerca y después de repintar sus labios en la cámara, menciona el hecho de verme hablando con mis papás. También me pregunta cómo estoy, pero no contesto porque de inmediato, les dice a mis padres:

—Les cambio a Lunita por Antoine ¿Qué dicen?

—No. —Exclaman los dos de inmediato y François responde: —¿Aunque… es en serio? Antoine es un dolor de cabeza, pero Luna es otro nivel y ahora hay un novio… otro.

—¿Ya no es la misma cucaracha?

—¿Quién es la cucaracha? —Pregunto de inmediato. Aunque no sé por qué pregunto, creo que se refieren a Andrés… o cualquier otro la verdad, porque nunca les agradó ninguno.

—No, al menos subió de nivel. —Me ignoran. —Ahora es un abogado senior de ese buffet Waldo's y Asociados. —Y le entrega unos papeles a la tía Luci. Ah, carajo. Es que no pierden tiempo para poner a todo mundo al corriente de mi vida. Ahora François toma su Tablet del escritorio y se la entrega a mi tía mientras dice: —¿Y cómo es eso de que ahora Antoine es Pansexual?

Para: Elías Santander

¿Por qué estás espiándome?

—Y yo que sé. —Continúa Lucía. No la estoy viendo, estoy contestándole al hermanito de Gabriel, pero sí puedo escucharla: —Dice que se enamora del alma de una persona.

—Bueno, espero que esta vez el alma que traiga a mi cena de cumpleaños no vaya a cantarme al baño mientras hago del dos. —Le contesta Max esta vez y continúa: —Además, este año tenemos pendiente la iniciación del abogadito a nuestra familia.

«Abogadito»

De: Elías Santander

Mi hermano es medio pendejo, pero es buena persona.

Si planeas asesinar a alguien, ya sabes por quién iniciar.

Cof cof, Cristal, cof cof.

O Roberto, cof cof.

Me río cuando abro el chat de Elías y hay ahí una dirección web que va justo al perfil de Roberto, exactamente a una foto del tipo ese con Cristal. Entonces, me percato de lo último que dijo Max «Este año tenemos que pendiente la iniciación del abogadito a nuestra familia» ¿Qué carajo? De inmediato le respondo:

—¿Qué? ¡No!

Es más, no voy a presentarlos nunca.

Max está viendo algo en su teléfono, de inmediato suelta una carcajada y le muestra el móvil a mi otro padre, François. Los dos se desternillan a gusto, se carcajean fuerte y Max toma el celular para comenzar a teclear otra vez entre risas. Tengo curiosidad por saber qué es lo que están viendo, pero entonces le muestran el celular a mi tía Luci, mencionan el nombre de Gabriel y dice algo sobre «el video que publiqué en *sexychocokrispis*». No la pienso dos veces, me voy al video que menciona y ahí está, el comentario de Gabriel:

«Estos movimientos no los tienen ni las placas tectónicas»

No puede ser.

De: Elías Santander

Escucha esto para que te inspires:

Hay un link en su siguiente mensaje, Gabriel ya me lo había advertido así que no lo abro de inmediato, ni siquiera cuando le cuelgo a mis padres porque Roberto ha salido y parece estar peleando por su celular, no alcanzo a escuchar que dice, pero está bastante molesto. Aprovechando que está de espaldas entraré a la casa, pero entonces, cuando estoy a punto de abrir la puerta se gira hacia mí:

—Luna… —Exclama, colgando la llamada acalorada que sostenía por celular. Hasta parece abochornado. Va, no es como que me importe su conversación. —¿Qué haces por aquí? A una mujer como tú yo no la dejaría andar sola por ahí ni un segundo.

—¿Una mujer como yo? ¿Qué no ves que tengo mis propios pies acaso?

—No… —Roberto suelta una risita nerviosa, se rasca el cuello y después se pasa la mano por el cabello despejándose la frente. Roberto tiene el cabello más claro de todos sus hermanos, él es el que se parece más a Caterine a decir verdad, pero este me cae cada vez peor. —No era a lo que me refería… —Se ríe otra vez. —Quise decir que…

—Pues no me interesa lo que quisiste decir.

Y entro, ni siquiera se lo dije con molestia, solo usé un tono cansado y aburrido porque eso es lo que él provoca. Esta mañana le había pedido a mi tío Pepe que devolviera el obsequio de este tipo a la tienda que lo compró. Voy a seguir fingiendo que no sé de dónde vino. Elías me ha enviado otro texto y en este dice que ese link es un audio de Cristal, que debería escucharlo porque me llamó «mentirosa» «interesada» y «con ganas de llamar la atención». Con eso acaba de convencerme.

Bienvenido sea cualquier troyano que el hermano de Gabriel quiera meterme en el teléfono, porque ya me estoy descargando el archivo. Al menos un virus no es, porque al momento de reproducirlo, se escucha la voz de la pelirroja y otra mujer, aunque ahora mismo no puedo escucharlo todo, porque el hombre araña está de pie despidiéndose de su familia, él tiene el celular en la mano y justo en el momento que levanta la mirada, sus ojos se topan con los míos y un mensaje de su parte aparece en mi celular: *¿Dónde estás, Lu?* Aunque ya me encontró, igual le contesto:

Para: Gabriel

«Frente al ser humano más hermoso del planeta»

Observo la sonrisa en la cara de Gabriel en el momento que lee el texto, una que intenta disimular porque ahora mismo está tecleando en su móvil. Casi de inmediato, tengo su respuesta:

De: Gabriel

«Eso es imposible, amor. El ser humano más hermoso del planeta está frente a mí»

Ah, caray. Definitivamente, la causa de mi muerte será un perreo cardíaco y el culpable será Gabriel. Yo sí que no puedo disimular mi sonrisa, eh, y aunque no me está viendo porque se ha vuelto a su tía Irene, me acerco a él y lo rodeo desde atrás con mis brazos, una de sus manos se posa sobre las mías y entrelaza sus dedos con los míos.

—Espero tenerlos más seguido por aquí. ¿Entendido, Gabriel? —Habla Caterine. Creo que Gabriel se toma las palabras de su madre como yo me tomaría las de mis papás. Le dice que sí, pero es obvio que entre líneas está recordándole que eso no va a ser posible.

Bueno, no sin mí.

Algo que ella comprende perfectamente, porque me guiña el ojo, el hombre araña lo capta de inmediato y me mira. Me encojo de hombros dedicándole una sonrisa y tomo su mano para salir de la casa, no sin antes despedirnos de su familia —excepto de los que no deberían ser nombrados— e incluso le dejo un mensaje de adiós al hermanito menor de Gabriel quién no compartió ni un solo momento en la mesa con nosotros, cuando le pregunté solo me dijo «No voy a comer con Ed Sheeran al frente». El chico me contesta justo en el momento que Irene me está entregando unos cupcakes y dice:

De: Elías Santander.

Te estoy vigilando.

No sé si reírme, o entrar en pánico.

Tal vez las dos.

Camino al apartamento del hombre araña lo escucho hablar con el señor comisionado, reírse, mencionarme, reírse otra vez, mirarme… ya… qué vergüenza. Ni siquiera voy a preguntar. Mejor sigo mi conversación con Catalina quién me cuenta que se ha ido de vacaciones, pero lo ha hecho a propósito para evitar mirar a su hermano con Cristal. Al mismo tiempo estoy hablando con Elías quién menciona un micrófono en la cocina y que si comento algo frente a su madre, le dirá que el hombre araña y yo nos conocimos a través de una app.

Si tan solo supiera que eso es lo de menos.

Pero oye, que la amenaza casi ofende.

—Por cierto… —Escucho al hombre araña cuando está aparcando una vez que hemos llegado a su edificio. Estoy tomando uno de los cupcakes que nos había entregado la señora Irene y agrega: —Ya que nos comprometiste este fin de semana…

—¿Qué se supone que iba a decir? Fue una orden. —Gabriel suelta una risita, me da un vistazo y sonríe extendiendo su mano para limpiarme la punta de la nariz. —Por cierto ¿Cómo es que terminé en tu cama?

—Dijiste: «Si Pantuflas puede, yo también» te dejaste caer en mi cama y te quedaste dormida.

—Lo siento… creo. —A Gabriel se le escapa otra risita y me dice que, por si lo pregunto, él durmió en la otra habitación. Apaga el auto y antes de abrir la puerta, le pregunto: —¿Y podemos cambiar de camas hoy también?

—Si me cantas «I will always love you» de Whitney Houston.

Y me rio, va… que la ocasión lo merece. Me aclaro la garganta y comienzo por el coro de I will always love you. La expresión de Gabriel me causa gracia, tanto así que ni siquiera termino el coro porque suelto una carcajada y aun así Gabriel no sale de su asombro, cuando reacciona se ríe, suspira y lo escucho decir:

—Es que me encantas. —Lo miro, él cambia su expresión por una más seria para aclararse la garganta y hablar de nuevo: —En el buen sentido.

—A ti me gustaría encantarte en el mal sentido ¿sabes?

Solo escucho su carcajada cuando sale del auto y rodea el mismo para abrirme la puerta cuando batallo para salir por todas las cosas que cargo en manos. Él toma los cupcakes y después que cierro la puerta le pregunto si ya probó los de harina de coco porque saben delicioso. Me responde que todavía no. Le pregunto si quiere un poco y cuando me dice que sí, tomo una escasa cantidad del merengue y me lo pongo en los labios:

—Pruébalo, entonces. —Gabriel me mira y esboza una sonrisa, una alegre y divertida que acaba en una pequeña risita de su parte y se acerca a mí. No pensé que lo haría, vamos, pero me

doy cuenta de que me equivoqué cuando el hombre araña me entrega los cupcakes, toma mi rostro con ambas manos y de inmediato siento sus labios ágilmente pasearse sobre los míos de una forma deliciosa y placentera. Ah, caray. Hasta mis caderas chocan con su vehículo y tengo que evitar soltar un gemido cuando él se separa de mí y me mira… es que Gabriel se esmera cada vez más ¡Dios!

Tengo que repetir esto de nuevo.

—Sí… —Lo escucho hablar todavía cerca de mi boca. Pasa su lengua sobre sus labios y entonces, me dice: —Sí saben delicioso.

Capítulo 30

Gabriel

Últimamente siento que mi vida está patas arriba.

Nunca, jamás, pensé tener un gato corriendo por todo mi apartamento, una chica bailando en mi cocina y un «suegro» que me escriba un DM privado preguntándome cómo me siento, algo que estaría bien si no hubiese agregado una foto del bendito muñeco vudú con un clavo en la cabeza.

Y tampoco pensé que eso podría provocarme una risa.

Una risa justo en medio de una reunión. Estaba en una reunión ese día ¡Carajo! Y yo me reí. Así que tuve que recomponer el gesto, aclararme la garganta y decir:

—Estaba leyendo la deposición del caso. Lo siento. —Lo cual tuvo sentido, porque sí había unas cosas graciosas en esa deposición de la que estábamos hablando o eso fue lo que escuché antes porque yo todavía no lo había leído siquiera. Pero bueno, por supuesto que eso no le pasó por alto a Juan, porque una vez que todo se terminó y quedamos en el salón solo él y yo, me dijo:

—Déjame adivinar, la deposición que leías incluía una chica de veinte años ¿verdad?

—Veintidós. —Aclaré.

¡Va! Sé que Juan menciona eso de los veinte años a propósito. Tal vez debería dejar de hablar tanto de Luna con él, pero es que es como una compulsión últimamente, como un acto obsesivo o una manía. Es que todo me recuerda a Lu (¿y a quién no si sale con cada ocurrencia?). Pero, en fin, por supuesto que eso ha provocado miradas lascivas de parte de Juan o comentarios sarcásticos de su parte todo este tiempo, lo cual es pasable cuando estamos solos, pero ahora mismo estamos esperando a un cliente, hay más personas en la sala y a él se le ocurre soltar:

—Déjame adivinar, esto también le gusta a Luna. —Lo que iba a decirle no tiene ni una sola conexión con Luna, así que le dedico una mirada sin expresión a lo que él, valiéndole madres, suelta una risa y agrega: —No te preocupes, enamorarse es así. Tal vez nunca lo habías experimentado, digo… jamás te había escuchado hablar tanto de una persona, nunca.

Sé lo que Juan está haciendo, vamos. Ni siquiera se le hubiese ocurrido soltar un comentario así si no estuviésemos frente a Cristal y también uno de sus colegas, amigo de Roberto, cabe destacar. La verdad es que ya quiero que acabe este caso que llevamos en común. Justo en el momento que ella escucha el nombre de Lu nos mira a los dos, pero vuelve a poner su atención en su teléfono. Toma unos folios, fingiendo que no está poniendo atención a Juan en lo absoluto y tal vez no debería, porque él continúa:

—Siempre lo he dicho… —Está escribiendo, fingiendo mostrarse desinteresado, como si esto es una plática que tenemos todos los días: —Admite que Luna es lo mejor que te pudo haber pasado en toda la vida.

—Vale, lo admito.

Va, que eso que dije fue solo para callar a Juan, pero es como si resultó dirigido a otra persona —que no fue mi intención, cabe aclarar—. Solo escucho el sonido los portafolios que Cristal ha dejado de regreso sobre el escritorio, hasta ha llamado la atención de su colega, quién

dejó de teclear en su laptop para verla. Se pone de pie y con un tono sarcástico, agrega:

—¿Iniciamos? ¿O seguimos escuchando sobre la niña que es obvio que está interesada solo en el bolsillo de Gabriel? —Se dirige a mí: —Y él se niega a verlo.

Error. Cristal acaba de mencionar algo que no debería frente a Juan, lo sé porque él suelta una carcajada. Ah, carajo. Casi puedo intuir lo que viene a continuación. Juan se detiene de escribir un momento, deja caer su espalda sobre la silla y mira a Cristal solo para decir:

—Interesada o no en el bolsillo de Gabriel, al menos no se tiró a su hermano.

Madre mía.

Madre mía ¿Qué carajo? Por supuesto que eso provocó que las miradas de todos los presentes se postraran en Cristal. Si tan solo alguien me hubiera dicho que esa relación con Cristal se iba a convertir en esto, jamás se me hubiese ocurrido salir con ella. Yo juraba que, aunque nos dedicáramos a lo mismo, no íbamos a toparnos nunca.

Pero aquí estamos, en la situación más vergonzosa gracias a Juan que no tiene pelos en la lengua.

—Estás insinuando algo de lo que no tienes pruebas. Podría presentar cargos por injurias y calumnias…

—¿Estás segura que no tengo pruebas? —Santa madre.

Santa madre. ¿Y por qué presiento que Elías está detrás de esas «pruebas»?

—Juan… —Advierto. No por él, o por Cristal, sino por Elías (en caso de que él sea el responsable… digo, ¿quién más?), porque si Cristal se enterara… diablos.

Tengo que agradecer cuando mi jefa se aparece en el salón y está acompañada de otra persona. Cristal pone su atención en los presentes y la notificación que recibo en el celular me termina de distraer de este incómodo momento. Es un mensaje, de Elías claro. Una imagen, sin ningún tipo de descripción. Es hasta después que me dice:

De: Elías

Creo que no va a haber boda JAJAJA

No tardo mucho en darme cuenta de que lo que me ha enviado es una captura de pantalla con una conversación, de Roberto. En ella hay una plática entre mi hermano mayor y ese amigo suyo colega de Cristal, el que está aquí ahora mismo. El último mensaje es de hace unos segundos. Levanto la mirada y me doy cuenta de que el tipo está escribiendo en su celular, mira un momento a Cristal y continúa con su texto.

De acuerdo, ya sé de qué se trata esto.

La conversación va así:

De: William

No es por nada, amigo, pero presiento que Cristal sigue enganchada con Gabriel.

Para: William

¿De qué estás hablando?

De: William

Ahora mismo estamos en una reunión y se molestó bastante cuando tu hermano mencionó a Luna.

Pasa un rato hasta que Roberto contesta:

Para: William

Si estuviera enganchada de Gabriel, no se hubiera acostado conmigo estos últimos años.

Esto último «estos últimos años» Elías incluso lo había sombreado en rojo.

La verdad es que desde hace un tiempo me importan un comino las conversaciones que

Roberto pueda tener referente a Cristal y no es que me hayan importado antes tampoco, pero entonces miro mi nombre y leo lo que hay a continuación:

De: William

Por cierto, ¿alguna vez Gabriel se enteró de eso?

De que te estabas acostando con su novia.

Pregunto porque creo que Juan sí.

Esto sí lo contesta de inmediato:

Para: William

Ese no es mi problema.

Es ella quién le debía fidelidad, no yo.

Y me acostaría con su nueva novia sin pensarlo dos veces.

¿Quieres verlo?

Qué hijo de puta.

¡Va! Tener un mejor amigo que te hace estas cosas es todavía menos trágico, porque solo lo sacas de tu vida y ya está ¿pero cómo sacas a tu hermano con quién compartes una mamá, un papá, tres hermanos y más —digo, hasta ex compartimos ya—, que tienes que verlo en todas las cenas familiares, cumpleaños, reuniones, etc. Otro mensaje de Elías me interrumpe la pantalla del celular, es otra imagen y, además, agrega:

De: Elías

El pendejo parecía muy seguro en los mensajes anteriores, pero mira aquí JAJAJAJAJA

Le doy un vistazo a lo que me envió y me doy cuenta de que es otra captura de pantalla. Esta vez es un mensaje que Roberto le envió a Cristal, algo que no puedo pasar por alto es el hecho de que no tiene registrado el móvil de su prometida, ni nombre, ni sobrenombre, ni nada. Solo su número y ya. El texto dice:

«Si tanto te molesta que Gabriel tenga novia ¿por qué no vas y te lo coges de una vez?»

La respuesta de Cristal es nada más y nada menos que:

«Si pudiera, ya lo hubiera hecho»

Madre mía.

Madre mía. Qué diablos. Le pido a Elías que no me envíe más, porque estoy en una reunión y porque no tengo ganas de saber qué mierda se están lanzando esos dos ahora. Por suerte, todo transcurre tranquilo, sin ningún tipo de altercado entre Juan y Cristal, o mensajes entre Roberto o William —o al menos no que me dé cuenta—. Cuando salgo de la sala de reuniones al primero que mis ojos ven, es a él, a Elías, en el lugar que le corresponde a Cata, pero ella no está por ningún lado.

Me acerco a mi hermano, ni siquiera levanta la mirada al darse cuenta de mi presencia. Solo teclea en la computadora y lo escucho decir:

—¿Estoy mal si odio a mi hermano? —No me mira, como si no me debe una explicación ¿Por qué está él aquí? ¿Y por qué no está Catalina? —Mamá dice que me iré al infierno por eso y me castigó porque le dije que ella también se iría por permitir que su hijo se case con la ex de su hermano…. Con quién, claro está, le puso el cuerno.

—Elías ¿Qué haces aquí? —Ignoro toda la palabrería que acaba de soltar y me paro en frente. —¿Dónde diablos está Catalina?

—¿No te lo dijo? —Continúa hablándome sin despegar la vista del monitor. —Te dije

que mamá me castigó y yo necesito dinero, Cata me pidió cubrirla esta tarde. Obviamente va a pagarme, no estaría aquí de gratis.

—Ni siquiera va a pagarte.

—Va a hacerlo, yo sé cosas.

—Oh por Dios. —Busco mi celular en mi bolsillo para llamarle a mi hermana, de todas formas, sé que no va a contestarme. Bueno, espero que sí lo haga. —Tú ni siquiera eres mayor de edad, Elías.

—Sí lo soy… —Saca una billetera de su mochila y de ahí extrae una identificación, una identificación falsa, por supuesto. Sí, sí es él y hasta se ha sumado unos cuántos años más. —¿Lo ves? Tengo dieciocho.

Esto hace que detenga el acto de marcarle a mi hermana y tome el pedazo de papel que sostiene.

—Elías ¡No puedes venir a un despacho de abogados con una identificación falsa!

—Nadie va a saberlo si tú no lo dices y sé que no dirás nada, digo… yo sé que conociste a tu novia a través una app y que la dejaste quedarte en tu casa solo porque te gustaba. —Voy a protestar, pero ni siquiera me lo permite porque continúa: —Eso no es muy inteligente de tu parte, señor *Cum Laude.* Pudo asfixiarte mientras dormías, incendiar la casa, matarte a tiros…

Oh por Dios. No sé qué es peor, que Catalina se vaya sin avisar, la identificación falsa de Elías o la cantidad de palabrerías que está soltando ahora mismo.

—¡Elías! —Lo interrumpo para cortarle la inspiración sobre todas las formas posibles que Luna pudo haber usado para matarme por la noche. —Traes una identificación falsa a un despacho de abogados, no puedes venir chantajeándome ¿Le digo a mamá que tienes un micrófono instalado en la cocina?

Deja de teclear y ahora sí me mira:

—No lo harías. Te conozco. —Vuelve a su acto de pulsar teclas a lo loco y continúa: —Por cierto, el día del almuerzo en la casa de mamá, tu novia estaba hablando en el patio, detrás de un arbusto ¿Eso es normal?

—Tal vez quería privacidad y tú no se la estabas dando.

—¿Pero detrás de un arbusto? —No se detiene, ¿cómo puede escribir así y mantener una conversación al mismo tiempo? no lo sé. —Además, qué sé yo si planeaba volar la casa con todos dentro. Aunque me cae bien, eh. Le regresa toda la mierda que quiera lanzarle Cristal ¡Ja! —Elías suelta una risita, gira el monitor hacia mí y agrega: —Por cierto, encontré algo sobre ella. Son unos videos publicitarios, para Belrose. Solo personas importantes o personas que conozcan personas importantes trabajan para esa marca, es el imperio de cristales ¡Oh! Y mira qué conveniente que tu ex se llame Cristal.

—Bueno, Luna es actriz. Supongo que su agente conocía a personas importantes, ese es su trabajo ¿no? Así que no creo que ese sea el único que encuentres.

—¿Pero no es raro que no haya nada más? Y no lo encontré con su nombre, puse su foto en el buscador y apareció esto.

Elías está reproduciendo el video del que habla, sí es un anuncio publicitario y sí es para la Belrose. No tardo mucho en reconocer a Luna, evidentemente, está mucho más joven, unos quince años ¿tal vez? No lo sé, en lo único que puedo pensar es que no ha cambiado casi nada. En una toma rápida del video, aparece el reloj de Lu.

—¿Oye, puedes investigar a una persona detrás de una cuenta falsa?

—¿Elías? —La voz de Juan me interrumpe detrás de mí. Él se acerca, mira a Elías, arruga

si entrecejo y agrega: —¿Qué haces aquí? ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

—Tengo quince, pendejo. —Se apura mi hermano a contestar. Me quita su «identificación» falsa, se la muestra a Juan y le dice: —Aunque ahora mismo tengo dieciocho.

—Esto ni siquiera es legal… —Exclama Juan. Mira de él a mí, pero entonces se encoge de hombros y agrega: —Pero funciona para mí, ven ayúdame con algo.

Y se van los dos.

Ah, genial. Ya me quedé sin asistente, algo que Catalina nunca hubiese permitido.

Vuelvo a quedar frente a la imagen de Luna en el video de Belrose que me mostró Elías, tal vez debería preguntarle al respecto. O tal vez no. Digo, no podría decírselo sin dar a entender que mi hermano está investigándola. Camino directo a mi oficina y cuando estoy dejando mi maletín sobre el escritorio y revisando mi red social al mismo tiempo, salta entre mis notificaciones una historia que ha subido mi madre; pero no es todo, en su historia está con Lu. Es una selfie de ellas dos en algún lugar que, estoy seguro, no es la casa de mi madre.

Y por supuesto la foto es de hoy.

También en mi feed aparece una publicación que Luna hizo hace un momento, otra fotografía con mi mamá. Santo cielo. Comienzo a escribirle un mensaje, pero entonces, la puerta de mi oficina se abre haciendo que toda mi atención se centre en la persona que está ahí:

Cristal, por supuesto.

Pero no es todo, está entrando —sin tocar, hay que agregar— hablando, reclamándome algo a mí ¡a mí! Me giro en su dirección cuando la escucho:

—¿Por qué Juan insinúa que yo tuve algo con Roberto antes de terminar contigo?

¿Y yo debería tener esa respuesta por…?

—No sé, tú dime. —Suelto con sarcasmo. También me rio un poco y vuelvo mi atención a mi celular, eso es algo que encabrona a Cristal, claro. El mensaje que le dejo a Luna es preguntándole qué hace con mi madre a esta hora. —Por cierto, te voy a pedir que siempre toques la puerta antes de entrar.

—¿Es eso lo que estás diciéndole a todo el mundo? —Continúa. ¡Oh, Dios! A veces sí me hace falta Catalina, solo a veces, porque esto no estuviese pasando. —¿Para qué? ¿Quieres ensuciar mi reputación? ¿Qué ganas con eso?

—A ver… antes que nada, Cristal, no me interesa decir cosas por ahí ¿Va? Si te acostaste con él o no, no me interesa... Lo que sea que tengas que preguntarle a Juan, háblalo con él. Déjame tranquilo y fuera de esto que ni siquiera me importa.

—¡Claro! A ti nunca te importa nada. Nunca te ha importado nada más que tu trabajo. —¿Ahora cuál es el tema de conversación? —Y no es como que tú estés tan limpio, vamos. Si ya estás viviendo con esa chica es porque debiste conocerla desde mucho antes. Solo fueron cuatro meses que estuve en Inglaterra, Gabriel ¡Cuatro meses! ¿En serio crees que soy tan tonta? No conoces a una persona y te vas a mudar con ella en cuatro meses… tú no harías algo así.

Si tan solo supiera que fue un día después.

—Pues para todo hay una primera vez… ¿no? —Tengo la respuesta de Luna, dice: «¿Adivina quién le enseñará a tocar el violín?» También le agrega una selfie, mi madre está de fondo eligiendo un violín en una tienda. Ah, carajo.

—En serio que se te ha nublado el raciocinio últimamente. Es… una chiquilla ¡por Dios!

—Y aquí vamos otra vez… —Tal vez eso debí quedármelo en mi mente… —Esta tontería me está cansando, Cristal. Vas a casarte, sé feliz, preocúpate por tu prometido, no por mí. Lo que yo haga con otra persona, sinceramente, no te incumbe ¿o sí?

—¡Es que ni siquiera a tu madre le parece esa chica!

—¿En serio? —Exclamo con sorna y me río después. Regreso a las historias de mi madre, aparece la foto con Luna otra vez y le extiendo el celular a ella. Cabe destacar que mi madre nunca, jamás, ha compartido una foto con Cristal en sus redes. —Pues no es eso lo que parece.

Cristal se queda callada mirando la fotografía, va a decir algo, pero no lo hace, porque Juan entra y mira de ella a mí. Le digo a Cristal que ahora que tiene a Juan de frente le pregunte lo que quiere saber, porque esa es una conversación que debería tener con él ¿no? Pero no hace nada, solo se va y Juan me mira a mí arrugando el entrecejo.

—Estaba reclamándome el por qué tú insinúas que ella se acostaba con Roberto desde antes. —Juan suelta una risita, camina hacia mi escritorio y toma unos papeles sobre la mesa al mismo tiempo que dice:

—Ridícula. —Cambia de tema y me pregunta: —Por cierto ¿Cuál es ese bendito reloj que Melissa asume que tú le compraste a Luna?

De nuevo: Aquí vamos otra vez…

—Yo no le compré el reloj, no sé de dónde sacan que yo lo hice.

Juan se saca el celular del bolsillo, busca algo en él, me entrega su teléfono celular y miro una conversación que mantiene con ella, Melissa, la mejor amiga de Cristal, la que estuvo presente en el almuerzo de mi madre y cuando fui a buscar a Luna a la cocina, a ella fue a quién me encontré y, mientras se servía un poco de agua, me dijo:

—Linda chica. —Arrugué mi entrecejo, me asomé por la ventana tratando de encontrar a Lu y la escuché preguntar: —¿Cuántos años tiene?

Sin girarme, me reí un poco y le dije:

—¿Es en serio, Mel? Vamos.

—Sabes que bromeo… —Sí, claro. —Solo que es un poquito raro… digo, verte a ti con una chica como ella, nunca me lo hubiera pensado. —Como no contesté, prosiguió: —Siempre te imaginé con alguien más…

—¿Aburrida?

—Quería decir… ¿intelectual? —Hizo una pausa cuando me giré a verla, pero no para ponerle atención, solo quería salir de ahí. —Tú sabes a qué me refiero… —Solo me reí un poco en respuesta, al mismo tiempo que sacaba mi teléfono para marcarle a Lu. —Es solo que ni yo ni nadie te hubiésemos imaginado con una novia así… —Tampoco contesté, así que agregó: —Si tu intención era encabronar a Cristal, lo lograste.

Ahí sí me detuve y miré a Mel.

—¿Y por qué yo haría cosas para molestar a Cristal? —Y me reí de nuevo, hasta con un toque de burla y todo, porque eso hasta comenzaba a sonar ridículo y le agregué: —Me encanta Luna, es todo. Y si pudiera devolver el tiempo, lo único que cambiaría es poder haberla conocido antes.

No tan antes, claro, digo… es ocho años menor, cuando yo comencé mi relación con Cristal, Luna tendría unos dieciocho años, apenas y era legal, por Dios. En fin, leo la conversación que me está mostrando Juan en su teléfono y lo que dice, de parte de Mel, es:

De: Melissa

No entiendo por qué Gabriel le compraría algo tan caro a una chica con la que tiene algún par de meses de relación.

Si es que no están juntos desde antes…

Y la respuesta de Juan, es:

Para: Melissa

A ver ¿Ahora por qué importa desde cuando están juntos?

Y lo que Gabriel quiera hacer con su dinero, creo que es problema suyo.

Touché.

De: Melissa

¡Vamos, Juan! Cristal puede que tenga razón en esto. De lejos se nota que esa chica es de esas muchachitas que son capaces de estar con un hombre solo por interés…

Para: Melissa

¿Estás insinuando que él no podría conquistar a una chica bonita y más joven?

De: Melissa

Sabes que no es a lo que me refiero. Comúnmente estas chicas tienen un padre que las abandonó y buscan refugio en el hombre que pueda darles todo lo que no tuvieron…

—¿Qué diablos? —Qué ridículo es todo esto. Juan también se ríe y me dice que solo es envidia porque ellas no me tienen a mí cómo el hombre que pueda darles todo lo que no tuvieron. No puedo evitar pensar en el papá de Luna y su usuario en Instagram, así que le digo: —Si tan solo Melissa supiera que el padre de Luna se creó una cuenta bajo el nombre de «sexychocokrispis» solo porque lo bloqueó en redes sociales.

—Tal vez debería enviarle este último mensaje. —Comienza a fingir una conversación con él, con seriedad y toda la cosa. Es que Juan sería un excelente actor: —Oiga, señor *sexychocokrispis* ¿En verdad es usted un padre que abandonó a su hija? No se preocupe, Gabriel se la está cuidando muy bien…

—¿Qué quieres? ¿Un muñeco vudú con tu nombre? —Juan suelta una carcajada en el momento que me llega otro mensaje de Luna a mi celular. No había contestado el anterior, así que la foto suya con mi madre sigue ahí. Su texto esta vez dice:

De: Luna

¿Qué harás esta noche?

Escucho a Juan parlotear, pero no le estoy poniendo atención. No le pongo atención a nadie más cuando estoy hablando con Luna.

Para: Luna

¿Qué quieres hacer tú conmigo?

La respuesta de Luna no tarda nada en llegar, cuando digo nada… es nada. Su texto casi de inmediato aparece en mi pantalla y es:

De: Luna

Qué tentador…

Y me río, ni siquiera se me pasó por la mente el doble sentido de la oración, estoy contestándole cuando escucho a Juan preguntar:

—¿Estás poniendo atención a algo de lo que te digo? —Y tengo que dejar de escribir para verlo. Le digo que sí, pero no… en realidad no. Entonces, poniéndose de pie, exclama con fingido reclamo y cargado de ironía: —Me siento herido ¿Sabes? Me has desplazado por una mujer a la que conociste a través de una aplicación ¡Le regalaste hasta un reloj! ¿Qué me diste a mí? ¡Un par de calcetines!

Y me tengo que reír, tal vez por la exageración, o la escena en sí o que esté usando el acento de Cristal y finja una voz femenina para hacerlo. Incluso se ha puesto la mano en la

cintura.

—Juan, las paredes son de vidrio, nos están viendo desde afuera…

—¡¿Y qué?! —Exclama hasta con chillido y todo. También suelta una carcajada y, finalmente, deja de hacer lo que sea que estaba haciendo. Toma los folios que traía y entonces, aclarándose la garganta, repite: —Va, te decía que saldremos con los chicos hoy, después del trabajo ¿Quieres venir?

—Sabes que tengo que viajar mañana, es el cumpleaños de mi padre.

—No es como que vayamos a perrear hasta el amanecer. Somos abogados, ya ninguno de nosotros tiene energía para eso. —Juan se vuelve a reír, se dirige a la puerta de la oficina y después de abrirla se gira solo para decirme: —Puedes llevar a tu chica.

Finjo que lo pienso. Sigue siendo un no.

—Voy a preguntarle…

—No dijiste que no era tu chica. —Juan levanta una ceja y su gesto medio burlón y sarcástico es el que se dibuja en su cara. Ah, carajo. Antes que yo diga algo, me da la espalda, cierra la puerta y se pierde por el pasillo.

Vuelvo a mi conversación con Luna y esta vez borro lo que había escrito para enviar:

Para: Luna

Estaba pensando en salir con Juan y otros colegas

Aparece que está escribiendo, pero no envía nada, entonces le mando un segundo texto:

Para: Luna

¿Quieres venir?

Recibo una notificación desde mi perfil de Instagram justo en el momento que Luna sube una publicación, ni la pienso dos veces cuando estoy viendo el video suyo en el que también acaba de etiquetarme. Es una grabación de ella que yo había tomado en mi balcón esta mañana. Me quedo viendo la publicación un rato, tal vez más tiempo del que debería, porque… qué guapa es Luna, por Dios.

De: Luna

Contigo voy a donde sea, mi amor.

Capítulo 31

Luna

Siete mil setecientos millones de personas en el mundo y precisamente a mí me tocó ser yo.

Es que incluso podría enumerar mi día con cada uno de mis hechos trágicos, pero no sé por dónde iniciar siquiera. Tal vez por el momento exacto en el que enciendo la tv y veo a mis dos padres en toda la pantalla provocando que lance el control remoto por los aires o en el instante en el que veo al señor comisionado, mi suegro, y lo único que se me ocurre decirle es:

—¡Señor comisionado! ¿Qué se siente vivir casi cien años? Deberían incluirlo en los récords Guinness.

Pero es que es como una compulsión, como un ritual o una fuerza del más allá que me pone las palabras en la boca —tal vez es mi abuela Margarita por venganza—. Otro buen ejemplo es que hoy más temprano mientras caminaba con la suegra —porque ella misma me había dado el pase para llamarla así, cuando nos encontramos a una amiga suya y le dijo—:

—¡María Esther! ¡Qué gusto verte por aquí! Te presento a Luna, mi nuera.

Así tal cual «mi nuera». Me encanta. Me encanta. No es error, lo dije dos veces. Pero bueno, volviendo al tema, la amiga María Esther me miró de pies a cabeza, esbozó una sonrisa y contestó:

—¿Es la novia de Gabriel, cierto? —Caterine asintió, ni siquiera yo lo hice, ella lo hizo sin titubear, lo que es genial porque así yo no tengo que mentir y tampoco tengo la necesidad de aclarar eso de «futura novia de Gabriel» (porque optimista siempre), pero bueno, el punto es que... cuando la amiga dijo: —No pareces granjera como Cristal me había dicho.

Tal vez aquí necesito hacer una pausa, porque... ¡Vamos! ¿Granjera? ¿En serio, Cristal? ¿Es en serio? Bah, sí... es Cristal ¿qué más podía esperar?

Regresando a la escena con la amiga María Esther, fue ahí cuando solté otra de esas cosas que yo digo y hasta después pienso. Digo, cualquier otra persona hubiera dicho «No soy granjera» porque, bueno, no lo soy. Pero yo... yo... Luna Rodríguez... contesté:

—Eso he escuchado. —Referente al comentario sobre no parecer granjera. Ni siquiera he escuchado antes a alguien que crea que soy granjera. —Cuando quieran las invito a nuestra granja familiar, se llama «La confitería».

Fue hasta después que me dije en mi mente «No tienes una granja familiar que se llame «La confitería» ¿Qué pedo contigo, Luna?» No solo me bastaba con haberme comprometido a convencer a Max para que cante en un evento benéfico de la señora Caterine, ahora también tendría que conseguir una granja que se llame «La confitería».

Por si las moscas le dejé un mensaje al *chocounicornio*:

Para: Sexychocokrispis

Si alguien pregunta, la confitería es una granja ¿Ok?

Pero tampoco eso fue lo peor, digo... hasta eso de conseguir una granja y ponerle «La confitería» no sonaba tan complicado después de todo, en eso se puede mentir y poner escusas —como que se incendió, por ejemplo— pero, cuando creí que nada podía ir peor, en realidad ese solo era el inicio de un día trágico, porque el siguiente hecho sucedió después de pasar mi tarde con la señora Caterine, de haber elegido un violín y haber almorzado con ella —digo, es la

madre de Gabriel y primero hay que ganarse a la suegra—, ella misma se había ofrecido a llevarme de regreso a casa, entonces yo le dije que no se preocupara por mí que le pediría a mi tío Pepe que me llevase, pero en realidad tomé el autobús.

Y ese fue el error más grande.

No sé si fue Karma por no querer llamar al tío Pepe porque se aparecería en la camioneta de mala muerte o cosa de justicia divina por haberme reído cuando la vulpécula roja bastante molesta —por nuestras fotos, según lo que entendí— llamó a la señora Caterine y, aunque no alcancé a escuchar todo, sí oí cuando la señora le contestó:

—A ver, a mí no vas a hablarme así, Cristal. Yo puedo tomarme fotos con quién yo quiera, no soy... —Al parecer la señorita la interrumpió y aunque no supe que fue lo que le dijo, pude ver como cambió su gesto y le agregó: —A ver, yo no soy tu títere, ni Roberto lo es ¿entiendes? Así que... —Y parece que volvió a interrumpirla, así que Caterine después de rodar los ojos, colgó.

La regla número uno de la tía Elena es: Nunca hacer enojar a una suegra.

—Perdón... —Me dijo, volviéndose a mí. Fingí que no estaba escuchando nada mientras observaba unas flores encima de una mesita. —Era... Cristal. —Esbozó una sonrisa que pareció más una mueca y dijo: —Roberto debe estar en camino, siempre que pelean viene a pasar la noche aquí. Tengo que prepararle una ducha y la cena. —La verdad es que Roberto suena a un bebé grande. —¿Te quedas a comer?

—Oh, no no... —Respondí de inmediato. Me acerqué a ella, porque se había alejado para hablar con la tal Cristal y hablé: —De todas formas, yo ya me iba. Gabriel y yo tenemos planes con unos colegas suyos.

—¿Quieres que te lleve?

—No, está bien. Mi tío Pepe está en camino. No se preocupe. —La señora Caterine se acercó a mí, me tomó por los hombros y dijo:

—Trátame de «tú» eso de usted es demasiado formalismo y tú ya eres parte de la familia.

Si tal solo la vulpécula roja hubiese escuchado eso.

Y si tan solo supiera que su suegra me dijo:

—¿Sabes? Creo que nunca había visto a Gabriel tan feliz como se ve contigo.

En fin, ya me desvié, la cuestión es que tomé el autobús que me llevaría de regreso al apartamento de Gabriel, pero es que si no me pasan tragedias, no soy Luna. Cuando ya estaba arriba del transporte y escuché ese sonido glorioso que emitió mi tarjeta anunciándome que sí podía subir porque ya tenía fondos, sentí como se volvía la paz a mi cuerpo, que por fin el mal de ojos se me iba pasando, que ya todos los astros se habían alineado a mi favor, entonces fue en ese momento que alguien detrás de mí habló:

—Disculpa... no tengo saldo en mi tarjeta ¿podrías ayudarme, por favor? Yo te lo pago en efectivo. —Yo había pasado por eso ya, así que como un alma caritativa pagué otro pasaje para el pobre hombre que de pobre ¡no tenía nada, eh! Y todavía, le dije:

—No te preocupes por pagarme el pasaje, adelante.

Yo sintiéndome bien altruista me senté al final del autobús, revisando mis redes sociales me di cuenta de que tenía un mensaje del pelirrojo hermano de Cristal, iba a abrirlo cuando escuché el grito de las personas dentro del vehículo. El resto solo pasó frente a mí como en cámara lenta, resumiendo los hechos irían enumerados así:

Uno: El sujeto sacándose un arma.

Dos: El sujeto soltando a gritos que nos iba a matar a todos.

Tres: El sujeto vociferando a lo loco que le entregáramos nuestros celulares.

El mismo sujeto al que yo le había pagado un pasaje ¡Yo!

Aquí es donde comienzas a recordar todos esos Aves Marías que no te has rezado en tu vida o comienzas a ver que tu vida no es una mierda y que en realidad amas vivir o que no es nada *cool* pagarle un pasaje en autobús a tu posible asesino. Yo ya me había despedido de mi teléfono ¡Mi teléfono casi nuevo! Entonces, cuando el sujeto llegó a mí y me apuntó a la cabeza, cerré los ojos y le extendí el celular —porque Luisa ya me había dicho que en estos casos lo más inteligente es cooperar—. Entonces, lo escuché:

—Tú no, tú puedes quedarte el teléfono. —A ese punto ya todos estaban despojados de sus pertenencias y yo sin poder decir una palabra todavía, hasta se me había cerrado la garganta. Abrí un ojo y después el otro. El tipo se alejó, le apuntó una vez más al conductor y después se bajó del transporte, pero no sin antes decirme: —Gracias por dejarme subir.

Y todos voltearon a verme a mí.

Carajo.

¡Carajo!

¿Es que... en serio? ¿En serio?

Entonces, aquí estoy, en la oficina de Luisa, bueno... no en la oficina de Luisa, estoy caminando tras ella por toda la comisaría explicándole como loca lo que pasó, porque hasta llamaron a la policía y me interrogaron a mí ¡A mí! Entonces, mi hermana se detiene frente a una puerta, me toma del antebrazo, me lanza dentro y cierra:

—Luna, le pagaste un pasaje a la persona que asaltó un autobús... —Cabe destacar que el que me interrogó fue Fede y fue a propósito, por molestar nada más, porque Luisa después me dijo que él no tenía que hacerlo. Sí, bastante bien me está cayendo, por suerte le había dicho solo la mitad de las cosas que me pidió sobre Luisa, el resto que las averigüe él, si puede. —Y te dejó quedarte tu teléfono, un iPhone.

—Sí, un malandro agradecido. Todavía existen. —Me mofo. Tomo lugar en el sillón frente al escritorio donde mi hermana está dejando unos papeles mientras la escucho reírse, burlarse de mí y de mis catástrofes, entonces miro una fotografía sobre la mesa.

Me pongo de pie para tomar el retrato, es el señor comisionado mucho más joven (cuando digo «mucho más joven» hablo en serio). Con él están tres niños (una niña y dos niños, para ser más específica).

—¿Esta es la oficina del comisionado? —Le pregunto y miro alrededor. Un despacho pulcro, arreglado y ordenado. Ahora entiendo a quién tuvo que salir Gabriel. Hasta hay un minigolf a un costado de la oficina. —¿No está por aquí, verdad?

Estoy preparándome psicológicamente para pasar todo el día con él mañana, pero hoy no.

—No, está fuera de la comisaría. —Ok, puedo respirar tranquila. Necesito tomarle una fotografía a este retrato. Lástima que Roberto esté ahí, pero estoy segura de que a esa edad no pensaba ser una rata apestosa y perdón por las ratas. Cuando me saco el celular del bolsillo, me encuentro un mensaje de Gabriel, uno que me dice que puede pasar por mí, si me parece. —Por cierto, no le has contado nada a Gabriel ¿verdad?

Estoy dejándole mi respuesta con una fotografía del minigolf de su padre y no tarda mucho en caer en cuenta donde estoy, porque me envía: «¿Estás en la comisaría?»

Voy a omitirle el motivo por el cual estoy aquí.

—¿Contarle qué? —Bueno, creo que sí sé a qué se refiere. Así que antes que lo aclare, yo contesto: —No. —Ella tiene una mirada inquisidora sobre mí, casi de esas policiacas y

mordaces. —¿Tú le has contado a Fede?

—Fede es un acostón nada más. No le dices a un acostón quiénes son tus padres, si tus padres son... ellos. —Le quiero decir que su acostón ya le duró bastante, pero no me deja hablar siquiera. Vuelve a lo que estaba haciendo con los papeles y continúa: —Pero tú sí que vas muy en serio ¿Ahora hasta fotos con la suegra? ¿Qué sigue? ¿Un compromiso? ¿Una boda?

—Gabriel no es de acostones... no sabes las cosas que me he tenido que inventar para besar a ese hombre. —Enfoco la fotografía del retrato del señor comisionado y miro a Luisa. —¿Crees que no le gusto? ¿Estaré muy flaca?

—¿Qué? Ese hombre babea por ti, Luna. Tal vez solo no es de ese tipo de hombre, por eso podría caerme bien. Y digo «podría» porque no me aceptó en Instagram con mi nombre, pero sí como «*elbombonasesino*». —Hace una pausa— Y no estás muy flaca.

—Y creo que no sabe que tú eres «*elbombonasesino*», sino tampoco te hubiera aceptado.

—Ya me da igual, pero a lo que quería llegar era al «no puedes decirle» y lo sabes. Al menos no hasta que sepas en realidad qué tipo de hombre es Gabriel, porque su padre es mi jefe y si el comisionado se entera…

—Gabriel no es de ese tipo, Luisa. —O eso es lo que espero. —Además es abogado, él sabe cómo funciona esto. Estoy segura de que don sexychocokrispis y el señor candentenutella le harán firmar un papel como a todos los que se nos acercan…

—Procura gozarlo antes por si sale corriendo…

—¡Luisa!

—¿Qué? Tenemos pruebas… —Miro otra vez la fotografía, pero esta vez en mi celular, es que Gabriel me hubiese gustado en cualquier momento que lo hubiese conocido. Aunque en esta foto creo que yo ni siquiera había nacido ¿Y si es verdad que sale corriendo? —Aunque… gracias a esos benditos papeles que se inventan es que tu amiguita Ana no ha salido a sacar dinero a tu costa, con eso de que ambos cortaron toda comunicación con ella desde el favor que te hizo… ya sabes cuál… se debe estar tirando de los pelos…

Y sí que fue un favor…

—Nah, Gabriel no saldría corriendo. —La interrumpo. Ni al caso con lo que está hablando, pero solo estoy intentando convencerme a mí misma que no en voz alta.

En ese momento me llega un mensaje de mi padre en Instagram, algo que dice «Copiado, compraremos una granja». Y también hay un comentario en la foto que subí con la señora Caterine:

@GranjaLaConfitería: *@GabrielMariani* ¿Cuándo la foto contigo?

«GranjaLaConfitería»

Santo escarabajo.

Estoy contestando, con toda la rapidez que puedo cuando veo que también me han agregado a un grupo de Whatsapp ¡Un grupo de Whatsapp! Que se llama, ni más ni menos así «Granja La confitería»

Mierda.

Y ya sé que dije que dejaría de decir «mierda», pero es que... en serio ¡mierda!

—No puede ser cierto... —Suelto un bufido. Luisa me arrebata el celular al escucharme y suelta una risa viendo el grupo. Además, se saca su teléfono y sí, también la han agregado, porque reproduce un mensaje de voz que va así:

«Aviso importante, familia. Este es un apartado para informarles que procederemos a comprar una granja. Como la señorita «me voy de casa y no aviso» no especificó qué tipo de

granja quería, entonces decidimos que será una granja porcina. Así le pagamos al Juan que nos comimos en navidad»

Y todavía hay otro: «Tal vez así deja de sacarnos en cara los chicharrones»

Por supuesto que esa es la voz de Max, quién más mencionaría los chicharrones.

Luisa se carcajea de nuevo y yo, solo me puedo quedar viendo a un punto fijo imaginándome una granja porcina que, aparte, se llame «La confitería» ¿Qué carajos hice? Definitivamente, no vuelvo a comentar nada con ninguno de mis padres. Le quito mi celular a Luisa para contestar cuando entonces la puerta se abre y causándome un susto de muerte, escucho:

—¡Señorita bolas! —No puede ser. Santa mie... rcoles. Cierro los ojos un momento y con la mejor cara que puedo, me vuelvo a él. Definitivamente, no debí venir. —¡Qué gusto verla por aquí! ¿Lista para mañana? Más le vale llevar sus mejores zapatos.

Entonces, aquí es donde sucede:

—¡Señor comisionado! ¿Qué se siente vivir casi cien años? Deberían incluirlo en los récords Guinness.

Definitivamente, yo no pudiera dar una charla sobre cómo tratar a tu suegro. Aunque el comisionado se carcajee y Luisa quiera matarme. El jefe de jefe de todos los jefes del trabajo de Luisa, suelta con picardía:

—Y si me entrevistan diré que sigo vivo gracias a sus consejos y la Ensure Advance.

Toma los papeles que Luisa le entrega, aprovecho que está distraído escuchando lo que mi hermana le está diciendo y regreso el retrato a dónde estaba. Además, me aparto para que me ignore mientras mi hermana decida que es hora de irnos, tomo el palo un golf y miro el juego que tiene.

Se nota que trabaja bastante.

Eso me recuerda a algo:

Para: Oreosensual

¿Puedes robarte de la casa de mis padres algo firmado por Max?

Lo necesito para mañana

De: Oreosensual

¿Tengo cara de ratero?

Si tan solo escuchara el comentario que Cristal hizo sobre él.

—¡Bolas! —Ah, no puede ser... Cuando volteo a verlo, me doy cuenta que Luisa ha salido de la oficina, yo tenía que irme con ella. Estoy dejando el palo de golf en su sitio inventándome una excusa para ya largarme de la comisaría y al jefe de jefes de todos los jefes se le ocurre preguntar: —¿Sabe jugar golf?

—La verdad es que... —No me deja ni terminar. No, yo no sé siquiera qué es jugar golf. Bueno, de saber... sí sé. Digo, he visto jugarlo nada más, en la tv para ser más específica, pero a mí nunca se me ocurrió practicarlo. El comisionado toma una bolita blanca y la deja en el lugar que creo es el correspondiente mientras me dice:

—Si haces un «ace» te perdono todo el bullying que me has hecho.

Ni siquiera sé qué es un ace, ni cuál es ese bullying del que habla. El comisionado toma un palo para él también y me explica que es lo que tengo que hacer. No parece nada del otro mundo tampoco, es golpear la pelotita y ya.

Okey, sí puedo.

Esto nada más y me largo.

Como ya se sabe, no pienso mucho lo que hago, así que cuando me preparo para golpear la pelota fingiendo que calculo la distancia del agujero, es hasta ese momento que caigo en cuenta que tal vez fue demasiada fuerza la que utilicé para un objeto tan liviano y pequeño ¡Vamos! Ni siquiera pensé que iba a darle, pero sí que lo hice y la pelota no ingresó en su destino, sino que pegó con fuerza contra la pared y después solo la vi pasar frente a mí hasta pegarle al comisionado... en las pelotas.

Santa mierda.

¡No!

A ver... a ver... lo bueno de todo esto es que él ya engendró hijos y no creo que quiera más. Además, no creo que sus espermas estés funcionales, digo... no podrían a esa edad... creo. Él se está sosteniendo de las rodillas y después se cae al suelo.

—Oh por Dios, oh por Dios... —Comienzo a entrar en pánico cuando él ni siquiera se mueve. Parece estar desmayado. —Mierda, mierda...

Tal vez sí debí irme nada más.

Miro para todos lados como si encontraré a alguien que me ayude dentro de esta oficina. Me tiro al suelo con él, sacudo al comisionado, pero entonces me doy cuenta de que él es el que se está sacudiendo solito, su cuerpo se zarandea con fuerza. No puedo creerlo, no puedo creerlo. No puedo matar a mi suegro ¡Por el amor de todos los dioses! ¡Es el jefe de jefes de los jefes de la comisaría! Y estamos en la comisaría. Seré sospechosa del asesinato de mi propio suegro que ni siquiera es mi suegro todavía.

—Señor comisionado... no se vaya a morir, por Dios... —A este punto ya estoy gritando como histérica. El comisionado comienza a agitarse con más fuerza y yo suelto un chillido. Viéndolo así, está muy joven para morir. —No, no no... no se va a morir un día antes de su cumpleaños... tenga tantita madre, comisionado.

Tomo mi celular y estoy marcando un montón de números sin sentido, porque no sé qué hacer. Ahhh, mierda ¿Llamo a una ambulancia? ¿Llamo a Gabriel? ¿Llamo a Luisa? A mi hermana, a mi hermana mejor, pero no puedo marcar el celular, la llamo a gritos desesperados, pero entonces, el comisionado ya no se sacude más. Está inmóvil, petrificado, casi muerto. No sé si ponerme a llorar o morirme yo también.

Esto último es más convincente.

Ya no sé siquiera si respiro, pero es en ese momento... en ese preciso momento que él comienza a reírse. Me quedo en shock, en silencio, ahora la que está como piedra soy yo. El comisionado se está carcajeando... ¡Se está carcajeando! Se pone de pie como si nada y me dice:

—Esa es mi venganza por todo el bullying que me ha hecho, bolas.

Hijo de su p...

¡Hijo de su p&%$# madre!

El comisionado se está riendo, incluso se sostiene el abdomen por las risas, se quita las gafas, las limpia y yo me quedo ahí, en el mismo lugar, sentada en el piso intentado procesar lo que acaba de pasar. Entonces, la puerta se abre y es mi hermana quién aparece. Cuando el comisionado la mira, le dice:

—Dígale a bolas que le cuente la anécdota que pasamos jugando golf.

Definitivamente, el bullying sí que lo tiene bien merecido por culero.

Pero se me olvida al momento que veo al hombre araña, su guapo hijo, aparcado frente a la comisaría, con esa sonrisa radiante que esboza al verme que hace que se me reinicie la vida. Me encanta esa forma de ser de Gabriel, que cuando estoy más cerca se baje del auto y camine

hacia mí solo para darme uno de esos abrazos tan suyos, fuertes, efusivos y tiernos al mismo tiempo.

¿Por qué Gabriel tiene que ser tan perfecto, carajo?

—¿Y… cómo estuvo tu día? —Me pregunta abriéndome la puerta de su vehículo. A ver… ¿cómo se lo cuento? Primero, todavía tengo celular por pagarle el pasaje en bus a un delincuente y, segundo, su padre es un hijo de la chingada.

—Pues bien… —Me limito a decir, porque ambas cosas son lo suficientemente vergonzosas para contarle. Entonces, cambiando rápidamente de tema, le digo: —Mira lo que encontré...

Saco mi teléfono celular y en mis imágenes busco la fotografía que había tomado hace un momento en la oficina del suegro. Le extiendo la foto y él arrugando el entrecejo, vocifera un elocuente:

—¡No! —Además, suelta una risita y agrega: —Borra eso, Lu, en serio.

—¿Por qué? —Entonces, miro la fotografía otra vez. Es lo más tierno que haya visto alguna vez en mi vida. Me guardo el celular de regreso en el bolsillo de la chaqueta y con la barbilla en alto, le digo: —Bueno, tal vez si... pero solo si me das un beso con lengua, me lo pensaría.

Gabriel suelta una carcajada. La verdad, es que esta es otra de las cosas que no pensé que haría, al menos no aquí o ahora, pero qué equivocada estoy con Gabriel. Él se acerca a mí sin pensarla dos veces, toma mi rostro con ambas manos y me da un bezaso de esos que se ven, se sienten y se antojan.

Ay, caramba...

Es que esos besos de Gabriel ¡Carajo! Son tan embriagadores y tan provocativos, deseosos y sensuales, que hacen que la mente se me pierda en segundos y solo sienta ese cosquilleo que se me va derramando por todo el cuerpo a medida que sus manos van bajándose a mi cintura.

Es que Gabriel me encanta, por Dios.

Se separa de mí y yo por un momento no sé ni dónde estoy, ni quién soy, ni qué hago en este mundo. Y es que, ahora mismo, me encanta ser yo. Me aclaro la garganta y, entonces, fingiendo que aquello no me ha calentado como el infierno le sonrío en respuesta cuando me saca el celular del bolsillo y lo escucho decir:

—Ahora tu parte del trato, borra esa foto.

Capítulo 32

Gabriel

Hay cosas que no sabes cómo sucedieron, pero ahí están.

Como, por ejemplo, tener yo en mi celular una cuenta de Instagram del gato, Pantuflas, y que el perfil se llame «*WhiskasLujurioso*». No me acuerdo haberla hecho yo, pero sí recuerdo cuando Lu me dijo:

—Mi celular no tiene pila ¿me prestas el tuyo? —Lo peor de todo es que la foto de perfil era una en la que estamos el gato y yo. Eso es lo que no sé cómo pasó, estoy yo en el sillón de la sala y el animal sobre el respaldar mirándome con esas ganas de asesinarme que se carga. Sí me acuerdo de que yo fui el de la idea del nombre, cuando Luna agregó: —Le haré una cuenta de Instagram ¿Cómo crees que debería llamarse?

—No lo sé, si es un Rodríguez tal vez le guste *WhiskasLujurioso* ¿no? —Y Luna se carcajeó, pero yo no hablaba en serio ¡Vamos! Incluso cuando le di el móvil no me imaginé que en realidad sí se lo estaba pensando, hasta hoy… cuando desperté y vi las notificaciones de *«WhiskasLujurioso»*.

Lo peor de todo es que el animal ya tiene quinientos seguidores en esa red social con nada más tres publicaciones, y en una de esas estoy yo. Es que en la familia de Lu parece que hasta el gato está destinado a romperla en redes sociales. Caramba.

Solo hay que ver al señor sexychocokrispis, quién ya casi alcanza los diez mil seguidores con un solo post bailando con una cabeza de unicornio. Eso me lleva al siguiente ejemplo sobre cosas que no sabes cómo sucedieron y es que no tengo idea de cómo fue que acabé en un grupo de Whatsapp que se llama «Granja La confitería». Quizás es mi culpa, fui yo quién contestó un comentario de *sexychocokrispis* preguntándome cuando nos tomaríamos una foto como la de mi madre y Lu, y yo le dije:

@sexychocokrispis Cuando usted quiera, suegro.

Pero bueno, después de ese comentario fue que acabé en el bendito grupo de Whatsapp, porque casi de inmediato —casi de inmediato, en serio— tuve un mensaje privado del señor *Sexychocokrispis* que decía:

«Dame tu número, abogadito»

Abogadito, así tal cual.

No debí dárselo, por la falta de respeto; pero es que era como una orden, no una pregunta, y no puedes desacatar una orden de un suegro que te tiene un muñeco vudú con un clavo en la cabeza. Eso es regla general. Okey, voy a admitir que no fue por eso, es que me dio curiosidad nada más y yo le pedí el suyo también.

Y sí, me lo dio.

Entonces ahí estaba yo, intercambiando números con la persona que tiene un muñeco vudú mío y yo bromeé diciéndole si podía hacerle un masaje en la espalda porque me sentía estresado. Entonces él me envió una foto de su zapato sobre el muñeco vudú y además un texto que decía:

«¿Así te sientes mejor?»

Esto no se lo conté a Luna por supuesto, ni lo del grupo, aunque sé que de eso va a enterarse de todas formas, digo… el grupo «Granja la confitería» la incluye a ella y no tardé

mucho en darme cuenta de que los otros miembros son los usuarios de Instagram que ya conozco.

—¿Tu familia tiene una granja? —Le pregunté viendo la pantalla de mi teléfono. Luna me miró con el entrecejo fruncido cuando entrábamos al lugar que Juan me había enviado en la ubicación. Por supuesto que no era el lugar calmo y centrado que me dijo. Era un sitio estruendoso y para hablar tenía que acercarme al rostro de Lu, algo que no me incomoda en lo absoluto. —¿La confitería? ¿En serio es una granja?

—¿Tu madre te contó sobre la confitería? —Preguntó de inmediato. Le contesté que no y, vamos, ¿en serio mi madre sabe de esto también y yo no? —No puede ser, ¿ahora donde me consigo esa bendita granja?

—¿Mi madre sabe sobre esta granja? —Replico rápido. Y a todo esto ¿qué es «La confitería»? No pensé que podría ser una granja, nunca había escuchado a Luna mencionarlo o a Pepe, ni siquiera cuando se emborrachó en mi casa y me dijo que había vivido en Los Ángeles antes de divorciarse de su ex, no pude preguntar más porque Luna cambió la plática de inmediato. —¿A qué te refieres con «dónde la consigo»?

—La granja no existe. —Se detiene detrás del tumulto de gente que espera entrar al sitio y se vuelve a mí otra vez. Cabe mencionar que ahí estábamos los dos, esperando entrar, tomados de la mano y eran otra de esas cosas que no me incomodaban del todo. —A ver… Cristal le dijo a tu madre y a su amiga que yo era granjera y… bueno… yo le dije que sí, que teníamos una granja que se llamaba «la confitería».

—¿Cristal hizo qué? —Y me eché a reír, más que todo porque me acordé de un mensaje que Elías me había enviado aproximadamente una hora antes de ese suceso. Más conversaciones desde el teléfono de Roberto que no quiero seguir viendo, pero por error pinché el enlace e iban así:

De: Cristal

Tal vez deberíamos posponer la boda unos días.

Para: Cristal

Estás loca ¿verdad? Ya enviamos las invitaciones, ¿qué va a decir la gente?

Y otra vez Cristal:

De: Cristal

¡Oh! ¿En serio te importa lo que diga la gente? ¿A ti?

Para: Cristal

Es a ti a quién le importa qué diga la gente.

¿Qué te está pasando Cristal?

No me hagas perder el tiempo con esta plática sin sentido, estoy ocupado…

De: Cristal

¡Ja, ja, ja! ¡Claro! Ocupado… Cómo si tuvieras mucho qué hacer.

Touché.

Para: Cristal

Maldita sea, en serio. Te portas como una niña a veces…

¿Qué es lo que quieres?

¿Esperar más tiempo para ver si Gabriel regresa suplicándote volver con él?

Ah, carajo. Lo único que quiero es que estos dos me dejen en tranquilo, en serio. Pero no fue todo, Roberto agregó:

Para: Cristal

Creo que todavía estás obsesionada con Gabriel.

De: Cristal

Y tú estás obsesionado con su novia. Me das vergüenza.

Para: Cristal

¿No puedo ver sus videos entonces porque estoy obsesionado con ella?

¿Sabes qué? Me iré donde mi madre hoy. Por mi parte fóllate a Gabriel y a su novia y a quién tú quieras.

Y cometí un error, mostrarle la conversación a Luna y después de hacer un gesto de asco —ante el último texto de Roberto— también me preguntó sobre cómo es que tengo estas conversaciones. Entonces, ahí estaba entre la espada y la pared, o ser sincero con Luna o exponer a Elías. Así que de forma sutil, le dije o más bien le recordé:

—Solo voy a decirte que nunca abras links que te envíe Elías ¿Okey? Ni de ninguna otra cuenta que te diga que ganaste un millón de dólares, o que tiene *nudes* mías.

Y la respuesta, digna de Lu, fue:

—Yo no quiero un millón de dólares, las *nudes* tuyas tal vez sí.

Volviendo al tema de Roberto y Cristal, siempre lo he dicho, tantas personas en el mundo, tantos hombres con los que Cristal pudo encontrarse en Inglaterra, tantos flojos que quieren ser mantenidos y ella elige a mi hermano, pero eso no es lo más desagradable; lo peor es que yo siga siendo mencionado en esas conversaciones. Tal vez lo que necesito es mudarme a otro continente, es más, creo que ni mudándome a otro continente.

—Luna… —En ese momento ya estábamos adentro, en otra mesa apartados de mis colegas, pero ellos ni siquiera lo habían notado porque estaban embelesados en el tío Pepe, porque sí, lo habíamos invitado. Bueno, yo lo hice, Luna le preguntó si no tenía que trabajar y él dijo que ni de coña trabajaba y ahí estaba. En fin, cuando Luna me miró, le pregunté: —¿Te irías conmigo a otro continente?

Ella me sonrió y su respuesta me hizo soltar una risa:

—Si aceptas casarte conmigo.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —Y tomó el sello de seguridad de una botella y después mi mano para dejarlo en mi dedo anular. Y me dijo, con una seriedad que no sé de dónde había sacado:

—¿Te casarías conmigo?

—¿Así nomás? ¿Sin mariachis? ¿Sin cantarme la canción de «Un millón de primaveras» de Vicente Fernández? —Contesté de inmediato, con la misma fingida formalidad suya y agregué: —No.

Y Luna soltó una carcajada, yo también. Es que me la paso bien con Luna. Tal vez en ese momento era el alcohol, no sé, pero yo le agregué, cuando dejé de reírme:

—Lo peor de todo es que sí me casaría contigo. —Sí, diré que fue el alcohol. Así que, para que sonara como una broma, le agregué: —Aunque me lo hayas propuesto con una canción de fondo que dice «Salgo acicalá, de pie a tope, porque puede ser que con el culo mío te topes»

Me gusta la forma que se ríe Lu, es de una manera contagiosa y me encanta (y tal vez no debí confesárselo, pero sí lo hice. Otra cosa para culpar al alcohol). Pero de nuevo, justo en ese momento, mi celular me interrumpió y miré un mensaje de Elías, creí que era otra de las conversaciones entre Roberto y Cristal así que, a punto de guardarme el celular de regreso al bolsillo, miré que agregó una imagen y mencionó a sexychocokrispis. Cuando abrí la captura de pantalla me di cuenta de que eran un par de mensajes que había intercambiado con el suegro e

iban así:

De: HeladoLibidoso.

¡Usted se ha ganado un millón de dólares! Click en el siguiente enlace para recoger su premio.

«HeladoLibidoso» Oh, Dios.

La respuesta de don sexychocokrispis fue:

De: Sexychocokripis

Yo no necesito un millón de dólares.

Además, agregó:

De: Sexychocokrispis

HeladoLibidoso JAJAJA.

Me encanta.

Ni siquiera pensé en responderle ese mensaje a Elías.

Pero bueno, ni siquiera me dio tiempo de todas formas, porque en ese momento escuché a Luna hablarme:

—Oye Gabriel ¿nos echamos una bailadita?

—¿Qué? No. Yo ya no tengo edad para perrear hasta el suelo, Luna. —Bromeé, tal vez exagerándole un poco a mi expresión. Y otra de esas cosas para echarle la culpa al alcohol fue cuando le dije: —Pero si me das un beso, tal vez me lo pensaría.

¿Y qué puedo decir? Luna no lo pensó dos veces, hasta me reí porque fue casi de inmediato que ya tenía sus labios sobre los míos, sus brazos alrededor de mi cuello, su lengua dentro de mi boca y, a pesar de la diversión que esto me causó, me acoplé a su beso, pero es que esos besos de Lu… carajo, incendiarían el edificio completo.

Y lo peor de todo, es que me gustan.

Pero después caí en cuenta que no debería pensar eso, ni ponerme duro en momentos así, porque cuando ordenó un trago le pidieron que mostrara su identificación —algo que conmigo no hicieron, claro—. Pero sí recordé la obsesión de Elías por el ID de Luna, así que para ver que el documento sí es de ella, le dije en broma:

—Es regla general que todos salimos mal en nuestros ID ¿cómo es posible que tú te mires bien? —Entonces sacó la identificación otra vez y después de decirme que no era verdad, me mostró el documento y sí existe, sí es ella, sí es su nombre; algo que me alivia. —Sí, lo reitero, eres la primera persona que sale bien en un ID.

—No es verdad, enséñame el tuyo.

—¿Estamos hablando del ID, verdad?

Hasta que me percaté que el tío Pepe estaba frente a los dos y nos estaba viendo.

Santo cielo.

—No quería interrumpir… —Dijo de inmediato, le hice un gesto indicándole que no había ningún problema, pero sí lo había. —Solo porque tú sí me caes bien.

Eso es algo bueno, creo.

Digo, no debe ser nada reconfortante caerle mal a alguien como el tío Pepe. A quién yo también le digo tío Pepe y a él no parece importarle en lo absoluto. Es más, él mismo me dijo: Llámame tío Pepe si quieres y también se lo dijo a mis colegas, ahora para todos es el tío Pepe. Aunque cuando recién llegamos y ellos lo vieron, se quedaron mudos y yo bromeé:

—Juro que sí hablan. —Pepe se rio un poco y después me preguntó si también todos son abogados. Le dije que sí y él exclamó un «genial» sentándose con ellos. Solo lo vieron

acomodarse, servirse una cerveza y darle un trago… mientras todos estaban en silencio.

A ver… Pepe mide algunos dos metros, está mamadísimo y cubierto de tatuajes también… aunque el más llamativo sea el de la ex. Así que, asumo, esa es la reacción que provoca la mayoría de las veces. Agradezco que no sea él el padre de Luna, aunque no es que conozca a su padre, pero al menos en el único video de él que vi, el señor sexychocokrispis no se ve así de intimidante. Juan fue el primero que reaccionó y lo primero que le dijo fue:

—¿Me compartes tu rutina de gym? —Entonces, ese fue el punto de partida de la conversación entre todos ellos. Al ver que todos los presentes volcaron la atención a Pepe, aproveché para escaparme a la barra con Luna, además utilicé el momento para preguntar:

—¿Cómo soporta tu tío Pepe toda la atención que recibe?

—Está acostumbrado. —Me imagino que sí, no es común ver tipos como él por aquí, así que todas las miradas femeninas (y masculinas también) se postran sobre él, siempre. Eso fue lo que le contesté a Luna y ella continuó: —¿Sabes? Mi ex mejor amiga, Ana, la vulpécula ¿Te acuerdas? Bueno, ella, siempre ha estado súper enamoradísima del tío Pepe.

—¿Qué? Es de tu edad, ¿no? Puede ser su padre. —Y yo aquí pensando en los ocho, casi nueve años menos que tiene Luna.

—Sí, pero a ella no le importaba en lo absoluto, por suerte el tío Pepe no es de ese tipo de hombre y nunca le paró bola. —En ese momento fue que pidió la botella de agua y agregó: —Tal vez deberías pedirle sus tips para tener la atención de la mujer que quieras.

—No… yo ya tengo la atención de la mujer que quiero, el resto no me importa.

Ni siquiera miré a Luna cuando le dije eso, fue algo que salió porque sí y esa es otra de las cosas que culparé al alcohol después, aunque en ese momento no había tomado ni un sorbo siquiera.

Entonces, por ese motivo ahora estoy aquí, con una resaca de los mil demonios, con un camino de tres horas por delante y con un dolor de cabeza que es como si me ha pasado un camión encima. Bueno, no es como que ya me haya pasado un camión encima, pero así es como debe sentirse… creo, mucho más porque no había dormido por culpa del animal malvado que hospedo en mi casa. Los hechos irían así:

Uno: Me desperté por el peso que sentía en mi espalda: El gato.

Dos: Sentí un mordisco en mi talón (cuando se supone que ya estaba fuera de mi habitación): El gato.

Tres: Algo se movía en mis pies y ya lo había sacado por segunda vez: El gato.

Tuve que llevarlo en manos hasta la habitación de Luna y dejarlo ahí pero no era lo que él quería al parecer, porque se regresó conmigo y yo cerré la puerta, cuando estaba a punto de quedarme dormido escuché como arañaba la madera. En definitiva, eso que dicen que las mujeres y los gatos siempre ganan, es verdad; porque ahí estaba yo abriéndole la puerta al animal y dejándolo acurrucarse en mi cama.

—Oye, Lu ¿sabes conducir? —Le pregunto, porque me ha entrado la curiosidad de pronto. Son cosas que nunca me he preguntado sobre Luna. Su respuesta afirmativa es inmediata, aunque su mirada sigue puesta en el celular, agrega:

—Tenía un auto. —Luna también lleva unas gafas de sol y ahora mismo se las está dejando arriba de la cabeza para verme a mí. —Un día saliendo de la cochera de la casa de mis padres, choqué la camioneta favorita de mi papá y la licencia no la conseguí hasta después de dos intentos por si te lo preguntas.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Bueno, digamos que a la primera el oficial no se tomó muy bien el consejo que me dio mi padre antes del examen «Cuando mires el semáforo cambiándose a amarillo, aprieta el acelerador a ver si logras pasar a tiempo».

—¿Qué carajo? —Y me carcajeo, con el dolor de cabeza y todo. Qué curiosidad me da ese señor y toda la familia de Lu en realidad. —Tu padre parece bastante…

—Maniático…

—No… iba a decir cool. —Me río otra vez. Aparco el auto y la miro un momento antes de entregarle las llaves. Su gesto cambia a confusión de inmediato cuando yo me estoy bajando del vehículo y le digo: —Vamos, conduce tú.

—No traigo mi licencia, Gabriel.

—No vamos a encontrar agentes de tránsito por aquí, no te preocupes. —Rodeé el auto, le abrí la puerta y agregué: —Además, tienes al comisionado en la bolsa y a un abogado, no pasarás más de tres días en la cárcel.

—¿No pasaré más de tres días en la cárcel? ¿O sea que sí puedo pasar dos? Eso es toda una ganga, no voy a desaprovecharla. —No se baja del auto, se cruza al lugar frente al volante ahí mismo, dentro del mismo vehículo. —Más vale que te agarres, porque tengo más un año sin conducir un auto. Déjame poner un cumbión en caso de que vayamos a estrellarnos a algún lado.

—Qué reconfortante… —hablo con sorna, poniéndome el cinturón de seguridad por si acaso no está bromeando. —Morir escuchando un cumbión…

La oración me queda suspendida en el aire cuando pone el auto en marcha, pero se va en retroceso llevándose un tumulto de tierra consigo y después Lu arranca a toda prisa. A ver, creo que sí necesito el cumbión entonces y un álbum completo hasta que lleguemos al lugar.

Luna sí que tenía razón, tengo que agarrarme todo el camino por miedo a salir volando por la ventana (con todo y cinturón). Cuando aparca el auto, no sé cómo hemos llegado vivos y tampoco sé cómo es que ahora estamos escuchando a Los Ángeles Azules. Lu apaga la radio y pregunta:

—¿Te divertiste?

—Bastante. —Suelto con ironía.

Nota mental: No volver a pedirle a Luna que conduzca.

Me bajo del vehículo y después de sacar las maletas, escucho a mi padre acercándose, digo… quién más gritaría «señorita bolas» desde el otro extremo. No pongo atención a la conversación entre mi padre y Lu, porque ahora mismo estoy viendo un mensaje que me ha llegado a mi celular… de Cristal, ha comentado una de mis historias de ayer y sé cuál ha sido, porque su texto es:

«Por supuesto que van a llevarse bien, si todos tus amigos son igual de inmaduros»

Solo espero que no se le ocurra decir esto frente a Juan.

Estoy dejándole una respuesta cuando escucho a mi padre acercarse a mí, después de saludarlo y desearle un feliz cumpleaños, me entrega unas llaves y antes de irse se detiene solo para decirme:

—Dile a bolas que te cuente la anécdota que pasamos jugando minigolf.

Y yo miro a Luna y ella a mí, por supuesto que quiero preguntar de qué anécdota está hablando, pero no digo nada, porque sé que de todas formas en algún momento va a contarme.

—No preguntes.

—No lo haré.

Sí voy a preguntar después.

Este es el lugar en el que mi padre siempre celebra sus cumpleaños. Ya es como tradición, está cerca de un sitio de actividades recreativas y algún día dijo que cuando se jubilara se mudaría a este lugar. Entonces, cuando abro la puerta y dejo las maletas sobre la cama, escucho a Lu detrás de mí

—Espera ¿Vamos a dormir juntos?

—Sí… —Hablo sin vacilar, saco mi laptop y agrego: —No vayas a meterme mano, por favor. Que me estoy guardando hasta el matrimonio.

Mi comentario hace a Luna estallar en risas, hasta a mí en realidad, qué mal me hace juntarme con Luna o con su padre, quién hoy también me dejó los buenos días con una foto peculiar: Él junto al muñeco vudú tomándose un café. El pie de foto de la imagen en la que me ha etiquetado es «Café con el yerno». Santo cielo.

Sí, suelto una carcajada, algo que llama la atención de Lu y mira mi celular. Suelta un bufido y después saca su teléfono para ver sus redes sociales. Nunca le he preguntado qué hace su padre, pero el tipo lleva un saco y corbata así que asumo que un granjero no es.

—¿A qué se dedica tu padre?

Estoy sentándome sobre el borde del colchón de la cama cuando se escuchan personas entrando en la habitación que está a la par. Esto es una cabaña así que todo se oye tal cual estuviéramos en la misma habitación: El azote de la puerta, Roberto gritándole a Cristal, Cristal gritándole a él, culpándose entre los dos por llegar tarde, que el lugar es pésimo, que la recepción de la señal, etc.

—¿Esos son Roberto y Cristal? —Pregunta Lu en un susurro, le digo que sí ¿Quiénes más entrarían matándose a un lugar como este? Entonces escucho el sonido que hace Luna, es algo similar a un gemido y se sube a la cama. —Sígueme la corriente.

Arrugo mi entrecejo mirándola, pero entonces continúa con los gemidos (sonidos sexuales, cabe destacar) y ahora está moviendo la cama ¡Vamos! ¿Es en serio? ¿En serio, Luna? Evitando soltar una carcajada, pregunto manteniendo el tono bajísimo de la conversación:

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Haciéndoles creer que nosotros sí la estamos pasando bien. —Los gritos de ellos dos ya cesaron, ahora hay un silencio sepulcral que solo es interrumpido por los sonidos de Lu y la cama, que suena contra la pobre pared de madera.

—¡Luna! —Digo, riéndome en silencio. —Ya basta, bájate de ahí.

—Necesito un gemido tuyo, no quieres parecer un robot ¿verdad?

—¡No! No de no quiero parecer robot, es un no de no pienso hacer eso. —Yo también tengo que subirme a la cama para bajarla a ella, tomo su mano y en ese instante mi pie se enreda en la sábana. En un intento vago para evitar caerme, tiro de Lu conmigo haciendo que los dos caigamos de espadas al piso.

Eso sí dolió.

Y sí salió el gemido que Luna quería, pero no sonó nada sexy.

—¿Estás bien? —Me dice entre risas. Está sobre mí y su cabello está cayendo a ambos lados de mi rostro. Sí, estoy bien, tal vez necesite una silla de ruedas más adelante y una que otra operación en la columna, pero nada más. Se lo digo así, con ironía y ella me responde: —No te preocupes, no hay nada que un paracetamol y dos Ave Marías no arreglen.

Capítulo 33

Luna

No había conseguido el regalo del señor comisionado.

El suegro culero si me pongo rencorosa.

Confiaba en que el tío Pepe me conseguiría algo firmado por Max, le pedí una cosa nada más ¡Una cosa! Tanto que se puede encontrar en la casa de mi padre, que incluso pude haber ido yo y hubiese conseguido algo mejor que esto, porque... bueno, al señor sexychocokrispis le gusta firmar todas sus cosas, pero ese no es el punto. El punto es que Pepe se había aparecido ayer en el apartamento del hombre araña, sosteniendo un calzoncillo y me dijo:

—¿Esto funciona? —En ese momento pensé que sí, debí ir yo misma. Pepe tenía la ropa interior de mi padre tendida frente a mí (en la puerta del apartamento de Gabriel, recalco) y, cuando no le di respuesta porque ¿en serio? ¿en serio, Pepe?, continuó: —Me dijiste que me robara algo de Max ¿no? Esto es de Max.

—¿Qué diablos? —Fue lo primero que se me ocurrió. —¿Qué es eso? —Sí, sí sabía que era ¡Vamos! Pero esperaba que me estuviera fallando la vista o que fuera alguna alucinación donde solo estoy viendo calzoncillos.

—Ropa interior.

—¡Sé que es ropa interior, Pepe! —Santo escarabajo. Le quité la prenda de las manos y lo miré como si se tratara de una roca salida del mismísimo infierno. —No voy a llevarle esto al comisionado ¿Además quién va a creerse que son de Max para iniciar? No puedo ir y decirle —incluso fingí una plática ahí frente a él: —Hola señor comisionado, estos calzoncillos pertenecen a Max, no tengo pruebas, pero tampoco dudas. —Entonces me volví a Pepe de nuevo y recalqué: —¿Ahora sí te das cuenta que suena estúpido?

También es importante mencionar que todo esto lo estábamos hablando casi en susurros, porque... bueno, el hombre araña estaba solo a unos cuantos metros y no tardaba nada en aparecer.

—¡Cualquier persona mataría por calzoncillos de Max! —Continuó Pepe. Oh, madre santa. Repito: ¡Tantas cosas! ¡Tantas! Y a Pepe se le ocurrió precisamente eso.

—¿Al menos están firmados? —Y busqué la firma, claro. No es que me estuviera pensando en regalarle eso... o tal vez sí. Como decía mi abuela Margarita «Peor es nada» aunque ella utilizaba esa frase cada que le preguntaban por alguno de los hombres con los que se había casado en su vida (cuatro si no contamos al que le pareció aburrido veinticuatro horas después de la boda) —Los aceptara si tuvieran una dedicatoria al menos, pero ni siquiera tienen su firma. —Bromeé.

—¿Quieres que regrese y le diga a Max que necesito su firma en estos calzoncillos?

—¡No! ¡Estaba siendo sarcástica!

—¿Entonces le digo que se los ponga y tomo una foto?

—¡No, Joseph! ¡No tengo ganas de ver a mi padre en calzoncillos! —¡Mierda! Otro problema para agregarle a mi lista: No tener un regalo para el comisionado. Tampoco conocía sus gustos, así que no tenía idea (y todavía no la tengo) de qué diablos le gusta. Ya no tenía tiempo para ir hasta la casa de Max, está lejos y no había forma de decirle a Gabriel que me llevara, tampoco Pepe era una opción porque en su camioneta de mala muerte nos tomaría toda la

noche ir y regresar. Miré otra vez la prenda y caí en cuenta de una cosa: —Por cierto, no están sucios ¿verdad?

—¡Y yo que sé! —Entonces se los lancé con un gesto de disgusto y él hizo lo mismo cuando le chocaron en la cara. Se los quitó de inmediato haciendo arcadas y después agregó: —Fuiste tú quién me pidió tomar algo suyo, ¿o no?

—¡Pero no calzoncillos!

—¡Son sus calzoncillos favoritos!

—Pero ¿quién diablos regala calzoncillos?

—Eh, yo —Respondió tan campante. —¿Cuánto crees que valen estos? Una fortuna si los subastas por ebay. —Genial, ahora vamos a subastar calzoncillos. Si tan solo tuviera tiempo para eso lo intentara, pero no. Ya no solo tenía que buscar cómo conseguir que Max se apareciera en el evento de la señora Caterine, también tenía que preocuparme por la bendita granja, dos padres buscando cerdos importados de Holanda y un regalo para el suegro culero que no sean calzoncillos.

Cuando el tío Pepe comenzó a parlotear y a decirme que el regalo que había traído no era una mala idea y de que él podría simular el autógrafo de mi padre, me di cuenta de un detalle sobre su cabeza:

—¿Por qué estas usando un sombrero? —El tío Pepe sonrió amplio y dejó de ver la ropa interior de Max que, de nuevo, tenía tendida frente a mí. Se recostó en el pilar de la puerta, llevándose una mano a la cintura y dijo:

—Porque ahora soy granjero.

No puede ser.

A su *«outfit»* le había agregado un *overall*.

—¿Qué sigue? ¿Un caballo como transporte?

—¿Cuánto cuesta un caballo?

Solo espero que no aparezca de pronto montado en un corcel.

—¿Qué tal, Pepe? Qué gusto verlo por aquí. —Pepe de inmediato se llevó el calzoncillo a la bolsa del *overall* cuando escuchamos a Gabriel acercándose, me giré para verlo y en lo único que me pude concentrar en ese momento fue en ese hombre que tenía frente a mí y recordé el porqué es que me trae babeando (por todos lados, eh). Gabriel siempre está impecable, huele delicioso y, además, el color negro le favorece bastante.

Otra cosa para derretirme: Rodeó mis hombros con su brazo y me dio un beso tierno en la sien. A ver... no sé si fue actuación por la presencia de mi tío Pepe o porque quiso hacerlo o por la mirada boba que yo le había puesto encima. Carajo. De lo único que estoy segura es que las clases de actuación no me han servido de nada frente a Gabriel.

Le tendió la mano al tío Pepe y cuando este miró el reloj en la muñeca de él, se giró hacia mí con una sonrisa casi histérica y dijo:

—¡Oh, qué bonito reloj! Es un bulgari. —Oh, padre celestial, que no diga una tontería. —A Fran va a encantarle. —Entonces lo miré aprovechando que Gabriel no me estaba viendo a mí, mi gesto debió decirle muchas cosas para nada buenas porque guardó silencio y cuando Gabriel preguntó quién era Fran, Pepe le mencionó que era mi padre, pero de inmediato cambió la conversación: —Por cierto, tú puedes llamarme tío Pepe si gustas. Somos casi familia.

—Ese es todo un honor. —Le contestó con una sonrisa. Tampoco a Gabriel le pasó por alto el sombrero de rancho que el tío Pepe llevaba puesto, porque había arrugado su entrecejo cuando lo vio y es que Pepe hasta se lo había quitado y todo para saludarlo formalmente. A este

punto, debe creer que todos en mi familia están locos. —Por favor, pase.

Yo miré a Pepe y le hice una sutil negación preguntándole si no tiene otras cosas qué hacer y él, con mucha paciencia dio un paso al frente y dijo:

—*Nah*, yo no tengo algo qué hacer.

«Vamos... ¿En serio, Pepe? ¿En serio? Estoy intentando parecer una persona normal frente a este hombre para que no salga corriendo y tú no me estás poniendo las cosas más fáciles», y se lo dije después, cuando el hombre araña se había retirado a su habitación y él contestó:

—De todas formas, saldrá corriendo cuando le digas que tienes dos padres...

—¡Pepe!

—¿Qué? De por sí ya es difícil para un hombre tener un suegro, ahora imagínate tener dos.

—¡No! —Intenté detenerlo. —No sigas...

—Eso sin mencionar que le va a dar el patatús cuando se entere quienes son...

—¿Qué diablos es el patatús?

—Lo que le dará a Gabriel, porque también una cosa es tener dos suegros, pero otra es que sean Max y François. A ver cómo se lo dices... ¡Oh! Tengo una idea... —Se acomodó mejor en el sillón y me dijo: —Puedes recoger todas las ediciones de *Forbes* donde sean portada y le dices: Oye, adivina quienes son ellos ¡Sí! Son *Sexychocokrispis* y *Candentenutella*.

Y se rio, una risita que terminó en una tos de su parte cuando tomó un trago de agua y Gabriel apareció de nuevo, aunque no estaba poniéndonos atención, estaba hablando por teléfono con su laptop en manos. Se sentó frente a nosotros y los dos lo observamos teclear, guardarse el teléfono y decir:

—Vamos a salir con unos colegas del despacho, Pepe ¿Quiere venir?

No puede ser. Miré de nuevo a Pepe esperando la negación de su parte ¡Pero no! Es que él no pierde tiempo. De inmediato, sonrió amplio y contestó:

—Me encantaría.

A fin de cuentas que mis padres sí estaban logrando lo que querían: No perderme de vista. Y claro ¿qué mejor carnada que el tío Pepe quién sin esfuerzo consigue caerle bien a todo el mundo? Entonces ahí estábamos, entrando a una discoteca junto al tío Pepe (quién además se roba todas las miradas a su paso y no es como que le importe) eso es algo que Gabriel tampoco pasó por alto y me preguntó cómo es que Pepe soportaba tanta atención, yo no mentí cuando le respondí:

—Está acostumbrado. —Si supiera...

No voy a mentir que más tarde me di cuenta que traer a Pepe fue lo mejor que pudo haber pasado porque, bueno... él estuvo entreteniendo a los amigos de Gabriel mientras yo pasaba tiempo a solas con el hombre araña. Ahora ya sé que debo invitar al Tío Pepe cada que nos reunamos con ellos, aunque Juan le haya puesto demasiada atención al tatuaje de la ex y le dijo:

—¿Entonces ella es tu exesposa? —Es que el tío Pepe ni siquiera intentó ocultarlo. Llevaba una camiseta con mangas cortas y el *tatoo* está en el antebrazo, todos los chicos preguntaron y él había contestado que era su ex. Ni siquiera repararon en que llevaba un *overall* en una discoteca y es que cómo él mismo había dicho «estoy seguro que el *overall* es en lo que último que se fijarían, Lu» y sí, tenía razón. Entonces, Juan había agregado: —Se parece mucho a una cantante rusa.

Casi nos atragantamos los dos. El tío Pepe me miró a mí y yo a él.

—¿En serio?... —Dijo, aclarándose la garganta. Intentó sonar indiferente... y digo que de verdad «lo intentó», porque si alguien de aquí fuera experto en actuación se daría cuenta de la terrible escena que estamos protagonizando ¿Quién en el mundo hispano sería capaz de reconocerla? —¿Y... —se aclaró la garganta otra vez: —¿Y recuerdas su nombre?

—No, ni siquiera aprendí a pronunciarlo. —Juan se rio sirviéndose otro trajo, ojalá no se acuerde de esa conversación mañana, ni Gabriel. —Estaba bien guapa, pero medio loca y dejó de sacar música. Regresó para dedicarle una canción al ex, aunque ya se había casado con otro.

—¿Qué canción?

Y yo le di un puntapié a Pepe debajo de la mesa y bastó con un intercambio de miradas para que se aclarara la garganta de nuevo e interrumpiera a Juan que ya hasta había comenzado a cantar en ruso —o eso es lo que intentaba—. Además, ya le estaban llegando los tragos, así que no creo que alguien esté poniendo atención a lo que dice.

—No estoy seguro de quién me hablas la verdad... —Dijo Pepe entre pausas, porque estaba sobándose la rodilla. En ese momento estaba en un dilema, aprovechar el momento y seguirme besuqueando al hombre araña en la barra donde estábamos antes que Pepe nos interrumpiera, o quedarme ahí para evitar que mi tío soltara información que no debía. —Como dicen por ahí, tenemos siete caras parecidas en todo el mundo.

Eso pareció funcionar para Juan, porque asintió y también parece que convenció al resto de los colegas porque el otro amigo de Gabriel, Javier, soltó un bufido y dijo:

—¿Por qué no fui yo una de sus caras, Pepe? —Eso provocó risas de parte de los chicos que, por un momento, dejaron de estar concentrados en el tatuaje. Entonces, el tío Pepe exclamó:

—Ustedes también pueden llamarme tío Pepe. Me caen bien.

Tomaron los tragos, brindaron por el «tío Pepe». Ahora también había adoptado a un grupo de abogados alcoholizados que, además, se ofrecieron a defenderlo si necesitaba ayuda legal en algún momento... sin costo. Y él dijo:

—¿Por qué no los conocí antes de divorciarme de mi ex?

Okey, mejor decidí que lo mejor era quedarme con todo el grupo. Al hombre araña me lo puedo besuquear todo el fin de semana, pero si Pepe hablaba algo que no debía es muy probable que no me lo vuelva a besuquear nunca... digo... ¿qué tal si es verdad que salga corriendo cuándo le diga que no es un papá... son dos? ¿O que son Max y François? ¿A qué hombre le gustaría tener a esos dos como suegros?

En fin, de vuelta al presente —el cumpleaños del suegro, Ed Sheeran y Britney Spears en la habitación contigua, el sexo ficticio salvaje y Gabriel tirando de mí hasta caer los dos a bruces sobre el piso—, debería aprovechar la situación, pero en lugar de buscar una excusa para que me de uno de esos bezasos suyos que me provocan temblor en las piernas, le digo:

—No te preocupes, no hay nada que un paracetamol y dos Ave Marías no arreglen.

El hombre araña suelta una risotada, cuando estoy buscando la escusa perfecta para saborearme los labios de Gabriel, a él se le ocurre:

—Por Dios, este es el sexo más rudo que he tenido. —No sé en qué momento se me ocurrió pensar que el hombre araña podría ser de ese tipo de hombre serio al que no podría sacarla una carcajada, pero me equivoqué. Definitivamente, ha heredado más que el físico del comisionado.

Espero no se convierta en un suegro culero más adelante.

—Eso es porque todavía no me habías conocido a mí. —Suelto con sorna. Se pone de pie cuando escuchamos la voz de su padre en la puerta y me tiende la mano a mí para ayudarme.

Antes de contestarle su invitación para comer todos juntos en el jardín, me acomoda el cabello de nuevo y se acerca a mi oído solo para susurrar:

—Solo a ti te permito lo que sea. —Es solo una frase, carajo, una que no significa precisamente algo pero a mí me ha provocado que se me ericen todos los bellos de la piel, hasta tengo que aclararme la garganta cuando se aleja al momento que suena su teléfono celular y después de sacárselo del bolsillo, me dice: —¿Puedes ir con mi padre, por favor? Tengo que atender esto, dile que estoy desempacando o algo así, porque si se da cuenta que estoy trabajando va a matarme y lo digo en serio...

—Sí, yo te cubro. No quiero quedarme viuda antes de casarnos. Ya hasta comencé a aprenderme «Un millón de primaveras». —Bromeo. Estoy frente al reflejo que la ventana de vidrio me ofrece acomodándome el cabello, pero no arreglándolo... estoy despeinándome a propósito, porque dicen por ahí que las cosas buenas despeinan... y es muy seguro que me encontraré a Cristal allá afuera. Escucho la risita breve de Gabriel y cuando me vuelvo a él me dice:

—Más te vale que hables con mi padre antes, porque si él se opone no puedo casarme contigo.

—Igual voy a robarte y te llevaré a vivir a mi rancho.

El hombre araña se contiene una risa, porque ya está con su cliente al otro lado de la línea, igual el gesto divertido no se le quita. Se aclara la garganta y vuelve a su porte formal o eso pareciera, pero pone el teléfono en *mute* para carcajearse a gusto y me mira, aunque no dice nada. Vuelve a aclararse la garganta otra vez y le pide a la persona al otro lado de la línea si puede repetir lo que dijo.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla al mismo tiempo que tomo la llave de su auto que había dejado en la mesita detrás de él. Sigue concentrado en la plática, pero pasa su brazo por sobre mis hombros y me devuelve el gesto, aunque él se queda más tiempo con sus labios en mi mejilla mientras atento escucha lo que le dicen del otro lado.

Ay, me encanta.

Creo que no volveré a encontrarme a otro Gabriel, nunca.

Voy a ir considerando lo del amarre más en serio.

O tal vez él ya me hizo un amarre a mí. Cuando me doy cuenta que me he quedado más tiempo del que debería absorbiendo ese delicioso aroma suyo, salgo de la habitación después de decirle que lo espero afuera. Un texto me interrumpe cuando estoy cerrando la puerta a mis espaldas y sí, ahí está Cristal. Finjo limpiarme la comisura de los labios y paso de ella esbozándole una leve sonrisa de suficiencia, pero mi actitud de diva no dura nada, porque cuando miro la pantalla de mi celular —el mensaje específicamente— casi me caigo en la entrada.

De: Sexychocokrispis

¡Ya conseguimos al nuevo Juan!

No te preocupes, nadie va a comérselo.

Pd: Es holandés.

No puede ser.

Miro el celular otra vez y el bendito grupo de Whatsapp tiene varios mensajes nuevos. Uno de mis padres ha subido ahí la fotografía del cerdo, con una mención a mí agregando que es el nuevo miembro de la familia. Incluso lo han puesto como la imagen oficial del grupo *«Granja La Confitería»*.

Santo escarabajo.

Y Gabriel está en ese grupo. Mierda.

Comienzo a grabar un audio para mi padre, una donde comienzo a enumerar todos los motivos por los cuáles es que no vivo con ellos y este es uno de esos, pero entonces escucho al comisionado hablarme causándome un susto de muerte —como siempre—, termino borrando todo lo que ya había dicho para volverme a él:

—¡Bolas! —También casi se me cae el celular de la impresión, a ver... que sobrevivió a un asalto, no puedo darme el lujo de que tenga su fin ahora sobre el pavimento. —¿Dónde está Gabriel? —Detrás del padre de Gabriel hay una mesa al aire libre y Elísabet, la esposa del comisionado, está poniendo unos platos.

—Está desempacando. —Ni siquiera me siento capaz de mentirle al comisionado, es que es el suegro, carajo.

—¿Desempacando? —Lo escucho decir. Desactivo la alarma del auto del hombre araña para sacar el regalo del señor comisionado que había traído. Y no, no conseguí nada de Max. Entonces, le había pedido a la tía de Gabriel que me elaborara un pastel, uno exclusivo para el comisionado. Aceptó en el mismo momento que le dije que Pepe iba a llegar por él.

No puedo creer que yo sea la última persona en este mundo que pueda conseguir algo de Max.

—¿Por qué está desempacando si ya nos vamos?

Con cautela sacando la caja de los asientos traseros, pregunto:

—¿Dónde?

—La experiencia completa incluye dormir en casa de campañas. Espero los mosquitos no se la lleven, bolas.

—Espere... —Me detengo y me vuelvo a él. No, no me importa que los mosquitos me lleven, solo una cosa me llama la atención: —¿No voy a dormir con Gabriel... digo, no vamos a dormir aquí entonces?

—No.

Estoy decepcionada.

Pero no se lo hago saber al comisionado, claro. Comienzo a cantarle feliz cumpleaños mientras le entrego el pastel. Él suelta una risa, pero se hace mucho más fuerte cuando mira la decoración del mismo, tiene un marcapasos dibujado en la superficie y, además, una nota que dice: «Érase una vez un comisionado, que nació hace mil años»

Yo no fui la autora de eso ¿Ok? Yo solo le pedí a Pepe una frase que resaltara los cien años.

—Iba a traer conseguir otra cosa, pero...

—Esto está buenísimo... —Me interrumpe, pero no me ha dejado terminar, estoy segura de que, si le digo que casi le traía el calzoncillo de Max, tira el pastel al suelo. Qué suerte que no traje los calzoncillos. El comisionado se va donde su esposa mientras yo voy detrás de él. Ahora las risas provienen de ella, Elísabet, quién también mira el pastel. No puedo evitar notar que Cristal nos está viendo desde la puerta y el comisionado ha sacado una silla para mí, indicándome que tome asiento.

Definitivamente, la roja ya se enteró que nunca va a ser la favorita.

—¿Así que su familia es granjera, Rodríguez?

Elísabet me había servido una bebida y estaba comenzando a tomar un trago bastante a gustito cuando la pregunta del señor Mariani ha provocado que casi se me salga el jugo por las narices. Santo escarabajo.

¿Hasta dónde ha llegado el chisme de la granja? Mierda.

—Eh... —me aclaro la garganta diciendo que no, bueno... tal vez, ah, caray. No somos granjeros ¿o sí? Ya ni sé. Esto es culpa de Cristal, todo es culpa de Cristal. —A ver, no exactamente...

—¿Tienen una granja? Luisa no me había comentado nada.

—Pues... —Okey, ya tenemos un cerdo. Eso cuenta como granja porcina ¿no? «Para muestra un botón» también dijo mi abuela Margarita; aunque ni siquiera sé si hay granja, pero si hay un Juan entonces cuenta. —Creo que... sí. Lo invitaría, pero... —me rasco el cuello pensando algo que decir: —Bueno, es temporada de plagas y...

—¿Plagas? ¿De qué tipo?

Santa mier... miércoles.

—Plagas de todo tipo…

Por primera vez agradezco que la rata Roberto se aparezca y cambie el rumbo de la conversación preguntándole algo a su padre, incluso se sienta frente a mí intentando involucrarme en la conversación... no sé, pero no hay nada que salga de él que me interese. El señor comisionado le contesta y aprovecho este momento para enviar un mensaje a los granjeros:

Para: Sexychocokrispis

Por si alguien pregunta, la granja tiene plagas ¿ok?

Cuando le doy enviar caigo en cuenta de la cantidad de mensajes sin leer que tengo, personas comentando mis historias, chicas enamoradas de Pepe, de los amigos de Gabriel y hasta de Gabriel, eh. También tengo más mensajes de ese chico hermano de Cristal que no pienso contestar. Uno de Roberto que, sin verlo, se va a la basura y... uno de Lisseth... Lisseth, mi ex jefa, que dice:

TRAIDORAAAAA

Hija de su p... madre.

Esta mañana había subido una foto de Mónica y yo en las instalaciones de la radio, no lo hice a propósito, ni siquiera sabía que Lisseth me seguía. Estamos a mano. Ella tiene a Ana y yo a Mónica.

—Bolas nos ha invitado a su granja... —Escucho al comisionado otra vez. Caramba. Miro a Gabriel acercándose a nosotros y esboza una sonrisa cuando mi padre le dice: —Una vez que acaben con la plaga...

Santo cielo.

—La plaga casi está controlada —Responde el hombre araña de inmediato —¿Verdad, amor? —¿Qué pedo? ¡Gabriel! ¿En serio? ¿Es en serio? No debí decirle nunca que la granja no existía. Miro a Gabriel rodearme, sentarse en la silla que está a la par y agregar: —Luna va a estar encantada de llevarnos a todos.

Miro a Gabriel, una de esas miradas que solo uso con el tío Pepe, pero que ahora se merece él. El comisionado menciona algo sobre estar listo para esa nueva aventura al momento de escuchar la voz de Elísabet desde la cocina y ponerse de pie. Antes de irse, nos mira a los dos y estoy tomándome otro trago de la bebida cuando lo escucho decir:

—Según lo que escuché allá adentro, a ustedes les gusta divertirse bastante. No se preocupen, puedo buscarles la casa de campaña más alejada si quieren.

Capítulo 34

Gabriel

Dicen por ahí que todos los días aprendemos algo nuevo.

Y yo en una sola mañana había aprendido dos cosas de Lu: La primera es que esta mujer no le tiene miedo a nada y la segunda es que tiene una familia dispuesta a hacer cualquier cosa por ella, repito: cualquier cosa.

Y no sé si debería alegrarme o salir corriendo.

O tal vez las dos.

A ver… mejor explicar por partes:

Debería comenzar con el hecho de que a Luna no le importa ningún tipo de comentario en lo absoluto, indirectas de Cristal: le valen una mierda; indirectas de Roberto: También; ironías del comisionado: Pues a ella se le ocurren más. Es que así es Luna y voy a admitir —no frente a Juan, por supuesto— que esa es una de las tantas cosas que me atraen de Lu (y también voy a fingir que nunca he pensado esto). Por eso, cuando a mi padre se le ocurre decir frente a todos:

—Según lo que escuché allá adentro, a ustedes les gusta divertirse bastante. No se preocupen, puedo buscarles la casa de campaña más alejada si quieren.

Yo me atraganto con mi café, Roberto que ya estaba desde antes frente a nosotros, levanta la mirada hacia los dos y Lu, que ya me había imaginado yo que saldría con una de esas ocurrencias suyas, deja su bebida de regreso sobre la mesa y con una sonrisa de suficiencia, me dice:

—¿Lo ves? Tu padre sí acepta nuestro matrimonio, ya no va a ser necesario robarte a escondidas. —Vuelve a tomar la bebida y con la misma sonrisa del guasón, se vuelve a él preguntando: —¿Comisionado, puedo pedirle la mano de Gabriel?

Por Dios. Mi padre se ríe, le responde que tendría que pensarlo muy bien fingiendo que en realidad sí se está analizando todas las posibilidades, incluso toma asiento de nuevo y con una mano en la barbilla y con la otra revolviendo un té con la cucharita, suelta:

—Está bien, pero ¿qué vas a darme a cambio de Gabriel? —Así tal cual. Entonces vuelvo a tomar un sorbo de mi café para no reírme, porque con estos dos hay que esperarse lo que sea. Roberto está más intrigado que yo en la conversación o solo está intrigado en Lu tal vez. Miro que se saca el teléfono y comienza a teclear algo, pero mi atención vuelve a Luna cuando la escucho decir:

—Diez cerdos. —Casi escupo mi café de regreso (otra vez). En este momento sí me río y finjo indignación volviéndome a Luna:

—¿Diez cerdos? ¿Eso valgo para ti? —Hago una pausa y agregué con mi ego de diva: —Unos veinte al menos.

—Son holandeses.

—¿Cerdos holandeses? Me parece un trato justo. —Exclama mi padre. Le tiende la mano a Luna para simular el trato. Al mismo tiempo que grita para que Elísabet lo escuchara hasta la cocina: —Cariño, tendremos diez cerdos holandeses.

Escucho la risa de la esposa de mi padre y seguido a eso el comisionado se pone de pie diciéndome que yo mismo elaboraré el contrato de que recibirá diez cerdos a cambio de mí. Así tal cual. Ni siquiera voy a opinar al respecto. Antes de retirarse, se dirige a Lu:

—¿Está lista para caminar todo el día, Rodríguez? La experiencia también incluye ejercicio cardiovascular, un guía va a llevarnos hasta el puente. Gabriel, procura que los mosquitos no se lleven a bolas, por favor.

Sigo sin superar el «bolas».

—¿Por qué me señala a mí comisionado? —Replica ella de inmediato. —¿No se habrá contratado una pandilla de mosquitos que me lleve, verdad?

—Si los hubiera contratado no los usaría para que la lleven a usted bolas, prefiero que se llevaran a… —Mi padre hace una pausa, se aclara la garganta y no dice nada más. Creo que ya sabemos a quién se está refiriendo. Entonces, nada más continúa: —Pero estoy preocupado por usted porque es la que está más flaca del grupo.

—¿Acaba de llamarme flaca?

—No se preocupe, don Ramón también lo era y fue un personaje muy querido… supongo que vio «El chavo del 8» ¿verdad?

Santo cielo, se me escapa una carcajada que sé que no debería, pero es Lu y sé que va a importarle un carajo.

—¡Por supuesto! Pero… Santo escarabajo, señor comisionado. Ese es el sueño de toda mujer, ser comparada con don Ramón… gracias por el cumplido.

Sí, confirmado. Le importa un carajo.

Mi padre dice algo que no logro captar del todo porque ya se está retirando y yo estoy viendo un mensaje de Elías que acaba de llegarme a mi celular. Es algo de Roberto, por supuesto. Por un momento se me había olvidado que está aquí, por un momento nada más, porque de inmediato cuando mi padre ya no es visible, lo escucho hablar:

—Entiendo que todo esto es una broma, pero lo de casarse también lo es ¿verdad? —Ahora sí le estoy prestando atención, más que todo por captura de pantalla que Elías me envió. Roberto se queda esperando una respuesta que no llega de parte de ninguno, entonces continúa: —Acaban de conocerse prácticamente ¿no? Digo, tú Gabriel estabas en otra relación hasta hace unos… ¿cuántos? ¿cinco meses? ¿seis? Tú siempre dijiste que no pensabas casarte nunca.

Para comenzar, yo nunca le dije a él que no pensaba casarme; es más, ni siquiera he hablado algo así con Juan que es como mi mejor amigo. Lo más seguro es que ese comentario proviene de Cristal, a quién no le dije esas cosas pero tampoco dije que me gustaría casarme. Pero ya que estamos aquí extiendo mi brazo sobre el hombro de Luna y sin dejarla de ver a ella, me dirijo a Roberto y le digo:

—No recuerdo haber dicho eso, pero ya que lo mencionas, si algún día llego a tener la oportunidad de casarme con alguien definitivamente esa persona sería Lu.

—Y yo definitivamente no me casaría con ningún otro hombre que no sea Gabriel. —Le sonrío en respuesta al mismo tiempo que mantenemos un contacto visual hasta que le doy un beso en la frente. Está demás decir que Roberto no nos ha quitado la mirada de encima y cuando me vuelvo a él, escucho a Lu: —Lo que no entiendo es porqué lo que hagamos Gabriel y yo tendría que importarte, Roberto.

—Me importa mi hermano… —Contesta rápido. Ah, mira nomás… le importo, dice. Por Dios, tantas risas irónicas se me acumulan en la mente y puede tal vez que se me salga una que intento ahogar con un trago de café. —Las cosas tan rápido nunca salen bien… eso es algo que tiene que pensarse mucho, me preocupa que Gabriel se esté tomando algo tan importante a la ligera…

Me tengo que reír y esta vez lo hago con ganas, se me ocurre responderle algo con todo el

sarcasmo que he podido recoger, pero le siguiente no lo vi venir, Luna se me adelanta y le dice sin rodeos:

—Oh, mira… lo está diciendo la persona que se tiró a su ex, a ver ¿desde hace cuánto tiempo? Porque vas a casarte ¿no?

Ya dije que Luna no le teme a nada ¿verdad? Pues ahí está. No tiene pelos en la lengua. Roberto no dice una sola palabra, solo suelta una pequeña risita como si aquello se trata de una broma o algo así, hasta parece abochornado, después lo único que dice es un «Esto es diferente» «Diferente», dice. Sé que Roberto agradece interiormente cuando mi padre lo llama, porque se pone de pie de inmediato y después de disculparse, se retira.

—¿Así que vas a comprarme por diez cerdos? —Le hablo a Lu. Ella se vuelve a mí y agrega:

—Holandeses. —No me permite replicar, porque de inmediato continúa: —Tú le dijiste a tu padre que voy a llevarlos a la granja, sabes que no existe ¿Ahora qué me invento para decirle que no los puedo llevar?

—Dile qué se todos los cerdos se murieron de gripe porcina...

—No voy a decirle que… —Se queda pensativa un momento. Algo me dice que se lo está pensando. Se saca el teléfono celular del bolsillo y no puedo evitar soltar una pequeña risa cuando dice: —Ok, los cerdos se murieron por gripe porcina, menos diez. Y está prohibido visitar la zona porque es una enfermedad súper contagiosa.

—¿Qué? —Más que todos por los «diez» que sobrevivieron. Mi celular suena en ese momento y lo que veo es un mensaje suyo en el bendito grupo «Granja La Confitería» y dice exactamente lo que me acaba de decir. Me carcajeo cuando aparece la respuesta del señor *sexychocokrispis* que, mencionando a Pepe, dice:

@oreosensual Que compremos cerdos enfermos dice

¿Esos serán más baratos?

¿En cuánto tiempo necesitas que mueran, Luna?

Aquí refuto lo que dije en el número dos de las cosas que he aprendido de Lu. Tal vez tantas ocurrencias vienen en los genes porque no solo ha escrito su papá, sino también que Pepe ha dejado su respuesta a partir del último mensaje de don *sexychocokrispis*, que dice así:

@sexychocokrispis Con la suerte de Luna, aun comprándolos sanos se morirán en un par de días, no te preocupes.

—Creo que el tío Pepe tiene un punto. —Suelto con ironía. Luna mira de nuevo su celular, suspira y teclea de nuevo, se detiene cuando llega otro texto de *oreosensual* donde pregunta «*¿Por qué diez cerdos exactamente?»:* —¿Sabes? Me gusta tu familia. Todos te siguen el rollo de la granja, aunque no existe. Estás segura de que no existe ¿verdad?

—Espero que no. —Dice, sin verme porque ahora borra lo que había escrito y comienza a teclear otra vez. —Y que no te gusten por favor, solo lo hacen para fastidiarme y porque tú estás en ese grupo... —Ahora sí me mira: —A todo esto ¿qué haces ahí?

—Tu padre me pidió mi número.

—¡Oh! ¿Y se lo diste solo porque sí?

—Él también me dio el suyo, fue un trato justo, no como el de los cerdos. —Luna suelta una risita, irónica y adorable en partes iguales. Entonces, deja a un lado el teléfono y me dice:

—No tienes idea a lo que te estás metiendo.

—¿No venden órganos, verdad? —Bromeo.

—No... —Vacila un momento. —Creo.

«Creo» Mejor no debí preguntar y se lo digo a Luna después, lo que provoca una nueva risa de parte suya y después aclara que en realidad no, no venden órganos. Puedo respirar tranquilo, hasta que me dice que se dedican a algo peor y no sé si reírme o salir corriendo.

—Recuérdame porqué es que los bloqueaste de todas tus redes sociales.

—¿Acaso no lo ves? —Vuelve a tomar la bebida que tenía sobre la mesa y continúa: —Son como una plaga, aparecen de repente, se reproducen y se aparecen en todas mis redes sociales con cuentas falsas, una confitería, después una granja y ahora te envían mensajitos a ti. Por cierto, te están *stalkeando*, no te sorprendas si algún día sientes que alguien te sigue hasta tu trabajo.

—Eso no es un problema para mí, siempre y cuando no hagan que me despidan para que me mude a tu rancho… —Esto hace que Luna estalle en carcajadas y responde:

—¿Entonces eso tengo que hacer para que te mudes al rancho conmigo? Alguien tiene que cuidar a los cerdos si no mueren.

—Guao, el sueño de toda mi vida, cuidar cerdos. —Suelto con ironía. Estoy viendo mi teléfono celular, no el aparato en sí, más bien la notificación que me llegó de Instagram, otra solicitud de seguimiento y estoy casi seguro que también es parte de los granjeros (la familia de Lu). —Oye, ¿ahora quiénes son *ArdienteChipsAhoy* y *SushitoApasionado?*

—¿Qué? —Y le muestro la pantalla de mi celular. De inmediato se saca el móvil y revisa su red social para comprobar que las cuentas sí existen y también la siguen a ella, porque exclama con drama: —¡No puedo ser!

—¿Sí los acepto entonces?

—¡No! Por supuesto que no. —Marca un número, se lleva el celular a la oreja y es el momento perfecto para aceptar las solicitudes de seguimiento, no se lo digo obviamente, pero mira mi intención. —¡Gabriel!

—¿Qué? Tú me obligaste a tener sexo rudo en una cabaña y casi me quiebras la espalda. Merezco aceptar a estas personas.

—Oye, yo no te pedí que te lanzaras desde la cama, si hubieras cooperado eso no pasaba.

—¿Esperabas que cooperara? Si hubiese cooperado mi padre directamente nos paga un motel.

Entonces, oigo una voz proveniente del teléfono de Lu. Una voz fuerte, masculina y, además, lo suficientemente elocuente como para hacerse notar. No está en altavoz, pero Lu y yo estamos lo bastante cerca como para escucharlo. No tengo que preguntar siquiera quién es y no puedo evitar pensar que tal vez se escuchó toda la conversación. El señor *sexychocokrispis* dice:

—¿A quién le van a pagar un motel, Luna?

Y Lu contesta sin vacilación:

—A Gabriel y a mí ¿Quieres cooperar?

Santo cielo.

Presiento que el muñeco vudú aparecerá colgado en cualquier momento.

—¡Claro! Déjame enviarles un paquete de preservativos. Recuerda Gabriel, nadie envía a su soldado a la guerra sin casco.

Otra vez: Santo cielo.

¿Está mal si me rio ahora mismo? No tengo idea, pero ya me estoy carcajeando. Hay algo que me llama la atención, don *sexychocokrispis* tiene un acento ligeramente distinto y de granjero tampoco es. Presto atención cuando continúa:

—¿Para qué un motel? Van a tener una granja para ustedes solos ¿quién quiere un motel

si tiene la opción de hacerlo rodeado de cerdos?

—¡Oh! ¡Gracias, papá! Ese es el fetiche erótico que siempre he tenido ¡Rodeada de cerdos! ¿Escuchaste eso Gabriel? Se me va a cumplir.

No me quiero imaginar lo que debe ser una reunión familiar con el clan de Lu. Se pone de pie, me pregunta si no me importa y yo le digo que no, no hay ningún problema. La observo alejarse en el momento que un texto me llega al celular, es de *sexychocokrispis*, una fotografía del supuesto muñeco vudú sobre el nuevo cerdo que había comprado el papá de Lu. Hasta con sombrero y todo, porque sí. Lo confirmo, las ocurrencias son de familia.

Me había reído, sí y también bromeé contestándole con un:

Para: Sexychocokrispis

¿Esto me hace oficialmente un miembro de la granja La Confitería?

Observo que Luna sigue hablando con él, aun así me está respondiendo. Casi de inmediato aparecen sus textos en mi pantalla:

De: Sexychocokrispis

No.

Pero me estoy pensando seriamente despedir a mis abogados y contratarte a ti.

Me meto en rollos bastante a menudo.

Para: Sexychocokrispis

¿Algo que con sus muñecos vudú no pueda resolver?

Y entonces su respuesta no me deja más tranquilo:

De: Sexychocokrispis

Es una lástima que mis muñecos vudú no revivan personas.

Especialmente yernos.

Me río y no debería, carajo.

Le contesto, le digo que si necesita mi ayuda tiene que cuidar muy bien mi muñeco vudú, porque de otra forma no voy a poder sacarlo de sus rollos. Cuando lo envío, me llega una notificación de Juan, una respuesta al comentario que le hice a su última historia:

Para: Juan Pablo Morán

Mentirotas.

En la fotografía que compartió estaba en el gym junto al tío Pepe voy a agregar; cabe destacar que Juan va al gym unas dos veces al mes. Y ahí estaba, tan blanco como un papel, pero sonriendo a la cámara con una frase «No pain, no gain», mentiría si digo que no me reí, pero más que todo por la mancha en su camiseta y también le pregunté por eso. En su réplica me envió:

De: Juan Pablo Morán

Vomité.

De inmediato agregó un segundo texto:

De: Juan Pablo Morán

¿Y oye, desde cuándo tú dices la palabra «mentirotas»?

Ni siquiera lo había pensado.

Para: Juan Pablo Morán

Desde que metiste a una mujer de veintidós años en mi vida.

Su reacción llega de inmediato:

De: Juan Pablo Morán

Pues yo no te veo tan molesto.

Y me envía una historia del perfil de Luna, es un video que había subido ayer, es un beso

inocente en la mejilla nada más. Ella primero se enfocó a sí misma y después a mí, cuando me di cuenta extendí mi brazo alrededor de su cuello y le di un beso suave, cariñoso y tranquilo.

No la había visto, pero ahora me doy cuenta que eso hasta se ve romántico.

Para: Juan Pablo Morán

Es un beso en la mejilla nada más.

Un beso nada más…

Muy tarde se me ocurre que tal vez no debí enviar ese mensaje, ya estaba entregado y leído, Juan que no pierde tiempo para nada, me responde enseguida:

De: Juan Pablo Morán

Exactamente eso dije yo hace cuatro años… ¡Ja! ¿Y adivina quién está más pegao que moco en pared?

Oye, Si hay boda yo voy a ser el padrino ¿Verdad?

Porque eso no es negociable.

Estoy contestándole a Juan, cuando escucho a alguien acercándose a mí. Levanto la mirada y me encuentro a mi hermana mayor, Jessie y a mi sobrino de cinco años que de inmediato se me lanza provocando que casi tire el celular al suelo.

—Hola campeón. —Le hablo a Ian. Se saca una paleta de la boca y la pone sobre mis labios. Me tengo que reír, sutilmente tomo el chupetín y hago que lo vuelva a tomar en su boca. —¿Acabas de llegar?

Me dice que sí. Ian comienza a contarme con una rapidez increíble todo lo que ha hecho en todo el día —toda la semana en realidad— de su escuela, sus compañeros de clase, sus videos juegos. Mi hermana se sienta a mi lado, en el lugar que se encontraba Lu. En un momento que he dejado de hablar con el niño, me pregunta donde está ella y le señalo la dirección en la que se encuentra. Ahora ya no está hablando por teléfono, mi padre se ha detenido a hablar con ella y se están riendo los dos. No quiero imaginarse qué deben estarse diciendo.

—¿Sí vas a quedarte hasta mañana? —Escucho a Jessie. Ahora mi sobrino se ha puesto de pie y corre en dirección al comisionado y este le extiende los brazos al verlo. —Porque yo no.

—Papá va a matarte si te vas…

—Le dije la verdad… no soporto estar en el mismo lugar que Cristal, quién… por cierto, ella era la que iba a irse temprano hoy, pero al darse cuenta de que tu novia vendría decidió quedarse. Esa mujer no va a soportar una noche completa aquí, ni yo si se queda.

—¡Ah! Genial.

—¿Cómo te sientes? Si es incómodo para mí estar con esos dos en un mismo sitio, no me quiero imaginar cómo sea para ti. ¡Tantas mujeres en este mundo, por Dios! Y él se decide por una desubicada, narcisista, que además es tu ex.

—Pues no todas tienen la cuenta bancaria de Cristal y eso es en lo único que puede pensar Roberto. La verdad es que no me importa que estén aquí.

—Por supuesto que no te importa, mira con el mujerón que estás que según mi madre, es violinista, toca el piano, la guitarra y canta precioso. Que mamá hable así de una persona es algo sumamente extraño y que se lo diga a todo el mundo es todavía peor. Más te vale que no se te ocurra regresar con esa pelirroja, Gabriel, porque la primera que te mata soy yo. Después el resto solo irá a rematar tu cuerpo.

—Oh, vamos, Jessica ¿En serio te parezco tan idiota?

—Estuviste cuatro años con Cristal… sí me pareces idiota.

—En mi defensa… —Me excuso, miro mi taza y ya no hay café. —Ella no era así antes de conseguir el trabajo que tiene y creo que eso ya lo sabes.

—Pues siempre he tenido el presentimiento que tan buena no es. Me gusta Luna ¿Sabes? No lo arruines. —Me rio un poco al mismo tiempo que se pone de pie. Ya me di cuenta de que si algún día por motivos ajenos, lo mío con Lu no acaba, el odiado en mi familia voy a ser yo. —Por cierto, compórtate, a muchos nos da envidia no poder tener sexo alocado en una cabaña porque tenemos hijos…

—¡Jessie! por Dios.

—Solo digo… —Se pone las gafas de sol que llevaba sobre la cabeza y me sonríe antes de alejarse. Santa madre.

De: Elías

¿Ya viste la captura de pantalla anterior?

Hay otra.

Me estoy poniendo de pie cuando veo el mensaje de mi hermano menor y hasta ese momento recuerdo el texto que me había enviado. Cuando le doy un vistazo al que mandó primero, me doy cuenta que es otra de esas capturas del celular de Roberto, en ella hay un mensaje que le envió a su amigo (el abogado colega de Cristal) diciéndole que al parecer yo tengo planes de pedirle matrimonio a Lu y la siguiente es algo que él mismo le envió a Luna: «¿En realidad te casarías con un adicto al trabajo?».

—¿En verdad sí estás pensando casarte con ella? —Escucho detrás de mí. No tengo necesidad de voltear para darme cuenta de quién se trata, pero ella continúa rodeándome y se ubica frente a mí para continuar: —Por Dios, siento que estás perdiendo la cabeza, Gabriel.

—¡Ah, carajo! Es que los chismes vuelan. —Ironizo.

—¿Qué tan mal tienes que estar para querer casarte con una niña sin futuro? No lo ves ¿verdad? Es lo que ella ha estado buscando desde el inicio. —Tengo que reírme, porque de otra forma me saldré de mis casillas porque ya estoy cansado. Y yo no me canso así de fácil. —No eres su novio, eres su proveedor ¿Quién podía haberlo pensado de ti? Gabriel Mariani un abogado exitoso con una chiquilla influencer sin un trabajo serio ¿Qué sigue ahora? ¿Un *Onlyfans*?

—Pues yo sería el primer suscriptor.

—Necesitas ayuda, Gabriel.

—¿Por qué? ¿Porque me casaría con la niña influencer «sin futuro» —hasta las comillas con mis dedos le agrego— sin pensarlo dos veces? ¿O todo esto es porque nunca pensé en casarme contigo? —Cristal está a punto de decir algo, pero ha cerrado la boca sin dejar de verme. Entonces, finalmente suelta:

—¿En serio nunca pensaste en casarte conmigo?

—No. —No intento sonar crudo, es que la verdad nunca lo pensé. Nunca lo vi como algo primordial, de hecho, ella tampoco. Y ni siquiera sé por qué estoy en esta ridícula conversación.

—Nunca pensé que te dejarías manipular tanto por el físico de una muchachita de veinte, después de todo no eres tan distinto a todos los hombres…

Esto ya me está sonando a un chiste.

—¿Qué es lo que quieres, Cristal? Si me dejo manipular o no, eso no debería importarte ¿Por qué mejor no te preocupas por tu prometido de una buena vez y me dejas tranquilo con mi niña influencer de veinte años?

—Si me dices que no me case, no lo hago.

Ya me estaba retirando, pero eso hace que me detenga y gire otra vez:

—¿Qué cosa?

—Que si me dices que no me case, no lo hago, Gabriel. Esto que estamos haciendo los dos es una tontería… podemos olvidar todo y… y volver a iniciar…

¿Qué mierda…?

—¿Estás drogada?

—No es un chiste, Gabriel.

—Pues entonces estás loca ¿En serio piensas que yo te diría algo así? A mí no me importa qué carajos hagas con tu vida, Cristal. Haz lo que se te dé la gana, pero déjame tranquilo. Me encanta Luna ¿Sabes? y sí, si algún día llego a casarme con alguien definitivamente sería con ella ¿Qué te hace pensar que yo dejaría a una mujer como Luna, por volver contigo? Qué tontería, por Dios.

Ahora sí me retiro, no sé si me habla, o se queda ahí de pie o se mueve. Me voy directo donde están Luna y mi padre. Ella vuelve su mirada a mí cuando me estoy acercando y esboza una sonrisa, también me entrega su celular y me muestra exactamente el mensaje de Roberto que ya me habían enviado. Además, me pregunta al oído:

—¿Qué quería la lagartona pelirroja? —«La largatona pelirroja» Ya sé a quién se refiere sin necesidad que me lo diga.

—Saber si es verdad que me casaría contigo, que me dejo manipular por tu buen físico, que próximamente tendrás un *onlyfans* y que si le pido que no se case con Roberto, no lo hace. El resto creo que podrías imaginártelo.

Luna suelta una risita y entonces, me dice:

—Pues se quedará esperando, porque yo no estoy dispuesta a dejarte ir así de fácil.

Capítulo 35

Luna

Dicen que si la vida te da limones, tienes que hacer limonada.

Pues la vida me está dando un novio de mentira, una ex pretenciosa arrepentida y un cuñado cabrón al que hay que poner en su lugar de vez en cuando. Por supuesto que yo no me voy a hacer una limonada, me haré un coctel y una fiesta a lo grande.

—¿Qué quería la lagartona pelirroja? —Le pregunto a Gabriel cuando se está acercando a mí. Le doy mi teléfono celular para mostrarle el mensaje que su «hermano» me había dejado en Instagram y, sin vacilar, me lo cuenta:

—Saber si es verdad que me casaría contigo, que me dejo manipular por tu buen físico, que próximamente tendrás un *onlyfans* y que si le pido que no se case con Roberto, no lo hace. El resto creo que podrías imaginártelo.

Me rio al mismo tiempo que tomo mi celular de regreso solo para contestarle al Roberto ese. Es que ese hombre no se cansa, carajo. Pero antes de enviar cualquier cosa, le dejo clara mi posición a Gabriel:

—Pues se quedará esperando, porque yo no estoy dispuesta a dejarte ir así de fácil.

Solo escucho la pequeña risa que el hombre araña deja salir y le doy enviar a la respuesta para Roberto. Gabriel con el mismo gesto de diversión mira el mensaje que ya fue recibido y lo escucho decir:

—Pues yo no estoy dispuesto a irme así de fácil tampoco. —Se acerca a mi oído y habla de esa forma tan suave y cálida cerca de mi oreja. Es que este hombre todo tiene que hacer especial, madre mía. —Me siento bastante bien aquí.

¿Es normal que se me ericen los vellos de la piel así? ¿Y que de pronto se me olvide respirar? ¿Y que también quiera comerme a este hombre a besos?

Reacciono hasta que me dice que Roberto ha dejado un corazón al mensaje, el comisionado llama el nombre de Gabriel y este se va en su dirección no sin antes decirme que lo espere un momento, le digo que sí y vuelvo mi vista a la pantalla de mi celular donde está el texto que había enviado hace un momento:

Para: Roberto Mariani

Es que ese adicto al trabajo a mí me encanta.

Aparece que Roberto está escribiendo, de inmediato deja de hacerlo y se desconecta. Cuando levanto la mirada lo primero que mis ojos ven es a él y está caminando hacia mí, es que uno no puede estar sola ni un minuto, carajo. Me saluda con una sonrisa al mismo tiempo que se guarda el celular en el bolsillo, pero ¡qué pesado es este hombre, por Dios! Es como si mi desinterés se lo pasara por el…

—Hola. —Ah, mierda. —¿Sabes? Es un gusto que nos acompañes hoy. Sé que te va a gustar esta experiencia. —Y lo mejor de todo esto es que nadie le preguntó. Hay un silencio después porque yo no contesto más que un asentimiento, entonces continúa: —¿Así que conocías a mi padre desde antes? Me dijo que tu hermana trabaja en la comisaría ¿Entonces conociste a Gabriel a través de él?

Si supiera cómo conocí a Gabriel…

Aunque eso está mejor que decirle que lo conocí en una app.

—Así es. —Al menos no estoy especificando a cuál de sus preguntas contesté con «así es», así que no estoy mintiendo. Aunque él siempre interpreta lo que quiere, porque de inmediato contesta:

—¡Uf! ¿Por qué al comisionado no se le ocurrió presentarme a mí en lugar de Gabriel? —Y se ríe, al ver que yo no encuentro la gracia de su «chiste» agrega: —Es una bromita, de verdad me alegra que mi padre haya encontrado a alguien tan guapa como tú para Gabriel.

Ahora insinúa que salgo con Gabriel gracias al comisionado.

¿Cuántas historias se harán él y Cristal dentro de sus cabezas?

—¿Insinúas que Gabriel no puede conquistarme por sí mismo? Creo que no conoces a tu propio hermano.

—Lo conozco lo suficiente como para saber que no es el hombre más detallista y comprometido que digamos. Solo le importa su trabajo y ya, no creo que seas el tipo de mujer que le guste estar en segundo plano y tampoco creo que te mereces algo así, Luna.

—Pues no sé de qué Gabriel estás hablando, porque mi novio —santo escarabajo, qué bien se escucha eso—, es el hombre más atento, tierno y caballeroso que alguna vez haya conocido. —Además, le voy a agregar mi comentario pasivo-agresivo: —Pero bueno, dicen que todos somos distintos con la persona correcta. Lo más seguro es que conociste al Gabriel que no estaba bien en su relación anterior.

Y me encojo de hombros. Por fin, se calla. Ya era hora.

Oh no, me equivoqué. Él continúa:

—Entonces… ¿Es por eso que te casarías con Gabriel? Solo están iniciando una relación, por supuesto que va a portarse así, ahora está embobado por tu físico… bueno, cualquiera lo estaría quiero decir… —Que alguien calle a este hombre, por favor—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos exactamente? Porque ya viven juntos ¿Verdad?

—¿Quieres saber si salía conmigo cuando todavía estaba con la ex? ¿Es ese el motivo por el que estás aquí?

—No, en realidad solo quería aclarar algo contigo. No sé qué es lo que te ha dicho Gabriel, pero… es que insinuaste que yo tuve algo con Cristal cuando ella todavía estaba con Gabriel, quiero decirte que eso no fue así ¿Okey? Cristal y yo nos encontramos en Inglaterra y ellos ya no estaban juntos.

Otra de las cosas que no le pregunté, pero aquí está hablando y tampoco voy a quedarme a discutir.

—Está bien ¿Eso es todo? ¿Puedo irme ya?

—No quiero que pienses que soy un desgraciado que se acostó con la novia de su hermano y que después se escapó con ella a Inglaterra. —Definitivamente, Roberto no tiene vergüenza. —Lo nuestro solo se dio, pero se dio mucho tiempo después, comenzamos a hablar, nos gustamos y ahora vamos a casarnos, el amor es así…

Hace un rato, cuando estábamos en la mesa, mencionó que Gabriel tenía solo cinco o seis meses desde que terminó su última relación y acaba de decir que lo de él y su ex se dio «mucho tiempo después» ¿Cuánto exactamente es para él «mucho tiempo después»?

—¿Con «mucho tiempo después» a qué te refieres?

Él se ríe un poco y… parece que piensa su respuesta. Roberto… pensando… vaya.

—Bueno, eso no importa. Luna, no quiero que tengas una imagen errónea de mí. Sé que Gabriel pudo decirte cosas que no son, entiendo que esté molesto conmigo, pero…

—Gabriel no está molesto contigo… —Lo interrumpo riéndome un poco por lo ridículo

de toda esta conversación. —A fin de cuentas, le hiciste un favor… Y a mí también… Gabriel es lo mejor que me pudo haber pasado. Qué tonta la ex de verdad ¿No crees que se arrepienta?

Roberto no dice nada un momento, tal vez fue demasiado para digerir, pero de inmediato se aclara la garganta y cambia su postura. Intenta sonreír y contesta:

—El que se arrepiente soy yo, solo puedo imaginarme en un mundo paralelo donde te haya conocido yo a ti antes que Gabriel. Soy capaz de dejar a Cristal aquí mismo y escaparme contigo si aceptas una cita conmigo hoy ¿Qué dices?

Descarado y todo el pendejo, es que no pierde tiempo.

—Que sí te la has fumado verde…

Se ríe de nuevo, hace un gesto que no logro descifrar pero puedo sentir que no está contento con mi respuesta y añade:

—Solo bromeaba. —Definitivamente, ¿qué problema tiene este hombre en la cabeza? Me podría hacer esta pregunta toda la vida y no voy a tener respuesta. De inmediato, cambia la conversación, aunque no es mejor a lo que ya dijo: —Oye, ¿y no crees que Gabriel todavía sienta algo por Cristal? Dicen por ahí que donde hubo fuego, cenizas quedan…

—Esas cenizas volaron hace rato con todas las sacudidas que le he dado yo.

Le agrego una sonrisa de satisfacción. Eso es suficiente para que Roberto deje de hablar un momento ¡Por fin, madre mía! Es hasta que se aparece Cristal que corta el contacto visual conmigo y después de que la roja me da un vistazo a mí, mira a Roberto y le pregunta:

—¿Dónde te habías metido? Te dije que necesitaba tu ayuda desde hace rato. —Vuelve a verme otra vez y hace una mueca, asumo que ese es un saludo o tal vez no. Toma a Roberto del brazo y sisea en su oído: —¿Qué estás haciendo?

—Solo le preguntaba a Luna si irá a la boda, con eso de que cambias la fecha cada que se te da la gana, como si la gente no estuviera ocupada….

—Claro. Y Luna seguro está muy ocupada sirviéndole a Gabriel ¿Verdad? —¿Y qué tendré que ver yo en sus pleitos pre-matrimoniales? Pues qué se yo, pero me tengo qué reír y le contesto con sarcasmo:

—¡Uf! Por supuesto, es un trabajo 24/7 mantener a un hombre contento.

—Tal vez tú deberías aprender de Luna, Cristal.

¡Uhhh! Silencio, ¿alguna vez han visto a una pelirroja convertirse en Hulk?, pues Cristal será la primera.

—No gracias, porque a mí no me abandonó mi padre y no tengo la necesidad que alguien me pague todo lo que nunca tuve. —Y me río ¡Bah! ¿Qué eso se supone que es para mí? Ahora sí se dirige a mi persona directamente y habla: —Por cierto, la boda será etiqueta rigurosa, sabes qué es ¿verdad? Puedes decirle a tu novio que te compre algo apropiado.

Entonces siento un brazo pasándose alrededor de mi cuello desde atrás y después la voz de Gabriel:

—Por supuesto que sí. —Me da un beso en la mejilla y, como si la roja y su hermano no estuvieran presente, me dice: —Te doy mi tarjeta de crédito después para que te compres lo que quieras.

—¿Me vas a acompañar de compras, verdad?

—Claro amor, tú solo me dices el día para cancelar todo. —Roberto y Cristal nos están viendo. Mucho más cuando Gabriel me está poniendo una gorra en la cabeza. Gabriel se aleja un momento para ayudarle a su padre con unas cosas que está subiendo a una *van* y escucho a Cristal de nuevo con un tanto molesto, pero burlón:

—¿Por cierto, podrías conseguirme a Max para mi boda?

—Podría… ¿Pero en serio crees que cantaría en tu boda? No eres tan importante.

—Cristal… —Interrumpe Roberto de inmediato. Por la forma en que la vulpécula roja me miró, esperaba que se me lanzara encima y me matara, pero eso no pasó. En su lugar mira a Roberto cuando este le dice: —¿Qué es eso con lo que tengo que ayudarte?

—Nada, lo haré yo misma.

Y se va, qué bonita se ve de lejos. Gabriel está acercándose de nuevo. Roberto se ha quedado frente a mí, pero al ver a su hermano, se despide y se retira, pero en una dirección distinta a la de Cristal.

—¿Qué fue eso? —Escucho a Gabriel decir, me vuelvo a él y le doy la noticia de la que ni yo me daba cuenta:

—Tu ex dice que mi padre me abandonó. —Y nos reímos los dos, porque… vamos… si tan solo Cristal supiera…

Para: Sexychocokrispis

La ex de Gabriel dice que ustedes me abandonaron

Le doy enviar al mensaje para sexychocokrispis cuando Gabriel está viendo al comisionado que está caminando hacia los dos. Los escucho hablar, pero no les presto atención porque una notificación me ha llegado al celular. Es la respuesta a un mensaje que le había dejado a *SushitoApasionado* hace rato y dice: «¿Qué? Ese usuario está *cool*. Además, también me bloqueaste a mí de redes sociales. Estoy indignado».

Antoine también me ha llenado de notificaciones y ha comentado cada una de mis fotos con su nuevo usuario, incluso hay uno en la foto que comparto con la señora Caterine en mi perfil «Qué lindas las dos. Yo soy el primo de Luna» Caterine incluso le dio un Me gusta y contestó un «gracias» más un corazón, también agregó un «es un gusto conocerte, primo de Luna».

Repito: El usuario es *«SushitoApasionado»*.

A este punto, la suegra va a creer que mi familia está llena de locos.

De: Sexychocokrispis

¿Queeeee? Tú nos abandonaste a nosotros.

En este caso fuiste tú la que fue por cigarros y ya no volvió.

Debería demandarte por el trauma.

Para: Sexychocokrispis

Adelante, demándame.

Mi padre está escribiendo. Mientras tanto me voy a los ajustes de mi cuenta y después a las cuentas que bloqueé hace tiempo, solo mi familia está ahí. Desbloqueo a Antoine y me quedo un momento pensando si desbloqueo a mis papás. Ok, lo haré, solo un momentito para saber qué han hecho.

De: Sexychocokrispis

Claaaaaaro como ahora hay abogadito de por medio.

«Adelante, demándame»

Todavía tengo el muñeco vudú de ustedes dos, Luna.

Pero yo me concentro en el primer mensaje «Abogadito» así tal cual.

De: Sexychocokrispis

Y también hay una ex al parecer ¿Le hacemos muñeco vudú?

Para: Sexychocokrispis

La ex va a casarse con el hermano infiel de Gabriel y Gabriel conmigo, el vudú no es necesario.

Y, por cierto, quiere que cantes en su boda.

De: Sexychocokrispis

¿Y qué quiere que le cante?

♬Que no me digan en la esquina el venao el venao♬

¿Quién se casa con el hermano de su ex?

¿O quién se casa con la ex de su hermano?

Por Dios, que esto parece la Rosa de Guadalupe.

Estoy contestándole un «pues ellos» pero me detengo en el último mensaje que envió. Seguido a eso tengo otro texto suyo, una captura de pantalla de esta misma conversación y ahora con la parte que yo dije «Y Gabriel conmigo» sombreado en rojo. También ha escrito:

De: Sexychocokrispis

Ehhh ¿Cómo es eso? ¡Sobre mi cadáver, Luna Elena!

—Bolas. —Escucho de pronto al comisionado causándome un susto de muerte —*como es usual*—. Ni siquiera he levantado la mirada cuando algo me golpea en la frente. Carajo. Miro en el suelo, cerca de mis zapatos, un dulce. —Estoy activándole los reflejos, Rodríguez. ¿Qué tal si algún día la apuntan con un arma y tiene que esquivar una bala? No pudo ni siquiera con un caramelo.

Santo escarabajo.

—¿Es que usted todavía come azúcar, comisionado? Cuidado con un coma diabético por favor ¿después a quién le daré los diez cerdos holandeses?

—¡Caramba! tiene razón, bolas. —El comisionado está serio, es que él debería ser actor porque se está aguantando una carcajada cuando le dice a Gabriel —*quién se había alejado y ahora está saliendo de la cabaña con unas cosas de su padre*—: —Gabriel, que no se te olvide el contrato por favor, que no quiero morir antes de tener mis diez cerdos holandeses.

Ahora sí se carcajea cuando Gabriel se está acercando y el hombre araña se ríe también. El comisionado se acerca a mí y toma el dulce para esta vez sí entregármelo en las manos. Gabriel le contesta algo a su papá, pero no puedo poner atención a lo que dicen porque tengo una notificación, un mensaje específicamente de Max.

¡De Max!

Desde su cuenta de verdad y dice:

De: Max

¡Hallelujah!

No puede ser ¿Qué hice? Sigue escribiendo y se detiene. Entonces ahora comienzo a escribir yo y también me detengo, porque tengo un mensaje desde la cuenta de mi otro padre, François, que dice: «Este debe ser el fin del mundo ¿Me preparo para el apocalipsis *zombie*? Luna me ha desbloqueado en redes sociales». Mier… coles.

Max, de nuevo:

Te mereces otra granja porcina.

Entonces, borro lo que iba a escribirle a François y decido contestarle primero a Max:

Para: Max

Mejor canta en el concierto de beneficencia.

De: Max

No.

¿Para qué quiero un papá como Max si no va a servir como Max?

Miro su foto y me voy a su perfil, en su post más reciente hay un video suyo cantando con una guitarra, puedo ver que tiene el cabello más largo, así que regreso a su chat y le dejo un texto:

Para: Max

¿Por qué te estás dejando crecer el cabello? Pareces Lord Farquaad de Sherk.

Ahora me está llamando, carajo. No debí enviar eso. Miro alrededor procurando que Gabriel ni el comisionado estén cerca, porque bueno… es Max, llamándome de su cuenta verificada, con millones de seguidores. La llamada se corta y casi puedo respirar tranquila, casi… porque ahora es una videollamada. Hablar con mis dos padres en un solo día es algo… ni siquiera tengo la palabra correcta para describirlo.

Cuando me he alejado a una distancia prudente, descuelgo y lo primero que lo escucho decir es:

—Repite lo que me dijiste. —Ah, caray. Cambio de tema y le digo que no puede hacerme videollamada porque estoy con la familia de Gabriel. No dice nada un momento, después agrega un: —Ni siquiera sales de viaje con nosotros—. Le contesto que estoy aburrida de viajar con ellos toda mi vida, pero me ignora y suelta: —¿Cuándo invitas al abogadito a uno de nuestros viajecitos en familia?

—Nunca. —Digo sin titubear. —Tus «viajecitos» son en un jet privado a Francia. Estamos bien así, gracias. —Doy un vistazo una vez más al lugar donde están el comisionado y Gabriel, así que mientras Max me dice con ironía que lo disculpe por no ser granjero, pregunto: —Oye, ¿me das algo firmado por ti? Es para el padre de Gabriel.

—¿Y qué me das tú a cambio?

—¡Papá! ¿En serio?

—Te propongo un trato: Aparece en mi próximo video y yo le firmo la *bubi* al padre de Gabriel si así lo deseas.

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! No a lo de la *bubi* quiero decir, bueno… ni a lo de aparecer en tu video.

—Entonces no.

—Mier… —Mejor que callo. —¡Papá! Me comprometí a conseguirte para un concierto de beneficencia que organiza la señora Caterine y también necesito un regalo para el comisionado ¿No lo ves? Estoy intentando quedar bien con los suegros…

—¿Y Gabriel qué hará para quedar bien con nosotros? Porque no somos tan fáciles, Luna. —Santo escarabajo, necesito paciencia. —El video o nada, ese es mi precio.

—Escúchame Max, si algún día tengo una carrera, no quiero que sea por colgarme de tu fama…

—Soy yo quién se va a colgar de tu fama, eres una sensación en redes sociales y yo sí voy a aprovecharme de eso, porque si yo veo una oportunidad la tomo. Además, estudias actuación desde los cuatro años, estás más preparada que cualquiera. —Voy a hablar, pero me interrumpe pidiéndome que lo deje terminar: —Podría pedírselo a cualquier otra actriz joven popular en redes sociales, pero te lo estoy ofreciendo a ti…

—Sí, con la diferencia que a esa otra actriz joven popular en redes sociales no le dirán que consiguió ese papel porque el cantante es su padre…

—¡Ah! Perdóname entonces por no ser el granjero que quieres como padre. Y no vamos a mencionar eso si no quieres, nunca te hemos expuesto al ojo público, así que es imposible que

alguien vaya a reconocerte. Además, con el Rodríguez en tu perfil, nadie va a atar los cabos. Entonces ¿Qué dices? ¿Lo tomas o lo dejas?

Mil veces mier… coles.

—Lu… —Escucho a Gabriel llamarme desde la distancia que se encuentra con el comisionado, aunque este último se está alejando y yo miro de mi celular al hombre araña otra vez. Él me pide que me acerque y miro de nuevo a *Sexychocokripis:*

—¿Pero… entonces sí cantarías en el concierto de beneficencia, verdad?

—Hasta en la boda de la ex de Gabriel si quieres…

—Oh no, no no… mejor cantas en mi boda con Gabriel…

—¡François! —Lo escucho gritar. —Trae los muñecos vudú…

Carajo, mejor cuelgo.

Me contengo una risa y tomo una calada de aire para caminar hacia Gabriel pensándome seriamente si volver a bloquear a mis padres. Ahora mismo el hombre araña está de espaldas hablando con la esposa del comisionado quién le entrega un helado, al verme a mí rodea a Gabriel y se me acerca entregándome una tacita a mí también.

Le doy las gracias, la señora me sonríe en respuesta y después se va en la misma dirección que está el comisionado quién, en este momento, está hablando con Roberto —más bien parece estar discutiendo con él—. Gabriel se gira para verme y me dice:

—Eso es usual. —Refiriéndose a la discusión entre su padre y su hermano. Asumo que sí por la forma en que el comisionado parece restarle importancia. La *van* está abierta y hay música en la radio. Gabriel se va a la cajuela para cerrarla y escucho la llamada que entra a mi celular, mi padre, bueno… mi otro padre y no pienso contestar —*no frente a Gabriel, por supuesto*—. Le escribo un texto al mismo tiempo que le hablo a Gabriel:

—¿Entonces no tenemos que caminar? —Me dice que sí, carajo. Que a su padre le gusta hacerlos sufrir a todos. Caray. Definitivamente, tal vez sí sean mejores los «viajecitos» de Max que no incluyen una plaga de mosquitos en la selva. Me asomo para darle un vistazo al interior de la camioneta y pego la cabeza contra el techo cuando escucho a Gabriel decir:

—Tu padre dice que el próximo viaje familiar será con tu familia. —Santo escarabajo. Gabriel me muestra su celular y sí, es verdad, al menos le escribió desde la cuenta *«sexychocokrispis»*. Contestó una historia que Gabriel había publicado hace un momento y él le dijo: «Yo estaría encantado».

Tengo que hablar con Max de nuevo.

Miro a Gabriel y él se encoge de hombros con una sonrisa mientras se lleva un bocado de helado a la boca. A ver ¿Cómo voy a explicarle mi familia a este hombre? ¿Y si es verdad que sale corriendo? Tal vez sí es necesario el muñeco vudú después de todo. Voy a tener que aprovecharlo bien antes, digo… por si las moscas.

—Me encanta esa canción. —Le digo, cuando escucho la música en la radio. Tomo el helado de sus manos y dejándolo sobre el capó junto al mío, me acerco llevando mis brazos alrededor de su cuello. Empiezo bailar con él, aunque se ha quedado quieto y comienzo a cantar:

—♬Oye, me dio una fiebre el otro día, por causa de tu amor, cristiana… que fui a para a enfermería♬

Gabriel suelta una carcajada, pero no se mueve, se queda quieto y me dice entre risas:

—¿Qué estás haciendo, Lu?

—Me debes una bailadita ¿Te acuerdas?

—Pero no aquí… eso era ayer. —No dejo de moverme con él entre mis brazos y su

mejilla pegada a la mía. Aunque se está riendo, le recuerdo:

—Un trato es un trato. —Pero no esperé que el hombre araña lo hiciera ¡Carajo! Es que este hombre me sorprende todos los días ¡Por Dios! Se aclara la garganta y ahora más serio, aguantándose la risa, me pasa la mano por la cintura y comienza a moverse conmigo. Ahora soy yo la que se queda quieta y me separo solo un momento para verlo: —¿No es que no podías bailar?

—Dije que no me gustaba, no que no podía…

—¡Oh, por Dios! Sí vales más que diez cerdos holandeses. —Lo escucho soltar una carcajada de nuevo y vuelvo a la posición pegadita con él, porque ya dije que iba a aprovecharme antes. Él sigue el compás de la música y sube sus manos por mi espalda hasta mis brazos que están alrededor de su cuello y vuelve a bajarlas.

Ya he dicho que Gabriel me encanta ¿verdad? Pues lo confirmo.

—Nos están viendo. —Le digo, en el momento que damos una vuelta y ahora estoy viendo en dirección a la cabaña donde están toda su familia atenta, por supuesto que lo disimulan bastante bien. Cuando le hablo a Gabriel su rostro está cerca de mío, nuestras narices se rozan y me contesta:

—Me has hecho hacer cosas peores, Lu.

Capítulo 36

Gabriel

Alguna vez dije que las mujeres y los gatos siempre se salen con la suya.

Y sí que no me equivoqué.

Aparte de que ahora tengo que compartir mi cama con un animal peludo, también caigo en cuenta que estoy bailando con Luna y a partir de esto ya no hay vuelta atrás, es que sí… las mujeres y los gatos siempre van a salirse con la suya y de eso nadie no vas a salvarte.

—¿No es que no podías bailar? —Escucho a Luna decirme, quisiera decir algo que me saque de este momento, pero… ya me da igual, a decir verdad. Como dije, después de esto ya no hay vuelta atrás.

—Dije que no me gustaba, no que no podía…

—¡Oh, por Dios! Sí vales más que diez cerdos holandeses. —El comentario de Luna me hace soltar una risa y pasa sus brazos alrededor de mi cuello. Así de cerca puedo asegurar que me encanta el olor de Luna y en el momento que ella pone su mejilla sobre la mía también aspiro el aroma de alguna colonia dulce que me gusta.

—Nos están viendo. —Me dice. Ya me había dado cuenta desde que comenzó la canción, pero no es como que me importe. Digo, peores cosas he pasado con esta gente ya… ¿gracias a quién? A ella.

—Me has hecho hacer cosas peores, Lu. —Ahora sí me detengo y la miro al mismo tiempo que le agrego: —Pero eso no significa que voy a bailarme todas las canciones que aparezcan en la radio ahora.

Luna suelta una carcajada y entonces tiro de ella hacia arriba haciendo que envuelva sus piernas alrededor de mi cintura. La cargo hasta el capó de la camioneta y me quedo entre sus piernas mientras le explico:

—Tengo que enviar un correo, finge que la estamos pasando bien así mientras yo redacto el texto ¿Ok? Ya te lo dije, si mi padre se entera que estoy trabajando en su cumpleaños, me mata y ya no tendrás en qué gastar tus diez cerdos holandeses.

Luna se ríe otra vez, de esa forma que se escucha divertida y me dice:

—Bueno, en esta posición me estoy pensando seriamente si gastarme toda la granja contigo. —A ver, para explicar un poco: mis brazos están a ambos lados de ella, mi barbilla está sobre su hombro y ya mencioné que estoy entre sus piernas ¿verdad? Caigo en cuenta que esta posición es muy comprometedora, pero es la única forma de estar de espaldas a mi padre mientras intento redactar. —Oye ¿puedes contestar todos tus correos de esta forma, por favor?

El comentario me hace soltar una risita, pero no contesto por el mensaje de Juan que me llega al móvil. Es desde Instagram y cuando lo abro, veo el texto:

De: Juan

Pues, así como traumado tampoco estás, Gabriel.

Arrugo el entrecejo al ver las palabras de él, pero de inmediato le agrega una historia que me acaba de compartir. Es de la cuenta de mi hermana, Jessie.

Ok, mal vamos.

Ni siquiera le he dado click cuando ya sé de qué se trata; digo, solo me basta con ver la imagen que me aparece en miniatura. Cuando la abro es solo para cerciorarme que sí, es lo que

me imaginaba por supuesto, el video de Luna y yo… bailando… y mi hermana lo compartió en redes sociales hace rato. Santo esc… santo cielo.

Para: Juan

¿Qué? ¿Tú no bailas acaso?

También tengo un mensaje de Elías, mi hermano, es una imagen, solo espero que no tenga que ver con esto también. Por si acaso, mejor lo guardo para más tarde mientras me invento otra excusa.

De: Juan

Pues no con alguien de quién me quejo porque tiene veinte años.

Para: Juan

Veintidós, Juan. Veintidós.

De: Juan

¿Te imaginas que se esté poniendo más edad y en realidad tenga unos dieciocho?

JAJAJA

O menos.

Comienzo a contestar, pero vuelvo a leer el mensaje, escucho que Lu está hablando, pero ni siquiera le estoy poniendo atención por culpa del maldito de Juan. Ahora estoy pensando en que puede tener dieciocho años y eso incluso es algo ridículo de imaginarse.

De: Juan

Porque sí tiene veintidós, ¿verdad? ¿Estás 100% seguro?

Maldito seas, Juan.

Para: Juan

¡Carajo, Juan! ¿Es en serio?

¿En qué momento se me ocurrió ver su mensaje?

Lo peor de todo es que Luna está hablando y no le estoy poniendo ni un poco de atención, cuando me dice «¿verdad?» yo le digo que sí —y no, no sé siquiera a qué estoy diciendo que sí— pero cuando intento volver a la plática que se supone estoy teniendo con Lu, Juan me deja otro mensaje y lo que leo es:

De: Juan

JAJA Solo estoy bromeando, baboso.

Y con falta de respeto y todo incluido.

De: Juan

Pero incluso así, al menos sería mayor de edad… o eso esperemos.

Tú solo gózalo, después piensas qué hacer si a un caso sí resulta tener esa edad.

Hijo de la chingada.

Estoy contestándole, estoy diciéndole que mejor cierre la boca… aunque eso no sería literal, porque básicamente no está hablando, lo que quiero decirle es que pare con su tontería, entonces borro lo que había escrito y estoy por enviar lo último cuando escucho a Lu decir:

—Juan me envió un texto. —Me separo un momento de ella cuando me muestra su teléfono celular. Se ríe y continúa: —Me está preguntando si en realidad tengo veintidós años y no dieciocho.

Y me río, pero me rio por… por no sé qué ¿vergüenza, tal vez? ¿En qué momento me hice amigo de Juan? En fin, no es como que pueda decirle a Luna directamente «Sí, es que quiere saber si no tienes dieciocho años y es que ahora no puedo dejar de pensar en eso por su culpa ¿no tienes dieciocho, verdad?». Así que intentando sonar indiferente, le comento:

—En su defensa, cree que te ves mucho menor para tu edad. —Entonces ella se ríe y comienza a teclear, ahora tengo curiosidad por saber qué le está contestando. No tengo que preguntarle, me muestra el texto que envió mientras me dice:

—Es que no conoce al resto de mi familia. Solo mira a Pepe, ni siquiera parece que ya casi tiene cincuenta.

Leo el mensaje que le envió a Juan «Cumplí diez años en Enero, no le digas a Gabriel, por favor».

Ahora Juan me está dejando una captura de pantalla con su respuesta.

Y unas risas también.

—Espera… ¿Pepe ya casi tiene cincuenta? —Luna asiente. Creo que yo también iré a los entrenamientos con del tío Pepe. Pero igual, voy a lo más importante: —¿Pero tú sí tienes veintidós, verdad?

Ojalá me dijera que tiene más.

—Por supuesto que sí tengo veintidós, Gabriel.

Ah, carajo. Ahora no sé si sentirme aliviado o volverme a preocupar otra vez.

Para: Juan

Sí tiene veintidós, pendejo.

Juan contesta de inmediato:

De: Juan

Siempre y cuando no sea verdad que tiene diez, todo bien.

Para: Juan

De todas formas, sería tu culpa, tú me uniste con una mujer por internet.

Pudo ser una psicópata, asesina en serie, prófuga de la justicia, ahora mismo estuvieras buscando mi cuerpo mientras te emborrachas para ahogar tu peso de consciencia.

De: Juan

Pero a ver… No te moriste, ¿verdad?

No voy a contestarle.

Luna está sacando algo de un bolso que lleva en la cintura. Es su identificación y me muestra que sí tiene veintidós señalándome específicamente su año de nacimiento, pero eso pasa a segundo plano cuando miro otro detalle:

—¿Naciste un primero de Enero? ¿Quién nace un primero de Enero?

—Pues yo. —Además se ríe mientras agrega: —Todos estaban borrachos el día nací porque nadie se esperaba que me adelantara quince días. Desde entonces todos mis cumpleaños consisten en un grupo de ebrios cantándome Feliz cumpleaños a medianoche, lo cual ahora está bien porque hasta yo estoy borracha a esa hora.

Y me río, sé que no debería. Me carcajeo otra vez cuando la escucho que tararea la canción del Feliz Cumpleaños simulando a un grupo de borrachos, pero qué chica, por Dios. Le digo que es una suerte que yo no me emborrache, pero que, con influencias como ella, es muy probable que en algún momento me pase también. Me pregunta mi fecha de nacimiento y yo le respondo mientras sigo redactando el email.

—El quince de agosto.

—Bueno, ahora es una fecha que no se me va a olvidar nunca. —Una sonrisa es mi respuesta y agrega: —Por cierto, mi hermana es *elbombonasesino* que aceptaste en Instagram. Está feliz porque ahora te está vigilando más de cerca, pero molesta porque necesitó inventarse un perfil que se llama *elbombonasesino* para que la aceptaras en Instagram.

Entonces yo dejo de teclear y la miro.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Luna Elena?

—¿Luna Elena? Suenas a mi abuela Margarita. —Suelta una risa y agrega: —Y yo te he dicho que no aceptes esos perfiles falsos.

—Voy a tener que borrar mi perfil.

Aunque Luna se ríe yo hablo en serio. En ese momento me llega otra notificación al celular y cuando le echo un vistazo me doy cuenta es una solicitud de seguimiento de Instagram, una tal Lisseth y, otra vez, la amiga de Luna o examiga, Ana.

—Algunas de tus amigas quieren seguirme ¿Quién es Lisseth? —Le muestro el teléfono. Cuando mira los perfiles suelta un bufido y me dice que Lisseth es su exjefa, también se saca el móvil y entre las personas que han visto sus últimas historias están ellas dos, pero ninguna sigue el perfil de Lu.

Tampoco puedo evitar notar que Roberto ha dejado una reacción de corazón solo en la imagen que ella está sola y mi madre —mi propia madre— le ha dejado un emoji de fuego como reacción, pero ojalá fuera todo, un mensaje privado de mi mamá aparece como notificación en el móvil de Lu y le dice «Hay que vernos pronto» también le ha agregado un corazón.

Y ella, ni corta ni perezosa, le dice que sí y agrega un emoji enamorado.

Cuando la miro con una ceja enarcada, solo se encoge de hombros. Para cambiar de tema vuelve a la conversación que estábamos sobre la tal Lisseth y esa examiga suya, Ana y yo aprovecho para preguntar:

—¿Y ellas qué quieren saber ellas sobre mí? ¿O qué quieren saber sobre ti desde mi perfil?

—Tal vez es curiosidad, Lisseth me dijo que yo jamás tendría un novio como su prometido, Mauricio; que yo envidiaba su relación y bla bla bla. Y bueno, Mauricio no te llega ni a los talones, Gabriel. Tú eres joven, guapo, exitoso y creen que eres mi novio también. Y Ana de seguro solo quiere llevarte a la cama.

Creo que me quedé en lo de «joven, guapo y exitoso», pero cuando capto lo último que dijo, no dudo en responder:

—Pues no creo que la tal Ana tenga veinte cerdos holandeses y el comisionado no va a aceptar menos.

Solo escucho la carcajada de Luna y le digo que no voy a aceptar las solicitudes de ellas dos, pero mi cuenta desde hoy en adelante será pública para lo que sea que ellas quieran estar atentas.

Cuando configuro mi perfil, enciendo la cámara del móvil y la ubico frente a los dos, tomo la barbilla de Luna y atrapo su labio inferior entre los míos, Luna me responde de inmediato con la misma energía y por un momento se me olvida que estoy grabando, bajo la mano y cuando me doy cuenta ya mi mano está en su cuello profundizando el beso. De pronto me acuerdo de que este no era el objetivo y ahora no quiero detenerme, pero me separo de ella con toda la fuerza de voluntad que no sé ni de donde recojo y después de aclararme la garganta, le digo que compartiré la historia en mi perfil y agrego:

—Pues ya nos vamos a dar cuenta si van a estar atentas a nuestra «relación» en primera fila y yo puedo ser el mejor novio del mundo si quiero.

Pero Luna no me está escuchando, porque no dice nada y la conozco lo suficiente como para saber que un comentario así no va a dejarlo pasar así de rápido. Por supuesto que no me equivoco, Lu se baja del capó, me toma el rostro con ambas manos y siento sus labios sobre los

míos y entre risas le correspondo ese beso firme, decidido, pero delicado y suave en partes iguales. Es que Luna es todo lo que se puede pedir, carajo.

Los labios de Lu están dulces, suaves y fríos por el helado. Su beso es tan voraz que sus piernas vuelven a enredarse en mi cintura y yo la sostengo con firmeza, es hasta que mi celular comienza a vibrar que la dejo de nuevo sobre el capó y caigo en cuenta que me calenté, pero se me baja de inmediato cuando miro que no he enviado el bendito correo y la llamada es de mi jefa.

—Lo siento, Lu, tengo que atender.

Me dice que no hay ningún problema. Me alejo unos pasos solo para escuchar que tengo que contestar ese email lo antes posible y prometer que enviaré mi respuesta en unos minutos. Una vez que cuelgo, me giro para encontrarme a mi padre ahí, junto a Lu. Me saco las llaves de la *van* del bolsillo y se las entrego al mismo tiempo que me da una mirada al móvil, pero no toca el tema, lo único que dice es:

—Me decía Luna que ahora me dará veinte cerdos holandeses a cambio de tu mano y que, si a un caso alguien ofrece más, ella está dispuesta a doblar la oferta.

—Por esa cantidad de cerdos holandeses más me vale proveer un buen servicio entonces.

Entonces, mi padre, que no tiene pelos en la lengua, responde:

—Por esa cantidad de cerdos holandeses más te vale dejar el apellido en alto, Gabriel.

Luna suelta una carcajada a lo que se le suma mi padre cuando yo le contesto que me encargaré que sea un apellido que no se olvide. Además, mi padre dice que quiere jubilarse y que está pensando seriamente en dejarme su casa a mí, para que me mude con «bolas» si quiero.

«Bolas» no, es que no voy a superarlo nunca.

—Hablo en serio. —Lo escucho decir cuando me quedo solo con él, ayudándole a subir más cosas a la camioneta y Lu platica con la esposa de mi papá. —Voy a jubilarme dentro de poco y, como ya te había dicho, voy a mudarme aquí. La casa de la ciudad va a quedar disponible y puedo entregártela a ti, como una herencia.

—No vas a darme tu casa, papá.

—Pues a Jessie ya le ayudé a construir la suya. A Roberto todavía le ayudo con su apartamento, deudas, problemas financieros. Yo estoy muy orgulloso de ti, Gabriel; porque lo que tienes hasta ahora ha sido sin mi ayuda.

—¿Qué dices? Me ayudaste a pagar una carrera.

—Y tú me ayudas a mí cuando yo lo necesito, por eso quiero que seas tú quién conserve mi casa. Si quieres venderla, regalarla, rifarla, pues ya será tu problema; pero a Roberto no se la dejaría, eh, aparte que sé que iría a mal venderla y gastarse todo el dinero, no soportaría ver a la tal Kristen paseándose en mi jardín…

—Cristal…

—Como sea… no tengo que memorizarme ese nombre porque ese «matrimonio» no va a durar mucho. Me alegré cuando supe que ya no estabas con ella, pero me cabreé de nuevo cuando me di cuenta que ahora va a casarse con Roberto, sabes que la soporto por un arreglo que hice con tu madre para llevar la «fiesta en paz», en fin, bolas… —Le grita el comisionado a Lu. A Elísabet todavía le hace gracia el apodo, pero a Luna le vale madres, voltea como si está llamándola por su nombre y él agrega: —Le voy a dar mi casa a Gabriel cuando me jubile, así los dos tendrán más espacio para su diversión sin vecinos, voy a encargarle mi rosal.

—Lo siento comisionado, pero yo no voy a desperdiciar la oportunidad de no tener vecinos, así que no me va a dar tiempo de regar su rosal, porque estaré regando otra cosa con

Gabriel.

Mi padre suelta una carcajada. Como dije, bailar con Luna frente a toda mi familia junto a una camioneta con música de Juan Luis Guerra, no es la peor vergüenza que me ha hecho pasar. Aunque ella se ría y yo solo tenga ganas de pegarme en la frente, madre mía.

Elísabet llama a mi padre y él se retira después de decirme que vamos a discutir eso del rosal más tarde. Cuando está de espaldas a mí, mi teléfono suena de nuevo y es mi jefa, caramaba.

—No te preocupes… —Escucho a Luna hablando bajito acercándose a mí. —Yo distraigo a tu padre mientras tú redactas tu correo antes que nos vayamos ¿va?

—¡Oh! Vales oro, Lu. —Suelto un bufido de alivio y me acerco para darle un beso en la frente. —Hasta estoy comenzando a pensar seriamente lo de escaparme contigo para que no tengas que entregar los veinte cerdos holandeses.

Luna suelta una risa y al momento de alejarse, se gira hacia mí y añade con picardía:

—Pues no me importa gastarme esos veinte cerdos holandeses siempre y cuando sigas el consejo de tu padre y pongas ese apellido bien en alto, Gabriel.

Y me guiña un ojo.

—¡Mmm! De eso no tengas ninguna duda.

Capítulo 37

Luna

El cumpleaños del comisionado se podría resumir en tres hechos importantes:

Uno: Casi muero escalando un cerro a pie.

Dos: Fue a mí a quién casi le da un paro haciendo Bungee Jumpee.

Tres: La banda de mosquitos casi se lleva a Cristal.

Y es que «los mosquitos» literalmente son una banda y eso el comisionado no lo mencionó, me doy cuenta hasta que llego a la cúspide de la montaña y hay una cantidad considerable de personas bailando al ritmo de «los mosquitos».

Pero esto no tiene nada que ver con el cumpleaños del suegro, él solo quiso venir aquí como celebración y ¡Sorpresa! Lo que incluía el paquete era una entrada a bailar con los mosquitos —literalmente—.

Pero, volviendo al tema, es que a quién… a ver… ¿a quién? ¿a quién se le ocurre formar una banda y llamarla «Los mosquitos»? ¿Y quién hace covers de éxitos en inglés y los convierte en música duranguense mientras el vocalista grita «Los Mosquitos» al iniciar la canción? Además ¿Quiénes llevan camisetas con un mosquito borracho como «logo» junto al nombre de una banda que se llame «Los Mosquitos»?

Y yo que bailo de todo, eh; pero ya escuchar «Blinding Lights» de The Weeknd al ritmo de música de banda norteña es otro nivel.

Okey, entiendo por qué el comisionado quería conseguirnos la casa de campaña más alejada posible, ¿pero a quién en su sano juicio se le ocurriría hacer cosas cochinas en la cima de una montaña y con música de «los mosquitos» de fondo?

Y no miento cuando digo que «Los Mosquitos» casi se llevan a Cristal… pero a bailar a la tarima y yo comienzo a aplaudir como todos animando al público, hasta golpeo la mesa para hacer más ruido y todo para ver a la estirada bailar sobre una tarima, pero entonces ellos me miran y me invitan a mí, me voy a negar, pero entonces Gabriel comienza a aplaudir y hacer ruido para que yo suba con ellos.

—¿Qué? No no… —Me niego, pero lo hago solo para que suban a Cristal no a mí. Estoy pensando una buena excusa o una mentira a medias, pero antes soltar cualquier tontería, ya están tirando de mí y Gabriel, quién está a mi lado, ya se está moviendo de lugar para dejarme pasar.

—¡Te restaré un cerdo holandés por esto!

El hombre araña suelta una carcajada, el comisionado dice que está seguro de que Gabriel se lo volverá a ganar después, yo le contesto que de esto no tengo ni una sola duda aprovechando que la rata Roberto y la vulpécula roja están ahí. Miro a más chicas subiendo al escenario y entonces estoy en el deber moral de ser la mejor y ni siquiera sé la mejor en qué. Tomo un shot de los que están en la mesa y me pongo de pie.

—Okey, guárdenme un espacio porque allá voy.

Y todos comienzan a aplaudir, el mosquito pregunta mi nombre y a través del micrófono mi voz mi voz resuena por todo el sitio «Lunaaaa». Le sigue un coro de voces diciendo mi nombre y sigo al vocalista mientras «Blinding Lights» de The Weeknd sigue sonando en duranguense ¡Carajo! ¡Qué música, madre mía! Me imagino que tendré que bailar eso ¡eso! y pues por supuesto que yo sé cómo, pero en serio ¿Blinding Lights de The Weeknd?

La música se detiene y el hombre del micrófono dice:

—Ustedes tendrán que cantar la canción que saldrá en la pantalla junto a su nombre. —Oh, cantar. Somos cinco chicas en ese minúsculo espacio que llamaban escenario y una de ellas se retira en cuanto ve que a ella le toca cantar «La vaca lola», pero no por tener que cantarla —*digo, ¿quién no quiere cantar «la vaca lola»?*— sino por lo siguiente que el mosco dice: —Y, por supuesto, tienen que cantar a ritmo duranguense.

Santo escarabajo.

Santísimo escarabajo de todos los dioses de los escarabajos.

Siempre y cuando no me toque una de Ed Sheeran a lo duranguense, todo bien.

Pero es peor, en realidad es muchísimo peor.

Solo miro la cara divertida de Gabriel y la del señor comisionado aguantándose una carcajada y miro la pantalla de nuevo, mi canción es «Rata de dos patas» de Paquita La Del Barrio al estilo duranguense.

Así tal cual.

En orden cronológico, los hechos van así:

Uno: Canto «Rata de dos patas» al mejor estilo duranguense.

Dos: Yo gano.

Tres: Bailo «Dákiti» de Bad Bunny al estilo duranguense.

Cuatro: Y también gano.

Ni siquiera sé qué es lo que gané, pero tengo a todo un público pidiendo que ya me entreguen esa corona, mi lado borracho piensa de inmediato que me gané un *sixpack* de cerveza *Corona* ¡Pero no, señores! ¡No! Sí es una corona literal y cuando veo al mosquito baterista acercarse a mí cargando también una banda y una camiseta del mosco borracho, el del micrófono grita:

—Tenemos nueva Miss Mosquito. —¿Nueva qué? ¡¿Nueva qué?! Todos comienzan a aplaudir, chiflar, gritar: «¡Luna!» «¡Luna!» «¡Luna!» y Gabriel, atacado en risas junto al comisionado, solo graba con su celular y cuando me mira hace un corazón con sus manos. —¿Quieres decir unas palabras?

¿Qué si quiero decir unas palabras? ¡Claro! En mi vida había ganado un certamen.

—Sí, por favor… —Le quito el micrófono después de que me acomodan la corona en la cabeza, me planto al frente aclarándome la garganta para fingir la seriedad que perdí desde que canté *Rata de dos patas* a lo duranguense, en realidad, desde que subí al escenario con una banda que se llama «los mosquitos» y digo:

—Quiero agradecer a mi novio, Gabriel, porque sin su apoyo yo no sería Miss Mosquito. A mi suegro, gracias por aceptar el trueque de mis diecinueve cerdos holandeses a cambio de su hijo, a mis padres también que todavía no me abandonan ¡Esta banda es para ustedes, papás!

Y todos comienzan a gritar otra vez, Gabriel suelto en risas levanta un pulgar y el comisionado hasta se pone de pie aplaudiendo. Le entrego el micrófono al mosquito vocalista y le digo, antes de sacarme el teléfono para comenzar a grabar:

—Lánzate una de Max al estilo duranguense

Y se lanzan la canción «*Medialuna*» de Max a lo duranguense.

En fin, yo me grabo a mí misma bailándola con la camiseta del mosco borracho, la subo a mis historias y etiqueto a Max ¡A Max!

Tal vez es la euforia del momento o el alcohol que ya tenía en mi sistema.

En fin, comienzan a llegar mensajes de mi padre, de su cuenta personal de Instagram, de

la cuenta que se inventó, de Whatsapp y hasta de Facebook. También llegan otros de la cuenta de mi otro padre *Candentenutella* y cada uno me deja una video llamada perdida. No le contesto a ninguno, solo miro el mensaje del tío Pepe que dice:

La música de Max suena cool en duranguense, mejor debió formar una banda norteña.

Tampoco sé en qué estoy pensando cuando pongo como foto de perfil de *Whatsapp* una fotografía mía con la corona y la banda que dice «Miss Mosquito», los músicos detrás de mí y algunas personas bailando al ritmo de Max a lo duranguense, el comisionado incluido.

Ah, también tengo un mensaje de mi hermana que dice:

¿Qué carajos, Luna Elena?

No voy a contestarle a nadie.

En fin, hoy no se duerme y no, no es por algo erótico, hay como cien personas más y yo gané alcohol gratis. El hombre araña y el comisionado no paran de reírse viendo los videos del certamen una y otra vez y en una de esas a Gabriel se le ocurre:

—¿Sabes? Ninguna de esas pobres chicas fue tu competencia, Lu.

—Nadie canta «Rata de dos patas» en duranguense mejor que Luna Rodríguez, mi amor.

Sigue riéndose, me pasa el brazo por sobre los hombros y me acerca a él para darme un beso en la sien. Es que me encanta el tipo de hombre que es Gabriel, por Dios.

En fin, no voy a mentir, me gusta estar así acurrucada con él, aunque sea en una mesa y rodeados de personas, que me bese la mejilla de vez en cuando, que me abrace, que se ría y que en ningún momento me suelte la mano. Cuando la cerveza comienza a hacer afecto y me dan ganas de liberar líquidos, me veo obligada a dejar esta comodidad y le digo que tengo que ir al baño.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, por favor.

Entonces me pongo de pie y doy unos pasos mientras espero que termine de hablar con su padre de algo que ya no incluyen los videos de Miss Mosquito, tal vez solo un minuto ha pasado ¡Un minuto! Cuando Cristal se planta junto a mí. La vulpécula roja es algo así como una plaga, tal vez sería una nueva plaga de Egipto si nos cayera un castigo divino en estos tiempos y dice:

—¿Así de desesperada estás? Etiquetando a Max para ver si logras llamar su atención.

Y yo me río. Acababa de decir que quiero llamar la atención de Max ¡De Max! A ver ¿cómo le digo que en realidad lo que he querido en todos estos veintidós años de mi vida es que Max no me preste atención? De todas formas, tomo su palabra y sin pensarla dos veces, le contesto:

—Sí, con suerte me ofrece aparecer en un video suyo.

Sí, se lo dije. Le confesé lo del video, ahora siento la presión de sí o sí aparecer en ese video cuando la condenada suelta una carcajada.

—Eso ni en tus sueños, pero dicen que soñar es gratis ¿no?

Y se va, sin despedirse. Hija de la chingada. Aunque me mantengo con la frente en alto y la expresión de ironía en la cara, sí que me hierve la sangre. Miro mi teléfono otra vez e ignorando todos los mensajes que *Sexychocokrispis* me ha dejado en las últimas… no sé… ¿cinco horas?, le escribo:

Para: Sexychocokrispis

Acepto lo del video.

Sí, le acabo de decir a mi papá que acepto lo del video y él ya no va a aceptar un «Ya cambié de opinión, Max».

Dormí muy poco y al poco descanso hay que sumarle el camino de regreso desde el campamento a la *van* del suegro culero. Todo eso incluyó bajar un cerro, atravesar un río, escalar una pendiente y solo nos faltó pelear contra un mamut para tener la experiencia completa.

En fin, estoy casi muerta cuando vamos de regreso a casa en el auto de Gabriel. Aprovechando que él está concentrado en la carretera y habla con un cliente a través del auricular que tiene en su oído, reviso rápidamente los textos que me dejó mi padre y van así:

De: Sexychocokrispis

¿Puedes venir para que hablemos lo del video? ¿O te secuestramos otra vez?

Seguido a ese hay un segundo texto:

De: Sexychocokrispis

Después me dices porqué estás bailando mi música en duranguense.

Y por inercia miro hacia atrás, hacía un lado y hacia el otro por si un auto nos está siguiendo, nada sospechoso, bueno… todavía. Me relajo o tal vez no debería; por si acaso, comienzo a contestar antes que sí mande gente a secuestrarme y frente a Gabriel no se lo perdono.

«También existen las reuniones de negocios por Zoom, Maximiliano»

Intento tomar el vaso de café que está en el portavasos sin éxito y Gabriel lo hace por mí entregándomelo en las manos. Aunque sigue concentrado en su llamada, le gesticulo un «Gracias» cuando unas gotas del café se me derraman en las manos y él rápidamente me alcanza una servilleta. No es común ver a Gabriel con camiseta, unas gafas de sol y una gorra hacia atrás y esta otra versión suya también es… ¡uf! ¡Qué hombre, madre mía! Le doy un vistazo a sus manos sobre el volante, sí, tiene manos grandes y dedos largos y es que he leído cosas sobre las manos que…

—¿Qué? —Pregunta de pronto viéndome, eso hace que el café casi se me salga de la boca y me lo trago de golpe provocándome una tos que después intento calmar con el agua que Gabriel había comprado para él. El hombre araña suelta una risa que yo imito más que todo por vergüenza después de que me pregunta si estoy bien. Ya este hombre debería saber que desde que nací no estoy bien. —¿Quieres algo de comer? ¿O tomar? ¿Un postre? ¿Algo cargado de azúcar? ¿Más café?

—No, estoy bien; pero gracias.

El sonido de mi celular me anuncia otro mensaje de texto, miro la pantalla y solo alcanzo a ver: *Ok, significa secuestro.*

Ah, carajo.

—Mírame a los ojos, Lu ¿Estás segura? —Solo me mira un momento y vuelve su vista al frente. Dejo el café de regreso en el portavasos para contestar a mi padre al mismo tiempo que le digo a Gabriel:

—Sí, sí estoy segura. Soy una Miss ahora, tengo que mantener la figura.

Entonces se ríe, de esa forma bonita que me hace palpitar no solo el corazón; dice algo como: «¿Qué haré contigo, Lu?» pero no me da tiempo de contestar, porque me toma la mano y entrelaza sus dedos con los míos provocándome un perreo cardíaco. Santo escarabajo. Me dice que tiene que devolver una llamada y a pesar de atender a su cliente y aunque esté conduciendo, su mano se queda ahí con la mía y solo la quita un momento para meter los cambios.

Qué suerte que su padre sea el comisionado en caso de que vayamos a estrellarnos contra otro coche.

De: Elías Santander

Escucha esto, pero no le digas a Gabriel que yo te lo compartí.

Arrugo el entrecejo cuando miro el mensaje del hermano menor de Gabriel y hay un link. Ok, el hombre araña me había advertido sobre estos textos sospechosos de su hermano, pero su segundo mensaje menciona un audio y después a Cristal, además agrega:

De: Elías Santander

Solo no me preguntes como conseguí esto.

Ok, ya estamos llegando a la casa de la señora Caterine, no sé cuánto tiempo tendré para poder escuchar lo que el hermano de Gabriel me envió, pero saco mis auriculares del bolsillo y reproduzco el audio aprovechando que el hombre araña sigue concentrado en su cliente.

Hay un silencio primero y después se escucha perfectamente la voz de alguien más además de la vulpécula roja que dice:

—¿Que hiciste qué? —La otra chica parece ser la amiga de Cristal, la rubia que ya conozco. La roja le pide que baje la voz y susurrando le recuerda que están en la casa de la madre de su prometido. —Cristal… ¿cómo se te ocurre decirle eso a Gabriel? ¿Qué tal si Roberto se entera? ¿o su familia? ¿o si a Gabriel se le ocurriera contarle a Caterine?

—Gabriel no va a contarle a Caterine, ni siquiera le contaba que tenía novia ya ves, aunque eso lo entiendo, es una muchachita que lo único que saber hacer es posar para Instagram. No me sorprende que de pronto se convierta en una modelo *webcam*… pero es que todavía no entiendo, Melissa, qué puede tener Gabriel en la cabeza para estar con una… —la pausa que hace es sospechosa, no dice más. Continúa su monólogo en mi contra con un: —Es que es tan arrogante como no tienes idea… ¿Qué le pudo haber visto Gabriel? No lo sé, pero me cuesta creer que un hombre inteligente como él se tome en serio a una muchachita que no tiene futuro y solo lo mire como una billetera andante.

—¿En serio no te casas si Gabriel te lo pide?

La lagartona roja se queda callada un momento, hasta parece que el audio acabó, pero miro el teléfono solo para cerciorarme que el audio continúa y sí, Cristal contesta:

—Si Gabriel me pide que me case con él, a la mierda Roberto.

¿Qué mierdas acabo de escuchar? El auto se detiene cuando ya estamos frente a la casa de la señora Caterine y ella está ahí en la puerta junto a su hermana Irene, charlando animadamente mientras una toma un vaso con agua y la otra sostiene una tacita con té. Al escuchar el vehículo, ambas miran en nuestra dirección y la suegra baja los escalones hasta llegar a nosotros.

Cuando me bajo del auto lo primero que mis ojos enfocan a través de la ventana es la melena rojiza de Cristal, se había regresado temprano asegurando que «tenía trabajo que hacer» y ahí está esa amiga suya también, Melissa, ambas están viendo «disimuladamente» por el vidrio. Me cercioro de que las dos miren el abrazo efusivo de Caterine y la manera animada que también me saluda Irene. Antes de entrar a la casa me doy cuenta de que las dos ya no están ahí, aunque están pendientes cuando entro a la sala, lo sé porque es el mismo Elías que me lo dice:

De: Elías Santander

Dos personas están pendientes de ti en la cocina.

Él está sentado en el primer escalón, con unos *headsets* enormes puestos, teclea con ímpetu en su computador. Aunque no levanta la mirada cuando nosotros entramos, su madre le dice que tiene que saludar, pero no escucha o lo finge. Escribo mi respuesta para Elías y lo que pregunto, aunque me dijo que no lo hiciera, es:

Para: Elías Santander

¿De dónde sacaste ese audio?

Detiene el tecleo y ahora comienza a escribir otra vez, casi de inmediato tengo su respuesta:

De: Elías Santander

¿Por qué te despidieron de la radio para la que trabajabas antes?

Carajo, ¿qué tanto sabe este niño sobre mí? Ahora que lo recuerdo, Gabriel me había advertido sobre esto. En todo caso, antes de cualquier cosa, mejor borro las pláticas con mis padres.

De: Elías Santander

No mataste personas ¿verdad?

Para: Elías Santander

No, pero hubiese querido hacerlo

Escucho a Caterine decirme que la espere un momento, a Irene preguntarme sobre Pepe y después de contestar que no tengo idea de qué se ha hecho hoy, Gabriel menciona que va al baño, también me dice que me sienta como en mi casa, pero que de todas formas ya sabe que eso lo voy a hacer igual. Le digo que sí con una sonrisa y luego de darme un beso en la sien, se aleja y tengo un segundo texto:

Para: Elías Santander

¿Entonces por qué te despidieron?

—Por cierto, Lu… —Sí, también la señora Caterine me llama «Lu» como Gabriel. Dejo de teclear la respuesta para Elías y levanto la mirada hacia la suegra que está saliendo por la puerta de la cocina. Me pide que la acompañe y mientras sigue su camino hacia una sala contigua, hago lo que me dice y voy tras ella. Me quedo estática en la puerta cuando miro qué es lo que intenta mostrarme y agrega:

—Tengo años de no tocar el piano, así que lo tenía guardado en el sótano. Tal vez es momento de recordar mis viejos tiempos y qué mejor que con alguien como tú. Si tienes tiempo, claro.

—Por supuesto que tengo tiempo. —Aunque no lo tuviera, no se le dice que no a una suegra, es regla básica. Paso hasta el lugar que me indica y después de sentarme en la banca frente al enorme instrumento, toco algunas notas y Caterine esboza una sonrisa. —Está afinado.

—Me trae recuerdos de la universidad y me voy a poner melancólica, pero estoy ayudando a Irene a cocinar así que no es momento. —La señora Caterine suelta una risita y de inmediato se escucha a Irene llamarla, me dice que regresa en un momento y después de darle un asentimiento, dejo el celular a un lado y entonces cuando comienzo a tocar una melodía que me sé de memoria, escucho:

—Guao. —Me detengo de golpe para ver a Gabriel recostado en el marco de la puerta, da unos pasos hacia mí mientras dice: —No te detengas por mí. —Le digo que ya lo hice, se sienta a mi lado, toca un signo y cuando voy a preguntarle, me dice: —Es lo único que sé.

—Entonces necesitas unas clases. —El hombre araña se ríe y responde:

—¿A cambio de qué?

—¿Qué estás dispuesto a ofrecer?

—Lo que tú quieras… —Tentador. Hace una pausa y continúa: —Siempre y cuando me cantes algo tocando el piano, lo que te parezca.

Y lo miro un momento, me rio y enarco una ceja aclarándome la garganta, me acomodo mejor en la banqueta y comienzo con una de las canciones que he visto entre los discos que

Gabriel tiene en su casa:

♬Tú, me das
Las cosas que yo quiero cuando menos me lo espero
Y tú me das
El aire que respiro
Tú serás…♬

Gabriel no dice nada, se queda quieto, congelado y mira de mis manos a mi rostro sin decir una sola palabra, después pensativo intenta decir algo y suelta una risita, se pasa ambas manos por la cara y lo único que exclama es:

—Oh por Dios. —Yo ya había cumplido su condición y ahora es momento de decirle la mía, pero no me deja hablar, con sus dos manos sostiene mi rostro y de inmediato su boca está sobre la mía, me río por la viveza de ese beso suyo que, aunque me ha tomado por sorpresa, intento acoplarme a esa forma de besar tan seductora que tiene Gabriel. Es que… esto me está gustando cada día más.

—¿Sabes qué? Me encantas, Lu.

Capítulo 38

Gabriel

A este punto ni yo sé qué es lo que estoy haciendo.

Todo el fin de semana le había escrito mensajes a Juan para preguntarle sobre el gato Pantuflas —sí, el gato. De hecho, yo mismo le había pedido si podía bajar a alimentarlo porque de todas formas tiene unas copias de mi llave «para emergencias» y el aceptó ¡Yo! Pidiéndole a alguien si puede alimentar a un gato—.

Segundo, hace rato había respondido a un comentario que Roberto, mi hermano si es que se le puede llamar así, había dejado en una fotografía reciente de Lu. El escribió algo como «por fin una foto sin Gabriel» y yo había contestado con una imagen de Luna y yo en mi cama y lo etiqueté a él claro y después Luna la compartió preguntándole si ya le hacía falta verme.

Y, tercero, le había dicho a Lu que me encanta.

Es que fue algo que pensé nada más, pero cuando caigo en cuenta ya lo he dicho en voz alta ¿Me arrepiento? Pues no. A ver, es que… ¿cuántas veces en la vida vas a encontrarte a alguien con la voz de Lu? Porque esta mujer hasta cantando en duranguense hace que las canciones me gusten y se estoy diciendo así exactamente, entonces suelta una risotada y su respuesta es:

—Pues voy a contestarte a cómo yo sé hacerlo.

Vuelve a ubicarse frente al piano. Sí, es que la verdad yo ya no sé qué esperarme de Luna. Se queda pensativa un momento y con ello me provoca un suspenso que se va al carajo cuando empieza a tocar una melodía que, a pesar de ser en piano clásico, sí que reconozco de inmediato. Suelto una carcajada cuando comienza a entonar la canción «Me encantas» de Pedro Fernández.

Sí, esa canción… en piano, si no la estuviera escuchando ahora mismo diría que no hay forma de que eso suene bien en piano, pero la verdad es que sí y el plus es la voz de Lu.

¿Y cómo hace que suene así de buena? No sé. Sí, definitivamente, nunca sé qué esperarme de Lu.

—¡Noooo!… —Grito fingiendo preocupación. Aunque, a decir verdad, parece algo que sí escucharía todos los días, pero no se lo dije así, por supuesto. —Ahora no voy a poder sacarme esa canción de la cabeza.

—¿Que te la cante todos los días me estás diciendo? Estoy segura de que en duranguense suena mucho mejor. Le diré a Pepe que me traiga la guitarra.

—Nooo… bueno sí, pero no para que me cantes esa canción en duranguense… —Hago una pausa todavía con la cara perturbada y agrego con sorna: —Puede gustarme, Luna.

No sé si es el gesto o la forma que lo digo que hizo reír a Lu, pero no puedo agregar nada más porque en ese momento veo el siguiente mensaje de Juan en la pantalla de mi celular y estoy seguro de que es otra foto del animal.

De: Juan

Me cae mejor que tú.

No me equivoqué.

A su texto le agrega otra fotografía, la número cincuenta de todas las que me ha enviado desde el sábado y es que yo no debí preguntarle sobre el gato, pero lo hice y él se había

encargado de llenarme la galería de fotos. La imagen es de la fiera recostado en mi cama y también Juan está junto a él ¡En mi cama! Y vuelvo a leer el mensaje cuando un segundo texto aparece:

De: Juan

Tiene un poco de mal humor como tú, pero él sí está bonito.

Entonces, yo le contesto con sorna:

Para: Juan

Ah, pues gracias.

Le muestro las fotografías a Luna, con los mensajes claro y suelta una carcajada, pero no por el mensaje anterior, sino por un segundo que Juan había dejado en teléfono y dice:

De: Juan

Tú también estás bonito, tontitoooo

Es Juan ¿Qué más puedo esperar?

E iba a contestarle, por supuesto; y con otro mensaje igual o más sarcástico que el suyo, pero antes de siquiera poner mis dedos sobre la pantalla, otro mensaje me interrumpe, pero no es de Juan, sino de Cristal y va así:

De: Cristal

Déjame adivinar, ahora hasta eres músico también.

¿Por qué le tiene que importar si quiero ser músico? Ni idea, pero ni siquiera pienso en contestarle. Entonces deja un segundo:

De: Cristal

Lo que faltaba, que dejes tu carrera exitosa y ahora te dediques a viajar como hippie en una van con tu banda y tu noviecita influencer.

Luna me mira y yo a ella, por supuesto que el mensaje le hace gracia también y me dice que lo de la banda no es una mala idea si ya no quiero ser abogado y que puedo vender mi auto para comprar una van. Suena a una muy mala idea, pero para Cristal ni siquiera pienso demasiado mi respuesta, me doy cuenta también que el segundo texto fue contestado desde la última historia que publiqué en *Whatsapp*… una donde estoy con Lu.

Es que últimamente no publico nada si no es con ella. Bueno, nunca he andado publicando cosas, pero ahora todos mis estados los acapara Lu.

Y a Cristal no se le escapa ninguno.

Definitivamente, voy a borrarla de mis contactos.

Para: Cristal.

¿Y si yo quiero tener una banda y dejar mi carrera, eso a ti en qué te afectaría?

Y ya que lo mencionas, sí que suena a una buenísima idea tener una banda y viajar como hippie con mi noviecita influencer.

Cuando le doy enviar al mensaje para Cristal, un celular suena a unos metros y después veo a mi madre entrar al salón, detrás de ella está Melissa y, por supuesto, Cristal. La amiga de la pelirroja se queda en el umbral, mientras Cristal disimuladamente revisa su teléfono y se retira justo después que Caterine dice:

—¡Guao! Pianista, violinista, bailarina y con una voz… ¡guao! Solo voy a decir que te ganaste la lotería, Gabriel.

—Y sin mencionar el resto de talentos ocultos que tiene, mamá. Como ganar certámenes y convertir las canciones en duranguense, por ejemplo.

Entonces, Luna me contesta:

—Deberías estar orgulloso. Te recuerdo que fuiste tú que me lanzó y yo nunca pierdo. Ahora eres algo así como el príncipe consorte de los mosquitos.

Mi mamá suelta una carcajada. Pasa directo al mueble que está al final del salón y sacando unos libros del estante le dice a Luna:

—Invitamos a tu tío Pepe a acompañarnos a almorzar hoy, en realidad fue idea de Irene ¿Crees que venga?

—¡Caterine! —Grita mi tía desde afuera. Luna suelta una risa, pero también le agrega que es un gran logro sacar a Pepe del gym un domingo. Algo que no puedo evitar notar es la forma en que Melissa mira a Luna y después cuando ella comienza a tocar una melodía, Melissa abre la boca solo para decir:

—Qué bien tocas el piano ¿alguien te enseñó? ¿Aprendiste en alguna escuela? No sabía que en las escuelas a las que asisten los granjeros enseñaran piano, sin ofender.

Sí, había dicho «Sin ofender».

Y Lu contesta con sarcasmo:

—Me enseñó mi padre, después de eso me abandonó.

Así tal cual.

Como ya he dicho desde siempre, es que Luna es Luna.

Mi madre sí capta la ironía, porque suelta una risa desde el fondo de la sala y Melissa se ve en el deber de acompañarla con una incómoda risita, aunque estoy casi seguro de que ella también se encarga de regar por ahí que a Luna la abandonaron de pequeña. Es algo bueno que mi madre no se crea cualquier tontería… o algo malo si lo miramos de esta forma:

—Espero ese día que tengamos el honor de tener a toda tu familia junta aquí, Luna. Sería todo un honor para nosotros ¿Verdad, Gabriel?

—Mamá, basta. —Advierto.

Digo, ni siquiera yo me he conocido a toda la familia de Lu.

De hecho, solo conozco a Pepe.

—¿Qué? —Mi madre replica de inmediato. —Yo quiero conocerlos, quiero saber quién es quién de cada uno de los usuarios de Instagram.

Y Luna suelta una risa, pero una que suena preocupada más bien y sisea algo como un «Carajo» que solo yo logro escuchar. Se vuelve a mi madre aclarándose la garganta y dice:

—La verdad es que mi familia viaja bastante… a la granja… pero tal vez hablando con ellos y preguntándoles si… pueden… pero… pero no sé si… —vuelve a aclararse la garganta— si eso es seguro.

—¿Y aparte de la granja tus padres hacen algo más? —Continúa mi madre y Luna le contesta que sí, pero mi madre que se había detenido a leer un libro de los que había encontrado en el estante, sin verla pregunta: —¿Y a qué más se dedican?

El teléfono de Luna comienza a sonar, suelta un suspiro al mismo tiempo que lo saca de su bolsillo y después de ver la pantalla da un saltito diciéndome que es su padre. Nunca la había visto feliz porque la llamara *sexychocokrispis*, pero la entiendo, la plática ya se estaba poniendo incómoda. Se disculpa con todos antes retirarse y cuando pasa a la par de Melissa, noto la mueca falsa similar a una sonrisa que le dedica, pero que a Luna le importa un carajo.

Yo me quedo sentado frente al piano y vuelvo a ver el video que le había grabado a Luna tocando ese instrumento hasta antes que notara mi presencia en la puerta. Después me voy directo a ver los precios de pianos y tiendas que tienen disponibles cerca de mi apartamento cuando un mensaje —o varios mensajes— de Elías acaparan la pantalla de mi celular.

De: Elías

Tengo suficiente material para que Ed Sheeran y Britney no se casen.

Uhhh, imagínate que así por «casualidad» caigan en el teléfono de Roberto.

Pero no lo haré, porque esos dos se merecen.

¿Quieres escuchar?

Además, le hay un link, estoy seguro que es otro de esos que provienen de los audios que recoge de la cocina. Mi respuesta es corta y sencilla:

Para: Elías

No.

Y de inmediato recibo:

De: Elías

¡¿No?! ¿¡No!? Yo no hago todo esto para que tú me digas que no, Gabriel.

Levanto la mirada y lo veo sentado en el primer escalón que va hacia el piso de arriba. Está pendiente de algo afuera de la casa, estoy casi seguro de que a quién mira es a Luna.

Para: Elías

A ver… ¿y yo te pedí que espíes gente?

Vuelve a poner su mirada en la laptop y comienza a escribir:

De: Elías

¿Por qué Luna está afuera viendo para todos lados?

Sí, lo conozco.

Para: Elías

Tal vez espera a Pepe.

Deja la paranoia, Elías.

De: Elías

¿Si no me preocupo yo, tú lo haces?

No, ¿verdad?

Tú muy feliz con alguien que no aparece en ningún documento oficial. Podrías aparecer mañana camino a Noruega, sin órganos.

Para: Elías

¿En serio vas a seguir con eso?

Y dejo la plática con Elías porque Melissa se acerca a mí, bloqueo la pantalla de mi teléfono cuando se sienta en la banqueta a mi lado y con el entrecejo fruncido le pregunto si puedo ayudarla en algo. Niega con su cabeza y contesta:

—Así que no es solo una modelito de Instagram. —Tal vez espera mi respuesta, no sé. Cabe mencionar que está casi susurrando porque mi madre está a unos cuantos metros. —Aunque hay personas con talentos que prefieren quedarse en la zona de confort, ya sabes, un marido rico. Supongo que no te queda más que trabajar duro.

Y yo no puedo evitar reírme irónico, no sé si por el comentario suyo o por la respuesta de Elías que acabo de ver:

De: Elías

Okey, pero necesito treinta dólares.

Aunque no debí verlo, porque Melissa también se queda viendo la pantalla de mi celular.

Así que mejor me lo guardo en el bolsillo y le contesto:

—¿Y qué hay de malo si una mujer quiera quedarse en la «zona de confort» que tú dices? —Me pongo de pie, primero porque no voy a continuar una plática sin sentido con ella y

segundo, necesito hablar con el mocoso —*Elías*— en persona. —¿Qué no se trata de respetar las decisiones de otras mujeres? ¿Dónde queda la sororidad si solo se condiciona a mujeres que piensan como tú?

—¿Entonces sí estás de acuerdo en ser un cajero automático?

—Estoy de acuerdo en que no debería importarte si quiero serlo o no.

Deberían darme un reconocimiento por decir estas cosas de manera educada sin salir de mis estribos. Melissa no dice nada y cambia su gesto cuando mi madre se acerca a ella hablándole sobre unos libros de yoga que, al parecer, va a prestarle a ella. Yo me retiro y me voy directo a Elías. Cuando el mocoso se percata de mi presencia, lo único que dice es:

—¿Qué?

—¿Ibas a cobrarme treinta dólares por un audio que no quiero escuchar?

—A Luna se lo envié de gratis y dado que dicen por ahí que tú le pagas todo, serían sesenta.

—¿Y yo te dije que se lo enviaras a Luna? —Caigo en cuenta de lo que había dicho y le pregunto: —Espera… ¿Qué le enviaste a Luna?

—El audio, a veces me despierto con ganas de ver el mundo arder ¿Quieres escucharlo tú? Solo dime que mandaste a Cristal a la mierda cuando te dijo que no se casaba con Roberto si tú se lo pedías.

—¿Cuánto necesitas para que dejes de espiar gente?

Y me saco la billetera, porque sí hablo en serio.

—Si dejo de espiar gente, ¿quién te diría que Cristal revisa tu correo?

—¿Qué cosa?

—Gabriel ¡Tú contraseña es «Contraseña»! Para haber sido uno de los mejores de tu clase, eres pendejo a veces. De todas formas, te la cambié… de nada.

—¿Qué contraseña… —Le quito la laptop y me doy cuenta… *tarde*… que tal vez no debí, miro la pantalla y lo primero que mis ojos enfocan es una página porno y él de inmediato me arrebata la computadora y dice:

—Es para la escuela.

—¡Claro! —Respondo con sorna. —Asumo que es para la clase de anatomía ¿verdad? ¿Al menos sí ves esa clase para creérmelo?

—¡No estoy viendo porno, baboso! Trabajo en esa página porno.

Solo me imagino que un día despertaré a medianoche por una llamada a mi celular que me diga que Elías está en la cárcel. Y no sé qué es peor, lo que me estaba confesando o que ni siquiera sea mayor de edad para hacer estas cosas.

—Espera… no piensas ser el nuevo niño polla ¿Verdad?

—¿Qué? ¿Quién? ¡Asco! No. Ordeno el porno en orden alfabético. Ellos me pagan, pero no le digas a mamá, yo no le dije sobre tu novia que conociste en una aplicación y que no hay ninguna información sobre ella por ningún lado ¿No la dejarían por ahí los extraterrestres y le darían esa identidad para secuestrar hombres como tú?

—No me cambies de tema, Elías.

Rueda los ojos, abre la laptop de nuevo y me muestra la página:

—Mira… la ordené en carpetas por orden alfabético: Amateur, chicas calientes, petits, pitos fogosos, tetonas…

—¡Elías, tienes quince años!

—Tengo dieciocho según mi ID, soy legal y puedo trabajar.

—¡Un ID que es falso! ¿Quieres ir a la cárcel?

—Tengo un hermano abogado, no hay problema.

Definitivamente, dejaré mi teléfono apagado todos los días antes de irme a dormir.

Continúa tecleando como si nada y vuelve a tomar el lugar en el primer escalón. No le digo nada más porque mi madre está saliendo de la sala junto a la amiga de Cristal. Además, Luna está de regreso y junto a Pepe, aunque está concentrada en su teléfono ambos se detienen cuando Irene se acerca a saludarlos.

Elías, quién sigue sumergido en su página o eso creía hasta que me pregunta:

—¿Por qué la despidieron de la otra radio donde trabajaba? —Él también se había quedado viendo a Lu o a Pepe, o a los dos, ni siquiera sé si ya conoce a Pepe en persona. —¿Qué necesito para ser como él?

—Mucho gym y a ti ni siquiera te gusta caminar.

—¿Por qué despidieron a Luna de su último trabajo?

—¿Es en serio, Elías? ¿No tienes otro pasatiempo además de espiar personas? ¿Tu página… porno, no te consume tiempo? ¿Y cómo es que sabes que la despidieron?

—La página porno la ordeno en cinco minutos y en cuanto a tu última pregunta… tengo mis medios, Gabriel. Escribí a esa radio y una mujer, Lisseth, creo que se llama, me escribió esto. —Me muestra su laptop de nuevo y esta vez es un correo enviado desde un dominio de la radio esa. Sí, es la supuesta Lisseth, la ex jefa de Lu. El email solo dice lo siguiente:

«La señorita fue despedida hace rato por traidora. Tal vez la encuentres lamiendo las botas de alguien más por un mejor contrato»

Y yo me rio, por lo irónico del asunto y por la falta de profesionalismo de la mujer.

—Pues, según lo que se, fue por un anillo de compromiso que a fin de cuentas tenía su ex mejor amiga, quién se quedó el trabajo, a la jefa, al novio y al gato.

—Se consigue otra jefa, recupera al gato y cambia al novio, qué buena jugada, Luna. —Habla, creo que para sí mismo. —Tengo que hacer algo. —Se pone de pie y con él se va la plática inconclusa sobre la página porno también. —Te veo después, si Cristal dice alguna tontería te mantendré informado.

—No creas que me olvido de tu página porno.

Pero antes de que me conteste, escucho una pregunta que le hace Melissa a Pepe, quién está saludando cordialmente a la amiga de Cristal y ésta sin tapujos le dice:

—¿Todos están así en su familia?

—¿Así como?

—Así… tatuados… tan… —Tal vez no encuentra la siguiente palabra que busca o es que no quiere decirla. Así que Pepe le adelanta:

—Mi hermano, el papá de Lu, sí; mi otro hermano que ahora mismo está en… —hace una pausa y continúa: —en la granja, también está tatuado y mi madre en su tiempo causó revuelo por ser mujer y tener tatuajes, aunque ella ya no está con nosotros nos enseñó a ser libres y sin prejuicios.

Aunque Pepe ha dicho esto con calma, mi tía no oculta lo mal que le ha caído la pregunta de Melissa y rueda los ojos antes de tomar al tío de Luna del brazo. Mi madre mira a Melissa de reojo y después de mala gana nos pide a todos que vayamos al comedor. En cuanto a Luna, bueno, a Luna no le importa nada de las preguntas que haga o tenga por hacer la amiga de Cristal o la misma Cristal, cuando todos los presentes van camino donde mi madre indica, Lu viene en dirección a mí y solo escucho a Elías sisear:

—Por cierto… si quieres comprar un piano puedo recomendarte unas páginas de internet… así te ahorras unos dólares que puedes darme para continuar con mi negocio pornográfico.

—¿Qué carajos, Elías?

—Piénsalo.

Y sí, sí le pregunto más tarde sobre las páginas de las que habló y así es como llegando a mi apartamento me veo a mí mismo encargando un piano y todo sucede tan rápido que, al día siguiente, estoy buscando donde ubicar un piano que me costó la mitad de lo que hubiese pagado en una tienda normal, gracias a Elías; aunque, por supuesto, no pacté ni un solo dólar para su «negocio pornográfico». Ese mismo día cuando Luna llega por la tarde ya se encuentra el instrumento en mi sala cerca del balcón y yo sobre la banqueta intentando hacer unos acordes que me encontré en YouTube. Con el entrecejo fruncido mira del piano hacia mí y digo:

—Lo de las clases iba en serio.

Solo espero que el piano sí funcione. Luna se acerca más, toma el lugar a mi lado y, con ese gesto ocurrente, contesta:

—Pues… todavía no acordamos el precio y yo no quiero algo monetario.

—Solo para aclarar, yo no me prostituyo, Lu.

Capítulo 39

Luna

Dicen por ahí que no hay mal que por bien no venga.

Así que cuando el mal se aparece en la puerta del apartamento de Gabriel y trae consigo un anillo de compromiso solo me queda esperar la parte buena que esto puede traerme más adelante, porque hasta ahora solo pienso en todas las posibles tormentas que están por avecinarse y que me van a arrastrar a mí.

Pero, a ver, pongámonos en contexto:

¡Era lunes! ¡Lunes! Y a quién se le ocurre aparecer a las siete de la mañana de un lunes, con un ramo de flores, una caja de donas y su uniforme de policía, solo para decir:

—Quiero casarme con Luisa.

A Fede, por supuesto.

Me estaba tomando mi tacita de café y ni siquiera había terminado de abrir la puerta cuando aquello salió de su boca como un proyectil. Escupí todo lo que estaba a punto de tragarme y después de mirar la alfombra con los restos de café y mi baba, regresó su vista a mi persona y sonrió solo para decirme:

—¡Pero qué maleducado soy! Buenos días, cuñada.

—¿Cuña… qué? ¿Estás loco?

Desde ese momento supe que mi semana estaba iniciando bastante mal.

Pero bueno, ¿qué se supone que iba yo a decir o a hacer? ¿Qué esperara que le dijera? ¿Felicidades? ¿Buena suerte? ¿Gracias por la caja de donas? Porque esas me las entregó a mí y dijo:

—Son para ti. Necesito tu ayuda, Luna.

Si estaba buscando comprarme, sí que medio le funcionó, porque hasta llegué a sentir pena por él y no es que me termine de caer bien tampoco, pero… digo, quiere casarse con Luisa.

—¿Qué tan bien aceptas los rechazos?

Y no es que me esté portando «negativa» como él me contestó, solo es sentido común, estamos hablando de Luisa y quién la conoce mejor que la persona que vino a quitarle el título de hija única. Iba a decir algo más, pero entonces Gabriel se acercó, se saludó con Fede y este último repitió que quería casarse con Luisa y además agregó:

—Y necesito hablar con Luna.

No no no…

—Claro. —Contestó Gabriel. —¿Quieres pasar?

Aunque mantuve mi expresión más neutral sí quise lanzar a Fede por la ventana. Le di mi mejor mirada de advertencia, pero si no logra comprender que Luisa no va a casarse con él, qué me hace pensar a mí que va a entender mis gestos.

—¡Claro! Me encantaría.

Ahí está.

Dio un paso adelante, Gabriel también le dijo que podía tomar un lugar si quería y lo invitó a desayunar, sí… ahí con nosotros. Él después de responder que sí, me mostró el arreglo de flores que traía consigo y me preguntó:

—¿Crees que estas rosas blancas le gusten?

—Para su funeral, tal vez. O el tuyo.

Por supuesto que no le hizo gracia, rodó los ojos, soltó un suspiro y me dijo que Luisa le había dicho que le gusta el color blanco, así que le dije que por qué no le regalaba margaritas, en honor a mi abuela Margarita, claro.

Para iniciar, Fede no tiene idea que Luisa tenía una abuela llamada Margarita, mucho peor que tenga idea de quién es que se está «enamorando» aunque tanta insistencia puede ser sospechoso… por si acaso, le pregunté en un susurro cuando el hombre araña se fue a su recámara:

—¿Qué te ha contado Luisa?

—¿Sobre qué?

Entonces, intentando no sonar histérica, me aclaré la garganta y dije:

—Sobre… —hice una pausa— Sobre nuestra familia…

—¿Son granjeros, no? —Ah, genial. Entonces, él se volvió a mí con intriga y después de arrugar el entrecejo, preguntó: —¿Sí son granjeros, verdad? ¿Por qué la pregunta? ¿No están metidos en otro tipo de negocio, cierto? Que no sea droga por favor que sería bastante incómodo arrestar a tus suegros.

—¿Qué? Por supuesto que no…

Gabriel regresó y tuve que cambiar la conversación con Fede cuando me comenzó a decir que entonces sí espera llevarse bien con mi familia y que espera que no se parezcan a mí… si supiera… si supiera. Le corté la inspiración diciéndole:

—Margaritas, si vas a regalarle flores que al menos sean margaritas.

Por supuesto que Luisa odia las margaritas.

Fede sí se había quedado a desayunar y todo ese tiempo habló con Gabriel, aproveché el momento para dejarle un mensaje a mi hermana por si las moscas:

Para: Luisa

Fede no sabe nada, ¿verdad?

No tardó nada en contestarme:

De: Luisa

¿Sobre qué?

Para: Luisa

¡Sobre ti! ¿Qué le has dicho?

De: Luisa

Que mi familia es granjera, gracias a ti ahora yo también crecí en una granja.

Pero bueno, si vamos a mantener una mentira que sea la misma.

Me debatí entre decirle si Fede estaba ahí o no, al final me decidí por omitirlo y un segundo texto suyo acaparó mi celular:

De: Luisa

¿Por qué la pregunta?

Para: Luisa

Curiosidad… ¿de casualidad no cree que tú tienes algo serio con él?

De: Luisa

Por supuesto que no.

Miré a Fede una vez más y preferí no seguir hablando con Luisa. Antes de despedirse, me gritó desde la puerta:

—Muchas gracias, cuñada. Nos vemos pronto.

Admito que no me arrepentí haberle dicho que le enviara margaritas.

Pero, en fin, a pesar de ese episodio del lunes, los siguientes dos días no fueron tan pésimos como creí. En realidad, había pasado más tiempo con Gabriel por las benditas «lecciones de piano» que, por supuesto, yo tenía que aprovechar a mí favor y desde ese mismo lunes por la tarde me senté sobre sus piernas para mostrarle la posición que sus manos iban a tomar sobre el teclado.

Es claro que nadie se sienta sobre tus piernas cuando estás aprendiendo a tocar el piano, pero él de todas formas no lo sabe, tampoco es como que le haya molestado porque al día siguiente lo primero que me preguntó fue:

—¿No vas a sentarte sobre mis piernas esta vez?

—Ya que insistes.

Y sí lo hice, además que le provocó una risita y recostó su frente sobre mi hombro. Su brazo estaba rodeando mi cintura y yo entrelacé sus dedos con los míos, miré el reflejo de los dos en el espejo de al lado y me di cuenta de que era una posición digna de una fotografía, por supuesto que la tomé y después la publiqué en todas mis redes sociales. Gabriel volvió a ubicar las manos sobre el teclado y dijo:

—No me desconcentres, Lu.

Lo repito, la verdad es que no sé qué tenía Cristal en la cabeza para haber dejado a un hombre como Gabriel por alguien como… Roberto —la manera despectiva es intencional—. El hombre araña tiene miles de cualidades ¡Miles! Y además de las que ya he mencionado antes ahora debo agregar lo detallista que es, me doy cuenta justo en el momento que estoy llegando a mi escritorio en la radio y me encuentro con un ramo de margaritas y rosas rojas.

Desde el día que le dije a Fede que le regalara margaritas a Luisa, le había confesado a Gabriel durante la primera lección de piano que mi hermana en realidad odiaba las flores y en especial las margaritas.

El hombre araña se había reído, me dijo que no había conocido ser más malvado y además me preguntó:

—¿Y a ti te gustan las margaritas?

—Podría decir que son de mis favoritas.

—¿Y las rosas?

—Las rosas también.

Y bueno, aquí están.

Sonrío al mismo tiempo que leo la tarjeta con el nombre de Gabriel que está dentro del arreglo floral «Para la maestra de piano más sexy». Tomo mi teléfono celular y me ubico frente al espejo para tomarme una fotografía, porque claro que esto se presume, señores. Después de publicarlo en Instagram, le dejo un mensaje a Gabriel:

Para: Gabriel

Me encantan las flores. Gracias, mi amor ♥

Creo que no lo mencioné, pero desde hace un par de días el «mi amor» que comenzó como una ironía, se ha vuelto algo cotidiano entre los dos.

Y hace dos días cuando me dejó en la radio por la mañana, sin querer me había dado un beso en la boca. Digo que fue sin querer, porque yo volteé la cara justo en el momento que sus labios iban directo a mi mejilla.

Y si fue intencional, no me quejo tampoco.

Por supuesto que bromeé con eso y también antes de bajarme del auto, le dije:

—En la próxima solo pídelo.

Y él me contestó:

—¿Para qué? En la próxima solo te lo robo.

Ajá, pregúntenme si yo esperé que me lo robara, por supuesto que no, entré al auto otra vez y sin preguntárselo le di el besazo de su vida que, por supuesto, él correspondió. Los días siguientes, el saludo después del trabajo ya no solo es un abrazo entre los dos, también ha incluido un beso en los labios y ni siquiera le importa si hay personas alrededor.

Para: Gabriel

¿También las eligió tu hermana?

Voy por un jarrón con agua y cuando regreso su respuesta ya está ahí:

De: Gabriel

No, por supuesto que las elegí yo.

Me ofendes, Lu.

Estoy contestándole cuando un mensaje de mi padre interrumpe en la pantalla de mi celular. La sonrisa que tenía en el rostro se me borra de inmediato cuando lo que leo es:

De: François.

Ya estoy aquí.

Miro mi reloj y me doy cuenta que es la hora que habíamos acordado, pero a ver… cuando hablé con Max esta mañana y le dije que podía mandar a buscarme después del trabajo, pensé en el tío Pepe, no mi otro padre, François.

Tomo mis cosas rápido y salgo de la oficina despidiéndome de todos de forma veloz para evitar que alguien se acerque a hablarme. Cuando he salido por la puerta principal y ya nadie puede verme, comienzo a correr despavorida por los pasillos antes que alguien más salga y miren que me fui por la puerta de emergencias.

Por supuesto que el camino es más largo y me toca rodear todo el edificio a pie hasta llegar al parqueo frontal esperando ver algún auto pretencioso de mi papá llamando la atención. También me cercioro de que no haya otras personas que puedan presenciar lo que está a punto de pasar.

Nada.

No hay nada.

Ni personas, ni carro de papá.

Miro de nuevo la pantalla de mi celular y doy otro vistazo rápido al parking, cuando estoy dejándole un texto preguntándole donde está, otro mensaje me interrumpe y dice:

De: François

Estoy a tu izquierda.

Entonces miro en la dirección que me indica y observo salir de entre todos los autos estacionados a una camioneta de mala muerte, si la del tío Pepe parece que va a morir en cualquier momento, esta parece que mi padre fue a sacarla del basurero hace un momento. Se detiene frente a mí y se asoma por la ventanilla mientras dice:

—Hola, cariño. Vamos, sube.

¿Qué diablos? ¿Qué diablos? Todavía intento procesar lo que mis ojos están viendo, cuando me doy cuenta de que hay más: François también lleva un sombrero y una camisa a cuadros roja con azul.

—¿Papá, es en serio?

—¿Te gusta? —Replica de inmediato. —Más te vale que sí porque esta es tu herencia.

—Le da unos golpecitos a la puerta de la camioneta y agrega: —Acabo de comprarla.

A fin de cuentas, sí es verdad que acaba de ir a sacarla del basurero.

—¡Dios mío! No vamos a ir hasta tu casa en esto, ¿cierto? —Como no hay respuesta, vuelvo a preguntar: —¿Cierto?

—¿Así que este es el lugar en el que trabajas? —Me ignora. Lo veo bajándose de la camioneta, mirar alrededor y después agregar: —Me gustaría conocer a tus compañeros de trabajo.

También lleva vaqueros y unas botas por fuera. Lo miro otra vez de pies a cabeza y pregunto:

—¡¿De qué diablos estás disfrazado?!

—De vaquero.

—¿Un vaquero con pantalones Gucci?

—Que sea granjero no significa que no pueda vestir bien, Luna.

—Son unos Gucci… ¡Sucios, papá!

—Sí, es que estaba trabajando en la granja...

—No... —Una voz me interrumpe. Cuando la reconozco no quiero siquiera darme una vuelta. Es Mónica, mi jefa. Está diciéndome algo y está caminando hacia mí… no, no, no…

—Olvidaste poner tus flores dentro del jarrón, pero lo hice por ti no te preocupes… —Me giro hacia ella para decirle que se lo agradezco mucho, además le agrego que lo olvidé porque tenía una emergencia. Cuando está bastante cerca mira de mi padre hacia mí y saluda: —Hola.

—Hola. Yo soy el papá de Luna... —Contesta François. Mi padre le extiende la mano, se saludan de manera cordial y aunque Mónica no dice una palabra sé que le distrae el sombrero de paja que porta mi papá, ya agregué que está sucio ¿verdad? Mónica me mira a mí y lo mira a él.

—Sí... —Le digo, aclarándome la garganta porque espero que no se escuche lo que estoy diciendo. —Él es mi padre, Fran... —me pienso muy bien lo siguiente que voy a decir y suelto: —Francisco.

—Es un placer don Francisco.

«Don Francisco»

Ahora mi historia será que tengo un padre granjero y que se llama don Francisco.

—Te veo mañana, Luna. —Después de despedirse de mi padre y darme un beso en la mejilla a mí. La observo alejarse, subirse a su Chevrolet y tocar el claxon cuando pasa a la par de nosotros dos.

—No puede ser. —Exclamo. Cuando mi padre me abre la puerta de la camioneta de mala muerte, tira de un alambre que al parecer hace el papel de manecilla.

—Adelante. —Ya que no tengo otra opción me subo al vehículo porque entre más rápido nos vayamos de aquí, mejor. François se sube de su lado y después de intentar poner en marcha el vehículo como cinco veces, me dice: —Me gusta esta vida.

Le doy un vistazo esperando que diga que es una broma, pero eso no pasa, además de que vamos a unos diez kilómetros por hora, la nueva camioneta de mala muerte no tiene aire acondicionado. Estoy preparándome para el peor viaje de mi vida cuando toma un desvío y antes de preguntarle, visualizo hacia donde nos dirigimos.

—¿En serio, don Francisco?

—No creas que voy a conducir hasta casa en tu nueva camioneta…

—¿Mi qué…?

—Estas son las cosas que te gustan a ti ¿no? que pegan con tu vida como indigente.

Mi padre aparca el auto y cuando intento bajarme me doy cuenta de que la manecilla es el alambre que sobre sale de afuera. Intento tirar de él, pero no puedo hacerlo, así que François se acerca del otro lado y después de una patada, se abre mágicamente.

—Tienes que saberte los trucos. Así no pasas pena cuando tengas que abrirle la puerta a Gabriel.

Y lo miro de nuevo, pero comienza a alejarse para hablar con un sujeto al que le entrega las llaves. Me pide con una seña que me acerque y cuando camino tras él me dice algo que ni siquiera puedo escuchar bien por el ruido del helicóptero y el viento revolviéndose alrededor. Me entrega el sombrero espantoso y yo se lo doy al hombre que me da a mí el equipo de protección. Me subo del lado del copiloto y observo a François, con sus gafas Ray Ban, el protector para los oídos y su traje de granjero, subirse frente al panel de control.

El viaje toma menos de veinte minutos y ni siquiera me he preparado psicológicamente para tener esta charla con Max, es más, ni siquiera he pensado qué voy a decirle. Mi padre lo primero que enuncia al verme entrar por la puerta de su oficina, es:

—No pensé que fuera tan fácil. Gracias por no esperar que recurriéramos al secuestro.

Entonces, con el mismo sarcasmo le contesto:

—De nada, fue un placer.

Estoy tomando el lugar frente al escritorio de mi padre después de saludar a la tía Elena quién está sentada en la silla de Max mientras este está sirviendo dos tragos de whisky. Cuando se gira mira a François y luego de preguntarle sobre su «*outfit*» los dos se ríen porque mi padre le cuenta que conoció a mi jefa vestido así. A lo que Max irónico le contesta:

—Bueno, es lo que Luna quiere ¿no? padres granjeros.

—Tal vez debimos vender todo y hacernos granjeros.

—Yo paso. —Habla la tía Elena tomando un sorbo del trago que mi padre le sirvió.

—A ver… —Los interrumpo. —¿Podemos terminar esto rápido, por favor?

—De acuerdo ¿Has pensado lo del video ya?

—Sí… —Le contesto a mi padre, Max. —Pero… ¿a ver, no es que te habías retirado de la música ya? ¿Qué por ahora querías producir? Lo dijiste en televisión internacional, lo saben hasta en China.

—También dije que en algún momento volvería y ese momento es ahora. El video del primer sencillo será el protagónico que te estoy ofreciendo a ti.

—Solo dime que no tendré que desmembrar un cuerpo.

—¿Eso es un sí?

—Papá, tengo que pensarlo. Tengo que buscar la forma como decírselo a Gabriel… no puedo seguirle ocultando esto por mucho tiempo. Y no quiero arruinar lo que sea que tengo con Gabriel…

—Pues ya es tu novio ¿no? No le queda de otra más que aceptar que su vida tampoco va a volver a ser igual…

—Técnicamente, no es mi novio. —A ver, tal vez no debí decir eso, porque ahora la atención de los tres presentes está en mí. —Comenzó como una tontería en redes sociales, pero lo que sea que he construido con él, me gusta y ni siquiera es algo sexual…

—A ver si estoy entendiendo esto… —Habla François ahora. —No es tu novio, pero vives con él ¿estoy en lo correcto?

—No es mi novio… —recalco: —Todavía.

—¿Qué? —Dicen los dos en coro.

—Lo conocí a través de una aplicación ¿Va? Pero eso deberían hablarlo con Luisa porque fue ella que me registró en esa web.

—¿Qué? —Otra vez los dos en coro, pero hasta más fuerte. Max, histérico, inicia: —Luna ¿Me estás diciendo que vives con un hombre al que conociste a través de una aplicación? ¿Y qué ni siquiera es tu novio…?

Recalco de nuevo:

—«Todavía» no es mi novio.

—¿Cómo que todavía no es tu novio? —Pregunta la tía Elena. Se pone de pie, levanta el dedo índice y me dice: —Yo sé qué es lo que necesitas, un jabón «Ven a mí». Ya regreso.

Y se va, mis dos padres están tan concentrados en mí que ni siquiera repararon en lo que la tía Elena dijo y yo solo puedo verlos a los dos mientras finjo que lo que dije no es nada importante. Tal vez si tomo un trago del vaso de whisky de François reaccionen, pero ni aun así, más bien me quemé hasta los pulmones.

Definitivamente he perdido la práctica.

François se sienta en la silla que estaba la tía Elena antes, se ubica frente a mí y con los dedos entrelazados sobre el escritorio me dice que le diga todo, no sé a qué se refiere con «todo» así que inicio con lo que yo considero es «todo».

Y sí, sé que no es buena idea.

—Luisa me dejó en una playa solo porque Panquecito casi se ahoga y no fue mi culpa ¡Lo juro! Y bueno, Gabriel estaba ahí y me ofreció quedarme en una habitación en su apartamento porque no tenía ni un centavo. Aclaro que ya lo había conocido ¿va?

—¿Hace cuánto lo habías conocido?

—Un… un día antes…

¿Lo ven? No era buena idea, porque ahora los ojos de los dos me están viendo sin decir una palabra, el silencio es hasta incómodo y para alivianar el ambiente me río de la pintura que está en el despacho, una de todos nosotros, incluyendo a la abuela Margarita en el centro, es que lo gracioso es que nadie tenía tiempo para sentarse varias horas hasta culminar el cuadro, así que el pintor tomó una foto de cada uno de nosotros y después nos pintó poniéndonos ropa medieval a cada uno.

Hasta parece una parodia.

Pero bueno, ni Max ni François ponen atención y el primer mencionado me pregunta que como es eso que no tenía un centavo si tengo una cuenta bancaria para emergencias a mi nombre. En mi defensa, eso no era una emergencia. Entonces, François suelta:

—¿Te das cuenta que eres algo así como la labor social de tu no novio que ni siquiera tiene una idea de quién eres, Luna Elena? Que cree que tu apellido es Rodríguez y que además piensa que somos granjeros.

—Ya le dije que no somos granjeros.

Pero el resto… creo que tiene razón. Max se traga el licor de sopetón solo para después decir:

—Por Dios, Luna… vas a sacarme canas verdes… casi como la vez que te dije que llevaras a pasear a la abuela Margarita y te la llevaste a Grecia.

—¡Tú no me dijiste dónde!

—¡Al parque, Luna! ¡Te dije al parque!

—¡Y yo la llevé al parque de Grecia!

Entonces la puerta se abre, aunque mis padres todavía me están viendo a mí, su atención

se vuelve a las personas que entran a la oficina de Max, especialmente cuando la voz de la tía Lucía, dice:

—¿Creen que sea muy tarde para abortar a Antoine? Te lo regalo Max. Hagamos el papeleo hoy mismo.

—Eso sería *cool* —Habla el mencionado. Antoine lleva un cigarrillo electrónico en manos y justo después que Lucía se acerca a abrazarme, me saluda a mí y se vuelve a mi padre: —¿Cuándo me mudaría, tío Max?

—No, gracias… —Suelta Max, sirviéndose más whisky. —Suficientes problemas tengo con Luna y su no novio que ahora resulta que conoció a través de una aplicación y se fue a vivir con él a un día de conocerlo.

Dicho así, suena bastante mal.

—¿Pero se murió? No, ¿verdad? —Dice mi tía Lu y yo no le veo fallas a su lógica. —Déjenla que viva la vida. Siempre y cuando sea con precaución Luna, eh. —Me señala con su dedo índice y una sonrisa pícara mientras dice: —Recuerda que sin sombrero no hay vaquero ¿Okey? —Vuelve a mi padre: —¿Podemos terminar la *meeting* hoy, François? Tengo que estar en Nueva York mañana temprano.

—¿Entonces puedo irme ya? —Les hablo a Max y François. Suelto un bufido cuando los dos me dicen que no. —Max, sólo envíame los documentos por correo, yo ya veré la forma como se lo diré a Gabriel ¿Ok? Y después podemos…

Me detengo, porque veo la botella de vino *Sassicaia* en el estante de licores de Max.

—Solo déjame llamar al chofer para Luna… —Escucho a François hablar. Me pongo de pie aprovechando que mi padre está al teléfono y Max está saliendo del salón. Voy hasta el estante de licores y tomo la botella de vino para, de inmediato, dejarla dentro de mi bolso. —Luna, Emilio te está esperando afuera. Y esta plática de hoy no ha terminado, señorita ¿Okey?

—¡Lo encontré! —Escucho de pronto a mi tía Elena entrar a la oficina. Se acerca a mí, me entrega el supuesto jabón y me susurra en el oído: —Tienes que ponértelo mientras dices su nombre. Las indicaciones están en el empaque.

—¿Cuántas veces?

—Las que tú quieras. —Entonces se acerca mi primo, Antoine, toma el jabón de mis manos y después de inspeccionarlo se acerca a la tía Elena y le pregunta si él puede tener uno de esos. Elena le dice que sí. Cuando los dos salen de la oficina, saco el supuesto jabón de la cajita y lo huelo.

Caray, ¿a qué se supone que huele esto?

Me pongo un poco sobre el dorso de la mano e intento olerlo más fuerte solo para descubrir si tiene otro olor, pero nada… absolutamente nada.

¿En serio este es el olor para atraer a un hombre?

Cuando levanto la mirada me doy cuenta de que la tía Lucía y François me están viendo, me guardo el supuesto jabón en el bolso y después de despedirme salgo corriendo de la oficina de Max, pero me confundo de pasillo y tengo que devolverme para ir en la otra dirección. Cuando llego al auto esperándome afuera, me alegro de que no sea la camioneta de mala muerte, pero sí es uno de los autos de François.

Los autos caros de François.

—Emilio ¿puedes dejarme a una cuadra del edificio donde está el apartamento de Gabriel, por favor?

—Por supuesto que sí, señorita Belrose.

Capítulo 40

Gabriel

No sé cómo describir estos últimos días de mi vida.

Podría mencionar una serie de acontecimientos, pero todo se resume en una sola palabra: Luna.

Y es que entre las clases de piano, las ocurrencias suyas y las pláticas hasta media noche estoy disfrutando bastante todo ese tiempo que paso con ella y, voy a admitir —no frente a Juan por supuesto—, que hasta espero con ansias que se llegue mi hora de salida e irme a casa solo para verla.

Caigo en cuenta que últimamente hasta me gusta regresar a casa solo para ver a Luna.

Tal vez es momento de entrar en pánico.

Pero es que a ver… ¿Quién no ama platicar con Luna? Hasta mi madre, quién había venido a mi casa dos veces solo para hablar con Lu —sí, solo para hablar con ella— y, por supuesto, Lu no desaprovechó la oportunidad, en ambas ocasiones la invitó a cenar con nosotros. Según Luna, estábamos a mano porque yo invité a desayunar a Fede, el no sé qué de su hermana, el otro día.

Entonces yo había invitado a Fede de nuevo, porque mi mamá apareció en mi casa dos veces, lo que significa que le queda a Fede otra oportunidad. No se lo dije a Luna, claro.

En fin, es que Luna tiene cada anécdota y, además, cuenta todo sin pelos en la lengua, algo que mi madre disfruta al parecer. Caterine parece hasta capaz de ponerle un altar a Lu, le comenta todas las fotos que publica en redes sociales y posteó como diez fotografías con Luna en sus historias y solo en una de esas imágenes había aparecido yo.

Y solo fue el reflejo del espejo.

Pero no puedo juzgarla, es que Luna es así, tan amable, cariñosa, educada y seductora, tan sociable y divertida, con una mirada pícara, una sonrisa encantadora y esa seguridad que tiene... es que esta mujer tiene todas las herramientas para hacerte caer a sus pies cuando se le dé la gana.

Hasta a mí, pero esa es otra de las cosas que no admitiría en voz alta, por supuesto.

Pero bueno, volviendo al tema de la cena con mi madre. Desde el martes que se apareció por mi apartamento había notado el piano en mi sala y lo primero que dijo fue:

—Tienes un piano, Gabriel. —Cuando yo le dije que sí, que ahora estaba aprendiendo a tocar el instrumento, ella con una sonrisa, soltó: —¿Recuerdas que te dije que te inscribiría a clases de música y me dijiste que odiabas la música?

A Lu se le escapó una risita y me miró cuando le contesté a mí madre que no podía juzgarme por cosas que dije a los doce años. Entonces, con esa sonrisa pícara suya, me dio un vistazo y le dijo a mi madre:

—Eso es porque todavía no me conocía a mí.

Mi madre secundó esa idea. Y yo me reí y le contesté que cuando yo tenía doce años ella tal vez estaba en el kínder, entonces me contestó:

—¿Y qué? Yo en el kínder ya podía darte clases de piano.

Humillarme no era necesario, Lu.

Se lo dije, claro, entre risas. Y se acercó a mí para darme un beso en la mejilla y después de preguntarle a mi madre si se quedaba a cenar con nosotros, se fue en dirección a la cocina, mi madre la miró alejarse y después de un rato, me dijo:

—¿Has notado que Luna cambia de tema cuándo pregunto algo sobre su familia?

—Porque preguntas mucho tal vez. Déjala que ella decida cuándo se sienta cómoda para presentar a su familia, o si no quiere hacerlo.

—Me gustaría hacer una cena, es todo. Veo que ustedes van muy en serio aquí. —Señaló al gato que estaba acurrucado sobre el piano y continuó: —¿Pero tú sí los conoces, verdad?

—Sí… —Me aclaré la garganta. —Por supuesto que sí, mamá.

Por redes sociales, pero eso no se lo dije. Es más, ni siquiera en redes sociales sé quién es quién y son tantos perfiles que ya perdí la cuenta, otra cosa que no le mencioné a mi madre.

—¿Tiene que ver con los comentarios patéticos de Cristal, verdad? —Susurró, siempre observando hacia el lugar donde se había ido Luna. —¿Es por culpa de ella, no? Debe creer que somos unos clasistas. Dile que lo que sea que Cristal diga no me representa, ni a mí, ni a nuestra familia. A mí no me importa si son granjeros o vivan en un pueblo como Cristal asume.

—No piensa que eres clasista, mamá. —Me reí un poco y continué: —Y los comentarios de Cristal le valen una mierda, así que no te preocupes.

Un poco más relajada, soltó:

—Creo que Irene y Pepe tienen algo.

Casi escupo el jugo que me estaba tomando en ese momento y Luna quién estaba llegando a nosotros se detuvo al escuchar a mi mamá. Entonces, el resto de la velada la plática fue sobre Pepe y mi tía Irene, además Luna bromeó:

—Qué bueno que todo quede entre familia ¿No tiene otra hermana, Caterine? Porque yo tengo otro tío.

Mi madre se rio y le dijo que no, que solo eran Irene y ella, entonces sacaron otra cosa en común: Solo tener una hermana. De pronto mi madre y Luna se estaban comenzando a ser mejores amigas.

Creo que eso sí es para salir corriendo.

Y se lo había comentado a Juan esta mañana, cuando caminábamos hacia mi oficina y lo único que él me contestó fue:

—¿Ya le contaste que te trauma que sea nueve años menor?

—¡Ocho, Juan! ¡Ocho!

Y sí, solo se había reído.

Ahora mismo estoy viendo los comentarios en la última foto que Luna posteó en Instagram. Casi mil comentarios ¡Mil! La mayoría elogiando al «novio» —yo… creo— y entre esos estaban los de mi madre, dos de Jessie y Catalina, unos cuantos de todas las cuentas de la confitería de la familia de Lu, uno del baboso de Juan y el mío que es el que está fijado en la imagen. La fotografía es de ella misma, frente a un espejo, sosteniendo el ramo de flores que le había hecho llegar más temprano y vuelvo a la conversación que había sostenido con Lu hace un momento:

De: Luna

Me encantan las flores. Gracias, mi amor ♥

¿También las eligió tu hermana?

Para: Luna

No, por supuesto que las elegí yo.

Me ofendes, Lu.

No ha contestado, también veo que su última conexión fue cuando envié ese último mensaje y vuelvo a enviarle un texto, esta vez solo para preguntarle si está bien y si puedo ir por ella cuando salga de mi trabajo. Estoy cerrando mi laptop cuando la puerta de mi oficina se abre y escucho a mi hermana, Catalina, decir:

—La chica rubia amiga de Cristal quiere verte. No tiene cita así que tú dime si la mando a la mierda.

—Cata ¿En serio? —Suelta un suspiro y después lo dice de una mejor manera, aunque solo cambia la palabra «mierda» por «al carajo». Ya da igual la verdad, así que ignorándola, cuestiono: —¿Y le preguntaste qué quiere?

—Dice que es un asunto legal urgente, que te envió un mensaje de texto que no contestaste, ya le dije que tiene que hacer una cita antes. —Entonces tomo mi celular del escritorio y sí, es verdad, hay un mensaje suyo al que ni siquiera le había puesto atención. —Yo en tu lugar le digo que se vaya al carajo. Oye ¿puede Elías hacer mi turno por la tarde?

—No. —Rueda los ojos y antes que cierre la puerta le digo: —Y deja a Melissa pasar.

—Okey. Le daré diez minutos nada más, después de eso la saco yo misma. O me llamas y vengo a sacarla de los pelos. —Se va, la observo retirarse a través del vidrio de la oficina y tomo mi teléfono celular cuando me llega una notificación, pero no es de Luna, es de Roberto y su texto va a sí:

De: Roberto Mariani

¿Puedo hablar contigo?

Eso solo significa que está metido en un lío. Pero no es todo, al rato me envía el post que hizo Luna con las flores y escribió en el DM:

De: Roberto Mariani

Guao. Sabía que tenías a un hombre que no solo se interesa por el trabajo

ahí dentro.

Va, así pretende que lo ayude.

Creo que mejor voy a ignorarlo. Levanto la mirada y veo que Melissa está afuera, ahora mismo está entrando a mi oficina mientras me saluda y le indico que tome el lugar que tengo al frente.

—Okey, Catalina dice que te da diez minutos. —Tal vez suena como broma, pero yo estoy hablando en serio. —¿Qué te trae por aquí?

Después que toma lugar que le dije, suelta un suspiro y me dice:

—Tengo un problema, es algo grave y necesito asesoría ¿Recuerdas a aquel tipo con el que salía hace un año? Está amenazándome con unas fotos íntimas que le envié hace tiempo y quiero saber qué puedo hacer para detenerlo.

—Una demanda por extorsión ¿Y por qué no hablas eso con Cristal? —Otra notificación me llega al celular y sigue siendo Roberto. Mejor dejaré el teléfono a un lado.

—Porque Cristal dice que es mi culpa por haber enviado esas fotos, se las da de muy feminista y todo, eh, ¿pero culpar a la víctima por darle un voto de confianza a otra persona? No es como ella no lo haya hecho nunca ¿verdad? —Al ver que no tengo intenciones de contestar, continúa: —Por eso es que no quiero hablar esto con ella, no necesito que me repita que fue una estupidez.

—Entiendo. Bueno, sabes que ese no es mi campo, pero puedo conseguirte una cita con

Javier. Es uno de los abogados *junior*, pero es especialista en casos de ese tipo.

Tomo el teléfono de la oficina para marcarle al mencionado. Melisa tamborilea sus dedos sobre la pantalla del celular que sostiene en sus manos y mientras hablo con Javier mira su móvil y comienza a teclear, en el momento que cuelgo lo primero que me dice es:

—¿En serio se las enviaste tú? —Me muestra su teléfono y observo ahí la foto de Lu, la que aparece junto a las flores que le envié y también está mostrando el comentario mío que aparece fijo.

—Sí ¿Por qué? No es como que se vaya a inventar que le envié flores. —Y no entiendo por qué a Melissa le importa.

—¿Desde cuando eres este tipo de hombre?

—¿Desde cuándo tengo que rendir cuentas sobre cuál «tipo» de hombre soy? —Hasta hago énfasis en esa palabra, cuando le digo que tiene que sacar una cita con Javier, ella suelta:

—Desde que te conozco nunca fuiste este tipo de hombre con Cristal.

—Porque Cristal nunca ha sido el tipo de mujer que Luna es conmigo —Tomo mi laptop y comienzo a teclear para, sin verla, preguntarle: —¿Eso es todo, no? Puedes pasar con Catalina para hacer la cita con Javier, dile que digo yo. En todo caso le voy a dejar un mensaje.

—¿Una diosa en la cama será la chica entonces?

Y dejo de teclear para verla, aunque lo siguiente que tengo por decir suena perfecto dentro de mi cabeza, es interrumpido por Juan que, sin tocar la puerta, entra y se encuentra a Melissa. Se saludan los dos y después de volverle a indicar que tiene que hacer la cita con Javier, se pone de pie y se va, además que Catalina ya está en camino a sacarla.

—¿Qué hacía Melissa aquí? —Pregunta Juan. Me pongo de pie, tomo mis cosas y al mismo tiempo le contesto:

—La verdad que ya no tengo idea. Pensé que tenía un problema con su ex que la está extorsionando con unas fotografías íntimas, pero creo que solo vino a indagar sobre las flores que le envié a Luna.

—¿Le enviaste flores a Luna? —Paso a la par de Juan para salir de mi oficina, abro la puerta y le indico que pase primero. No entiendo su expresión, pero vuelve a preguntar: —¡¿Le enviaste flores a Luna?!

—¿Qué? ¡Tú mismo comentaste la foto!

—Pensé que era otra de las cosas que ustedes se inventan para su relación virtual. —Juan se carcajea y antes de salir de mi oficina, vuelve a preguntar: —¿Sí le enviaste flores a Luna?

—Por supuesto que le envié flores, Juan. Me está enseñando a tocar el piano.

—¡¿Estás aprendiendo a tocar el piano?!

—¿Por qué es tan difícil de creer? —Cuando Juan sale finalmente, le sigo y cierro la puerta a mis espaldas. —Sí estoy aprendiendo a tocar el piano.

—Confiésalo, estás aprendiendo a tocar el piano solo para estar con Luna ¿Verdad? Yo ya me conozco esas técnicas, Gabriel. —Se saca la billetera, de ahí su identificación y me la muestra, cuando le pregunto el por qué, su respuesta es: —Es para que veas que no nací ayer.

—No estoy aprendiendo a tocar el piano solo para estar con Luna. —Juan suelta una risita a mitad del pasillo y abre la puerta de la sala de conferencias. —Lo que me gusta es verla tocar el piano ¿Va? Eso es todo.

Y vuelve a reírse, pero intenta hacerlo de una manera disimulada que definitivamente no le sale del todo bien. Cuando entramos al salón y saludamos al resto de compañeros, comienza a decir:

—De acuerdo, ahora tocas el piano, no te quedas trabajando hasta tarde y de pronto te volviste influencer ¿Qué has hecho con el energúmeno Gabriel que conozco?

—¿Me volví qué?

—Influencer. —Saca su teléfono celular y me muestra mi propio perfil de Instagram. Yo ni enterado, vamos. —Tienes más de cinco mil seguidores.

Mierda.

—Creo que esos son los inconvenientes de salir con una influencer ¿no?

—¿Salir con...? ¿Qué? —Hasta ha llamado la atención de los demás, cuando se lo digo, baja la voz y agrega: —A ver a ver... ¿De qué me perdí?

—Hablo virtualmente, Juan.

Juan se contiene una risa y se reserva el comentario que sé que amaría soltar ahora mismo, pero está entrando la jefa y al vernos dice:

—¡Aquí está mi dúo dinámico! —Cuando comienza a saludar a todos y nos dice que esta será una reunión rápida, le susurro a Juan:

—¿Acaso nos llamó el dúo dinámico?

Y él contesta:

—Sí, por Dios, suena a nombre de una mala película porno.

Hablando de película porno, no he sabido nada de Elías desde la mañana después que me preguntara si es legal que una empresa te de trabajo sin un contrato. También caigo en cuenta que ahora relaciono a las películas porno con Elías. Mal vamos.

Mi celular está sonando, lo saco de mi bolsillo aprovechando que la reunión no está por iniciar aún. Es Luna. Atiendo rápido (por supuesto) y lo primero que escucho justo al descolgar, es:

—Sí, estoy bien, gracias por preguntar. —Le contesto que no hay problema. También pareciera que va en camino por el ruido del tráfico que escucho desde su línea. Le agrego que yo puedo ir por ella si gusta y me contesta: —No te preocupes, mi padre llegó por mí, necesitaba hablar conmigo sobre algunas cosas, pero ya estoy camino a tu apartamento.

—¿*Sexychocokrispis* fue a buscarte? ¿Ya se reconciliaron por fin?

—No… no… bueno, no exactamente, no fue sexychocokrispis… —Hace una pausa—. Oye, hay algo de lo que me gustaría hablarte, es más bien una historia, de la que tal vez después termines riéndote. —Creo que ya me está dando risa y todavía no la escucho. —¿Crees que tengas tiempo esta noche?

—Para ti tengo todo el tiempo del mundo, mi amor.

La escucho soltar una risita y después decir que me tiene un regalo. Le vuelvo a decir que puedo pasar por ella donde esté y entonces me responde que puede bajarse en algún lugar solo para que yo pase recogiéndola.

—Esta es una meeting rápida, equipo. —Comienza mi jefa. Le digo a Lu que voy a enviarle un texto porque estoy en una junta y ella me dice que sí, después de lanzarme un beso desde su lado de la línea y despedirse. Intento disimular la risa y presto atención a lo que mi jefa comenzó a decir: —Me di cuenta que los dueños de una cuenta que seguimos desde hace mucho tiempo están de regreso en el país y tenemos que conseguirla. Una marca multimillonaria, de lujo, extranjera…

—¿Qué cuenta es? —Le pregunto a Juan. Luna me está dejando un mensaje con su ubicación y después de darle un vistazo, él contesta:

—La marca francesa de cristales, Belrose.

Capítulo 41

Luna

«Si vas a cometer errores, que sean nuevos, Luna».

Eso fue lo penúltimo que me dijo la abuela Margarita antes de morir. Lo último fue cuando mis padres salieron de la habitación y me dijo que me acercara solo para decir: «Y que esos errores incluyan buenos orgasmos».

Entonces aquí estoy, haciéndole caso por primera vez, no a lo de los orgasmos, pero sí a lo de cometer el error más grande de mi vida o tal vez sea un acierto ¿No? ¡¿No?! Porque pudo ser uno de los que incluyen orgasmos, pero ya ni siquiera voy a saberlo por no haber nacido en una familia de granjeros, todo esto sería mucho más fácil y no tendría que estar practicando ahora mismo la forma en que se lo voy a contar al hombre araña y que parezca algo que le dicen todos los días:

«Oye, adivina qué… mis padres son Max y François. Sí, tengo dos papás. Sé que los conoces, aparecen en la portada de Forbes y en la TV».

Por Dios, es que suena tan ridículo.

Y lo peor de todo es que sí es verdad.

—Emilio… —Le hablo al chofer de mi padre. Él me mira a través del espejo retrovisor y asiente como respuesta: —¿Qué harías si un día despiertas y la persona que tienes viviendo en tu casa creyendo que es una indigente te diga que es hija de Max y François ¿Te darían ganas de salir corriendo?

—Por supuesto que sí. Primero me da un infarto y si sobrevivo, definitivamente saldría corriendo.

—Ah, qué reconfortante. —Suelto con sarcasmo a lo que él se ríe un poco. Miro el mensaje que Gabriel me dejó hace un rato preguntándome si estoy bien y caigo en cuenta que no le he contestado desde que salí a buscar a François. También recuerdo el vino que robé del estante de Max y sacándolo de mi bolso, le hablo a Emilio:

—¿Sabes qué haré? Voy a emborracharlo con una botella de vino *Sassicaia* que le robé a mis padres y se lo diré, así con suerte no lo recuerde mañana y cuando se entere más adelante le diré que ya se lo había dicho ¿Qué opinas?

Vuelve a soltar una risa y me contesta:

—Pues yo no me quejaría si se toman la molestia de emborracharme con una botella de *Sassicaia.*

—Sí ¿Verdad? Y cuando se entere el jabón «Ven a mí» ya habrá hecho su efecto.

Cabe mencionar que cuando digo eso, estoy marcando el número de Gabriel y guardo silencio de pronto cuando escucho que descuelga. Caray, espero no haya escuchado lo que dije. Así que me apuro a contestarle el texto que me envió preguntándome como estaba:

—Sí, estoy bien, gracias por preguntar. —Escucho la voz de otras personas charlando, así que asumo está en alguna reunión. —Y no te preocupes, mi padre llegó por mí, necesitábamos hablar sobre algunas cosas, pero ya estoy camino a tu apartamento.

—¿*Sexychocokrispis* fue a buscarte? ¿Ya se reconciliaron por fin? —Si tan solo supiera… pero a ver… cómo voy a explicarle que no solo existe *Sexychocokrispis.*

—No… no… bueno, no exactamente, no fue *sexychocokrispis*… —Hago una pausa. Me

doy cuenta de que hasta me salió en un hilo de voz, así que me aclaro la garganta y continúo: —Oye, hay algo de lo que me gustaría hablarte, es más bien una historia, de la que tal vez después termines riéndote —O eso es lo que espero. —¿Crees que tengas tiempo esta noche?

—Para ti tengo todo el tiempo del mundo, mi amor.

¡Ah, santo escarabajo! Que Gabriel es ese tipo de hombre con el que cualquier mujer soñaría y yo lo tengo frente a mí, bueno… hipotéticamente hablando sí está frente a mí y por supuesto que yo no pienso dejarlo ir así de fácil, aunque me toque conseguir todas las botellas de vino que pueda.

O jabones.

—Te tengo un regalo. —Le digo. Escucho una risa leve de su parte y después me dice que puede pasar a recogerme. Miro el reloj y la calle que tenemos en frente: —Puedo bajarme en algún lugar ahora mismo solo para que pases a recogerme.

—Está bien, ahora mismo estoy en una junta, pero salgo en un rato. Envíame tu ubicación.

—Sí, claro. —Le lanzo un beso sonoro y solo escucho esa risita suya cuando estoy colgando la llamada. Suelto un suspiro y solo puedo imaginar los posibles escenarios que acarree lo que voy a decirle, mejor saco el jabón de la tía Elena de mi bolso.

—Oye Emilio ¿Crees que para un hombre sea complicado tener dos suegros? —Entonces me mira de nuevo a través del espejo retrovisor y dice:

—Yo en tu lugar consigo unas tres botellas de *Sassicaia* por si acaso. —Definitivamente Emilio no está ayudando y por supuesto que se lo digo, a lo que él tan campante solo se pone a reír y yo mejor voy comenzando a frotarme este jabón por todo el cuerpo. —¿Cómo está Ana, Luna?

La voz de él me interrumpe, dejo el jabón de regreso en el bolso y esquivo su mirada desde el espejo retrovisor fingiendo que escribo algo importante en mi teléfono celular.

—Bien… supongo. Creo que vive con su novio y tenía un gato, pero ese me lo quedé yo. No hablamos desde hace rato. —Me doy cuenta de que estamos a unas cuadras del apartamento de Luisa y es mejor bajarme ahora que continuar con esta plática. —¿Puedes dejarme en el apartamento de Luisa, por favor? Tengo algunas cosas que hablar con ella.

Él asiente, gira a la derecha en la siguiente entrada camino al edificio en el que vive Luisa. De vez en cuando lo miro por el espejo retrovisor para ver su gesto, pero él se mantiene sereno con la vista al frente sin ninguna expresión. Vuelvo a poner la mirada en mi teléfono celular y le dejo un mensaje a Gabriel sobre mi camino hacia el apartamento de Luisa. Una vez que estoy en frente le dejo un mensaje a mi hermana y cuando estoy bajando de la camioneta, escucho a Emilio decir:

—Sea lo que sea que haya hecho mi hija, lo siento mucho.

Restándole importancia le contesto:

—¡Bah! No es nada, no te preocupes.

Después de despedirme con un saludo, me voy directo a la entrada del edificio y luego al elevador. Cuando llego a la puerta del apartamento de Luisa, golpeo con ímpetu y lo primero que hago cuando abre es entrar y decirle:

—Voy a decirle a Gabriel… —Me detengo de golpe cuando veo el lugar completamente cambiado, pero no es todo… ahí está Fede con un cepillo de dientes en la boca y una bata. Me vuelvo a Luisa y ella está viéndome estática. —Voy a decirle a Gabriel… que no me gustan los nachos con queso y es una pena que sea su comida favorita —Eso no es verdad, por supuesto. Ni

siquiera sé si le gustan los nachos. —¿Qué hace Fede aquí?

—¡Ah! Hola, cuña. Qué gusto verte. —«Cuña» Me dijo «cuña». Lo miro con mala cara. Luisa cierra la puerta y después de suspirar me dice que debí avisarle que vendría, le digo que sí le avisé… hace unos minutos, y Fede suelta: —¿No te gustan los nachos con queso?

—No.

Todavía intento procesar la imagen frente a mí y que los dos usen batas a juego, que hay cosas diferentes y más muebles. Además, un estante de fotografías. Cuando doy un paso más adelante para verlas más de cerca de reojo observo algo que viene corriendo hacia mí, una ratita con vestido comienza a ladrarme provocándome un susto de muerte.

—¡Morticia! —Dice Fede y entonces aparece Panquecito quién corre hacia mí saltándome encima provocando que casi me vaya de espaldas y aplaste al ratón de quién sea que es. —Morticia, ella es tu tía Luna, no vas a morderla.

—¿Su qué? ¿Morticia? ¿Se llama Morticia? —Fede dice que sí levantándola en brazos ¿Y cómo es que esto de pronto parece una familia? Me vuelvo a Luisa y le pregunto: —¿Cómo es que no sabía que ahora tienes a una Morticia? ¿Y dónde están las otras dos chicas que te alquilaban la otra habitación?

—Las chicas con las que yo alquilaba fueron transferidas a otra ciudad… —Dice haciendo énfasis. Toma a Panquecito del collar cuando le estoy acariciando las orejas y me toma a mí del brazo para arrastrarme a la cocina. —No digas eso, le dije a Fede que alquilo aquí, Luna.

—¿O sea que no sabe que este piso es tuyo?

—Por supuesto que no y hasta se ofreció a pagarme la renta. Es un lindo, a decir verdad. Cree que mi salario es bueno ya que puedo darme el «lujo de vivir en esta zona yo sola» y no aceptar «ayuda». —Incluso hace comillas al mismo tiempo que se ríe y miro al mencionado que está en la sala hablándole al mini perro con vestido de girasol. Lo señalo otra vez preguntando y me dice que Morticia es la mascota de Fede. —¿Y qué es eso que vas a decirle a Gabriel?

—Todo, porque aceptaré lo del video que me ofreció papá y tengo que contárselo sin omitir nada. Gabriel es uno de esos príncipes de los cuentos de hadas convertido en un hombre de carne y hueso y yo no voy a arruinar lo que sea que tenga con él y ni siquiera sé que es.

—Bueno, dejando a un lado el hecho de que van a despedirme ¿Cómo vas a decírselo? —Finge una conversación aclarándose la garganta: —Oye, tengo una identificación falsa, mi apellido no es Rodríguez y tengo un piso en el centro de la ciudad que me niego a ocupar porque me lo regaló uno de mis padres ¿Y sabes qué? Mi hermana también, todo este tiempo le ha mentido a tu padre y a toda la comisaría. —Hace una pausa pensativa y agrega: —Sí, van a despedirme.

—Luisa si no te han despedido por cogerte a tu aprendiz, no van a despedirte por esto *¡Duh!* —Camino hasta el desayunador escuchando la protesta de mi hermana y tomo una banqueta. —Eventualmente el comisionado tiene que saberlo también, pero cuando se lo expliquemos estoy segura de que lo entenderá. —Hasta finjo una conversación con él: —«¿Sabe lo difícil que es, señor comisionado, tener una vida privada cuando llevas apellidos influyentes en tu identificación? Además, fue idea de nuestros padres, bueno, de hecho, fue idea de la nuestra abuela Margarita». ¿Lo ves? Va a comprenderlo, lo sé.

A ver, eso podría ser otro escenario catastrófico, pero no voy a preocuparme por eso, un problema a la vez. Entonces, agrego:

—Bueno, solo te puedo asegurar que de Gabriel no saldrá… espero.

—Yo también lo espero, porque la primera que lo mata soy yo. Y dile que se lo estás

advirtiendo a tiempo. Bueno, cuando le cuentes todo me avisas solo para dejarle un mensajito rápido desde mi cuenta *«elbombonasesino»*. —Luisa se va hacia su cocina y agrega: —Solo espero que no salga corriendo… por mí o por nuestros padres o por algún miembro de nuestra familia…

—Pues yo también espero lo mismo, tú eres el menor de mis problemas.

Veo a Luisa ponerse una manopla de cocina, abrir el horno y después de revisar lo que sea que está haciendo me pregunta si me voy a quedar a cenar con ellos.

—¿Oye, Fede sigue siendo un acostón nada más, verdad?

—Por supuesto.

Entonces me callo lo siguiente que tengo por decir porque el mencionado entra y sin decir nada se va directo al refrigerador todavía cargando al ratón con vestido. Se gira hacia mí y me pregunta:

—¿Gabriel va a venir por ti, verdad?

—No lo sé… ¿Por qué?

Entonces mira su teléfono y me dice:

—Parece que sí. —Me muestra la pantalla de su celular. Va, que se han compartido número y todo. El no sé qué de mi hermana me enseña los mensajes que intercambió con el hombre araña y agrega: —Lo acabo de invitar a cenar y me contestó que estaría encantando.

Entonces lo miro a él, después a Luisa y ella a mí, me saco el móvil del bolsillo y le escribo un mensaje a Gabriel. Definitivamente, dice que sí. Cuando voy a reclamar, lo único que me envía es:

De: Gabriel

Tú invitaste a comer a mi madre dos veces. Estamos a mano.

Oh, genial.

Genial.

Entonces así es como nos pasamos casi tres horas en el apartamento de Luisa. Bueno, más bien Fede se pasa casi tres horas hablando con Gabo mientras Luisa y yo los miramos preguntándonos cómo es posible que estos dos se lleven bien. Me doy cuenta de que Gabriel ya se está terminando la cerveza que Fede le dio hace rato, así que le pregunto a Luisa:

—Oye ¿Tienes otra cerveza para Gabriel? —Ella arruga su entrecejo y después de decirme que sí, continúo: —Si tienes dos más o tres, mejor, dáselas.

—¿Vas a emborracharlo para contarle que tienes dos padres?

—Que son Max y François.

Luisa se pone de pie y sí va por las cervezas. Me da otra a mí pero yo sí necesito estar sobria o mejor no, todo con alcohol en la sangre es más fácil. Entonces, cuando estoy tomando el primer sorbo, el comentario de Fede provoca que casi escupa todo de regreso:

—¿Sabías que a Luna no le gustan los nachos con queso?

Definitivamente, no me arrepiento de todas las cosas que le dije mal sobre Luisa.

En fin, por suerte el comentario de Fede quedó en el olvido, pero ahora solo queda alguna hora o minutos para tener «la plática» con Gabriel. Todo el camino de regreso al apartamento, dentro de su auto, miro el reloj fijamente, viendo cómo avanza cada segundo hasta que Gabriel me pregunta con una media sonrisa:

—¿Estás bien? —Claro que estoy bien, por ahora, porque no he dicho nada y porque él todavía no se imagina un quinto. —Creo que el reloj no irá más rápido por mucho que lo quedes viendo ¿Todo bien?

Y suelto una risita, aunque suena una de esas preocupadas más bien. Me acomodo mejor en mi lugar después de decirle que sí y le extiendo el brazo solo para preguntarle:

—¿Hueles algo raro? —Le pido que olfatee mi mano y él sonríe con picardía, pero mantiene su vista en la carretera. —¿Sientes algún olor peculiar? ¿Distinto? No sé ¿Tienes ganas de venir a mí?

Esto provoca que el hombre araña estalle en carcajadas. Solo me mira un momentito nada más y responde:

—Pero yo siempre tengo ganas de ir hacia ti, Lu.

Ah, carajo. Que Gabriel siempre sabe qué decir para provocarme esa sensación placentera en la boca del estómago —y en otros lados también—. Me río por su comentario, él se ríe conmigo, pero me deja claro que lo hace porque mi risa le parece divertida, a ver… que no sé cómo tomarme eso, pero en fin, me dice que tengo el mismo olor de siempre. Se disculpa para atender una llamada que le entró al celular y la charla se extiende hasta cuando llegamos a su edificio, cuando está aparcando el auto, cuando vamos por el ascensor y cuando estamos entrando a su apartamento.

Cabe destacar que todo ese tiempo, a pesar de estar metido en sus asuntos, el hombre araña no suelta mi mano en todo el camino, pasa su brazo sobre mis hombros cuando estamos en el elevador y aprovecho para abrazarlo y tomarme una fotografía por sobre su hombro mientras él está de espaldas al espejo del ascensor.

—Claro. —Lo escucho decir ya despidiéndose de su llamada cuando estamos entrando a su apartamento. Deja sus llaves sobre una mesita de la entrada después de cerrar la puerta y yo me voy directo a la cocina sacando el vino de mi bolso. —Sé que es una cuenta importante, pero todavía no conseguimos el contacto directo, son un poquito difíciles de conseguir.

Busco dos copas, sirvo el vino y entonces me voy al piano donde dejo los vasitos de cristal y la botella sobre la tapa superior. Me quito la chaqueta y me ubico a un lado cuando lo escucho despedirse de la persona con la que estaba hablando.

—Lo siento… —Lo escucho decir, mientras camina en mi dirección. Primero va a la cocina, pero después escucho sus pasos hacia mí. —Es una cuestión del despacho que tenía que atender y…

Se detiene. Le sonrío en respuesta cuando sus ojos van de la botella a mí, después observa una vez más las dos copas y de nuevo me da un vistazo. Le señalo el vino con mis manos y él, sin decir nada, continúa su paso y hasta que por fin:

—¿Es en serio, Lu? —Toma la botella y entonces mira la etiqueta. —Oh por Dios. No puedes gastarte tu salario en… —Siseo, poniéndole mi dedo índice sobre su boca.

—Solo disfrútala. —Le entrego la copa y hago que se tome el primer sorbo, me siento en la banqueta frente al piano al mismo tiempo que digo: —Se la robé a mi padre. —Eso casi provoca que Gabriel escupa el vino de regreso, pero es mejor comenzar con la verdad desde ya ¿No? —No te preocupes, puede conseguirse otra.

—Luna, no puedes robarle estas cosas a tu padre. No quiero que le ensarten una nueva aguja a mi muñeco vudú.

—No tiene por qué darse cuenta. —Él toma el lugar a mi lado. —Ven, celebremos que ya aprendiste tus primeros acordes. —Eso hace que el hombre araña suelte otra risita de esas genuinas y joviales suyas. Toma el lugar y entonces me dice:

—¿Qué es eso que ibas a decirme? —Lo miro y… mierda. —Porque estoy seguro que no tiene nada que ver con los nachos con queso. —Me aclaro la garganta y entonces, con un tono

picarón, le digo:

—No, pero… ¿Recuerdas cuando me dijiste que necesitaría una botella de vino Sassicaia y «Qué bonito amor» de Vicente Fernández para volverte loco, no? —Entonces Gabriel se ríe, se toma la copa de un solo trago y se sirve un poco más, me acerco a su oreja con un tono de voz sensual y juguetón solo para agregar: —Y yo te dije que el día que consiguiera la botella de vino tú ya estarías a mis pies ¿no?

Lo escucho reírse, beber más vino y después pensarse lo siguiente que va a decir. Con el mismo tono de voz, contesta:

—La verdad es que sí estoy loco por ti, Lu. —Mantiene el contacto visual conmigo cuando dice esto. Por un momento se me olvida la conversación pendiente con Gabriel… no quiero arruinar esto: —No hay día en el que no piense en que tengo tantas ganas de verte, que deseara estar contigo y que… —Hace una pausa, suelta un pequeño bufido y se bebe todo el vino de su copa, continúa: —Y no te lo estoy diciendo por el vino ¿Okey?

Suelto una risita y le digo que lo sé.

—A mí me gustas desde que te conocí con el traje del hombre araña, pero eso ya lo sabes.

Gabriel se ríe.

—Pues a mí me fascinaste desde el primer momento que vi tu foto en la aplicación y cuando te conocí en persona me di cuenta de que, definitivamente, parecías la mujer que vendría a ponerme la vida de cabeza. —Cuando me rio, él agrega: —Y admito que quise poner distancia, pero ¿cómo hacerlo con una mujer tan preciosa como tú, Lu? Y si pudiera devolver el tiempo, volvería a inscribirme en esa aplicación solo para conocerte.

Joder, joder… ¿el jabón «Ven a mí» sí estará haciendo efecto?

—¿En serio intestaste poner distancia? No fue porque no te sentías atraído por mí ¿Verdad?

Gabriel suelta una risita y de inmediato, dice:

—Me siento atraído por ti desde que te conocí.

Okey, la plática que yo tenía pendiente puede esperar, mucho más cuando acerca su boca a la mía y el contacto con sus labios hace que un escalofrío me recorra la espalda. Le correspondo de la misma forma ferviente y voraz, pero al mismo tiempo el beso se vuelve tan dulce y delicado, pudiera hablar todo un día sobre lo bien que besa el hombre araña y aun así no fuera capaz de terminar de contar todas las sensaciones que me provoca en el cuerpo.

Mierda, voy a extrañar estos besos de Gabriel, lo sé. Digo, si se toma a mal lo que tengo por decirle… ojalá que no.

Su boca comienza a descender por mi cuello, hace su recorrido por mi garganta y después comienza a bajar por mis clavículas, santo escarabajo, siento un cosquilleo… y no precisamente en el estómago. Vuelve a mis labios, pone su mano sobre mi pierna y con la respiración entrecortada me susurra:

—Esto es algo que quiero hacer desde hace mucho tiempo Lu y no puedo aguantarme más. —Me vuelve a besar otra vez y se detiene solo para preguntarme: —¿Puedo…?

Le digo que sí, así con mis labios sobre su boca. Ni siquiera sé exactamente para qué pidió el permiso, pero de inmediato siento su mano subir por mi pierna hasta llegar al borde de mi ropa interior. Me pongo de pie un momento, solo para ubicarme a horcajadas sobre él. El beso se intensifica y froto su entrepierna con la mía, el bulto que sobresale de su pantalón está justo en mi entrada. Su boca va de mi barbilla, a mi cuello y después a mis pechos. Se pone de pie, sosteniéndome a mí con sus manos sobre mi trasero, me deja sobre el piano mientras él sube a mi

cuello, mi barbilla y besa mi boca.

Santo cielo…

Santo cielo…

Que yo no me puse ropa interior que combinara.

Pero creo que eso es lo que menos me importa ahorita, especialmente cuando sus dedos van viajando por debajo de mis bragas, suavemente va bajando la tela de mi ropa interior al mismo tiempo que con la otra mano baja el zíper de mi falda. Poco a poco ambos se van deslizando por mis piernas. Comienza a bajar otra vez y ahora va por mi busto, mi abdomen, sube un poco mi blusa y me besa el vientre, su boca va subiendo, pasa por sobre mi blusa, hasta detenerse en la piel que sobresale de mi sostén.

Vuelve a besarme en la boca, esta vez con más intensidad. Una de sus manos está rodeándome la cintura, mientras la otra llega hasta uno de mis senos. El gemido que suelta sobre mis labios hace que se me activen nuevas terminaciones y provoque que me moje todavía más, con la misma energía su boca hace de nuevo su recorrido hacia abajo. Un gemido es mi respuesta cuando sus dedos acarician mi entrada y muevo mi cadera hacia delante en el momento que uno entra y sale de mi interior. Su boca sigue su camino, me inclino hacia atrás cuando sus labios van de mi estómago, al ombligo, llega al vientre y entonces se ubica justo ahí, entre medio de mis piernas.

Joder, joder. Dios mío. Sé que no es buen momento para invocar a Dios, pero es que lo que está a punto de hacer este hombre me va a hacer ver el cielo con todo y estrellas. Tal vez debo estar soñando, pero que no me despierten por favor, no cuando la sensación placentera de su boca húmeda y caliente sobre mi sexo me invade todo el cuerpo y me hace escapar un gemido de excitación que incrementa cuando comienza un movimiento circular con su lengua.

Mis manos entre su pelo, las suyas por debajo de mis muslos manteniendo mis piernas sobre sus hombros. Cada movimiento de su boca me hace retorcerme de placer y es que Gabriel es tan bueno en todo ¡Todo! Y, por supuesto, esto no se queda atrás. Rápido me hace llegar al punto de que mis gemidos son incontrolables y él se encarga de presionar más, arriba, abajo, circular, de vez en cuando con sus dedos dentro de mí al mismo ritmo que su boca, se da cuenta cuando ya estoy a punto de el orgasmo, porque intensifica los movimientos de su lengua, hasta que alcanza a provocarme ese estallido que me contrae todo por dentro.

Es entonces hasta ese momento que caigo en cuenta qué es lo que acaba de pasar. Y él con una sonrisa pícara en la cara, pasándose la lengua por los labios, se acerca a mi oído y dice:

—Te dije que el día que te besara Lu, sería uno de esos que no ibas a olvidar nunca.

Lo escucho alejarse y yo me quedo ahí todavía intentando procesar lo que pasó y las palabras de Gabriel solo acaban de provocar que una nueva sensación de querer más se apodere de mí. Está de regreso. Vuelve a acercarse a mí y escucho el sonido de su cinturón cuando lo deja caer a mi lado:

—Siempre intento comportarme como un caballero contigo, Lu. —Ahora es el sonido de la bolsita de un preservativo rasgándose. —Aunque ahora mismo va a parecer que no.

Capítulo 42

Gabriel

Hasta hace poco mi vida era sencilla, solo consistía en despertarme, tomar una ducha, alistarme para ir al despacho, comer, trabajar, dormir y ya. Y lo de dormir desde hace tiempo no se me daba tan bien… hasta hoy, pero a ver… que ese es tema para otro momento.

Hablando de dormir…

Me despierto de golpe porque la cantidad que he dormido se me hace sospechosa y la luz que está entrando por la ventana también. Tardo un momento en que mis ojos se adapten a la claridad y lo primero que veo son las patas del gato y tras él, el cabello de Lu. Siento un ligero dolor en la frente y cierro los ojos un rato masajeándome la sien cuando de pronto imágenes de la noche anterior se comienzan a reproducir como gifs dentro de mi cabeza.

Luna sobre mí.

Yo sobre ella.

El piano.

Extiendo mi mano sobre la mesa de noche para tomar mi teléfono y ver la hora, pero cuando me muevo para ponerme de pie siento los colmillos de la fiera sobre mi cuero cabelludo haciéndome soltar un grito, provocando que Luna se despierte asustada y el gato se sobresalte corriendo sobre mi cuerpo y lanzándose de la cama.

Hijo de…

Como decía, mis días tranquilos ya no existen.

—¡Pantuflas! ¡No puedes morder a tu padre!

El comentario de Luna provoca que casi me ahogue con mi propia saliva y esto hace que termine de despertarme por completo. Entonces, le digo a Luna con sorna:

—Exijo la prueba de paternidad porque no es posible que yo tenga un hijo tan maleducado. —Ni siquiera escucho lo que me contesta, porque miro mi teléfono celular y la hora y la llamada perdida de Juan y los dos correos. —Mierda.

Me pongo de pie de un salto. Luna me pregunta la hora y cuando se la digo se levanta despavorida también. Busco mi ropa ¿Dónde carajos está mi ropa? Vale, afuera ya me acordé, pero… a ver… qué importa la ropa ya si Luna ya me conoce hasta el alma.

En fin, tomo la primera toalla que me encuentro y amarrándomela de la cintura, me vuelvo a Lu:

—Por cierto, por culpa de la fiera olvidé darte los buenos días ¿Cómo amaneces, Lu?

A lo que ella con una sonrisa pícara y ajustándose una bata a la cintura, de hecho, ajustándose *mi* bata a la cintura, contesta:

—¡Uf! Contentísima. Es más, te devolveré el cerdo holandés que te había quitado.

—Pues yo sí espero que estés contenta, porque ahora te cobraré cinco cerdos holandeses más.

Solo escucho la carcajada suya cuando me alejo y justo en el momento que me encierro en el baño me llega otro correo que me hace caer en cuenta que solo tengo algunos veinte minutos para salir corriendo de aquí si quiero llegar a tiempo. Y lo hago, no sé cómo. Después de alistarme en tiempo récord, camino a la cocina contestando los emails que tengo pendientes y después de darle enviar al último me acerco al espejo para ponerme la corbata mientras hago una

llamada que mi cliente no contesta. Escucho que alguien toca la puerta y cuando abro a la persona que me encuentro es a Caterine, mi madre, y mi primera reacción al verla es:

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Oh, sí. Buenos días también Gabriel ¿Yo? Yo amanecí muy bien, gracias. —Habla con sorna, da un paso al frente sin que yo se lo pida y aunque le digo que necesito irme al trabajo, ella continúa: —No es a ti a quién busco, Luna y yo vamos a desayunar juntas, pero puedes tomarte un día libre y venir con nosotras si quieres, ya estás tarde de todas formas.

—Ah, sí gracias por recordarme que voy tarde. Y no, prefiero ir a trabajar, pero agradezco la invitación.

Mi madre se deja caer sobre el sillón reprimiéndome que nunca me tomo un descanso y bla bla bla, intentando cambiar la conversación le digo que Luna debe estar terminando de arreglarse, ni siquiera termino la frase, porque me doy cuenta de un detalle del que no me había percatado antes: Aparte de mi pantalón tirado en el piso, hay un paquete de preservativo en el que mi madre se ha sentado.

Mi madre mira la esquina del paquetito que sobresale en su pierna y después lo toma con sus dedos. Me acerco, se lo arrebato y entonces la escucho:

—Oh vamos, Gabriel. Como si todos fuéramos santos. Tus hermanos y tú no cayeron del cielo, te lo recuerdo.

—Qué gusto saber que no me encontraste por ahí después de caer del cielo, pero te hubieras guardado ese comentario.

Creo que mejor me voy.

Por suerte Luna aparece y deja de ponerme atención a mí para dársela a Lu quién le dice que le de unos minutos para alistarse. El cliente al que había llamado me regresa la llamada y mientras batallo entre hablar y ponerme la corbata, Luna se acerca a mí a ayudarme con el nudo, todo esto frente a mi madre quién nos ve en silencio desde el sillón.

Pero mi madre es el menor de mis problemas, cuando miro el reloj y que ya ni convirtiéndome en Toretto podré llegar a tiempo.

—Gracias, amor mío. —Desde hace rato que los besos en los labios eran el saludo y la despedida de los dos y ni siquiera sé cómo había pasado eso. Un día solo nos besamos y ya, fue un accidente… creo, pero desde ese entonces se volvió algo normal y hoy por supuesto que no es la excepción, aunque está mi madre en frente… pero ya me da igual. Me despido de Caterine y también agrego para Luna: —Cualquier cosa me escribes, Lu.

Me dice que sí.

El camino desde mi casa hasta la oficina es más rápido de lo que pensé —me salté algunas señales de alto, pero eso es algo que no mencionaré, por supuesto—. No es que esté llegando temprano tampoco, pero sí lo suficiente como para encontrarme a Juan tomando café con mi taza, a mi hermana con los pies arriba del escritorio y a Melissa viendo hacia mi oficina desde la recepción.

Todos voltean a verme, de inmediato Juan esconde la taza, mi hermana baja los pies de la mesa y comienza a teclear en la computadora y Melissa, quién asumo está aquí por lo de la cita con Javier, solo esboza una sonrisa en forma de saludo y toma el sillón que está en la sala de espera.

No digo nada.

Paso de Melissa, de mi hermana y de Juan, pero a este último sí le quito mi taza primero.

—Llegas tarde. —Lo escucho entrar a mi oficina detrás de mí. Dejo mi maletín sobre el

escritorio, me quejo por el tráfico y él menciona las dos llamadas perdidas que dejó en mi celular esta mañana. Yo me defiendo con un «no escuché el teléfono» —*lo que no es mentira*— y él, tomado mi taza de regreso, cambia de tema y me dice: —Te tengo un regalo.

—Siempre y cuando no sean calzoncillos a juego contigo, todo bien.

—Esas tangas estaban *cool*, Gabriel. No puedes negarlo. —Y me giro hacia él sin expresión alguna. Juan está conteniéndose una carcajada, pero se aclara la garganta, se toma un sorbo de café y dice: —Eso fue cuando estabas solo, bueno estabas con Cristal, pero era como si estabas solo, en fin. Peeeeero… —Se saca un par de cepillos de dientes del bolsillo. —Ahora prácticamente vives en pareja, así que Luna y tú deben tener cepillos a juego, es lo que todas las parejas hacen. Los encontré en oferta.

—¿Qué diablos? ¿Es en serio, Juan?

—Por supuesto. Ah bueno, yo sé que te crees un señor de ochenta años, pero te recuerdo que sigues estando en el cuerpo de un hombre de treinta y los dientes no se te caerán hasta dentro de unos cuarenta años tal vez, así que este es un buen regalo.

—A veces me dan ganas de tirarte por la ventana, Juan; te lo juro. O tirarme a mí mismo para ya no tener que escucharte.

Juan suelta la carcajada y dice que mejor se va a trabajar, lo cual le agradezco. Antes de salir deja los cepillos sobre mi escritorio y, además, agrega:

—Y sí encontré tangas a juego. Te traigo la tuya más tarde.

¡Ja! Qué risa, por supuesto eso es sarcasmo y se lo digo. Lo observo alejarse, cerrar la puerta de mi oficina a sus espaldas y después intercambiar algunas palabras con Javier en el pasillo. Rodeo el escritorio y tomo mi lugar del otro lado después de encender la computadora portátil. Escucho una notificación de mi teléfono y cuando desbloqueo la pantalla, lo que me encuentro es mi perfil de Instagram y una fotografía que Luna acaba de subir.

Una con el vestido naranja que llevaba esta mañana.

Mientras la foto está tomada desde abajo, ella está recostada sobre la puerta de mi casa de forma que se le realza una figura espectacular. Mentiría si digo que no me quedo viendo esa imagen más tiempo del que debería o el video suyo bailando que está a continuación. Y es que solo verla a través de una pantalla, en esa pose y esa forma de bailar suya… me enciende.

¿Qué me ha hecho esta mujer, por Dios?

Ya hay más de cien comentarios, pero eso no impide que deje el mío mencionando lo diosa que se ve en esas publicaciones. Ni siquiera es Luna la que reacciona primero, es Roberto y, además, agrega una respuesta donde reitera lo «afortunado» que soy.

En ese instante mi hermana entra a mi oficina sin tocar, pero esta vez no trae papeles en manos, lo que carga es una caja y me dice que es algo que llegó para mí. Arrugo el entrecejo cuando tomo el paquete y, además, dice que tiene una notita. Se va y yo aprovecho para abrir el paquetito que, desde afuera, se ve muy Lu por todos lados.

No me equivoqué.

La nota, que parece escrita por su propia letra, dice:

«Que tengas un bonito día, amor mío.

Lu.»

Es desayuno, por supuesto, además hay un postre y café.

Inconscientemente le sonrío a la nota y tomo mi teléfono solo para dejarle un texto en respuesta:

Para: Luna.

¿Qué debí hacer bien en esta vida para encontrarme con una persona como tú?

Gracias por preocuparte por todas las calorías que me hiciste perder anoche.

La respuesta de Luna llega casi de inmediato y es una serie de emojis de risas a lo que le agrega un meme que dice «De nada, vuelva pronto». Le tomo una foto a su detalle en agradecimiento y la subo a mis historias. No sé desde cuando soy este tipo de persona, pero aquí estoy compartiéndolo con más de cinco mil desconocidos.

Y la primera persona en reaccionar es Roberto, por supuesto, y como si fuera poco me deja un mensaje, uno que no pienso abrir. Me llega otro texto de Luna y este dice:

De: Luna

Por cierto, el comisionado nos invitó a cenar a su casa hoy y dije que sí.

En fin, no es como que tenga de otra. Mis padres ya saben cómo jugárselas para hacer que los acompañe a sus reuniones familiares: Pidiéndoselo a Lu. Ya se imaginan que no voy a protestar, tampoco voy a decir que tengo mucho trabajo o a llegar al extremo de fingir mi muerte; mucho peor cuando comienzan a aparecer fotos de mi padre en las historias de Lu.

El comisionado, tomándose fotos con Lu.

Entonces, cuando termino mi jornada laboral, me veo obligado a ir a la casa de mi padre. Es más, Luna hasta ya está ahí. Justo cuando aparco frente a la casa lo primero que miro es el rosal de mi padre y después a Luna, quién está sentada en la mesa del jardín, al verme, esboza una sonrisita encantadora y justo en el momento que me acerco, dice:

—Eres algo así como la chancla de mi abuela Margarita, te veo y se me acelera el corazón.

—Guao. Eso es lo más romántico que alguna vez me han dicho.

La risa de Luna termina por hacerme gracia a mí. Se pone de pie y me da uno de esos abrazos suyos; efusivos, alegres y cariñosos que te provocan quedarte así por siempre. Detrás de ella aparece mi padre quién después de saludarme, agrega:

—Bolas dice que está considerando pagarme cinco cerdos holandeses más por ti. A este paso podré cobrar cien, sigue así.

Entonces el resto de la plática es sobre los cerdos holandeses, el rosal que no vamos a cuidar, una que otra historia de mi padre, ironías de Luna y sarcasmo de parte del comisionado que no puede evitar. Al finalizar la cena y a punto de irnos de la casa de mi papá, estoy platicando con él cuando siento algo acariciarme la entrepierna. No digo nada, disimuladamente con mi mano intento quitar el pie descalzo de Luna y lo sostengo, pero vuelve a bajar a acariciarme esa zona.

Ya perdí el hilo de lo que estaba hablando con mi padre.

Mi mente solo se concentra en lo que está haciendo ella y lo único que puedo responderle a mi padre es un asentimiento y ya ni siquiera sé de lo que está hablando. Miro a Lu quién parece gozarse mi tortura hasta que el comisionado se pone de pie y yo le hago una seña a Luna que pare.

Lo hace, pero está conteniéndose una risita mientras toma agua del vaso que tenía en frente. Se pone de pie y la observo alejarse a través del jardín en dirección a la cocina, entonces me pongo de pie y voy tras ella. La miro dejar el vaso y aprovechando que no están ni mi padre ni su esposa cerca, tiro de ella hasta el cuarto que está debajo de las escaleras, el baño de visitas creo que es, pero me da igual. Cierro la puerta a mis espaldas y entonces, beso los labios de Luna quién entre risas me corresponde de esa forma que ella sabe que es mi perdición.

Estoy consciente que mi padre está solo a unos metros, claro, pero… a la mierda.

Bloqueo la puerta con el pasador y cuando Luna enrolla sus piernas alrededor de mi cintura, giro con ella hasta dejarla contra la pared. Empiezo a besarle el cuello, el rostro, el pecho y con mis dedos paso a jugar con su zona intima, escurriéndome entre sus bragas y activando todas sus zonas erógenas con mi pulgar, primero un dedo, luego dos. El gemido de su boca me vuelve loco y después es ella deshaciéndose de mi cinturón, de la cerradura de mi pantalón, mi miembro en su mano.

Y… se me olvidó un detalle.

Mierda.

—No tengo un preservativo…

—Yo sí.

Y saca uno del bolso que tiene en la cintura y me lo entrega, rasgo el paquete y me cubro con él, una vez que siento que está completamente preparada entro en ella provocando que un suave gemido salga de su boca y se ahogue con un beso mío. Más rápido, más profundo y más duro, tengo que taparle la boca cuando un gemido suyo se sale de control provocándole una risita que se vuelve a convertir en un gemido más fuerte y se aferra más a mi cuerpo cuando siento esa contracción suya alrededor de mi longitud.

Unas embestidas más, otro beso ansioso, más gemidos que intento acallar, un orgasmo suyo. Todo eso es suficiente para hacerme explotar y llegar al clímax. Sin salir de ella nos quedamos ahí, en la misma posición, sin movernos, intentando recuperar el aliento, los dos soltamos una risa cómplice cuando escuchamos a mi padre afuera preguntar:

—¿Dónde se meterían Gabriel y bolas?

Capítulo 43

Luna

Estos últimos días de mi vida parecen salidos de un cuento.

Bueno, tal vez de un cuento de Disney no... digo, al menos que sea un cuento +18 y escandalice a todos los padres del mundo y nos ganemos una buena demanda, pero es que tampoco me imagino un cuento de Disney como una película para adultos. Quiero decir, ni en mis sueños más locos podría ver a Cenicienta o a Blancanieves en ese tipo de película de acción, aunque no me sorprendería encontrarme esas versiones escandalosas en las páginas prohibidas de San Google.

Voy a confesar que la curiosidad me ganó y sí me fui a uno de esos sitios que la abuela Margarita una vez me advirtió no entrar y no, no fue por razones moralistas, lo que me dijo fue «Lunita, el porno es una porquería. Todo es mucho mejor en persona. Algún día te vas a dar cuenta y te vas a acordar de mí» —Y sí que la abuela Margarita tenía razón, pero ese no es el tema del momento—. En fin, el punto es que, sí existen esas benditas películas y sí que ver a Cenicienta en acción es un tanto traumático y ahora tengo que buscar cómo sacarme esas imágenes de la cabeza.

Mierda.

Pero a ver... ya me desvié, lo que quería decir es que todo parece irreal últimamente.

Es más, hasta tengo miedo de caer de un acantilado y despertarme de golpe del sueño que parece que es, porque bueno... tener al hombre araña durmiendo a mi lado todos los días hasta parece una fantasía... en todos los sentidos: Ya he mencionado lo caballeroso que es ¿no? lo atento que se porta siempre y lo amable que es conmigo... y ahora hay una nueva habilidad desbloqueada que tengo que agregar a su perfil porque... ¡madre mía! Es que ese hombre o es muy bueno en todo lo que hace, o es que yo antes solo tuve malas experiencias.

Aunque eso no lo es todo, eh, no todo en esta vida se resume a lo sexual o la habilidad de un hombre de provocarte un orgasmo tan rápido ¡Bah! ¿A quién engaño? Sí es una parte importante, pero a veces una no solo quiere un amante, también quiere a un amigo, un confidente, un compañero y todas esas cosas juntas las he encontrado en Gabriel. Ni siquiera estoy clara en qué es lo que hay entre él y yo ahora, pero la relación que no tenemos me está comenzando a gustar más que antes.

Mucho más porque ahora estoy frente al lado provocativo de Gabriel que no conocía. Ya ni siquiera puedo sentarme sobre sus piernas sin que su mano se cuele dentro de mi ropa interior y comience a tocar todas mis terminaciones nerviosas provocándome estallidos de placer solo con sus dedos, es que... santo escarabajo... este hombre sabe todas las técnicas para hacerme terminar de la forma que se le da gana.

Lo cual está genial, si no hubiese pasado en el momento que iba a decirle el asunto importante que todavía tenemos pendiente. Y yo le pregunté, sentándome sobre sus piernas, claro:

—Oye, no eres homofóbico ¿Verdad? —Bah, no era la mejor forma de comenzar esta conversación, pero es mejor ir al grano. Gabriel arrugó su entrecejo con una interrogante en el rostro y ahí fue donde sus dedos comenzaron a hacerse un espacio dentro de mis bragas. —Gabriel, la pr... —me aclaré la garganta. —La pregunta es... seria.

Tampoco iba a detenerlo.

—No soy homofóbico. —Solté un suspiro cuando sentí su pulgar haciendo círculos sobre mi clítoris y aquella sensación placentera me hizo contener la respiración y me estremecí cuando uno de sus dedos pasó sobre mi vulva. —¿Por qué la pregunta? No me digas que ahora quieres ser lesbiana.

— No... —Y me reí, pero las risas se me atoraron en la garganta cuando comenzó a mover su pulgar con más firmeza, me recogió el cabello haciéndome soltar un gemido y comenzó a recorrer mi cuello dejando una ristra de besos hasta mi hombro, de pronto hasta se me olvidó a qué había venido y entonces lo escuché:

—Porque por ti me visto de mujer si quieres, Lu.

Solté una carcajada y solo por un momento, un momento nada más, detuvo el placer que me estaba provocando para reírse conmigo y después ya no intenté regresar a la plática, no cuando escuché el sonido del cinturón retirándose de su pantalón.

Vale, que esa conversación podía esperar hasta más tarde.

Es que... a ver... ¿quién va a querer arruinar un momento así? Sí, nadie.

Pero sí lo intenté los días siguientes ¿Vale? Sí lo hice, pero es que cualquier momento con Gabriel se vuelve hilarante y se me quitan las ganas de arruinarlo, porque no se sabe qué puede pasar ¿Qué si no le hace nada de gracia? ¿Y si se arruina todo? Al menos antes voy a disfrutarlo lo suficiente. Y tuve la oportunidad, ayer cuando él mismo me invitó a cenar, terminamos la comida y yo le pregunté:

—Cuéntame ¿qué es lo más tonto que has hecho borracho? —Estaba intentando alivianar el ambiente, tipo «nos reímos un rato de nuestras tonterías, después suelto lo que tengo que decir y me rio de nuevo fingiendo que no es nada importante y ya». Gabriel arrugó el entrecejo y me dijo:

—Nunca me he emborrachado hasta el punto de hacer una tontería. —Va, no venimos de la misma familia, eso es seguro. —Apuesto que tú sí.

Entonces asentí y le dije que podía contarle todas mis historias sobres las veces que me emborraché y muchas de ellas fueron en mi propia casa. No había iniciado y Gabriel ya estaba a punto de soltarse en carcajadas, así que comencé:

—Una vez, mientras hacía una fiesta en mi casa, fui al refrigerador a echarle un hielo a mi bebida, estaba oscuro, platicaba con algunas personas, pasó el tiempo, me tomé la bebida y el hielo nunca se deshizo. Cuando todos se fueron y encendí las luces, resulta que no era un hielo, era una pata de pollo la que estaba en mi vaso. —Sí, como lo supuse, Gabriel estalló en risas y yo continué: —Otro día, me llevé a un perro callejero a casa diciendo que Juan mi cerdo, había reencarnado en él.

Otra carcajada de parte de Gabriel. A este punto, me siento el bufón de esta relación. Pero eso no me detuvo y proseguí:

—En otra ocasión, no tenía permiso de hacer una fiesta, así que una vez que mis padres no estaban en casa la abuela Margarita me dijo que podía hacer lo que quisiera siempre y cuando la dejara tomarse unas copas sin decirle a mis papás, terminé sobre las piernas de la abuela margarita en silla de ruedas tirándonos cuesta abajo sin frenos, casi se muere, pero esa fue su idea, no mía.

—Oh por Dios.

A ese punto Gabriel ya no paraba de reír y yo me carcajeé con él hasta que dijo que después de haber sobrevivido a la primera historia me creía inmortal y a la tercera también. Le

respondí que la primera sí se lo había dicho a mis padres y se pusieron paranoicos, pasé en el hospital los siguientes tres días con antibióticos. La tercera ya no se las conté como era y la abuela Margarita me apoyó.

Y él siguió riéndose. En ese momento es que debí decírselo, debí soltarlo así sin más y continuarme riendo, pero él seguía carcajeándose y yo solo podía pensar en que no podía arruinar ese momento ahora, no cuando Gabriel se aclaró la garganta y me dijo:

—Tú me alegras los días, Lu. En serio.

Y me acobardé otra vez.

Mierda.

Me convencí a mí misma que se lo diría al día siguiente, incluso me había despertado temprano, practiqué frente al espejo, me arreglé porque doña Caterine me invitó a algún lugar que no me dijo —pensaba contárselo a Gabriel y después salir corriendo—, pero cuando salí decidida a hablar con Gabriel, me lo encontré con Juan en la cocina y Pantuflas entre medio de los dos sobre el desayunador, los dos hablaban sobre algún caso del despacho con tanta terminología que ni siquiera logré entender

Definitivamente, tampoco era el momento.

¿Cómo iba a darle tremenda noticia justo antes de ir al trabajo? No me lo perdonaría ni él, ni Juan, ni el despacho.

Qué suerte que Juan me hizo olvidarme de eso un rato cuando me dijo:

—Buenos días, Luna ¿Gabriel te dio tu cepillo de corazones a juego que les regalé? —Yo ni sabía de qué cepillo hablaba. Gabriel solo lo miró, suspiró y Juan agregó: —También tenemos tangas a juego como mejores amigos.

Por supuesto que al hombre araña no le hizo gracia, pero a mí sí.

Entonces ahora aquí estoy, pensando en si hacerlo a través de un mensaje de texto, una llamada o mandar a decírselo con su mamá solo para no tener que hacerlo yo de frente. Eso último sí que es una mala idea. Caterine aparca su auto frente a un restaurante y justo cuando estamos bajando del vehículo diviso la cabellera roja, el porte de superioridad y los tacones brillantes. Cristal, por supuesto. Hasta ese momento a la suegra se le ocurre decir:

—Espero que no te moleste. —Ah, caray. Mal vamos. —Pero tengo que hablar unas cosas con Cristal, ya sabes, ahora se les ocurrió que van a casarse en unos días. No sé. Será algo rápido ¿Okey? Cristal no tiene mucho tiempo y podremos comer tranquilas las dos. No hay problema ¿Verdad?

—No. Ninguno.

La que sí parece tener problemas es Cristal. Al momento de vernos la sonrisa que tenía en el rostro se disipa y rueda los ojos de manera disimulada al verme. Yo sí que muestro la felicidad que me causa verla —eso es sarcasmo, claro— y se lo dejo saber con mi mejor impresión ensayada de todos estos días. Intercambia unas palabras con Caterine y yo tomo el lugar frente a la suegra mientras ella dice que tiene que ir al baño.

Genial, tiempo a solas con la vulpécula roja.

De: Gabriel

Espero estés teniendo un bonito día, Lu ♥

Le sonrío a la pantalla de mi teléfono al momento que escribo mi respuesta para Gabriel. Una vez que le doy enviar, dejo el teléfono de regreso sobre la mesa y me doy cuenta de que Cristal me estaba viendo. No digo nada, ella tampoco y en el momento que mi móvil suena ella también le da un vistazo. El silencio es incómodo, lo único que se escucha es cuando escribo un

texto en mi teléfono y después una llamada que entra al de Cristal. No pongo atención, pero sí me da curiosidad cuando ella de pronto ella comienza a hablar con una mezcla rara entre español y lo que parece es francés, arrugo el entrecejo y después parece escribir unas cosas que ni ella misma entiende.

Termina la llamada, otra vez el silencio, hasta que otro texto aparece en mi pantalla, pero esta vez es de Elías, el hermanito de Gabriel.

De: Elías Santander

Apuesto que ahora mismo estás con Cristal. Escuché a mamá diciendo que hará lo posible para que ustedes se lleven bien ¡Ja! ¿Le dices tú o le digo yo?

Ah, caramba.

Estoy dejándole mi respuesta, pero entonces:

—Me sorprende que Gabriel no te haya botado todavía. —Carajo ¿Por qué mejor no se quedaba callada? Tengo que respirar profundo para dirigirme a ella sin perder los estribos. No la miro directamente y aunque parece estar concentrada en la libreta que tiene enfrente, continúa: —Dale unos días más.

—No te botó a ti en cuatro años ¿Qué te hace pensar que me va a botar a mí? ¿Según tú lo que hablabas en esa llamada era francés?

—Sí era francés. Y en cuanto a tu otra pregunta, durante esos cuatro años que estuve con Gabriel era una abogada con un máster, dinero y apartamento ¿Tú qué eres? Una aspirante a ama de casa con gustos caros que se la pasa posteando su vida prestada en Instagram. Digo vida prestada porque no vas a ser joven toda la vida y después te va a costar encontrar un *sponsor*.

—Al menos yo sí sé francés ¿Quieres unas clases?

Puedo ver cómo cambia el rostro de Cristal y después suelta una risita irónica que se termina cuando le digo que estoy hablando en serio y, además, Caterine se está acercando. Creo que de todas las discusiones que he tenido en mi vida, las de Cristal sobrepasan los niveles de ridiculez. Está demás decir que la roja se va unos diez minutos más tarde y le agradezco enormemente poder comer tranquila, aunque... por supuesto... antes de largarse ha dejado en claro que la próxima charla la prefería «a solas».

Y me reí porque lo más seguro es que Caterine me invitará de nuevo.

En fin, cuando llego a la radio y entro a mi oficina, sonrío al ver un ramo de rosas rojas más una caja negra con un listón dorado sobre mi escritorio. Estoy a punto de dejarle un mensaje a Gabriel cuando veo la nota que sobresale y me doy cuenta de que esa definitivamente no es la letra de Gabriel. Con el teléfono todavía en manos me acerco al paquete y después de deshacer el lazo que está en la cúspide, la notita se cae al suelo con las letras hacia arriba. Solo dice «Ábrelo» con tinta del mismo color que el listón. Cuando quito la tapa, lo primero que mis ojos visualizan es una tela de encaje y entre medio está otra nota.

Saco la primera prenda y me quedo con el sostén en manos mientras leo la siguiente nota que dice:

«Lástima que solo te pueda imaginar con estas prendas puestas»

Y justo detrás hay un segundo pedazo de papel, que una vez que retiro el primero, las siguientes palabras son:

«Pero si estás de acuerdo en darme la dicha de verlas en ti, ve a la dirección que está en la siguiente nota. Esto es solo para que hablemos un ratito y tal vez lleguemos a un acuerdo si gustas ¿Te apuntas? Si es un sí, te espero»

No es todo, hay una tercera. Santo cielo.

«Y será nuestro secreto»

Ahora sí llego a la supuesta dirección, que está envuelta con la tela de la tanga y yo todavía no puedo creerme esto. Ni siquiera tengo que descifrar de donde viene, firma con una «R» ¿Y quién más sería tan descarado de hacer algo así? Roberto, por supuesto.

Hijo de...

Pudiera encontrar todos los sinónimos que le acompañan al adjetivo que lo calificaría a él, pero creo que con todos ofendería a Caterine y ella es tan buena persona que hasta le tengo lástima por el pedazo de hijo que le tocó.

Dejo la prenda de regreso junto a las notas y recojo la que está en el suelo también, todo esto mientras estoy haciendo una llamada porque, definitivamente, sí voy a ir a la dirección que dice. De inmediato cuando escucho la voz del tío Pepe, pregunto:

—¿Estás cerca?

A lo que él al instante, dice:

—Sí ¿Por qué?

—Necesito que me lleves a un lugar. Urgente.

—Está bien, dame cinco minutos.

Tomo las rosas, la caja con sus notas y después le digo a mi jefa que necesito salir unos minutos. A este paso van a despedirme, pero después de explicarle lo que estoy a punto de hacer ella me dice que me tome le tiempo que quiera, pero que le tire su regalito en la cara. Y oye, no es mala idea. No tengo que esperar mucho al tío Pepe, en unos minutos está frente a la radio y con una camioneta que ya no es la de mala muerte, es otra... peor.

Aunque ahora es lo que menos me importa. Me subo al vehículo y después de preguntarme donde necesito ir con tanta urgencia le entrego la caja, la observa unos minutos, lee las notas y me pregunta quién se atrevió a enviarme esto.

—El hermano de Gabriel.

—¿El hermano de Gabriel? ¿El que va a casarse con la pelirroja? Qué hijo de puta... —Exclama, regresándome la bendita caja. Pone en marcha el vehículo y agrega: —Y perdón por doña Caterine, en serio. Esperemos que un día nos diga que es adoptado o algo así.

El lugar no está lejos de la radio, aunque en la camioneta de mala muerte se sienta como una eternidad. Me doy cuenta de que la dirección a la que llegamos es la de una cafetería, una que está frente a una universidad, asumo que es el lugar donde Roberto trabaja porque según Gabriel la rata es profesor universitario.

No tengo que buscarlo siquiera.

El sinvergüenza está ahí y es la única persona sentado en una de las mesas de afuera con una taza de café en mano mientras sostiene un periódico con la otra. Por suerte no levanta la mirada, hasta que ya estoy a unos pasos de él y tal vez sea porque mis tacones le anuncian mi presencia. En ese momento sonríe amplio y exclama:

—Guao, la verdad es que no me esperaba que vinieras tan rápido. —El gesto le cambia al momento que ve la figura detrás de mí, aunque intenta disimularlo y me mira: —Bueno, esperaba que si venías... lo hicieras sola.

—¿Por qué? —Lo interrumpe el tío Pepe: —¿Te incomodo?¿No me imaginas a mí usando esas prendas, ¿verdad? —Toma pacientemente el lugar en la mesa que está al lado derecho del hermano de Gabriel, ni siquiera puedo descifrar su gesto ¿está confundido? ¿molesto? ¿ambas? Yo no me siento, le lanzo las rosas hasta que le pegan en el torso y después la caja que él intenta frenar metiendo sus manos al frente.

—Escúchame bien, Roberto, porque no voy a repetirlo dos veces. Que esta sea la última vez que tú me envías algo como esto o como cualquier otra cosa ¿de acuerdo? No me interesas, ni tú, ni tus regalos sexistas y no tengo necesidad de nada que pueda provenir de ti ¿Entiendes o te lo explico con manzanas?

—¿De ... de... de qué hablas? —Se aclara la garganta y continúa: —Solo es un presente... somos casi como familia ¿no? Era para que lo usaras con Gabriel...

—¡Ah! Qué buen hermano. Guao. Deberían darte un premio por preocuparte. —Respondo con ironía. —Pues el día que quiera usar algo así, lo compraré yo misma. Así que puedes ahorrarte tus regalitos o usarlos tú si tanto quieres ver a alguien con eso puesto.

El idiota no dice nada. Tampoco le despego la mirada de los ojos hasta que él mira a Pepe tomar su café y después darle un sorbo. Pepe toma una servilleta, se limpia los labios y antes de ponerse de pie le dice:

—Roberto te llamas ¿no? ¿Escuchaste muy bien lo que ella te dijo? Pues yo espero que sí, porque si no yo mismo me encargaré de limpiarte muy bien los oídos para que esto no pase de nuevo ¿Captaste? Porque créeme, puede que yo haya dejado la UFC hace mucho tiempo, pero si algo como esto vuelve a pasar otra vez, no dudaría ni un segundo en quebrarte las dos piernas ¿Entendido?

Se pone de pie, camina detrás de mí y hasta que estoy subiendo a la camioneta de mala muerte caigo en cuenta de lo que mencionó frente a Roberto:

—Por Dios, Pepe. Acabas de decirle que estuviste en la UFC.

Él está entrando de su lado, pone la ignición y despreocupado, contesta:

—¿Y qué? Nunca va a encontrar a ningún Pepe Rodríguez en internet, así que ni al caso.

Capítulo 44

Gabriel

Últimamente estoy en la luna.

Y bueno, literalmente hablando, pero ese no era el punto.

Es que, a ver, yo nunca, jamás, olvido cosas. Pero hoy, específicamente hoy, se me olvidó mi celular en mi casa ¿Y a quién se le olvida su teléfono en casa cuando su trabajo es en el celular casi que 24/7?

Pues a mí.

Pero eso no había sido todo, también se me había olvidado de que tengo un trabajo 24/7 y cuando estaba saliendo de la oficina le dije a un cliente: «Le llamo más tarde. Estoy en una junta». Cabe recalcar que yo jamás hago cosas así, podía estar en carnaval y yo siempre buscaría la forma de atender, por eso últimamente había dejado de ir a esos sitios que no me permitieran tener una llamada tranquila.

Madre mía, eso suena tan esclavizador.

Sobra decir que no estaba en ninguna junta, iba a ver a Lu. Bueno, no solo a ella, también a mi padre, en un bar. Sí, ambos en un bar, como compadres, compinches, camaradas y todos los sinónimos que existan, en fin, fue el mismo comisionado quién me llamó y me dijo que estaba con Luna y, además, que ambos estaban esperando que yo saliera del trabajo para que me les uniera.

Decir que ya no tengo de otra que ir a donde esté Lu está demás y es algo que mi padre ya sabe, así que… ni modo, conduje directo al lugar que Luna me había compartido en un mensaje de texto y sí, ahí me los encontré a los dos, riéndose a carcajadas con una cerveza en mano como si fueran dos viejos amigos de tragos.

Y a estas alturas, sí creo que lo son.

Cuando me les acerqué, lo primero que mi padre dijo fue:

—Dice Luna que últimamente tu precio ha subido cuarenta y nueve cerdos holandeses.

Carajo.

Ni un hola siquiera.

Pero bueno, hubiera replicado a no ser porque en el lugar también estaba la esposa de mi padre y mi hermana mayor, Jessie, quienes se rieron por el comentario también. Por instinto miré alrededor, por si Roberto andaba por ahí porque eso parecía una reunión familiar más bien —una reunión familiar de las que ahora pertenece Luna, cabe mencionar—, pero gracias a quién sea, no había ni una sola pista suya por ningún lado. Me acerqué a Luna y después de saludar al resto de mi familia, le besé la mejilla y le susurré al oído:

—Espero el día en el que sea yo escapándome a beber cerveza con tu familia.

Y ella respondió con ironía:

—Entonces ve practicando, porque vas a necesitar un buen hígado.

—Diablos, no estoy a la altura.

Lu me miró con una sonrisa, me senté a su lado en el momento que alguien comenzó a cantar en una tarima y me di cuenta de que era un Karaoke… de rancheras. Bromeé con mi padre preguntándole si iba a lanzarse una de Vicente Fernandez y él me dijo que sí, que Luna ya le había dado clases.

Madre santa. Pero bueno… no dije nada, cuando me acomodé sin querer la cerveza se resbaló cayendo un poco de líquido sobre la mesa y después cayó sobre mi pantalón, logré tomar la botella a tiempo, pero antes de lograr alcanzar una servilleta Luna lo había hecho por mí y de inmediato sentí su mano en mi entrepierna.

A ver, tampoco creo que así se limpie la entrepierna.

—Lu… ¿Qué haces? —Me contuve una risa y sostuve su mano hasta lograr entrelazar sus dedos con los míos porque insistía en continuar.

—Nada.

Y a eso le agregó esa mirada pícara que siempre hace cuando quiere salirse con la suya. Qué suerte que mi padre, Elísabet y mi hermana estaban concentradas en el espectáculo en ese momento. Hasta que mi padre se volteó, Luna quitó de inmediato su mano de mi entrepierna y casi me atraganto cuando le dijo:

—Te doy a Gabriel gratis si me ganas una ronda en Karaoke, una ranchera.

—¿En serio no quieres los cuarenta y nueve cerdos holandeses? —Bromeé, lo escuché reírse y agregó:

—Si gano que sean doscientos cerdos.

Definitivamente, mi precio es más inestable que el de las criptomonedas.

Se puso de pie y Luna lo siguió, Elísabet mencionó algo sobre que Luna barrería el piso con mi padre y yo secundé esa idea. Los vi anotar sus nombres en un papel, reírse, seguir escribiendo, borrar, volver a reírse y regresar. Así tal cual. Creo que Luna y mi padre tienen una mejor relación que yo o que cualquiera de mis hermanos con su propio padre.

Sin más rodeos ¿Quién ganó? Pues es que ni siquiera había una competencia. Creo que queda claro con solo mencionar que hasta hubo una ovación de pie para Luna, a la que yo me uní también, por supuesto —y grabé, claro; y también subí a mis redes sociales—. Aunque mi padre no es que cante mal tampoco, pero ¿contra Luna?

Luna es dueña del escenario, se acopla a cualquier género y le da un estilo propio a cada música. Es que ella es así y, por suerte, creo que yo fui el único que entendió el doble mensaje de su canción, porque fue a mí que me vio desde el escenario justo antes de terminar la última frase del párrafo que iba así:

♬Así son los hombres
Todos son iguales
Pero qué bonito se siente
Cuando uno te da un besito
Te dice te quiero y poco a poquito
Se mete adentro y se va hasta al fondo♬

«Se mete adentro y se va hasta el fondo» ahí hizo una pausa y me señaló, después agregó el resto «*♬De tu corazón♬*», porque sí, así es Luna. Y yo me reí, aplaudí y me puse de pie como todos cuando Luna terminó la canción. Cuando se acercó a mí, hizo el intento de cargarme y le dijo a mi padre:

—Bueno, comisionado, fue un gusto hacer negocios con usted.

Y bueno, para finalizar esta anécdota, ahora soy gratis.

Volviendo al tema de mi celular, me di cuenta de que no lo traía conmigo hasta que ya estaba bastante lejos, casi llegando al edificio donde trabajo. De hecho, me enteré porque tenía un rato de no escuchar el bendito aparato sonar, ni llamadas, ni mensajes, ni notificaciones y

avancé unas cuadras pensando que era un día tranquilo hasta que en un semáforo me detuve y lo busqué.

No, no estaba por ningún lado.

Ni en mi bolsillo, ni en el asiento de copiloto, ni en los lugares traseros, ni en mi maletín.

—Santo escar… mierda.

Ya estaba a nada más cinco minutos de la oficina y ya ni de broma podía regresarme porque debía estar temprano en el despacho y tenía otros pendientes qué hacer. Además, el tráfico es una locura a esas horas. No había forma de volver. Así que conduje lo más rápido que pude y esos cinco minutos se convirtieron en tres, me fui directo a la oficina, abrí mis redes sociales en la laptop y le escribí a Lu:

Para: Luna

Dejé mi celular en casa.

Por supuesto que Luna contestó de inmediato y también confirmó que mi celular se había quedado en el sofá. Tomé la única opción que tenía y pregunté:

Para: Luna Rodríguez

¿Y podrías traerlo a mi oficina?

Algo para mencionar también es que en ese momento me llegó un correo de Cristal —sí, correo; porque lo más seguro es que en este tiempo me había enviado algún texto que yo no contesté—. Debí solo eliminarlo, pero lo abrí por error y el e-mail iba así:

De: Cristal Pinel

¿Entonces vendrás a mi boda sí o no?

Saludos,

Y sí, sí contesté:

Para: Cristal Pinel

¿Está mi novia invitada? De eso depende el sí o no.

Saludos,

Dejé el correo ahí. Total, que no pensaba aparecer en ese «evento». Me fui directo al mensaje de Luna que ya estaba en el chat y me hizo sonreírle a la pantalla cuando leí:

De: Luna Rodríguez

¿Con tal de verte? Allá voy ♥

Y es por eso que ahora está aquí, a pesar de que me dijo que vendría con Pepe y a la mitad del camino me avisó que la camioneta dejó de funcionar. Ya tengo su texto indicándome que está en la recepción, aunque logro divisarla desde mi oficina. Está charlando con Elías y más atrás de ella está Melissa, quién asumo espera a Javier y ahora mismo está viendo a Lu de pies a cabeza.

No la culpo, Luna parece una mujer de revista, con porte y elegancia, de outfit oscuro y gafas de sol, con blusa de cuello alto y saco, con falda corta y medias. Al verme, ella deja la plática con Elías y me sonríe. Se acerca y me da un abrazo que le correspondo de la misma forma efusiva, pero cariñosa y gentil, miro a Elías y antes le advierto:

—Tú y yo tenemos una plática pendiente.

Esa es otra larga historia, resumida: Poco después de haber llegado a mi oficina esta mañana me enteré de que Catalina no estaba por ningún lado cuando llamé para que le hiciera una cita a Luna, en su lugar me había respondido una voz varonil que ya conocía y yo lo primero que hice fue preguntar:

—¡Oh por Dios! ¿Dónde está Catalina?

—¿Qué? Tú entraste esta mañana y no dijiste nada, pensé que ya sabías.

—¡Ni siquiera te vi!

Entonces me colgó y estaba poniéndome de pie para ir a verlo cuando lo divisé por el vidrio de la oficina caminando hacia mí con paso acelerado. Abrió la puerta, la cerró a sus espaldas y dijo:

—Solo será un par de horas, no seas aguafiestas. Necesito el dinero y cómo crees que le pediré dinero a mamá y le diré «Oye, madre, necesito dinero para una página porno» —Se sentó frente a mi escritorio con una pierna cruzada sobre la otra y me dijo: —¿Qué necesitas tan temprano?

—¿A ver… qué no es que te pagaban solo por ponerlos en orden alfabético?

Y me cambia la plática con un:

—Oye, ¿si una empresa se entera que no tengo 18 años, puede demandarme? Ni siquiera tengo un contrato firmado con ellos, yo debería demandarlos ¿verdad? ¿Puedo hacer una contrademanda si me demandan por no tener dieciocho años?

—Oh por Dios ¿Qué hiciste, Elías? —Y mejor me volví a sentar. Él me miró, tamborileó sus dedos sobre la mano del sillón y dijo, pensándolo:

—Nada… —Hizo una pausa sospechosa y agregó: —Bueno, sí, pero es por una buena causa que todavía no puedo contarte.

—¿Tiene que ver con la página porno?

—¡No! Tiene que ver con tu novia. A decir verdad, no creo que ella haya sido la persona que perdió el anillo de compromiso de su exjefa, pero todavía estoy investigando…

—¿Cómo…

Mi pregunta quedó suspendida en el aire porque Juan interrumpió. Miró de Elías a mí y después le dijo a mi hermano que necesitaba ayuda con un asunto importante y que si podía acompañarlo. Le lancé una mirada a Juan y le recordé:

—Ni siquiera tiene edad para estar aquí.

Entonces ahí fue donde pasó, se puso de pie, se sacó la billetera y mostró otro de sus documentos falsificados, ya no solo era una identificación con otra fecha de nacimiento, sino que también existía una licencia de conducir falsa y cabe mencionar que está aquí metido en un despacho de abogados. Aunque Juan por supuesto que no ayuda del todo, solo se rio, tomó el pedazo de plástico en sus manos y dijo:

—Ahora puedo contratarte como mi chofer. Qué *cool.*

A lo que Elías, entusiasmado, le contestó:

—¿En serio? Sí vas a pagarme bien, ¿verdad? Porque necesito dinero para mi emprendimiento.

—¿Eres emprendedor ahora?

—Sí, tengo una página porno.

Juan lo miró y después me miró a mí. Yo miré de él a Elías y me puse de pie. Él no parecía inmutarse siquiera, comenzó a hablar sobre la bendita página, entonces lo detuve y le pregunté:

—¿No es que solo ordenabas el porno en orden alfabético?

Juan me dio un vistazo.

—¿Tú ya sabías sobre su página porno?

Yo no le contesté, lo hizo Elías diciéndole que sí, pero que me había dicho que la ordenaba por orden alfabético, con lo cual, según él, no mintió. Estamos Juan y yo atentos a su

discurso, cuando se calla y dice:

—¿Les hago una suscripción a los dos? Les haré un descuento de familia.

Y esa es la plática pendiente de la que hablaba, porque no pude decirle nada más, mi jefa entró a mi oficina y le preguntó a Elías si estaba cubriendo a mi hermana y él le dijo que sí, le preguntó su edad… por supuesto, a lo que Elías le respondió mostrándole su «licencia de conducir». Santo escarabajo. Por suerte no puso mucha atención, porque mi jefa pasó a mí de inmediato y dijo:

—Gabriel, tienes una reunión con un cliente importante en una hora. Anótalo en tu agenda. Yo hablaré con él primero y después lo harás tú ¿De acuerdo? Esto es muy importante y confío en que tú lo harás mejor que nadie ¿Estás listo?

—Siempre lo estoy.

Después de eso, Elías se había ido con Juan y no había aparecido frente a mi hasta ahorita —por supuesto que me había asegurado de que hiciera la cita de Luna antes—. En el momento que le digo sobre la plática que tenemos pendiente, rueda los ojos y comienza a teclear en el computador, pero antes que, de la vuelta, me pregunta:

—¿Vas a querer la suscripción sí o no?

—No, gracias.

Luna me pregunta sobre la bendita suscripción camino a mi oficina y yo le cuento sobre la página porno de Elías, suelta una carcajada y entonces escucho la notificación de un correo a mi teléfono. Le abro la puerta a Luna al mismo tiempo que miro mi móvil y observo ahí, un correo promocional sobre la página porno. Madre mía ¿Es en serio, Elías?

Pero no tengo tiempo para devolverme a pedirle que me de baja. Dejo el móvil sobre el escritorio y observo a Luna mirar por todos lados de mi oficina, se detiene en una esquina observando por el ventanal y después al archivero detrás de mi escritorio, me pregunta si tengo mucho trabajo y le contesto que solo tengo una junta importante en alguna media hora o menos.

—¿Te gusta mi oficina?

—Sí, pero no hay privacidad. —Menciona, señalando las paredes de vidrio. —Mi sueño siempre ha sido hacerlo sobre un escritorio de estos. —Entonces suelta una risa que me hace gracia y dice: —Es broma.

—Dicen por ahí que entre broma y broma la verdad se asoma ¿no? Por suerte tengo un escritorio en casa.

La escucho reír, se acerca a mí y me da un beso en los labios, uno corto que se ve interrumpido por Juan que entra a mi oficina con unos papeles y mira de Luna a mí, después de saludarse los dos, Luna se va a tomar una foto por la ventana y escucho a Juan susurrar:

—Ah, cabrón, mírate, tomando colágeno de la botella ¿Quién lo diría?

—Cállate, maldito seas.

Juan suelta una carcajada, una que llamó la atención de Luna y yo fingí restarle importancia al asunto haciendo que Juan hable de otra cosa pidiéndole que me mostrara los papeles que trae consigo, después de extenderme los folios, mirando a través del vidrio lateral, pregunta:

—¿Entonces el caso de Melissa sí era verdad? —Con un gesto le doy un afirmativo y después de leer el material se lo devuelvo al mismo tiempo que agrego:

—O al menos sí parece ser verdad ¿Javier no llega todavía?

—No. —Mira de nuevo los papeles y, revisándolos de nuevo, lo escucho decir: —Estos casos de niños ricos son un caos. Es lo que pasa, siempre la tercera generación es la que llega a

querer gastarse toda la fortuna de la familia entera…

—Eso no es verdad… —Dice Luna. Cuando los dos la vemos, ella se aclara la garganta y agrega: —Creo.

Y vuelve su atención a lo que fotografía por la ventana. Juan y yo no decimos nada por un momento, pero después volvemos nuestra atención al caso que estábamos revisando, hasta que me llega una notificación y es un correo de mi jefa. Le doy un vistazo a Luna y ahora está observando atentamente hacia abajo por el ventanal, comienza a teclear en su teléfono y después se da la vuelta hacia nosotros, camina hacia mí diciéndome que tiene que irse porque tiene que ir a trabajar y Pepe ya la está esperando.

—No hay problema. —Me da un beso rápido en los labios antes de salir de mi oficina, me quedo con Juan… a solas, pero no dice una palabra, aunque sé que quiere preguntar muchas cosas.

Cosas que no estoy dispuesto a contestar.

En ese momento mi jefa se asoma por la puerta y me pregunta si estoy listo para la junta. Le digo que sí y tomo mis cosas, pero antes de salir de mi oficina, escucho a Juan Pablo decir —frente a la jefa, cabe recalcar—:

—¿Trajiste tu tanga de la suerte, verdad?

—Juan…

Y solo se escucha su carcajada cuando estoy cerrando la puerta a mis espaldas. Caso perdido. Camino a la sala de conferencias, mi jefa me pone al día con todo lo que debo saber, me da incluso una hoja con toda la información y el valor que tiene esa compañía. Ella abre la puerta, entro, no hay nadie todavía, dejo mis cosas sobre el escritorio y frente a la ventana leo detenidamente lo que me compartió. La escucho a ella salir, después el sonido de varias voces, doblo el papel en cuatro partes y me lo guardo en el bolsillo, me giro cuando escucho a mi jefa hablar:

—Él es Gabriel Mariani, uno de los abogados seniors de nuestro buffet. —El señor que la acompaña es un hombre elegante, con estilo, *imponente*… no sé si tal vez sea por su aspecto físico o quizás porque es el dueño de una empresa billonaria o por los guardaespaldas que ahora están entrando al salón. Él me da un vistazo a mí y esboza una media sonrisa justo cuando mi jefa dice: —Gabriel, él es François Belrose.

Capítulo 45

Luna

Si algo puede salir mal, definitivamente saldrá mal.

O algo así es que dice la ley de Murphy y, es que sea mentira o no, a mí no me queda ni una sola duda. Por eso, cuando veo a mi padre entrando al edificio del despacho de Gabriel sé que esto no puede salir bien. Tengo que mirar dos veces. Me quito las gafas de sol, me limpio los ojos y observo por una tercera vez esperando que ni de coña sea él, pero sí, sí es. Santo escarabajo.

Que no cunda el pánico. Tal vez solo es alguien que se le parece o solo una alucinación por todas las veces que he estado imaginando la forma que se lo diré a Gabriel, obviamente esta forma no estaba presente ni en mis pesadillas. Tengo que ver una vez más, solo una vez más y lo hago con un ojo cerrado y otro abierto, sí es él. Santo escarabajo.

A ver, por supuesto que reconozco a mi padre a millas de distancia, pero todavía quiero convencerme que no es él. Se detiene antes de entrar y comienza a hablar con una persona detrás de él. Miro la pantalla de mi teléfono y regreso mi vista a él cuando estoy escribiendo:

Para: CandenteNutella

Por favor, dime que no eres tú al que estoy viendo ahora mismo.

Hasta le tomo una foto y se la agrego al chat. Antes de enviarla, me cercioro que siga ahí y sí... carajo. El corazón me está comenzando a latir con fuerza y lo observo sacarse su celular, ver la pantalla, mirar para todos lados y escribir.

Casi de inmediato:

De: CandenteNutella

Sí soy.

Estoy contestándole, pero me detengo cuando observo que a la conversación le ha agregado una selfie, una de él levantando el dedo índice y el medio como un símbolo de «amor y paz». Y frente al edificio, por supuesto, donde se leen las letras en grande.

Para: CandenteNutella

¿Es en serio? ¿Qué? ¡¿Qué?!

¿Por qué no me dijiste?

Ahora sí está entrando. Mierda.

Me vuelvo a Gabriel y Juan, los dos me ponen atención cuando digo que tengo que irme, además agrego que tengo que trabajar, lo cual no es mentira, claro. Después de que pasara por aquí, me iría directo a la radio, aunque si me voy ahora mismo me quedaría tiempo de sobra porque mi horario es un poco más tarde, pero a ver que ese no es el punto. El punto es que tengo algo más importante que arreglar ahora mismo.

Miro por la ventana una vez más y no, ya no está, ni ninguno de los hombres que lo acompañan.

Mal vamos.

De: CandenteNutella

¿Nos vemos en el primer piso y nos tomamos una selfie para mis redes sociales?

—Pepe me está esperando. —Le hablo a Gabriel. Eso sí es un poquito de mentira, Pepe no me está esperando. Hace rato había dejado la camioneta de mala muerte a media carretera y

dijo que llamaría a su mecánico, porque sigue insistiendo en continuar conduciéndola. En fin, tomé un taxi para llegar aquí y ahora voy a necesitar otro para desaparecer. —Te veo luego ¿va?

Le doy un beso rápido en los labios y salgo disparada de su despacho al mismo tiempo que escribo la respuesta para mi padre:

Para: CandenteNutella

¡No! ¿Puedes quedarte afuera?

¿Y qué diablos haces aquí, François?

—Entonces qué dices... —Escucho una voz que me hace detenerme a mitad del pasillo, especialmente cuando estoy pasando por recepción. —¿Te suscribo a mi página porno? Te hago descuento de familia.

Me vuelvo al hermano de Gabriel:

—Voy a pensármelo.

De: CandenteNutella

No puedo, tengo una cita en cinco minutos.

—¡Claro! —Escucho a Elías de nuevo. Me da un *brochure*. Hasta tiene un *brochure* y toda la cosa. —Aunque todavía no hay mucha variedad, estamos buscando proveedores y eso. Con una suscripción puedes ayudar a este humilde emprendedor. El primer mes será gratis.

Entonces, escucho el sonido del ascensor abrirse, casi se me paraliza el corazón pero la persona que sale de él no es mi padre.

—Pues... —Miro el *brochure*. —No necesito ver porno, pero voy a revisar esto con más calma y yo te aviso. —Lo primero que veo en la portada, son pechos y pitos, al menos censurados. —Ahorita tengo una urgencia y voy tarde al trabajo.

—Si convences a Gabriel de suscribirse te daré dos meses gratis ¿Una ganga, no? —Le digo que sí para que me deje ir de una vez, pero antes de retirarme, lo escucho: —Por cierto, tengo una información que tal vez pueda interesarte ¿Tienes tiempo hoy?

Entonces me acerco a él y susurro:

—¿Tiene que ver con Gabriel?

—No.

¡Uf! Entonces le digo que le avisaré si tengo una hora más tarde y él me dice que esperará mi mensaje. Todo esto sucede cuando yo ya estoy caminando hacia el ascensor —uno que no es el corporativo, claro— y en el momento que estoy esperándolo, escucho una voz un tanto familiar:

—¿Sí vas a ir a la boda de Cristal y Roberto?

La amiga de Cristal, claro. A todo esto ¿Qué diablos está haciendo aquí? Apenas le había prestado atención cuando llegué. Le contesto en el momento que le estoy enviando otro mensaje al señor François, que solo mira, pero no responde.

—¿Estoy invitada?

—Si está invitado Gabriel, lo más seguro es que Cristal también te invite a ti.

—¡Ay! Qué considerada.

Eso es sarcasmo, por supuesto.

El elevador se abre y por suerte no es mi padre todavía, bueno... mi padre no vendría por este elevador tampoco, pero uno nunca sabe. Le tiendo la mano para que ella pase primero y en seguida lo hago yo marcando el primer piso. Miro mi celular una vez que me llega una notificación y es el correo promocional del que me habló Elías, cuando levanto la mirada Melissa me está viendo, en realidad lo que mira a través del reflejo del elevador es el brochure porno del

hermano de Gabriel, pero vuelve la vista a mis ojos a través del reflejo y lo que dice es:

—Puedes irle diciendo a Gabriel que te compre desde ya el vestido ¿Sabes de etiqueta, no?

Y me río un poco, esta conversación la mantenemos con contacto visual y sin despegarle los ojos de los suyos, contesto:

—No, pero qué ganas tengo de aprender.

François todavía no contesta. El elevador se abre de nuevo y salgo mirando para todos lados, ni rastro de mi padre ni de ningún miembro de su equipo que lo acompaña, aunque ahora mismo con esta mujer a mi lado no puedo encontrármelo, mucho menos porque no hace ni el mínimo intento por caminar más rápido o más lento, si mermo el paso, ella también. Ah, joder.

—¿Vas a algún lado en específico? Puedo llevarte si gustas. —Esto pasa cuando estamos saliendo del edificio y yo creo que escuché mal. La amiga de Cristal y yo en un auto mientras me da un aventón. Ah sí, claro. Le doy un vistazo y le digo que ya pedí un taxi, además agrego:

—Pero gracias de todas formas.

—Está bien. —Se detiene cuando yo me detengo y añade: —Que tengas buen día.

—Gracias. Tú igual.

Cuando se da la vuelta, suelto el aire que mis pulmones inconscientemente estaban reteniendo y ruedo los ojos. Qué cansado fingir, madre mía. La veo alejarse hasta donde su auto está aparcado, subirse al vehículo e irse por fin, pero no sin antes tocar el claxon al pasar en frente. Miro mi teléfono celular y mi padre me dejó en visto. Voy a esperarlo. No puede tardarse tanto.

Una hora, una hora nada más.

Y por supuesto que eso último es sarcasmo.

Una hora, santo escarabajo. Estoy comenzando a entrar en pánico. Miro el reloj para darme cuenta que ya pasó otro minuto y cuando estoy dejándole un texto veo salir a uno de sus guardaespaldas y después a él ¡Por fin, madre santa! El chofer aparca la limusina afuera y, cerciorándome que nadie más está con él y que no hay personas cerca, aparezco y lo detengo:

—¿Qué carajo estabas haciendo ahí una hora? —Se detiene, se quita un guante, después el otro, así con paciencia y se ríe. —No... No le habrás dicho nada ¿Verdad?

—¿Decirle qué? —Y mira el *brochure* que me dio el hermano de Gabriel. Le digo que es un emprendimiento de mi cuñado y después le entrego el papel al guardaespaldas, volviendo al tema:

—¡Tú sabes de qué estoy hablando, papá!

—Pues no, no dije nada, porque ese es asunto tuyo no mío. —Sacándose su teléfono, continúa: —¿Entonces sí nos sacamos una selfie?

—¡No! ¿Y qué no tenías abogados ya?

—Lucía los despidió. Larga historia. Y bueno, escuché que esta firma es una de las más importantes de este país y además iba a conocer a Gabriel. Bingo. —Cuando veo que están saliendo personas del edificio, me escondo tras él, lo tomo de la mano y después tiro de mi padre en dirección al vehículo, tan rápido que entrando hasta me tropiezo, pero caigo sobre el asiento y finjo que no pasó nada. —¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? Que tú pudieras ser el cliente, pero prefieres jugar a la indigente.

—¿Es en serio que estás pensando en trabajar con ellos? ¿O solo querías conocer a Gabriel?

—Pues... —Finge pensárselo mientras se ubica en el lugar de enfrente, se acomoda el

saco y después se ríe. —Quería conocer a Gabriel... —al ver mi gesto, añade: —Pero a ver, que lo conociste en una aplicación, Luna ¡Tenía qué conocerlo! Pero voy a pensarme lo de trabajar con este despacho. Me cayó bastante bien, le sacaré un clavo a su muñeco vudú.

—¡Ah! Qué considerado, don Francisco. —Miro por la ventana cuando el chofer arranca, le doy la dirección a la que va a llevarme, pero mi padre me dice que este no es un Uber. —¿Es en serio? Tengo que ir a trabajar.

—¿Y a ver, no es que Gabriel no es tu novio?

—Todavía. —Hago énfasis. —Dije, todavía.

—Porque estaba explicándole que Belrose no es solo una empresa, es una familia entera y si representan a Belrose, nos representan a todos. Aproveché el discurso para preguntarle si él tenía una familia... digo, una familia propia, hijos, esposa, uno nunca sabe, pero me dijo que solo tenía novia ¿Tú eres esa novia?

—¿En serio te dijo eso?

—¿O hablaba de alguien más?

—Pues espero que no hable de alguien más.

Mi padre se sirve vino del minibar y de paso me da una copa a mí.

—Entonces en algún momento va a pedírtelo, es cómo se hacen las cosas aquí. Eso me recuerda a la anécdota con tu padre, yo creí que ya éramos pareja, pero no; un día me pidió ser su novio y yo me molesté, porque ya hasta se lo había presentado a mi madre y le había dicho que con ese hombre iba a casarme.

Fran suelta una risita, le da un sorbo a su vino y toma un control remoto, voy a hacerle más preguntas, pero en ese momento escucho mi voz… me doy cuenta de que tiene uno de mis programas grabado, específicamente donde digo que todos se preocupan por los Me encanta en Facebook, pero nadie por los *«Me enrisa»* porque «donde cabe una risa, cabe una longaniza». Así tal cual.

Padre de todos los santísimos escarabajos. François me mira fingiendo seriedad y se lleva la copa de vino a los labios al mismo tiempo que me pregunta qué es eso, retrocediendo de nuevo la grabación, vuelvo a escuchar lo mismo y solo me queda rascarme la nuca fingiendo que es algo normal que se dice todos los días. Cambio rápido de tema diciéndole que ya estamos llegando a mi lugar de trabajo y solo lo veo presionar un botón y después decir:

—Emilio ¿Tienes mi traje de granjero?

Y la respuesta:

—Sí, señor

—¡No! No no no. —Antes que se le ocurra irse a cambiar, yo ya me estoy poniendo de pie. —¡No! Además, yo me quedo en la esquina ¡Emilio! Déjame en la esquina ¡Emilioooo!

Y sí lo hace, el chofer me deja en la esquina. Miro a todos lados y después me bajo, solo observo a mi padre despedirse con el sombrero de paja puesto en risas. Sí, sé que es muy capaz de cambiarse y acompañarme hasta la entrada de la radio vestido de granjero. Casi tengo que correr antes que cambie de opinión y sí se aparezca en mi oficina vestido así.

Al llegar a la estación mi jefa y todos los del equipo están ahí. Mi primer instinto es correr, porque las reuniones así donde no se avisa nada es porque no tienen buenas noticias, pero entonces me estremece escuchar el sonido de un *Popper de fiesta* y después todo el lugar está bañado de confeti.

—¡Somos la radio más escuchada del país! —Escucho a mi jefa y los gritos eufóricos de los demás. —¿Y adivina qué más? ¡Tu programa es el número uno! —Se acerca a mí y me

abraza, me toma por la cintura y me levanta provocando que casi caigamos las dos al suelo.

—¿Es en serio?

—Sí. Ahora publícalo por todas partes, que le arda a Lisseth, restriégaselo en la cara ¿Cómo se atrevió a cambiarte así por... esa...? Eras lo único que mantenía viva esa radio. —Le pasan una botella de champagne, la destapa y más gritos de los presentes. Una compañera me da una copa y en el momento que Mónica me sirve, agrega: —¿Sabes qué? Siempre escuchaba tu programa. Me dije, quiero tener a esa chica en mi radio, pero nunca contestabas los correos que te envié, así que supuse que no lo hacías por lealtad a Lisseth, cuando me di cuenta que ya no estabas con ella, no dudé en contactarte...

—Espera... ¿Correos? ¿Qué correos?

—Te envié unos correos hace unos meses, también te dejé mensajes en Instagram, el último que te envié me dije «si ya no contesta esta vez, entonces ya no insisto» y sí contestaste.

—¿Estás segura? Porque yo no los recibí, ni siquiera tengo esos mensajes en Instagram.

Entonces saca su celular y me muestra dos mensajes que había enviado antes del que contesté, saco mi teléfono y busco su conversación para enterarme de que no hay nada, pensativa, le muestro el aparato y ella con el entrecejo fruncido me pregunta:

—¿Lisseth tenía acceso a tu cuenta?

—No... —Hago memoria ¿Quién más podía tener acceso a mi teléfono y hacer algo así? Pensándolo bien: —Ana... Ana tomaba mi celular diciendo que el suyo ya no tenía pila... maldita sea.

—¿Ana? ¿Ana Gonzalez?

—Sí... ¿La conoces?

—No, pero ella me envió su currículum, justo después del primer mensaje que te envié.

—No puede ser. —Le entrego la copa. —Lo siento ¿Puedo retirarme un momento? Necesito investigar algo.

Mónica nunca me dice que no, así que toma la copa que le extiendo y salgo de ahí buscando mi última conversación con Elías, el hermano de Gabriel. No aparece conectado, pero de todas formas le dejo un mensaje:

Para: Elías Santander

¿Todavía sigues en el despacho de Gabriel?

De: Elías Santander

No, ya estoy en mi casa.

Solo iba por un par de horas y Catalina apareció antes.

Para: Elías Santander

¿Puedes ayudarme a recuperar mensajes de mi cuenta?

Y correos.

De: Elías Santander

Solo si te suscribes a mi página.

Para: Elías Santander

Hecho.

Tomo el primer taxi que me encuentro en la calle, le doy la dirección de la madre de Gabriel y bastante rápido estoy frente a su puerta. Tal vez el trayecto no fue tan rápido, pero así lo sentí yo porque todo el camino estuve intentando suscribirme a una página porno. Toco la puerta, el timbre, la puerta otra vez, el timbre hasta que la madre de Gabriel abre y con sorpresa me mira, después esboza una sonrisa invitándome a entrar diciendo que no me esperaba.

—¿Está Elías? Es urgente.

Camino hacia las escaleras y solo escucho los tacones de doña Caterine ir a paso rápido detrás de mí. Me dice que su habitación es la segunda puerta al mismo tiempo que consternada, me pregunta:

—¿En qué lío se metió Elías ahora? ¡Elías! ¡Elías, sal ahora mismo!

Le digo que no es nada relacionado con él, que solo necesito que me ayude a recuperar unos mensajes y cuando estoy frente a la puerta de la habitación del hermanito de Gabriel él ya está abriendo y me dice que no diga esas cosas frente a su madre. Me toma del brazo, tira de mí dentro de la habitación y cierra, lo que me recibe es un poster del payaso de IT sonriendo.

Espero mientras observo la horrible imagen que está pegada en su pared y entonces, después de un rato, me devuelve el celular y me dice:

—Aquí está tu correo, sí se han borrado unos *emails* y en cuanto a Instagram —Comienza a teclear y cuando me acerco una serie de programas se abren en la computadora. —También hay unos, bueno... varios, me dices que te suscribiste a mi página ¿verdad?

—Sí.

Me tiende la silla en la que está que no dudo en tomarla para ver más de cerca. Hay mensajes borrados, muchos. Textos de colaboraciones con algunas marcas y también están los de Mónica. Me voy a mi correo ahora y ahí está, entre los correos borrados, uno de la última audición que hice. Me habían aceptado ¡Me habían aceptado! Por la fecha, lo más seguro es que la producción ya está terminada. Además, entre los borrados, está una supuesta respuesta que yo envié que dice: Tengo otra oferta más importante. Grasias. GraSias... con s ¡Con S! Podré haber reprobado materias ¡Pero jamás escribiría gracias con S!

—¡Qué hija de puta! —Me pongo de pie tomando mi celular y me voy directo a la puerta. Ahí está Caterine. A Elías detrás de mí lo escucho parlotear, pero no estoy poniéndole atención en lo absoluto. Estoy pensando en Ana, la mosca muerta de Ana y ahora estoy pidiendo un taxi.

—Hablando de eso ¿Recuerdas lo que te dije que necesitaba hablar contigo? Pues... —Me detiene para mostrarme su celular. Es la cámara de seguridad de la radio y ese es el día de la fiesta del compromiso de Lisseth. En una de esas escenas estoy yo y también está Ana conmigo, entre risas me da una bebida y después toma el anillo de mi dedo.

La mato.

—Lo tengo en una USB. —Lo escucho decir.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Con mi ID falso, conseguí un trabajo de conserje.

No tengo tiempo para quedarse a cuestionar. Camino hasta la puerta y Elías detrás de mí me comienza a contar que fué a pedir trabajo a la radio diciendo que sus padres son muy pobres y necesita pagar la universidad, cuando lo consiguió empezó a revisar las cámaras día por día hasta que llegó al día de la fiesta ¡Este niño tiene quince años, por Dios! Me pide que lo lleve conmigo y yo no tengo ninguna objeción, pero su madre sí, a fin de cuentas sí se sube conmigo al taxi diciéndole a su madre desde la ventana del vehículo que el castigo valdrá la pena. En un corto tiempo, ya estamos ahí, entrando a la radio, yo con todas las ganas de estrellarle mi puño en la cara a Ana y es a la primera que me encuentro, dentro de la cabina y abro la puerta:

—¡Oh! Miren quién está aquí. —Me interrumpe Lisseth, aunque este asunto no es con ella. —La ladrona, recordaste mi anillo de compromiso ¿verdad? Después vas y te robas al gato de tu ex novio. Si es que tener hermanos policías y novios abogados solo incrementa la delincuencia ¿Vienes a restregarnos lo de tu programita trucho? Felicidades. Ya puedes irte.

Me encargo de Lisseth después.

—¿Por qué lo hiciste, Ana? —Se quita los audífonos, le hace una señal a la persona encargada de los controles y cuando me acerco más a ella, Lisseth se mete entre las dos. —Eliminabas mis mensajes de las redes sociales, borraste ese correo electrónico que sabías que tan importante era ¡Me culpaste de perder el anillo de Lisseth! ¡Eras mi amiga, por el amor de lo que más quieras!

—¿De qué estás hablando? —Se pone de pie, pero sigue protegiéndose detrás de la otra mosca muerta que tiene por jefa. —¿Ya no te funciona la única neurona que tienes? Yo no necesito hacer nada de lo que dices para tener lo que ya tengo.

—¿Ah, sí? Entonces porqué le enviaste tu currículum a Mónica después de eliminarme los mensajes a mí.

Y Lisseth la mira.

—Eso no es verdad. Luna, vete ya o yo misma...

—¿O tú misma qué...? —La reto.

—¡Luna, vete o llamo a la policía! —Exclama Lisseth. Viendo con asombro detrás de mí, agrega: —Eliitas ¿Qué haces aquí? ¿Con... esta...?

—¡Ah, sí! Ella es mi cuñada.

—¡¿Qué?!

—Por cierto, gracias por el trabajo. —Toma la memoria de mi mano y se la entrega. —Y Luna dice la verdad, ella no tiró tu anillo de compromiso a la basura, ahí está el video sobre qué pasó esa noche. También deberías saber qué es lo que hace en tu escritorio todas las noches... con tu prometido. Hice una recopilación de los hechos.

—¡Eso no es verdad! ¿Qué montaje me hicieron ustedes dos? ¡Yo sería incapaz!

—¡Claro! Así como serías incapaz de sabotearme a mí y acostarte con mi novio, que... por cierto, me hiciste un favor. Ahora sí me voy, con permiso... Por cierto —Me vuelvo a ella antes de retirarme. —¿Adivina quién trabaja en la radio más escuchada del país? Yo ¿Y no vas a intentar quitarme este puesto también, verdad?

—¿Tus papis también la pagaron?

—Ya desearas que mis papis pagaran todo por ti también, pero ya ves que eso no lo pudiste conseguir ¿Ese es tu problema, verdad? Desear una vida que no puedes tener, entonces te conformas con la basura que sí puedes quitarme. Eres tan patética que tenías que eliminar mis correos cuando viste que conseguí algo mejor que tú.

Creo que mejor me voy, porque Elías está aquí y Lisseth también.

—¡La patética eres tú! ¡No te mereces nada de eso! Creciste en una burbuja de privilegios, con padres que te resolvían la vida pagando por todo ¡Hay personas allá afuera que sí se merecen todas esas oportunidades! Por eso lo hice, porque es interesante ver que hay personas que tienen un camino fácil y solo necesitas papis ricos.

Ni siquiera sé qué tiene que ver una cosa con la otra.

—¡Ah, claro! Ahora piensas en las demás personas.

—Todos sabemos que tienes el coeficiente intelectual de una cabra, Luna, y como actriz eres pésima.

Se hace un silencio y lo único que se escucha es el sonido de mi puño contra la cara de Ana y después su cuerpo huesudo caer al suelo. Lo siguiente que hago sin pensar es abalanzarme sobre ella, soy consciente, pero al mismo tiempo no, quiero decir, sé que esto puede traerme consecuencias ¿pero me importa? no. Todos intentan quitarme de encima, pero mis manos se han

enredado a las mechas de la víbora y no me importa verla que se está desangrando por la nariz.

—¡Luna! —Solo escucho la voz de Lisseth a lo lejos. —Suéltala o llamo a la policía.

Y entonces, ese es el motivo porque el que ahora estoy en la cárcel, porque sí, Lisseth llamó a la policía. Ni de coña le avisaba a mi hermana, así que le pedí al comisionado que me sacara en secreto. Por supuesto que también le había llamado a Gabriel. Por eso mismo es que ahora los dos están ahí, con el mismo porte, la misma expresión y ambos con las manos en la cintura por debajo del saco afuera de la celda esperándome.

Capítulo 46

Gabriel

Tres cosas habían pasado en una sola mañana.

Aparte del estrés que me cargaba desde temprano después de cierta reunión que siento, muy en mis adentros, no fue del todo bien, había tres cosas más que estuvieron a punto de desestabilizarme la paz por completo. Es más, iré por partes:

Primero, Catalina.

Mi hermana además de aparecerse casi dos horas después de su horario laboral refugiándose en el hecho de que fue responsable mandando a Elías —un menor de edad, con una identificación falsa— a cubrir su puesto por esos «minutos» —según ella— volvió a desaparecerse más tarde. Antes de eso había alegado que Elías hacía un buen trabajo —lo que no es mentira— y habíamos discutido porque me dijo que yo la trataba como una esclava y yo dije que iba a despedirla, luego solo desapareció. Estaba necesitando unos papeles con urgencia y por mucho que la llamé a su teléfono celular, no contestaba.

—¿Alguien ha visto a Catalina? —Le hablé a unos colegas, quienes negaron con la cabeza al mismo tiempo. Genial. Di una vuelta más por el piso y miré a Javier, otro compañero de trabajo, justo en el momento que lo detuve para preguntarle por Catalina me dijo que no sabía tampoco, aparte de agregar que apenas estaba llegando, cambió de tema y preguntó:

—¿Cómo te fue con Belrose?

—Bien. —Cambié de tema, claro: —Por cierto, hace un rato Melissa estaba esperándote ¿no le enviaste un correo para cancelar la cita?

—Sí lo hice, pero estoy comenzando a sospechar que viene aquí solo para verte. —Me rodeó para seguir su camino, pero antes continuó: —La noté decepcionada cuando me preguntó si tú podías llevar su caso y yo le dije que tú trabajas con empresas. Por cierto, comenzó a compararte con Cristal y yo le dije, con todo respeto claro, que escuchar hablar sobre Cristal me importaba una mierda. En fin, tengo que trabajar, te veo luego.

Y se fue. En ese momento miré por la ventana y ahí estaba Catalina. Caminaba con la paciencia de una tortuga que no tiene que estar en su sitio de trabajo a estas horas, además de llevar una dona en manos y un café de Starbucks en la otra. La llamé otra vez y solo se detuvo, miro el teléfono en su bolsillo —ni siquiera lo tomó— y después siguió su camino.

Definitivamente, o renuncia ella o la despido yo.

Pero, en fin, esa situación con Catalina pasó a segundo plano. Después de que mi jefa llegara a mi oficina y me preguntara sobre la reunión con el señor Belrose, tuve que ser sincero y decirle que tal vez necesitábamos presionar un poco más, entonces ella me dijo que intentara contactarlo de nuevo, pero justo en el momento que mi jefa se fue y yo me senté a redactar un email, la puerta de mi oficina se abrió otra vez y esa fue la segunda cosa que intentó desestabilizar mi paz mental este día: Cristal.

No tenía idea que Cristal tendría alguna cita o algún asunto importante que hacer en el despacho hoy, pero en sus manos traía una caja, una que dejó sobre mi escritorio aún sin yo haberle pedido que entrara. El material del objeto que era de madera fina con acabados de vidrio y sobresalía un listón dorado que ni siquiera toqué.

—Es la invitación a mi boda. —Dijo, abrió la caja y sacó una botella de vino de donde

colgaba una tarjeta una donde logré alcanzar a ver mi nombre y el de Lu. —Vine personalmente ya que tenía cosas que hacer por aquí.

Entonces hubo un silencio, no sé qué esperaba que contestara, así que dije:

—Está bien, gracias.

—Tu... —Se aclaró la garganta y siguió: —Tu novia también está invitada y necesito que me confirmes con tiempo si van a asistir por cuestiones de logística, ya sabes. Lo más antes posible, por favor.

—Sí, si vamos a ir.

Continué redactando mi correo esperando que se fuera sin necesidad de pedírselo, se quedó un rato parada frente a mí, pero después solo dio la vuelta para irse o eso es lo que creí, porque en realidad antes de abrir la puerta se volvió a mí de nuevo y escuché:

—Todavía estás a tiempo, Gabriel.

Entonces, confundido, levanté la mirada con el entrecejo fruncido. Ya había dicho que sí íbamos a ir, los dos... juntos, con Luna. Entonces, quise aclarar:

—¿A tiempo de qué? Ya te dije que sí iré a tu boda.

Suspiró, caminó de regreso hacia mi escritorio y soltó:

—¡No! De pedírmelo, de decirme que no me case con Roberto, que tú... —Hizo una pausa, pero quedó ahí... no continuó su oración porque yo le corté la inspiración con un:

—A mí me importa poco si te casas o no.

—Gabriel... sabes muy en el fondo que esa chica no es el tipo de mujer que tú quieres a tu lado por el resto de tu vida. Solo te estás dejando llevar por un buen físico. Una vez me dijiste que querías una mujer en tu vida con metas, con propósitos, alguien que trabajara a tu lado no detrás de ti, que te apoyara a ser mejor y esa mujer so...

—¿Tú? —Me reí con sarcasmo. Antes de pedirle que se fuera, dejé mi laptop a un lado, me puse de pie y agregué con toda la calma que pude recoger en ese momento: —¿Y qué te hace pensar que Luna no es esa mujer que yo quiero? ¿Solo porque no trabaja en una oficina ocho horas al día crees que tú eres mejor? Luna es una artista y es muy seguro que cuando tenga tu edad será tres veces más exitosa que tú, vas a ver su nombre hasta en tus sueños. Y si tu decisión sobre casarte depende de mi opinión quiere decir que en realidad no quieres hacerlo ¿Te das cuenta que la persona que necesita a tu amiga psicóloga eres tú? Ahora te voy a pedir que vayas.

Volví a tomar mi lugar, no dijo nada un momento y cuando iba a hablar, la puerta se abrió y esta vez fue Catalina la que se hizo presente. Se detuvo y miró a Cristal antes de decir:

—¿Qué estás haciendo tú aquí? Muéstrame tu cita. —Yo seguí con mi correo. —No tienes, ¿verdad? Entonces, vete por favor que no estoy de humor.

—¿Qué eres tú? ¿El guarda de seguridad?

A lo que Catalina respondió:

—Yo soy todo lo que yo quiera ser, como Barbie. Así que sal de aquí, el reglamento dice que no puedes estar en esta oficina sin una cita. —Cata caminó hacia mí, me entregó un folder y se volvió a Cristal apurándola para que se retire. La pelirroja lo hizo, pero dejó claro que fue porque su reunión estaba por comenzar no porque mi hermana se lo estuviera pidiendo. Cual sea haya sido el motivo, agradecí que se marchase. —¿Lo ves? Si me despides, ¿quién va a sacarte a las personas indeseadas de encima? Piénsalo.

—Una más, Catalina. Una más que te vas de pronto y te quedas sin empleo. Y no, no sentiré remordimiento. —Rodó los ojos y soltó un suspiro. Me preguntó si tampoco podía hacer el cambio con Elías y le dije que no. Firmé lo que me pidió y antes de irse, se volvió a mí y dijo:

—¿Puedo quedarme en tu apartamento? No quiero ver a mamá.

—No y no me importan tus pleitos con mamá.

—Le escribiré a Luna.

Sonrió amplio y se fue. Mierda. Cerré mi laptop para irme a almorzar e iba a dejarle un mensaje a Luna advirtiéndole sobre dejarse convencer por Catalina cuando recibí una llamada de mi padre. Yo no recibo llamadas telefónicas de mi padre en horarios laborales al menos que sea importante, debí saberlo desde antes de descolgar. Cuando lo escuché, eso se convirtió en la siguiente cosa que sucedió esta mañana:

—Bolas está en la cárcel.

Con lo de «bolas» no podía tomarme en serio lo que me estaba diciendo, pero después caí en cuenta de lo que me acababa de decir. Cárcel, sí... dijo cárcel y Luna. Cuando le pedí una explicación lo único que me contestó fue:

—Algo de partirle la mandarina en gajos a su ex mejor amiga Ana por echarle a perder una oportunidad en una productora importante. Por cierto, fue ella quién me dijo que te avisara, porque si me hubiera dicho que es un secreto yo no te cuento.

—Ah, pues gracias, papá. —Obviamente, eso fue ironía.

Y así es como ahora estoy aquí junto a mi padre esperando a Luna. La hora que debía ser destinada para mi almuerzo la estoy pasando en la policía. Aparte que Luna ahora me debe mis honorarios por sacarla de la cárcel, también me debe un almuerzo y se lo iba a decir, claro; pero la vi apoyada de los barandales de la celda, sacando la cara con una expresión que ni siquiera puedo descifrar y más bien me hizo gracia. No me reí, por supuesto; porque la situación no estaba para esas cosas.

—Por cierto... —Escuché a mi padre antes. —También está tu hermano menor, pero me pidió que no le llamara a Caterine. Así que te está esperando a ti.

—¿Qué? ¿Elías? —Santa madre.

—Me parecía que era menor, pero dice que tiene dieciocho años ¿Es cierto?

Mierda.

Entonces le digo que necesito ir con Elías ahora mismo. El comisionado me guía hacia la celda y le pide a uno de los guardias dejar salir al enano. Lo veo tan campante sentado en una banqueta con dos hombres fortachones en frente que lo escuchan atentamente. Tiene un bolígrafo y un papel. Al momento que me acerco, es como si ya me estaba esperando, de inmediato se gira hacia mí y después de un saludo estilo soldado, se vuelve a los hombres diciéndole unas cuantas palabras más, escribe algo en la hoja, arranca un pedazo, después otro, le entrega uno a cada uno y se pone de pie para caminar hacia mi persona.

—Hola, Gabriel. —Dice primero que nada: —Prometí no decir nada hasta que mi abogado estuviera presente, ya que estás aquí puedo testificar y vender suscripciones a mi página a los policías ¿qué dices? No son videos ilegales.

—Elías, estás en la cárcel y tienes tu identificación falsa contigo ¿Cuántos años quieres permanecer aquí?

Ignorándome, agrega:

—Ya conseguí dos clientes nuevos para mi página porno, mira... —Me enseña el papel al que le ha cortado los dos pedazos y después señala a los hombres que deja atrás: —Él es Benito y al otro le dicen el domador de serpientes, aunque se llama Jesús de María ¿Puedes creerlo?

Lo que no puedo creer es que esté haciendo esto aquí. Se despide de los dos hombres antes de salir, además agrega que les dará un descuento si en cuanto salgan de la cárcel se

suscriben a su página. Yo lo miro y él a mí. Ni siquiera tengo palabras correctas para reprenderlo, eso se lo dejaré a mi madre.

—Me vas a explicar cómo es que acabaron aquí. —Camina detrás de mí en dirección hacia mi padre quién había regresado hace un momento y ahora está en la recepción con Luna quién al verme sonríe. —Ahora me debes una hora de mi tiempo y no sé cómo vas a pagarme.

—En cuanto a tu primera pregunta, solo le dije a Luna «dale con la silla» a su amiga envidiosa, Ana ¿Puedes creer que su enojo con Luna es porque sus padres tienen más posibilidades y los de ella no? Y en cuanto a la segunda ¿Te puedo pagar con una suscripción a mi página?

—¡No!

—Igual tú ya vas a suscribirte.

Y lo miro, pero continúa su camino hasta mi padre y lo escucho decirle:

—Comisionado ¿usted quiere apoyarme con mi emprendimiento?

Miro a Luna que se está acercando a mí cuando mi padre se ha puesto a hablar con Elías. Mantengo el contacto visual con ella hasta que llega a mi persona, pasa ambos brazos sobre mi cintura y me abraza. Entonces me dice:

—Holi.

—¿Holi? ¿Me vas a explicar por qué estás aquí?

Y así es como todo el camino de regreso me la paso escuchando toda la historia completa. Como es que Elías, con su identificación falsa, consiguió un trabajo de conserje dentro de la radio para la que trabajaba Luna, también recuperó unos correos y mensajes; además, revisó todas las cámaras de seguridad del sitio. Si es que este niño solo tiene quince años, por Dios. Me pide también que no le cuente a mamá y no voy a hacerlo, pero él tendrá que hablar en algún momento porque Caterine lo está esperando afuera y tiene los brazos cruzados con gesto de preocupación. Justo al verme aparcar, camina hacia nosotros. Elías se baja y seguido lo hago yo porque Luna también está saliendo del auto para saludarla. Aunque le digo a mi madre que no puedo quedarme porque tengo que regresar a trabajar, insiste en que almuerce con ellos. No lo hago, de todas formas, ella ha salido tras Elías diciéndole que está castigado y yo he aprovechado para tomar la mano Lu e irme de ahí aún ante las protestas entre risas de ésta.

En el camino la escucho hablar por teléfono. La persona a quién parece dirigirse es a *sexychocokripis*, a quién justo vi en un video en su cuenta de Instagram hoy. El sujeto estaba con la cabeza de unicornio y camisa blanca cubriéndole los brazos, chaleco de saco color negro, pantalón a juego y corbata gris. También llevaba guantes oscuros y el teléfono apoyado sobre una patineta que empuja con el pie y él caminando en el mismo sentido. Fue Juan quién me había enseñado el video esta mañana, justo después de preguntarme sobre la reunión, me dijo:

—¿Este es tu suegro? —Cuando tomé su celular, le dije que sí o eso creía porque no es como que lo conozca en persona, pero juzgando por la cabeza de unicornio sí parece ser. Juan se rio, me dijo que qué esperaba para conocerlo y después agregó: —¿Qué se siente tener un suegro que sea más *cool* que tú? Aquí eres tú el que parece un señor.

Así tal cual.

Le pregunté si no tenía otras cosas qué hacer, él mirando el video me dijo que no y volvió a poner la pantalla frente a mis ojos:

—¿Esas botas son unas John Lobb? —Y el video se reprodujo una vez más y me concentré en los pies del papá de Luna. —Si es verdad que son granjeros les va bastante bien.

En fin, ya me desvié. Cuando estoy entrando a mi apartamento, porque había

aprovechado para pasar por unos papeles que también había dejado aquí, recibo una notificación de la cuenta de *sexychocokripis* y la reviso cuando estoy sacando un documento de la gaveta del escritorio de mi habitación. Estoy saliendo de mi cuarto cuando observo con atención que lo que me ha etiquetado es una fotografía, una del muñeco vudú con un clavo menos —o al menos eso parece por el gran hoyo que tiene en la frente—. Me río viendo el móvil y observo a Luna en el balcón. Todavía está al teléfono y cuando me acerco solo la escucho:

—No, don Máximo, no quiero que hagas nada. Ya está hecho, aunque movieras cielo y tierra... sí, lo sé... No, no quiero que se lo digas a Emilio. Sí acabé en la cárcel, pero ya estoy fuera, mírale el lado positivo. —Se ríe. —Sí, tengo un novio abogado, qué importa si acabo en la cárcel. —Se da media vuelta y me mira, la risa se le disipa y agrega: —Es mentira.

—Más te vale que lo que dices sea mentira. —La señalo con acusación fingida. —Porque mis servicios no son gratis, amor.

Me voy al refrigerador a sacar una manzana y la observo que está caminando hacia mí. Ya no está hablando por teléfono y me dice, con una voz sensual y una pose encantadora:

—Te aseguro que yo puedo pagarte bien. —Le digo que de eso no tengo duda. Continúa su caminata hacia mí y pasa sus brazos sobre mi cintura, me besa los labios, después la mejilla y por último el cuello. —¿Quieres salir a bailar conmigo? Hoy.

—¿A cambio de qué?

Entonces se ríe, regresa a mis labios, después baja a mi barbilla, se pasa a mi cuello y después comienza a descender por mi garganta.

—Lu, tengo que regresar a trabajar.

No, no hace ni el mínimo caso. Mis protestas son calladas por los besos de su boca y me comienza a desabrochar primero el cinturón y después el pantalón. Repito que tengo que regresar al trabajo entre risas, pero ya estoy comenzando a cuestionarme si en realidad es necesario que llegue tan temprano. Casi enseguida su mano se está colando dentro de mi pantalón y comienza con esos movimientos en vaivén que me provocan que pierda la consciencia. Recuesto mis caderas sobre la encimera cuando Luna comienza a bajar y ubicarse de rodillas frente. Un último movimiento de arriba abajo con su mano y después me embriaga esa sensación de su boca caliente y húmeda cubriéndome completo, lento, luego rápido, una y otra vez. Sostengo su cabello y en el momento que siento su lengua pasarse lentamente provoca que casi estalle de placer. Tengo que detenerla, después vuelve a iniciar con movimientos más suaves, hasta que se vuelven más rápidos y profundos, haciéndome gruñir al sentir el clímax invadirme entero. Tengo que tomar unas cuantas respiraciones profundas y cuando he recuperado el ritmo de la respiración, le hablo a Luna:

—¿Sabes qué? Sí quiero salir a bailar contigo, Lu.

Capítulo 47

Luna

Últimamente todo está yendo tan bien que da miedo.

Y no es que esté siendo un «pájaro de mal agüero» como decía la abuela Margarita, pero ya tengo varios días de paz y eso es sospechoso.

Excepto lo de Ana, por supuesto. Pero eso no cuenta.

Aparte de todo lo bueno que tiene mi vida últimamente, despertar todos los días solo para acurrucarme en los brazos del hombre araña es el *top*, pareciera algo producto de mis sueños nada más, pero no... sí es real, sí está pasando y sí es el perfume de él que se me impregna en la ropa todas las mañanas por esos abrazos apretadísimos, cariñosos e inigualables de Gabriel.

Tal vez sí debí hacer algo bueno en otra vida, porque ¿de qué otra forma tuviera a este hombre perfecto frente a mí? Con esa sonrisa preciosa y esos gestos encantadores que hace cuando me está contando sobre su día aunque a veces no entiendo un carajo, pero pretendo que sí. Además, acepta bailar conmigo, me toma las mejores fotografías y le parece gracioso mi playlist de cumbia para hacer el aseo todos los domingos.

Pero es que así es Gabriel, paciente, sincero, divertido y atento.

—Temo que llegue ese día en que ya no pueda llevarte el ritmo con todas esas energías que te cargas diario, Lu. —Me dijo ayer después de haberse bailado un álbum completo de Marc Anthony conmigo. Me reí y me senté cuando sacó la silla de una mesa para que yo me sentara y él tomó el lugar en frente.

—Entonces, te sientas y miras. Qué suerte que aprendí Pole Dance por si eso llega a pasarte.

La reacción de Gabriel me causó gracia y después soltó una risa fingiendo preocupación tocándose las piernas porque, según él, comenzaba a no sentirlas. Además, agregó:

—¿Qué necesitas para comenzar a practicar lo del Pole Dance hoy mismo por si ese día llega dentro de poco? —Me volví a reír y entonces, dijo: —Por cierto, te tengo un regalo. —Se sacó algo del bolsillo y vi una cajita de color plateado. —Estaba viendo la *web* de Belrose y miré algo que me gustó para ti.

Entonces miré lo que me estaba extendiendo, abrió la cajita y miré el brazalete de oro blanco, con una media luna en el centro hecha de pavé negro y cristales transparentes. Me dijo que el modelo se llama así «media luna» y yo le contesté que ya lo sabía, pero no le dije los motivos reales, solo comenté que es una de las que más me gustan de toda la colección. Le tendí la mano y cuando la estaba dejando en mi muñeca, le sonreí, me incliné sobre la mesa y él con la misma sonrisa, se acercó y me dio un beso.

Por supuesto que eso iba a gustarle a mis padres.

—¿Sí puedo presumir mi regalo en redes sociales?

—Donde tú quieras, mi amor.

Y tomé la foto, con mis dedos entrelazados a los de Gabriel, aunque el enfoque fue el brazalete, los cristales y la media luna, sí se veía la mano del hombre araña y la primera en darle me gusta fue aquella amiga de Cristal. Ni siquiera sabía que me estaba siguiendo, pero, en fin. Había etiquetado a CandenteNutella, también. Y a sexychocokrispis. Por eso, cuando desperté esta mañana, ya tenía las respuestas de los dos. La de François que fue *«Pero qué buenos gustos»*

y la de sexychocokrispis *«Un clavo menos al yerno»*, a lo que François le respondió *«a este paso va a quedarse sin clavos»* y mi otro padre contestó *«Tienes razón, pero como un clavo saca a otro clavo, este fin de semana le ponemos dos»*.

En fin, tenía una conversación entre ellos dos en mi fotografía y no había tenido tiempo de contestarlos —o borrarlos— porque había salido temprano de casa, el regalo de Gabriel merecía otro de mi parte y me vine directo a una tienda de ropa hombre, hasta había hecho un grupo de WhatsApp y había metido a mis dos padres, con el nombre: «Padres Granjeros que me abandonaron».

Hago la primera pregunta cuando me muestran la sección de corbatas y envío junto a una fotografía:

«¿Qué corbata creen que le quedaría mejor a Gabriel?»

También doy un vistazo por mi cuenta mientras espero alguna respuesta por parte de alguno de los dos, también me entero de que tengo una llamada perdida de François de hace algunos veinte minutos. En mi defensa, ni siquiera la escuché. Estoy escribiendo de nuevo en el grupo, cuando que François está escribiendo.

De: CandenteNutella.

¿Luna, puedes venir por favor? ¿O te secuestramos?

A ver, yo no los he guardado así, son los nombres que ellos dos mismos se pusieron en su perfil de WhatsApp.

Para: CandenteNutella

Tengo que trabajar.

El único que contesta sobre la corbata es Max y dice:

De: Sexychocokrispis

Definitivamente, la de color azul.

Y el grupo debería llamarse «Hija granjera que nos abandonó»

Entonces tomándome de la respuesta de Max, menciono a mi otro padre:

Para: CandenteNutella.

¿Qué opinas tú, don Francisco?

Nada, no hay respuesta.

¿Fran?

Entonces, de nuevo, papá Max:

De: Sexychocokrispis

Sí, la de color azul.

Conozco los gustos de CandenteNutella mejor que él mismo y sé que va a escoger la de color azul.

Hasta que finalmente, mi otro papá:

De: CandenteNutella

Lo siento, estaba llamando a la radio para la que trabajas, tu jefa se llama Mónica ¿Cierto?

Para: CandenteNutella

¿Qué hiciste qué?

De: CandenteNutella

Envié a Emilio por ti, envíale tu ubicación, Luna.

A ver, yo solo quería regalar una corbata.

Para: CandenteNutella

Espera ¿por qué? ¿Y qué le dijiste a mi jefa?

De: CandenteNutella

Que estoy enfermo y necesitas venir al rancho a cuidarme. Te espero.

Otra vez:

Para: CandenteNutella

¿Pero por qué? ¿Qué hice? Lo de la cárcel fue solo unas horas, papá.

No es la gran cosa.

Ni siquiera quedó en mi récord.

@sexychocokrispis ¡¿Papá?! Dile.

Entonces Max contesta:

De: Sexychocokrispis

Mejor hablamos aquí y la azul, definitivamente.

De: CandenteNutella.

Sí, la azul, pero no la azul simple, la que tiene rayas verticales.

Ahora envíale tu ubicación a Emilio. Estoy hablando en serio.

Después hablamos del nombre de este grupo.

Mierda.

Tomo la corbata que me dicen y hago lo que me dijo François haciéndome miles de teorías en la cabeza sobre esta plática y el posible tema de conversación, todo se resume a «la cárcel» ya se los había contado, sí; bueno, se lo había contado a Max, pero porque François no estaba y, además, estoy segura que mi padre le contó. Cuando me entregan la compra y hago el pago, salgo de ahí a paso rápido, llegando hasta donde le dije a Emilio que podía recogerme. Diviso una de las camionetas de mi padre a cierta distancia y cuando llega hasta mí se abre la ventana, al menos no está ninguno de los dos, solo el chofer que hace un ademán invitándome a subir al auto.

Lo hago y tengo que ver a todos lados para cerciorarme que no hay alguien cerca. Me subo lo más rápido posible y después de ponerme el cinturón de seguridad solo veo el reflejo de los ojos de Emilio en el espejo del retrovisor, está concentrado en la calle que tiene en frente, pero no hablo nada, ni pregunto. A este punto no sé si ya sabe lo que pasó con Ana o qué, pero por si acaso:

Para: Grupo Padres Granjeros que me abandonaron.

¿Alguno de ustedes le dijo algo a Emilio?

No hay respuesta, no hay ni una sola respuesta en un lapso de algunos cinco minutos. Lo único que llega a mi teléfono, es un mensaje de Gabo, que dice:

De: Gabriel

¿Quieres almorzar conmigo hoy, Lu?

Para: Gabriel

Por supuesto que sí, guapo.

Miro otra vez al chofer y pregunto:

—¿Y cómo va tu día, Emilio?

—Bien, gracias. Hasta ahora nada fuera de lo común.

Es todo. Después quedamos en silencio otra vez y yo no soy de estar en silencio, pero la situación me obliga. El viaje a la casa de mis padres se me hace todavía más extenso y cuando estamos a punto de llegar se me ocurre revisar el grupo y el texto ni siquiera lo ha visto ninguno de mis dos papás. Cuando me bajo de la camioneta, alguien contestó y fue CandenteNutella con

un «Ven a mi despacho». Santa madre. Me voy en esa dirección y cuando llego, abro la puerta quejándome por la distancia en la que está desde la entrada y a quién enfocan mis ojos primero es a ella, a la innombrable, a Ana.

Santo escarabajo.

Ya lo sabía, esa paz no iba a durarme mucho.

Debí saberlo, suponerlo, creerlo, no sé. Aunque me hubiera imaginado cualquier otra cosa ¿pero esto? ¡¿esto?! Mi padre, Max, está con las caderas recostadas sobre el escritorio y el otro, François, está sentado en su silla, pero al verme se pone de pie. No es todo, madre mía, a un lado está la mamá de Ana. Está cabizbaja, pero al escucharme levanta la cabeza y me sonríe. Ahora no sé qué hacer, voy donde ella ¿la saludo?; voy donde mi papá ¿Los saludo? Pero lo único que se me ocurre es detenerme y decir:

—¿Es en serio, papás? No tengo ocho años.

—Luna, le rompiste la nariz a Ana. —Habla François primero. Okey, ya sé por dónde va todo esto. Bien, no importa si voy a la cárcel, lo que importa es que no debí romperle la nariz a Ana quién sigue de espaldas a mí en el sillón que está frente al escritorio de papá. —Esa parte no la contaste.

—No era importante.

Escucho a Emilio detrás de mí y después caminar en dirección a la mamá de Ana, en ningún momento la mencionada levanta la cabeza. Sigo mi camino y rodeo el escritorio para sentarme en la silla de papá. Max se quita de posición para verme y dice:

—Dice que va a demandarte.

—Espero no estén negociando un centavo con ella, prefiero ir a la cárcel.

Entonces sí levanta la cabeza cuando digo que por el único motivo que está aquí es el dinero y ella contesta que es lo menos que merece después de todo lo que tuvo que pasar en el hospital por mi culpa, que ahora le costará recuperarse y le causé daño psicológico ¿Qué mierda? Ni siquiera le presto atención. Me pongo de pie, me sirvo un trago de whisky, ella sigue hablando, yo me tomo la bebida sin respirar hasta que dice que a mí no me importa nada porque tengo dos padres que fácil me resuelven la vida.

No hago nada solo por respeto a que sus padres están aquí.

—Luna... —Me llama Emilio deteniendo el monólogo de su hija. Cuando me vuelvo a él, agrega: —¿Qué pasó realmente? Fui yo quién le pidió a tus padres que te hicieran venir para hablar sobre esto que pasó. No puedo quedarme solo con lo que Ana me contó, así que...

—¡Ya te lo dije! —Ana lo interrumpe. —Esta loca llegó a mi oficina y comenzó a golpearme ¿Qué tengo que hacer para que me creas a mí? ¡Tu hija soy yo! Estoy harta de todo esto, prefieres escucharla a ella que ni siquiera es tu familia...

—Su oficina, dice... —Me mofo. Eso detiene lo que sea que Ana estaba hablando.

—¡Sí es mi oficina! Yo me gané ese lugar ahí. Ahora estoy sin trabajo por su culpa...

—¿Pero ya les dijiste por qué? Cuéntales que te acostaste con el prometido de tu jefa.

—¡Eso no es cierto!

De inmediato Ana se pone de pie, no sé si piensa venir hacia mí o solo quiere gritarme, pero me da igual, yo estoy lista para lo que sea. Antes de que haga algo, vuelve a ser interrumpida por su padre cuando este una vez más me pide que cuente mi parte de la historia también. Así que lo hago:

—Me arruinó la oportunidad en una productora grande, algo que logré conseguir por mi cuenta y ella sabía que era muy importante para mí. —Cuando estoy diciendo esto ni siquiera

estoy viendo a nada, estoy concentrada en servirme una bebida más. Además, hablo con calma. Lo molesta que estaba antes lo había desquitado en la cara de Ana. —Eso más otras cosas que no voy a mencionar porque me dan más vergüenza a mí que a ella.

—¡Eso no es verdad!

—Tengo pruebas.

—¿Y tú qué? —Estalla de nuevo. Ya me estoy aburriendo, así que me vuelvo a ella. —Tú me arruinaste mi futuro, arruinaste mis planes con tu estupidez de jugar a la niña caprichosa. Tú sabías perfectamente cuál era la carrera de mis sueños, ahora mismo estuviera en Los Ángeles viviendo mi mejor vida, en cambio estoy aquí perdiendo mi tiempo por una idiotez tuya.

—¡Tú no querías una carrera! Tú querías el dinero de mis papás usándome a mí para conseguirlo.

—Qué vergüenza todo esto. —Habla la mamá de Ana que hasta el momento se había mantenido al margen de la situación. Se pone de pie, camina hacia su hija y entonces comienza a hablarle: —Nosotros te dimos todo lo que pudimos, Ana ¡Todo! Nunca te faltó nada. Tuviste un techo, tuviste comida, hicimos lo posible para que tuvieras una buena educación y nos pagas avergonzándonos de esta forma.

—¿Ustedes me daban todo? ¿Qué es lo que podrían darme una miserable sirvienta y un chofer?

Lo siguiente que escucho es la palma de la mano de la madre de Ana estrellándose contra la cara de la mencionada y después en todo el lugar se hace un silencio. Santo escarabajo. Ana no dice nada, ni Emilio, ni mis padres, ni siquiera me dan ganas de respirar. La señora Yolanda se vuelve a nosotros y dice:

—Lo siento mucho señor Belrose, señor Hadid y Lunita. Emilio y yo siempre estaremos agradecimos con ustedes señores por la oportunidad que nos dieron de trabajar aquí cuando no nos quedaba absolutamente nada, por toda la ayuda que nos brindaron para que tuviéramos un lugar para vivir, por brindarle educación a mi hija que nosotros nunca hubiésemos podido pagar. Es una lástima que no haya aprendido a ser agradecida. —Cuando veo los ojos llorosos de la mamá de Ana, hasta se me olvida por un momento el odio que siento por su hija. —Reitero mis disculpas contigo, Luna. Con permiso.

Hace un corto contacto visual con Ana antes de salir y yo solo me quedo observándola retirarse; acto seguido, Emilio le pide a Ana que se retiren. Ella lo hace sin decir una sola palabra. Se me ha quedado el corazón encogido, así que vuelvo a tomarme otro trago de whisky para que se me pase. Mis papás también se han quedado en silencio y es hasta después de un rato que Max, suelta:

—¿Sí compraste la corbata azul? Muéstramela.

Al menos la corbata sí les gustó a mis padres y esto es algo bueno. Aunque me dijeron que debí regalarle un reloj Belrose para que cambie el de la marca que tiene actualmente. Les dije que tendría que ahorrar mi salario un año para comprar el que ellos me proponen y me contestaron que se les había olvidado que ahora soy indigente. También, otra cosa para mencionar, es que Max volvió con el tema de la grabación del videoclip y tuve que pactar hora y fecha exacta para que por fin me dejaran irme.

Ahora por culpa de ellos estoy llegando casi diez minutos tarde a mi cita con Gabriel.

Me bajo del taxi, porque no podía llegar en uno de los carros de mi padre, así que le pedí al chofer —que no era Emilio, cabe recalcar— que me dejara a cierta distancia para yo solo tomar un taxi. Él no entendió el por qué, pero no me iba a quedar explicándole tampoco así que

solo me bajé y me fui. Aun así, estoy tarde.

Lo primero que mis ojos ven al dar un vistazo al restaurante es a ese hombre trajeado, elegante y atractivo que está en una de las mesas del exterior, al verme esboza una sonrisa y se pone de pie.

Está hablando a través de su auricular, lo noto antes de que me lo indique cuando me estoy acercando a él, aun así me da un beso en silencio y un abrazo efusivo que mantiene un rato mientras sigue hablando. Saca la silla frente a él invitándome a tomar el lugar y el vuelve a su sitio en frente. Sigue hablando y yo saco la cajita de mi bolso para solo esperar que termine la llamada, una vez que se despide, se quita el auricular y yo le digo:

—Tengo un regalo para ti.

Gabriel arruga su entrecejo y yo empujo la cajita sobre la mesa en su dirección. Él mira la corbata azul esbozando una sonrisa. Después me mira a mí y dice:

—Es una Hermés. —Abre la cajita y saca la prenda. Le pregunto si le gusta y me dice que absolutamente sí, además agrega: —Me preocupa que hayas dejado tu salario ahí, pero voy a aceptarlo. —Comienza a quitarse la suya y dice: —No tenías que hacerlo, mi amor.

—Tú tampoco tienes que hacer esto. —Contesto, tomando la factura de electricidad que tiene entre sus papeles y le doy un vistazo. —Voy a ayudarte a pagar esto. No puedo seguir viviendo en tu casa de gratis.

—Pues de gratis no estás. —Intenta quitarme el papel y yo lo alejo más de él al mismo tiempo que le digo que es seguro que no estoy de gratis, pero lo que me preocupa es cómo estoy pagando la instancia en su casa. Quiero decir, tomando como referencia su gesto y el tono que usó para decir esas palabras. Esboza una media sonrisa y abro la aplicación de mi celular para pagar la factura, a lo que él se rinde y me dice que está bien si es lo que yo quiero. —¿Pero vas a necesitar dinero para el vestido que usarás en la boda de Cristal?

—No, eso está cubierto por mi tía Elena, no te preocupes. —A la tía Elena le encantará saber que tiene que vestirme para la boda de la ex de Gabriel, eso es algo que no le digo a él por supuesto. Llega el camarero justo en el momento que el hombre araña ha terminado de ponerse la corbata. Mis padres tenían razón, sí era un color para Gabriel. Después de pedir, le digo: —Ana dice que va a demandarme.

—¿Qué?

—Y te digo desde ya que no aceptaré ningún trato monetario con ella, prefiero ir a la cárcel.

—Otra vez: ¿Qué?

En fin, le expliqué el asunto con Ana y le dije que necesitaba estar preparado por si acaso. Obviamente no le conté todo exactamente, pero sí le dejé en claro que Ana es capaz de hacer hasta lo imposible por obtener dinero. Volví a rectificar que prefería ir a la cárcel y me tuve que reír porque vi que se estaba comenzando a poner preocupado.

—Al final no creo que lo haga, no creo que sus padres la apoyen y no tiene el dinero para pagarle a un abogado para demandarme a mí.

—Pues yo espero que no.

Casi estoy terminando de almorzar cuando recibo un mensaje de mi hermana, Luisa, sobre ir a su oficina ahora mismo. Lo primero que se me pasa por la mente es que ya le llegaron con el chisme sobre mi visita a la cárcel o mi pelea con Ana, qué se yo. No quiero contestarle. Dejo a un lado el teléfono, cuando entonces comienza a llamarme. Gabriel también mira el celular y le digo que no voy a contestar porque es muy seguro que va a sermonearme por lo del

otro día. Me deja otro texto:

De: Luisa

Luna, es urgente. Necesito que vengas.

Madre mía. Respiro profundo y después de intentar no entrar en pánico le digo a Gabriel que me deje en la comisaría. Me dice que sí. Después de terminar y pagar la cuenta, el hombre araña me lleva directo a la policía. Antes de salir del vehículo, lo escucho decirme:

—Pórtate bien, por favor. Suficiente cárcel tendrás con la demanda de parte de tu amiga.

—No prometo nada.

Un último beso en los labios antes de bajarme de su vehículo y después le doy un adiós con mi mano cuando toca el claxon y se aleja. Camino rápido en dirección a la oficina de mi hermana esperando no encontrarme a don bolas en el camino o a Fede. Una vez que he logrado cruzar la comisaría con éxito, tomo la manecilla de la puerta de su despacho, respiro profundo y abro.

—A ver... lo que sea que vas a decirme por lo que pasó, hazlo ahora. Tengo una buena defensa y estoy segura de que cuando la escuches te vas a poner de mi lado también.

—¿De qué estás hablando?

Me detengo.

—¿Por qué querías que viniera? —Entonces, ella mira la primera gaveta de su escritorio. Después me mira a mí y toma una calada de aire honda. —¿Qué pasa?

—Necesito que mires en esa gaveta y me digas el resultado.

—¿Qué? —Rodeo el escritorio de mi hermana y estoy a punto de abrir lo que me dice, pero su grito me hace sobresaltarme. Me dice que todavía no y yo no me muevo. Se da media vuelta y menciona que lo haga ahora. Mierda. Ahora hasta tengo miedo. —¿No es una broma, Luisa? ¿Verdad? ¿No saldrá un animal raro volando de aquí? —No contesta. —¡¿Verdad?!

—¡Oh! Créeme que deseara que fuera un animal raro volando y no lo que yo creo.

Lo abro rápido, con un ojo cerrado y el otro entreabierto. No hay pájaros volando, ni otra tontería, lo que me encuentro es una prueba de embarazo. Una prueba de embarazo. Madre mía.

—Dime el resultado. —No tengo ni que tomarla siquiera, las dos rayas están ahí. Claras, definidas y... Santa mierda. —¿Qué es, Luna? Una raya, negativo. Dos rayas, es...

—Tiene dos rayas. —Escucho el grito de horror de Luisa y cuando caigo en cuenta de lo que en realidad significa eso, yo también suelto un grito, pero de emoción. —¡Carajo! Voy a ser tía ¿Puedo decírselo a todo el mundo ya? ¿Cuándo nacería? Tiene como un mes, ¿verdad? Nacería en... —Estoy caminando de un lado a otro sacando cuentas, contando con mis dedos los meses que faltaría ¿cuándo nacería si faltan unos ocho meses? ¿En realidad son ocho? ¿No serán menos? Tengo que prepararme desde antes por si acaso. Luisa no contesta nada cuando le vuelvo a preguntar y es hasta ese momento que reacciona, saca la prueba de la gaveta y yo me acuerdo de algo: —Oh por Dios ¿el padre es Fede? Dime que no es Fede, Luisa.

Sigue viendo la prueba y después se deja caer en su silla ignorándome:

—¿Qué voy a hacer? ¿Ahora cómo se lo voy a decir a Fede?

—¡Carajo! ¿Sí es de Fede? Voy a tener un sobrino que su padre es Fede. —Y yo también me dejo caer en uno de los sillones del despacho de Luisa, pensando. Ya me vi por el resto de mi vida conviviendo con Federico, nacimiento, cumpleaños del niño, primeros pasos, etc. —¡Si no ibas a usar condón, al menos hubiera sido con otra persona, Luisa!

—Tengo cuatro años usando métodos naturales y hasta ahora no habían funcionado como la mierda.

—¿Métodos naturales? Esto ya no es la época de los picapiedras.

Como no dice nada y parece que está a punto que le dé un ictus, intento bromear:

—Mírale el lado bueno, no eres una adolescente embarazada.

Entonces Fede entra y yo me callo, Luisa deja caer la prueba y él al verme hace una de esas sus bromas sin chisme que siempre dice cuando me lo encuentro. Yo no le contesto y Luisa tampoco. Ni siquiera se me ocurre nada sarcástico que comentarle porque de ahora en adelante lo miro como el padre de mi sobrino y ni siquiera nace. Entonces él nos mira a las dos y pregunta qué pasa.

—Bueno, creo que yo mejor me voy. —Me pongo de pie tomando mis cosas y cuando paso a su lado, le digo: —Adiosito.

Capítulo 48

Gabriel

Presiento que algún día Luna va a matarme.

Y no solo Luna, también el gato y mi hermana, pero esos son temas para más tarde. Comencemos con Lu:

No, no tiene nada que ver con que la haya conocido a través de una aplicación, tampoco con que Elías me repita una y otra vez que no encuentra nada sobre Luna o sobre alguna familia Rodríguez que incluya a Lu, ni siquiera es que piense que tiene instinto asesino y tampoco que yo haya hecho algo que pueda provocarlo. Es porque, en realidad, tarde o temprano va a provocarme un paro cardíaco... literalmente.

Lo primero sucedió hace unos días cuando pasé por ella después del trabajo, el mismo día que almorzamos juntos y me regaló una corbata *Hermés*, me llamó más tarde para decirme que tenía que contarme algo, eso fue todo y aunque no me concentré en más nada después de eso, en el momento que llegué donde estaba Lu abrió la puerta de mi auto, se subió y, sin siquiera saludar, me dijo:

—No vas a creerlo. —Escribió algo en su teléfono y continuó: —No te lo dije antes porque obviamente todavía lo estaba procesando y me contuve de contárselo a todo mundo, pero tú eres la excepción. —Soltó un grito y después agregó: —Mira.

Entonces con su teléfono en mano me mostró una imagen, era una fotografía de una prueba de embarazo... positiva, cuando logré identificar de qué se trataba sentí que me daba un ictus, moría, veía a Jesús y ya me sentía en la otra vida, pero volví a revivir cuando aclaró una cosa:

—Luisa está embarazada. —Y solté el aire que mis pulmones estaban reteniendo de golpe. —Justo hoy se acaba de enterar ¿Pero sabes qué es lo peor? Que el padre es Fede ¡Fede! ¿Puedes imaginártelo? —A mí apenas me estaba volviendo el ritmo de la respiración y ella, poniéndose el cinturón, continuaba hablándome: —Ahora el resto de mi vida voy a tener que compartir tiempo con Fede, porque incluso si algún día Luisa llega a dejarlo, seguirá siendo el padre de mi sobrino ¿Por qué su método de la época de los picapiedras no dejó de funcionarle con otra persona?

Y entonces me reí... por todo.

—¿Método qué?

—Método natural ¡Usaba un método natural! Creo que es más efectivo ponerse a rezar. —Y escuché la risa contagiosa de Lu. —Bueno, en serio, dice que sí le funcionaba desde hace cuatro años, pero la vida decide que ya se le acabó la suerte y tuvo que ser con Fede, tuvo a alguien mucho más amable antes, pero era un piloto de avión y Luisa dijo que los pilotos tienen una mujer en cada país al que viajan, lo investigó y resultó ser verdad.

Solté una carcajada, Lu continuó escribiendo un texto en su celular y me dijo que todavía no está autorizada para contarlo hasta que Luisa lo decida, ahora yo también tengo que mantener un secreto como si tuviera a alguien más con quién comentarlo que no sea ella.

—Tengo que decir que Fede me cae bien. Lo siento, Lu.

Soltó lo cercano a un «agh» rodando los ojos y me miró indignada —*o eso fue lo que intentó*—. Me encogí de hombros con una sonrisa y puse en marcha el vehículo hasta que la

escuché decir:

—¿Sabes qué es lo bueno de todo esto? Que mis padres van a dejarme en paz cuando sepan de Fede. —Se rio y después dijo: —Y también a ti ¿Sabes qué? Tienes razón, Fede no cae tan mal después de todo.

Sí, sentí un poco de pena por Fede.

Pero, en fin, sino morí ese día, lo iba a hacer los días siguientes y esta vez ya no sería culpa de Luna, sino del gato o de Catalina; pero, por orden de prioridades creo que debería iniciar con el gato. Y no es porque sea más importante, bueno... sí es, porque si algo le pasa en mi cuidado, ese sí sería un motivo para que Luna me mate a mí.

Así que, primero lo primero:

Un día de estos me desperté antes que la alarma sonara, uno: porque estaba incómodo —un gato a un lado, una chica al otro—, dos: porque unas patas estaban enterrándose en mis costillas —la fiera, por supuesto—. El animal estaba ahí, tan bien acomodado con la panza hacia arriba que hasta me dio penita despertarlo, pero mi comodidad primero, así que hice lo más prudente y lo moví. El gato no se despertó. Volví a acostarme y cerré los ojos, los abrí otra vez porque era algo raro que el gato no buscara el mismo lugar de nuevo y miré que se había quedado exactamente como yo lo había dejado. Lo moví una vez más, arriesgando mi vida.

No, no se despertó.

Me senté otra vez sobre la cama y tiré de él, primero de una pata y después de la otra, nada... absolutamente nada. Entré en pánico, sí, admito que entré en pánico; porque a ver... ¿Ahora cómo se lo iba a decir a Luna? «Oye, tu gato murió» ¡No eran ni las seis de la mañana! La miré a ella y volví a sacudir al animal... nada... otra vez... nada... ya estaba rezándome el ave María que ni me sé de memoria, pero entonces el bendito animal se despertó dándome un susto de muerte, me mordió ¡A mí! y salió disparado de la cama.

Hijo de s...

—¿Qué pasó? —Escuché a Luna media dormida. Le dio un vistazo a su reloj y me dijo que no eran ni las seis de la mañana. Yo estaba de pie, todavía intentando procesar lo que pasó y acordándome de cómo respirar de nuevo y solo le dije:

—Nada.

¿De qué forma iba a decirle que la fiera me vio cara de estúpido?

En fin, el enojo con el gato pasó a segundo plano cuando sucedió lo siguiente con Catalina.

A veces me pongo a pensar en el por qué le permití a mi madre convencerme de conseguirle un trabajo en el despacho, porque ahora me siento mal si la despido. Ya se lo había dicho a Caterine varias veces, pero cada vez que saco el tema me pide que le dé otra oportunidad y yo intento ser paciente, en serio; pero lo de ayer... lo de ayer sí fue la gota que colmó el vaso.

Cuando llegué del almuerzo, como siempre, Catalina no estaba por ningún lado. A la única que me encontré en la sala de espera, fue a Melissa, la amiga de Cristal. Tal vez solo debí irme, hacerla esperar hasta que Cata apareciera, pero en su lugar le pregunté si tenía una cita, me saqué el teléfono para marcarle a Catalina y ella me contestó que, desde hace unos cinco minutos, pero mi hermana no aparecía por ningún lado.

Por supuesto que Catalina no se dignó a contestar.

Aquí es momento de hacer un paréntesis, porque si Catalina hubiera estado en su lugar de trabajo esto no hubiera pasado. Solté un bufido y estaba marcándole de nuevo cuando escuché a Melissa:

—Mañana es la boda de Cristal, sí irás ¿verdad? —Le respondí hasta que la llamada a Catalina me envió al buzón de voz y lo único que le dije fue:

—Sí.

Otra llamada a Catalina, pero esta fue más que todo para evitar la conversación con Melissa, pero de todas formas continuó:

—Oye, sé que no es de mi incumbencia, pero... —Desde ahí debí imaginarme que la plática no iba a ir para nada bien. Sí que debí irme a tiempo y buscar a Catalina por mi cuenta o a Javier, pero había cometido el error de quedarme. —Ayer tu novia estaba en casa de tu mamá y Cristal vio que revisaba tiendas de artículos para bebés ¿Está embarazada? ¿O está planeando quedarse embarazada? Porque si es lo segundo, estás a tiempo de poner un alto Gabriel, eso es lo que buscan las chicas como ella para amarrar a un hombre y tú eres más inteligente que eso...

—A ver, a ver, a ver... —La interrumpí. Sí se calló, por suerte. —¿Es que en serio no encuentran otra cosa que hacer? Pensé que todo este asunto de planear una boda era algo bastante complicado, pero ya vi que a ustedes dos les queda bastante tiempo de sobra como para ver qué hace mi novia o no. Y creo que eso no es asunto de ninguna de ustedes.

—Solo te estoy advirtiendo. Como una amiga. Porque soy mujer y conozco a las de su tipo. No estoy siendo clasista, solo te digo la verdad ¿Ahora le diste otra joya? ¿Cara? Te está viendo como un cajero automático y lo peor de todo es que así eres feliz, básicamente estás comprando la atención de una chica.

—Hasta donde yo sé, es mi dinero... no tuyo. Se lo dije a Cristal una vez y te lo repito a ti, cuando toque tu cuenta bancaria voy a aceptar que vengas a reclamarme lo que quieras. Mientras tanto, si quiero comprar la atención de alguien o no, no es de tu incumbencia o de Cristal. —Antes de irme a buscar a Javier directamente, le dije: —Por cierto, no quiero sonar grosero, pero tú y yo no somos amigos.

Me fui y tal vez haberme quedado en esa conversación estúpida con Melissa no era tan mala idea después de lo que presencié dentro de la oficina de Javier y eso es lo que involucra a Catalina. De mi hermana podía esperar cualquier cosa, hasta que se inventara una enfermedad inexistente para no trabajar; pero estarse besuqueando dentro de la oficina con uno de los abogados del buffet en horarios laborales es un nuevo nivel de *sinvergüenzada* desbloqueado.

En cuanto abrí la puerta, los dos se giraron a verme a mí.

—No es lo que parece. —Dijo Javier antes de que a mí me saliera una palabra. ¡Claro! Porque tener a mi hermana sobre el escritorio y tengas la mitad de la cara pintada de labial rojo, no parece nada. —Te juro que... —Se volvió a Catalina. —Dijiste que habías puesto seguro a la puerta.

Catalina se bajó de la mesa, se comenzó a acomodar el pelo y sin verme a los ojos, me dijo:

—¡Fue culpa de él!

—¿Mi culpa? Te dije que aquí en la oficina era muy arriesgado.

—Pero fuiste tú quién me envió el primer mensaje.

—Pero yo no te dije que contestaras.

Los callé a los dos recordándole a Javier que tiene una cita y que lo está esperando. Los miré a ambos, primero a Catalina, limpiándose el labial de alrededor de la boca y después a Javier, acomodándose el cuello de la camisa. Mi hermana pasó junto a mí sin verme a los ojos y se fue. Yo me quedé solo con Javier quién tragó saliva y se fue a sentar a su silla. Con tono medio sarcástico, pero con la voz temblorosa, me dijo:

—Tienes que tocar antes de entrar, eh.

—¡Tiene veinte años, Javier!

—¿Y qué? Tu novia tiene veintidós y tú tienes treinta, casi treinta y uno. Cata tiene veinte y yo veintiocho, con la diferencia que Catalina está a nada de cumplir veintiuno y tú pronto cumples los treinta y uno, pero Luna seguirá teniendo veintidós hasta enero. Estamos casi en la misma situación, Gabriel.

Y ante eso no pude objetar nada.

—Por cierto... —Lo escuché. Estaba tecleando en su computador para no verme. —No quería que te enteraras de esta forma, en serio; pero ya que pasó así, quiero decirte que yo acompañaré a tu hermana a la boda de tu ex. Solo para que sepas.

En fin, no sé cómo es que llegué vivo hasta el fin de semana; pero aquí estoy, en la playa, con Luna, mi mamá y mi sobrino. En unas horas es la boda de Roberto y a mi madre se le había ocurrido rentar una casa en la playa a solo unos minutos del hotel donde se casarían mi hermano y Cristal, porque no quería hospedarse en el mismo lugar que toda la familia de ella y sus amigos.

Yo estoy tirado en una silla de playa, con mi computadora, porque el trabajo lo llevo a donde sea —siempre y cuando no esté mi padre—; mi mamá en la otra silla está hablando por teléfono con mi hermana quién le dice va a llegar más tarde porque está de turno en el hospital. Estoy viendo a Luna hacer un castillo de arena con Ian, mi sobrino, quién se ríe a carcajadas por algo que le dice Lu. Ella es la que está armando cada pieza y él es el encargado de llenar cada cubo con arena.

—Luna y yo usaremos el mismo color de vestido. —Escucho a mi madre hablar. —Me dejé convencer. Creo que Cristal va a morirse en cuanto nos vea, pero bueno... diré que es coincidencia ¿Quién es la tía Elena de Luna?

Sí ¿Quién es la tía Elena de Luna?

—No sé... ¿su tía, no?

—¡Ja! Qué gracioso, Gabriel. Qué gracioso. —Se sienta en la orilla de la silla de playa y se acomoda la salida de baño que nada puesta. —Se escucha como una mujer muy sofisticada, solo escuché su voz mientras hablaban por teléfono y Luna le preguntó que vestido me favorecía a mí. Parece una modista. Ahora tengo en mi maleta un vestido azul con escote que se me ciñe a la cintura, no tendré que almorzar si quiero aparentar un abdomen plano.

Pensándolo bien, yo ni siquiera sé quién es la tía Elena de Lu.

Luna está caminando hacia nosotros, de su mano está mi sobrino quién sostiene el cubo con el que jugaba y en su otra mano carga la pala. Luna se había puesto mi gorra y también lleva un traje de baño rojo, un color que hasta hoy no me había fijado en lo favorecedor que es para su piel y su cuerpo ¿A quién engaño? Todo es favorecedor en Lu, a decir verdad.

—Se te va a caer la baba. —Dice mi madre, fingiendo que me limpia algo de la barbilla y riéndose se pone de pie, la miro con seriedad, pero al final termino con una sonrisa. Le extiende la mano a Ian y se va con él, pero no sin antes decirnos: —No tarden, que no tenemos mucho tiempo.

Le digo que sí. Luna se acerca a mí y se deja caer a mi lado en la silla de playa acomodando su cabeza en mi pecho, cierro la laptop y la dejo a un lado. Lu extiende su mano a la malteada que está sobre la mesa de madera, toma la cereza y me pregunta si quiero, se sienta sobre el borde de la silla al momento que le contesto que sí, entonces se pone la fruta entre los dientes y me dice:

—Okey, es tuya. Tómala. —No la pienso dos veces. Tomo su rostro y alcanzo la cereza con mis labios. La explosión de la fruta en mi boca hace que parte del jugo corra por mi barbilla, lo que no es un impedimento para Lu. Comienza a besarme la boca, la comisura de los labios, la barbilla, hasta el cuello. Entre risas, intento apartarla y decir: —Lu... amor, basta, en serio ¡Lu!

Y continúa haciéndolo, hasta que la detengo y la inmovilizo con mis brazos alrededor manteniendo los suyos quietos detrás de su cuerpo, está sobre mí entre risas; aunque me deja claro que no le molesta estar así conmigo en lo absoluto.

A mí tampoco.

—Por cierto, ¿Quién es tu tía Elena? Mi madre está muy interesada en ella desde que le ayudó a elegir un vestido que no le permitirá almorzar si quiere lucirlo como se debe. —Entonces Luna deja escapar una risita. Suelto mi agarre y vuelve a sentarse en el borde de la silla de playa.

—La tía Elena es la mejor amiga de mis padres desde... no sé, ¿siempre? Le gusta la moda y el whisky. —Ahora recuerdo el nombre de uno de los perfiles de Instagram similar. Toma la malteada y continúa: —Trabaja con mi papá, pero cada quién en sus... propios asuntos. De hecho, mis padres se conocieron a través de ella.

—¿Y de qué trabajan tus padres?

—Pues... ellos son...

Escucho la voz de mi madre y le pregunta a Luna si se ayudan mutuamente con el cabello. Lu le contesta que sí y se pone de pie tendiéndome la mano para ayudarme. Tomo la computadora y me paro con la ayuda que ella me ofrece. Le pregunto si quiere que la cargue y, por supuesto, que Luna no se niega en lo absoluto. Así que… así a horcajadas en mi espalda, la llevo hasta la casa y paso al lado de mi madre que está en la entrada junto a mi padrastro quién se está tomando un trago mientras lee un periódico. Escucho una notificación en mi teléfono, pero no la reviso hasta ya estoy listo y solo me estoy acomodando la corbata frente al espejo de la habitación. Me doy cuenta que el email proviene del dueño de la marca con el que tuve una junta hace casi dos semanas y tomo la laptop que había dejado sobre la cama para ver el correo con más calma:

Estimado, señor Mariani:
Me encantaría poder concretar un segundo encuentro con usted, pero esta vez con mi esposo presente para así poder tomar una decisión más concreta.
Saludos cordiales,
François D. Belrose.

Por supuesto que le contesto, le digo que estaría encantado de tener esa segunda reunión y que puede presentarse con las personas que crea necesarias. Considerando quién es el esposo de François Belrose, sería como hablar con dos futuros clientes en uno, obviamente no le agrego eso último a mi correo. Estoy dándole enviar cuando Luna está saliendo del cuarto de baño y me veo en la obligación de mirar dos veces en su dirección cuando se recuesta en el marco de la puerta, tirando hacia atrás la cola del vestido con el tacón de su sandalia, dejando una bonita pierna descubierta.

No sabía que me podía gustar tanto el color azul oscuro.

O un vestido como ese que le dibuja una silueta envidiable a Lu.

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

—Que me dan ganas de casarme contigo hoy mismo, Lu.

Capítulo 49

Luna

Todo lo que había pasado antes de la boda de la víbora roja se puede resumir en tres hechos importantes.

Bueno, el primero no es importante, solo es absurdo e incluye a Cristal, por supuesto.

Es que yo lo intento ¿va? Yo sí trato de llevar la fiesta en paz, pero es que ella no coopera y no lo hago por ella, o por mí, sino por doña Caterine, la mamá de Gabriel. Es que no me puedo imaginar la situación estresante en la que se debe encontrar ahora mismo: La exnovia de uno de sus hijos que va a casarse con el otro hijo, pero no supera al primero; aunque no estoy segura si eso último Caterine lo sabe, pero de todas formas solo lo primero debe ser una cuestión para arrancarse los pelos.

Pero bueno, ella insiste en tenernos juntas, no sé si espera que Cristal y yo podamos llevarnos bien, pero eso no va a ser posible. Aunque a mí no me importe su presencia en lo absoluto; tampoco es como que pueda dirigirle la palabra sin ser sarcástica y a Cristal simplemente no voy a agradarle nunca, no cuando bese a su ex en la boca en frente suyo —bueno, no en frente suyo; es ella la que está pendiente todo el tiempo—. Yo fui sincera con Caterine cuando me preguntó, un día que me invitó a almorzar con ella y, por supuesto, iba a estar la roja y me dijo:

—Luna... sinceramente, puedes confesármelo en confianza. —Voy a admitir que me esperaba otra cosa. No sé, tantas cosas más importantes para confesar y ella preguntó: —¿Te molesta que Cristal nos acompañe?

—No, para nada. Aunque creo que a ella no le agrada la idea de yo esté contigo en todas partes.

—¿Y nos importa lo que a Cristal le agrade?

—Por supuesto que no.

—¿Lo ves? Ahora vamos a comer. —Se bajó de su auto y yo lo hice seguido a ella. Cuando rodeé el vehículo para caminar a su lado, me dijo: —Por cierto, todavía ni siquiera tengo un vestido para la boda. Qué pesado salir a probarte vestidos.

—Bueno, yo puedo ayudarte con eso. Bueno, no yo, pero tengo el número de la persona correcta. —Saqué mi celular y antes de marcar su número, le dije: —Mi tía Elena.

Pero, definitivamente, a la vulpécula roja no le interesa mucho si estoy todo el tiempo con Caterine —bueno, tal vez sí un poquito— o que su prometido se me quede viendo cada que lo tengo en frente —y esto que desde lo acontecido con mi tío Pepe, ha mantenido distancia— o que su amiga me siga en redes sociales y busque la manera de hablarme. A ella, lo que más parece molesta es cuando estoy con Gabriel. Como el día que su mamá nos invitó a comer a su casa y sí, la roja estaba ahí, pero ella prefirió irse a la cocina cuando vio a Gabriel llegar y acercarse a mí con tremendo abrazo y beso. Ese día había estado al margen, pero en un momento que el hombre araña se fue a su auto a traer su computadora y yo me quedé revisando una página de artículos para bebés que me había encontrado en línea. Ella se me acercó y dijo:

—¿Amarrar a un hombre con un hijo? Qué buena jugada, pero no tan inteligente.

Y yo detuve mi búsqueda y la miré, sin inmutarme lo que le contesté, fue:

—¿En qué siglo estás? Un hijo no amarra a un hombre. Lo de ahora es el buen sexo. —

Además, viéndola directamente a los ojos, le agregué: —Y tú qué puedes hablar de inteligencia si vas a casarte con el hermano de tu ex.

Como decía, todo lo que incluye a Cristal es algo completamente absurdo.

Pero, en fin, cambiando de tema, el segundo hecho, no tuvo que ver directamente con la vulpécula roja. Bueno, indirectamente sí, porque sucedió justo en el momento que tenía que ir a probarme el bendito vestido para su boda hasta la casa de mis padres. Bueno, no tenía que ver a mis papás, solo tenía que ir a la oficina de la tía Elena en casa de mis papás, así que hice lo más sensato que se me ocurrió en ese momento: Entrar por el muro. A ver, no es tan malo como suena... o tal vez sí, pero la cuestión es que yo había llamado a Pepe para que me llevara. En el camino le pregunté si no acompañaría a Irene, la tía de Gabriel, a la boda de la vulpécula roja, pero me dijo que Irene había dicho que ni de coña se presentaba a ese circo.

Así tal cual, dijo «ni de coña» y también le llamó «circo» a la boda de Cristal.

Pero bueno, no era el punto. Volviendo al tema, cuando ya estábamos casi en frente del portón de la casa de mis padres, me pensé mejor las cosas, miré el muro, detuve a Pepe y dije:

—Déjame aquí. —Él arrugó su entrecejo, pero lo hizo. Cuando yo bajé del vehículo, él lo hizo conmigo preguntándome porqué iba a dejarme ahí. —No quiero ver a Max, se supone que vamos a comenzar a rodar lo del video pronto y no quiero que me lo recuerde. Todavía lo estoy procesando y todo por una estúpida apuesta con la ex de Gabriel para llevar a mi propio padre a un evento benéfico.

—¿Pero ¿qué estás pensando hacer?

—Treparé por el muro. —Por supuesto que me miró como si le estaba explicando el teorema de Pitágoras, pero bueno, eso ni yo lo entiendo. Él solo me siguió y recordándome que el lugar tiene sistema de alarma, yo muy segura de lo que estaba haciendo, le dije: —Conozco el punto ciego, tío Pepe. Salía por este lugar y entraba cuando se me daba la gana. Eso tú ya lo sabes, me ayudaste también.

—Sí, pero muchas cosas han cambiado, Luna. Y la última vez que hiciste eso fue hace... ¿no sé? ¿un año?

Me detuve antes y le dije:

—¿Me ayudas o no? —Sí me ayudó, a regañadientes, pero lo hizo y aunque no lo hubiera hecho yo buscaba la forma. La casa es exactamente igual desde la última vez que hice algo parecido y cuando ya estaba en la cima, le dije al tío Pepe: —¿Ves? No pasa nada.

Entonces él comenzó a subir, que conste... eh, yo no se lo pedí. Comencé a bajar del otro lado y me di cuenta que el árbol de antes ya no estaba, al menos las enredaderas seguían ahí. Puse un pie, después el otro con cuidado y cuando creí que lo había logrado, algo salió mal... porque como ya lo había dicho antes, si algo puede salir mal, saldrá mal. Me deslicé, intenté agarrarme lo más fuerte que pude, pero fue imposible, me traje la planta conmigo cuesta abajo y entonces... la alarma comenzó a sonar.

Me cercioré que seguía viva y que todavía podía mover mis extremidades entonces comencé a mover las manos y los pies. Miré a Pepe enganchado en el muro viéndome desde arriba y después comenzó a mirar alrededor por el sonido de la seguridad por todos lados. En un momento como si algo llamó mi nombre, miré hacia la ventana del despacho de François y ahí estaban... mis papás... viéndome desde ahí y con ellos, estaban tres hombres trajeados. No sé quiénes estaban más atónitos, si ellos, mis papás, o el tío Pepe quién seguía arriba y no se movía aún.

Levanté la mano con el signo de amor y paz como saludo y también le agregué una

sonrisa. Solo pude ver el suspiro de ambos al mismo tiempo y después, mi padre, François, le dijo algo a los hombres que los acompañaban; mientras que Max solo se llevó la mano a la frente. La alarma dejó de sonar cuando un par de hombres verificaron que éramos nosotros y cuando me puse de pie Max y François ya no estaban en la ventana.

Por supuesto que estaban camino a mí.

Sí debí escuchar a Pepe, tal vez si sí hubiera entrado por la puerta ni siquiera me hubieran notado; pero en ese momento ya no había escapatoria, aunque saliera corriendo los iba a tener en frente tarde o temprano. Y así fue, el primero fue François preguntándome por qué no se me había ocurrido usar la puerta o después fue Max cuestionándome si acaso tenía complejo de Superman.

—Solo vengo por un vestido. Estoy aquí porque la tía Elena me lo pidió.

A lo que François replicó de inmediato:

—¿Y también te pidió que no usaras la puerta?

Y después Max:

—O podías usar la otra que está más cerca de su despacho. Tantos lugares para entrar de manera formal y a ti se te ocurre activar el modo águila y lanzarte por un muro.

—¿Ya puedo irme? Es que no tengo mucho tiempo, necesito ir por mis joyas. Es la boda de la ex de Gabriel con su hermano. —Eso fue suficiente para que la cara de los dos se cambiara a un gesto de... no sé ¿curiosidad? El primero en contestar fue papá François y me dijo:

—¿Las joyas usadas que tienes en tu habitación?

—Gran parte de esas no las he usado, papá.

—Si ya las tienes cuentan como usadas. Si vas a usar algo, que sea lo que todavía no sale al público. —Se sacó su teléfono celular y antes que yo replicara, dijo: —Ya arreglo eso.

—No es para tanto. Es solo la boda de la ex de Gabriel.

—Exacto.

Y sí, sí me había conseguido algo que iba acorde con el vestido porque, según él, considerando la prenda tampoco necesitaba mucho para lucirme. Y eso conllevó a la tercera situación, bueno... tampoco tan exactamente, pero no tiene nada que ver con Cristal, aunque sea el día de su boda. Esta es meramente entre Gabriel y mis papás. Cuando salí del cuarto de baño, Gabriel estaba sentado en la cama tan concentrado en su laptop que ni siquiera se me pasó por la cabeza qué podía estar viendo ahí tan absorto. Me aclaré la garganta y al momento que él me miró esbozó una sonrisa, una que se fue haciendo más amplia a medida que, con descaro, me repasaba de pies a cabeza.

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

—Que me dan ganas de casarme contigo hoy mismo, Lu.

Yo solté una risita. Me acerqué a él, tomé su computadora y la dejé a un lado. Me senté a horcajadas sobre él y le dije:

—Solo dime a qué hora.

Me besó, le dio un suave mordisco a mi labio inferior y escuché:

—¿Por qué eres tan guapa? ¿Qué debí haber hecho bien para tener el honor de estar contigo?

—Disfrazarte del hombre araña.

Y cuando Gabriel soltó una risa fue el momento en que pasó, la tercera cosa que sucedió antes de la boda de Cristal. Gabriel comenzó a darme besos en el cuello que después bajó hasta mis clavículas y mi hombro después de deslizar hacia abajo el tirante que le daba un look

asimétrico al vestido y entonces ahí fue que lo vi, cuando abrí los ojos y lo primero que mis ojos enfocaron fue: *François D. Belrose*. Mi padre, bueno, uno de mis padres.

Cualquier cachondeo se me fue... así de golpe.

Es por eso que ahora estoy así, mirando la pantalla de su computadora sin poner atención a lo que está haciendo Gabriel, hasta que se detiene y yo le miro diciéndole que tal vez ya es hora de irnos. Por suerte alguien llama a Gabriel en la puerta y por la voz masculina asumo que se trata del esposo de doña Caterine, el padrastro de Gabriel. Él se pone de pie y aprovechando el momento miro el correo una vez más solo para cerciorarme que he visto correctamente.

Sí, sí es él.

Y también menciona a Max.

Santa m... miércoles.

Gabriel intercambia unas palabras con el señor Victor y después se vuelve a mí preguntándome si ya estoy completamente lista y le digo que sí, que solo me retocaré el labial y lo esperaré afuera; pero claro que no voy a esperarlo nada más, voy a hablar con mi padre y sí me estoy retocando el labial, pero al mismo tiempo estoy marcando el número de François, no contesta una llamada regular; entonces, se me ocurre hacerle una video llamada y ahí sí, contesta en el primer tono.

—Guao, qué guapa. Muéstrame el piercing de la oreja ¿Está *cool*, verdad? Me gusta tu cabello ondulado. —Sí, solo por eso es que contestó la videollamada. Igual no respondo su pregunta y tampoco hago lo que me pide. François parece estar al aire libre, está tomando una bebida también cuando lo interrumpo:

—¿Le enviaste un correo a Gabriel solo para una segunda cita? ¿Con Max? ¿Qué están tramando?

—Nada que ponga en peligro tu vida de pobre. Pero ese yo no lo envié, fue Max. Y... —Escucho la voz de mi otro padre acercarse cuando Fran dice: —Oh, ya contestó. Qué eficiente. A pesar de ser fin de semana y estar en una boda.

—¡No... no! ¡No pueden...

—¿Por qué no? —Dice Max y ahora es su cara en la pantalla de mi teléfono. Ahora hasta se ha hecho una moña en el pelo. —Yo también quiero conocerlo, ya que no piensas presentarlo en persona.

—Es el trabajo de Gabriel, no pueden estar jugando con eso.

—No estamos jugando. —Ahora François. —De hecho, si estamos pensando en trabajar con esa firma... pero tenemos que estar seguros y Max quiere conocerlo en persona, no solo porque lo hayas conocido a través de una aplicación... solo digo.

Entonces voy a replicar, pero un ruido interrumpe, parece el sonido de una avioneta y después escucho de nuevo a François decir:

—¿Estamos esperando a Omer?

Y Max le dice:

—No, pero Omer aparece cuando se le da la gana.

Entonces miro a mi costado y el hermano de Gabriel, Elías, está ahí; había llegado con su padre hace un rato, está a una distancia considerable y yo estoy casi susurrando; así que no creo que haya escuchado una palabra. Él se da media vuelta y después lo observo asomarse por una ventana.

—Me tengo que ir. —Le digo a mis papas. Veo que se han movido de lugar y solo observo en mi pantalla algo borroso hasta que llega a una voz conocida que saluda a Max

primero y después a François. Entonces, papá Max le dice:

—¿Adoptaste una hija, Omer? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡Ja! Qué chistoso, Max ¡Qué chistoso! Ella es mi novia Pamela. Pamela, él es mi hermano Max, no es tan cool como se ve en fotos o videos. Y él es François, que no te mire con colores que no combinen. —Solo logro ver un poco y estoy a punto de colgar cuando la cara del que está hablando aparece en mi celular:

—Oh por Dios ¡Lunita! Qué gusto verte. Lo último que escuché sobre ti es que ahora eres una indigente ¡Bienvenida a la familia de nuevo! Ya estaba preocupado por ti. —Cuando le digo con sarcasmo que es muy gracioso, me presenta a su «novia» Pamela, una chica rubia, con pechos grandes, que carga un perrito y hace un saludo con su mano. —¿Cuándo te das una vuelta por aquí? Pamela es de tu edad y tienen muchas cosas en común, a ambas les gusta *BlackPink* o como se llame. Siento que van a ser grandes amigas. —Cambia de tema volviéndose a mi papá: —¿Luisa sigue siendo policía?

A lo que Max le contesta que sí y François aprovecha para quitarle el teléfono para decirme:

—Y si regresas, esta vez sí usa la puerta, por favor.

No me dejan ni replicar, porque siguen hablando entre ellos. Les pregunta por Pepe y bromean con que lo más seguro es que está en el gym. Elías sigue viendo por la ventana, pero esta vez disimula comiendo cereal. Ahora se ha distraído con la llegada de Catalina, quién además lleva un hermoso vestido... negro. Cristal va a morirse o su mamá, porque la está viendo con cara de querer lanzarla por las escaleras.

—Por cierto... —Escucho al tío Omer: —¿Cómo es eso que ahora tenemos una granja?

—Ah sí. Tú la cuidas, por cierto. —Le contesta Max. —Si alguien te pregunta, te llamas Pancho Rodríguez.

—¿Pancho? ¿Por qué, Pancho? Búscame un nombre de granjero francés al menos para escucharme sofisticado ¿Y por qué yo tengo que ser el mozo que cuide la granja? ¿Sólo porque no tengo una empresa billonaria de cristales?

—No. —Habla François. —Porque eres tú el que todo el tiempo está ocupado con esos *reality shows* o lo que sea que haces en Los Ángeles. Así que había que inventar algo para tu ausencia. Es la vida que quiere Luna y la respetamos. —Santa madre. Mejor cuelgo. Ahora sí se dirige a mí cuando le repito que tengo que irme, porque además la hermana de Gabriel está discutiendo con doña Caterine en la entrada, la cita de Cata está hablando con Gabriel quién parece no estar contento en lo absoluto y el señor Víctor, el único que parece en paz, solo está viendo al horizonte con una taza de café en manos. Camino en dirección al caos cuando escucho: —Envíame fotos, amor. Quiero ver cómo se mira ese vestido empedrado con Belrose.

—No te enviaré fotos.

—Entonces se las pediré a Gabriel.

Escucho la risa de Max diciendo que va a hacer eso ahora mismo, además Omer le pregunta quién es Gabriel y ellos dos le contestan que el no novio abogado que conocí a través de una aplicación y que pudo matarme, pero no lo hizo. Veo a Gabriel sacarse el teléfono, ver el mensaje y después contestar.

—Tío Omer. —Hablo cuando estoy llegando a las gradas y estoy cerca de Elías. —¿Quieres suscribirte a una página porno? Es el emprendimiento de mi cuñado.

—Mi misión en esta vida es apoyar a emprendedores. Envíame la información.

Miro a Elías y le digo que le conseguí un suscriptor, él me responde que no lo mencione

frente a su madre y yo le digo que es un hecho si él nunca menciona lo que escuchó el otro día en la radio, me contesta que ni siquiera puso atención; pero además, en un susurro, pregunta:

—Tú no eres Luna Rodríguez ¿verdad?

—Bueno, sí me llamo Luna.

Entonces, Gabriel me llama y le dice a su madre que nos vamos a ir antes que ella y Catalina quemen la casa, al verme la hermana de Gabriel deja a un lado la discusión con su mamá para acercarse a darme un abrazo a mí, además me dice que le gusta mi vestido. A mí me gusta el de ella, más que todo porque va a hacer arder a Cristal, eso es seguro.

Está demás mencionar que el vestido de Catalina no causó ningún revuelo a pesar del color... pero el mío... madre mía. A ver, que la tía Elena sí tenía razón cuando me dijo que nadie me iba a quitar los ojos de encima. Y sí, ni siquiera las damas de honor de Cristal o los *best men* de Roberto o el mismo hermano de Gabriel. Aunque tal vez no sea el vestido, quizás es porque estoy tomada de la mano de Gabriel y él se mueve con tanta familiaridad entre todas estas personas saludándolos como si las conoce desde hace mucho tiempo y yo, bueno... a la altura siempre, o tal vez sea porque Gabriel me presenta como su «novia» y su madre como la «novia» de su hijo Gabriel y el comisionado —porque sí se apareció después de todo— como la nuera favorita que, además canta, toca el piano, la guitarra y el violín. En una de esas ocasiones dice en un grupo de ancianos con los que platicaba:

—Luna será una estrella. —Gabriel le secunda la idea y cerca de ese grupo de señores está una de las damas de honor de Cristal quién antes me había dado cuenta por el mismo Gabriel que es la hermana de la víbora roja. El comisionado, volviéndose a Gabriel, agrega: —Escúchame bien, Gabriel. Si algún día ustedes terminan, toma en cuenta que yo seguiré hablando con bolas y no me importa si tú me dejas de hablar.

Entonces yo me rio. El hombre araña finge indignación viendo a su padre ante las risas de los dos hombres que le hacen compañía y también su esposa, Elísabet.

—¡Ah! Gracias, papá.

Después de eso todo se vuelve un silencio hasta que acaba toda la ceremonia en la iglesia y se llega la fiesta de recepción. Durante el baile de los novios la canción es una de Ed Sheeran y esto hace que Elías suelte una risa, provocando que a mí también se me escape una pero me contengo. Gabriel también tiene que prensarse los labios entonces le hace una mueca a su hermano menor para que se calle y este milagrosamente hace caso.

Por suerte, el resto de la velada transcurre con calma. O tal vez no. Pensé que la fiesta de Cristal sería algo estirado, así como ella, pero en realidad es una fiesta con todo. Hay licor, una pista de baile, barra libre y la única que no parece del todo contenta es la misma novia, pero hay *shots* que es lo más importante.

Es más, hasta termino perreando con la suegra en la pista y otra señora que no tenía idea quién era hasta que más tarde Caterine me dijo que ella es la mamá de Cristal ¡Santo escarabajo! Y yo que pensé que lo estirado era de familia. Cuando estamos de regreso en la mesa, Gabriel me recibe con una sonrisa y me permite sentarme en sus piernas.

—Te conoces a toda la familia de Cristal ¿Cierto? —Le digo cuando deja de hablar con su hermana mayor, Jessica, quién había llegado hace un rato. Según lo que me doy cuenta, ella es doctora y hace turnos largos en el hospital, aunque también dijo que en realidad no quería venir del todo. Cuando me dice que sí, le pregunto: —¿Cómo se tomaron que se esté casando con tu hermano?

—Pues no sé, Cristal se encargó de decirle a todos que ella y yo nos separamos desde

hace años. Lo cual fue fácil de creer hasta para mi madre, porque en los últimos años de nuestra relación no asistíamos a eventos familiares, ni ella, ni yo. Yo estaba ocupado, ella también. Las únicas que sabían la verdad de las cosas eran Melissa y su hermana.

—¿Y tú alguna vez pensaste en casarte con ella?

Gabriel se ríe y después se acerca más a mí solo para contestar:

—Hasta ahora la única persona que me ha provocado ganas de casarme eres tú, Lu.

Y yo solo puedo pensar en los *shots* que me he bebido y los que he hecho tomarse a Gabriel.

—¿Y eso por qué?

—Porque te amo.

Suelto una risita y le digo:

—Me encantas cuando tomas ¿sabes?

—No estoy tomado, hablo en serio. Bueno, tal vez un poco, pero sí estoy hablando en serio. Amo todo de ti, amo sentirme cómodo contigo, amo cuando pasamos tiempos juntos. Amo sentir que puedo confiar en ti y que puedo hablarte sobre cualquier cosa. Me gustas toda tú en realidad.

—Y a mí me gustas todo tú, también.

—Y me he tomado el atrevimiento de decirle a todos que eres mi novia y ni siquiera te lo he preguntado. Tú, Lu ¿Quieres ser mi novia? ¿Me darías el honor de tener a esta mujer tan guapa, tan talentosa, tan inteligente como mi novia?

Le digo que sí entre risas y besos, además agrego una cosita:

—Nuestro primer aniversario va a coincidir con la boda de tu ex.

—Tienes razón, vamos a cambiar la fecha.

Es en ese momento que la «novia» llama a todas las mujeres solteras porque va a lanzar el ramo. No pienso ir, por supuesto; pero Catalina me toma del brazo y comienza a tirar de mí para que la acompañe.

—¿No odiábamos a Cristal? —Le digo con sorna cuando estoy caminando con ella hasta el centro del salón. En realidad, es ella la que está tirando de mí hasta el centro de salón.

—Sí y por eso estamos aquí, tenemos que hacer lo posible para que cualquiera de las dos se quede con ese ramo.

—Pero yo no quiero ese ramo.

Entonces escucho una voz a mi lado que se me hace bastante familiar. Cuando me giro hacia ella todavía lleva el mismo vestido verde musgo que traían todas las damas de honor. Al principio no entiendo muy bien lo que me dice y tal vez debió quedarse así, porque cuando le pido que me lo repita, lo que escucho de la boca de Melissa es:

—Te preguntaba que cuánto debió gastarse Gabriel en ese vestido que llevas puesto. Me gusta.

—Gracias y no lo sé, pregúntaselo a él.

Entonces comienza la cuenta regresiva. La víbora roja está de espaldas a este grupo de mujeres ansiosas esperando ese ramo. Yo me hago a un lado y dejo a Catalina ahí a la mitad, que se pelee con quién sea. Las probabilidades de lograr agarrar eso son mínimas, mucho más cuando es un grupo de personas las que se le lanzan como buitres.

Mínimas, pero nunca cero.

Todo pasa en cámara lenta, solo lo veo venir y no me da ni tiempo de reaccionar cuando tengo el buqué o como se llame en la cara. Hasta creo que la vulpécula lo ha hecho a propósito

para desquitarse todas conmigo, pero cuando se da la vuelta y soy yo la que sostiene el ramo, la sonrisa se le borra de la cara.

Ya lo dije una vez, yo no soy la reina de las probabilidades.

Todo mundo me está viendo y después como si estuvieran sincronizados todos los presentes miran a Gabriel. El hombre araña también se da cuenta, aunque él me está viendo a mí, atónito claro. Hasta que alguien, no sé quién, comienza:

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —Madre mía. El coro continúa, hasta las personas se han puesto de pie. Miro a Gabriel y él, soltándose una carcajada, se pone de pie. Sí, está caminando hacia mí y entonces yo hago lo mismo encontrándonos a mitad de la pista. —¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!

Me encojo de hombros y como si ya lo hubiéramos ensayado, el beso se da como esos de película antiguas. Solo faltó la lluvia para que pareciera una escena recreada para la televisión. Escucho los aplausos y después el coro de las personas gritar, chiflar y no sé qué más. Hasta que Gabriel vuelve a dejarme en la posición frente a él y termino el beso con una sonrisa.

Si Cristal ya me odiaba lo suficiente, estoy segura de que ahora va a querer matarme.

Y no, no me importa en lo absoluto.

Capítulo 50

Gabriel

La boda de Cristal y mi hermano se volvió un caos.

Y no para mí o para alguno de los invitados, sino para ellos.

En realidad, cada uno de los invitados había disfrutado esa velada, hasta yo ¿para qué mentir? Es más, hasta mi hermana, Catalina, quién estaba decidida a pasarla mal estaba disfrutando a último minuto. Tal vez fue porque la fiesta se puso buena después o porque le ilusionó la idea del ramo de Cristal en manos de Luna, no lo sé; pero eso que a ella —y a todos los presentes al parecer— le había emocionado, también provocó que la pelirroja se fuera de su propia fiesta y que Roberto haya salido detrás de ella. Esto a duras penas lo había podido ver después de ese *bezaso* con Luna y yo hasta bromeé diciéndole:

—Cristal está yendo a buscar un fusil para darte fin aquí y ahora.

—No me importa, ya me comí este manjar que me dejó servido en bandeja de plata. Lo que haga ahora me vale una mierda.

Y sí, me reí. Y después comenzó una canción romántica en inglés. Luna pasó sus brazos por sobre mis hombros y vi que así le tomó una fotografía al buqué. Solo un momento después mi teléfono me anunció una notificación y cuando lo saqué de mi bolsillo me di cuenta de que era del grupo de WhatsApp «*GranjaLaConfitería*» y era la imagen que Lu acababa de tomar con un: *«Me les caso, padres»*

A lo que ellos contestaron de inmediato:

Sexychocokrispis: ¿Queeeeee?

CandenteNutella: ¿Coooooomo?

Y después el mismo *CandenteNutella* me mencionó a mí con un:

«@Gabriel más te vale una pedida de mano formal»

Y el primero, *sexychocokrispis*, agregó: *Y si sales vivo.*

Carajo.

A este punto ya no sé si debo reírme o salir corriendo. Pero, en fin, sí les había contestado, con una fotografía besando a Lu, a lo que de inmediato sexychocokrispis contestó que iban a ponerme dos clavos más este fin de semana y la otra persona en el chat dijo: «@sexychocokrispis sumerge ese muñeco vudú en ácido».

Y sí creo que lo sumergieron en ácido, porque ahora mismo que me estoy despertando siento un terrible dolor atravesarme la sien y la luz que entra por la ventana me provoca más jaqueca. Intuyo que ya es tarde. Me doy vuelta sobre el colchón hasta quedar viendo el techo, abro un ojo y después el otro. Cuando intento levantarme todo me da vueltas. Maldita resaca.

O muñeco vudú.

Miro del lado de Luna y ella no está, me asomo en el baño y tampoco. Me acerco a la ventana y ahí sí la encuentro, está en la playa y a su lado están Cata y mi mamá. Ahora lleva un bikini de color verde.

Y sí, me doy cuenta de que también me gusta el color verde.

Me visto para ir en dirección donde está ella. En el camino me encuentro a Elías, quién entusiasmado me cuenta que Roberto no fue a la luna de miel con Cristal ¿Cómo lo sabe? Pues, es obvio, fisgonea hasta la ropa interior de él, creo que hasta la mía; pero al menos conmigo tiene

un poco de respeto o eso espero.

—Oye... —Me habla cuando sigo mi camino solo contestándole un «ajá» a su último comentario. Vamos, que no me sorprende, para ser sincero. Me hace detenerme cuando pregunta: —¿Cuál es el apellido de Luna?

—¿Rodríguez?

—No, el otro. Digo... el de verdad.

—¿Qué?

—No te preocupes, ya lo sé. Es que supuestamente un tío Omer iba a registrarse en mi página web porno, pero hasta ahora hay cinco *Omers* y quiero saber quién es para darle un descuento para el próximo mes... ya sabes, estrategias para mantener a los suscriptores. —La verdad es que no sé qué gesto adopta mi rostro, pero intento procesar lo de que su página web ya debe de tener más de cinco suscriptores. Entonces se calla y la cara le cambia por completo, ahora lo que parecía ser curiosidad se ha convertido en algo parecido a una confusión... creo. De inmediato, me dice: —¿Sabes qué? Olvídalo. Se los enviaré a todos. Toma. —Y me da la taza de café que cargaba.

Entonces se va y yo me quedo ahí a mitad de la sala viéndolo subir las escaleras a toda prisa sacándose el celular y escribiendo algo. Sacudo la cabeza en un gesto de negación y me sigue doliendo la frente. Tomo un sorbo del café de Elías y hago un gesto porque ya está frío, sin azúcar y muy amargo. Al salir me encuentro con Javier, la cita de Catalina; aunque hace un saludo extraño y no me mira a los ojos por mucho tiempo, le dejo la taza y sigo caminando hasta Luna, quién al verme esboza una sonrisa radiante y corre hacia mí.

—¿Cómo puedes estar aquí, con esa energía, a esta hora y con resaca? Yo me estoy muriendo. —Se ríe al mismo tiempo que enrolla sus piernas en mi cintura y yo camino hacia una de las sillas de playa con ella a horcajadas. —La próxima vez, por muy bien que la estemos pasando, no dejes que tome, por favor.

—Buuu... —Suelto una risita débil cuando me estoy sentado y ella se acomoda sobre mí, todavía con cada pierna a cada lado de mi cuerpo. —Más te vale que vayas practicando ¿Cómo piensas conocer a mis padres con ese hígado tan débil? —Me da un beso en los labios y agrega: —Sabes a café muy amargo.

—Culpa de Elías. —Miro en dirección a donde está Javier y lo observo que está oliendo la taza de café, la mira, la remueve y después mirando para todos lados bota el líquido cerca de las gradas de la entrada. Sí me rio y me duele más la cabeza. —Okey, señorita alcohólica, necesito deshacerme de esta resaca antes de las cuatro porque tengo una cena en casa de uno de mis clientes.

—¿Hoy? ¡Todavía es fin de semana!

—Mi trabajo es de veinticuatro horas, siete días a la semana, mi amor. Y si mi cliente celebra el aniversario de su fundación tengo que estar ahí. —Su gesto me indica que siente alivio no haber terminado la escuela de leyes. Luna tiene unos hermosos ojos café claro, grandes, ovalados y que ahora mismo les está pegando un rayo de sol. No lleva ni una gota de maquillaje y es que todo en la cara de esta mujer tiene que ser perfecto. —¿Quieres venir?

—¿Es algo formal? ¿Necesito un vestido? No quiero ir a casa de mis padres de nuevo, todavía tengo trauma de la última vez.

—¿Qué pasó la última vez?

—Me caí del cerco.

—¿Qué? —Me tengo que contener la risa cuando comienza a contarme el «incidente»,

para distraerme y no soltarme en carcajadas, escucho la historia atentamente al mismo tiempo que me saco la billetera, *—porque sí, la ando conmigo en el short porque Elías me da miedo—* y cuando ha terminado, le digo: —Entonces, iremos de compras hoy.

—No... —Me dice, viendo la tarjeta. Al mismo tiempo suelta una risita y me dice: —Estoy comenzando a sentir que eres mi sugar y mis padres no me criaron así.

—Tus padres no, pero este papasito sí. Así que, no se diga más. —Solo escucho la carcajada de Luna y yo que me estoy conteniendo la risa desde hace rato tengo que prensarme los labios una vez más. —Ya me pagarás cuando seas famosa y tengas millones.

—¿Entonces me acompañarás?

—Por supuesto.

Me doy cuenta de que jamás en mi vida había acompañado a una mujer de compras y no, no es tan malo como alguna vez Juan lo pintó. Tal vez es porque él no tenía una pila de trabajo como yo ahora mismo y solo me siento a terminarlo en un sillón frente al vestidor mientras espero a Lu. Tampoco me habían hecho partícipe de una elección de vestuario, así que cuando Luna me pregunta cuál vestido le queda mejor, probándose primero uno y después otro, yo soy sincero:

—Esa elección está difícil. —El primero era beige y el que se está probando ahora es de color negro. —Tú podrías ponerte una bolsa de plástico encima y aun así te verías preciosa.

La escucho reírse, se acerca a mí, me da un beso en los labios y repite:

—Solo elige uno.

—El que estás usando ahora mismo.

Y no solo porque me gusta cómo se ven sus piernas a través de las aberturas de ese vestido, o como cae la falda con una gracia espectacular después de que el top se ajuste de una manera divina a su cintura. Y se lo digo así, en el auto, camino al evento, cuando nos detenemos en un semáforo y yo la miro una vez más:

—¿Qué? —Habla entre risas, poniéndose labial en la boca.

—Que me gustas.

Y se acercó a darme un beso, uno de esos que hasta que no comenzaron a tocar el claxon la cola de autos detrás de nosotros, no detuvimos. Ahora tengo que limpiarme el labial rojo y eso intento antes de bajarme del vehículo. Aun así, me queda algún rastro porque al momento de encontrarme a Juan y a Karen, lo primero que me dice él en un susurro es:

—Esas sesiones de besos antes de cualquier evento son las mejores ¿Ya se te olvidaron los nueve años?

—Ocho Juan, ocho.

—Nueve dentro de poco. —Se acerca a Luna y le dice: —¿Gabriel está comiendo su alimento especial? El que es para la artrosis. No vaya a ser que se nos muera fuera del asilo el pobre.

Hijo de p...

Y pensar que todo el resto de la velada tengo que pasármela soportando a Juan.

O el resto de mi vida.

Por suerte Juan se va a saludar a un grupo de personas y yo me quedo con las que me corresponden a mí *—primero—*, o eso es lo que pretendía, pero siempre que estoy con Luna, es como si toda la atención se volcara en mí... o en nosotros... o en ella más bien, no lo sé, pero en menos de la hora me he saludado a todos los presentes y Luna se ha adaptado, como siempre, incluso sacando a flote su humor y haciéndose amiga con mis clientes. Así tal cual.

—¿Luna? —Observo al anfitrión de la cena acercarse a nosotros, pero al mismo tiempo que me está estrechando su mano a mí, está viendo a Lu. Ella le sonríe y entonces agrega: —¡Tanto tiempo sin verte! Casi no te reconozco ¿Cómo están tus papás? ¿Andan por aquí? Bueno, les envié una invitación y me dijeron que estaban en…

—No... —Luna le interrumpe. —No están por aquí. Debieron regresar a casa… creo.

—¡Oh! Salúdalos de mi parte, por favor. —Entonces miro de Luna a él. La esposa del señor Altamirano, se acerca y le da un abrazo a Luna, aunque esta se mueve unos pasos más allá mientras habla con Lu y le da una copa. De reojo Luna nos mira y yo con una sutil seña le aviso que no hay ningún problema. Me vuelvo a la persona frente a mí cuando lo escucho decir: —¿Así que eres novio de Luna? Con razón sus padres me recomendaron tu firma.

Y eso hace que se me olvide todo por un momento.

—¿Qué cosa?

—Cuando les comenté que me había quedado sin abogados, me recomendaron a ti, bueno… el despacho. De hecho, me mostraron las interacciones que tienes con ellos en Instagram... —Oh por Dios. Oh. Por. Dios. —Y me convenció tu sentido del humor.

Me tengo que aclarar la garganta... dos veces.

—¿Conoce a los padres de Luna y le mostraron mi interacción con ellos en redes sociales?

Es en ese momento que Juan se aparece, saluda al señor Altamirano y después le cuento que él llegó a nosotros por los padres de Luna y mis interacciones con ellos por redes sociales. Juan también arruga el entrecejo y conociendo mis pláticas en público con el papá de Luna mira de él a mí, pero guardando la compostura profesional, le pregunta:

—¿Entonces conoce a *sexychocokrispis*?

Él suelta una carcajada y después de hacer una afirmación con la cabeza, contesta:

—Sexychocokrispis, qué ingenioso. Así es él. La verdad es que ambos son tan ocurrentes, pero excelentes personas. Presiento que Gabriel nunca debe sentirse fuera de lugar en una familia como esa.

Si tan solo supiera que mi relación con cualquier miembro de la familia de Luna es solo virtual.

Alguien llama al señor Altamirano y este se va en otra dirección después de disculparse. Miro a Luna y después me vuelvo a Juan que todavía tiene el entrecejo ligeramente fruncido.

—Esta es la forma más rara que hemos conseguido un cliente ¿De qué conoce a tus suegros exactamente?

—Es que no lo sé.

—Te dije que lo más seguro es que en la granja les va bastante bien. El señor *cool* usaba unas John Lobb y además es... *cool*. No creo que sea tan pobre como Cristal y Melissa les dicen a todos. Conocen a Altamirano, solo digo. —Tomando un trago de su copa, agrega: —Tú no quieres conocerlo porque te da miedo tener a un suegro más *cool* que tú ¿verdad?

—Estás loco, Juan.

—¿Y tú nunca has preguntado? Digo, no estaría mal preguntar sobre su familia ¿Son pobres? ¿No lo son?

—Eso para mí es irrelevante.

—¿Se besuquean, se meten mano, cogen y no puedes preg...

—Juan... —Interrumpo.

—¿Qué? ¿Crees que no lo noto? No soy estúpido. —Aparte de la ironía y la fingida

indignación que quiere mostrar, se ríe agregando: —Si te babeas por ella... Aunque sea nueve...

—Repites lo de los nueve años y te juro que... —Juan suelta una carcajada, una que tiene que callar porque ahora el señor Altamirano comienza a decir unas palabras sobre la tarima y el lugar se vuelve un completo silencio. Juan Pablo se va a la mesa que nos asignaron y yo espero a Luna quién está terminando su plática con la señora y ahora camina hacia mí. Toma mi brazo cuando se lo ofrezco y en el camino hacia nuestros lugares le cuento:

—El señor Altamirano llegó hacia nosotros a través de tus padres y mis interacciones con ellos en Instagram. —Casi se atraganta con la copa y cuando nos sentamos, veo que comienza a textear con tanta vehemencia que me hace gracia. —¿De dónde se conocen?

—Labor social. Mis padres también tienen una fundación.

—¿En serio?

—Sí y también apoyan en otras, como esta.

Bueno, eso sí me intriga.

Luna dice algo más, pero no alcanzo a escuchar por la ola de aplausos que inunda el sitio, okey ya me perdí parte del discurso, así que vuelvo a concentrarme en las palabras del anfitrión. La comida y el resto de la velada transcurre con tranquilidad. La esposa de Juan, Karen, conversa con Luna y Juan se mete de vez en cuando, yo participo solo en el momento que a mi colega se le ocurre soltar una estupidez; le agradezco que no toque los temas que habíamos mencionado antes, aunque de vez en cuando le hace preguntas a Luna sobre granjas; pero, en fin, cuando la mayoría de las personas ya se han puesto de pie por las baladas románticas que está tocando un grupo de jóvenes, escucho a Luna hablar:

—¿Me permite esta pieza *monsieur*? —Y miro ponerse de pie, después doy un vistazo a la pista de baile y a los ancianos que se mueven al ritmo suave de la música. —No es perreo, no te preocupes; no se te va a quebrar la espalda.

—Gracias por pensar en mi espalda. —Bromeo, tomando su mano y poniéndome de pie.

La risita de Luna nos acompaña hasta la pista y ahora mismo el grupo está haciendo un cover de *Entra en mi vida* de *Sin Bandera.* Tomo la cintura de Lu al mismo tiempo que ella pasa sus brazos por sobre mis hombros y nos quedamos así, solo escuchando la canción un rato, con el rostro de Luna en el hueco de mi cuello, hasta que levanta la cabeza y su nariz se roza con la mía.

—No creí decir esto, pero en realidad ayer me la pasé bien en la boda de tu ex.

—Sorpresivamente, yo también.

—Hasta te emborrachaste y dijiste cosas...

—Estaba borracho, pero no tanto como para no estar consciente de lo que dije. Te pedí ser mi novia y tú me dijiste que sí, ya no hay vuelta atrás si te arrepentiste. —Luna tiene los ojos cerrados, pero de inmediato en cuanto yo termino de decir esas palabras me mira y suelta una carcajada, entonces continúo: —También dije que te amo. Que amo todo de ti y que me siento cómodo contigo. Que solo tengo que verte para sentir como automáticamente mi día se vuelve mejor.

Esboza una sonrisa al mismo tiempo que mantenemos el contacto visual.

—¿Alguna vez te han escrito una canción?

—No, eres la primera artista que conozco.

No me da tiempo de preguntar por qué, se aleja y la veo ir hacia la esposa de Altamirano, por un momento no entiendo qué hace, pero entonces con su mano me pide que vaya hacia ella y sí, obedezco. Le están prestando una guitarra. Cuando llego a ella, me toma de la mano, tira de

mí hacia no sé dónde y poco después llegamos al patio trasero, es más silencioso aquí y hay dos columpios.

Entonces se sienta en uno de esos y me dice a mí que tome el que está a la par. Comienza a tocar el instrumento y después, haciendo una pausa corta, me dice:

—Pues tú eres la primera persona a la que le he escrito una canción. Quería mostrártela hasta que ya estuviera terminada, pero no quiero esperar.

Continúa la música y su voz se mezcla con la melodía de la canción. Algo se me instala en el pecho en ese preciso momento y tomo el columpio a su lado. Ya he mencionado mil veces que la voz de Luna es única, es que ni siquiera lo puedo describir, es dulce... suave... delicada. La letra comienza con la primera cita, claro que tenía que mencionar el traje de *spiderman* y por un ratito me reí, pero después me quedo atento, entro en shock y me veo a mí mismo arrodillándome frente a Luna. El coro dice «te amo» y agrega cualidades mías de una forma que hasta yo siento que me enamoro de mí. Cuando se termina, me quedo en un trance, en uno que me cuesta salir, que hasta parece que de pronto me voy a despertar porque estoy soñando, hasta que escucho a Luna decirme:

—Te apuesto que nunca vas a olvidar esta forma que alguien te dijo te amo alguna vez.

—En realidad... nunca me voy a olvidar de ti, Lu.

Capítulo 51

Luna

¿Quejarme de mi vida? Nunca más. Digo ¿a cuántas personas en el mundo les toca conocer a una persona como Gabriel? Un hombre fiel, atento, cariñoso y sincero. Que, además, se tome el tiempo para desearte buen día o buenas noches, que te pregunte si estás bien o si ya comiste, que te envíe regalos al trabajo y que baile contigo en la cocina mientras intenta cantarte una canción que suena en la radio, como ayer, por ejemplo, mientras sonaba *All of me* y él mismo se rio diciendo:

—Oh, no. Qué suerte que soy abogado y no cantante.

Es que Gabriel es todo lo que está bien. Me siento como si fue un paquete que ordené por Amazon y le puse todas las cualidades que me gustan en una persona. Es algo así como la perfección. Y después de una risa de mi parte, le dije:

—¿Tú siempre has sido así?

—¿Así como? —Con un gesto de mano lo señalé a él completo y soltó una pequeña risita. Pasé las manos por debajo de su saco abrazándolo por la cintura y contestó: —Bueno, nunca había conocido a una artista que me gustara tanto.

—Pero por algo Cristal no se olvida de ti. Ahora mismo debe estar en su luna de miel retorciéndose porque el que está junto a ella no eres tú.

—Mi relación con Cristal no fue ni parecida a lo que es mi relación contigo. Si se lo preguntas, te dirá que no fui el mejor novio del mundo y la comunicación no era nuestra fuerte. Creo que simplemente no éramos el uno para el otro. Yo respetaba las cosas que a ella no le gustaban y las muestras de cariño nunca fueron parte de su forma de ser, creí que teníamos eso en común, pero entonces te conocí.

—¿Y te gustan las muestras de cariño?

—A mí me encanta que me abraces y me beses todo el tiempo, Lu.

Y sí, lo besé otra vez. Me levantó de la cintura haciéndome enredar las piernas alrededor de su cadera y me dejó sobre la encimera.

—Por cierto ¿Qué pasó con tus clases de piano?

—Las dejé, la maestra es muy guapa y me desconcentraba mucho. —Me dio un beso puesto en los labios y agregó: —Por cierto, tengo algo para ti.

—¿Otra cosa?

Sonreí y lo observé alejarse. Me bajé de la encimera, pero él ya estaba de regreso con una caja en manos. Incluso estaba envuelta y tenía un lazo. Me la entregó dándome un beso en la sien y me pidió que la abriera.

—¿Estamos celebrando algo? —Hice memoria porque esto de las fechas no van conmigo. Con costo recuerdo el día que nací y porque no hay forma que lo olvide si siempre despierto con resaca. Gabriel se rio un poco y me dijo:

—No tiene por qué ser una fecha importante. —Lo abrí ansiosa y me di cuenta de que era una lámpara, una de un gato recostado en una media luna. Lo miré a él y sonreí cuando escuché: —Ahora cualquier cosa que incluya a un gato o una luna, me recuerda a ti.

Definitivamente, nunca en la vida me volveré a encontrar a otro hombre como Gabriel. Jamás en la vida volvería a tener esta suerte de ver a una persona como el hombre araña

abrazarme cada mañana cuando despierta o cuando se va a dormir. Tampoco sería capaz de buscar a otro Gabriel, porque sería imposible. Y, por supuesto, Pantuflas nunca volvería a dejar que alguien más le rasque la pancita, porque sí, me había encontrado a Gabriel una mañana dándole cariñitos a «la fiera» y yo le dije:

—¿Lo ves? Te dije que algún día iban a ser mejores amigos.

—Solo sentí lástima por él.

Y entonces, por eso hoy estoy aquí, atravesando la recepción del edificio en el que trabaja porque me había dicho que estaba tan ocupado que todavía no había podido salir a comer. Me fui a comprar algo y decidí traérselo yo misma. A pesar de sus objeciones porque me iba a tomar mi propia hora de almuerzo para venir hasta su despacho. No hice caso, claro. Cuando entro al ascensor y estoy a punto de marcar el número del piso del despacho, una rubia se acerca corriendo y entra.

Melissa, la amiga de Cristal, por supuesto.

—Hola. —La escucho decir. La saludo de la misma forma y con el mismo entusiasmo fingido manteniendo la cabeza en alto solo viendo mi reflejo en las paredes del ascensor. Cabe mencionar que no somos las únicas, también hay dos personas más que se bajan en el siguiente piso y cuando quedamos solas, dice: —Tanta atención se la merece ¿no? Te da tantos lujos.

Sé que se refiere a Gabriel y al paquete de comida que traigo conmigo porque eso es lo que está viendo en el reflejo. Me pregunto si es que tiene hambre y quiere que le ofrezca un poco, digo... es el único sentido que le encuentro al comentario.

—Por supuesto.

—Gabriel no es precisamente el novio más cariñoso ¿verdad? Me parece que intenta arreglar eso comprándote cosas caras.

—¿Pero a qué Gabriel has conocido? —Y me rio. Algo que tal vez no se toma tan bien porque algo en su gesto cambia. Miro mi teléfono celular y el último texto de Gabriel diciéndome que está en una junta, pero ya casi termina.

—¿Sabes? Hay un término que se llama «daddy issues» ¿Lo conoces? Generalmente se da por la ausencia de una figura paterna. Las mujeres tendemos a buscar en un hombre la protección, seguridad financiera y todo lo que nuestro padre no pudo proveernos.

—¿Estás insinuando que no tengo padre? Porque podría tener dos... solo digo.

Y la puerta del ascensor se abre en el piso del despacho de Gabriel y yo salgo primero levantándome las gafas de sol un poco, pero no sin antes lanzarle una sonrisa y desearle un buen día. Aunque ella sale después de mí, espero ya no tener que encontrármela cuando me vaya. Cuando creí que Melissa sería la única molestia con la cual podría encontrarme hoy, Roberto está ahí, en la recepción del despacho, peleándose con Catalina y lo que logro escuchar es:

—No, Gabriel está en una junta ahora mismo y su agenda está llena. Tienes que pagar antes si quieres una cita y ya te dije la tarifa. No te gusta, entonces ve a otro despacho donde te cobren menos.

—Es mi hermano ¡Joder! ¿Por qué voy a pagarle?

—¿Eh? ¿Acaso el título se lo dieron gratis? ¿O se lo pagaste tú? No ¿verdad? Paga si quieres una consulta.

A veces me dan ganas de hacerle una reverencia a Catalina.

Roberto replica algo, está tan molesto que ni siquiera repara en el tono, pero a Catalina le vale madres, se acomoda el cabello y saca un lápiz labial para retocarse los labios. Al verme, me saluda y entonces Roberto se vuelve a mí, después sus ojos viajan a la persona que tengo detrás

que, seguramente, es Melissa. Lo confirmo cuando escucho su voz decir:

—¿Y es algo que Cristal no puede ayudarte?

Roberto no le contesta, toma una calada de aire y después le dice que es algo que a ella no le incumbe, finalmente se va de ahí pasándole a Melissa al lado golpeándole el hombro. Ella lo mira alejarse y yo me vuelvo a Catalina cuando esta me dice que Gabriel está en una junta, pero ya casi está por terminar. Cuando voy a contestarle, el hombre araña aparece y aunque está hablando por teléfono al levantar la mirada y verme, esboza una sonrisa, camina hacia mí y me abraza con esa manera efusiva suya y se aparta el celular para darme un beso puesto en los labios.

Todo esto bajo la mirada de Melissa, quién con un gesto con la cabeza saluda a Gabriel y éste le corresponde de la misma forma. Nos observa a los dos alejarnos a la oficina de Gabriel, me doy cuenta porque antes de entrar por algún motivo miro en su dirección y ella está ahí, atenta a nosotros; de inmediato quita la mirada y se sienta en el sillón de la recepción. Antes de entrar le entrego a Gabriel el sushi y él se ríe en silencio todavía manteniendo el celular en la oreja.

—Gracias, mi amor. —Me susurra y me da un beso en la frente. Deja la comida sobre el escritorio y reposa sus caderas en él. Me acerco y lo rodeo con mis brazos; como siempre, apartándole el saco y recuesto mi cabeza en su hombro. —Por supuesto. Yo le hago saber. Sí. Ajá. Que tenga buen día.

Cuando cuelga, suspira y después me abraza para darme un beso más. Agrega que ha sido una mañana ocupada y que es muy probable que mañana tenga que viajar a otra ciudad porque alguien del despacho cometió un error con un cliente y él tiene que buscar la forma de arreglarlo.

—Oye, sí tienes licencia de conducir ¿verdad?

—En casa de mis padres.

—¿Hay forma de que la consigas? Digo, mi auto va a quedar en casa y puedes usarlo si quieres. —Marca algo en su teléfono y después con voz de fingida súplica, me dice: —Solo no choques a alguien, por favor.

Le digo con sorna que esa es una petición que no sé si pueda cumplir. Con una media sonrisa en la cara me toma la barbilla para darme un beso, pero a mitad, el teléfono suena otra vez.

—Mierda. —Lo escucho y él se ríe conmigo antes de volver a atender. Nos quedamos así un rato más, hasta que escucho la notificación de mi celular y tengo que apartarme de Gabriel para ver mi móvil.

De: Sexychocokrispis

¿Vienes? ¿Te secuestramos? ¿O va «don Francisco» a traerte a tu trabajo?

Santo escarabajo.

Para: Sexychocokrispis

Ninguna.

Doy unos pasos hacia la ventana y miro una conversación que tuve ayer con Max, sobre lo del video musical, por supuesto. Porque si hago este video, él tiene que tocar en el evento de caridad de la mamá de Gabriel, claro está. El resto lo habíamos hablado en una una videollamada. Y en uno de esos momentos, el tío Omer le quitó el teléfono y me dijo:

—Tengo la idea perfecta, Luna. Será una cena y tendrás a tu padre de frente. Podrás pegarle fuego a tu gusto, digo... no es real, pero se va a sentir como tal ¿Qué opinas?

—Pues me encantaría.

—¿Lo ves? —Le dijo a *sexychocokrispis*. Regresándole el celular. —Te dije que a Luna le iba a encantar la idea. Por cierto ¿cuándo vienes por aquí? Quiero presentarte a Pamela.

Y le dije que pronto, pero no qué tan pronto, claro.

De: Sexychocokrispis

Okey. Que sea lo que Diosito quiera.

Mejor entro en pánico.

Me vuelvo a Gabriel quién sigue en su llamada por teléfono y ahora toma lugar en su silla. Miro su laptop y observo a un lado una foto de él y yo enmarcada. La primera foto que nos tomamos juntos. Yo tomo una fotografía a esa imagen y después tomo el marco para ver más cerca la foto.

Para: Sexychocokrispis

Mañana estoy libre. Por cierto ¿Podrías enviarme mi licencia de conducir? Como Luna Rodríguez, por favor.

De: Sexychocokrispis

Claro, te la enviaré con don Francisco.

Para: Sexychocokripis.

¡No!

Al menos en ese sí puso atención y me la envió con Pepe, más tarde, hasta el apartamento de Gabriel después que el hombre araña me confirmara que sí tendría que tomar un avión mañana temprano. Si no conseguía la licencia de conducir, de todas formas, le pediría a Luisa alguna manera no tan legal o a Fede, por último. Igual le llamé a Luisa por la tarde, mientras el hombre araña conversaba con Pepe. Más que todo para cerciorarme sobre qué es lo que podía decir y que no, ya que pasaría un día entero con mis papás y su respuesta fue:

—No se te ocurra soltar nada. Estoy... buscando la forma. No se escucha bien un «Oigan papás, estoy embarazada de un nada serio». Eso suena ridículo.

—¿Y ya se lo dijiste a Fede?

—¡Por supuesto! Fue así nada más «Oye, estoy embarazada» Porque si fue un shock para mí también lo iba a ser para él ¿Por qué prepararía algo especial?

—¡No! Que si ya le dijiste que aún con bebé y todo sigue siendo un «nada serio».

—¡Ah! Eso ya lo sabe.

Presiento que Fede está buscando hasta la iglesia donde van a casarse. Eso es seguro.

—¿Y cómo vas a decirle... ya sabes... lo de nuestros papás, apellido, que ni siquiera somos ciudadanas de este país?

—No lo sé, eso está más difícil ¿Tú ya se lo dijiste a Gabriel?

—No.

Entonces las dos guardamos silencio, pero bueno, Luisa y Fede son el menor de mis problemas cuando caigo en cuenta que tengo un video que grabar, que pronto va a salir a la luz y yo tengo que hablar primero con Gabriel. Al día siguiente, camino al aeropuerto, el hombre araña me pregunta qué planes tengo y yo soy sincera:

—Creo que iré a casa de mis papás.

Él me contesta que salude a mi familia de su parte y yo se los digo a través de un mensaje en el grupo de Whatsapp y *sexychocokrispis* es el primero en contestarle con una fotografía del muñeco vudú con dos clavos más en la cabeza. Además, le agrega:

«Esos son por la foto del fin de semana»

Después camino a la radio escucho las notificaciones de ellos dos intercambiándose

textos en el grupo de Whatsapp. Los reviso hasta que estoy en mi oficina y estoy sentándome en mi escritorio cuando veo un mensaje de Gabriel que dice:

De: Gabriel

Ya te extraño, Lu ♥

Y yo le contesto lo mismo. No puedo siquiera disfrutar este momento porque de inmediato me aparece un mensaje de papá que va así:

De: CandenteNutella

Estoy afuera.

¡No! ¡Nooo!

Tomo mis cosas y a toda prisa salgo de las instalaciones de la radio por la puerta de atrás moviéndome hasta el parqueo, pero nada... no hay nada. Busco también la camioneta de mala muerte en cada lugar del parking y no hay nada tampoco. De pronto veo a don Francisco saliendo por la puerta principal con mi jefa ¡Mi jefa! Y él está vestido como siempre... no como siempre siendo François, me refiero a como siempre se viste cuando es «un granjero». Ahora hasta le ha añadido una pajita en la boca a su *outfit* y él al verme, levanta la mano en forma de saludo y mi jefa, Mónica, hace lo mismo.

Madre mía ¿Qué hice para merecer esto?

Tengo que acercarme y él se está despidiendo de mi jefa cuando esta me dice:

—No te preocupes, Luna. Tu padre me habló sobre la crisis en el rancho y está bien si hoy te ausentas. No te preocupes.

¿Crisis en el rancho? ¿Qué crisis? ¿Y qué rancho? Claro, aparte del imaginario, pero creí que eso había quedado así, como «imaginario».

—¿Estamos teniendo una crisis... en el rancho? —Le digo con sarcasmo cuando Mónica se está alejando. Él me mira y suelta una carcajada mirando a mis espaldas. Me volteo para ver qué es eso que le está causando tanta gracia y cuando veo la camioneta de mala muerte, conducida por nada más y nada menos que Max, me dan ganas de salir corriendo. Aparca y me mira esbozando una gran sonrisa. —¿Es en serio, Max? ¿En serio?

—Hola, amor. —Me dice y hasta el acento del norte se aprendió. Él lleva otro traje como el de François, pero en distinto color y con la diferencia de que Max lleva las mangas arrizadas y se le logran ver los tatuajes. También lleva sombrero y gafas de sol. Pero no es todo, cuando se baja logro ver unas botas de hule... y una de ellas cortada... con un machete. —¿Qué? —Me dice, viéndose los zapatos también. —Son unas *Vuitton*.

—Cortadas.

—Sí, casi pierdo un pie cortando el césped en la granja.

Por Dios.

No voy a decir nada, entre más rápido se acabe esto, mejor.

Sexychocokrispis rodea el vehículo de mala muerte, le da una patada, tira del alambre que hace como manecilla y después abre la puerta indicándome que pase cuando replico:

—Es de una cabina.

—¿Todavía pides gusto? —Escucho a «don Francisco» detrás. Los dos se contienen una risa cuando dos compañeros de trabajo pasan cerca y me saludan. No miran a mis padres, miran a la camioneta. Y no es como que estos dos hombres sucios a mi lado no llamen la atención, pero es que la camioneta parece sacada de un basurero y eso ya lo había dicho. —Vamos, sube.

Tal vez sí tengo un trauma como dice Melissa, pero no por no tener padre; sino por tener específicamente a estos dos.

Me subo, porque Mónica está de nuevo saliendo del edificio. Max se sube del lado del piloto y François del otro lado quedando yo apretujada entre medio de los dos.

—¿Te imaginas cuando invitemos a Gabriel? ¿Cómo vamos a alcanzar aquí?

—No hay problema, yo puedo sentarme en sus piernas.

Eso provoca un grito de horror en sincronía de parte de los dos y un «Tal vez no tiene piernas de aquí a que eso pase. Solo digo» de Max. Lo peor de todo es que yo sí los creo capaz de eso. No de dejar sin piernas a Gabriel, sino de invitarlo a un paseo en esta cosa de mala muerte.

—¿Cuándo conozcas a Gabriel en persona puedes no hacer ese tipo de comentario, Max, por favor?

—¿Lo de quedarse sin piernas?

—¡No! Lo de invitarlo a pasear en esta cosa.

—Okey. —Responde François por él. —Eso no, pero lo de decirle que se puede quedar sin piernas, sí. Anotado.

Este es otro de los viajes más largos de mi vida. Nos toma solo veinte minutos llegar a la zona donde se encuentra el helicóptero de Fran, pero hasta era mejor que me secuestraran. Me estoy muriendo de calor y tengo que comenzar a soplarme con un brochure de la página porno de Elías que andaba en mi bolso.

—¿Quieres suscribirte? —Le digo al chocounicornio cuando este se me queda viendo en el momento me estoy bajando de la camioneta. Él me sostiene la puerta, François está hablando con uno de los hombres que le entregan las llaves y agrego: —Es un emprendimiento de Elías, el hermanito de Gabriel.

—¿Ya se acabó la era donde los niños vendían galletas para recoger dinero?

—¡Luna! —Escucho a François hablarme. Cuando me dirijo hacia él veo que tintinea una llave y después me dice que la agarre. No, yo no tengo esos reflejos y más bien me cubro la cara, aunque estas me pegan en una pierna. —Tú conduces.

—¿Qué? ¿Quieres que muramos? Estoy iniciando una relación con alguien que me gusta de verdad, no es un buen momento para morir.

—Bueno, ahora tienes motivos para que nos mantengas en el aire con vida. —De nuevo Max recogiendo la llave y dejándomela en las manos. —Si nos estrellamos vagaremos como alma en pena. Tú por una historia de amor sin finalizar y yo por esta ropa, esto si no te lo perdono.

—Yo no les dije que se vistieran de esa forma.

—La próxima vez llegaré con mi traje Hugo Boss. —Comienza François, poniéndose las gafas y los audífonos. Sí que habla en serio porque se sube del lado del copiloto y Max está tomando un lugar de atrás. Me entregan el equipo a mí y yo comienzo cubriéndome los ojos. —Sacaré mi camaro ZL1 y llegaré a la radio buscando a mi hija indigente.

—Ah, por Dios. Olvídenlo.

—Vamos, sube. —Habla François. Lo hago, a regañadientes. Me pongo el equipo y después lo escucho hablarme: —Ya has hecho esto antes. Casi toda tu vida. Solo tienes que evitar estrellarnos en la primera montaña que mires, es fácil. Tú puedes.

—Si no morimos ¿Qué hacemos hoy? —Habla Max. —Tenemos que celebrarlo. Sería como una segunda oportunidad para vivir.

—Saldremos de fiesta con Luna y Gabriel.

De inmediato, antes de arrancar este aparato, le contesto:

—Por supuesto que no.

Capítulo 52

Gabriel

Nunca veinticuatro horas se me habían hecho eternas.

Más bien, veinticuatro horas lejos de Lu.

Así que cuando le pregunto qué me ha hecho, hablo en serio. Aunque ella se ría y después bromee con que el jabón «Ven a mí» funcionó. Le digo entonces que voy a necesitar un poco, pero agrega que a mí no me hace falta para tener a alguien a mis pies. Me río al escucharla y después, solo al atravesar la puerta ella está ahí. Cuelga la llamada, esboza una sonrisa radiante y camina hacia mí a paso rápido, dejo la maleta a un lado para cargar a Lu cuando ella me abraza y a horcajadas rodea mi cintura con sus piernas. Su recibimiento tan energético hace que dé un paso hacia atrás y entre risas une sus labios con los míos. Y solo ha pasado poco más de un día, como mencioné; pero este beso se siente como una eternidad. Y tal cual como si de alguna forma estuviéramos conectados, cuando se separa de mi boca dice exactamente lo mismo:

—Santo escarabajo, se siente como si ha pasado una eternidad. —Y le respondo con una risa agregándole que casualmente estaba pensando lo mismo. Cuando sus pies tocan el suelo y tomo mi maleta otra vez, sigo mi camino tomado de la mano de Lu y me habla: —Por cierto, tengo algo para ti.

—¿Qué cosa? —Se detiene provocando que yo haga lo mismo y saca algo de su bolso. Se lo lleva a la espalda y se ubica frente a mí. Frunzo el entrecejo cuando me entrega una cajita y me pide que lo abra. Cuando veo lo que hay en el interior no puedo evitar que una sonrisa se me dibuje en el rostro y contesto: —¿Unos gemelos para mi traje con forma de medialuna?

—No podía faltarte un accesorio con una media luna.

—¿Esta es una forma sutil de marcar territorio?

—Yo no necesito marcar territorio, mi amor. —Me rio con su respuesta y saco los dos gemelos que ella me ayuda a poner. Miro la marca y después de comentarle que no es necesario que gaste su dinero comprando estas cosas, casi me da un micro infarto cuando la escucho decir: —Es un regalo de mis padres, quieren conocerte; digo, en persona... este próximo fin de semana.

—¿Es en serio? Carajo, déjame hacer una última cosa antes que me maten ¿Okey? —Escucho la risa de Luna cuando tomo mi teléfono celular para tomarle una fotografía a mi muñeca izquierda, al gemelo específicamente. La publico en el grupo «*Granja La Confitería»* y yo iba a dejar un mensaje decente, aclaro, algo más sutil como un «ahora Luna tendrá más prendas que quitarme», pero entonces Lu tomó mi teléfono, editó el texto y escribió:

«Muchas gracias. Ahora Luna se demorará más tiempo quitándome la ropa».

Definitivamente, van a matarme antes del fin de semana.

Mejor sigo mi camino.

—No tengo dudas que hoy sí sumergen el muñeco vudú en ácido. —Le digo cuando tengo la primera respuesta y es de *Sexychocokrispis* con un meme de un hámster asustado. El segundo es un texto mencionando un «CandenteNutella» diciendo «¡Trae agua hirviendo!». —Si es que sobrevivo para el fin de semana ¿qué les gusta a tus padres?

—El alcohol.

—¡Ah! Debí imaginármelo.

—Por cierto. —Me habla, cuando ya estamos saliendo del aeropuerto y me detiene otra

vez: —Hay algo que tengo que decirte antes, prométeme que no saldrás corriendo.

—¿Chocaste mi auto?

—No —dice entre risas.

—¿Quemaste mi casa?

—Tampoco.

—No tenemos más gatos, ¿verdad?

—¡No! —Luna suelta una carcajada de nuevo y agrega: —¿Sí podemos tener más gatos?

—No.

—Es otra cosa, pero... será hasta esta noche.

Mi celular comienza a timbrar y cuando miro la pantalla me doy cuenta de que es mi madre. Hace rato me había preguntado si iría a almorzar a su casa y yo no le había contestado. No porque no quisiera, sino porque me estaba subiendo al avión. Ahora también le ha enviado un mensaje a Luna y ella me pregunta si almorzaremos con mi mamá. Le digo que sí, porque igual va a convencerme.

Cuando contesto la llamada de Caterine le digo que vamos en camino.

Me alegra que no haya nadie indeseable en la casa de mi mamá, excepto cuando Catalina se aparece con Javier. Él entra sonriente, pero al verme toma un porte más serio y después de saludar a Caterine se acerca a estrecharme la mano a mí. Mi madre nunca ha tenido problema con ninguno de los novios de dos semanas de Cata y Javier no es la excepción, así que lo llena de atenciones cuando éste se sienta en la mesa justo frente a nosotros. Me pregunta cómo me fue e intercambiamos un par de oraciones hasta que hay un silencio incómodo y entonces hace plática con Lu.

Un punto a favor de Javier es que Catalina se ha hecho más responsable... al menos.

—Gabriel. —Escucho a mi lado. Roberto, por supuesto. Después de todo, Javier era el que menos podía molestar aquí. Me vuelvo a él y me doy cuenta de que está viendo a todos lados y en un susurro, dice: —¿Podemos hablar un momento? Solo tengo una consulta pequeña, antes que Catalina aparezca queriéndome sacar también de la casa de mi mamá.

—No tengo mucho tiempo, Roberto. —Se pone de pie, le digo que esta es mi hora de almuerzo y él me indica la puerta del comedor con salida al patio. Madre mía. Lo hago porque entre más rápido acabe esto, mejor. Le digo a Luna que ya regreso a lo que ella me contesta que no hay ningún problema hasta que mira a la persona con la que tendré la conversación y me murmura un «mándalo a la mierda» me río en silencio y le digo que sí antes de irme al lugar él ya me está esperando. —En serio, no tengo mucho tiempo.

—Es una consulta rápida, no te preocupes. —Se asegura que no haya nadie del otro lado y cierra la puerta. —Escúchame bien, yo no tengo la culpa ¿Va? Yo no lo sabía. —Okey, mal vamos. —Digamos que estuve con alguien que resultó ser menor de edad, pero te juro Gabriel que yo no lo sabía, ella misma me dijo que tenía dieciocho.

—Oh por Dios.

—No puede demandarme, ¿verdad? Porque ahora me está chantajeando, me está pidiendo dinero a cambio de no decir nada, de no hablar en la universidad o de no decirle nada a Cristal. No me importa que le diga a Cristal, pero ¿mi trabajo? Puedo perder mi trabajo por eso. Es de nuevo ingreso, nunca me fijé en su fecha de nacimiento ¿Quién entra a la universidad con dieciséis?

—¿Tiene dieciséis y es tu alumna? Estás jodido.

—¿Jodido? No es mi culpa que ella me haya mentido. —Vuelve a asomarse por la puerta

y mirar hacia donde están todos. Continúa susurrando. —Sí vas a ayudarme, ¿verdad?

—Roberto, creo que sabes que no me dedico a eso.

—Pero conoces a alguien, ¿no?

—Pues aquí hay abogados que podrían...

—¿Gratis? Sería como una ayuda nada más. —A veces me da la impresión de que tal vez tanto cinismo que sale de su boca solo es mi imaginación, pero no porque continúa: —Como hombres tenemos que detener a esas niñitas que siempre intentan sacar ventaja de nosotros, hay que ponerles un alto ¡Ya basta!

—Eso es imposible. Ni en el despacho donde trabajo, ni en ningún otro será gratis.

—¿Y qué hay de los casos de responsabilidad social que tienen los despachos?

—Oye ¿Qué tu mejor amigo no es abogado? ¿Por qué no vas y le pides ayuda a él?

—Sí, pero él le dirá a Cristal y eso es lo que quiero evitar. No la quiero metiendo las narices donde no debe, ella le contará hasta a mamá y también la quiero fuera de esto. Ayúdame, por favor. O al menos a buscar a alguien que pueda...

—¿Gratis?

—Sí...

Y me río con sarcasmo, por suerte mi madre abre la puerta y Roberto se calla de pronto, aunque yo mantengo la risa burlesca en la cara. Mamá nos mira a los dos y yo me encojo de hombros pasando a la par de ella mientras Roberto le dice unas palabras que no logro escuchar. Luna me mira sentarme a su lado, pone su mano en mi pierna y yo entrelazo sus dedos con los míos. Aunque no pregunta nada en el momento, le cuento después cuando vamos camino a su trabajo por la cantidad de mensajes de texto de Roberto que me están llegando al celular.

—¿Dieciséis? —Repite, casi con la misma expresión que lo hice yo cuando Roberto me lo estaba contando. —¿Tiene dieciséis y además es su alumna? ¿Qué tiene Roberto en la cabeza? ¿Eso no sería pedofilia?

—Y te apuesto que esta no es la primera vez que tiene un rollo con una de sus alumnas más jóvenes.

—¿Y quiere ayuda legal gratis?

—Así parece. —La risa de Luna me contagia y cuando nos detenemos en un semáforo, le digo: —Voy a confesar que cuando te conocí me incomodaba que fueras ocho años más joven. No puedo entender como Roberto puede estar con alguien a quién le dobla la edad.

—Espera... ¿Qué? —Tal vez no debí mencionar eso. Ahora sí me está viendo, aunque yo solo hago contacto visual con ella un momento y vuelvo a concentrarme en el semáforo en frente. —¿Es en serio? Todavía no conoces a mi tío Omer y su novia Pamela.

Para no entrar en un debate, continúo:

—Y ese es el motivo por el que Juan me hace bromas con la vejez.

Entonces se carcajea otra vez, las risas de Lu son de esas capaces de reiniciarte la vida y darte mil años de vida más. Pongo en marcha el vehículo y una vez que llegamos al edificio de la radio busco donde aparcar. Me mira cuando detengo el coche y todavía con un gesto de diversión agrega:

—Tú no te preocupes, eh. —Se quita el cinturón y se acerca a mí. —Que para eso existe la pastilla azul en caso de que llegues a la vejez antes.

—Tienes razón. No podía dormir en paz buscando la solución para cuando deje de funcionarme.

Una risita más y antes de bajarse, me da un beso en los labios.

—Te amo.

—Yo a ti, amor. Cualquier cosa me escribes.

—Y no hagas planes hoy. —La escucho cuando se baja del vehículo y antes de cerrar la puerta, agrega: —Tengo lencería nueva que quiero mostrarte.

—¡Uh! Ya me convenciste.

Me dedica un adiós con la mano y yo toco el claxon cuando arranco. Solo veo su figura a través del espejo retrovisor desaparecerse cuando se va a la radio. En el camino recibo otro mensaje más de Roberto y ahora mismo, entrando al edificio del lugar donde trabajo, tengo uno de Cristal. No le presto atención a ninguno de ellos dos, por supuesto.

Cuando las puertas se abren en mi piso me sorprende que Catalina ya está ahí. Como dije, ahora se ha hecho un poco más responsable, puntos para Javier. Paso directo a mi despacho y estoy tomando mi lugar cuando tengo otro mensaje de texto de mi hermano, más preguntas sobre lo que me comentó. Me doy cuenta de que tengo quince mensajes sin leer suyos.

Voy a considerar seriamente cambiar de número.

De: Roberto

Pero de todas formas no hay manera que sepan que es verdad ¿no? No puede denunciarme... digo, si me niego...

Para: Roberto

Mensajes de texto, llamadas, fotografías...

De: Roberto

No hay fotografías.

Para: Roberto

¿Estás seguro?

No contesta.

Aparece que está escribiendo, pero deja de hacerlo. Después parece que se desconecta. Qué suerte.

Dejo el chat con Roberto a un lado y veo la fotografía de perfil de Lu, somos ella y yo, una foto de hace un momento cuando todavía estábamos en casa de mi mamá. También la imagen está en sus estados, junto a otras que se había tomado ayer. Me contó que había salido y como no tenía con quién, fue con Pepe y su papá; pero no es todo, mi auto andaba con ellos. Yo le envié un mensaje y fue sexychocokrispis quién me respondió desde el grupo «Granja La Confitería» con una foto del muñeco vudú sobre el capó de mi propio auto y el texto: «No te preocupes, no íbamos a salir sin ti».

—Gabriel. —Escucho a mi hermana entrar a la oficina, pero ni siquiera alcanza a decirme lo que traía en mente, porque Cristal entra enseguida y con ella está su amiga, Melissa. —¿Llamo a seguridad?

—Sí, llámala después que hable con Gabriel. —Le contesta la pelirroja. —Porque esto es algo que también va a interesarte a ti, eso es seguro; vas a darte cuenta de todas formas, pero primero tengo que decírselo a Gabriel.

—A mí no me interesa nada que pueda venir de ti. —Le dice Catalina con tono burlesco. Respira hondo, se vuelve a ella y agrega: —En cinco minutos llamo a seguridad y solo porque estoy de buenas.

Se va, golpeando en el hombro de Cristal y después el de Melissa, sacando a esta última y se quedan discutiendo en la puerta. Mi hermana se la lleva casi a empujones y Cristal deja un folder con papeles sobre mi escritorio.

—¿No tendrías que estar en tu luna de miel?

—Sí, pero tengo que trabajar. —Señala el folder que me entrega y agrega: —¿Sabes Gabriel? Me encanta cuando tengo la oportunidad de decir «te lo dije» Vamos, ábrelo.

—¿Qué es esto? Mientras no sea un caso en el que esté trabajando, no me interesa.

—Estoy segura de que esto sí. Es sobre tu novia, Luna es que se llama ¿no? Bueno pues, tal vez sí te interese ver eso. —Señala la carpeta de nuevo. —Estás preparado, ¿verdad? ¿No acabas de comer algo que vaya a provocarte una mala digestión? Qué bueno que estás sentado.

—¿Vas al grano de una buena vez? Porque yo sí tengo trabajo qué hacer.

Entonces abre el folder y miro la primera foto o eso es lo que parece, porque son como impresiones en papel. Sí parece ser Luna, lo que no entiendo es de donde sacó esto, ni qué lugar es, ni cómo está ahí.

—Te lo dije.

—Espera... ¿andas siguiendo a Luna para tomarle fotos?

—No, Melissa estaba en la tienda de en frente y pudo tomar estas fotos, pero eso es lo de menos ¿No lo ves? Solo esperaba que te fueras de viaje para hacer de las suyas. —Le agrega una risita cargada de sarcasmo y continúa: —Tal vez esto te ayude a abrir los ojos.

—¿Unas fotos de Luna en una tienda?

Entonces saca todas las fotos y las pone como abanico frente a mí. Señala una donde está un tipo rubio y alto junto a Lu y en una de ellas sí se le puede ver la cara más claro.

—Sabes quién es él, ¿no? Es Antoine Von Masow. Por un lado, heredero de la marca de autos de lujo y por el otro es hijo de Lucía Belrose. Básicamente el muchacho nada en billetes ¿Por qué no lo *googleas*? Qué conveniente ¿no? Tú trabajando para mantenerle el estilo de vida de niña rica que no puede sostener y ella aparece entrelazada de brazo con otro.

Entre las fotos que Cristal menciona está una de él poniéndole unas gafas a Lu, en otra están en carcajadas, de la que habla ella específicamente es sobre la que Luna sostiene una bolsa de la tienda y él lleva otras dos, es que al parecer Melissa no tiene nada más que hacer.

—Pues aquí no veo nada raro ¿Es todo? ¿Ya te vas?

—¿En serio no ves nada raro? ¿Ni siquiera porque le compró varias cosas en una tienda de esas donde solo unas gafas de sol cuestan más de cien dólares? —La última es una donde él pasa uno de sus brazos sobre los hombros de Lu. Ella lleva las gafas de sol que se había probado en la tienda y también son las que llevaba esta mañana. —Ah sí, por supuesto que él conduce un auto deportivo... que te aseguro cuesta tu salario de un año.

—Ok. —Digo, guardando todos los papeles de regreso en el folder. —¿Es todo lo que me ibas a decir?

—Sí y que abras los ojos de una buena vez. Te aseguro que cuando consiga algo seguro con ese chico a ti te mandará a la mierda. Tal vez deberías poner más atención con quienes se junta, mientras tú estabas trabajando ella andaba de fiesta con una modelito de reality shows que se coge a un director de Hollywood que le triplica la edad ¿Viste sus historias? El diablo las crea y ellas se juntan. Al menos Antoine Von Masow sí es de su edad. Solo digo.

—No sé qué es peor, que tú revises sus historias e investigues con quienes se junta o que Melissa la siga solo para ver con quién anda y tomarle fotos. Repito: ¿Es que ustedes dos no tienen nada que hacer?

—Cree lo que tú quieras, Gabriel. Ya cumplí mi parte con advertirte. A veces eres muy confiado.

—Lo dices por experiencia, ¿no?

No dice nada. Se hace un silencio después y solo tomo su folder para entregárselo, pero ella se va sin tomarlo siquiera. Antes de darse la vuelta lo único que la escucho decir es:

—Que tengas buen día.

La veo alejarse, irse hasta recepción, tomar a su amiga del brazo y retirarse con ella cuando Catalina se aparece con una persona de seguridad. Dejo el folio de regreso en mi escritorio y después tomo mi teléfono celular para marcar el teléfono de Lu. Contesta al primer tono y después de escuchar su voz, le digo:

—Lu, amor ¿Podemos hablar?

Capítulo 53

Luna

Hay personas que cometen errores y luego está Cristal, por ejemplo.

Y no me refiero a que dejó a un hombre como Gabriel por el pedazo de caca de Roberto, sino que ayer por la noche había intentado enviar una de mis historias a alguien y terminó por enviármela a mí con el texto: «¿Qué se puede esperar de estas personas con amistades como la de una chica que se coge a un director de Hollywood que le dobla la edad por dinero?» La historia era una que compartí con Pamela, la novia de mi tío Omer.

Sí sí, el tío Omer le dobla la edad, pero ninguno de ellos tiene la vida amargada como para andar criticando la de otros y se lo había dicho así, sin tapujos. Obviamente omití la parte de que es mi tío Omer, pero sí le agregué que la mamá de Pamela es dueña de casi medio Hollywood, así que, de acostarse con alguien por dinero, pues no. En fin, terminó por bloquearme.

Lo raro es que ahora miren mis historias cuentas recién creadas sin foto de perfil.

También tengo un mensaje de uno de esos perfiles y estoy leyéndolo en el momento que mi jefa interrumpe:

—Luna, no sé si te has dado cuenta de que las redes sociales de la radio han crecido gracias a ti. —Mónica me muestra su teléfono con el Instagram de la radio y agrega: —¿Y a que no adivinas qué pasó esta mañana?

—¿Qué pasó? —Tomo su celular para darle un vistazo al perfil. Desliza su dedo sobre la pantalla y me muestra un mensaje de Lisseth. Arrugo el entrecejo cuando leo el cinismo de esta en un texto que envió justo en la historia de Mónica donde se menciona que somos la radio más escuchada del país y va así:

De: Lisseth

Te robaste a mi locutora estrella, deberías sentir vergüenza compartir estas cosas ¿Triunfar hundiendo a los demás? Qué cara tienes, eh.

Leo el resto de la conversación, porque Mónica me lo permite.

De: Mónica

¿Robarte a tu locutora estrella? La despediste aun sabiendo que era lo único que mantenía a tu radio de cuarta de pie.

De: Lisseth

¿Radio de cuarta? ¿Cómo te atreves? Porque ahora tienes un programita trucho que, para iniciar fue mi idea, con un poquito más de oyentes, te sientes en el derecho de insultarme.

De: Mónica

¿Ahora también vas a decir que lo de este programa fue tu idea? Si creer eso te hace sentir mejor, adelante. Recuerda que fueron tus malas decisiones las que te llevaron al fracaso, yo solo tomé la oportunidad que tú dejaste ir.

Además, Mónica agregó:

Y al menos mi locutora no se acuesta con mi prometido. Solo digo.

Tal vez no debí contarle esto a Mónica, pero tenía que... digo, acabé en la cárcel y tuvo que buscar la forma de sustituirme a última hora. Pero, en fin, eso fue suficiente para que Lisseth la bloqueara y ahora el comentario que estoy leyendo en mi perfil tiene más sentido: «Mónica y

tú son tal para cual, par de traidoras de mierda». Okey, esa fue Lisseth, no la roja. Le devuelvo el teléfono justo en el momento que le escucho decir:

—¿Estás lista para nuestra sesión de fotos? Tenemos que actualizar nuestra página web. —Le digo que sí con una sonrisa cuando la escucho: —Y hacer enojar a Lisseth también ¿Salimos hoy?

—No puedo, tengo una cita con mi novio. Algo importante. —Entonces alguien llega con un paquete que dicen que es para mí. Cuando el chico se acerca y miro la caja, no dudo un segundo en abrirla cuando el chico ha salido de mi oficina y veo que es algo de François. Digo, ¿quién más firmaría como «don Francisco»? Dentro hay una botella de vino de D.R.C Romanée-Conti, pero no es todo, hay una foto de un grupo de personas vestidos de granjeros dentro de un marco dorado.

Por supuesto que son todos ellos, al lado de Max está Pepe y al lado de François el tío Omer, en medio está mi tía Luci y pegaron la cara de la tía Elena con Photoshop. Aunque la fotografía está tomada de lejos, yo sí logro reconocerlos a todos a la perfección, hasta a Pamela, la novia de mi edad del tío Omer, a quién apenas había conocido ayer y su primera interacción conmigo fue:

—¿Tienes dos papás? Yo no tengo ni uno. Qué injusto.

Volviendo al tema, a la foto en una granja porcina, también le han agregado una nota:

«Vendimos un par de cerdos para comprarte esta botella de vino, amor.
Pd: La tía Elena se fue a otra granja, pero hicimos lo que pudimos.
Att: Don Francisco»

—¿Esa es tu familia? Que lindos. —Escucho a Mónica hablar. Toma la foto, la pone sobre mi escritorio y yo aprovecho para dejar la tapa de la caja sobre el vino. —Parecen personas tranquilas y sencillas. Me agradan.

—Bueno... —A ver... tranquilos no son... ¿sencillos? Pues... tampoco.

—También está tu papá. —Se va en dirección a la puerta, antes de salir, se vuelve a mí solo para mencionar: —¿Sabes? Por algún motivo siento como si la cara de tu papá me es familiar. Tal vez me lo he encontrado en algún otro lugar antes.

—Sí... sí ¿Has tomado transporte público antes? Lo más seguro es que tal vez fue ahí. O… no sé ¿Has ido al mercado alguna vez? A don Francisco le encanta ir al mercado en transporte público.

François... ¿en transporte público? ¿en el mercado? ¡Ja!

—Tienes razón. Antes solía ir mucho al mercado. —Abre la puerta y antes de despedirse, la escucho: —Saludas a tu papá de mi parte. Te espero para lo de las fotos.

—Claro.

Justo en el momento que la puerta se cierra a sus espaldas, yo abro la caja de nuevo y miro el vino otra vez. Tomo mi celular y les dejo un texto en el grupo «Padres granjeros que me abandonaron» junto a una foto junto a su «regalo».

«¿Cuánto les costó esta botella?»

Tengo primero la respuesta de François:

CandenteNutella: Poco.

Casi de inmediato está la de Max:

Sexychocokrispis: Casi nada.

Otra vez François:

CandenteNutella: Estaba en oferta.

Otra vez Max:

Sexychocokrispis: Nos dieron descuento.

Tal vez no debí contarles que les robé una botella de vino *Sassicaia.* Porque sí, lo había hecho, se los había confesado así sin más, cuando salimos la noche anterior porque ellos se autoinvitaron cuando le estaba contando a Pamela que no tengo amigos por culpa de ellos dos, entonces Fran respondió:

—No te puedes quejar, si no tenías con quién salir siempre íbamos contigo. Si querías emborracharte era mejor que lo hicieras con uno de nosotros y no con cualquier extraño ¿No crees? Hasta resultamos ser mejores amigos que Ana.

—¿Quién es Ana?

Y Max contestó la pregunta de Pamela:

—Una amiga de Luna que se acostó con su ex que parecía sacado de un refugio de animales de la calle en rehabilitación.

Me doy cuenta de que Gabriel sí les ha caído bien.

Pero, en fin, ya me desvié, a lo que iba es que le había dicho a Sexychocokrispis y a CandenteNutella que me robé una botella de vino *Sassicaia* de su despacho porque iba decidida a contarle todo a Gabriel, pero no pude porque en su lugar pasaron otro tipo de cosas, entonces ahora necesitaré otra botella de vino más para contarle lo del video de Max para que no se acuerde al día siguiente y una vez que lo mire yo decirle «pero sí te lo conté». Nada de eso último les importó, lo sé porque ambos exclamaron al unísono:

—¿Qué otro tipo de cosas, Luna?

—No quieren saber.

Entonces, por ese motivo es que ahora tengo esta botella frente a mí; aunque no es la que yo había pedido y ahora estoy pensando cómo voy a llegar a casa de Gabriel con esta botella de vino en manos y decirle «Oye, tengo otro regalo de parte de mis papás para ti». Suficiente había sido con los gemelos para su traje y esto que no había mencionado que son parte de la nueva colección de Belrose ¿Cómo iba a decirle que él es el primero en usarlos?

—Luna... —Escucho a Mónica llamarme desde la puerta. Da dos golpecitos y después asoma la cabeza. Le digo que salgo en un momento y me retoco el lápiz labial. Cuando me pongo de pie, tengo una llamada del hombre araña.

Gabriel también había cambiado su foto de perfil esta mañana. La había visto hace rato, en ella estamos él, el gato y yo. Sí me había reído y cuando le pregunté, contestó que le gustaba como me miraba yo en la foto. Cuando descuelgo, le digo al mismo tiempo a Mónica que estoy lista y después de saludar a Gabriel lo escucho decir:

—Lu, amor ¿Podemos hablar?

Me detengo en la puerta y comienzo a hacer memoria sobre qué cosas implican un «podemos hablar» de parte de Gabriel. Gabriel nunca dice «podemos hablar». Es de dominio público que esas palabras solo acarrean malas noticias. Ah caray ¿Ya se enteraría sobre mí? ¿Sobres mis papás? ¿Sobre mi familia? Nah, mis padres siempre han dicho que eso no es posible si siempre uso el Rodríguez; pero tampoco imposible... creo. A ver ... a juzgar por su tono, suave y tranquilo, tal vez no es nada. Sí, no es nada. Que no cunda el pánico.

—¿Lu?

—Perdón, es que voy camino a una sesión de fotos para la radio. —Y eso es verdad. —Claro que sí ¿Quieres que hablemos ahora mismo?

—No, cuando salgas, no te preocupes. Te estaré esperando en el parqueo ¿Okey? Hoy

saldré un poco más temprano.

—Está bien.

—¿Y puedo tener una de esas fotos que van a tomarte?

—Todas si quieres, mi amor.

La risa de Gabriel me reconforta, en cierta manera. Digo, todavía me intento convencer de que no es nada malo porque no es urgente. Aunque también lo que es bastante malo no se puede hablar por teléfono ¿Verdad? Ah, caray. Termino con la sesión de fotos y después cuando se llega mi hora de salida, salgo corriendo de mi oficina con la caja de François en manos buscando a Gabriel en el parqueo, como me dijo; y sí, ahí está esperándome.

No habla por teléfono, ni está concentrado en su celular, o su computadora. Sus caderas están recostadas sobre el capó de su auto inspeccionando el parking, primero mira para un lado y después para el otro con esa seriedad distintiva de él hasta que me mira y esboza una sonrisa. Abre sus brazos cuando me estoy acercando y después de dejar la caja sobre el capó me abalanzo hacia él correspondiéndome con la misma energía, más un beso y una risita.

—Bueno ¿Qué es eso que tienes por decirme? —Me dice que no va a contarme en el parqueo. Veo su interés en la caja que dejé sobre el capó del su vehículo y no hay forma que la abra porque ahí está la foto de mis papás y él ya se conoce cara a cara con François. Así que la tomo en mis manos y bromeo: —No me digas que te vas a vivir a otro continente.

Me abre la puerta de su auto y con una sonrisa en el rostro, me dice:

—¿Si me voy a otro continente tú vendrías conmigo?

—Sí ¿Por qué no? —Espero a que suba de su lado, para yo preguntarle a él y que conste que esta pregunta sí puede ir en serio: —¿Y si yo me voy a otro continente, tú vendrías conmigo?

—Sí, tengo contactos casi por todo el mundo. Sobreviviremos.

Suelto una risita y ahora sí me pregunta por la caja, le digo que es otro regalo de mis padres pero que todavía no puede ver. Observo que todavía tiene puestos los gemelos y agrega que el día que conozca a mis papás tendrá una deuda que no podrá pagar ni con todo el licor del mundo. El ánimo de Gabriel es el mismo, sus respuestas son igual de sarcásticas y sus besos continúan tremendamente sensuales y exquisitos. Lo único distinto es que su celular está en modo avión, es solo hasta que llegamos a su casa que lo conecta un momento para hacer un par de llamadas hasta que yo, después de quitarme la chaqueta y los zapatos, me siento a horcajadas sobre él y comienzo a besarle el cuello.

—¡Luna!—Me dice en un susurro. Yo continúo en lo mío y él vuelve a repetir mi nombre con tono de reproche, pero diversión al mismo tiempo. Siento que se comienza a endurecer su entrepierna justo debajo de mí y me muevo para rozar solo un poco haciéndolo soltar un suspiro. —Lu... en serio.

Se ríe sí, así que no sé si en realidad habla en serio.

—¿Qué es eso que ibas a decirme? —Hablo en el mismo tono que él. Está en espera por lo que logro escuchar. Me dice que, definitivamente, no podremos hablar si lo estoy haciendo perder la cordura. Cuando alguien contesta al otro lado de la línea, me rozo un poco más contra él mordiéndole el lóbulo de la oreja hasta que él aprieta los ojos y mantiene contenida una risa con los labios en línea recta.

Se despide, cuelga la llamada y entonces me toma a mí por la cintura girándome hasta dejar mi espalda sobre el sillón y él sobre mí. Hace lo mismo, me besa la boca, la barbilla, el cuello, me pasa la mano sobre la pierna que ya envolví en su cintura y siento el bulto que sobresale de su pantalón. Le quito el saco y después cuando intento quitarle los gemelos, me doy

cuenta de que no puedo. Él se detiene y también intenta ayudar, pero tampoco es posible. Ah, caramba.

—Bah, ahora entiendo por qué es un regalo de tus padres. —Lo escucho decir. Me rio yo y él lo hace seguido de mí. Se endereza y se sienta en el sofá hasta que finalmente logra quitarse un gemelo y después yo le ayudo con el otro. —Esto merece una reseña de una estrella o menos.

—Definitivamente.

Se pone de pie, pone uno de los gemelos sobre la mesita en frente y luego se queda viendo el segundo para después volverse a mí. Me estoy volviendo a hacer el lazo del tirante de mi vestido cuando lo escucho hablarme:

—Me estoy dando cuenta que tiene cristales incrustados en la media luna. —Le digo que sí. Se queda un momento viéndolos, pero no pregunta más. Se sienta a mi lado cuando le vuelvo a preguntar qué es eso de lo que quería hablarme. Abre su maletín y agrega: —No quiero que pienses que yo tengo algo que ver con esto ¿Okey?

—¿Mataste a alguien?

—No... todavía. —Contesta risueño. Saca un folder. Mueve unos papeles ahí. Me los entrega y continúa: —Según Cristal, Melissa estaba «cerca» —Incluso hace comillas con las manos— de donde estabas tú y tomó esas fotos. Llegó a mi oficina a mostrármelas como una «prueba».

Okey, mal vamos. Quiero ver las fotos y al mismo tiempo no. Maldita Cristal... y Melissa. Abro el folder y la primera imagen es de la tienda donde estuve ayer con Antoine, la siguiente imagen es una donde estamos entrando a la tienda con los brazos entrelazados y en la próxima estamos a carcajadas mientras su brazo está posando en mi hombro cuando me mido unas gafas de sol.

—¡Puf! Es Antoine.

—Sí, sé quién es Antoine. Además, lo busqué en Google. —Eso último lo dice tan rápido y cambia de tema diciéndome que lo más probable es que Cristal ya le dijo a Caterine y a toda su familia también. —Cristal asegura que me engañas con él y que vas a dejarme.

Y yo me rio.

—Antoine es... crecimos juntos. —Entonces caigo en cuenta que no hay forma de decir que es mi primo sin sacar la conclusión de quiénes son mis papás. Digo, Fran es el único hermano de mi tía Luci. Cierro la carpeta y me vuelvo a Gabriel: —¿Y qué piensas tú de todo esto?

—Que si vas a irte con alguien más al menos déjame ser tu amante.

Y yo suelto una carcajada, una que acompaña a la risita de Gabriel. No pregunta más y me veo en la necesidad de aclarar esto, pero no hay forma de aclarar esto sin decir quién es Antoine y quién es mi padre.

—¿Así que lo conoces de toda la vida?

—Es mi primo.

Okey, ya está, hoy tal vez duerma en la calle. Cierro los ojos un momento y los vuelvo a abrir solo para encontrarme con la mirada de Gabriel clavada en la mía. Él entonces suelta una risita sarcástica y me dice:

—¿Me vas a decir que tú eres hija de François Belrose?

—Pues sí.

Y se vuelve a reír, pero yo sí estoy seria esta vez. Las risas se le disipan al verme el gesto. Me pregunta si estoy bromeando, si hay una cámara oculta o algo así y le digo que no. Por un

momento guardamos silencio viéndonos a los ojos. Me quito el reloj y se lo doy, en la parte de atrás hay una nota gravada en el material que dice «Para mi Luna. Max&François».

—Y ellos son los que quieren conocerte.

Me mira y lo lee. Se pone de pie, camina de un lado a otro y toma su teléfono celular. Escribe algo, se detiene y me mira otra vez. Se pasa las manos por la cara y pregunta:

—¿Entonces tu apellido no es Rodríguez?

—No. Bueno, no directamente. Mi difunta abuela, no la abuela Margarita, mi otra abuela, la que se llamaba Angelita, ella era Rodríguez y acordó que ese apellido lo usarían para pasar desapercibidos en hoteles y cualquier otro lugar, principalmente por Max. La idea le gustó a la abuela Margarita y a François, así que hasta mi tía Lucía también usaba el Rodríguez para... Es... es una larga historia.

Y lo estoy confundiendo, mejor no sigo. En mi defensa, esta es la primera vez que tengo que contar algo así, para mí era algo normal que hacían las personas en el círculo social de mis papás, hasta que comencé a salir a la realidad y me gustó más como se sentía el Rodríguez.

—Espera... todo este tiempo... ¿La abuela Margarita de la que me hablabas todo el tiempo es Margarita Belrose? ¿La fundadora de Belrose? ¿La mujer que construyó un imperio tomándose las portadas de Forbes?

Y yo asiento. Ahora se lleva las manos a la cabeza despejándose el pelo de la frente, todavía tiene mi reloj en una mano y su teléfono celular en la otra. Logro ver qué ha escrito Max y François en Google. Se sienta de nuevo junto a mí con la cabeza hacia atrás. Se tapa la cara con ambas manos y pregunta sin verme:

—¿Quién es quién?

Creo que sé a qué se refiere sin siquiera pedirle que me aclare:

—Max es Sexychocokrispis y François es CandenteNutella.

Entonces suelta un bufido o eso es lo que parece. También le añado que el de los muñecos vudú es Max y el que diseñó los gemelos fue François. Aprovecho para agregarle que estaré en un video de Max y que en cualquier momento saldrá el teaser. No me está viendo a mí, mira al frente. Su teléfono suena y cuando contesta recompone el tono de su voz para escucharse profesional, aunque se le quiebren las palabras en el intento. Se pone de pie y se queda frente a la ventana. A ver, a ver... tal vez esta no era la forma, ni el momento.

Cuando termina la llamada no se vuelve a mí, solo lo escucho:

—Conocí a François Belrose hace poco ¿Tú lo sabías?

—Sí.

—¿Él sabía que tú y yo...?

—Sí.

Silencio.

—¿De dónde eres?

—Francia.

Más silencio.

Ahora sí me mira. Vuelve a sentarse a mi lado y deja el reloj de regreso en mi muñeca. No habla, no pregunta nada, hasta me da miedo de que no respire. Después de un rato, lo único que me pregunta es:

—¿Al menos sí tienes veintidós años?

—Sí.

Miro como sus hombros bajan en un suspiro de... ¿alivio? Se pone de pie con su teléfono

en manos y comienza a teclear ¿Ahora qué debo hacer? ¿Qué se hace después de algo como esto? Es también la primera vez que se lo he contado alguien y se lo digo a Gabriel, aunque no me contesta. Me pongo de pie cuando veo a Pantuflas llegar donde estamos nosotros y se acaricia en los pies de Gabriel para, posteriormente, caminar hacia mí cuando lo llamo. Lo recojo del suelo y le pregunto a Gabriel:

—¿Quieres que me vaya?

—No, Lu. Por supuesto que no.

Capítulo 54

Gabriel

He escuchado que hay ocasiones en las que es mejor no preguntar nada.

Y quién sea que dijo eso, tiene razón.

Definitivamente, era mejor haberme quedado con la duda, inventarme teorías con esas fotos que me entregó Cristal o solo hubiera esperado a que Luna «me dejara», aunque por supuesto que no pensé que eso fuera algo posible, porque siempre hay una explicación razonable para todo, siempre, pero en este caso mejor no la hubiera pedido. Mejor hubiera dejado las cosas así y seguiría mi vida en la ignorancia.

Ignorante, pero tranquilo.

Porque ahora, todas las fotos, los mensajes de textos y los comentarios que intercambié en redes sociales con esas dos personas se repiten como un gif dentro de mi cabeza. Las fotos, madre mía, las fotos.

Mil veces mierda.

—Conocí a François Belrose hace poco ¿Tú lo sabías?

No estoy viendo a Luna directamente, estoy viendo a la ventana, pero en el reflejo está Lu sentada en mi sofá. Se mira las uñas, hace una pausa primero, después me mira y dice:

—Sí.

Carajo.

—¿Él sabía que tú y yo...?

Ni siquiera termino porque ya me está contestando:

—Sí.

Miro otra vez los resultados que me arrojó Google. No puedo conectar las caras de esos dos hombres con los usuarios con los que los conocí en Instagram «Sexychocokrispis» y «CandenteNutella» sus *Instagrams* personales son todo lo contrario: Dos hombres serios, millonarios, poderosos y con cuentas verificadas también. Mientras, yo sigo aquí esperando que Luna me diga que esto es una broma.

Y que no les he comentado todas esas tonterías a dos de los hombres más ricos del mundo.

—¿De dónde eres?

—Francia.

Sí, también los dos están en Wikipedia y en ambos se mencionan dos hijas, pero no están los nombres. Si busco «Luna Belrose» en la web, me lleva a la colección de joyas de Belrose y la media luna es el distintivo, que es la misma presente en los gemelos, el reloj de Luna y el brazalete que le compré. Ahora que lo recuerdo, vuelvo al perfil de Instagram de sexychocokrispis y en una de las fotografías con el muñeco vudú se logra ver el mismo diseño de la media luna en su dedo meñique.

¡Qué fantástico! Le compré un brazalete de su propia colección a la hija del dueño de Belrose.

Eso es sarcasmo, por supuesto.

Me doy media vuelta, camino hacia Luna y me siento a su lado. Tomo su mano y vuelvo a dejar el reloj en su muñeca en silencio, porque ni siquiera sé qué decir. Todavía guardo la

mínima esperanza que me diga que esto es una broma, pero eso no pasa.

—¿Al menos sí tienes veintidós años?

—Sí.

Y eso me alivia, en cierta manera... digo, al menos no es menor. Eso hubiera sido trágico, pero no es el punto. Me pongo de pie y miro mi celular todavía en la fotografía de *Sexychocokrispis* y el muñeco vudú. Encima aparece un mensaje de Roberto, tal vez el número cincuenta de todo el día y nada amable le contesto que no voy a ayudarlo. Justo en el momento que le doy enviar, tengo un mensaje de mi madre y ya sé por dónde va esto:

«Gabriel ¿tienes tiempo mañana para que charlemos sobre algo?»

Carajo.

«Si esto tiene que ver con algo que te hayan dicho sobre Luna, no»

«Entonces ya lo sabes» «¿Hablaste con ella?» «Gabriel, en realidad me encanta Luna, pero ¿qué es todo eso de que se está viendo con otro hombre mientras tú estás fuera de la ciudad?» «Mira, no soy quién para meterme en tus decisiones» «Pero necesito que al menos Cristal no tenga razón en todo lo que está diciendo»

«Luna no se está viendo con nadie»

«¿Y esas fotos?»

Luna comienza a hablar, me dice que soy la primera persona a la que le cuenta esto fuera del círculo social de sus papás, que buscaba la forma de decírmelo y que no fue así como lo había planeado, menciona que hasta traía un vino D.R.C Romanée-Conti y yo no puedo contestar, porque todavía estoy procesando todos estos últimos minutos de mi vida y también pensando qué le voy a decir a mi mamá hasta que la escucho:

—¿Quieres que me vaya? —Recoge a la fiera del piso. Toma su teléfono celular y señala la puerta. Ni siquiera molesto podría pedirle algo así y ni siquiera puedo molestarme con Luna para comenzar. Aunque debería, me dejó enviarle fotos nada sutiles de nosotros a sus dos millonarios padres.

Dos, debo recalcar, DOS padres.

—No, Lu. Por supuesto que no.

Deja el gato sobre el sillón, su celular de regreso sobre la mesa y saca de la caja la botella de vino que mencionó. Me la da y yo vacilante lo tomo mirando la etiqueta. La dejo en la mesa y miro una fotografía dentro de la misma caja. Un grupo de personas vestidas con ropa de granja y no tengo ni siquiera que preguntar quiénes son.

—¿Estás molesto?

—Sí lo estoy Luna, porque me dejaste bromear con tus papás sin mencionar que son dos.

Y que son específicamente ellos dos. Roberto está llamando otra vez y tengo que dejar el teléfono en modo avión de nuevo. Es que en serio tengo que hacer esto para descansar de él y no terminar bloqueándolo. Se lo digo a Luna cuando ve mi teléfono y me dice que entiende. También agrega que si quiero hacerle preguntas va a contestarme con sinceridad. Luna toma la botella de vino otra vez y me pregunta si quiero un poco.

Le digo que no.

—¿Tuviste algo que ver con que tus padres quieran trabajar con nosotros?

—No. —Hace una pausa y agrega: —Bueno, sí querían conocerte y dado que no podían presentarse como ellos... ya sabes, mis padres; Fran hizo la cita contigo en el buffet. Pero te juro que su decisión no la tomó por mí, de hecho, le pareciste todo un profesional y...

—Pero yo no puedo trabajar con tus padres. —La interrumpo. —No sería ético de mi

parte si son mis... —hasta tengo que aclararme la garganta cuando digo lo siguiente, porque es raro. Hasta lo menciono rápido para cambiar de tema: —suegros. Juan hace exactamente lo mismo y es un genio en temas empresariales. Los voy a referir con él.

Asiente titubeante. Ahora no sé qué le inventaré a mi jefa si perdemos un cliente como Belrose porque, por supuesto, contarle esto no es una opción. Miro el piano y entonces, hago una pregunta más:

—Dijiste que tu padre te enseñó a tocar el piano... ¿Cuál...?

—Max.

—Por supuesto.

Hay música de Max en mi disquera y un hit suyo con el nombre de «Medialuna» que es un clásico. Tomo mi laptop, le digo a Luna que tengo trabajo por terminar a lo que ella me contesta que no hay ningún problema. En eso no miento, sí tengo trabajo, pero no me concentro ni un poco. En su lugar, lo primero que hago al sentarme frente mi escritorio es escribir el nombre de Max y François en el buscador. También el nombre de Luna, pero sin resultados y si intento buscar a Luisa, también. Si escribo algo como «hijas de Max y François Belrose» solo hay unas cuántas imágenes, no tan claras y son muy pocas.

He bromeado con Max todo este tiempo y con el mismo François Belrose.

Decir que logro dormir... tampoco.

Así que al día siguiente me levanto como si tengo una terrible resaca y ni siquiera tomé. Cuando llego al despacho no tengo el mejor humor y a los primeros en encontrarme en la recepción son Juan y Javier. Están frente al escritorio de Catalina, pero ella no está presente. Los dos toman café y se están riendo, Javier al verme toma un porte más serio y Juan se da media vuelta para volverse a mí. Arruga su entrecejo y me ofrece su taza de café al mismo tiempo que menciona:

—¿Por qué parece que dormiste dos horas?

—Porque dormí dos horas tal vez. —Sí tomo la taza de café, le doy un sorbo y después le indico mi oficina pidiéndole que me siga. Él arruga su entrecejo y después de intercambiar un par de palabras más con Javier, me sigue. Abro la puerta y justo en el momento que él la cierra a sus espaldas, me dice:

—No vengas con que vas a renunciar. No ahora Gabriel. Somos el dúo dinámico ¿Lo recuerdas? El nombre de mala película porno, pero fue la jefa quién lo eligió. Por cierto, hablando de porno ¿Te suscribiste a la página de Elías? No está tan mal, eh. Deberías darle un vistazo.

Y yo arrugo el entrecejo con lo que está diciendo.

—No, no me suscribí y tampoco voy a hacerlo por muy página de mi hermano que sea.

—¿Entonces vas a renunciar?

—Tampoco. —Juan parece aliviado. —Oye, conoces a François Belrose, ¿no?

Tomo mi lugar y abro mi laptop al mismo tiempo que mi amigo se sienta frente a mí. Asiente con su cabeza y agrega:

—¿Quién no conoce a François Belrose? Es un genio con una empresa que genera billones. Él y Max pueden comprar este edificio con todos nosotros dentro y ofrecernos en un ritual si se les da la gana. —Y se ríe. Yo no. Porque puede tener razón. —¿Por qué? ¿Sí van a comprarnos?

—No, creo... Bueno, solo te aviso que, si deciden firmar con nosotros él será tu cliente.

—¿Qué? ¿Es que no aceptó trabajar contigo? Admito que tú tienes más poder de

convencimiento que yo y si no lo conseguiste tú, peor yo.

—Si a un caso firman, es todo tuyo.

—¿Sabes la cantidad de dinero que puede traerte ese hombre? ¿Y me los estás dejando a mí? Dime la verdad Gabriel ¿Por qué?

Vacilo un momento, pero se lo digo, así sin más:

—Porque es el papá de Luna.

Juan se ríe, así como reaccioné yo cuando Luna me lo contó. Me doy cuenta de que fue una reacción normal entonces, no es que Juan esté del todo normal, pero en fin... no era el punto, deja de reírse porque yo no lo estoy haciendo. En su lugar, tecleo algo en mi laptop y lo escucho:

—Vamos, hablo en serio ¿Por qué? Oh por Dios ¿Puedo ir preso?

—Ya te lo dije. Luna es hija de Max y François Belrose.

—Me estás tomando el pelo. —Lo que había tecleado era el nombre de ellos dos en YouTube y el único video que había encontrado de las hijas de Max y François ayer. Giro la laptop en su dirección para mostrárselo a Juan. Hay guardaespaldas y fotógrafos, pero son Luisa y Luna evidentemente. Luisa con el cabello teñido en rojo vivo y Luna es casi una niña. Ambas van de la mano de François y Max un poco más adelante pidiéndole a los fotógrafos que se aparten. —Ese video no es tan claro como para asumir que son Luna y su hermana.

Pero se acerca más y muestro el otro video, uno de Max y François juntos explicando por qué decidieron llamar a su segunda hija «Luna», el video está en francés y con subtítulos se lo muestro a Juan, el otro es sobre el porqué decidieron dejar Hollywood para vivir en Marsella y es François el que menciona que para ellos es muy importante la privacidad. El siguiente es sobre la colección que lleva el nombre de su hija, para que cuando alguien la busque en la red, los lleve directo a la colección de Belrose.

Y eso sí que les funcionó bien.

De otra cosa que me entero, es que Luisa es Louisa y que también hay una colección completa en su honor.

Juan toma mi computadora, también el café que había dejado sobre el escritorio, con una mano teclea algo y con la otra se lleva el café a la boca para después escupir su contenido y mirarme a mí. Lo miro con el entrecejo fruncido y cuando gira la pantalla, veo lo que le ha aparecido. Entre la búsqueda, el primer resultado es de la revista Forbes donde habla de los jóvenes herederos con las mayores fortunas del mundo, entre ellos se menciona a las dos hijas de Max Hadid y François Belrose y también está Antoine Von Masow, el primo de Lu.

—Ah, cabrón. Vas camino a tu propio despacho. Tienes que llevarme contigo porque yo fui quién te emparejó con ella en esa aplicación.

Juan se ríe, se carcajea y yo lo miro con seriedad entonces detiene sus risas, se acomoda los lentes, la corbata y vuelve a tomar café. En una nota que está más abajo, de la misma fecha del video que justo acabo de mostrarle a Juan, está el encabezado «El impresionante parecido entre las hijas de Max y François Belrose y la ex Miss Universo Catherine Elena Betancourt».

—Mírale el lado bueno, no pueden decir que estás con ella por interés ¿Quién se podría imaginar que una familia de la élite francesa se vendría a vivir a este país y te encontrarías a su hija jugando en una aplicación de simples mortales? Aunque te dije que tal vez tan pobre no era por el video con las botas John Lobb de su papá. Espera ¿A todo esto quién de los dos es el de la cabeza de unicornio?

—Max.

—Debí suponerlo. Espera ¿Max? ¿Max me sigue en Instagram? —Juan suelta un grito y

se pone de pie. Le digo que eso es algo que no puede comentar con nadie, peor lo que acabo de decir. Finge indignación y me pregunta si acaso no lo veo como un profesional. Vuelve a gritar de nuevo y se aclara la garganta antes de decirme: —Espera... ¿Entonces no son Rodríguez?

—No.

Catalina nos interrumpe, guardamos silencio cuando entra a mi oficina y carga consigo un paquete, me dice que es para mí y yo solo puedo imaginarme que proviene de Luna, pero casi me da un paro cardíaco cuando veo la nota: «Max y François Belrose».

Juan también se acerca cuando mira la tarjeta y yo le doy un vistazo a lo que hay dentro de la cajita. Una botella. Una de tequila Don Julio Real. Más lo que se supone es mi muñeco vudú, con otro clavo en la cabeza que sostiene una nota que dice «Hemos decidido liberarte» también firmado por los dos.

Juan toma el tequila, después mira la nota y suelta una carcajada.

—¿Por qué yo no tengo dos suegros gays multimillonarios que me hagan un muñeco vudú y me envíen licor?

Juan me dice que ahora tengo que invitarlo a estrenar la botella de tequila, yo le contesto que todavía tengo una plática pendiente con Lu así que será en otra ocasión. Deja con recelo la botella sobre mi escritorio y antes que se retire, cometo el error de preguntarle qué haría él en mi lugar, a lo que contesta:

—Me compraría una cabeza de unicornio para hacer tiktoks con el suegro.

—Algo más cuerdo.

—Pedirles mi propio despacho.

—Vete a la mierda.

Suelta una risa antes de retirarse y yo vuelvo mi vista al teléfono, me doy cuenta de que tengo mensajes de Luna. Son las fotos que le había pedido ayer. Ahora me siento culpable por no haber seguido nuestra rutina de todos los días y enviarle un texto justo cuando llegué. Después de enviar un gracias, me tomo un momento para dejarle un mensaje:

Para: Lu

¿Paso por ti después del trabajo?

Y ella, al mismo tiempo, me deja casi exactamente lo mismo:

De: Lu

¿Pasas por mi después del trabajo?

Y los dos contestamos al mismo tiempo que sí.

Inconscientemente le sonrío a la pantalla y entonces observo al muñeco vudú frente a mí. Lo dejo dentro de la gaveta de mi escritorio y solo lo saco hasta mi hora de salida para dejarlo en el asiento trasero de mi coche. Cuando estoy camino a la radio que trabaja Lu, comienza a llover. Una vez que llego al sitio, logro divisarla desde antes bajo la parte entechada. Al verme esboza una sonrisa. Me bajo del vehículo una vez que aparco en frente. Me quito el saco y camino hacia ella para, posteriormente, ponérselo sobre la cabeza para que no se moje. Se ríe y me agradece, se sube rápido cuando abro la puerta y yo rodeo el vehículo para ubicarme frente al volante.

Deja el saco perfectamente doblado en la parte de atrás, después de ponerme el cinturón me doy cuenta de que ha visto la caja y ahora mismo está tomando el muñeco vudú más la botella de tequila.

—¿Qué significa exactamente que me liberan? —Le pregunto justo en el momento de poner en marcha el auto. —¿Esa es una expulsión oficial? ¿O en realidad me están liberando como Dobby, de Harry Potter?

—Bueno, los referiste a Juan. Lo más seguro es que sí te están liberando como Dobby. —Vuelve a dejar todo dentro de la caja y toma el saco de nuevo para llevarlo en sus piernas. —Y tal vez quieran hablar con Juan primero a ver si está a tu altura. Eso fue lo que dijeron, no me lo estoy inventando.

—Sí lo está. Y con más experiencia. Lo prometo.

Una sonrisita de Luna es su respuesta y mientras mi mano descansa sobre la palanca de cambios, Lu deja su palma sobre el dorso de la mía, entrelazo mis dedos con los suyos dejándola solo un momento cuando tengo que cambiar velocidades. En el momento que me parqueo en mi edificio, Lu se baja primero, rodea el vehículo y yo apenas estoy tocando el suelo cuando se abalanza a mí y me besa, de esa manera dulce, pícara y sensual; y yo le correspondo con la misma energía. Como si es la primera vez que pruebo unos labios así. De la misma manera que siempre, rodea mi cintura con sus piernas y yo me recuesto contra la puerta trasera del auto.

—¿Sigues molesto?

—De esta forma me cuesta pensar de manera cuerda, pero sí. —Lu se ríe, le doy un último beso cuando ya sus pies tocan el suelo y entonces, voy al grano: —Y tengo preguntas, Lu. Hoy sí abre esa botella de vino porque vas a necesitarlo.

Capítulo 55

Luna

Unas horas antes

Okey, ya estaba.

Se lo había dicho a Gabriel, así sin tapujos.

Me había pasado días enteros ideando la forma más correcta para decírselo, con un vino y entre bromas, con una música de piano y tequila, no lo sé; tantas formas, ya me había imaginado hasta todos los escenarios posibles y las formas en las que iba a huir si a un caso aquello no salía como esperaba, pero no... me tocó soltarlo así... sin más, sin preparación, sin ensayo, sin tantear terreno antes.

Maldita Cristal o su amiga... o las dos juntas, porque son tal para cual.

Hijas de... su madre.

Pero a ver... pensándolo bien, tampoco puedo odiarlas, digo... en parte me dieron ese golpecito en la espalda que necesitaba, me sirvieron el momento ideal en bandeja de plata, tal vez no era la mejor forma, ni el momento más adecuado, pero qué más da... tenía que decírselo de todas formas ¿no? Y qué mejor ocasión que esa, porque si la vida te da limones...

Gabriel no se lo había tomado tan bien.

Bueno, sí me lo esperaba. No todos los días alguien te dice que sus padres son Max y François.

—¿Quieres vino?

—No, Luna. Lo que quiero saber es si tú tuviste algo que ver con que tus... padres quisieran trabajar con nosotros.

Mejor guardo la botella de vino.

—No. —Y eso sí es verdad. Aunque tal vez sí tenga que ver un poquito que Gabriel trabaje ahí. —Bueno, sí querían conocerte y dado que no podían presentarse como ellos... ya sabes, mis padres; Fran hizo la cita contigo en el bufete. Pero te juro que su decisión no la tomó por mí, de hecho, le pareciste todo un profesional y...

Diciéndolo en voz alta suena bastante mal.

—Pero yo no puedo trabajar con ellos. No sería ético de mi parte si son mis... —Se aclara la garganta y agrega casi perceptible: —Suegros. Juan hace exactamente lo mismo y es un genio en temas empresariales. Los voy a referir con él.

Desde que conocí a Gabriel nunca lo había visto con el gesto encabronado, aun así, para dirigirse a mí lo hace de una manera suave, aunque le tiemble la voz cada que me dice «tus padres». Parece molesto o tal vez confuso, no sé. Pero después de preguntarme quién de los dos me enseñó a tocar el piano y yo le contesto que Max, me dice que tiene mucho trabajo y se va con su laptop a su habitación.

Lo observo alejarse y al gato ir detrás de él, abre la puerta y deja a Pantuflas pasar primero para después hacerlo él. No la cierra, pero creo que lo más prudente ahora mismo es quedarme donde estoy. Tal vez abrirme la botella para mí sola, porque siento que yo sí la voy a necesitar. Tomo mi teléfono celular y mientras camino hacia el balcón, busco el número de

número de cualquiera de mis dos papás, el primero en aparecerme en la pantalla es el de Max. No tarda nada en contestar y lo primero que suelto justo cuando descuelga es:

—Ya se lo dije a Gabriel. Creo que me quedaré soltera. Tal vez debería adoptar unos cinco gatos más. —No sé dónde está, pero de fondo se escucha «Mami que tu quiere... aquí llego tu tiburón» y después el grito de un grupo de personas... lo más probable ebrias.

—¿Le dijiste qué? —Me pregunta y ahora parece ir saliendo del lugar porque la música es menos fuerte. Le digo que ya le conté sobre ellos y que tal vez vaya a dejarme, entonces lo primero que se lo ocurre es: —Espera... ¿Crees que vaya a dejarte? ¿Entonces el ritual sí nos funcionó? ¡François!

—¿Max, es en serio? —Ahora es la voz de mi Lucía, mi tía, riñéndole. —Es tu culpa que después nos crean illuminatis.

—¿Y dónde andan ustedes?

—En Ibiza, vestidos de granjeros, qué buena idea la que nos diste. —También escucho a la voz de François preguntándole si estoy bien, él le dice que es muy probable que Gabriel me haya dejado y después me habla a mí: —¿Quieres que vayamos por ti? ¿O vienes tú a Ibiza?

—No quiero ir a Ibiza. Tengo un problema bastante grande aquí.

—Espera... ¿De verdad le contaste a Gabriel? ¿Así nomás? ¿Y sin alcohol?

—Es una larga historia que involucra a Antoine, la ex de Gabriel y una de sus amigas, recuerdas que ayer salí con Antoine ¿verdad? Pues una de ellas nos vio, tomó fotos y le dijo que yo le estaba poniendo el cuerno... sí, con Antoine.

—¿Con Antoine? —Max suelta una carcajada. Escucho la voz de François, pero Max continúa: —Qué suerte que esto no es Los Ángeles, de otra forma eso estuviera en las noticias y es todavía peor aguantar chismes de la televisión ¿pero Antoine? ¿En serio?

—Pero ese no fue el problema, a Gabriel ni siquiera le importó Antoine; pero aproveché el momento... y se lo conté. Ahora estoy esperando que me diga que me vaya de su casa, aunque hasta hace un momento estaba decidida a irme, tomé al gato y le pregunté, pero me dijo que no.

—Por supuesto, si tú me dices que te vas y tomas al gato, también te diría que no te vayas.

—¡Papá!

Entonces escucho la risa de los dos, después otra frase que intercambia con François y este último se acerca más al teléfono para decir:

—Ahora entiendo el correo que me envió. —Yo pregunto qué correo, pero ninguno de los dos responde hasta que escucho de nuevo a Fran: —Nos acaban de despedir de una forma profesional y simpática. Es la primera vez que alguien no quiere trabajar con nosotros. Esto es tu culpa Luna, ¿verdad?

Entonces suelto un bufido y François lee el correo en voz alta para después preguntar:

—¿Quién es Juan Pablo Morán?

—Es el amigo de Gabriel. —Ahora si no quieren trabajar con él Gabriel va a creer que yo sí tuve que ver con que mis padres lo buscaran. —También trabaja en el bufete y es bastante bueno, al menos hagan una cita con él antes de decirle que no.

—Podemos decirle que sí, pero ¿qué obtenemos a cambio?

—¿Es en serio, papá?

—Podemos decirle que sí —Esta vez es François—, pero solamente si la próxima vez que vengamos a Ibiza sea con Gabriel y tú. Es un buen lugar para conocer a tus suegros. Ahora que ya no hay necesidad de escondernos, podemos invitarlo personalmente

—Además tenemos que conocerlo mejor. —Max de nuevo. —Tal vez primero lo llevemos a un paseíto en el yate mientras le hacemos preguntitas.

—Como, por ejemplo, ¿por qué se inscribió en una app de citas? Si no temía morir en ese momento a manos de una loca ¿No pensó que pudiese hacerlo después a manos de sus papás? —Oh por Dios. —Después lo llevamos a conocer nuestra casa en Marsella para que se le baje el susto.

—O la de Burdeos, esa es un poquito más tenebrosa.

—Si no me deja mañana, lo hará después de ese «paseíto» con ustedes. —En ese momento me giro en dirección a la puerta y a través del vidrio observo a Gabriel salir de su habitación y caminar hacia la cocina. Me mira un momento y detengo mis palabras para decirle a mis papás: —Los llamo mañana.

—No cuentas como va todo. —Ahora François. —Si necesitas algo no dudes en llamarnos. Si quieres que vayamos por ti nos subimos al avión y estamos ahí mañana temprano. Si te apetece que juntos quememos la casa de Gabriel solo dinos la hora.

—No, pero gracias. —Uso el mismo tono sarcástico y después de despedirme, cuelgo.

Abro la puerta y Gabriel está todavía en la cocina sirviéndose un vaso de jugo de naranja. Yo me quedo en la sala y enciendo el tv, pero al momento de pasar canales aparece uno de los videos musicales de los clásicos de Max y lo apago de inmediato. Me quedo viendo la pantalla oscura cuando siento a mi lado la mano de Gabriel y después el vaso de jugo de naranja que me extiende.

—Tengo bastante trabajo que hacer, pero si tú te quieres dormir, hazlo. —También tiene un vaso para él en manos y agrega: —Buenas noches, Lu.

—Buenas noches.

Pues decir que dormí... pues no.

Y decir que al amanecer fue mejor... pues tampoco.

A duras penas intercambiamos un par de palabras cuando le serví café y antes de irse, se acercó a mí y dijo:

—Tus padres aceptaron tener una cita con Juan. —Me mostró el email de parte de François y agregó: —Pero Juan querrá saber por qué no soy yo quién va a trabajar con ellos... Y yo entiendo si no quieras que se lo cuente...

—Puedes decirle... si confías en él, por supuesto.

—A Juan podría confiarle hasta mi velorio porque sé qué hará las cosas exactamente cómo las quiero.

Y me reí, él también y eso fue todo.

Después me la pasé esperando el mensaje que Gabriel me envía todas las mañanas cuando llega al trabajo, pero eso no pasa. Yo tampoco le texteo, porque quiero respetar su espacio. Cuando estoy llegando a la radio, mi teléfono me anuncia un texto, pero no es de Gabriel, es de Elías:

De: Elías

Creo que estás en problemas.

Miro mi celular y arrugo el entrecejo cuando miro el mensaje. Tecleo una respuesta y antes de abrir la puerta del edificio de la radio veo que me ha enviado también un link.

Para: Elías

¿Más problemas dices?

De: Elías

Tal vez sí. Ya sabes, Cristal.

Okey, alarma.

Me pongo los auriculares al mismo tiempo que camino por la recepción y miro a Mónica saliendo de su oficina. Me menciona que ya tiene las fotos y yo le pido que me las envíe por un mensaje. Me dice que sí, carga unos papeles y se detiene en el cubículo de uno de los chicos.

Para: Elías

¿Incluye algo que diga que yo le pongo el cuerno a Gabriel?

De: Elías

Y también te dijo muerta de hambre.

El audio empieza a reproducirse. Primero hay un silencio y después comienzo a escuchar la voz de Cristal que se mezcla con la de Caterine, la mamá de Gabriel. Entro a mi oficina y me siento justo al momento que la pelirroja inicia la grabación:

—Te lo dije, Caterine. Te dije que solo esperaba encontrarse a alguien con mejor estatus social ¿En serio crees que va a dejar ir la oportunidad de andar con el hijo de unos millonarios solo por amor a Gabriel?

—¿Qué dices, Cristal? —Le responde. —Que yo sepa Luna no ha dejado a Gabriel, este puede ser un amigo nada más, yo no veo nada comprometedor. Luna es actriz, ha hecho comerciales para buenas marcas, de algún lugar debe conocerlo. Creo que ese es un tema de ellos, no de nosotros ¿Y de dónde sacaste estas fotos?

Ah, las benditas fotos, madre mía.

—Ah, por Dios. Vas a defenderla también ¿Amigos nada más? ¿Cómo una muerta de hambre puede ser solo amiga del hijo de un empresario alemán? No va a venir aquí solo porque le guste el país, por supuesto viene a verla a ella.

Entonces escucho una risa, una que no es ni de Cristal, ni de la señora Caterine que le ha pedido a Cristal que se calle. La voz es de Elías, por supuesto y después de la carcajada, solo lo escucho decir:

—La muerta de hambre eres tú. —Caterine le pide que se retire y él le dice que solo quiere una botella agua del refrigerador. Cuando Cristal le pide que repita lo que dijo, él lo hace: —Que a la par de Luna, la muerta de hambre eres tú.

—¡Elías! por favor...

—¿Qué, mamá? Estoy harto de esta desubicada clasista ¿Se le olvidó que los centavos que tiene fue gracias al fraude que cometió su padre? Que casi se queda en la calle, que su papá estuvo en la cárcel. Basta con poner el nombre de ese señor en Google para darse cuenta. Así que sí Cristal, la muerta de hambre eres tú.

—¡Elías! A tu habitación, por favor. —El tono de Caterine es fuerte y Elías accede, pero les deja claro que lo hace porque no está dispuesto a seguir escuchando a Cristal, porque ella ya ha comenzado a hablar. Cuando asumo que vuelven a quedar solas, la roja le dice a Caterine que porqué le permite a Elías que le falte el respeto y esta le contesta que entonces porqué me falta el respeto a mí. —Cristal, te voy a pedir que te vayas.

—No puedo creer que todos ustedes la defiendan, le va a romper el corazón a Gabriel y a ti parece que no te importa.

—Todos aquí sabemos que eres la peor persona para juzgar a Luna, Cristal. Quise creerte al inicio solo para evitar las broncas entre mis hijos, todo esto de tu amistad con Roberto mientras estabas con Gabriel a mí no me terminaba de cuadrar ¿Ahora vienes aquí a preocuparte porque le rompan el corazón a Gabriel?

—Mi relación con Gabriel había terminado mucho tiempo antes. Era distinto. Él y yo estábamos por... no sé... costumbre. Con Luna es diferente, tú misma lo has notado... me lo has dicho. Sí me preocupa que le rompa el corazón porque Gabriel no se lo merece.

—¿Solo porque no fuiste tú la que pudo rompérselo? —La mamá de Gabriel le vuelve a pedir que se vaya. —Tú misma lo has dicho, su relación con Luna es distinta y Gabriel es un hombre inteligente y muy sensato, él sabrá qué hacer.

El audio se corta y yo me quedo con ganas de seguir escuchando más. Este audio voy a guardármelo solo para escuchar esas dos últimas interacciones otra vez. Le doy las gracias a Elías por su intervención, aunque yo nunca le he mencionado alguno de mis apellidos a él. A menos que haya hecho sus investigaciones... nah, imposible.

De: Elías

Encontré a Pepe.

Bueno... no es imposible al parecer.

La foto que me envía es uno del tío Pepe en su juventud, donde él sostenía un cinturón de victoria cuando todavía luchaba en la UFC. La siguiente imagen es una de unos papeles ubicados sobre una pared y unas rayas hechas por marcadores que simulan una posible investigación.

De: Elías

Joseph Hadid

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Entonces tú eres hija de... Espera… ¿Max o el director de Hollywood?

De seguro Max, él es el que tiene dos hijas y una es de tu edad. Asumo que esa eres tú. Omer solo tiene varones y están en sus treinta.

Santo cielo ¡Tú eres la hija de Max… y François Belrose!

Después de eso solo escucho una serie de mensajes que entran uno tras otro. Le doy un repaso rápido a todos hasta que se detiene con el último:

De: Elías

Espera ¿Por qué no hay nada sobre ti en internet?

Para: Elías

Mis padres se encargaron de eso.

Esto no puedes decírselo a nadie. Es mi privacidad y la de mi familia.

De: Elías

Tu secreto está a salvo conmigo.

Siempre y cuando seas mi socia en la página porno.

Me rio con su mensaje y estoy dejándole una respuesta cuando miro que Mónica ya me ha enviado las fotografías. Las miro una por una y encuentro la excusa perfecta para textearle a Gabriel, se las reenvío porque él me lo había pedido ayer. Sigo escribiendo la respuesta para Elías cuando un gracias de parte de Gabriel aparece en mi pantalla. Voy a su chat y le envío el siguiente texto:

Para: Gabriel

¿Pasas por mi después del trabajo?

Me doy cuenta de que él ha dejado casi lo mismo:

De: Gabriel

¿Paso por ti después del trabajo?

Cuando le digo que sí, él también ha contestado lo mismo. Le sonrío a la pantalla de mi celular y después caigo en cuenta que tal vez las cosas con él ya no vuelvan a ser las mismas. O

tal vez no... digo, es Gabriel y es todo un caballero. El resto del día me la paso esperando específicamente la hora de salida y cuando se llega, salgo de la radio y tengo que esperar unos minutos mientras llega Gabriel porque el tráfico es una locura y, además, está comenzando a llover. Cuando por fin observo su auto acercándose, le sonrío y veo que hace lo mismo. Aparca frente a mí y antes de bajar las gradas, observo que desciende del vehículo, se quita el saco, camina hacia mí y me lo pone en la cabeza.

Como decía, Gabriel es todo un caballero.

—Gracias. —Sonrío de manera coqueta y le provoca una risita al mismo tiempo que abre la puerta del auto y espera que suba. Cierro la puerta, lo observo rodear el vehículo y después tomar el lugar frente al volante. Estoy dejando su saco en el asiento trasero, cuando veo una caja, la letra de François y el muñeco vudú.

Santa madre.

—¿Qué significa exactamente que me liberan? —Me pregunta, cuando mira que estoy tomando la nota y el bendito muñeco vudú. Sí es verdad, dice que lo liberan... A ver, también le enviaron una botella de tequila. —¿Esa es una expulsión oficial? ¿O en realidad me están liberando como a Dobby, de Harry Potter?

—Bueno, los referiste a Juan, ya no trabajarán contigo. Las dos cosas son probables. Y tal vez quieran hablar con Juan primero a ver si está a tu altura. Eso fue lo que dijeron, no me lo estoy inventando.

—Sí lo está. Y con más experiencia. Lo prometo.

Pone en marcha el vehículo y también me doy cuenta de que está más silencioso que lo normal, respeto eso y en su lugar pongo mi mano sobre la suya cuando esta descansa sobre la palanca de cambios. Su respuesta es entrelazar sus dedos con los míos, aunque no intercambiamos ni una sola palabra y nos mantenemos así hasta que llegamos a su edificio y aparca. A decir verdad, no soporto esta situación, me bajo antes y rodeo el vehículo solo esperando que Gabriel haga lo mismo, una vez que cierra la puerta me abalanzo hacia él y le doy ese beso que tantas ganas tengo desde ayer. Sí me responde con la misma energía y después me sostiene cuando rodeo sus caderas con mis piernas. Aunque quisiera quedarme así el resto del día, me separo un poco y lo miro:

—¿Sigues molesto?

—En esta posición me cuesta pensar de manera cuerda, pero sí. —Mi respuesta es una risita y después de poner mis pies de regreso en el pavimento, dice: —Y tengo preguntas, Lu. Hoy sí abre esa botella de vino porque vas a necesitarlo.

Le digo que sí y aunque ha mencionado que puede estar molesto, me sostiene la mano todo el camino a su apartamento, aunque esté ocupado. Cuando llegamos tengo que esperarlo un rato porque está hablando por teléfono y también me dice que pidió comida para los dos. Me siento en la mesita del balcón con el vino y dos copas. Finalmente se despide de su cliente, me sirvo la bebida, toma el lugar frente a mí y entonces:

—¿Hay otras cosas sobre ti que no sepa? —Hay muchas cosas que probablemente no sepa, pero no sé por dónde iniciar. Toma la botella y la otra copa de él: —No quiero pasarme la vida sorprendiéndome porque haya cosas de ti que todavía no sé.

—Bueno... puedo manejar helicóptero.

Entonces deja de servirse el vino y me mira. Pone la botella de regreso sobre la mesa y repite:

—¿Puedes manejar helicóptero? ¿Qué? —Entonces yo asiento en respuesta. Bueno, no

era lo que esperaba, eso es seguro. Me tomo un trago más de la copa de vino y lo escucho: —¿Pero manejas helicóptero, así como manejas auto?

—No, soy mejor manejando un helicóptero.

Entonces se ríe, pero no es una risita sarcástica, es una de verdad y después de tomar un largo trago de vino, me dice:

—No puedo creer que un día me hayas dicho que no eras tan brillante. Eres una de las personas más inteligentes que conozco y sin mencionar que eres toda una artista. —Tocan la puerta y menciona que ya llegó la comida. Él se pone de pie primero, pero yo voy detrás de él para traer los platos. Lo escucho intercambiar algunas palabras con el repartidor y después venir hacia la cocina cuando me hace la siguiente pregunta: —¿Cómo le llamas a tus papás? ¿Por sus nombres? ¿O algo distinto para cada uno?

—Solo Papá Max o papá Fran. O simplemente sus nombres, a ellos no les molesta.

Comienza él a servir los platos. Las mangas de su camisa se las ha recogido hasta el codo. Tomo el primero que termina de llenar y cuando va por el segundo, de nuevo:

—¿Cuándo tus padres supieron sobre mí?

—Desde el inicio. Nunca se han perdido un solo detalle de lo que me pasa, en mi defensa ni siquiera yo lo sabía.

—¿Qué saben de nosotros?

—Les dije la verdad, que nos conocimos a través de una aplicación. —Entonces se detiene y me mira. Contesta que ahora entiende lo del muñeco vudú y yo agrego: —No estaban contentos al principio, pero después lo aceptaron. Es más, les caes bastante bien... y a ellos nadie les cae bien, así que puntos a tu favor.

Se queda pensativo un momento.

—¿Fede sabe sobre esto?

—No.

Bueno, no que yo sepa aún. Además, Luisa ya me lo hubiera dicho. Gabriel asiente y después dice:

—No voy a preguntar sobre los motivos por el que uses otro apellido, creo que eso lo entiendo después de ver algunos videos de tus papás. —Me rio un poco y le pregunto a Gabriel si ahora se ha encargado de *stalkear* a mis papás. Me dice que sí, sin pena y que, además, no se parecen en nada a los hombres con los que él conversó como *Sexychocokrispis* y *CandenteNutella*.

Eso es porque no los conoce en persona todavía.

Nos sentamos a comer en el balcón y Gabriel hace más preguntas, las contesto todas, sin pasarme ni un solo detalle. Eso incluye preguntas sobre desde cuando vivo en este país, si me gusta vivir aquí, si no extraño Francia y que si jamás alguien ha llegado a relacionarme con mi familia a pesar de usar el Rodríguez. Le digo que no, que mis padres siempre hay sido muy cautelosos con su vida privada por nosotras. Por eso fue muy fácil comenzar una vida diferente aquí.

—Me da curiosidad preguntar por qué tu hermana es policía si tus papás son... bueno, ellos.

—Porque eso es lo que ella siempre ha querido ser. Mis padres son del tipo que apoyan lo que sea, menos conocer a alguien por internet, pero esa es otra historia aparte. —Gabriel suelta una risita y yo continúo: —Luisa quiso comenzar sus estudios en este país como Luisa Rodríguez, porque… es obvio ¿no? y pudo mantener su secreto, después consiguió un empleo

como una persona común; así que yo quería lo mismo para mí. Así fue como todos terminamos mudándonos a este lugar. Y todo iba bien, hasta que descubrí que mis padres estaban pagándole a mis maestros de la universidad por mis notas y que habían hecho lo mismo toda mi vida. Me fui de la casa de mis papás y el resto es la historia desafortunada que ya conoces. Me quedé sin apartamento, sin empleo, sin mejor amiga, sin dinero, sin celular... casi puedo imaginarme a mis padres viendo todo esto a lo lejos riéndose de mí.

Gabriel suelta una carcajada pequeña, ya no tiene la expresión molesta y eso es algo que me relaja. Tampoco hay tensión y siento que me quité un peso de encima porque ahora sí me siento en la confianza de poder hablar completamente todo con él. Toma un sorbo de vino y después pregunta:

—¿Cómo son tus papás? ¿Cómo Sexychocokrispis y CandenteNutella en la vida real?

—Peor.

—Eso no me hace sentir mejor, Luna.

Y me río, Gabriel también suelta una risita leve y justo en ese momento su celular anuncia un mensaje de texto, pero no lo revisa de inmediato. Toma otro sorbo del vino y lo escupe cuando le digo:

—Mis papás dicen que aceptan trabajar con Juan si tú aceptas ir a Ibiza con ellos.

Entonces me dice que eso se lo tengo que mencionar en otro momento, porque ahora la comida va a caerle mal. Su celular envía una segunda alerta de mensaje y cuando se lo saca del bolsillo, mira la pantalla y me lo muestra. Es un mensaje de *Sexychocokrispis* donde le pregunta si el fin de semana está disponible.

—Tú... —Hago una pausa cautelosa. —¿Te gustaría conocerlos en persona?

Gabriel no me dice nada un momento, solo se ríe y después me mira a los ojos. Me dice que no, pero que en algún momento tiene que pasar ¿no? Toma su teléfono celular y le contesta a Max que está libre el sábado por la tarde. Deja el móvil sobre la mesa y lo escucho:

—Espero no arrepentirme.

—Y yo espero que no te arrepientas.

Capítulo 56

Gabriel

Oficialmente, no sé qué es lo que estoy haciendo.

Bueno sí sé, pero es que hasta hace unos meses yo tenía una vida tranquila.

Y creo que eso ya lo había dicho.

Es que si alguien me hubiera advertido hace un tiempo atrás en qué se iba a convertir mi vida post sitio de citas, me hubiera reído. Digo, ahora tengo recordatorios en mi celular para que no se me olvide comprarle comida a un gato, procuro no llevar trabajo a mi casa para dedicarle el resto del día a mi novia y, además, ahora tengo que aceptar regalos caros... de dos suegros... famosos.

Dos. suegros.

Porque a ver... ¿Cómo se me ocurrió aceptarles una cena para este fin de semana? Digo, ahora tengo dos días para pensar qué puedo llevarles yo a dos personas que, como dijo Juan, pueden comprar todo el país con todo y ciudadanos ¿Habrá algún licor que estos señores no tengan? Entonces le dejo esa tarea a Juan y ahora mismo está con su computadora sobre el desayunador de mi casa revisando todas las botellas de licor que existen y de pronto dice:

—¡Lo sabía! Te dije que conocía a Pepe de algún lado. —Bueno, se suponía que estaba buscando licores. Gira la laptop hacia mí y lo que me muestra es un video de hace años de la UFC. Un hombre noquea a otro de una patada. Tardo en caer en cuenta que ese es Pepe, porque ahí tiene cabello y no aparece el tatuaje de la ex. Además, tenía algunos quince años menos. —¿Cómo no me di cuenta antes? Bueno, ahora está totalmente diferente y además ¿Quién se imaginaría que el hombre que maneja una chatarra y entrega paquetes sea en realidad un ex luchador de la UFC, probablemente millonario y capaz de noquearte de una cachetada? ¿Por qué no practicamos lucha libre con él?

—¿Y que nos mate de un golpe?

La respuesta de Juan es reírse y después reproduce otro video donde queda claro que sí, efectivamente, Pepe que en realidad no es Pepe, pudiera matarnos de un golpe. Los dos arrugamos el entrecejo y mejor decide detener el video para buscar otra cosa en la web y pregunta:

—Por cierto, la canción «Medialuna» de Max...

No dejo que termine, porque ya sé qué va a preguntar:

—Sí, la escribió para Luna.

Juan se ríe y sé cuál es el motivo:

—Me encantaría que Cristal supiera que su canción favorita fue escrita para esa Luna que ella tanto odia. Qué pequeño es el mundo. —Continúa carcajeándose y después mientras revisa una página web, suelta: —Mira, me encontré otro video y creo que esa sí es Luna ... aquí tiene el cabello teñido en rubio, pero dime tú, sí es ella, ¿verdad?

Juan gira la pantalla de la laptop hacia mí, el video que me muestra es uno de Max y François Belrose antes de salir de un restaurante. Hay muy pocos videos donde pueda aparecer Luna, pero la conozco lo suficiente como para saber que esta vez sí es ella y sí, aquí lleva el cabello claro. El video es de hace unos seis años. Lo que se logra captar es que está arreglando la corbata de François, de la misma forma que lo hace conmigo cuando estoy ocupado, está

sosteniendo la mano del señor Belrose y después camina hacia Max quién le acomoda el cabello para luego decirle algo al oído, Luna le responde provocando que se carcajeen los dos, ahora tengo ganas de saber qué fue eso que le dijo.

—Cuando Cristal repita que Luna tiene un padre que la abandonó hay que mostrarle este video.

—Y decirle que a Luna su propio padre le escribió una canción.

—Y el otro, diseñó una colección completa con su nombre.

—Presiento que Cristal va a querer desaparecer de este mundo. —Juan continúa tecleando y después se detiene solo para volverse a mí y decir: —Ah, caray ¿Quieres saber cuánto cuesta la botella de tequila que te regalaron tus suegros?

—No, gracias. Estoy bien así.

Cabe mencionar que estamos casi susurrando porque Luna está en la habitación y Juan aquí haciendo bromas sobre que me resulta más fácil venderles mi alma que encontrarles un regalo para este sábado. En ese momento la fiera se sube al desayunador y Juan mirándolo, me dice:

—¿Te das cuenta de que este gato tiene más dinero que nosotros dos juntos?

—¿Es en serio Juan?

—Señor Pantuflas. —Le dice, además le hace una reverencia. —Qué elegante está hoy. Tiene los bigotes más suaves y mire ese pelaje.

—Tampoco es la reina Isabel, Juan.

—¿Qué? ¿Qué quiere un poco de Whiskas? A sus órdenes, mi señor.

Suelto una risotada, me quedo viendo a Juan quién sí se va a buscar la comida del gato y entre risas lo veo separar los granos que le gustan más, porque sí... los rojos no son sus favoritos. Eso no es algo de ahora, es lo que hace Juan siempre desde que notó que la fiera los hacía a un lado. Escucho unos pasos detrás de mí y después los brazos de Luna rodearme la cintura para posteriormente besarme la mejilla. Me giro hacia ella para darle un beso en los labios, uno que tarda varios segundos o minutos, hasta que Juan se aclara la garganta y dice:

—No me gusta ser el que corta el cachondeo, pero se nos hace tarde, Gabriel. —Lo miro dejar su computadora dentro del maletín y después volverse a Luna para preguntarle: —Lu ¿Crees que Pepe quiera enseñarme artes marciales mixtas?

—Puedo preguntarle.

—Perfecto. De todas formas, vivir está sobrevalorado.

Le pido a Juan que salga de mi casa, a lo que él con una risa accede y yo voy tras él. Le digo a Luna, como siempre, que cualquier cosa me escriba y después de darle un beso de despedida camino detrás de Juan quién me comienza a decir —otra vez— que mejor les venda mi alma a los Belrose de una sola vez. Qué bueno que no tenga que conducir con él dentro de mi auto y cuando nos reencontramos en el parqueo del despacho, él está hablando por teléfono y se mantiene así todo el camino hasta la oficina.

—Llegó algo para ti hace poco. —Escucho a Catalina en el momento que estoy pasando por recepción. Me detengo y dice que la dejó en mi escritorio. Además, me entrega una taza de café y unos papeles que necesitaba para esta misma mañana. Catalina trabajando finalmente. —Es una caja blanca, con un listón, como la del otro día.

Como la del otro día. Carajo.

Camino hacia mi oficina y sí, ahí está la caja sobre mi escritorio. Sí es verdad que se parece a la otra que recibí, pero esta es más pequeña. La abro con cuidado y me doy cuenta de

que lo que hay en su interior es un pasador de corbata y tiene la marca de Belrose.

Ni siquiera me voy a atrever a buscarlo en la web para saber el precio.

Oh, no tiene precio. La nota que hay dentro de la caja dice que es algo nuevo que todavía no sale al mercado.

Lo que es todavía peor.

Pero, en fin, me dejo caer en mi silla y me quito el pasador que traigo para usar el regalo de los papás de Lu. Solo espero que no explote. Le tomo una fotografía y después se la envío a ella, mencionando que al parecer soy el nuevo conejillo de indias de Belrose y pues... no, no me quejo. Mientras espero la respuesta de Lu subo la misma fotografía en Instagram, pero etiquetando las cuentas de *Sexychocokrispis* y *CandenteNutella*.

Bastante profesional mi perfil.

Dándole una revisada a mis notificaciones recientes, me doy cuenta de que además de comenzarme a seguir un grupo de personas que no conozco, me llama la atención un par de cuenta verificadas entre el montón.

Una es la de Max y la otra es la de François Belrose.

Casi escupo el café de regreso. Las cuentas profesionales de ellos continúan siendo todo lo opuesto a lo que yo conocí (*Sexychocokrispis* y *CandenteNutella*). Después de pensarla un momento... (a quién intento engañar, por supuesto que no la pensé y fui de un solo a seguirlos de regreso). Ahora me sigo mutuamente con dos personas con cuentas verificadas y no sé que voy a decir si a un caso alguien me pregunta al respecto.

Los siguientes días todo transcurre con más tranquilidad.

Excepto por el viernes, cuando Luna me pide atender a Antoine por un asunto legal urgente. No son sus padres, pero sigue siendo su familia. De todas formas, termina por convencerme y entonces conozco a Von Masow en la recepción. Lo cual no estaría mal, a no ser porque Melissa está presente y ve a Luna llegar con Von Masow y después a mí entrar con ellos a mi despacho.

Dejando eso a un lado, el resto sí transcurrió de lo más normal.

Hasta que me despierto el sábado por la mañana y caigo en cuenta que estoy a solo unas horas de conocer a Max y François Belrose. Fue Antoine quién me dio la idea de conseguirles un licor extranjero y yo recordé a mi cliente de Corea del Sur, así que toda la mañana me la paso consiguiendo la mejor botella y el tiempo se me va tan rápido que cuando me doy cuenta ya estoy camino a ser crucificado a casa de los papás de Lu.

Me sudan las manos y todo el camino, que tarda más o menos una hora, me la paso pensando en cual es la forma más correcta de presentarme. A ver, que esto nunca me había pasado antes, pero tampoco me había pasado tener dos suegros, famosos y con los que además bromeé cosas indebidas en redes sociales.

Finalmente llegamos, es una zona bastante lujosa y privilegiada para iniciar, dos hombres se toman el tiempo de investigar hasta a mis antepasados, pero en el momento que Luna les dice su nombre, nos dejan pasar sin más. Me doy cuenta de que el lugar es el triple de grande de cómo me lo imaginé, nunca había venido específicamente a esta zona. Estamos rodeando una cerca y ahí es donde Luna me dice que se subió y cayó al otro lado en presencia de sus papás a quienes al parecer no les hizo gracia. Me mira y no sé por qué sé qué es lo que va a preguntarme, entonces le contesto que ni de coña me lanzo por un muro. Se ríe y cuando estamos frente al portón llama por teléfono y se abre automáticamente.

A ver, de afuera parece un lugar inmenso, pero ahora que estoy entrando lo que tengo

frente a mí no es una simple casa, esto es una mansión. Hay una estatua con una figura que ni siquiera logro reconocer en medio de un jardín enorme al que tengo que rodear para llegar a la entrada y no es todo, también están tres autos deportivos aparcados a un lado, un Rolls Royce y una todo terreno de lujo al otro, pero lo que más me llama la atención, es la camioneta de mala muerte que está al lado. Un señor me detiene y Luna dice que puedo darle mi vehículo que él va a aparcarlo. Okey. Creo.

—No hay un francotirador dispuesto a dispararme en este lugar, ¿verdad? —Bromeo con Lu cuando me bajo de mi vehículo y miro hacia todos lados.

—Esperemos que no.

El señor presente se ríe, no sé si es por mi comentario o porque escuchó el tintineo de las llaves en mi mano temblorosa, en fin, Luna le saluda con un abrazo y cuando me presenta con él, me da un apretón de manos, me dice que se llama Emilio y que es el chofer personal de Max y François Belrose. Además, agrega:

—Siéntase como en su casa, señor Mariani.

Claro, porque eso se escucha tan fácil. Recuerdo el licor coreano y antes lo saco del asiento trasero. Le extiendo la mano a Luna después de despedirme del señor Emilio y ella me guía por las escaleras hacia la entrada. En el momento que abre, la escucho decir:

—Él es el papá de Ana, la vulpécula ¿La recuerdas?

—Espera... ¿tu amiga que ya no es tu amiga? Es decir ¿Ella sabe todo esto?

—Sí, hay un contrato de por medio, por eso no puede decir nada. No creo que quiera ir a la cárcel o que tenga diez millones para pagarle a mis papás. Lamentablemente, ha sido mi única amiga porque viajábamos mucho y ella vivía en esta casa con sus padres hasta que mis papás les regalaron una casa cerca. Después de eso venía todos los días. Cuando decidí irme de aquí ella se fue conmigo porque creía que seguiría gastándose el dinero que me daban Max y François, cuando se dio cuenta que congelaron las cuentas comenzó a robarme a mi jefa y a acostarse con mi ex.

—Bueno, con eso te hizo un favor.

—Y no me cabe duda.

Pasamos a la sala y... a ver, que no sé cómo describir el lugar, tal vez debería comenzar con el candelabro finísimo en el centro de la sala o las escaleras con vidrio a cada lado del salón. El lugar es grandísimo, blanco, iluminado, pulcro, pero al mismo tiempo tiene ciertos toques góticos. Con sillones a juego y una mesa con rosas inglesas. En el centro de la pared hay una foto de toda la familia junta, no es una fotografía antigua, pero tampoco reciente porque está presente la abuela de Luna, Margarita Belrose. A ambos lados de ella están los papás de Lu, la hermana de François, Lucía, detrás de su madre, a la par su hijo y al otro lado quién creo es el papá de Antoine, el dueño de Von Masow. Del lado contrario está la tía Elena. Luna está junto a François mientras que Luisa del lado de Max y justo detrás Pepe y el otro hermano de Max, Omer.

Vistos así, toda esta familia se ve intimidante.

Sí, sí los había buscado a todos antes de venir. No había forma que llegara y no supiera quién es quién, o su historia al menos en Wikipedia, porque sí... cada uno de ellos tiene su página en Wikipedia y cuentas verificadas en redes sociales.

—Y ahí está mi abuela Margarita. —Escucho a Lu. Pensé que refería a su abuela en el cuadro, pero lo que en realidad señala es el reloj de arena que está sobre una mesa de vidrio. Lo que más llama mi atención es que tiene oro. —Dijo que cuando muriera quería que sus cenizas estuvieran en un reloj de arena, porque ni muerta iba a perder su figura.

Entonces una señora se nos acerca con un par de bebidas en una copa. Es Champagne. Después de darle las gracias, Luna me pide que la siga y yo obediente lo hago. En la siguiente sala hay un piano de cristal transparente y una chimenea, desde aquí puedo ver el área de la piscina y al parecer vamos directo ahí. Sí. Me detengo al lado suyo cuando ya atravesamos toda esa zona y veo otra piscina bajando unas escaleras.

Estoy seguro de que desde algún sitio de todo este lugar Max o François deben estarnos vigilando, así me mantengo a cierta distancia de Lu.

Una avioneta sobrevuela sobre nosotros y pasa sobre la casa de los Belrose. También hay una pista de aterrizaje al parecer, además del espacio para el helicóptero que estoy viendo ahora mismo.

—Y ese es mi tío Omer. —Luna me dice, señalando el lugar por donde pasó la avioneta. —Creo que también ya debes saber quién es.

¿Quién no conocería a Omer? Si eres fanático del terror, claro. Típico hermano de Max.

En ese momento una señora está caminando a toda prisa hacia los dos. La he visto en fotos así que sé que esa es Lucía, la mamá de Antoine. Ella esboza una sonrisa al verme y después de darle a Luna un abrazo, se aclara la garganta y se vuelve a mí:

—Señor Mariani. Es un placer. —Me extiende la mano y yo la tomo justo cuando empieza a decir: —He escuchado mucho sobre ti en esta casa. François, Max, Luna... ahora hasta Antoine.

—Es un honor, señora Belrose.

—¡Uf! Qué bueno escuchar que alguien que llama por mi apellido y no por el de Paul Von Masow, mi ex. Pero cuando ya compraste acciones usando ese apellido es un poquito difícil quitártelo así por así. Ni modo. Pero tú llámame Lucía o tía Lucy, como más te guste.

Entonces me rio un poco, una risa de educación más bien y le contesto:

—Está bien.

—Ahorita tengo que llevarme a Luna un momento, necesito que me ayude en algo. —Lucía, o tía Lucy como quieren que le llamen, se acerca más a mí y bajando la voz, dice: —Que no te asusten Max y François, a ellos les gusta hacer bromas, pero nada que pueda matarte, no te preocupes.

Ah, carajo.

Luna me dice que ya regresa y yo me quedo solo ahí, viendo a todos lados con eso de las «bromas» mientras me tomo todo el champagne ¿Debería solo esperar? ¿O doy un paseo alrededor del lugar? No, mejor me quedo. Miro la cámara y creo que mejor parezco ocupado analizando las vistas.

En ese momento observo la camioneta chatarra de Pepe llegar a la entrada de la casa de los Belrose. Al momento que se baja del vehículo, como si alguien llamara su nombre mira en mi dirección y yo levanto la copa, a lo que él alzando ambas manos al aire me responde.

—Señor Mariani. —Escucho detrás de mí. Cuando me giro, me encuentro al mismo señor que aparcó mi auto en la entrada. Emilio. —Pase por favor, los señores lo esperan ¿Dónde está Luna?

—Se fue con Lucía, no debe tardar en volver.

—No se preocupe, yo le digo que usted ya está en el comedor.

A ver, como digo que prefiero esperar a Luna. Con suerte me la encuentro al cruzar la puerta, pero no... eso no pasa. Le dejo un texto a Lu. Emilio cierra la puerta a sus espaldas y después lo sigo a través de un pasillo que es muy oscuro para el resto de la casa. Llegamos a una

puerta al final y el corazón me está latiendo fuerte contra el pecho. Digo, dos hombres poderosos con los que bromeé en redes sociales están solo a una pared de distancia.

—Max y François pueden parecer intimidantes, pero ya en confianza son las personas más cool que va a conocer, ya verá. Luna es un mix de los dos.

«Ya en confianza» O sea, ahorita no.

Y me río.

—Qué bueno saberlo... creo. —Le muestro la bebida que traigo en manos y pregunto: —¿Cree que les guste?

—¿Es alcohol? Seguro que sí.

Escucho a Luna en el pasillo y caminando rápido llega hacia mí. Intercambia algunas palabras con Emilio y este abre la puerta para después despedirse y desearme suerte. Suerte, genial. Luna toma mi brazo y después de preguntarme si estoy listo, tira de mí hasta dentro de lo que sería el comedor... no lo sé porque está oscuro, tétrico y solo hay unas velas nada más.

—Solo dime que no van a ofrecer mi alma al diablo.

Entonces Luna se ríe, pero no desmiente ¿Sí me van a ofrecer en un ritual o no? Es en ese momento que escucho una voz profunda, grave, que ya conozco y parece venir desde más cerca de lo que pensé:

—Eso quisiéramos, pero Luna no nos deja.

Y la luz se enciende. Sí es el comedor y sí hay velas. Ahí están los dos, uno sentando a la cabeza del comedor y el otro de pie a la par sosteniendo una copa de vino. El segundo es Max, por supuesto o *sexychocokrispis* como lo conocí. Los dos me están viendo y al mismo tiempo dicen:

—Bienvenido.

Capítulo 57

Gabriel

Si en algún momento de mi vida se me pasó por la cabeza quererme desaparecer de algún sitio, ese momento es este.

Tantos hombres que hay en el mundo, tantos suegros que pude tener y el destino me tuvo que traer a la vida de ellos dos específicamente. Intimidantes, imponentes como me los imaginé. Y no lo digo solo porque sean poderosos, con redes sociales verificadas, con miles de artículos sobre ellos o porque venderían mi alma a satanás si Luna se los permite.

Mierda.

Y esa no es usualmente una palabra que yo use, pero es que este momento lo amerita.

—Gra... —Me aclaro la garganta, intento acomodar las palabras bien dentro de mi cabeza antes de hablar para sonar coherente, pero no sé qué otra cosa decir, así que me quedo con lo sencillo: —Gracias.

Y mejor no hablo nada más, porque presiento que voy a cagarla.

Los dos me están viendo. Ellos siguen en la misma pose y yo tampoco me muevo de donde estoy, porque tampoco sé que hacer. Después miran mi mano que sostiene la de Luna y vuelven sus ojos a mí.

Mejor la suelto.

—Bueno... —Comienza Luna. Se separa de mí para irse en dirección a ellos y quitándole la copa a Max, dice: —Papás, él es Gabriel. Gabriel él es Max y ya conocías a François. —Hace una pausa cuando dice esto y después agrega: —Max es sexychocokrispis y François es CandenteNutella.

Carajo, ¿Ahora qué hago? ¿Me acerco? ¿No me acerco? ¿Les doy la mano? ¿No se las doy? Mejor no, tengo las manos heladas. Recuerdo el licor, así que de todas formas sí tengo que acercarme. A ver, que me había pensado una presentación increíble dentro de mi cabeza, pero hasta ahora lo único que he hecho es sudar, tartamudear y darme cuenta de que el lugar parece sacado de una película de Drácula.

—¿Entonces sí te gustó? —Habla François señalando el pasador de mi corbata. Me aclaro la garganta de nuevo para contestar y se pone de pie para tomar la botella que le entrego. —Lo estamos pensando lanzar en la siguiente colección ¿Te parece funcional? ¿Cómodo de usarse?

—Al menos se quita más fácil que los gemelos del traje, eso es seguro.

Y los dos se ríen. Sí, me imaginaba que eso fue hecho a propósito.

François mira la botella y después se la entrega a Max quién le da un vistazo, arruga el entrecejo y pregunta:

—¿Es licor coreano?

—Así es.

Entonces su sonrisa se ensancha:

—Gracias.

Antoine tenía razón.

Me ofrecen un lugar, al lado derecho de François y me piden que me siente. No lo hago de inmediato porque estoy más concentrado en las pinturas en la pared de enfrente que no entiendo un carajo, excepto por la que parece ser un cerdo.

Y asumo que ese es Juan.

—Sí, ese es Juan. —Escucho de parte de Max. Ah, carajo ¿Es que también leen mentes? —Luna ya te debió contar la historia ¿no? Porque a mí me la recuerda siempre y ahora no puedo ver un tocino sin ver la cara de Luna reclamándome por unos benditos chicharrones que me comí hace catorce años.

A lo que ella replica:

—Chicharrones que eran Juan.

—Y después tuvimos que volvernos vegetarianos por los cuatro años siguientes y al parecer ese no fue suficiente castigo. —Continúa Max, aunque no está viendo a Luna, está viendo la pintura de «Juan» mientras se dirige a mí: —Ahora no puedo comer carne en paz porque me cargo alto trauma.

Entonces de la nada aparece un pájaro negro sobrevolando sobre la mesa y me provoca un susto de muerte. Pasa sobre mí, lo observo postrarse sobre el espaldar de una de las sillas del comedor y Max, habla:

—Este es Pepito. —Es un cuervo. Un bendito cuervo que se llama Pepito y está postrado frente a mí, viéndome con curiosidad o con ganas de matarme, ya no sé. —Pepito, él es Gabriel, no vayas a picarle los ojos.

A ver ¿Por qué vine aquí?

—No le creas. En inofensivo. —Habla Luna, intentando tranquilizarme tal vez... aunque eso no ayuda mucho cuando su siguiente elección de palabras es: —Pero por si acaso sí cúbrete los ojos.

Y el pájaro sigue viéndome.

Tomo el lugar que me habían ofrecido antes, pero sí esperando que algo no se lance hacia mí y me pique los ojos. Para no estar pensando en eso, les pregunto si la cena es con solo nosotros y dicen que no, que esperan a toda la familia. Santo escarabajo.

—¿Tomas? —Habla François. Ni siquiera he contestado cuando ya me están entregando una copa grande de vino, pero lo que más me llama la atención es la forma de la copa, porque parece que es una pata de gallina. —Sacamos las copas elegantes especialmente para esta ocasión.

Tienen oro.

Y Max lo confirma.

Tienen una bandeja de copas con patas de gallina hechas de oro.

—Al menos no es un escusado, como la taza de Lu. —De inmediato siento un apretón en mi pierna y después lo entiendo, justo cuando Max la mira y dice:

—¿La ta...? ¿Qué? ¡Luna! ¿Tú tienes mi taza de escusado?

Santa madre.

—Yo... eh... bueno...

Mierda.

—¡Oh por Dios! ¡Te llevaste mi taza de escusado!

—Te lo dije. —Habla François de nuevo. —Nadie más iba a tomarla del avión.

—¡Luna! Esa taza me la regaló un jeque de Arabia Saudita. Monté un operativo buscando esa bendita taza ¡Que alguien me de paciencia, por favor!

Okey, eso significa que tengo una taza que pertenecía a un jeque de Arabia saudita en mi propia casa... y que tiene forma de escusado.

—No es para tanto. —Habla Luna y se termina de beber la copa de vino de golpe. —Tú

puedes conseguirte otra.

—¡Sí! Si él estuviera vivo todavía.

Corrección: Tengo una taza que pertenecía a un jeque muerto de Arabia Saudita en mi propia casa.

—¿Ese es un perro? —Pregunto, para detener la discusión. Y sí funciona. Todos miran en dirección a la pintura en la pared. Sí sé que es un perro, pero este tiene un traje y moño. —Que... que elegante.

—Oh sí. Ese es Bruno. Luna lo trajo después de una peda diciendo que Juan reencarnó en él ¿Sabes qué es lo peor? Que todos estábamos tan borrachos que le creímos.

Y yo me río. Me alegro de que eso al menos detuvo la discusión y cuando Luna se pone de pie, François dice:

—Y después Luna ya no se hizo más cargo de él.

—¿De qué hablas? —Está caminando hacia la ventana, pero se gira y agrega: —Ustedes no me dejaron llevármelo.

—¿Y dejarlo que viviera como indigente? Por supuesto que no.

También hay una rata entre los cuadros. Sí, con moñito y todo. Es una rata gris. Max de nuevo:

—Ah, esa es María Conchita. Luna se la encontró casi recién nacida y se la trajo a casa. No íbamos a tirarla, no somos unos monstruos. Entonces vivió aquí hasta que estiró la pata.

No quiero pensar que algún día me encuentre una tarántula viviendo en mi casa.

—Papá, Gabriel habla italiano.

Entonces François me pregunta en italiano si eso es verdad. Yo le digo que sí, además tenemos una pequeña conversación en ese idioma. Menciona además que él sabe siete idiomas y eso ya lo había leído en su página de Wikipedia y yo se lo digo sin querer.

—¿Así que nos *stalkeas*? —Pregunta Max, poniéndome más vino en la copa. A ver, que a duras penas he tomado unos cuántos sorbos y ya me llenó la copa otra vez.

—Ustedes me *stalkean* a mí, así que estamos a mano.

Presiento que tienen ganas de tirarme desde el tercer piso.

En ese momento el cuervo alza su vuelo otra vez pasando por encima de mi cabeza provocando que el corazón casi se me salga del pecho. Tal vez lo de tirarme por el balcón no va a ser necesario porque este animal va a matarme del susto. Entonces Luna dice que Luisa está llegando y después menciona que ya regresa.

Y yo quiero decirle que por favor no me deje aquí solo, pero no me atrevo.

—Está bien. —Y me pasa besando la mejilla antes de retirarse. Al menos fue en la mejilla. Le doy un vistazo antes de verla desaparecer tras la puerta y cuando me vuelvo a los señores frente a mí me encuentro con la mirada inquisidora de ellos. Tomo un sorbo del vino y lo único que se me ocurre es: —Bonita casa.

—¿Qué hacía un abogado joven y exitoso en una aplicación de citas por internet?

Ah, carajo. Mal vamos.

—Yo... a ver —Me aclaro la garganta. —No fue mi idea, en realidad. Fue de Juan...

—¿De Juan? —Interrumpe ahora Max, quién ha tomado el lugar frente a mí al otro lado del comedor. Incluso tiene los dedos cruzados sobre la mesa viéndome fijo. —¿El abogado al que tú mismo nos referiste?

—Sí.

—¿Te hizo una cita por internet sabiendo que alguien podía matarte? —A ver... no tengo

nada que decir contra eso. Mi única defensa es que, obviamente, no resultó así, porque estoy aquí y sigo vivo, pero al parecer no me escucharon: —¿Nos referiste a una persona que te arrastra a ti a tomar malas decisiones? ¿Que nos puede esperar a nosotros?

Mierda.

—Deberíamos cancelar esa cita el lunes.

Otra vez: Mierda.

—No, a ver... Juan es la persona más profesional que conozco, les juro que no van...

—Llamaré a mi asistente, le pediré que cancele...

—No, señor Belrose. Le aseguro que...

—François, puedes llamarme François...

—Está bien... François...

Y se pone de pie, está marcando un número y yo intento detener lo que va a hacer. Max continúa diciendo que ya no hay nada ahora que los haga cambiar de opinión, porque Juan no parece muy sensato. Ahora Juan va a matarme y todo el despacho se va a venir contra mí.

—¡Na! es broma. —Dice, volviendo a sentarse. Se sirve vino y yo me quedo petrificado viéndolos a los dos tomar su bebida tan tranquilos. Entonces se ríen y yo, yo ya no sé ni qué hacer. —¿Vienes a mi casa y traes un reloj de la competencia?

El reloj. Otra vez: Mierda.

Me lo había quitado el día que hablé con él en el despacho y hoy lo olvidé por completo.

Ya valí madres.

—Yo... eh... —Ante la mirada del señor Belrose o François, intento buscarme una excusa, pero no tengo nada. Mi cabeza está en blanco. Así que digo la verdad: —Se me olvidó por completo ¿Ok? Este fue un regalo.

—Siempre y cuando no haya sido un regalo de tu ex.

—No fue un regalo de mi ex. Fue un regalo de Juan.

—¿Juan, quién se supone será nuestro abogado, te dio un regalo de la competencia?

Mierda. Mil veces mierda.

Mejor ya alguien elimíneme del planeta.

—¿Saben qué? Ya denle mi alma a quién ustedes quieran de una buena vez.

—Vienes a mi casa usando cosas de la competencia, ya no nos interesa tu alma.

Me rio, pero es una de esas nerviosas porque sé que ya no puedo cagarla más. Por primera vez en la vida agradezco que Elías me llame, porque ahora mismo tengo una excusa para decir que tengo que atender y así lo hago. Me pongo de pie y cuando estoy intentando abrir la puerta me doy cuenta de que no puedo. No es una simple puerta corrediza, uno de los papás de Lu toca un botón y se abre automáticamente.

Cuando salgo al jardín, lo primero que digo es:

—¿En qué lío te metiste ahora?

—En ninguno. —Dice entre risas. Okey, eso es sospechoso. —Solo te llamaba por algo que escuché en la cocina. Te iba a mandar el audio, pero a ti te gustan los resúmenes. Veinte dólares y te cuento todo en veinte segundos.

—¿Qué tu página no te está dando dinero?

—¿Quieres el resumen o no? —Le digo que no, pero de todas formas comienza a contármelo. Casi no me sorprende nada de lo que escucho. Sí me lo imaginé: —En pocas palabras, Ed le dijo a mamá que tú estás bastante feliz con que te estén poniendo el cuerno porque eso te traerá un contrato millonario. Que Von Masow entró a tu despacho y que ahora

tienes un pasador de corbata de la marca Belrose.

Lo escucho reírse, decirme que no quiero escuchar el resto, pero lo sigue hablando. Desde aquí observo a Luna a cierta distancia, con ella está Luisa y después la que parece llegar es Elena, la tía de Lu. Veo que abraza primero a una, después a la otra y después a las dos. Y sí, me doy cuenta de que Luisa tiene bastante parecido con la tía Elena y también muchos rasgos en común con Lu.

—Entonces... —Continúo escuchando a Elías. —Cristal sacó un artículo de Antoine Von Masow, estaba en francés y no sé cómo lo tradujo, el punto es que decía que el chico es de mente abierta y cree en el poliamor ¿Entonces adivina qué?

En ese momento Luna mira en mi dirección y esboza una sonrisa saludándome con su mano y después veo que viene en mi dirección. Contesto la pregunta de Elías porque ya tengo que colgar:

—Tú dime.

—Que no te cree capaz de tener una relación poliamorosa, pero sí una relación abierta con Luna con tal de que te traiga clientes como Von Masow. —Elías se carcajea y mi reacción es arrugar el entrecejo. Lo peor de todo es que sí suena a algo que sacarían en conclusión Melissa o Cristal. —Le prometí algo a Luna, así que por eso no les restriego en cara lo que sé.

—Espera... ¿Tú sabes qué cosa?

—No te hagas, Gabriel. Me pasé todos estos meses intentando encontrar a Luna y estaba más fácil buscar a Pepe, que no es Pepe. Aunque no diré nada, por mucho que Ed Sheeran me provoque.

Suelto una risa y le digo que tengo que irme. Además, me dice que le pague con una suscripción a su página web.

—No, adiós Elías.

Queda hablando, pero yo cuelgo.

Entonces, una voz masculina proveniente de una bocina me da un susto de muerte:

—Gabriel... estás pisando mis orquídeas. —Miro de donde viene la voz, hay algo como un parlante, a la par de la cámara. Miro mis pies y sí, estoy pisando una orquídea. Carajo. En mi defensa, esa ya debía estar así.

En fin, conocer al resto de la familia de Lu es más fácil. En la cena todo transcurre con normalidad, al menos hasta la mitad de la comida cuando un señor trajeado de los que se mantienen rodeando la casa de los Belrose interrumpe. Solo lo miro de reojo y estoy a punto de preguntarle a Luna si eso es normal cuando escucho:

—El señor Soza quiere entrar, dice que tiene asuntos pendientes con la señora Elena. Que si no tirará la puerta.

—¿Está borracho?

Entonces desde afuera se escucha:

—¡Elena! ¡Caterine Elena! Sé que estás ahí, maldita sea. No me vas a seguir ignorando más. —Elena quién estaba a punto de llevarse un bocado a la boca se detiene. Escucha atenta y después suelta una maldición. —¡Elena! ¡Amore!

—¿Quién es ese señor Soza? —Le pregunto a Luna. Se encoge de hombros y contesta:

—Pues... se supone que el ex esposo de la tía Elena, pero nunca llegaron a divorciarse legalmente porque ella no quiere darle la mitad de su empresa, así que continúa siendo su esposo. La marca de la tía Elena genera más que la productora de telenovelas de Vladimir.

—Sí está ebrio, señor. —Dice el guarda de seguridad a François. Intercambia con él unas

palabras que no logro escuchar. El tal Vladimir no espera, la puerta se abre de par en par, entonces todos sueltan un bufido al mismo tiempo que él hace acto de presencia y Max desde la otra cabecera de la mesa, dice:

—¡Ah, carajo! Elena, dile a Vladimir que se vaya, no tenemos tiempo para formar parte de sus telenovelas, tenemos un invitado y no queremos que piense que estamos locos.

Okey, entonces esto puede llegar a ponerse peor.

—¿Debo preocuparme? —Le pregunto a Lu con mofa, pero en realidad sí hablo en serio.

—No.

Okey, como ella sigue comiendo, yo también.

—Vladimir, vete, por favor. —Habla la tía Elena poniéndose de pie. —Estás borracho ¿Quieres que vaya a sacar mi escopeta? No ¿verdad? Entonces no me hagas pasar vergüenza.

¿Escopeta? ¿Qué diablos?

—¿Te preocupa más pasar una vergüenza? Tú estás aquí, con otro... —Okey, el hombre a la par de la tía Elena es «el otro». El tal Vladimir parece estar llorando, se limpia las lágrimas y dice: —Me estás poniendo el cuerno.

—¡Yo no te estoy poniendo el cuerno! Tenemos claro que ya no estamos juntos desde que decidiste irte de luna de miel con tu asistente ¿no?

—¡Ella no significó nada!

—¡Que alguien lo saque de aquí, por favor; porque yo lo mato! —Entonces el hombre que avisó a François intenta tomarlo del brazo, pero él hace resistencia y le dice que le dé un momento. —Vladimir, valórate.

—¡Elena! —El hombre se pone de rodillas y comienza a avanzar hasta la mesa. —No puedes dejarme ¡No me dejes! ¿Qué voy a hacer sin ti? —Comienza a llorar más en serio. —¡Eres el amor de mi vida!

Max, de nuevo:

—Vladimir, te vas a despertar mañana y recordarás todo este ridículo que estás haciendo frente a nosotros. Ojalá no, pero de todas formas yo te lo voy a recordar siempre riéndome de ti, solo no te enojes.

—¡Tú cállate Max! —Menciona el hombre ebrio. —Eso es entre Elena y yo ¿Quién es este idiota que está contigo, Elena? ¡Oh por Dios! ¿Eres tú Leonardo? ¡Eres como mi hermano! ¡Te mato! ¡Te mato en serio!

Y saca un arma. El sujeto tiene un arma y ahora está apuntando al hombre que está a la par de la tía Elena, quién también parece conocerlo, intenta calmarlo y Max tirando el tenedor al plato se pone de pie molesto:

—¡Vladimir, aquí no! No quiero que mi casa aparezca mañana en las noticias por un asesinato que cometiste. Están mis hijas aquí y tenemos un invitado. Si quieres, espera a Leonardo en la esquina cuando salga.

—¡Max! —Ese fue el tal Leonardo.

—O dispara de una vez entonces porque nos estás arruinando la cena. —Entonces el sujeto ahora lo apunta a él. Ah, carajo. Max suelta un bufido. Todo mundo está viendo del tal Vladimir a Max, pero parecen tan tranquilos, así que me relajo. —Si vas a dispararme hazlo, así ya salimos de esto y te vas.

—¡Ah! ¿En serio? Está bien. —Le tipo carga el arma. Mierda.

—Solo te aviso que aquí está uno de mis abogados y te va a refundir en la cárcel sin lástima. —Y me señala a mí y ahora el tipo me está viendo. —Adelante, dispárame.

Ahora me apunta a mí. Carajo, carajo. A ver, que cuando dije que mejor alguien me eliminara del planeta no hablaba en serio ¿Okey? Automáticamente levanto las manos, pero Luna me dice:

—No te preocupes, no va a disparar.

Pero entonces el tipo sí dispara, pero no a mí... hacia Max, aunque no le pega a él, la bala da en la pared. Ahora sí todos se alarman. El mismo hombre que avisó de su presencia saca un arma y le apunta, le pide que salga ahora mismo. Max se acerca a Luisa, le dice algo, esta saca una pistola de su bolso y se la entrega a su padre.

—Le hiciste un hoyo a mi pared, Vladimir. —Le dice Max mientras lo apunta. François le dice algo al guardaespaldas y este avisa a través de un *walkie talkie*. —Gabriel ¿Cuánto tiempo estaré en la cárcel si lo mato?

—Aquí nadie va a matar a nadie. —Habla la tía Elena poniéndose de pie. François y Luna continúan comiendo con tanta tranquilidad como si no están a punto de matarnos a todos. Lu le está pasando las aceitunas al plato de él y me pregunta a mí si quiero. Yo... no sé qué hacer ¿Sigo comiendo también? ¿O mejor no? Tomo mi lugar otra vez ¿Qué tal si este hombre comienza a matarnos uno por uno?

Entonces, se escucha un balazo, después otro y después el siguiente. Vamos a morir. Ahora sí parece que entran en pánico, llegan dos hombres más, o tres. Pepe se levanta muy molesto de la mesa y cuando se acerca la tal Vladimir, lo noquea de un solo golpe.

—Solo tírenlo allá afuera.

Y eso es todo. Ya vuelve la tranquilidad. El tío Pepe regresa a la mesa, toma su lugar y continúa comiendo como si nada pasó, todos están viendo de él a Vladimir tirado en el piso y yo todavía intento procesar estos últimos minutos de mi vida.

Max dice:

—¿Lo ves, Elena? Eso es lo que provocan tus jabones «Ven a mí».

Todos se quedan en silencio. Max se regresa a la mesa para continuar con su cena, hasta que la hermana de Lu se pone de pie, se aclara la garganta y suelta:

—Familia, estoy embarazada.

Capítulo 58

Gabriel

De todas las cenas a las que me han invitado en mi vida, esta se lleva el primer lugar a la más...

No sé ni cómo describirla.

Hasta ahora, nunca había tenido a un sujeto apuntándome con un arma, a un ave con ganas de sacarme los ojos y a toda una familia viendo por la ventana como tiran a un hombre inconsciente al patio.

Y tampoco había estado en la situación donde uno de tus suegros, después de presionar un botón, les diga a los hombres arrastrando al tal Vladimir afuera de la casa:

—Tírenlo de lado para que no se ahogue. —Y supongo que así fue como me gritó lo de las orquídeas; pero ese no era el punto, sino que después Max se volvió a mí y dijo: —Para que mires que no somos malos.

—Qué bueno saber que se preocupan por los demás.

—Somos unos ángeles.

Creo que estaba siendo sarcástico.

O no.

Obviamente todo eso había pasado después de que Luisa les dijera que estaba embarazada, por supuesto; porque antes todos habían entrado en estado de shock, mucho más cuando les dijo que el padre de su hijo es un compañero de trabajo con quién no tiene ninguna relación y además agregó:

—Mírenle el lado bueno, al menos sí sé quién es el padre.

Max dijo que le iba a dar un infarto, François casi se atraganta con ensalada, Omer dijo que por experiencia era seguro que eso terminaba en boda y que huyera, Elena mencionó que no diría su comentario en público y Lucía dijo que nunca se mandaba al soldado sin casco, que eso se lo había repetido toda la vida.

Lo bueno de todo eso es que yo dejé de ser el centro de atención por un rato.

Todos vieron de Luisa a Luna y después de preguntarle si ella sabía, les contestó que sí, luego se quedaron viendo entre ellos, miraron a Pepe y este, quién era el único concentrado en su comida sin meterse en la conversación, confesó:

—¿Qué? Yo no lo sabía ¿Ok? Digo, sabía lo de Fede; pero no...

—¿Fede? ¿Se llama Fede?

Luisa soltó un bufido y se sentó a continuar su cena. Estoy seguro de que en ese momento Fede estaba feliz en la sala de su casa, sin siquiera imaginarse que era el tema de conversación en una familia que tienen copas de oro en forma de patas de gallina.

De pronto Max exclamó:

—¡Por Dios! ¿Desde cuándo Luna es la más sensata de las dos?

Sí me reí, aunque lo disimulé por supuesto; tal vez fue por la expresión indignada de Lu o por el asentimiento de todos, pero entonces volví a la seriedad cuando me preguntaron:

—¿Tú también conoces al tal Fede?

—Ah... bue... —Me aclaré la garganta. —Sí, sí lo conozco.

—O sea, somos los únicos que no sabíamos nada —le habló Max a François mientras

éste le contestó que sí y miró a Luisa. —¿Sabes? Al menos esperaba globos, una cajita con ropa de bebé como lo anuncian las personas normales y que al menos nos dijeras que sí hay un novio, no un tipo *random* que conociste en el trabajo y ni siquiera sabemos quién es. Eso todavía es peor que conocer gente en una app de citas.

—Pues... así como personas normales no somos. —Y Luisa se volvió a mí. Carajo. —A ver, Gabriel ¿a cuántas cenas has ido donde un loco ebrio te apunte en la frente? Ni siquiera cuando has representado a narcotraficantes ¿verdad?

Pues... a ver, que todavía no he representado narcotraficantes tampoco.

Y se lo digo a Max cuando pregunta:

—¿Representas a narcotraficantes?

—No... no... aún.

—No metamos a Gabriel en esto. —Aleluya. —Suficiente ha tenido hoy con estar usando un reloj de la competencia que le regaló la persona que supuestamente será nuestro abogado, haberse parado sobre mis orquídeas y que Vladimir lo haya apuntado con un arma en la frente.

Mierda.

A todo.

En fin, decir que cené tranquilo... pues no.

Al menos sobreviví, salí con mis ojos intactos y no ofrecieron mi alma a ningún ente.

No que yo sepa.

Después de despedirme de todos y que me hicieran prometer que iba a volver pronto, salgo de la casa mientras espero que Lu termine de hablar con la tía Lucy, en el acto casi me tropiezo con el tal Vladimir quién sigue inconsciente en el piso. Uno de los guardas de seguridad está cuidándolo, al menos. Pero no puedo evitar fijarme en su respiración, solo para asegurar que está vivo.

Hago lo más sensato que se me ocurre y eso es moverlo con la punta del pie.

Nada. Absolutamente nada.

De: Juan

¿Cómo sigue la cena con tus suegros?

¿Todavía no te venden en el mercado negro?

Miro el mensaje de Juan, justo después de mirar una vez más a Vladimir, entonces contesto:

Para: Juan

No, solo casi me vuela los sesos un tipo llamado Vladimir al que lanzaron inconsciente en el patio, hay un cuervo llamado Pepito con ganas de sacarme los ojos y casi me expulsan de la casa por el bendito reloj de la competencia que me regalaste.

De: Juan

Espera ¿Fuiste a conocer a tus suegros dueños de Belrose con un reloj de otra marca?

¿Y quién diablos es Vladimir?

Miro al sujeto Vladimir y le tomo una foto tirado en el suelo.

Para: Juan

Es un productor de telenovelas que, al parecer, sigue casado con la tía de Lu.

Con esa foto lo busco en Google y sí, me envía resultados. También tiene página de Wikipedia y hay algunas fotos con la tía de Lu. Es verdad que su productora genera menos que la empresa de Elena. Selecciono la primera pregunta de Juan y le respondo:

Para: Juan

Que tú me regalaste.
De: Juan
Pero ellos no lo saben.
Para: Juan
Bueno, ahora sí.
De: Juan
¿Qué?¡¿Qué les dijiste qué!?
Para: Juan
Más te vale que seas bueno convenciéndolos.
De: Juan
¡¿Qué?! Carajo, no me contratan y ya van a despedirme por tu culpa.
¿Qué más dijiste? ¿Con qué más tengo que prepararme?
Para: Juan
Que no eres muy sensato, porque me inscribiste en un sitio de citas.
De: Juan
¿Y te arrepientes?
Para: Juan
No.
De: Juan
Ok, me voy a guardar este mensaje.
Por cualquier cosa.

En ese momento escucho los pasos de Luna acercarse, cuando me giro se abalanza hacia mi provocando que dé un paso hacia atrás para evitar caernos, enrolla sus piernas alrededor de mi cintura y yo me rio cuando la sostengo. Une sus labios con los míos y yo le correspondo el beso con la misma energía, entonces por algún motivo que desconozco, me da por abrir los ojos y miro a los papás de Lu en la puerta. Me detengo y le digo:

—Tus padres... nos están viendo.

Entonces la suelto. Le provoca una risa, pero se baja y una vez que sus pies tocan el suelo me despido por última vez de los dos señores quienes también responden la despedida y al mismo tiempo me voy hacia mi auto y le abro la puerta a Lu.

Es hasta que ya estamos a medio camino en dirección a mi apartamento, que me dice:

—¿Sabes? Me preocupaba que conocieras a mis padres, pero creo que todo ha ido bien ¿Cómo te sientes?

—Bueno, había un sujeto medio muerto en su jardín.

—Siempre sobrevive, no te preocupes. Es como una plaga de esas resistentes.

Quiere decir que eso ya ha pasado antes.

Al menos el día siguiente todo transcurre con tranquilidad. Y solo menciono el día siguiente, porque el lunes por la mañana llego a mi oficina y tengo un reloj de cristales como regalo de parte de Max y François Belrose. El martes recibo una llamada de la tía de Lu porque el tal Vladimir solicitó el divorcio reclamando el cincuenta por cierto de las ganancias de la marca de Elena. Y el miércoles, despierto con la noticia de que Vladimir Soza ha demandado a los Belrose.

Aunque dije que no trabajaría con la familia de Lu, el caso de la tía Elena me comprometí a llevarlo a cabo yo personalmente —y porque además el tal Vladimir no me cayó nada bien— así que el mismo martes se apareció a mi oficina y, desgraciadamente, coincidió con la presencia

de Cristal quién estaba en la entrada de la sala de conferencias. Aunque tal vez no se hubiera enterado, a no ser porque todas las miradas del despacho se postraron en Elena y hasta la de su compañero de trabajo que la acompañaba dejó de hablar solo para admirar a la tía de Lu unos minutos.

Es que quién no reconocería a Elena Betancourt, ex miss universo, fue estrella de videos musicales, modelo, también actriz de telenovelas, cantaba, bailaba y ahora es una diseñadora exitosa, con una marca que genera millones, sin mencionar que es una mujer despampanante y justo en el momento que Juan la ve, me dice:

—Al menos ya sabes que Luna se verá bastante bien a los cincuenta y tantos.

Mencionando a Juan, la demanda de Vladimir Soza a los Belrose agilizó el proceso y ni siquiera se acordaron de que él fue quién me regaló un reloj de la competencia cuando escribieron al despacho para tener una cita con Juan. Así que el miércoles la oficina se llenó de guardaespaldas y mientras François hablaba con Juan, Max estaba afuera tomándose fotos con todos los del despacho, hasta mi jefa.

Creo que fui el único que no pidió tomarse una foto con Max.

Y lo único que yo quería era no verme sospechoso.

Aunque a Max, en pleno piso, se le ocurrió decir:

—Quiero una foto con ese abogado.

Sí, ese abogado era yo.

En fin, de pronto el despacho se estaba llenando de gente famosa y nadie, ni siquiera mi jefa sabía cómo. Y tampoco yo iba a decirle por qué. Cuando me preguntó el motivo por el cual no quise hacer el contrato con los Belrose le dije que ya tenía bastante trabajo con Anton Von Masow y a Elena Betancourt. Y no mentí.

Eso al menos pareció convencerla.

Mucho más cuando en menos veinticuatro horas recibió la respuesta de los señores Belrose y sí, habían aceptado trabajar con Juan. Justo en el momento que él entra a mi oficina para decirme que lo acompañe a la casa de François, yo ya tengo la invitación en Instagram de parte del mismísimo «CandenteNutella».

Otra invitación a su casa...

Y todavía no me recupero del trauma del encuentro anterior.

Pero sí, sí acepto, no tengo de otra.

Solo espero que no se aparezca otro hombre con ganas de volarnos los sesos y eso se lo digo a Juan, él se queda pensativo un momento y después, como recordatorio, le digo que se quite el reloj. Me pongo de pie para salir de la oficina y antes de cerrar la puerta, tengo un segundo mensaje suyo:

De: CandenteNutella

Te enviaré una ubicación, los espero ahí.

Cuando le muestro el texto a Juan, su única respuesta es:

—Espero que no sea que nos van a tirar a un volcán como ritual.

Yo me río, pero muy en el fondo sé que puede tener razón.

Solo por cualquier cosa le re-envío la ubicación a Lu.

La respuesta de Luna llega cuando estoy a la mitad del camino que su padre me compartió, en su texto menciona que ese es un lugar privado de donde parten los helicópteros de François. Dijo «los». En el momento que le repito a Juan lo que Luna me dijo, él parece no estar poniendo atención, porque su respuesta es:

—Luisa y Luna son hijas biológicas de Max y François. —Está leyendo algo en su teléfono y continúa: —Estoy viendo un artículo de hace como veinte años. Lo que nunca dirán es cuál de ellas es hija biológica de Max y cuál es de François, o si son ambas de solo uno de ellos, porque eso les parece irrelevante. Después de conocer en persona a Elena Betancourt, me doy cuenta de que todos estos rumores sobre que ella podría ser la madre biológica de ambas pueden ser ciertos. —Juan suelta una risa y agrega: —Hay que decirle a Cristal que Luna es más planeada que ella y todos sus hermanos juntos.

—¿En serio has estado todo este tiempo investigando todo eso?

—Tengo que conocer a mis clientes, Gabriel. —Ya estoy entrando al lugar que el señor Belrose me compartió. De lejos logro divisar a François, sí... es él, hablando con dos hombres que le entregan unos auriculares. —Te das cuenta de que esta gente no sabe lo que es echarle agua al shampoo, ¿verdad? Los Belrose son una dinastía, tienen dinero desde el abuelo del tatarabuelo del bisabuelo del abuelo de François. Y los Hadid, por parte de Max, además de estar en Hollywood, son una familia de empresarios, la mamá de Max es Angelita Rodríguez, fue una famosa actriz, cantante y modelo en su época, por lo que veo fue de ella tomaron el apellido al parecer.

—Luna ya me había contado lo del apellido.

Pero Juan me ignora y continúa:

—El papá de Max, fue un petrolero importante, un negocio de generación en generación. Lo que te quiero decir con todo esto, es que esa familia está hecha de dinero desde los años veinte antes de Cristo ¿Quieres saber cuánto dinero tienen esos dos hombres juntos?

—No, gracias.

Estoy aparcando y antes de bajarme, escucho a Juan decir:

—Pues yo sí.

Y comienza a leer otro artículo que encontró en su teléfono mientras baja de su lado del vehículo. Le tengo que pedir que pare su lectura porque el señor Belrose ya está acercando, hasta le tengo que dar un golpe con el codo porque no se detiene. Cuando finalmente lo ve, se guarda el celular y además, sigilosamente, abre la puerta de mi vehículo y tira su reloj dentro.

—Caballeros. —Dice él. Primero me extiende la mano a mí y después a Juan quién es como si tuviera dos personalidades en una. Una es la persona bromista del despacho y la otra es el hombre serio que presenta frente a los clientes. —Bien ¿Nos vamos?

—¿En helicóptero? —Cuestiona Juan aclarándose la garganta.

—Por supuesto.

Cuando él se gira para que lo sigamos, Juan me da un vistazo de esos que me dicen que está a punto de gritar, pero al mismo tiempo tiene que mantener el porte recto y serio. Un par de hombres nos entregan unos auriculares y unas gafas, Juan Pablo es el primero en subirse y casi se ahoga en su propia saliva cuando escucha a François decir:

—¿Luna te ha contado que sabe manejar helicópteros?

—Sí, lo mencionó una vez.

Justo antes de despegar y cuando el señor Belrose comienza a decir en francés a través de su micrófono, Juan se aclara la garganta y sigilosamente me dice:

—Ah cabrón, tienes tu propia Christian Grey.

Hijo de su... madre.

Por suerte no agrega otra tontería más porque François se vuelve a nosotros y pregunta si estamos listos. Le contesto que sí y Juan le da un asentimiento, una vez que despega se me da

por preguntar:

—¿Y usted también le enseñó a manejar vehículo? —Entonces el señor Belrose suelta una risa y contesta:

—No, ese evidentemente fue Max.

La vista desde el helicóptero de toda la casa de los papás de Lu, parece ser todavía dos veces más grande que como ya la había visto. Hay hasta una cancha que no había logrado apreciar, un jacuzzi muy cerca de las dos piscinas y una pista de aterrizaje para avión. Una vez que el helicóptero toma tierra, el primero en bajar es el señor Belrose seguido lo hacemos Juan y yo. Cabe destacar que también hay carritos de golf que te llevan desde el lugar de aterrizaje del helicóptero hasta la casa. Entonces Juan, mirando alrededor, me susurra:

—Me acaban de decir pobre como cincuenta veces.

—Y todavía no has visto la casa por dentro.

Solo tiene que ver de lejos el área de la piscina, para que a Juan casi le de un infarto y después casi entra en coma cuando observa que hay un avión con el apellido Belrose. La casa tiene como tres entradas y la que tomamos ahora no es la principal por donde entramos con Lu. En la entrada de ese otro lado está Max, sostiene un iPad y está junto a una señora de limpieza tomando café. Cuando nos mira y se pone de pie, a Juan le da el siguiente soponcio del día, cuando el pájaro negro le pasa volando sobre la cabeza.

—Te mereces eso por haberle regalado a Gabriel un reloj de la competencia.

Juan se aclara la garganta y se acomoda el saco para volver a su porte de seriedad cuando contesta:

—Siempre y cuando salga vivo de aquí, le prometo que le quito ese reloj y lo quemo frente a usted como evidencia.

Y hace una reverencia que, sexychoc... digo, Max, mira con el entrecejo fruncido.

—Sigo ofendido, pero lo tomo.

Después de fingir indignación, nos da la mano y extiende su brazo para que vayamos en la dirección que nos indica. El iPad lo ha dejado sobre la mesa y cuando paso al lado de la mesa puedo notar que estaba viendo accesorios para bebé en línea. Como ya había mencionado anteriormente, esta es una entrada distinta, pero luce casi como la principal a excepción de un piano que tiene unas figuras sobre la base de madera. Le digo que el piano me gusta, a lo que él contesta:

—Gracias. Es nuevo. Apenas llegó esta mañana porque me regalaron esas rosas y no tenía donde ponerlas, así que compré ese piano.

Algo casual.

Entonces Juan me mira, pero se reserva su comentario cuando el señor Max se vuelve hacia los dos antes de abrir una puerta.

Atravesamos unas cuantas salas más, entre ellas una donde están otras fotografías y llegamos hasta el despacho que asumo es el de Max por todos los premios musicales dentro de un estante enorme. Detrás de nosotros entra François y solo los escucho hablar sobre alguno de los puntos del contrato con Juan mientras yo estoy concentrado viendo cada uno de sus logros y reconocimientos sobre la pared. Me detengo en una fotografía que me llama la atención, una niña con un pastel que tiene número cuatro y estoy seguro de que esa es Lu.

Le tomo una foto y se la envío.

—Gabriel... —Escucho a Max hablarme. Me giro y veo que tiene los papeles de Juan en mano, pero se recuesta en su respaldar y me dice: —¿Dejarías a Luna si yo te digo que la única

forma que yo firme este papel es si terminas con ella?

Ahora tengo tres pares de ojos puestos en mí y Juan parece estar a punto de entrar en pánico, de todas formas, ni siquiera me pienso la respuesta:

—No, por supuesto que no.

Entonces Max se ríe y le habla a Juan:

—Okey, dame ese lápiz.

Capítulo 59

Luna

Después de esa cena, las cosas volvieron a la normalidad.

Bueno, tal vez no tanto así «a la normalidad». Quiero decir, Vladimir, el casi ex marido de la tía Elena, despertó al día siguiente en el patio de la casa de mis papás, con resaca y decidido a tomar el camino de la violencia —de nuevo—, pero los guardaespaldas no lo dejaron. Entonces el otro día después de ese apareció con la demanda de divorcio, una amenaza sobre pelear la mitad de la empresa Betancourt y después prosiguió con una demanda contra Max y François porque lo tiraron al patio como un perro muerto. Okey, él mismo se llamó perro muerto, no yo ¿Okey? El punto es que él se enojó todavía más cuando la respuesta de Max fue:

—¿Qué te pasa? A todos nuestros perros los hemos tratado bien, hasta cuando se mueren ¿De dónde sacas que los tiramos al patio? ¿Estás loco?

—O sea ¿Sí me estás comparando con un perro?

—No ofendería a los perros de esa forma.

Vladimir y Max nunca se habían llevado bien.

En fin, al menos el día de la cena Gabriel no salió corriendo. Soportó toda esa velada de locos y todavía aguantó las bromas de Max y François, tomó vino en las copas elegantes y platicó un rato con la tía Elena y la tía Lu. Gabriel había logrado caerle bien a todos ¿Y cómo no? Si es un hombre simpático, inteligente, educado y encantador. Si dejamos a un lado el momento tóxico de Vladimir, me parece que todo salió perfecto.

En todo caso, le pregunté su opinión y su respuesta fue:

—Bueno, había un sujeto medio muerto en su jardín.

Creo que hay cosas a las que todavía tiene que acostumbrarse.

No le hice ese comentario, por supuesto. Ni ninguno otro relacionado con la cena. Al menos no por algunos dos días, porque después tuvo que ser tema obligatorio cuando el martes ya estaba puesta la demanda de divorcio de parte de Vladimir y el miércoles había otra por cincuenta millones contra Max y François. Es que ese es un día que jamás se va a borrar de la mente de Gabriel, eso es seguro.

Es más, ayer por algún motivo se me ocurrió preguntarle:

—¿Cuál es el día más bizarro que hayas vivido?

Su respuesta de inmediato fue:

—El día de la cena en casa de tus papás.

Y ni siquiera se tomó el tiempo de pensarla.

Y yo sí me reí, después le mencioné eso sobre tener que acostumbrarse y se quedó meditando mi comentario por un rato. Luego me preguntó si entonces eso era algo común y yo le dije que había pasado algunas veces. Se rio un poco y contestó que entonces tenía que encerrar a Vladimir en la cárcel.

Y yo le dije que, si lo desaparecía, era mejor.

Yo no bromeaba, aunque él pensó que sí.

Hoy por la mañana me había dicho que iría con Juan a casa de mis papás. El problemita llamado Vladimir provocó que la necesidad de tener abogados se incrementara así que ahí iba Juan, junto a Gabriel, porque mi propio padre lo había invitado a su casa por su cuenta. Me

enteré porque el hombre araña me reenvió la ubicación que le había enviado François y más tarde me compartió la foto vergonzosa que se encontró en el despacho de Max.

Ahora mismo estoy guardando las cosas de mi escritorio cuando tengo otro mensaje de texto, pero este ya no es de Gabriel.

De: Caterine

¿Podemos vernos en un rato?

Había intentado ignorar a la señora Caterine desde lo acontecido con las fotografías con Antoine. No quería mentirle ¿Ok? Tampoco era un buen momento para contarle la verdad —el mismo Gabriel me lo había dicho—. Así que cuando me llamó tuve que inventarme algo rápido: Decirle que estaba trabajando con Antoine en un comercial. Por supuesto que no estaba trabajando en ningún comercial, pero me acordé de los videos publicitarios para Belrose que grabé con Antoine antes de irme de la casa de mis padres. Entonces, ese mismo día le pedí a la tía Lucy que los publicara.

Así que no le mentí.

Pero eso por supuesto que había traído consecuencias, ahora mi cara está en todos los anuncios publicitarios de Belrose, no solo aquí, sino a nivel mundial, Antoine y yo somos lo primero que miras cuando entras a la página web de la marca y el comercial te aparece hasta por las narices en Televisión, YouTube y redes sociales.

Y eso había provocado que en menos de doce horas me aparecieran una cantidad inmensa de nuevos seguidores en Instagram.

Pero, en fin, ya me desvié; a lo que iba es que sí acepté su invitación y en el momento que estoy camino al lugar donde me pidió que llegara tengo otro mensaje suyo diciéndome que está con Cristal y Melissa, la amiga sin nada que hacer de la pelirroja. Aunque la mamá de Gabriel se había ofrecido a ir hasta mi trabajo a traerme, le dije que estaba bien que yo llegaría por mi cuenta. Así que había tomado un bus y ahora me estoy bajando frente a ellas.

Sí, ahí están las tres en una de las mesas de afuera.

Y las tres me miran caminar hacia ellas.

Parece que las dos, Cristal y su amiga, sabían que yo iba a venir, porque ninguna de las dos muestra ni una sola expresión de disgusto o sorpresa como las otras veces. Lo que me hace pensar que tal vez algo anda mal, muy mal aquí. A ellas dos las saludo con la sonrisa más falsa y a Caterine con un abrazo cuando ella se pone de pie al verme más cerca, además me da un beso en la mejilla y agrega que le encantó «mi trabajo» en el anuncio publicitario de Belrose.

De reojo veo como las otras dos personas presentes ruedan los ojos, pero se vuelven a concentrar en mí cuando de mi bolso saco una cajita, la abro y se la entrego a la señora Caterine. Son unos pendientes, con la forma de una C cubierta de cristales Belrose. Le digo que es un regalo para ella y después me siento a su lado derecho, convenientemente al frente de Cristal.

—¡Me encantan! —La escucho decir. —¡Me encantan! —Repite. Vuelvo a ponerme de ponerme de pie cuando su intención es abrazarme de nuevo. Comienza a quitarse sus pendientes de arco y agrega: —Los usaré ahora mismo.

—Me alegra que te hayan gustado.

—Por cierto, te pedí un café como a ti te gusta. —Sí, ella misma me lo había preguntado cómo me gusta el café hace varios días en su casa. Cuando el camarero se acerca y deja los cafés frente a nosotras, me doy cuenta de que sí lo recordó. —Iré al baño rápido, necesito verme los pendientes.

—Claro.

Y me deja sola con las dos víboras. De todas formas, me mantengo con la barbilla en alto, las gafas de sol puestas y viendo hacia cualquier otro lugar que no sea ellas. Me llega un mensaje al celular y por algún motivo, las dos también se concentran en mi móvil cuando lo saco de mi bolsillo.

Es un texto de Gabriel.

Una foto con mi padre, pero no es lo que me llama la atención; sino que es una captura de pantalla de una historia de la cuenta de Max, la cuenta verificada de Max y acaba de subir la foto con Gabriel.

Con Gabriel.

Santo escarabajo.

—¿Se les perdió algo en mi teléfono? —Bromeo, suelto una risita irónica que parece que ninguna de las dos se toma con humor. Cuando levanto la mirada, las dos me están viendo fijo. Algo me dice que esta conversación está a punto de ponerse buena.

—¿Cuánto crees que te van a durar esa máscara de niña buena que intentas mostrar frente a la familia de Gabriel? —Habla la pelirroja primero. Arrugo el entrecejo, pero al mismo tiempo me mentalizo para cualquier estupidez con la que pueda salir ahora. Ojalá haya dejado a un lado a Antoine. —Conseguiste aparecer en un anuncio con Antoine Von Masow. Felicidades.

—¿Gracias? Creo. Pero si tanto te interesa mi vida, deberías saber que no es la primera vez que trabajo con Antoine Von Masow.

Ahora que han quitado la atención en mi móvil, me voy directo a ver la cuenta de Max y la foto suya con Gabriel. Sí, sí es verdad que la publicó hace un momento. Además, le puso las letras «el abogadito». Estoy a punto de entrar en pánico, pero veo que también subió una foto con Juan y la jefa de ellos dos.

Gabriel me deja un segundo texto preguntándome donde estoy para pasar por mí y yo le envío la dirección aparte de mencionarle que estoy con su mamá y las dos víboras.

—¿Y todos esos trabajos los has conseguido de la misma forma? —Ahora su amiga. Pues en realidad sí los he conseguido de la misma forma: Mi padre. —Dime ¿Qué harás cuando ya no seas tan joven y guapa? ¿Sabes? Sí entiendo por qué a Gabriel no le importa que te comportes de esa forma ¿A tu nueva conquista también se lo llevarás como cliente?

Y me rio.

—¿Ahora quién es esa supuesta nueva conquista? —Cristal saca una carpeta, jodida mier... coles, trae otra carpeta y esta sí me la va a mostrar personalmente ¿Es por lo que estoy aquí? ¿Se enteraron de algo? ¿Max? ¿François? Nah, si en realidad fuera eso no me estuvieran llamando interesada. —¿Esto es de verdad? ¿Me vas a hacer perder el tiempo viendo esto?

—Gabriel es el que está perdiendo el tiempo contigo. —Agrega la pelirroja y me entrega el folder. —Sí eres de ese tipo de mujer, aunque él no lo mire o tal vez sí pero no le importa porque él también gana. Lo que no se imagina es que vas a dejarlo cuando otro tonto con más dinero te tome en serio ¿Verdad?

—¿En serio sigues obsesionada con Gabriel? Porque te recuerdo que te casaste con su hermano y por mucho que desees que me deje, él no va a regresar contigo, por cierto ¿Qué tal tu vida matrimonial?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Y para ti mi vida tampoco.

Sí miro lo que hay en la carpeta, porque nunca se sabe qué esperar de estas dos. En la primera foto está la camioneta de François. Y eso fue el lunes. Ese día François pasó por mi

trabajo, pero como no le daba tiempo de ir por la camioneta de mala muerte, llegó en la Cadillac Escalade, con Emilio, así que le dije que me esperara una cuadra más abajo.

Tal vez sí debería entrar en pánico.

Miro la segunda fotografía. Ahí estoy yo, hablando con él por la ventana, me estoy riendo y la siguiente es una donde él me dio una rosa inglesa. No se ve la cara de François por ningún lado, solo su mano, disimuladamente suelto el aire que mis pulmones estaba reteniendo, pero entonces me acuerdo de que sí se bajó de la *van* entonces rápidamente paso a la siguiente imagen y sí... ahí está, pero está de espaldas, lo único que se ve es la parte de atrás de su cabeza, así que no hay forma de saber que es él. Lo de don Francisco fue algo rápido, él bajó, me dio la mano para que yo subiera, me senté, él subió y cerró la puerta. Y nos fuimos.

Pero también me doy cuenta de que hay más fotografías y ahí está la siguiente imagen, es en un restaurante donde fui a comer con François. Aunque entramos por la parte trasera, se las ingenió para tomarnos una foto donde estamos tomados de la mano y qué bueno que pasamos a una parte exclusiva del restaurante, de otra forma las hubiera tenido tomándome fotos mientras como. Santo escarabajo. Lo positivo es que en ningún momento se muestra a François totalmente, a lo mucho se aprecia la parte de atrás de su cabeza o su gabardina.

Por suerte no es Max, a él si lo hubieran reconocido desde cualquier ángulo.

Okey, que no cunda el pánico. Siempre y cuando no sepan que ese es François Belrose y que es mi padre, no me importa qué crean.

—Veo que ustedes tienen bastante tiempo libre ¿Es que no tienes suficiente trabajo, Cristal? ¿Quieres que también te ayude a conseguir un cliente?

Aunque me dan ganas de cachetear a las dos mantengo la calma, el gesto irónico y la risita burlesca. Le devuelvo su folder con la última foto abierta y le doy un sorbo a mi café.

—No, gracias. Yo tengo suficientes.

—Pues no parece. —A François le gusta vivir aquí, porque dice que la vida es más tranquila, pero es seguro que locas trastornadas como estas hay por todas partes. —Y creo que esto que están haciendo no es muy legal.

—¿Pero entonces se lo vas a contar tú a Gabriel? ¿O lo hacemos nosotras?

—Adelante, háganlo.

Y me río, tomando otro sorbo de mi café. En ese momento aparece Caterine, se detiene un momento cuando mira el folder sobre la mesa, entonces Cristal le pone la mano encima, pero es muy tarde, la suegra ya lo vio. Caterine se detiene, mira a Cristal y le pregunta por qué es tan inoportuna.

Okey, a ella ya se lo había dicho.

—Bueno, al menos que tenga más cuidado la próxima vez ¿No?

Y yo le contesto:

—Ah, sí. Tú eres experta en tener cuidado.

Caterine interrumpe antes que Cristal responda:

—Basta, por favor. Luna, no quiero que creas que ese fue el motivo por el que te invité a venir ¿Okey? Yo ya estaba aquí cuando Cristal y Melissa llegaron con sus... fotos. —De manera despectiva señala los folios y le da un vistazo molesto a Cristal. —Si algún día voy a cuestionarte algo, lo haré a ti personalmente y a solas. Yo sé que hay una explicación para todo y no tienes que darla.

Se lleva su taza de café a la boca, mientras las mencionadas solo guardan silencio y se dan un vistazo entre las dos, percibo cierta molestia en el gesto de la pelirroja que intenta

menguar dándole un sorbo a su té. Yo en agradecimiento a Caterine esbozo una sonrisa y su respuesta es tomar mi mano, apretarla y decirme que está bien.

La vulpécula roja va a odiarme todavía más.

A ver si ahora no busca la forma de espiarme hasta en las pesadillas.

Observo llegar a Gabriel al mismo tiempo que tengo un mensaje suyo diciéndome que ya está aquí. Lo miro aparcar su vehículo y después la señora Caterine, más las dos presentes miran al lugar donde yo estoy viendo. Cuando se ha parqueado correctamente baja del carro, yo me pongo de pie y al verme esboza una sonrisa. Camino hacia su dirección y él hacia mí, le extiendo la mano y él me da un beso en el dorso para después tomarme de la cintura y darme un beso en los labios. Primero uno corto, después uno más prolongado y por último uno puesto que lleva por mi nariz, las mejillas y termina en mi frente provocándome una risita.

Veo detrás de Gabriel y observo a Juan saliendo del asiento de copiloto del auto del hombre araña y ahora está abriendo la puerta de los lugares traseros; al verme, agita su mano como un saludo y además hace una reverencia, o eso parece. Gabriel voltea a verlo y después se vuelve a mí diciendo que no le haga caso a Juan. En fin, de todas formas, tengo otras cosas más urgentes que tratar ahora mismo.

—¿Vienes un momento? —Tomo su mano y lo llevo en dirección a la mesa donde están su madre y las dos víboras. Agradezco que los papeles todavía estén en la mesa y sé que Cristal los ha dejado así a propósito. Es más, hasta los ha esparcido y Caterine intenta recogerlos, pero entonces yo tomo la fotografía donde estoy tomada de la mano de François y se la muestro:

—Esto es acoso, ¿verdad?

El hombre araña toma la fotografía, arruga el entrecejo y después ve cada una de las fotos que le voy pasando. Su reacción es soltar una media risa, porque él sí sabe que ese es François. Aunque agradezco que estas dos mujeres no tengan ni la más mínima idea. Gabriel acomoda las fotos y se dirige a las dos pobres almas:

—¿Qué es esto?

—Tu novia. —Contesta la roja. No tiene ni una sola mueca de altanería, más bien está confusa, como si no se esperaba esa reacción de Gabriel, o a mí misma mostrándole cada foto. Aunque intenta escucharse segura y serena, continúa: —Tomada de la mano con un hombre mayor, subiéndose en una Cadillac Escalade del año y yéndose a un restaurante cinco estrellas.

—Bueno, definitivamente esto es acoso.

—¿Puedo levantar cargos?

—Por supuesto que sí.

—¿Qué? —La pelirroja otra vez. —Solo queremos abrirte los ojos Gabriel, que te des cuenta de una buena vez que cuando consiga algo serio con un hombre con mucho más dinero que tú, se va a ir. Ah, sí. De momento no te importa, siempre y cuando te lleve a esos amantes como clientes a tu oficina ¿Verdad?

—Ese es mi padre, estúpida.

Me estoy comenzando a cansar de Cristal, como dije, no hay forma que sepan que ese es François, pero también caigo en cuenta de que indirectamente les he dicho que mi padre tiene un Cadillac, un chofer, usa trajes de diseñador y tiene un área VIP en los restaurantes más privilegiados de la zona.

Cristal me mira, su amiga también, no sé si por lo que dije o por que la llamé estúpida, pero es que se lo merece. La señora Caterine quién había intentado evitar una discusión ahora se ha quedado callada también. Gabriel cierra el portafolios y lo deja caer sobre la mesa, frente a

Cristal:

—Creo que tú sabes perfectamente que esto es ilegal ¿Verdad? Así que espero que esta sea la última vez que alguna de ustedes dos sigue a mi novia. Porque créanme, a mí no me importaría iniciar una batalla legal contra ustedes si es necesario ¿Entendido?

Okey, hasta yo me quedo callada. A ver, que estas facetas de Gabriel para mí son nuevas y me gustan. La tensión ya es suficiente, así que lo único que puedo hacer es elevar una ceja en dirección a Cristal y decir «ya lo escuchaste». Se despide de su madre, me toma de la mano a mí y después camino al auto está Juan asomándose por la ventana y dice:

—Vaya, siento que ese es un chisme que me perdí.

Capítulo 60

Gabriel

En estos últimos días me he dado cuenta de dos cosas:

Uno: Que de pronto mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados que no vi venir y que ya no hay vuelta atrás.

Dos: Que a Luna le interesa poco si Cristal o cualquier otra persona cree que tiene amantes, siempre y cuando nadie se dé cuenta que Max y François Belrose son sus papás, todo bien.

Bueno, lo primero debí suponérmelo desde que acepté tener una cita con la persona con quién hice *match* en una aplicación de internet que ni siquiera conocía. En ese tipo de lugares esperas más encontrarte con un asesino en serie que con una persona de otro país con un apellido importante que, además, tiene dos papás que te hacen ver pobre. Yo solo fui a esa cita para que Juan me dejara en paz y ahora estoy aquí pasando tiempo con dos hombres importantes que tenían un muñeco vudú con mi nombre; pero eso no es todo, también son dos sujetos que me han enviado un reloj con mi nombre grabado en cristales, licores, corbatas, gemelos de traje, pasadores, pisapapeles, una pluma con una calavera en la cúspide, etc. Y todo eso en poco más de dos semanas.

A ver ¿Ahora cómo les digo que yo sí puedo comprarme cosas?

Bueno, la pluma no, digo... esta ni siquiera sé de dónde la sacaron.

Y no se me había ocurrido buscar el precio tampoco, hasta que cometí el error de sacarla a mitad de una junta porque necesitaba anotar algo rápido y era lo único para escribir en papel que traía conmigo. Eso por supuesto provocó que todos los presentes me miraran, bueno... más bien a la pluma y tal vez hubiera quedado hasta ahí a no ser porque el mejor amigo de Roberto que también trabaja con Cristal estaba presente y una vez que terminó la reunión él fue quién se acercó a mí y me preguntó:

—¿Esa es una pluma Mont Blanc? —Yo ni siquiera me había puesto a pensar qué pluma es, me bastó con verla por primera vez para darme cuenta de que barata precisamente no es, pero lo dejé así. —No he visto una así antes ¿Es modelo exclusivo?

—No lo sé. Fue un regalo de los padres de mi novia.

—Ah, ¿sí? Pues qué envidia.

Cuando William, el amigo de Roberto se fue, busqué en Google «plumas Mont Blanc» y me di cuenta de que no existe un modelo como este, así que «modelo exclusivo» sí es. Sin querer miré el precio de las plumas normales y de pronto me dieron ganas de dejar la mía solo como un adorno en mi escritorio. Más tarde, por algún motivo raro que prefiero desconocer, recibí un mensaje de mi hermano, uno que, por supuesto ignoré y por primera vez en su vida no insistió en tener mi respuesta, aunque un par de horas más tarde se atrevió a dejarme un segundo texto:

De: Roberto

Oye, últimamente por aquí se habla mucho sobre el supuesto padre de Luna.

Bueno, son dos padres. Pero tampoco le contesté.

En fin, de lo segundo ya me había dado cuenta desde que Luna se preocupó más por si el

de las fotografías sí parecía François que por lo demás que Cristal o Melissa hayan dicho y lo comprobé ese mismo día por la tarde cuando le mostré el texto que Roberto me envió, volvió a preguntarme si creo que en algún momento alguien se entere que ese es François, a lo que sinceramente contesté que no y me dice:

—¿Sabes qué? Mejor las hubiera dejado creer que tengo amantes.

Entonces respondí con ironía:

—¡Claro! Porque es el sueño de todo hombre que crean que su novia tiene amantes millonarios que le lleva a su oficina para ayudarle a impulsar su carrera.

—Dicho así me suena a que soy la mejor novia del mundo. —Me provocó una risita y entonces volvió a preguntarme: —¿Pero sí crees que no hay forma que sepan que ese es François?

—No, Lu. No son tan inteligentes.

De todas formas, al día siguiente le había dicho a François que la próxima vez que la invitara a comer se peinara diferente ¿Y qué hizo François? Bueno...

A ver, cuando Emilio, el chofer de los papás de Lu, me dijo que Luna era un mix de Max y François no pensé que ese comentario fuera tan literal. Es que cuando los miras a ellos dos en redes sociales, en entrevistas o en eventos relacionados con trabajo son dos seres totalmente distintos, pero en persona son todo lo opuesto.

Aunque claro, eso también debí suponérmelo desde antes, digo... sus usuarios personales en Instagram son «sexychocokrispis» y «candentenutella» ¿Qué más podía esperar?

Pero bueno, volviendo al tema, lo de François sucedió unos tres días después. Llegó al despacho, charló con Juan, firmó cosas y después me escribió desde su cuenta «candentenutella» si quería unirme a almorzar con ellos (con Max que llegaría más tarde y Lu). Luna ya me lo había pedido antes y no es como que pueda decirles que no. Digo, a ninguno de los dos. Ni a Lu, mucho menos a François.

El punto es que sí acepté, desde que Luna me había preguntado si aceptaba un almuerzo con sus papás le dije que sí y François también invitó a Juan así que al menos no iba a estar solo con ellos dos... otra vez. Aunque yo pensaba ir en mi propio auto, François insistió en que subiera a su limusina. Entonces, ahí íbamos, en una limusina, tomando vino con François Belrose, charlando sobre temas empresariales, sobre Belrose y sobre el despacho. Todo iba bien, hasta que una cuadra antes de donde quedamos de recoger a Luna, sacó una peluca de su maletín, se la puso y después comenzó a arreglársela con los dedos.

Pero eso no es todo, era una peluca pelirroja.

Tal vez fue porque Luna le había comentado lo de Cristal, o porque era lo único que encontró en ese momento, no lo sé, pero creo más que haya sido lo primero. Juan se quedó callado, yo prensé los labios para contenerme la risa. Juan Pablo me miró y yo a él. Cuando llegamos al lugar donde Luna estaba, el señor Belrose se puso de pie, abrió la puerta y salió provocándole un grito.

—¿Qué traes puesto?

—Me dijiste que me peinara diferente ¿no?

—Pareces chucky.

Ningún encuentro con los papás de Lu se me va a olvidar, eso es seguro.

Afortunadamente para Luna —y para nosotros, no lo voy a negar— François se quitó la peluca cuando llegó al restaurante. Es que es difícil tratar un tema con seriedad cuando tienes a un señor pelirrojo en frente, que además es tu suegro y no te puedes carcajear a gusto, como

Max. Al menos ese almuerzo fue tranquilo y los siguientes dos encuentros con ellos dos fueron «más normales». Bueno, en lo que cabe.

El tema de los padres de Lu no se ha vuelto a mencionar en mi familia, al menos no conmigo, porque sí le habían comentado a mi padre que el papá de Lu tiene una Cadillac y el comisionado me había llamado solo para preguntarme si entonces no era verdad lo de los cerdos holandeses. Además, me preguntó:

—Espera... no son narcos, ¿verdad? —Ni siquiera me dejó replicar y agregó: —¿Entonces ahora tengo que pedir paquetes de marihuana y no cerdos holandeses?

En fin, mi padre.

El viernes en la mañana recibo una invitación al cumpleaños de Catalina. Cata celebra sus cumpleaños en bares, en discotecas, con amigos, en fiestas, etc, cualquier lugar es bueno menos su propia casa. Así que es una sorpresa recibir una tarjeta de parte suya sobre una cena familiar que hará en celebración. Solo por ser su día le permito que falte al trabajo —además que últimamente se ha portado bien— y también dejo que Elías aparezca en su lugar. Con restricciones, claro. Por ejemplo, que evite dejar los brochures de su página porno sobre el escritorio de cada abogado.

Termino mi jornada un poco más tarde de lo normal y conduzco a casa de mi madre con Elías en el asiento del copiloto diciéndome que me inscriba a su página porno. He aprendido victoriosamente a ignorarlo. Lu me dijo que ella ya estaba allá porque había ido de compras con Cata y mi madre. Ahora mismo que estoy aparcando frente a la casa de mi mamá a la primera que diviso es a ella, a Lu. Lleva un bonito vestido color pastel con un lazo que se le ajusta la cintura. Al verme, esboza una sonrisa grande y deja sobre una mesa lo que sostiene en manos para venir hacia mí. Me bajo del auto al mismo tiempo que Elías y él ahora camina hacia la entrada de la casa cuando se encuentra a Luna en el camino y comparten un saludo de puños. Se da media vuelta y me dice:

—Lu ya se suscribió a mi página porno, solo faltas tú.

—Espero que mamá te escuche.

Mira para todos lados y se mete a la casa. Luna llega hacia mí y con los brazos alrededor de mi cuello me da un beso puesto en los labios, después otro y después uno que se extiende por varios segundos, o minutos, no sé. Tiene los labios con sabor a fresa y además ese olor exquisito de su perfume. Le pregunto si es verdad que se suscribió a una página porno y sin rodeos me dice que sí mientras tira de mi mano hacia una de las mesas afuera de la casa.

No solo está mi familia, también hay algunos amigos de Cata y al verme me sonríe, camina hacia mí, me da un abrazo y yo le deseo feliz cumpleaños, sin regalo porque ella se ha comprado más cosas con mi tarjeta que yo. Mi hermana vuelve a llevarse a Lu, entonces le señalo la mesa en la que voy a sentarme. Cuando tomo lugar, un mensaje de texto suena en mi teléfono celular y cuando lo saco de mi bolsillo me doy cuenta de que es de Cristal.

Cristal no está por aquí, eso es seguro... digo, Cata ni loca la invita. Su mensaje es una imagen y ahora mismo aparece que está escribiendo. Cuando abro la fotografía me doy cuenta que es una captura de pantalla del *teaser* de ese nuevo video musical de Max que protagonizará Luna. En el screenshot que me comparte se ve la imagen de Lu, gótica y guapa, y además la pelirroja me deja un texto:

De: Cristal

¿Ahora trabajas doble para lanzarla a la fama también?

No sé qué tendré que ver yo con eso, pero lo más seguro es que tal vez escuchó que Max

es un nuevo cliente de la firma. Bueno, también puede ser por la foto que tengo con Max.

No contesto. En su lugar me voy a las cuentas de Max y ahí está el teaser completo. Uno que comparto en todas mis redes y que, además, se lo envío a Lu.

—Gabriel, tengo una duda. —Escucho a mi madre mientras camina hacia mí. Se sienta a mi lado y me extiende una bebida. —Entonces ¿Ese señor de las fotografías sí es el padre de Lu? ¿El de la Cadillac?

—Sí, así es. —Bueno, fue Luna quién ya lo había dicho. —¿Por qué? ¿Hay más fotos? Solo dímelo de una vez. —Y pensar que pueden ser fotos de François pelirrojo.

—No, no. Afortunadamente no han vuelto a retomar el tema desde ese día, así que no creo que se les ocurra andar detrás de Luna otra vez. Creí que sí eran granjeros. Al menos que sea un granjero al que le va muy bien, pero ese señor andaba en una Cadillac Escalade ¿Sabes qué precio tienen esos vehículos?

Al menos no lo vieron en la limusina.

—Para comenzar, el rumor de que Luna es granjera lo inició Cristal. Ella solo no lo negó.

—¿Entonces no existe una granja?

—No... bueno, no que yo sepa.

—¿Quién es? Digo... ¿Quién es su papá?

—¿El de la Cadillac? —Digo, son dos, multimillonarios, con empresas, artistas, etc. —Mira, ese es un tema de Luna ¿Ok? Son personas que les gusta mantener el perfil bajo. Yo no puedo decir nada hasta que ella lo decida.

—¿Son narcotraficantes?

Ah, carajo.

—No... por supuesto que no.

—¿Políticos corruptos?

Y me rio.

—Tampoco.

Se queda pensativa un rato y yo miro el siguiente mensaje que me llega al celular, una reacción de Roberto a la historia que compartí hace un rato. Le doy un vistazo a Lu quién está intercambiando unas palabras con Cata y una de sus amigas. En ese momento me mira y me sonríe, todavía no se ha dado cuenta que compartí el video de Max.

—¿Entonces por qué anda en bus?

—Porque es Luna y nunca se sabe qué esperar de ella.

En ese momento la veo que está caminando hacia mí, también Catalina llama a mi madre entonces mamá se pone de pie y se va. Antes de llegar a mi Luna ya está mostrándome su teléfono y ahí está mi perfil con el video del teaser que ya publiqué.

—¡Gabriel! ¿Qué... —Una sonrisa enorme es mi respuesta. Se sienta sobre mis piernas, toma mi celular y me dice: —Bórralo.

—No voy a borrarlo. Estás guapa.

Marca algo en su teléfono celular y me muestra un mensaje que le envió una marca popular de perfumes. Es una propuesta y en el texto mencionan que les encantaría trabajar con Lu. Le digo que les pida el contrato y yo con gusto lo reviso.

—¿Te das cuenta de que esto no hubiera pasado de no ser por ese anuncio de Belrose que está por todas partes? O tal vez es por el *teaser* de la canción de Max.

—¿Y qué con eso?

—Que eso solo me costó una llamada a la tía Lucy.

—Lu, no es tu culpa que tú hayas nacido en un lugar lleno de oportunidades y otras personas no. Eso no tiene nada de malo y no es menos mérito tuyo. Todos necesitamos un empujón en algún momento de nuestras vidas ¿Cómo crees que conseguí mis primeros empleos? Por ser el hijo del comisionado.

—Lo dice la persona que no quiso representar a Max y François solo porque son mis padres.

—Eso es diferente, Lu. No es ético ¿No te suena mal acostarte con el abogado de tus padres?

—No.

La respuesta me hace soltar una risa y agrego:

—Te daré mi consejo y ojalá lo tomes, aprovecha las oportunidades que tienes, Lu ¿Te has visto en el anuncio publicitario? Eres tú la que llama la atención. Te puedo asegurar que ellos ni siquiera saben quiénes son tus papás. Ellos te quieren a ti. No miraban la marca cuando decidieron que querían trabajar contigo, te miraban a ti. —Tomo su celular y escribo mi correo corporativo en un mensaje, aunque no le doy enviar todavía. —¿Qué dices? ¿Negociamos la oferta?

No dice que sí de inmediato, pero después de un bufido da la afirmación, lo hace con una sonrisa en el rostro que no es de felicidad, pero de molestia tampoco, es una sonrisa pícara que entiendo de inmediato cuando empieza a rozarse sobre mi entrepierna. La falda de su vestido es holgada y lleva varias capas que ni siquiera se nota que se ha recogido de la parte de atrás, por consiguiente, solo está en ropa interior rozándose sobre mí. Le pido que pare, pero entonces, hace movimientos más sexys y suaves.

—Lu, basta... en serio.

—Estamos en lo oscuro y todos están adentro, no nos están viendo.

Y a mí me provoca una risa.

—Basta, en serio, te lo advierto.

—¿Y si no que...?

Entonces comienza los movimientos otra vez. Entre risas la detengo y le pido una vez más que pare. Carajo. Siento como mi miembro comienza a apretar sobre mis pantalones y entonces, ahora sí hago que se detenga con mis dos brazos rodeando su torso y ella se comienza a reír, pero esto no me está ayudando. Tomo una calada de aire para controlarme e intento pensar en otra cosa, pero se roza una vez más y... carajo.

—¡Luna!

Se pone de pie y cuando tira de mí yo rezo para no encontrarme con nadie, porque bueno... ahí abajo. Por suerte todos se mantienen adentro. Lu llega a una puerta, está cerrada; entonces yo tiro de ella hasta otra entrada que se abre fácil y enciendo la luz solo para cerciorarme que no hay nadie. Le pongo seguro a las dos puertas —una de ellas da hacia la sala —. Entonces escucho la risita de Lu:

—Aquí hay escobas y lampazos.

—También un sillón de masajes que a mi madre nunca le gustó.

Tomo a Lu de la cintura y la atraigo hacia mí besándole los labios, la barbilla, el cuello, la garganta. Enrolla sus piernas alrededor de mi cintura y una vez que la apoyo contra la pared el movimiento de su cuerpo hace que el interruptor se apague. Aún entra un tanto de luz por los bordes de ambas puertas así que no es algo para ponerle mente, no ahorita.

Mis manos se cuelan debajo de su falda y comienzo a acariciar una de sus piernas con mi

mano mientras con la otra la sigo sosteniendo a la altura de mis caderas. Llego hasta el borde de su ropa interior y la hago a un lado para acariciar su cavidad, suelta un gemido en mi boca cuando estimulo su centro y ella con sus manos desabrocha mi cinturón. Sus pies tocan el suelo al mismo tiempo que se deshace del botón de mi pantalón, sus dedos se acomodan alrededor de mi miembro para comenzar sus movimientos ascendentes y descendentes, primero lentos, después más rápidos y me hace gruñir cuando la sensación de placer me embriaga entero.

Busco mi billetera y saco un preservativo, vuelvo a apoderarme de sus labios una vez que lo coloco debidamente. Le bajo las bragas y se gira hacia la pared ubicándose de forma que pueda hundirme dentro de ella. Suelta un gemido cuando estoy entrando en su interior y después con cada movimiento cuando salgo y entro en ella una y otra vez. Primero lento, después más rápido. Siento el sudor recorrerme la frente, cierro los ojos para deleitarme en los jadeos descontrolados de su garganta y las contracciones de su interior hasta que me dice que pare.

Me pide que tome lugar sobre el sillón que habíamos mencionado antes y yo obedezco. Termino de quitarle las bragas y las sostengo en manos cuando ella se sienta sobre mí cubriéndome con su calor de nuevo, despertándome todavía más sensaciones de placer cuando comienza a mover la cadera volviéndome loco. Con una de mis manos en su cintura y la otra recorriendo su pierna hasta su glúteo la ayudo con ese vaivén sobre mi, pero tengo que detenerla cuando siento que estoy a punto de explotar. Me aferro a su boca cuando intento controlar la respiración y siento que sonríe sobre mis labios solo para volver a los movimientos, sensuales, feroces, haciéndome gemir en su boca. Intento detenerla una vez más, pero no lo hace, intento pensar en otra cosa, pero no puedo; continúa el ritmo, esta vez más rápido, la ola de placer me orilla obligándome a descargarme dentro de ella, definitivamente perdí el autocontrol.

—¿Sabes? —Le hablo intentando recuperar la respiración. —Esto lo voy a agregar a las cosas que me gustan de ti, Lu.

Escucho su risa, después un bullicio afuera así que nos vemos obligados a ponernos de pie y salir de aquí, después arreglarnos la ropa y buscar donde deshacernos del condón, claro. En el momento que abro la puerta con dirección a la sala, ahí están Cristal y Roberto, parecen discutir, pero se callan cuando nos miran, no sé qué tanto ruido hicimos ahí, pero si tienen rato de estar ahí seguro que se dieron cuenta. Y no es como que a Lu le importe. Ella se acomoda el pelo, se limpia el labial y después de darle una sonrisa a ambos tira de mí en dirección a la sala donde está Cata en el centro y junto a ella está Javier.

Okey, sospechoso. Mucho más cuando él le susurra que yo ya estoy aquí. Mi madre toma lugar donde Cata le indica y después, cuando mi hermana llama la atención de todos, se toman la mano, hacen una pausa ansiosa y después dicen al unísono:

—Vamos a casarnos.

Capítulo 61

Luna

Los últimos días habían sido una locura.

Y no es como que tenga la vida más cuerda, pero sí se puede poner peor, eh.

También la de Gabriel, digo... ahora su nombre y el del despacho para el que trabaja están asociados a Vladimir Soza y la demanda a los Belrose, aparecía en cada periódico, revista, noticias en internet, canales de la televisión, etc. Había fotografías, declaraciones de Vladimir contra la tía Elena, rumores, noticias amarillistas y más. También, con la noticia de que Catalina va a casarse con su colega no creo que el hombre araña haya podido dormir tranquilo, digo... lo primero que le preguntó al escucharla fue:

—¿Qué ustedes no tienen como un mes de estar saliendo?

Y Cata le contestó:

—Veintisiete días, para ser exactos.

Entonces al final de la «fiesta» ahí estaban Gabriel, Caterine y el papá de Catalina hablando con ellos dos, el último parecía estar a punto de enloquecer, Javier solo se tomaba un trago tras otro y Cata quién parecía estarlos ignorando perdió la cordura cuando vio a Cristal llegar a la sala.

En fin, yo solo iba a un cumpleaños y terminé viendo un drama que incluyó una pelea entre Cata y la roja a mitad de la sala elegante de doña Caterine.

Pero bueno, volviendo al tema del caos en el que últimamente se había convertido mi vida —y eso es decir bastante, porque mi vida siempre lo es— comencemos con el día del lanzamiento del video de Max, que de inmediato se ubicó en los puestos número uno. Ese suceso más la publicidad de Belrose, habían provocado que una avalancha de nuevos seguidores llegase a mis redes sociales, que me verificaran la cuenta y que con la ayuda de Gabriel consiguiera tres contratos nuevos, aparte del que yo misma hice con la marca de la tía Elena. Además, días después recibí una solicitud proveniente de otro artista importante que me quería contratar para su video musical.

En mi vida había tenido una agenda tan llena y, además, el horario podría afectar mi trabajo en la radio, así que tuve que hablarlo con Mónica y su respuesta fue:

—No te preocupes, vamos a hacerlo funcionar.

Aunque eso incluyera cambiar el horario del programa o poner a alguien durante el tiempo que yo estaría ausente, eso por supuesto que provocaría una caída en el número de oyentes, pero ella aseguró que iba a apoyarme en lo que pudiera y sí, así fue. Definitivamente Lisseth tiene mucho que aprender de Mónica.

Quién, por cierto, me había vuelto a seguir en redes sociales.

Al igual que Andrés, mi ex.

Pero, en fin, no me interesa hablar sobre dos personas sin importancia, así que mejor menciono a Gabriel. El hombre araña a pesar de estar envuelto en todo el caos que estaba trayendo Vladimir, se había tomado el tiempo para ayudarme con la negociación de los contratos, acompañarme a cada una de las sesiones de fotos e ir conmigo a la cita para charlar lo del video musical. Además, que una de las fotos publicitarias del perfume se la había descargado en su teléfono y la había publicado en todas sus redes sociales.

En fin, al menos este lunes lo había iniciado con menos trabajo, con una invitación para la boda de Catalina y un mensaje de mi hermana que dice:

De: Luisa

Oye ¿por qué el comisionado me preguntó si mis padres son narcos?

¿Qué diablos?

De: Luisa

¿Qué historia te andas inventando ahora, Luna Elena?

Y yo por supuesto que tenía que contestarle. Es que no tenía ni idea.

Para: Luisa

¿Qué? Ninguna, no sé de qué me estás hablando, te lo juro.

A ver... que casi me huele a que Cristal está detrás de eso.

Para: Luisa

Supongo que tiene que ver con que la ex de Gabriel me haya tomado una foto subiéndome al Cadillac de François.

Está escribiendo, después deja de hacerlo, luego comienza a escribir de nuevo y se para. Entonces empiezo a escribirle yo. Me interrumpe una llamada suya y me pongo de pie para ver si nadie anda cerca de mi oficina y pueda escuchar lo que, posiblemente, voy a tener que contarle.

Me asomo en la puerta, cuando me cercioro de que no hay nadie, cierro y descuelgo:

—Luna ¿Cómo que te tomaron una foto con François? —Justo cuando voy a contestarle, me lanza otra pregunta: —¿Y por qué la ex de Gabriel te sigue para tomarte fotos?

—Bueno, más bien creo que la de las fotos fue su amiga, no lo sé. No creo que la roja tenga tanto tiempo libre, Melissa sí. Está casi todo el tiempo en el despacho por una demanda a su ex y se tomó el tiempo de seguirme y tomarme las fotos con Antoine. —Escucho que pregunta un «qué» y yo continúo: —Lo positivo de esto es que al menos no le tomó fotos exactamente a François, solo a la camioneta y a mí subiendo a ella.

—¿Sabes exactamente donde vive esa mujer sin qué hacer?

—A duras penas sé su nombre. Yo no tengo nada de ganas de averiguar sobre ninguna de ellas dos. —Me vuelvo a sentar en mi lugar mirándome las uñas. —¿Para qué quieres saber dónde vive?

—Para mandarle un regalito… —Le digo que no, y antes de que yo hable más, suelta: —¿Y papá sabe esto?

—Sí... entonces en la siguiente ocasión que me invitó a comer le dije que se peinara diferente y llegó disfrazado de Chucky.

—¿Qué?

—Dice él que era de la sirenita, no de Chucky.

Escucho la risa de Luisa y después me pregunta si hay fotos de François pelirrojo y le digo que no, aunque tal vez eso hay que preguntárselo a Cristal.

—Oye ¿Ya estás por salir? ¿Quieres venir? Tráeme unos mangos con chile y limón, por favor. Los necesito. Urgente.

—¿Mangos con ch... —Entonces me detengo—. Va, está bien, allá voy.

Guardo mis cosas dentro de mi bolso y continúo hablando con ella hasta que salgo del edificio con los auriculares puestos, cuelgo la llamada una vez que estoy cerca de la parada de buses y reproduzco una canción cuando ya veo que el transporte está cerca. Una vez que estoy subiendo miro si no hay nadie sospechoso como la otra vez, digo... para no volver a pagar ningún pasaje a nadie.

Bueno, las tarjetas de todos pasan, así que tranquilamente voy hacia uno de los asientos del fondo, pero a medida que avanzo veo que cada uno de los presentes se me queda viendo. Tal vez solo estoy alucinando, pero se vuelve más evidente cuando tomo el lugar y las miradas continúan en mí, unos disimulados y otros no tanto. Tomo mi celular para fingir que escribo algo, pero en un momento que levanto la mirada me doy cuenta a qué se deben esos vistazos incómodos: El video nuevo de Max está reproduciéndose en una pantalla.

Carajo.

Para: Sexychocokrispis

Estoy en un bus donde están reproduciendo tu video nuevo y todos se me quedan viendo.

¿Recuérdame por qué acepté esto?

La repuesta de Max aparece casi de inmediato en mi celular:

De: Sexychocokripis

¿Qué diablos haces en un bus?

También le había dejado un mensaje similar a Gabriel, uno donde menciono que en el transporte en el que voy se está reproduciendo el video de mi padre, a lo que él me contesta con una imagen y cuando la abro me doy cuenta de que es una fotografía tomada desde su oficina, un edificio donde está mi cara en un anuncio de la marca de perfumes y lo acompaña con un texto:

De: Gabriel

Pues a mí me gusta verte todo el día, mi amor ♥

Inconscientemente le sonrío al teléfono, pero cuando levanto la mirada, observo que la gente continúa viéndome y cuando llego a mi parada salgo corriendo de ahí sin mirar a ningún lado. Camino las cuadras hacia la comisaría, pero recuerdo que no llevo el encargo de Luisa, así que tengo que caminar de regreso unas dos cuadras más hasta encontrar los benditos mangos con chile. Y sí encuentro, pero cuando estoy de regreso tengo calor, me duelen los pies y me pregunto qué está haciendo Fede que no pudo ir a conseguir los benditos mangos.

De: Gabriel

¿Paso por ti, guapa?

Le digo que sí, además le menciono que estoy en la comisaría. Me dice que viene en un rato y cuando entro a la policía tomo otro camino que no sea el que usualmente toma el comisionado para ir a su oficina. Entro a la de mi hermana sin tocar, siempre lo hago, nunca le molesta, al mismo tiempo estoy parloteando y preguntándole porqué Fede, quién maneja una camioneta de la comisaría, no podía ir dos cuadras a por unos mangos y entonces cuando levanto la mirada me detengo de golpe.

Sí está ella, pero también está Fede y el comisionado. Los tres me miran. Le doy un vistazo primero a mi hermana que está al otro lado de su escritorio, después a Fede que está pie al lado de ella y después al comisionado, en frente de ellos dos. Okey, esto está raro. El comisionado esboza una sonrisa y es el primero en reaccionar:

—¡Bolas! Tanto tiempo que no la veía por aquí. Si no es porque ahora aparece en videos, en anuncios publicitarios y porque hay un rumor de que su padre es narcotraficante, creería que se la tragó la tierra.

Bueno, lo de padre narcotraficante es mejor a que sepa que uno es Max y el otro François.

—¡Comisionado! Todavía sigue vivo. —Le entrego a mi hermana el vasito. La cara de Fede es alguna expresión esperando a que Luisa le diga algo por la última afirmación de don Santi. Como yo traía dos vasos, le doy uno al suegro. —Todavía tiene dientes, ¿verdad?

—Un par nada más, pero todavía funcionan. Gracias. —Contesta con sarcasmo y toma el «postre». Le pregunto si tiene gastritis y me contesta que solo cuando él quiere. Después se despide de Luisa, de Fede y me dice: —¿Me acompaña a mi oficina, por favor?

Ah, carajo.

Le digo que sí y después miro a mi hermana quién también tiene el mismo gesto confundido que yo y quiero preguntarle si su charla va a tener que ver algo con el secreto que tiene con Fede, porque si el comisionado ya sabe, no quiero mentirle y si no sabe, tampoco voy a meter la pata. Dios, ilumíname.

El comisionado me pide que pase y la miro una vez más para que me diga algo, solo hace un gesto de pasar su mano sobre la garganta ¿qué significa eso? Mier... coles. Salgo y él cierra a sus espaldas, lo sigo por el pasillo a su oficina, pero es el otro pasillo, no el más largo que yo usé solo para no encontrármelo, pero ¡bah! que eso ahora mismo es irrelevante.

Abre la puerta de su despacho, me pide que pase, tomo el lugar frente a su escritorio y cuando lo escucho cerrar solo puedo pensar en todas las posibles respuestas por si me pregunta algo sobre mi hermana y Fede... ¿a ver... cómo sé si ya sabe?

Le envío un texto a mi hermana por si las moscas.

—A ver... ¿cómo es eso de que la granja de cerdos holandeses no existe? ¿Fui estafado todo este tiempo? ¿Yo le di a mi hijo por cerdos que no existen, bolas?

Y suelto una risa, tal vez sea por sus palabras o por el tono dramático fingido que usa o porque siento alivio que esta plática no tenga que ver con Luisa o Fede. Él también termina en carcajadas cuando le digo que él lo perdió en un karaoke, por si no lo recuerda.

—Solo dime que no es verdad que tus padres son narcos. No quiero verme en la penosa situación de arrestar a tu familia cuando presiento que vamos a llevarnos bien.

—No, no lo son.

Él suelta un suspiro, uno que parece decepcionado y dice:

—Rayos, ya me veía con mis plantitas de mota a cambio de Gabriel. —Y yo me vuelvo a reír, pero me detengo cuando pregunta: —¿Usted sabe que su hermana está embarazada?

Ah, carajo. Al menos ya se lo dijeron... creo.

—¿Le contaron de quién?

—No ¿Usted sabe?

—N... —Me aclaro la garganta. —Bueno... sí... —Ante esa mirada inquisidora suya, me pongo de pie y cambio de tema señalando la foto de sus tres hijos que tiene en el escritorio: —Qué bonita foto, por cierto.

—¿A quién cree usted que debería despedir? ¿A su hermana o a Fede?

—A Fede, por supuesto.

Entonces sí sabe, el esboza una sonrisa y me dice que si algún día estoy a cargo de un lugar nunca ponga a una mujer y a un hombre a trabajar juntos. Bueno, más bien no una Luisa y un Fede, juntos. A lo que yo sarcásticamente le contesto que ni siquiera puedo manejar mi vida, por supuesto que no pienso llegar al punto de manejar un lugar.

De: Gabriel

Estamos afuera.

«Estamos afuera» en plural, pienso que se trata de Juan, así que a eso no le pongo mucha atención. Le contesto que en un momento salgo al mismo tiempo que me despido del comisionado y le digo que tengo que irme, pero fue un gusto verle.

—¿Quieres llevarte la foto? —Antes de salir de su oficina, me doy la vuelta y está

señalando la fotografía sobre su escritorio. —Porque tengo otras donde está Gabriel solo.

Abre una gaveta de su escritorio y comienza a buscar entre los papeles. Saca un álbum y me acerco más rápido que Flash, hay muchas fotos de los tres y elijo la de Gabriel que, según la fecha de atrás, tendría unos dos años.

—A ver... Pero ¿qué vas a darme a cambio si no hay cerdos holandeses ni plantitas de mota?

—Puedo conseguirle algo a cambio, mejor que cerdos holandeses y plantitas de mota ¿Le funciona bien el marcapasos? No quiero que se nos vaya en ese momento.

El comisionado se ríe y me contesta con sarcasmo:

—Mi marcapasos está como nuevo.

No le digo más, menciono que Gabriel me está esperando y me despido. Cuando estoy saliendo de la comisaría busco el auto de Gabriel por todos lados y no está. Hasta que entonces, veo la camioneta de mala muerte acercarse y ahí viene Gabriel, trajeado y con su corbata color vino, por la ventana hace un saludo de amor y paz al mismo tiempo que François, quién está del lado del piloto, toca el claxon cuando se detiene en frente. Cabe recalcar que François está vestido de granjero, al menos ya no es con la peluca pelirroja.

Entonces me masajeo la sien.

—¿Qué haces? —Le pregunto a Gabriel. Me sonríe y se baja del vehículo para invitarme a pasar. En un susurro me dice que no podía decirle que no a François, cuando se presentó así al despacho. —Oh por Dios.

Cabe mencionar que no me besa como lo hace en otras ocasiones cuando François no está cerca. Su saludo es un beso en la frente nada más y después me pide que entre.

—Hola, amor. —Escucho a mi padre cuando me estoy decidiendo si entrar en esta cosa. —¿Has tenido un bonito día?

—Antes que esto pasara, sí.

Entre más rápido se acabe esto, mejor. Así que me acomodo, espero que Gabriel también lo haga y entonces François comienza a avanzar a lo máximo que da la camioneta de mala muerte (o sea nada). En ese momento el comisionado sale de la policía, al ver a Gabriel se detiene, este le da un saludo con las manos y el jefe de jefes de todos los jefes, le responde, confundido. Al menos estamos lo suficientemente largo como para que vea quién maneja, pero... aun así... estamos yéndonos en una camioneta de mala muerte.

—Ese es el comisionado. Es el papá de Gabriel.

—¿Tu padre es el comisionado? —Pregunta papá, como si en realidad estuviera sorprendido y no le hayan investigado hasta los ancestros de la era de tutankamón.

—Cree que eres narco.

—¿Qué?

—Ya le dije que no, por si acaso.

Entonces François suelta una risa y después el resto del camino se la pasa hablando con Gabriel mientras me ignoran, bueno... hasta que me toca conducir el helicóptero a mí ahí sí tengo la atención de los dos, bueno... François sigue su conversación una vez que despegamos, pero Gabriel no puede concentrarse hasta que aterrizamos y le digo que estamos sanos y salvos.

—Papá... —Estoy bajándome del helicóptero y le digo: —Gabriel y yo hemos hablado de presentarlos con la familia de él ¿Qué opinas?

—Bueno, pero solo si ustedes están de acuerdo. —Replica el hombre araña de inmediato.

François parece pensarlo solo un momento y después dice:

—Yo no tengo ningún problema.

Cuando llegamos a la casa, Max está en uno de los sillones que rodean la piscina tocando la guitarra, al momento de vernos se pone de pie, camina hacia nosotros y en ese momento François le dice:

—Luna quiere que conozcamos a los padres de Gabriel ¿Qué opinas?

—¡Aleluya! Por fin. Ya no nos vas a tener escondidos como gallinas robadas.

Gabriel suelta una risa, una que intenta disimular en el momento que le da la mano a Max y después un abrazo a mí mientras le dice que se ponga cómodo. François avisa que solo va a cambiarse y entonces quedamos solo Gabriel y yo, él toma el lugar en uno de los sillones y yo me siento sobre sus piernas, dándole un beso corto en los labios y le muestro la foto que me regaló el comisionado.

—¿De dónde sacaste esto?

—Del despacho de tu papá.

—Oh por Dios. —Exclama, tomando la foto y riéndose. —Voy a hacer lo mismo, eh. Le voy a decir a tu padre que me regale tu foto que tiene en el estante de su oficina.

—Esa no va a regalártela, es especial.

—¿Tiene algo que específicamente la haga especial?

—No, para Max todas las fotos son especiales.

—Entonces sí va a regalármela.

Comienzo a darle besos en los labios, uno corto primero, después unos más prolongados, pero él me detiene y mira la cámara, se pone de pie cargándome a mí. Me rio cuando me lleva hacia los arbustos y una vez ahí me da uno de esos besos suyos, de los suaves, dulces; pero al mismo tiempo provocativos y sensuales.

A ver ¿Ahora cómo le digo que aquí hay cámaras que enfocan hacia todos lados?

Bueno, con estos besos así nada me importa.

Le correspondo, con la misma pasión y energía, con el mismo erotismo y deleite, hasta enrollo las piernas en su cintura cuando me levanta para quedar a la misma altura, es entonces cuando se escucha un pitido proveniente de la bocina y después la voz de Max:

—Eh, Gabriel. Esa mano.

El hombre araña se queda quieto, congelado, después se ríe en mis labios y me suelta justo en el momento que lo escucho decir:

—Mierda.

Capítulo 62

Gabriel

Hay situaciones en la vida que desearas poder devolver el tiempo.

Una de esas situaciones es cuando te confundes con un documento importante o le dices algo que no debías a un cliente difícil o cuando tus suegros te miran en su propia casa, metiéndote mano con su hija, pero a ver... en mi defensa, yo no sabía que el lugar estaba plagado de cámaras y tampoco le estaba metiendo mano, aunque se haya visto como que sí ¿Okey?

—Mierda.

Como he dicho en reiteradas ocasiones, decir «mierda» no es una palabra tan común en mí hasta últimamente, porque tampoco me habían pasado tantas cosas en tan pocos días, pero eso no es lo importante ahora mismo, sino que la bocina de dónde salió la voz de Max ahora se está escondiendo hasta que se oculta en el techo y parece que nada pasó. Bueno, asumo que eso también significa que ellos ya están camino hacia acá.

A ver... yo no crecí en una familia millonaria, no sé qué es tener cámaras por todos lados y, otra vez, en mi defensa, solo hay una cámara que está visible en la zona de la piscina o yo creí que esa era la única... pero no, parece que hay más y aunque intento localizarlas no veo nada. Así que lo único que se me ocurre soltar es:

—No me dijiste que había más cámaras aquí. —Le hablo a Lu, ella solo se está riendo y se acomoda el vestido solo para agregar:

—Tú no me dejaste hablar, te lo recuerdo.

Continúa riéndose, entonces ahora sí se escucha la voz de Max y François acercándose... en persona. No puedo salir ahora mismo, porque bueno... hay algo prominente ahí abajo, pero me doy cuenta de que de todas formas ya ni siquiera es perceptible por el susto que ellos mismos me dieron, así que ahora mismo lo único que tengo que ocultar es la vergüenza.

Camino detrás de Luna y, evidentemente, sus dos papás están ahí y me están viendo fijo. Max se sienta en uno de los sillones que tiene una mesa redonda de vidrio sin despegarme la mirada de encima, mientras que François quién tampoco deja de mirarme un segundo, toma el lugar a su lado derecho. En cuanto a mí, bueno, me mantengo sereno, aunque por dentro me tiembla todo el cuerpo. Un mayordomo se acerca a servirles una copa de vino y después camina hacia mí. Luna tenía razón cuando dijo que más me valía tener un buen hígado para conocer a sus padres.

Algo importante para mencionar es que a Luna no le importa nada, digo... ni siquiera que sus padres nos hayan visto a través de la cámara, ella sigue con el mismo gesto irónico y se sienta al lado de Max solo para decirle que necesita algo suyo para enviárselo a mi papá. Algo que no sea calzoncillos.

—¿Y qué me darás a cambio? —Es la respuesta inmediata de Max. Por fin, han quitado la atención de mí, después de tomar la copa que me ofrecen me toca sentarme justamente frente a Max. —Porque siempre me pides cosas y después no cumples tu parte.

—Ya aparecí en tu video.

—Eso era por una fiesta de caridad que organiza la mamá de Gabriel ¿no? Y por un apartamento que no necesitas.

—No me interesa el apartamento de todas formas.

—¿Qué apartamento, Luna? —Pregunto.

—El de tu ex. —Agrega Max. A ver, ¿de qué están hablando ahora? ¿Qué apartamento y por qué no sé nada?

—No me interesa el apartamento. —Habla Luna viéndome. —Cristal lo ofreció en una plática que tuvimos donde me dijo básicamente que yo no podría conseguir a Max. —Hace un gesto rápido con los dedos señalando a su papá de arriba abajo. —Así que acepté lo del video ese y ahora ni siquiera puedo subirme a un bus tranquila. —Max se lleva una mano a la cabeza y se masajea la sien. —Y no puedes decirle que no al comisionado que además es tu fan.

—Y que además cree que somos narcotraficantes. —Ahora François. Eso hace que Max arrugue el entrecejo y el otro papá de Lu agrega: —Luna me dijo eso.

—¿Ahora tenemos que comprar una parcela de marihuana?

—No, por supuesto que no. —Luna de inmediato. Sigue hablando, pero Max no le pone atención porque se saca el celular y después enviando un audio dice:

—¡Pepe! Cotiza una parcela de marihuana.

Lu le quita el celular, después borra el audio para Pepe y le pregunta si está loco.

—Espera... —Max se vuelve a François: —¿Cómo pasamos de ser una confitería, a una granja de cerdos holandeses y ahora a un cártel?

—Culpa de Luna seguro...

—¿Ahora vamos a ser el cártel La Confitería?

Cómo dije una vez los padres de Luna son un caso serio.

En fin, alguien llama a François, él se pone de pie y Luna se va tras él después de decirnos que va a ir a traer algo de la oficina de Max para que lo firme. Max le dice que no, pero de todas formas se va sin escucharlo, como siempre. Quiero decirle que por favor no me deje solo aquí con Max, pero ya es tarde, me quedo con el papá de Luna, viéndonos frente a frente, él revuelve el vino de su copa y de pronto el agua de la piscina se me hace interesante. Es azul.

—Solo para que sepas... —lo escucho decir, lo que me hace volverme a él justo en el momento que señala a un búho de mármol sobre un pilar en la esquina. —Eso es una cámara. El duende qué está entre esas flores es una cámara, por cierto ¿Ves esa flor? No es una flor real también es una cámara y ¿has escuchado eso de que las paredes escuchan? Pues aquí sucede. Somos paranoicos, así que no te preocupes aquí estás seguro. Seguro en el infierno por estarle metiendo mano a mi hija en mi patio, pero seguro, al fin y al cabo.

No, a Max eso no se le va a olvidar nunca.

Al menos de ese otro encuentro logro salir vivo. Bueno, casi; porque por algún motivo que todavía no sé cómo pasó, se me ocurre aceptar un tour de parte de Luna por la casa enorme de los Belrose. Ya más consciente de las cámaras, por supuesto, así que me mantengo una distancia prudente.

No sé cómo no nos perdemos, pasamos puertas, más puertas, entradas raras, pasillos, un cine privado, una sala de billar, otra de música, el estudio de Max... si hubiera estado con él o con François creería que me estaban llevando al ático a ofrecerme a algún espíritu, pero bueno, eso no pasa. Llegamos a una cochera subterránea y ahí me doy cuenta de que estos señores no solo poseen los autos que están aparcados afuera, sino que tienen una colección completa y no solo ellos, también Lu y cuando presiona un botón de las llaves que trae en manos, las luces de uno de los vehículos se encienden y dice:

—Este es mi auto. —Abre la puerta, parece una discoteca por dentro, en serio. Se ubica frente al volante y agrega: —El que choqué con la camioneta de François saliendo de la cochera.

Creo que eso ya te lo conté.

—Sí, pero omitiste la parte que era un Mercedes Benz.

—GT 63 S.

—Vaya, uno de los más sencillos —Respondo con ironía. Por supuesto que el carro es todo, menos sencillo.

Entonces ahí es donde pasa, donde me doy cuenta de que si no muero a manos Max y François voy a hacerlo a manos de Luna, me pregunta si quiero ir a dar una vuelta y yo le digo que sí, porque... bueno, nunca me había subido Mercedes Benz GT 63 S, pero tal vez me hubiera quedado con las ganas, porque en el camino casi me dan dos infartos, estuvimos a nada de estrellarnos contra un muro y por poco también se van unos peatones y todo esto mientras sonaba un maratón de música de Bad Bunny en la radio. De regreso me ofrezco a conducirlo yo y en el camino escucho a Luna preguntar:

—Oye, ¿Dónde crees que sea más conveniente presentar a nuestros padres? ¿En casa de tu mamá? ¿O tal vez la del comisionado? ¿O en casa de Max y François?

—Pues espero no sea en la casa de Max y François, no vaya a ser que aparezca otro Vladimir apuntándonos con un arma. Ni siquiera con todos los años de experiencia de mi padre en la comisaría, estaría preparado para una situación así. Nadie lo está. Es más, nadie está lo suficientemente preparado para saber quién es tu familia, Lu.

Se ríe, pero yo estoy hablando en serio. De todas formas, lo terminamos de conversar con sus papás una vez que estamos de regreso, por la ubicación les parece mejor la reunión en casa de mi mamá y su otra opción es llevarlos a su isla privada no sé a dónde y, por supuesto, dije que no. Al menos no ahora. Digo, será suficiente conmoción conocer a Max. Ahora imaginemos conocer a Max en su isla privada, mientras viajas en un jet de los Belrose, mejor no.

Ahora tengo el resto de la semana ocupada, durante los días siguientes Juan se encarga de arreglar el papeleo de los papás de Lu, porque directamente son sus clientes, pero igual yo añado las cláusulas específicas que ellos mismos me pidieron antes de conocer a mis papás. Me paso toda una tarde ideando cómo decirle a mi madre que tiene que firmar unos papeles para conocer a los papás de Lu, pero Juan lo hace sencillo, llegamos a casa de mi mamá, le pone los papeles en frente y le dice:

—Mis clientes necesitan que firme esto. —Mi madre arruga el entrecejo, levanta una ceja y después me mira. —La familia de Lu. Quieren conocerla, pero primero necesitamos que esté de acuerdo con estos términos, no se puede hablar de ellos con otras personas, son algo así como Voldermort.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Son sus reglas.

—¿Estás seguro de que no son narcotraficantes, Gabriel?

—No, no lo son. —Mi mamá le da un vistazo, cabe destacar que Juan ha tapado los nombres y cuando Caterine los busca y no encuentra nada, pregunta que cómo sabe que no es un fraude. A lo que yo le respondo que Juan tiene cara de cualquier cosa, menos de tramposo... creo.

Juan me mira con molestia... fingida, claro. Le agrego a mi madre que este papel también lo tendrán que firmar todos en esta casa si van a estar presentes. Mamá accede a firmar cuando le doy la fecha, además, se pone de pie espantada diciendo que eso es en casi dos semanas y ella no ha comenzado a preparar nada. Mi madre es así de paranóica siempre.

La verdad es que, en todo este tiempo, no me había puesto a pensar en Roberto. Hasta que Juan lo menciona y me pregunta si también va a estar en esa reunión y yo le digo que no sé,

digo... Roberto prácticamente vive aquí, aunque ya se haya casado con Cristal anda por aquí todo el tiempo. No me equivoco. Justo cuando termino de decir eso, es como si lo invoqué, aparece de pronto y esta vez Cristal está detrás de él. Mira los papeles sobre la mesa y después mi madre le dice que los papás de Luna estarán aquí en dos semanas.

—¿Por qué hay que firmar esto para recibir a esas personas?

—Puedes simplemente no estar. —Le contesta Juan. A lo que él le dice que esa es su casa y que no van a sacarlo de ahí. Tal vez ese encuentro era mejor en casa de mi papá y no habérselo mencionado a Roberto, pero ni siquiera me acordaba que Roberto existía. —Entonces firma.

Mira de mí a él, yo no le digo nada porque la verdad espero que no acepte y mejor llevar esta reunión a casa del comisionado, pero mi madre le dice algo y Roberto firma, no tan inteligente como para leer antes, solo lo hace y deja el lápiz sobre el papel. Es Cristal quién se acerca y lee, aunque Juan de inmediato le quita los folios y le dice:

—¿Qué? ¿Tú también quieres estar presente? Bueno, tienes que firmar antes.

—¿Por qué querría estar presente?

—¿Por qué querrías leer el documento entonces?

—¿Diez millones de dólares? ¿En serio? ¿Acaso el papá de Luna es la reina Isabel?

—Pues no lo vas a saber.

Mi madre sale de la cocina y dice que Cristal se está quedando ahí porque están remodelando su apartamento. Lo curioso de esto es que Roberto de inmediato la corrige con un «nuestro apartamento». Mi madre se acerca, nos pregunta si es mejor hacer esa reunión en otra parte porque no quiere problemas con los padres de Lu.

Entonces Cristal le pide los papeles a Juan y firma.

Es como si no quisiera firmar, pero al mismo tiempo, tampoco quisiera perderse esa reunión.

Creo que se va a ir de espaldas si llega a conocerlos.

En fin, después de eso, nos vamos a la comisaría a hablar con mi padre. En el camino me encuentro a Luisa quién me pregunta si ya mi padre va a saber sobre Max y François, le digo que en unos días, primero se vuelve loca y después me hace prometer que agregaré una cláusula donde diga específicamente que no va a despedirla.

—No va a despedirte.

—Ah, en eso tienes razón. Estoy embarazada, si lo hace, lo demando. Díselo, por favor.

—Claro.

No, no se lo digo, por supuesto.

Igual sé que no va a hacerlo.

Pero bueno, el comisionado reacciona casi como mi madre, pero él se toma más tiempo para leer el documento. Con una risa, pregunta:

—¿Acaso el padre de bolas es Donald Trump? —Creo que el «bolas» es algo que Juan todavía no sabe, así que solo arruga el entrecejo y me mira. El comisionado toma una pluma y después de dejar su firma, nos mira a los dos y pregunta: —No es Donald Trump, ¿verdad?

—Esperemos que no. —Bromeo.

De la reina Isabel a Donald Trump. Tal cual.

En fin, en los días siguientes mi madre me escribe casi todos los días para saber qué cosas podrían gustarles a los papás de Lu y qué no, la verdad que lo único que sé es que les gusta el alcohol, así que eso le dije. Por la tarde, ya se había conseguido unas botellas de ron. Me envía una fotografía y después de preguntarme si esas están bien, yo se las muestro a ellos.

Bueno, se las muestro hasta el día siguiente sí, porque casualmente me toca ir a casa de los Belrose y digo «casualmente» por no decir que me obligaron, es sábado, temprano y yo solo quiero dormir, pero es que desde el viernes me habían hecho llegar un casco y hoy por la mañana me habían preguntado si tenía algo que hacer, no solo a mí, también a Juan y entonces aquí estamos, esperando subir a la camioneta de François Belrose, con ropa en una mochila, ni siquiera tengo idea hacia dónde vamos, lo único que sé es que necesito dormir.

—¿Sabes a dónde vamos, Lu?

—Tú le dijiste a mis papás que te gustaba andar en bici.

—Sí, cuando tenía ocho años.

Definitivamente, tal vez debí especificar. También ellos debieron especificar que no iríamos en auto, si no que tomaríamos el jet privado de los Belrose. Tampoco hubiera estado mal mencionar que planeaban comprar bicicletas para todos y que específicamente serían Émonda SLR 7. Así que cuando por fin aterrizamos, veo que las están subiendo a una camioneta y una tiene mi nombre, otra de ellas dice Juan.

—¿Qué precio crees que tengan estas bicicletas? —Escucho a Juan mencionar en un susurro.

—No tengo ni idea.

—Según Google... —Juan suelta un gritito, me muestra el celular y casi reacciono de la misma forma.

En fin, el tema de las bicicletas queda a un lado, cuando el que toma las llaves de la camioneta es Max y ahí comprendo la forma de conducir de Lu, no... no la comprendo todavía, pero Max es peor. Casi comienzo a escribir mi testamento cuando íbamos cuesta abajo, sin frenos. Lo peor de todo es que Luna, François y toda su familia presente van como si esto es algo de todos los días.

—¿Crees que este sí sea nuestro día que nos van a ofrecer en un ritual? —Susurra Juan, viendo por la ventana, pero al mismo tiempo aferrándose fuerte al cinturón.

—Si es que llegamos vivos.

En ese momento la camioneta pasa por un bache, la velocidad provoca que demos un salto y casi peguemos la cabeza en el techo. Juan suelta un gritito agudo que hace que se me olvide que casi nos damos vuelta. Todo mundo lo mira y él se aclara la garganta y vuelve a acomodarse en su lugar, pero aferrándose a su asiento.

Y lo de la camioneta solo era el inicio, después fue una trayectoria de varios kilómetros en bicicleta que me hizo replantearme la existencia y preguntarme cómo es posible que todos estos señores que me doblan la edad estén en mejor condición física que yo. Nosotros somos los últimos, con dos guardaespaldas que nos van cuidando.

A ver, que si a un caso querían que terminara cansado al final día porque tengo que compartir cuarto con Lu, creo que lograron su objetivo.

—Definitivamente voy a volver al gym. —Escucho a Juan decir tirándose al piso. Le doy un vistazo al lugar al que hemos llegado y me doy cuenta de que hay una laguna y una casa que parece una cabaña muy lujosa. No a muchos metros está Lu con la tía Lucy, quién al verme esboza una sonrisa y termina riéndose cuando ve a Juan tirado en el piso. Dejo la bicicleta a un lado, me acerco a Luna, le doy un abrazo y un beso en la frente, le pregunto qué es este lugar y me dice que propiedad de Max y François.

Bueno, eso ya me lo imaginaba.

—¿Juan está bien?

—Eso espero.

Finalmente, Juan se pone de pie, cuando se recupera mira alrededor y parece que le gusta lo que ve. Se quita la camiseta, pero eso no le dura nada, porque justo en el momento que ve a los hombres de la familia de Lu sin camisa, vuelve a ponerse la suya de inmediato. Quiero decir, todos esos señores definitivamente se ejercitan todos los días. Todavía estoy abrazado a Lu y mi barbilla descansa sobre la coronilla de su cabeza cuando escucho a François hablarme:

—Oigan, abogados ¿Jugamos football? —Ah, carajo ¿Cómo le dices a tu suegro que ya dejaste todas tus energías pedaleando varios kilómetros? Pues no hay una forma, así que yo le digo que sí. —Vamos, haremos un equipo.

En resumen, no morí por gracia de un ser supremo, pero sí que estuve a punto. Al final del día me duele todo el cuerpo, apenas me sostengo, pero finjo que todo está bien y que no me arde hasta la hebra del pelo. Ni siquiera me importa que Luna esté sentada sobre mis piernas frente a toda su familia. Ahora se han puesto a tocar la guitarra y a cantar, después de habernos casi destruido a Juan y a mí en esa cancha.

—¿Gabriel, tocas el piano? —Escucho a Max, de pronto.

—Lo único que sé es el Do.

Max se ríe, se pone de pie, se va en dirección al piano y dice:

—Esto es Rush E, el día que aprendas a tocarlo te dejo casarte con Luna.

Entonces me río cuando comienza a tocar, porque sé que ni de coña me aprendo eso. Ni dejando de trabajar y dedicándome a tocar el piano todo el día.

—Algo me dice que no vas a casarte nunca. —Escucho a Juan a mi lado, quién a duras penas sobrevivió, pero lo hizo. Max continúa tocando, Luna se pone de pie y le pide que se haga a un lado. Entonces Luna comienza una melodía. Una que reconozco, porque es una de las canciones favoritas de mi mamá «Vivo por ella», los dos comienzan a cantarla y aunque me quedo embelesado, saco mi teléfono y comienzo a grabar, hasta que se termina y yo quiero escuchar más.

—Guao. —Exclamo, casi al mismo tiempo que Juan. Creo que Juan nunca había escuchado cantar a Luna en vivo y yo nunca la había escuchado cantar con Max. Definitivamente, cada día me enamoro más de Lu. Toda la familia comienza a aplaudir y Max se pone de pie al mismo tiempo que Luna camina de regreso a mi persona, François tira de una silla y se sienta a mi lado, mientras Max toma el mismo lugar en el que estaba antes frente a mí. A ver, otro interrogatorio se acerca. No hay pruebas, pero tampoco dudas.

—Okey, Gabriel ¿qué debemos saber sobre tu familia para este próximo fin de semana?

Capítulo 63

Luna

Gabriel debe saber una cosa:

Cuando mis padres preguntan sobre algo, es porque ya lo saben todo. Ejemplo, ahora mismo cuando le preguntan qué debería saber sobre su familia para este próximo fin de semana. Max y François son así, lo más seguro es que ya hasta sepan qué talla de zapato fueron las abuelas del hombre araña y, hablando de eso, solo espero no se les esté ocurriendo regalarle zapatos a Juan y a Gabriel. Hace rato los había visto viéndoles los pies. En fin, volviendo a lo de Max, creo que la pregunta más correcta que podría hacer es: Gabriel, cuéntanos algo que no sepamos sobre tu familia.

—¿Qué es lo que quieren saber exactamente? —El hombre araña todavía no los conoce.

La respuesta de Max y François a la pregunta de Gabriel es, en coro: «todo». A todo esto ¿qué es exactamente «todo»? Ni yo lo sé, tampoco creo que se les haya escapado algo en su «investigación» y, además, de mi parte ya saben lo más importante: Que el hermano se casó con la ex.

—¿Es en serio, papá? Tú hasta debes saber dónde está enterrado el tatarabuelo de Gabriel. Es más, debes de saber hasta con qué color de calzoncillo lo enterraron.

—¿A cuál? —Responde Max de inmediato y agrega: —¿El que era militar o el médico?

—¿Tuve un tatarabuelo militar? —Responde Gabriel enseguida. Entonces Max y François en coro de nuevo:

—Sí.

—No me sorprende.

—A mí tampoco. —Respondo con ironía después de Gabriel. —Digo, no que haya sido militar, sino de que Max y François lo sepan ¿A todo esto, ustedes no tienen nada más qué hacer?

—Nosotros tenemos tiempo para todo, Luna. —Max otra vez: —Pero a ver, no queremos saber tu árbol genealógico, Gabriel. Solo queremos datos generales sobre tu familia, no queremos aparecer con una botella de Château Lafite Rothschild si a ellos no les gusta el vino.

—A mí sí me gusta el vino. —Se escucha Juan de pronto. Yo pensé que ya se había muerto. —Solo digo. Y nunca he probado un Château Lafite Rothschild. —La pronunciación me hace dudar si se refiere al vino que mencionó Max o a cualquier otro.

—¿Cómo que nunca has probado el Château Lafite Rothschild? —De nuevo Max, además le habla a Pepe quién está al otro lado de la sala y le dice: —Pepe, trae una botella de Château Lafite Rothschild. —Se vuelve a nosotros y agrega: —Bueno, vamos a tomar mientras escuchamos sobre la familia de Gabriel. O la historia de cómo su hermano terminó casado con su ex...

—Esa la puedo contar yo... después de dormir un rato. —De nuevo Juan y se ríe. Además, ya no está pálido y mira a Gabriel: —No te preocupes, todos tienen una historia similar con una ex.

Entonces Max y François:

—Yo no.

—Ni yo.

Y Juan:

—Porque ustedes están juntos desde los dieciocho o diecinueve ¿No? —Mis padres lo miran y él agrega: —Sí, Gabriel y yo nos leímos sus biografías en Wikipedia. Además de todo lo relacionado con ustedes.

—Oh. —Exclama François dándole un vistazo a Gabriel. —Así que lo de investigarnos es recíproco. Ya no me siento tan mal después de todo.

—¿Te has sentido mal alguna vez? —Le pregunta Max.

—No ¿Y tú?

—Yo tampoco, digo... no desde que vi a Gabriel metiéndole mano a mi hija en el patio de mi propia casa, ya nada me da remordimiento.

Entonces yo ruedo los ojos y después escucho la risita de Gabriel, se lleva la mano a la frente y se masajea el entrecejo. No alcanza a defenderse, porque entonces aparece Pepe con la botella de vino que Max le pidió y se la entrega a Juan al mismo tiempo que le dice que esa es suya, la que abre Max es otra y después la comienza a servir en copas. Las copas aquí sí son normales, no como las exóticas que tiene en casa.

—Por cierto ¿Qué número calzan ustedes? —Les pregunta Max después de un rato. Una vez que los dos le contestan, agrega: —Bueno, espero descansen. Mañana vamos a enseñarles todo este lugar y el por qué a esa montaña le dicen la cúspide de la muerte, no cualquiera logra llegar y de los que suben, no cualquiera regresa.

Tal vez debí advertirles que a Max le gusta bromear sobre estas cosas.

No es que sea cien por ciento mentiras, pero sí le gusta exagerar.

Pero, en fin, Gabriel y Juan sí sobrevivieron a la excursión del día siguiente, aunque la noche anterior, justo después de que Gabriel se despidiera de Max y François me había dicho que estaba casi seguro que mis papás querían matarlo, yo me reí, luego solo se quedó dormido y no se despertó hasta que escuchó los gallos de Max cantar temprano en la mañana.

No es que Max tenga gallos de verdad, solo son bocinas con alarma que suenan como el canto de un gallo y en todas las habitaciones suenan a la misma hora porque están interconectadas.

Yo ya estoy acostumbrada ¿vale? pero al hombre araña le habían provocado el primer infarto del día y digo «el primero», porque más tarde sacar un par de zapatillas de Chanel con Adidas y Pharrel Williams que mis padres le habían regalado solo para la caminata a la montaña le había provocado el segundo y el tercero fue a mitad del camino cuesta arriba, me dijo que le recordara porqué había aceptado ir ahí y yo le contesté:

—No lo sé. Fuiste tú quién me dijo «Iremos el fin de semana con tus papás» y no me dejaste opción de réplica.

—En realidad, tus padres no me dejan opción de réplica ¿Cómo le dices que no a François Belrose? ¿O al mismísimo Max?

—Pues... diciéndoles no.

—Lo dices tan fácil porque no son tus suegros.

Se rio, pero una risa de resignación más bien cuando le comenté que todavía faltaba una hora de camino. Dejando a un lado la situación en la que estábamos, esta es otra faceta de Gabriel que me encanta, me gusta verlo de traje y corbata, sí; pero también de camiseta, shorts, una gorra hacia atrás y con las mejillas sonrojadas se ve bastante atractivo. Y sí logró llegar a la cúspide y aunque Juan casi muere en el intento, una vez arriba hasta se le ocurre bromear con Max y le pregunta:

—Entonces ha llegado la hora ¿Es aquí donde nos ofrecen en sacrificio a algún dios?

A lo que mi padre le contestó:

—¿De qué hablas? Todavía no, los necesito vivos para el juicio contra Vladimir. Después negociamos a quienes los ofrezco, eso va a depender de si ganamos o no.

Entonces Juan se rio, pero después estuvo pensativo todo el camino de regreso.

O tal vez es que ya estaba punto de desmayarse. No lo sé.

Los siguientes días, todo transcurre con calma. Bueno, no tanto, porque ahora soy la imagen de Betancourt y mi cara continúa por todos lados en redes sociales, brochures, banners publicitarios, etc. Ya no puedo andar en bus y tampoco puedo caminar por la calle sin que alguien me pregunte si yo soy Luna. Tampoco calma es una palabra que Gabriel pueda usar últimamente, quiero decir, está en medio de una demanda contra Vladimir a quién le gusta volver todo un reality show. Aún entre todo el lío en el que está metido y después de casi morir a manos de mis padres, Gabriel sigue aceptando las invitaciones de François y en dos ocasiones en los que me ha tocado llegar al restaurante por mi cuenta, ya me los he encontrado juntos charlando y riéndose. Aunque poco a poco va entrando más en confianza con ellos, todavía me da un beso en el dorso de la mano o en la frente cuando estamos en frente de ellos dos.

Al menos solo cuando se da cuenta que están presente, porque el miércoles por la tarde mientras yo lo estaba esperando frente al edificio donde trabaja, una vez que llegó y aparcó el auto, yo me acerqué a él, me dio un besazo con ganas y me levantó en sus brazos como siempre lo hace para quedar de la misma altura. Me imaginé que tal vez no había visto a François, pero su boca no me permitió advertírselo. Solo caminó unos cuantos pasos conmigo a horcajadas... hasta que escuchó la voz de mi padre:

—Se van a caer.

Y me puso de inmediato de regreso en el piso.

Definitivamente, al hombre araña le servía muy bien el corazón, porque tantos sustos últimamente ya lo tuvieran hospitalizado.

En fin, el resto de los días hasta el sábado sí se puede decir que transcurren con más calma.

Bueno, tal vez el viernes no, como cuando fui al despacho de Gabriel con la tía Elena y la rubia amiga de Cristal, Melissa, me vio llegar... en el mismo auto... con ella. Debí imaginarme que por ahí iba a estar, digo... últimamente es como si esa fuera su segunda casa, pero en fin... me la encontré en el parking... de lejos, porque Elena tiene parqueo exclusivo. Sorpresivamente me saludó con un asentimiento de cabeza que yo respondí lo más desinteresada posible. Aunque ya había salido la campaña de Betancourt con mi imagen, ese día la rubia se había dedicado a revisar mis historias, perfiles, cuentas y de paso, también el perfil de la roja había aparecido por ahí.

Pero después de eso, sin prestarle mucha atención a ellas dos, sí... todo transcurrió con calma. Cuando me doy cuenta ya es el día y estoy camino a casa de la mamá de Gabriel, esperando solo que Max y François se aparezcan en cualquier momento y ojalá no lo hagan de forma que le llamen la atención a todo el vecindario. Ya me había imaginado este día en varias ocasiones, pero en ninguna contaba con que la roja, o Roberto y mucho peor la amiga de Cristal, Melissa, estuvieran presente.

Y sí, Juan y Gabriel ya me lo habían advertido, aun así, esperaba que ninguno apareciera.

—Bolas... —Me dice el comisionado en un susurro cuando estoy sirviéndome vino en la cocina. —Sí estamos seguros de que sus padres no son narcotraficantes, ¿verdad? De todas

formas, traje mi broche de hoja de marihuana. —Se saca el pasador del bolsillo. —Usted solo me avisa.

—Pues yo también espero que no sean narcotraficantes, comisionado.

—¡Papá! —Escucho a Gabriel, quién ahora mismo conversa con Victor, el esposo de su mamá. —En serio, basta.

—Bueno, por si acaso también traje mi gorro de colores.

Y yo me río cuando se lo saca del bolsillo trasero y se lo pone. El comisionado está trajeado y lleva un gorro con una hoja de marihuana bordada en la frente. Voy a contestarle con sarcasmo, pero un texto me llega al celular, es de *sexychocokrispis* y dice que están en camino. Santo escarabajo. El comisionado se va para atender una llamada y yo aprovecho para acercarme rápido a la ventana con mi copa de vino esperando que Max y François no se aparezcan en helicóptero. Bueno, aquí creo que no se podría, tal vez solo si lo hacen a media calle... pero no, eso es imposible... creo. Estoy trazándome todos los cálculos posibles, las probabilidades de que un helicóptero alcance, cuando de pronto siento a alguien acercarse a mí y detenerse a mi lado. Por el sonido de los tacones y el perfume, sé que no es Gabriel, tampoco su mamá porque hoy lleva plataformas y Catalina detesta el olor del perfume de Cristal. Así que sí, definitivamente sé quién es, sin siquiera voltearme a verla. Entonces, digo:

—Así que sí te quedaste después de todo.

—Bueno, estoy viviendo aquí, te lo recuerdo. No es como que tenga donde ir ahora mismo... —Claro, como si no tiene padres, hermanos, amigos... o a Melissa, aunque como era de imaginarse que la rubia sí iba a estar aquí, hasta aceptó firmar los papeles de Juan, porque claro, con quién iba a hablar después la roja si no traía a Melissa. —Están remodelando mi apartamento, así que no tengo de otra.

Que conste, yo no pregunté.

—¿Cuál apartamento? ¿El que me ofreciste en una apuesta? —Y con ironía, agrego: —No te hubieras molestado, yo me encargaba de la remodelación, no creo que tengamos los mismos gustos. O tal vez sí, quién sabe.

La roja se ríe.

—Igual no te lo ganaste.

—Todavía.

Se vuelve a reír, quisiera unírmele, pero yo estoy preocupada porque Max y François se aparezcan en el helicóptero... o en la camioneta de mala muerte, eso sería todavía peor. Santo escarabajo. Cualquier cosa, pero no la camioneta sacada de la basura, por favor.

—¿Crees que por haber aparecido en un video suyo vas a conseguir que aparezca en una reunión de caridad? ¿O es que tu papi va a pagarle? Bueno, si tiene una Cadillac Escalade, entonces puede comprarte un apartamento, igual creo que sería más barato que conseguirte a Max.

¿Ahora como le digo que lo de Max saldría gratis?

Bueno, ni gratis, porque ahora mi cara está en su video musical y ya no puedo tomar un bus tranquila. Es más, ya no puedo ir a ninguna parte sin que haya al menos una persona viéndome.

—Bueno, mi papi podría comprar todo el edificio donde vives incluyendo tu apartamento y de paso conseguir a Max. —Ya lo va a saber de todas formas, ya puedo hablarlo con tranquilidad. Hace unas cuantas semanas, ni loca mencionaba algo así. Pensándolo mejor, me gustaba más cuando pensaba que éramos muertos de hambre. —Si quisiera...

—Sí, claro. —Su respuesta es irónica y se ríe otra vez, son de ese tipo de carcajada irónica que de vez en cuando ella lanza para decir una estupidez... bueno, como siempre. Va a decirme algo, pero entonces su amiga la interrumpe, le dice algo al oído y una vez que termina, le pregunto:

—¿Tu apartamento también lo están remodelando?

—Yo solo estoy esperando a Cristal para irnos a comer después, ni siquiera me interesa estar aquí.

Dice algo más, pero no le presto tanta atención porque ahora mismo me suena el celular y me da un vuelco el estómago cuando miro en la pantalla un mensaje de François que dice que ya están en camino. Están siguiendo la ubicación que yo ya les había compartido. Miro a Gabriel y él también está viendo su teléfono. Lo más seguro es que también le hizo llegar un mensaje a él. Miro al cielo, pero ni rastro de helicóptero. Entonces ahí los veo, aparece primero una Mercedes G 500, después una GMC Hummer EV, seguido un Lamborghini Urus y por último un Porsche Cayenne Turbo. Los cuatro vehículos se estacionan frente al jardín y es el momento que todos los presentes se asoman a la ventana.

Ah, caramba.

Se suponía que iban a llegar aquí lo más sencillo que pudieran.

De la Mercedes se bajan cuatro guardaespaldas, de la GMC desciende Emilio entonces ya sé que en esa es que están mis papás y... no me equivoco, en el momento que él abre la puerta aparece François, del tercer auto está bajando mi tía Lucía, seguida de Antoine y en el último vehículo es la tía Elena. No sé si esto es bastante para procesar, pero dentro de la casa hay silencio y hasta se le borró el gesto irónico a la pelirroja. Entonces, como si todos no estuvieran lo suficientemente petrificados ya, se baja Pepe y justo detrás está Max.

Entonces ahí sí se escucha un suspiro, al comisionado ahora sí le está dando un infarto y la roja... bueno, se le cayó la copa.

—¿Esos son...?

—Ah sí. —Ni dejo que la rubia termine la pregunta. —Son los granjeros que me abandonaron. Permiso.

Capítulo 64

Gabriel

Nunca en mi vida me imaginé estar en una situación como esta.

Es que... a ver ¿Quién se despierta todos los días pensando que en cualquier momento su novia le dirá que es hija de no una, sino dos figuras influyentes del mundo del espectáculo? Pues nadie, absolutamente nadie.

Y lo más seguro es que mis padres tampoco se hubiesen imaginado quiénes eran las dos personas que estaban a punto de conocer, creo que hasta hace un par de minutos todavía seguían creyendo que la casa la rodearía un cártel o algo por el estilo, pero puedo apostar que ni en sus sueños más locos pensaron que en solo unos minutos tendrían a Max y François Belrose en frente.

Es que ni yo, vale, ni yo. Yo todavía sigo pensando que me despertaré un día y todo esto solo fue producto de mi imaginación. Y que esa vez que soñé que ellos me tiraban dentro de un volcán solo era un sueño dentro de otro sueño que se me había metido en la cabeza porque Juan me sugestionó. Pero bueno, solo lo de tirarme a un volcán fue un sueño, el resto sigue siendo mi realidad de la que ni de coña puedo despertarme y, lo peor, es que ya me estoy acostumbrando.

Cuando se escucha una copa caerse, Juan detrás de mí suelta:

—Dije que este momento no me lo perdía por nada y valió la pena.

Pero nadie le pone atención a lo que ha dicho, lo más seguro es que todos aun estén procesando que afuera están Max y François, también Elena Betancourt y que los acompaña Lucía Belrose con Antoine Von Masow, además que Pepe no es Pepe en realidad. Todos conocen a Max y François, también cualquier persona reconocería fácilmente a Elena, la que se ha mantenido más alejada del mundo del espectáculo es Lucía, pero Antoine sí ha sido un tema de conversación importante en mi familia últimamente ¿Seguirá Cristal llamando «delincuentes» a una élite que puede comprarla a ella y a toda su familia junta si quisieran?

—¿Ese es...? —Escucho al comisionado hablar finalmente. El único, porque todos continúan en silencio. Yo ya me acostumbré, pero ya me imaginaba el shock que les iban a causar a todos ellos. Mi padre vuelve a repetirlo: —¿Ese es Max? ¿Trajeron a Max aquí? ¿No que íbamos a conocer a la familia de bolas?

—Es la familia de bo... Luna. —Corrijo.

—Me voy a morir.

Solo espero que después de todo eso no sea verdad.

Me mira atónito, después a ellos y por último a Luna quién está saliendo de la casa, cuando me cercioro de que el comisionado no se está muriendo en serio, voy detrás de Lu y le sostengo la puerta para que pase, antes de salir doy un vistazo a mi familia y todos siguen sin procesar lo que está pasando allá afuera. Como dije, hasta hace un momento mi padre bromeaba con estar a punto de conocer a Osama bin Laden o a Donald Trump. Es más, horas antes me había enviado fotos de ellos junto a Luna para bien a quién más se parecía de los dos. Yo le contesté que Osama bin Laden ni siquiera estaba vivo y Donald Trump era rubio, así que no. Tal vez sí debí advertirle sobre a quién iba a conocer hoy, o al menos darle una pista solo para evitar que se quedara así de pálido, como ahora.

—¿Cómo es que...? —Se aclara la garganta para lo siguiente que va a decir y, además,

me doy cuenta que todavía lleva el gorro de colores con la hoja de marihuana bordada en la frente. —¿Cómo es que todo este tiempo le dije bolas a la hija de Max y François Belrose? ¿Espera... Luisa también...? Okey, me están haciendo una broma, ¿verdad?

—Deseara que fuera una broma. —Y en eso no miento. Todos los días también me despierto con ganas que me digan que todo esto fue una broma en realidad. —Papá, quítate el gorro, ya te enteraste que no son narcos.

—Y me hubiera traído mi gorro con la cara de Max bordada, pero alguien no me contó las cosas con tiempo.

—¿Bueno, les digo que pasen? —La pregunta es para mi madre.

—Espera... —Habla el comisionado de nuevo. Comienza a inhalar y exhalar. —Deja hago mis ejercicios de respiración para no desmayarme. Ah, madre mía, ahí viene. Alguien sosténgame, chequéenme la presión y los niveles de azúcar.

—¿Es Elena Betancourt? —Mi madre pregunta acercándose. Si supiera que ella es la tía de Lu con la que ha hablado todo este tiempo.

—Así es.

Entonces ahí todos los demás se acercan a la puerta, aunque se quedan ahí en la entrada cuando yo voy en dirección a la familia de Lu, el único que va detrás de mí es Juan. Solo les doy un vistazo rápido y veo a mi madre cambiando el gesto atónito a uno más amable para recibir a la familia de Lu, mi padre tiene la mano sobre el pecho fingiendo un infarto, Catalina y Javier, aunque ellos ya los conocían del despacho, lo más seguro es que jamás se hubieran imaginado que son los papás de Luna. Elísabet, la esposa de mi padre, está detrás de él sosteniéndolo y Víctor el marido de mamá, se está asomando por la ventana de la sala, junto a él está Roberto, mi hermana mayor y su esposo, mientras que la pelirroja y su amiga se mantienen al margen desde el comedor, se dicen algo entre ellas y entonces la primera en salir de escena es Cristal y al rato su amiga la acompaña.

—Me gusta este lugar. —Escucho a Max cuando ya estoy más cerca de ellos. —¿Sabes si venden la casa que está en frente?

—No inventes, papá. —Escucho a Luna contestarle. —Y les dije que vinieran en algo sencillo.

—Esto es sencillo. —Le contesta Max en el mismo tono, señalando los autos, en especial el primer vehículo. —La GMC la compramos solo para este momento especial. Es lo más sencillo que encontramos.

Juan detrás de mí suelta una risita y lo escucho:

—Me encanta como nos llaman pordioseros, sin decirlo directamente.

Luna les dice algo más bajo, casi en el oído a Max y a François, ellos miran hacia la casa, después vuelven a Luna con el entrecejo fruncido y luego asienten con una risita que me enciende las alarmas. François se saca algo del bolsillo de la gabardina y un poco más tarde me entero de que es la peluca, la peluca pelirroja. Luna se la quita de las manos, después se acerca a mí y me la deja en el bolsillo del saco.

Ahora tengo la peluca de Chucky conmigo. Carajo.

—Caballeros. —Habla la tía Lucy, quién está a la par de Elena mientras esta última habla por teléfono, Lucía también ve alrededor y menciona que le gusta el sitio. Le extiendo la mano a Antoine en saludo y después a Max y François cuando se acercan a nosotros, les tiendo el brazo en dirección a la entrada donde mi familia todavía atónita los espera en la puerta.

—Bienvenidos. Adelante, por favor.

Todos avanzan y François es el último. Cuando pasa a la par mía, me saca la peluca roja del bolsillo y la guarda de regreso en su gabardina, solo espero que no esté pensando en usarla más tarde. Camino tras él y sin querer veo hacia el segundo piso. Ahí está Elías, observándonos. Arrugo el entrecejo y cierra la ventana con la cortina, después parece alejarse y yo solo espero que no esté camino a ofrecerles su página porno.

Camino un poco más rápido para adelantar al grupo. Cabe mencionar que ya hay dos hombres uniformados guardando la entrada de la casa de mi madre y otros dos afuera del jardín. Mi familia está en la puerta y Caterine es la primera en dar un paso adelante cuando los papás de Lu se están acercando a la puerta.

—Bueno creo que ya conoces a Max y a François. —Le hablo a mi mamá y después menciono a cada uno: —Ella es Lucía y él es Antoine, ella es la tía Elena de Luna, quién estoy seguro también ya sabes quién es. —A lo que ella contesta un «por supuesto» —Y bueno, a Pepe ya lo conoces. El otro tío de Lu no está en el país y la hermana de Lu dice que prefiere no ver al comisionado por un tiempo.

El comisionado ignora eso último y sale disparado en dirección a Max diciendo:

—¿Tú eres...?

—Sí soy... —Le contesta Max. Se saludan con un abrazo, algo así como si fueran viejos amigos y ahora sí temo que se vaya a morir de un infarto. Después saluda a François y al resto de la familia de Lu. Luna saca un pañuelo del bolsillo del saco de Max y lo deja en el de mi padre. Max la mira y ella a él, pero no es como que a Luna le importe mucho.

—Papá, él es el comisionado. Comisionado, él es Max.

—¡No puedo creerlo! —Habla hiperventilando ¿Ya mencioné que mi padre todavía lleva el gorro con la hoja de marihuana en la frente? —Cuando estaba joven...

—Hace bastante tiempo... —Le interrumpe Luna. Mi padre continúa concentrado en lo que está diciendo:

—Fui a muchos conciertos tuyos... de hecho, cuando me casé con Caterine elegimos una de tus canciones para el vals. Después la usamos para el divorcio, pero ese es tema aparte.

Eso es algo que hace que los demás se rían.

—Es la primera vez que escucho que una de mis canciones forma parte de un divorcio, pero qué cool. —Max mira el gorro de mi padre y después lo mira a él: —Me gusta tu gorro.

—¿Me lo firmas?

—¡Claro!

Cuando mi padre se va a buscar un bolígrafo. Max se vuelve a mí y susurrando, me dice:

—Investígame cuál fue esa canción, al parecer tiene historial de divorcios, así la usamos el día que te cases con Luna... si es que te aprendes Rush E.

Ah, carajo.

Disimulo la risa cuando mi madre les pide que pasen y después de presentarlos uno a uno —incluyendo a Roberto— los invita al comedor. Al inicio es un tanto complicado de aceptar que hay celebridades en la casa, pero poco a poco se van adaptando... después de un poco de vino, algunas risas y bromas... aunque Max y François se están comportando... digo, ahora mismo sí se parecen a sus perfiles reales en redes sociales, conmigo tienen la personalidad de sexychocokrispis y candentenutella... como dije, hasta ya me acostumbré.

Mi madre se acerca a mí, se sienta a mi lado y me dice:

—¡No puede ser! ¿Ellos no comen cerdo? Gabriel, yo preparé carne de cerdo. Si me hubieras dicho quiénes eran desde antes, los hubiera investigado con tiempo. —Cuando le

pregunto a qué se refiere, me muestra información de google. Ahí está una foto de Max: —No consumen carne de cerdo ¿Tienen una restricción médica o algo así?

No tengo idea, pero puedo imaginarme que eso viene desde el incidente de Juan, el cerdo.

—No lo creo. —Afirmo. —¿Quieres que les pregunte?

—No tenemos ningún problema con la carne de cerdo —Habla Max, quién al parecer logró escucharnos. — Lo mencioné hace años en una entrevista por cierto evento traumático que se desencadenó después de comernos unos chicharrones.

Mira a Luna, así que sí, ya sé a qué se debe esa información.

—Max se comió a mi cerdo. —Replica Lu de inmediato. Max suelta un suspiro, rueda los ojos y dice que esa es la razón por la que ya no come ese tipo de carne, además se defiende agregando que él no sabía que era Juan. François interviene antes que inicie la tercera guerra mundial agregando:

—Desde entonces en casa se prohibió la carne de cerdo y como castigo tuvimos que hacernos vegetarianos, pero eso ya pasó.

—¿Son vegetarianos?

A mi madre casi le da un ictus, pero se relaja cuando escucha:

—Ya no.

—Bueno, si alguien me hubiera contado todo esto antes... —Me reprocha poniéndose de pie. Max le dice que no se preocupe, que lo más seguro es que Luna lo entiende. Lu no replica, le resta importancia y continúa en la conversación que tenía con mis hermanas quienes a mi parecer todavía no se adaptan a ver a Luna como la hija de Max y François.

Todo era más fácil cuando todos creían que era una granjera indigente que solo estaba conmigo por dinero.

Por cierto, Cristal había desaparecido y hasta ahora me estoy dando cuenta que sigue en la casa porque está bajando las escaleras. Los papás de Lu ni siquiera la determinan, hasta que a Elías se le ocurre salir de su escondite y llegando al comedor, suelta:

—¿Ya lo ven? Luna no es ninguna muerta de hambre que su padre abandonó. —Mi madre se da vuelta de inmediato y mira a mi hermano menor: —Pepe no es ningún delincuente, Antoine no es su amante y el dueño de la Cadillac, es su papá y no cualquier papá, es François Belrose.

—¡Elías! —De inmediato mi madre, el regaño no es un simple llamado de atención, parece que sí está molesta. Yo no le digo nada, que continúe. —Elías, vete a tu cuarto o compórtate.

—¿Qué? —Repite él. Mi madre hace una seña sutil de negación con la cabeza a lo que él agrega: —Es lo que decía Cristal todo el tiempo ¿no? Que los tatuajes, que estaba con Gabriel por dinero, que tenía amantes ricos, que Gabriel se lo permitía, bla, bla... ¿Lo ves, Cristal? Yo te lo dije.

La mencionada está a punto de salir corriendo. Mi madre se pone de pie, suspira manteniendo la calma y le pide con amabilidad que se retire, pero bueno... es Elías, no va a retirarse hasta que él quiere.

—Perdonen a mi hijo...—Se vuelve a los señores Belrose. —Él es un poquito...

—¡No, no! No se preocupe, Caterine. —Habla Max viendo a mi hermano. —Todo eso ya lo sabíamos. Disculpa, niño ¿Tú quién eres?

Elías esboza una sonrisa cuando hacia Max, madre mía, que no saque un brochure de su página porno... por favor.

—Yo soy heladolibidoso ¿Lo recuerda? Yo le escribí por Instagram.

Oh por Dios.

Creo que esa plática es peor que la de la página porno.

—¿Eres tú? —Max suelta una carcajada, François también lo mira y entonces el primero agrega: —¿Fuiste tú quién me ofreció un millón de dólares para hackear mi cuenta sexychocokrispis con un enlace?

—¿Quién le ofrece un millón de dólares al mismísimo Max? —Habla Pepe.

—Alguien con el nombre de heladolibidoso, por supuesto. —Ahora François.

Mi madre tiene ganas de desaparecerse, eso es seguro.

Mi celular comienza a sonar. Después de pedirles a todos un momento salgo del comedor y me voy por la puerta que va al jardín. Atiendo el asunto, cuando cuelgo me quedo ahí un rato más contestando un email, pero entonces un mensaje de Luna aparece en mi pantalla. Es una imagen y cuando la abro, me doy cuenta de que es François sacando su peluca pelirroja y ha agregado la palabra «Ayuda» a su texto. Me rio un poco y cuando estoy contestando, una segunda foto aparece y esta vez es mi papá con la peluca del señor Belrose.

Santo Escarabajo.

Ahora sí, me guardo el teléfono en el bolsillo para ir directo al comedor, pero justo al darme la vuelta a la persona que veo ahí es a Cristal, pareciera que está esperando algo o a alguien porque solo está parada ahí moviéndose en el mismo sitio, levanta la mirada y al verme suelta un suspiro, después una risita irónica y me dice:

—Así que de esto se trataba todo ¿no? De humillarme en frente de tu familia, Gabriel. —Me detengo un momento y me pienso seriamente dar la vuelta completa a toda la casa para entrar por la puerta principal si a un caso Cristal continúa bloqueando esta entrada. —No te bastó con restregarme en la cara a tu nueva novia todas las veces que se te dio la gana, sino que ahora vienes aquí a mostrarme que es la niña de papi de Max y François.

Sí, sí me da risa y no me la contengo.

—¿Por qué crees que toda gira en torno a ti? Tienes un problema, Cristal. Yo no te pedí que te quedaras, es más, ni siquiera sé qué estás haciendo aquí. Esta reunión era para que la familia de mi novia conociera a mis padres. No a ti, para ser honesto.

—Te recuerdo que estoy viviendo aquí, aunque no quiera. ¿A dónde crees que voy a irme? No me quedaba de otra.

—Claro, por eso trajiste a Melissa ¿No?

—Yo no la invité, ella me invitó a comer y solo se apareció sin preguntarme. Yo no voy a quedarme en ese bendito almuerzo.

—Aleluya.

Entonces por fin se quita de la puerta, pero lo hace solo para acercarse más a mí.

—Aunque ahora lo entiendo todo ¿sabes? —Aquí vamos otra vez. —El por qué finges estar tan enamorado de una chica de veinte años que sabes que no está a tu nivel... claro ¿por qué no? Si tiene padres importantes que te ayudarían a impulsar tu carrera.

—¿Ya terminaste?

—No. La verdad sí eres inteligente, le das todo lo que te pide porque tú recibirás el doble, mejores contratos, clientes famosos, a Elena Betancourt... la cuenta de los Belrose, a la marca de Von Masow.

Y me río de nuevo. Ah, carajo. Si tan solo supiera que yo también me acabo de enterar hasta hace poco quiénes eran sus papás.

—A ver ¿Desde cuándo pasé de ser el proveedor a ser el interesado en esta relación? ¿No eras tú quién me repetía que Luna estaba conmigo por dinero? ¿Que buscaba la calidad de vida que en su casa no pudieron darle y no sé qué más boberías? Sabes que siempre me ha interesado poco lo que pienses y ahora menos; así que, con permiso, necesito volver con mi novia.

Para suerte mía la puerta se abre interrumpiendo esta «conversación». Aunque no es la persona que más me gustaría ver ahora, al menos le agradezco que finalmente me puedo ir de aquí. Roberto mira de Cristal a mí y aunque no dice nada, solo se aparta cuando yo llego a la puerta:

—Permiso.

Capítulo 65

Luna

Bueno, pudo ser peor.

El comisionado pudo morir, volverse loco o quemar la casa, pero no lo hizo. De hecho, se lo ha tomado bien. Bastante bien. Bueno, Tal vez solo ha gritado un poco, casi se desmaya, estuvo a punto de darle un infarto, pero eso fue todo. Ahora mismo Max le está firmando el gorro de marihuana y parece un niño en una dulcería.

Todavía no pregunta sobre Luisa.

Así que le dejo un mensaje a mi hermana:

Para: Luisa

Ni siquiera se acuerda de ti.

Y no creo que lo haga con Max en frente.

La respuesta de mi hermana llega casi de inmediato, bueno ella misma me había dicho que estaría pendiente por cualquier cosa y veo que sí cumplió. Tal vez solo está nerviosa por todo lo que el comisionado sabe, no lo sé, pero su texto me lo confirma:

De: Luisa

Siempre y cuando no hable sobre Fede, todo bien.

No creo que tampoco vaya a acordarse de Fede.

No cuando Max también le está firmando el pañuelo que yo misma le saqué del bolsillo a mi padre y se lo di al suegro.

Para: Luisa

Dudo mucho que ahora mismo vaya a estarse acordando de Fede

Y le tomo una fotografía al jefe de jefe de todos los jefes con Max solo para enviársela a Luisa.

Mi hermana le agrega una reacción de risa a la foto. Justo en ese momento levanto la mirada y veo que François está sacando su peluca roja. A ver ¿qué no se la había dado a guardar a Gabriel? Entonces, los tres hombres comienzan a reírse, también está Elías con ellos a la par de Juan, Javier y el papá de Cata, aunque esos tres últimos están conversando entre ellos —más bien parece que interrogan a Juan—. Max, François y el comisionado se están hablando en secreto, ahora me veo en la obligación de sentarme más cerca, mucho más cuando es el comisionado que está tomando la peluca pelirroja de François.

Y no es todo, la está peinando y parece que se la va a poner.

Santo Escarabajo.

Le tomo una foto y se la envío a Gabriel con la palabra «Ayuda». El hombre araña salió hace un rato para tomar una llamada del despacho, pero veo que lee el texto de inmediato, está contestando y en el momento que levanto la mirada a la puerta, me doy cuenta de que Cristal está saliendo, en dirección a donde Gabriel se había ido.

Y Elías también la está viendo.

Y se ríe. Me mira, me rio con él y él se saca el celular.

Regreso mi atención a los hombres en la mesa y el comisionado ya está usando la peluca de François.

Santo escarabajo, solo me distraje un minuto.

Me pongo de pie cuando veo que se está poniendo el gorro de marihuana encima. Le tomo otra foto antes de llegar a la mesa y se la envío a Gabriel. No voy a soltar una carcajada, con toda la seriedad que a duras penas puedo recoger, me siento frente a ellos. Al comisionado no le importa, con su peluca y su gorro me pide que le tome una foto con Max, después quiere una con François y por último una con toda mi familia junta incluyéndome. Sí, con su disfraz de... no sé qué.

—¿No es mejor sin la peluca, comisionado? —Pregunto en serio.

—No, esta peluca me la regaló François Belrose, bolas. —Responde. Okey, igual discutir sería en vano, pero al menos François ya se deshizo de la peluca pelirroja, así que eso está bien... siempre y cuando el comisionado no vaya a usarla todo el tiempo de ahora en adelante.

Entonces escucho a mis papás en coro:

—¿Bolas? —El comisionado suelta una carcajada y empieza a contar la historia:

—Bueno... cuando conocí a Luna por algún extraño motivo...

—A ver... digan Whisky —Los interrumpo. Cuando ven el flash de la cámara los tres posan. Después le tomo una con Max, después la otra con François y entonces le pido a Juan si nos hace una foto en grupo.

Después de esto tal vez ya se les ha olvidado.

Quiero decir, casi se vuelve una sesión fotográfica porque después cada miembro de la familia de Gabriel quiere fotos con Max, a mi padre no le molesta en lo absoluto. Me sorprende que el único que no esté en la sala sea Roberto, desde que había subido las escaleras a buscar un disco de Max que es del comisionado, no había regresado y no es como que se note su ausencia, es hasta que aparece en el comedor que se acuerdan de él y sí, trae consigo un disco de Max «MediaLuna» y se lo entrega a mi papá.

—¿Así que tú eres Roberto?

—Sí, él que se casó con la ex de Gabriel. —Responde Elías a la pregunta Max. Desde la sala se escucha a la señora Caterine, quién mantiene una conversación con mis tías, Pepe y Antoine, llamar a Elías, pero él no hace caso. Tampoco está viendo a Roberto, juega en su celular. El mencionado mira a su hermano menor y una sonrisa cortés, pero fingida, le dice que a mi padre que sí.

—Okey. —Papá Max abre el disco y es entonces que al comisionado casi le da un infarto porque lo primero que aparece ocupando todo el espacio es el nombre de Cristal. Roberto aclarándose la garganta, quiere evitar que don Santi se convierta en Hulk diciéndole:

—Lo siento. Es el disco favorito de Cristal, tal vez no sabía que es tuyo.

—Ahora sí voy a ver a San Pedro.

—¿Es el disco favorito de tu esposa? ¿Medialuna? —De nuevo Max. Cuando Roberto asiente, mis papás se ríen y me miran a mí. Vuelven a recomponer el gesto y regresan al porte de seriedad conteniendo una carcajada. Fue lo primero que les advertí cuando me les acerqué allá afuera, que fingieran no saber nada sobre el rollo sobre el hermano de Gabriel y la ex.

Aunque Elías se ha encargado de ponerlos al día.

—No se preocupe, comisionado. —Habla Max, cerrando el disco y dándoselo de regreso a la rata. —Le conseguiré uno nuevo, edición limitada. —Si al comisionado no le dio un ataque antes, le dará ahora. —Con una condición...

El comisionado, ahora con más atención, lo mira:

—¿Cuál?

—Que me ayude a convencer a Luna de grabar un cover de mi nueva canción conmigo.

—Oh no. —Respondo de inmediato. —Lo siento, comisionado. No tendrá un disco edición limitada.

—¡Uh! Eso está fácil. —Dice don Santi. Mira alrededor y buscando a alguien, dice: —¡Gabriel! ¿Dónde está Gabriel?

—Seguro lo están molestando allá afuera. —Responde Elías. Doña Caterine ahora sí está de pie en la puerta, llama a Elías una vez más y le pide que le ayude en la cocina. Él rueda los ojos, pero se pone de pie. Antes de retirarse, pasa a la par de Roberto, le dice algo al oído, alcanzo a notar que menciona a Cristal y después señala la puerta por donde la roja se había ido. —Te envié un mensaje hace rato, por cierto, míralo.

A alguien le gusta ver el mundo arder.

Roberto sí mira su celular y no la piensa mucho, se va directo dónde su hermano le señaló, abre la puerta, desaparece y segundos más tardes el hombre araña es finalmente liberado y entra al comedor donde, al ver su padre, se detiene de golpe, le pregunta qué lleva en la cabeza, a lo que el comisionado muy campante le contesta que se acostumbre a su nuevo peinado, además le pide que me convenza de hacer un cover de la canción de Max, con el mismísimo Max.

—Eso está difícil, papá.

—¿Difícil? ¿Por qué? Pensé que tenías el apellido bien en alto.

—Y lo tiene bien alto. —Respondo.

—A ver... a ver... —Max ahora. —Que... que... que... ¿Cómo?

—Papá... por favor.... —Gabriel se masajea la sien y tomando el lugar a mi lado, continúa: —Hablamos de esto en otro momento ¿Sí?

—¿Por qué? —El comisionado se está riendo, pero después le dice: —Está bien.

Una vez que el hombre araña se acomoda, pongo mi mano sobre su pierna y aprovechando que los hombres frente a nosotros mantienen una conversación y no están prestándonos atención a nosotros, voy jugando con mis dedos hasta llegar a su entrepierna. Suelta una risita que disimula muy bien y después entrelaza su mano con la mía llevándola hasta donde la había puesto primero.

—¿Qué quería la vulpécula roja? —Mi pregunta es casi en un susurro, digo... no quiero que mis padres también estén pendientes de la respuesta. Gabriel aún se ríe por el nombre por el que llamo a la pelirroja, pero creo que Ed Sheeran es ofensivo para el mismo Ed Sheeran. —No me digas que se inventó que nos montamos toda una farsa para hacerla quedar mal.

—Algo así, pero mejor. —Responde. —Dice que ahora comprende porqué estoy enamorado de ti. —Señala a mis padres. —Tus papás son Max y François. En otras palabras, me llamó interesado.

—¿Entonces ya cambiamos los papeles?

—Eso parece.

Mi respuesta es una risa, Gabriel se sirve agua en un vaso y caigo en cuenta que dejé un momento de poner atención a la plática de mis papás con el comisionado y cuando regreso a ser parte de su conversación, lo primero que escucho es:

—Gabriel nos cae bien. —A ver, eso es algo bueno. Hasta que suelta: —Excepto el día que lo vimos metiéndole mano a Luna en nuestro jardín.

El hombre araña casi se atraganta con el agua que está tomando, hasta le provoca tos y como si eso que dijo Max no fuera suficiente, el comisionado agrega:

—Eso no es nada. Mi cabaña casi la tiran abajo, yo me tuve que quedar afuera para no

interrumpirlos.

Y mis papás nos miran.

Santa madre.

El comisionado solo dice eso y se pone de pie porque su esposa lo llama, aunque no pongo atención a lo que le dice, el señor Mariani menciona que ya regresa y se aleja un momento. Entonces ahí quedamos los dos solos con mis papás quienes tienen la vista clavada en Gabriel y el hombre araña a este punto no sabe si reírse o salir corriendo. Hace las dos.

—Okey ¿Quién tiene hambre? —Dice. Se aclara la garganta, deja el vaso sobre la mesa y se pone de pie. Max y François todavía lo están viendo fijamente, observan cada movimiento, cada gesto, cada paso y hasta parecen capaces de deletrear las siguientes palabras que me dice: —Iré a ver si mi madre necesita ayuda.

—Tu madre tiene suficiente ayuda. —Habla François señalando al lugar donde está doña Caterine. —Está tu hermano menor, tus dos hermanas, Antoine quién lo más seguro es que está explicándole a todos qué es la pansexualidad y también está Lucía que es muy buena en la cocina. No te preocupes. ¡Oh! Ahí viene la comida. Siéntate.

Y lo hace, masajeándose el entrecejo.

Todavía con la mirada de Max y François encima.

Entonces, Max primero, suelta una risotada cortando el contacto visual y habla viendo a François:

—Lo siento. Ya no puedo.

A este punto lo más seguro es que Gabriel tenga ganas de tirarse por la ventana.

Y se debe estar replanteando mil veces su vida post cita por internet.

Los dos se carcajean, toma la copa de vino que tienen en frente, se toman un trago grande y Gabriel solo los está viendo, confundido. Si todavía no creía que mis padres estaban locos, ahora no le quedarán dudas.

Pero yo se lo advertí, que conste.

También se ríe, pero esa es más como una resignación. Me acerca a mi oído y me dice:

—Si todavía no he muerto. Lo haré dentro de poco.

El comisionado por fin aparece, cabe mencionar que todavía sigue con la peluca pelirroja y el gorro de colores con la hoja de marihuana bordada en la frente. Nadie dice nada, pero tal vez se están guardando la carcajada para más tarde, como yo, no sé. La comida transcurre con tranquilidad. Aquí no aparece un Vladimir apuntándonos a todos. Eso es bueno. Algo que no había notado desde que llegué es que este comedor es más grande y lo más seguro es que lo compraron para la ocasión. Aunque todos están hablando entre ellos, contando historias, anécdotas y así, yo no despego la atención de cualquier conversación entre mis padres con el señor Mariani, aunque por un momento la conversación es irrelevante, escucho el nombre de mi hermana y pongo oído:

—¿Por qué Luisa no vino? —François le dice que tiene un conflicto personal con él por ser su jefe. —Igual, la mire hoy o el lunes, le diré lo mismo: Que no puedo despedirla porque es hija de Max y François. —Se ríe y agrega: —Además, está embarazada y ella gana mucho mejor que Fede.

Bueno, ya salió el tema:

Para: Luisa

Okey, ya se acordó de ti

Y mencionó a Fede.

Lo de Fede parece haber llamado la atención de mis papás.

A ver, puedo creer que a estas alturas ya hasta saben qué tipo de sangre es Fede, eso es seguro. Pero entonces Max le susurra al comisionado:

—¿Puedes enviarnos el currículum de ese Fede?

A lo que el señor Mariani, responde:

—Sí, claro. —Además le agrega: —Fede no tiene mucha experiencia, pero fue el mejor de su clase y ha hecho pasantías en buenos sitios. Es un buen muchacho. Trabajador, inteligente y quiere mucho a Luisa. Soy capaz de meter mis manos al fuego por él. —Saca su celular y volviéndose a mis padres, pregunta: —¿también quieren su dirección y teléfono?

—Oh sí, por favor. —Ahora es Max con el móvil en mano. Siguen hablando en tono bajo, pero alcanzo a escuchar: —¿Y no tiene redes sociales?

—No estoy seguro, pero creo que no ¿Por qué?

—No, por nada. —Hablan al unísono.

Para: Luisa

Okey, que no cunda el pánico,

pero el comisionado está dando información.

Repito: El comisionado está dando información.

Entonces me contesta, lo hace veloz, aunque solo es un:

De: Luisa

Mierda

Ya he terminado de comer cuando mi hermana comienza a llamarme y aunque no planeo contestarle por el momento, sigue insistiendo y continúa marcándome. Gabriel charla con Juan quién está al otro lado del hombre araña. Lo interrumpo solo para avisarle que saldré un momento a hablar con Luisa. Él me dice que sí y, aprovechando que cada quién en la mesa está en lo suyo, salgo rápido y descuelgo:

—Luisa, no puedo hablar mucho. —A lo lejos se escucha una voz, alguien que parece estar muy molesto. Miro alrededor buscando de quién viene ese tono mientras continúo hablándole a mi hermana: —Mis papás están aquí, también el comisionado preguntándose por qué no viniste.

—Le dije que me recomendaron reposo. —A solo unos metros, detrás de unos arbustos, está Roberto... por supuesto... Digo ¿Quién más podría estar tan loco como para gritarle a un celular a esta hora? También parece tener la llamada en altavoz, porque otra voz masculina le responde: —Pero a ver ¿Cómo es eso que está dando información?

—Sobre Fede.

—¿Qué? —Me llama la atención cuando Roberto menciona el nombre de Gabriel, así que lo de mi hermana pasa a segundo plano por un momento. La rata parece molesto, como si está explotando contra alguien y lo que alcanzo a escuchar es:

—Sí, así como te lo estoy diciendo. Es que no entiendo ¿Sabes? ¿Por qué Gabriel tiene tanta suerte? Desde... no sé... siempre, es como si todas las cosas le salieran bien, como si todo el universo conspirara para ponerle las cosas fáciles. Le quito a Cristal, se encuentra a alguien mejor...

Una voz desde el auricular de su teléfono lo interrumpe:

—¿Entonces la familia de Luna sí es adinerada? Cristal no quiso decirme nada.

—Sí... —Hace una pausa. —Pero eso es irrelevante, no hablemos sobre eso. —Okey, siempre y cuando no mencione a Max y a François. —Lo peor de todo es que la familia de Luna

parece adorarlo, sus tías solo dicen lo maravilloso que es... y bla bla bla. Por supuesto ¿Cómo Gabriel no va a amarla además? ¿Pero ella? ¿Qué pudo haberle visto a Gabriel?

—¿Quién es ese? —Escucho a mi hermana decir. Okey, entonces sí está hablando lo suficientemente alto y no estoy fisgoneando. —¿Por qué está tan alterado con Gabriel?

—Es su hermano, el que se casó con su ex.

—¿Todavía le tiene tanta envidia? Madre mía. Pero eso es verdad, la tía Lucy y Elena lo adoran. También Max y François, aunque ellos digan que no porque te encontraron metiéndote mano con él en el jardín.

—¡Santo escarabajo! ¿En serio andan contando eso a todo el mundo? —Y suelto una risa, solo espero que el hombre araña no lo sepa.

—Por cierto, ¿qué información está dando el comisionado sobre Fede?

—Su dirección y su teléfono.

—¿Qué? Bueno, sorpresa que se van a llevar porque tenemos la misma dirección.

—¿A ver... que tu «no tenemos nada» vive contigo? Quiero decir... ¿se mudó a tu casa? ¿definitivamente?

—Vamos a tener un bebé, Luna. No voy a hacer esto sola. Tiene que cumplir su parte, aunque sea que tengamos que vivir juntos.

Entonces escucho unos pasos, le digo a Luisa que tengo que colgar y que cualquier cosa nueva le aviso por un mensaje de texto. Ella me dice que sí y cuando me doy media vuelta me encuentro a Roberto justo detrás de mí y aunque ya no lleva la cara de altanería de antes, esboza una sonrisa y dice:

—Allá adentro es un caos, es mejor salir a tomar aire fresco.

—Bueno, yo solo estaba hablando con mi hermana, ya voy a volver.

—Ya que estás aquí ¿Puedo hablar contigo un momento? Solo tengo que decirte algo y... bueno, aprovechando que no tienes a Gabriel alrededor como siempre.

—Yo no creo que tú y yo tengamos algo que hablar.

—Hoy me encontré a Gabriel y a Cristal, hablando muy acaramelados aquí afuera. —Ah, madre mía ¿qué intenta ahora? —No te estoy mintiendo, tú lo viste cuando salí, Gabriel de inmediato se metió a la casa porque estaba...

Yo suelto una risita que lo interrumpe, pero esa era mi intención.

—Está bien ¿Eso era todo?

—Escucha... —Ahora sí parece comenzar a irritarse—. Yo sé que cuando estás enamorado hay muchas cosas que cuestan creerlas, pero... ya sabes que Gabriel y Cristal tienen una larga historia juntos, cuatro años de relación y eso no se olvida así de fácil.

—Bueno... me has repetido eso mismo como unas diez veces y mi respuesta siempre va a ser la misma.

—Tú nunca has tenido una relación de mucho tiempo, ¿verdad? Porque no te olvidas de alguien de la noche a la mañana. No puedes conocer al amor de tu vida cuatro meses después de dejar una relación tan larga, comprendo que Cristal no olvide a Gabriel, pero Gabriel solo está jugando contigo.

—No sé qué pretendes, pero no te está funcionando. No intentes reflejar tus inseguridades de adolescente sin autoestima en mí.

La puerta se abre y el que aparece es Gabriel. El hombre araña arruga el entrecejo cuando mira de su hermano a mí, además se acerca y me pregunta si todo está bien. Mi respuesta es lo que Roberto acaba de decirme. Gabriel se ríe, se aclara la garganta y se acerca a Roberto, solo

para aclarar:

—Escúchame bien, Roberto. Me estás comenzando a cansar de verdad y aunque tengo mucha paciencia, sí tengo un límite. Si te veo de nuevo alrededor de mi Luna...

—¿Qué? ¿Vas a golpearme?

Gabriel se ríe y le contesta:

—No, yo puedo arruinarte la vida y lo sabes.

Roberto no dice nada. Es hasta que alguien más abre la puerta que se mueve de lugar y poco después me doy cuenta de que es Pepe. Él mira de mí, a Gabriel y por último le da un vistazo Roberto, el gesto le cambia y me pregunta si todo está bien. Le digo que sí y se queda dónde está, pero sin quitarle la mirada de encima. Tomo la mano de Gabriel y una vez que entramos a la casa me doy cuenta de que mis padres no están en el comedor.

Están en la sala de música, viendo el piano de doña Caterine.

Mi padre está conversando con la madre de Gabriel. Ella le están contando sobre las clases de violín que le di unos días. Gabriel entra en la plática y le dice a Max que yo soy muy buena tocando el violín y el piano. A lo que mi padre con una sonrisa le contesta que... por supuesto, aprendí con él. Además, le agrega:

—De hecho, Luna es muy buena tocando varios instrumentos.

—Sí, eso lo tengo seguro. Luna es buena tocando muchas cosas. —Mis dos papás lo miran, a lo que él de inmediato responde: —Estoy hablando de instrumentos musicales.

Suelto una risa, Max lo señala con el dedo y le dice:

—Más te vale, Gabriel. Más te vale.

Capítulo 66

Gabriel

Oficialmente este ha sido el día más largo de mi vida.

Este y el día que conocí a los papás de Lu. Es más, voy a marcarlos como los más caóticos de mi existencia. Bueno, en realidad creo que es cada encuentro con Max & François que convierten cualquier día en un caos, pero bueno... espero los siguientes sean mejores. Espero.

A ver, al menos aquí todo ha ido bien, desapareció Roberto, tampoco están Cristal, ni su amiga, Elías todavía no habla sobre su página porno, aunque no sé si ya se la ofreció a Antoine, porque los vi charlando hace un rato; pero, en fin, en lo que respecta todo ha marchado bien, digo... todavía nadie ha entrado apuntándonos con un arma en la frente.

Aunque no sé si eso es peor que escuchar a mi papá alcoholizado cantar junto a Max. Cuando digo «junto a Max» no significa que está cantando con él, no... él está a su lado tocando el piano mientras el comisionado suelta cuatro gritos con alguna canción que todavía no logro reconocer. El papá de Lu solo se ríe, François también y todos los miembros de la familia de Luna en realidad ¿Cómo te atreves a cantar frente a una familia de músicos o frente a un cantante internacional? En fin, mi padre.

Bueno, tal vez debería grabarlo y después recordarle que cantó ebrio, desafinado y con una peluca roja frente a Max y François Belrose.

—La próxima vez es nuestro turno de organizar algo para ustedes. —Habla Max. —Solo elijan el día y nos avisan. Bueno, solo los que estamos aquí nada más ¿Ok? Sinceramente no queremos a ningún ex de nadie, ni esposos de exes, ni nada de eso. Bueno ustedes dos sí. —Agrega señalando a Caterine y después al comisionado.

—Me parece bien. —Escucho a mi padre exclamar. La risa de Juan es la siguiente, aunque intenta disimularla y se toma un sorbo de vino. François se pone de pie y dice:

—Por cierto ¿Les parece si salimos a dar una vuelta?

El comisionado es el primero en responder:

—¿En sus autos?

—Bueno, podemos mandar a traer la limusina, así nos vamos todos de una sola vez.

Y por supuesto que todos aceptan. Sin preguntar nada, sin oponerse, sin responder cuando ellos agregan que todavía está temprano y podemos ir a otro sitio. Es más, de las ocho de la noche cuando ya estamos dentro de una limusina de los Belrose y por supuesto que no salimos solo a dar una vuelta, sí nos están llevando a otro sitio, uno que desde la entrada se ve más caro que toda mi vida. Es un club. Max y François acaban de traer a mis padres a un club privado de millonarios, porque bueno... que yo sepa este lugar es exclusivo y solo para personas del nivel de ellos dos.

Y no es como que a alguien le incomode.

Ni siquiera a Elías quién le confesó a Max que tenía una identificación falsa que iba a traerse por si las moscas, pero que no le dijera a mamá. Entonces él también está aquí, aunque al inicio Caterine no estuvo muy de acuerdo, terminaron por convencerla. Nadie más hizo preguntas, y a Max y François ni siquiera les importó que el enano anduviera ahí con una edad falsa.

Y no es como que en la entrada le preguntaran algo tampoco.

Digo, entró junto a Max y François Belrose.

Estoy sentado en la barra, viendo de lejos a mi padre junto a los papás de Lu reírse a carcajadas y me vuelvo a Juan, quién está al lado mío, pero charlando con Javier:

—¿Sabes? Creo que fue mala idea presentar al comisionado con Max y François. —Juan toma un trago de la barra, arruga la frente y después los mira.

—Mala idea fue presentarlos con Elías. —Apunta en la dirección que están y veo ahí al enano, diciéndoles algo a los tres. También sueltan una carcajada, lo escuchan atentamente y se vuelven a reír. Carajo. —¿Sabes qué? Ya me dieron ganas de saber qué les está diciendo. Voy a ir a dar una vuelta.

—Si es sobre su página porno, me avisas.

—Claro.

Miro a Juan sentarse con ellos y después le doy un vistazo al grupo a la par que lo conforman las tías de Lu con mi madre y la esposa del comisionado. Caterine parece que también se encontró un mejor amigo y es Antoine, éste está hablando, mi madre se está riendo y después les dice algo a las otras mujeres con ella. No veo a Lu, hace un momento estaba sentada en las piernas de la tía Elena, cuando doy un vistazo alrededor siento unos brazos rodearme la cintura desde atrás, no tengo que darme vuelta para saber de quién se trata, solo veo el reloj.

—¿Bailamos?

—Todavía no estoy ebrio.

Me rodea para quedar frente a mí y después comienza a besarme los labios, la barbilla, la mandíbula y cuando estoy comenzando a excitarme me acuerdo de que estamos en un club y que es muy probable que sus padres nos estén viendo. La detengo y le digo:

—Tus padres... están casi al frente.

—Vivimos juntos, no creo que no sepan todo lo que dos personas solas en una casa pueden hacer.

—Pues, espero no sepan qué es exactamente todo lo que tú y yo hacemos.

Lu suelta una risita. En ese momento nos interrumpe Antoine cuando se acerca al bartender y le dice:

—Diez Sapphire Martini para las damas que están allá. —Las damas de las que Antoine habla incluyen a mi mamá.

—¿Mi madre va a tomar alcohol?

—Por supuesto, para eso estamos aquí.

Pero Caterine sí aguantó el alcohol, el que no lo hizo fue mi padre quién poco antes de irnos se quedó dormido. Hasta ese momento regresamos a la casa de mi mamá y en el momento que los guardaespaldas bajan al comisionado de la limusina, Max pregunta:

—¿Están seguros de que está bien?

—Sí —contesta Elísabet—, eso es normal cuando toma alcohol.

—¿Segura? No quiero estar involucrado en la muerte de un comisionado.

En fin, envían al comisionado inconsciente en uno de los autos con chofer de los papás de Lu. Una vez que me despido de todos y espero a Lu en el jardín, escucho a mis espaldas:

—Tú puedes quedarte con nosotros, Gabriel. No tenemos ningún problema. Siempre está la habitación de Luna, claro que tú puedes dormir en otra... si quieres. Hay dieciséis más para escoger.

Y yo no sé si tomarme esa invitación bien o mal. También me doy cuenta de que,

claramente, solo conozco la mitad de esa casa si hay dieciséis habitaciones.

—Les agradezco mucho, pero... —Entonces ahora es François que me interrumpe:

—Es que no te vamos a dejar conducir a esta hora... además bebiste alcohol ¿no? —Bueno, no al punto de no poder conducir, pero eso no se los digo porque, mirando su reloj, agrega: —Es más de medianoche.

A ver, ¿ahora cómo les digo que prefiero conducir a medianoche? Digo, un fantasma a media carretera es mejor idea que dormir en casa de Max y François Belrose.

—Pero tengo una junta mañana temprano.

—No importa. —De nuevo François. —Yo me tengo que reunir con Juan, así que puedo llevarte...

—Pero mi auto...

No me dejan ni terminar la frase cuando Max ya tiene la respuesta:

—Le decimos a Emilio que te lo lleve y ya, por eso no te preocupes. —Por fin Luna se está acercando, estoy esperando que ella sea mi salvación cuando su padre le dice: —Gabriel dice que acepta quedarse a dormir en casa. —A ver, quiero protestar, pero antes que pueda abrir la boca, él se vuelve a Pepe y le dice:

—Ayuda a Gabriel a subirse a la limusina.

—Es que ni siquiera traigo más ropa conmigo. —Lo que sea con tal de que me dejen irme a mi casa, pero eso sí es verdad. —No puedo presentarme con este mismo traje, además huele a alcohol.

—¡Nah! Por eso no te preocupes.

Es que para todo tienen una solución al parecer.

A ver, el «ayuda a Gabriel» que Max mencionó antes, no parecía una petición, esa más bien fue una orden, pero no para Pepe... sino para mí. Digo, parece no haber escapatoria, porque Pepe ya me está tomando del brazo y de un solo me empuja dentro del vehículo sin dejarme opción réplica. Seguido se sube él y solo me queda escuchar la conversación afuera:

—¿Juan, vienes con nosotros también?

—No, yo estoy recién casado y mi esposa ni siquiera sabe con quiénes me ando alcoholizando aquí, ahora imagínense llamarle para decirle que no voy a llegar. —Juan suelta un gritito en broma y agrega: —Dios me libre. Pero en otro momento sí, cuando me atreva a contarle, porque ahorita solo se volvería loca, no se concentraría en su trabajo y podría matar a alguno de sus pacientes.

—Pero no puedes conducir así.

—Sí, todavía sigue en pie la demanda de Vladimir, puedes estrellarte después si quieres, pero ahora mismo no.

Ese claramente fue Max, a lo que François agrega:

—Y solo si ganamos.

—Sí, porque si perdemos tu esposa se quedará viuda.

Juan suelta una risita media nerviosa y agrega con sarcasmo:

—¡Ay! ¿Y con esa motivación quién pierde, señor Max? De pronto me entraron las ganas de ponerme a trabajar de madrugada ¿Nunca pensó volverse coach motivacional?

Y Max, con sorna, le contesta:

—Tienes razón. Motivar personas es mi verdadera pasión.

Y entonces Emilio los interrumpe, le dice algo a los señores Belrose quienes después le anuncian a Juan que van a ir a dejarlo a su casa ¿Por qué simplemente no me envían con Juan si

vivimos en el mismo edificio? Pero no, yo ya estoy raptado aquí. En ese momento, entra Luna y solo me pregunta si estoy seguro de quedarme a dormir a casa de sus papás.

A ver, que le quiero decir que no, pero entonces François Belrose se está subiendo a la limusina y justo después lo hace Max, sentándose ambos a cado lado de mi persona. Lu se ubica a la par de Pepe, justo frente a mí y entonces, cierran la puerta y poco después el vehículo está en marcha.

Okey, ya no me queda otra opción ¿verdad? Ahora solo me queda mentalizarme a pasar la noche en la casa de Max y François.

—A Gabriel no le gusta tu alarma de sonido de gallos cantando. —Suelta Luna de pronto. —Solo para que sepas, Max.

—Está bien, la desactivamos. —Y se vuelve a mí: —¿Te gusta el sonido de las cabras?

—Prefiero usar mi propia alarma.

—Está bien.

Solo espero que no se le ocurra otra cosa, porque ya lo presiento.

El resto del camino transcurre en calma. Una calma a la que no estoy acostumbrado, porque todo lo que incluye a Max y François es un embrollo del que no encuentro como salir, pero de todas formas agradezco que cada quién esté en lo suyo. En ese momento hago contacto visual con Lu, quién esboza una sonrisa y después escribe algo en su teléfono. Casi de inmediato me suena el celular y cuando me lo saco del bolsillo lo que leo es:

De: Lu ♥

No tenía hambre, pero estás aquí con tremenda salchicha y me antojé.

El mensaje de Lu hace que casi se me caiga el teléfono de las manos, además coincide con un bache que provoca que todos demos un brinco en el interior. Ahora tengo que buscar la forma de contenerme una risa nerviosa, digo… ¡tus papás están a mi lado, Lu! creo que mejor guardo el celular, mucho más cuando Max me hace una pregunta sobre leyes, tema fácil, pero ahora mismo se me acaba de reiniciar todo el sistema.

El resto del camino es una charla sobre eso mismo con Max y François Belrose.

Una vez en la casa el tema de conversación es otro, que también incluye un recorrido por el resto la propiedad de los papás de Lu. Tal vez no debí mencionar que no sabía que hubiera dieciséis habitaciones, así que comenzaron a mostrármelas una por una. Sí, confirmo que no conocía ni la mitad de la casa, pero ahora estoy agotado, digo... tremendo día, pero caigo en cuenta, una vez más, que esta era otra estrategia de los padres de Luna para dejarme exhausto.

Y sí que les funciona todas las veces.

En fin, es como si solo puse la cabeza y desperté, con la única diferencia que ya es de día, Luna no está y veo un traje en el lugar donde debería estar ella. Me pongo de pie, me asomo por la ventana y el lugar es tan inmenso que desde aquí solo tengo acceso a ver una parte del jardín, además de la extensión que tiene todo el predio de los papás de Lu.

Lo bueno es que Max no usó su alarma de gallos esta vez.

Tomo el traje y ni siquiera reviso las etiquetas porque no quiero saber cuánto cuesta la venta de mi alma esta vez. Tomo una ducha y me visto. Estoy poniéndome la corbata cuando le doy un vistazo a la habitación que era de Lu, está demás mencionar lo lujosa que es, que tiene un clóset casi igual de amplio y el baño está hecho completamente de vidrio. Hay un tocador finísimo y sobre él un cofre que tiene joyas probablemente caras, aunque eso no es algo para sorprenderse si se trata de la hija del dueño de Belrose ¿no?

Mi atención se posa en el estante que cubre una de las paredes, está lleno de fotografías,

de Max, de François, de Luisa, de los cuatro juntos, de Antoine, de sus tías, de Pepe, de toda la familia, más fotos junto a sus papás, de viaje, en casa, de compras, en discotecas. Saco mi teléfono para dejarle un mensaje y en la pantalla me doy cuenta de la hora que es. Tengo que salir de aquí porque, bueno... tengo que llegar a una junta y no sé cómo voy a hacerlo desde esta casa si no tengo mi auto.

Cuando salgo al pasillo, presiento que voy a perderme.

Estoy escribiéndole el texto a Lu cuando me veo en un pasillo que no había visto antes y ahora no sé hacia donde ir. En este hay otras fotos, pero estas son antiguas, por lo que veo al pie de cada fotografía, parecen ser los abuelos de Lu o bisabuelos, en *Google* confirmo esa información. Es que a toda la familia de Lu solo la googleas y ya sabes quién es quién. También hay algunas pinturas y una que otra obra rara que no logro entender. Tengo un mensaje de Luna en mi pantalla, me pregunta donde estoy, cuando estoy contestándole que en realidad no tengo idea, aparece Emilio y me dice que me llevará al comedor.

Y ese comedor no es el mismo de los otros días.

¿Cuántos comedores hay aquí? Ni idea.

—¿Cuántos comedores tienen?

—Tres. Uno es para cuando hay invitados, otro cuando es una comida de negocios y este es el familiar. Pasa.

Cuando Emilio se retira, yo tomo la manecilla y entro. La verdad no esperaba que los padres de Lu ya estuvieran ahí. Es más, no esperaba que Luisa estuviera aquí tampoco, mucho peor peleando en francés con sus papás. Me detengo cuando los tres voltean a verme, Luisa arruga el entrecejo y se vuelve a sus dos papás:

—¿Qué hace Gabriel aquí?

Okey, buenos días.

—Gabriel ahora vive aquí.

Ah, caramba ¿Desde cuándo que no me doy cuenta? Aunque sé que el comentario no es cierto (o eso espero) Max continúa concentrado en unos folios que tiene sobre la mesa. Él está sentado en la cabecera, mientras François de pie a un lado también está viendo los papeles.

—Eso no lo creo. Gabriel no va a soportar estar con ustedes los siete días de la semana.

—Bueno, todavía no vive aquí. —Ahora François y, de nuevo, Max:

—Sí, todavía.

—Okey. Buenos días... —Es lo único que se me ocurre y ahora no sé si pasar o irme, esto parecía una conversación importante y, lo mejor, es que no me incluía a mí. Opto por lo segundo, les digo que pueden continuar al mismo tiempo que me doy media vuelta.

—Gabriel... —La hermana de Lu me llama y cuando me giro de nuevo, agrega: —Siéntate, por favor. Quiero preguntarte algo.

Santo cielo ¿en qué me vine a meter?

—Bueno... —Miro mi reloj. —Estoy tarde, tengo una junta... y...

—No tomará más de un minuto.

Santo escarabajo.

—Está bien. —Sí, paso y tomo lugar donde me indica. La silla al lado derecho de Max, convenientemente frente a ella, aunque ella se mantiene de pie. Me doy cuenta de que los papeles que revisa Max es el CV de Fede. Así que el comisionado sí cumplió. —Adelante.

—¿Dormiste bien? —Max primero, aunque todavía sigue leyendo los papeles.

—Eh... sí. —Digo, era más de medianoche, había tomado y después me hicieron caminar

por toda esta casa. Por supuesto que iba a caer como una piedra, pero eso es lo que se esperaban me imagino.

—Dime la verdad —Luisa esta vez. —¿En realidad sí te gusta estar aquí? ¿Te gusta pasar el tiempo con Max y François? —Ah, santo cielo. Al menos permíteme entrar más en confianza para poder contestar estas cosas más tranquilo. A ver, que tampoco es que lo paso mal, pero ha pasado tanto con Luna frente a sus papás que lo que me da es vergüenza... y no, nunca me había pasado algo así con nadie.

Bueno, Luisa no me deja contestar, de inmediato se vuelve a Max y a François:

—¿Lo ven? No puede ni contestar, esto es lo que ustedes provocan, se pone pálido con solo verlos ¿En serio creen que voy a traerles a Fede a vivir esta situación?

Max sin ponerle atención, la interrumpe:

—¿Veinticinco años, Luisa? ¡Tiene veinticinco! Ah no, va a cumplir veinticinco, o sea todavía no los tiene. Es casi un adolescente ¿Tiene pelos en las axilas al menos?

—¿Lo ven? —Luisa otra vez. —A eso me refiero.

—¿Ya se le desarrolló la voz? ¿Crees que alcance el timbre de la puerta? —Y los dos al mismo tiempo sueltan una risa. Carajo, pobre Fede.

—Bueno, nuestra diferencia de edad es la misma de Luna y Gabriel.

—Sí, pero Gabriel sabe a lo que se está metiendo. —Esa también suena a una frase motivacional, obviamente con sarcasmo. —¿Tú sabes a lo que te estás metiendo?

No escucho la respuesta de Luisa, porque la puerta del comedor se abre y esta vez sí es Luna la que aparece ahí. Lu mira de mí, a sus papás y después a Luisa, le cambia el gesto y pregunta:

—¿Qué le están haciendo a Gabriel?

Capítulo 67

Luna

Unas horas antes

Después de la cena con la familia de Gabriel, sucedieron dos cosas.

En realidad tres, si tomamos en cuenta que Max & François invitaron al comisionado a un paseo en su yate privado el próximo fin de semana, a toda la familia de Gabriel en realidad —excepto a Roberto y Cristal, por supuesto—, aunque el señor Mariani estaba casi inconsciente y tal vez ya ni siquiera se acuerde, ayer emocionado había dicho que sí y cuando llegamos a casa al parecer la invitación seguía en pie, porque escuché a Max diciendo que prepararan el yate para el sábado —era más de media noche— y después pidiendo que investigaran si el comisionado sobrevivió... pero en fin, ese es tema de conversación para más tarde, así que vayamos por partes:

La primera cosa que sucedió después de la cena con la familia de Gabriel fue que el hombre araña aceptara dormir en la casa de Max y François Belrose. Eso fue culpa de mis padres, eso es seguro, y yo no quise preguntar nada más, uno: porque estaba exhausta y dos: porque ni siquiera tuve tiempo. Justo cuando mis papás me lo estaban comentando, Gabriel ya se estaba subiendo a la limusina, bueno... Pepe lo estaba subiendo a la limo, pero no vi que él hiciera resistencia, así que yo también les dije que sí.

Lo segundo sucedió esta mañana cuando descubrí una nueva cuenta de Instagram que comenzó a seguirme justo en el momento cuando estábamos en el club. Tenía notificaciones de *Me gusta* en cada una de mis fotos y un comentario en una foto con Gabriel. Estoy cien por ciento segura que eso es obra de Max y François. Es que... quiero decir, ¿A quién más se le ocurriría crear una falsa cuenta con el logo de la policía y que se llame: @sensualboss911? Al comisionado no, por supuesto; pero al comisionado influenciado por Max y François Belrose, seguro que sí.

—¡Papá! ¿Sensualboss911? ¿Es en serio? —Me acababa de despertar cuando me percaté del nombre de la cuenta y lo primero que hice fue salir a buscar a mis papás. A Max me lo encuentro en la zona de la piscina, tomando café mientras mira un periódico, a François al otro extremo, pero como está hablando por teléfono solo me dirijo a *sexychocokrispis*: —¿Le crearon una cuenta falsa al comisionado que se llama sensualboss911?

—¡Ah! Buenos días. —Responde con ironía. Le da un sorbo a su café al mismo tiempo que se vuelve a mí fingiendo una conversación entre los dos: —¿Cómo amaneciste, papá? Yo bien, gracias ¿Y tú, mi amor? Bien, dormí de maravilla, gracias por dejar que mi novio durmiera conmigo y no enviarlo al cuarto de invitados que está en el ático.

—Como si no supiera que mostrarle las dieciséis habitaciones de la casa a medianoche no fue tu plan B para no tener que enviarlo al cuarto de invitados que está en el ático.

—No, el plan B era que él decidiera quedarse en la primera habitación que le mostramos, se lo pregunté, pero no... él prefirió ir por cada una de las dieciséis. No fue mi culpa. Por cierto ¿durmió bien?

—Lo hiciste caminar por toda la casa después de rumbear hasta medianoche. Por

supuesto que hasta en el jardín hubiera dormido bien.

—No se me ocurrió lo del jardín, para la próxima le muestro nuestra pista de aterrizaje que es todavía más grande que recorrer dieciséis habitaciones.

—Buenos días, mi amor. —La voz de François nos interrumpe y se acerca a mí para darme un beso en la coronilla. Me siento frente a Max y François al lado de mi otro padre. Toma el otro café que está a la par de la taza de Chewbacca de Max y pregunta: —¿De qué estamos hablando ahora?

—De que todavía no le hemos mostrado la pista de aterrizaje a Gabriel y de que puede quedarse a dormir en el jardín la próxima vez.

—¿Cuándo vuelven a quedarse aquí, Luna?

—Cualquier otro día que no esté ninguno de ustedes.

—Por cierto ¿Le llevaron el traje?

—Sí, se lo dejé sobre la cama. —François ahora está viendo el periódico también y solo suelta una risita cuando me escucha decir: —¿En serio, François? ¿*sensualboss911*? ¿no se les ocurrió algo mejor?

—Sí, también teníamos la opción de *Señorleyardiente*, pero él prefirió el otro.

Santo escarabajo.

Uno de los hombres que trabaja para mis papás nos interrumpe y le entrega unos papeles a François, este los mira, se los da a Max, este último arruga el entrecejo y después lo escucho decir:

—¿Tienen la misma dirección? ¿O sea, están viviendo juntos?

No sé por qué, pero presiento que esta conversación ahora va sobre Luisa y Fede.

—¿Este es el tal Fede? —François se dirige a mí y me muestra una foto tamaño carnet que está pegada en lo que creo es el currículum de Fede. A ver, entonces el comisionado, muerto y todo, sí cumplió con conseguirles el CV. —Parece un adolescente en plena pubertad.

—Viven juntos, van a tener un hijo, pero dice que no tienen una relación. Además de criar un bebé, Luisa va a tener que terminar de criar a este chamaco. —Habla Max dirigiéndose a François. Toma los papeles y le está dando otro vistazo cuando dice: —Que alguien me tire de un balcón del Burj Al Arab. Quedaré bien muerto, pero en Dubai.

—En defensa de Luisa, Fede no se ve como en esa foto. Ahora tiene barba, es más robusto y sí tiene cara de alguien que está a punto de convertirse en papá.

Bueno, eso no ayuda mucho, pero sí lo intenté ¿va? El gesto consternado no se les quita y ojean una vez más el CV de Fede, hasta hoy me doy cuenta de que se apellida Contreras. El currículum de Fede es una hoja nada más, pero Max y François lo están revisando de pies a cabeza, como si esperan aprendérselo de memoria.

—¿También así se leyeron el currículum de Gabriel?

Y los dos contestan al mismo tiempo:

—Sí.

Pero es Max el que profundiza:

—Pero el de Gabriel lo encuentras en la página web de la firma para la que trabaja. Bastante impresionante el de Gabriel, por cierto. Sorpresa me llevé que estuvieras con un hombre como él y no con otro que pareciera animal callejero en rehabilitación.

El celular de François suena y cuando mira la pantalla le dice a Max que Luisa ya está aquí. Okey, quiero escuchar esa conversación, pero al mismo tiempo no quiero ser parte; así que me decido por lo segundo y me quedo. Cuando ellos se ponen de pie y se van, yo continúo

tomándome el café de Max y le doy un vistazo al periódico que estaba viendo. Vladimir haciendo de las suyas en primera plana, queriendo ganar la simpatía del público hablando mal de la tía Elena, de Max y de François.

No sé mucho de estas cosas, pero presiento que ese no es un movimiento muy inteligente de su parte.

—No vas a creer esto. —Escucho detrás de mí. La voz de Antoine interrumpe mi lectura y cuando me vuelvo a él está soltando una carcajada viendo su celular al mismo tiempo que toma el lugar en el que François estaba. —¿Esta chica es la que estaba ayer cuando llegamos a la casa de la familia de Gabriel, no? La amiga de esa tal Cristal... o como se llame.

Me extiende su teléfono y sí, ahí está, el perfil de Melissa en Instagram.

—Sí, ella es ¿Por qué?

—Comenzó a seguirme. —Ahora está entrando a los chats al mismo tiempo que continúa: —Me envió un mensaje anoche, no lo vi hasta hoy en la mañana y le contesté, solo por curiosidad, pero adivina qué...

—¿Qué hiciste, Antoine?

—¿Yo? Nada. —Vuelve a extenderme su celular y esta vez está en los mensajes que intercambió con la amiga de la roja. Las respuestas de Antoine son cortantes, pero la respuesta de ella... —Solo intercambiamos como tres mensajes, por educación le pregunté cómo estaba y me envió esa foto.

Antoine se está riendo y yo leyendo los textos miro que en verdad él solo le preguntó cómo está, a lo que Melissa le respondió con una fotografía. Una en tanga. Está frente a un espejo y solo su brazo tapándole los pechos. Además, le agregó «Despertándome». Tiene el cabello alborotado y el reflejo de su celular le tapa la mitad de la cara.

—Madre mía, si ni siquiera te conoce.

—Y ni siquiera es mi tipo. —Antoine vuelve a soltar una risa. Su celular vuelve a anunciar un mensaje de texto y comienza a teclear otra vez al mismo tiempo que me dice: —Y ni viéndole casi todo el cuerpo desnudo me atrae, para ser honesto. No quiero sonar egocéntrico, pero yo no me fijaría en una mujer como ella. A mí me gusta lo exótico.

—Díselo, por favor.

—¡Oh, mira esto! Esa tal Melissa me acaba de preguntar si estoy libre esta noche, que hay un lugar muy bueno cerca de su casa y que si quería acompañarla. Bueno, le voy a decir la verdad, no estoy interesado.

Y sí se lo envía. Me muestra la conversación y como si fuera poco, después de la primera fotografía que le envió Melissa le dijo sin rodeos que le gustaba. También me doy cuenta de que desde hace un tiempo reacciona a sus historias, incluso las que hizo conmigo cuando creían que yo tenía una aventura con él. También le había dejado uno que otro texto desde antes.

Veo que Melissa está escribiendo y ahora lo que agrega es una nueva fotografía, esta vez sin la censura de los pechos. La amiga de Cristal está enviándole fotos desnuda a un hombre casi desconocido en Instagram y al que vio en persona una sola vez.

—A la verga. —Exclama Antoine. La expresión la aprendió ayer y el que se encargó de explicársela fue Elías, a espaldas de su madre, claro. Antoine arruga el entrecejo viendo la imagen. Le escribe algo, rápido y conciso, «amiga, quiérete un poco» y la bloquea, así tal cual. —En fin, voy a arreglarme, tengo que ir Alemania. Te veo después.

Hablando de arreglarse, yo tengo que ir a trabajar. Me pongo de pie y me voy directo a mi habitación. Gabriel ya no está por ningún lado. Veo mi celular y me doy cuenta de que tengo

un mensaje. Cuando le pregunto dónde está me dice que a mitad de un pasillo, además le agrega una foto. Le digo que voy para allá, pero entonces contesta que ya se encontró con Emilio y que lo lleva al comedor.

Me arreglo en tiempo récord. Ni siquiera recordaba toda la ropa que tengo aquí, así que escoger algo me toma unos varios minutos, pero entonces recuerdo que Gabriel está en el comedor familiar, posiblemente con mis padres, así que tomo lo primero que encuentro, maquillaje me puedo poner en el auto y salgo disparada de la habitación hasta el comedor de mis papás.

Cuando abro la puerta, sí, ahí está Gabriel, pero también están Max y François y los acompaña Luisa. Miro a cada uno de ellos y después al hombre araña que esboza una sonrisa cuando pregunto:

—¿Qué le están haciendo a Gabriel?

—Nada. —Exclaman los otros tres presentes. Camino hacia el lugar a la par del hombre araña, le extiendo mi mano y siempre la toma para darme un beso en el dorso, entrelaza sus dedos con los míos y estoy tomando asiento cuando escucho a mis papás. —Hablábamos sobre el adolescente de Luisa. Oye —Se vuelve Max a mi hermana: —¿Y sí ya tiene edad legal para acompañarnos a tomar?

—Pues ya tiene la edad suficiente como para embarazar a Luisa, claro que ya puede acompañarlos a tomar.

La mirada de Luisa casi me pide a golpes que me calle. Entonces lo hago llevándome un pan a la boca. Ellos continúan discutiendo hasta que entran los encargados de la cocina y dejan los platos frente a cada uno de nosotros. Una vez que se retiran, les digo a los granjeros:

—Gabriel no come gluten.

—Ya lo sabemos. —François quién se ha sentado a la derecha de Max, mira a Gabriel y le dice: —No te preocupes, puedes comer lo que quieras.

—No puedo creer que dentro de poco posiblemente tendremos a otra persona comiendo en la mesa con nosotros. —Luisa le dice que es muy probable que eso no pase, pero Max ignorándola continúa: —Y bueno, ¿el tal Fede es alérgico a algo?

—Camarones.

Entonces François saca un lápiz, se lo da a Max quién escribe en una libreta lo mismo que dice en voz alta:

—Comprar camarones.

Gabriel se ríe, pero deja el pan de regreso en su plato, sé que a este punto ya sabe que nada de lo que diga Max o François es en serio, porque bueno... son ellos. Sí se acaba su comida, después le dice a François que también necesita su laptop y mi padre se encarga de enviar a alguien hasta el apartamento del hombre araña a conseguírsela. Después del desayuno, Emilio lleva primero a François, la tía Elena y Gabriel. Después de las publicaciones de Vladimir en el periódico, hasta en el edificio del despacho hay reporteros. No me bajo de la camioneta y el hombre araña solo se despide con un beso rápido, porque ni François, ni la tía Elena pueden bajar todavía.

—Te escribo más tarde, amor ¿Okey?

—Sí, está bien.

Y sí me escribe más tarde, a mitad de la mañana me pregunta si quiero almorzar con él y justo al medio día ya está frente a la radio. Bajo las gradas a toda prisa y cuando me ve esboza una sonrisa preciosa, radiante... sexy, todavía está aparcándose y cuando termina de hacerlo me

subo rápido al vehículo. Le doy un beso como saludo, pero entonces, él toma mi rostro con ambas manos y me da un besazo de esos que me reinician la conciencia, que me hacen perder los estribos, que son sensuales, cariñosos, pero al mismo tiempo intenso, apasionado y erótico. Cuando se separa de mí todavía me estoy replanteando la existencia y lo escucho decir:

—No podía besarte así frente a tus papás y no podía quedarme con las ganas.

—¿Podemos ir a un motel?

Gabriel suelta una carcajada, pone en marcha el vehículo y me responde:

—No, porque no querré salir en media hora y tengo que volver al trabajo.

Sé que, si insistía, terminaría accediendo.

Pero puedo aguantar hasta la noche, y el hombre araña necesita comer. Después del almuerzo le pido que me deje en la comisaría. No porque tenga que ver a Luisa específicamente, sino porque me preocupa el comisionado. Aunque Gabriel asegure que es algo normal en su papá cuando toma y que, además, ya le contestó un mensaje. Mejor me cercioro. Una vez que me deja frente a la policía, vuelve a darme otro besazo como el anterior, según él, por si mis padres se aparecen y no tengamos tiempo para nosotros. Espero que no se aparezcan, porque ahora quiero continuar ese tipo de beso en casa, a solas y él entre risas me dice que está de acuerdo.

—¿Te aviso si el comisionado está muerto?

—No, pero gracias, mi amor.

Con una risa lo veo alejarse y una vez que estoy en la comisaría observo que todo está normal, así que lo más probable es que el comisionado sí se encuentre. Me voy por el pasillo que da directo a su oficina y una vez en la puerta golpeo dos veces, nada. Tomo la manecilla y, pensando que tal vez está almorzando, entro y me doy cuenta que en realidad está dormido en su silla, tiene un antifaz para dormir puesto en los ojos y ronca con la boca abierta. Okey, mejor me voy, pero antes me acuerdo de tomarle una foto y ahora sí, cierro en silencio. A paso rápido me voy a la oficina de mi hermana y entro sin tocar.

—No vas a creer... —Me detengo cuando veo que Luisa está acompañada y no es Fede, pero tampoco es una de sus compañeras de trabajo. Es una adolescente, tal vez no más de quince años.

—Ella es Luna, mi hermana. —Le dice. La niña entonces esboza una sonrisa, se acerca a mí y me abraza, me dice que Luisa le ha contado mucho sobre mí y yo entro en pánico, porque Luisa siempre cuenta lo peor que me pasa. En fin, la chica se me hace parecida a... —Ella es Gabriela, la hermana de Fede.

Sí, iba a decir a Fede. Y que también tiene el cabello rubio y pequitas. Vamos que es como una versión de Fede, en mujer, pero no tan alta y entonces caigo en cuenta también que... okey, Luisa conoce a la familia de Fede entonces.

—También me da gusto conocerte, Gabriela. —Aunque Luisa a mí nunca me habló de ti. Me está abrazando y se separa de mí solo para decirme que me sigue en Instagram desde que Luisa le contó sobre mí y que también quería conocerme. Okey, entonces tal vez no le contó cosas malas, pero es que de Luisa no se sabe. —Y qué agradable saber que no te contó lo peor.

—Si le conté lo peor, pero ella siempre quería conocerte.

Entonces miro a Luisa con un gesto inexpresivo, la chica hermana de Fede suelta una risita y después se vuelve a mi hermana para decirle:

—Tengo que ir a clases. —Tomo una mochila de la silla y continúa: —Fue un gusto conocerte, Luna. —Y se vuelve otra vez a Luisa: —Si necesitas algo no dudes en llamarme ¿Okey? Yo te lo traigo en caso de que Fede no pueda.

—Sí, Gaby. No te preocupes.

Le da un abrazo a mi hermana y después otro a mí. La observo irse, cerrar la puerta y cuando ya es suficientemente prudente hablar, me vuelvo a Luisa y le digo:

—A ver ¿ya conoces a la familia de Fede?

—Larga historia...

—Y yo tengo tiempo... —Me siento frente a su escritorio y ella me mira. También miro mi reloj, porque tampoco es como que tenga mucho tiempo, también tengo que trabajar. —Bueno, algo de tiempo.

—Solo son su mamá y ella, Gabriela. Las conocí porque la madre de Fede estuvo internada en el hospital. Gaby es un amor y su madre también. —Luisa escribe en una libreta, sigue concentrada en lo que sea que está haciendo, pero también me dice: —Y ahora me siento culpable.

—¿Culpable? ¿Por qué?

—Porque no sabía que Fede era financieramente responsable de su madre y su hermana menor, que lo es desde los quince años cuando su padre murió en un accidente automovilístico y a su madre le diagnosticaron una enfermedad crónica que le impedía trabajar tiempo completo. Su enfermedad ha ido empeorando y él se ha vuelto el proveedor al cien por ciento, ¿pero sabes qué? Él nunca se queja, jamás está de mal humor, todos los días está viendo qué falta en casa, además paga una deuda de su madre, una deuda en el hospital, la escuela de su hermana. Y bueno… yo, cobrándole renta.

Por un momento nos quedamos calladas las dos.

—¿Y qué le has dicho?

—Nada ¿Qué le voy a decir? ¿O cómo? A ver, ¿crees que esto tenga lógica?: «Oye, me compré este piso con una parte del fideicomiso que me dieron mis padres cuando cumplí veinticinco, en realidad no lo rento, las chicas que vivían antes conmigo en realidad yo les estaba dando un espacio para vivir mientras se acomodaban, porque las habían transferido de otra ciudad. Ah sí, todavía conservo parte de ese dinero del fideicomiso y ahora vivo de los intereses, en realidad no tengo un buen salario en la comisaría, lo que tengo es una parte de la empresa de mi papá y una isla que mi otro padre me compró y le puso mi nombre. Por cierto, mi nombre es Louisa, en francés». Obviamente no, no puedo decirle todo eso. Él cree que soy una granjera de familia pobre que tuvo suerte en esta ciudad.

—Pues... van a tener un hijo, después de eso no podrás mantener la historia de la granjera por mucho tiempo. Digo, no hay forma que Max y François se vayan a perder el nacimiento de su primer nieto.

Entonces la puerta se abre, esta vez es el comisionado que al parecer ya se despertó de su siesta. Él al verme esboza una sonrisa y lo primero que suelta es un:

—¡Bolas ya no Rodríguez! —Tiene ojeras también y lleva el antifaz sobre la cabeza, al menos ya no es la peluca pelirroja o el gorro de marihuana. —Qué gusto verla por acá.

—Qué gusto saber que sigue vivo, comisionado. Me preocupé verlo inconsciente en su oficina, pero después me di cuenta de que solo estaba tomando una siesta.

—¿Mi oficina no tenía seguro?

—No.

Tal vez debería enseñarle la foto que tomé, o mejor no. Creo que me la guardaré para hacer un sticker de WhatsApp.

—Bueno, da igual. Me estoy recuperando para mi viaje en yate. —Le entrega unos

papeles a Luisa y antes de salir, agrega: —Nos vemos el fin de semana, bolas.

Capítulo 68

Gabriel

El comisionado sí sigue vivo.

Quiero decir, pudo morir de un coma etílico, pero no lo hizo. Al menos es responsable y fue al médico a chequearse, pero solo para asegurarse que está bien y continuar alcoholizándose en el yate de los Belrose el fin de semana.

A ver, que mi padre nunca ha sido alguien de fiestas, pero entonces conoció a Max y François Belrose.

Tampoco había sido alcohólico, es más, siempre dijo que odiaba las bebidas con alcohol, pero ahora lo veo en estados de Whatsapp de los papás de Lu, consumiendo al saber qué tipo de cosas exóticas que, por supuesto, refresco no son y lo peor de todo es que sea un día de semana, porque... bueno, a los padres de Luna se les ocurrió llevárselo justo un martes después del trabajo.

El comisionado normalmente tampoco es así, digo... no sale ni a la esquina si tiene que trabajar al día siguiente, bueno, al menos eso era antes, porque ahora anda por ahí alcoholizándose con los Belrose, el tío Pepe y Omer, el otro tío de Lu. Yo me di cuenta por todas las fotografías que subieron al grupo «Granja La Confitería», donde ya habían agregado al comisionado. Cuando llamé a mi padre y la conversación fue de esta forma:

—La vida es corta, Gabriel. Hay que disfrutarla al máximo.

Todo esto mientras sonaba «Tití me preguntó» de fondo.

—Bueno, la puedes disfrutar el fin de semana.

—El fin de semana son días diferentes a este, no seas aguafiestas ¿Cuántas veces en la vida Max y François Belrose te invitan a un bar? Pero no es cualquier bar, es uno en el que se iría todo mi salario de un mes, pero qué bueno que yo no estoy pagando nada. Por cierto ¿Quieres venir?

—No, yo tengo trabajo qué hacer.

Supe que tenía que recurrir a Luna, pedirle que, si por favor le decía a sus papás que no le ofrecieran bebidas alcohólicas al comisionado, lo hizo y ellos me respondieron directamente a mí, a través de su grupo de Whatsapp, la respuesta fue un sí, pero con una condición: Que si yo me les unía más tarde.

A ver, que nunca me habían extorsionado de esta forma.

Y entonces tuve que aceptar, porque… a ver, todavía no trabajo en cómo decir que no cuando se trata de los papás de Luna. Además, se les había ocurrido continuar su fiesta en la casa de los Belrose. Tal vez debí dejarlo así y yo seguir con mi trabajo, pero no… aquí voy, un martes casi a las ocho de la noche, camino al predio del señor Belrose, con Luna en el asiento del copiloto, cuando nos detenemos en un semáforo suelta una carcajada y me dice:

—Tienes que ver esto. —Por un momento pienso que se trata de mi padre ebrio, pero no... Bueno, sí es una imagen de mi papá, no sé si ebrio, pero tiene un antifaz en los ojos. Cuando Luna me acerca el teléfono y dice: —Adivina quién es. —Yo le contesto:

—¿De dónde sacaste esa foto de mi padre?

—Me lo encontré así en su oficina. —Y vuelve a reírse otra vez. —La hice un stícker y la acabo de subir al grupo de Whatsapp. —Otra carcajada que me contagia. Entonces en ese

momento escucho las notificaciones de mi celular y cuando le doy un vistazo, efectivamente, Luna subió la imagen. El primero en responder es sexychocokrispis, seguido de emojis de risa de parte del resto de los integrantes de la familia de Lu.

Santo cielo.

Ahora no voy a poder ver a mi padre sin que esta imagen se me venga a la cabeza.

—Por cierto... —Me dice Lu, cuando ya estamos de nuevo en la autopista y también ya dejó de mensajearse con los miembros de la confitería por la foto de mi papá. —Le conocí los pezones a Melissa, la amiga de Cristal. Le envió fotos *topless* a Antoine, sin su permiso.

—¿En serio?

—Sí. —Tengo la vista puesta en la carretera y solo miro a Luna un momento para contestar su siguiente pregunta: —¿No es que tiene una demanda contra su ex por unas fotos así?

—Se supone que sí.

—¿Y seguro es su ex? Porque al parecer le gusta enviar ese tipo de fotos a cualquiera, solo intercambió tres mensajes con Antoine y quería invitarlo a salir, parece que no le gustan los «no» por respuesta, entonces le envió una foto en pelotas. —Luna ahora se vuelve a mí y con curiosidad, me pregunta: —Por cierto, dime la verdad ¿nunca te envió *nudes* a ti?

—No, porque yo se las hubiera mostrado a Cristal tal vez. —Ya estoy entrando a la propiedad donde el papá de Lu guarda sus helicópteros y continúo: —Y sí, es su ex… al tipo lo conocí hace tiempo, pero con lo que mencionas tal vez ni siquiera es él quién la extorsiona con esas fotos; es más, ni ella está segura de que sea él, porque es alguien anónimo, así que no creo que su caso continúe. De todas formas, creo que esto es algo que Javier debería saber por si acaso le parece seguir adelante.

Estoy aparcando mi vehículo cuando miro alrededor, aparte de los hombres que trabajan para el padre de Lu, no veo a nadie preparado para llevarnos.

—¿Quién conduce?

—¿Quién crees?

La miro cuando escucho su respuesta y ella esboza una sonrisa al mismo tiempo que abre la puerta y me dice que vayamos. Una vez que sale, repite lo mismo antes de cerrar la puerta y yo le respondo:

—Santo escarabajo. Amor, déjame rezar unas tres Aves Marías antes.

Escucho su risa desde afuera del vehículo y una vez que salgo yo, la sigo hasta el lugar donde uno de los hombres le da el equipo. Después me extiende el que me corresponde a mí y cuando veo que se está subiendo, yo lo hago del lado del copiloto.

—¿Y si morimos? —Pregunto con ironía.

—Nos iremos juntos, mi amor.

—¿Y quién va a cuidar al gato?

Entonces Lu suelta una risa, aunque su respuesta no se la piensa mucho mientras manipula el mando de control y contesta:

—Juan.

—Juan tampoco quedará vivo si pierde el caso con tus papás.

La risita de Lu se convierte en una carcajada, pero esta vez no me contagia a mí porque me dice que ya vamos a despegar y a mí no me dio tiempo de rezar ningún padre nuestro. A ver, admito que Luna es mejor piloto aquí que conduciendo un auto, así que cuando ya llevamos cierto tiempo y no parece que vayamos en caída libre, me relajo. No por mucho, porque antes de aterrizar, ella misma causa un bajón a propósito provocándome un susto de muerte.

—Lo siento. —Me dice, pero se carcajea. Sí, no hay forma que no sea hija de Max y François Belrose.

En fin, sí llego a salvo. Al primero que veo una vez que me bajo del helicóptero es a mi papá carcajeándose con todos los miembros de la familia de Lu. Todos. Hasta Antoine. Al escucharnos todos voltean y después de saludar a cada uno, me siento al lado de mi padre, quién susurrando me dice:

—¿Sabes qué? Cambié de opinión, ya no te heredo mi casa. Vas a heredar todo esto que es todavía diez veces más grande.

—Ya basta, papá, en serio. Y por favor, deja de embriagarte un martes por la tarde con los papás de Lu, tienes que trabajar mañana, yo también y solo quería estar en mi casa.

—De pronto parece que el que tiene sesenta y cinco años eres tú.

No me da tiempo de contestarle porque François me habla y me pregunta si alguna vez he probado la *Rakia,* ni idea qué es, pero suena a algo que puede mandarme a dormir con un sorbo y ahora mismo no estoy para aguantar tanto. Igual comienza a explicar lo que es y también menciona el porcentaje de alcohol mientras muestra una botella como si estuviera haciendo una exposición de arte. A ver, que sí está interesante y ya me están dando ganas de probarla, pero entonces Lu me susurra al oído:

—Ven conmigo. —Me extiende la mano y cuando se la doy, me hace ponerme de pie de un tirón y, literalmente, casi me está llevando a arrastras.

—¿Dónde vamos? —No dice nada. Su familia ni se percató porque estaban más interesados en la bebida. En fin, abre una puerta, entramos los dos y cierra.

—Te salvo del recorrido que te darán por la pista de aterrizaje.

No sé de qué habla, pero me rio cuando menciona que ese recorrido es todavía más largo que las dieciséis habitaciones que ya vi. Estamos a oscuras y susurrando, cuando entonces Lu comienza a besarme, primero suave, después con más ganas y antes de que me haga perder la cordura, la detengo:

—No puedo. —Le digo entre risas. Quiero decir: Casa de sus papás. —No puedo dejar de pensar que en esta casa hay cámaras por todos lados.

—Aquí no hay cámaras.

—Ni siquiera sé dónde estoy y siento que tus padres tienen ojos por todas partes.

Entonces enciende la luz y lo primero que veo me causa un susto de muerte. Hay una estatua... es casi de mi tamaño, parece Jesús o algo así, nos está viendo y cuando mira donde mis ojos están puestos, voltea y me dice:

—Ah, era de la abuela Margarita. —Yo todavía lo estoy procesando y ella ya está cambiando la conversación: —¿Ya ves? No hay cámaras aquí.

Comienza a besarme de nuevo y yo no puedo concentrarme.

—Lo siento, Lu. No puedo fornicar con Jesús frente a mí, viéndome de esa forma.

Entonces Luna se detiene y lo mira, después me mira a mí, se quita la chaqueta y se acerca a la figura para ponérsela en la cabeza.

—¿Mejor?

—¡No! No es mejor, Lu. No puedo hacer nada aquí, es la casa de tus papás, que tiene cámaras por todas partes y, además, está Jesús.

—Jesús está por todas partes decía mi abuela Margarita.

Ahora estoy viendo a Jesús con la cabeza tapada.

—De todas formas, no es lo mismo.

Luna se carcajea. Entonces abre otra puerta, por lo que logro ver esta va a otro salón, asoma la cabeza y me dice que la siga a su habitación, antes de que yo pregunte algo, agrega:

—En mi habitación no hay cámaras.

—Okey, pero si nos están viendo juro que no vuelvo a hablarte.

—Sí volverás a hablarme y lo sabes, pero no… no hay cámaras. —Se acerca a mí, toma mi mano y cuando tira de mí yo hago resistencia, entonces, agrega: —Confías en mí, ¿verdad?

A ver, juego de palabras que sabe que van a convencerme. Termino siguiendo el camino que Lu me indica, a toda prisa, mientras yo veo cada una de las cámaras que nos encontramos en la casa. Claro, no hay cámaras en la habitación de Lu, pero sí en todo el camino hasta llegar a su puerta.

—¿A dónde van? —Escucho de pronto. Okey, al menos no es uno de los papás de Lu, es el tío Omer con una copa. —¿No es que Gabriel quería ir a dar un paseo por la pista de aterrizaje?

A ver, que yo no.

—Vamos en diez minutos.

Después de decir eso, Luna continúa su camino y lo apresuro el paso para llegar hasta su lado y en su oído, susurrar:

—En diez minutos ni el calentamiento, Lu.

Pero solo se ríe, entramos a su habitación, cierra con llave, comienza a besarme, a desatarme el cinturón, a desabrocharme el pantalón, bajarme el zíper, meterme mano. Ella lleva un short, así que paso mi mano por su muslo para tirar de ella hacia arriba hasta que se enrolla sus piernas en mí, camino hasta su cama, lo hago lento para evitar tropezarme y continúo besándola hasta que siento el borde del colchón en mis rodillas. Con cuidado la dejo sobre el colchón y ella deja a un lado su bolso, pero no sin antes sacar un preservativo.

—¿Ultra sensitivo? —Pregunto en risas viendo el empaque que logro distinguir con solo la luz de la luna que entra por la ventana.

—Los compré hoy, con la cuenta de banco de mis papás.

Eso hace que casi se me vayan las ganas.

—¿Qué?

—Okey, estaba probando si en realidad ya me habían descongelado la cuenta como me habían dicho y me di cuenta de que sí, comprando esos condones.

Ella se ríe, pero yo solo puedo imaginarme a Max y a François viendo un cargo adicional de un paquete de condones comprados por Luna. Ella sigue debajo de mí y comienza a besarme otra vez.

—Presiento que voy a terminar castrado, pero okey.

Le respondo el beso, aún con su risa y bueno, cabe mencionar que no conté el tiempo, pero fue lo más rápido a lo que pude llegar y agradeciendo que pude acabar sabiendo que tengo dos suegros a unos metros y un preservativo comprado con su cuenta bancaria. Lo peor de todo es que después quería quedarme ahí con Lu, pero recordé que tenemos que bajar lo antes posible y cuando estamos de regreso en la mesa, François es el primero en reaccionar:

—¿Dónde estaban?

—Mostrándole algo a Gabriel. —Bueno, eso no fue mentira, pero qué suerte que ellos están más concentrados en el juego que tienen en frente y que parece que van ganando.

Me siento al otro lado y Lu lo hace tomando el lugar a la par mío, disimuladamente pone la mano en la pierna para después comenzar a subirla por el interior. Tengo que detener su mano

y disimulo la risa que me ocasiona. Me aclaro la garganta para contestarle a Max cuando me dice:

—Gabriel, el comisionado quiere ver la pista de aterrizaje ¿nos acompañas?

—Sí, claro.

Sí, me dieron un tour completo por la pista de aterrizaje y esta vez sí quedé más muerto que el otro día, pero al menos sí me dejaron regresar a mi casa en paz. Aunque al día siguiente me duele todo, llego a tiempo, trabajo todo el día sin interrupciones, hasta que se aparece Juan en mi oficina, justo en el momento que estoy viendo las nuevas noticias de Vladimir. Tiene un periódico en manos, suelta una risotada y yo frunciendo el entrecejo, lo miro.

—Estamos en la portada —Pone el folio frente a mí. Lo tomo para darle un vistazo y sí es verdad, ahí estamos nosotros, junto a Max y François Belrose. Aunque, directamente, no soy abogado de los papás de Lu, sigo siendo parte del equipo legal así que los acompañé, pero eso no es lo más importante, si no el encabezado. —¿Ya viste lo que dice? —Juan suelta otra carcajada y agrega: —Los abogados *fashion* de Max y François Belrose.

—¿Qué diablos...

—Lo sé, me maté años en la universidad para poder llevar a cargo casos de alto perfil como este y lo único en lo que se fijan es en cómo me visto. —Juan toma el periódico de regreso y se ríe otra vez.

—Y mira la sección de modas. Te enseñan cómo lucir como un abogado de Max y François Belrose. —Ahora es mi turno de reírme. Juan va directo a lo que menciono y también suelta una carcajada cuando ve que sacaron el precio de su traje por cada uno de los accesorios que llevaba.

—Si supieran que Max y François prácticamente nos visten con trajes personalizados porque no hay forma de salir en una fotografía con ellos pareciendo vendedores de biblias. —Y ahora soltamos una risa juntos. —Eso me dijeron y nunca me habían ofendido con tanto estilo.

—Por cierto ¿Qué tal va el asunto con Vladimir? Tengo programada la mediación para este lunes.

—Pues se niega a negociar y ya estoy comenzando a molestarme.

—Mierda.

—Y con Elena supongo que las cosas serán peor. Hay mucho dinero en juego, una empresa y no hubo acuerdos prenupciales. Una empresa que fundó ella sola, no con Vladimir. Es que va a buscar sacar dinero de donde sea, maldito vividor.

—Pero hubo infidelidad y sí hay una cláusula de su matrimonio donde especifican que el primero en ser infiel renuncia a todo. Fue el mismo Vladimir quién quiso agregar eso.

—¿Qué? —Juan suelta una risita: —¿Es serio? Eso no fue muy inteligente de su parte sabiendo que él precisamente no es el más fiel del mundo, eso lo encuentras hasta en Google.

—Sí, en fin, pan comido.

—¿Salimos hoy? ¿Qué dices? Tú y yo nada más, últimamente solo eres Max y François Belrose.

—Porque me obligan. —Tomo unos papeles de mi portafolios y escucho a Juan reírse. —No me malinterpretes, me caen bien; pero aveces solo quiero ir a mi casa y descansar, ver una película con Luna, no sé. Últimamente no tengo tiempo ni para mí mismo y creo que ese es su propósito.

—Bueno, solo diles «Oigan, señores Belrose si me permiten hoy solo tengo ganas de ir a mi casa y, no sé, tal vez coger con su hija. Lo necesitamos para hacer más fuerte nuestra

relación». Ellos lo entenderían.

—¡Claro! Y de paso también me castran. Déjame les envío eso en un mensaje ¿Y por qué usas la palabra «coger»?

—¿Qué palabra uso? ¿Dar como cajón que no cierra? ¿Eso te parece mejor?

—No, Juan. No me parece mejor.

Su risa es la respuesta y aunque dice alguna tontería no le presto atención porque en ese momento mi celular me anuncia un texto y cuando lo saco de mi bolsillo me doy cuenta de que es Lu. Miro la hora, el día se me ha ido volando. Me pongo de pie diciéndole que voy a salir y él toma el papel que tengo en manos mencionando que lo necesita. Salgo de mi oficina detrás de él, aunque él va al otro lado del pasillo a su despacho y yo directo a Lu en la recepción.

—Saluda a Luna de mi parte. —Dice caminando en dirección a su oficina. —Dile que, si algún día no quiere más a Lord Pantuflas, yo estoy disponible para adoptarlo y para administrar su parte de la herencia.

Qué suerte que nadie esté pasando ahora mismo.

Cuando veo a Lu en la recepción esboza una sonrisa, se acerca a mí para darme un beso en los labios y nos abrazamos justo en el momento que veo que Melissa está en uno de los sofás observándonos, en ese momento aparta la mirada y después vuelve a ponerla en nosotros solo para saludar con un asentimiento de cabeza, vuelve su vista al celular y eso es todo, en fin.

—¿Quieres ir a conocer a la familia de Fede conmigo? —Escucho a Lu cuando estamos camino al elevador.

—¿A la familia de Fede?

—Son solo su mamá y su hermana. Y Fede dijo expresamente que quería que tú fueras.

—Bueno, ya me lo había preguntado en un mensaje de texto esta mañana, pero pensé que hablaba de él, Luisa, tú y yo. No pensé que hablase de su familia ¿Tu hermana ya conoce a la familia de Fede y todo eso?

—Espera... —Cuando llego al elevador, presiono el botón del primer piso. —¿Fede te escribió directamente a ti?

—Sí, así es. Intercambiamos número en Whatsapp. —Con el móvil en mano le muestro la conversación de Fede. Entramos al elevador. Luna suelta un bufido y me devuelve el celular. —¿Sabes? Creo que a tus padres les agradará Fede.

—Después de que le causen unos cuantos infartos, yo digo que sí.

—¿Cuántos infartos crees que me falten a mí todavía para que me dejen tranquilo?

—Unos cuántos. —Contesta soltando una risa. —Por cierto, si Fede te pregunta algo, él cree que nuestra familia es un grupo de granjeros pobres, que nuestro padre se llama Francisco y conduce una camioneta de mala muerte.

—Hablando de la camioneta de mala muerte. —Le digo a Luna y le muestro la actualización de la fotografía del Whatsapp de mi papá. —El comisionado ya anduvo dando una vuelta en la camioneta de mala muerte.

La foto es una selfie de lo que estoy seguro es el interior de la camioneta chatarra de Max y François Belrose.

Esa fue la última actualización del comisionado con los papás de Lu, al menos que yo me haya dado cuenta. Lu me contó que los granjeros habían salido del país unos días, pero que estarían de regreso el sábado para el paseo en yate que prometieron.

Al menos estos dos días el comisionado se redimió, se dedicó a su trabajo y no salió ni a la esquina. Yo, por supuesto, pude descansar. Al menos hasta el viernes, porque ese día ya me

había comprometido a una cena a la casa de la familia de Fede. Conozco a su hermana y a su mamá. Comemos, charlamos un rato, me doy cuenta de que son tan distintas a la familia de Luisa y Lu. La casa de Fede es pequeña, pero cómoda con un balcón con excelente vista donde salgo un rato a observar la calle. Escucho unos pasos detrás de mí y la voz de Fede llamarme:

—Gabriel... —Está casi susurrando. Me vuelvo a él y después de aclararse la garganta, me dice: —Una pregunta, tú ya conoces a la familia de Luna y Luisa, ¿verdad?

Hago una pausa cautelosa antes de responder:

—Sí, de hecho, sí.

—Y... —Fede mira hacia donde están las chicas y con el mismo tono de voz, agrega: —¿Cómo son?

—¿A qué te refieres? Su papá se llama Francisco y conduce una camioneta de mala muerte. —Bueno, eso fue lo que Luna me dijo que dijera ¿no? —Eso ya lo sabías, ¿verdad?

Fede me dice que no y de paso arruga el entrecejo.

—Pero… me refería a cómo son, digo… su carácter, su forma de ser…

—Peculiares.

—¿A qué te refieres con peculiares?

—Pues... —A ver... qué elección de palabras le queda mejor a alguien como los Belrose. —Digamos que no son como una familia... tan común.

—¿Son como Luna o como Luisa?

—Depende a qué miembro de la familia te refieras, la tía Elena es más como Luisa, pero los padres de ellas son como Luna... al cuadrado.

El gesto de Fede parece una mezcla de confusión, mezclado con susto y asombro al mismo tiempo. No tengo necesidad de leer mentes para darme cuenta de que ahora está pensando mil cosas y lo que le sigue a eso es una mueca de resignación, suspira y después suelta:

—¿Es en serio?

—Sí, la verdad es que nunca estás preparado para todas las cosas que se le ocurren a la familia de Lu.

—Debo preocuparme ¿verdad?

Y yo con toda la sinceridad le digo:

—Sí.

Capítulo 69

Luna

Estos últimos días han sido los más locos de mi vida.

Y eso se podría dividir en tres acontecimientos.

A ver, que no es como que yo haya tenido la vida más tranquila tampoco, digo... crecí con padres que se van un fin de semana en yate a su isla privada mientras escuchan clásicos en inglés o reguetón cuando ya se embriagaron. Ahora también hasta con el comisionado, pero bueno... ese es punto para otra ocasión. Volviendo al tema, a eso ya estaba acostumbrada, pero a ver mi cara en revistas, banners publicitarios, videos musicales y a ya no poder usar el transporte público, a eso todavía no.

Aunque decirlo así pareciera que no es nada.

Pero a ver, mejor vayamos por partes:

Lo primero pasó cuando yo ya me estaba comenzando a acostumbrar a esta nueva vida, a ya no usar el transporte público, más específicamente; decidí comenzar a movilizarme en taxi y todo iba bien hasta que un día un conductor me reconoció por el video de Max. A ver, a ver, que yo estaba llevando una vida relativamente tranquila hasta que se me ocurrió aceptar la propuesta de Max, de pronto ya ni un taxi era buena opción. No cuando el conductor, después de mencionarme todas las canciones de Max que se sabía de memoria, me preguntó:

—¿Te gusta el karaoke?

Aunque con gesto de confusión, contesté:

—Sí.

Él dijo:

—Okey. Esta es para ti.

Sacó un micrófono y lo conectó a la radio del coche. Puso la canción nueva de Max —sí, la del video que yo protagonizo—, a todo volumen y comenzó a cantarla, como si no llevaba una vida lo suficientemente traumada con Max.

Ahí me di cuenta de que necesitaba un auto.

Entonces comencé a buscar coches, después se lo dije a Gabriel. El hombre araña contestó en que si iba a tener un auto propio él mismo iba que enseñarme a conducir de nuevo. A ver ¿cómo se aprende a conducir de nuevo? Digo, lo de acelerar y frenar de golpe ya lo tengo grabado de memoria. Y se lo dije a Gabriel, pero aun así insistió y terminamos afuera de la ciudad un sábado por la tarde. Tal vez después se arrepintió porque la mayoría de las lecciones iban así:

—Baja la velocidad antes de tomar la vuelta.

—Ya bajé la velocidad.

—No has bajado la velocidad, Luna.

Pero, en fin, lo segundo pasó unos días después cuando al despertar no vi a Pantuflas por ninguna parte. Al principio no le tomé importancia, pero después me preocupé cuando lo llamé y no se aparecía, incluso abrí su lata de comida favorita y ni siquiera se asomó, comencé a gritar su nombre y nada. Lo busqué por todo el apartamento, de un lado a otro, de inicio a fin. Comencé a entrar pánico. Gabriel justo había salido a correr y Pantuflas pudo haber aprovechado para

escapar. Así que le llamé al hombre araña y se regresó lo más rápido que pudo. También estaba aterrado, aunque jure que no. A ver, que ya hasta me iba a poner a llorar, pero entonces el muy hijo de su... salió de detrás de las cortinas, las cortinas negras. Todo el tiempo el hijo de la chingada estuvo ahí, casi en frente de nosotros. Salió estirándose como si nada y maullando a pasársele por las piernas a Gabriel.

Así tal cual.

En fin, lo tercero pasó en la fiesta del lanzamiento del segundo video que filmé —y con suerte el video que la gente olvide que soy la modelo del video de Max—, bueno al menos en un futuro porque hasta ahora, el mismo cantante me presenta como la protagonista del video de Max. Yendo al grano, yo solo estaba ahí para la publicidad del video clip, tomarme unas fotos, hacer una que otra entrevista y llevé al hombre araña conmigo. En la fiesta lo perdí un momento y después lo encontré charlando animadamente con dos señores como si fueran amigos de toda la vida. Al verme esbozó una, me pidió que me acercara y antes de llegar donde estaba él, llegó a mí y me susurró al oído:

—Estas personas quieren conocerte.

—¿Quiénes son?

—No lo sé, pero parecen importantes.

Y entonces ahí es que pasó la tercera cosa que convirtió estos últimos días en los más locos de mi existencia; porque sí, Gabriel no se equivocó, eran personas importantes y de pronto se habían convertido en amigos de Gabriel. Uno de ellos me dijo que había intentado contactarme varias veces y el otro que quería hablar sobre un papel que creen me quedaría perfecto.

No era el momento para charlar sobre eso, por supuesto. Entonces acordaron de llamarme para fijar una reunión y me contactaron al día siguiente a primera hora.

De pronto ya casi tenía nueva agencia, probablemente un papel protagónico, pero lo más seguro es que continúe siendo recordada como la modelo del video de Max por la siguiente década.

En fin, después de la junta me pidieron llegar a una audición, después a otra y la última había sido hace un par de días. Ni siquiera había tenido tiempo de seguir buscando un auto, entonces el hombre araña se ofreció a venir a traerme. Estoy dejándole un texto más cuando estoy saliendo de mi oficina y él me ha dejado un mensaje indicándome que ya casi está aquí:

Para: Gabriel

¿Tienes tiempo para mí esta noche, guapo?

De: Gabriel

Para ti tengo todo el tiempo del mundo, mi amor.

Le sonrío a la pantalla de mi teléfono a medida que avanzo por el pasillo que da a la puerta principal de la radio. En ningún momento estoy poniendo atención a lo que tengo frente a mí, estoy leyendo mensajes en Instagram, dándole me gusta a comentarios hasta que una voz me hace detenerme una vez que estoy afuera del edificio.

—Hola. —Me vuelvo en dirección a la voz y sí, efectivamente, es la persona que me había imaginado. Andrés se acerca a mí, quedamos de frente y dice de nuevo: —Hola, Luna.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Yo... —Se vuelve a aclarar la garganta. Si no es porque reconozco su voz, pensaría que no es él. A ver que el Andrés que yo recuerdo llevaba una coleta, vestía como pordiosero y este se hizo un corte, se está dejando crecer la barba y también lleva ropa formal. —Quería saber

cómo estás.

—¿Qué quieres Andrés?

—Pedirte perdón. —A ver, a ver, a ver ¿En qué clase de pesadilla estoy? Porque estaba mucho mejor ser perseguida por un caballo pelirrojo en tacones. Además, me extiende una rosa roja que trae en manos y yo arrugo el entrecejo viéndolo. —En serio me arrepiento, Luna. Lo de Ana fue un grave error. Lamento mucho haberte hecho sufrir.

Y yo me rio.

—No me hiciste sufrir, estuve contigo para molestar a mis padres ¿Qué Ana no te lo dijo? No funcionó, por cierto.

Mi jefa sale y mira de Andrés a mí, ella solo ha conocido a Gabriel así que confusa me pregunta si todo está bien, le digo que sí. Mónica no sabe de él, lo más seguro es que crea que es uno de esos fans locos que me envían cartas de amor a la radio ahora que me estoy volviendo «popular».

—No te preocupes. —Le agrego. Mónica se va, pero lo hace lento y de vez en cuando voltea a vernos. Se queda de pie junto a su auto, aunque finge ver su celular no me quita un ojo de encima, hasta que ve a Gabriel y ahora sí más relajada se sube a su vehículo.

—No me importa, Ana. —Continúa Andrés. —Me importas tú, Luna. Tener que verte por redes sociales, en anuncios publicitarios, ahora hasta en la televisión. No puedo soportarlo, solo me hace pensar en lo mucho que te extraño y en todo lo que vivimos... y que... me di cuenta de que te amo.

—¿Estás drogado?

El hombre araña se estaciona en frente, sale de su auto y mira de Andrés a mí. Andrés lo reconoce de inmediato, claro; porque tímidamente da un paso hacia atrás, pero mantiene la rosa aún extendida hacia mi persona. Cuando Gabriel a está lo suficientemente cerca, me pregunta:

—¿Todo bien?

—Sí. —Respondo despreocupada. —Amor ¿recuerdas a Andrés?

—Sí, claro. El que estaba matando de hambre al gato ¿cómo no acordarme? —Y el hombre araña todavía le da la mano y Andrés le corresponde, entonces ahí están los dos dándose un apretón de manos frente a mí. —Me quedé esperando la demanda que ibas a ponerle a Luna.

—Yo... lo lamento, de verdad.

—¿Esa es para Luna? —Habla Gabriel señalando la rosa que él todavía mantiene de frente. Cuando Andrés asiente con la cabeza, Gabriel toma la rosa y le dice: —¿Y solo una? Okey, muchas gracias.

—¿Eso era todo? —Pregunto yo ahora. Andrés dice que sí, entonces el hombre araña se despide de él con otro apretón de manos y después me extiende su brazo en dirección a su vehículo.

Camino hacia el auto de Gabriel y en el momento que abre la puerta y me subo, veo que Andrés por fin se ha movido de lugar, hasta hace un momento se había quedado viéndonos, pero ahora camina en el sentido contrario, en un punto voltea a vernos y entonces el hombre araña le dice adiós a lo que Andrés contesta lo mismo con un gesto de mano. Rodea el vehículo, se ubica frente al volante, deja la rosa en el asiento trasero y me mira cuando le pregunto:

—¿Por qué no usas esa personalidad sarcástica con mis papás también?

—Porque tus papás son Max y François Belrose. Y son capaces de dejarme en una isla desierta con caníbales que me coman por partes.

—Yo creo que sí.

Aunque parece serio sí esboza una sonrisa que termina en una pequeña carcajada hasta que le digo que voy a llevarlo a un lugar que nunca ha estado. Una ceja enarcada es su respuesta y después arruga el entrecejo cuando le muestro la dirección a la cual va a llevarnos. Es otro de los predios de François y cuando llegamos ya está el helicóptero esperándonos.

—Iremos a dar un paseo.

—Madre mía. —Se persigna, después comienza a recitar el padre nuestro mientras camina detrás de mí. Suelto una carcajada y se detiene cuando uno de los trabajadores de François le entrega su equipo. Una vez que me subo yo, él lo hace de su lado y pregunta: —¿Dónde vas a llevarme?

—Ya lo verás.

Y nos pongo en marcha. Gabriel ahora está más relajado que las primeras veces, hasta parece que disfruta el viaje y va poniendo atención a cada una de las cosas que logra reconocer desde arriba. Cuando estoy descendiendo y aterrizo sobre un edificio, el hombre araña suelta una risita y dice con sorna:

—Me siento Anastasia Steele, ¿después de esto vas a hacerme firmar un contrato de confidencialidad? Bueno, ese ya lo tengo.

Se baja y yo lo hago después, espera a que yo le entregue mi equipo al trabajador de mis padres y me extiende su mano cuando lo guio por unas escaleras, llegamos a la puerta de mi apartamento y saco la tarjetita de mi bolso para abrir.

—Este es...—Giro la manecilla, abro la puerta y extiendo mi brazo invitándole que pase. —Mi apartamento. Bueno, el que me compraron Max y François porque la universidad está a un par de cuadras. Nunca fui.

—¿Este... lugar? ¿En serio?

Le digo que sí y le pido que pase. Lo hace mirando alrededor. Le da un vistazo detallado al lugar, primero a la sala, después al jacuzzi, camina a la ventana, después al balcón y por último llega al piano. Cierro la puerta a mis espaldas y digito el código de la alarma antes de caminar hacia él.

—¿Y aun así te fuiste a vivir a un cuchitril... con esa amiga tuya?

—¿Quién te enseñó la palabra cuchitril?

—François.

En el teclado del piano, toca el DO. El único acorde que sabe.

—¿Podemos mudarnos a vivir aquí, Lu?

Suelta una risita, aunque dice que habla en serio. Yo le digo que no. Camina a la ventana, la abre y después se asoma a la calle, lo abrazo por detrás y él entrelaza sus dedos con los míos. Vuelve a cerrar cuando le digo que voy a mostrarle el piso.

Tiro suavemente de él y lo llevo por cada una de las habitaciones que encienden la luz con un sensor cada que entramos. Son tres cuartos con baño propio, la cocina, una segunda sala, el balcón y por último lo llevo a la que era mi habitación.

Cuando entra también le da un vistazo alrededor, mira cada uno de los espacios mientras le cuento que la habitación anterior que vimos era la de Ana, la vulpécula, aunque por suerte ya no queda ni su olor. El hombre araña ahora está viendo la foto que está sobre mi mesa de noche y suelta una carcajada porque es Max con su cabeza de unicornio y François que parece que se disfrazó de dora la exploradora.

—Hay más dentro de la gaveta de la mesa de noche.

Y Gabriel no duda en abrir, sí están todas las fotos, pero también hay algo de lo que me

había olvidado por completo. Gabriel saca el juguete y también un lubricante, suelta una risita y deja a un lado las fotos de Max y François.

—¿Esto...?

Me acerco entre risas cuando veo que lo está sacando de la caja.

—Ese también lo compré con el dinero de la cuenta de mis papás.

—¿Y se enteraron?

—Mis padres se enteran de todo, pero dijeron que al menos eso no me dejaría embarazada ¿Te molesta si me lo llevo?

—Por supuesto que no. Si este es el mejor amigo del hombre.

—Pruébalo.

El hombre araña esboza una sonrisa cuando lentamente me siento sobre el borde del colchón bajándome las bragas y dejándolas caer suavemente por mis piernas. Me acomodo el vestido y cruzo una pierna sobre la otra, acepta el reto, claro; se quita el saco del traje, se sube las mangas hasta los codos y se acerca a mí para comenzar a besarme los labios, lo hace lento, suave, pero con ganas; tierno, pero al mismo tiempo sensual. Provoca que vaya cayendo despacio de espaldas sobre la cama y quede totalmente acostada con él sobre mí. Lo enciende, lo deja en la velocidad mínima, con el vibrador comienza a hacerme un recorrido desde la rodilla hasta el interior del muslo y se detiene cerca de mi entrada, sin penetrar, jugando con mis alrededores, acariciándome también con sus dedos.

Sus labios van bajando a mi barbilla, después a mi cuello, mi pecho, se deshace de mi vestido. Vuelve a mi boca esta vez con besos más ardientes, seductores, la sensación de placer ahí abajo provoca que suelte un gemido en su boca. Cuando el consolador vuelve a estar ahí, él empuja suave hasta que llega al fondo de mi interior, lo hace lento, con calma, placentero... solo unas cuantas veces, después comienza los movimientos de vaivén más rápidos, más excitantes y deleitosos, provocando que el corazón se me acelere a mil por horas, que mis gemidos sean incontrolables, que esté a punto de estallar pero entonces él se detiene... se aparta solo un poco de mí, saca su billetera, después un preservativo, se quita el pantalón, su ropa interior y se cubre, vuelve a ubicarse sobre mí pero esta vez cambiándome de posición bocabajo y subiendo un poco mi pierna me penetra de una sola vez, sosteniéndome la cadera mantiene el ritmo y me provoca el estallido de placer más fuerte que he experimentado en mi vida.

Estoy apenas recuperando la respiración, me despeja el cabello de la cara y con una risita lo escucho decirme al oído:

—¿Lo ves? Te lo dije, Lu.

Al día siguiente me duele todo el cuerpo, pero cuando recuerdo por qué una sonrisa es la que me aparece en la cara. Nos habíamos quedado aquí, porque ayer estábamos muy cansados como para regresar. Gabriel no está a mi lado, me pongo de pie, tomo una bata y amarrándomela de la cintura camino a la sala y ahí está, viendo por una de las ventanas que dan a la calle, solo lleva una toalla en la cintura y se está tomando una taza de café.

Me asomo por la ventana que está a la par y lo grabo con mi celular, primero al paisaje y después lo enfoco a él. Al verme esboza una sonrisa, una que se ve preciosa y después desaparece solo para acercarse a mí, tomar el teléfono, cortar el video y darme un besazo en los labios que le devuelvo con la misma energía, hasta que a los dos nos escurre su café por las manos, por suerte está casi helado ¿Quién toma café casi helado? Sí, Gabriel.

—Ya nos tenemos que ir, por cierto. —Me dice entre un beso y otro. —Tengo que ir a mi casa a cambiarme.

Llega a tiempo a su trabajo y yo también al mío. Gabriel me dijo que hoy tendría un día ocupado, así que por la mañana no sé nada de Gabriel, hasta que un arreglo de margaritas llega a mi oficina con una notita hecha a mano que dice «Te amo, Lu». Le dejo un mensaje. Pasan un par de horas y todavía no parece que lo leyó. No pongo mucha atención a eso, hasta que como a las dos de la tarde, aún no hay noticias de Gabriel.

Estoy dejándole otro mensaje, Gabo nunca deja pasar más de treinta minutos sin contestar, al menos a mí. En fin, voy a llamarlo más tarde. Entro a mi perfil de Instagram y me doy cuenta de la cantidad de personas que comenzaron a seguirme en la última hora. Hago memoria sobre qué anuncio debe estarse mostrando ahora, pero no tengo nada programado para hoy.

Salgo de mi oficina, camino por el pasillo revisando mis redes sociales que parecen vueltas un caos y entonces observo unos comentarios que dicen «Sí, es ella» otros «No puedo creerlo» y otros «No lo parece» cuando voy a ver el por qué están comentando tanto mi última fotografía escucho un silencio en la radio, levanto la mirada y todos están ahí viéndome, incluso Mónica mi jefa, voy de la cara de cada uno de ellos, a una nueva notificación de mi celular y después miro la pantalla del ordenador sobre uno de los escritorios.

Eso me hace ir de inmediato a la última historia que publicó Gabriel.

No.

Capítulo 70

Gabriel

Unas horas antes

—Está bien, te dejo ganar Catherine Elena. —Menciona Vladimir con furia. Yo me rio en lo bajo y él suelta: —¿Feliz? —Da un golpe al escritorio y su abogado le da una advertencia.

—No me estás dejando ganar, idiota. Acaban de probar que eres un maldito mentiroso y vividor...

—Señora Bentancourt... —Intento detener lo que está comenzando a parecer una pelea similar a la del día en el que a este sujeto se le ocurrió sacar un arma, aunque ahora mismo sí me serviría que lo haga. Tal vez debería permitir que continúen.

—Tú puedes llamarme Elena. El que tiene que llamarme señora Betancourt de ahora en adelante es este sinvergüenza, hijo de...

—Estamos en la corte. —Interrumpo otra vez.

Entonces el juez pide orden y Vladimir comienza a gritarle a todo su equipo, intentan calmarlo, le hablan en silencio así que no soy capaz de escuchar qué está diciendo, hasta que se pone de pie y grita:

—¡Esa empresa también era mía!... ¡Yo invertí mi dinero!

—La empresa la fundó la señora Betancourt desde antes de conocerlo. —Replico. Él dice que puede permitir renunciar a cualquier cosa menos a lo que le corresponde de la empresa por haber estado casado con Elena. —¿Le muestro de nuevo las evidencias donde usted rompió la cláusula que usted mismo creó, señor Soza? ¿Le muestro que falsificó documentos de Betancourt? Es usted quién va a pagarle a mi cliente, es eso o la cárcel, usted elija.

—¡Esto es un fraude! ¿cuánto te está costado la justicia, Elena? —Se pone de pie y se intenta acercar a Elena, ella ni se inmuta, sus guardaespaldas se interponen, pero él forcejea y hasta sus abogados intentan detenerlo cuando el juez le pide orden. —¡Me las vas a pagar Elena y tú también Gabriel o como sea que te llames! Me las van a pagar con lo que más les duela.

—Eso dices siempre. —Contrataca Elena, pero restándole importancia mirándose las uñas.

—Pero esta vez sí voy a cumplirlo. —Regresa a tomar todas sus cosas y sin esperar la orden de salida él se va y en el camino continúa diciendo: —¡Maldita justicia de este país! Solo necesitas ser millonario. Corruptos, todos son unos corruptos.

Es más, la sesión ni se ha terminado y él ya no está, en fin, sus abogados se quedan intentando pelear por él y en el momento que el juez me pide acercarme junto al abogado del ex de mi clienta, veo un mensaje de Lu, lo que me recuerda que estaba a punto de enviarle un ramo de rosas antes de que este circo comenzara. Llamo a Catalina quién está en la escaza multitud, le pido que termine el pedido por mí lo antes posible y agrego:

—Por cierto ¿Por qué decidiste venir? La última vez dijiste que preferías cortarte las venas con una tortilla seca, antes de volver a un juicio.

—Así es, pero en ese último no estaba Elena Betancourt. —Muestra el bolso que trae y después la etiqueta. —Me lo regaló. —Suelta un gritito y después toma mi celular para hacer lo

que le pedí. —Pero esa no es toda la verdad; en realidad, ya me decidí y quiero ser abogada.

—¿Qué? —No me mira cuando lo dice, parece concentrada en mi celular, pero en realidad lo que hace es evitarme. —Lo vas a dejar en una semana.

—¡No! Sí quiero ser abogada y quiero dedicarme especialmente a luchar por los derechos de las mujeres, de las menos privilegiadas, minoría, comunidad LGBT.

—¿Estás hablando en serio? ¿Quién eres y qué hiciste con Catalina?

No sé qué ha hecho Javier, pero hay que agradecerle.

—Ah y me caso en un mes.

Bueno, sigue siendo Catalina después de todo.

Regreso al estrado después de dejarle claro que haga la orden y una vez que ya hemos terminado la charla, sin Vladimir, Cata me regresa el celular y me dice que ya envió el pedido. No he tenido mucho tiempo para comunicarme con Lu hoy, pero ya le había comentado que tendría una mañana ocupada por culpa de Vladimir.

—¿Le envías flores porque no has podido hablar con ella hoy? —Me pregunta Cata, cuando estamos subiendo a la limusina de Elena. El grupo de reporteros afuera es insoportable, mucho más cuando aparecen los comunicados de parte del equipo de relaciones públicas de Vladimir victimizándolo. —Me acuerdo de que a Cristal la dejabas sin saber de ti por tres días.

—Eso no es verdad.

—No le importó porque ella estaba acostándose con Roberto.

En fin, no me da tiempo ni de replicar porque la tía Elena ya está subiéndose al vehículo con todo su equipo y, por supuesto, este no va a ser tema de conversación frente a todas estas personas. En el camino al despacho, se enteran de que Vladimir convocó a una rueda de prensa y basta con poner el nombre de Elena Betancourt en Google para encontrar una serie de noticias amarillistas de las que también se está encargando el equipo de la tía de Lu.

Cuando llego a la oficina, aunque todo parece estar calmo, todos mis colegas están ahí leyéndose cada uno de los artículos publicados por la prensa. El primero en saltar es Juan, tirándole miles de maldiciones a Vladimir. Si tan solo supiera cuánto «aprecio» le tienen por aquí, seguro bombardea el internet con noticias falsas en contra de toda la firma.

—Bueno, ahora solo nos queda ganar el caso contra los papás de Lu. —Dice Juan caminando a mi lado en dirección a mi oficina. —Porque si no es así, de nada te sirvió esta victoria. Terminaremos ofrecidos a los dioses de la lluvia.

—Terminarás tú, porque si pierdes yo mismo te ofrezco para el sacrificio

—¡Ah, cabrón! Un par de borracheras con los Belrose y ya te convirtieron en uno de ellos.

La plática tonta con Juan se acaba cuando este recibe una llamada en su celular y una vez que atiende sale de mi oficina. Tomo mi lugar y me llega la notificación que el ramo de rosas ya fue recibido, estoy a punto de escribirle un mensaje a Lu cuando el teléfono de mi despacho suena, dejo el celular a un lado de mi laptop y acto seguido la puerta de mi oficina se abre. La persona que veo a continuación es Cristal.

—Podías tocar la puerta —digo, antes que nada. Ahora mismo Cristal no tiene el gesto de arrogancia que siempre porta, más bien parece un tanto distraída y lo único que dice es:

—Enhorabuena, Gabriel.

—Gracias... —Aunque no sé por qué me está felicitando, pero asumo que es por lo de Vladimir. Atiendo la llamada del teléfono y la persona al otro lado de la línea es mi jefa. Me pide que llegue a su oficina y le respondo que estaré ahí en un momento. —Lo siento, pero voy de

salida.

—¿Puedo hablar contigo? Es algo que tal vez no te tome más de un minuto.

Me estoy poniendo de pie y ya casi estoy de salida, ni siquiera tengo un minuto.

—No creo tener un minuto, Cristal. Tengo muchas cosas que hacer hoy.

—Estoy embarazada.

Eso me hace detener mi camino hacia la puerta, no porque me cause alguna impresión, sino porque no es a mí a quién debería estárselo diciendo.

—Bueno... yo no tengo nada que ver, pero... felicidades...

—¡Por supuesto que no tienes nada que ver! Te lo estoy contando porque si en algún momento Roberto se acerca a ti para pedirte asesoría legal, por favor no le ayudes. Él cree que tú y yo vivimos en una eterna batalla que, si te pide que me destruyas, vas a hacerlo de gratis.

—Yo no le ayudaría a Roberto ni que me pagara un millón de dólares. —Abro la puerta y extiendo mi brazo en dirección a la salida indicándole a Cristal que puede retirarse. Cuando mi jefa me llama desde su despacho, dejo la puerta abierta y le digo que si quiere decirme algo más tiene mi correo electrónico. —Tengo algo urgente que atender, cuando salgas cierra la puerta.

Cuando llego a la oficina de mi jefa, veo a la pelirroja saliendo de mi despacho. Se encuentra con Juan quién la mira de pies a cabeza, después da un vistazo al interior de mi oficina, intercambia unas palabras con Cristal y cuando ella se va, Juan Pablo me busca con la mirada y yo con un gesto le digo que le reste importancia.

Mi jefa me dice que pase y tomo el lugar que ella me indica.

—Mariani, qué buenas noticias las de hoy, aunque Vladimir Soza ahora quiera quemarnos el despacho, pero qué más da. —Tiene la vista puesta en la computadora y continúa: —No puedo creer que me gustaba ese hombre cuando era joven.

—Qué malos gustos.

Suelta una risita y todavía viendo su monitor, agrega:

—Hablan muy bien del despacho y de ti, principalmente ¿Sabes? Todo el tiempo que llevas trabajando aquí has tenido un excelente desempeño. Eso sin mencionar que has traído a clientes importantes y ahora estamos al ojo del público ¿Sabes? Nunca me equivoqué cuando dije que Juan y tú han sido mis abogados estrella. Solo falta que Juan gane el caso de los Belrose y nos catapultamos como la mejor firma del país.

—Eso es bueno.

—Sí. —Deja a un lado el ordenador y se concentra en mi persona para continuar: —Hicimos una junta, todos los asociados de la firma. Quería hacerte saber que todos llegamos al mismo acuerdo, queremos que seas socio. Juan y tú, por supuesto. Pero todavía no le digas a Morán, que se volverá loco y de la emoción capaz pierda el caso y no me atrevo a perder tremendos clientes como los Belrose. —Suelta otra risita y agrega: —Que sea un secreto entre tú y yo ¿Okey?

Le digo que sí, con una sonrisa y porque también conozco a Juan.

—Muchas gracias, en serio.

—Continúa así y también trayéndonos más celebridades al despacho.

Eso dependerá de cuántos más familiares de Lu se metan en problemas.

Me pongo de pie y una vez que me despido me voy directo a mi oficina, evitando a Juan, pero él no presta mucha atención porque ahora mismo está charlando con Javier. Justo en el momento que entro y me acerco a mi escritorio, mi celular comienza a sonar y veo el nombre de mi madre en la pantalla, arrugo el entrecejo y una vez que descuelgo, lo primero que me dice es:

—¡Por fin! Te he llamado como tres veces.

—Estaba hablando con mi jefa ¿Qué es tan importante que no puedas enviarme en un mensaje de texto, mamá? —Estoy tomando mi lugar de nuevo mientras la escucho:

—Esto es algo que no puedo hablar por mensaje de texto. Necesito hablarlo contigo, urgente.

—¿Qué hizo Elías?

—¡Ojalá fuera Elías! Los problemas de Elías al menos no me harán irlo a visitar a la cárcel...

—Todavía...

—¿Qué estás insinuando?

—Okey, llego en media hora ¿Es algo rápido? Porque hoy tengo un día movido en la oficina y tengo mil cosas pendientes.

—Sí sí, es algo rápido.

Una vez que cuelga dejo salir un bufido. Tomo mis cosas y conduzco hasta la casa de mi madre después de pedirle a Juan que me cubra un momento. No tengo idea del porqué la urgencia de su llamada, entonces no se me ocurre otra cosa que escribirle a Elías, que sabe todo. El enano no contesta rápido, es más, ni lo lee. Es hasta que ya estoy aparcando afuera que me envía una respuesta, aunque no la que yo esperaba:

***Elías**: ¿Qué le dijiste a mamá? ¿Por qué me está preguntando si estoy haciendo algo que me envíe a la cárcel?*

En el momento que estoy bajando de mi vehículo, veo el auto de Roberto aparcarse a la par del mío. Se baja rápido cuando yo inicio mi camino hacia la puerta y me detiene tomándome del codo. Madre mía. Solo espero que mi madre no me haya mandado a llamar por él.

—Qué bueno que estás aquí ¿Tienes un minuto? Necesito preguntarte algo, es urgente. —Miro mi reloj, después la puerta y por último a él, al ver que no digo nada lo toma como un sí y continúa: —Si Cristal quisiera divorciarse de mí ¿puede quitarme mis posesiones?

—No, porque no tienes nada.

En ese momento mi madre abre la puerta, nos mira a los dos y aunque tal vez la mirada que le dedico no es la mejor, porque... bueno, tengo en frente a Roberto y él tampoco tienen un buen gesto porque parece que no le gustó lo que dije, pero en fin, de haber sabido que era a esto que iba a venir, no lo hubiera hecho. Mi hermano pasa, saluda a mi madre y va directo a las escaleras. Entonces le pregunto:

—¿Me mandaste a llamar por Roberto?

—¡No! Por supuesto que no. Ni siquiera sabía que iba a venir temprano. Bueno, sí es por Roberto, pero no por él en sí. —Me pide que pase con un gesto y continúa: —No sé si me explico, pero es que esto no podía contarte esto a través de una llamada. Pasa, por favor.

Cuando entro me voy directo al comedor, pongo mis cosas sobre la mesa y veo un correo que llegó a mi email coorporativo. Es de la productora donde Lu realizó la audición. Lo que dice el correo electrónico es básicamente que está dentro y que necesitan hablar con ella en persona. Le sonrío a la pantalla de mi celular y antes de darle reenviar a su propio email, decido guardarlo para darle la sorpresa en persona. En ese instante también me llega un texto de François, bueno... en realidad es de *CandenteNutella*, me pide el video que grabé de Lu cantando junto a Max el día del paseo a la cabaña, además de todas las fotos que pueda tener de ese viaje. Le doy un vistazo a mi madre quién antes de entrar al comedor, mira a todos lados en la sala y después se acerca a mí casi susurrando:

—Creo que Roberto está en serios problemas. —Cuando está diciendo eso, yo estoy buscando el video que me pide el papá de Lu, cuando lo encuentro le doy enviar junto a todas las fotos que me aparecen, dejo el celular sobre la mesa para poner atención a lo que está diciendo cuando las palabras exactas son: —Está involucrado con una de sus alumnas, una jovencita que recién cumplió diecisiete años.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es la hija de María Esther, mi amiga ¡Es su alumna! Y es una adolescente, por Dios. —Cuando Elías llega al comedor, mi madre se calla y me pide que salgamos al jardín. Además, agrega que no quiere que el enano sepa algo como esto y yo solo recuerdo el micrófono en la cocina. —Acaba de enterarse y quiere hacer que lo echen de la universidad. Es que no puedo creerme esto, Roberto la conoce desde que era una bebé.

—Que lo echen es lo mejor que puede pasarle. Si lo denuncian irá a la cárcel.

Mi madre en realidad parece preocupada o perturbada, no sé. No dice nada por un momento y lo único que suelta después de un rato es:

—Cuando se entere tu padre... —Nuevamente se vuelve a mí y dice: —Y bueno, sobre esto es que quería preguntarte ¿Qué le puede esperar a él? ¿Hay alguna forma de...

—No se te ocurra pedirme que lo ayude.

—No. —Responde de inmediato. —De hecho, te iba a decir que, si te pide ayuda, no lo hagas. Él tiene que atenerse a sus propias consecuencias... es que... ¿la hija de María Esther? ¡Por Dios! Y cuándo Cristal se entere... eso será un divorcio seguro, qué suerte que no tienen niños de por medio.

Y entonces la conversación con Cristal me viene a la mente. Okey, significa que mi madre no lo sabe todavía.

—Sí, que suerte.

Escucho mi teléfono sonar, regreso al comedor y veo que se trata de uno de mis clientes. Le digo a mi madre que tengo que contestar y casi toda mi hora de almuerzo me la paso hablando con él. Al llegar al despacho, paso directo a mi oficina y me encierro ahí por las siguientes... no sé cuántas horas, ni siquiera mido el tiempo, es hasta que veo la cantidad de mensajes que tengo en mi teléfono, de los padres de Lu, Lucía, Elena, Pepe.

Mensajes de texto que no comprendo.

Hablan de mi perfil de Instagram y de que cómo pude publicar eso.

Me voy directo a la red social que mencionan y me doy cuenta de que mi sesión está cerrada. Es en ese momento que observo a Juan a toda prisa caminar directo a mí. No estaba en el despacho al parecer, pero no va a su propia oficina, viene directo a mí, abre la puerta y dice:

—Gabriel ¿Qué fue lo que hiciste?

—¿Hice qué cosa? Ni siquiera he tenido tiempo de nada hoy ¿De qué me estás hablando?

—Tu Instagram...

—Ni siquiera he abierto mi Instagram. —Tomo mi celular, pongo el correo y la contraseña. En ese mismo instante Juan está tomando mi laptop y además me da su celular mostrando mi perfil, me pide que reproduzca mis historias y lo hago, primero está el video de Lu cantando con Max, el mismo que yo le envié a François. El resto son fotografías, de todos, que dejan en evidencia quién es la familia de Lu. La última fotografía es una de mi padre junto a Max y François Belrose. —¿Qué es esto?

—Ya está por todo internet, Gabriel. —Pone la laptop frente a mí, específicamente en una búsqueda de Google. Ahora el nombre de Luna está en todo lo que tenga que ver con los

Belrose y las fotografías en mis historias son las que usan para mencionar el parecido entre ella con Elena Betancourt. —¿Cómo pasó esto?

—¡Que no sé, Juan!

Intento llamar a Lu, pero su número aparece desconectado.

Mierda.

Capítulo 71

Luna

De pronto veo toda mi vida volverse un caos.

A medida que avanzan las historias publicadas en el perfil de Gabriel, aumenta mi inquietud, mi estado de shock y ni siquiera puedo moverme, no sé qué decir o qué hacer. Soy consciente de cómo la vida tranquila que había logrado construir hasta hoy se fue al carajo. Por más que intento, no puedo procesarlo. Quiero encontrar una explicación, pero no la hay. Eso parece una pesadilla de la que no puedo despertarme. Me devuelvo a la primera historia esperando que solo sea mi imaginación, pero no... ahí está todo, el video, las fotografías, incluso el comisionado junto a mis papás.

—No... —Me repito a mí misma. —No no no...

Una llamada de un número desconocido me interrumpe, cuando descuelgo se presenta como un reportero ¿Cómo carajos un reportero tiene mi número? Cuelgo de inmediato y el perfil de Gabriel vuelve a aparecer ante mis ojos. Intento contactarlo, pero no me es posible. Cuando me voy a sus mensajes me entero de que ni siquiera parece que le llega alguno. Me doy cuenta de que me tiemblan las manos cuando intento marcar el número de Gabriel una vez más. Sin éxito. Mi pantalla vuelve a quedarse en su perfil y cuando por error presiono el inicio, lo primero que me aparece es una noticia sobre mí, bajando en el *feed* observo que ya está por todas partes. Revistas amarillistas, perfiles de chismes, ya corrió por todas las redes sociales.

—Luna... —Escucho a Mónica hablarme. Cuando levanto la mirada, veo las caras estupefactas de todos mis compañeros que intentan volver a sus labores cuando mi jefa se los ordena. Además, me toma del codo e intenta hacerme caminar del sentido contrario. —Hay fotógrafos afuera, no creo que puedas salir por ahí.

Esto no acaba de pasar entonces. Últimamente es tan normal el número de notificaciones en mi teléfono que no le había puesto mucha atención a ese interés tan repentino. Si me hubiera dado cuenta antes...

—¿Hay fotógrafos? —Lo pregunto en un hilo de voz y me aclaro la garganta. A ver, todavía intento procesarlo. Quiero pensar que esto no es cierto o que en cualquier momento me despertaré y este fue solo un mal sueño. Alcanzo a ver solo un poco hacia el exterior y sí, efectivamente, hay reporteros afuera. —¿A qué hora pasó esto? Digo, lo de las fotos.

—Yo me enteré hace un rato, cuando Brandon, mi asistente, me lo dijo. Él se enteró por redes sociales, así que ya debe tener cierto tiempo. —Continúa su camino hacia la puerta trasera mientras toma su celular y me pregunta si alguien va a venir por mí —¿Tú y Gabriel... —Hace una pausa y el resto lo dice rápido, como si no quisiera mencionarlo: —ya no están juntos?

—Sí, sí lo estamos, por supuesto. —Me aclaro la garganta, otro número desconocido en mi teléfono y ya no sé si debería contestar. —No creo que haya sido Gabriel. —Yo también digo eso rápido. —No, Gabriel no haría algo así...

Mónica no dice nada. Al menos no por un momento.

—Entonces... don Francisco que en realidad no es don Francisco... es...

—François. —Termino por ella. Tal vez intenta tomárselo como algo cómico, pero ahorita mi mente está en otra parte y no puedo llevar el hilo de lo que me está diciendo, a mí me sudan las palmas de las manos, el corazón me late a mil y ahora mismo no sé qué voy a hacer o

qué es lo que debería hacer. Me detengo antes de alcanzar la puerta trasera, intento una vez más marcar el número de Gabriel, pero no pasa nada. Marco el número de la oficina de mis papás y esa llamada sí se conecta con éxito.

—¿Dónde estás? —Es lo primero que le escucho decir. Es François. Le digo que en la radio y él agrega que ya vendrán a recogerme. —Ya sabes qué hacer en estos casos Luna, no salgas por tu cuenta, pueden seguirte y dar con el lugar donde vives, eso es algo muy peligroso. Por favor espera que Emilio llegue por ti.

—Está bien.

—¿Y dónde está Gabriel, por cierto? ¿Y por qué nos bloqueó a nosotros dos? —Trago saliva. Le presto su celular a Mónica y marco el número de Gabriel mientras continúo escuchando a mi padre: —Tuve que escribirle desde otro número y todavía no me responde, porque lo de las fotos no es todo, también alguien le dio nuestros números personales a los medios.

—Tal vez perdió el celular... y alguien lo encontró e hizo todas esas cosas... —Entonces veo que en el teléfono de mi jefa la llamada sí va al número de Gabriel, cuando me lo llevo a la oreja escucho el primer timbre, después el segundo, el tercero... pero no contesta, va al buzón. —Debe haber una explicación...

—Bueno, sea cual sea la explicación ya no va a cambiar nada. Mientras tanto veré como resuelvo esto con el equipo de relaciones públicas.

Cuando mi padre cuelga, le devuelvo su celular a Mónica y yo guardo el mío dentro de mi bolsillo. Un instante después otro número desconocido me llama y me doy cuenta de que durante el tiempo que estuve hablando con François dos números diferentes también intentaron comunicarse conmigo. Mierda, tendré que cambiar de número. Cuando mi jefa abre la puerta trasera, ya los reporteros también están aguardando de ese lado.

Maldita sea.

—Esto es una locura. —Menciona Mónica, después de cerrar esa puerta con llave. Se lleva el celular a la oreja e intenta llamar a alguien pero no presto mucha atención porque, de nuevo, el mío comienza a sonar y está comenzando a provocarme nerviosismo. Cuando voy directo a colgar, me entero que es Luisa y no tardo nada en contestarle:

—¿Qué es todo eso, Luna? —Es lo primero que dice. Parece molesta, pero al mismo tiempo agobiada, no lo sé. —Espero que me digas que a Gabriel lo asaltaron a mano armada y ahora mismo está en el hospital porque es la única forma que le perdonaría lo que acaba de hacer.

—No sé nada de Gabriel desde la mañana así que sí es muy probable que lo hayan asaltado y esté en el hospital ahora mismo. Cualquier cosa es posible, menos que Gabriel haya hecho eso.

—Entonces ¿por qué nos bloqueó a todos de redes sociales? ¿Alguien más sabe sobre nuestras cuentas falsas en Instagram? Como sea que haya pasado Luna, esto es apenas el comienzo, ya está por todo internet, no tarda nada en que esto se vuelva una locura...

—¿Más?

—Luisa... —Escucho del lado de la línea de mi hermana. Esa parece la voz de Fede, sin duda alguna; además le dice: —¿Podemos hablar un momento?

—Ahora mismo estoy con Luna al teléfono. —Contesta ella con un tono de nerviosismo en la voz que intenta disimular bastante. Por un motivo bastante obvio hasta yo sé de qué va a ir la conversación. Fede le dice que necesita hablar con ella ahora mismo o que de otra forma va a tener que irse. Luisa guarda silencio, antes que yo me despida para dejarla hablar con Federico,

ella suelta: —Está bien. Te llamo después Luna.

Le digo que sí, además Emilio me llama avisándome que ya me está esperando afuera. De haber sabido que algo como esto pasaría, hubiera preparado otra forma de salir que no fuera tan obvia, pero ya no hay tiempo, los guardaespaldas de mis papás están apartando a los reporteros cuando yo intento salir entre medio de flashes y me subo a la Cadillac de François a toda prisa. Emilio no dice nada después de saludarme, solo se queda en silencio, hasta que, a mitad del camino, suelta:

—François está muy molesto.

—¿Y Max?

—Tira humo por las orejas.

Sé que Emilio intenta mejorar el ambiente, pero mi cabeza está en otra parte y en lo único que puedo pensar es en que si así será mi vida de ahora en adelante. Nunca se me hubiera ocurrido que algo como esto pasara. Estaba preparada a que eventualmente se dieran cuenta quiénes son mis papás, pero jamás me hubiera imaginado que Gabriel, de alguna u otra forma, sería parte de la ecuación. En fin, Emilio sí que tenía razón, cuando llego a casa de mis papás, François está hablando por teléfono, casi está gritando en francés y papá es la persona con el carácter más gentil del mundo, así que sí... está molesto. Mientras tanto Max solo está sentado en una esquina, en silencio, viendo las noticias en el tv de su despacho y lo que alcanzo a escuchar es:

—Pero hablemos de corrupción. —Comienza la reportera. Ahora es la foto del comisionado con mis papás la que se muestra en la pantalla. —Hablemos sobre el comisionado mayor, Santiago Mariani, según los nuevos rumores que están saliendo a raíz de estas fotografías, él le dio empleo a la hija mayor de Max y François Belrose.

Madre mía.

—Habiendo tantas personas desempleadas y en necesidad. —Continúa la persona que la acompaña. —El país tiene una tasa alta de desempleo como para que al comisionado se le ocurra emplear a esas niñas ricas que solo están jugando a trabajar en puestos que puede tener cualquier ciudadano de nuestra tierra.

—O que vayan a jugar a Francia ¿no? ¿Por qué quitarle los puestos a nuestra gente? Personas que de verdad tienen una necesidad económica.

—Y sin mencionar que Waldo's y Asociados, la firma para la que trabaja el novio de la hija menor de los Belrose, es la que representa a los Belrose ¿Permite la firma que sus abogados tengan una relación sentimental con las hijas de sus clientes? Conflicto de intereses veo ahí.

La mujer suelta una risa a lo que la otra persona asegura:

—Quizás esa sea su estrategia para atraer clientes.

Mi padre apaga el tv, toma un trago de su copa y después dice:

—¿Ahora cómo vamos a resolver todo este desmadre? Ni el mejor equipo de relaciones públicas va a detener lo que se aproxima en las próximas horas. —Además se vuelve a mí y me pregunta por Gabriel. Le digo que no sé nada y mi otro padre, François, le contesta que ya está en camino. —¿Te lograste comunicar con él?

—Desde mi otro número. Las historias ya no están en su perfil, pero el daño está hecho. Él asegura que no tiene idea de cómo sucedió.

—Estoy segura de que fue Vladimir. —Habla la tía Elena quién justo está atravesando la puerta de entrada junto al tío Pepe. —No le costaría nada pagarle a alguien para que se robe la cuenta de otra persona para hacer desastres.

—Ya nos vamos a dar cuenta —habla Max, señalando a Héctor, el jefe de ciberseguridad de Belrose. —Si Vladimir fue el culpable vamos a darnos cuenta ¿verdad?

A lo que él le contesta que sí.

—Es muy fácil rastrear el dispositivo, incluso si ya se deshizo de él.

Después de escuchar al sujeto a su lado, Max se vuelve a mí, yo me estoy sentando en el lugar frente a su escritorio cuando comienza a hablarme:

—Sabes que las cosas van a cambiar de ahora en adelante, Luna. Lamentablemente, ya no vas a poder seguir con tu vida como antes. Es muy peligroso ahora que todo mundo sabe quién eres. Van a buscar como rastrearte, localizarte y podría pasarte cualquier cosa.

Entonces las puertas se abren, me sorprende ver a las personas que aparecen detrás. Es Luisa, pero no está sola, detrás de ella está Fede. Repito, Fede está con Luisa, en el despacho de mis papás. Ambos llevan sus uniformes de la comisaría y entonces Luisa, así sin más, le dice:

—Ahí están ¿lo ves? Él es Max y él es François Belrose.

Ni siquiera mis papás se esperaban esto. A ver, que ni yo. Además, no es como que todos estemos con el mejor humor ahora mismo y Fede se ha quedado congelando, estupefacto, no se mueve de la entrada y mis padres tampoco.

—Como ves, aquí está Luna. —La mirada de Fede va de mí, a mis papás, después a la tía Elena y a Pepe, que es al que tal vez ya conocía. —Sí, es Elena Betancourt y Pepe, en realidad no es Pepe, es Joseph y es un ex luchador de la UFC.

Por primera vez en la vida siento un poquito de pena por Fede, creo que para nadie sería grato despertar un día hacer tu vida normal y de pronto darte cuenta a través de las noticias que vives en la casa de la hija de Max y François Belrose, quién además no quiere algo serio contigo, aunque ya están esperando un hijo. Cuando finalmente recupera el color se acerca a mis papás, les extiende la mano, primero a François, después a Max; es la primera vez en la vida que tampoco ellos dos saben muy bien cómo actuar, porque también los ha tomado por sorpresa.

Fede también saluda a mi tía Elena y después a Pepe, a quién ni siquiera mira a los ojos. Luego me da un vistazo a mí y un rápido asentimiento de cabeza como saludo, el mismo de siempre. Vuelve a ubicarse a la par de Luisa y diciendo que fue un gusto conocerlos, da un hacia atrás y se retira cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Dónde vas? ¿Fede?

Entonces Luisa se va tras él. Todos nos quedamos en silencio, a ver... que ya no sé si procesar lo anterior o esto, a las dos cosas al mismo tiempo, es tanto el silencio dentro del despacho que se escucha la voz de mi hermana afuera y la de Fede:

—No puedo creer que me hayas mentido todo este tiempo.

—¿Cómo iba a contarte esto, Fede? Solo mira lo que acaba de pasar con Gabriel.

—Pues no hablo de eso, Luisa. Me pudiste haber dicho quiénes eran tus papás hasta que te sintieras lista y yo no hubiera tenido ningún problema. Sabes que siempre he respetado que no quieras hablar de tu familia, pero tú te fuiste a otro nivel, me mentiste, jugaste conmigo, me hiciste creer que no tenías ni un centavo, me hiciste pagar la renta de una casa que es tuya ¡Una casa que es tuya, Luisa! Aun sabiendo que mi familia y yo teníamos problemas económicos, eso no te importó... ¿y sabes qué es lo peor? Que yo lo hacía de corazón, para ti, porque solo me importaba que estuvieras bien.

—Escucha, yo te voy a devolver todo lo de la casa ¿Okey? Es lo que ya había pensado hacer cuando te contara, porque sí iba a hacerlo. También iba a ofrecerme a pagar la universidad de tu hermana, hasta ya lo había comentado con ella...

—¿Una vez que me contaras? —La interrumpe Fede, hasta aquí se escucha el nudo en la garganta. —Te conozco lo suficiente como para saber que no me hubieras contado nunca si yo no me hubiera enterado hoy por la televisión ¡En una cafetería! Y está bien por mí ¿Sabes? Está bien si querías guardarte ese secreto para siempre, pero no tenías que mentirme en otras cosas. Definitivamente yo soy un tonto y tú no tienes ni una pizca de empatía. Por primera vez en la vida estoy de acuerdo con eso de que es mejor que criemos a nuestro hijo por separado, ya veremos cómo hacerlo funcionar. De todas formas, me repites todo el tiempo que tú y yo no somos nada ¿Verdad? Y está bien.

Después de eso no se escucha nada más, tal parece que Fede ya se ha ido y Luisa también o no, no creo que Luisa haya ido tras Fede. Mientras tanto en la oficina de mis papás nadie se mueve, ni siquiera se escucha a alguien respirar, todos quedamos quietos hasta que el primero en reaccionar es el tío Pepe, quién se va en dirección a la puerta por donde salieron mi hermana y Federico. Después de eso Max es el primero en hablar y lo único que dice es:

—Okey, ¿entonces ese era Fede?

A lo que François contesta:

—Parece que sí.

Hasta Héctor, el de ciberseguridad, que hasta hace un momento estaba concentrado en su computadora ahora parece intrigado, pero después vuelve a sus labores cuando un sonido en su máquina llama su atención. Mi padre también lo mira cuando este dice:

—Ya tengo el dispositivo de donde fueron subidas las historias.

Entonces mis dos padres se acercan a su monitor. Es en ese momento que la puerta se abre de nuevo y esta vez ya no es Luisa, ni Fede, sino Gabriel. Él al verme no va hacia mis papás, sino que viene directo a mí y como yo estoy sentada él se arrodilla para quedar frente a frente.

—Lu, te juro que yo no hice eso. Sabes que yo no sería capaz de hacer algo así. No sé qué pasó, ni siquiera tenía mi Instagram abierto...

—¿Estás diciendo que alguien más pudo entrar a tu cuenta y lo hizo solo para publicar esas fotos? —Ahora es François preguntándole. Gabriel lo mira, le asegura que sí y cuando este le pregunta quién pudo haber hecho eso, el hombre araña le dice que no lo sabe. —¿Y sigues teniendo acceso?

Gabriel hace una pausa y después contesta:

—Sí, pude borrar las historias.

—Pues si no lo hiciste tú, entonces fue alguien que te odia bastante, porque te acaba de poner en peligro, a ti, a Luna y hasta el trabajo de tu padre.

—Yo solo le envié ese video y las fotos a usted, cuando me las pidió.

—¿Las fotos que te pedí? A mí no me llegó nada, Gabriel.

Entonces se hace un silencio, Gabriel se saca el celular del bolsillo y busca la conversación con mi padre. No está. Y se lo dice, entonces solo se miran entre sí. Un pitido de alerta suena en el celular del hombre araña, Héctor, el de ciberseguridad mira primero a mis padres y después a Gabriel justo para decirle:

—Pues aquí dice que las historias sí fueron subidas desde tu celular.

Capítulo 72

Gabriel

De pronto veo como todo en mi vida comienza a desmoronarse.

Todo lo que había logrado construir de pronto se va al carajo, incluyendo mi reputación. Y no, no hay forma de devolver el tiempo para detener lo que sea que pasó, ya está hecho y aunque estoy seguro de que ni por error yo haría algo así, ya estoy comenzando a dudar hasta de mi propia existencia.

Es que, a ver, cuando intento hacer memoria de lo último que pasó o del momento en el que pudo haber sucedido, yo estoy casi seguro que envié esas fotos a François, a su cuenta de *CandenteNutella*, me acuerdo que en ese momento estaba hablando con mi mamá y lo siguiente fue lo de las fotos.

Es que lo intento, procuro encontrar una explicación lógica de cómo pudo haber pasado tal cosa, cómo es que unas fotos que había destinado para el chat del papá de Lu acabaron en mis historias. Podría decir que fue por estar haciendo muchas cosas a la vez en ese momento, pero no; siempre trabajo en diferentes cosas al mismo tiempo y jamás en la vida me pasó lo de mezclar una cosa con la otra. Estoy seguro de que ni por equivocación yo publicaría algo tan delicado como eso en mi perfil. François también revisa el chat, el mismo donde él me pidió las fotos y tiene razón, las fotografías nunca le llegaron a él.

Entonces en el momento que el sujeto del equipo de Belrose que está sentado al otro lado del escritorio de Max me dice:

—Aquí dice que las historias sí fueron subidas desde tu celular.

Pienso que tal vez perdí el raciocinio.

Intento pensar en lo que tal vez pudo haber pasado, qué fue lo que pude hacer para llegar a tal cosa, pero es que nada se me ocurre, a la hora en que las fotos fueron publicadas yo estaba trabajando con mi celular.

—¿Crees que tal vez por error las hayas subido a tus redes sociales? —De nuevo François. —Porque son las fotos que te pedí, pero no recibí. Entendemos si crees que pudo haber sido un error, aunque ya no hay forma de solucionarlo de todas formas... pero un error lo comete cualquiera... y lo entenderíamos...

—Yo no haría eso ni por error. He usado mi teléfono todo el día, alguien tuvo que entrar y publicar esas cosas, bloquearlos a ustedes y cerrar sesión de mi perfil para que yo no me diera cuenta a tiempo.

—¿Nos permites revisar tu teléfono?

Y me pongo de pie para entregarle el teléfono a Max sin problema, él se lo da a la otra persona que lo conecta al ordenador y entonces, vuelve a hablar:

—¿Tu celular tiene contraseña? ¿Un patrón? ¿Huella digital?

—Sí.

—¿Quién pudo haber tenido acceso? ¿Dónde estabas a las horas que se publicaron las fotografías? Por supuesto que vamos a darte el beneficio de la duda, pero tenemos que llegar a la persona que sí lo hizo si aseguras que no fuiste tú.

—Yo en la mañana solo estuve en la corte, en la oficina y en la casa de mi madre, todo el día he estado trabajando.

Max se lleva la mano a la frente, se masajea el entrecejo y después lo que dice es:

—Sabes que ya ni siquiera tu vida va a ser igual, ¿verdad? Que la prensa ya no tarda nada en tener tu dirección y acecharte. Quién haya hecho esto créeme que ya está vendiendo toda tu información a los reporteros.

—Sabes que tu apartamento ya no es seguro para Luna, ¿verdad?

—Y ni para ti, créenos.

—Bueno, nadie ha entrado al celular tampoco. —De nuevo, el sujeto que está a la par de Max. Todos los presentes me miran, pero nadie dice nada, todos escuchan con él continúa diciendo: —Así que, si alguien más lo hizo, esa persona debió tener el teléfono en sus manos.

Una llamada de mi jefa nos interrumpe.

Entonces Max toma el teléfono y me lo pasa para contestar, la llamada se corta cuando ya lo tengo en manos y él agrega:

—Recuerda quién pudo haber tomado tu teléfono esta mañana, es la única manera.

Otra vez mi jefa y esta vez sí alcanzo a contestar. Me dice que quiere hablar conmigo y yo no tengo cabeza ahora mismo ni para decir que sí, ni para negarme. No es el momento de dejar la casa de los Belrose tampoco, pero también parece que mi trabajo está en juego así que les digo que voy a volver.

Cuando llego al edificio de Waldo's, ya hay reporteros afuera. Me cuesta pasar en mi vehículo y son los guardas de seguridad del edificio que me hace llegar hasta el parking. Si esto es solo el inicio, como mencionó François, no quiero imaginarme en qué va a convertirse esto más adelante.

Está demás decir que todos me miran al llegar y es mi jefa a la que encuentro primero, junto a ella está Juan, pero este no dice nada. Cuando mi jefa me pide que la acompañe, ni siquiera voy primero a mi oficina, paso directamente a la suya y justo al cerrar la puerta a mis espaldas, pregunta:

—Qué es todo esto, Gabriel? ¿Es verdad que tu novia es la hija de Max y François Belrose? Porque ellos tienen un contrato de confidencialidad con nosotros y acabas de meternos en un gran lío.

—Sí es verdad y yo no lo hice, lo juro.

—Gabriel, ahora mismo el despacho pasó de ser el foco de atención por algo positivo y a ser el punto de las peores críticas por tu relación con la hija de unos de nuestros clientes. Esto es algo bastante serio, tenemos políticas y somos profesionales.

—Cuando yo conocí a Luna no sabía que era la hija de ellos ¿Okey? Cuando François eligió este despacho yo ni siquiera me imaginaba que era uno de los padres de mi novia.

—Lo entiendo. —Dice, aunque al menos tiempo su rostro tiene un gesto que no logro descifrar. —¿Recuerdas que hablábamos de tu posición como socio en esta empresa? Creo que eso lo vamos a tener que postergar. No podemos arriesgarnos si ya estamos en el ojo del huracán. Tú publicaste las fotos de ellos, estando bajo un contrato de confidencialidad, siendo uno de nuestros abogados más importantes.

—Es que yo no lo hice.

—Y te creo, pero eso no es lo que se dice, Gabriel. Tenemos que ver qué dirección va a tomar esto ¿De acuerdo? Con suerte todo se olvide la otra semana. Puedes tomarte el resto del día libre, si quieres.

Y lo hago, porque además esto se está volviendo un caos y cuando veo por la ventana, me doy cuenta de que todavía hay más reporteros acercándose. No quiero ni imaginarme que en algún momento esta sea la vista desde mi apartamento también.

Tomo mis cosas y veo un mensaje de Max pidiéndome que no se me ocurra conducir a mi casa porque estaría poniendo mi seguridad en peligro. Que Emilio me está esperando y también su equipo de seguridad por si las moscas.

Cuando estamos saliendo del edificio, lo único que logro escuchar es:

—Sr. Mariani ¿Le parece profesional salir con la hija de sus clientes?

Decir que me hierve la sangre es poco. Tomo una respiración profunda y me paso las manos por la cara, Emilio me da un vistazo a través del espejo retrovisor y me dice que no haga caso a ese tipo de comentarios, que habrá peores, pero que nunca le preste atención a la prensa amarillista. Vale, no sé si intentaba hacerme sentir mejor, o prepararme para lo peor. De todas formas, el rumbo de la conversación toma otro curso cuando recuerdo:

—Mi auto... —Antes de terminar la frase, Emilio ya tiene la respuesta:

—Ya va camino a su edificio.

—¿Cómo? ¿Y las llaves?

—Nosotros nos encargamos. No se preocupe, señor Mariani. —Aparca frente al edificio en el que vivo y, por suerte, todavía no hay ni un solo reportero. Antes de bajarme, escucho a Emilio decir: —Dígale a Luna que me llame cuando esté lista. Voy a estar a unas cuadras como me lo pidió.

—¿Luna está aquí?

—Sí.

Le digo que le daré su mensaje. Camino hacia la entrada y después en el elevador me cercioro de que todos los números y perfiles ya están desbloqueados. Todavía intento procesar todo lo que acaba de pasar este día y aunque ya no hay rastro de ninguna foto en mi perfil, sé que el caos va haciéndose cada vez peor.

Al momento de abrir la puerta de mi apartamento, veo que Lu da un respingo en su lugar, estaba viendo por la ventana, pero ahora tiene su atención puesta en mí. Me acerco a darle un abrazo y ella me corresponde, aunque este no es efusivo como los otros, tampoco me sostiene fuerte, ni pasa sus manos por debajo del saco como en otras ocasiones, pero aún así permanecemos de esta forma por un rato, hasta que su teléfono anuncia una notificación y ella me dice que tuvo que cambiar de número.

En el momento que le doy mi celular para que guarde el nuevo contacto, también recuerdo lo del correo que recibí esta mañana y le digo:

—Por cierto, tal vez no es el momento, pero tengo que decírtelo. —Una vez que guarda su número, tomo el móvil y me voy a mi correo electrónico. —¿Recuerdas la audición que hiciste el otro día? Pues quieren verte de nuevo. Obtuviste el papel.

Luna está leyendo el email también, con calma. No dice nada un momento, tal vez lo está procesando, arruga el entrecejo y dice:

—No voy a tomarlo.

Y ahora yo intento procesar su respuesta:

—¿Qué? ¿Por qué? Luna, fuiste a todas las audiciones, sé que te encanta el papel.

—Sí, pero lo más seguro es que esto pasó porque se enteraron quienes son mis padres.

—Luna, este correo lo recibí antes que todo esto pasara ¿Okey? No tiene nada que ver con tus papás.

—¿Por qué aseguras que lo recibiste antes? Si dices que tú no publicaste las fotografías ¿cómo sabes que no sucedió después?

—«Si dices que tú no publicaste las fotografías». —Repito y la miro a los ojos. —Luna ¿Acaso desconfías de mí?

La respuesta de Lu no es rápida, no es segura tampoco; de hecho, tarda un momento hasta que finalmente me dice:

—Claro que confío en ti, Gabriel. Desde que me enteré cuando estaba en la radio y Mónica creyó que tú y yo no estábamos juntos y pensó que era una especia de venganza o algo así. Desde que atravesé la puerta de la casa de mis padres. En ningún momento pensé que hayas sido tú.

—Dudaste en tu respuesta, Lu.

Mi tono es más bien apagado, como si esas eran palabras que no quería decir. Me alejo al mismo tiempo que escucho la respuesta de Luna y finjo que hago otra cosa en mi celular. Error, lo primero que me sale son más noticias de los Belrose.

—Hay muchas cosas pasando por mi cabeza ahora mismo, Gabriel. Como, por ejemplo, que ya no podré continuar con mi vida como antes, que es muy probable que tu apartamento deje de ser un lugar seguro, que ahora no podré salir a ningún lugar sin alguien que me esté vigilando siempre.

—Ya, pero no es mi culpa, amor. No puedo devolver el tiempo para detener lo que pasó, porque ni siquiera yo estoy seguro de qué fue. Puedo explicártelo mil veces, pero no puedo entenderlo por ti.

—¿Disculpa? ¿Crees que soy tonta que no puedo entender las cosas por mí misma?

—No es lo que quise decir, Lu.

Entonces se pone de pie y después la veo sacar su celular, tomar su chaqueta y caminar decidida a la puerta, yo no tengo fuerzas para detenerla, pero aun así la llamo por última vez:

—Lu... por favor. —Pero la puerta se cierra y yo dejo salir un suspiro cargado de frustración. Siento que está a punto de explotarme la cabeza y cuando tomo mi celular para pedirle a Luna que hablemos, una llamada de Elías me interrumpe, no dudo en contestar y lo que escucho es:

—Gabriel, ya sé quién hizo esto.

—¿Lo de publicar las fotos en mi perfil? ¿Alguien entró a mi teléfono? Porque hasta ahora uno de los jefes de seguridad de la empresa de los Belrose dice que nadie lo hizo...

—Es que nadie entró a tu teléfono, Gabriel. Esto mejor te lo digo en persona ¿Puedes venir por mí? Es que estoy en la dirección castigado y no quiero que mamá se entere.

Cuando lo dice no lo pienso dos veces, ni siquiera pregunto porque sus últimas palabras quedan navegando en mi cabeza de un lado a otro y lo primero que hago es tomar mis llaves, cerciorarme que mi auto está en el parqueo y después salir de una vez a su escuela. Una vez en la dirección solo escucho el parloteo de la directora, algo de que entró al sistema a ponerle diez a todos y otra cosa de que van a expulsarlo. La cuestión es que yo firmo todo y lo saco de ahí.

—Ni siquiera te voy a hacer preguntas. —Le hablo camino a mi auto. —Si te expulsaron y firmé esos papeles no es mi problema.

—La expulsión no va a durar mucho, ya todos saben que mi hermano es el novio de la hija de Max y François Belrose.

El enano me pasa un auricular antes que yo le responda algo y cuando reproduce el audio la voz que escucho de inmediato se me hace conocida... no puede ser... quién más, maldita sea,

quién más. Eso estoy seguro de que es en la cocina de mi madre.

—Sí, ya te dije que sí... —Parece que está hablando por teléfono y tampoco tiene mucho que ver con lo que pasó asumo, hasta que escucho que dice: —Acabo de encontrarme el teléfono de Gabriel. Sí. —No sé qué dice la otra persona al otro lado de la línea, pero la voz continúa: —¿Sabes? He esperado este momento desde siempre ¡Uh! Sí se desbloqueó.

Entonces una risa después dice algo sobre mi conversación con CandenteNutella y entonces agrega:

—Estaba a punto de enviarle unas fotos a un tal *CandenteNutella*, ese es el suegro, estoy seguro. —Hay un silencio, seguro escuchando a la persona al otro lado de la línea. —Me sé su patrón de desbloqueo de memoria, cada que usa su celular me fijo en qué forma hace en su pantalla, pero nunca pensé que algún día iba a tener la oportunidad de probarlo...

Después otro silencio y continúa:

—No tiene *nudes* de Luna, qué desgracia. Oye ¿Me esperas un momento? Voy a hacer algo rápido antes de que él regrese. Voy a publicar algunas de sus fotos en sus redes sociales. No creo que después de esto los suegros quieran volver a saber de él.

—Técnicamente yo no estoy haciendo nada, lo está haciendo él porque es su perfil. Oye, te llamo más tarde, voy a hacer esto y... —se queda en silencio y después suelta una risa, solo para decir: —Ya sabrás quiénes son y que conste, yo no te lo estoy diciendo, el mismo Gabriel lo publicó, o va a hacerlo ahora mismo. Espera, también tengo que bloquearlos para que sea más creíble.

Entonces el audio se corta y yo me quedo viendo fijo el parabrisas de mi auto y aunque Elías me está hablando no le estoy poniendo nada de atención, tengo la mente en blanco, porque es que a Roberto me lo imaginé capaz de muchas cosas, pero jamás en mi vida hubiera creído que podría hacer algo así.

—¿Lo ves? Tú me dijiste que quitara ese micrófono de la cocina, qué suerte que no te hice caso.

No le contesto, lo primero que hago es sacar mi teléfono celular y llamar a mi padre, me contesta en el primer tono y lo único que le digo es:

—Fue Roberto.

El comisionado no dice nada por un momento, después vuelve a preguntarme si estoy seguro y yo le contesto que sí, además le pregunto a Elías si de casualidad sabe si Roberto está en casa de mi madre o no. Él dice que sí, que últimamente no ha ido a trabajar, porque está «enfermo».

Ni siquiera ha terminado la oración cuando yo ya he puesto en marcha el vehículo y tal vez vaya a una velocidad no permitida, pero ahora mismo es lo que menos me importa. Nunca había llegado tan rápido a la casa de mi madre y ni siquiera aparco bien, le pido a Elías que me reenvíe el audio y él lo hace de inmediato, cuando estoy subiendo las escaleras de la entrada mi celular es que mi teléfono me anuncia el texto de Elías.

Cuando entro me doy cuenta de que en la sala no hay nadie, en el comedor tampoco, en la cocina solo está mi madre quién me pregunta por qué no le avisé que llegaría y yo le pregunto dónde está Roberto. Cuando estoy a punto de ir directo a su habitación o al menos la que ocupa cuando está en casa de mi madre, observo su cabellera en el jardín y no me la pienso dos veces cuando camino hacia él, como siempre, está hablando por teléfono, pero al verme cuelga la llamada y una sonrisa que ahora noto cargada de cinismo es el saludo con el que me recibe.

Pero no le dura mucho, porque le dejo ir el primer puñetazo en la cara, un segundo, un

tercero, un cuarto, no sé, pierdo lo cuenta, lo único que sé es que le está saliendo sangre por la nariz y no me importa en lo absoluto, aunque mi madre esté gritándome, intentando apartarme de él y Elías de mala gana le ayude.

—¡Gabriel! —Mi madre. —Gabriel ¿Qué es lo que te pasa?

—Pregúntale a este imbécil. —Mi madre ahora se ha puesto entre medio de los dos y Roberto, levantándose del suelo pregunta qué carajos me pasa, a lo que yo dirigiéndome a él le contesto: —¿Qué es lo que te he hecho para que hagas lo que sea en mi contra? Te he soportado lo suficiente porque eres mi hermano, pero ¿qué mierda tienes en la cabeza?

—¡No sé de qué estás hablando, idiota! —Y todavía me grita. Se limpia la nariz y mira que se ha manchado con sangre la manga de la camisa. —¡¿Estás loco?! Yo no te he hecho nada, a mí ni me interesa tu patética vida de adicto al trabajo.

—¡Ah! ¿En serio? —Saco el celular y reproduzco el audio que me envió Elías. Ahí está él, en voz alta y se escucha a la perfección cada cosa que dice. Es su voz efectivamente, nadie puede confundirla y mi madre lo mira, con lástima o decepción, no sé, pero él, muy cínico, lo único que responde es:

—¿De dónde sacaste eso? Es mi privacidad.

—¡¿Tú privacidad?! ¡¿En serio estás hablando de tu privacidad?! Lo que acabas de hacer es un delito, maldita sea. Aunque hayas usado mi cuenta ¡Te metiste con algo tan delicado para una familia que no va a descansar hasta verte en la cárcel! Es que eres tan estúpido que ni siquiera pensaste en tus propias consecuencias ¿Y sabes qué? Nadie va a estar ahí para ayudarte ¡Eres tan egoísta que no te importó meter a tu propio padre en una situación desastrosa! ¡Donde está a punto de perder el trabajo que por tantos años se encargó de cuidar!

—Pues el estúpido eres tú por dejar tu teléfono en la mesa si esa gente es tan importante.

Y me lanzo de nuevo contra él, es que ni siquiera me conozco a mí mismo, pero estoy seguro de que si mi madre no estuviera intentando alejarme, acabaría con Roberto hoy mismo, pero no es mi madre que me aparta de él, ahora es el comisionado que se planta frente a Roberto y viéndole la cara, le dice:

—¿En serio fuiste capaz de hacer tal cosa?

—¿Qué? ¿Tú también vas a defenderlo? ¿A tu hijo favorito? Acaba de romperme la nariz, espero que no te metas si quiero mandarlo a la cárcel.

Yo tengo que sentarme en el muro del jardín para intentar calmarme y Elías viene detrás de mí.

—Al único que van a mandar a la cárcel es a ti y yo no voy a mover un dedo. Casi me dejas sin carrera cuando estoy a punto de retirarme, pero hasta eso me parece un delito menor comparado con meterte con menores de edad ¡Tus alumnas, Roberto! No te pusieron solo una demanda, son mínimo unas cuatro ¿Qué carajos tienes en la cabeza?

—¿Ya te fueron con el chisme? A ver, que ellas son las que se me meten a mí ¿Okey? Yo no tengo nada que...

—¡Ay, por Dios! —Exclama mi padre y después irónico dice: —Mira, tengo de hijo a Brad Pitt y no me daba cuenta. —Ahora más serio, suelta: —Te lo advierto desde ya, conmigo no cuentes. No sé qué pudimos haber hecho mal contigo, en serio.

Y dos policías entran, van directo a Roberto a quién le ponen unas esposas y se lo llevan por mucho que grite, llame a mi madre y le diga a mi padre que no puede hacerle eso. A mí todavía me hierve la sangre y cuando mi teléfono me anuncia una notificación, le pido a Elías que me elimine las redes sociales, le entrego mi celular y me lo devuelve una vez que termina.

—Espero que esté todo bien. —Habla mi mamá y le digo que no, que nada está bien. Intento llamar a Luna y aunque su teléfono suena, me envía al buzón. —¿Quieres que te prepare algo?

—No, lo único que quiero es hablar con Luna. Mejor me voy a casa ¿Okey? Evidentemente, no he tenido un buen día. —Cuando ella asiente, me dice que va a estar ahí para cualquier cosa que necesite. Me vuelvo a Elías y le digo: —Gracias enano, guardaré tu secreto.

—¿Cuál secreto? —Le habla mi mamá. —¿El que te expulsaron? ¿O el que tenías un micrófono escondido en la cocina? ¿Desde cuándo? Vamos, entra. Tú y yo vamos a hablar.

Cuando yo estoy subiendo a mi vehículo, intento llamar a Lu una vez más, pero nada. Entonces decido dejarle un mensaje de voz, uno pidiéndole perdón una vez más y el otro contándole todo lo que acaba de pasar en la casa de mi madre. Cuando llego a casa le dejo un tercero preguntándole si donde sea que está puedo acompañarla y estoy poniéndome hielo en los nudillos cuando veo que François me envía un texto:

De: François

Dile a Luna que Emilio la está esperando abajo.

Arrugo el entrecejo y tomo mi celular para responder el texto de François diciéndole que Luna no está aquí desde hace un rato. Él parece que está escribiendo, después deja de hacerlo, vuelve a comenzar a escribir y me dice que le hablará a Luisa, solo un momento después la mencionada me llama a mí y cuando contesto lo primero que hace es preguntarme:

—¿Luna no está contigo?

—No, desde hace un rato. Fui a casa de mi madre, regresé y Luna no está en ninguna parte, no contesta mis mensajes, ni mis llamadas. Tal vez es porque discutimos, no lo sé; pensé que iría con Emilio, pero tu padre dice que él la está esperando.

—Luna no es así, por muy molesta que esté siempre va a contestarte, porque a los diez minutos se le pasa. Uno de sus defectos es no saber guardar rencor. —Luisa hace una pausa y después exclama: —Oh por Dios.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Que su última conexión fue hace unas horas y desde entonces no contesta. Luna no aparece por ningún lado.

Capítulo 73

Luna

Unas horas antes

—Recuerda quién pudo haber tomado tu teléfono esta mañana, es la única manera.

Cuando escucho que Max le habla a Gabriel yo sigo con la mente en blanco, quisiera seguir el hilo de la conversación que está teniendo con mis papás, pero yo solo estoy preguntándome a mí misma como pudo pasar algo así y en cómo mi vida cambió drásticamente en solo unas horas. Es que todavía no lo proceso y entre más lo pienso, más me agobio.

Ojalá pudiera devolver el tiempo.

Ojalá hubiera estado más atenta para evitar que esto escalara tanto.

El sonido del celular de Gabriel nos interrumpe y él dice:

—Lo siento, es mi jefa. —Primero la llamada se cuelga, después lo llama otra vez y al momento de intercambiar con ella unas palabras a las que ni siquiera pongo atención, dice: —Tengo que ir al despacho, parece que es urgente.

—Está bien. —Max de nuevo. —En cuanto puedas, llámanos, tenemos que hablar bien que vamos a hacer a continuación porque, evidentemente, Luna no puede estar en tu apartamento y tú tampoco, al menos hasta que las cosas se calmen. No sabemos que loco puede estar allá afuera solo esperando el momento oportuno.

Les dice que sí, aunque parece que no les está poniendo mucha atención. Se vuelve a mí y me dice:

—Amor, hablamos después ¿Sí?

Me da un beso en la frente y una media sonrisa de mi parte es la respuesta, no lo observo cuando se va, mis ojos van a la pantalla de mi celular que anuncia una nueva llamada telefónica del mismo número que me está marcando desde la mañana.

—Es hora de cambiar de número. —Dice François y yo le contesto que sí. Le entrego mi celular y él llama a alguien para después salir de su despacho, tampoco estoy poniéndole atención a él. Max vuelve a encender la televisión y ahora están hablando de Gabriel y el despacho, incluso ya hay cámaras frente al edificio y Max, suelta:

—Malditos reporteros amarillistas. —Se pone de pie, suelta un bufido y después llama a alguien, quién asumo es Emilio, porque le pide que después de dejarme a mí, vaya por Gabriel y además habla a través del telefonillo pidiendo que una parte del equipo de seguridad vaya al despacho, cuando cuelga, me habla: —Luna...

—¿Sí?

—Como ya sabes, no puedes quedarte en el apartamento de Gabriel. Tal vez Gabriel no entienda como son estas cosas, pero tú sí; aunque esto no es Hollywood, tu vida puede estar corriendo peligro.

—Ya lo sé...

—Puedes quedarte aquí, si no quieres tienes un apartamento con un buen sistema de seguridad adentro y afuera, pediremos que lo refuercen si es necesario. Al menos hasta que las cosas se calmen.

Otra vez le contesto que sí, pero esta vez con un gesto de cabeza. Por supuesto que quisiera negarme, pero lamentablemente tiene razón y sé que es lo mejor para todos.

—Tengo que ir al apartamento de Gabriel antes. Tengo que ir por algunas cosas y por mi gato. También tengo que hablar con Gabriel, a solas.

Max asiente.

—Bueno, Emilio va a llevarte. Le pediré al equipo de seguridad...

—No, Max no quiero llamar la atención. No equipo de seguridad, por favor. No ahora. Al menos que las cosas en el edificio donde vive Gabriel ya estén descontroladas e igual Emilio no me va a dejar bajarme. No te preocupes.

Cuando François entra y me entrega el teléfono, les digo que me tengo que ir, pero que voy a avisarles si me voy al apartamento o si vendré a quedarme en casa. Esto último parece agradarle más a Max.

—Solo actualiza tu número de Whatsapp con este número nuevo. —François habla. —Mientras tanto vamos a ver qué hacemos para intentar arreglar este caos.

Cuando salgo de la casa, Emilio ya está esperándome junto al Cadillac de mis papás. Está de espaldas a mí y parece hablar por teléfono. Por el tono que usa, creo saber quién es la persona al otro lado del teléfono. Me quedo a cierta distancia, tal vez no debería husmear en conversaciones ajenas, pero tampoco puedo interrumpirlo cuando escucho:

—Te lo advierto, Ana. Si fuiste tú la que provocó todo esto... —No alcanzo a escuchar qué le contesta ella, solo hace una pausa y continúa: —Sí, sé que fueron publicadas desde la cuenta de él, pero eso de vender sus números a los medios espero no hayas sido tú ¿Entiendes, verdad? —Silencio. —Pregunté ¡¿Entiendes, verdad?! —Más silencio. —Perfecto. No quiero ver tu nombre relacionado con este escándalo. Max y François son las mejores personas que nos hayamos encontrado en nuestras vidas. —Silencio otra vez. —Sí Ana, hablo en plural porque te recuerdo que ellos pagaron toda tu educación. Bueno, si dices que no te sirvió de nada ya ese es tu problema, no de ellos. —Otra pausa y agrega: —Te lo advierto, no me decepciones.

Sin querer piso unas hojas secas y el crujido bajo mis pies hace que Emilio voltee y yo finjo que estoy llegando justo en este momento. Él se apresura a abrirme la puerta y antes de subir, escucho que se despide rápido de su hija y me pregunta:

—Entonces vamos al apartamento de Gabriel, ¿verdad?

Le digo que sí. Cuando intento llamarle a Luisa con mi nuevo número, no contesta.

—Pero antes podemos ir al apartamento de Luisa, por favor. Quiero saber cómo está.

Eso último lo agrego después de encontrarme con otro chisme sobre ella en mi perfil, esta vez tiene que ver sobre el hecho de haber usado un apellido falso todo este tiempo. No tiene o está a punto de quedarse sin trabajo y no hay mucho que el comisionado pueda hacer, porque también piden su renuncia. Otro periódico que dejo de seguir de inmediato.

De: Lisseth

Luna ¿podemos hablar, por favor?

Vaya sorpresa.

Cuando veo el mensaje de mi exjefa en mi buzón de Instagram lo primero que hago es enviarlo a la papelera, también me doy cuenta de que no es el primero y que intentó llamarme un par de veces. Todo esto solo en la última hora. Qué intensa, madre mía.

Mejor apago el móvil.

Y lo hago, me quedo en silencio, recostada en el asiento viendo al techo de la camioneta todo el camino. Cuando estamos cerca del edifico de Luisa, me asomo por la ventana solo para

cerciorarme que no hay reporteros, de momento parece estar despejado, pero sí hay un par de patrullas. Enciendo el celular para llamarle antes de llegar a su piso, pero no hay respuesta.

—¿La espero aquí, señorita Belrose? ¿O prefiere que la acompañe? —Aparca en frente y yo le contesto que puede quedarse aquí.

Responde con un asentimiento. Camino al apartamento de Luisa le marco una vez más, pero no me contesta. Cuando estoy frente a su puerta, toco una vez, pero entonces escucho su voz y la que parece ser de Fede del otro lado.

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga? —Esa es la voz de ella. —Te he pedido perdón casi mil veces. —También parece que tiene un nudo en la garganta. —¿En serio te vas a ir?

—No entiendo por qué vivir juntos, al bebé no le va a faltar su padre si es lo que te preocupa, pero no quiero seguir aquí. Yo no me merezco esto, Luisa. Ni tus rechazos, ni tus mentiras...

—Pero... —Además, se le quiebra la voz. —Fede, no...

Okey, no es el mejor momento.

Cuando estoy por dar media vuelta y largarme, la puerta se abre. Ahí está Fede y Luisa detrás de él. Fede recompone la postura de inmediato, parpadea para aclararse la visión y se aclara la voz para volverse a Luisa:

—Luna está aquí.

Luisa se está limpiando las lágrimas, Fede deja abierta la puerta y se va a otro lado, solo un momento después trae una maleta en manos y a la rata con vestido en un bolso.

—¿Estabas llorando? —Le hablo a Luisa, aunque ya el gesto le cambió, los ojos rojos la delatan. Su única respuesta es:

—Sí, no tengo trabajo.

Fede está decidido, toma algo de la cocina y después de acariciarle la cabeza a Panquecito, se va directo a la puerta. Es en ese momento que un quejido de Luisa me hace ponerle atención, se sostiene el vientre y se sienta en la mano del sillón.

—¿Estás bien?

—Sí.

Fede se detiene y nos mira. Luisa ahora se está recostando en el sillón. Fede todavía no se mueve, deja caer la maleta y después caminando hacia mi hermana, me entrega el bolso con su mascota.

—¿Estás segura?

—Que sí.

No tengo que ser experta en este tema, para saber que algo no anda bien y sé que Fede también lo intuye, aunque ella repite que está bien y solo necesita recostarse. Pongo a Morticia sobre la mesa y aprovechando que Luisa ahora tiene los ojos cerrados y la mano en la frente, tiro de Federico hasta la cocina y le susurro:

—Te voy a pedir un favor por primera vez en mi vida. No te vayas ahorita. Solo iré al apartamento de Gabriel a tomar unas cosas, necesito hablar con él y después regreso ¿Ok? No se te ocurra irte antes.

—No me iré a ningún lado, puedes ir tranquila.

Antes de irme, le digo a Fede que me avise sobre cualquier cosa. Él dice que sí y que va a hablarle a la doctora solo para asegurarse que todo marche correctamente. Salgo del piso de mi hermana y aunque todo el camino hacia la casa del hombre araña muevo la pierna inquieta, no le digo nada a Emilio.

Cuando llegamos al apartamento de Gabriel y se asegura que no hay peligro, me acompaña hasta la puerta del hombre araña y ahí me dice que solo irá por él y después vendrá a traerme. Le recuerdo que espere una calle más abajo para no llamar la atención con la Cadillac de François aparcado afuera.

Cuando se va, entro al apartamento, dejo la chaqueta sobre el sillón y después mordiéndome la uña, le doy un vistazo a todo el piso. Todavía no puedo creer que es muy probable que no pueda volver aquí, al menos no por un buen tiempo. Me quedo parada en la ventana viendo específicamente la publicidad de Belrose en uno de los edificios, aunque no le estoy poniendo atención a eso en realidad, sino que estoy pensando y me abrumo todavía más. Una llamada por Instagram me saca de mi trance y cuando veo el nombre, dudo un momento, igual me armo de valor y contesto:

—Lisseth...

—¿Luna? —Yo solo agrego un «ajá». Ni siquiera sé para qué le estoy contestando. —¿Todo eso? ¿Es verdad? ¿Tú? ¿Hija de Max y François Belrose?

—Has tardado en enterarte.

—¿Por qué no me lo dijiste? Creí que éramos amigas, me hiciste creer que eras una jovencita de pueblo que apenas tenía para comer.

—No, yo jamás te dije eso, tú lo inventaste.

—¡Nunca me contradijiste!

—No podía responder, siempre lo comentabas frente a tus amigas cuando yo no estaba cerca y ellas se encargaban de comentármelo cuando tú te ibas ¿En serio? ¿Decirles a todos que mi familia era muy pobre, que no nos alcanzaba para comer y que por eso es que me mantenía delgada? Esa historia es peor que la que se inventó la ex de mi novio.

Lisseth no me contesta y cuando estoy a punto de colgar, lo que dice es:

—Solo te tenía envidia, Luna. Por ser bonita y talentosa. Solo buscaba la forma de hacerme sentir mejor a mí misma, porque yo no podía agradarles a las personas tan fácil como tú. —Ahora la que se queda en silencio soy yo. —Te pido disculpas y espero que algún día puedas perdonarme.

—Okey ¿Era todo?

Cuando me dice que sí, le cuelgo. Le dejo un texto a Fede y él me responde casi de inmediato, me dice que parece que todo está bien. Estoy contestándole cuando la puerta del apartamento se abre y aparece Gabriel finalmente, se acerca a mí, me da un abrazo, pero estoy procesando tantas cosas en mi cabeza que no puedo saludarlo con la manera efusiva de siempre.

Nos quedamos así hasta que le digo que cambié de número y en el momento que estoy guardándolo en su teléfono me dice que obtuve el papel de la audición que hice el otro día.

Me muestra un correo y lo leo con calma, siento una opresión en el pecho y el nudo en la garganta provoca que casi no me salga lo siguiente que voy a decir:

—No voy a tomarlo.

Él parece no entender lo que dije, entonces lo repito.

—¿Qué? ¿Por qué? Luna, fuiste a todas las audiciones, sé que te encanta el papel.

—Sí, pero lo más seguro es que esto pasó porque se enteraron quienes son mis padres.

Desearía que esto hubiera pasado en otras circunstancias, en otro momento. Si tan solo ese correo lo hubiera recibido ayer para cerciorarme que no tuvo nada que ver con mis papás, pero ahora mismo es evidente el porqué de la respuesta positiva. Gabriel me dice que lo recibió antes de que todo eso pasara y yo tal vez no debí quedarme pensando mucho en su respuesta.

—¿Por qué aseguras que lo recibiste antes? Si dices que tú no publicaste las fotografías ¿cómo sabes que no sucedió después?

—«Si dices que tú no publicaste las fotografías». —Sostiene la mirada en mis ojos solo para agregar: —Luna ¿Acaso desconfías de mí?

Admito que me quedo un rato pensándolo, pero no fue mi intención.

—Claro que confío en ti, Gabriel. Desde que me enteré cuando estaba en la radio y Mónica creyó que tú y yo no estábamos juntos y pensó que era una especia de venganza o algo así. Desde que atravesé la puerta de la casa de mis padres. En ningún momento pensé que hayas sido tú.

—Dudaste en tu respuesta, Lu.

No dudé ¿Vale? No lo dudé. Solo me detuve a pensarlo, pero en lugar de eso, lo que me sale con un tono de voz un poquito alterado es:

—Hay muchas cosas pasando por mi cabeza ahora mismo, Gabriel. Como, por ejemplo, que ya no podré continuar con mi vida como antes, que es muy probable que tu apartamento deje de ser un lugar seguro, que ahora no podré salir a ningún lugar sin alguien que me esté vigilando siempre.

Y esto que no menciono que me acaba de preocupar Luisa.

—Ya, pero no es mi culpa, amor. No puedo devolver el tiempo para detener lo que pasó, porque ni siquiera yo estoy seguro de qué fue. Puedo explicártelo mil veces, pero no puedo entenderlo por ti.

—¿Disculpa?! ¿Crees que soy tonta que no puedo entender las cosas por mí misma?

—No es lo que quise decir, Lu.

Creo que mejor voy a salir un rato a tomar aire. Estoy nerviosa, aturdida, exhausta. Iré a la casa de Luisa y volveré cuando me sienta mejor. Tomo la chaqueta. Escucho que me llama, pero yo ya cerré la puerta. Me escuecen los ojos y tengo ese nudo incómodo atorado en la garganta.

Cuando el elevador se abre, respiro profundo, intento pensar en otra cosa cuando me veo los ojos llorosos en el reflejo del ascensor y miro mi celular, pero esa no es buena idea, la cantidad de notificaciones donde me etiquetan en publicaciones sin sentido me ponen histérica y cierro sesión en todas mis redes sociales.

Cuando salgo del edificio lo hago con cautela, procurando que no haya nadie y después emprendo mi camino hacia el lugar donde le dije a Emilio que me esperara, tal vez debí avisarle antes para que pasara a recogerme en frente, pero ahora mismo solo necesito caminar… sola, aunque sean unos cuantos pasos. Tomo mi celular para marcarle, pero entonces veo que Elías me ha dejado un texto en Whatsapp y eso me recuerda que tengo que actualizar mi número.

De: Elías.

«No fue Gabriel, yo ya sé quién lo hizo. No le digas nada todavía que necesito que venga por mí, porque estoy castigado en la escuela. Si se lo dices se va directo a matar a Roberto».

¿Roberto?

Le ha agregado un link a su mensaje. A medida que avanzo, el audio se va reproduciendo y me quedo estática escuchando todo. Es más, vuelvo a repetirlo y se me acelera el corazón, pero de rabia. No estoy poniendo atención a lo que está pasando alrededor de mí, ni siquiera a la *Van* que se parquea a mi lado. Estoy a punto de ir directo a buscar a Roberto para matarlo yo misma. Me doy media vuelta y en ese momento dos personas vestidas de negro y pasamontañas se bajan del vehículo, me interceptan, me toman de los brazos y me tiran dentro del auto.

Mi primera reacción es soltar un bufido, ni siquiera hago resistencia cuando uno de los tipos me ata las manos y me pone un pañuelo en la boca, pero se me cae, es en ese momento que pongo atención a ambos y ninguno de los dos parece tener la contextura de Pepe o de alguno de los hombres que trabajan para mis papás.

—Pensé que esto iba a ser más difícil —Escucho a uno de ellos, la voz no la reconozco, por mucho que intento darle una cara a esa voz, no hay nada dentro mi cabeza. También le doy un vistazo a la *Van* y, por supuesto, no se parece en nada a lo que acostumbran mis padres. —Hasta había traído cloroformo, pero qué bueno que nos coopera.

—Si mis padres los mandaron a hacer esto, díganles que no es divertido. —Digo, Max y François son capaces de hacer algo como esto solo para demostrarme que pueden raptarme fácilmente y caiga en cuenta que sí necesito un equipo de seguridad, pero ahora mismo no tengo ánimos para aprender lecciones. —¿En serio mandaron a comprar esta chatarra específicamente para esto?

Entonces el otro tipo me pone el pañuelo otra vez ajustándolo mejor, además se sienta a la par mía y el olor del perfume tampoco lo reconozco, ni mis papás, ni alguien cercano a ellos usaría algo así. Además, que Max y François nunca enviarían a alguien que yo no conozca, eso es seguro.

Okey, algo aquí no está bien.

—¡¿Papás?! —O al menos eso es lo que intento decir, maldito trapo en la boca. —Oigan, esto no es divertido.

—No le entiendo nada. —Habla entonces la persona a la par mía. No logro reconocer la voz por más que lo intento. Además, me revisa el bolsillo de la chaqueta y saca mi celular. —Supongo que tienes acceso a las cuentas de banco de tus papás ¿no?

—Que... —Estoy viendo para todas partes, intentando reconocer algo aquí o a alguien, pero además de las dos personas que tengo en frente y la que va conduciendo, no hay nada. El sujeto me quita el pañuelo. —¿Quiénes son ustedes?

—¿La cuenta de banco de tus papás? Hagamos esto fácil, solo dinos como entramos. —Ni siquiera yo sé cómo entrar a la cuenta de mis papás. Ahora parece hablarle al otro hombre que lo acompaña. —Revisa si no trae tarjetas de crédito.

—No traigo nada conmigo.

Entonces el otro tipo se levanta, bruscamente me toma del brazo, alcanza mi pulgar retorciéndome la muñeca y desbloquea mi teléfono. No sé qué es lo que hace, pero después lo apaga y lo tira por la ventana.

—¡No! ¿¡Qué diablos!? Qué... —Okey, estas personas por supuesto que no tienen nada que ver con mis papás. Lo primero que se me ocurre es darle un punta pie en las bolas al que está más cerca de mí y después intento ponerme de pie para darle una patada a una de las ventanas y poder salir del vehículo, pero eso solo es posible en la películas al parecer. El otro tipo me toma del brazo y de manera violenta hace que tome asiento de regreso.

—¿Vas a calmarte o hacemos que te calmes?

Entonces ahí es cuando me entero quién está detrás de esos pasamontañas, al menos uno de ellos dos. Reconocería esa voz a kilómetros, aunque esté hablando por lo bajo y lo que dice es:

—¿Qué pasará si alguien encuentra ese teléfono?

No puede ser maldita sea. Intento una vez más zafarme, patear, hacer lo que tenga a mi alcance.

—No pasará nada. —Contesta el otro. Me está sosteniendo más fuerte y comienza a lastimarme. —Específicamente por eso me deshice de él, no van a poder rastrearla, pásame ese pañuelo.

Intento soltarme de nuevo, sin éxito, el tipo me sigue sosteniendo firme y cuando la otra persona le pasa un pañuelo y me lo pone directo en la nariz, intento no respirar, pero comienzo a marearme, lo último que veo es, a través del espejo retrovisor, los ojos de la persona que va conduciendo.

—Nos vemos después, Lunita.

Capítulo 74

Gabriel

No sé cuántas veces he dicho esto hoy, pero quisiera poder devolver el tiempo.

Deseara poder regresar específicamente a ese momento en el que voy a casa de mi madre, no para impedir dejar mi celular sobre la mesa, sino para llegar en el momento justo en el que mi propio hermano toma mi celular en sus manos. Hubiera podido impedir toda esta catástrofe y también todo lo que pasó hoy, no tuviera la mano adolorida y Luna estuviera aquí conmigo.

—No fue tu culpa. —Escucho a Juan hablar. Vino justo después de que le compartí el audio y al verme la mano lo primero que me preguntó fue «¿qué pasó?» —Tú estabas en la casa de tu mamá, la casa en la que creciste, prácticamente tu casa. Cómo puedes imaginarte que tu propio hermano va a utilizar tus redes sociales ¡y tu propio teléfono! para meterte en tremendo caos solo... ¿por qué? ¿celos? ¿envidia? Crecieron en el mismo lugar con las mismas oportunidades, tú trabajaste duro para llegar a dónde estás, él no y eso solo es culpa suya. Además, él mismo puso su grano de arena, te quitó a Cristal del camino y conociste a Luna ¿Y todavía se atreve a guardarte rencor?

Claro que estoy escuchando a Juan, aunque no lo parezca y mi vista está puesta en mi celular, esperando un mensaje de Luisa, o de Max, o de François, o de Pepe. Este último iba a salir a buscarla con el equipo de François, mientras que a mí me dijeron que por mi seguridad mejor me quedara en casa.

Entonces aquí estoy maldiciendo a Roberto y en lo que acaba de convertir mi vida.

—¿Quién pudiera ser tan tonto, pero al mismo tiempo tan listo como para cerrar sesión y que yo no me diera cuenta de nada a tiempo? Debí imaginármelo, por supuesto que fue mi culpa, Juan. También haber dejado que Luna se fuera en un momento como este...

—A ver, eso tampoco, Gabriel. Luna debe andar por ahí... va a regresar sana y salva. No creo que Max y François no le tengan rastreado hasta cada pelo de la cabeza desde toda la vida ¿tú crees que iban a dejarla andar por ahí contigo solo porque sí? Deben de tener un registro de todos los lugares a donde iban, qué platicaban... qué hacían... aquí... solos... todo el día.

Ahora sí lo miro.

—¿Venías a ayudarme o a preocuparme?

Levanta al gato que ahora mismo se le está pasando por los pies y se sienta frente a mí prensando los labios para no reírse.

—Está bien, cambiemos de tema ¿Valieron la pena los golpes que le diste a Roberto?

—Tampoco quiero seguir hablando sobre Roberto.

—Bueno, yo tampoco, pero sí me da curiosidad saber qué va a hacer Cristal ahora que se dé cuenta que su esposo va a la cárcel por estupro y suplantación de identidad si tú quieres agregarle un delito más a todo lo que hizo ¿Será capaz de ir a la corte por él a defenderlo?

—Cuando la viste en mi oficina esta mañana lo que estaba haciendo era pedirme que, si Roberto se acercaba a mí a pedirme ayuda, no se la diera. Creo que lo del estupro eso sí ya lo sabía, lo que hizo Roberto después no lo sé.

—Bueno, no creo que volvamos a ver a Roberto en un buen tiempo de todas formas y ojalá a tu padre no se le ocurra mover contactos...

—Mi padre espera dejarlo en la cárcel por el resto de su vida.

En ese momento mi teléfono celular comienza a sonar, veo la pantalla y se me acelera el corazón cuando veo el número de François, me dijo que me llamaría en cuánto tuviera noticias y justo al descolgar lo que escucho es:

—¿Estás en tu apartamento?

—Así es... ¿por...

No me deja terminar la pregunta, cuando ya la está contestando por sí mismo, me toma un momento caer en cuenta que es lo que me está diciendo y cuando reacciono me pongo de pie de inmediato.

—Necesito que vengas. —Continúa. —Estamos a un poco más de dos cuadras de tu edificio. Intentamos rastrear a Luna y llegamos aquí, encontramos un teléfono que se supone es el de ella, o al menos eso es lo que nos indica la aplicación, necesito que confirmes si es.

Ni siquiera ha terminado de hablar cuando yo ya estoy saliendo de mi apartamento y Juan lo hace detrás de mí, me está preguntando qué pasa, pero no le contesto, es hasta que estamos en el elevador que le digo que encontraron un teléfono que parece ser el de Luna.

No sé desde cuándo soy tan rápido caminando, o casi corriendo. No me toma mucho tiempo darme cuenta donde están porque hay un par de carros estacionados cerrando el paso de esa calle y también diviso el Cadillac de François. Hay unas personas viendo algo con focos, también gente de Max y François merodeando en la cuadra. Al acercarme, el señor Belrose me muestra el teléfono y al menos que sea alguien que perdió uno idéntico al de ella, podría asegurar al cien por ciento que este es el de Lu.

—¿Dónde estaba?

—Tirado en la acera. —François se pasa la mano por el pelo y suelta un suspiro. Max está dentro de una de las *van* exasperado, hablando por teléfono. Pepe se acerca y me pregunta si puedo asegurar que ese sí es el teléfono de Lu. No quiero contestar. El teléfono está quebrado, como si alguien lo tiró con fuerza o le pasaron encima. —La pantalla no sirve, no podemos ver más allá porque no enciende.

Me tiembla la mano cuando lo tomo. Ni siquiera le pongo atención a que se me quiebra la voz, cuando digo:

—Sí parece que es el de Luna.

François dice que no hay otra ubicación, la que le está mostrando su dispositivo es el lugar en el que estamos ahora mismo, además menciona que se intentó buscar huellas en el móvil, pero que solo estaban las de Luna, que además la ubicación normal había sido desactivada desde antes.

—Esperemos que no haya personas detrás de esto...

Y el estómago me da un vuelco solo de pensar a lo que se refiere.

—¿Creen que...

Tampoco puedo terminar la pregunta.

—Esperemos que no. —François se aleja, le habla a uno de los hombres presentes y le dice que consiga una autorización para revisar todas las cámaras que puedan de las calles alrededor urgente. —Gabriel, vamos a necesitar ayuda de tu padre, una autorización y un equipo que se encargue de las cámaras de una calle, mientras el mío se encarga de la otra. Tal vez encontremos algo mucho más rápido.

—Por supuesto.

Se lleva el teléfono a la oreja. En ese momento yo le estoy dejando un texto a Elías y le pregunto si hay forma de revisar un teléfono que no da la pantalla solo para asegurarme si es el

de Lu y su respuesta afirmativa la tengo casi al instante. Cuando el padre de Lu me avisa que no contesta, entonces le digo que yo iré a buscarlo.

—De todas formas, todavía tengo una plática pendiente con Roberto, así que iré a la comisaría. —El asiente en respuesta. Me vuelvo a Juan para pedirle que vaya por el enano a casa de mi mamá y él me dice que sí. Cuando me giro para ir a mi apartamento por las llaves de mi auto, Emilio me detiene y me dice que es mejor que él me lleve. Acepto porque es la opción más rápida y siento que entre más tiempo pase, las cosas pueden ponerse peor. —Muchas gracias, Emilio.

—Es lo menos que puedo hacer. —Lo escucho cuando estoy acomodándome y poniéndome el cinturón. Cuando pone en marcha el vehículo, continúa: —En parte esto es mi culpa. Yo debí estar aquí cuando Luna bajó, siempre me ubico en cierto punto donde pueda verla sin que me note, pero esta vez me distraje, no sé cómo me quedé dormido. Cuando desperté sentí alivio porque no tenía ningún mensaje de ella aún, pensé que todavía estaba contigo, hasta que François me pidió que fuera a traerla y después me avisó que no aparecía.

Incluso se le quiebra la voz un par de veces mientras habla, toma una calada de aire que después expulsa disimuladamente. Entonces le respondo:

—Si alguien debería culparse ese soy yo, si no hubiera dejado mi celular en la mesa de la casa de mi madre, ninguno de nosotros estuviera pasando por todo esto.

—Bueno, en su defensa, señor Mariani, nadie hubiera imaginado que su propio hermano sería capaz de hacer algo así.

Tiene razón, pero desafortunadamente a mí me tocó ese tipo hermano que no deseas como familia.

En la estación de policía ya hay reporteros. Emilio aparca en la parte trasera y entro por la puerta de emergencias, un policía me lleva hasta una sala de interrogación donde está mi padre junto a Roberto. Al llegar, lo primero que enfocan mis ojos es una cabellera pelirroja y ella al notar mi presencia se gira a mí. No le presto atención, me detengo frente al ventanal, donde se escucha qué es lo que ellos dos, mi padre y mi hermano, están hablando:

—¡Que no era mi intención, papá! Lo hice sin pensar, nunca me imaginé que eso iba a llegar al punto de que tengas que enfrentar reporteros... ¡yo qué sabía que la hermana de ella trabajaba aquí!

—¿Eres tonto o qué? Ahora los reporteros no son porque una hija de los Belrose trabaje aquí, sino porque mi hijo está acusado por... —mira unos papeles— ahora seis menores de edad. Aparte de que por tu culpa llamé la atención de los reporteros, ahora también se está hablando de mí por la estupidez que tú cometiste. No sabes la vergüenza que tengo encima y me sigo preguntando si la educación que te di no fue suficiente. Aparte del caos que provocaste, ensuciaste mi reputación...

—Si me ayudas a limpiar mi reputación, también limpias la tuya...

—Pues me quedaré con la reputación manchada de por vida. No sé quién querrá ayudarte después de lo que acabas de hacer, pero yo no; ni siquiera tu amigo William tiene ganas de rescatarte. No te mereces ni a los abogados del estado, pero ni modo, es tu derecho. Yo ya veré como limpio mi reputación de tener un hijo pederasta.

—Ya te lo dije mil veces, ellas me buscaban a mí ¡yo no las forcé a nada!

Abro la puerta y entro. Cristal lo hace detrás de mí. Al vernos sus ojos van de ella a mí, casi con furia. Mi padre arruga el entrecejo, se pone de pie y al acercarse le pido casi en un susurro si puede conseguirme una orden para revisar las cámaras de todas las calles cerca de

donde vivo.

—Caramba. —Escucho a Roberto con un tono cínico, casi enojado tal vez. —Un par de horas en la cárcel y ya se reconciliaron ¿Van a volver ahora y ser felices por siempre? Como en los cuentos. Se te cumplió tu sueño Cristal.

Cristal es la que se le acerca, el comisionado lo ignora y me pregunta:

—¿Todo bien?

—Luna no aparece.

—¿Cómo que no aparece?

—No sabemos nada de ella desde la tarde y es por eso que necesito la autorización, el equipo de Max y François va a revisar una parte de las cámaras y tal vez tú puedas conseguir a alguien de también les dé un vistazo solo para saber qué fue lo que en realidad pasó. El teléfono estaba tirado en el andén, como si alguien lo arrojó con fuerza y conozco lo suficiente a Luna como para saber que ella no haría una cosa así.

Eso es suficiente para que mi padre salga rápido de la sala, pero no sin antes decirme que cuente con ello. El oficial que lo acompañaba se va con él y ahora solo quedamos Roberto, Cristal y yo. Él parece atento a lo que Cristal le dice, pero al mismo tiempo la mueca en su rostro es de rabia, una que cambia de inmediato en el momento que me acerco a él y le digo:

—Me vas a decir a quién mandaste a hacerle algo a Luna ¿o te lo saco a golpes?

—¿Qué hice qué? ¡¿Estás loco?! ¿De qué me crees que soy capaz?

—Bueno, publicaste unas fotos con la plena intención de perjudicarme a mí y a toda una familia entera, ahora te creo capaz de cualquier cosa, Roberto, hasta de pagarle a alguien que lo haga para que tú no tengas que ensuciarte las manos.

—¡Yo no tengo ni un centavo! ¿Cómo voy a pagarle a alguien? —Al menos eso lo admite. —Y yo no pensé en perjudicarlos a ellos. Solo imaginé que se molestarían contigo nada más. Jamás se me ocurrió que la prensa se tomaría de esas fotos y...

Mi risa ni siquiera lo deja terminar:

—Es que piensas como un niño de cinco años. Escúchame, más te vale que Luna aparezca sana y salva, porque fuiste tú quién provocó todo esto y si algo le pasa, te juro que haré todo lo posible para que no salgas de aquí jamás en tu vida...

—Cristal... —Se vuelve a la mencionada quién se había quedado a un lado, de brazos cruzados y cuando él la llama su respuesta es:

—¿Qué? Yo también puedo hacer que no salgas de aquí jamás en tu vida, Roberto. Embarazaste a una niña de dieciséis años.

—¡Ella me dijo que era mayor! ¡Ya te lo dije!

—¡Claro! Deja me lo creo. —Dice ella con sorna. —Bueno, te deseo suerte. La próxima vez que te mire creo que será en la corte.

—Espera... Cristal, no puedes darme la espalda. Prometimos apoyarnos en las buenas y en las malas. Tú vas a ser mi abogada ¿Verdad? Porque esta es una injusticia.

—Por supuesto que no. Yo voy a ser la abogada de la niña a la que embarazaste y más te vale que tu abogado sea uno bueno, porque yo voy a hacer que te pudras en la cárcel.

Suficiente para que Roberto se quede callado, la observe irse en silencio y trague saliva solo para después decirme a mí:

—Tú no vas a ayudarme tampoco ¿verdad?

—De mi parte que te me mueras en la cárcel.

Mi padre entra, esta vez trae un papel en manos que me dice que les enviará a Max y

François Belrose. Emilio está afuera, así que le digo que podría enviárselos con él. Es en ese momento que su celular suena y al contestar, a la persona con la que habla le dice que necesita revisar unas cámaras urgente, pero no puede hacerlo cualquiera. Estoy escuchándolo, cuando la voz de Roberto me interrumpe una vez más:

—Si Luna se muere ¿Vas a volver con Cristal?

Esta es la segunda vez que me le lanzo a Roberto en el día, la tercera en toda mi vida y caigo en cuenta de que le he soportado bastante para solo haber reaccionado así tres veces en treinta años. Su reacción es protegerse y después solo escucho la voz de mi padre diciendo que me calme.

—Solo lo dije en broma... —dice él, no tiene una risa cínica, esta vez sí parece asustado. —Lo dije en broma ¿Ok?

—¡¿Una broma?! ¡Con eso no se juega, Roberto! —Mi padre ahora le está gritando, además que todavía sostiene el celular y con una mano toma a Roberto y lo vuelve a sentar de manera brusca. —¿Qué mierda tienes en la cabeza?

Entonces salgo de ahí, desde el pasillo escucho a mi padre gritarle a Roberto, pero no le estoy poniendo atención. Vuelvo a entrar a mi perfil, aunque ya le había dicho a Elías que me diera de baja, lo hago solo para ver que lo último que publicó Luna fue el video en su apartamento, el que me tomó desde una ventana y se acabó cuando yo le quité el celular para darle un beso. Se me llenan los ojos de lágrimas, tomo una calada de aire para controlarme y me guardo el teléfono de regreso en el bolsillo.

—Okey, me costó sacarlo de la casa de tu mamá... —Escucho a Juan entrando al pasillo, detrás de él está Elías. —Tu madre no quería dejarlo salir porque está castigado, no quería contarle lo que pasó, pero tuve que... ahora está preocupada, lo siento.

—Dame el teléfono. —Habla mi hermano menor, lleva su laptop en manos y agrega: —Esto te va a costar una suscripción a mi página porno.

Esto lo dice justo cuando mi padre está saliendo de la sala, se detiene y le dice:

—No voy a hacer preguntas, suficientes problemas tenemos aquí.

El comisionado me pide que lo siga y lo hago dejando a Elías junto a Juan en una banqueta cerca de la sala de interrogatorios mientras el enano intenta entrar al teléfono de Lu. Voy a admitir que todavía guardo la esperanza de que me digan que ese no es el celular de ella, pero después de que el enano me dijera en un texto que sí tiene las fotografías de Luna, no me queda de otra más que esperar que lo que haya pasado no sea lo que pienso.

—El único a quién le puedo confiar un trabajo así es a Fede. —Habla mi padre, cuando veo al mencionado afuera de una puerta sosteniendo una laptop. —No queremos que la prensa amarillista se llene las bolsas ahora con la desaparición de Luna. Fede es también casi familia ¿no? —Fede mira de él a mí, pero no dice nada, solo extiende su brazo para saludarme.

—¿Cómo está Luisa?

—Espero que bien, se quedó con mi madre.

Entramos a la otra sala donde hay varias computadoras y Fede se sienta frente a la principal, tomo el lugar al lado suyo y no sé cuántas horas pasamos así, viendo una imagen, tras otra, buscando en el sitio donde se encontró el celular una y otra vez, no tengo una hora específica y una estimación no nos lleva a nada. Hasta que Fede revisa una vez más el lugar donde encontramos el teléfono y ahí se logra ver como lanzan algo desde un vehículo. Se detiene y lo regresa otra vez, la misma imagen se repite y en ese momento entran Juan junto a Elías quién asegura que la última persona con la que habló Luna fue su ex jefa. Ellos también se

quedan viendo la grabación y entonces Fede comienza a buscar otras grabaciones de momentos antes para encontrar de donde proviene la camioneta.

Vale, que no sea lo que pienso.

Fede repite las otras grabaciones, intenta adivinar el recorrido de la camioneta y es en ese momento que una llamada de Max interrumpe mi celular, cuando descuelgo, lo primero que escucho es que le pase a Fede y cuando lo hago, él le dice algo que no alcanzo a escuchar, solo veo a Fede teclear, buscar en otra calle, poner números y después ahí está, la misma camioneta ahora estacionada y sí, es la figura de Lu.

Siento como el corazón me golpea hasta la garganta.

Fede retrocede el video y se ve como el vehículo la sigue, pero es hasta que ella da media vuelta con la opción de regresar que dos personas la interceptan, la toman del brazo y la dejan dentro de la camioneta. Son personas que por la contextura parecen hombres. Están vestidos de negro, llevan pasamontañas y guantes. La camioneta se queda un rato ahí y después arranca a toda velocidad.

Me llevo las manos a la cabeza y después cierro los ojos con fuerza esperando que esto solo sea una alucinación mía, pero cuando abro los ojos ahí está reproduciéndose otra vez, Fede detiene el video para ver la minivan más de cerca solo para enterarnos que ni siquiera tiene una maldita placa. No tiene placa, madre mía.

—No te preocupes. —Me habla Fede, rompiendo el silencio que había tomado el control de la sala después del bendito video y agrega: —Aunque tenga que pasar la noche aquí, pero voy a seguir el recorrido de ese vehículo en todas las cámaras que me sea posible.

Yo no puedo hablar. Lo único que puedo hacer es ponerme de pie, salir de ahí, intentar respirar afuera y no pensar en nada. Mierda. Si tan solo yo no hubiera dejado que se fuera... A lo lejos veo la figura de Max y François, detrás de ellos su equipo de guardaespaldas y el de ciberseguridad. Al verme caminan hacia mí y al llegar François me pregunta si vimos el video.

Le digo que sí.

Entran a la sala y lo que escucho desde afuera es:

—¡Es una camioneta sin placas! ¿Cómo vamos a enterarnos quién es el dueño de esa camioneta sin placas? ¿Quiénes son estos tipos?

—Voy a buscar el recorrido que hizo esa camioneta, podemos ver hacia qué dirección fue.

—¿Cuánto tiempo puede tomar eso?

—No lo sé, pueden ser minutos, pueden ser horas...

Y sí que toma horas, muchas... no sé cuántas, solo para enterarnos que el vehículo salió de la ciudad y que después de ahí no hay forma de rastrearlo. Lo siguiente es un caos, porque nadie sabe qué hacer a continuación. Nunca en mi vida había experimentado esa sensación tan horrible que ahora tengo en la boca del estómago. Una mezcla de preocupación, tristeza e ira, con Roberto principalmente y conmigo mismo también.

—Solo nos queda esperar qué va a pasar ahora. —Habla François, aunque aparenta estar más sereno sé que está a punto de rozar la histeria, como Max. Yo estoy peor. Mi padre movilizó unas patrullas en la misma dirección por donde se fue la *minivan* desde temprano, Fede se había ido a ver a Luisa y yo me había quedado con Max y François, Juan y Elías decidieron acompañarme. Cuando suena el celular de uno de los papás de Lu todos damos un brinco, cuando mira la pantalla aclara que es Luisa, François arruga el entrecejo al escucharla y después de un «sí» y pedir una dirección, cuelga y le habla a Max:

—Era Fede, Luisa está en el hospital. —Entonces se ponen de pie para irse. François le habla a quién parece es la tía Elena y después a Pepe, pero entonces, en ese momento que Emilio les avisa que los está esperando para irse, el celular de Max es el que suena ahora, esta vez es un número desconocido y una vez que contesta el gesto le cambia por completo.

—¿Quién eres? —Le dice. Entonces François se acerca, Max lo pone en altavoz y nos quedamos escuchando todos:

—No importa quién soy. Diez millones, ya le dije. No, que sean veinte. Y le entregamos a su hija, si usted no cumple también se la entregamos, pero sin vida. Usted decide, señor Max.

—Me van a decir ya mismo quiénes son ustedes...

—No no, el dinero o nada. Y no meta a la policía en esto, se lo advierto.

Entonces se escucha de fondo la voz de Lu, es ella por supuesto, además que está gritando el nombre de su papá. El hombre al otro lado de la línea le pregunta a Max si puede escucharla y cuando la acerca al celular parece que llora, pero entonces, lo que dice es:

—Papá, no les des ni un centavo... son Ana, Andrés y...

Después de eso se escucha un ruido bastante fuerte, un grito que parece de Luna y la llamada se cuelga.

Nos quedamos petrificados todos.

Entonces de inmediato Max marca otro número y dice:

—Emilio, localiza a tu hija ahora mismo.

Capítulo 75

Luna

De todas las cosas interesantes que pudieron pasarme en la vida, me toca ser secuestrada por ineptos.

Esto va a llegar a oídos de la prensa y todos los medios comenzarán sus teorías conspirativas, se llenarán los bolsillos a costa de noticias falsas, dirán cualquier cosa con tal de generar vistas y yo solo estoy aquí encerrada con un par de estúpidos, pero es que además a nadie —y ni siquiera a mí, lo admito— a nadie se le ocurriría pensar que estos son capaces de armar un secuestro.

Es que, siendo honesta, tan listos no son y ahora hasta yo me siento tonta por no darme cuenta antes, porque de seguro no hubieran seguido con su bendito plan si yo no se las hubiera puesto tan fácil. Maldita sea.

Mierda, me duele la cabeza.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, solo sé que estoy comenzando a despertarme y esto se siente igual a una horrible resaca y sé lo digo porque yo ya he pasado por muchas, pero esta vez no puedo solo quedarme en cama y dormir, porque estoy encerrada en un lugar medio oscuro con un olor fuerte a alcohol barato. Tengo ganas de vomitar, estoy aturdida y exhausta. A punto de quedarme dormida otra vez mi sentido de alerta me hace despertarme abruptamente cuando una serie de imágenes de lo que ha pasado en las últimas horas de mi vida se reproducen dentro de mi cabeza.

Otra vez: mierda.

Miro alrededor. No tengo idea de qué es este lugar. Parece abandonado y tétrico. Las paredes de concreto rayadas con crayón y la única ventana en lo alto es lo único que ilumina un poco. Cuando intento moverme me doy cuenta que tengo las brazos atados a mi espalda y las piernas al pie de la silla. Genial. Me enfoco en las voces frente a mí, hace rato las escuchaba a lo lejos, pero ahora todo es más claro, parecen estar discutiendo, pero entonces ambos se detienen y me miran.

—¿Lo ves? Te dije que no estaba muerta. —Maldito el día que me hice amiga de Ana. Claro, tenía apenas cinco años, pero debí haberlo sabido. —Ahora deja de discutir, por Dios. Hasta parece que en realidad sí te preocupas por ella.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Si se muere terminamos en la cárcel por homicidio. Te dije que esto no era una buena idea.

—Igual terminarán en la cárcel ¿En serio creen que mis padres no van a darse cuenta? —Entonces le hablo específicamente a Ana: —Tú los conoces más que bien y sabes que van a dar con nosotros cueste lo que les cueste ¿Quién era la otra persona que estaba con ustedes?

—¿Por qué no me lo dijiste, Luna? —Ahora es Andrés. Se ha acercado más a mí y en realidad parece... no sé ¿herido? ¿de verdad está poniendo un gesto herido? —Pensé que confiabas en mí, creí que me querías y mira todo lo que me ocultaste...

—¡Ay, por Dios! —Ana esta vez. —¿Ahora vas a ponerte romántico? ¿Solo porque te enteraste de que es la hija de Max y François Belrose? ¿Te repito que solo estuvo contigo para molestarlos precisamente a ellos? Ni siquiera les llamaste la atención como novio de Luna ¿Qué te hace pensar que Max va a fijarse en tu música?

—No te pregunté a ti, Ana. Estoy hablando con Luna.

—Lo que faltaba. —Ella continúa. —Que también quieras lamerle las botas, como todos.

—¿Cómo eres capaz de hacerle algo así a tu papá? —Ignorando la estúpida discusión que tienen entre ellos, le hablo a Ana: —Te recuerdo que tienen un contrato, tu familia y tú. Vas a afectar a tus padres solo ¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Crees que mis papás van a darte dinero solo por un capricho? Vas a ir a la cárcel.

—El contrato dice que yo no puedo divulgar nada sobre ustedes y no lo hice. Te recuerdo que tu novio fue quién soltó todo esto, yo solo lo estoy aprovechando, pero no he hablado con la prensa, no he comentado nada a los medios, no le he dicho nada a nadie, solo quiero el dinero y no volverán a saber de mí, ya está. Por cierto ¿Qué tu novio no tenía un contrato también? Porque hasta ahora, que yo sepa, no está en la cárcel.

—Mi novio no fue y sí, lo más seguro es que el responsable ya esté en la cárcel. Así como van a estar ustedes dos, pronto.

—De aquí a que ellos se enteren yo ya voy a estar al otro lado del mundo, viviendo la vida que me merezco. Solo tienes que cooperar, decirles que den el dinero y ya, te vas a tu casa y fingimos que esto nunca pasó.

Y yo tengo que reírme, tal vez a Ana no le haga gracia por la forma en que me mira, pero quita sus ojos de mí cuando escucha:

—¿Por qué estás tan segura que tu papá no se dio cuenta? Porque si lo hizo, lo más seguro es que ya todos estén corriendo hacia nosotros y sí, terminaremos en la cárcel.

—Que no, Andrés. —Le corta Ana, ya parece exasperada. Ah, mira, hasta hace unos meses parecían una pareja perfecta de Pinterest con fotitos de pijamas a juego. —El batido fue suficiente para que se quedara dormido en minutos, lo más seguro es que despertó al menos una hora después. Ahora que me lo recuerdas, tal vez debería llamarlo para saber si está bien.

—¿Qué hiciste qué? —Le pregunto. Ella en este momento está viendo a Andrés y se vuelve a mí cuando le repito: —¿Hiciste qué cosa?

—¿Cuál de todas quieres que te cuente? ¿Lo de poner a mi padre a dormir un ratito? Eso no es ningún delito. Él me dijo dónde te había llevado y yo lo estuve esperando después de que llevó a tu novio a su apartamento, le dije que andaba cerca y le había comprado una bebida de frutas. Se la llevé y después de lejos me aseguré de que se quedara dormido, ni siquiera sabía a qué hora se te iba a ocurrir bajar así que le puse suficiente, pero apareciste rápido. Gracias por no complicar las cosas.

Todavía no doy crédito a lo que estoy escuchando de su propia boca. Qué tan horrible ser humano tienes que ser para hacerle algo así a tu propio padre.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste? Drogaste a tu propio padre y sí, sí es un delito, también esto que están haciendo ¿En serio crees que te vas a salir con la tuya así de fácil?

Entonces se acerca a mí y se acuclilla en frente. Qué suerte para ella que tenga las manos amarradas en la espalda, porque ganas de romperle la nariz de nuevo no me faltan.

—Qué tan fácil resulte va a depender de ti y si no estás dispuesta a cooperar, pues seguirás aquí con nosotros, tendríamos que enviarte por partes para que vean que hablamos en serio y supongo que no querrás eso ¿verdad? Así que coopera.

Y yo me rio otra vez.

—¿En serio crees que te tengo miedo? Fuiste corriendo hacia tus padres para que hablaran con los míos después de que te golpeé un poquito.

—¿Fue Luna quién te golpeó? Me dijiste que te habían asaltado.

—No te metas, Andrés.

—¿Quién es la otra persona que estaba con ustedes?

—Qué importa. —Ana se encoge de hombros y se pone de pie, además saca una navaja de su bolsillo y dice: —¿Entonces vas a cooperar?

—¿Quién es la otra persona que estaba con ustedes? Porque hasta ahora tú solo me das pena y risa.

Pero no tiene nada que contestar, porque la persona por la que estoy preguntando aparece detrás. Azota la puerta haciéndonos a todos dar un brinco y después de verme, esboza una sonrisa y dice:

—¡Luna! ¡Qué sorpresa! Mírate, estás despierta ¿Ya vieron? No se murió la pequeña minita de oro. Tengo buenas noticias para ti, estás a punto de convertirte en la persona que va a cambiarnos la vida, eso es lo que hacen los ricos, ¿no?

—¿Esto es en serio?

De todas las personas en el planeta tierra que me hubiese imaginado que se prestarían para hacer algo así, jamás... nunca... de ningún modo, se me hubiera ocurrido la persona que tengo en frente. Ni siquiera me acordaba de él, hasta hoy y no entiendo como a una persona con una carrera importante como la que él dice tener, se le ocurriría arruinarse la vida.

—Mira nada más. —Continúa. —Bastante escondido te lo tenías. Todo el tiempo que nos hiciste creer que eras una pobre muerta de hambre. Y tú... —señala a Ana, pero después se acerca a ella y la toma de la cintura: —Tampoco se me olvida que me ocultaste esto, pero te perdono, te luciste fingiendo acercarte más a tu papá solo para que te dijera todos sus movimientos. Tengo que darte crédito, no se me hubiera hecho tan fácil armar esto sin ti.

Le da un beso en los labios y yo miro de ellos a Andrés:

—¿Qué son ustedes? ¿Un trío? ¿Una relación abierta? ¿Se dan entre los tres? ¿O es por turnos? ¿Cómo funciona su relación?

—¡Ah, por Dios! Cállala. —Le ordena a Andrés. Él saca un pañuelo y viene directo a ponérmelo en la boca. —Tú solo tienes que hablar cuando llamemos a tu papi y le digas que por favor coopere con nosotros porque quieres regresar con vida.

—¿Sabes? Te creí muchas cosas, pero jamás tan tonto como para hacer algo como esto. Eres el gerente de un banco ¿Qué necesidad tienes de arruinarte la vida por dinero? Además, mis papás van a encontrarte, ya sea que te vayas hasta el fin del mundo, con suerte te mueras antes, pero si no...

—Habla demasiado. Cállala. —Entonces Andrés lo hace. Me pone el pañuelo en la boca, aunque no llega a amarrarlo, porque un celular suena, parece que es el de Ana. —Ya no soy gerente de ningún banco, quiero viajar en crucero por el caribe y tú eres la que va a hacer mi sueño realidad. Después de todo, tus papis tienen de sobra.

—¿Lisseth está detrás de esto también?

—¿Lisseth? No sé nada de Lisseth desde que tu amiguito se metió en mi relación mostrándole las grabaciones de la cámara de su oficina, pero me hizo un favor. Lisseth no es joven, ni guapa, como Ana. —Entonces se vuelve a ella cuando la ve manipulando su celular. —Apaga ese maldito teléfono.

—¿Entonces pedimos el millón? —Lo interrumpe Andrés a lo que yo suelto una carcajada.

—¿Un millón? ¿Mi vida te parece que vale un millón?

No es Andrés que responde, es Ana:

—Sus padres facturan un millón en solo una entrevista.

Y ahora Mauricio:

—Que sean diez.

—¿Diez? —Me vuelvo a reír otra vez. Creo que mejor voy a callarme. —Que sean diez entonces.

Ahora Andrés sí me pone el pañuelo en la boca.

—Podemos comenzar con diez. —Agrega el novio o lo que sea que es de Ana ahora. —Cuando acordemos la entrega les pedimos más. Eso no es nada para ellos, así que no creo que se hagan los difíciles. Dame el número del que tengas ahí.

—Conseguí el número nuevo de Max del teléfono de mi papá.

Entonces los observo marcar el número que supuestamente es de Max. Cuando dice que está sonando lo pone en altavoz. Mi papá no tarda mucho en contestar. Es casi de inmediato que se escucha la voz inconfundible suya y cuando Mauricio comienza a hablarle, yo hago todo lo posible para que me escuche, tengo un pañuelo en la boca, así que no es como que pueda gritarle algo entendible. Escucho que le está pidiendo diez millones, después cambia de opinión y le dice que veinte. Tapa el auricular y me dice:

—Si quieres volver a tu casa pronto, solo coopera. Dile exactamente lo que te voy a decir ¿Entiendes? Si haces las cosas como te digo, regresas con tus papis hoy... —Hace una pausa sospechosa y continúa: —O con tu novio, pobrecito debe estar confundido, saliste de su apartamento y no supo nada más de ti. Haz lo que te digo.

Entonces me pone en frente el celular, Andrés me quita el pañuelo y cuando me pasa un papel con todo lo que se supone que debo decir, lo único que me sale es:

—Papá, no les des ni un centavo... son Ana, Andrés y...

No termino de decirlo, porque siento el puño de Mauricio estrellarse en mi cara. Qué mierda. Nunca había sentido un ardor tan insoportable en mi vida. Caigo en cuenta que la fuerza que usó provocó que me cayera al suelo todavía atada de la silla. Tengo la mente en blanco mientras intento procesar lo que acaba de pasar entre gritos de Ana y los de Andrés reprochándole. Ya no habla con Max parece, pero no estoy concentrada en eso ahora mismo.

—¿Qué carajos hiciste? —Ese es Andrés, quién además de darle un empujón al idiota, se acerca a mí e intenta ayudarme. —Dijiste que no íbamos a herirla ¡Lo prometiste! Si la cagas, nos vamos a la mierda todos ¡¿Que no lo entiendes?!

—¡¿No te das cuenta de que esta perra acaba de arruinarnos todo?! ¡Los mencionó a ustedes! No sé si alcanzaron a escuchar mi nombre, pero esta maldita... —Se acerca a mí, cierro los ojos cuando veo que su pie toma impulso con la intención de pegarme, pero Andrés se pone en medio. —¡Te vas a ir a la cárcel por su culpa! ¿Y todavía intentas protegerla?

—No vas a lastimarla, Mauricio ¡Ese no era el plan!

Miro a Ana caminar de un lado a otro, a ellos discutir, Ana no dice nada, pero Mauricio continúa:

—¡Tampoco era parte del plan que soltara nuestros nombres! ¡Solo tenías que hacer una maldita cosa, Luna! —Lo veo que se aleja, sale del apestoso cuarto cerrando de un portazo. Mi primer pensamiento es que tal vez se fue intentando cubrirse las espaldas.

—¿Estás bien? —Ni siquiera contesto la pregunta de Andrés, primero porque no tengo ganas y segundo, porque Ana se acerca gritándome:

—¡Si que eres estúpida, Luna!

—Yo no fui la que secuestró a alguien.

Mierda, me está saliendo sangre del labio.

¿Por qué no le hice caso a Luisa y fui con ella a aprender Karate? No, yo quería estudiar ballet y ni modo que el lago de los cisnes me saque de aquí.

—¡Solo tenías que decirle que preparara el dinero! Ellos tienen muchísimo más ¡Eres una maldita egoísta! —Andrés me está ayudando a ponerme de pie. Cuando me está soltando las cuerdas de los pies, Ana le dice que pare. Se acerca ella a ayudarle a incorporarme con todo y silla. —¡No vas a liberarla! ¿Qué no ves lo que acaba de hacer?

—¡Solo aléjate, Ana! Yo te dije que esto era un mal plan ¿Cómo se les ocurre que es buena idea secuestrar a una persona con un plan que crearon en dos horas? Sabía que esto saldría mal y se los advertí.

Mauricio regresa. De nuevo da un golpe a la puerta cuando la cierra, pero esta vez con más fuerza que antes. Lo que trae en manos me hace estremecer, mucho más cuando me apunta en la frente.

—¡Mauricio, basta! —De nuevo Andrés poniéndose entre medio de ambos. —Este no era el plan ¿Por qué tienes un revolver? ¿Todo este tiempo has cargado un maldito revolver? Devuélvelo donde sea que lo tenías.

—¡Quítate, Andrés! Que tampoco me importaría volarte los sesos a ti. Por culpa de esta maldita perra es muy probable que nos vayamos a la cárcel. Nosotros nos iremos a la cárcel y ella irá al infierno, se me hace un trato justo.

—¡Mauricio, baja el arma! —Ahora es Ana. Hasta ella parece asustada cuando el mencionado ahora la apunta a ella. —Esto no fue lo que acordamos, baja esa maldita arma.

—¡Tampoco acordamos ir a la cárcel! —Otra vez, me apunta a mí. —Quítate de una buena vez, Andrés. Ah sí, ahora te vas a comportar como el héroe ¡Viva Andrés! ¡No va a volver contigo de todas formas!

Se hace un silencio cuando el celular de Ana comienza a sonar, ella con las manos temblorosas mira la pantalla y después a Mauricio, en ese momento menciona:

—Es mi papá.

Él le arrebata el teléfono de las manos y lo estrella contra la pared. Comienza a gritarle, a decirle mil cosas como, por ejemplo, que no debió traer su teléfono personal con ella, que por eso habían conseguido ese número nuevo para comunicarse con mis papás. Ahora la apunta a ella, después a Andrés y de nuevo a mí.

—Tenemos que salir de aquí. Lo más seguro es que ya nos rastrearon por tu culpa ¡Eres tan estúpida, Ana! Tomen a Luna, tenemos que irnos a otro lugar y ver qué hacemos después ¡Muévanse!

Y lo hacen obedientemente, creo que cualquiera actuaría de forma sumisa si tienen a un loco apuntándoles con un revolver en la cabeza. Me desatan las piernas y me obligan a caminar hacia la camioneta, por supuesto que hago resistencia, entonces Mauricio me toma del brazo y de un solo tirón me empuja dentro de la *van*. Le pide a Andrés que me sostenga solo para ponerme el bendito pañuelo de nuevo en la cara.

Su celular suena y cuando ve la pantalla le dice a Ana que cree que son mis papás. Intento no respirar el aroma del maldito pañuelo, pero de todas formas estoy comenzando a marearme. Trato de forcejear, pero él lo sostiene contra mi nariz con más fuerza.

—No voy a contestar ahora, puede ser una trampa. —Logro escuchar. —Los haré esperar, esto pudo ser fácil, pero no... la señorita Belrose tuvo que complicarlo. —Mi cuerpo ya comienza a desconectarse, me estoy quedando dormida, aunque intento con todas mis fuerzas no

hacerlo. Comienzo a aturdirme y de pronto todo comienza a darme vueltas. Cada vez las voces están más lejos y lo último que los escucho decir es:

—Ahora qué vamos a hacer...

—Pedir el dinero y después dejarla tirada por ahí…

—¡No vamos a dejarla tirada por ahí!

Cuando despierto de nuevo, me doy cuenta de que no me tiraron por ahí y no sé si es bueno o malo. Los escucho hablar entre ellos, discutir, no sé. La misma sensación espantosa, la boca seca y el cuerpo adolorido. Estoy boca abajo en el suelo frío, todavía con las manos amarradas en la espalda. Intento incorporarme, pero lo único que logro es voltearme y quedar viendo el techo.

Este lugar es otro, aquí hay más iluminación. Sigue teniendo aspecto de lugar abandonado, pero este es más amplio. Después de darle un vistazo rápido, mi vista cae en una mesa redonda que tengo casi en frente. Esperaba que esto fuera una pesadilla, pero no... ahí están los tres y ahora mismo están mirándome.

—Ya les dije que sé lo que hago. —Mauricio tiene el arma sobre la mesa, a la par está el celular al parecer, ahora mismo toma el revolver y apunta a Andrés cuando este se pone de pie al verme. —Siéntate, que estamos armando el plan b. Es eso o sales de aquí sin vida.

Maldito loco.

Ni siquiera puedo mencionar una palabra, en lo único que puedo concentrarme es en esa sensación de que la cabeza va a estallarme y en que no he comido nada en todo el día, así que me siento bastante mal. El sonido del celular de Mauricio otra vez. Ellos dan un salto y esta vez, aunque Mauricio tarda un momento en contestar pidiéndole a sus dos acompañantes que guarden silencio, contesta la llamada de mis papás. Sé que son ellos, porque el tono de la voz de Mauricio cambia a propósito. Ya no pide veinte millones, sino cien. Lo veo ponerse de pie, caminar de un lado a otro con mis padres al teléfono y después se acerca a mí. Está sosteniendo su teléfono entre el hombro y la oreja. En una mano tiene el arma y con la otra me aprieta la garganta.

—Vamos, habla Lunita, dile algo a tus papás.

No puedo decir una palabra, me está apretando tan fuerte que lo único que se escapa es una tos cuando intento buscar aire. Ni siquiera puedo decirle que se aparte y cuando finalmente me suelta lo único que logro decir es:

—Déjame en paz.

—Ahí está, señor Belrose, la escuchó ¿verdad? Ya sabe, son cien millones si la quiere viva.

Intento recuperar el aire, logro incorporarme esta vez con un poquito más de éxito porque, finalmente, estoy comenzando a despertarme más. Ya no está al teléfono con mis papás, lo único que mantiene es una sonrisa de oreja a oreja y dice:

—Lo logré... Lo conseguí. —Lanza el puño al aire y continúa: —Cien millones ¿Lo ven? No era tan difícil.

Ana parece incrédula.

—¿Te dijeron que sí?

Andrés ni siquiera reacciona.

—Me costó, sí; pero lo logré. Mañana estaremos camino a un crucero y no volveremos a este país de mierda —Ahora mira a Andrés. —¿No estás feliz?

—¿Qué tal si solo estaban hablando contigo para dar con nuestra ubicación? Estabas hablando con un hombre experto en negocios, porque era François Belrose ¿no? No se va a

poner a negociar con un bueno para nada como tú solo porque sí.

Entonces Mauricio da una palmada en la mesa y le apunta con el arma, Andrés ya ni se inmuta.

—El bueno para nada aquí eres tú. Ni siquiera porque ahora podrás dedicarte solamente a tu música dejas de ser tan negativo, estoy a punto de dejarte fuera del plan.

—Siendo perseguido por la policía no creo que llegue tan lejos con mi música. No debí ser parte de esto, les dije que esto no era una buena idea.

—Eres un marica, ya sabía que tú no tenías los huevos para hacer algo como esto. —Se dirige a Ana, la señala con el dedo y le dice: —¿Lo ves? Te lo dije, podríamos haber conseguido a otra persona.

Mauricio suelta un bufido, deja la mesa que comparte con Ana y Andrés, sale del cuarto y cuando regresa trae consigo un galón de algo que, cuando comienza a rosearlo por cada rincón del sitio, me doy cuenta de que es gasolina.

—¿Qué piensas hacer?

—Quemar todo, no vamos a dejar ni un rastro.

El nudo en mis muñecas está comenzando a ceder, finalmente logro soltarme y es cuando escucho a Ana preguntarle a su (creo) novio donde van a llevarme para que les entreguen el dinero. Él levanta el revolver y me apunta, no sé en qué momento pasa, lo siguiente sucede en cámara lenta, es como si una fuerza superior me tirara de regreso al piso. No soy muy consciente de lo que acaba de pasar, hasta que me toco el abdomen y veo la sangre en mi mano. De lo siguiente no estoy tan alerta, solo sé que veo el rostro de Ana, después el Andrés y los dos parecen estupefactos, incluso Mauricio y cuando Andrés le grita, él dice:

—Pensé que la había descargado, solo quería asustarla. —Tomando su mochila rápido, les habla a los otros dos: —Vámonos de aquí, pensemos qué vamos a decirles en el camino. Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Vamos a dejarla aquí?

—Por supuesto.

No puedo moverme, ni siquiera tengo dolor, no sé qué lo que siento cuando comienzo a dejarme caer al suelo. Los escucho gritarse entre ellos, Ana está llorando, Andrés está estático porque Mauricio le está apuntando con el arma. Este último enciende un fósforo y lo deja caer al piso. Observo como las llamas se van corriendo por el lugar y después a él intentando salir por una ventana.

Parece que escucho patrullas, pero tal vez solo estoy alucinando, porque no puedo respirar. De pronto todo se comienza a volver borroso, también escucho a Ana gritar histérica, pero no estoy tan consciente como para indagar qué le está pasando. Siento como todo se fuera apagando poco a poco, ya no logro ver las llamas tampoco, solo veo momentos de mi vida en forma de imágenes, algunos que ni siquiera recordaba, es como si toda mi vida comenzara a reproducirse como una película, mis cumpleaños mis papás, con Luisa, con la tía Elena, Lucía, Antoine, Pepe, incluso la abuela Margarita y Gabriel... Gabriel... cada uno de mis momentos con el hombre araña, desde que lo conocí, su sonrisa, sus ojos, sus besos...

—Aquí está. Está herida. —No sé de quienes son esas voces, no logro reconocerlas. —Por favor, no entren. Señor Mariani, no entre...

—Luna... —Esta voz sí la conozco y me trae paz, aunque esté comenzando a costarme respirar. —Luna... Lu, mi amor, por favor... —La voz se le quiebra. Quisiera poder levantarme y decirle que estoy bien, pero no tengo fuerzas. —Luna, mi amor... por favor, no me dejes.

—Ha perdido mucha sangre ¡Necesitamos una ambulancia! ¡Urgente! Señores Belrose, por favor, no entren.

Esa voz tampoco la reconozco, pero sí el tacto de la mano que toma la mía y se la lleva a los labios para darle un beso en el dorso.

—Lu... mi amor, ¿puedes escucharme? Por favor... —Intento apretarle la mano, pero no puedo. —Luna mi amor, resiste, por favor. Te lo suplico.

Quisiera decirle que sí, que lo haré, pero no me sale la voz. Siento como si estuviera al final de un pasillo iluminado y entre más pasa el tiempo, una luz va apagándose, hasta que solo queda la que está sobre mí, pero de pronto todo se vuelve oscuro.

Capítulo 76

Gabriel

Existen dolores que no son necesariamente físicos.

Los que se originan en el alma son mil veces peor.

Y yo no recuerdo si alguna vez sentí un dolor así, que me atravesara el pecho, que me hiciera sentir como se me desgarraba el corazón, literalmente. Hasta hace poco escuchar una expresión así me hubiera parecido una exageración, pero ahora lo comprendo, es algo insoportable y cada segundo que pasa es todavía peor que el anterior.

Este es el día que no se me va a olvidar nunca.

Tampoco el vuelco que me da el corazón cuando escucho que le dispararon a Lu.

—Mauricio... —El sujeto, Andrés, había salido de la cabaña. Caminando hacia nosotros, arrastrando una pierna herida y dice: —Mauricio le disparó a Luna.

—¿Qué? ¿Quién?

—Está herida. Mauricio le prendió fuego a la cabaña. Luna está ahí.

No lo pienso dos veces, corro hasta el lugar que menciona. Ya no logro mantener la calma. Entro a pesar de todas las advertencias. Ignoro todas las voces que me dicen que no tengo que pasar y es en el momento que la miro que mi odio por mí mismo incrementa más, porque esto no hubiera pasado si yo no le hubiera concedido a Roberto el poder de dejarlo a solas con mi teléfono, tampoco hubiera sucedido si yo detenía a Luna antes de que saliera de mi apartamento, tantas cosas que pude evitar y yo no lo hice.

Me dejo caer a su lado y lo primero que hago es sostenerle la mano a Lu, en mi desesperación comienzo a hablarle con la esperanza de que me responda. Me quito el saco e intento presionarlo sobre la herida. Me tiemblan las manos y los ojos se me cubren de lágrimas, comienzan a salir una tras otra, no puedo detenerlas, la voz se me quiebra cuando intento decirle otra cosa más. Se me están comenzando a llenar los pulmones de humo. Quiero sacarla de aquí pero no me lo permiten. Le hablo de nuevo y nada, no pasa nada. No habla, no se mueve. Veo a los paramédicos llegar y me aparto sin que me lo pidan, pero me mantengo a un costado todavía acariciando los dedos de Lu.

—Señor Mariani, tiene que salir. —Estoy consciente de que me están hablando a mí, pero no les presto atención; porque en ese momento siento como su mano que está cubierta con la mía va perdiendo fuerzas y el dolor del que hablaba antes se incrementa todavía más dentro de mi pecho. Intento controlarme, que las lágrimas no me nublen los pensamientos, pero no puedo. —Señor Mariani, por favor, permítanos.

Solo me aparto un poco. Toman la mano de Lu y cuando ven el aparato que le han puesto en el dedo comienzan a moverse más rápido, la suben a la camilla y uno de ellos le dice al otro que el pulso está bajando. Les pregunto si va a estar bien y no me responden. Vuelvo a preguntar si va a estar bien y el mismo paramédico que me hablaba antes me repite que tengo que salir de aquí, pero yo lo hago hasta que sacan a Luna de aquí y yo me voy detrás de ellos.

—Va a necesitar una trasfusión, urgente. —Hablan entre ellos. Cuando salgo no presto mucha atención a lo que hay afuera. Todo está pasando tan rápido y al mismo tiempo tan lento que no me da tiempo de procesarlo. Lo único que sé es que la familia de Lu y la mía están ahí, presentes, aguardando en algún lugar, habíamos llegado al mismo tiempo. —Oxígeno, rápido.

Me subo a la ambulancia con ellos y justo después de mi lo hacen Max y François, tienen los ojos llenos de lágrimas, el gesto desencajado, también logro observar a mi papá, a mi madre, al tío Pepe, pero ellos aguardan a una distancia prudente.

—Solo puede ir una persona. —Dice uno de los paramédicos. Qué suerte que no me dan a elegir, porque yo no pienso bajarme, Max y François dicen que van a seguirnos en su auto y cuando el mismo hombre le pone la máscara de oxígeno y le mira los ojos con una linterna, dice: —Tenemos que llegar lo más rápido posible.

Y ambos se bajan, pero no sin que antes Max se acerque a Lu, se limpie las lágrimas, le tome la mano y le dice al oído:

—No te preocupes, mi amor. Vamos a hacer pagar caro a la persona que te hizo esto.

La ambulancia se pone en marcha después. El trayecto hasta el hospital es el más largo de toda mi vida. Intento mantenerme sereno, aunque estoy al borde del colapso. Ni siquiera estoy poniendo atención a lo que están hablando, solo sé que suena a que todo va a peor.

—Sigue perdiendo mucha sangre, puede entrar en shock en cualquier momento.

—Pero va a estar bien, ¿verdad?

Los dos me miran y uno de ellos contesta:

—Se hará todo lo posible, señor Mariani.

Antes de llegar a ese lugar guardaba la esperanza de que no le hubiera pasado nada malo. Creo que a nadie se le pasó por la cabeza la imagen con la que nos íbamos a encontrar, un lugar en llamas y a Luna malherida. Incluso habíamos bajado la guardia cuando Max dijo que solo se trataba de niños inexpertos que quieren un poco de dinero. Había un plan, pero esto definitivamente no formaba parte. Antes de dar con el sitio estábamos esperando pacientemente que François lograra mantener en la línea el tiempo suficiente al tipo que buscaba extorsionarlo para lograr dar con su ubicación.

Y ni siquiera sabíamos quién era.

No se había logrado escuchar quién era la tercera persona, así que en primera instancia la tía Elena mandó a buscar a Vladimir. Me recordó lo que nos había dicho el otro día en la corte y yo se lo terminé de contar a Max, el equipo de seguridad de François fue a buscar a Vladimir hasta su casa y después lo llevaron a la casa de los Belrose sentándolo frente al escritorio. Él no tenía ni idea de lo que estaba pasando y lo que soltó al vernos a todos fue:

—¿Esto es en serio, Belrose? Ahora los voy a demandar por secuestro. No pueden ir a sacarme de mi casa así, en contra de mi voluntad ¿Qué es lo que les pasa?

—Mira qué conveniente, hablar de secuestros. —Le dijo Max primero. —Tienes que ver con el secuestro de Luna, ¿verdad?

Y él se defendió:

—¿Qué cosa? ¿De qué estás hablando?

No me cae muy bien Vladimir, pero su gesto no parecía de alguien que estaba mintiendo.

—Dinos de una vez ¿Quién pudiera tener los recursos para hacer algo así? Porque dos chiquillos como esos no, no alcanzó a mencionar a la otra persona, pero dime la verdad, Vladimir ¿Tú estás involucrado? ¿Les pagaste para que hicieran eso? ¿Le diste dinero a otra persona para que llevara tu plan macabro a cabo?

—A ver ¿qué clase de monstro creen que soy?

Y François:

—Bueno, querías quitarle su empresa a Elena.

—A ver... que mi problema es con ustedes, no con Luna ¿Por qué yo le haría algo a

Luna? La conozco desde que era una niña. Esperen... ¿Secuestraron a Luna?

—No te hagas Vladimir.

—En mi vida haría algo en contra de Luna o de Luisa. Mi problema es con ustedes, no con sus hijas. Ustedes los que se jactan de haber conseguido el éxito cuando nacieron en cunas de oro. A ti te heredaron Belrose. —Señaló a François y después a Max: —A ti tu mamá te dio todos los contactos en el mundo artístico. —Después se volvió a Elena: —Y tú, tu padre es Antonio Betancourt, si no llevaras su apellido ni siquiera hubieras ganado el Miss Universo, Elena.

Entonces la mencionada se puso de pie directo a Vladimir:

—Repites eso y…

Entonces Max interrumpió y dijo:

—No es el momento, tenemos otro problema más importante.

—Ustedes son mi problema. —Continuó Vladimir. —Porque sí existimos las personas que tuvimos que trabajar duro para conseguir lo que tenemos y no es justo que personas como ustedes hablen sobre lograr el éxito, principalmente ustedes que han tenido el camino fácil, es como una cachetada para los que sí nos hemos esforzado, pero a ver ¿en serio alguien secuestró a Luna?

Por un momento ninguno de los presentes dijo nada, hasta que François habló:

—Al parecer sí, una de las personas que mencionó fue a la hija de Emilio.

—¿Qué? ¿La que era su amiga? Yo se los dije, yo la escuché hablando por teléfono diciendo lo mucho que odiaba a Luna. Ustedes dijeron que solo era un pleito de adolescentes en ese entonces. Ya ven hasta donde llegó su pleito de adolescentes.

—Pero bueno, tenía la esperanza que la otra persona que no alcanzó a mencionar fueras tú. Ahora estamos desde cero otra vez.

—Pues no fui yo. —Vladimir se quedó pensativo un rato después de que Max se disculpara en nombre de todos lo que estábamos presentes y entonces agregó: —¿En qué puedo ayudarles?

No sé mucho sobre lo que pasó después. Lo único que entendí de parte de Elías es que estaba intentando, junto al jefe de ciberseguridad de los Belrose, localizar el dispositivo de donde provenían las llamadas de las personas que tenían a Luna. Lo lograron en la última llamada que Max recibió y François se encargó de «negociar» solo para mantenerlo en la línea el tiempo suficiente para rastrearlo.

Se logró, a tiempo, no sé cómo, pero mientras François hablaba ya íbamos en dirección al lugar que se mostraba en el mapa. Ni siquiera me atrevo a imaginarme qué hubiera pasado si hubiésemos llegado un poco más tarde.

Se me encoge el estómago solo de pensarlo.

La ambulancia finalmente llega a su destino, todo pasa veloz. Ya está un equipo entero esperando a Luna y yo me bajo después de que la sacan del vehículo, la pasan a otra camilla y se van en dirección a la entrada del hospital. Todo el tiempo estoy detrás de ellos, intento comprender lo que dicen, solo alcanzo a escuchar cuando una de las enfermeras dice que es una herida grave. Siento ese dolor en el pecho otra vez. Me piden que me quede en la sala de esperas y no quiero hacerlo, de todas formas, no me dejan pasar más allá. Solo veo la silueta de la camilla en la que llevan a Lu y el puñado de personal de salud que la rodean. No me queda otra opción, tomo un lugar en la sala de espera intentando no perder la cordura.

No sé en qué momento llega la familia de Lu, o mi madre y el comisionado, o cuando

aparece Juan quién se sienta a mi lado sin decir nada. Así pasamos una hora o dos, o más, no lo sé, no me atrevo a ver el reloj, solo sé que ha pasado tiempo suficiente como para que los nervios se comiencen a apoderar de mí e imágenes de Luna se apoderen de mi memoria, el primer día que la conocí, nuestro primer beso, sus ocurrencias, su voz. Me doy cuenta de que me quedé dormido en la silla y me despierto de golpe cuando la última imagen de ella, en la camilla de la ambulancia, es la que aparece en mi mente. Me niego a que ese sea el último recuerdo que tenga de Lu.

—Va a estar bien... —Escucho a Juan cuando se acerca. Trae un café que me entrega. Hasta ahora solo se había sentado a mi lado sin decir nada. Mira la mancha en la manga de mi camisa y después agrega: —No te preocupes, pronto esto solo va a ser un mal recuerdo y solo se van a reír, porque conozco a Luna, después se va a reír de eso.

—¿Y si no? —Trago saliva cuando digo eso. —¿Y si eso no pasa? Sabes que todo esto es mi culpa ¿verdad? Si yo no...

—Gabriel, basta. No es tu culpa. El culpable de todo esto es ese pendejo que te tocó por hermano... —cuando dice eso baja la voz, porque mi papá está a unos cuántos metros —que ya está en la cárcel y esperemos que no salga en un buen tiempo, al menos yo espero que no salga en un buen tiempo y también espero lo mismo para esos tres ineptos esos, pero tú no tienes la culpa de nada, Gabriel. Deja de torturarte.

Por un momento no digo nada, hasta que vuelvo a pensar en qué haría si Luna no lo logra.

—Me niego a pensar que mi última conversación con Luna haya sido casi una discusión. Si algo llega a pasarle, te juro que me muero.

—No le va a pasar nada, Gabriel. Va a estar bien, vas a ver. Está en el mejor hospital, exclusivo y llegaron a tiempo. Como te dije, pronto solo va a ser un recuerdo y tendremos a Luna burlándose de ella misma, yo lo sé. Y van a haber muchas más discusiones, no te preocupes.

—También me dijiste que iba a estar bien cuando desapareció y ahora estamos en la sala de espera de un hospital.

—Bueno, pero no siempre me equivoco. Y ya me equivoqué con eso, así que esta vez seguro que tengo razón. —Extiende su vasito de café y lo choca con el mío simulando un brindis.

Cuando me atrevo a ver el reloj, me doy cuenta de que ya pasaron dos horas y media. Levanto la mirada y veo que el doctor está entrando a la sala. Cuando menciona el nombre Luna soy el primero en ponerme de pie. Después se acercan Max y François. El resto de la familia de Lu también. El rostro del médico no es de alivio, ni siquiera un poco relajado y me da pánico, entonces lo que dice es:

—Estamos en una situación delicada, señores Belrose.

Y yo soy el primero en hablar:

—¿Qué quiere decir?

—Puedo decir que la operación fue un éxito, pero perdió mucha sangre y logramos estabilizarla muchas veces, pero sus signos vitales vuelven a bajar. Les quiero decir que haremos todo lo humanamente posible. El postoperatorio puede ser complicado por el estado en el que se encuentra, por el momento solo nos queda estar al margen y... esperar.

No es la noticia que esperaba. No me hace relajarme ni siquiera un poco. Entre más cosas dice, peor me comienzo a sentir. Los papás de Lu le hacen preguntas que el comienza a contestar, pero no son muy alentadoras. Tomo el lugar en el que estaba y recuesto mi cabeza en

el respaldar una vez que el cirujano se ha ido. Cierro los ojos un momento y me masajeo el entrecejo hasta que escucho a François decir:

—Gabriel, ve a tu casa y descansa un rato.

—No puedo, François. Yo... —No sé como decirle que yo no podré descansar hasta que sepa que Luna está completamente bien. —Quiero quedarme un rato más.

—Vamos, ve. Todos vamos a ir por turnos. Luna está estable, si algo cambia por supuesto que te lo haremos saber de inmediato.

Eso tampoco me pone mejor.

—En serio... no...

No me dejan terminar la frase.

—Ve, te lo mereces. Te doy mi palabra de que si algo no está saliendo bien, te llamaré. Si no recibes una llamada de alguno de nosotros, es porque no hay de qué preocuparse.

—Vamos... —Escucho a Juan ahora, tomándome del antebrazo para ayudarme a ponerme de pie. —Yo voy a acompañarte. Necesitas tomar una ducha y cambiarte. Que cuando Luna despierte lo primero que mire no sea ese aspecto horrible que llevas ahorita.

Y quiero contestarle con sarcasmo, pero no tengo las energías suficientes.

Termino accediendo, pero a lo de tomar una ducha y cambiarme, porque dormir no creo lograrlo. No cuando todo dentro de mi casa huele a Lu y cada rincón me recuerde a ella, hasta el gato que se acaricia en mis pies. Juan lo toma en sus brazos para sentarse con él en mi sillón de la sala y me dice:

—Ve a tomar una ducha, duerme un poco. Yo voy a estar aquí por si necesitas algo.

—Gracias, Juan. El cuarto de visitas está arreglado, por si quieres quedarte.

—Claro que me quedaré, por el momento este sillón está cómodo con Lord Pantuflas.

Entonces lo miro, recostado en mi sillón con el gato en el pecho. Me voy directo al baño y sí, tomo una ducha larga intentando no pensar en las últimas horas de mi vida. Miro la hora y me doy cuenta de que es más de medianoche. Me cambio y me recuesto un rato para intentar conciliar el sueño. Estoy cansado, exhausto, aturdido y por más que intente conciliar el sueño, no puedo. Cuando me giro para quedar bocabajo lo primero que mis ojos ven es la lámpara en forma de luna que le regalé a Lu, a la par está mi foto con ella sobre mi mesa de noche. La tomo para verla más de cerca, quiero recordarla así por siempre, intentando grabarme esa imagen en la mente poco a poco me voy quedando dormido.

Me despierto de golpe, empapado de sudor. Me toma un momento caer en la realidad, pero cuando lo hago, un montón de imágenes de lo acontecido el día anterior se comienzan a amontonar dentro de mi cabeza. Siento que voy a volverme loco. Respiro hondo y suelto el aire poco a poco. Miro mi celular solo para cerciorarme que no he perdido una sola llamada o mensaje.

Nada todavía, en parte eso me hace sentir tranquilo.

Estoy dejando el teléfono de regreso sobre la mesa de noche cuando comienza a sonar anunciándome una llamada entrante. Al ver la pantalla me doy cuenta que es el número de François. Esto me activa las alarmas. Me estoy poniendo de pie cuando descuelgo y después de escucharlo aclararse la garganta me dice:

—Gabriel, sé que te dije que te fueras a descansar, pero también te di mi palabra de que si las cosas no estaban saliendo bien yo mismo te llamaría y, bueno, creo que es necesario que vengas.

Capítulo 77

Luna

Ya lo dije una vez, yo no soy la reina de las probabilidades.

Y el que opine lo contrario tal vez debería ver mi árbol genealógico, el día que nací o cómo fui concebida. Evidentemente, desde el inicio de mi existencia mi vida no estaba destinada a ser normal y, por supuesto, también el fin de mi vida debía estar a la talla ¿no? La forma menos pensada, porque así soy yo y nada de lo que me pasa, o cómo me pasa, tiene algún sentido.

Y, definitivamente, hay cosas que no se pueden controlar.

Esta es una de esas.

—¡Luna! —Escuchar mi nombre en este estado de paz en el que me encuentro me hace sobresaltar, es hasta ahora que caigo en cuenta del lugar en el que estoy. No sé qué es este sitio, ni qué hora es y mucho menos que día, solo sé que estar aquí se siente bien. —¡Luna! ¿Qué diablos haces aquí?

Okey, esa voz la conozco. Me pongo de pie de un salto, miro a todos lados solo para cerciorarme que no estoy quedando loca, pero es que este lugar no se me hace conocido y no sé quién pudiera conocerme aquí ¿Dónde carajos estoy? Me doy una vuelta completa, no hay nadie. Absolutamente nadie. Es un lugar verde, bonito, que huele a rosas. Okey, nadie me avisó que aquí también iba a tener alucinaciones. Entonces, cuando ya me he relajado, la veo, aparece detrás de unos árboles y me dice:

—¿Qué carajos, niña? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Okey, entonces no era una alucinación, pero ¿Qué es eso? ¿Es como una pesadilla? Ver a la abuela Margarita en persona debería estar en la categoría de las cinco peores pesadillas que puedas tener antes de morir.

—¿Abuela Margarita? ¿Qué estás haciendo en mi sueño? O lo que sea que es esto ¿Qué es esto, por cierto?

—Pues un sueño no es, eso es seguro. Te estás muriendo y mi pregunta es ¡¿Por qué diablos te estás muriendo, muchacha?!

—Espera... ¿Aquí caminas?

Hasta donde me acuerdo, la abuela Margarita estaba en silla de ruedas.

—Shhh... shhhh. Que eso no es lo importante. —Entonces cuando se acerca a mí, por un momento pienso que tal vez va a abrazarme, pero qué ilusa soy, es que debí imaginarme que ni muriéndome la abuela Margarita haría algo así. En su lugar, lo que hace es pegarme con el bastón ¡Auch! —Regrésate, que todavía no es tu hora.

—¡Ni siquiera yo sé qué estoy haciendo aquí! Espera ¿Entonces qué es esto? ¿El infierno? ¿Y por qué yo estoy en el infierno contigo? Yo fui buena persona.

—Esto no es el infierno ¿Y qué estás insinuando?

—¿Entonces es el cielo? ¿Tú estás en el cielo?

—Tampoco —dice. Se está viendo las uñas con un gesto de indiferencia. —No me dejaron entrar a ninguno de los dos, así que aquí sigo esperando. Al cabo que ni quería estar en ninguno, pero a ver, yo no era el tema de conversación ¿Por qué tú estás aquí, Luna Elena?

—Es lo que no sé ¿Me morí?

Y vuelve a pegarme con el bastón, como tres veces. Esto aquí no debería ser permitido

¿Es legal siquiera estarte muriendo y que tu abuela te ataque con un bastón?

—¿Cómo vas a morirte? Vas a regresarte allá. Tú tienes apenas veintidós años, Luna Elena. No no... Yo me morí feliz porque hice de todo, me casé cuatro veces...

—Fueron cinco en realidad.

—El hippie no cuenta. Me acosté con quién quise, tuve hijos, me emborraché hasta quedar inconsciente, me llevaron a la cárcel tres veces, monté un imperio millonario, puse los cuernos, me pusieron los cuernos, en fin, a los ochenta y nueve años yo ya había hecho de todo, pero tú... tú apenas estás comenzando a vivir, muchacha ¡Regrésate ahora mismo!

—¿Cómo se supone que me regreso? Ni siquiera sé cómo llegué aquí, no me acuerdo de nada. Espera, entonces ¿Me estoy muriendo o ya me morí?

—La estamos perdiendo. —Escucho de pronto. Esa voz es ajena a nosotros, viene del exterior... creo. Miro a lo que se supone es el cielo y después doy un vistazo alrededor, pero no hay nadie, entonces la abuela Margarita se lleva la mano a la cabeza cuando dicen: —Creo que es momento de parar todo, ya es imposible. Tengo que prepararme para decirle a los señores Belrose. Lo intentamos todo, ya tenemos que parar.

—¿Lo escuchas? —La abuela Margarita de nuevo. —Van a ir a decirle a tus papás y presiento que mañana tendremos a Max aquí si te mueres... ¡Ay, por Dios! Yo no soporto su alarma de gallos. Regrésate, Luna Elena, por favor.

—¡Pero es que no sé cómo! ¿Cómo te regresas de este lugar?

—Y Luisa ¡Por Dios! ¡Luisa! Va a perder al bebé si se entera de esto ¿Crees que va a poder soportar dos pérdidas en un solo día? ¿Crees que alguien de esa familia va a soportar dos pérdidas en un solo día?

—¡Pero ya te dije que no sé cómo!

—¡Y tu novio, Luna! Por fin te encuentras un hombre decente, que vale la pena ¿Cómo va a vivir después si te vas así? No apareces en la vida de las personas para después irte y dejarlos ahí, cargando con la angustia, con tu recuerdo...

—¿Ahora eres romántica?

—Todos cambiamos cuando no nos quieren ni en el cielo, ni en el infierno.

Entonces el recuerdo del hombre araña se me viene a la mente y ahí me acuerdo de porqué estoy aquí, pero en lugar de sentir rabia contra las personas que ocasionaron esto, es la angustia la que me carcome cuando recuerdo la voz de Gabriel minutos antes de quedar completamente inconsciente.

La forma en la que se le quebraba la voz cada que intentaba hablarme, cómo sus manos temblorosas sostenían las mías de una manera tan delicada, la insistencia de quedarse a mi lado a pensar que en cualquier momento el lugar podía derrumbarse.

Y todo esto después de que le había hecho creer que dudaba de él por lo de las fotos.

Y yo no hice nada para intentar enmendarlo.

—Entonces solo nos queda esperar ¿no? Lo mejor sería comentarles a los señores Belrose para que se preparen. —La voz externa de nuevo. Incluso la persona que le contesta parece devastado también. —Sus signos vitales ya son demasiado débiles. Por Dios, es una chica tan joven.

—¡Luna te tienes que ir!

—¿Y cómo me regreso? Ni siquiera sé si esto es algo que puedo controlarlo ¿Se puede decidir si te mueres o no?

—En tu caso sí ¡Porque todavía no es tu hora! —Se acerca a mí, me toma por los

hombros, me sacude y me dice: —Tienes una carrera impresionante por delante. Escúchame bien, regresa allá y aprovecha todas las oportunidades que se te presenten, serán muchas. Toma mi consejo, aunque sea una vez, que no te importe que te relacionen con tus papás, eso te pasará por el resto de tu vida, a mí también me pasó y después entendí que no es mi culpa haber nacido con oportunidades que otros no ¿Entonces qué hice? Lo aproveché e hice un imperio. Y tú serás una estrella, Luna Elena. Créeme. Ahora REGRÉSATE.

—¡Es que no SÉ CÓMO!

—¡No me grite, señorita!

—¡Que no te estoy gritando!

—¡Si lo estás haciendo!

—¡Ya casi me morí y te preocupa que te grite!

—Que no te vas a morir...

No me deja terminar. Me toma del brazo y me lleva hacia un lugar, no sé a dónde, pero de pronto miro frente a mí un precipicio, ni siquiera tiene fondo y entonces, la abuela Margarita, dice:

—Lánzate.

—¿Qué? ¡¿Qué haga qué?!

—¡Que no tienes mucho tiempo, muchacha! Lánzate.

—¡Pero... no me quiero lanzar por aquí!

—¡Te queda poco y créeme, no te va a gustar vivir aquí conmigo! Llevas mi apellido, lo más seguro es que tampoco te quieran en el cielo o el infierno, así que aquí estaremos... juntas, por toda la eternidad ¿Eso no te resulta aterrador?

—Por supuesto que sí ¿pero por qué no hay unas escaleras para bajar?

—¿Quién quiere ir por unas escaleras si hay una forma fácil solo lanzándote de aquí?

Y yo miro el precipicio una vez más, titubeante. Decidiéndome con los ojos cerrados, tambaleándome indecisa, pero no creo que haya otra manera de salir de aquí tampoco. Abro un ojo, después el otro.

Otra vez, la abuela Margarita:

—Bueno, no me dejas otra opción.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Me empuja. Ahí sí se me olvida cerrar los ojos, prepararme mentalmente y lo que sea. Lo último que la escucho decirme es que fue bueno verme, pero ojalá que cuando nos volvamos a encontrar sea cuando yo tenga su edad o más, que ya podamos sentarnos a hablar sobre nuestras experiencias de vida de señora tomándonos un vinito. Lo siguiente que siento es esa misma sensación de cuándo muchas veces sentía que me caía por un barranco en mi sueño y despertaba con el brinco que daba sobre la cama, pero este es mucho más intenso y en su lugar solo veo una luz que me nubla la vista, unas sombras borrosas que se acercan a mí rápido y logro escuchar que uno dice:

—Okey, el pulso se está restaurando. Tenemos pulso. Sí, tenemos pulso.

No sé ni siquiera cómo me siento, es como si todo me diera vueltas, no logro enfocar bien, no estoy despierta tampoco o dormida, no sé, no siento mi cuerpo. La pesadez hace que vuelva a cerrar los ojos y solo escucho voces, personas que van de un lado a otro y me quedo dormida otra vez. La próxima vez que los abro ya no estoy en esa misma habitación, ahora es otra, pero es la misma sensación física espantosa, la boca seca y el cuerpo adolorido. Me gana la pesadez de nuevo y aunque intento quedarme despierta, no puedo. La siguiente vez que abro los

ojos hay más personas, no las conozco, parecen ser el doctor y unos enfermeros, reconozco la cara de François y la de Max, también a la tía Lucy y la tía Elena, por último, Pepe quién tiene los ojos hinchados como dos hamburguesas. Al verlos, lo primero que se me ocurre decir es:

—¿Qué es esto? ¿Mi velorio?

Tengo la garganta seca, pero aun así dije eso con suficiente elocuencia como para que los presentes suelten una risita y Max me diga:

—No, pero casi. Hasta dejamos de ser ateos por ti, Luna.

No tengo muchas fuerzas como para contestar con otro sarcasmo, solo logro oír que el doctor les dice que estoy bajo muchas medicinas, después de eso me quedo dormida otra vez. En la siguiente ocasión que me despierto, todavía tengo pesadez, pero ya me comienzo a sentir mejor. Esta vez logro ver a Gabriel dormido sobre un sillón, su computadora está a un lado y en ese momento abre los ojos un poco, en cuando me ve se despierta por completo y le digo:

—¿Estoy en el cielo? ¿Por qué estoy viendo ángeles? —Gabriel esboza una sonrisa. Intento incorporarme, pero mierda... es como si me hubieran cortado el cuerpo en varios pedazos y volvieron a coserme, como a Chucky.

—Okey, Romea. No te muevas. —Me pide que me recueste, acomoda la cama y las almohadas detrás de mí. Se sienta a mi lado después de darme un beso en la frente, toma mi mano y después de darle un beso en el dorso, me dice: —Tienes que quedarte quieta hasta que te mejores.

—¿Puedes ayudarme a escapar y llevarme a casa?

—No. —Dice alguien entrando a la sala. Es el doctor. Okey, mi plan está frustrado. Él pasa, saluda a Gabriel y me pregunta como estoy, le digo que me puede dar de alta, pero vuelve a repetirme que no. —Tienes que mantener completo reposo, nada de movimientos bruscos...

—¿Cómo que nada de movimientos bruscos? ¿O sea, nada entre Gabriel y yo? —Entonces Gabriel me pone la mano en la boca, aprieta los labios y el doctor después de reírse dice que no, que nada de movimientos de ningún tipo por al menos treinta días. —Ay no.

Entonces en ese momento entra Max y detrás de él François, traen globos y al ver de mí, a la cara divertida de Gabriel y el gesto de risa del doctor, preguntan de qué se perdieron.

—Nada. —Responde el médico después de apuntar unas cosas. —Que Luna tiene prohibido cualquier tipo de movimiento brusco por al menos treinta días y está preocupada, no estoy muy seguro cual es el motivo.

Entonces mis papás ven de mi a Gabriel. Entonces el hombre araña se vuelve a mí y dice:

—Iré por un café. —Toma su laptop y después de darme un beso en la frente, agrega: —Ya vuelvo, amor ¿Okey?

Le digo que sí y pasa a la par de mis papás quienes lo ven sin despegarle la mirada de encima hasta que sale de la habitación. Cuando también el doctor se retira, caminan hacia mí, cada uno me da un beso en la cabeza y después dejan los globos en una mesa al lado.

—¿Sabes? Vamos a sacar a Gabriel de nuestra lista de torturas. Se lo merece —habla Max. Por fin, ya era hora. —Estuvo aquí todo el tiempo y cuando iba a trabajar estaba todo el tiempo preguntándonos por ti. Vamos a quemar todos los conjuros que le hemos hecho.

—Y quemar el otro muñeco vudú.

—Y borrar las oraciones que le hicimos.

—Vamos a dejarlo libre.

Una risa es mi respuesta, pero me duele todo el abdomen. En ese momento entran la tía Elena y junto a ella está Vladimir, arrugo el entrecejo y miro de ella, a mis papás, quienes no

tienen ningún tipo de expresión y de paso saludan al ex de mi tía.

—A ver ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Porque lo último que recuerdo es que ustedes estaban peleándose en la corte. —La tía Elena se acerca a mí, me besa la frente y con un gesto de horror agrego: —No me digan que regresaron.

Me siento aliviada cuando ambos sueltan un «No» al mismo tiempo.

—Vladimir nos ayudó a mantener a la prensa lejos de nosotros. —De nuevo Max. —No queríamos que esto se filtrara. Entonces él mismo se inventó la noticia de que vende drogas para que la prensa nacional se enfocara en él.

Vladimir se ríe, hasta ahora se había quedado recostado en el marco de la puerta.

—¿Entonces ahora ustedes son amigos?

También todos contestan que «No» en coro.

—Me alegro de que estés bien, Luna. Y solo quiero decirte que lo que sea que haya entre tus padres y yo, es entre ellos y yo, no contigo. En mí puedes confiar siempre, como cuando eras adolescente y te ayudaba a pelearte con las señoras que ofendían a One Direction en los grupos de Facebook.

Y yo le digo que sí, todavía pensando si en realidad esto está pasando o estoy en coma. Vladimir anuncia que se va, le pregunto a mis padres qué pasó con la demanda y contestan que él decidió retirarla. Lo de Vladimir pasa a segundo plano, cuando una pregunta me salta en la mente:

—Oigan ¿Qué pasó con...? —Ni siquiera puedo mencionarlos. —Ustedes ya saben quiénes.

—Es una larga historia —contesta Max, sentándose en el borde de la cama. —Tenemos que ponerte al día, principalmente sobre Fede a quién tenemos bastante que agradecerle, eh. El muchacho se montó en minutos un plan de cacería. Ahora tengo miedo porque piensa como un criminal ¿Cómo diablos piensas como un criminal? ¿Cómo le disparas a alguien exactamente en el punto donde no lo matas, pero lo dejas cuadripléjico?

—¿Fede? ¿Fede hizo qué?

—Sí, lo mismo dije. —Agrega François ahora. —El sujeto ese, Mauricio, estaba intentando escaparse y Fede le disparó.

—¿En serio? ¿Fede?

—Sí. —Ahora Max. —Le dio un balazo extremadamente calculado entre unas vértebras dejándolo sin moverse, la bala se alojó ahí y ahora no pueden operarlo porque corre riesgo su vida. —Baja la voz para decir: —Yo estaba tan enojado que le dije que lo matara, pero él me dijo que haría algo mejor y... bueno, el resto ya te lo contamos.

—¿Es en serio? ¿Fede? ¿El Fede de Luisa hizo eso?

—Así es. Fue el comisionado quién nos contó. Va a ascender a Fede, por cierto. El tipo comenzó a lanzar balazos a la policía, tomó a Ana como rehén diciendo que si no lo dejaban ir iba a matarla, un caos total que Fede controló con solo una bala. —Max hace una pausa y agrega: —¿Sabes qué? Sacaré los camarones de nuestra lista de compras.

Okey, es como si me desperté en un mundo al revés.

—¿Cómo está Luisa?

—No nos habla, porque le ocultamos lo que te pasó y se lo contamos hace un par de días, pero teníamos que cuidar al bebé también. Tampoco le habla a Fede por no comentárselo, aunque lo felicitó por lo que hizo. Sigue molesta, pero creo que lo entiende. Ha venido a cada rato y ya no debe tardar en aparecer de nuevo y hacernos la ley del hielo. Por cierto, pronto

sabremos el sexo del bebé y Pepe estará a cargo.

—¿Pepe, de verdad? —Okey eso va a estar interesante, pero creo que es el único al que no se lo ocurriría publicarlo antes en todas sus redes sociales. —Por cierto ¿Qué pasó con... con Ana? ¿Y Andrés?

—Bueno, el rescatado del refugio animal fue el más sensato de los tres. Se entregó a la policía por sí mismo y él fue quién dijo dónde estabas. Odio admitir que gracias a él se pudo actuar a tiempo.

—¿Y Ana? ¿Qué pasó con Ana?

—Bueno, Ana no tuvo tanta suerte. —Ahora François. Toma lugar en el sillón donde estaba Gabriel y continúa: —También quiso escaparse de Mauricio y entregarse a la policía porque Emilio se lo pidió desde el megáfono de la patrulla, pero él tenía un ácido en su mochila que le tiró a Ana antes de tomarla como rehén. Necesitará miles de cirugías para reconstruir la mitad de su cara, a las que no tendrá acceso porque estará en la cárcel. Nos preocupa Emilio, está intentando ser fuerte, pero está a punto de un colapso nervioso. Le pedimos que se tomara unos días, pero aceptó hasta que le dijimos que ya estabas fuera de peligro. La mamá de Ana ni siquiera la ha ido a ver al hospital. Por cierto, ella fue la que te dejó esas flores. —Señala unas Margaritas sobre la mesa y agrega: —Está de acuerdo con que Ana pague todo lo que provocó y nosotros también, aunque me duela por sus padres, ellos han sido muy buenas personas con nosotros.

Miro de nuevo a las Margaritas que trajo la mamá de Ana, pero lo que me llama la atención es la barra de pan a la par.

—¿Por qué hay una barra de pan?

—Elías dijo que las flores y los globos están sobrevalorados, entonces te trajo esa barra de pan.

—¿Es en serio? —Y me río. La tía Elena la alcanza y me la entrega. Además, tiene una nota, la leo y lo que dice es: «Qué bueno saber que no perdí una suscriptora de mi página porno. Que te mejores pronto, Lu».

Okey, creo que mejor escondo esta nota.

—Ese niño es un genio. —Menciona François. —Nos ofrecimos a pagarle Harvard, pero él dice que la universidad también está sobrevalorada. No quiere ir ¿Puedes creerlo? Tiene quince años y estaba a la par de todo mi equipo de ciberseguridad intentando rastrearte. No sé cómo lo convencimos de que sí tiene que ir a la universidad, pero ni siquiera sus padres lo lograron, acudimos a pedirle ayuda a Gabriel, a lo que Elías contestó que aceptaba si todos nos suscribíamos a su página porno. Y bueno, ahora todos estamos suscritos, como familia.

Entonces no es necesario que esconda la nota.

—¡Bolas! —Escucho de pronto. Eso nos hace a todos estremecernos. El comisionado entra y Gabriel está detrás de él. —Bolas ¿Cómo se le ocurre que iba a morir antes que yo? No no, usted es la que va a contar los chistes en mi funeral para que nadie llore ¿Qué le pasa? ¿Y, además, quién va a cantar las de Vicente Fernandez cuando me estén dejando en mi descanso eterno?

—Agradezca que tantos medicamentos no me dejan pensar bien en mi respuesta, comisionado, pero espere a que me recupere de esta.

Entonces Gabriel suelta una risita y se sienta a mi lado, el comisionado le dice algo a mis papás y ellos salen con él, diciéndome que volverán en un momento. La tía Elena dice que me traerá mi helado favorito a lo que Max le dice que no me traiga nada que tenga alcohol. Bueno,

el doctor dijo que nada de movimientos bruscos, pero no mencionó nada de alcohol ¿no? Y se los digo, entonces la tía Elena guiña el ojo y se va. Quedamos solo Gabriel y yo, de pronto me acuerdo de la última conversación que tuvimos antes de que todo esto pasara y se me encoge el corazón.

—Gabriel, lo lamento mucho. En serio no quise hacerte pensar que creía que tú habías filtrado las fotos.

—Lu, no... no importa. Eso es pasado y ya todos sabemos qué fue lo que en realidad pasó. En parte sí fue mi culpa si lo vemos así, yo dejé mi teléfono descuidado en una mesa en la casa de mi mamá.

—Sí importa, Gabriel. No quiero que pienses que en algún momento desconfío de ti. Ese día estaba procesando muchas cosas y por supuesto que no fue tu culpa. No tienes que culparte a ti mismo por algo que el pendejo de tu hermano provocó sin pensar en las consecuencias.

—Me culparé toda la vida, Luna; pero estoy agradecido de tenerte aquí, de que estés conmigo, de poder tomar tus manos y besarte. Solo la idea de que pude llegar a perderte... —Las palabras se le entrecortan, hace una pausa y después de aclararse la garganta, agrega: —¿Sabes? Ese día yo me fui a mi casa, porque estabas estable y tus padres me pidieron que fuera a descansar. Unas horas después recibí una llamada de François diciéndome que las cosas no estaban yendo bien, cuando regresé me dijeron que era muy probable que ya no resistieras más. —En mi vida había escuchado a Gabriel hablar con tanto dolor o que se le llenaran los ojos de lágrimas, quiero abrazarlo, pero no puedo moverme. Una lágrima le cae por el rostro y toma una respiración profunda para continuar: —Pensé que ese día te iba a perder, Lu. El trayecto desde mi apartamento hasta aquí fue el peor infierno que pude vivir. Me sentía desesperado y lo peor de todo es que yo no podía hacer nada para ayudarte.

Ahora la que está llorando soy yo, Gabriel se ríe un poco, extiende su mano para limpiarme las lágrimas y agrega:

—Después sucedió un milagro, estabas comenzando a recuperarte y sentí un alivio enorme, quería estar ahí contigo, pero no me dejaron. Casi me sacan del hospital. —Los dos soltamos una risita, el hombre araña se limpia los ojos y dice: —Pero solo pensar que pude perderte, Lu... es que no lo hubiese soportado.

—Bueno, ya es pasado y no vamos a volver a mencionarlo ¿Ok? será el tema Voldemort para los dos. —Gabriel se ríe y agrega:

—Desgraciadamente todavía tenemos todo un juicio por delante, así que no vamos a dejarlo ir así de fácil. Por cierto... —Saca algo de su maletín y me lo entrega. —¿Recuerdas el correo que recibí? ¿Qué dijiste que no querías aceptar porque pensabas que lo habían decidido por la noticia de quienes eran tus papás? Bueno, investigué y te hago saber que la decisión fue tomada tres días antes, sabes que yo no te mentiría, Lu. Me mandaron el guion, prométeme que vas a leerlo. Créeme que cuando lo hagas, no vas a poder decir que no.

—No te prometo nada.

Capítulo 78

Gabriel

Sí lo hizo.

Lo leyó y como me lo imaginé, no pudo rechazarlo. Es que ni yo lo haría si me lo ofrecieran y esto que no soy actor. Y qué suerte que no lo soy, porque se me da bastante mal lo de la actuación. Eso ya lo sabía, pero lo comprobé en dos ocasiones: La primera fue cuánto me atreví a ir a ver a Roberto y me di cuenta que la rabia que siento contra él no la puedo disimular ni un poco.

A ver, que él mismo había pedido verme y después semanas tras semana recibía un mensaje suyo a través de mi papá, pidiéndome hablar conmigo. El comisionado solo me lo comentó, no esperaba que yo aceptara ir, por supuesto. Entonces solo lo ignoré, hasta que dejó de preguntar por mí y después empezó a enviarme notas a la casa de mi madre.

Tal vez las envió a mi apartamento, pero yo ya no vivo ahí y alguien debió decírselo. El punto es que mi madre me las entregaba; yo, por supuesto, sin abrirlas las tiraba a la basura. No quería saber nada de él. Hasta que un día me tocó visitar a una persona que estaba en la cárcel, ahí lo vi y él me vio a mí, claro.

No sé qué tanto le ha pasado ahí, pero casi siento pena por él y es por eso que prefería no verlo. No quiero sentir lástima por la persona que casi me arruina la vida, porque también al verlo lo único en lo que puedo pensar es en que pude perder a Lu para siempre, en que nunca hubiéramos llegado a celebrar la firma del primero de sus contratos más importantes, en que si no hubiéramos llegado a tiempo... no sé qué fuera de mí ahora mismo.

Que después de todo lo que provocó el que necesitó ir a terapia fui yo, porque aquello se convirtió en una de mis pesadillas más recurrentes.

Acceder ir a verlo me tomó varios días, quería conocer cuál era la intención detrás de su insistencia, tenía la sensación de que algo bueno seguro no era. Aprovechando la visita a la misma persona a la que me tocó entrevistar el otro día, me fui hasta el área donde él se encontraba. Juan me esperó afuera, porque dijo que él no quería volver a ver a Roberto en su vida. Ni yo, para ser honesto. Cuando mi hermano me mira, lo primero que dice es:

—No pensé que vendrías.

—No quería hacerlo.

Roberto parece cansado, como nunca lo había visto antes. Más delgado, con ojeras, bolsas debajo de los ojos y notablemente ansioso. Casi da pena, porque él solía ser de esos que cuidan cada cosa de su aspecto.

—Lo siento mucho, Gabriel. De verdad. Siento mucho todo esto que pasó. En serio no medí las consecuencias, para mí solo era algo que dejaría de ser noticia en unos días…

—No lo intentes, Roberto. —Lo interrumpo. Si existen las palabras vacías, esas son las de él. —No te voy a ayudar a que rebajen tu condena, sabes todo lo que hiciste, incluso provocaste algo que estuvo a nada de arruinarme la vida entera y eso era lo que querías ¿no? Bravo.

—En serio, perdóname.

No sé si es el rencor que todavía le guardo, porque para eso la terapia todavía no me ha funcionado; pero siento que nada de lo que sale de su boca es verdad y no creo que exista algo

que vaya a hacerme cambiar de opinión.

—¿Para eso querías que viniera? Porque tengo que irme.

—Por favor, Gabriel. Ayúdame a salir de aquí. Te pido que por favor intentes convencer a papá que me ayude. Te lo pido de corazón. Esto no es justo.

Ahí está. Por supuesto que no va a pedir perdón porque en realidad lo sienta. Roberto es así, él no piensa que es culpable de algo. Él se cree la víctima de todas las circunstancias. Mi única respuesta es una risa cínica, ponerme de pie y decirle:

—¿De cual corazón hablas? Y no, no voy a ayudarte, lo siento.

Y me voy, saliendo de ahí me encuentro con el otro tipo, Andrés, quién va escoltado junto a un policía y al verme, se detiene, le pide al guardia hablar conmigo y cuando yo le doy un asentimiento, se acercan y dice:

—¿Cómo está Luna?

—Está bien ¿Por qué?

—¿Puedes decirle que quiero hablar con ella?

—¿Hay algo que tengas pendiente decirle?

—Solo quiero ver que está bien, por favor. No tiene que hablar conmigo si no quiere, solo quiero sacarme la última imagen suya que tengo en mi cabeza y convencerme de que sí está bien.

—Bueno, de todas formas, vas a verla en la corte.

—Por favor.

Entonces el policía se lo lleva y yo continúo mi camino hasta el auto de Juan. En ese trayecto veo un mensaje de Lu que dice que está en casa de mi madre, que si puedo ir por ella. Cuando llego al auto de Juan le digo que haremos un desvío a casa de mi madre.

Entonces esa fue la segunda ocasión en la que me di cuenta que la actuación definitivamente no sería lo mío y no, no tiene que ver con Lu, o tal vez sí, si lo vemos desde la perspectiva que ella ayudó a organizar todo. La cosa es que al llegar a la casa de mi madre y ver a Luna lanzarse a mí como siempre lo hace, enrollando sus piernas alrededor mi cintura y dándome un beso feroz que correspondo, jamás me imaginé lo que me estaba esperando. Incluso bromeo con ella antes de comenzar a subir las gradas de la entrada:

—Hey, nada de movimientos bruscos dijo el doctor.

—Eso no decías ayer.

Entonces le tapo la boca, porque Juan está detrás de mí. Ella se ríe y es ahí donde sucede, que al atravesar la puerta de la casa de mi madre me encontrara con un letrero de «Feliz cumpleaños» que al verme todos comenzaran a cantar la jodida canción de Las mañanitas, con guitarra y todo, con gorritos en la cabeza y globos. Entonces, caigo en cuenta que todavía sostengo a Lu a horcajadas y ahí están sus papás, toda su familia y la mía.

Entonces la bajo, pero me estremece la bomba de confeti que Juan lanza detrás de mí.

Carajo.

Así que no, no sirvo para actor, porque... bueno ¿se supone que debería fingir alegría al menos no? pero lo que a mí se me ocurre decir es:

—¿Qué carajo?

—Sí... está emocionado. —Dice Juan. Y lanza otra bomba de confeti. —¡Wujuuu! —Se acerca a mi oído y dice: —Ya tienes treinta y uno, oficialmente nueve años mayor.

No puede ser.

—Que alguien me mate. —Siseo, pero entonces me acuerdo que la última vez que dije

eso apareció Vladimir y casi me vuela los sesos. —No, mejor no.

Mi madre me toma del brazo y me sienta en la mesa. Me dicen que tengo que apagar la vela del pastel. Ah, caramba. Sí hay un pastel. Mejor me hubiera quedado con Roberto, estarlo viendo era menos tortura.

—Sopla la vela. —Dice Juan. Y comienzan a cantar de nuevo. Ok, mejor la soplo para que esto se acabe más rápido, pero antes de que lo haga, dice: —Pide un deseo.

—No voy a p...

—No, tienes que pedir un deseo.

—Que no v...

Ok, finjo que sí lo hago para que me dejen en paz y soplo la bendita vela. Madre mía, qué tortura y ahora necesito tiempo a solas. Por suerte, el resto pasa rápido y después me voy a tener mi tiempo de recuperación al patio de atrás de la casa de mi madre. Escucho unos pasos detrás de mí y después unos brazos rodearme la cintura desde atrás, veo el reloj de su muñeca y el anillo de serpiente que lleva en su dedo anular. Ese era de la abuela Margarita, según me dijo.

—¿Te estás divirtiendo?

—¿Se nota? —Replico con sarcasmo. Me doy media vuelta y quedo de frente a Lu. —Por cierto, hoy después que vi a Roberto, me encontré a alguien. —Ya le había comentado a Lu que iría a hacerle una visita a mi hermano en la cárcel. —Andrés y me dijo que quiere verte.

—¿Andrés? ¿Qué?

—Lo sé, ni yo lo entendí.

—¿Te dijo por qué?

—Asegura que quiere ver que estás bien, que no puede quedarse con la última imagen de ti, que supongo se refiere a... —No lo menciono, eso sigue siendo un tema sensible del que prefiero no acordarme.

—Qué ironía

—Bueno, después de todo él fue quién me dijo dónde estabas y ha colaborado con la policía. Realmente parece arrepentido. Me hace pensar que solo es un jovencito que se dejó manipular y ahora le toca pagar caro las consecuencias de sus actos.

—Si voy ¿Me acompañarías?

—Claro que sí, mi amor. Contigo, aunque sea a lanzarme de un precipicio. —Luna suelta una risa y después se acerca a mí para comenzar a besarme los labios, de una forma dulce y tranquila, que yo correspondo igual. Hasta que un ruido nos llama la atención y los dos vemos a Elías quién nos también nos observa, arruga el gesto y se va de regreso sin decir nada. —Elías se va a Harvard y convencerlo de tomar esa oportunidad me costó una suscripción en su página porno, a mí y a toda tu familia.

—Sí, ya me lo habían contado.

Arreglar el encuentro con Andrés en la cárcel no es tan fácil. Ahora Lu tiene una agenda ocupada y entre la fiesta de la revelación de género del bebé de Luisa y Fede, más sus largas jornadas en el set, nos toma un par de semanas. En el momento que él mira a Lu, sus hombros bajan en un suspiro que parece aliviado, cuando toma el lugar al otro lado lo que dice es:

—Hola, Luna. Gracias por venir. Yo... solo quería saber si en verdad estás bien. Es que no podía sacarme esa imagen de ti de la cabeza y quería verte para al menos dejar de tener pesadillas con eso... pudiste morir...

—Participaste en ese secuestro, te lo recuerdo. Ayudaste a planearlo y sí pude morir.

—Lo sé y no hay un solo día en el que no me arrepienta. Ana fue la que insistió, ella aseguraba que todo iba a ser fácil y que no ibas a salir lastimada, porque a tus papas no les importa mucho el dinero, entonces me dejé llevar por eso y nunca pensé que aquello se podía salir de control y todo lo que ellos estaban planeando ni siquiera lo mencionaron conmigo. Sé que no vas a perdonarme, Luna, pero al menos estoy tranquilo porque sé que después de todo estás bien.

Confirmo, solo es alguien que se dejó manipular y lamentablemente se arruinó la vida con solo veintidós años.

Después de eso ya no volvimos a tocar el tema, al menos entre los dos, porque el juicio sigue en pie, aunque será fácil gracias a la colaboración del mismo Andrés. El anuncio de mi nombramiento como socio junto a Juan llegó el mismo día que la fiesta de revelación de género, así que no pudimos celebrar porque después teníamos que estar en un yate para la fiesta a la que incluso Juan, quién es el abogado directo de todos los Belrose, estaba invitado. Sí, un yate. La revelación del sexo del sobrino de Lu se dio mientras una avioneta sobrevolaba encima de nosotros lanzando un polvo del color que anunciaría el sexo del bebé.

Pero eso no fue todo, antes de eso el show que Pepe mismo preparó, fue una pelea de botargas. Ahí entendí por qué lo eligieron a él para esto. Él llevaba una botarga de bebé enorme y Omer, su hermano, era la otra botarga de una bebé niña. Después de simular una pelea, de un solo golpe noqueó a Omer y éste cayó al agua desde el yate, lo único que dijo fue:

—Lo siento, Omer. —Entonces, se volvió a todos y dijo: —Es niño.

Ahí fue cuando sobrevoló la avioneta con el polvo azul sobre nosotros y todos se volvieron locos. En fin, una celebración casual en la familia de Luna. Tuve que buscar el momento, cuando todavía estábamos sobrios, para contarle a Lu la noticia de que sería socio del despacho y después me emborraché con Champagne, pero ese es un tema aparte.

Las cosas poco a poco comienzan a sentirse como antes, aunque ahora con más precaución y tengamos que vivir en una zona de las privilegiadas que acostumbra la familia de Luna, pero a eso tengo que acostumbrarme porque la carrera de Lu comienza a despegar y ahora se comienza a hablar de ella en todas partes, no puedo abrir una red social sin encontrarme algo relacionado con Lu y no me molesta en lo absoluto.

Después de un rato, me doy cuenta de que no me ha contestado los mensajes de hoy. Sé que ahora tiene una agenda apretada así que no insisto, aunque ella siempre está pendiente de mis textos y contesta en el momento que tiene el celular. Pasan horas y nada. Se llega mi hora de salida y no veo la respuesta de Lu, miro mi celular, arrugo el entrecejo y después conduzco a casa.

Intento llamarla en una ocasión, pero no contesta. Finalmente me llega un mensaje de su número y cuando estoy en un semáforo en rojo, lo veo:

De: Lu

¿Estás en camino? Tenemos que hablar.

A ver, entro en pánico, no miento. No por el mensaje en sí, sino porque Lu nunca envía esas cosas. Le pregunto que si está todo bien y aunque aparece como que está escribiendo, después no contesta. A ver, sé que he trabajado demasiado estos últimos días, pero le pregunté si estaba bien y ella me contestó que no había problema. Algo que amo de mi relación con Lu, es que siempre hablamos todo.

Okey, tal vez no es eso.

Cuando el semáforo cambia presiono el acelerador, viendo de vez en cuando si recibo la

respuesta de Lu, pero no hay nada. Cuando llego a casa, lo primero que veo al abrir la puerta es a la fiera dentro de su transportador. No veo a Lu, finalmente aparece, lo hace lento y con un gesto que no logro descifrar.

—Tengo que hablar contigo. —Parece nerviosa y mi sentido de pánico se activa todavía más. Me toma del brazo, me lleva al sillón de la sala y continúa: —No quería hacerlo a través de mensaje de texto, Gabriel. Escúchame, todo el tiempo estuve pensando en ti, te lo juro. Pero es que... no pude decirle que no, lo siento.

—¿Qué cosa?

—Es que... a ver... Entiendo si te molestas ¿Ok? Sé que debí decirte, pero no sabía cómo y bueno... ya está, lo hice y lo siento mucho.

—Ah, por Dios ¿Qué hiciste, Lu?

Entonces veo una oreja detrás del sillón y después un animal asomar la mitad de la cara. Me quedo petrificado. Yo lo miro a él, él a mí y después los dos a Luna.

—¿Eso es un perro? ¿Por qué hay un perro en el apartamento?

Entonces se pone de pie y comienza a caminar de un lado a otro.

—Es que llega todos los días al set y le comencé a dar comida, pero no podía dejarlo ahí Gabriel, está delgadito y mira... —Lo llama. No es un perro pequeño, cabe aclarar. Parece un caballo. —Es un ancianito. No podía dejarlo ahí, sé que debí preguntarte antes, lo sé.

—Santo escarabajo.

—Es que mira... —El animal sigue moviendo la cola cuando Luna le toma el rostro. —¿Cómo puedes dejar esto abandonado en la calle? Le hirieron su patita. Estuve en el veterinario toda la tarde, pero no podía decirte, necesitaba hablarlo contigo en persona.

Okey, entonces era esto.

Pero igual: Carajo.

No digo nada por un momento y después le doy un vistazo al animal otra vez. Nos quedamos callados los dos, hasta que él ladra.

—Ay, por Dios.

Y el animal se me acerca y mueve la cola.

—¿Qué dices? ¿Puede vivir con nosotros? —El perro continúa moviendo la cola y me está viendo. Entonces extiendo la mano, le toco la cabeza y él comienza a lengüetearme. Le digo a Lu que tengo que pensármelo, pero de todas formas ya sabe que toda petición suya siempre tiene una respuesta afirmativa. —¿De verdad? ¿Sí?

—Dije que iba a pensármelo. —Entonces se lanza a mí, haciendo que mi espalda choque contra el respaldar del sillón y suelto una risa cuando ella comienza a besarme. —Dije que voy a pensármelo. Por cierto ¿Por qué la fiera está en su transportador?

—Porque quiere madrearlo.

Entonces lo veo y sí, es verdad, pero no tiene solo ganas de madrearlo a él, sino de cargarnos a palos a todos si pudiera. Lu se pone de pie y lo llama, el animal va detrás de ella moviendo la cola.

—Primera regla, que no duerma en mi cama.

Solo escucho la risita de Lu que yo respondo, ¿pero a quién engaño? mis reglas aquí están para romperse y después de un tiempo, cuando la fiera y el perro comienzan a llevarse bien, ocupan mi espacio personal, me siguen a la sala, a la cocina, al baño. En fin, unos días después cuando Juan llega a visitarme, el primero que le salta es el perro y él, con sorpresa, pregunta:

—¿Otro Belrose?

Yo le digo que sí. Él comienza a darle cariños al animal y este se pone panza arriba, comienza a hablarle, a hacerle mimos y después me dice:

—Quiero que a mí también me adopte un Belrose.

—Bueno, a ti ya te adoptó todo un grupo.

Si de algo estoy seguro, es que no cambiaría nada de mi vida con Lu. Despertar todos los días al lado de la mejor persona que pude conocer en toda mi vida es como una bendición. Bendita aplicación de citas y bendito Juan por obligarme a ir, algo que no le he dicho, por supuesto; pero es seguro que ya lo sabe, porque se encarga de repetírmelo cada que tiene la oportunidad:

—Nadie hará nunca lo que yo hice por ti.

—¿Qué es eso exactamente?

—Obligarte a inscribirte en una aplicación de citas. Básicamente te ayudé a encontrar al amor de tu vida, quién no tengo dudas será muy famosa. En tu vida volverás a echarle agua al shampoo. De nada, Gabriel.

Capítulo 79

Luna

¿Hay algo más preocupante que qué te conozcan solo como la hija de Max y François Belrose?

Sí, que te conozcan como la hija a la que le dispararon de Max y François Belrose.

Después que salieron de Vladimir y su supuesta venta de drogas que él mismo se inventó, mis padres volvieron al foco de atención cuando alguien del hospital donde estuve internada filtró a la prensa que fue lo que pasó e incluso circuló una foto de Max que alguien tomó mientras iba entrando al lugar. Claro que Max se encargó, dieron con la persona y terminó sin empleo, es que ya ni casi muriéndome puedo estar tranquila.

Algo positivo es que ahora en cada entrevista ya no me quieren preguntar sobre mis papás, pero ahora quieren saber cómo es que terminé internada en el hospital con una bala. Más que todo porque eso se quedó como un «rumor», nadie nunca salió a afirmarlo o contradecirlo. Por primera vez en mi vida estoy comenzando a preferir que me pregunten sobre Max y François Belrose, para ser honesta.

Al menos el «rumor» hizo que mi popularidad creciera como espuma en redes sociales. Y es que no hay mal que por bien no venga, como decía la abuela Margarita, ni mal que dure cien años... o algo así, creo.

En fin, son muchas cosas las que pueden pasar en seis meses.

Fui de estar casi muerta en un hospital, a trabajar en una producción enorme, liderar carteleras de cine y ser la portada de varias revistas sin que mencionen a Max y François. Lo de hablar frente a las cámaras parece que es lo mío y mi don de hablar demás cuando me pongo nerviosa, se ha convertido en mi fuerte y ya me gané a medio internet con mis primeras entrevistas.

También me encontré a Cristal por primera vez desde que Roberto está en la cárcel. Desde entonces no sabía nada de ella y hasta se me había olvidado de que existía. Ya se le nota el embarazo y le luce su faceta de nueva mamá. Incluso está más guapa. Y no lo digo porque ahora me cae mejor, digo... poniendo las cosas en perspectiva, gracias a ella conocí a Gabriel, también ella fue el empujoncito que necesitaba para contarle sobre mi familia al hombre araña. Tengo mucho que agradecerle, aunque eso es algo que nunca le diré, pero bueno... cuando llego a casa de doña Caterine, es a ella a la primera que miro, esboza una sonrisa al verme y se me acerca solo para decir:

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro.

Entonces la sigo hasta el patio de doña Caterine. Voy a admitir que yo me voy preparando mentalmente para cualquier cosa, cualquier escenario y mi apertura de respuestas sarcásticas en caso de que esto se salga de control, pero entonces se me reinicia el cerebro cuando lo que me dice es:

—Quiero disculparme contigo. —Para eso no traía una respuesta preparada. Así que la miro, ella a mí y como yo no respondo, continúa: —Yo sé que las cosas entre tú y yo no han sido las mejores y sé que es mi culpa. En serio me disculpo por todas las cosas que dije en tu contra. Creo que estaba celosa, pero no por Gabriel en sí, sino porque de alguna forma me hirió el ego.

Te pido perdón y aunque ya no nos vamos a ver tan a menudo, espero que las cosas no estén mal entre nosotras solo por una tontería.

Como lo dije antes, de pronto el mundo está al revés o no sé si es que desperté en un universo paralelo. Mi yo del otro universo está agarrándose de los pelos con Cristal.

—No te preocupes, de verdad. Gracias. Yo también tengo que disculparme, tal vez dije cosas que no debí y... lo siento mucho. —Su respuesta es un asentimiento con una media sonrisa, aprovechando el momento y que no sé cuándo vuelva a repetirse, se me ocurre preguntar: —Oye ¿Recuerdas las cenizas de tu abuelo que dejaste en el apartamento de Gabriel?

—¿Qué cenizas?

—Unas dentro de un tigre de vidrio, que dejaste sobre un estante. Digamos que un día me las encontré y...

—Ah, ya recuerdo. Esas no eran las cenizas de mi abuelo.

—¡¿No?! ¿Quién era ese entonces?

—Nadie. Extravié las cenizas de mi abuelo en un aeropuerto, entonces tuve que comprar esas para hacerles creer a mi familia que todavía estaba aquí conmigo. Después tuve que comprar otras, porque no me acordaba que las había dejado en el apartamento de Gabriel.

—¿En serio? ¡Ja! —Ahora siento alivio. —Ok, qué bueno saber que no me tragué a un anciano.

—¿Qué?

—¿Qué? No, nada. Solo pensé en voz alta

Qué suerte que su celular nos interrumpe y después me dice que tiene que hacer algo, pero que regresará para la comida de doña Caterine. Me voy detrás de ella y no es que sea chismosa ¿ok? Pero me quedo en la ventana de la cocina viéndola y al que veo bajarse del auto es al que solía ser el mejor amigo de Roberto, él le da un beso y después rodea su vehículo para abrirle la puerta. Santo escarabajo.

—¿Qué acabo de ver? —La pregunta era para mí misma, pero no me había dado cuenta de que Caterine está detrás de mí. Se acerca a mi lado y lo que me contesta es:

—Ahora Cristal sale con William, quién también llevó su divorcio. —Eh, menuda roja que no descansa. —Me preguntó qué opinaba al respecto y bueno... él era el mejor amigo de Roberto que ahora está en la cárcel, por un delito grave. Entonces lo que ella decida hacer, pues está bien ¿no? digo... pasó de uno de mis hijos, al otro, así que ya nada me sorprende. Le dije que yo no me metería en sus decisiones, siempre y cuando no vayan a afectar a mi nieto. Así que ahora tenemos una buena comunicación, seré parte de la vida de su bebé como su abuela paterna y, bueno, William no es como Roberto, de hecho, no sé ni siquiera porqué era su mejor amigo, tampoco es que sea monedita de oro, pero ella es adulta y sabrá lo que hace. Cristal se merece ser feliz, no es una mala persona, solo ha tomado malas decisiones.

—Pues una de sus malas decisiones me dio a una de las mejores personas que tengo en mi vida, Caterine, así que le debo las gracias. Por cierto, ¿qué ha pasado con esa amiga suya Melissa?

—Melissa y Cristal tienen una amistad rara, sé que por el momento no se hablan y que Melissa se fue a vivir a otra ciudad. Igual volverán a ser amigas pronto, eso es seguro. Oye, pídele a Emilio que venga a comer con nosotras. —Emilio está aguardando en el auto en el que me trajo hasta aquí. No hablamos de lo que pasó con Ana, él se disculpó conmigo, lo hizo casi llorando, pero es que yo no tengo nada que disculparle a él. Desde entonces no tocamos el tema. —Sé lo difícil que es tener a un hijo en la cárcel. No me quiero imaginar cómo se debe de sentir

él después de saber de lo que fue capaz su única hija.

Y veo a Emilio y sí, le pedí que comiera con nosotras.

En estos últimos seis meses también mis padres decidieron liberar el fideicomiso que me dejó la abuela Margarita, la cantidad de dinero quizás le provocó un mini infarto a Gabriel, principalmente porque yo le dije que no era mucho. También decidimos mudarnos a una casa, porque ahora con el nuevo miembro de la familia «Perro» necesitábamos más espacio, porque tan ancianito no es, solo estaba descuidado y ahora corre sin descanso de un lado a otro.

Y sí, se llama «Perro».

Larga historia, pero resumida en unas cuantas palabras: El hombre araña y yo nunca llegamos a un acuerdo de nombre y cuando nos dimos cuenta el pobre animal ya hacía caso por «Perro» así que terminamos llamándolo así y ya Max le mandó a hacer una pintura estilo renacentista con la palabra «Perro»,

Y sí, también Pantuflas tiene la suya.

Suelto a Perro cuando estamos en el patio del que será nuestro nuevo hogar a partir de ahora. Él comienza a oler todo, va de un lado a otro moviendo la cola y yo me vuelvo a Gabriel quién está entrando a la casa sosteniendo una caja. Perro se va detrás de él y cuando el hombre araña abre la puerta, él entra primero.

—Tenemos una casa... —Le digo, dejo el gato en su transportador cerca de la puerta y cuando me acerco, él repite:

—Tenemos una casa, mi amor. —Además, agrega: —Y qué honor saber que la comparto contigo.

Justo en el momento que acerca su boca para darme un beso, una serpiente sale de la caja que él está cargando, el animal se le sube por el brazo, él suelta un grito, yo suelto un grito y me pregunta:

—¿Esta también la adoptaste?

—¡No! Por supuesto que no ¡¿De dónde salió una serpiente?!

El animal se cae cuando el hombre araña sacude el brazo, después parece que viene hacia mí y yo no sé qué hacer ¿Es buena idea tirarme al otro lado de la valla? Por suerte no lo descubro, porque nuestros gritos espantaron al tío Pepe, quién nos está ayudando con la mudanza, se acerca y entonces soltando un suspiro, lo que dice es:

—Esa es Camilita, es inofensiva.

¿Qué? ¿Qué diablos?

—¿Tiene nombre? —Casi me infarto, por una serpiente que se llama Camilita. —¿Por qué está aquí una serpiente? ¿Y en serio se llama Camilita?

—Es de Luis Enrique. Ya estaba a punto de llorar pensando que se le había perdido. —Luis Enrique es el del camión de mudanzas. Trabaja para Pepe en la nueva empresa de vinos que está montando. El tío Pepe la toma, se la enrolla en el cuello y dice: —Luis, ya apareció Camilita, estaba en una de las cajas.

Ah, carajo.

Así inicio mi nueva etapa de vida familiar, a punto de un paro cardíaco. Un comienzo muy yo si lo vemos de esa forma. El resto de las cajas las desempacamos con cuidado, en caso de que otra Camila se aparezca, aunque antes me encargué de preguntarle al señor de las mudanzas para no llevarme otra sorpresa:

—No se le perdió otra Camilita ¿Verdad?

—No, al menos no aquí.

—¿Seguro?

Nunca está demás chequear dos veces.

—Seguro, señorita. Aunque le digo, en esta zona puede encontrar muchas Camilitas, me avisa si algún día ve una, yo paso a recogerla.

Santo escarabajo.

Dejando a un lado el pánico de ese tema, creo no puedo pedirle más a la vida. Tengo un perro, un gato, una bonita casa con piscina y minibar ubicada en una de las zonas más tranquilas —donde, por cierto, Luisa también compró una casa que está a solo un par de calles de aquí y Juan tampoco vive muy lejos—. También tengo un novio maravilloso quién, además de ser socio de uno de los despachos más importantes del país, también se ha ganado la simpatía de mis fans porque es el que me acompaña a todos los eventos a los que asisto. Con solo su presencia se ha ganado miles de seguidores, aunque solo tiene catorce publicaciones en Instagram o quince, porque acaba de postear una foto de los cuatro (él, el perro, el gato y yo) sentados en las gradas de la entrada de nuestro hogar.

Un hombre como Gabriel me hace despertarme todos los días pensando en lo afortunada que soy, a veces me despierto pensando en lo mucho que odio a Roberto por poner mi vida patas arriba, pero entonces miro a su hermano saliendo del baño con solo una toalla en la cintura y se me pasa, porque... a ver... quién va a estar pensando en su odio hacia Roberto cuando un hombre como Gabriel, recién bañado y oloroso, se inclina a darte un beso y te dice:

—Buenos días, mi amor. —Entonces enrollo mis piernas en su cintura y después en un movimiento hago que quede apresado debajo de mi. —Ok, Bruce Lee, pero tengo que ir a trabajar, ya no vivo tan cerca.

Comienza a reírse cuando le beso el cuello, la mandíbula, la barbilla después bajo a su pecho y continúa riéndose.

—Lu, en serio. Tengo que irme. —Bueno, tampoco hace resistencia, se sigue riendo y yo con él, pero al mismo tiempo continúo descendiendo mis besos en su cuerpo. —Mi amor, en serio... —Su abdomen, después el vientre y llegó ahí dónde finalmente se calla. —Ok, creo que puedo llegar tarde un día.

Pero no, nunca llega tarde.

Volviendo al tema de lo que mucho que ha pasado en los últimos meses, Luisa dejó la comisaría, ahora ya no puede esconderse y no es seguro para ella seguir ahí, tal vez antes le hubiese valido madres, pero ahora con un hijo en camino sí se preocupa más por su bienestar. Ahora se está convirtiendo en la sucesora de la tía Lucía.

También en estos últimos seis meses, doña Caterine hizo su evento de caridad y el señor Max sí cumplió su palabra, pero lo hizo invitándome a mí, así que canté en público… con Max.

Pero bueno, aún todo lo mencionado anteriormente no le llega a lo que se viene a continuación y es que tal vez no debería tomar mucho, pero es que eso es de familia, básicamente lo tengo en la sangre y tengo un minibar en casa, así que... Gabriel invitó a sus amigos, Juan fue el primero que apareció y llegó con Karen. Después aparecieron Javier y Catalina, quién ahora es una estudiante de leyes, pero todavía no se casan. Al rato también se apareció Pepe quién venía de visitar a la tía de Gabriel, pero él asegura que todavía no son nada —*todavía*—. Ni siquiera estábamos celebrando algo, solo nos emborrachamos porque sí y mientras Gabriel busca una botella de ron en una caja, es una de plástico que se cae. Gabriel la mira, esboza una sonrisa y cuando me acerco, dice:

—¿Recuerdas una botella que te dije que me firmaras para cuando fueras famosa?

Hago memoria y, vagamente, lo recuerdo. Gabriel deja la caja a un lado, recoge la botella y me la muestra. Ahí está, sí es mi firma y ya recuerdo mejor como pasó.

—Estábamos en tu auto. —Suelto una risita tomando la bendita botella y miro mi firma con marcador rojo. —No puede ser ¿De verdad la guardaste? Pensé que la habías tirado.

—¿Por qué la tiraría? Te dije que la iba a guardar para tener algo que presumir cuando fueras famosa. —Vuelve a tomar la botella y con una sonrisa me dice que unos años valdrá millones. Me rio por su comentario y él agrega: —Te dije que lograrías muchas cosas. Estás iniciando y mira cómo te quieren en todas las redes sociales. Pasaste de pelearte con señoras en Facebook por defender a One Direction a tener a tu propio grupo de personas que se peleen por defenderte a ti. Muy bien, Lu.

—¿Ahora también eres amigo de Vladimir? ¿O quién te contó esa historia?

—Sí fue Vladimir, pero no somos amigos. Solo que tiene muy buenas anécdotas tuyas para contar.

—Eso es verdad.

—Estoy muy orgulloso de ti, Lu y de que todo esto... —señala toda la casa con su dedo... —sea más tuyo que mío.

—No es verdad.

—Sí es verdad y lo sabes. —Se acerca a mí, me da un beso en los labios y después agrega: —Te amo, Lu.

—Y yo te amo a ti.

—Deberían casarse. —Interrumpe Juan de pronto haciéndonos soltar un brinco, pasa de un solo a tomar la botella de ron, pero continúa; —Yo puedo casarlos, tengo la licencia, puedo casarlos hoy mismo si quieren. Tenemos alcohol y a los invitados.

Y no sé por qué, pero mi alcoholizado cerebro en ese momento opina que Juan tiene una gran idea y al parecer el de Gabriel también porque dice:

—Sí, tienes razón. —Entonces se postra sobre una rodilla y buscando algo, no sé qué sea, pero Juan le da una liga, entonces, simula un anillo. —Lu, quiero ser yo la persona que esté a tu lado a cada paso que des de ahora en adelante, que seas tú la persona que mire cada mañana por el resto de mi vida, hay muchas cosas que me hacen feliz, pero nada se compara con la felicidad que siento a tu lado. Lu ¿Te casarías conmigo?

Y yo le digo que sí.

Entonces así fue como pasó, como es que Juan terminó casándonos en el patio de nuestra casa junto a la piscina con un grupo de personas alcoholizadas como invitados, todos riéndonos a carcajadas y dos testigos, que fueron Pepe y le pedí a Emilio si quería participar.

Y él dijo que sí, el único no borracho del grupo.

—Gabriel, aceptas como esposa a Luna, en la salud y en la enfermedad, en las buenas y en las malas, en el dinero y más dinero... Esperen estoy muy borracho, no puedo leer bien estas líneas. —Entonces las carcajadas de nuevo y continúa: —En fin, tú ya sabes qué dice.

—Bueno, igual sí acepto.

—Y tú Luna, aceptas por esposo a Gabriel, en la salud y en la enfermedad, en las buenas y en las malas... bueno, tú sabes todo eso. Gabriel es un gruñón a veces y se siente como un hombre de cincuenta, lo aceptas así, ¿verdad?

Entonces más risas y yo digo que sí.

—Sí, acepto.

—Entonces ya está, los declaro marido y mujer. Puede... —Entonces nos besamos, de esa

forma tan apasionante, tan divertida y sensual al mismo tiempo. Me toma de la cintura y hace lo mismo del día que me besó en la boda de Cristal. —Bueno, iba a decir que puedes besarla, pero veo que ya lo estás haciendo. Qué vivan los novios ¡Wujuuu!

Entonces los demás aplauden, se ríen, no sé de dónde improvisan una sortija, pero son de plástico. Juan toma una selfie donde estamos los tres. En ese momento mi celular es el que nos interrumpe, al desbloquear la pantalla veo que es Luisa y me está intentando llamar desde hace un rato.

Le voy a decir que acabo de casarme, pero escucho la voz de Fede:

—El bebé ya va a nacer. —Me toma un momento asimilar lo que dijo, digo... estoy borracha. Suelto un grito y le pregunto si eso significa ahora. —Sí, ahora. Luisa quería que te avisara.

Definitivamente, no habrá noche de bodas, pero entonces esta fecha no solo se convierte en mi boda con Gabriel, sino también la llegada de mi sobrino al mundo. Se lo digo a Gabriel y a Pepe, este último en pánico se sube a su auto, pero se da cuenta que no puede conducir ebrio entonces se va con nosotros y Emilio. Al llegar al hospital, mi familia ya está ahí, pero están más preocupados por Luisa y el nuevo integrante que nadie repara en la borrachera que andamos encima. Pepe dice que nos traerá café. Finjo que estoy sobria, pero igual me quedo dormida en una silla en la sala de espera, sobre el hombro de Gabriel. Ya ni siquiera me acordaba de lo que estaba pasando cuando escucho:

—Ya nació.

Entonces me despierto.

—¿Quién?

—Tu sobrino, Lu.

Suelto un chillido y me pongo de pie de un salto hacia la sala que me indican. Aparto a todos y miro a mi hermana, después a una cosita pequeñita que está sosteniendo Fede envuelto en una sábana amarilla. Pido ser la primera en cargarlo, bueno después de Fede y tengo que sentarme una vez que él lo pone en mis brazos, a ver qué todo me da vueltas, sí, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de una cosa:

—Se parece a Fede... —Yo lo digo con decepción, pero Fede levanta la barbilla con orgullo y contesta:

—Sí, ¿verdad? —Entonces después lo cargan Max, François, la tía Elena, Pepe, yo me tengo que recostar sobre la pared fingiendo que no estoy a punto de pedirle a Luisa que me haga un espacio en su cama para dormir. Entonces aparece el hombre araña y les digo que saldré un momento, pero la voz de Luisa me detiene:

—Luna ¿estás borracha? —Entonces yo le digo que no. Tipo arrastrando la lengua, pero igual... no. —¿Cómo que no...? Mírame a los ojos.

—A ver, en mi defensa, yo no sabía que hoy iba a nacer, me emborraché desde antes. —Entonces el teléfono de todos suena. Max es el único que saca su celular y después de ahogar un grito, mira de Gabriel a mí.

—¿Qué es esto, Luna Elena?

—¿Qué cosa? —Entonces me muestra su celular y ahí está la foto de los tres, donde claramente Juan dice que acaba de casarnos. Ok, el perfil de Juan es privado, pero lo siguen mis papás. Ah, caramba. —Ah sí. Gabriel y yo nos casamos.

—¿Se qué?

Max simula un infarto. Ahora todas las miradas de los presentes van de mí a Gabriel.

Todos en la sala, hasta la de un enfermero que había entrado hace un momento.

—¿Qué ustedes qué?

—Que nos casamos.

François se lleva la mano a la cabeza, camina de un lado a otro y vuelve a preguntar:

—¿Cómo diablos pasó eso?

—Yo lo hice. —Aparece Juan ahora, más pedo que nosotros dos. Se detiene en la puerta junto a Gabriel y pasándole la mano sobre los hombros, agrega: —Yo los casé. Tengo licencia. Ya puedo casarlos a ustedes también. —Señala a Fede y a Luisa.

Ahora todos miran a Juan.

—¿Qué tú qué? —De nuevo François.

—Que puedo casarlos a...

Entonces ya no dice nada, porque ve las miradas de todos los demás sobre él, después mira al bebé y dice que está precioso, da media vuelta y se va.

—A ver... —Habla la tía Elena finalmente. Ahora ella es la que está cargando al niño. —Que ustedes también se casaron borrachos y en una isla, casi se ahogan, naufragaron tres días ¿No se acuerdan? No son los mejores para juzgar si nos ponemos a eso.

Ambos se ríen, pero entonces vuelven a su seriedad y Max se defiende:

—Tú también te casaste borracha, Elena y mira, nos apuntó con un arma, nos demandó, etc.

—Pero también nos ayudó a desviar a la prensa cuando lo necesitamos.

—Eso es verdad.

—¿Ya lo ven? Es de familia. —Entonces le golpeo el brazo a François con mi codo y él solo me mira. —Ya sabía yo que estaba en los genes.

Finalmente, Gabriel habla, entra a la sala y le dice a mi papá:

—No se preocupe, señor Belrose. Bienes separados, se los prometo.

—No me importa lo de los bienes separados. Están borrachos. Están conscientes de que se pueden arrepentir mañana ¿Verdad?

Ok, ya tendré tiempo para arrepentirme mañana, pero no de casarme con Gabriel, sino por haberme emborrachado y tengo una *premiere* a la cual presentarme.

—Señores Belrose. —Escucho que Gabriel le habla a mis padres. —De lo único que me arrepentiría mañana es de la resaca que voy a tener, pero jamás me arrepentiría casarme con Luna. Casi la pierdo una vez y no soportaría la idea de volver a perderla. Yo quiero despertarme junto a ella por el resto de mi vida y decirle todos los días que la amo. Nunca he pensado en tener hijos, pero con Luna tendría todos los que ella quiera...

Y yo bromeo:

—Diez.

—No, tampoco diez. En fin, yo amo a su hija y nunca en la vida dudaría de compartir mi vida con esa mujer maravillosa.

Todos se quedan en silencio, parece que hasta perdieron la respiración. Mi corazón se acelera de la emoción y miro al hombre araña, él me mira a mí. Max se pone de pie, sorbe por la nariz, saca el pañuelo de su saco y se limpia los ojos.

—Muchas emociones para un solo día, pero bueno… dicen que no hay palabras más sinceras que las de un borracho ¿Verdad? Bueno, Gabriel, bienvenido a la familia. Ahora tendremos acto de iniciación como esposo de mi hija, si quedas vivo, entonces...

—¡Papá! —Mi padre se ríe, también los demás presentes. Max se acerca a Gabriel le da

la mano y dice:

—Bueno, tienen mi bendición.

Ahora François:

—La mía también, creo.

Y hasta Luisa.

—Yo también lo apruebo.

De nuevo Max:

—Bueno, pero necesito otra boda. Una donde yo esté presente para llorar tranquilo y emborracharnos todos juntos.

Epílogo

Gabriel

Si hace unos años alguien me hubiera dicho que una cita por internet estaba a punto de cambiarme la vida por completo en tan poco tiempo, no me lo hubiese creído. Si alguien me hubiera advertido que la mujer con una foto de perfil de Darth Vader se iba a convertir en el amor de mi vida, me hubiese reído, por supuesto.

Eso, evidentemente, fue antes de conocer a Lu, de darme cuenta de que era la única mujer capaz de volverme loco solo con una sonrisa, que tan solo un gesto suyo bastaba para replantearme toda la existencia y que un solo beso era suficiente para que me tuviera rendido a sus pies.

Es que si hace algún tiempo alguien me hubiera dicho que la mujer que creí que iba a matarme en realidad se convertiría en mi esposa... me hubiese echado a correr, pero la vida actúa de maneras misteriosas y aunque después de esa primera cita me propuse no volver a pensar en ella, ahora tenemos una casa, un perro, un gato y un hurón.

Ese último también llegó con Luna.

En fin, qué bueno que nadie me lo advirtió, que nadie me dijo que esa mujer de veintidós años estaba a punto de ponerme la vida de cabeza, qué nadie mencionó que un tiempo después estaría uniéndome a ella de la forma más bizarra, junto a una piscina y con mucho alcohol; pero como sea que haya sucedido, no me arrepiento, ni ebrio, ni sobrio; ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Ni aunque no haya dormido nada y ahora tenga una tremenda cruda que soportar. Ni aunque tenga mil flashes puestos en frente. Ni aunque odie las fotografías, pero por Lu me he tenido que acostumbrar, principalmente porque a más de alguno de los fotógrafos se le ocurre decirle:

—¿Podemos tomarte una foto con tu novio?

Qué suerte que Juan solo tenga como diez seguidores y a ninguno se le haya ocurrido filtrar a la prensa la foto de Lu y yo nos bastante intoxicados después de haber contraído matrimonio; quiero decir, ahora mismo fuera una locura, pero qué suerte que no.

—¿Lo ves? No eres tan anciano como dices. —Me susurra al oído, aunque con la sonrisa en los labios para las fotos. —Tremenda borrachera la de ayer y hoy estás aquí fresco como una lechuga.

—Es porque no sabes que estoy a punto de acostarme en la primera grada que encuentre y quedarme dormido, pero tengo una reputación que cuidar.

Una risita es su respuesta y cuando finalmente me dejan libre, veo un mensaje que me dejó mi hermana, Catalina. Cuando lo abro y veo el video, le doy reproducir, pero antes le doy un vistazo a Lu, una mujer bellísima con un vestido rojo que ahora es mi esposa. Justo en ese momento, como si la estuviera llamando por su nombre, me mira y esboza una sonrisa, una que yo correspondo de la misma forma.

Veo el video que mi hermana me compartió y me doy cuenta de que es un trazo de nuestra «boda» en el patio trasero de mi hogar. Casi no se escucha por las carcajadas, pero a ver... si hablamos de originalidad, pues sí lo fue.

Y ahora será una historia que nos recordaremos ambos por el resto de nuestras vidas.

Aunque arruiné mi propuesta de matrimonio. Todavía no le he dicho a Lu que las últimas

ocho semanas de mi vida me las había pasado planeando la mejor forma para pedirle que se casara conmigo, que las últimas cuatro me había dedicado a pensar en el mejor anillo para ella, que las palabras que le dije en la cocina en realidad las venía practicando desde hace mucho para cuando llegara ese día.

Obviamente nunca me esperé que las cosas se dieran así y que ahora tenga que prepararme otro discurso, de todas formas, solo continúo con mis planes en silencio, sin mencionarle absolutamente nada y ella está lo suficientemente ocupada para no darse cuenta. Lo siguiente que hago es un boceto del anillo y es muy importante aclarar que yo me gradué con honores de la escuela de leyes, no de diseño, entonces no sé si lo que creo tiene sentido, de todas formas, le llevo el diseño a François, él lo mira y dice:

—¿Qué es esto?

—El anillo de compromiso de Lu.

Se queda analizándolo un momento y, finalmente, exclama:

—Oh.

Bueno, se ve mejor en mi cabeza, por supuesto. Les cuento mis planes a ambos, a Max y a François. El señor Belrose toma un lápiz y vuelve a crear el diseño desde cero. Obviamente, hecho por él ya tiene forma y es exactamente como me lo imaginé, el cuerpo es una enredadera fina con cristales que sostienen a ambos lados la piedra central.

Cuando finalmente tengo el anillo en mis manos me doy cuenta de que, definitivamente, es mejor de lo que me imaginaba.

El siguiente fin de semana ya todo está preparado. El mismo día que Lu me da el honor de ser una de las primeras personas en darle un vistazo a su película. Me cercioro de que todo esté perfecto antes de llegar. Creo que nunca me he esmerado tanto en hacer algo y estoy tensionado, aunque finjo que no y esto es algo de todos los días.

Tomo el lugar que Lu me indica y una vez que la película comienza a reproducirse, me quedo en silencio observando. Por un momento se me olvida el motivo por el cual estoy aquí y me absorto en la película, es que me doy cuenta de que Lu es tan buena actriz que sí me hace creerme la personalidad que interpreta en la bailarina de ballet del thriller psicológico que protagoniza. Es que Luna es todo lo contrario, risas, colores, chistes, entonces la miro y bromeo:

—¿Estás segura de que esa no es tu personalidad y en realidad estás actuando conmigo?

—Puede ser.

Entonces en ese momento miro mi reloj y la luz se apaga, quedamos completamente a oscuras y lo que se comienza a proyectar es una historia completamente distinta. Son caricaturas que inician con un «Érase una vez», con una narrativa estilo Disney contando la historia entre Luna y yo, la aplicación, la primera cita, el traje del hombre araña y su visita en el baño de hombres, Luna está expectante y solo un momento me mira a mí para volverse a concentrar en la pantalla cuando el narrador dice:

—Pero lo que ellos nunca se imaginaron es en que algún día a él se le iba a ocurrir crear toda esta historia para pedirle a ella que se casara con él.

Entonces las luces vuelven a apagarse, es el momento que aprovecho para sacar el anillo de mi bolsillo y postrarme sobre una rodilla frente a ella. Cuando las luces se encienden otra vez, la pantalla está en blanco y las palabras «Lu ¿Te casarías conmigo?» comienzan a aparecer en grande. Entre las letras hay un gato, un perro y un hurón en muñequitos animados. Lu mira de la pantalla, a mí y después a la cajita que abro frente a ella.

—Sé que ya eres mi esposa y créeme que es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Perdón por no haberte dicho que esto ya lo venía planeando desde hace un par de meses, porque quería crear algo inolvidable para ti. Aunque no salió como esperaba porque nos emborrachamos y terminé soltándote mi discurso en la cocina, pero, de todas formas, quiero volverlo a hacer, volverte a pedir que te cases conmigo, porque quiero amarte para siempre, Lu ¿Te casarías conmigo, una vez más?

Luna sigue estupefacta, se le llenan los ojos de lágrimas y se limpia la primera que le cae por la mejilla cuando me sonríe, se para y me dice que sí, que sí se casaría conmigo todas las veces que yo quiera. Entonces dejo el anillo en su dedo anular y me pongo de pie. Un abrazo suyo es el que me recibe y después le beso los labios, de una forma tierna, pacífica y dulce. Se escuchan los aplausos del equipo de producción quiénes también fueron parte de todo esto.

—¿Tenías a toda la producción metida en esto?

—Claro que sí.

Vuelve a besarme, mira el anillo y dice:

—¿Entonces tenemos una boda que planear? Digo, la última fue improvisada.

—Bueno, necesitamos una donde tus padres lloren tranquilos y nos emborrachemos todos juntos, entonces sí.

En mi vida me hubiese imaginado a mí mismo planeando una boda o consiguiendo a una persona que planee una boda por mí. Qué suerte que Max y François se ofrezcan a encargarse de todo. Sé qué esperar; digo, ya los conozco lo suficiente como para saber que algo sencillo para ellos, puede ser una boda en la casa presidencial de China. Se tardan casi ocho meses. Cuando me llega la ubicación del lugar donde se llevaría a cabo la ceremonia, me doy cuenta de que no es la casa presidencial en China, pero ver «Château de Ussé» en Rigny-Ussé, casi me da un paro cardíaco.

Un castillo en Francia.

Qué bueno saber que eso es lo sencillo para los padres de Lu.

Es que el lugar parece salido de un cuento de hadas. Todo es blanco, pulcro, cubierto de rosas blancas por doquier, cristalería, mesas y sillas elegantes, incluso los centros de mesa parecen sacados de una película de princesas, rosas blancas y margaritas. Hay muchísimos invitados además de toda mi familia y la de Lu. Entre los que conozco están mi jefa, mis compañeros de trabajo, Mónica la ex jefa de Lu, incluso Cristal a quién Luna decidió invitar. También están Fede, su madre y su hermana, quienes todavía no se acostumbran a la vida de los Belrose. Incluso está Vladimir y a su lado el tío Omer junto a su novia Pamela. Juan Pablo y Karen. Pepe y mi tía. El resto son famosos, políticos y uno que otro jeque amigo de Max.

Solo espero que a Elías no se le ocurra comenzar a hacerle publicidad a su página porno.

—¿Por qué a mí no me planeó una pareja multimillonaria gay? —Escucho a Juan de pronto. Estamos en el altar, Pepe a su lado suelta una risita y él componiéndose la corbata, continúa: —Amo a mis padres ¿Okey? Pero también hubiera amado a dos sujetos billetudos que hubieran decidido traerme a este mundo.

Aprieto los labios para no soltar una risa. Juan Pablo acomoda el pañuelo en el bolsillo de mi saco y en ese momento comienza la melodía cuando Antoine hace acto de presencia. El primo de Lu es el de las flores y camina con estilo, uno que otro paso de Michael Jackson y tira los pétalos haciendo reír a todos, llega hasta a mí, tira más flores y se va. Después de él, aparece primero Luisa y seguido la tía Elena, ambas con un vestido de color y corte similar.

Cuando ellas ya han llegado al lugar que les corresponde, los violinistas comienzan a tocar la marcha nupcial. Respiro hondo viendo a la entrada y entonces ahí está, con Max y

François a cada lado. Por supuesto que después de ver cómo está arreglado todo el sitio, jamás me hubiera imaginado sencillez de parte de Lu, principalmente cuando su diseñadora fue la mismísima Elena Betancourt.

Lu es así, capaz de iluminar cualquier lugar, de apoderarse de cualquier sitio. Me doy cuenta en cada momento que avanza más hacia mí. El vestido realza perfectamente su figura, es ajustado en el torso y tiene corte corazón, el escote lo cubre una tela transparente cubierta de cristales Belrose que abarca también las mangas y la falda de tul.

Luna parece la princesa de su propio cuento.

En el momento que hacemos contacto visual y ella esboza una sonrisa, mi corazón da un vuelco, los ojos se me llenan de lágrimas y hago lo posible para que no me gane la emoción. Cuando Max y François la entregan, yo no puedo quitarle los ojos de encima. Me doy cuenta de que, definitivamente, soy el hombre más afortunado del mundo.

—Mírate, aquí estás y no tuve que pagar ni un solo cerdo holandés.

Okey, yo estaba teniendo mi momento romántico y ni siquiera pude mencionar lo guapa que está porque me ganó una risa. Cuando tomo su mano, contesto con sorna:

—Lo sé, soy una ganga.

Entonces la ceremonia inicia, con todo eso que conlleva un matrimonio tradicionalmente. Continúa con los «Sí, acepto», los votos matrimoniales, los anillos, hasta que finalmente el encargado nos declara marido y mujer. Veo a Lu y una vez que me piden besar a la novia, lo hago de esa forma que, sin practicarlo, nos sale sin tanto esfuerzo. Esa es nuestra primera foto oficial como esposos y también la publicación número dieciséis de mi perfil de Instagram.

La publicación número diecisiete, es una familiar cuando ya todos estamos ebrios. La foto número dieciocho es una besando la mejilla de Lu con su tercer vestido.

Como ya lo repetí mil veces, nunca me arrepentiría de casarme con Lu. Toda experiencia con ella es única. Cada cosa que se le ocurre es original y nuestra luna de miel también tenía que serlo. Nuestro viaje incluye cinco lugares turísticos en cinco países diferentes y uno de ellos incluye un salto desde la cúspide de una estructura de piedras hasta el mar.

Algo que quería probar hacer desde hace mucho y ahora tengo a Lu de compañera.

—No voy a hacerlo. —Me dice. Su respuesta histérica me hace soltar una risa. Le digo que es algo que quiero hacer con ella y agrega: —¿Quieres quedar viudo tan pronto? Al menos deja que pasen uno años, Gabriel.

—No va a pasar nada, Lu. Confía en mí. Ven.

La espero con los brazos abiertos. Temerosa se acerca a mí, pero mira hacia el agua. Entonces lo hace, se sube a horcajadas en mí sosteniéndose tan fuerte que me provoca una risa.

—¿Estás lista?

—No.

Entonces, sosteniéndola me lanzo. No la suelto en ningún momento, ni cuando las olas comienzan a arrastrarnos. Ella sigue aferrada a mí cuerpo y cuando logramos salir se está riendo, no sé si es de felicidad o de miedo, pero cuando ya ha pasado, me da un beso en los labios que es interrumpido por la ola que nos empuja hacia afuera. Entonces nos quedamos ahí, tirados en la arena y le digo:

—Que afortunado soy de tenerte como esposa, Lu.

—La afortunada soy yo de tenerte a ti, Gabriel. Aunque me obligues a hacer estas cosas. —Entonces suelto una risa. Me pongo de pie, la tomo de la cintura y la llevo de regreso al mar. De nuevo envuelve sus piernas en mi cintura y entre medio de las olas le doy un beso, sensual,

caliente y divertido también. A lo que ella, separándose un poco, me habla: —Oye ¿vamos a encerrarnos un rato al hotel?

Mi respuesta es una risa, con un sí.

Por supuesto que ninguno de los dos quiere regresar cuando ya se acaban las vacaciones, pero mi trabajo me llama y el cumpleaños de François Belrose también. Lo primero podía ser negociable, pero lo segundo —el cumpleaños de CandenteNutella— pues no. Los cumpleaños de ellos dos son así, extravagantes, en islas privadas a nombre de Max y François, con gente importantísima también. Aunque cuando nosotros llegamos, todavía solo está presente la familia de Lu, la mía también está invitada, pero todavía no llegan porque el comisionado, quién ahora sí ya va a jubilarse, tuvo que asistir a un evento. Al primero que Lu saluda es a su sobrino, Adrián, quién lleva el nombre del papá de Fede. La veo pelearse con él por el niño hasta que llega Luisa y se los quita. Entonces se va a saludar a sus padres y por último a sus tíos. Yo lo hice en el orden contrario. Tomo el lugar frente a Max y este me pregunta:

—¿Disfrutaste la luna de miel?

Y a eso yo no sé si responder que sí o, por mi bien, que no.

—Por supuesto que sí, papá. Bien disfrutado. —Escucho a la Lu detrás de mí. Además, se sienta sobre mis piernas y me pregunta: —¿Verdad que sí, mi amor?

—Muchísimo.

Si no me sacrificaron antes, no creo que lo hagan ahora ¿verdad? Pero igual no puedo subestimar a Max y François Belrose.

Qué bueno que no tengo que contestar, porque Luisa llama la atención de todos. En el lugar también están la mamá de Fede y su hermana. Ambas se acercan cuando Fede se los pide y entonces, cuando todos se reúnen en la mesa, la hermana de Lu, suelta:

—Familia, estoy embarazada otra vez.

Todos la ven, tal vez es porque se supone que no tiene una relación con Fede, pero igual viven juntos, así que no debería ser noticia para nadie ¿No? No pongo mucha atención a lo que le dicen, yo solo me acerco al oído de Lu y le digo:

—A fin de cuentas, se te va a cumplir lo de tener tres sobrinos, si esta es niña pídele que se llame Ronsa.

Y sí fue una niña, pero por supuesto que no se llamó Ronsa.

FIN

Extra

Elías

Es casi media noche.

O eso creo, no lo sé. Estoy tecleando en mi computadora desde hace horas y perdí la noción del tiempo, sé que ya es tarde porque todos a mi alrededor están ebrios y yo solo puedo pensar en que algo en este maldito código no está funcionando.

Tomo un trago de la cerveza que el bantender pone frente a mí y sigo en lo que estaba.

—¿De verdad, Elías? —Escucho a mi compañero de piso; para aclarar, yo no necesito un compañero de piso, pero después de la primera semana busqué uno solo para tener a quién hackearle el teléfono mientras duerme. No me malinterpreten, a veces me aburro a medianoche. —Esto es una fiesta ¿Por qué estás aquí con una laptop?

—Estoy creando una aplicación. —No le voy a decir que la voy a poner a prueba con él. —Estás ebrio, por cierto.

—Tú también, pero al menos yo soy un ebrio normal, bailo sobre las mesas y entretengo a las chicas ¿Y tú? ¡Estás creando una aplicación en plena fiesta! ¿Qué no es suficiente haber vendido una página porno? Por cierto, muy buena, eh.

—Estoy concentrado, no me molestes.

—Yo en tu lugar estuviera en un yate, viajando por el mundo, conociendo chicas…

No sé qué más dice, yo continúo en lo que estaba. La música está fuerte y él está casi gritando cerca de mi oído. Estoy comenzando a irritarme. Finalmente veo que la bendita app ya podría funcionar, entonces lo miro a él, tomo un trago de mi cerveza fingiendo que escucho la «idea millonaria» que acaba de ocurrírsele y, disimuladamente, le saco el teléfono del bolsillo, no sin antes dar un vistazo alrededor para asegurarme que nadie me está viendo. Él está muy borracho como para darse cuenta, mañana se despertará histérico creyendo que alguien le robó el celular, pero yo le diré que él mismo lo puso debajo de la cama.

—Esto podría generarnos millones. —Continúa. Finjo que sí, aunque ni siquiera sé de lo que hablaba. De todas formas, se le ocurren nuevas ideas cada que se embriaga y al día siguiente ya no las recuerda. —Tú tienes el dinero y yo el conocimiento para montar una empresa, juntos seríamos una bomba.

—Ni siquiera tu padre tiene la confianza de invertir en las empresas que se te ocurren y eso que literalmente saliste de sus testículos ¿Qué te hace pensar que yo me arriesgaría por ti?

—Porque mi padre es un *boomer* y no cree que las tostadoras a control remoto sean lo del futuro.

—Oye, te llaman por allá. —No, no lo llaman, pero no me deja trabajar. Cuando me pregunta «¿dónde?» señalo un lugar *random* de la discoteca, de todas formas, él es del tipo popular y a dónde llegue van a recibirlo. —Ese grupo de ahí.

—¡Oh, sí! Las chicas. Okey, ya regreso para que sigamos hablando de negocios.

Por fin se va, saco el cable USB y lo conecto a mi computadora, ahora solo me toca esperar.

—¿Qué estás haciendo? —Eso me provoca un susto de muerte, casi se me cae el celular y estuve a nada de arruinar la programación que me ha tomado horas, pero ¿A qué se refiere? ¿Acaso sabe que estoy descargándole una aplicación a mi compañero de piso para rastrearlo? En

mi defensa, él se embriaga mucho y es mejor saber dónde está por si acaso.

La chica rubia se acerca a la barra, pide una bebida y cuándo el bartender se va a prepararla, yo me defiendo:

—¿Qué? Él toma mucho, a veces se pierde y no aparece por ningún lado, es mi compañero de piso ¿Quién crees que será el primer sospechoso si él desaparece del mapa? —Me señalo a mí mismo. —Yo.

—¿De qué estás hablando?

—¿De qué estás hablando tú exactamente?

Okey, entonces no era eso. Tomo el teléfono cuidadosamente y lo escondo dentro de mi bolsillo.

—¿Una computadora? ¿En una discoteca? —Y mira alrededor fingiendo que busca alguna otra persona con una laptop. Sí, ya sé, pero es aburrido programar dentro de mi habitación. —No veo a nadie más con una computadora intentando descargarle un virus al teléfono de su amigo.

—No es un virus y no es su teléfono tampoco.

—Te vi sacárselo del bolsillo.

Bueno, entonces no me aseguré lo suficientemente bien de que alguien no me viera. No tengo una excusa para eso, así que por primera vez voy a decir la verdad o una parte:

—Estoy creando una aplicación para rastrear personas y tengo que probarla en alguien.

—¿Estás creando una aplicación para rastrear personas? —Le digo que sí. —Eso me parece enfermo. —Y tira de la banqueta a mi lado, se sienta junto a mí y mira mi pantalla. —¿Cómo te llamas?

¿Digo mi nombre real? ¿O me invento uno? Digo, uno nunca sabe y a ella no la conozco de nada. Podría salir de aquí, perseguirme y matarme.

—Hugo.

Entonces ella me mira, esboza una sonrisa y dice:

—Yo soy Camila.

Ahora no sé si en realidad se llama Camila o está haciendo lo mismo que yo. Voy a elegir creérmelo y después solo voy a desaparecer como si me tragó la tierra.

—Mucho gusto, Camila. —Y ahora sí saco el celular de mi compañero de piso y lo conecto a mi computadora. De todas formas, la aplicación todavía no funciona. Mierda. —Y esto no es enfermo. Hace años una persona de mi familia casi se muere, ahí me di cuenta de que si una aplicación como esta hubiera existido, nada de eso hubiera pasado.

—Bueno, ahora hay otras aplicaciones que rastrean personas.

—No como esta. —Y saco mi prototipo, le muestro la idea, le cuento por qué esta será más exacta y que las personas van a mostrarse como puntos rojos dentro de esa aplicación y no sé por qué estoy comentando mi proyecto con una desconocida, mejor lo guardo y solo le agrego: —Es algo muy fácil.

—Para ti, yo no entiendo un pepino, pero voy a fingir que sí. —Toma la bebida que le da el bartender y se la toma de un solo trago, sin respirar. —Qué suerte que esa aplicación todavía no existe, sino mi familia la estuviera usando conmigo.

—¿Por qué lo dices? ¿Ellos no saben que estás aquí?

—Por supuesto que no, mi familia es algo… complicada.

—Dímelo a mí. Mi familia es tan rara. Tengo dos hermanos mayores, uno está en la cárcel con dos hijos de casi la misma edad y diferentes mujeres. El pendejo todavía cumple su

condena, porque su exesposa es una abogada que lo refundió en la cárcel. El otro, junto a su mejor amigo, es el dueño de un despacho en Hollywood, tiene más de diez años felizmente casado con una actriz famosa que tiene un Óscar, tiene tres hijos y está en proceso de adoptar uno más porque tiene la capacidad para adoptar a toda una aldea si quiere. Le dije que me adoptara a mí, pero no quiso, dice que soy mucho trabajo. —La chica suelta una carcajada, se toma otro trago y yo continúo: —Notas el contraste ¿Verdad? A uno lo tienes que ir a visitar a la cárcel y el otro te saca de la cárcel si estás en problemas, ya me ha sacado un par de veces.

—Ah mira, has estado en la cárcel.

—Solo dos veces, bueno… tres, si cuento la vez que me encerraron cuando tenía quince años por apoyar a mi cuñada a darle una paliza a la estúpida que se le robó al gato. —Otra carcajada de parte de ella y mejor cambio de tema: —¿Tú tienes hermanos?

—No, soy hija única ¿No tienes hermanas?

—También tengo dos y la que parecía que iba a ser una vagabunda se convirtió en una abogada de las mejores, trabaja con mi otro hermano en Hollywood, se casó con otro abogado y tiene cinco niños. Siempre pensé que tendría muchos hijos, pero nunca me imaginé que tendrían el mismo papá.

Cuando la chica, presuntamente Camila, se carcajea otra vez me doy cuenta de que tal vez ya tomé bastante. Mejor me voy. Cierro mi laptop y me pongo de pie.

—Tengo que irme. —Miro alrededor buscando a mi compañero de piso, pero no lo veo por ningún lado. Tal vez debería insertarle un chip de rastreo. —¿Has visto a mi compañero de piso? El chico a quién le saqué el celular.

Y también me ayuda a buscarlo con la mirada, pero nada, el pendejo no aparece por ningún lado. Bueno, al menos aquí hay cámaras y yo no seré el primer sospechoso.

—¿Tienes algo qué hacer mañana? —Pregunta.

—Sí, vuelo a mi ciudad natal, voy a visitar a mis padres unos días y a algunos amigos de la secundaria, uno de ellos es cinta negra o como le llamen en Muay Thai y presiento que va a matarme de una sola patada.

—¿Tú has practicado Muay Thai?

—Practiqué hace un tiempo. Definitivamente la violencia no es lo mío y casi me quiebran la clavícula, pero es necesario saber algo de defensa personal. —Y eso lo menciono más alto, en caso de que sea una psicópata que planee seguirme después de salir de aquí. —¿Tú sabes algún tipo de arte marcial?

—No, pero tengo esto. —Y busca algo en su bolso. La luz de la discoteca es tenue y cambia de colores, aun así, noto que tiene algunos mechones rosas en el pelo. Saca un peine, después un lápiz y por último un labial. Todo bien, hasta que le quita las cerdas al peine, la tapa al lápiz y la cubierta al pintalabios, entonces me doy cuenta de que lo que tiene es un cuchillo, una navaja y un gas pimienta. Santa Mierda.

—Eso más que defensa personal, parece sacado de un documental de asesinos en serie.

Ella solo se ríe, guarda todo de regreso y yo mejor me voy de aquí. Qué suerte que encuentro a mi compañero de piso, en realidad no estaba desaparecido, solo bailaba en un tubo. Definitivamente, es mejor emborracharte y ponerte a crear apps.

—¿Me das tu número de teléfono?

—No tengo teléfono. —Y eso es verdad, no tengo. De todas formas, aunque tuviera no le daría mi número a una desconocida con un cuchillo, una navaja y un gas pimienta, además de que esa es información vulnerable. —Explotó, literalmente. No te diré cómo, no me gusta hablar

de mis errores en voz alta, pero puedes buscarme en redes sociales.

—Lo haría, pero sé que no te llamas Hugo.

Entonces ahora sí dejo de ponerle atención a mi compañero de piso y la miro.

—Y yo sé que no te llamas Camila.

Se ríe, extiende su mano y dice:

—No, me llamo Victoria. —Le pregunto el apellido y abro mi laptop otra vez, cuando me cercioro de que sí es una persona que existe, le tomo la mano y contesto:

—Yo me llamo Elías.

Y tal vez no debí darle mi nombre real, pero ya lo hice y me encuentra entre los amigos de mi compañero de piso, se me olvidó que en unas de mis redes sociales todavía uso mi nombre, pero en el resto tengo usuarios que me inventé para crear publicaciones controversiales cuando me aburro. Okey, si dio conmigo a través de la lista de amigos de Lukas, significa que lo conoce y yo acabo de contarle de mi aplicación, de que él es mala copa y de que voy a rastrearlo.

—¿Conoces a Lukas?

—Sí, pero no te preocupes, no le diré que le descargas aplicaciones para rastrearlo. —De su bolso saca un lápiz de ojo —*ese sí es de verdad*— toma una servilleta y escribe algo, supongo que es su número porque, cuando me lo entrega, dice: —Aquí tienes, para cuando tengas un teléfono que no explote.

Y se va, se acerca a una de las chicas que está viendo bailar a mi compañero y yo aprovecho para poner su número en una de mis aplicaciones.

Sí, sí existe y sí es de ella.

Sobre la autora

Roxana Aguirre es una escritora nicaragüense. Se graduó en Ingeniería Agroindustrial, pero su pasión por el arte y, sobre todo, la literatura la llevó a compartir sus escritos en una plataforma de lectura en línea en dónde actualmente cuenta con un público de casi doscientos cincuenta mil seguidores.

A pesar de que hasta ahora solo ha escrito novelas de comedia-romance, su intención es probar otros géneros en el futuro. Para saber más sobre la autora, nuevos lanzamientos, rostros de sus personajes o historias en proceso, síguela en redes sociales:

Instagram

@R1aguirre

Twitter (X)

@R1_aguirre

Facebook

@roxanaguirreautora